

LA MADRE DE DIOS
Y
MADRE DE LOS HOMBRES

Segun los Santos Padres y la Teologia

Pe. J. B. TERRIEN

Tomo 2 – La Madre de los hombres

INDICE

Fuente: http://fundacionsanvicenteferrer.blogspot.com

El plan de la "revancha divina". La primera y la segunda Eva

La una, madre de los muertos, y la otra, madre de los vivos. Doctrina de los Santos Padres más antiguos, universal de la Iglesia, atestiguando de manera auténtica, por esta antítesis entre las dos madres, la maternidad espiritual de María.

I. Si hay una cosa clara y manifiesta en el plan de la reparación del mundo, es el carácter de **revancha** providencialmente impreso a esta obra. La Redención es el desquite de la caída. El Creador, por una emulación divina, ha querido que el hombre pueda volver a subir a la luz por los mismos pasos por los que se precipitó en las tinieblas, y que sirviese para libertarlo aquello mismo que el demonio había hecho concurrir para su perdición. Ya hemos señalado esta admirable antítesis en la primera parte de esta obra (*La Madre de Dios*. lib. I, c. 4). Hay que volver sobre ello, tanta es la importancia de esta idea capital, para poner de relieve el oficio de Madre de los hombres, que reivindicamos para la Madre de Dios.

Bossuet, en muchos lugares de sus sermones para las fiestas de la Virgen, ha apoyado esta doctrina sobre la autoridad de los Santos Padres, bien pronto veremos, hablando de Eva y de María, con qué solidez está fundada. Citemos un párrafo, entre otros:

"*Tertuliano* —dice el gran orador— *explica muy excelentemente el designio de nuestro Salvador en la redención de la naturaleza humana, cuando habla de El en estos términos:* ***"Habiéndose apoderado el demonio del hombre, que era la imagen de Dios"****, Dios* —dice— *ha recobrado su imagen por un designio de redención*. Ya hemos señalado esta admirable antítesis en la primera parte de esta obra (Tertul.. *De carne Christi*, c. 17. P. L„ II, 782).

Entendamos qué emulación es ésta, y veremos cuán hermosa teología encierra esta palabra. Es que el diablo, declarándose rival de Dios, ha querido esclavizar su imagen, y Dios también, celoso de él, declarándose rival suyo, ha querido recuperar su imagen, y he aquí celos contra celos, emulación contra emulación. Ahora bien; el principal efecto de la emulación es inspirarnos cierto deseo de vencer a nuestro enemigo en las mismas cosas en que se muestra más fuerte y cree tener mayores ventajas. Así le hacemos sentir mejor su flaqueza, y tal fue el designio que se propuso la piadosa emulación del misericordioso Reparador de nuestra naturaleza caída.

Para confundir la audacia de nuestro enemigo convierte en salvación nuestra todo lo que el diablo ha empleado para nuestra ruina; sobre su misma cabeza arroja sus perversos designios, lo agobia con sus propias maquinaciones e imprime la señal de la victoria divina en todos los lugares donde ve algún rasgo de su rival impotente. Y esto, ¿por qué? Porque está celoso y lleno de una caritativa emulación. Así es cómo la fe nos enseña que si un hombre nos pierde, otro hombre nos salva; si la muerte reina en la raza de Adán, en la raza de Adán nace la vida; Dios hace servir de remedio a nuestro pecado la muerte, que era su castigo; un árbol nos da la muerte, un árbol nos cura; y para cumplimiento de todo, vemos que en la Eucaristía un manjar de salud repara el mal que un manjar temerario había causado. La emulación de Dios ha realizado esta obra.

Y si me preguntáis, cristianos, de dónde le viene esta emulación contra su criatura impotente, responderé en seguida que de un extremado amor al género humano. Para levantar nuestro abatido valor, se complace en mostrarnos deshechas todas las fuerzas de nuestro tirano y, queriéndonos hacer sentir que estamos verdaderamente restablecidos, nos enseña todos los instrumentos de nuestra perdi-

ción misericordiosamente empleados en el ministerio de nuestra salud; tal es la emulación del Dios de los ejércitos.

"*De aquí procede que viendo los Padres antiguos, por una inducción tan universal, cómo Dios ha resuelto obrar nuestra salvación por los mismos medios que han sido causa de nuestra desgracia, sacaron esta consecuencia: si tal es el designio de Dios, que todo lo que ha tenido parte en nuestra ruina coopere a nuestra reparación, y puesto que los dos sexos intervinieron en la desolación de la naturaleza humana, era fuerza que ambos concurriesen a su libertad; y porque el género humano se precipitó en la condenación eterna por un hombre y una mujer, era ciertamente conveniente que Dios predestinase una nueva Eva, de igual modo que un nuevo Adán, a fin de dar a la tierra, en lugar de la raza humana condenada, una nueva posteridad santificada por la gracia*" (Bossuet, cuarto sermón para la fiesta de la Anunciación (Metz, 16G5), primer punto OEuvres Orat., Lebarcq., t. II, p. 3, suiv.).

Por lo demás, y bien pronto lo veremos, éste es un punto de doctrina que tiene toda la fuerza y la entensión de un axioma, tanto en Oriente como en Occidente. Helo aquí, expresamente formulado por **San Pedro Crisólogo** al principio de un sermón de la Anunciación de la Madre de Dios: "*Acabáis de oír, amadísimos hermanos míos, al ángel tratando con la Mujer de la reparación del hombre, y habréis comprendido que se trataba de llevarlo a la vida por los mismos senderos que lo abismaron en la muerte*" (Serm. 142, de Annunc. 11. M. V. P. L.. LII, 579).Con diferencia de algunos años, **Basilio de Seleucia**, uno de los grandes adversarios de Nestorio, recordaba esto mismo en parecidos términos: "*El Hijo unigénito de Dios* —dice este Padre— *ha curado las llagas del género humano con remedios diametralmente opuestos:* ***contrariis medicamentis***" (Orat., 3. n. 4. P. G., LXXXV, 61).

De nuevo aparece esta doctrina en una carta escrita por **Eusebio de Alejandría**, hacia fines de siglo VI: "*Así, pues, las mismas armas que sirvieron al diablo para dar muerte al primer hombre en el Paraíso, las volvió Dios contra él para destruirle*"(P. G., LXXXVI, 339).Lo que han enseñado los Padres, cántalo la Liturgia en sus Himnos:"*Justo es y saludable el daros gracias, ¡oh, Dios omnipotente, a Vos, Señor, que habéis puesto la salud del género humano en el árbol de la Cruz, a fin de que la vida resucitase de donde había nacido la muerte, y que aquel que triunfó en un árbol fuese también en un árbol vencido*" (Prefacio de la Pasión).

Tales son las palabras del Prefacio para el tiempo de Pasión. En igual época del año canta la Iglesia también, en el himno *Pange Lingua*: "*El Creador, compadecido del primer hombre, que, engañado por el diablo, se había precipitado en la muerte, comiendo del fruto prohibido, señaló desde entonces al árbol como remedio de los males causados por el árbol. Así lo pedía el orden de nuestra salud, a fin de que el arte divino venciera al arte diabólico y la herida fuese curada con la misma arma que la hizo*".

Nada, pues, más sólidamente establecido que este plan de la Providencia divina. Por consiguiente, lógicamente en ese plan tiene que figurar la mujer al lado del Redentor, convertida en instrumento de la reparación universal, puesto que tanta parte tomó en nuestra ruina. Si ella faltase en la obra, habría un vacío en la economía divina. Mas no temamos que los consejos de Dios sean como los de los hombres. En aquéllos, todo se auna, se encadena, se armoniza. Como hay nuevo Adán para reparar sobreabundantemente los desastres ocasionados por el primero, habrá nueva Eva, y será María, la Virgen Madre.

Esto mismo ilustró Bossuet cuando, prosiguiendo el texto que hemos transcrito, dice: "*Ciertamente, cristianos, esta doctrina tan santa y tan antigua no es una invención del espíritu humano, sino un secreto descubierto por el Espíritu de Dios. Y a fin de convencernos de ello, pongamos un parangón exacto entre Eva y María, en el misterio que celebramos hoy, y consideremos atentamente esta maravillosa emulación del Dios de los ejércitos y los consejos impenetrables de su providencia en la reparación de nuestra naturaleza.*

"*La obra de nuestra corrupción comienza por Eva; la obra de la reparación, por María; la palabra de muerte es dirigida a Eva; la palabra de vida, a la Santísima Virgen; Eva era virgen todavía, y María es virgen también; Eva, todavía virgen, tenía esposo, y María, la Virgen de las vírgenes, tenía también esposo; la maldición fue echada a Eva; la bendición a María. ¡Bendita eres entre todas las mujeres! El ángel de las tinieblas habla con Eva; el ángel de la luz, a María; aquél quiere levantar a Eva a una falsa grandeza, haciéndole desear la Divinidad: Seréis —dice— como dioses*" (Gen., III, 5). El ángel de luz establece a María en la verdadera grandeza por una divina sociedad con el mismo Dios: "*El Señor es contigo*" -le dice Gabriel—. El ángel de las tinieblas, hablando a Eva, le inspira un deseo de rebelión: "*¿Por qué os ha prohibido Dios comer de esa hermosa fruta?*" (Gen., III, 2).

El ángel de luz, hablando a María, le persuade la obediencia: "*No temas, María* —le dice—; *nada es imposible al Señor.*" Eva cree a la serpiente, y María al ángel. "*De esta suerte* —dice Tertuliano—, *una fe piadosa borra la falta de una temeraria credulidad, y María, creyendo a Dios, repara lo que perdió Eva creyendo al diablo:**Quod illa credendo deliquit, haec credendo delevit*** (Tertul., *De carne Christi*. c. 17. P. L., II. 782). Y, para terminar el misterio, Eva, seducida por el demonio, se ve obligada a huir ante la faz de Dios, y María, instruida por el ángel, se hace digna de llevar a Dios,"*a fin*, dice **San Ireneo** (escuchad las palabras de este insigne mártir), *a fin de que la Virgen María fuera la abogada de la virgen Eva*" (c. Haeres., LV, c. 19, n. P. G., VII, 1175).

"*Después de una comparación tan exacta, ¿quién puede dudar que María es la Eva de la nueva alianza y la madre del pueblo nuevo? No son ciertamente los hombres, ¡oh, cristianos!, los que nos persuaden una verdad tan constante. Es Dios mismo el que nos convence: por el orden de sus muy profundos consejos, por la maravillosa economía de sus designios, por la conveniencia de cosas tan evidentemente declaradas, por la relación necesaria de todos los misterios*" (Bossuet. Lebarcq., 1. e. t. II, p. 5. 6. Véase también el tercer sermón para la Anunciación, página primera; sermón para la fiesta del Rosario, exordio; sermón para el día del escapulario, primer punto. Elevaciones sobre los misterios, 89 sem., 5° elev.).

II. Seguramente son admirables estas analogías y estas comparaciones, y no sabríamos a qué fuente atribuirlas, si Dios no fuera la causa de ellas.

Sin embargo, para atribuir a María el oficio de nueva Eva junto al nuevo Adán, tenemos pruebas más eficaces que las inducciones y las aproximaciones, por muy manifiestas que éstas puedan ser. Bossuet, en los textos que acabamos de transcribir, se ha apoyado casi constantemente en los Santos Padres. En efecto; el testimonio de los Padres es de tal autoridad en esta materia, que basta para producir una absoluta certeza, y esto, porque es evidente el eco de la revelación divina y porque tiene su principio en las enseñanzas apostólicas. Vamos a demostrarlo estudiando con algunos pormenores los monumentos más venerables de la tra-

dición (El Cardenal Newman, en su carta al Dr. Pusey sobre el culto de la Santísima Virgen, ha tratado magistralmente este punto de doctrina; por esto a él hemos acudido más de una vez).

No consideremos por ahora nada más que tres testimonios: el de San Justino, que escribió en Oriente; el de Tertuliano, que escribió en Occidente, y el de San Ireneo, que reúne en cierto modo las dos Iglesias, puesto que habiendo pertenecido muy de cerca a la escuela de San Juan, en el Asia Menor, vino a fecundizar las Galias con su doctrina y con su sangre.

Testimonio de San Justino:

"*Sabemos que antes de toda criatura Él* (el Verbo) *procedía del poder y de la voluntad del Padre..., y que por el ministerio de la Virgen se hizo hombre, a fin de que la desobediencia, que tuvo por motor a la serpiente,* ***acabase de la misma manera que había comenzado****. Eva, cuando aún era virgen y sin pecado, escuchó la palabra de la serpiente y parió la desobediencia y la muerte. Pero la Virgen María se estremeció de gozo y de fe, recibiendo de la boca del ángel la buena nueva de que el Espíritu de Dios descendería a su seno virginal, la virtud del Altísimo la cubriría con su sombra, y que, por consiguiente, el Santo que nacería de Ella sería llamado Hijo de Dios. Su respuesta fue un* ***Fiat****. De ella nació Aquel que tantas escrituras anunciaron, según ya lo hemos dicho; Aquel por quien Dios aplasta la serpiente con los ángeles y los hombres degradados a imagen suya, y libra de la muerte a los pecadores que, creyendo en Él, hacen penitencia de sus pecados*" (San Justino, Dial, cum Tryph. P. G., VI. 709).

Testimonio de Tertuliano:

"*Dios ha recobrado, por un designio de emulación, su imagen y su semejanza, de la que se había apoderado el demonio. A Eva, todavía virgen, se insinuó la palabra, que creó la muerte; también a una Virgen debía descender el Verbo de Dios, que creó la vida, a fin de que la Humanidad, perdida por aquel sexo, recobrase la salud por el mismo sexo. Eva creyó a la serpiente; María creyó a Gabriel; la falta cometida por la credulidad de la una, borrada fue por la fe de la otra*" (Tertul., *De carne Christi*, c. 17. P. L., II, 782).

Testimonio de San Ireneo:

"*Por una relación impresionante, hallamos a la Virgen María obediente cuando dice:* ***"He aquí la Esclava del Señor; hágase de mí según tu palabra."*** *Eva, por el contrario, fue desobediente cuando aún era virgen. Eva, teniendo por esposo a Adán, pero virgen todavía..., se convirtió, por su desobediencia, en causa de la muerte suya y de todo el género humano: de igual modo María, virgen también, al lado de un esposo predestinado, fue causa de salud para sí misma y para toda la raza humana. Por esto dijo Cristo que los primeros serían los últimos y los últimos los primeros... El Señor ha recibido en su seno a los primeros padres y los ha regenerado en la vida de Dios, siendo Él mismo el primogénito de los vivos, porque Adán había sido el primogénito de los muertos. Por esto también comienza San Lucas la lista de las genealogías, desde Cristo hasta Adán, queriendo demostrar que no fueron las generaciones precedentes las que le dieron a Él la vida, sino que Él las hizo renacer por el Evangelio de la vida. Y, así, la obediencia de María rompió las cadenas forjadas por la desobediencia de Eva. Lo que Eva, virgen aún, había ligado con su incredulidad, la Virgen María lo desató con su fe*" (San Iren., adv. Haeres., 1. 111. c. 22, n. 4. P. G. VII, 958, sq.).

Y añade:

"*Eva fue seducida por la voz de un ángel hasta el punto de huir de Dios y quebrantar su mandato; María acogió con plena obediencia la voz del ángel anunciándole que había de llevar a Dios en su purísimo vientre. La primera fue desobediente a Dios; la otra, por el contrario, dócil a la inspiración divina, le obedece tan perfectamente, que pudo ser la Virgen María abogada de la virgen Eva. De igual modo que el género humano fue entregado a la muerte por una virgen, así también fue salvado por una virgen; la obediencia de una virgen contrapesó la desobediencia de otra virgen*" (San Iren., adv. Haeres., c. 19, n. 1, Ibid., 1175).

Réstanos el demostrar ahora el origen apostólico de estos tres testimonios. Podemos, con seguridad, tomar el sentir de estos tres Padres respecto a la Virgen Madre de Dios, como expresión de la doctrina comúnmente recibida en su época y países respectivos, porque los escritores son testigos de los hechos y de las creencias. Por otra parte, la coincidencia de las ideas y la completa semejanza de las antítesis prueban muy bien que no crearon ellos su doctrina. Tampoco ellos nos la presentan como fruto de sus meditaciones particulares. Si no es, pues, doctrina suya, ¿de quién la recibieron? Porque es fuerza que proceda de alguna fuente, y esa fuente debe ser común. ¿Podemos descubrir el origen común de esas tradiciones locales en una fecha más reciente que la de los Apóstoles? Seguramente que no. Antes de la mitad del tercer siglo encontramos esta doctrina en Africa y en Roma, con Tertuliano, y ya en los fines del segundo, en Palestina y en Asia, con San Justino, y en las Galias, con San Ireneo; es decir, en todo el mundo cristiano. ¿Qué otra fuente común tan extensamente difundida, sino la predicación de los Apóstoles? No olvidemos, por otra parte, que San Juan murió solamente treinta o cuarenta años antes de la conversión de San Justino y del nacimiento de Tertuliano, y que San Ireneo, siendo discípulo de San Policarpo (El mismo lo afirma en una carta a Florino, de la cual nos ha conservado Eusebio un fragmento. Cf. Eusebio, H. E., 1, V, c. 20. P. G. XX, 485), bebió su doctrina en las primitivas fuentes de la enseñanza apostólica.

III. Para poner en duda la apostolicidad de una doctrina tan universal, habría que verla contradicha o puesta en discusión por algún testimonio contrario. Ahora bien; lejos de rechazarla la Iglesia, la ha enseñado siempre desde el tercer siglo, por la pluma y la boca de sus doctores, y difícilmente se puede señalar una creencia más explícita y constantemente admitida.

Es una verdad, de tal importancia para nuestro asunto, que no debemos temer el multiplicar los testimonios. Hemos presentado los de los primeros siglos de la Era cristiana. He aquí otro no menos ilustres, tomados de las edades sucesivas y de todos los países que están en el seno de la Iglesia.

En el siglo IV, tenemos, de Oriente, a San Cirilo, en Jerusalén; a San Efrén, en la Siria; a San Epifanio, en Chipre, Egipto y Palestina; a San Juan Crisóstomo, en Antioquía y Constantinopla.

"*Como la muerte* —dice el primero de estos Padres— *había venido por Eva, virgen aún, convenía que la vida volviese por una virgen, o más bien procediese de una virgen, y porque la serpiente había engañado a una, convenía también que Gabriel pudiera anunciar a otra la buena nueva*" (San Cyrill. Hierosol. (315-386), *Catech*., XII, n. 15. P. G. XXXIII. 741).

"*Al principio de los tiempos, la muerte extendió su imperio sobre todos los hombres, por el pecado de nuestros primeros padres; hoy, por la Virgen María, pasamos de la muerte a la vida. Al principio, la serpiente se apoderó del oído de Eva, y por aquí derramó el veneno en todo su cuerpo. Hoy, María recibe por el oído a Aquel que nos asegura la eterna felicidad: lo que fue instrumento de muerte se ha convertido en instrumento de vida*" (San Efrén, Serm. 3 de *Diversís*. Opp., t. III (syr.-lat.), pag. 607. Cfr. Serm. *exeg*. I, t. II (syr-lat.), p. 318, 319).

Así habla **San Efrén**. Un antiguo orador sagrado, cuyas obras fueron atribuidas en otro tiempo a San Atanasio, no se contenta con oponer Eva a María, sino que da expresamente a esta Señora el título de nueva Eva: *Nova Eva, mater vitae nuncupata*. (Pseudo-Athnm., serm. *de Anunc. Deip*., n. 14. P. G., XVIII, 937. Lo que demuestra que este sermón no es del gran patriarca de Alejandría, no es solamente que hallamos en él afirmada y descrita la Asunción corporal de Maria, sino que también el autor refuta *ex professo* la herejía de Nestorio y la de Eutiques, y nada dice en absoluto sobre el monotelismo, prueba de que la obra es anterior a esta herejía).

Más notable todavía, si cabe, es el testimonio de **San Epifanio**: "*Cuando Eva recibió el nombre de Madre de los vivientes, lo recibió en figura, representando a María, saludada por el ángel como llena de gracia. En efecto; Eva fue llamada madre de los vivientes, después de haber oído la sentencia:* ***"Polvo eres y en polvo te convertirás"*** (Gen.. III, 19), *es decir, después de su pecado. No deja de ser extraño el que le atribuyan semejante nombre después de su caída. Mirando el orden exterior y sensible, de ella nació toda la raza humana; pero, en realidad, María fue la que introdujo en el mundo la Vida misma. Habiendo llevado en su seno al Viviente por excelencia, se ha convertido en la Madre de los Vivientes. Así, pues, a María, bajo la figura de Eva, se aplica este nombre de madre... Hay otra cosa, cosa verdaderamente admirable, digna de notarse entre estas dos mujeres, esto es, entre Eva y María: Eva fue para el hombre causa de muerte, y por ella entró la muerte en el mundo; María fue un principio de vida, pues por ella nos vino la vida. El Hijo de Dios bajó al mundo a fin de que* ***donde abundó el pecado sobreabundase la gracia*** (Rom.. V, 20). *Así, pues, de donde nos vino la muerte nos llegó la vida, a fin de que la vida reemplazase a la muerte, y la muerte traída por la mujer fuese vencida por Aquel que nació de la mujer para ser nuestra vida*" (Epifanio, adv. Haeres.. Haer., 78, n. 18. P. G. XLII. 727, sq.).Oigamos ahora a **San Juan Crisóstomo**. En la fiesta de Pascua celebra él el desquite divino y propone la antítesis acostumbrada entre Eva y María. "*Regocijémonos todos y estremezcámonos de alegría. Común debe ser nuestró gozo, porque la victoria de hoy es el triunfo del Salvador. ¿Acaso no lo ha hecho todo Cristo por nuestra salvación? Con las mismas armas que empleó el diablo para derribarnos, ha sido vencido. ¿Cómo?, me diréis. Escuchad. Una virgen, un árbol y la muerte representan nuestra derrota. Ved ahora cómo esas tres cosas se han convertido en victoria para nosotros. Por Eva, tenemos a María; por el árbol de la ciencia del bien y del mal, tenemos el árbol de la cruz; por la muerte de Adán, la muerte de Cristo. ¿No veis al demonio derrotado con las mismas armas de que se sirvió para el triunfo?*" (San Juan Crisóstomo, hom. *in S. Pascha*, n. 2. P. G. L. II, 768).

A estas autoridades del Oriente añadiremos el testimonio de **San Gregorio Taumaturgo**, si la primera homilía sobre la Anunciación fuese de él con toda certeza. En todo caso, he aquí sus palabras: "*Solamente en la Virgen María ha sido reparada la caída de Eva*" (San Greg. Thaum., hom. *I in Annunc*. P. G. X, 1148. Cf. San Taras. Constant., in S. S. Deip. Praesentat., n. 11, P. G., XCVIII, 1403 sqq.).

Como la Iglesia de Oriente, tiene la de Occidente sus testigos en el cuarto siglo, quizá menos numerosos, pero no menos firmes ni menos ilustres. A la cabeza de ellos marcha **San Jerónimo** (331-420). De él puede decirse que representaba al mundo entero, salvo, quizá, el Africa, pues fue amigo del Papa Dámaso en Roma, discípulo de San Gregorio Nacianceno en Constantinopla y del célebre Didimo en Alejandría. Nacido en Dalmacia, habitó, en las diferentes épocas de su vida, en Italia, Galia, Palestina y Siria. Ahora bien; en una de sus cartas pronuncia, no como cosa dudosa, sino como axioma riguroso y manifiesto, esta corta sentencia que lo comprende todo: "*La muerte, por Eva; la vida, por María*" (San Jerónimo, ep. 22 ad Eustochium, n. 21, P. L. XXII, 408).

San Agustín, lo mismo que San Jerónimo, puede ser contado como un Padre del siglo IV, aunque vivió treinta años en el quinto (354-430). Él también promulgaba el gran principio: "*La muerte, por una mujer; la vida por una mujer*" (San Agustín, *de Agome Christi*, c. 22, P. L. XI, 303). Puédense leer, a guisa de comentarios, los hermosos párrafos en que desarrolla el mismo santo doctor esta doctrina, y que incluímos en el capítulo donde tratamos las conveniencias de la divina maternidad.

La madre de Dios. lib. I, c. 4, páginas 70 y siguientes. Entre los sermones atribuidos a San Agustín hay varios en los cuales se inculca firmemente esta misma doctrina. Hállanse en el volumen XXXIX de la *Patrología* de Migne, en el apéndice, a continuación de los sermones auténticos. Los pensamientos son del santo doctor, pero es difícil reconocer su manera y su estilo. He aquí algunos extractos que nos probarán cuán familiar era la antítesis entre Eva y María en los tiempos primitivos de la Iglesia.

"Si el mundo fue, desde su origen, horriblemente manchado por el vicio: si el mismo paraíso lo vió cautivo, culpa es de la mujer. Porque escrito está: "*Por la mujer entró el pecado en el mundo, y por ella estamos todos condenados a muerte*" (Eccli., XXV, 33). Y en otro lugar: "*El hombre no fue seducido; sino que fue la mujer, la que, seducida, cayó en la prevaricación*" (I Tim., II, 14). Por ella, pues, el mundo degenerado se inclinó bajo el yugo del demonio: porque somos esclavos de aquel de quien somos vencidos (II Petr., II, 19).

"Una vez rota la armonía de los elementos, el diluvio destruyó al hombre, sin poder borrar el pecado. Isaac, hijo de una madre estéril, mereció llevar la figura de la cruz: pero no fue digno de ser víctima por los pecados del mundo. Moisés arrojado al agua, Moisés enviado de Dios, libra al pueblo judío de la esclavitud, pero tampoco él puede salvar al mundo: extermina al Egipcio, pero no al pecado; hace perecer a Faraón en los abismos del mar, pero no expulsa ni al demonio, ni a sus legiones. David se declara él mismo nacido en la iniquidad; por consiguiente, le es imposible el purgar la tierra de sus crímenes.

"Sin embargo, el carro del mundo seguía su carrera, arrastrado por la revolución de los tiempos, sin que nadie trajese la libertad: cada vez más pesado por sus nuevos pecados, y dislocado por terribles sacudidas, amenazaba hacerse pedazos, y en ninguna parte hallaba socorro. Entonces se llevó la causa a la mujer, y el origen fue truncado por el origen. *Ad feminam causa revertitur, et origo per originem detruncatur*; el origen del pecado por la Madre de Cristo; la raza de la impiedad por la raza de la misericordia; la raiz de la muerte por la raiz de la vida" (Sem. 120, *in Nat. Dom*., 4, P.L. XXXIX, 1894, sq.).

Iguales pensamientos en otro sermón, con iguales rasgos y términos: "Bendita tú entre las mujeres, tú que has dado a luz la vida para ellas y para los hombres. La madre de nuestra raza trajo el dolor al mundo; y la Madre de Nuestro Señor, la salud. Eva fue autora del pecado: María, del mérito; Eva nos dió la muerte, y María, la vida... La obediencia de la una ha reparado la desobediencia de la otra; y la fe de ésta, la perfidia de aquella. Por eso María pare a Jesús con gozo y lo abraza con alegría, feliz de llevar al Hijo que la lleva." Serm. 194, *de Annunc. Dom.* 2. n. 2. Ibidem, c. 2105.

Nadie duda de que San Agustín aprendió esta doctrina de su maestro San Ambrosio, antes de profundizarla él mismo con sus propias meditaciones. Los escritos, absolutamente auténticos, del gran obispo de Milán, no parecen haber tocado este punto de nuestras creencias; pero entre las obras publicadas a su nombre hay una, por lo menos, que lo desarrolla con insistencia: "*Escuchad, amados míos, el misterio de la ley... Por el primer hombre se perdió la vida; por el segundo se recobró. El primero perdió la gracia que había recibido de Dios; el segundo nos la devolvió con la vida. El primero cayó instigado por una virgen; el segundo, naciendo de una Virgen, levantó lo que estaba caído... Así el mal por la mujer, o, mejor dicho, el bien por la mujer; arrojados al suelo por Eva, somos levantados por María; esclavos por Eva, libres por María. Eva nos quitó la longevidad; María nos devolvió la inmortalidad. Eva nos condenó por la fruta del árbol, y María nos obtiene la gracia por el divino fruto de otro árbol, porque Cristo, su Hijo, colgó de la cruz como dulce fruto de ella*" (In app. opp. San Ambros., serm. 45, de l° et 2° Adam., num. 2, P. L. XVII. 692).

Inútil es el amontonar más citas. Por otra parte, desde el siglo V aparecen tantos testimonios, que no bastaría un volumen entero para contenerlos. Contentémonos con cerrar esta serie citando algunos textos recogidos unos en Oriente y otros en Occidente. He aquí, en primer lugar, a **San Pedro Crisólogo** (400-450), el obispo de Rábena, cuya carta, dirigida al hereje Eutiques, atestigua altamente el saber y la autoridad de que gozaba. En Cristo —dice este Padre—, "*la mujer, que fue en otro tiempo ocasión de nuestra ruina, se ha convertido en instrumento de nuestra salud, y la que fue, por causa del diablo, madre de los muertos durante tanto tiempo, ha sido hecha por Dios madre de los vivientes...; tan cierto es que, sin María, ni la muerte podía ser destruida ni la vida reparada*" (San Pedro Crisol., serm. 64, P. L., LXIV, 380; Cf., serm. 99. Ibid., 479).

Después de San Pedro Crisólogo hallamos a **San Bernardo**, que en nombre de otros muchos va a describirnos el mismo plan divino: "*Sí, mis amados hermanos; un hombre y una mujer nos hicieron grandísimo daño; pero, gracias a Dios, por un hombre y por una mujer todo ha sido reparado con usura. Porque no ha sido el don igual al pecado: la grandeza de la ruina cede a la inmensidad del beneficio. Así, el sapientísimo y misericordioso Hacedor del hombre, lejos de destruir lo que tan profundamente estaba quebrantado, lo restableció con ventajas, formando para nosotros el nuevo Adán, del primero, y transfundiendo Eva en María... Cruel mediadora fue aquella Eva, que por la antigua serpiente inficionó al hombre mismo con su pestilencial veneno; pero cuán fiel y clemente mediadora es María, que ha preparado para uno y otro sexo el antídoto de la salud. Aquélla ayudó a la seducción; ésta a la propiciación; aquélla inspiró la prevaricación; esta nos trajo la redención.* ***Illa enim ministra seductionis; haec propitiationis; illa suggessit praevaricationem; haec ingessit redemptionem***"(San Bernardo, Serm. *de XII Praerogat*. n. 2, P. L. CLXXXIII, 429, 430. Cfr. hom. 2 *in Missus est*., n. 3, ibíd., 62).Esta verdad, tan repetidas veces enseñada por sus Padres y sus Doctores, la canta también en sus himnos la Iglesia latina: "*¡Oh, Tú, la más gloriosa de las vírgenes! Tú nos devuelves, con el dulce fruto de tu vientre, lo que la desgraciada Eva nos había arrebatado; y para que nosotros, miserables, subamos sobre los astros, abres Tú las puertas del cielo*".

O gloriosa Virginum...

Quod Eva tristis abstulit

Tu reddis almo germine, etc.

Quien desee oír otra multitud de testigos, puede leer al P. Passaglia, *de Immaculato Deiparae conceptu*, sect. 5. c. I, desde el número 902 al 978. Allí puede ver a las Iglesias latina, griega, siria, armenia y copta unirse por medio de sus doctores y escritores más célebres, al mismo tiempo que por medio de sus monumentos litúrgicos de todo género, unirse, decimos, en una afirmación común, sin que se encuentre por parte alguna nota discordante, ni sombra de vacilación. Y puesto que algunas de estas Iglesias se separaron en el siglo quinto, fácil es deducir que la doctrina admitida por todas era también patrimonio de todas antes del cisma que las dividió. Los poetas mismos no permanecen fuera de este unánime concierto. Sedulius canta el Hijo, nacido de la Virgen:

Culpa dedit mortem, ut pietas daret inde salutem
Et velut in spinis mollís rosa surgit acustis.
Nil quod laedat habens, matremque obscuret honore;
Sic Evae de stirpe, sacra veniente María,
Virginis antiquae facinus nova virgo piaret.

Sedul., *Carm. Pasch.*, II, P. L.. XIX, 596.

Arator le hace coro en su *Historia Apostólica:*

Porta Maria, Dei genetrix intacta Creantis,
A nato formata suo; mala criminis Evae
Virgo secunda fugat; nula est injuria sexus,
Restituit quod prima tulit.

De Act. Apost., 1. I, P. L. LVIII, 96 y 97.

Oigamos ahora algunos Padres de la Iglesia griega, que pertenecen a dos épocas relativamente más modernas que aquellos cuyos testimonios hemos citado. Primero, **San Juan Damasceno.** En un brillante apostrofe, donde resume todos los privilegios y todas las glorias de la bienaventurada Virgen María, dice así: "*¡Oh, Hija de Dios, Tú eres el adorno de la humana naturaleza y la reparación de Eva, nuestra primera madre. Cayó por su pecado y se levantó por tu parto virginal. ¡Oh, Hija santa y sagrada, gloria de las mujeres! La primera Eva, prevaricando, hizo entrar la muerte en el mundo y favoreció las astucias de la serpiente infernal contra nuestro primer padre; pero María, por su obediencia a la voluntad divina, engañó a la engañosa serpiente y devolvió al mundo la inmortalidad*" (San J. Damas., hom. *I ín Nativ.*, B. M. V.. n. 7, P. G., XCVI, 672).Otro escritor griego, **Juan**, **metropolitano de Eubea**, acentúa con más vigor aún este principio y su aplicación: "*Estremécete de alegría, ¡oh, Adán!, por causa de María, la Madre de Dios. Porque la serpiente te engañó por medio de una mujer, también por medio de una mujer pisotearás la serpiente. Ha llegado la hora en que los dardos del Todopoderoso salgan de la naturaleza misma, a la cual pidió prestadas las armas el demonio para perdernos. En el Paraíso, el árbol y la mujer fueron la primera causa de nuestro destierro; hoy, el árbol y la mujer van a ser el principio de nuestra libertad. La mujer, formada por la*

mano de Dios, te sedujo miserablemente, y he aquí que una mujer, nacida de Joaquín y Ana, da a luz virginalmente al vencedor de la muerte y al triunfador de nuestro tirano... Y tú, Eva, regocíjate también: tus hijos no nacerán ya por la corrupción. Su herencia es desde ahora una eterna incorruptibilidad" (Juan Eubaeens., serm. in Concept. S. S. Deip.. n. 21, P. G., XCVI, 1496).

Más de una vez hemos nombrado a **Juan el Geómetra**. Créese, generalmente, que fue sacerdote y, tal vez, obispo, después de haber profesado la vida religiosa. Fue poeta, y adquirió gran fama de orador sagrado hacia mediados del siglo XI. Sea cual fuere el juicio que merezca su talento poético, es cierto que sus sermones merecen ser leídos, considerados desde el punto de vista doctrinal. He aquí lo que dice respecto al asunto de que tratamos ahora. Después de haber explicado el fin de la Encarnación del Verbo, prosigue en estos términos: "*Porque los remedios deben ser proporcionados a la enfermedad, el médico celestial los preparó perfectamente adaptados a nuestros males. Un ángel fué enviado en lugar de otro ángel; un ángel de luz en vez de un ángel de tinieblas; un príncipe del cielo en vez de un tirano del mundo; un mensajero alado en vez de un reptil de la tierra. Por una mujer se escoge otra mujer; por una virgen seducida y engañada, una virgen pura, a quien nunca pudo dominar el seductor; por la que fue expulsada del Edén, la que fue ofrecida al templo; por la que fue cogida con el cebo del placer, la que jamás se manchó ni de pensamiento; por la que, en fin, conversó, desgraciadamente, con el demonio, la que continuamente se entretenía con Dios y meditaba noche y día sus divinas palabras. Esta Hija de Dios no tuvo amor sino a la belleza del Rey, y el Rey, por su parte, se había enamorado de la belleza de esta hija... y ella pasó de la condición de esclava al estado de esposa, y la esposa fué Madre. En vez de la maldición de Eva, recibió la alegría; en vez de la palabra engañosa al Verbo en persona. Ella no tocó el árbol, sino que el árbol la tocó a Ella, el árbol de la vida en lugar del árbol de la ciencia*" (Joan, Geómetra, serm. *in S. S. Deip. annunciat*., n. 9, P. G.. CVI, 817. Cf.. Clrysipp. hierosol., De laudibus Deigen. M. Biblioth. PP, t. XII, p. 672).

IV. Razón teníamos para afirmar que la universalidad de esta doctrina, a través de las diferentes edades y países, demuestra evidentemente que procede de las fuentes mismas de la revelación. Los Apóstoles nos la transmitieron después de haberla recibido del Espíritu Santo. Imposible atribuir a otra causa difusión tan admirable y tan constante. Sería preciso, por otra parte, ignorar hasta las señales por las cuales se reconoce una tradición divina, para no ver, en la verdad que nos ocupa, el carácter de las doctrinas depositadas por el mismo Dios en el tesoro de la Iglesia.

Admiremos, una vez más, las maravillosas armonías del plan divino. La caída y la reparación no son dos hechos aislados. La Redención es un verdadero desquite en los designios de Dios. El hombre había sido vencido; por el hombre quiere Dios vencer; de aquí el misterio de la Encarnación del Verbo tomando nuestra naturaleza para combatir y para vencer en nuestra naturaleza misma. De aquí esa solicitud divina en hacer servir todos los instrumentos de nuestra desgracia al ministerio de nuestra salud. Y pues que la mujer tuvo gran parte en la caída de la Humanidad culpable, era menester que Dios predestinase una nueva Eva, así como un nuevo Adán. Sin esto, el desquite divino no hubiera sido perfecto y hubiera faltado el mejor complemento a sus designios. La nueva Eva debía ocupar, en el orden de la reparación, un lugar análogo al que ocupó la antigua en el orden de la ruina; y pues Eva, virgen y desobediente, nos dió, en cierto modo, al autor de nuestra perdición, haciendo al primer hombre prevaricador y violador de la alianza divina, era sobradamente conveniente que el Reparador,

es decir, el Dios hecho hombre, nos fuese dado por una mujer obediente y virgen. Por tanto, para terminar, puesto "*que el pecado comenzó por la mujer*"; puesto que por ella todos morimos (Eccli.. XXV, 33), era preciso que en la obra de la reparación comentase también la salud por una mujer, por la mujer por quien todos vivamos.

Final y corona de la antítesis: si la primera Eva es, con toda verdad, la madre de los que mueren en Adán, la segunda, es decir, la divina María, deber ser en Jesucristo la madre de los vivientes; porque propio es de la madre el comunicar la vida. Nos basta, por hora, haber constatado que la armonía del plan divino reclama esta maternidad espiritual, y que la tradición no lo ha propuesto solamente como una conveniencia, sino que, además, la ha afirmado expresamente como un hecho. Y esto es lo que vamos a ver en el capítulo siguiente, revelado en la historia misma de nuestra caída, desde el principio de la historia humana.

El Protoevangelio y nueva Eva

La maternidad de gracia en la Madre de Dios se basa sobre su oficio de nueva Eva.—El Protoevangelio (Gén. III. 14. sqq.): Jesucristo, el Reparador, y sus miembros, están anunciados en él como descendencia de la mujer, es decir, de la Virgen María.— Jesucristo según la carne, y sus miembros según el espíritu.

La Tradición, en el capítulo precedente, nos ha hecho contemplar a María como la nueva Eva que da la vida, por Jesucristo, el nuevo Adán, a los mismos que la primera Eva, juntamente con el primer Adán, engendró para la muerte. Y esta antítesis entre las dos mujeres pertenece, como parte substancial, al plan de desquite inventado por la eterna misericordia y la eterna sabiduría. ¿Podemos ir más allá de la tradición cristiana y hallar, antes que ella empezase, el origen de una doctrina tan universal? Los Padres que fielmente nos la han transmitido, no vacilan en afirmarlo. Nos la muestran consignada por el mismo Dios en las primeras páginas del *Génesis*. Esto es lo que vamos a estudiar ahora.

Conocido es el memorable pasaje, en el que Dios, castigando a los culpables, levanta, sin embargo, al hombre, anunciándole su futura redención. Y dijo el Señor a la serpiente: "*Porque esto hiciste, maldita serás entre todos los animales y bestias del campo. Te arrastrarás sobre tu vientre y comerás el polvo de la tierra todos los días de tu vida. Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya. Ella te quebrantará la cabeza y tú pondrás asechanzas a su calcañar*" (Gén., III, 14, 15. La traducción del último verso responde al texto de la Vulgata; traducido literalmente del hebreo, seria: "*Esta* (la raza o descendencia de la mujer) *te quebrantará la cabeza y tú la herirás en el talón*").

Tal es la profecía generalmente llamada Protoevangelio, porque contiene la primera promesa del Mesías Redentor, encajada en la sentencia pronunciada contra la serpiente. Para comprender mejor el significado del oráculo, y cómo éste confirma a la vez la doble maternidad de María, Madre del Salvador según la carne y Madre nuestra según el espíritu, fuerza es, ante todo, definir y precisar los personajes que entran en escena: de una parte, la serpiente y su descendencia; de otra, la mujer y la descendencia de la mujer.

I. ¿Quién es esa serpiente, tentadora y seductora de Eva, objeto de la maldición divina? La serpiente es el demonio, sin género alguno de duda; pero el demonio disfrazado bajo la figura sensible de la serpiente, a la que ha tomado como órgano suyo. Al demonio, pues, alcanza la maldición de Dios, a través de la serpiente, que lo simboliza. A una atestiguan las Sagradas Escrituras esta identificación del espíritu del mal con la serpiente, seductora de la primera mujer: "*Tuvo lugar en el cielo un gran combate: Miguel y sus ángeles combatían con el dragón, y el dragón y sus ángeles luchaban contra él... Y fué arrojado del cielo el dragón, la antigua serpiente, que se llama el diablo y Satán...*" (Apoc., XII, 9: XXII, 2, 9).

Así habla San Juan, en su **Apocalipsis**. El testimonio de Jesucristo mismo no es menos claro ni concluyente, cuando dijo a los judíos: "*El padre del cual habéis nacido es el demonio, y vosotros queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Él fué homicida desde el principio...*" (Joan, VII1-44).

Alusión bien clara a la caída original causada en la Humanidad por las sugestiones de la serpiente infernal. San Pablo se refiere también al demonio, cuando escribe a los fieles de Corinto: "*Temo que vuestros sentimientos se corrompan, como sucedió a Eva, engañada por la astucia de la serpiente*" (II Cor., XI, 3).Fácil es también reconocer a la serpiente del **Génesis** y al demonio en estas palabras del Salvador:"*Potestad os he dado para caminar sobre las serpientes y los escorpiones y sobre toda la potencia del enemigo*" (Luc., X, 19), porque la segunda frase explica el sentido de la primera, si consideramos que el enemigo por excelencia es el diablo (Matth.. XIII-39).

Por último, para apoyarnos también en la autoridad del Antiguo Testamento, recordemos las palabras de la Sabiduría: "*La muerte entró en el mundo por la envidia del diablo*" (Sap., II, 24).

Texto que no sería inteligible si el diablo y la serpiente no estuvieran identificados como la causa, el instrumento y el símbolo. Si, pues, Satanás no está expresamente nombrado en el **Génesis**, es porque la materia y la creencia general hacían completamente superflua una designación más precisa. La letra es harto transparente y es imposible no ver la realidad bajo la figura.

Una advertencia, no sin importancia, es que la Escritura, hablando de la serpiente seductora, no dice una serpiente, sino la serpiente. Quiere enseñarnos con esto que la del Paraíso terrenal no fué una serpiente cualquiera, sino aquella que el Antiguo y Nuevo Testamento llaman **el Satán** (Job.. I, 6), por oposición a satán (sin artículo), que significa sencillamente enemigo o adversario. Así, pues, la serpiente, condenada por la sentencia divina, es, ante todo, el gran rebelde, Lucifer, el espíritu maligno. Si hubo allí una serpiente propiamente dicha, no fué más que el disfraz visible y el órgano de la serpiente infernal. Por esto, todo lo que en la maldición de Dios puede convenir a dicha serpiente real, expresa figurativa y típicamente la pena impuesta al demonio, sea él mismo, sea su raza.

¿Qué debemos entender por la raza de la serpiente? Si ésta es símbolo del demonio, hay que ver en la raza de la serpiente la raza misma del demonio. Pero esta raza, ¿qué es? La Escritura no lo deja ignorar. Cualquiera que haya leído sus inspiradas páginas, sabe muy bien que el Libro Santo establece relaciones de filiación y de paternidad, no sólo en el caso de una

generación física y natural, sino también en el caso de una generación espiritual y moral (Una es, sin embargo, la generación espiritual de los hijos de Dios; otra, la que produce los hijos del diablo. La primera transforma interiormente al hombre por el don de la gracia y la morada especial del Espíritu Santo; la segunda destruye este don, arroja al divino Espíritu y hace suceder los vicios a la virtud, de tal modo, que por la una es el alma imagen de Dios, y por la otra toma algo de los rasgos y parecido de satán, padre del mal).

Y, así, vemos que en el **Génesis** se llama a los descendientes de Seth "*hijos de Dios*", porque permanecieron fieles al culto del verdadero Dios, y a los culpables descendientes de Caín, se les llama "*hijos de los hombres*" (Gén., VI. 1. 2).
Más de una vez el Nuevo Testamento designa a los perversos con el nombre de hijos del diablo y de satán: "*Hombre lleno de malicia y de astucia, hijo del diablo, enemigo de toda justicia*", dice San Pablo al mago Elymas, en el libro de los Hechos Apostólicos (Act., XIII, 10).

"*Aquel que hace el mal, dice a su vez San Juan, es del diablo, el cual ha mentido desde el principio*" (Joan., III-10). Jesucristo, en el Evangelio, trata a los saduceos y fariseos de "*raza de víboras y de serpientes*" (Matth., XII, 34; XXIII, 33), denominación que hallamos también en boca de San Juan Bautista en el Jordán (Matth., III. 7).

Y, para quitar toda duda, Nuestro Señor dijo a los mismos judíos incrédulos: "*Tenéis por padre al diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Él fué homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad*" (Joan., VIII-44).

Así, pues, la raza o descendencia de la serpiente, designada en la sentencia de Dios, son aquellos hombres a quienes el demonio, por medio de sus pérfidas sugestiones y su nefasta influencia, ha hecho a imagen suya y cómplices de su rebelión. Raza de la serpiente son los que cometen el pecado con sus actos personales; raza de la serpiente, los que nacen manchados por el pecado, como todo hijo de hombre; raza de la serpiente, sobre todo, los que continúan en la tierra la obra del demonio, perdiéndose ellos mismos y procurando perder a los otros.

II. Ya conocemos bien cuál es el primer grupo, quiero decir, la serpiente y su descendencia. Réstanos considerar el segundo, o sea la mujer y su posteridad o descendencia. Procuremos, ante todo, determinar la descendencia de ésta, y después nos será más fácil averiguar de qué mujer se trata. Hay aquí una cosa indudable, y es que la posteridad de la mujer es, por lo menos, en su significación primera y principal, el Salvador y Redentor de los hombres. Suprímase esta interpretación, y queda anulado al mismo tiempo el *primer Evangelio*, y se arrebata al género humano, caído y desesperado en la persona de sus primeros padres, la promesa que le consuela y la esperanza que lo levanta de su postración. La magnífica cadena de profecías, que se prolongan y se aclaran a través de los siglos, habrá perdido su primero y principal anillo. La figura del Mesías no será esbozada desde el principio del mundo, y el demonio, aunque cargado de la maldición divina, podrá gozar en paz de su triunfo, sin temor de perder su presa.

Además de los testimonios que las diversas edades del mundo nos presentan, el texto nos dice con harta claridad que la posteridad de la mujer es, en primer lugar, el Mesías Reparador y Salvador. En efecto; según el hebreo y la mayor parte de las versiones orientales, no es

la mujer prometida la que directamente aplastará la cabeza de la serpiente, sino su descendencia, su hijo y al pie de ese mismo hijo acechará la serpiente para morderlo. Tal parece ser la forma original del texto. Esto no quiere decir que la Vulgata y la mayor parte de los Padres latinos nos induzcan a error cuando leen: "*Ella* (la mujer) *te quebrantará la cabeza*", atribuyendo la victoria a la mujer. Pronto veremos que este sentir es verdadero; pero no es menos cierto también que el quebrantamiento de la serpiente infernal es, ante todo, hecho y triunfo propio de la descendencia de la mujer.

Sin que sea necesario entrar en los estudios gramaticales y filológicos, con los cuales se ha querido probar que la lección del texto hebreo merece la preferencia, baste el probar aquí que los acontecimientos declaran la promesa en el sentido indicado. Al Hijo atribuye el Espíritu Santo perpetuamente la victoria sobre la serpiente y la destrucción del imperio del diablo; al Hijo principálmente persiguen con su odio a través de los siglos la serpiente y su descendencia. "*Así como los hijos participan de la carne y de la sangre* —dice el Apóstol—, *Él también ha tomado esta carne y sangre, a fin de destruir muriendo al que tenía el imperio de la muerte; es decir, al diablo*" (Hebr., II, 14). Y San Juan: "*El que peca es del diablo, porque él pecó desde el principio. Y por esto vino el Hijo de Dios a destruir las obras del diablo*" (I Joan.. III. 8).

Así, pues, el Hijo de la mujer aplasta la cabeza de la serpiente.

Y ¡qué rabia la de la serpiente contra Él! Apenas nacido, se apodera el diablo de Herodes y trama asechanzas para perder a Jesús. Más tarde, irá a perseguirlo al desierto. Rechazado y vencido, le llegará su hora, aquélla de la que Nuestro Señor decía a los judíos, cuando fueron a prenderlo en el Huerto de los Olivos: "*Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas*" (Luc., XXII, 53).

Y entonces entrará dentro de Judas, para hacerle vender a su Maestro; en los príncipes de los sacerdotes y en los ancianos del pueblo, para juzgarle y condenarle; en los verdugos, para crucificarle. La descendencia de la mujer es, pues, el Redentor prometido desde el origen del mundo y venido en medio de los tiempos, Jesucristo Nuestro Señor. A esta primera consideración se añade otra no menos decisiva.

Y es que el Hijo de la mujer, del cual está escrito: "*El te quebrantará la cabeza*", es decir, aniquilará el poder del infernal opresor, no puede ser otro que la semilla prometida más tarde a los patriarcas, semilla en quien serán benditas todas las familias y naciones de la tierra (Gén., XXII, 18; XXVI, 4, etc.).

En efecto; así como la calamidad suprema que señalan las Escrituras es la servidumbre del demonio, así la bendición por excelencia es la libertad de tal servidumbre. Sigúese de aquí que el descendiente, **semen**, prometido al mundo en persona de Abraham, el Hijo en quien serán benditas todas las naciones, es una sola y la misma persona con la posteridad de la mujer, que ha de aplastar bajo sus vencedores pies la cabeza del diablo. El Apóstol lo hace notar con insistencia en la auténtica interpretación que da a las promesas hechas al padre de los creyentes:"*La promesa se hizo a Abraham y al que debía nacer de él, **semini ejus**. La Escritura no dice: **"Y a los que nacerán de ti"**, como si fuesen varios, **et seminibus quasi in multis**, sino que habla de uno solo: **"Y al que nacerá de ti",et semini tuo**, que es Cristo*" (Gal., III, 16).

Si, pues, tal es el Hijo y tal la posteridad de la mujer, ¿quién será esta mujer, sino la Madre de Cristo, la bienaventurada Virgen María?

La descendencia predestinada de la mujer es el futuro Mesías, el Dios hecho hombre. Acabamos de demostrarlo. Pero puesto que la descendencia de la serpiente es necesariamente un nombre colectivo, parece también necesario que la posteridad de la mujer no signifique solamente la persona particular de Cristo y del Mesías. El paralelismo de las palabras exige un significado más extenso. Por eso hemos dicho de esa posteridad que significaba primera y principalmente a Cristo, hijo de la Mujer; pero secundariamente, comprende, además, la multitud de hombres que, corriendo los siglos, habían de agruparse bajo los estandartes de Dios, para combatir al eterno enemigo de Dios. ¿Por qué? Porque pertenecen a Cristo, como miembros a su cabeza; porque forman parte de su plenitud; porque si bien no entran en su personalidad física, están comprendidos en su persona mística; en una palabra, porque son ellos también en la medida de su santidad nuevos Cristos, victoriosos adversarios de la serpiente. La semilla, pues, o la posteridad de la mujer, expresa verdaderamente una colectividad, pero una colectividad que sale de la unidad y a ella vuelve. He aquí las dos ciudades, tan elocuentemente descritas por San Agustín: Jerusalén y Babilonia; la ciudad del amor de Dios y la ciudad del amor de sí propio; la ciudad de Dios y la ciudad del diablo; ciudades divididas entre sí por invencible oposición de pensamientos y obras; ciudades en guerra perpetua e implacable, por que el odio recíproco de sus dos jefes no se extinguirá jamás.

Véase cómo todo se relaciona, una vez admitida esta interpretación del texto. La raza del diablo es multitud, y, sin embargo, una, pues él es el centro y la cabeza; la posteridad de la mujer es colectividad también, pero una y más aún que la del diablo, porque los justos están más identificados Con Cristo que los pecadores con el demonio. Aquí, sin duda, hay que buscar la interpretación de aquellas palabras del **Apocalipsis**, que nos muestra en la realidad lo que había predicho el **Génesis**:

"*Y el dragón, encendido en ira contra la mujer, fue a combatir contra los otros de su raza, **reliquis de seminei ejus**; es decir, contra los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Cristo*" (Apoc., XII, 17).

Esto explica también completamente las otras palabras de la sentencia divina: "*Tú te esforzarás en morderle el talón.*" Sin duda que se aplican a la persona individual y física de Nuestro Señor; pero, ¡con qué furor igualmente persigue la serpiente antigua a los que forman o están llamados a formar su cuerpo místico! Aprendámoslo en esta advertencia del Príncipe de los Apóstoles: "*Sed sobrios y vigilad, porque vuestro adversario, el demonio, da vueltas a vuestro alrededor como león rugiente, buscando a quien devorar*" (I Petr., V, 8).

San Pedro recordaba las palabras de Cristo, cuando le decía: "*Simón, Simón, he aquí que Satanás ha demandado cribarte, como el trigo*" (Luc., XXII, 31).

Participando de los ataques, participan también los justos de la victoria en Jesucristo. De aquí aquel deseo expresado por San Pablo escribiendo a los romanos: "*Que el Dios de la paz sujete prontamente a Satanás bajo vuestros pies*"(Rom., XVI-20).

Una vez más lo repetimos: siendo la descendencia de la mujer el Dios Salvador, hay que saludar en esa mujer a la gloriosa Virgen María. La consecuencia es clara, y será más clara todavía cuando hayamos hecho desaparecer una dificultad. Se ha dicho para contrarrestar nuestra interpretación; En toda la historia de la tentación y de la caída, la palabra mujer designa a Eva solamente; así, pues, debe tener el mismo significado en la pronunciación de la sentencia contra la serpiente y aplicarse igualmente a la primera mujer. Respondemos: Hay que distinguir el relato de la seducción y de la culpa de la pronunciación de la triple sentencia que viene después. En el primero, es indudable que la palabra mujer designa a Eva y a Eva solamente. Pero en la fulminación de la sentencia hay que confesar que si la palabra no cambia de **significado**, cambia de **sujeto** (La **significación** es la misma; el **supuesto** varía, como dicen los teólogos. Así, en esta frase: "*El Verbo es Dios de Dios*", la palabra Dios guarda el mismo sentido. Pero uno es el **supuesto** del primer término, otro el del segundo).

¿Hablaba Dios a Eva solamente, cuando decía a la mujer: "*Multiplicaré tus males, parirás con lágrimas y con dolor?*" (Gén., III, 16).

Por tanto, si la misma palabra, después de haber representado a una persona única, se extiende a la generalidad de las mujeres, ¿por qué no podría decirse lo mismo de una mujer individual distinta de Eva; esto es, de una mujer que sería la Madre del Salvador futuro?

Leyendo la historia de Eva, en vano buscamos en ella esa enemistad mortal entre el demonio y la mujer, enemistad que no tiene comparación sino con la oposición entre la descendencia del uno y la posteridad de la otra. ¿Cómo y cuál se nos presenta Eva en el texto del Génesis? Como cómplice primero y después como víctima de la serpiente; es aquella cuya temeridad, desobediencia y orgullo han concurrido en gran parte a que la raza humana sea la raza de la serpiente. La enemistad de la mujer con el demonio está manifiestamente conexa con el aplastamiento de la cabeza de la serpíente, en que termina la sentencia. ¿Qué hizo Eva, qué sufrió, qué mereció para ser tan funesta al diablo? Hemos dicho que la enemistad de la mujer está conexa con el quebrantamiento de la serpiente infernal; tengamos como garantía la traducción de la Vulgata, antiquísima versión, y tan universalmente aceptada por la Iglesia, que no puede expresar un error. Sí, la mujer también debe quebrantar la cabeza de la serpiente, pero en su posteridad y por su posteridad. ¿Y es esta la nota característica, preguntamos, que representa o distingue a Eva? ¿No la vemos, por el contrario, engendrar esclavos del demonio, y no a su vencedor, puesto que todo descendiente de la primera pareja es necesariamente pecador y sometido por el hecho mismo de descender de Adán y Eva al imperio de la serpiente?

Varios intérpretes católicos han querido que la mujer fuese a la vez Eva y María. Eva en sentido literal. María en el sentido espiritual. Eva sería el tipo de María; su horror y el de su posteridad para con la serpiente significaría la enemistad de la Virgen Santísima y de su divino Hijo con el demonio. Y, por consiguiente, el Proto-evangelio conservaría todo su valor profético. De igual modo que la ley del Exodo (Xll, 46): "*No le quebrantarás un solo hueso*", se refiere a Jesucristo crucificado, pero bajo la figura del Cordero pascual literalmente significado en el texto (Joan., XIX, 36)).

Se pretenderá, tal vez, que si la mujer de que aquí se trata no es Eva en particular, es, por lo menos, la mujer en general. A dificultad semejante contestaremos aplicando a todas las

mujeres lo que particularmente acabamos de decir refiriéndonos a Eva. Si a toda costa se quiere entender la palabra mujer según la significación genérica, no lo impugnaríamos en absoluto, pero sí con la condición de que se interpretase como hacen los Santos Padres cuando escriben tratando de Cristo: "*El hombre vencido por el diablo ha vencido a su propio vencedor*", o bien cuando, fijos los ojos en María, dicen: "*La mujer ha reparado los males causados por la mujer.*" De igual modo que en esas proposiciones el hombre y la mujer designan bajo su generalidad a Jesús y a su Madre, así también en la maldición fulminada contra la serpiente, la mujer resultaría también la Madre de Dios (De un modo semejante, decir con San Pedro Crisólogo que la mujer, después de haber sido por el diablo madre de los que mueren, se ha convertido por Jesucristo en madre de los vivientes, ¿no es designar bajo el nombre general de mujer a Eva y a María? (Serm. 140. P. L., LII, 576.)).

Tal es la interpretación que se da a la segunda pareja, la cual, esbozada únicamente en la sinagoga, se revela brillantemente desde los primeros días del Cristianismo. Manifiesta estaba en el pensamiento de los Santos Padres, cuando establecían entre Eva y María la antítesis que hemos descrito en el capítulo precedente (Si la cuestión se redujese a probar el carácter mesiánico de la profecía del *Génesis*, todos los Padres darían testimonio de ello. Pero aquí sólo queremos establecer que se trata de la bienaventurada Virgen, Madre del Redentor). Por otra parte, no faltan los textos que proponen explícitamente a María como la mujer designada en el Génesis. Sin hablar de los Padres, que, siguiendo la lección de la Vulgata, han interpretado que se trata de la mujer en aquellas paabras: "*Ella te quebrantará la cabeza*". ¡Cuántos otros, y entre los más antiguos, ven a Jesucristo en la descendencia de la mujer y a María en esa misma mujer! San Epifanio hace observar expresamente que el oráculo divino "*no podría ajustarse ni entera ni perfectamente a la primera mujer; no se cumple real y totalmente sino en el santísimo y excelentísimo fruto, nacido, de las entrañas de la Virgen, sin obra de varón*" (San Epiphan., *c. Haeres., haer.*, 78, n. 18, 19. P. G., XLII, 729).

Tal fue igualmente el pensamiento de San Ireneo en varios lugares de su gran libro contra las Herejías. Pero, sobre todo en el libro V, da el verdadero comentario de toda la profecía, pintando al demonio, a la Virgen Santísima y a Nuestro Señor Jesucristo con los colores y bajo el aspecto que realmente les convienen: Cristo, reparador, ha renovado todas las cosas en Él, cuando, declarando la guerra a nuestro enemigo, ha pisoteado victoriosamente su cabeza, según la predicción hecha a la serpiente en el **Génesis**: "*Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre su descendencia y la tuya; ella* (su raza) *vigilará tu cabeza y tú pondrás asechanzas a su calcañar*" (*Observabit, observabis*, según los Setenta).

Era el anuncio profético de Aquel que debía nacer de la Virgen... de Aquel que designa el Apóstol cuando, hablando en la Epístola a los gálatas del descendiente de Abraham, dice que la ley fue establecida hasta que venga la **simiente** por quien fueron hechas las promesas (Gál., 1II-9). Más claramente lo expresa en la misma epístola, diciendo: "*Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, hecho de la mujer*" (Gál., IV, 4).

Porque el demonio no hubiera sido justamente vencido, si no hubiese tenido por vencedor a un hombre nacido de la mujer" (San Iren., *advers. Haeres.*, 1. V, c. 21 n. 1, P. G., VII, 1179). En otro lugar, a propósito del mismo texto, dice expresamente "*del Hijo de María, que es el vástago predestinado a pisar la cabeza de la serpiente*" (Idem, ibíd,, 1. III, c. 23, n. 7, 964).

En el cuarto siglo, San Juan Crisóstomo, cuyo apego al sentido literal de las Escrituras es notorio, comentaba en estos términos la profecía genesíaca: "*Pondré enemistad entre ti y la mujer entre su raza y tu raza. No me bastará que te arrastres por el suelo, sino que te pondré una mujer por enemiga; una mujer que no conocerá alianza alguna contigo; más aún, haré que su descendencia sea la perpetua enemiga de la tuya*" (San Joan. Chrysost., Com. *in Genes*., hom. 17, n. 7. P. G., LIII, 143).

¿Puédese significar más claramente a la Bienaventurada Virgen y a su Divino Hijo, Nuestro Señor?

He aquí, sin embargo, algo más explícito. Lo tomamos del Comentario de San Máximo de Turín sobre el mismo texto: "*¿No veis, dice el mismo Santo Padre, que Dios lo amenazaba entonces con Jesucristo? Porque yo no sé de otro vástago de la mujer, sino de Aquel de quien dijo el Apóstol: Hecho de la mujer y de la carne; Aquel que, según el Evangelio, pasaba por hijo de José, y no lo era; es decir, el Verbo hecho hombre...*" Así, pues, era la Madre de Nuestro Señor Jesucristo, la que fué prometida en esta mujer. Contra ella van las enemistades de la serpiente."*Pondré* —dice Dios— *enemistades entre ti y la mujer.*" No dice: "*Pongo enemistades*", para que no se entienda esto de Eva. La promesa se refiere al porvenir. "*Pondré enemistades entre ti y la mujer*"; la mujer que debe parir al Salvador, y no la madre del fratricida (*Ep. de Viro perfecto*, publicada primero a nombre de San Jerónimo, y colocada despues en el apéndice entre las obras de San Máximo de Turin. (P. I... LVII, 939, sq.)).

San Isidoro de Pelusa no es menos explícito. No sólo ve a la Virgen Santísima en la mujer del **Génesis**, sino que encuentra también en la significación del texto bíblico "*descendencia de la mujer, **semen mulieris***", un argumento en favor de su interpretación: "*Esta posteridad de la mujer, que Dios mismo ha hecho enemiga irreconciliable de la serpiente, es el Señor Jesús, porque sólo Él es de tal modo vástago de la mujer, que nació sin concurso del hombre, y sin detrimento alguno de la virginidad de su Madre*" (San Isidor. Pelusiot., Epp. 1. I op. 426, P. G., I.XXVII, 417). Comprendamos bien el pensamiento del Santo Doctor. La expresión posteridad, vástago de la mujer, *semen mulieris*, o, lo que es igual, nacido de la mujer, no aparece sino tres veces en las Sagradas Escrituras, a saber: en el tercer capítulo del Génesis, en la Epístola a los gálatas y en el Apocalipsis (Gálat., IV, 4; Apoc., XII, 17).

Ahora bien: San Pablo habla claramente de María, y el Apocalipsis, de la Iglesia o de María, más probablemente de una y de otra, y los dos expresan una maternidad fuera de las leyes ordinarias, una maternidad virginal. Así, pues, idéntica expresión en el Génesis expresa idéntico sentido, y, por consiguiente, la victoria sobre la serpiente infernal debe ser ganada por el vástago de una Madre Virgen; y, ¿quién puede ser esa Madre, sino María?

O mucho nos engañamos, o también es el pensamiento de San León el Grande, cuando escribe: "*Dios Todopoderoso y Eterno, Dios cuya naturaleza es bondad, cuya voluntad es poder, cuya operación es misericordia, tan pronto como la malicia diabólica nos infestó con su mortal veneno, anunció desde el origen del mundo los remedios preparados por su piedad divina para **renovar** a los mortales. Esto daba a entender la sentencia dada a la serpiente, de que el fruto de la mujer quebrantaría con su virtud algún día su soberbia y culpable cabeza, y este fruto anunciado con tanta anticipación es Cristo, Dios y hombre, que viniendo en carne y nacido de la Virgen, debía arruinar con su purísimo nacimiento al corruptor de la raza humana*" (s. Leo M.. serm. 22. de *Nativitate Domini*, 2, c. 1. P. L.,

LIV-194. "*Ipse* (Christus) *solus* —dice también Ruperto— *ita semen mulieris est, ut no netiam viri semen sit.*" In Genes., III, c. 19, P. L. CLXXVII, 304).

Por último, queremos recordar dos documentos contemporáneos, cuya importancia es fácil reconocer. El más moderno por su fecha está sacado de una de las Encíclicas de León XIII sobre el Santo Rosario: "*En el origen de los siglos* —dice nuestro Pontífice— *fué presentada la Virgen Santísima por Dios a los autores del género humano caídos en la rebelión y en la culpa y a todos sus descendientes, inficionados por la misma mancha, como prenda de salud y de futura reparación*"(Leo XIII. Encycl. *Augustissimus*, 12 sept. 1897). ¿Podía decir más claramente que el oráculo del Génesis debe entenderse de María?

El otro documento no es menos explícito. Hállase en la Bula de Pío IX, proclamando la Concepción Inmaculada de la Virgen Santísima. En ella leemos"*que los Santos Padres y los escritores eclesiásticos en nada pusieron tanto empeño, en los libros escritos por ellos, ya para explicar las Divinas Escrituras, ya para defender nuestros dogmas, ya para instruir a los fieles, como en predicar a porfía y de mil maneras igualmente admirables... la brillante victoria ganada por la Virgen sobre el detestable enemigo del género humano*", alusión manifiesta al Protoevangelio y alusión que se precisa hasta la evidencia en las líneas siguientes:"*Por esto, desarrollando las palabras por las cuales, desde el origen del mundo, predijo Dios los remedios preparados en su bondad misericordiosa para la renovación de los mortales, humilló la audacia de la serpiente, nuestro seductor, y levantó maravillosamente las esperanzas de nuestra descendencia, cuando dijo:**"Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre su descendencia y la tuya"**, los Padres y los escritores de la Iglesia enseñaron de ese divino oráculo que mostraba manifiesta y claramente al misericordioso Redentor, Hijo único de Dios, Cristo Jesús, designaba a la Virgen María, su Madre, y a la vez expresaba de insigne manera las enemistades de ambos con el demonio*" (Bula Ineffabilis Pii Papae IX (a. 1854)).

III. Ahora que ya conocemos los personajes, volvamos al texto, a fin de penetrarnos de toda su profundidad y verdad: "*Y el Señor Dios dijo a la serpiente: Porque hiciste eso*". ¿Qué había hecho la serpiente, o, mejor dicho, el demonio? Valiéndose de la serpiente como de instrumento, había seducido a la mujer con una benevolencia fingida; se había servido de ella como de mediadora para para engañar al hombre, hacer de él un rebelde y perder en él y por él toda la raza humana. He aquí lo que había hecho Satanás: sus artificios, su malicia, su obra. "*Porque hiciste eso, serás maldita entre todos los animales y bestias de la tierra; te arrastrarás sobre tu vientre y comerás el polvo todos los días de tu vida.*" La serpiente es maldecida directamente, porque había servido de organo al demonio; pero la sentencia divina recae principalmente sobre este último. Por lo demás, la maldición pronunciada contra la serpiente simboliza la degradación del diablo y de sus futuros complices, así como había ella misma representado sensiblemente al tentador de la mujer.

"*Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre su descendencia y la tuya.*" Es como si dijese Dios: "*Porque esto hiciste; porque has fingido amistad engañosa con Eva; porque, asociándola a tu malicia, has ganado con esto el triunfo inicuo que pretendías; Yo sucitaré otra mujer, la mujer por excelencia, y estableceré entre ella y tú una enemistad verdadera, absoluta, perpetua, a fin de que te sea tan contraria y funesta como la primera favorable y propicia*". Porque hiciste eso; es decir, porque te has creado por mediación de Eva una raza semejante a ti en el Adán prevaricador; yo, por esta otra mujer, haré nacer un hijo, tu enemigo como ella y más que ella, el enemigo de tu ra-

za, y ese hijo de la mujer te quebrantará la cabeza y destruirá tu reino, a pesar de los ataques que tu malicia dirigirá contra él.

"*No importa que en una antigua versión se atribuya esta victoria sobre la serpiente a la mujer, y que ella sea la que deba aplastar su cabeza,* ***ipsa conteret.*** *Porque se debe entender que la mujer ganará la victoria, dando al mundo al vencedor. De este modo se concilian las dos lecciones: la que encontramos ahora en el original, y que atribuye la victoria al hijo de la mujer, y la nuestra, que la atribuye a la mujer misma. Y de cualquier modo que se entienda, vemos salir de la mujer un fruto que aplastará la cabeza de la serpiente y destruirá su imperio*" (Bossuet. *Elevat. sur les mysteres,*8e sem., 1° elevat.).

Tal es, pues, el significado de este memorable oráculo.

Antes de pasar adelante, hay que resolver dos dificultades con las cuales se ha querido negar, o, por lo menos, debilitar la interpretación mesiánica de nuestra profecía. Se ha dicho, en primer lugar, que ni Adán ni Eva podían ver en ella los profundos místerios que los intérpretes han descubierto después; que estos misterios no podían ser expresados en el texto, porque Dios habla para ser entendido. En todo caso, si este oráculo tiene alguna fuerza para establecer las prerrogativas de María, no es por su contenido, sino únicamente por los comentarios de los Padres y de los doctores.

Sentemos algunos principios antes de responder directamente a las objeciones. La revelación divina admite doble progreso: uno objetivo, el otro subjetivo. Progreso por parte del objeto, tan largo, por lo menos, hasta que el Espíritu Santo no lo hubo completado con las últimas manifestaciones de la verdad que declaró a los Apóstoles. Progreso por parte de la inteligencia; éste no tendrá su término postrero sino en la completa visión de la patria celestial. Vemos uno y otro progreso en las profecías que conciernen al Salvador. ¡Cuántos rasgos no han venido a precisar la vaguedad de las primeras promesas y a determinar la figura del Mesías, sus funciones y sus atributos, desde Abraham hasta el día de su aparición en carne mortal! Y no es menos sensible el progreso de parte de la inteligencia. ¿Comprendían los judíos, en tiempo de Nuestro Señor, las antiguas profecías con la claridad que nos ha prestado el Cristianismo? Y en el Cristianismo mismo, ¿no ha sido la doctrina del Verbo encarnado más explícitamente comprendida y más claramente expresada a medida que las herejías forzaban a los doctores de la ciencia sagrada a estudiarla más, y a los maestros de la fe a definir con más fijeza su contenido? Y, sin embargo, ni uno ni otro desarrollo nos autorizan para decir que las primeras nociones estuvieron absolutamente vacías de sentido para aquellos que las recibieron, o que el dogma del Verbo encarnado es únicamente conocido por los comentarios de los doctores y las definiciones de la Iglesia.

Hagamos la aplicación de estos principios al Protoevangelio del Génesis. Concedemos que si tenemos ahora de él una inteligencia completa y si nos damos cuenta de cada una de sus expresiones, lo debemos a las profecías posteriores, a las interpretaciones de los Padres, a la luz que ha proyectado sobre él la historia del Cristianismo. Los fieles del Antiguo Testamento, y con harta más razón Adán y Eva, que oyeron los primeros la promesa, no podían tener de aquella profecía una inteligencia como la que nosotros tenemos. Pero de esto a decir que la doctrina del nuevo Adán y de la nueva Eva, contenida en la sentencia fulminada contra la serpiente, no los enseñó más que una cosa, la enemistad recíproca que habría ¡empre

entre la serpiente visible y la mujer, y que todo lo demás debió ser para ellos un enigma indescifrable, de esto a aquello, repetimos, hay mucha distancia.

Precipitados como habían sido de las alturas de la gracia a un abismo de degradación y de miseria, y comprendiendo que por ellos mismos no podían levantarse de su caída, ¿cómo no habían de suspirar por un socorro provindencial que los arrancase de su desgracia?, y en tal disposición de alma, ¿cómo no hubieron de escuchar y de comprender ávidamente la menor alusión a una futura libertad?

Se ha dicho, en segundo lugar, que si el oráculo del **Génesis** contenía verdaderamente lo que creemos descubrir nosotros, Jesucristo y sus Apóstoles se hubieran servido de él para establecer entre los judíos la misión del divino Salvador, lo que, sin embargo, no hicieron nunca. Fácil es la respuesta a esta nueva dificultad. Jesucristo y sus discípulos tenían otras profecías más claras, más completas y más explícitas, mejor conocidas de sus oyentes. ¿Es extraño que prefirieran emplear estas últimas? Por lo demás, ya hemos visto que el Evangelio y los escritos apostólicos contienen muchas alusiones a las escenas del **Génesis**, y la interpretación tradicional encuentra en ellos su confirmación.

IV. Hasta ahora hemos preparado las conclusiones que debíamos sacar del texto genesíaco. Primero, la revancha divina se muestra de modo incontestable. El conjunto de la sentencia divina, así como el pormenor de sus disposiciones, concede a la **mujer**, en el orden de la renovación, la misma parte que había tenido en la caída. Por un lado, la mujer, seducida por la serpiente, hace del hombre un rebelde, y el hombre y la mujer, con su descendencia, se convierten en la presa del monstruo infernal. Por otro, la mujer, pero la mujer enemiga de la serpiente, da al mundo el vencedor del diablo, por el cual ha de quedar libre todo el género humano.

Imposible es no ver en esto el carácter de desquite divino, tantas veces señalado por los Padres. Y Dios, como si temiese que el relato y los hechos no nos lo hubieran hecho conocer suficientemente, ha querido acentuarlo. El mismo: "*Porque hiciste eso — quia fecisti hoc*" —, dice al demonio en ese primer Evangelio y los demás que meditábamos más arriba. Abrid ahora el **Evangelio de San Lucas** y leed en el primer capítulo el sencillo relato de la Anunciación; allí encontraréis el comentario viviente de la promesa y comprenderéis hasta qué punto están fundadas las relaciones establecidas por los Padres entre la primera mujer y la Santísima Virgen, entre la antigua Eva y María, la nueva Eva.

La maternidad de María no aparece con menos certeza que el plan de desquite divino. Su divina maternidad no hay ya necesidad de probarla, desde el momento en que se reconoce a María en la mujer y a Jesús en su fruto. Madre del Reparador de nuestra raza, Ella es Madre de Dios, puesto que este Reparador es el Hijo único de Dios.

Y nos atrevemos a decir que la maternidad, por la cual somos, nosotros los redimidos, sus hijos según la gracia, no está menos expresada, ni con menos claridad. ¿Por qué? Primero, porque darnos al vencedor de la serpiente es darnos en Él la vida de la gracia. La amistad de Eva con la serpiente ha hecho de ella la**madre de los muertos**; fuerza es que la enemistad de María con el demonio, la convierta en **madre de los vivientes.** Esto lo hemos oído ya varias veces de labios de los doctores y de los Padres. Pero el texto nos ofrece un argumento más

directo aún y más importante. El fruto, el descendiente, la raza de la mujer, *semen mulierís*, no es únicamente la persona física del Salvador. El significado de la palabra comprende algo de **colectivo**. Aun aquéllos que no quieren reconocer en este texto relación alguna con la redención, lo confiesan por unanimidad, y hasta lo toman como arma para combatir la interpretación tradicional. Convenimos con ellos, y ya más arriba hemos demostrado que esta expresión designaba, en efecto, toda la serie de hombres buenos y justos que, en unión con Cristo, trabajarían para destruir el reinado del mal y el imperio del diablo en sí mismos y en los otros. Sin embargo, añadíamos, el *semen* designa principalmente a Jesucristo, porque Él es el que subyuga a Satanás, y si otros, además de Él, participan de su victoria, es porque caminan sobre sus huellas; más aún, porque se han convertido en miembros suyos, porque pertenecen a su persona mística, y porque, según la medida de la gracia que poseen, son ellos también Cristo.

Por consiguiente, siendo así que el *semen* del tercer capítulo del Génesis es la posteridad de la mujer, y que por esta descendencia de la mujer se debe entender con Cristo su Jefe y Cabeza, a toda la raza de los hombres justos, y puesto que esta mujer es María, el texto, en el sentido inmediato y literal, afirma la doble maternidad de la Bienaventurada Virgen María, su maternidad según la naturaleza y su maternidad según la gracia. Importa poco, repetimos, que los primeros hombres no hayan sondeado toda la profundidad de esta profecía. El Nuevo Testamento nos ha procurado la llave que nos abre sus puertas y nos la muestra en plena luz. Gracias a estas nuevas claridades, María se muestra a nosotros en los hechos, ya en el origen de los tiempos, lo que fué en los designios de Dios; antes de todos los tiempos, la Madre de Dios hecho carne y la Madre de los hombres.

Conveniencias de la maternidad espiritual de María.

Conveniencias por parte de las tres personas de la Santísima Trinidad.— Conveniencias, también, por parte de los hombres rescatados y santificados.

En la primera parte de esta obra hemos estudiado las conveniencias admirables que revela la maternidad de la Santísima Virgen en su relación con el Hijo de Dios hecho hombre. El estudio de la maternidad de la gracia nos ofrece armonías no menos numerosas y sorprendentes. Hace poco, la historia de la caída y la promesa de la rehabilitación futura que sucedió a la caída de la Humanidad, nos presentaban una de esas conveniencias misteriosas que Dios sólo puede inventar con su misericordiosa sabiduría: la Libertadora al lado del Libertador, simiente y fruto de la mujer, es decir, la Madre del Redentor, que debe ser a la vez madre de los redimidos, nueva Eva, junto al nuevo Adán. Pero hay otras armonías, fundadas en cierto modo sobre la naturaleza misma de las cosas, que importa contemplar despacio, a fin de poner cada vez más en plena luz el gran hecho de la maternidad de María. Ahora bien; las múltiples conveniencias señaladas en el principio de este capítulo, pueden reducirse a dos grupos: unas, por parte de Dios; otras por parte del hombre.

I

Conveniencias por parte de Dios: Primera conveniencia.

La encontramos en la consideración de Dios Padre; Dios no tiene más que un hijo por naturaleza, y este Hijo se lo dió a María, cuando Ella concibió en la carne al mismo Verbo que Él engendró eternamente en el seno de la divinidad. Pero el Padre tiene otros hijos, que engendra según la gracia y que adopta por caridad. ¿No es justo que después de haber hecho participar a la bienaventurada Virgen María de su fecundidad natural, para que sea con Él madre de su Unigénito, acabe la obra y le comunique la fecundidad de su amor, para que sea también Madre de los hijos adoptivos? Tanto más justo cuanto que si el Padre tiene esos nuevos hijos según la gracia, se los debe a María, porque para que nazca de El hace falta la Encarnación del Verbo, es decir, en términos equivalentes, hace falta el acto por el cual la Virgen engendra como hombre a Aquel a quien el Padre engendra como Dios. Nos lo dice el Apóstol: "*Dios ha enviado a su Hijo,* ***nacido de la mujer****, para que recibiésemos la adopción de los hijos*" (Gálat., IV, 4, 5).

Y tanto más justo, además, cuanto que si María, asociada a la fecundidad de naturaleza del Padre, fuese excluida de la fecundidad de la gracia, se daría no sé qué anomalía en la familia de Dios: hijos que, teniendo el mismo Padre, sólo uno de ellos, el Unigénito reposase en el corazón de la Madre.

Segunda conveniencia.

El Verbo de Dios se hizo hombre para provocarnos al amor. Por este fin quiso hacerse niño, tomar sobre sí todas nuestras miserias, conversar familiarmente con nosotros; en una palabra, ser uno de tantos, como el hermano mayor entre sus hermanos menores. ¿Quién no ve claramente que ese designio de misericordia y de amor exigía que después de habernos dado a su Padre, nos diera también a su Madre? Así se nos presenta verdaderamente como un hermano; así se eleva nuestra confianza; así podemos ir a Él sin temor, puesto que el mismo seno maternal que le ha llevado a Él según su carne, es el seno de donde salimos nosotros según su espíritu.

Recordemos también que la gracia, que nos hace hijos de Dios y hermanos de Cristo, nos incorpora místicamente al mismo Salvador. Por ella somos miembros suyos y como partes de Él mismo. Jesucristo quiere comprendernos en la integridad de su persona, de tal modo, que todo fiel sea no solamente de Cristo, sino otro Cristo. En otro lugar hemos desarrollado largamente esta idea tan bella y tan fundamental en el dogma católico (*La Gráce et la Gloire*. LV, c. 4).

Los Apóstoles, los Evangelistas, los Obispos y doctores, los Sacramentos de la Iglesia, en una palabra, todas las instituciones del Salvador de los hombres, no tienen más que un fin: "*Trabajar en la perfección de los santos..., en la edificación del cuerpo de Cristo*" (Eph., IV, 11 y 12).

El cuerpo natural de Cristo tiene, desde hace mucho tiempo, su desarrollo completo. Para Él ya no hay cambio, ni crecimiento, ni perfeccionamiento posible desde que salió vivo y glorioso del sepulcro. Pero este otro cuerpo que el Hijo Unico se forma en el seno de la Iglesia;

este cuerpo en vista del cual se dignó revestirse del primero, debe ser obra de siglos. Cristo se forma y crece en nosotros; bautizados que somos, es decir, nacidos en Cristo, crecemos en Cristo (Gal., III, 27; I Petr., I, 2).

Y podemos decir, en un sentido verdadero, que el crecimiento sobrenatural, que se opera por medio de la unión de los miembros con su cabeza, es como un crecimiento de Dios, del Dios Encarnado, *incrementum Dei* (Col., 11-19).

Sublime y consolador misterio que San Agustín, con amorosa complacencia, explicaba a los fieles, diciéndoles: "*Derramemos nuestros corazones en acciones de gracias: somos no solamente cristianos, sino otros Cristos. ¿Comprendéis, hermanos míos, la gracia de Dios sobre vosotros? Admiremos, estremezcámonos de alegría: somos unos con Cristo. Él, la cabeza; nosotros, los miembros; el hombre completo, Él y nosotros... La plenitud de Cristo es, pues, la cabeza y los miembros. ¿Cuál es la Cabeza y cuáles son los miembros? Cristo y la Iglesia*" (San August., *Tract. XXI in Joan*., n. 8, P. L„ XXXV, 1568. "*Sicut in illo homine quem gressit, ita (Dei Filius) in nostris mentibus gradus quosdam corporae aetatis exequitur: nascitur, crescit, roboratur*" (San Paulin., ep. 23, P. L., LXI, 257)).

¿Qué se deduce de todo esto? Que la Madre de Cristo debe serlo nuestra. De otro modo no sería Cristo enteramente hijo de María. Lo sería por su persona física; pero no lo sería en su persona mística. Madre de Aquel que es la Cabeza, María no sería madre de sus miembros. Nueva anomalía que deformaría, en cierto modo, las proporciones divinas del misterio. Así, pues, como el cuerpo místico de Cristo es la plenitud y el complemento de su cuerpo natural (Eph.. I. 23), así es fuerza que la maternidad de María para con los miembros sea la prolongación y la consumación de su maternidad divina. Y he aquí por qué siendo esta Virgen Madre de Dios, debe ser, en consecuencia, Madre de los hombres, puesto que los hombres son, de hecho o por destinación, cuerpo de Cristo.

Un hermoso pensamiento de San León dará mayor realce a esta conveniencia. Lo tomamos de uno de sus sermones sobre la Natividad del Señor: "*Esta infancia que la majestad del Hijo de Dios nos desdeñó* —dice este gran Papa— *se ha convertido, gracias al discurso de los años, en la madurez del hombre perfecto; y una vez consumado el triunfo de la muerte y de la resurrección, cesaron todos los actos que correspondían a la bajeza de la cual quiso Cristo revestirse por nosotros. Sin embargo, la fiesta de hoy renueva a nuestra consideración el origen de Jesús, nacido de la Virgen María, y he aquí que, honrando el nacimiento de nuestro Salvador, celebramos al mismo tiempo nuestro propio principio. Porque el origen de Cristo es el origen del pueblo cristiano,* ***y el nacimiento de la Cabeza es el nacimiento del cuerpo*** ("*Generatio enmi Christi est origo populi christiani et natalis capitis est natalis corporis.*").Los hijos de la Iglesia, es cierto, llamados cada cual por su orden, se distinguen en la sucesión de los tiempos; sin embargo, cualquiera que sea la multitud de los creyentes, nacidos en las aguas del Bautismo, fueron engendrados con Cristo, como fueron crucificados con Él en su pasión, vivificados con Él en su resurrección, y con Él colocados a la diestra del Padre en su gloriosa ascensión (L. Leo M., Serm. 26, *in Nativ. Dom*. 6, c. 2. P. L., LIV, 213).

Si esta doctrina es verdadera, com no podemos dudarlo; si los cristianos han nacido, en principio, **virtualmente**, empleando una expresión de la Teología, cuando la Virgen Santísima dió a luz al Verbo Encarnado su Cabeza, ¿cómo no va a ser madre de ellos? Por último, ¿no veis que habría un vacío inexplicable en los bienes que hemos recibido de Cristo, si no nos

hubiera legado su misma Madre para que fuese nuestra? Consideremos, en efecto, con qué infinita largueza se dedicó a darnos parte de todo cuanto posee. Quiso darnos a su Padre por padre, para que, a imitación suya, podamos decir con toda verdad: "*Padre nuestro, que estás en los cielos*". Tiene un cuerpo, y ese cuerpo es verdaderamente nuestro; nuestro, porque lo ha sacrificado por nosotros en el Calvario; nuestro, porque nos lo sirve de manjar en la Eucaristía, para que seamos unos con Él; nuestro, porque Él es la cabeza de la cual somos los miembros. Y su divino Espíritu, Espíritu que es verdad y amor, ¿no nos lo da también para poseerle dentro de nosotros, como nuestro Huésped, nuestro Maestro y la Moción de todas nuestras acciones?

Sus misterios los ha hecho nuestros. Si ha resucitado de entre los muertos; si ha subido al cielo; si ha triunfado del infierno y eternamente reina en el trono de su gloria, nos hace participantes de todas estas divinas prerrogativas (Eph., II. G; Apoc., III, 12).

Nada más íntimo en el hombre que su sangre, su vida y su corazón. Jesucristo nos ha dado su sangre, puesto que la ha derramado toda por nuestra redención, Jesucristo nos ha dado su vida. "*Vivo yo* —dice el Apóstol—, *o más bien es Cristo quien vive en mí*" (Gal., II, 20), y todos podemos aspirar a la misma dicha. Jesucristo nos ha dado su Corazón, y ese Corazón es verdaderamente nuestro, nuestro corazón; porque lo que en otro tiempo dijo a **Santa Catalina de Sena:** "*Hija mía, días atrás te cogí tu corazón; pero he aquí que, en cambio, te doy el mío, con el cual vivirás de hoy en adelante*", está dispuesto a decirlo prácticamente a cada uno de nosotros, si queremos corresponder a las invitaciones de su amor. ¿Qué más? Los hombres, sus hermanos, quiere que sean también nuestros hermanos. Su nombre, que está sobre todo nombre, lo comparte también con sus elegidos (Apoc., XIV, 1; XXII, 4), y para que nada falte a la comunicación de sus bienes, nos hace sus coherederos para la eternidad: *Haeredes quidem Dei, cohaeredes antem Christi* (Rom., VIII, 17).

Suponed que su Madre no entre en esta universal y tan magnífica donación; entonces tendríamos algún derecho para detener a Cristo, cuando va a pronunciar su *consummatum est* en el Calvario, y decirle: "*¡No, señor! Todo no está consumado. Ved al pie de la cruz esa Madre llorosa, que es la vuestra. ¡La habéis olvidado en vuestro testamento! De todos vuestros bienes, es el único que no nos habéis legado*". ¡Sí! Habría aquí una omisión que nada justificaría. No se podría atribuir al olvido, porque nada se escapa a la ciencia de Cristo; ni a la condición de María, como si el ser quien se obstase a que fuese así dada por su Hijo, puesto que Juan, al pie de la cruz, la recibió de Jesús en calidad de Madre. Se impone, pues, esta conclusión: Cristo, que tan manifiestamente quería admitirnos a la participación de todos sus bienes, ha debido hacer de nosotros los hijos adoptivos de la Virgen y hacerla a Ella Madre de esos hijos adoptivos. Así el divino Salvador podrá decirnos, guardada la debida proporción, las palabras que dirigía a su Padre Eterno: "*Todo lo mío es tuyo, y todo lo tuyo es mío*" (Joan., XVII. 10).

Todo lo mío es vuestro: lo acabáis de oír; no tengo nada ni en mí ni fuera de mí que no lo haya hecho vuestro. Y todo lo vuestro es mío, puesto que me he revestido de vuestra naturaleza, de vuestras facultades, de vuestras miserias, y, en cierto sentido, de vuestros pecados mismos para expiarlos.

Tercera conveniencia, fundada sobre el oficio del Espíritu Santo.

La fe nos muestra al Espíritu Santo produciendo con María y en María Dios hecho hombre. "*El Espíritu Santo vendrá sobre ti... y, por esto, el Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios*" (Luc., I, 3. 5).

Ahora bien; el Espíritu Santo da a Dios otros hijos, los que, según la palabra del Señor, renacen del agua y del Espíritu Santo, y esta generación de hijos adoptivos del Padre és a imagen y semejanza de la generación temporal del Hijo natural de Dios. Doctrina es de los Padres, y más de una vez hemos tenido ya ocasión de constatarlo (Cf., *La Gráce et la Gloire*, 1. VI, c. 3).

Más aún, como acabamos de verlo; la generación de los hijos adoptivos es la prolongación y el complemento de la generación del Verbo hecho hombre, puesto que estos nuevos hijos pertenecen a la plenitud de Cristo. Hay, pues, bajo este aspecto una suprema conveniencia en que María concurra con el Espíritu Santo al misterio de nuestro renacimiento, y que sea la madre de aquellos que son hechura del Divino Espíritu. Los dones de Dios no pueden cesar nunca, com no sea que nuestra infidelidad le obligue a despojarnos de ellos. ¿Quién podrá decir jamás de María que ha merecido ver al Espíritu de Dios retirarse de Ella, hasta el punto de no asociarla a la producción de los miembros, después de haberla hecho tan divinamente fecunda en la producción de la Cabeza?

Por tanto, sea cual fuere la persona de la Santísima Trinidad que consideremos, surge la maternidad **humana** de María, si nos es lícito expresarnos de este modo, como el coronamiento o término obligado de su maternidad divina.

II

La misma maternidad nos ofrecerá armonías y conveniencias muy notables, si las miramos por parte de los hombres.

La gracia no destruye la naturaleza, como la fe no contradice la razón, puesto que una y otra salen de la misma fuente: Dios. Por el contrario, la ennoblece y la perfecciona; aún más: toma de la naturaleza lo que tiene de noble, de recto, de legítimo, para impulsarlo hacia su fin, que es la gloria de Dios y la salvación del hombre.

Cosa es maravillosa el ver cómo Dios, queriendo sacar al hombre de su bajeza nativa y elevarlo hasta la participación de Él mismo, ha hecho entrar la naturaleza en la realización de sus designios de misericordia. Demos, entre cien, algunos ejemplos. Ciertamente, podía, si hubiera querido, comunicarnos sus dones y hacer de nosotros otros tantos dioses deificados, sin abajarse Él mismo hasta nuestra nada. Pero como éramos hombres por naturaleza, se decidió que el Hijo Eterno de Dios fuese hombre como nosotros, a fin de que de un hombre saliera nuestra grandeza. Así la naturaleza es, juntamente con la gracia, la base de nuestros destinos sobrenaturales.

Dios no hace esto solamente. En todas partes siempre consulta a nuestra naturaleza humana y la toma como auxiliar de su gracia. El hombre, por su naturaleza, ha nacido para vivir en sociedad; en ella y por ella alcanza su desarrollo físico, intelectual y moral. Dios no se olvidaría de esta condición natural del hombre al establecer la economía de la salvación. De aquí la fundación de una sociedad más perfecta: la Iglesia con su jerarquía; pastores que

mandan en nombre de Dios; fieles que, viendo en sus pastores a los representantes de Dios, les obedecen como a Él mismo.

El hombre, compuesto de cuerpo y alma, de espíritu y materia, sale de las cosas sensibles para subir a las realidades invisibles. Si percibe las verdades inmateriales, es preciso que las desembarace, en cierto modo, de la corteza material que se presenta ante todo a su conocimiento. Aquí también moldea Dios la economía sobrenatural sobre el orden de la naturaleza. Toda la divina teoría de los sacramentos tiene por fin el responder a esta necesidad del ser humano.

Conocido es el hermoso texto de **San Juan Crisóstomo**: "*Si fuerais incorpóreos, os hubiera hecho dones incorpóreos como vosotros y despojados de toda materia; pero como vuestra alma está encarnada en un cuerpo, os da bienes inteligibles velados bajo apariencias sensibles*" (In Matth.. hom. 82, n. 4, P. G., LVIII, 743).

Este es el fundamento del culto a las imágenes y de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús; es el principio generador de toda la liturgia católica, y esto es lo que la hace tan hermosa, tan conmovedora, tan en armonía con nuestra naturaleza, y, por consiguiente, tan divina. Así ha querido Dios mostrar que Él es tan autor de la gracia como de la naturaleza, fundando, en cierto modo, una y otra en la unidad, sin confusión, no obstante, y cada una en su rango, de tal suerte que la religión de Cristo con sus sacramentos y sus ritos sea como una imagen del mismo Cristo.

Fácil es seguir esta comparación: veríamos el alimento responder al alimento; el baño regenerador del Bautismo a las abluciones que purifican el cuerpo; la solemnidad de las fiestas cristianas a las distracciones que reclama la Naturaleza.

He aquí por qué se ha puesto Dios en relación con nosotros por medio de todos los afectos de la Naturaleza, para ganarnos con ellos y sobrenaturalizarlos. Quiere que al hablarle le demos el dulce nombre de Padre, y que nosotros tomemos el de hijos. Nos ha dado a su Unigénito por hermano, y ese mismo Hermano se complace en llamarse Esposo de nuestras almas. ¿Cómo, pues, en un orden por el cual Dios se ha propuesto tan claramente reparar la naturaleza con medios sacados de la naturaleza o calcados sobre esa naturaleza; cómo, pues, repetimos, hubiera dejado de hacer entrar la relación más íntima y más dulce para el corazón del hombre, que es la de la maternidad? Sabemos muy bien que en la Escritura compara a veces su afectuosa solicitud para nosotros al amor de una madre (Isa., LXVI, 13; XLIX, 15); pero jamás nos invita a invocarle bajo ese nombre, y la Santa Iglesia, cuyo lenguaje es la regla del nuestro, tampoco le da este título nunca. Sabemos también que la misma Iglesia, esposa inmaculada de Cristo, es nuestra madre en el orden sobrenatural; pero también la Iglesia, que no es otra cosa sino la sociedad de los hijos de Dios, reclama una madre. ¿Me atreveré a decirlo? Por muy madre que sea para cada uno de los fieles, no es la madre que puede satisfacer ella sola todas nuestras aspiraciones; no es una mujer individualmente, una persona físicamente una, teniendo corazón de mujer, tal, en fin, como la naturaleza la prepara a todo hombre que viene a este mundo. Por consiguiente, a esta gran familia de Dios, que es la Humanidad regenerada, le faltaría su más conveniente y su más atractivo complemento si con el Padre, que está en los cielos, con el Hijo, hecho por la Encarnación nuestro semejante y

nuestro hermano por naturaleza, no tuviese una Madre, verdaderamente mujer y verdaderamente madre.

Y esta Madre no puede ser más que la propia madre de Cristo Dios. Suponed que fuese otra, y ya no tendría en el orden de la gracia un lugar análogo al que tiene la madre en el orden natural. El hijo mayor de la familia, el que es su Cabeza y su Corazón, no sería hijo de Ella, y, por consiguiente, ya no seríamos nosotros para Él hermanos verdaderos, nacidos de una misma madre, salidos de un mismo seno maternal. Tampoco sería comprensible con qué título podría llamarse madre esa mujer, en el sentido más elevado de la palabra, si el Hijo de Dios, el Salvador de los hombres, no fuese su Hijo; menos aún, qué clase de funciones verdaderamente maternales podría ejercer en nuestro favor.

Pero si Dios nos da una Madre, y si la madre que Dios nos da es la madre de su Hijo encarnado, ¡cómo se armoniza todo entre los dos órdenes de naturaleza y gracia! En el uno y en el otro, el hombre recibirá la vida de un hombre y de una mujer; aquí la vida de la naturaleza, allí la de la gracia. En uno y en otro habría lugar para el oficio tan necesario y tan delicado de la madre en el hogar doméstico.

Ya hemos meditado cuánto importa, para el nacimiento y el desarrollo de nuestro amor hacia Dios, que ese Dios se nos presente entre los brazos y sobre el corazón de una madre.

Pero, ¡cuánto mayor acrecentamiento de fuerza y de dulzura tendrán esos atractivos de amor, si esa madre de nuestro Dios es también nuestra Madre! La amaremos, y el amor que concebiremos hacia Ella nos llevará, naturalmente, al amor de su Primogénito, el Verbo de Dios hecho hombre, y por la prolongación del mismo movimiento, al amor de Dios mismo. No olvidemos que, según la expresión del Apóstol, no somos todavía más que un parvulillo (I Pet., II, 2; Ephea., IV, 12. 14), siendo el hombre perfecto del cielo y no de la tierra. Pues bien; ¿de dónde saca mejor el niño pequeño amor a su padre y a sus hermanos, sino del corazón maternal?

Si tenemos favores que pedir a Jesucristo, fuente de todas las gracias si, pecadores y rebeldes, tenemos que solicitar un perdón que no merecemos, ¡cuán benigna Mediadora será para nosotros la Madre común del hijo pobre y del Hijo rico con todos los bienes del cielo, la Madre del ofensor y del ofendido!

No nos atreveremos, quizá, a ir directamente a Jesucristo para solicitar sus gracias y el olvido de nuestros crímenes, o, por lo menos, iremos temblando; porque si es nuestro hermano, es también nuestro Señor. Señor lleno de majestad, Señor a quien muchas veces hemos desobedecido. Ciertamente es bueno, y lo sabemos; es la Misericordia misma; pero tampoco ignoramos que, como Dios, es la Justicia misma, y día vendrá en que con su naturaleza humana bajará con los rayos en las manos para pulverizar a sus enemigos. Que se interponga entre Él y nosotros una Madre, Madre suya y Madre nuestra, y renacerá nuestra confianza. En Ella, en efecto, encontramos la Mediadora que nos hacía falta, cerca del gran Mediador; Mediadora capaz de disipar en nosotros los últimos restos del temor y hacer descender de Él sobre nosotros los beneficios que necesitamos, el perdón que nuestro arrepentimiento implora.

Tal es el lugar que la economía de la Redención reservaba a la madre y que nuestra naturaleza reclamaba, sin tener, no obstante, derecho a exigirla.

Es lo que maravillosamente explicó San Bernardo en un texto célebre, que citaríamos ahora mismo si no se nos ofreciera ocasión más favorable para ello más adelante.

Bossuet, con menos palabras, pero con no menor elocuencia, ha explicado también este oficio de Mediadora que tiene María por su calidad de Madre de los hombres y Madre de Dios: "*Para podernos socorrer hacían falta dos condiciones: que su grandeza la acerque a Dios y que su bondad la acerque a nosotros. La grandeza es la mano que recibe; la bondad la mano que derrama, y son necesarias estas dos cualidades para que la comunicación sea perfecta. María, siendo Madre de nuestro Salvador, se eleva por este título a grande altura, cercana al Padre Eterno, y la misma María, siendo nuestra Madre, se baja hasta nosotros por el amor que nos profesa, hasta compadecerse de nuestra debilidad e interesarse en nuestra dicha*" (Bossuet, exordio del segundo sermón para la fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen).

No digáis que hay exageración en estas reflexiones del gran orador y del gran santo, porque Dios mismo es el Padre de las misericordias, que se inclina amorosamente hacia nuestra miseria, y porque Jesucristo, sobre todo desde que tomó un corazón semejante al nuestro y nos lo descubrió abrasado en amor a los hombres, basta para sostener nuestra esperanza. No negamos la misericordia infinita del Padre; es el cimiento más firme de nuestra confianza. Pero era propio de esta misericordia el procurarnos un guía amado y amable para conducirnos hasta su trono, y no es el menor beneficio que nos ha concedido esa misma misericordia, el que ese guía fuese una Madre que es Hija del Padre y Madre de su Hijo. Tampoco quiera Dios que dudemos del Corazón de nuestro Salvador; pero el don por excelencia que nos ha hecho, ¿no es acaso el corazón de su Madre? Y aun cuando tenga el Corazón divino una fuerza inefable para atraer los corazones, ¿no es cierto que nos arrojamos en Él con más confianza cuando pensamos que ha sido formado del corazón de nuestra Madre, y que Ella está siempre dispuesta para abrirnos sus puertas?

Penetremos más adentro en estas providenciales conveniencias. Dios, cuando creó al primer hombre, se dijo a sí mismo: "*No conviene que el hombre esté solo: hagámosle una compañera semejante a él*" (Gen.. II, 18).

Y le envió un sueño misterioso, y tomando una de sus costillas, formó de ella la primera mujer, que fué con él y por él la madre de la raza humana. Claro es que el Creador tenía bastante poder para multiplicar y conservar a los hombres independientemente de la mujer. Pero, en este otro orden de la Providencia, la madre habría desaparecido, y con ella todo lo que hay de ternura, de dulzuras, de amabilidad, de abnegación y de encantos en ese nombre, o, mejor, en la persona significada por ese nombre. He aquí por qué, conociendo el corazón del hombre, quiso que tuviese una compañera, y que del hombre y su compañera naciese la familia humana.

Si queremos saber cuán saludable y profunda influencia es la de una madre, miremos hacia ese hogar de donde la muerte la ha arrebatado, y donde ninguna otra mujer, verdaderamente madre por una solicitud y afecto maternales, ha podido reemplazarla, o, si queremos mejor, consideremos a esos niños privados desde su más tierna edad de las caricias y de los

cuidados de una madre. ¿Es extraño que les falte no sé qué de alegría, de expansión, de delicada ternura que se adquiere con el contacto de una madre? ¿Quién no ha tenido ocasión de reparar en esto o de oír a otros reflexionar sobre ello, y de constatar así por analogía la necesidad para los hombres de una madre, tanto en el orden de la gracia como en el de la naturaleza? La madre natural, por muy amante y cristiana que sea, no bastará para llenar ese vacío. Cuando el hombre entra en el orden sobrenatural, esta madre no le sigue, ni le puede seguir, en su papel de madre; quiero decir que no es de ella de quien nos viene esa vida superior. A hombres nuevos hacen falta nuevo nacimiento y nueva madre. Los hijos de Dios, los hermanos del Hombre-Dios, reclaman por madre a la propia Madre de ese Hom-bre-Dios.

Casi al principio de esta obra señalábamos un hecho muy grave, esto es, que a medida que el culto de la Madre de Dios se va abandonando, la creencia en la divinidad de su Hijo va declinando y borrándose, y citábamos como ejemplo los países en donde impera como dueño el protestantismo. Otro hecho no menos notable es que en el mismo protestantismo, aun entre aquellos afiliados a él que por ignorancia o por buena fe tienen excusa delante de Dios, no reina en sus relaciones con Cristo ni la unción de la piedad, ni el sentimiento filial y tierno, ni la familiaridad gozosa y santa que se refleja, hasta en los rostros, en las poblaciones católicas. Sin duda que hay de esto más de una razón. Pero la principal, la que más directamente se relaciona con nuestro asunto, es que el protestantismo ha arrojado de la religión de Cristo el culto de la Madre de Cristo y nuestra. No negaremos que conserva algún simulacro de la familia de Dios; pero es, cuando menos, una familia donde la madre está abandonada, desconocida y desterrada. ¿Y os asombraréis con esto de no hallar en los hijos la alegría, la confianza y la satisfacción del corazón que caracteriza a los verdaderos católicos, a ese pueblo elegido, para quien es la Virgen María no solamente una gloria, sino el motivo de gozo más puro? ("*Tu laetitia Israel, tu honorificentia populi nostri.*" Judith. XV, 10).

"*Donde no hay mujer* —dice la Escritura—, *gime el pobre*". Entiéndase por esta mujer a la Madre común del Señor y de los hombres, sus hermanos, y veréis el texto bíblico maravillosamente realizado en el terreno de la religión. ¡Sí! Dondequiera que esta mujer esté ausente, es decir, dondequiera que no es ni conocida, ni honrada, ni amada, el pobre, o sea todo hombre, por virtuoso que podamos imaginarlo, eleva en su vida religiosa no sé qué peso de tristeza, del cual sólo esta divina Mujer puede aliviarlo. Al ejemplo del Protestantismo, añadamos el de los jansenistas. Ellos también, si no desterraron totalmente a la Madre, le dieron por lo menos el lugar más reducido que pudieron en el culto de los cristianos. Sabido es, igualmente, que su piedad rígida y sombría dejaba apenas sitio para la dilatación del corazón, para el amor afectuoso, confiado y tierno que es propio de los hijos.

Así, pues, para concluir, si Dios quería de nosotros un culto de amoroso abandono,"*que nos hiciese llegar confiadamente al trono de la gracia*" (Hebr. IV, 16), si estaba en sus designios "*el atraernos hacia El con los lazos de Adan*", con una cadena de amor, in funiculis Adam, in vinculis charitatis (Es decir, con lazos y atractivos salidos de nuestra misma naturaleza humana: Oseas, XI, 4), nada podía servirle mejor para este fin que el darnos a su Madre por Madre nuestra.

Del uso del nombre de "Madre" dado por los cristianos a María.

Cómo este nombre, conocido desde la más remota antigüedad, se encuentra en toda clase de monumentos, incluso en las Actas de los Santos Padres y en las oraciones litúrgicas. Cuán profunda sea la significación de este nombre, y cuán esencial para la existencia misma de la Santísima Virgen.

I. Si no tuviésemos otras pruebas para afirmar la maternidad de María, por la que somos sus hijos según la gracia, que las resultantes de los anteriores capítulos, sería ya esta maternidad un hecho incontestable. Bien pronto, buscando *ex professo* las razones fundamentales que tenemos para llamar a la Madre de Dios nuestra Madre, veremos cómo Ella merece, con toda verdad, llevar este nombre. Contentémonos por el momento con demostrar cuán antiguo y general es en la Iglesia el uso del título de Madre, título con el cual honramos a la Virgen Santísima.

Si no se tratase más que de **la cosa** significada por la palabra, habría que remontarse al origen de los siglos para dar con su primera aparición, puesto que desde entonces fué profetizada la nueva Eva como madre de una posteridad que comprende al Reparador y a sus miembros.

Pero aquí se trata del nombre mismo. Los cristianos de los primeros siglos, ¿le decían a la Virgen Santísima esas palabras, que a nosotros no se nos caen de los labios: ¡Madre mía!, ¡Madre nuestra!? Aun cuando nuestra devoción particular nos inclina a creerlo así, no podemos demostrarlo con textos expresos. Los rarísimos monumentos que nos restan de esa época enmudecen sobre ese punto, como sobre muchos otros que tanto desearíamos saber. Por otra parte, nada podemos deducir de este silencio, y esto por las mismas razones que invocaremos más adelante, cuando tratemos la cuestión del culto de la Virgen Santísima en la primera edad de la Iglesia. El primer motivo es que los libros llegados hasta nosotros, además de muy escasos, tratan de asuntos extraños al modo que hubiera de alabar e invocar a María; el segundo motivo, que las circunstancias de aquel tiempo se oponían a que públicamente diesen a la Santísima Virgen nombres tan tiernos y queridos, por temor de provocar las calumnias de los infieles contra la fe cristiana.

Pero **desde el siglo IV**, es decir, desde la época en que la literatura cristiana pudo desarrollarse con toda libertad, María comienza a revelarse en los escritos de los Padres bajo el nombre de Madre de los cristianos: "*Habiendo llevado en su seno al* ***Viviente*** *por esencia, se ha convertido en la* ***Madre de los vivientes***" —dice San Epifanio en la antítesis que estableció, o mejor, que recordó entre la Eva antigua y la nueva Eva.

¿Quién no conoce este párrafo de **San Agustín**, en su libro de **La Santa Virginidad**?: "*Sólo María entre las mujeres es Madre y Virgen a la vez, no solamente según el espíritu, sino también según la carne. Según el espíritu, no es Madre de nuestra Cabeza, el Salvador Jesús, del cual nació, más bien, Ella misma espiritualmente..., pero es* ***Madre*** *de sus miembros, que somos nosotros, porque cooperó con su caridad al nacimiento de los fieles en la Iglesia, de los fieles miembros de esa Cabeza. Según el cuerpo, es solamente Madre de este Señor*" (n. 6, P. L., XL 399).

Si la Carta o el Sermón sobre la Asunción de Nuestra Señora fuera más auténtica, añadiríamos el testimonio de **San Jerónimo** al de San Agustín, porque allí se da a María el nombre de madre de las naciones, *mater gentium* (Opp. Mantissa. Ep. 10, n. 3, P. L.. XXX. 144).

Mas, hallamos cosas equivalentes en obras ciertamente salidas de la pluma del santo doctor. He aquí cómo hace hablar a la virgen Blesilla, cuya muerte lloraba amargamente Santa Paula, su madre: "*¿Pensáis, acaso, que ahora estoy sola? En vuestro lugar tengo a María, la Madre del Señor:* ***Habeo pro te Mariam, Matrem Domini***" (San Hieron. ep. 39. ad Paulam. n. 6, P. L., XXII, 472), es decir: Os he dejado a vos, mi madre mortal; pero he hallado cerca de Dios mi otra Madre, la Madre misma de Dios.

Poco tiempo después, **San Pedro Crisólogo**, predicando a su pueblo, oponía a Eva María con estas palabras: "*Esta, Madre de los que viven según la gracia; aquélla, madre de los que mueren según la naturaleza*" (serm. 140, *de Annune*. *B. M. V*.. LII, 576).

En otro lugar, jugando más o menos acertadamente con el vocablo **María**, "*María, dice, es llamada Madre, y, ¿cuándo no ha sido madre? Según el testimonio de la Escritura, Dios llamó mares (**Mária**) a la masa de las aguas reunidas*" (Gen., I. 10).

"¿Acaso no es la Virgen Santísima la que concibió en su seno al pueblo que salía de Egipto, para hacerle renacer como criatura nuevas y celestiales, según las palabras del Apóstol: "Nuestros padres estuvieron bajo la nube; todos pasaron a través del mar y todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en la mar?" (Idem, serm. 146. Ibid., 593).

La aplicación de esos textos parecerá, en verdad, demasiado sutil; pero no deja de traducir muy bien el pensamiento del piadoso doctor **San Efrén**, en una de sus largas series de **Ave**, que con tanta frecuencia hallamos en los orientales, había saludado ya a María como a la Madre universal: *Ave, omnium parvus* (Serm. de *S. S. Dei Genit. V. M. laudibus*, opp. (graece et lat.), t. III, pag. 576).

Podríamos también, al tratar de aquellos tiempos antiguos, traer el testimonio de**San Ambrosio**. En su tratado de la **Institución de las vírgenes** (*de Instit. Virg*., c. 14, P. L.. XVI-326, sq.), aplica el santo doctor a María aquellas palabras del Esposo a la Esposa de los Cantares: "*Tu vientre, como montoncito de trigo, circundado de lirios*"(Cant., VII-2).

Los lirios o azucenas son la virginidad de esta dichosa Madre. El trigo es Cristo, que dijo de sí mismo: "*Si el grano que cayere en tierra no muriese, permanecerá solo; pero si no muere, producirá fruto abundante*" (Joan, XII-24).

Pero de Vos, ¡oh, María!, nació ese trigo de los elegidos. Murió en la cruz, y nosotros somos sus frutos. Llevándolo en vuestras virginales entrañas, nos llevabais a nosotros con Él, puesto que estábamos ya contenidos en su fecunda virtud. No sois, pues, solamente su Madre, sino también nuestra Madre en Él y por Él.

No se crea, sin embargo, que porque no hemos citado más que uno solo de los Padres griegos, difieren éstos de los latinos en tal materia. Uno de ellos, **Pedro de Sicilia**, Obispo de Argos, afirma en términos expresos "*que la Santísima Virgen, Madre de Dios, es madre de todos*

nosotros" ("*Panagia Deipara, nostrum omnium Mater.*" Petr. Sicul. Hist. Manich, n. 29, P. G. CIV 1284).

San Juan Damasceno pone en boca de la Virgen Santísima, moribunda, estas conmovedoras y maternales palabras, que dirige a su Hijo, rogando por los Apóstoles, y, en persona de ellos, por todos los fieles: "*Hijo mío, en tus manos entrego mi alma... Recibe este alma que te es tan querida, este alma preservada por Ti de toda mancha... Te ruego que consueles a* ***mis queridísimos hijos****, a quienes Tú mismo te dignaste llamar hermanos*" (San J. Damasc., or. *2° in Dormit. B. M V.*, n. 10, P. G., XCVI, 736).

Hacerla hablar así, ¿no es darle manifiestamente el título de Madre?

Encontramos este mismo título, aún más expreso, en los escritos del patriarca **Germán de Constantinopla**. Después de haber celebrado este santo la gloriosa entrada de la Madre de Dios en el reino de su Hijo y la felicidad de los elegidos, que reciben entre ellos a la Madre de la Vida, se acuerda de los fieles de la tierra, a quienes ha dejado para subir al cielo, y he aquí cómo los consuela y él se consuela con ellos: "*Es verdad que la divina Madre no está ya corporalmente con nosotros; pero no se han roto todas las relaciones entre Ella y los desterrados en este mundo. ¡Sí!, Virgen Santa, Tú habitas espirtualmente con nosotros, y prueba de esta comunidad de vida es tu incesante y poderosa protección sobre nosotros. Todos oímos tu voz, y las voces nuestras llegan a tus oídos. Tú nos conoces para protegernos, y nosotros te reconocemos a Ti, en los auxilios que de Ti nos vienen. ¡No! La muerte no ha cortado los lazos entre tus siervos y Tú, Virgen Santa. No has abandonado a aquellos de quienes has sido la salvación, porque tu alma vive siempre y tu carne no ha probado la corrupción del sepulcro. Tú velas sobre cada uno de nosotros. ¡Oh, Santa Madre de Dios!, nadie se escapa de tus compasivas miradas. Es verdad que nuestros ojos no pueden verte, ¡oh, Virgen Santísima!; pero no por eso dejas de estar entre nosotros, manifestándote de distintos modos a aquellos a quienes juzgas dignos... Y, sin embargo, tu Hijo te ha llamado, libre de toda corrupción, a su eterno descanso. Ha querido tenerte pegada a sus labios y a su Corazón, si puedo expresarme así; y por eso, cuanto le pides para tus* ***otros desgraciados hijos****, te lo concede; todo cuanto deseas de Él lo realiza por su divino poder*" (San Germ. Const., *de Dormit. Deip*. V., serm. I, P. G., XCVIII, 344, 345, 348).

Inútil sería el recorrer la serie de los siglos hasta nuestros días, para buscar en ellos si ese título de Madre de los hombres ha continuado siendo universal y constantemente atribuido a la Virgen Santísima por los Santos Padres, los escritores eclesiásticos, los Santos y los fieles. Todas las edades y todas las comarcas repiten ese nombre bendito. El niño aprende a pronunciarlo en las rodillas de su madre, y el doctor lo invoca y lo celebra como el niño. La única diferencia, si la hay, es que los sencillos gustan a menudo más y mejor la significación de ese nombre, mientras que el teólogo define con más precisión las razones sobre las cuales se apoya. Pero todos, sabios e ignorantes, repiten con el corazón y con la boca las palabras del gran **San Anselmo**: "*¡Oh Soberana mía!, Dios te ha hecho su Madre, a fin de que seas también Madre de todos los que creen en Él... Por tanto, Virgen Santa, reconoce por hijos a los que tu Hijo divino, tan únicamente amado por Ti, no se ha avergonzado de llamar sus hermanos...*".(orat. 47 y 49. P. L., CLVIII. 945, 947)

***San Pedro Canisio**, después de haber enseñado que María merece, por los dolores sufridos al pie de la cruz, llamarse madre, según el espíritu, de San Juan Evangelista y de todos los creyentes, añade: **"Y para que nuestros adversarios no le rehusen ese nombre, sepan que el mismo Lutero se lo concedía, y consideraba como un gran honor y una gran dicha para el cristiano el tener a María por su verdadera Madre, así como tiene a Cristo por hermano y a Dios por Padre. Todo esto —dice— es verdad: todo esto es real, si somos creyentes."** (de Maria V. Deip., 1. IV, t. 26).*

II. Se ha dicho que el título de Madre de los hombres u otro igualmente explícito no se ha encontrado hasta estos últimos tiempos, ni en los textos litúrgicos ni en los monumentos de la Iglesia Universal. Esto no es una objeción contra la maternidad espiritual de María, porque se reconoce y confiesa que la Santa Iglesia no hubiera tolerado el uso tan frecuente de nombre semejante, si no estuviese conforme con sus creencias. Y, ¿cómo podía desaprobarlo, cuando mil y mil veces atestigua expresamente las verdades, de las cuales es tal nombre sencilla y manifiesta expresión? Pero es que no se puede ya argüir con el silencio de la Iglesia, aun cuando, quizá, se pueda decir que ella ha callado, pues ya consta que los santos y los doctores, que tienen misión de enseñar a los fieles, han llamado tan claramente a María con ese título de Madre de los hombres.

León XIII, en sus Encíclicas sobre el Rosario, se complace en presentarnos a María como "*la Madre de Dios y de los hombres, la Madre de la Iglesia, nuestra Madre*". Bajo este título exhorta a los pastores y a los fieles que la invoquen todos. Más aún, quiere que por esas palabras, tan conocidas en la Liturgia: "*Muestra que eres Madre, **monstra te esse matrem***", entendamos no solamente "*la Madre de Dios, sino la nuestra*" ("*Eam publice et privatim, laude, prece, votis, compellere concordes nos destinant et obsecrare Matrem Dei **et nostram**; **Monstra te esse matrem**.*" Encíclica *Laetitiae Sanctae* 8 sept. 1893). Cf. Encíclica *Supremi Apostolatus* (1° sept. 1883)).

Por lo demás, notémoslo de paso, esa interpretación no es nueva, como creen algunos. Bien pronto la vamos a ver en los cantos sagrados de la Edad Media. También se hallaba en los libros de esa época. Así, el piadoso abad Gerhohe, después de habernos mostrado a la Virgen Santísima dándonos a luz en el Calvario, y a Cristo promulgando su dolorosa maternidad, concluye con estas palabras: "*No es, pues, una vana esperanza cuando le decimos: ¡Salve, Estrella del Mar, Augusta Madre Dios!, y con más razón aún la invocamos diciendo: ¡Muestra que eres Madre! ¿No tiene, acaso, doble maternidad?*" (Gerholi., Can reg. S. August., *De gloria et honore filii hominis*, c. 10, n. 2. P. L, CXCIV, 1105).

"*Cada día* —añade Ernesto, el Santo Obispo de Praga— *clamamos a María: ¡Muestra que eres Madre!, y esta bienaventurada Virgen, esta Hija del Rey Supremo... nos trata como hijos adoptivos*" (San Ernest., *Mariale*, c. 122 (apud Velázquez, *María advocata*, p. 255)).

Antes de León XIII, Pío IX, de santa y gloriosa memoria, se complacía en recordar que la Inmaculada Virgen María es, a la vez, Madre de Dios y nuestra, *Mater Dei et nostra*; madre amantísima de todos nosotros, *omnium nostrum amantissima mater*, y esto lo decía en sus Alocuciones y en actas todavía más solemnes, como son las Encíclicas al universo entero (Allocuot. *Quibus quantisque malorum* (20 abril 1849) ; ítem 20 dic. 1867; Encycl. *Quanta cura* (8 dic. 1864)).

El mismo título de Madre de los hombres reaparece en Oficios, recientemente aprobados por la Iglesia. Véase primero el de Nuestra Señora del Buen Consejo (26 de abril), en el cual comienza la oración litúrgica con estas palabras: "*¡Oh Dios!, que nos has dado por Madre a la Madre misma de tu Hijo muy amado.*" Véase también el Oficio de la Aparición de la Virgen Inmaculada (o Medalla Milagrosa, 27 noviembre). Dice así el himno de Maitines: "*Oh Jesús!, que al morir diste tu Madre a tus servidores, dígnate conceder a los hijos los goces de la gloria, por la intercesión de esa misma Madre*"

(*Jesu, tuam qui finiens*

Matrem dediati servulis,

Precante Matre, filiis

Largire caeli gaudia).

¿Pero será cierto que hasta nuestros días no ha llamado jamás la Iglesia a María Madre de los hombres, ni en sus cantos litúrgicos, ni en los actos más especialmente emanados de ella; esto es, en los actos de sus Pontífices y de sus Concilios? Desmentiría formalmente esta pretensión la Carta dirigida por el **Papa Gregorio II** al Patriarca San Germán de Constantinopla, leída en el séptimo Concilio Ecuménico, segundo de Nicea (Bp. Gregor. Papae II ad Germ. Const., Conc.. VII, Act., 4).

Allí, en efecto, se vería que "*la Santísima Virgen, Madre de Dios, es nuestra**madre**, porque concurrió de un modo singular a nuestro nacimiento*", según el espíritu. Desgraciadamente, si la carta es auténtica no sucede lo mismo con dicho párrafo. Por mucho que se lea y relea el documento pontificio, tales expresiones no se hallan en parte alguna. Es un texto forjado, como tantos otros, uno de esos escritos falsos, deslizados por ignorancia o por descuido en el tesoro de la Virgen, y de los cuales no necesita para nada, por su incomparable riqueza.

A falta de Gregorio II, tenemos al sabio Pontífice Benedicto XIV. En la Bula de Oro, que publicó para confirmar y recomendar la Congregación de Nuestra Señora, llamada *Prima Primaria*, dice este Papa expresamente "*que la Iglesia católica, formada en la Escuela del Espíritu Santo, ha profesado siempre a María una devoción filial, como hacia la amantísima Madre, que le fue legada por Cristo agonizante*".

Dejando a otros el cuidado de recorrer los documentos de los Papas para buscar en ellos el dulce título de Madre de los hombres, vengamos a los libros de la Sagrada Liturgia. Un sabio y paciente archivero alemán ha recogido todos los himnos latinos de la Edad Media, y uno de sus volúmenes contiene solamente cantos en todas las rimas, dedicados a la Santísima Virgen (Franc. Jos. Mone., *Hymni latini medii Aevi* (Frib. Herder, 1854)).

Nada más frecuente en estos cantos que el nombre de Madre de los hombres, invocando a María.

Veíamos hace poco que León III comprendía este nombre en la interpretación de la jaculatoria tan conocida y tan dulce: *Monstra te esse Matrem*, muestra que eres Madre. Pues bien; la Edad Media se le había adelantado. Leemos en una devota oración, cuyo fondo es el *Ave*

Maris Stella: "*Muéstrate la abogada y la madre de los culpables*" ("*Monstra te causidicam — Matremque reorum.*" Op. cit., n. 499, t. II, p. 226).

En otro lugar, en una paráfrasis rimada de la Salve, léese también: "*A Ti, **Madre**, clamamos — desterrados hijos de Eva*".

Y en otro: "*Salve, piadosa Madre nuestra*".

Y más allá: "*Salve, Madre de los desamparados*", "*Virgen, Madre de la Iglesia; Virgen clemente. Madre piadosa y benigna*", "*socorre a tus siervos; son hijos tuyos y Tú eres su Madre.*" *¡Sí!* "*Con justicia te llamamos Madre, a Ti cuya asistencia nos hace esperar el perdón*", "*escucha los dolientes clamores de tus hijos, ¡oh Fuente de Misericordia!*", "*¡ oh Madre nuestra! ¡Oh Señora nuestra!, toda nuestra esperanza está en tus dones; concédenos por medio de la gracia los bienes de la otra vida, porque lo puedes todo*"

He aquí otro ejemplo tomado de un teólogo de la Edad Media: "*Después de haber enseñado que Nuestro Señor desde la Cruz quiso confiar a su Madre todos los fieles en calidad de hijos adoptivos*", añade: "*Por esto la Iglesia Universal le canta: Muestra Que eres Madre, que reciba por Ti nuestras oraciones Aquel que naciendo por nosotros ha querido hacerse tuyo.*" Pelbart. de Themeswar, *ín Stellario Coronae benedictae Virginis Mariae...* (Colombiae, 1906). 1. IX, a. 2, ad I quaest).

Esto cantaban nuestros padres, y no conocemos otra cosa más tierna, más sencilla, más rica en recuerdos bíblicos, y, sobre todo, más llena de fe y de confianza y de amor hacia esa dulce Madre de Cristo y de sus fieles, justos y pecadores, que esos himnos de los pasados tiempos. Son el eco de las plegarias dirigidas por los santos a María en el secreto de sus corazones.

Podría aducirse en contra de esto que tales cantos no son estrictamente litúrgicos, como tampoco los de nuestros días pertenecen oficialmente a la Liturgia, aun cuando se canten en las iglesias. Convenimos en ello; pero, por lo menos, se nos concederá que esos himnos representaban la creencia universal de los fieles, tanto mejor cuanto más populares eran. Mas, sea como fuere, las lecciones del Breviario pertenecen ciertamente a la Liturgia. Pues bien; la Iglesia, en el Oficio de la Octava de la Natividad de María, hace recitar a sus sacerdotes el texto de San Epifanio, donde, comparando a Eva con la Virgen Santísima, llama a esta Señora expresamente y más de una vez **la Madre de los Vivientes** (Lect. 4°, die 13 Sept.).

Dice también a los fieles en el oficio de Nuestra Señora de los Dolores: "*No os olvidéis jamás en vuestro corazón de los gemidos de **vuestra Madre***", alusión manifiesta a las angustias de la Virgen Santísima al darnos a luz en el Calvario. La fiesta de la Compasión nos habla del testamento, en que Cristo, agonizante en la Cruz, nos entregó en la persona de Juan a su Madre por Madre, en la de Nuestra Señora del Buen Consejo se afirma expresamente el mismo don ("Deus qui Genitricem Filii tui matrem nobis dedisti" (Orat. Offic., 26 de abril)).

III. Así como queda expuesto, la fe de los cristianos venera en María dos maternidades, como adora una doble paternidad en la primera persona de la Trinidad Santísima. En primer lugar, la paternidad y la maternidad de naturaleza. Para María, como para el Padre Eterno, Cristo es el Único Hijo, porque Él sólo recibe del uno la naturaleza divina, y de la otra la natu-

raleza, por la que es hombre substancialmente. Pero también es para ambos Cristo el Primogénito, pues ambos le dan hermanos, engendrando hijos según la gracia, lo que ya no es paternidad ni maternidad según la naturaleza, sino por adopción. Adopción que sobrepuja, no obstante, de un modo infinito a la que se da entre los hombres, pues llega hasta transformar la naturaleza misma de los adoptados, por una participación real de la naturaleza divina (Cf. *La Gráce et la Gloire*, 1. I, c. 3).

Ciertamente que en esta generación de hijos adoptivos, el oficio de María no puede igualarse al del Padre. Dios es la fuente; Ella sólo el humilde arroyuelo; Dios obra como la causa principal y María como un simple instrumento. Cosa maravillosa, sin embargo, es el que si bien para María, como para el Padre, la generación de los hijos adoptivos depende de la generación del Hijo natural y la supone como su necesario fundamento, puede decirse que la maternidad natural en María se encamina más necesaria y directamente a dar hermanos a Cristo, su Hijo Unico, que la misma paternindad de Dios. Nos explicaremos. Podemos muy bien concebir a Dios Padre engendrando eternamente a su Hijo según la naturaleza, sin que existan hijos adoptivos. Si le hubiese agradado a Dios no dar el ser a la criatura racional o no elevarla a la participación de su naturaleza, no sería ni menos Dios ni menos Padre por eso. Para ser ambas cosas, no le era necesario nada, ni nadie, fuera de Sí mismo; porque en Sí mismo halla su Paternidad esencialmente, así como su Divinidad. Por consiguiente, todos los mundos, todos los espíritus angélicos y todos los hombres no añaden nada a su beatitud, ni a sus riquezas, ni a sus infinitas perfecciones.

Pero tal no es la condición de la Inmaculada Madre de los hombres. Quitadle el honor y la dicha de esta maternidad, y le quitáis de un golpe su maternidad divina y su misma existencia.

En efecto; ya lo hemos visto en la primera parte de esta obra.

La maternidad divina es la razón determinante de la existencia de María. No ha sido mujer sino para ser Madre de Dios. Pero, a su vez, no ha recibido esta gloria de la maternidad divina, sino para ser Madre de los hombres; así como Jesucristo no ha existido en carne sino para ser su Salvador. Esto era lo que aumentaba y elevaba la confianza de los santos en María. "*Tenemos la seguridad de que Dios te ha hecho su Madre, a fin de que seas Madre de todos los que creen en Él; es decir de aquellos de quienes Él mismo quiere ser llamado Padre. Y, ¿qué cosa más gloriosa para Ti, Señora, que ser la Madre de los que Cristo se ha dignado ser Padre y Hermano?... ¿Dónde está, pues, mi esperanza, sino en Dios y en Ti?...* (San Anselm., *Oration*., or. 47. P. L., CLVIII, 945).

Es expresar idéntica idea el decir de María, que es Madre de Dios, para ser Madre de misericordia, como lo hizo San Anselmo en la conmovedora y devota oración, de la cual citamos un fragmento en el segundo libro de nuestra primera parte. La misma unción y el mismo pensamiento hallamos en esta otra oración a María, del mismo santo: "*¡Oh. Señora nuestra! Así como Dios Padre ha engendrado a Aquel por quien todo tiene vida, así Tú, dulce Flor de la Virginidad, has dado a luz a Aquel por quien los mismos muertos, vuelven a la vida... No hay reconciliación posible fuera del Señor, que Tú has castamente concebido; no hay más justificación que la que Tú, Purísima Señora, has llevado en tus entrañas, ni más salvación sino por Aquel que Tú has dado a luz, sin dejar de ser Virgen. Así, pues, ¡oh Soberana mía!, Tú eres la Madre de la Justificación y de los justificados; la Madre de la Reconciliación y de los reconciliados; la Madre de la Salud y de los salva-*

dos. ¡Oh bienaventurada esperanza! ¡Oh Refugio seguro! ¡La Madre de Dios es nuestra Madre! ¡La Madre de Aquel que es único objeto de nuestros temores y de nuestras esperanzas, es nuestra Madre! ¡Sí! La Madre del único Señor, que puede salvarnos; de Aquel que es el único que puede condenarnos; es nuestra Madre (San Anselm., ibíd., or. 52, 956-957).

Citemos, para terminar este capítulo, un fragmento considerable de un discurso, en el cual Elredo, santo Abad del siglo XII, da a María, no solamente el dulce nombre de Madre, sino que explica también las razones que le han valido este título y los deberes que el mismo título impone a sus hijos: "*Debemos a María honor, servicio, amor y alabanza. Le debemos honor, porque es Madre de nuestro Dios, y no honrar a la Madre es desdeñar al Hijo. La escritura dice: Honra a tu padre y a tu madre*" (Exod., XX, 12).

"*¿Qué diré, hermanos míos? ¿No es, acaso, nuestra Madre? Lo es, sin duda alguna. Por Ella hemos nacido, por Ella somos alimentados, por Ella crecemos.* ***Por Ella****, digo, hemos nacido, no al mundo, sino a Dios;* ***por Ella*** *somos alimentados, no con leche material, sino con la leche de que habla el Apóstol cuando dice:* "***Os he alimentado con leche y no con viandas sólidas***" (I Cor., III-2).

"*De ella recibimos el crecimiento, no en cuanto a las dimensiones corporales, sino en cuanto a la virtud del alma.*"

"*Veamos ahora cuál es este nacimiento, cuál esta lactancia, cuál este crecimiento. Todos, bien lo sabéis, hemos estado en la muerte, en la miseria, en las tinieblas. En la muerte, porque estábamos separados de Dios; en la miseria, porque estábamos condenados a la corrupción; en las tinieblas, porque nos hallábamos privados de las luces de la sabiduría. Así, nuestra perdición era completa. Pero hemos sido regenerados por la bienaventurada Virgen María, más dichosamente que nacidos por Eva, y* ***esto porque Cristo nació de Ella****. A la miseria sucede la renovación; a la corrupción, la incorruptibilidad; a las tinieblas, la luz. Ella es nuestra Madre, la Madre de nuestra vida, la Madre de nuestra incorrupción, la Madre de nuestra luz. El Apóstol, hablando de Cristo, dice que Dios por Él nos ha dado sabiduría y justicia, santificación y redención*" (I Cor., I, 30).

"*Siendo, pues, Madre de Cristo, es la Virgen por eso mismo Madre de nuestra sabiduría, Madre de nuestra justicia. Madre de nuestra santidad, Madre de nuestra redención. Y por eso mismo es también para nosotros más Madre que la que nos engendró en la carne. De Ella tenemos un nacimiento más elevado, porque Ella es nuestra santidad, nuestra justicia, nuestra sabiduría, nuestra santificación, nuestra redención. Celebremos, pues, con alegría la Natividad de Aquella por quien tan excelentemente hemos nacido.*

"*Veamos ahora la leche con que nos alimenta. El Verbo de Dios, Hijo de Dios, Sabiduría de Dios es un pan sobresubstancial. Por eso pertenecía solamente a las criaturas fuertes y vigorosas; es decir, a los Angeles, el comerlo. Nosotros, pequeñitos, no podíamos tomar un alimento tan sólido; arrastrándonos por la tierra no nos era dado alcanzar a este pan del cielo. ¿Qué sucedió entonces? Bajó este pan mismo al seno de la Virgen, y en él se transformó en leche, en una leche, digo, que pudiéramos nosotros mamar. Mirad ahora al Hijo de Dios sobre las rodillas de la Virgen, o entre sus brazos, o colgado de sus pechos; es todo suavísima leche: chupa y bebe.*

"*Considerad, en fin, su castidad, su caridad, su humildad y voluntario abajamiento, y, a ejemplo suyo, creced en pureza, creced en amor, creced en humildad, y así seguiréis a vuestra Madre... He*

*aquí cómo es nuestra Madre y por qué debemos honrarla. Esto quiere de nosotros el mandamiento del Señor: **"Honra a tu padre y a tu madre**."*

El autor habla después de los servicios que debemos prestar a María como a nuestra Señora, a nuestra Soberana, a la Reina del cielo y de la tierra. Servirla es glorificar a su Hijo.

Principio fundamental de la maternidad espiritual de María

Lo que la hace Madre de los hombres es que Ella es para ellos, después de Jesucristo y por Jesucristo, la fuente de la vida sobrenatural; en otros términos, que Ella nos ha dado al Verbo hecho carne, nuestra salvación y nuestra vida.

I. El hecho de la maternidad espiritual de la Santísima Virgen está fuera de toda réplica. Aunque más de una vez hemos ya indicado, por lo menos de paso, la naturaleza y las razones de esta maternidad, vamos ahora a estudiarla más profunda y extensamente. De este modo veremos con mayor evidencia aún que María es la Madre Universal de los hombres en el orden de la gracia y según el espíritu.

Verdad es, ante todo, profesada siempre en el Cristianismo, que por Ella hemos recibido la vida de la gracia y cuanto a esta misma vida se refiere, sea en su producción, sea en su conservación, sea en su perfeccionamiento. Y esto, ¿no es, por ventura para María, como el habernos dado a luz a la vida divina, y ser, por consiguiente, nuestra Madre? El nombre de *madre* tiene varias significaciones: es el título merecido por una mujer con relación a aquellos que ha salvado con su valor o su abnegación. "*Los fuertes de Israel desfallecieron* —leemos en el canto triunfal de Débora y de Barac—, *su valor estaba postrado, hasta que Débora se levantó, hasta que una madre se elevó en medio de Israel*" (Judic., V, 7).

Es también un nombre dado como testimonio de veneración respetuosa y de afecto santo: "*Saludad* —dice el Apóstol— *a Rufo, el elegido del Señor, y a su madre, que lo es también mía*" (Rom., XVI., 13).Venancio Fortunato, hablando de Santa Radegunda y de San Germán de París, que ambos a un tiempo se disputaban el tenerlo a su lado, dice así: "*Por una parte, me retiene mi madre, por la otra, un padre me reclama*" (3).

Es igualmente un nombre que conviene a personas respetables por su edad y por la profesión especial que han hecho de la vida religiosa. Ocioso es traer aquí ejemplos. Por todas esas significaciones y otras de igual género se borran ante una, que es la primera y la más universal: la madre es aquella mujer de quien hemos recibido el ser y la vida. Tal es la **madre** por excelencia.

Ahora bien; desde el punto de vista sobrenatural, es de María de quien tenemos, después de Dios, la vida de hijos de Dios. Sin ella estaríamos en la muerte. Esto es lo que nos dicen su título de nueva Eva y los infinitos testimonios que se lo garantizan (II parte, 1. I, c. 1).

He aquí lo que han enseñado unánimemente los Padres todos, desde los primeros tiempos del Cristianismo, y lo que después de ellos han predicado constantemente los maes-

tros de la doctrina católica. Y puesto que en estos mismos instantes en que estamos escribiendo estas líneas la Iglesia hace recitar a sus sacerdotes una homilía de San Cirilo de Alejandría, homilía donde esta verdad es altamente proclamada, prestemos oído a tan ilustre doctor; pero no olvidemos al escucharle quién era y delante del auditorio que hablaba. San Cirilo fue, con el Papa Celestino, que le hizo su legado en Efeso, fue, decimos, el mayor defensor de la maternidad divina de María, *assertorem invictum*, como lo llaman León XIII y la Iglesia en la oración de su oficio litúrgico. Hablaba delante de los Padres reunidos en Concilio Ecuménico, para vengar a la Virgen Santísima de las impiedades que los nestorianos habían vomitado contra Ella, y en el seno de aquella augusta asamblea, ni una sola voz se elevó para protestar contra las palabras del santo. Lo que su lengua predicaba, todos, excepto los herejes, lo sentían en sus corazones.

Pudo, pues, cantar a María este himno de triunfo, con una autoridad sin igual:

"*Salve a Ti, Madre de Dios, Virgen Madre, Vaso sin mácula. Salve, Virgen María, madre y sierva... Salve a Ti, Madre de Dios, de la cual salió la inefable gracia, que dice el Apóstol:* ***"Apareció a todos los hombres la gracia de Dios Salvador..."***(Tit. II, 11). *Salve a Ti, Madre de Dios, por quien se ha levantado la Luz sobre los míseros, sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte...* (Isa., IX, 2). *Salve a Ti, Madre de Dios, por quien... las iglesias ortodoxas se han multiplicado en las ciudades, en las aldeas y en las islas. Salve a Ti, Madre de Dios, por quien nos ha venido el Vencedor de la muerte y el Exterminador del infierno... Salve a Ti, Madre de Dios, por quien se salva toda alma fiel...*" (San Cyril. Alex., *encom. in S. M. Deip*.. P. G„ LXXVII, 1033).

Por otra parte, nada dijo aquí San Cirilo que otros Padres antes y después de él no lo hayan expresado en términos igualmente gloriosos para nuestra celestial Madre:

"*Tú eres verdaderamente bendita entre las mujeres, puesto que has cambiado en bendición la maldición de Eva, porque Adán, que gemía doliente y execrado, ha sido gracias a Ti levantado y bendecido. Tú eres verdaderamente bendita entre las mujeres, puesto que la bendición del Padre se ha derramado por Ti sobre todos los hombres y los ha librado de la antigua reprobación. Tú eres, en verdad, bendita entre las mujeres, puesto que tus antepasados hallan por Ti la salud; porque parirás al Salvador que les procurará la salud divina... Bendita eres verdaderamente entre las mujeres, puesto que aun siendo simple mujer por tu condición natural, serás con toda realidad Madre de Dios*" (San Sophron., serm. 10, *in B. M. V. Annunciat*., n. 22. P. G.. LXXXVII, 3241).

Este texto es de San Sofronio.

He aquí otro muy semejante, que proviene también de la Iglesia griega. Después de haber descrito el autor magníficamente "*las incomprensibles y asombrosas prerrogativas*" de la Madre de Dios, continúa de este modo:"*Los ángeles acusaban a Eva; ahora glorifican a María, que la ha levantado de su caída y ha hecho subir a los cielos a Adán, arrojado del Paraíso...* ***Por Ti****, en efecto, Virgen Santa, ha sido derribado el muro de separación;* ***por Ti*** *la paz del cielo ha sido dada al mundo;* ***por Ti****, los hombres se han convertido en Angeles...;* ***por Ti****, la cruz ha resplandecido en toda la tierra, esa Cruz donde fue clavado tu Hijo, Cristo nuestro Dios;* ***por Ti,*** *la muerte es destruida y despojado el infierno;* ***por Ti****, han caído los ídolos y la doctrina celestial ha conquistado el mundo;* ***por Ti****, hemos conocido al Hijo Unico de Dios, que Tú has dado a luz, Virgen Santa, Nuestro Señor Jesucristo, adorado de los Angeles y de los hombres;* ***por Ti****, en fin, confesamos al Padre eterno y sin principio y*

glorificamos a la indivisibles y consubstancial Trinidad de Personas, por todos los siglos de los siglos" (Homil. 5. *in Laudes S. M. Deip*., inter Opp. S. Epiphanii. P. G., XLIII, 501).

Aunque la homilía de donde hemos sacado este párrafo no parece de San Epifanio, a quien durante mucho tiempo ha sido atribuida, no cabe duda, sin embargo, que expresa sus mismas ideas y las de los otros Padres griegos.

Testigo, San Juan Damasceno, en su homilía sobre la Anunciación de la Santísima Virgen. Todo el discurso no es otra cosa que una larga serie de salutaciones a la Madre de Dios. Allí recuerda todos sus títulos, todos sus privilegios, todas sus glorias, todas las imágenes y todos los símbolos que la representan a la devoción de los fieles, y esto con gran elocuencia, diciendo: "*Salve a Ti, **por quien** la Trinidad, Creadora del mundo y principio de toda vida, nos ha sido manifestada. Salve a Ti, **por quien** somos pueblo cristiano que lleva el nombre de tu Hijo, nuestro Dios. Salve a Ti, **por quien** somos alistados en la Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica. Salve a Ti, **por quien** rendimos homenajes a la adorable y saludable cruz. Salve a Ti, Señora, **por quien** poseemos la fe, que ilumina y salva nuestras almas. Salve a Ti, **por quien** participamos de la temible y purísima carne del Dios hecho hombre y gustamos el verdadero pan de la inmortalidad. Salve a Ti,**por quien**, arrancados de las puertas del infierno, somos elevados hasta el cielo. Salve a Ti, **por quien**, rescatados de la maldición, somos inundados de inexplicable alegría... Salve, Señora, a Ti, **por quien** pisoteamos los ídolos y las sacrílegas imágenes de los demonios. Salve a Ti, **por quien** resistimos al antiguo y soberbio enemigo del género humano...*" (San Joan. Damasc., hom. *in Annunc. B. M. V*., P. G., XCVI, 656, 657).

Imposible citarlo todo. Contentémonos con añadir algunas palabras entresacadas de largos discursos: "*¡Oh Santa Madre de Dios! **Por tu parto virginal** y sobre la naturaleza has reparado la ruina de nuestra libertad... **Por Ti** ha vuelto el género humano del destierro a la patria; **por Ti** hemos recobrado el gozo inmortal del Paraíso...; **por Ti** hemos recibido las prendas de la resurrección gloriosa; **por Ti**esperamos conseguir el reino de los cielos*" (Georg. Nicom., Orat. 6, *in S. S. Deip. ingressum*. P. G., C, 1437, seqq.).

"*¡Oh Reina de todos los hombres! Tú has llevado en tus entrañas la Sabiduría y el Verbo substancial del Padre...; por esto eres la Vida de los vivientes y la causa de nuestra vida*" (S. Andr. Cret., hom. *in Dormit. S. M.* 3. P. G., XCVII. 1108).

"*¡Oh Virgen Madre de Dios! El hombre se ha hecho **espiritual** cuando el Espíritu Santo descendió a Ti, como a su templo. Y así, nadie tiene conocimiento de Dios, sino por Ti, ¡oh Santísima!; nadie, ¡oh Madre de Dios!, se salva sino por Ti; ninguno, ¡oh Virgen Madre!, se escapa de la muerte sino por Ti; nadie, ¡oh Madre!, es rescatado sino por Ti; ni recibe el beneficio de la misericordia sino por Ti; por Ti, que has merecido llevar a Dios en tu purísimo vientre*" (San Germán. Const., hom. *in Dormit. M. Deip.* 2. P. G., XCVIII, 349).

He aquí lo que piensa y lo que dice la Iglesia griega por boca de sus más ilustres y santos representantes. Igual fe profesan las otras Iglesias de Oriente. Apelamos a San Efrén, gloria de los cristianos del rito siríaco. Este Santo saluda a María como"*la única esperanza de los cristianos, la gloria de los profetas, la predicación de los Apóstoles, la honra de los mártires, el gozo de los santos, el concierto de las jerarquías ... Porque, añade al fin, por Ti hemos sido reconciliados* (No olvidemos que la reconciliación del pecador no puede hacerse sin la gracia. Ser reconciliado

es pasar de la muerte a la vida. No hay término medio en la economía aobrenatural de la salvación) *con Cristo, nuestro Dios y dulcísimo Hijo tuyo*" (San Efrén Cyr., Opp., t. III (graece-Iat), 575).

Diréis que este discurso sobre **las alabanzas de la Virgen Santísima** no es, con toda certeza, de San Efrén; pues he aquí otras expresiones de no dudosa autenticidad: "*Se engaña, hermanos míos, el que quiera comparar el día de la reparación al día de la creación primera. En el principio creó Dios la tierra;* ***hoy*** *la renueva. En el principio la maldijo por el pecado de Adán;* ***hoy*** *le son devueltas la paz y la seguridad. Al principio, la muerte pasó a todos los hombres por la prevaricación de Adán, nuestro primer padre;* ***hoy por María, pasamos de la muerte a la vida****. Al principio, el demonio, apoderándose del oído de Eva, deslizó en él un veneno que se extendió por todo su cuerpo;* ***hoy*** *María, prestando el oído de la fe a la palabra de Dios, ha introducido por este medio en nuestra naturaleza humana al Autor de la eterna felicidad. Así, lo que fue antes instrumento de la muerte, se ha convertido* ***en causa de la vida***" (Serm. 4°, 18 serm. *de Diversis*. Opp., t. III (syr. et lat.), 607).

Después de oír este universal concierto de los orientales, recorred las obras de sus hermanos de Occidente, más cercanos a la Iglesia madre y maestra de todas las Iglesias, siempre hallaréis la misma fe, la misma creencia en la influencia universal de María sobre la salvación del mundo, y, por consiguiente, en el privilegio y en la causa de su maternidad según la gracia. Se prueba esto, aparte de todo otro texto sacado de los escritos de Occidente, porque la Iglesia Romana ha introducido en su Liturgia la mayor parte de los textos orientales que acabamos de citar, y ha consignado además en cien lugares testimonios equivalentes, como, por ejemplo, cuando nombra a la Virgen Santísima, con gran escándalo de los heréticos,"*nuestra vida, nuestra dulzura, nuestra esperanza*" (*Salve Regina, vita, dulcedo et spes nostra*),y ve en su nacimiento dichoso "*el principio de nuestra salud*" (B. M. V. partus extitit salutis exordium. Orat. *pro fest. Nativ. B. M. V*.).Prueban igualmente aquella consonancia doctrinal los textos de los Padres latinos, oponiendo a Eva, María, y proponiendo unánimemente a esta Señora como el principio de la vida sobrenatural y divina (II parte, 1. I, c. 1).

¿Deseáis otros testimonios no menos explícitos? Leed, siquiera sea de paso, las plegarias que San Anselmo dirige a la Madre de Dios: "*¿Qué diré que digno sea de la Madre de mi Creador y de mi Redentor; de Aquella que por su santidad me purifica de mis culpas, por su integridad me da la incorrupción, por su virginidad me hace amable a su Señor y desposa mi alma con Dios? ¿Qué acciones de gracias serán dignas de la Madre de mi Señor y de mi Dios? Cautivo estaba, y Ella me ha rescatado por su purísima fecundidad; condenado a muerte eterna, y Ella me ha librado con su virginal alumbramiento; perdido, y he sido recobrado y rescatado del destierro más miserable a la patria dichosa, por el Fruto bendito de sus entrañas. ¡Oh, bendita entre las mujeres!, todo esto me ha venido por tu Hijo, en el bautismo, ya en esperanza, ya en realidad... Por tu fecundidad, ¡oh Señora nuestra!, el mundo pecador es justificado, salvado el mundo perdido, vuelto a su verdadera patria el mundo desterrado. ¡Sí! Tu virginal parto ha rescatado al mundo cautivo, curado al mundo enfermo, resucitado al mundo muerto.*

"*El cielo y los astros, la tierra y los ríos, el día y la noche, en una palabra, todo lo que está sometido al poder del hombre o todo lo que le es provechoso, todos se felicitan de haber recobrado por Ti su antigua belleza, de haber sido adornados por Ti con nuevas e inefables gracias... Porque todos estos beneficios nos han venido por el Fruto bendito de tu vientre, ¡oh Virgen Santísima!*

"*Pero, ¿para qué decir solamente que el mundo está lleno de tus beneficios, cuando éstos penetran hasta los infiernos y se elevan más allá de los cielos? Por la plenitud de la gracia tuya, los que estaban en los infiernos* (Es decir, en el limbo) *se regocijan de haber sido librados por Ti, y los que estaban por encima del mundo, de haber sido restaurados. Por el mismo glorioso Hijo de tu gloriosa Virginidad, todos los justos, muertos antes de su muerte vivificante, se estremecen de alegría, viendo rotas sus cadenas, y los ángeles se congratulan viendo la renovación de su ciudad, medio destruida...*" (San Anselm., *Orat. 52 ad B. M. V*. P. L. CLVIII, 953, sqq.)

Para poner más en evidencia la parte escogidísima que toca a María en la obra de nuestra salud, comparemos lo que la tradición católica ha proclamado de Ella, con lo que las Escrituras nos enseñan del mismo Salvador. Ahora bien; según las Sagradas Letras, Jesucristo es el Reparador de nuestra naturaleza, el Autor de la vida (Act., III, 15), el Autor de la fe, sin la cual no hay vida sobrenatural (Hebr., XII, 2), el Autor de la salud (Hebr., II, 12).

Y María, ¿qué es? Si la consideráis en sus relaciones con Jesús, Salvador universal, Ella es, según el testimonio de los Padres y los monumentos litúrgicos, las primicias de la salvación, *primitiae salutis, primitiae nostrae salutis* (Pasaglia, *de inmaculato Deip. semper Virginis conceptu,* s. 6. n. 1374), porque le pertenecía singularmente haber sido salvada de un modo más sublime, siendo la primera en el orden de los redimidos. Pero si la consideráis en su relación con la raza humana degradada y reparada después, la veréis siempre y en todas partes saludada como **principio y causa de nuestra salud**; *caput salutis nostrae, salutis universalis causam* (Passagl., ibíd., n. 1374); como la Madre de la salud de todos, como la salud de los fieles, la salud del mundo, *matrem salutis, salutem generis christiani, salvatricem mundi* (Idem, ibíd., nn. 1875, 1376).No les bastó a los Padres haber hecho a la Virgen Santísima después de su divino Hijo **causa de nuestra salud**; le atribuyen, además, todo lo que la palabra salvación encierra de bienes y gracias para la Naturaleza redimida. María es, después de Jesús, la redención de Adán y de Eva, la redención de los mortales, el precio mismo de la redención del mundo (Passagl.. *de Inmanculato Deip. semper Virginis conceptu*, n. 1387).Por Ella hemos sido librados; por Ella, el demonio, nuestro tirano, ha sido vencido, su poder derribado, sus cautivos arrancados de la esclavitud; por Ella se ha apaciguado la cólera del Justo Juez y la maldición primera ha sido revocada (Idem, ibíd., nn. 1383, 1388, sq.).

En fin, para que esta Bienaventurada Virgen tenga parte en todas las gracias que nos han venido de su Hijo, nuestro Salvador y Redentor, Ella es la que ha regenerado a los hombres, concebidos en miseria: *turpiter conceptos generasti*; Ella quien une a los fieles con Dios; Ella la que nos hace pasar de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida; Ella, por último, es la causa de toda renovación espiritual, de toda bienaventuranza y de toda perfección.

II. Pero, ¿de dónde le viene esta participación general en comunicación que se nos hace por Jesucristo de los bienes sobrenaturales, por los cuales somos levantados, rescatados, liberados y vivificados? ¿De dónde? De su maternidad divina. Aquí nos llevan los Padres constantemente, cuando quieren mostrarnos el origen de la influencia universal ejercida por María en la obra de la redención del mundo y de nuestra santificación.

No lo olvidemos: "*Dios no se encarnó, ni sufrió muerte de cruz sólo para tomar sobre sí nuestras culpas y librarnos de su peso, sino también para imprimir en nosotros la participación de su naturaleza y la imagen de su divinidad*"(Joan. Geómetra, *in SS. Deip. Annunc*., n. 7. P. G., CVI, 817):

porque sólo produce en nosotros un nuevo ser, el ser sobrenatural y divino, la vida de los hijos de Dios. Por esto, María, al concurrir con Jesucristo para procurar a los hombres los frutos de la Redención, hizo y hace verdaderamente el oficio de Madre.

Para convencernos, basta volver a los textos que preceden. Todos se resumen más o menos explícitamente en este axioma de San Epifanio: "*María, la nueva Eva, es Madre de los vivientes, fuente para ellos de la vida divina, porque el Viviente por excelencia nos ha sido dado por ella.*" Por esto canta la Iglesia en sus Himnos: "*Lo que la triste Eva nos arrebató, Tú nos lo devuelves por tu Germen bendito*".

"*¡Oh, Señora nuestra! Todo cuanto podamos pensar, concebir o decir, es como nada, coparado con los bienes que nos han venido por Ti... El género humano, despojado de la gloria de la eternidad, ha sido restablecido por Ti, por* ***el fruto virginal*** *de tu fecundidad admirable, en su primitivo estado. Has anulado las leyes del infierno por la victoria de tu Hijo sobre el Príncipe de la muerte... Por Ti, ¡oh, Señora nuestra! hemos recobrado en tu Hijo único la vida que perdida teníamos; a Ti te debemos lo que hay en nosotros de ser, de poder y de bondad; por Ti esperamos llegar a la eterna gloria*" (Auctor. tract. *de Concept.* A. M. V. P. L.. CLIX. 315).Sin duda será grato que propongamos estas verdades en una hermosa página de Guerrico, el piadoso y sabio abad, amigo de San Bernardo. Después de un vehemente apostrofe contra Helvidio, que pretendía sacrilegamente que Jesús no era el Unigénito de la Virgen en la tierra, como es el Unigénito de su Padre en el cielo. Guerrico prosigue en estos términos: "*Y, sin embargo, esta Unica Virgen Madre, que justamente se gloría de haber dado a luz al Unigénito del Padre, abraza a ese mismo Hijo Unico en todos sus miembros, y no rehusa el ser llamada Madre por todos aquellos en los cuales ve formarse a su Jesucristo. Aquella Eva antigua, más que madre, madrastra; Eva, que sometió sus hijos a la sentencia de muerte antes de darlos a luz, fue nombrada la madre de los vivientes, aunque en realidad fue más bien asesina de los vivientes y madre de los que mueren, porque lo que concibe, lo concibe, para la muerte.*

"*Y porque Eva no supo realizar fielmente la significación de su nombre, María, así como la Iglesia, de la cual es el tipo y la forma, es, con toda verdad, la Madre de cuantos renacen a la vida. ¿No es Ella, en efecto,* ***la Madre de la Vida, por la que vivimos todos, y al engendrarla de su substancia****, no engendró en cierto modo a todos los que deben vivir de esta Vida?* ***Engendraba*** *a su Unigénito, y nosotros mismos éramos* ***todos regenerados****, porque, según la ley de la regeneración, todos estábamos contenidos en El. De igual modo que en el origen de la Humanidad estábamos todos en Adán, por razón del principio seminal que preside en toda generación según la carne, así también por la semilla de la regeneración, según el espíritu, estábamos en Cristo Salvador nuestro, aun antes del principio*"(Guerric. Abbat., sermo *in Ássumpt. B. M. I.* n. 2. P. L., CLXXXV. 188.).

Deberíamos parar aquí, pues sólo esto atañe inmediatamente a la presente cuestión. Pero lo que sigue es tan notable, que juzgamos muy útil el transcribirlo, tanto más cuanto que servirá de preparación a las materias que más adelante hemos de tratar. "*Ahora bien* —continúa Guerrico—*; la Madre de Cristo, porque se reconoce en virtud del misterio madre de los cristianos, se muestra también su Madre por una solicitud y afecto más que maternales. No es Ella dura con sus hijos, como si no fueran suyos; Ella, cuyas entrañas fecundas por una sola vez no son jamás estériles ni dejan de dar a luz el fruto de la piedad... Y es que Jesús, nacido de Ti una sola vez, ¡oh, Virgen bendita!, permanece siempre en Ti, como en el jardín cerrado de la castidad virginal, para alimentar sobreabundantemente la fuente de la caridad, fuente inagotable que, aunque sellada, mana al exterior y derrama en nosotros sus aguas vivificantes... Si el siervo de Cristo no cesa de engendrar a sus hiji-*

tos, ***filiolos****, con un cuidado y un amor admirables, hasta que Cristo sea formado en ellos* (Galat., IV, 19), *¡cuánto más la propia Madre de Cristo! Pablo los engendraba predicando el Verbo de la Verdad, que los regeneraba:* ***María los engendró de una manera incomparablemente más santa y divina, engendrando el Verbo mismo****. Cierto que alabo en el Apóstol el misterio de la predicación; pero, ¡cuánto más admiro y venero en María el misterio de la generación!*

"*Y ved si los hijos mismos no parecen reconocer en Ella a su Madre: empujados como por* ***un instinto natural de devoción filial,*** *que les inspira la fe, acuden a ella ante todo, y antes que a nadie, en todas sus necesidades y peligros invocando su nombre bendito; son verdaderos hijos que se refugian en el seno de su Madre*"(Galat., IV. 19, n. 3 y 4: 188, sq.).

Puédense ver estos dos textos del abad Guerrico, insertados casi palabra por palabra, en el tratado de Ricardo de San Lorenzo sobre las **Alabanzas de la Virgen María** (Advertimos que esta última obra es la misma que se halla entre las obras de Alberto Magno (t. XX de la edición de Lyon, 1551), y que se acostumbra a citar bajo el título de *Mariale Alberto Magni*).

Sin embargo, este último autor añade una idea, o, mejor dicho, una comparación que, bien comprendida, no dejará de sernos útil: "*Aunque María* —¡dice él— *no haya engendrado corporalmente sino un Hijo, es por El madre espiritualmente de una multitud inmensa de hijos: No sin razón se escribe de Ella en el Evangelio de San Lucas:* ***"Dió a luz su primogénito..."*** *De igual modo que Eva fué llamada* ***"madre de todos los vivientes"*** *según la naturaleza* (Gen., II, 20), *así la Bienaventurada Virgen es la Madre de todos los que viven según la gracia... Por esto fue figurada por Sara que, aun cuando dió un solo hijo a su esposo Abraham, padre de los creyentes, es, sin embargo, llamada por la Escritura la madre de todo el pueblo de Israel. ¿No leemos, acaso, en Isaías:* ***"Acordaos de vuestro padre Abraham y de Sara, que os ha dado a luz?"*** (Isa., LI, 2).

María, como Sara, no tuvo jamás sino un hijo según la carne, el verdadero Isaac, nuestra ***Risa*** *y nuestra alegría; pero, según el espíritu, es la madre universal del pueblo de Dios... Porque nos ha devuelto la vida divina que habíamos recibido originalmente y perdido por Eva*" (Ricard. a S. Laurent., op. cit., 1. VI, c. 1. Opp. Albert. M.. t. XX, p. 187).

Tal es, pues, la última y fundamental razón de la maternidad espiritual de María; tenemos de Ella y por Ella todos los principios de la vida que nos hace hijos de Dios. No hay uno solo de esos principios, desde el menor al más elevado, de que no debamos darle gracias. Y porque dió a luz a Dios hecho hombre, al Cristo Salvador, causa de toda gracia y de toda vida sobrenatural, por esto nos ha hecho esos dones; en otros términos, es nuestra Madre según el espíritu y según la gracia, porque es Madre según la carne y la naturaleza de Dios Salvador.

Esto es lo que no se cansan de repetir los antiguos panegiristas de María. Aunque no hay gran necesidad de dar más textos, citaremos, sin embargo, nuevos testimonios, siquiera para familiarizar a nuestros lectores con estos escritores eclesiásticos, que merecerían ser más conocidos. Escuchemos, primero, a Guillermo el Pequeño: "*El Fruto de la Virgen es único, el Fruto que se llama Jesús, porque es la Causa eficiente de la salud de los hombres; pero en este Fruto Unico, ¡qué multitud de frutos hay! En su Jesús, Salvador universal, María ha engendrado numerosos hijos a la gracia; engendrado la Vida, nos ha engendrado también a nosotros para la vida... Por aquello mismo que es Madre de la Cabeza, es Madre de una infinidad de miembros. ¡Sí! La Madre de Cristo es la Madre de los miembros de Cristo, porque la Cabeza y los miembros forman un solo Cristo; dar a luz*

corporalmente a la Cabeza es dar a luz espiritualmente a los miembros. Así, pues, todos le dan con pleno derecho el dulce nombre de Madre y le rinden el culto de filial veneración que reclama este título".

¿Quién era, en realidad, este Guillermo el Pequeño? Créese comúnmente que era Abad de Bec, aunque esto es sólo una hipótesis, según la cual habría vivido hacia fines del siglo XII y principios del XIII. El P. Cornelio Alápide, comentando el Cantar de los Cantares, y sobre todo el P. Martín del Río, en la interpretación que nos ha dejado sobre el mismo libro, citan largos fragmentos de la obra de Guillermo, entonces inédita. "*Dabo ex illo praecipua ex Miss. Collegii Societ. J. Lovaniensis*", dice el segundo de estos autores, c. 5, p. 13, en la introducción de su Comentario. Por lo demás, no se cansa de celebrar la doctrina, y sobre todo la piedad y la unción de este antiguo autor. "*Auctus, doctus, pius fuit*" (1. cit.). Martín del Río lo llama también *mellilegulum, melliloquum*... Y en verdad que no le adula. El mismo San Bernardo no ha merecido más que él estos títulos, como podrá convencerse cualquiera que haya recorrido ese comentario. En medio de estos elogios, ha creído, sin embargo, el panegirista que debía hacer algunas restricciones: "*Hactenus ille* —dice, a propósito de una interpretación demasiado fantíistica— *accommodatius ad pie meditandum et contemplandum, quam ad explicandam in scholis aut pulpitis germanam loci interpretationem et seriem Cantici Canticorum*" (in Cant., IX, 13). En lo que llama del Río "mixtainterpretatio quae est de B. V." es donde cita en todas las secciones de los capítulos, párrafos tomados de los manuscritos del Abad Guillermo. Hállanse en ellos, a veces, cosas delicadísimas y de una elevación y sencillez verdaderamente encantadoras, donde se refleja al vivo el amor filial del devoto Abad a la Madre de Dios.

Otro autor, casi del mismo tiempo que Guillermo el Pequeño, predica igual verdad en términos casi idénticos. Es el ilustre abad de Vendóme, Godofredo. Después de haber cantado en una oración rimada *(O María gloriosa Jesse proles generosa. Per Quam fuit mors damnata. Atque vita reparata. Virgo semper speciosa stella maris, coeli porta, Ex qua mundo lux est orta. Mundi salus, mors peccati, Summi facta parens nati... Godefrid. Vindob. P. L.. CLVII, 234. sq.)* las glorias de María como Reparadora de la vida, Exterminadora de la muerte y Salud del mundo; como la Puerta celestial por la cual se nos manifestó la Luz Eterna; como refugio de los pecadores y nuestra Protectora poderosísima ante Dios, Godofredo nos habla de su dulce Maternidad: "*En verdad* —exclama—, *que la Santísima María ha engendrado a Cristo, **y en Cristo** a todos los cristianos. Así, pues, la Madre de Cristo es la Madre de todos los cristianos. Y si la Madre de Cristo es Madre de los cristianos, claro es que Cristo y los cristianos son hermanos*" (Serm. *de Purif. S. M.* Ibíd., 255, 256. Más adelante volveremos a este sermón y al siguiente, porque describe con singular unción lo que María hace por nosotros y lo que debemos ser para Ella).

Un siglo más tarde, el autor del **Espejo de la Virgen** escribía a su vez: "*María no es solamente la Madre de Cristo individualmente considerada, sino también la Madre universal de todos los fieles. Por esto, el bienaventurado Ambrosio decía:**"Si Cristo es el Padre de los Creyentes, ¿por qué no ha de ser Madre de ellos la que engendró a Cristo?"**. Por eso, amados míos, regocijémonos y repitamos llenos de alegría: Bendito sea el Hermano por quien María es nuestra Madre, y bendita sea la Madre por quien tenemos a Cristo por Hermano*".

Digamos, en fin, que en el mismo siglo el bienaventurado Alberto Magno, en nombre de la Teología, proclamaba altamente la maternidad espiritual de la Madre de Dios y la fundaba en los mismos títulos. El párrafo de sus obras que sigue es tanto más notable cuanto que nos ofrece, en resumen, toda la doctrina contenida en este capítulo y en los siguientes: "*Ha*

sido —dice— *voluntad de Dios que María tuviese su parte en la obra de la* ***recreación*** *de nuestra naturaleza, y esto según los cuatro géneros de causa.*

"*Ella ha sido, después de Dios, con Dios y bajo Dios, la causa* ***eficients*** *de nuestra regeneración, porque Ella ha engendrado a nuestro Regenerador, y por sus virtudes ha merecido, con un mérito congruente, este honor incomparable. Ella ha sido la causa material, porque el Espíritu Santo, por el intermedio de su consentimiento, consensu mediante, ha formado de su purísima carne y sangre, la carne de la cual ha hecho el cuerpo inmolado por la redención del mundo. Ella ha sido la causa final, porque la grande Obra de la Redención, ordenada principalmente a la gloria de Dios, debía redundar secundariamente en honor de esta Virgen. Ella es, por último, la causa formal, puesto que con la luz de su vida tan deiforme es el ejemplar universal que nos muestra el camino para salir de nuestras tinieblas y la dirección para llegar a la visión de la Eterna Luz*" (Albert. M., Quaest. *super Missus est*, q. 14G. Opp., t. XX. p. 100).

Lo que demuestra con cuánto derecho había el mismo Doctor afirmado de María, en la **cuestión** precedente, que es nuestra Madre, según todas las propiedades encerradas en la significación de este título.

Mérito de la Maternidad Divina

Tres razones por las cuales la Virgen Santísima nos engendró espiritualmente por la maternidad divina a la vida de la gracia. Primera razón, fundada sobre el *"mérito"* de esta maternidad; segunda razón, sacada de su consentimiento en la Encarnación; tercera razón, que proviene de su cooperación próxima a la inmolación de la víctima en el Calvario. El mérito de la maternidad divina; mérito no de "*condignidad*", sino de suprema conveniencia o de "*congruidad*".

I. Como acabamos de meditarlo, los Padres, los Doctores y los Santos, hablando de la maternidad espiritual de María, la celebran como la consecuencia, el coronamiento y el fin de su maternidad divina, y **San Epifanio** no hacía más que expresar la fe de todos, cuando escribía: "*Por la Virgen María la vida misma ha entrado en el mundo, a fin de que, engendrando al Viviente, fuese, por lo mismo, esta Virgen madre de los vivientes*" (San Epiph., *Haeres*., 78, n. 18. P. L., XLII, 729).

Pero he aquí que la herejía se levanta en contra. No admite que el título de Madre de Dios baste para justificar lo que creemos, ya de la incomparable dignidad de María, ya del concurso en la redención que la consagró madre de los hombres en el orden de la gracia. Un protestante y, por cierto, de los menos alejados de la creencia católica, el doctor Pusey, creyó conveniente apoyar con su autoridad estos ataques contra la nueva Eva. Ya hemos refutado sobreabúndantemente este error en lo que concierne a los privilegios y a la inconmensurable grandeza de la maternidad divina. Bástanos ahora limitarnos a la segunda parte de la objeción y mostrar cuán vana es ésta y cuán sólida, en cambio, la doctrina tradicional. *María*— dicen ellos— *no fue otra cosa, en su calidad de Madre de Dios, sino un simple instrumento físico de la Encarnación, así como David y Judá, sus antepasados y los de Cristo; todo su privilegio consiste en*

haber concurrido más inmediatamente que ellos al nacimiento del Salvador. El Redentor es de Ella materialmente; pero en manera alguna hemos recibido de Ella la redención, con los bienes de la vida que nos procura, así como tampoco se la debemos ***mediatamente*** *a los antepasados de Cristo. Si una mujer es madre de algún personaje superior por el brillo de sus méritos y virtudes, o bien lo es de algún gran criminal, ¿debemos dar a la primera las alabanzas y la gratitud que su hijo merece, y a la segunda el horror de los crímenes que su hijo ha cometido, y esto por el único motivo de que son sus madres? Sin duda que tenemos derecho a vituperarlas o alabarlas por razón de la educación que dieron a sus hijos respectivos; pero ni estas alabanzas ni estos vituperios pueden corresponderles sólo en virtud del acto por el que son madres. Ellas han dado a luz* ***materialmente****, ésta, un azote; aquélla, un bienhechor de la Humanidad; ni una ni otra tienen, por el solo hecho de su maternidad, responsabilidad formal de las obras y del destino de su hijo*. Tal es la objeción, y así se pretende combatir todos los textos de los Santos Padres y reducir a la nada la maternidad espiritual de la Santísima Virgen María.

¿Qué hace falta para derribar tan frágil argumento? Volver sencillamente al texto evangélico y a los escritos de los Santos Padres. Tres cosas establecen una diferencia esencial entre la Madre del Salvador y las madres comunes de que se habla en esa impugnación, o, si se quiere, entre los antepasados de Cristo y la Virgen Madre. Es, en primer lugar, que Ella debe a sus propios méritos la divina fecundidad que la ha hecho Madre de Dios. En segundo lugar, que la Encarnación del mismo Salvador ha dependido de su libre consentimiento; es, en fin, que Ella ha cooperado, conjuntamente con su Hijo, a la oblación sangrienta que nos procuró el perdón y la vida. Tres puntos de soberana importancia que debemos desarrollar extensamente, porque son indispensables para la **completa** inteligencia de la maternidad espiritual de María.

En efecto, y voluntariamente lo concedemos, si la Virgen Santísima fuese pura y simplemente la Madre de Dios Salvador; en otros términos, si el Hijo de Dios, queriendo salvar la naturaleza humana, hubiese tomado carne en María, sin que María hubiese concurrido con su libre voluntad y por sus virtudes libremente al cumplimiento del misterio de la salud, desde la Encarnación del Verbo hasta el sangriento sacrificio del Calvario, esta maternida, por muy gloriosa que hubiera sido, no bastaría para hacer a la Virgen, Madre de los hombres con toda verdad, Madre nuestra. María no sería por este título la verdadera Cooperadora de la Redención; no tendríamos que atribuirle el honor de nuestro renacimiento espiritual, a no ser del modo y en la medida que convienen al instrumento ciego de un beneficio. Compararíamos nosotros su influencia vivificante a la de una madre cualquiera en el orden de la transmisión del pecado original. Toda mujer que concibe y da a luz, concurre por el hecho mismo a formar un hombre pecador. Pero si este hombre es concebido en la muerte, la responsabilidad no recae sobre sus generadores inmediatos. La cooperación de éstos no es la causa, sino únicamente la condición requerida para que la muerte y el pecado pasen a nuevo ser, salido de su unión. Por consiguiente, no se puede concebir la maternidad espiritual de María como una legítima y verdadera consecuencia de su maternidad divina, sin tener en cuenta las tres verdades que hace poco indicamos, y por haberlas ignorado y desconocido es por lo que Pusey y sus discípulos han, desdichadamente, ignorado y desconocido a la Madre de los hombres.

Pero hay que precisar más nuestro pensamiento, porque la inteligencia exacta de la maternidad de gracia está estrechamente ligada con estas nociones. Se trata de averiguar si la Virgen Santísima es verdaderamente Madre de los hombres porque es la Madre del Dios Sal-

vador; en otros términos, si por su maternidad divina ha concurrido por su parte y en gran parte a procurarnos esta gracia que constituye para nosotros el principio de una nueva vida, la vida sobrenatural, propia de los hijos de Dios. ¡Sí! Ella lo ha hecho, respondemos, no solamente porque ha merecido esta divina fecundidad, porque la Encarnación del Salvador en Ella ha dependido de su libre voluntad, y porque Ella ha cooperado en cualidad de Madre y por sus acciones de Madre a la inmolación que nos dió la vida. He aquí el sentido en que la maternidad de gracia sale de la maternidad de naturaleza y cómo la Virgen Santísima, siendo Madre de Dios se convierte en Madre de todos nosotros(Jesucristo es nuestro hermano, no sólo porque ha nacido, como nosotros, de una mujer, y porque esta mujer ha sido, por su especialisimo concurso a nuestra santificación, la madre de nuestras almas, sino, además, porque nosotros hemos nacido del Padre en el órden de la gracia de ese Padre del cual Cristo es el Primogénito. El título de hermanos de Jesús, considerado únicamente desde este último punto de vista, no nos autorizaría para reclamar, sino de un modo muy impropio, a María por Madre. Una mujer no se convierte, en el verdadero sentido, en madre de los hijos nacidos de otra mujer solamente porque el padre de su propio hijo sea también padre de aquéllos).

Así, pues, explicar el cómo de la maternidad de la gracia, es poner en luz esos diferentes puntos y mostrar que son inseparables de la maternidad divina, tal como siempre nos la han presentado los Santos, los Padres y la misma Iglesia.

II. Y primero afirmamos que si María no es la madre de un hombre cualquiera, sino del Hombre-Dios, Salvador y Redentor de la familia humana, lo debe, después de la munificencia divina, a sus propios méritos. Que la Santísima Virgen haya merecido en un sentido muy justo ser escogida para Madre de Dios, es una verdad tan generalmente recibida entre los teólogos y los Santos Padres que no se puede razonablemente poner en duda.

¿Queréis pruebas de este común sentir? Leed, entre otros muchísimos, estos testimonios: "*Con harto derecho es saludarla María y sólo María, llena de gracia, escribe* ***San Ambrosio****, porque Ella sola ha obtenido del cielo una gracia que persona alguna ha* ***merecido****, sino Ella, la de ser llena del Autor de la gracia*" (San Ambros., *Expos. in Luc*.. 1. II, n. 9. P. L., XV, 1656).

En la misma época, **San Jerónimo** parece que escribía a Eustoquio en idéntico sentido: "*Ten siempre a María delante de los ojos; a María, cuya pureza fue tan grande, que* ***mereció*** *ser la Madre del Señor*" (Confieso que no he podido compulsar este texto).

La misma afirmación en boca del gran **San Agustín**: "*Esta Virgen, que mereció por su amor y por su fe que el más santo de los gérmenes se formase en Ella; esta Virgen, digo, la ha creado el Hijo para elegirla; la ha escogido para ser creado en Ella*" (San August., *de Peccat. merit. etrem*.. c. 24. P. L., XLIV, 175).

Y **San Pedro Crisólogo**, comentando las palabras del Angel, dice así: "*Bendita eres entre todas las mujeres. ¡Sí! Es verdaderamente bendita esta Virgen, que conserva el honor de la virginidad, al mismo tiempo que recibe la dignidad de Madre; verdaderamente bendita, porque ha* ***merecido*** *la gracia de una concepción divina y ha llevado la corona de la integridad*" (Serm. 143, P. L., LII, 584).

Si pasamos al Oriente, hallamos sentimientos idénticos: "*Sólo Tú, Señora,* dice **San Metodio** a la Virgen María, ***has merecido*** *compartir con Dios lo que es de Dios; Tú, la única que has*

engendrado en la carne al Dios eternamente engendrado por el Padre, que es Dios" (San Method.. *de Sim. et Anna*. Apud Galland.. t. III, p. 816).

"*¡Qué mundo más hermoso y magnífico!*, exclama **San Juan Damasceno**, hablando de María. *¡Qué maravillosa creación, en la cual se unen la belleza de todos los árboles cargados de los frutos de todas las virtudes, con el perfume de la castidad, el esplendor de la luz y todo cuanto hay de apacible y de bueno! Digno mundo tan bello, por todos los títulos de que Dios, viniendo al hombre, lo escogiese por morada..., enamorado con pasión de amor por Aquella que sobrepuja a toda criatura*" (Serm. *2 in Nativ. B. M. V.*, n. 4. P. G., XCVI, 684).

Idea semejante pone en labios de María el piadoso **abad Ruperto**, representándola en la Esposa del **Cantar de los Cantares**. Dice así en su Comentario sobre este libro: "*Cuando el Rey estaba en su reclinatorio, el nardo que embalsama derramó su perfume... ¿Cuál es este reclinatorio del rey, sino el corazón o seno del Padre?... Así, cuando descansaba en este eterno y divino reclinatorio, mi nardo exhaló su perfume, y El, como embriagado de su olor descendió al seno mío. En otro tiempo, rechazado por el hedor que despedía la soberbia de Eva, se había alejado del género humano; hoy, deleitado, atraído por el buen olor de mi humildad, vuelve a él... Nada agrada tanto al corazón del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo como ese perfume de la humildad! ¡Amigos míos!, creedlo, lo sé por experiencia... Y aquel que me ha creado, ha reposado en mi tabernáculo...* (Eccli., XXIV, 12). *Aquí digo, ha reposado y ha permanecido nueve meses enteros, y se ha hecho hija de la esclava, de quien era dueño. ¿Queréis saber después, amigos míos, lo que el Amado ha sido para mí y lo que yo he sido para El? Mi Amado es para mí como un hacecito de mirra; descansará en mi seno* (Cant.. I, 12), *como descansa en el seno del Padre*" (Rupert., Comment. in Cantic., 1, I. P L., CLXVIII. 354, sq.).

Algunos escritores eclesiásticos insisten más aún sobre lo que acabamos de oír. Si el Verbo de Dios no se encarnó más pronto; si dejó pasar tantos siglos antes de revestirse de nuestra naturaleza y ser hombre como nosotros, fué, entre otras causas, porque no había hallado, en la larga serie de edades transcurridas una mujer que **mereciese** ser su madre. Así pensaba especialmente el discípulo y secretario de San Anselmo, **Eadmero**: "*Los siglos* —escribía— *se sucedían a los siglos, y el grave peso de la primitiva sentencia cargaba siempre sobre los hombres y era cada vez más agobiador. Es que la Sabiduría de Dios no hallaba entre la masa de la Humanidad perdida la senda por la cual había eternamente decretado venir al mundo para reparar una tan lamentable ruina; no la hallaba, digo, hasta el día en que apareció la Virgen Santa de que hablamos. Pero en cuanto el curso de las generaciones hubo dado tal Virgen a la tierra, resplandeció Ella con tal esplendor de virtudes, que la divina Sabiduría la juzgó **perfectamente digna** de introducir a Dios en el mundo, ya para borrar la culpa de sus antepasados y de los demás pecadores que les siguieron, ya para derribar en él la obra del demonio, su perpetuo enemigo. ¿Quién, pues, podrá meditar estas maravillas, sin estimar digna de toda alabanza a Aquella que con preferencia a tantas otras ha merecido ser la**Mediadora** de bienes tan inefables?*" (Eadmer., *de Excellent. V. M.*, c. 9. P. L., CLIX, 574).

A estas palabras de Eadmero añadid estas otras, tan hermosas, de **San Anselmo**, su ilustre maestro: "*Tallo de bendición, raíz sagrada... Tú sola, llena del Espíritu Santo, has **merecido** virgen roncebir a un Dios, llevar a un Dios siendo virgen y parir un Dios quedando virgen*" (San Anselm., or. 56 (al. 55). P. L„ CLVIII, 962).

Añadid también la explicación mística dada por **San Bernardo** a la fuente que regaba toda la superficie del Paraíso terrenal. El santo ve en esa fuente al Verbo viviente y vivifican-

te. Ahora bien: "*ese río bajó por un acueducto, no ciertamente para derramar sobre nosotros toda la plenitud de sus aguas, sino para empapar en nuestros áridos corazones los arroyuelos vivificantes de ellas, con más abundancia en unos, con menos en otros. El acueducto tiene la plenitud, pero de modo que los demás reciban de esa plenitud y no la misma plenitud... Ya habréis comprendido, supongo, cuál es este acueducto que, tomando del Corazón del Padre la plenitud misma de la fuente, la ha traído hasta nosotros, si no entera, al menos en la medida que la podíamos recibir, porque bien sabéis a quién se le dijo:* ***"Dios te salve, llena de gracia..."*** *Pero, ¿cómo ha podido nuestro acueducto ser capaz de alcanzar una fuente tan prodigiosamente elevada? ¿Cómo? Por la vehemencia de sus deseos, por el fervor de su devoción, por la pureza de su oración... Y no sólo María penetra los cielos con su oración, sino con su pureza, que, según el Sabio, acerca a Dios* (Sap., VI, 20)..., *por su ardentísima caridad..., por su humildad incomparable... Así es como se eleva por encima de todo el género humano, sube hasta los ángeles y deja atrás toda criatura celestial, porque tiene que sacar, muy por encima de los ángeles, esta Agua viva, que derramará después sobre los hombres*" (San Bernard., serm. *de Aqnaeductu*, n. 3-5, 9. P. L,, CLXXXIII, 440, sqq.).

¿Qué falta hace acudir ahora a los testimonios de la Liturgia? Y, no obstante, ¡cómo se afirma en ella por todas partes ese mérito de la divina Maternidad! Ya es la Iglesia griega que, en sus cantos sagrados, nos propone a la Virgen Santísima "***la única digna*** *de los divinos prodigios;* ***la única digna*** *de haber sido hecha Madre de Dios*" (Men, die 20 Jun.. od. 7: die 26 Oct.. od. 4).

"*El Hijo, increado como el Padre, dice a María, ha descubierto en Ti la razón de tomar una naturaleza semejante a la nuestra, porque te ha encontrado a Ti sola resplandeciente con una pureza sin igual entre las criaturas*" (San Joseph. Conf., in Men., 17 Mart., od. 1, *de S. Alexio*, in clausula. Véase a Petau (*de lncarn.*, 1. II, c. 17, § 56), donde hay un texto análogo de un Padre antiguo. "*Antes de la creación del mundo, el misterio había sido predestinado en los eternos consejos. Pero hasta la Santísima Virgen Dios no había hallado en el mundo un santuario donde la Encarnación del Dios hecho Hombre pudiese dignamente operarse. Apenas el Verbo halló a esta Virgen, cuando tomó carne en ella.*"Petan pretende haber sacado el texto de la Panoplia, de Eutimio; no he podido hallarlo allí).

"*Inclina los cielos, canta también la misma Iglesia al Salvador y desciende entre nosotros. He aquí, ¡oh, Verbo!, que tu Trono está preparado... Y Cristo, ¡oh, Santa Madre!, Cristo* ***seducido*** *por tu belleza incomparable, más que inmaculada, ha escogido su morada predilecta en tu seno virginal, a fin de librar al género humano del yugo de sus pasiones y devolverle el don de la belleza original*" (Teophan., in Men., die 24 Mart., od. 8).

"*En cuanto el celestial Esposo, ¡oh Desposada de Dios nuestro Señor!, se hubo encontrado contigo, contigo, Rosa entre espinas, flor olorosísima de de los Valles, Azucena Inmaculada por su blancura, se unió a Ti, perfumando al mundo entero con sus aromas*" (Men., die 10 Feb., od. 6. Cf. 23 Mart., od. 3; 15 Oct., od. 18).

Los coptos cantan a su vez: "*Salve, Lecho nupcial. Lecho resplandeciente de luz, donde el verdadero Esposo se ha unido la naturaleza humana. Grande es la gloria de María por cima del honor de todos los Santos, puesto que ella ha* ***merecido****recibir en sí al Verbo de Dios*" .

Los maronitas dicen en su oficio a María: "*Bienaventurada eres Tú, que has****merecido*** *ser Madre del Hijo del Altísimo*" (p. 406 (ibid.).

A la Iglesia Romana correspondía el proclamar aún con más frecuencia y más altamente en sus oraciones litúrgicas el mérito de su Reina: "*¡Regocíjate, Madre de Cristo!, porque Tú sola, ¡oh, Virgen Dulcísima!, has* ***merecido*** *una tan elevada dignidad que te coloca muy cerca de la Trinidad adorable*" (Thesaur. hymnol., t. I, p. 346)

También nos incita a reclamar la intercesión de aquella "*por quien hemos* ***merecido****recibir al Autor de la vida, Jesucristo Nuestro Señor*" (Orat, post complet., a Nativ. Dom.)

Y cuando Jesucristo resucita, entona este himno triunfal: "*Reina del cielo, alégrate, porque Aquel* ***que mereciste*** *llevar en tu seno ha resucitado, según dijo*" ("*Regina coeli laetare*". "*Quia quem meruisti portare...*").

Terminemos con un hermoso texto del Misal Mozárabé: "*Sólo María, después del cielo,* ***ha merecido*** *llevar a Dios; sólo Ella* ***ha merecido*** *ser Virgen después del parto; sólo Ella* ***ha merecido*** *al Hombre-Dios:* ***haec sola meruit Deum et hominem***".

No creemos que hayamos prodigado las citas. Algunos textos aislados pudieran fácilmente interpretarse en un sentido impropio; pero es imposible que ese conjunto de testimonios pueda explicarse satisfactoriamente si la Virgen Santísima no hubiese merecido con toda verdad su título de Madre de Dios.

III. Otra cuestión se ofrece aquí espontáneamente: ¿de qué mérito se trata? Porque hay varias clases. Seguramente no se puede decir que la Virgen Santísima haya merecido la substancia misma de la Encarnación del Verbo; hablamos del mérito propiamente dicho, del mérito de **condignidad**. Es un axioma en teología que el principio del mérito no puede caer bajo el mérito, porque este principio, sería entonces efecto y causa: efecto del mérito, porque sería su precio; causa del mérito, porque sería su origen. He aquí por qué ningún hombre puede merecer la primera gracia, y por qué la Encarnación, primer principio de la gracia, en virtud de la cual hacemos actos meritorios, no es, en modo alguno, fruto del mérito. Además, la Encarnación del Verbo es una gracia infinita en su orden, puesto que es unión con el ser personal entre la naturaleza humana y el Hijo Eterno de Dios; es, además, de un valor sin límites, puesto que por sí misma tiende al levantamiento de toda la familia humana. Así, pues, es claro que sobrepuja a todo mérito limitado en su valor, es decir, a todo mérito de una pura criatura.

S. Thom., 3 p., q. 2, a. 11. — La tesis sin embargo, no carece de objeciones. He aquí tres, que tomamos del lugar indicado de la ***Suma****, y que insertamos con sus respuestas.*

Primera objeción: *La Encarnación presuponía méritos: porque la Glosa (en el salmo XXXII, 22) la atribuye a las oraciones y méritos de los Profetas.* ***Respuestas****: No se trata sino de un mérito impropiamente dicho:* ***"los santos de la Ley antigua merecieron, es verdad, la Encarnación, por sus deseos y oraciones, pero era un mérito de pura conveniencia. Convenía, en efecto, a la divina bondad el escuchar los votos de los que la obedecían"****. Abraham, padre de los creyentes, oyó de la boca de Dios esta consoladora promesa:* ***"Porque has hecho esto, y por obedecerme no perdonabas ni a tu hijo único.... he aquí que todas las naciones serán benditas en tu posteridad, in semine tuo"*** *(Gén., XXII, 16-18). La recompensa prometida y merecida no era tanto el nacimiento del Verbo Encarnado como el honor para Abraham de tenerlo entre sus descendientes.*

Segunda objeción: *Todo el que merece una cosa, merece aquello sin lo cual no puede ser obtenida esa misma cosa. Ahora bien: por un lado, los antiguos Padres merecieron la vida eterna; del otro, no podían entrar en posesión de esa vida sino por la Encarnación del Verbo. Así, pues...* ***Respuesta*:** ***"No es cierto que todo lo que presupone la posesión de la recompensa merecida sea objeto del mérito. Hay cosas, en efecto, que son no solamente presupuestas para la recompensa, sino también para todo mérito: por ejemplo, la divina Bondad, su gracia y la naturaleza misma del hombre. Semejantemente, el misterio de la Encarnación es el principio de todo mérito, porque escrito está: De su plenitud todos hemos participado"*** *(Joan., I, 16).*

Tercera objeción*, relacionada directamente con María. La Iglesia afirma en sus cantos que* ***"Ella ha merecido llevar al Señor de todas las cosas"****; lo que manifiestamente se ha hecho por la Encarnación.* ***Respuesta: "La Virgen Santísima ha merecido llevar al Señor, no porque haya merecido la Encarnación tomada en sí misma sino porque con el auxilio de la gracia ha merecido el grado de pureza y de santidad que le convenía a una Madre de Dios, ut congrue posset esse Mater"*** *(1. cit-, ad 1, 2 et 3).*

"Por consiguiente, la Santísima Virgen no ha merecido estrictamente la Encarnación, sino que, presupuesta la Encarnación, ha merecido que se hiciera por Ella, no con un mérito de ***condignidad****, sino con un mérito de* ***congruidad****, en tanto en cuanto convenía que la Madre de Dios fuese una Virgen pura y perfectamente sana"* (S. Thom., III Sent., D. 4, p. 8, a. 1, ad 6).

Meditemos estos últimos textos para hacernos bien cargo de su significación precisa. La Virgen Santísima no mereció, en el sentido estricto de la palabra, la maternidad divina, no solamente en tanto en cuanto comprende la Encarnación del Hijo, sino también en tanto en cuanto la presupone independiente de todo mérito.

Es que el mérito estrictamente dicho, el mérito de **condignidad**, no se da sin cierta igualdad entre el acto meritorio y la recompensa con la cual es divinamente pagado(S. Thom., in II Sent., D. 27, q. I, a. 3).

Ahora bien, lo sabemos, la dignidad de Madre de Dios es mayor que la más alta recompensa prometida a los méritos **condignos** de una criatura; es decir, es superior al aumento de la gracia y a la gloria misma, porque es de un orden superior, **tocando**, como lo hace, **en los confines de la divinidad**. Siendo, pues, así que hay mérito y que ese mérito no puede ser mérito de **condignidad**, es un mérito de **congruidad**. De una parte **convenía** a la bondad divina escoger por Madre de su Hijo una Virgen rica con tan inefables virtudes, adornada de una inocencia y de una pureza suiperiores a todo lo que podemos concebir, las mas incomparablemente hermosa de sus imagenes creadas, y, por otra parte, convenía también que una Virgen, enriquecida con tantos privilegios y méritos, no tuviese otro hijo que un Dios hecho Homre, si a dios le agradaba darle un Hijo. Esto, sin embargo, no impide que María haya merecido **condignamente**, no digo su primera gracia, la de la Concepción Inmaculada, pero si el sobreeminente aumento de santidad que le valió con preferencia a toda otra mujer la gloria de elevar en su seno al Verbo Encarnado.

Hay que confesar que todos los teólogos no concuerdan en esta cuestión con el Doctor Angélico. Algunos sostienen que la Virgen Santísima ha merecido su maternidad divina con un mérito de ***condignidad****. Pueden verse los nombres de estos autores en* ***Suárez*** *(t. I, de Incarn., D. 10, sect. 7) o en el* ***P. Cristóbal de Vega****. Un teólogo bastante autorizado. El* ***P. Viva*** *(Trutina theol. P. II, in pro-*

pos. 26 et 31 e prohibitis ab. Alex. VIII, pp. 107, 108), tiene por muy probable esta opinión, y, ¡cosa rara!, se apoya para sostenerla en dos grandes teólogos que la han negado, quiero decir en Suárez y en Vázquez. He aquí cómo dos condiciones se requieren para constituir el mérito de ***condignidad****: una* ***proporción*** *suficiente entre el acto meritorio y el bien, que es su precio, y una* ***promesa*** *por la cual Dios se ha comprometido a dar esto, si se hace aquello. Según* ***Suárez*** *(1. c.), habría en rigor proporción suficiente, pero faltaba la promesa; según* ***Vázquez****, por el contrario (in III p, D. 23, c. 3), había promesa, pero no proporción; tan sublime cosa es la maternidad divina. ¿Qué hace, pues,* ***Viva****? Toma de cada uno de estos teólosros una afirmación: de Suárez la proporción, de Vázquez la promesa. ¿Ha logrado así su intento? Más que dudoso nos parece. Pero concedamos que ha demostrado la verdad de su opinión; en este caso, aun más cierto sería lo que queremos asentar en este capítulo, porque la participación* ***moral*** *de la Santísima Virgen en la obra de la Encarnación crecería proporcionalmente. Una palabra más sobre otro modo de ver, que es de San Buenaventura. El Doctor Seráfico distingue tres clases de méritos. El mérito de pura* ***congruidad****, como es el del pecador, que por sus actos de fe, de esperanza, de contrición y de amor, se ha dispuesto próximamente, o con disposición próxima, a volver a la gracia de Dios. El mérito de* ***dignidad****; tal es, por ejemplo, el de un justo, que merece ser oído, cuando ruega por otro. Por fin, el mérito de* ***condignidad****, según el cual, a un acto hecho en caridad corresponde un acrecentamiento proporcional de gracia y de gloria. Bien consideradas las cosas, el mérito de* ***dignidad*** *no es má que un mérito de* ***congruidad****, pero superior en grado a los méritos ordinarios del mismo género.* ***"Digo, pues*** *—añade San Buenaventura—,* ***una vez establecidas estas distinciones, digo que la Virgen Santísima antes de la Anunciación merecía con un mérito de <u>congruidad</u> concebir al Hijo de Dios, porque la inefable excelencia de su pureza, de su humildad, de su benignidad, la hacía apta para llegar a ser Madre de Dios (<u>idónea</u>). Pero en la Anunciación, cuando hubo dado su consentimiento al mensaje del Angel, y descendió a Ella el Espíritu Santo con la sobreabundancia de su gracia, no mereció ya solamente con un mérito de <u>congruidad</u>, sino con un mérito de <u>dignidad</u>, el ser cubierta y hecha fecunda por la virtud del Altísimo. Pero en cuanto al mérito de condignidad, no lo tuvo jamás, ni podía tenerlo; y esto por dos razones: <u>primera</u>, porque el privilegio de ser Madre de Dios sobrepuja a todo mérito; y segunda, porque es el fundamento de todos los méritos de Nuestra Señora. Sea que un Dios se haga hombre, sea que una mujer llegue a ser Madre de Dios, una y otra maravilla está por encima del estado <u>debido</u> a una simple criatura (por mucho que sea el mérito de que la supongamos adornada), y, por consiguiente, una y otra es obra puramente de benignidad"*** *(S. Bonav., in III, D. IV, a. 2. q. 3). Excepto la diversidad de algunas expresiones, es la misma doctrina de Santo Tomás de Aquino, y también de Alberto Magno (Quaest. super Missus et, q. 142, Opp., t. XX, p. 96).*

De intento hemos pasado en silencio varias cuestiones demasiado sutiles y menos necesarias, cuya discucion podemos hallar en nuestros teólogos.

Una de esas cuestiones es la de saber si la Santísima Virgen hubiera podido merecer con mérito ***de*** **condignidad** *su maternidad divina, sin merecer también* ***de condigno*** *la Encarnación. Parece, en efecto, que este último punto está comprendido en el primero. Porque si la Virgen ha merecido* ***<u>de</u> condigno*** *ser Madre de Dios, ha debido merecer que Dios naciese en Ella, y, por consiguiente, que se hiciera hombre. En otros términos se diría: Ella ha merecido ser Madre de Dios; luego ha merecido producir en su carne al Hombre-Dios; luego ha merecido que este compuesto teándrico viniese a la existencia: lo que no es otra cosa sino el misterio mismo de la Encarnación. He aquí la solución dada por* ***Suárez*** *(Incarnat., t. I, D. 10, sect. 7, in fine): Este mérito de la maternidad divina puede ser considerado de dos maneras. Primero, absolutamente, independientemente de toda hipótesis. De esto modo*

encierra necesariamente el mérito de la Encarnación; porque si la Santísima Virgen puede, por razón de sus méritos exigir de cierta manera que Dios se ***haga hombre en Ella****, y esto absolutamente, sin ninguna hipótesis previa, debe exigir también que se* ***haga hombre,*** *estando este último misterio comprendido, como decíamos, en el primero. Pero el mismo mérito de la maternidad divina puede ser considerado bajo la condición de que deba Dios tomar nuestra carne, y de esta manera el mérito de la maternidad se distinguiría del mérito de la Encarnación, puesto que presupondría su realidad futura. Un ejemplo hará comprender la cosa. Suponed que debiendo un príncipe venir a una ciudad, merece un ciudadano de ella que escoja su casa por morada, con preferencia a cualquier otra; este hombre no habrá merecido la* ***venida del príncipe****, pero habrá merecido la circunstancia que le presupone, es decir, el honor de recibirlo en su hogar cuando haya venido.*

Hay una, sin embargo, que no es permitido omitir. Se podría objetar que los testimonios citados de los Santos Padres y de la Liturgia de la Iglesia no demuestran la doctrina que teníamos que probar. El mérito de que hablan esas citas puede entenderse en un sentido muy diferente. ¿No se dice, en efecto, que tal o cual persona, por razón de su belleza, de sus cualidades puramente naturales y de la fortuna que ha de heredar, merece ser escogida por esposa? Es el ejemplo que comúnmente se trae. He aquí otro, más en relación con el orden sobrenatural. Un niño que muere acabado de bautizar **merece** entrar en el cielo, y, sin embargo, ¿qué actos meritorios ha hecho libremente?

Confesamos que el nombre de mérito tiene a veces un significado muy amplio. Pero vuélvanse a leer los textos sobre los cuales nos hemos apoyado, y pronto quedarán todos convencidos de que en ellos tiene el mérito un sentido menos impropio, porque atribuyen principalmente a las virtudes de María el haber sido preferida por Dios para tan gloriosa dignidad. No se pregunte a cuáles virtudes. Es a todas sin excepción. Sin embargo, cuando descienden, por decirlo así, a pormenores los Santos Padres, alaban ya a su virginal pureza, ya su humildad, ya a su fe, ya a la caridad que abrazaba su corazón, y esta divergencia que, por otra parte, no es sino superficial, no debe sorprendernos. Es que cada una estas virtudes es necesaria en la Madre de Dios; es que también cada una, tomada en particular, brilla con tal esplendor en María, que no se la puede contemplar sin juzgar que a esa sola debe su cualidad de Madre.

San Fortunato, por ejemplo, hace hincapié particularmente en la pureza virginal de María:

"*Virginatas felix quae partu es digna Tonantis*
Quae meruit Domínum progenerare suum."

Venant. Fortunant., ***Miscellan****., I. VIII, c. 6.* ***De Virginitate****. P. L., LXXXVIII, 268.*

Conocidas son las preferencias de **San Bernardo** hacia la humildad sobre la virginidad. ***"Dios, según Ella misma lo proclama, ha mirado la humildad de su Sierva. María le agradó por su virginidad; pero por su humildad ha concebido; de donde resulta esta consecuencia que si la virginidad de su Madre le agradó tanto a Dios, efecto fué de la humildad****". (hom. I super Missus est, n. 5).*

Mas no creamos que sólo sus virtudes prepararon a la Santísima Virgen para la maternidad divina. Sabemos qué admirable conjunto de privilegios recibió antes de todo mérito personal, aun después, independientemente del mismo mérito, para ser digna Madre de Dios. Esta doble preparación o este doble mérito, proviniendo el uno de la Virgen bajo el influjo de la gracia, y el otro del sólo Espíritu de Dios, recuérdalos la Iglesia en una de sus oraciones más familiares: "*Dios todopoderoso y Eterno, que por la cooperación del Espíritu Santo habéis preparado el cuerpo y el alma de la gloriosa Virgen Madre María, a fin de que* ***mereciese ser digna*** *morada de tu Hijo, concédenos, etc.*".

En otro lugar hemos recordado el axioma tan familiar a los Santos Padres, según el cual, María debió concebir al Hijo de Dios en su espíritu y en su corazón antes de concebirlo en su carne. (Este axioma se presenta, además, bajo otra forma: La Virgen concibió primero a Cristo por su fe, por su humildad y por su pureza inmaculada).

¿Qué quiere decir esto, sino que esas dos concepciones se relacionan: la concepción en la carne, presuponiendo la concepción por el espíritu, y la del espíritu exigiendo la concepción según la carne? De donde nuevamente debemos deducir que la Santísima Virgen ha merecido su maternidad; en otros términos, que su mérito fué la condición requerida por Dios para que el Verbo se encarnase en sus castas entrañas.

He aquí, para concluir, un pasaje de un antiguo autor, donde tales ideas son expresadas con unción muy notable: "*Así, pues, María ha sido hecha Madre de Dios por causa de los pecadores. Porque era imposible hallar en la familia humana una persona más casta, más santa y más humilde que Ella, con justicia escogió para tan excelente dignidad Aquel que ni ve, ni puede ver nada más casto, ni más santo, ni más sublime que El mismo porque, ¿hay cosa más grande que concebir en su carne a Dios hecho hombre y permanecer perpetuamente virgen? Ahora bien esta excelencia Dios la ha conferido a la Virgen María porque la ha visto, más que otra alguna,* ***adherirse*** *a El por la doble pureza de su corazón y de su cuerpo. ¡Oh, feliz adherencia que une, que pega en cierto modo a Aquel que sólo es verdaderamente, que sólo es soberanamente, que no falta jamás a la criatura sinceramente unida a El de corazón. Por tanto, ¡oh, piadosa Señora nuestra, porque Tú te has unido a El, El a su vez se ha unido a Ti y de la manera más dulce. Porque, en efecto, ¿que cosa más dulce que las relaciones de una madre con su hijo y de un hijo con su madre?*" (Tractat. de Concept. B. M. V., n. 25. P. L., CLIX, 312).

Así queda derrocada la objeción que nos oponían al principio. No, no ha sido la Virgen casualmente elegida Madre Dios; no ha sido un concurso puramente físico el que Ella pretó al Espíritu Santo para obra tan maravillosa. Antes de concebir a Jesucristo en su carne lo había concebido, por la excelencia de sus méritos, en su corazón, y esta concepción, según el espíritu, llamaba y atraía a la concepción de naturaleza.

Poco importa que María no supiese por adelantado adónde la conducían sus méritos. ¡Cuántas almas sencillas ignoran una multitud de bienes con los cuales le place a la divina munificiencia recompensar su fidelidad! Así, pues, también por esta razón podemos y debemos dar gracias a María de habernos dado al Dios Salvador y por El todas las gracias. Su libre voluntad no fue extraña al don de Dios, puesto que le preparó el **camino** por el cual Dios había resuelto hacer entrar a su Hijo en el mundo; **una senda sin la cual** no hubiera venido a salvar al mundo, degradado y perdido. Al lado de su concurso físico, vemos su concurso moral, y de éste depende aquél. Por consiguiente una vez más lo repetimos, la debemos con toda

verdad el Salvador, todas las gracias que por El nos han venido. Así, pues, es una misma cosa para Ella dar a luz al Salvador y ser nuestra Madre.

He aquí lo que resalta ya de la consideración de su mérito y lo que aparecerá más claro todavía cuando hayamos meditado el consentimiento dado por Ella a la Encarnación del Verbo de Dios.

El consentimiento de la Santísima Virgen en la Encarnación del Hijo de Dios.

I. La Santísima Virgen María **ha merecido** concebir y dar a luz al Salvador del mundo. Esto es para nosotros, como lo acabamos de ver, una razón perentoria para atribuirle las gracias de salvación y de vida que el Verbo hecho carne ha derramado sobre la familia humana. Pero entre tantos méritos hay uno que nos da este derecho más que los otros. Es el asentimiento a la embajada del Ángel, el *fíat* pronunciado por María después de haber escuchado las proposiciones divinas. No consideramos ahora este acto desde el punto de vista del mérito, si bien le parece a San Bernardino de Sena de un precio fuera de toda medida y como infinito. No queremos fijarnos sino en el acto mismo del consentimiento.

Al contrario de las otras madres, María sabe por adelantado quién es Aquel de quien Ella va a ser Madre; sabe a lo que viene, la misión que tiene y cómo llenará su misión. Con ciencia cierta que es el Hijo Eterno de Dios, el Santo por Excelencia, el Mesías prometido desde el origen de los tiempos, el Libertador tantas veces anunciado por los profetas y por tan largo tiempo esperado; Dios, que va a encarnarse para rescatar a los hombres y vivificarlos con la efusión de su sangre. Las palabras del Ángel y el conocimiento que Ella tenía de las divinas promesas no le dejan ignorar todo esto, como tampoco puede ignorar los dolores que serán para Ella misma el acompañamiento y la consecuencia de su misteriosa y sublime maternidad.

"*He aquí* —dice Gabriel— *que concebirás en tus entrañas y parirás un Hijo, a quien llamarás Jesús. Será grande, será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de su padre, y reinará en la casa de Jacob eternamente. Y su reino no tendrá fin*" (Luc., I, 31. sqq.).

¿Podíasele revelar más claramente la naturaleza del Hijo de quien le proponían ser Madre?: Hijo del Altísimo, **Salvador,** descendiente de David, Rey de Israel, todos los caracteres del Mesías. La virgen, ante esta revelación, a la luz sobrenatural que la ilumina, no sólo por las palabras angélicas, sino también por los oráculos de los profetas, ve desarrollarse por anticipado toda la vida de Aquel que debe tomar carne en Ella, si Ella lo consiente. No decimos que desde entonces conociera explícitamente todos los hechos particulares y todas las circunstancias del misterio; pero tiene ante la vista el principio, la naturaleza y el fin: lo que podríamos llamar la substancia y los actos principales. ¿Es posible imaginar que tuviese menos claridades que los profetas, Ella que era la Reina de los profetas; Ella, a quien el Arcángel descubre tan claramente la Encarnación del Verbo; Ella, que dentro de poco expondrá tan divinamente en su Cántico los designios y los dones de Dios? ¿Ella, menos luz que su prima Isabel y que Juan el Precursor, encerrado aún en el seno de su madre, o que Zacarías,

su padre; menos que aquellos ancianos que bien pronto saludarán a Jesús como la Luz del mundo y profetizarán con tanta viveza las contradicciones de que será objeto? Ahora bien: la Encarnación del Verbo, que debe traernos la salud y la vida, sin la cual permaneceríamos siempre en la servidumbre y en la muerte, quiere Dios no sólo que se realice en una Virgen consciente de todo el misterio, sino que también dependa de su consentimiento; de tal suerte, que la existencia del Salvador y, por consiguiente, nuestra salvación y nuestra vida estén pendientes del consentimiento voluntario y libre dado por esta Virgen.

Es, en efecto, cosa muy notable el ver la diferente conducta de Dios en la creación del primer hombre y en la producción del hombre por excelencia, su Verbo Encarnado, Cristo. Allí aparece sólo Dios. "*Hagamos al hombre* —dice— *a nuestra imagen semejanza*" (Gen., I, 20). Hay lo que no hemos visto en la creación de los otros seres, esto es, un consejo precedente: "*Hagamos al hombre";* pero un consejo en el cual Dios no consulta sino a Sí mismo, puesto que tiene lugar entre las personas divinas. Ellas solas, en efecto, deliberaron, porque el hombre había de ser formado únicamente a imagen y semejanza de la Trinidad, o hay más voluntad que la suya; ni la del hombre, que no existe todavía; ni la del Ángel, que no ha sido convocado a esta augusta consulta, como tampoco tendrá parte en la obra que se va a producir.

Distinto por completo es el modo de proceder cuando se trata de volver al hombre a su primera dignidad. Dios, desde lo alto de su trono, envía uno de los príncipes de su corte celestial a la Virgen María para comunicarle sus proyectos y pedirle, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, su libre cooperación al misterio que quiere realizar en Ella. Y la prueba de que el Ángel es enviado con este fin es su modo de hablar y lo que dice ("*Ave, gratia plena, Dominus tecum. In hac voce oblatio muneris, non simplex salutationis officium*", dice San Pedro Crisólogo, serm. 140, de Annunciat. B. M. V., P. L., I II. 576). ¿Por qué abajarse delante de Ella, como lo hace? ¿Por qué declararle tan abiertamente los consejos del Altísimo? ¿Por qué descender hasta darle las explicaciones que pide y resolver las dificultades que propone? ¿Por qué no considera su misión terminada hasta haber oído el consentimiento de María: "*He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según su palabra*"? ¿Por qué, repetimos, todo esto, si viniera a intimar órdenes absolutas y a revelar una obra que Dios quiere realizar, cualquiera que sea la voluntad de la criatura? ¿Hizo algo parecido en la formación del primer hombre, ni en la de la primera mujer?

Quería sacar de Adán la substancia que había de servir, por decirlo así, de médula al cuerpo de su compañera, a fin de significar con esto un doble misterio: el misterio de la unión que debe existir entre el hombre y la mujer, y el misterio más sagrado de la Iglesia saliendo del Corazón abierto de Cristo en la Cruz. Y esto se hace mientras Adán reposa en un sueño enviado por Dios, sin que el primer padre tuviese conocimiento precedente o conciencia actual de la acción divina. Si hay un*fíat*, es Dios quien lo pronuncia. Aquí el *fíat*, tras el cual se va a obrar inmediatamente la Encarnación del Verbo, es de María. Ciertamente que la Trinidad dice también su *fíat*; ¿cómo podría obrarse la obra de Dios por excelencia, si Dios no quisiera ejecutarla? Pero el *fíat* divino no tiene su efecto sino mediante un *fíat* de la Virgen. Así como para que el Hijo de Dios sea hijo del hombre hace falta una doble operación, la de la Virgen, que provee y prepara la materia, y la del Espíritu Santo, que la organiza y la anima, así una y otra operación dependen de una doble voluntad: la divina y la de María.

Y no es sólo el mensaje angélico el que nos revela designio tan providencial. Meditemos el *fíat* de María: también nos mostrará que la Virgen ha comprendido que su *fíat* era un factor necesario para la Encarnación del Verbo en Ella. ¿Por qué lo hubiera pronunciado, si no hubiese creído que Dios lo reclamaba de su obediencia y de su fe? ¿Por qué no le bastó permanecer bajo la mano de Dios silenciosa y recogida, cuando hubo oído al Ángel decir estas últimas palabras:"*Nada hay imposible para Dios?*"

A su vez, Isabel rinde testimonio de la misma verdad: *Bienaventurada eres, porque has creído todo lo que Dios te ha dicho que se cumpliría en Ti*", dice ella a María. ¿No era esto significar claramente la estrecha relación que existía entre el cumplimiento del misterio y la fe de la Virgen expresada en su *fíat*? (Por esta razón, oímos a los Padres apoyarse con tanta insistencia en la fe de la nueva Eva y en su obediencia a las palabras del Ángel, y atribuir a ambas sus virtudes la salud del mundo, como la incredulidad y la desobediencia de la primera Eva era para ellos (los Santos Padres) causa inicial de nuestra caída.).

Ningún autor, quizá, ha insistido tanto y tan constantemente en estas ideas como el abad Guillermo el Pequeño, en su Comentario *sobre el Cantar de los Cantares*. Vuelve sobre esto, por lo menos, cuatro veces distintas, y siempre con la misma abundancia y, añado, con la misma belleza y la misma preciosidad de expresiones. Tomemos, por ejemplo, uno de los pasajes: es la aplicación a la Santísima Virgen del verso en que el esposo dice a la esposa: "*Tus labios son como un panal que destila miel, miel y leche debajo de tu lengua*" (Cant., IV, 11).

"*Permitido es* —dice Guillermo en su paráfrasis— *el entender espiritualmente estas palabras del tiempo en que la verdad de todos las profecías y la salvación misma del género humano estaban suspendidas, en cierto modo, de los labios de María. El Hijo de Dios se disponía a responder a los gemidos de los justos antiguos que, desde tantos siglos hacía, le rogaban hasta desmayar, gritando*: ***"Despierta tu poder; ven y sálvanos"*** (Psal., LXXIX, 3); *iba, digo, a excitar este poder; salir del Padre y venir al mundo, no para juzgarlo, sino para salvarlo* (Joan. XII, 47).

"*Por eso disputó a su celestial mensajero y lo envió a la Virgen, cuya carne purísima debía proporcionarle la que uniría a su persona y la que, llegados los tiempos, ofrecería al Padre por la salud de muchos: se lo envía para exponerle el misterio de la redención de los hombres y reclamar de Ella su consentimiento y su cooperación. Porque el Omnipotente no quería tomar de Ella esa carne sin que ella misma se la diera, aunque tomó, sin saberlo Adán, que estaba hundido en un profundo sueño, la materia de donde formó a la primera mujer*".

Por el honor de su primera Madre quiso, no solamente tomar carne en Ella, sino recibirla de Ella. Así, pues, le envió a su embajador Gabriel. *Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre las mujeres*. Véase con qué suavidad le prepara el Ángel, no para arrancarle el deseado consentimiento, sino para provocarlo graciosamente: "*He aquí* —dice— *que concebirás un hijo y le pondrás por nombre Jesús*"; como si dijese: "*¡Oh, Virgen!, consiente por tu fe en el misterio de la reconciliación del mundo; el Señor te ha escogido, es verdad, como un instrumento de un misterio tan grande; pero no pretende tomar de Ti la hostia de la reconciliación sin que Tú lo sepas, ni en contra de tu voluntad; lo que será para Ti un gran mérito, una gloria singular. Así, dale con fe, gozosa de Ti misma, lo que debe ser sacrificado por la salud de todos. Tú crees, lo sé; pero no basta con que creas, porque se cree de corazón para la justicia y se confiesa con la boca para la sa-*

lud (Rom., X, 10). *Si tu boca no expresa esta fe, que por la mía te ha hablado, el Altísimo no recibirá de Ti la hostia de la salud.*

"*Esta palabra tan dulce, de aceptación, dila, te lo ruego: ahora es tiempo de hablar y no de callarse*" (Eccl.. III, 7). *Teme que se suspenda la universal salvación con tu silencio, o teme impedirla, como si tuvieras en nada la verdad de las profecías y la salud del mundo. Mira que los ángeles, amigos de los hombres, tienen fijas en tus labios sus miradas; los santos patriarcas y profetas, encerrados en las sombrías moradas del limbo, esperan tu palabra como se espera la lluvia de la noche; hasta ahora, toda criatura gime como con dolores de parto, esperando esta tu dulcísima palabra. ¡Ah, di, por fin, lo que tienes que decir! Tus labios son, en verdad, un panal de miel, pero un panal que hasta ahora no ha dejado escapar más que unas gotas del dulce jugo que contiene, cuando decías:* ***"¿Cómo se hará esto, si no conozco varón?"*** *La leche y la miel están todavía debajo de tu lengua, quiero decir, esa dulcísima palabra que será miel para los ángeles y leche para los mortales. Dila, Señora, a fin de que los ángeles y los hombres se estremezcan de alegría, al ver que una miel tan dulce, que una leche tan deliciosa, no está ya bajo tu lengua, sino más bien sobre tu lengua...*" Entonces la Virgen, sin más tardar: "*He aquí* —dice—*la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.*" Esta es verdaderamente la palabra infinitamente gustosa que todos, ángeles y hombres, deseaban apasionadamente escuchar; esta es la leche y la miel que estaban bajo la lengua de María (Gulhielm. *Parvus*, in Cant., IV, 11).

Esta paráfrasis, que hemos querido transcribir entera, muestra bien el estilo de nuestro antiguo comentador del *Cantar de los Cantares*. Otras análogas se hallarán sobre otros varios versos del mismo libro (Véase, *in Cant.*, I, 1 ; V, 2; VI, 2; IX, 13). Recomendamos, sobre todo, la interpretación del primer verso: "*Béseme con el beso de su boca*", donde Guillermo el Pequeño ve el consentimiento dado por la Virgen a la Encarnación del Verbo, y además presenta un bellísimo paralelo, o, mejor dicho, un notable contraste, entre Eva y María.

II. No hay exageración alguna en esta doctrina; es cierta; brota de las Divinas Escrituras, y los Padres, intérpretes y teólogos concuerdan en rendirle testimonio. Como es una verdad de soberana importancia para entender la maternidad espiritual de la Santísima Virgen, no podemos dispensarnos de presentar algunos testigos. Los escogeremos como siempre, de las diferentes partes de la Iglesia, a fin de que sea bien patente y manifiesto que no se trata solamente de una de esas opiniones particulares a las cuales no se debe atribuir demasiada autoridad.

He aquí, ante todo, la paráfrasis que el abad **Antipáter** ha hecho sobre las palabras de María: "*Yo soy la esclava del Señor*"*:* "*Yo soy la tablilla sobre la cual puede escribir; escriba lo que quiera. La materia queda a merced de tan bueno y divino obrero; haga El lo que le parezca. Y el Ángel se retiró de Ella, porque había obtenido las palabras del consentimiento que esperaba*" (in *S. Deip. Annunc.*, P. G., LXXXV, 1784).

Y después: "*He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.*" La Virgen no responde: "*Lejos de mí; retírate con tu engañosa y vana embajada. Soy virgen; no conozco varón...*" Sino que apenas el Ángel le hubo dicho: "*El Espíritu Santo descenderá sobre Ti*", esta Virgen espiritual y santa, dócil a las luces del Espíritu divino y recibiendo santamente las santas palabras del celestial mensajero, permaneció constante en la fe y **consintió** en la promesa. Entonces fue cuando el Ángel se apartó de ella (Idem, ibid.).

Prestemos ahora atención a **Juan el Geómetra**. El también expone la escena de la Anunciación tal como el Evangelio la refiere: "Celebren otros a su antojo las maravillas contenidas en ese misterio: éste, la prudencia de la Virgen bendita; aquél, la obediencia; otro, la discreción que supo guardar para no dejarse seducir imprudentemente por las espléndidas promesas del Ángel, ni mostrarse terca en rehusar el creerlas; igualmente alejada de la ciega simplicidad de Eva y de la desconfianza de su pariente Zacarías. En cuanto a mí, no encuentro nada más admirable, no encuentro nada, digo, que me llene de estupor y asombro como la profundidad de su **humildad**, que la hizo digna de una altura tan sublime y la consagró para ser cooperadora de Cristo anonadado, hasta hacerse carne; hasta la muerte, y muerte de cruz. ¿Qué dice Ella, en efecto? Honrada, como se ve, con la presencia y el coloquio de un Ángel; saludada, llena de gracia, Esposa de Dios; creyendo firmemente, por otra parte, lo que se le dice, no toma para Ella misma sino el nombre de esclava. Ella **consiente**, es cierto, en las proposiciones del cielo, y da **el asentimiento reclamado por Dios**. Pero profundamente convencida de que esas gracias sobrepujan infinitamente a su mérito: "*He aquí* —dice— *la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.*" Ella dice esto, y en seguida el Ángel se despide de Ella, feliz de haber conseguido su misión y enamorado, encantado de tan virginal belleza y tan prodigiosa virtud; ya nada tenía que tratar con María, pues había conseguido la fiel confesión de su **consentimiento**.

Lo que los griegos han reconocido tan explícitamente, lo afirman también los latinos, con más fuerza y más unión. Penetrados en tan altos pensamientos, y fieles a la regla que nos invita a contemplar los misterios de la vida del Salvador como si los estuviésemos presenciando, oyendo lo que se habla, viendo y mirando lo que se hace, se imaginan estar presentes en la entrevista del Arcángel y de la Virgen. Y, juntándose a Gabriel, la solicitan, la instan que dé su consentimiento, de donde depende, con la Encarnación del Verbo, la gloria de Dios, la alegría de los ángeles, la salvación de los hombres y la ruina de infierno.

"*¡Oh, Virgen!* —le dicen—, *Tú has oído el misterio que te es propuesto por Dios; sabes el modo: uno y otro admirables, uno y otro llenos de dulzura... Has oído que concebirás y parirás un hijo. Has oído que esto se hará, no por ministerio de un hombre, sino por el Espíritu Santo. He aquí que el Ángel espera tu respuesta. Ha llegado el tiempo de volver a Dios, que te lo ha enviado con ese mensaje. Y nosotros también, ¡oh, Señora nuestra!; nosotros, sobre quienes pesa una sentencia de condenación; nosotros esperamos de Ti la palabra de la misericordia.*

"Ya lo ves: te ofrecen el precio de nuestro rescate. Consiente, y al punto seremos libertados. Aunque fuimos hechos por el Verbo eterno de Dios, estamos sin embargo, condenados a muerte; una sola palabra de tu boca, y somos renovados y vueltos a la vida.

"Esto implora de Ti, ¡oh, Virgen piadosa!, el desdichado Adán con su infeliz posteridad, desterrada, como él, del Paraíso; es lo que piden Abraham, David y todos los santos patriarcas; tus padres mismos, que habitan con ellos en las sombras de la muerte; es lo que el mundo entero, postrado a tus pies, espera, como ellos. Y es justo, Señora, porque de tu boca depende la consolación de los miserables, la redención de los cautivos y la libertad de los condenados. ¡Oh, Virgen, apresúrate a responder! ¡Oh, Señora nuestra!, pronuncia esta palabra que desean el cielo, la tierra y los infiernos. El Rey, el Señor mismo, así como se enamoró de tu belleza, con el mismo corazón desea ardientemente la expresión de tu consentimiento,

pues por él ha resuelto salvar al mundo. Tú le agradabas con tu silencio; pero hoy tu palabra le agradará más, pues desde lo alto del cielo te dice: ¡Oh, la más hermosa entre las mujeres, hazme oír tu voz (Cant. VIII-13). Si, pues, le haces oír esa voz tuya, Él te hará ver nuestra salud.

"¿No es esto lo que Tú buscabas, el continuo objeto de tus gemidos, de sus suspiros y de tus oraciones? ¿Cómo? ¿No eres Tú Aquella por quien han sido hechas las promesas, o debemos esperar a otra? ¡Sí!, eres Tú misma, y no otra. ¡Sí!, Tú eres la Virgen prometida, la Virgen esperada, la Virgen deseada, de quien Jacob, tu santo abuelo, en las puertas de la muerte, esperaba la vida eterna, cuando decía: "*Esperaré tu salud, ¡oh, Señor!*" (Gen.. XLIX. 18). Tú eres Aquella en quien y por quien Dios nuestro Rey ha resuelto, antes de todos los siglos, obrar la salud en medio de la tierra. ¿Para qué esperar de otra lo que te han ofrecido a Ti y por Ti vendrá, con la condición de que profieras una palabra, la palabra de tu consentimiento? Responde, pues, al Ángel prontamente, o más bien a Dios en su Ángel. Pronuncia una palabra que pasa, la tuya, y concibe la Palabra que permanece eternamente, el Verbo de Dios... ¡Oh, Virgen Bienaventurada!, abre tu corazón a la fe, tus labios a la confesión, tu seno al Creador (San Bernard., hom. 4 *sup. Missus est,* n. 8. P. L., CLXXXIII, 83, 84.)

Tal vez hubiera sido mejor acortar este párrafo de San Bernardo. Es, por lo menos, una página llena de unción, y, además, nos recuerda con viveza los bienes inefables que debía traernos la Encarnación del Verbo y la eterna gratitud que debemos a la Madre de Dios por su concurso libre en el misterio.

El autor anónimo de un sermón sobre la *Natividad de Nuestro Señor,* publicado entre las obras de San Agustín, hace una plegaria muy semejante, a la Santísima Virgen: "*Virgen Sagrada* —dice—, *responde pronto; ¿por qué regatear la vida del mundo? **Vitam quid tricas mundo**? El Ángel espera tu asentimiento; por eso se queda delante de Ti. Ya has oído el cómo se hará esto: que el Espíritu Santo descenderá sobre Ti, y que la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, a fin de que des a luz sin peligro de tu virginidad. Ya la puerta del cielo, cerrada en otro tiempo por Adán, comienza a entreabrirse; por ella ha salido este embajador celestial para venir a Ti. Mira que Dios está de pie en esa puerta esperando al Ángel; y, ¿Tú retrasas su partida?*

"*¡Oh, bienaventurada María!, el mundo cautivo implora tu consentimiento; ha hecho de Ti la garantía de su fe cerca del Señor, y te suplica que borres la injuria hecha a Dios por sus primeros padres... Di que sí, y el cielo se nos abre... Tu seno virginal es el santuario donde Dios ha preparado las bodas de su Hijo; y en el gozo de la fiesta nupcial quiere perdonar sus culpas al mundo pecador. Y tú, embajador del gran Rey; tú, confidente de los secretos divinos, que has descendido del palacio de la Majestad soberana para anunciar el perdón a los culpables, la vida a los muertos, la paz a los cautivos, insta, insiste con la Virgen. Tus compañeros se llenarán de alegría, si llevas a feliz éxito el negocio del mundo. La espada de nuestro pecado nos ha separado de vosotros; por uno de vosotros se está tratando del asunto de nuestra salud. Mira en qué horrible prisión estamos encerrados, y repite otra vez a María: ¿Por qué, pues, ¡oh, Virgen!, detener a un mensajero que arde en deseos de partir? De nuevo te lo digo: ¿no ves al mismo Dios en expectativa desde la antesala del cielo? Di una sola palabra y recibe por hijo al Hijo de Dios... Abre tus entrañas, ¡oh, siempre Virgen! En este momento tienes en tus manos los destinos de la Creación, **a tu fe pertenece** el abrir el cielo o cerrarlo para siempre*" (Serm. 120. *In Nativ. Dom*. 4, n. 7. append. serm. S. August. P. L., XXXIX, 1986. igual en el serm. 194, n. 3. Ibid., 2105).

Y María responde: "***Ecce ancilla Domini****; hágase en mí según tu palabra. Consiento en ello; que descienda a su humilde esclava el Esperado de las naciones, el Deseado de los collados eternos, el Príncipe del siglo futuro, el Ángel de la nueva alianza, el Redentor del mundo y mi Salvador.*" Entonces suceden a las invocaciones ardientes acciones de gracias más ardientes todavía, y exclaman los Padres: "*¡Oh, Virgen bienaventurada!, ¿quién podrá jamás ofrecerte suficientes alabanzas y gratitud a Ti, que por un tan admirable consentimiento has librado al mundo? ¿Con qué homenajes te pagará la humana fragilidad ese piadoso comercio que nos ha vuelto a abrir la puerta de los cielos? Recibe nuestras acciones de gracias, por débiles y desproporcionadas que sean ante el mérito tuyo; y, recibiendo nuestros votos, dígnate con tus oraciones excusar nuestras faltas. Que nuestros clamores lleguen al santuario de la misericordia, y Tú, en cambio, envíanos el antídoto de la reconciliación...*" (Serm. 194. n. 5, serm. S. August. P. L. XXXIX, 2106. Se encuentra también esta oración y las súplicas dirigidas a María en un sermón comúnmente atribuido a San Fulberto de Chartres, serm. 9, de Annunc. Dom., n. 3. P. L., CXLI, n. 337, sq. Uno y otro sermón contienen también la oración litúrgica "*Sancta María, succurre miseris, juva pusillanimes*", etc.)

Augusto Nicolás tiene, sobre este asunto, una página de altos vuelos, tan llena de verdad, que merece ser citada toda entera, porque sería difícil el hablar mejor: "*Todas estas expresiones* (las que ahora se han citado), *por muy inflamadas que salgan del corazón de esos grandes santos, por muy inspiradas que estén en el genio de esos grandes hombres, se quedan muy por debajo de la simple e incontestable realidad. La sola exposición de esa realidad sobrepuja a todo. Representémonos, en efecto, no sólo la espera del Ángel, sino la espera del mundo después de cuatro mil años, y su extravío creciente, más determinante aún que su espera; las promesas de Dios, los votos de los patriarcas, las predicciones de los profetas, los suspiros de los justos, los gemidos del género humano; recordemos todos esos grandes nombres de Esperado de las naciones, Príncipe del siglo futuro, Ángel de la nueva alianza, Dominador de Justicia, Redentor, Salvador, bajo los cuales era el Hijo de Dios incesantemente prometido y llamado en todo el transcurso de las Sagradas Escrituras; y estos gritos de impaciencia santa:* ***"¡Oh, si rompieses los cielos y bajases! ¡Envía, Señor, al que has de enviar! ¡Cielos, destilad vuestro rocío! ¡Ábrase la tierra y produzca al Salvador!"*** *Y todas las figuras, y todos los preparativos, y toda la historia de la Religión, y todas las revoluciones de los imperios, y todo el movimiento universal calculado y dirigido, desde el origen del mundo, con la mirada fija en la aparición de la sabiduría eterna entre los hombres y en su unión con la obra de sus manos. Representémonos, por otro lado, todos los siglos futuros que debían salir de este gran acontecimiento y fecharse desde entonces, la renovación del mundo, la destrucción de la idolatría, la predicación apostólica, la formación del Cristianismo y su progreso civilizador, bajo el reino del Evangelio y de la Iglesia, desde ese tiempo para siempre. No es esto todo; aparte de estos intereses del tiempo, miremos los de la eternidad, el gozo de los ángeles, la ruina de los demonios, la libertad de los justos, la conversión de los pecadores, la salud de los elegidos, el honor de la Creación, la gloria de Dios, la consumación de todas las cosas en su unidad divina, los destinos del cielo y de la tierra, el Plan divino: todo esto, repetimos, vino a caer, por decirlo así, sobre María, sobre su humildad, sobre su virginidad, sobre su fe; y todo se encuentra como detenido por su* ***Quomodo fiet istud****?, y determinado por su* ***fíat****.*

"*He aquí la realidad, no amplificada, sino encerrada en términos insuficientes a su sublimidad. Y, según convenía a tal sublimidad, todo se dice y se hace con una inefable sencillez. Y María dice:* ***"He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra"****; y el Ángel se retiró*". *La Virgen María según el Evangelio*, c. 8; *la Anunciación*, pp. 209. 210; de Augusto Nicolás.

Los griegos han descrito, con no menor insistencia que los occidentales, esta universal expectación del concurso de la Virgen en la redención del mundo. Daremos, por ejemplo, estos fragmentos de un discurso de Santiago el Monje sobre *la Natividad de la Santísima Virgen María, Madre de Dios*. Primero recuerda el orador nuestra caída y la promesa de un Libertador: "*Dios Creador nos había sacado de la nada por su pura bondad; nos había colocado en un paraíso de delicias, con orden de vivir en él ocupados en obras santas; y nosotros, arrastrados por un consejo funesto, nos rebelamos contra sus órdenes, llamando así voluntariamente a la muerte sobre nuestras cabezas. Sin embargo, el Creador nos había prometido la libertad, y debía llegar algún día;* ***el tiempo esperaba instrumentos aptos para ejecutarla****. Ahora bien; las generaciones sucedían a las generaciones: las profecías no cejaban de renovar las promesas; patriarcas y justos no vivían más que de esperanzas. Abraham había pasado: sus hijos le habían seguido al sepulcro, todos iniciados bajo el velo de los símbolos en el gran acontecimiento de la liberación futura, y fijando sus ávidas miradas en el acontecimiento tan esperado. Moisés, el admirable, a vista de las figuras que le representaban el misterio, esperaba ver cumplirse en su tiempo las divinas promesas. La esperanza estaba también en el desierto; los jueces vivieron esperando; Samuel recibía las comunicaciones divinas; Daniel repetía que los días estaban cercanos y el coro de profetas anunciaba claramente que Cristo estaba a las puertas, y todos, sin embargo, se iban frustrados en sus aspiraciones. Es que el tiempo definido por Dios no había venido aún, ni los instrumentos, dignos de concurrir a la liberación, estaban bastante preparados.*"

A este cuadro de la expectación universal entre los vivos sucede otro cuadro. El orador nos transporta a los sombríos lugares donde descansaban las almas de los justos. Allí los prisioneros elevaban una súplica perpetua hacia el Salvador que había algún día de manifestarse a los que estaban sentados en las sombras de la muerte. Fijos los ojos en el Redentor futuro, pedían la libertad. Y cuando llegaban nuevos cautivos, aquellos que de tantos años atrás los habían procedido, les preguntaban ansiosamente: "*¿Sabéis algo del Redentor? El Sol de Justicia que debe iluminar nuestras tinieblas, ¿no ha revelado con algunos rayos hu próxima aparición en el mundo? ¿No habéis visto en la tierra alguna señal cierta de su Encarnación? ¿Está ya edificada su santísima* ***morada****, la que hemos predicho en espíritu? ¿Se ha desplegado ya* ***la nube*** *luminosa de donde ha de llover el rocío que apagará el fuego de nuestras perpetuas angustias, el agua saludable que volverá los muertos a la vida? ¿Está ya erigida la* ***escala*** *misteriosa por donde el Roy de las celestiales virtudes descenderá hasta nuestras profundas regiones? (Gen., XXVIII, 12) ¿Habéis visto enhiesto el* ***candelero*** *sobre e1 cual será llevada la luz de Cristo? ¿Qué sabéis de esa* ***Puerta*** *inviolada por donde nadie puede pasar, sino el Poderoso, el Fuerte, que quebrantará las puertas del infierno y nos librará? (Ezech., XLIV, 1.) ¿Os han hablado del verdadero* ***tabernáculo*** *y del glorioso* ***lecho*** *del Esposo? ¿Está preparada la* ***mesa*** *donde se servirá el pan vivo y vivificante? ¿Está dispuesto ese* ***altar de oro-*** *sobre el cual arderá el* ***carbón*** *divino para consumir el pecado, y embalsamarnos con los suaves perfumes de la resurrección? (Psalm., CIX, 4) ¿Está ya forjada la mística tenaza? (Is., VI, 6) ¿Están escritas* ***las tablas*** *del Nuevo Testamento? ¿Tenéis de todo esto noticia cierta? ¿Nos anunciáis ya la libertad tan largo tiempo esperada? Por favor, dadnos algunas prenda de alegría a nosotros, que tanto necesitamos de consuelo. Tales eran las continuas preguntas de los justos y de los Profetas.*"

Y todos juntos se volvían al común Redentor: "*Señor* —le gritaban—*, inclina los cielos y desciende. Ven a vengar la injuria hecha a la obra de tus manos y a cumplir las misericordiosas promesas reveladas en otro tiempo a tus siervos... He aquí, Señor, que tu obra está entregada a la más cruel de las tiranías; la muerte destruye la obra de tus manos divinas, y nosotros gemimos en estos sombríos calabozos. No hay esperanza de salvación, a menos que vuestra soberana misericordia no os incline hacia nosotros; y todos estos cautivos eternos tienen sed, esperan esta venida... ¡Ven, pues, oh Señor!...*

¡Ven, gozo tan deseado!... Haz lucir sobre nosotros los rayos de tu luz, ¡oh Sol de Justicia!... Revestios de nuestro barro corruptible, a fin de obrar en él y por él nuestra liberación y la derrota ignominiosa de nuestro enemigo... Envía al fin ***Aquella*** *que has predestinado como la mediadora de nuestra reconciliación. Dad al mundo* ***la oveja inmaculada*** *de la cual has de recibir la lana de nuestra naturaleza, para mostrarte como el más hermoso de los hombres, a nosotros, que gemimos en estas tinieblas. Bien lo sabes, Señor, por inspiración tuya la hemos anunciado en tantas profecías y bajo tantas formas. La esperamos, y la llamamos como la prenda segura de nuestra libertad. Por Ti la hemos anunciado como el honor de nuestra raza, la gloria de la humana naturaleza, la esperanza segura de nuestra resurrección...*" Así hablaban estos justos, así se les veía implorar la venida del Dios Salvador.

Y el primer padre, reconociendo que él era la causa primera de sus males, mezclaba pus gemidos con los de ellos, y sus oraciones con las oraciones de todos sus descendientes. Omitimos estas largas súplicas que el orador concluye con un himno de triunfo: "*Por fin, exclama, hoy, en este día del nacimiento de la Madre de Dios, el gozo remplazaba a la tristeza, y la acción de gracias a los gemidos. He aquí que ha aparecido la esposa virgen; he aquí que está preparado el Palacio, el templo santo e incomprensible del Rey Jesús... He aquí que se ha abierto el abismo de los bienes, y que los arroyos de la misericordia comienzan a derramarse en la tierra. He aquí que los valles racionales producen cosecha de virtudes. Las puertas del reino van a abrirse y el cielo y la tierra se abrazarán. Y el cielo y la tierra, y todos los gloriosos muertos, patriarcas, profetas y justos del Antiguo Testamento se unen para celebrar este nacimiento, arras, prenda y mediador de la universdal libertad*" (Jacob. Monach., i*n Nativ. SS. Deiparae*. P. G., CXXVII. 568, seq., las mismas ideas se hallan, pero con más sobriedad en un discurso de San Proclo, *de Laudibus SS. Mariae*, n. 7 P.G., LXV, 688)

Hasta ahora hemos acudido a la autoridad de antiguos doctores. Gustoso será escuchar, sobre el mismo asunto, a los dos príncipes del púlpito del siglo XVII, Bossuet y Bourdaloue.

"*He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.*" De esta palabra de María **dependía** el cumplimiento del glorioso misterio que celebramos. Este consentimiento era, en el orden de los decretos de Dios, una de las condiciones requeridas para la Encarnación del Verbo; y he aquí, amados oyentes míos, la obligación esencial que tenemos con esta Reina de las Vírgenes, puesto que es de fe que por Ella nos ha sido dado Jesucristo y que a Ella debemos este Dios Salvador (Bourdaloue, serm. *de la Annunc*., exord.). Hemos podido reconocer el estilo grave y ponderado de Bourdaloue.

Véase ahora a Bossuet, con su decir grandioso:

"*Hay que añadir que Dios, habiéndola llamado a ese glorioso ministerio* (de Madre de Dios), *no quiso que fuese un simple canal de tamaña gracia,* ***sino un instrumento voluntario*** *que contribuiría a la gran obra, no sólo por sus excelentes disposiciones, sino también por un movimiento de su voluntad. Por esto el Padre Eterno le envió un Angel para proponerle el misterio, que no se terminaría mientras Ella permaneciese indecisa, de tal suerte que esta grande obra de la Encarnación, que tiene en expectación desde tantos siglos a la Naturaleza, cuando Dios resolvió el cumplirla quedó todavía en suspenso hasta que la Virgen consintió en ella; ¡tanta falta nos hacía que María deseara nuestra salud!*" (serm. *de la Devoc. a la Sma. Virgen*, primer punto).

A todos estos testimonios júntase uno más reciente, que nos pesaría grandemente el omitir. **León XIII** nos lo ofrece en una de sus **Encíclicas sobre el Rosario**:"*Conviene* —dice a

los fieles del mundo entero—, *conviene escudriñar con religioso respeto los consejos de Dios. Su Hijo Eterno había resuelto tomar la naturaleza humana para rescatar al hombre y ennoblecerlo y, por consiguiente, contraer una mística unión con el género humano todo entero. Pero este designio de misericordia no quiso cumplirlo sin que precediese el libérrimo consentimiento de la Madre predestinada, que representaba en su persona al mismo género humano, según estas palabras, tan verdaderas y tan bellas, de Santo Tomás:* ***Per annunciatonem expectabatur consensus Virginis loco totius humanae naturae***(3 p., q. 80, a. 1).

He aquí lo que dice nuestro gran Pontífice; y añade esta consecuencia, que más tarde desarrollaremos: "*De donde podemos afirmar, con derecho y verdad, que por voluntad de Dios todo, en absoluto, de ese inmenso tesoro de gracias traído por el Señor (Joan., I, 17) no es comunicado y dado por María. Así como nadie puede ir al Padre sino por el Hijo, así casi (ita fere) nadie puede acercarse al Hijo sino por su Madre*" (Leo XIII, encycl. *Octobri mense*, 22 sept. 1891).

Pensamientos son estos tan familiares a León XIII, que no se cansa de repetirlos en sus Encíclicas: "*Imposible imaginar* —escribe— *que nadie jamás, ni en el pasado ni en el porvenir, haya procurado con tanta eficacia como la Santísima Virgen el reconciliar a Dios con los hombres. ¿Quién sino Ella ha hecho descender al Salvador en medio de los hombres, que se arrojaban a su eterna perdición, entonces, cuando en nombre de toda la naturaleza humana,* ***loco totius humanae naturae****, dió su admirable consentimiento al anuncio del* ***sacramento de paz****, traído por el Angel a la tierra? ¿No es de Ella de quien ha nacido Jesús; de Ella, la verdadera Madre, digna por este motivo de ser la Mediadora siempre atendida cerca del Mediador?*" (Leo XIII, encycl. *Fidentem piumque*, 20 sept. 1896).

III. ¡Cómo!, se dirá tal vez, ¿es preciso que la ejecución de un misterio predestinado por el cielo antes de todos los siglos, y tantas veces anunciado desde el origen del mundo, dependa de una voluntad libre que no sea la de Dios? Que se le ocurra a la criatura rehusar el asentimiento que se le pide y que se deje a su voluntad, y los designios de Dios serán estorbados; sus profetas, convencidos de mentira, y la esperanza de la Creación toda entera, reducida a la nada. ¡Temor vano, aprensiones inútiles! ¡Sí!, el cumplimiento del gran misterio depende del consentimiento de María; no de un consentimiento forzado, como sería el de un esclavo, sino de un consentimiento de beneplácito, dado espontáneamente. Pero no se crea que por eso están en peligro los divinos consejos, o es incierta la redención. Tales eran, en efecto, las disposiciones interiores de María, que ese consentimiento no podía ser dudoso, siendo así que se le presentaba como la condición necesaria de la Encarnación del Verbo y de nuestra Redención. "*Es que, en efecto* —dice San Bernardino de Sena—, *la gracia de su primera santificación la impulsaba con ímpetu ardiente a desear esta inestimable gracia. Deseaba con sus más ardientes anhelos el misterio que debía operarse en Ella. Hubierais visto todos los suspiros de esperanza, todos los votos, todas las plegarias que brotaron del corazón de los patriarcas, de los profetas y de todos los santos de todas las edades, afluir en cierto modo a su corazón para concentrarse allí en un solo suspiro, en una sola oración en un solo voto de un ardor y de una intensidad sin igual. No que Ella se creyera digna de recibir al Hijo de Dios en su propia carne: la misma gracia de santificación que la había llenado de toda virtud le inspiraba una humildad tan profunda, que jamás persona alguna gustó como Ella* ***la nada*** *de la criatura; nadie se anonadó como Ella bajo la voluntad de la Majestad divina*" (San Bernardin. Sen., serm. 4, *de Immac. Concept. B. V.*, a. 1, c. 3. Opp. t. IV, p. 87)

Y he aquí por qué la salud del mundo, entregada a la voluntad de esta Virgen bendita, no podía quedar, ni quedaba, en suspenso. Por otra parte, y ésta es una doctrina general,

Dios, teniendo todas las cosas en su presencia, tiene también los corazones de 1os hombres y los vuelve e inclina adonde quiere y como quiere, porque posee industrias admirables y omnipotentes para llevarlos libremente, pero infaliblemente, a cumplir sus designios. Y aun cuando la ejecución de su gran decreto esté como suspensa del acto contingente de una criatura, todo se hará como Él lo ha resuelto en su infinita misericordia.

Y si buscáis la última razón, es que Dios, antes de formar sus decretos, si es que podemos hablar así tratándose de cosas eternas, sabía, en su presciencia infinita, con qué atractivos victoriosos podía inclinar infaliblemente el corazón de la Virgen, sin atentar contra su libertad.

Podrían fácilmente multiplicarse las aplicaciones de la misma doctrina. Es un artículo de nuestra fe que la Iglesia permanecerá hasta el fin de los siglos una, santa, católicica apostólica, y, por consiguiente, nada más cierto que esta permanencia. Y, sin embargo, depende del libre consentimiento de los hombres. Dios **no obliga a la fuerza**, ni a los miembros de la Iglesia para que sean fieles a su fe, ni a los pastores para que mantengan la constitución dada por Cristo. ¿Cómo se hará esto? Los espíritus y los corazones están en la manos de Dios. Un Papa, los Obispos reunidos en Concilio deciden **libremente** definiciones sobre la fe. ¿Por qué no pueden traicionar la verdad divina dando resoluciones erróneas? Igual respuesta, igual solución. Es también nuestra solución y nuestra respuesta cuando se trata de conciliar la libertad del consentimiento de la Santísima Virgen con el inefable decreto de la Encarnación.

Razones del Consentimiento de la Santisima Virgen

Más sobre el consentimiento de la Santísima Virgen en la unión de la naturaleza humana con el Hijo de Dios.—Razones por las cuales fué necesario este consentimiento; y cómo este consentimiento concurrió más ampliamente a hacer de Cristo, principio de nuestra vida espiritual, el "*don*" de María.

I. ¿Cuáles pueden ser las razones de esta divina economía? Grandes teólogos, como **Suárez**, se complacen en considerar en la embajada enviada por Dios para solicitar el consentimiento de la Virgen como una imagen y ejemplar de lo que pasa en nosotros, cuando Dios nos llama por su gracia a ser hijos suyos; digámoslo mejor: a concebir espiritualmente a Cristo en nuestras almas. "*De igual modo que Dios, cuando se trata de personas llegadas al uso de la razón, no recibe ninguna en su amistad sin que ella misma consienta, así también, debiendo la Virgen Santísima, por este misterio, entrar en una unión soberanamente íntima con Dios, pertenecía a la suave disposición de la Providencia el requerir ante todo su libre consentimiento*" (Suárez, *de Myster. Cristi*. Comment. in 3, p., q, 30, a. 1. "*Quarta ratio*").

Aquí, pues, como en toda la economía del orden sobrenatural, Dios ha querido tratar con honor y deferencia la obra de sus manos. Nada por fuerza, ni con violencia; todo por la dulzura y la persuasión: "*Porque dispone de nosotros con gran reverencia*" (Sap., XII, 18). Este proceder general que preside a las operaciones de la gracia debía brillar con el más radiante esplendor en la obra de gracia por excelencia, la concepción del autor mismo y del prin-

cipio mismo de la gracia; y, por consiguiente, la Encarnación que hace del hombre el Unigénito del Padre, así como la justificación de donde procede el hijo adoptivo de Dios, pedía el concurso de dos voluntades: la de Dios y la humana.

De este paralelo entre la justificación del pecador y la encarnación del Verbo se sigue una conclusión muy digna de ser meditada. Es que el misterio de la Anunciación, comenzado en Nazareth, se continúa a toda hora y en todo lugar sobre la tierra, y se continuará hasta la consumación de los siglos, es decir, hasta que el cuerpo de Cristo haya alcanzado su plenitud final. En efecto; ¿no es Cristo concebido todas las veces que la gracia entra en un corazón, transformando un hijo de ira, en hijo y amigo de Dios, siendo así que no es otra cosa el ser justificado que convertirse en miembro de Cristo y en Cristo mismo? Ahora bien; tratándose de adultos, ¿puede hacerse esta justificación sin vocación; es decir sin que Dios por el ministerio de sus ángeles invisibles y visibles, por los acontecimientos que dispone, por sus luces interiores, por sus inspiraciones secretas, ilumine y solicite su libre albedrío, para obtener el *fíat* que abrirá sus corazones a la formación de Cristo en ellos? Lo que acabamos de considerar sobre un misterio, podría fácilmente mostrarse en los otros; y no es una de las menores bellezas del Cristianismo esta armonía constante entre la Cabeza y los miembros entre Cristo y los cristianos.

Esta razón, sin duuda, es sólida y bella. Véase otra aún más grave y más fundamental. Supone como fundamento la verdad de que la **asunción** de nuestra carne por el Verbo es una especie de matrimonio contraído entre el Verbo y la naturaleza humana, matrimonio espiritual y misterioso del cual fué profética figura la primera pareja. Es lo que predicó más de una vez **San Agustín**: "*El lecho nupcial del Esposo es el seno de la Virgen, puesto que en él se unieron el Esposo y la Esposa: el Esposo, es decir, el Verbo; la Esposa, es decir, la carne, porque escrito está:* ***"Y serán dos en una carne..."*** *A esta carne vendrá a añadirse la Iglesia, y será Cristo entero la cabeza y los miembros*".

Punto es éste que ya hemos tocado en la primera parte (Lib. II, c. 3, t. 1, p. 185). Pero, como ha llegado el momento de tratarlo con más amplitud, no vacilamos en apoyarlo con nuevas autoridades. He aquí, primero, cómo el santo Pontífice **Gregorio Magno** ha desarrollado el mismo pensamiento en la interpretación que hizo de la parábola evangélica en que el Rey celebra las bodas de su Hijo: "*es que Dios Padre celebró las bodas de Dios, su Unigénito, cuando lo unió a la naturaleza humana en las entrañas virginales de María; cuando quiso que, siendo Dios antes de todos los siglos, se hiciese hombre al fin de los siglos... Y, con más claridad y seguridad, se puede decir que el Rey celebró las bodas de su Hijo porque le dió por Esposa a la Iglesia, en el misterio de la Encarnación. Ahora bien, lo repito: el seno de María sirvió de lecho nupcial a este real Esposo. Por eso cantaba el Salmista* (Psalm. XVIII, 6),*que ha puesto su morada en el Sol, de donde, semejante al Esposo que sale de su tálamo, se lanzó como gigante para recorrer su camino*" (San Greg. M,, Hom, 38 in Evang., n. 3. P. L., LXXVI, 1283).

En uno de los sermones sobre la Asunción de la Madre de Dios, atribuidos a **San Ildefonso**(Algunos críticos han negado que sea el santo Doctor), se lee de María: "*Esta es aquella alma dichosa por quien el Autor de la vida ha hecho su entrada en el mundo, por quien la maldición lanzada contra nuestros primeros padres ha sido levantada, por quien la bendición celestial ha venido al universo entero. Esta es aquella Virgen en cuyo seno toda la Iglesia ha sido desposada con el Verbo, y*

*unida a Dios con una **alienza eterna***" (S. Hildefons.. in append. Serm. 2 *de Assumpt. B. M. V.*, P. L. XCVI, 252).

Hallamos la misma doctrina en un piadosísimo y consolador panegírico de la Virgen Madre que, según ciertos manuscritos, sería obra de **San Bernardo** (Ricardo de S. Lorenzo y el P. Théoph. Raymaud dicen que es obra de Ecberto. abad Ha Schonau, cuyos sermones contra los Cataros se contienen en la Biblioteca de los Padres (t. XII. ed. Colon)): "*Tu seno, ¡oh, Señora nuestra!, es honrado por el mundo entero como el sacratísimo templo del Dios viviente, porque en él comenzó la salud del género humano; en él, el Hijo de Dios se revistió de su hermosura; en él, adornado de blancas vestiduras y saltando de gozo, encontróse con su Esposa elegida, la Santa Iglesia, y dándole el beso de paz, tan largo tiempo esperado, formó, virgen, con ella virgen, los primeros lazos de la nupcial alianza, predestinada antes de los siglos. Entonces fue derribado aquel muro de enemistades que la desobediencia de nuestros primeros padres había levantado entre el cielo y la tierra...* (Ad B. V. *Sermo panegyr.*, n. 3. P. L. CLXXX1V, 1011).

"*Hoy. es decir, en la Anunciación, se ha cumplido la primera ofrenda por nuestra salud en seno de Nuestra Señora. Y esta ofrenda ha sido agradable a la Santísima Trinidad por la redención del mundo... En este día también fueron divinamente celebradas las bodas del Verbo con nuestra humanidad" (Gerson.,* serm. de Annunc. B. M. V. *2:1 consider. Opp. V, III. 1366).*

*Es el mismo pensamiento que leemos en una devota oración a María del sabio Idiota, comentando estas palabras de Gabriel:**El Señor es contigo**: "íSí!* —le dice—, *¡oh Virgen Maria el Señor estuvo contigo en su concepción; porque entonces fué celebrado el matrimonio de la naturaleza divina y la naturaleza humana, y esto en vuestro mismo seno. El matrimonio en efecto, consiste en dos casos: el mutuo consentimiento y la unión natural. Hubo consentimiento cuando respondiste: **"Hágase en mí según tu palabra"** (Luc., I, 38): hubo unión natural cuando el Verbo se hizo carne" (Joan., I, 14). (Raymund. Jordán., Contemplat, de Virg., P. VII. Cont. 4. n. 2.)*

Pero para que se realice esta **nueva alianza** del Verbo con la naturaleza humana hace falta primero el consentimiento de María. Esto es lo que predicaba **San Ildefonso** en uno de los sermones sobre la Asunción de la Virgen, posterior al que hemos citado más arriba: "*No temas ser Madre, ¡oh, Virgen!, dice el Angel a María. Cree solamente, y concebirás; ama, y parirás... Y María, preñada ya de la simiente de la fe; María, concibiendo a Cristo en su espíritu antes de concebirlo en su cuerpo, respondió al Angel: He aquí la esclava del Señor... Y sin tardanza alguna, apenas expresa su asentimiento, el Esposo entra en su carne inmaculada; y Aquel a quien el mundo entero no puede contener penetra en el seno virginal, libremente abierto, a su llegada, por la fe*" (S. Hildefons., Appends. Serm. *7 de Assumpt. B. M. V.* P. L., XCVI, 269).

"*Así* —dice también **Dionisio Cartujano**—, *en cuanto la Virgen dió el deseado consentimiento, se celebraron en su seno las bodas de la unión hipostática, quiero decir la unión de la naturaleza humana con el Verbo: porque, según el pensamiento del Bienaventurado Gregorio, el Padre hizo los desposorios de su Hijo cuando le asoció la naturaleza humana en el seno virginal de su Madre. Entonces fueron también celebradas las bodas del Esposo celestial con su Esposa especial la Madre Virgen de Cristo, convertida singularmente en Esposa suya por la concepción del Hijo de Dios*". Habráse podido notar en los textos precedentes que los Santos Padres hablan de una doble unión nupcial. Hay la unión **del Verbo** con la naturaleza humana; hay la unión de Cristo con su Iglesia. De estas dos uniones, la segunda, sobre todo, es la que se encuentra con más frecu-

encia en los escritos de nuestros Doctores, y de ella es también de la que habla especialmente San Pablo en el pasaje, tan conocido, de su **Epístola a los de Efeso**, sobre el matrimonio de la Ley Nueva: "*Por esto también dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer; y serán dos en una sola carne. Este sacramento es grande, digo, en Cristo y en la Iglesia*" (Ephes., V, 31, sq. Se leerá con fruto sobre el matrimonio sagrado de Cristo con la Iglesia al P. Theoph. Raynaud, de *Attributis Christi Dom.*. S. 5, *Chrístus sponsus*, n. 817-839. Opp. t. II, p. 412, sqq.14).Pero esta segunda unión no es incompatible con la primera; y la prueba es que los Padres hablan de la una y de la otra en una misma serie de razonamientos. Aún más: una es complemento de la otra; si el Verbo de Dios unió consigo la naturaleza humana en la unidad de un mismo Cristo, es para que Cristo pudiese un día unirse con la Iglesia en la unidad de una misma persona mística y hacerse de ella, para siempre, una esposa nacida y purificada en su sangre divina.

Más adelante veremos cómo la Virgen Santísima intervino también en esta unión de Cristo y de la Iglesia. En este momento sólo tenemos que tratar de su oficio en el matrimonio del Verbo con nuestra naturaleza.

No hay necesidad de decir cuál es el lecho nupcial donde se obró el encuentro del Verbo con la carne y la consumación de su desposorio. Nada más frecuentemente repetido que esta expresión, en las obras de los Padres. Apenas hablan de la Encarnación, dan este título a María. Pero esto mismo no es otra cosa que recordar bajo una forma abreviada la unión del Verbo con la Humanidad, consumada en sus entrañas virginales.

Se ba podido también advertir en el texto sacado de Dionisio Cartujano, que por el bocho de la Encarnación, la Virgen Santísima ha sido hecha Esposa ***especial*** *del Hijo de Dios, el Esposo celestial. Fácil es acumular textos y testimonios de nuestros Doctores afirmando ese privilegio de María. Ahora bien; según los Santos Padres, esa multitud de nombres, lecho nupcial, madre, esposa, hija, esclava, lejos de ser censurable, o, por lo menos, inútil, es, por el contrario, necesaria para ayudarnos a concebir con nuestras limitadas ideas las perfecciones y las cualidades diferentes de un mismo sujeto. Es lo que San Juan Crisostomo muestra elocuentemente hablando de Nuestro Señor y de la Iglesia (hom.* ***de capto Eutropio****, n. 6. P. G., LII, 402); y es también la razón que nos hace multiplicar los nombres de Dios (S. Thom., I p., q. 13, n. 4 cum parell.), aunque Dios es la unidad soberanamente simple.*

Ahora bien; según el sentir del Doctor Angélico, para que haya matrimonio o simples desposorios hace falta, para el valor del contrato, el consentimiento de las dos partes; tal es la ley de la Naturaleza. Y puesto que Dios se ha complacido en respetar tan constantemente, en el orden de la gracia, los intereses legítimos de la Naturaleza, debemos esperar que se dé aquí también lo que ratifica las alianzas comunes, esto es, el acuerdo de las voluntades. No hay dificultad de parte del Verbo: libremente se ha unido a nuestra carne".

S. Thom., 3. p., q. 30, n. 1. "Congruum fuit B. Virgini annuntiari quod esset Christum conceptura... Quarto at ostenderetur esse quoddam epirituale matrimonium inter Filium Dei et humanan naturam et ideo per annunciationem spectabatur consensus Virginis, loco totius humanae naturae." Los otros tres motivos sobre los cuales apoya el santo Doctor la conveniencia de la Anunciación, se refieren muy bien a nuestro asunto. Era el primero la necesidad que había de establecer un orden perfecto en la unión del Hijo de Dios con la virgen: ¿no debía Ella conocer y concebir primeramente por la fe al

que iba a llevar en su carne? Era el segundo la ventaja de hacer de la Virgen Santísima el testigo más seguro de un misterio, del cual sería instruida por el mismo Dios. Era el tercero la gloria que le redundaría a esta Señora de una ofrenda generosa y pronta de todo su ser, de aquella funda atestiguada por su respuesta: ***"He aquí la esclava del Señor."****).*

Pero, ¿quién hablará por la naturaleza humana? Cuéntase en el **Génesis** que el siervo enviado por Abraham al lugar de su nacimiento para buscar esposa a su hijo Isaac obtuvo la mano de Rebeca, hermana de Labán e hija de Batud. Estos, sin embargo, instados por Eliezer para que dejasen marchar cuanto antes a la desposada, procuraban diferir su partida. Por último, ante las reiteradas instancias del siervo de Abraham, se dijeron el uno al otro: "*Llamemos a la joven y veamos cuál es su voluntad: Vocemus puellam, et quaeramus ipsius voluntatem*" (Gen., XXIV, 57).

Esto hicieron el día de la Anunciación las tres divinas Personas con Aquella de quien fué Rebeca una de las más graciosas figuras como Isaac lo fué de Cristo. En aquella hora, María representaba nuestra naturaleza, y era justo que la representara, pues no hubiera sido posible hallar en la familia humana un miembro más puro, más noble ni más digno de tratar en su nombre con Dios. Ciertamente la Humanidad sagrada de Jesús merecía ser concitada con preferencia a toda otra criatura; ¿no era en Ella donde debían realizarse esas bodas santas del Hijo de Dios y de nuestra naturaleza? Pero esta Humanidad no existe antes de la unión. La primera vez que abrió los ojos a la luz y el corazón al libre albedrío, ya no se pertenecía: la unión estaba consumada. No nos hemos equivocado: de cierto modo nació de Ella el consentimiento; con Ella se trató el gran negocio de nuestra salud. Pero esto mismo exigía el consentimiento de María, puesto que esta Humanidad del Salvador estaba en María como en su principio y formaba todavía parte de su substancia cuando el matrimonio se iba a efectuar.

Si, pues, hacía falta un consentimiento, era a esa jovencita, a esa Virgen de David, a quien había que pedírselo. *Vocemus puellam et quaeramus voluntatem ejus* (León XIII se apropió esta doctrina). Así, pues, apenas pronunció el sí que el Hijo Eterno de Dios aguardaba, sin más tardar, en el momento mismo, vino el Verbo a Ella, y la unión hipostática, prenda, premisa y principio de una unión más universal con cada uno de los miembros de la Humanidad, se cumplió.

II. Bossuet (3° *Serm. pour la féte de l'Annonc*., 1 p. San Juan Crisóstomo, o mejor dicho, un autor eclesiástico, cuya obra fué publicada entre las del santo Doctor. *Hom. in Annunc. B. V*. P. L., 794, 795), siguiendo a **San Juan Crisóstomo,** trae una tercera razón, que se refiere al designio formado por Dios de reparar el mundo por donde cabalmente se había perdido. Por un acto de su voluntad trajo la desgraciada Eva nuestra ruina; era menester, pues, que la Bienaventurada María cooperase del mismo modo, y desde el principio, a la obra de nuestra salud. Por esto el Señor le envía un Angel, encargado de participarle las proposiciones divinas y de requerir su consentimiento para los desposorios de la criatura con el Creador. En efecto; por su libre elección, la primera mujer ofreció al primer padre de los hombres el fruto de muerte que lo perdió a él y a su descendencia. Si el desquite de Dios había de ser completo y perfecto, era menester que el fruto que devolviera la vida al mundo fuese también don voluntario de la nueva Eva. Hubiera podido ser, sin duda, aun cuando María no se hubiese prestado valuntaria y conscientemente a ser Madre del Salvador: bastaba, absolutamente

hablando, que lo ofreciese más tarde a la hora del sacrificio. Pero entonces hubiera faltado algo a la relación entre la nueva y la antigua Eva. Porque mientras esta última tuvo su parte al principio mismo de la rebelión del Adán terrenal, y hasta se anticipó a esta rebelión y la preparó con su propia desobediencia, María no hubiera entrado en el acto de la reparación como ayuda consciente y compañera del hombre, sino tardíamente, cuando el misterio estaba ya en vías de ejecutarse. Jesucristo, desde el primer instante de su existencia, fué una víctima señalada para la inmolación. Su concepción fué la del Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Como fué en aquel momento mismo Dios en carne, así fué también el Reparador en el ejercicio actual de su ministerio de salud. Así, pues, la nueva Eva debía estar a su lado, participando desde entonces en este ministerio; y, ¿cómo lo hubiera compartido si todo se hubiese hecho independientemente de su libre voluntad?

Señalemos una última razón, expuesta por el **Cardenal Francisco de Toledo** en su comentario sobre San Lucas (Tolet., *in Luc. 1, Annot*. 113).

Era necesario —escribe este autor— que María no sólo fuese la Madre de Dios, sino que también fuese digna de concebirle. Es verdad que, hasta el feliz día de la concepción del Verbo, María se había dispuesto con el ejercicio de todas las virtudes, o más bien, Dios mismo la había preparado con una inefable abundancia de gracias al honor que la esperaba, y por eso, apenas llegó, pudo el Angel saludarla llena de gracias y bendita entre todas las mujeres. Pero hacía falta, además, una preparación más actual e inmediata. Esto es lo que comprenden los fieles que van a recibir el Cuerpo del Salvador en la Sagrada Eucaristía. Por muy puros y llenos de caridad que estén, se reprocharían el acercarse a su Dios si no se hubieran purificado más y más de sus miserias y si no hubieran reavivado actualmente en su espíritu la luz de la fe, y en su corazón la llama del amor.

Ahora bien; esta preparación inmediata a la comunión más íntima con el Verbo de Dios, María no la hubiera tenido si el Angel no hubiese venido del cielo para anunciarle el misterio y preguntarle, en nombre de Dios, si consentía en que se operase en Ella. Imaginaos a un cristiano bautizado que no hubiera pensado: ¡quiera en que iban a darle el Cuerpo del Salvador, y a quien se hiciese comulgar antes de toda advertencia y sin saberlo: tal hubiera sido María, si el Verbo se hubiese encarnado en su seno independientemente del mensaje angélico y del asentimiento dado por Ella a la Encarnación.

No insistiremos sobre la excelencia de los actos con los cuales María, gracias a la economía divina de sabiduría y bondad que reina en el misterio de la Anunciación, pudo disponerse a recibir dignamente la visita permanente del Señor: sería repetir lo que ya hemos dicho en más de un lugar. Pero no podemos resignarnos a callar un pensamiento de **San Bernardino de Sena**. Después de haber protestado que no sabría expresar, ni aun balbuciendo, la inefable grandeza de las virtudes practicadas entonces por la Santísima Virgen, afirma que mereció en su consentimiento al menaje angélico una medida de gracia que fué, con relación a su estado anterior, lo que es en un simple fiel el el estado de una santidad perfecta con relación a la vida común de los cristianos.

San Bernard. Sen., ***Serm de festiv. S. M. V. Serm. 8 de Consensu****. V. a. 1, c. 2, Opp. t. IV, p. 106. Un texto citado con frecuencia por los autores como de San Ireneo podia servir aquí de tema para muy bellas consideraciones. Helo aquí:* ***"Quid est quod un sensu Mariae non perficitur mysterium***

Incarnationis? Quia nempe vult illam Deus esse principium omnium bonorum."*Desgraciadamente, este párrafo no se encuentra en el Iugar indicado (Adv. Haeres., lib. III, c. 32), ni en otro alguno de la misma obra.*

III. El Angel del Señor dijo a los pastores de Belén: "*Os anuncio una nueva que será para todo el pueblo causa de grande alegría: Os ha nacido hoy un Salvador, que es el Cristo, Señor, en la ciudad de David*" (Luc., II, 10 y 11).

Es el mismo a quien el profeta Isaías contemplaba en una visión misteriosa, y exclamaba:"*Un Niño nos ha nacido, un Hijo nos ha sido dado*" (Isa.. IX, 6; col. Matth.. I, 19). Y, por temor de que nos equivoquemos, este Niño, este Hijo, nos es presentado con los mismos caracteres en el Evangelio y en la profecía: en los dos consta que es un Rey, y que está sentado en el trono de David, y que su reino no tendrá fin (Isa., IX, 7: Luc„ I, 32 y 33). Y, ¿quién nos ha dado este Niño, este Hijo, Salvador nuestro? Dios Padre, sin duda, de quien está escrito: "*Tanto ha amado Dios al mundo, que le ha dado su Hijo Unigénito*" (Joan., III. 16). Pero al lado de Dios Padre, el primer Dador, vemos a la Dadora, y de Ella podemos también decir con verdad: "*Tanto ha amado María al mundo, que le ha dado su Hijo Unigénito*". ¡Sí!, verdaderamente lo ha dado, porque, una vez más lo repetimos, por su consentimiento fué formado de su carne y en su carne para sernos Jesús, es decir, Salvador. Si Ella puede decir de Sí misma, como la Sabiduría Eterna: "*He salido de la boca del Altísimo, primogénita antes de toda criatura*", puede añadir, con más razón todavía: "*Yo, yo misma he hecho levantarse en el cielo la luz indefectible; ese Sol que, salido de Oriente, ilumina a todo hombre que viene a este mundo* (Eccli., XXIV, 5, 6; Is., XLI; Joan., I, 9); *y lo he hecho por amor y por el amor*". Don del Padre es Jesucristo, y don de María, porque es el fruto bendito de la libérrima voluntad de ambos. "*Dios* — leemos en el Apóstol—; *Dios, que no ha perdonado a su propio Hijo, sino que lo ha entregado por nosotros, ¿cómo no nos ha de dar con El todas las cosas?* (Rom., VIII, 32). Después de lo que hemos considerado en las páginas antecedentes tenemos derecho para tomar esas palabras y aplicarlas a la Virgen María. ¡Sí! Ella, como el Padre, no sólo ha dado por nosotros a su Hijo en la Encarnación, sino que lo ha entregado, porque lo aceptó, y, por consiguiente, lo dió para lo que era y debía ser: nuestro Salvador, nuestro Sacerdote y nuestra víctima. Así lo daba el Padre, así Jesucristo se ofreció a Sí mismo en el primer instante. "*El Hijo de Dios, entrando en el mundo, dijo: No has querido hostia, ni oblación, pero me has formado un cuerpo... Entonces he dicho: Heme aquí; vengo a cumplir tu voluntad, según está escrito de mí en el principio del Libro*" (Hebr., X, 5, sqq.); es decir, para ser el Cordero cuya sangre derramada purifica los pecados del mundo. Por su mismo peso, la Encarnación va derecha a la Pasión. María lo sabe de ciencia cierta, y la aceptación que hace de ser Madre del Verbo Encarnado se confunde con la de dar al mundo a Dios crucificado.

Por consiguiente, Ella también, desde aquel primer instante, nos ha dado todo con El, es decir, la remisión de nuestros crímenes y la vida sobrenatural que brota del pesebre y de la cruz. Así Ella es, con toda verdad, la Madre de los redimidos y de los vivientes con vida divina; y nada exageró **San Bernardino de Sena** cuando dijo: "*La Virgen, por su consentimiento en la Encarnación del Hijo de Dios, ha deseado entrañablemente,****viscerosissime****, y procurado la salud de los elegidos todos; por el mismo consentimiento se dedicó singularísimamente a la liberación espiritual de todos los hombres, de suerte* ***que desde aquel momento los llevaba en su seno como una ver-***

***dadera madre a sus hijos**".**San Bernard**. Sen., **Serm. 6 de Consensu**, a. 2, c. 2. Opp., t. IV, p. 106, sqq.*

***San Pedro Crisólogo**, en un sermón que nos dejó sobre la Anunciación de la Virgen Mana, explica de un modo asombroso todas las liradas que nos ha valido el consentimiento dado por Ella al mensaje angélico.*

***"Ecce hereditas Dominii, filii merces vintris." S. Petr., Chysol**., serm. 140. P. L., 577. ¿No es esto como decimos que María, por su consentimiento, de donde salen tantos bienes, ha venido a ser la Madre de los redimidos? ¿Acaso no lo había afirmado **San Ambrosio**, bastantes siglos antes, cuando escribía 1a frase tan llena de sentido, en su enérgica concisión: **"Sola erat** (María), quando supervenit eam Spiritus Sanctus, et virtus Altissimi obumbravit eam. Sola erat **et operata est mundi salutem**, et conceptit redemptionem universorum ?" Ep. 49, ad Sabinam, n. 2. P. L., XVI, 1154.*

¡Sí!, ya los llevaba virtualmente con Jesús en su seno virginal, puesto que llevaba a Aquel de quien serían los miembros y la virtud de donde debían nacer y tomar crecimiento. He aquí, resumido en una hermosa página del sabio Apologista Hettinger, todo lo que debemos al consentimiento de la Santísima Virgen. Puédese juzgar, por lo que precede, cuán verdadera es esta página: "*María* —dice San Ireneo— *ha sido para todo el género humano la causa de la salud. Ahora bien; el principio, la razón y el origen de su mediación fue, ante todo, su fe* (es decir, en otros términos, el asentimiento que encarnaba esta misma fe). *Bienaventurada eres, porque has creído... Por su fe a la embajada del Angel* —nos dicen los Padres— *recobró lo que la incredulidad de Eva había perdido; **Ella, pues, devolvió la vida a los que la primera mujer había dado en otro tiempo la muerte**.*

"*Con fe dócil y sencilla pronunció esta gran palabra: **Fiat mihi secundum verbum tuum**. Y así como el primer **fiat** había hecho salir de la nada al mundo visible, de igual modo éste dió nacimiento a un nuevo mundo: el de la Redención; porque la obra de la Encarnación, decretada desde la Eternidad y esperada hacía tantos siglos, no se cumplió hasta que la Virgen dió su consentimiento.*

"*Ese **fiat** cierra el mundo antiguo y abre el nuevo; es el cumplimiento de todas las profecías, el centro de los tiempos, la primera luz de **la estrella de la mañana** anunciando la salida del**Sol de justicia**; tanto cuanto podía depender esto de un querer humano, este **fiat** reanudaba ese lazo admirable y misterioso, destinado a juntar el cielo y la tierra, Dios y la Humanidad; en fin, señala el instante para siempre memorable en que resonó en el cielo y en todos los mundos de los espíritus la palabra que decía: El El Verbo se ha hecho carne". Hettinger, **Apología del Cristianismo**, t. III. **"Los Dogmas del Cristian."**, c. 9, pp. 568 y sigs. (Bar-le-Duc, 1870). Notemos con Hettinger estas palabras del protestante Dietlein: **"Si Ella no hubiera sacrificado su voluntad, como verdadera esclava del Señor, para recibir como fruto de sus entrañas al Hijo de la promesa, no habría para nosotros ni salud, ni gracia."** Dietlein, Evang, **Ave María,** p. 8 (Halle, 1863).¿Basta todo lo dicho para reducir a la nada las miserables objeciones que se nos oponían al principio de este libro, y para probar con cuánto derecho encierra la maternidad divina la maternidad espiritual de María?*

María en el Calvario (I)

Explicación de los principales motivos que exigían que la Virgen Santísima participase de "*hecho*" en la Pasión de su Hijo, para que su maternidad de gracia tuviese su último complemento.

De las consideraciones desarrolladas en los tres últimos capítulos se desprende clara y cierta una doble conclusión. Y es: que la gloriosa Virgen, por la inmensidad de sus méritos y por su concentimiento en la Encarnación del Verbo, ha sido hecha doblemente Madre: Madre de Dios, pues ha concebido al Hijo de Dios encarnado en sus virginales entrañas; Madre de los hombres, porque dar el Salvador al mundo y, sobre todo, darlo de esa manera, ora darle, en El y por El, la vida sobrenatural, el ser de gracia que hace de nosotros hombres nuevos. Sin embargo, para que María sea **completamente**nuestra Madre, no le basta ni haber merecido su fecundidad divina, ni haber libremente dado a luz al Autor de la gracia y de la vida. Es menester que suba al Calvario con su Hijo, que tenga su parte única en la Pasión del Redentor de los hombres. Con esta condición solamente oirá de labios de Jesús Crucificado las palabras que promulgan auténticamente su maternidad espiritual y que le dan a todos los hombres por hijos.

He aquí lo que vamos a exponer ahora, y, para hacerlo con orden, diremos primero las razones que hacían necesaria la participación de la Virgen en la inmolación sangrienta del Salvador, a fin de que fuese con toda verdad nuestra Madre en el orden de la gracia; en los capítulos siguientes mostraremos con qué perfección se realizaron en Ella las condiciones que, según los designios de Providencia, debían ser el coronamiento de su maternidad.

I. Entre las causas por las cuales debía la Bienaventurada Virgen acompañar a su Hijo en el Calvario, a fin de tener allí el complemento y la consagración de su maternidad espiritual, nos parece que podemos señalar, por lo menos, cuatro o cinco principales, abstracción hecha de varias otras que vienen a agruparse en ellas.

La primera se desprende de lo que sucede con su Hijo, Nuestro Señor y Redentor. Leed las homilías de los Padres sobre la concepción o sobre el nacimiento del Verbo Encarnado, y hallaréis siempre y en todas partes magníficamente celebrada nuestra libertad. La paz se ha firmado entre el Cielo y la Tierra; la gloria de Dios está reparada; las fuentes de la vida divina se han abierto para los hombres. Por eso los ángeles cantan en los aires un cántico de alegría: "*Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.*"Y la tierra responde con su gozo a los cantares angélicos; ha conocido a su Libertador, y los pastores le han adorado como tal en su nombre. ¿Cómo el mundo entero no había de salir de su larga tristeza, puesto que el Mediador había venido, puesto que en su Persona Dios es hombre, y el hombre, Dios?

Por otra parte, las Sagradas Letras, con los Padres y los Doctores apoyados en ellas, nos aseguran que, mientras Cristo no haya sufrido, mientras el Cordero de Dios no haya sido inmolado, ni la reparación del ultraje hecho a Dios por el pecado del hombre es perfecta, ni la alianza entre el Cielo y la Tierra está completamente restablecida, ni el género humano totalmente rescatado de la servidumbre (Hebr., IX, X).

Porque por la sangre de la Cruz ha pacificado Cristo todas las cosas en la Tierra y en los Cielos (Coloss., I, 20); en el Calvario es donde ha anulado la sentencia de nuestra condenación, clavándola en su patíbulo (Coloss., II, 14); por la preciosa sangre de Cristo, como del Cordero puro y sin mancha, hemos sido rescatados (I Petr., I, 18); es, en fin, por la actual oblación de su Cuerpo como Jesucristo ha consumado para siempre a los santificados (Hebr., X, 14).

Así lo había anunciado el Profeta Isaías cuando, describiendo con ocho siglos de anticipación la Pasión de Cristo, decía: "*Si diere su vida por la expiación del pecado, tendrá una raza inmortal*" (Isa., LIII, 10). Y el mismo Salvador, hablando de su propia muerte, había dicho de Sí mismo: "*Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, se quedará solo; pero si muere, llevará muchos frutos*" (Joan., XII, 24 y 25).

¿Cómo resolver esta aparente contradicción? De un modo muy sencillo. ¡Sí!, en el Calvario, y por sacrificio sangriento que hizo allí de Sí mismo, es como Jesús nos ha libertado y salvado. Allí solamente fue pagado el precio de las gracias de reparación y salud que debían derramarse sobre los hombres. Pero esta reparación y esta paga comenzaron al entrar Jesucristo en el mundo. San Pablo nos lo advierte en su **Epístola a los hebreos**: "*Entrando en el mundo, dijo: No has querido las hostias, ni la oblación; pero me has formado un cuerpo. Los holocaustos por el pecado no te han agradado. Entonces he dicho: Heme aquí: vengo a cumplir tu voluntad..., y en esta voluntad hemos sido santificados por la inmolación del Cuerpo de Cristo, hecha una sola vez*" (Hebr., X. 5-15).

Tal es el plan divino de la Redención; tal el orden con el cual se desarrolla. La reparación comienza con la existencia de Cristo: está hecha ya en principio por la voluntad con la cual se ofrece como víctima a su Padre. Pero el supremo complemento está en la Cruz. Ser concebido, nacer, crecer, inmolarse es para Cristo **como un solo y mismo acto** de Redentor y Salvador. El sacrificio cruento presupone lo que antecede, y lo que antecede está ordenado por los decretos del Padre y la inmutable aceptación del Hijo al mismo fin, la salud del hombre. Cada suspiro del Verbo Encarnado, cada una de sus menores operaciones, cada uno de sus actos era de tal precio, que podía por sí solo constituir una satisfacción sobreabundante a la justicia divina. No había ofensa que aquel acto, que aquel suspiro no bastase a reparar; ni grado de gracia, de gloria y de vida que no bastase a pagar, no sólo para un hombre, sino para una multitud creciente hasta lo infinito.

Pero, lo repetimos, consejo era de Dios Padre y voluntad del Hijo que la vida entera de Cristo y la muerte sangrienta que la terminó fuesen **indivisiblemente** el rescate y la salud del mundo. Era menester que el hombre sintiese, ante el espectáculo de un Dios sufriendo tan largas e increíbles pruebas, cuánta era la grandeza, todavía más increíble, de sus ofensas a la Majestad divina y del amor de Dios hacia él. Y he aquí por qué la Sagrada Escriturapuede atribuir los bienes inestimables de la Redención, ya a la Encarnación, ya a la inmolación de Dios hecho hombre. A la Encarnación, porque, además de que es la Redención comenzada, va con todo su peso hacia el sacrificio del Calvario, puesto que Cristo nace mortal para morir; a la inmolación cruenta, puesto que a ella pertenece el completar el precio. Apliquemos a María las mismas reglas, y comprenderemos por qué su maternidad espiritual no puede ni debe tener su consumación sino al pie de la Cruz, en que Jesús nos rescata y nos

vivifica con su sangre. Es verdad que la concepción de Dios Salvador la consagró Madre nuestra, porque, dándonos a este Señor como Salvador, nos da en El al Autor de la salud y al principio de toda vida sobrenatural; pero, sobre todo, porque su unión con Jesús en ese primer misterio significa para Ella la unión en todos los demás misterios, cuyo término final es la Cruz.

No están estas afirmaciones basadas en el aire ni carecen de sostén en la continuación de los hechos evangélicos. Ya hemos dicho cómo en Jesucristo todo confluye, por voluntad del Padre y por la suya, hacia la Pasión consumada. El autor de los **Ejercicios espirituales** tiene sobre este asunto un pensamiento no menos sólido que admirablemente profundo, dentro de su brevedad: "*Miraré —* dice, hablando de la Natividad del Señor— *y consideraré lo que hacen Nuestra Señora y San José, cómo se ponen camino, cómo sufren mil pruebas, a fin de que el Señor nazca en una extrema pobreza, y que después de tantos trabajos, sed, hambre, frío, oprobios e ignominias, muera, por último, en cruz; y todo esto por mí*" (San Ignat., *Exercit. spir*., 2° semana contemplación de la Natividad).

Tal es la consecuencia de la ofrenda inicial que Cristo hizo de Sí mismo a su entrada en el mundo. Tal debe ser, igualmente, la consecuencia de la oblación que precedió en la Virgen Madre a la del Verbo Encarnado, cuando pronunció su primer *fiat*. Entrad, en el día de la Natividad, en el corazón de la divina Madre, y encontraréis en él la ofrenda renovada, como se renueva más ardientemente aún en el corazón del Hijo.Por eso en cuanto fué Madre, tuvo algo de sacerdote y de altar. De sacerdote, puesto que ofrece en su corazón la victima de la salud; de altar, puesto que esta víctima reposa en sus manos, cuando Ella une su propia ofrenda con la suya... Vemos en Ella un cielo y un trono; pero más aún la cruz, cuya figura representa sus brazos extendidos bajo la sagrada carpa. "*Maria sacerdos pariter et altare quae... dedit nobiscoelestem panem Christum in remissionem peccatorum... Dico enim illam esse coelum, thronum simul et crucem: extendens enim sacra brachia. Dominum portavit thronus cherubicus, cruciformis, et coelestis.*" Existiniat. Epiphan.. hom. 5, in Laudes S. M. Deip. P. G., XLIII, 497.

El uno y la otra la confirman en el misterio de la Circuncisión; el Hijo, sacrificando a su Padre las primicias de su sangre; la Madre, dando con plena conciencia a ese Hijo el nombre revelado del Cielo, ese nombre de Jesús, que contiene en germen todos los dolores y todas las gracias de la Pasión.

He aquí ahora que Jesús, en la ceremonia de la presentación en el templo, va a confirmar públicamente, a la faz del mundo, la donación que tiene hecha hasta entonces en el secreto de las entrañas maternales y del hogar doméstico. "*Sabemos* —dice Bossuet— *que el primer acto de Jesús, al entrar en el mundo, fué entregarse a Dios y ponerse en lugar de todas las víctimas, de cualquier género que fuesen, para cumplir su voluntad en todo. Lo que hizo en el seno de su Madre por la disposición de su corazón, lo hace hoy realmente presentándose en el templo y entregándose al Señor como una cosa que le pertenece*" (*Élévat. sur les mysteres, 18 sem., 3° elevat*. Véase también el exordio del primer sermón sobre la Purif. (Cuaresma del Louvre, 1662)). Pero, ¿cómo va a ratificar esta ofrenda por Sí mismo? Entre los brazos y por las manos de su Madre. Ella es la que lo presenta y lo entrega

No hay nadie como los Santos para entrar en las profundidades de esos misterios, sencillamente y sin esfuerzos. "*Llegan al altar*—escribe uno de ellos - *la Virgen cae de rodillas, abra-*

sada con más ardor que los serafines del cielo. Tiene a su Niño en las manos, y ofreciéndolo a Dios como una hostia de muy agradable olor, hace esta oración: "¡Oh Padre Todopoderoso, recibe la oblación que te presenta esta tu esclava, por todo el Universo; recibe este Hijo, que es de los dos, mío en el tiempo, tuyo en la Eternidad. Te doy las mas fervientes acciones de gracias por haberme elevado hasta ser Madre de Aquel mismo de quien Tú eres el Padre. Recibe de manos de tu esclava esta Víctima santísima. Este es el sacrificio matutino que se convertirá más tarde, en los brazos de la Cruz, en sacrificio vespertino. Padre bondadosísimo, echa una mirada favorable sobre mi ofrenda y considera por quién te la ofrezco. ¿Qué ofensa, por grave que sea, habrá cometido el mundo contra Ti, Señor; qué crimen, por más espantoso que lo haya perpetrado, que no pueda ser expiado con este sacrificio?" (S. Thom. a Villan., Serm. de Purif. B. M. V., 1 part.).

Y no creáis que Ella ignora todo el alcance del Misterio y que, por consiguiente, no esté perfectamente conforme con los sentimientos de la inocente víctima. Ha recibido tanta luzsobre el sentido más profundo de las Escrituras, que no puede dejar de entender plenamente el significado de la ceremonia que cumple delante de Ella. Aquellos primogénitos ofrecidos a Dios como su propiedad especial representaban al Primogénito del Padre, hecho hombre para la glorificación de ese mismo Padre; es decir, el Primogénito de María. Su ofrenda profetizada está, así como la inmolación del Cordero de Dios, que quita los pecados delmundo. Jesucristo, pues, ofreciéndose aquel día a su Padre, ratifica solemnemente, a la faz del cielo y de la tierra, lo que simboliza la ceremonia mosaica, y, por consiguiente, se entrega todo entero, de una manera más clara y manifiesta, a la obra de reparación sangrienta exigida por la justicia del Padre. Los judíos carnales no consideraban más que el exterior de aquellos sagrados ritos, incapaces, por su rudeza, de penetrar su íntima significación. Pero sería como una blasfemia el atribuir semejante ignorancia a la Mujer**espiritual por excelencia**; es decir, a la Virgen, Madre de Dios.

Ahora bien; para apartar de Ella toda ocasión de equívoco, mejor dicho, para que nosotros mismos entremos más seguramente en el sentido más recóndito de la ofrenda exterior, he aquí que viene el santo anciano Simeón, conducido por el mismo Espíritu Santo; recibe el Niño de manos de su Madre, como para tomar posesión en su nombre de la Humanidad, y lo proclama en alta voz el Salvador prometido desde el origen de los siglos; pero un Salvador que será de tal modo objeto de contradicción, que una espada de dolor atravesará el corazón de la Madre.Y, cosa digna de notarse, José estaba allí, con María, presentando a Jesús al sacerdote, y sólo a María se dirige proféticamente Simeón. ¿Por qué razón, sino porque Ella sola estaba llamada a la comunión del gran sacrificio, por su destino de Madre? José puede morir antes de la última realización de la ofrenda; en cuanto a la Virgen, es preciso que permanezca hasta el fin, puesto que la espada, para abrir en el corazón del Hijo las fuentes del Salvador, deberá pasar por el corazón de la Madre, Que la Oveja, **racional**, como la han llamado los Padres, tome de nuevo su Cordero. Se lo devuelven, pero ofrecido, aceptado y públicamente consagrado. Ella debe alimentarlo y cooperar con sus cuidados a su crecimiento hasta que la hora de la ofrenda definitiva llegue para Ella y para El.

¿No veis en todo eso que le sucede a la Madre lo mismo que al Hijo? Para El, la concepción, el nacimiento, la circuncisión, la presentación en el Templo; todos sus misterios, en una palabra, aun cuando sean la Redención comenzada, son más todavía compromisos para completar la oblación final, que será la Redención consumada. Si, pues, María debe ser la

Madre de los redimidos, como Jesucristo es el Salvador y el Padre, es menester que lleve, en cierto modo, su ofrenda hasta donde El llevará la suya, esto es, hasta el Calvario. Pararse antes sería no hacer sino a medias también esa gran labor que da a Dios hijos adoptivos. Imaginaos un cristiano que haya dado el pan y el vino del sacrificio; suponed más: que sea padre del sacerdote que lo va a ofrecer y que, lo mismo que la madre de Samuel, le haya consagrado de su voluntad al Señor. Este fiel, para tener la primera parte en la ofrenda de la Víctima santa, después del sacerdote y de la Iglesia, de la cual es ministro ese sacerdote, deberá unirse con el espíritu y el corazón a la celebración del sacrificio. Así debemos juzgar a María. Ciertamente, no lo ignoramos. Ella hizo más, aun prescindiendo de su presencia al pie de la Cruz, que dicho cristiano. No ofreció Ella la materia remota del sacrificio, sino la víctima misma; no es una consagración como la de aquel sacerdote la que Ella ofreció, puesto que concibió libremente al Soberano Sacerdote como tal y como Víctima, y no lo aceptó por Hijo, sino con este título. Y no es menos verdad que su ausencia del Calvario en el momento de consumarse la oblación de la Víctima Santa rompería la cadena con los otros misterios, y si no llegaría a neutralizar del todo, por lo menos disminuiría grandemente su concurso en la obra redentora y, de consiguiente, sus derechos a la maternidad espiritual.

II. A esta razón fundamental que reclama la presencia de la Virgen Santísima en el Calvario júntase otra no menos apremiante. Ya lo hemos meditado más de una vez: la redención, según el plan divino, debe ser el desquite del drama del Paraíso terrenal. Por consiguiente, hacen falta los mismos actores, pero contrarios. Satán, el tentador, estará allí. Esto significan las palabras dirigídas por el Salvador a los judíos que venían a prenderle: "*He aquí vuestra hora y el poder de las tinieblas*" (Luc., XXII. 53). Y estas otras, con las cuales acaba el Evangelista el relato de la tentación de Cristo en el desierto: "*Y el diablo se retiró* ***por cierto tiempo***" (Luc., IV, 13).

El nuevo Adán helo aquí en la persona del Salvador. Vemos también un árbol: el árbol de la Cruz. Hace, pues, falta que la mujer esté presente también en la escena, porque no es bueno que el hombre esté solo (Gen., IV, 18). Y, ¿cómo estará presente, si la Mujer predestinada para ser la enemiga perpetua de la serpiente infernal no está junto al árbol de donde penderá el fruto de la vida? Y no basta la presencia de María. Porque Eva tuvo parte en la desobediencia, en la sensualidad y en el orgullo de su esposo; María, para que el contraste sea completo, tiene que participar de la obediencia, de los dolores y de las humillaciones de Cristo, y ser mutuamente el uno para el otro una causa de sufrimiento, así como el primer hombre y la primera mujer gustaron juntos del gozo criminal.

¿No es esto, por otra parte, lo que la historia evangélica, aun antes de comenzar el relato de la Pasión, nos hace claramente presentir? Desde su entrada en el mundo, no solamente se ofreció Jesucristo en sacrificio, sino que comenzó la expiación, y esta expiación la prosiguió tan constantemente, que toda su vida no fue sino un prolongado martirio. Y a fin de que sepamos que María debe ser su compañera inseparable en ese misterio de dolor, el Evangelio no cuenta las pruebas de Cristo sin mezclar con ellas el relato de las de su Madre Santísima. Entre sus brazos y sobre su corazón desgarrado derrama las primeras gotas de la sangre redentora; con ella sufre las primeras caricias de la más ruda pobreza; con Ella, y llevado por Ella, huye a Egipto. Pues, ¿y los dolores de esta divina Señora, cuando el Niño Dios la dejó por primera vez, a fin de ocuparse "*en las cosas de su Padre*", es decir, a fin de preludiar su mi-

sión de Salvador? ¿Y cuando, más tarde, entró en su vida pública, vida de sacrificios toda, de contradicciones y de privaciones de todas clases? Ya no estaba allí José para tomar parte en las penas de Jesús; pero, ¡cómo repercutían en el alma de María!

Los Santos nos muestran el recuerdo o, mejor dicho, la previsión presentísima y clarísima de la Pasión sangrienta por la que tenía que pasar, siguiéndole por todas partes a Nuestro Salvador y haciéndole saborear por adelantado todas las amarguras del cáliz aceptado por el Hijo y preparado por el Padre. Pero también nos muestran a su Madre dulcísima llevando continuamente a sus labios el mismo cáliz. Conocía Ella sobradamente las Escrituras, y llevaba profundamente impresa la profecía de Simeón, y así no podía olvidar un solo instante con qué condiciones debía su Jesús ser el Salvador. Veía siempre la Cruz levantada. Sentía cada año, cada día, acercarse aquella hora en que Cristo sería entregado en manos de los impíos; veía aquel rostro, que es la admiración de los ángeles, obscurecido por los oprobios y la ignominia; aquellos pies y aquellas manos que ella había besado tan tiernamente, clavados en el madero infame; aquella carne, en fin, formada de su carne, herida, desfigurada, desgarrada hasta no tener apariencia humana (Isa., LIII, 3, sqq.).

Sin duda que, como el mismo Jesús, en la parte superior del alma, llamaba y deseaba esta hora, porque traería la salud del mundo. Sin duda también, el espíritu de inmolación de que Ella estaba, como El, divinamente impregnada, la impedía sucumbir bajo el peso de tan vivas y terribles previsiones. Pero, ¿quién podrá negarle, aun desde entonces, el título de Madre de los Dolores que le ha puesto la piedad de sus hijos?

Por tanto, hay que convenir en que era de toda necesidad que la nueva Eva siguiese al nuevo Adán hasta la última etapa del sacrificio, y que después de haber estado siempre con El en las primeras expiaciones, estuviese también con El en la expiación suprema. Para reconocer al **Hombre** en el árbol de vida tenemos que ver a la **Mujer** a su lado. En otros términos, sin salimos del mismo orden de ideas, la enemistad entre la mujer y la serpiente no se presentaría tal como lo había predicho el **Génesis**, si no encontrásemos a esta Mujer en el último acto del gran combate, en que la serpiente muerde el talón de aquel Hijo de la Mujer que le aplasta la cabeza.

Presentemos bajo otro aspecto estas verdades. La Sagrada Escritura cuenta de Salomón que habiéndose sentado sobre su trono real, hizo levantar otro para su madre, y la sentó a su derecha (III Reg., II, 16). ¿No reconocemos en esa figura lo que debía verse en el Calvario? Allí contempló al verdadero Salomón, Rey pacificador y pacífico (Col., I, 20), sentado sobre un trono, es decir, sobre la Cruz; porque, verdaderamente, así es como reina, y en esta postura vendrán a adorarle todas las naciones ("*Regnavit a ligno Deus*"). Por corona, las espinas; por cetro en las manos, los clavos, en lugar del manto de irrisión que llevaba hace poco, una púrpura real formada de su propia sangre, que le cubre. Y para que no nos equivoquemos ni dudemos, leemos en el título, escrito bajo la dirección del Eterno Padre, puesto sobre El: "*Jesús Nazareno, Rey de los judíos.*"

Acercaos, hijas de Sión; venid, pueblos de la tierra, y contemplad a vuestro Rey. Vedlo aquí con todo el aparato de su triunfo sobre el diablo y sus ángeles: *Ecce rex vester*. En el último día volverá a bajar a esta tierra bañada con sus lágrimas, regada con su sangre. Volverá a bajar como Juez, en todo el esplendor de su poder y de su gloria, y la Cruz estará allí, porque

por la Cruz ha reinado. Entonces también María se sentará gloriosa, a su derecha. De este modo, la antigua figura y la realidad que esperamos, nos dicen claramente una y otra que la Madre del Rey Salvador no podía estar ausente del Calvario, y que debía Ella también reinar al lado de Cristo triunfante en la Cruz.

III. Elevemos más nuestro pensamiento y consideremos a qué precio, Dios mismo, Padre del Primogénto, se hace nuestro Padre. No contento con juntar a su propio Hijo con hijos que adopta por misericordia, entrega ese Hijo a la muerte para dar a luz a los adoptivos. Y no somos nosotros quien lo decimos; Jesucristo mismo nos lo enseña en el Evangelio: "*Tanto ha amado Dios al mundo, que le dió a su Hijo Unigénito a fin de que los que creen no perezcan, sino que tengan la vida eterna*" (Joan., III, 15).

Y el Apóstol no hacía más que repetir las enseñanzas de su Maestro, cuando, tratando de nuestra adopción en Cristo, escribía a los cristianos de Roma: "*Dios no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos, a fin de darnos todas las cosas en El*" (Rom., VIII, 32). Ya lo veis: entrega su Unigénito a la muerte, a fin de vivificar a los hijos de adopción, y la misma caridad que lo sacrifica nos adopta y nos regenera.

¿Preguntáis cómo Dios Padre ha entregado su Cristo a la pasión, que nos vivifica? El Doctor Angélico responde "*que esto se hace de tres maneras: Primero, porque en sus eternos decretos **preordenó** esta Pasión por la libertad del género humano, según esta palabra del Profeta: **"Puso sobre Él las iniquidades de todos nosotros"** y además: **"el Señor ha querido triturarlo en la enfermedad"*** (Isa., LII, 6, 10). *Segundo porque la inspiró la voluntad de sufrir por nosotros, infundiéndole en el corazón una caridad inmensa; por esto leemos en el mismo texto de Isaías **"que ha sido ofrecido porque quiso"*** (L. C. 7). *Tercero, porque, lejos de protegerle contra sus enemigos, le abandonó Él mismo en sus manos; de aquí aquella queja filial del Salvador, colgando de la Cruz* (Matth., XXVII, 46): ***"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"*** (S. Thom., 3, p., q. 47, a. 3). He aquí cómo el Padre de Cristo Jesús se ha hecho nuestro Padre: estaba sobre la santa montaña, no para defender a la inocente Víctima; no para aplastar con su cólera a jueces, injuriadores y verdugos, sino para consentir en la inmolación, pacificar todas las cosas por la sangre de la Cruz (Cor., I, 19; II Cor., V, 19) y adoptarnos como hijos, después de habernos bañado en aquella sangre divina.

Este mismo orden de providencia exige que María, la Madre de Cristo, tenga en el misterio del dolor una parte análoga al oficio que desempeña Dios Padre. Por consiguiente, lejos de asombrarnos o escandalizarnos de hallarla al pie de la Cruz, debería, más bien, sorprendernos el no verla allí; porque no podríamos explicarnos cómo Dios, que la tomó por Cooperadora en la primera preparación de la Víctima, no la tomase ya por asistente en la hora y para el acto en que la ofrenda debe ser consumada. ¿No sería esto rebajar en ese momento la maternidad espiritual, cuando la paternidad de gracia es más exaltada?

No digáis que, según este último punto de vista, María no debía. sufrir, puesto que la ofrenda del Padre y el abandono en que deja a su Hijo no turban en nada la eterna beatitud de su divinidad. **Bossuet**, a quien nada se escapa en las explicaciones que trae de esos altos misterios, ha dado el principio de la solución. Escuchémosle: "*Debemos saber, hermanos míos, que hay dos alumbramientos en María. Ella dió a luz a Cristo; Ella dió a luz a los fieles; es decir, que dió a luz al Inocente, y dió a luz a los pecadores. Parió al Inocente sin dolor; pero debía dar a luz a los peca-*

dores entre tormentos y gemidos. Por esto veo en el Evangelio que los pare en la Cruz, con el corazón lleno de amargura y destrozado por el dolor, y con el rostro cubierto de lágrimas" (Bossuet, Serm. *pour la fete du Rosaire*, 2e. point. (Euvres orat., t. II, p. 358). Y, ¿por qué esta diferencia entre Ella y el Padre, pues que ambos nos engendran mediante el Hijo de ambos? No es sólo porque la naturaleza del Padre es impasible, y la de la Madre, por su condición presente, está sujeta al dolor: es también porque se trata de engendrar**culpables**. Hace falta sangre, porque esta sangre reparadora no es derramada por Cristo en tanto en cuanto es Hijo del Padre. Él la ofrece como Hijo del Hombre, y, por consiguiente, la participación en los dolores de Cristo recae únicamente por este estilo sobre la Virgen Madre.

IV. Hay, además, para la Virgen Santísima una cuarta razón de su presencia en el Calvario, que se confunde, en cuanto a la substancia, con las anteriores. Cuando meditábamos las causas que hicieron necesario su consentimiento para la Encarnación hallamos que una de las principales se fundaba sobre el carácter mismo de la unión contraída en ese misterio entre el Verbo y la naturaleza humana. Hacía falta el consentimiento de las dos partes, y nadie como María podía representar a la Humanidad en aquel dichoso contrato. Ahora bien: en el Calvario va a consumarse el matrimonio misterioso de que la Encarnación fue prenda, o, mejor dicho, principio. En efecto; allí es donde la Esposa saldrá del costado abierto de Cristo, toda cubierta de su sangre divina, según nos lo enseña el Apóstol San Pablo, escribiendo a los efesios: "*Cristo amó a la Iglesia hasta entregarse a Sí mismo por ella, a fin de hacerla parecer delante de Él como una Iglesia gloriosa..., Santa e inmaculada*" (Eph., V, 25).

Allí es donde el Esposo derramará sobre su Esposa la plenitud de los dones y le confiará los tesoros de gracias adquiridas a costa de tan inefables sufrimientos. Y, como los designios de Dios son siempre los mismos, es necesario que la Virgen asista en persona a la conclusión de esta divina alianza y que tome en ella una parte igual a la que había tenido cuando la elaboración fundamental del contrato.

Además, notemos bien en el misterio de la Pasión que para la Iglesia es una misma cosa nacer y formar con Cristo el sagrado desposorio que debe unirla eternamente a su Esposo. ¿No es cierto que esto mismo exige, con doble título, la presencia y el concurso de María? Si la Iglesia que va a nacer es su hija, ¿cómo puede estar ausente en el momento mismo en que la Iglesia recibe su primera existencia? Y si es en este momento cuando la Esposa de Cristo perfecciona definitivamente con Él la santa y divina alianza, que entrega el uno al otro mutuamente, ¿no es de suprema conveniencia que la Madre común de ambos esté presente, también por este título, allí, en el Calvario, y que allí renueve el consentimiento que le fué pedido para la primera unión el día en que el Verbo se desposó con nuestra naturaleza?

Los pintores cristianos, desde los tiempos más antiguos, se complacieron en pintar dos mujeres de pie al pie de la Cruz. Una tiene los ojos vendados: es la sinagoga infiel, que, en su ceguedad, rechaza a Cristo y la salud que Él trae. La otra levanta un vaso para recibir la sangre que corre de las llagas del Salvador: es la Iglesia, o, mejor dicho, es María, el ejemplar y la representante de la Iglesia, que vivirá de esa sangre divina. Es justo, en efecto, que la Humanidad que, en el misterio de la Encarnación, ha dado su sangre a Jesús por medio de María, recoja de nuevo, por medio de María, esa misma sangre derramada por la salud del mundo (Puédese referir al mismo simbolismo la tradición tan natural y propia que hace depositar

en los brazos de María el cuerpo de Cristo bajado de la Cruz: porque este Cuerpo, todo sangriento y destrozado, es la salud de los hombres y la vida de la Iglesia).

V. No nos cansemos de ahondar en estos divinos misterios, pues es tan abundante y rica la doctrina que encierran. Es dicho común, en las obras que tratan de la perfección cristiana, que, viniéndonos todas las gracias por la Cruz, debemos, para recibirlas, participar efectivamente de la Cruz. "*Fué preciso que Cristo sufriera* —decía Nuestro Señor a los discípulos de Emmaús— *y que entrara así en su gloria*" (Luc., XXIV, 26). Ahora bien: la regla que Cristo ha seguido para Sí mismo, la impone a los miembros que se digna incorporar por la gracia a su persona mística: "*Siendo hijos, somos herederos; herederos de Dios, coherederos de Cristo, si con Él sufrimos para ser con Él glorificados*" (Rom., VIII, 17)."*Si Dios os da mucho que sufrir, es señal que quiere hacer de vos un gran santo; igualmente si deseáis que Dios es haga un gran santo, rogadle que os dé mucho que sufrir. No hay leña mejor para sostener el fuego del amor que el leño de la cruz, ese leño de que el mismo Cristo se sirvió para ofrecer un sacrificio de infinita caridad. Toda la miel que se puede sacar de las flores y delicias del mundo, no tiene tanta dulzura como la hiél y vinagre de Cristo; llamo de este modo la amargura de los sufrimientos aceptados por amor a Cristo y en unión con Cristo.*" Máxima de San Ignacio de Loyola. Véase su vida por Bartoli, lib. V, c. B (traducción del P. Santiago Terrien).

Un protestante ha escrito esta hermosa frase que se adapta a nuestro asunto: "*Cuanto más los fieles entran en comunión de sufrimientos con Cristo, tanto más tienen sus sufrimientos una influencia saludable para el mundo, como demuestra la historia de los mártires y de los héroes cristianos*" (Martensen, Dogmat. chrét., p. 293).

Claramente lo vemos: la gloria y, por consiguiente, la gracia tienen su principio y su medida en la cruz llevada por Cristo y en compañía de Cristo. He aquí por qué la da Jesús tan liberalmente a sus privilegiados, a aquellos, sobre todo, que quiere asociar a su obra de santificación. Si, pues, María había de ser la Madre de los hombres, es decir, no sólo la más rica en gracia, sino también, después de Jesús, el canal universal de la gracia, nadie en el mundo, después de Jesús, ha debido participar como Ella de los sufrimientos de este Señor. Si Jesús es el Varón de dolores, es preciso que Ella sea Madre de dolores. Y ved aquí una razón más por la que su maternidad espiritual reclamaba su presencia en el Calvario. Si Cristo no hubiera subido a él cargado con su Cruz, aunque tantos y tan continuos sufrimientos hicieron de su vida entera una perpetua inmolación, no hubiera sido el Varón de dolores; así, María no sería la Madre de los dolores por excelencia, si no hubiese acompañado con su **compasión** la Pasión de Jesús crucificado.

VI. Sobre todas las razones desarrolladas hasta aquí, permítasenos indicar otras dos, a lo menos. Primero, que María, para ser excelentemente nuestra Madre en el orden de la gracia, debía mostrarnos en Sí misma el ejemplar más perfecto, después de Jesús, de la vida sobrenatural. Ahora bien: lo que necesitamos aprender, antes que nada, es la ciencia práctica de Jesús y de Jesús Crucificado. Quitad de la historia de María lo que leemos en ella de la parte que tomó en la Pasión de Cristo, y, sin duda, la veréis rodeada de grandes y dolorosas pruebas. Pero, ¿podréis decirle, al contemplarla: Bien lo veo; me conviene sufrir, puesto que el Señor ha hecho beber a su Madre, tan únicamente amada, una parte más abundante que a nadie del mismo cáliz que Él ha bebido hasta las heces? ¿Cómo tendré valor de retroceder

delante del sufrimiento, yo, a quien la Madre de Dios y Madre mía ha dado a luz en el Calvario, a costa de los más terribles dolores?

En esta escuela maternal aprenderé mejor que en parte alguna las lecciones de que tanto y con tanta frecuencia necesito; lección de paciencia, de abandono en la divina voluntad del Señor, de resignación generosa y filial bajo los golpes de su justicia; lección de la más perfecta caridad, de la que sacrifica lo que tiene de más precioso, y la vida misma, por el honor de Dios y la salvación de sus hermanos. ¿Me atreveré a murmurar contra la Providencia, a indignarme contra mis enemigos y a no perdonarlos, si tengo presente a la Madre de Dios, de pie junto a la Cruz de su Hijo, aceptando, con un corazón inefablemente tranquilo y fuerte, un martirio que no puede ser sobrepujado sino por otro: el de Jesús, y llevando su mansedumbre hasta rogar con el Crucificado por los verdugos de ambos?

Y este modelo no nos muestra solamente lo que debemos ser, si verdaderamente somos hijos de María. ¡Qué fuerza de persuasión hay en este pensamiento: que la Madre del Salvador ha venido a ser nuestra Madre, es decir, nos ha engendrado a la vida verdadera, en medio de tan inexplicables angustias! Esto es lo que **Bossuet** expresa, con una elocuencia admirable, en esta página de uno de sus más hermosos sermones sobre la Santísima Virgen: "*Meditemos esas hermosas palabras que nos dirige el Eclesiástico:* ***Gemitus matris tuae ne obliviscaris***(Eccli., VII, 29.) (no olvides los gemidos de tu madre). *Cuando el mundo te atraiga con sus placeres, para apartar tu imaginación de sus perniciosas delicias, acuérdate del llanto de María y no olvides jamás los gemidos de esta Madre tan caritativa:* ***Ne obliviscaris gemitus****. En las tentaciones violentas, cuando tus fuerzas están casi abatidas; cuando tus pies vacilan en la senda recta; cuando la ocasión, el mal ejemplo o el ardor de la juventud te aguijonean, no olvides los gemidos de tu Madre, acuérdate del llanto de María y de los increíbles dolores que han desgarrado su alma en el Calvario. Miserable, ¿qué vas a hacer? ¿Quieres levantar una nueva cruz para clavar en ella a Jesucristo? ¿Quieres que María vea de nuevo a Cristo crucificado, coronado de espinas y pisoteada por ti su sangre divina, la sangre del Nuevo Testamento, y con un espectáculo tan triste quieres abrir de nuevo las heridas de su amor maternal? ¡Ah!, hermanos míos, no hagamos esto; acordémonos del llanto de María; acordaos de los gemidos que le cuesta engendrarnos; bastante hay con una vez sola, no renovéis sus dolores*" (Bossuet, Serm. *pour la fete du Rosaire*, 2e. point).

¡He aquí cuánta elocuencia presta el martirio de María a los ejemplos que nos da! El amor, del cual es ese martirio la más expresiva manifestación, no nos habla con menos autoridad. No sentiríamos hasta qué punto la Madre de nuestro Salvador, y nuestra, nos ha amado, si no la contempláramos crucificada como Jesús para darnos la vida; si nuestro nacimiento espiritual no le hubiese costado sangre de su corazón, mezclada con la sangre que corre a torrentes de las llagas de Cristo, para purificarnos y regenerarnos. Y así, para ser un Modelo perfecto, ha debido subir al Calvario.

Añadamos aún que si, en los designios de Dios, María había de ser la Madre de la misericordia, este destino reclama, con no menor alteza de motivos, la comunión de la Virgen a la inmolación final del Salvador. Porque, no debemos olvidarlo, en el Calvario es, sobre todo, donde Jesús, pasando por las pruebas supremas, se ha convertido en el Pontífice**misericordioso** que necesitaban nuestras miserias. Sin duda que se compadecería Nuestra Señora de nuestros males aun cuando no hubiese experimentado por Sí misma toda su amargura; pero le faltaría, para sentir nuestros dolores y consolarlos, un no sé qué, que sólo puede dar la ex-

periencia. Y nosotros mismos no tendríamos esa confianza que tenemos de llorar sobre su corazón y de buscar en él un lenitivo a nuestras penas, si no supiéramos que ha sufrido con ese corazón y llorado con más amargura que nosotros.

Teníamos intención de detenernos aquí; pero creeríamos no haber hablado bastante de este misterio tan alto, si no indicásemos, a lo menos, un pensamiento del gran intérprete de las Sagradas Escrituras, el P. Alfonso Salmerón. Según él, María "*debía estar de pie junto a la Cruz para recibir allí la gracia que la preservó de todo pecado, aun original; la gracia que la hizo a la vez Madre y Virgen; la gracia que hizo de Ella, en los últimos años de su vida, la columna, la Maestra y la Abogada de la Iglesia...; la gracia de morir sin dolor, de subir al Cielo con su carne virginal, exaltada por encima de todos los coros angélicos; la gracia de poder escuchar y socorrer, en calidad de Reina y de Abogada, a sus hijos que la invocan desde el abismo de su miseria; la gracia, en fin, de conducirnos a la Cruz, fuente de todos los bienes, como condujo a las santas mujeres*" (Alph. Salmerón, *Comment. in Evang. histor.*, t. X, p. 310).Consideración profunda, en verdad, aunque parezca muy sutil. Puesto que nadie como Ella debía participar de los frutos de la Cruz, era muy justo que estuviese más cerca de la Cruz que nadie. Es verdad que algunas de las gracias enumeradas ya las había recibido María; por ejemplo, su concepción inmaculada y su maternidad virginal. Pero no olvidemos que solamente en la Cruz se pagó del todo su precio. Tales son las razones providenciales que exigían que la Santísima Virgen acompañara a su Hijo en el Calvario, si Dios la predestinaba a ser con toda realidad la Madre, y la Madre perfecta de aquellos de quienes Cristo, su Hijo, es el Salvador, y de los cuales Él mismo es el Padre.

María en el Calvario (II)

Cómo la Virgen bendita sube al Calvario, y cómo de pie al pie de la Cruz, con un mismo corazón y una misma voluntad con su Hijo y el Padre Eterno, ofrece la Santa Víctima por la salud y la vida del mundo.

Los Evangelios nos han descrito el martirio del Salvador; ¿han hablado igualmente del martirio de su Madre? En otros términos: lo que acabamos de establecer como exigido por razones de suprema conveniencia, ¿está también consignado como un hecho en nuestros Libros Santos? Si lo recordamos bien, han bastado dos palabras del discípudo amado para decir todas las grandezas de la Virgen, llamándola **Madre de Jesús**, el Verbo hecho carne. Algunas palabras van a bastarse también para resolver esta nueva cuestión: *Stabat autem juxta crucera Jesu mater ejus...* (Y la Madre de Jesús estaba de pie junto a la Cruz) (Joan., XIX, 26). *Stabat mater dolorosa, Juxta crucem lacrimosa*, traduce la poesía cristiana. Hela sobre el monte santo, y de pie; de pie, mientras la multitud carga a Jesús de maldiciones; de pie, mientras los soldados se reparten sus sagradas vestiduras; de pie, mientras el sol se eclipsa, se rasga el velo del templo, se parten las rocas y la Naturaleza entera se conmueve. Hela aquí en la actitud, en tal postura, en los sentimientos, en las angustias más aptas para dar complemento a su maternidad espiritual. Con nuestros Doctores, esto es, siguiéndolos, encontramos, a la luz de las breves pero substanciales palabras del Evangelio, todo lo necesario para responder a las **exigencias** enumeradas en el capítulo antecedente, es decir, la presencia en el Calvario, la

oblación final de la Víctima, la comunión perfecta de sus dolores, y, para coronarlo todo, la proclamación solemne de la maternidad de gracia.

I. De pie junto a la Cruz de Jesús: es la presencia y es también la oblación consumada. El**Génesis** cuenta que Abraham que, habiendo cedido a las reiteradas instancias de Sara, madre de Isaac, el hijo de la promesa, resolvió echar de su casa a la esclava Agar, con Ismael, su niño. "*Echa a esa esclava y a su hijo*", le pedía importunamente Sara. Y el patriarca, después de haber consultado al Señor, "*se levantó de mañana, y tomando pan y un cántaro de agua, cargólos sobre Agar, le dió el niño y la despidió. Agar, habiendo partido, anduvo errante en la soledad de Bersabée. Y cuando el agua del cántaro se consumió, dejó al, niño bajo uno de los árboles que allí crecían, y alejándose se sentó frente a él, a la distancia de un tiro de arco, y dijo:* ***No veré morir a mi hijo****; y, levantando la voz, lloró*" (Gen., XXI, 14). Era la naturaleza la que obraba y hablaba en esta mujer.

Si no hubiera algo misteriosamente divino en la presencia de María a los pies de su Hijo agonizante y moribundo, esta presencia sería inexplicable. Hemos leído en algunos autores que estaba allí para consolar a Jesús, para disputarlo a sus verdugos con sus gémidos, lágrimas y súplicas. Puras invenciones que contradicen los hechos. ¿Qué consuelo podía dar al Crucificado el martirio de su Madre, cuando el dolor de Ésta debía ser un nuevo suplicio para su amor filial? ¿Qué esperanza podía tener de enternecer aquellos corazones, endurecidos hasta el punto de querer, en su terrible odio, la muerte de Jesús a toda costa, aunque la sangre de la Víctima cayese convertida en maldiciones sobre sus cabezas y las de sus hijos? Y, además, ¿no sabía María que aquel Hijo de sus entrañas debía, por voluntad del Padre y por su libre elección, dar su vida por todo el pueblo, de tal modo que procurar librarle del suplicio hubiera sido impedir los misericordiosos designios del Hijo y del Padre? Diréis que respondía simplemente al llamamiento de su Hijo. Otra equivocación; pues si el misterio de la Cruz no exigía la presencia de María, ¿por qué Jesús la había de llamar? ¿Solamente para hacerla testigo de sus angustias y para desgarrarle el corazón con una herida más cruel? "*Porque, ¡oh, Señora mía!, ¿quién podrá jamás expresar ni sentir los sufrimientos vuestros viendo atormentar a Jesús, sin poder aliviarlo; viéndolo desnudo, sin poder cubrirlo; viéndole derramar sangre a raudales, sin poder restañarla; oyéndole tratar de malhechor, sin poder justificarlo; viéndolo devorado de sed ardiente, sin poder darle una gota de agua; viendo su faz adorable cubierta de salivas, sin poder limpiarla; viéndolo expirar con una muerte cruelísima, sin poder recoger su último suspiro, pegar tu rostro con su rostro y morir estrechándolo en tus brazos?*" (La Palma, *Historía de la Sagrada Pasión*, e. 37). De pie junto a la Cruz de Jesús. Algunos pintores la han representado a veces caída en el suelo, o en brazos de las santas mujeres, desmayada y casi sin vida. En nombre de la sana doctrina, hay que protestar contra esos extravíos. El Evangelio la muestra de pie. ¿Con qué derecho la ponen en una postura y en un estado tan contrarios? Así, leemos en Cartagena (L. XII, hom. 7. Opp., t. III. Cf. Novat., *De Eminentia B. Virginis*, t. I, c. 18, «i 7, p. 360, sqq.) que, por orden expresa del Maestro del Sagrado Palacio, se borró **estando él presente**, una pintura de esta clase en una iglesia de Roma. San Ambrosio no quiere ni aun oír hablar de llantos y de sollozos: "*El Evangelio* —dice este Padre— *me la muestra de pie; no la muestra lamentándose y llorando:* ***Stantem illam lego, flentem non lego***" (San Ambros., *De obitu Valentín, consol*., n. 39. P. L., XVI, 1371).

No digamos, sin embargo, que María no derramó lágrimas, siendo así que, según el testimonio de San Pablo, Cristo mismo las derramó con su sangre (Hebr., V, 7); pero eran lágrimas que corrían silenciosas, sin sollozos, ni gritos de angustia; y esto es lo que, sobre todo, quiso indicar el gran Obispo de Milán.

Según el sentir de Suárez, hay que tener por indudable que durante toda la Pasión la Madre de los Dolores no mostró ni en su alma, ni en su cuerpo señal alguna de desfallecimiento. Es verdad que la vemos con frecuencia representada por los pintores, o en algunas meditaciones piadosas, como abismada en angustia, hasta el punto de perder el sentido y caer en brazos de las santas mujeres, y hasta en el suelo. Pero —dice también Suárez— estas son invenciones sin fundamento. Están en completa contradicción **con el perfecto dominio** sobre todos los movimientos de la sensibilidad que debemos reconocer en María; más aún, contrarias del todo al oficio casi sacerdotal que desempeñaba en el Calvario. Por eso los teólogos de nota y los Santos Doctores rechazan de común acuerdo opiniones tan poco dignas de la nueva Eva.

Por lo demás —añade—, los autores de ellas son generalmente personas de menor autoridad. Encuentro, es cierto, estas ideas en las **Lamentaciones de la Virgen** y en el **Diálogo de la Pasión del Señor**. Pero ni las primeras son de San Bernardo, ni el segundo de San Anselmo, aunque se lo han atribuido. Erróneamente, también se cita a Ludolfo de Sajonia y Dionisio Cartujano. Ni éste en su comentario sobre el capítulo 19 de San Juan, ni aquél en la **Vida de N. S. Jesucristo** (p. II, c. 55, § 5), han descrito nada que se le parezca, al pintar el dolor de María, cuando recibió en sus brazos el cuerpo inanimado de su Hijo. San Lorenzo Justiniano, a quien también acuden después de aquéllos, no confirma tampoco la opinión que le atribuyen, como se puede ver en el capítulo 21 de su **Combate triunfal de Cristo**, n. 5 (Lugdun., 1628, p. 335). Habla allí, en efecto, de las lágrimas de la Virgen, de la palidez de su rostro, de los gemidos que se escapaban de su pecho, cuando, teniendo a Jesús apoyado en sus rodillas, paseaba amorosas y dolorosísimas miradas sobre cada uno de los miembros destrozados, sangrientos y heridos de la Víctima santa; nos la muestra también como la viva imagen de la Pasión de Cristo, expirando en espíritu, cuando el Salvador exhaló el último suspiro; pero ni una palabra dice por donde se pueda entender el desfallecimiento corporal, el espasmo o cualquier otro movimiento desordenado de su exterior.

Suárez procura hasta atenuar lo que los autores que combate pueden tener de excesivo en sus afirmaciones. No sabemos si lo ha conseguido del todo. Parece, sin embargo, que sus afirmaciones son bastante plausibles al tratar de las Meditaciones sobre la **Vida de Nuestro Señor,** obra que, por otra parte, no es del Doctor Seráfico, como hasta ahora creían casi todos. El mismo Suárez hace, por fin, una última advertencia, y es que los que han hablado, sea explícita, sea implícitamente, de **espasmo**, no están de acuerdo sobre el momento en que se produjo, puesto que unos dicen que en el encuentro del Señor con su Madre en elcamino del Calvario; otros dicen que al crucificar a Cristo; otros, que al golpe de la lanzada, y otros, en fin, cuando la Santísima Virgen recibió el cuerpo de Jesús en sus brazos. Cosas todas que prueban bastante la ausencia de tradición y de razones serias sobre este hecho. Sabido es también que el mejor intérprete de Santo Tomás de Aquino, el Cardenal Cayetano, ha escrito un libro expresamente para refutar el **espasmo** de la Virgen. (Cf. Suáres *de Mysteriis Vitae Christi*, D. 4, S. 3, § nec desunt. D. 41, S. 2, § tertio.) "*Hay que notar que*

Nuestra Señora estaba de pie junto a la Cruz. Gran error cometen aquellos que dicen se quedó pasmada de puro dolor, porque sin duda alguna que no fué así; Ella permaneció firme y constante, aun cuando su aflicción fué mayor de la que mujer alguna ha experimentado jamás en la muerte de su hijo; porque tampoco puede hallarse quien haya tenido más amor que Ella a Nuestro Señor, no sólo por ser su Dios, sino por ser Hijo queridísimo y amabilísimo... Pero como este amor era según el espíritu, conducido y gobernado por la razón, no produjo movimiento alguno desordenado... Permaneció, pues, esta gloriosísima Madre firme y constante y perfectamente sometida al divino beneplácito que había decretado que Nuestro Señor muriese por la salud y redención de los hombres" (San Francisco de Sales, Sermones varios. .. "*Sermón del Viernes Santo*", t. IX, p. 276 y sigs., edit de Annecy).

En los antiguos oficios propios de la Orden de la bienaventurada María, o de la Anunciada (*Virginum Annuciatarum*), se encuentra entre las diez fiestas de la Virgen María la **fiesta del Espasmo**, o del Martirio de la Virgen, celebrarla el lunes que sigue al Domingo de Pasión. Después, en los Oficios reformados de la misma Orden, Oficios impresos en Anvers en 1026, y apropiados a la forma del Breviario Romano, no se habla ya de espasmo, y la fiesta lleva simplemente el nombre de Fiesta del Martirio, o del **Dolor íntimo de la bienaventurada Virgen María**... La oración de la Misa aprobada por León X (29 de agosto 1617) no hace tampoco mención de espasmo: "*Omnipotens, clementissime Deus, qui gloríosam Virginen Mariam, Matrem tuam, et sacratissimo sanguine perfudisti et ejus cor medullitus tuo dolore nimium sauciasti, concede propituis ut per lamentationem ejus et a te separationem a praesenti, turbatione per eam misericordissime liberemur, et ad vitam proficiamus aeternam. Qui tecum*", etc. (*Fasti Mariani* auctore Holwech, p. 313). Nótese que esta fiesta no excluía la de los Siete Dolores celebrada en la misma Orden el viernes de la misma semana.

De pie junto a la Cruz de Jesús, es la actitud propia de la ofrenda. Jesucristo, nuestro Sacerdote y nuestra víctima, está a la vez de pie y tendido sobre la Cruz. Tendido como una víctima, de pie como un sacerdote en el altar; ofrece con su carne el gran sacrificio, del cual habían sido todos los otros, desde el origen de los siglos, profética figura; ese sacrificio del cual su Encarnación en el seno de la Virgen y su vida toda entera fueron la preparación y el preludio. No hay más que una explicación plausible de la presencia y de la postura que nos asombran en una Madre: Ella se une a Él para ofrecer el holocausto sangriento de donde saldrá la reconciliación del hombre con Dios. He aquí lo que **San Ambrosio** ha insinuado claramente en su libro de la **Institución de las Vírgenes**: "*La Madre de Cristo, cuando todos los hombres habían huido, permanecía de pie, intrépida, cerca de la Cruz.. . Tenía devotamente fijos sus ojos en las llagas de su Hijo; esas llagas que sabía debían de merecer para todos el beneficio de la redención*" (San Ambros., de Instit. Virgin., c. 7, n. 49. P. L., XVI, 818). En otro lugar había escrito el mismo Padre: "*María contemplaba religiosamente las llagas de su Hijo, porque Ella esperaba, no la muerte de este único objeto de su maternal amor, sino la salud del mundo*" (S. Ambr., in I.ue.. 1. X, n. 132. P. I... XV, 183).

¿Lo hemos oído bien? Lo que atrae las miradas de María, lo que no puede separar de su vista, son las llagas de Cristo. Mientras que los fariseos y los príncipes de los sacerdotes se complacen en ver en el Crucificado satisfecha su venganza y cumplido su odio; mientras las santas mujeres, al lado de la divina Madre, no ven en Cristo sino un objeto de la más dolorosa compasión, María, con los ojos de la fe, contempla en su Hijo Crucificado al Salvador que se inmola para la gloria del Padre y por la redención de la familia humana. Así, pues, lejos de quejarse del decreto providencial que la constituye espectadora de la muerte de Jesús, com-

prende la profunda razón que hay en ello, y dice en su corazón, al contrario de Agar: "*Veré morir a mi hijo.*" Por esto, en medio de la turba de perseguidores, en medio de los insultos y maldiciones, la **Mujer fuerte**, llevada por un amor más fuerte que la muerte, ha seguido las huellas sangrientas que van del Pretorio al Calvario.

Cuando Jesucristo llenaba la Palestina de los beneficios de amor y del ruido de sus milagros; cuando los pueblos se agrupaban a su alrededor, cantando sus alabanzas y proclamándolo el Enviado del Cielo, el Cristo, Hijo de David, el Rey tan largo tiempo esperado, su Madre entonces se ocultaba a las miradas de todos, o ni aun estaba con Él. Pero en este momento en que está tal como Isasías lo describe: "*despreciado y hecho el último de los hombres, Varón de los dolores, quebrantado por nuestros crímenes* (Isa., LIII, 3 sqq.);*llevando sobre Él toda la cólera del Padre, como que está cargado con todas las iniquidades del mundo*", ahora María se encuentra a su lado, **de pie**, en evidencia, expuesta públicamente a todas las miradas. ¿Le preguntáis el porqué de esta conducta? "*Ah,* responde Ella*, es que acuerdo del consentimiento que di en el día en que le concebí en mi seno; de la confirmación que hice, ya en laCircunsición de este amadísimo Hijo, cuando le impuse delante de los hombres el profético nombre de Jesús; ya en la Presentación, cuando le ofrecí como víctima al Padre. Puesto que hoy termina la oblación que ha hecho de Sí mismo en esos diferentes misterios, ¿no es fuerza que esté yo con Él para unir mi ofrenda con su ofrenda, de tal modo que una y otra, comenzadas juntas, juntas se consumen? Su Padre, que lo ha enviado a este mundo para este misterio de víctima, lo abandona a los verdugos, lo entrega al furor de sus enemigos, según lo prueba su resignada pero desgarradora queja:* ***"Padre mío, Padre mío, ¿por qué me has desamparado?"*** (Matth., XXVII, 46). *Y yo, que lo he engendrado para el sacrificio, ¿dejaré sin terminar mi propia oblación?"*.

He aquí por qué hallamos a María cerca de Jesús agonizante, y cuáles son sus sentimientos, y cómo está firme, inquebrantable, de pie, *stabat*, junto a la Cruz de Jesús, debajo de ella.

Un devoto y sabio autor de la Edad Media, Arnoldo de Chartres, ha descrito felizmente esta unión de la Madre y del Hijo en la ofrenda de la Víctima santa: "*Una, y perfectamente una, era la voluntad de Cristo y de María: ambos ofrecían juntos a Dios su holocausto: Ella, en la sangre de su corazón; Él, en la sangre de su carne:* ***Haec in sanguine cordis, ille in sanguine carnis***" (Ernald. Carnot. abb. Boae-Vallis, L. *de Laúd. B. M.* P. L., CLXXXIX. 1727). "*Hubierais visto dos altares levantados sobre el Calvario: uno, en el pecho de María; otro, en el cuerpo de Jesús; Este, inmolando su carne; Aquélla, sacrificando su alma... Ella hubiera deseado derramar la sangre de sus venas después de la de su corazón, y, extendidas las manos en la Cruz, celebrar con su Hijo el sacrificio de la tarde, consumando con Él, con una muerte semejante a la suya, el misterio de nuestra Redención. Pero sólo al único Gran Sacerdote pertenecía el introducir en el Santo de los Santos la sangre de la expiación* (Hebr., IX, 7. 12);*nadie debía compartir con Él este privilegio; nadie, ni un ángel, ni un simple mortal, podía tener con Él una influencia común en la obra de la reparación. Sin embargo, el amor de la Madre cooperaba grandemente, pero en su medida y en su orden, a que Dios nos fuese propicio; porque la caridad de Cristo presentaba al Padre sus votos propios y los de su Madre; lo que pedía Ella, lo aprobaba el Hijo y el Padre lo concedía. El Padre amaba al Hijo; el Hijo amaba al Padre, y el amor de la Madre seguía a estos dos amores, de tal modo, que esas tres voluntades, la del Padre infinitamente bueno, la del Hijo lleno de piedad, la de la santa y misericordiosa Madre, no tenían más que una sola intención y un solo amor. Era como un enlace de bondad, de compasión y de caridad,*

en que las súplicas de la Madre se mezclaban a las peticiones del Hijo para hacer descender las gracias y el perdón del Padre" (Id., d*e Verbis Dom. in cruce*, tract. III, P. L., CLXXXIX, 1694, 1695).

II. María, de acuerdo con el Padre, ha entregado a su Hijo. Esto confiesa la Iglesia griega tan claramente como la latina. Prueba, esta oración que encontramos en su **Liturgia**: "*Te lo suplico, ¡oh, Señora nuestra!: líbrame de la esclavitud de los espíritus malos. Tú, que has dado tu Hijo crucificado para que sea el común rescate del mundo, a fin de que, participando todos en la Redención, todos posean la paz de la salud*" (San Sabbas., mell., 17 feb., ode 9. Cf. P. Simón Wafrnereck, *Pietas Mariana Graec*., p. I. n. 227).

¿No es, acaso, el mismo pensamiento el que respira esta otra oración, en que **San Juan Damasceno** describe con tanta viveza los dolores de la Madre y el ardiente deseo de la Redención que aguijonea su corazón inmaculado?: "*La Oveja, contemplando sobre la Cruz a su Cordero y Pastor nuestro, dejaba escapar estas lastimeras palabras: El mundo se regocija con el beneficio de la Redención; pero, Hijo mío, ¡qué fuego quema mi corazón a vista del suplicio que Tú, pacientísimo y magnánimo Señor, sufres por las entrañas de tu misericordia Sin embargo, te lo suplico, ¡fuente inagotable de piedad!, que tus entrañas se conmuevan siempre, y perdona, Señor, los crímenes de todo el que honre con fe verdadera tus divinos tormentos*".

Jesucristo, si hubiera querido, hubiese podido escapar de sus enemigos, bajar de la Cruz y no morir de aquella muerte ignominiosa y cruel; más de una vez lo demostró Él mismo en su Evangelio (Juan X, 18; Mathh. XXVI, 53). Pero había aceptado la misión de Salvador, y de Salvador por medio de la Cruz. En vano le gritan los judíos, con insolente ironía: "*Que el Cristo, que el Rey de Israel baje ahora de la Cruz, y viéndolo creeremos en Él*" (Marc.. XV. 82). A pesar de sus provocaciones, permanecerá en ella clavado hasta el último suspiro. Tal es, igualmente, la disposición de su Madre. Aun cuando hubiera podido acercarse libremente hasta tocar la Víctima santa y desclavarla de los brazos de la Cruz para recibirla, llena de vida, sobre su corazón, no lo hubiese hecho. Esto nos enseñaba **San Ambrosio**cuando nos mostraba a la Santísima Virgen "*menos preocupada de la muerte de su Hijo querido que de la salvación del mundo*", que debía ser el precio de ella. Escuchemos, sobre este asunto, al Doctor Seráfico, hablando no solamente como místico, sino como teólogo. Comenzando por recordar que María, lo mismo que Cristo, en el Huerto de los Olivos, hubiese querido con su **voluntad natural**, es decir, con una voluntad condicional, apartar de sí los horrores de la Pasión, y que esta voluntad era meritoria, puesto que entraba en los designios de Dios, continúa el Santo de este modo: "*No hay que dudar tampoco, en modo alguno, de que, con un corazón varonil y con una determinación muy constante, quiso también entregar su Hijo por la salud de todo el género humano, de tal suerte, que la Madre estaba enteramente conforme con el Padre. Así, pues, lo que debe hacer de Ella el más admirable objeto de nuestras alabanzas y de nuestro amor es que, por su libre querer, consintió en que su Hijo único fuese sacrificado por la común Redención de los hombres. Y, sin embargo, sufría tanto y tan extremadamente con sus angustias, que, si hubiera sido posible, hubiera tomado, y con toda su alma, sobre Sí todos los dolores de que veía a Cristo Saturado. Fue, pues, aun tiempo, fuerte y tierna, dura y dulcisima; avara para Sí misma, y pródiga con nosotros y por nosotros. A Ella, pues, conviene amar y honrar sobre todas las cosas, después de la Santísima Trinidad y de su Divino Hijo Jesucristo Nuestro Señor*" (S. Bonav., in I, D. 48, a. 2. q. 2, ad ult.).

Algunos autores, deseando hacer resaltar todo lo posible el consentimiento dado por la Virgen Santísima para el sacrificio de su Hijo, no han retrocedido ante una proposición ver-

daderamente terrible: María, en la disposición de su corazón, estaba dispuesta a inmolar a su Hijo con sus propias manos, si Dios hubiera hecho consistir en esto la salud de los hombres.
Esta opinión cuenta con otros partidarios. He aquí, por ejemplo, lo que encontramos en un libro notable por su ciencia y por su piedad: "*Si Dios la hubiese mandado que con sus propias manos llevase a cabo la crucifixión de su Hijo, que la Providencia inescrutable había permitido a los malos, hubiera realizado esta voluntad con toda la prontitud y la resolución propias de un alma soberanamente sometida a las leyes de su Creador. Si la naturaleza se horroriza ante este pensamiento, basta que la gracia lo adore. Todo lo que la voluntad divina santifica, deja de ser cruel, impuro, malo y profano*. (Lo que debe, no obstante, interpretarse sabiamente en el sentido que lo entiende el autor.) *Si Dios se lo hubiera mandado, lo hubiese ejecutado; si lo hubiese ejecutado, hubiese hecho un acto de piedad más que generoso. Y que el Padre viviente se contentase con la preparación de su alma, sin querer el hecho, como se contentó con la de Abraham, no disminuye su dolor, sino que le da nueva materia para que crezca más y más. Supuesto que la voluntad de Dios hubiese intervenido, ¿no hubiera sido más honroso que manos llenas de santidad hubiesen tratado con más respeto, reverencia y devoción los sagrados miembros de Jesucristo que las impías manos de los verdugos y profanos, que fueron los instrumentos y ministros de su adorable sacrificio?*" **La Cruz de Cristo, en que están establecidas las verdades más hermosas de la Teología mística y de ta gracia santificante** por el P. Luis Chardon, de la Orden de Predicadores, del convento de la calle Nueva Saint-Honoré. Premier entretien, ch. 31, p. 427. París, chez Bertier, 1647).

Entre estos autores se señalan dos más notables por su autoridad. Uno sería, tal vez, el canciller **Gersón**. No traemos aquí las palabras que le atribuyen, porque no las hemos hallado en el lugar en que debían estar, según las citas que de ellas se hacen. El otro es **San Antonino**, el ilustre y sabio Arzobispo de Florencia. Dejémosle hablar a él mismo en un párrafo que es suyo, indudablemente: "*La Bienaventurada Virgen María estaba de pie junto a la Cruz, firme en su conformidad con la voluntad divina. Ella lo sabía: era decreto del Padre que su Hijo único sufriese todos los horrores de la Pasión, y sabía que ese Hijo había venido para esto del cielo a la tierra... De aquí su inquebrantable conformidad al divino beneplácito. No murmuraba de ver sufrir a Jesús; no se indignaba de ver a los judíos que le trataban tan cruelmente, después de haber recibido tantos beneficios. No llamaba sobre ellos la venganza del cielo, ni pedía que que se los tragase vivos la tierra, como merecían. Ni aun se la veía hacer esas demostraciones exteriores de dolor tan comunes en las otras mujeres. ¡No! Ella estaba de pie, llorando, sin duda, y anegada en dolor; pero tranquila, modesta, llena de virginal reserva y compostura. ¡Oh, Soberana mía!* (exclama el mismo Santo, imitando a San Anselmo), *¡qué arroyos de lágrimas corrían por tus castos ojos cuando viste a tu inocentísimo Hijo, a tu Hijo único, preso, flagelado, coronado de espinas, crucificado; cuando aquella carne de tu carne se te presentaba tan horriblemente desgarrada por tantas llagas y heridas! Y, sin embargo, tan conforme estabas con la voluntad de Dios, que sobre todas las cosas deseabas la salud de la naturaleza humana. Así es que, me atrevo a decirlo, Ella misma, a falta de verdugos, hubiera puesto en la Cruz a su Hijo, si hubiera sido necesario que hiciese esto para la salud de los hombres y para cumplir más perfectamente Ella misma la voluntad del Padre. No es de creer, en efecto, que su obediencia fuese menos perfecta que la de Abraham, aquel padre de los creyentes que, para gloria de Dios, consintió en sacrificar con su mano misma a su propio y único hijo, Isaac. Estaba, pues, de pie, firme, inmóvil, en su entrega a la voluntad divina*" (San Antonin. Flor., *Sum theol.*, p. IV, tit. 15, c. 41, § 1).

Nada más verdadero que la reflexión de **San Antonino** sobre la actitud de la Virgen en el Calvario sobre la inefable conformidad de su querer con el del Padre y sobre los bienes

inestimables que ella nos ha procurado. Pero, declarando todo nuestro pensamiento y todo lo que sentimos sobre esta materia, decimos que esa hipótesis que presenta a la Madre poniendo Ella misma en la Cruz a su Hijo y a su Dios nos repugna. Tiene un no sé qué de duro y penoso para nuestra devoción filial. Y puesto que nada, ni en la Escritura, ni en las comunicaciones divinas que fueron hechas a María, nada hay que dé pie para sospechar que Dios pudiera someterla a una prueba tan espantosa, ¿de qué sirve proponer y discurrir acerca de semejante hipótesis? Tanto menos, cuanto que tales suposiciones no son necesarias para entender que María no puso en su corazón reserva ni límite alguno a su completa ofrenda. Si fuera preciso hacer aquí alguna hipótesis de esa clase, preferiríamos esta otra que vamos a exponer, y que presenta algo que es menos terrorífico para la naturaleza. Supongamos, pues, que, por un imposible, el cuerpo de Cristo se fuese desprendiendo de la Cruz antes de que la muerte hubiese terminado la obra de la salud: sin duda alguna, Cristo se hubiese esforzado en permanecer sobre el leño del sacrificio, y María, la Mujer heroica entre todas, la Madre de los dolores, le hubiera ayudado con sus manos temblorosas, pero firmes, a quedarse en él: tanto estimaba Ella la parte escogidísima que le cupo en el gran acto de la Redención.
Sea como quiera, María coopera libremente .y generosamente a la ofrenda de la nueva Víctima. "*Hace falta* —dice **Bossuet**— *que se una al Padre Eterno, que de común acuerdo entreguen al Hijo de ambos al suplicio; para esto la ha llamado la Providencia al pie de la Cruz*" (Bossuet, I serm. *de la Compasión de la Virgen Ssma*.).

Ya hemos visto cómo respondió a los designios de Dios sobre Ella.
Había en el alma de esta augusta Madre un doble amor: el amor de la vida de su Hijo, de aquella vida que estimaba y amaba soberanamente, porque era una vida divina; el amor de la muerte de ese mismo Hijo, que deseaba con toda su alma, porque tal era el decreto del Padre y tal la condición sin la cual no podía ser reparada la gloria de Dios, ni rescatado el mundo.

Estos dos amores hicieron agonizar a Cristo en el Huerto de las Olivas, y renuevan una agonía semejante en el alma de la Madre. Cristo aceptó el cáliz de amargura presentado por el ángel, triunfando del espanto de la naturaleza: "*El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿no quieres que lo beba?*" (Juan XVIII, 11).

Así hace también la Santísima Virgen. Fiel imitadora de su Hijo, coloca su voluntad en la voluntad divina, y tomando su cáliz lo beberá hasta las heces, sin dejar caer la gota más pequeña, o, mejor dicho, beberá en el cáliz mismo de su Hijo. Por esto, después de haber visto a María participar en la oblación del Salvador, considerado como Sacerdote, nos resta el contemplarla compartiendo su oficio y su destino de Víctima.

Maria en el Calvario (III)

María participa en el Calvario de todos los dolores del divino Crucificado. Su compasión fecunda y su martirio.

I. María estaba de pie junto a la Cruz. Ya la hemos contemplado ratificando y consumando la ofrenda que había hecho de su Hijo; entregando, de común acuerdo con el Padre, la

Víctima inocente que había dado a luz para el sacrificio; y basta esto para que se nos presente como la nueva Eva al lado del nuevo Adán. Sin embargo, como hemos ya comprendido, faltaría alguna cosa a la perfección del misterio si María, participando con el soberano Sacerdote en la oblación de la Víctima, no participase de sus dolores; porque la antigua Eva había compartido con el primer Adán el placer animal que nos perdió. Es preciso que el oráculo pronunciado años atrás por el santo anciano Simeón, el día de la Presentación del Señor, se cumpla en toda la extensión de su significado: "*Éste ha sido puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel y como señal* ***a la que se hará contradicción; y una espada de dolor atravesará tu alma***" (Luc. II, 34 y 35).

Ciertamente, no se puede negar que Jesucristo, antes de llegar la hora del Calvario, había sufrido grandes contradicciones. Apenas nacido, tiene que huir al destierro para escapar de la persecución de Herodes, y más tarde, durante su vida pública, ¡qué de oposiciones!, ¡qué de lazos!, ¡qué de calumnias!, ¡qué de criminales ataques contra su doctrina y contra su persona! Pero lo que el espíritu santo había señalado especialmente en aquel oráculo era la contradicción suprema que sufrió el Señor en la Pasión. Tenemos por testigo de esta verdad al Apóstol San Pablo, en su Epístola a los hebreos. Después de haber exhortado a los fieles a contemplar "*al Autor y al Consumador de la Fe, Jesús, que... ha sufrido la muerte, despreciando la ignominia*". "*Pensad, pues* —añade—, *en Aquel que ha sufrido* ***tal contradicción*** *de parte de los pecadores levantados contra Él*" (Hebr., XII, 2, 3).

Por tanto, según el texto evangélico, por consecuencia de la contradicción sufrida por el Hijo, será el alma de la Madre atravesada con una espada de dolor; y sabemos por esta infalible profecía por qué María está de pie junto a la Cruz. Está allí, no sólo para unir su oblación y su obediencia a la oblación y a la obediencia del nuevo Adán, sino también para llevar, en unión con Él, todo el peso de la expiación reclamada por la divina Justicia. El placer culpable había sido común, común será también el dolor.

¡Sí! María comparte con toda verdad esos dolores que van a repararlo y vivificarlo todo; los comparte con toda la fuerza y toda la propiedad de la expresión. Lo que Ella sufre no es por sus propias heridas. Nadie nos obliga a creer que la rabia de los judíos se ejerciese directamente sobre Ella. En parte alguna del Evangelio leemos que fuese personalmente difamada, maltratada o herida; y aun cuando en realidad hubiese sufrido algunos ultrajes, los hubiera contado por nada, o, mejor dicho, lo hubiera tenido por ganancia, puesto que la hubiesen asemejado a su Hijo. La causa de sus dolores no es otra cosa que la Pasión de Cristo. Ésta veríamos impresa con caracteres sangrientos en su corazón, si pudiésemos abrirlo. "*La Madre de Jesús* —dice un devoto contemplativo, que algunos han tomado por el doctor seráfico San Buenaventura—, *la Madre de Jesús, María, estaba de pie junto a la Cruz de su Hijo. ¡Oh, Señora nuestra! ¿Dónde estás? ¿Estás solamente al pie de la Cruz? Seguramente que estabas, más bien, sobre la Cruz con tu Hijo, clavada con Él. La diferencia es que Él estaba con su cuerpo, y Tú con tu corazón. Allí, Señora mía, fue tu corazón atravesado por la lanza, coronado de espinas, burlado, insultado, cargado de injurias, abrevado de hiél y vinagre. ¿Por qué, Reina mía, fuiste Tú misma a inmolarte por nosotros? ¿Acaso la Pasión del Hijo no era suficiente para salvarnos, si la misma Madre no fuera también crucificada?*" (*Stimuli Amoris*, p. I, c. 3. inter Opp. S. Bonav. (ed. Vives, t. XII, p. 638)).

"*María* —dice, a su vez, San Lorenzo Justiniano— *fue, en su corazón, un espejo soberanamente límpido y claro de la Pasión de Cristo, una imagen perfecta de su muerte. Allí se podían ver los*

ultrajes, las salivas, los golpes, todas las llagas, en fin, del Salvador del mundo" (S. Luarent Justin., L. de *Triumphali Christi agone*, c. 21).

II. Pero hay que entrar más adentro en esta comunión de sufrimentos entre el Hijo y la Madre. Si lo miramos de cerca, el martirio de la Santísima Virgen en el Calvario tenía doble origen, doble medida: el conocimiento de los dolores de su Hijo y su amor a Él. Quitad el conocimiento: ¿cómo podría sufrir dolores que ignoraba? Dadle el conocimiento sin el amor: habría, quizá, alguna compasión; pero, ¿cómo sufrir tan cruelmente las angustias de una Víctima que le es indiferente? ¿No es oficio propio del amor andar en comunidad de penas y de alegrías? La fe nos enseña que la felicidad de los elegidos es inefable para todos y, sin embargo, desigual. ¿Qué es lo que causa esta felicidad general? La clara visión y el amor de la Bondad divina: por este doble canal, la beatitud infinita de Dios corre a torrentes hacia los corazones y los sacia. Y la desigualdad, ¿en qué consiste? En la mayor o menor perfección de ese mismo amor y conocimiento. Si, pues, son éstos los dos factores próximos del dolor de María, fácil es comprender que cuanto más perfectos sean este conocimiento y este amor en Ella, mayor y más intenso será el dolor. No volveremos sobre lo que ya hemos dicho de su amor a la Víctima santa. Recuérdese lo que hemos escrito sobre esto en la primera parte, cómo esta Madre Virgen amaba en Jesús a su Hijo y a su Dios: a su Hijo, el más hermoso, el más amable entre los hijos de los hombres; a su Dios, que por un incomprensible misterio era el fruto bendito de sus entrañas; cómo la naturaleza y la gracia se unían para dar a su amor una intensidad que sobrepujaba a todo otro amor, después del que el Padre tiene eternamente a su Unigénito (Primera parte, 1. III, c. 5, t. I, p. 280 y sigs. Véase, en especial, al beato Amadeo de Lausania, pp. 288, 289).

Hablemos del conocimiento; pero no olvidemos, al considerarlo, que si el amor supone el conocimiento, le da, en cambio, una aprensión más viva y más clara de los sufrimientos del objeto amado. Los libros que tratan de los dolores de Jesús y María se detienen con demasiada frecuencia en los sufrimientos exteriores del Hijo de Dios. Parece, al leerlos, que la Pasión del Salvador está escrita en su cuerpo desgarrado y sangriento, si no entera, a lo menos la mayor parte: tanto y tan largamente describen todos sus tormentos. Lejos de nosotros el pretender atenuar lo que tuvieron de terriblemente doloroso para Cristo sus tormentos corporales. Jamás podremos ni describirlos, ni siquiera concebir su atrocidad. Pero, al mismo tiempo, debemos reconocer que las heridas hechas al divino Corazón de Jesús sobrepujaron incomparablemente a las que se imprimieron en su carne. No queremos más prueba que el mismo testimonio del Señor. Hay quejidos, hay gritos arrancados por la angustia, en el relato de la Pasión. ¡Qué gritos y qué quejidos! "*Mi alma* —dice— *está triste hasta la muerte*"; tristeza tan intensamente espantosa, que le hace sudar sangre, cuando todavía los verdugos no habían puesto sus manos sobre Él. Callará cuando lo abofeteen, cuando lo flagelen, cuando lo claven en la Cruz. Y si lanza, antes de expirar, un lamento de suprema desolación, también se escapa de un dolor del alma: "*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*". Y no nos asombramos, porque hemos aprendido de nuestros santos doctores que "*los goces y los sufrimientos espirituales son incomparablemente mayores que los goces y dolores que recaen en el cuerpo*" (San Thom., 1-2, q. 31, a. 5).

He aquí por qué, de todos los suplicios de los condenados, el más insoportable, sin contradicción, es la privación del Bien supremo y la maldición divina. Esto es, por otra parte

lo que las almas más singularmente favorecidas con los dones celestiales han experimentado aun durante su vida mortal; testigos: Santa Teresa y Santa Margarita María, por ejemplo, que contaban por nada sus sufrimientos corporales al lado del padecer del alma (Santa Teresa, *Castillo Interior*, Morada sexta. Sta. Margarita, *Vida y obras*...).

¿Queréis saber cuáles fueron, para el Salvador del mundo, esas penas interiores, más intolerables mil veces que todos los sufrimientos que padeció en su carne? El doctor Angélico pone en primer lugar el dolor que sentía por los pecados de los hombres: "*Dolor*—dice Santo Tomás— *que sobrepujaba en Él al de todos los penitentes, ya porque procedía de una sabiduría y de una caridad excelentemente mayores, dos principios que hacen crecer el dolor del contrito, ya porque debía sufrir por la universalidad de los pecadores y de los pecados, según el oráculo de Isaías*" (Isa., LIII, 4, 11).

"*Verdaderamente, tomó sobre Sí todos nuestros dolores y todas nuestras iniquidades*" (San Thom., 3 p., q. 46, a. 6, a. 4).

Esta especie de dolor no lo comprendemos, desgraciadamente: y es que tenemos muy poco amor de Dios, muy poca luz sobre la intensidad de la injuria que es para Él el pecado. Los Santos juzgaban muy de otro modo. "*Sabiendo yo el tormento que pasa y ha pasado cierta alma que conozco* —dice Santa Teresa, hablando, sin duda, de ella misma— *de ver ofender a Nuestro Señor, tan insufridero, que se quisiera mucho más morir, que sufrirlo, y pensando si un alma con tan poquísima caridad, comparada a la de Cristo* (que se puede decir casi ninguna en esta comparación), *sentía este tormento tan insufridero, ¿qué sería el sentimiento de Nuestro Señor Jesucristo, y qué vida debía pasar, pues todas las cosas le eran presentes y estaba siempre viendo las grandes ofensas que se hacían a su Padre?... Ver tan continuo tantas ofensas hechas a Su Majestad, e ir tantas almas al infierno, téngolo por cosa tan recia, que creo* (si no fuera más de hombre) *un día de aquella pena bastaba para acabar muchas vidas, cuanto más una*" (Santa Teresa, *Castillo Interior*, morada quinta, c. 2). ¿Cuál, pues, sería la infinidad de su dolor en el día en que debió llevar singularmente el peso de todos los crímenes para llorarlos y expiarlos?

Añadid a esto la ingratitud de los hombres que le perseguían con tanto furor; la ingratitud también de tantos otros que, en el transcurso de los siglos, pisotearían la sangre derramada por ellos; el abandono presente de sus discípulos; la atrocidad sin nombre de la injuria hecha a Dios en su persona; las persecuciones que debía sufrir perpetuamente en la Iglesia, su Esposa; tantos miembros arrancados por sus maldades de su persona mística y cayendo en los abismos del infierno; su Padre, en fin, que lo trataba como enemigo. Esto veía y sentía Nuestro Señor; esto, más que todas las heridas del cuerpo, era causa de un dolor sobre todo dolor.

Ahora bien; ese gran Libro de la Cruz que tantas almas ignoran, sobre el cual tantas otras echan apenas algunas rápidas miradas o apenas saben deletrear; ese libro, que las almas más iluminadas con la luz divina no leen sino a través de mil obscuridades y como de lejos; ese libro lo tenía María abierto delante de los ojos; Ella recorría una por una, con plena inteligencia, todas las páginas vivas y descubría todo el sentido de ellas. Su mirada no se detenía en los tormentos visibles del Crucificado; llegaba hasta el Corazón de Jesús, y veía al descubierto el océano de amargura en que estaba anegado. ¡Sí!, su fe y su ciencia soberanamente infusa le revelaban ciertamente las causas, los fines y la inconmensurable extensión de los su-

frimentos de su Hijo; cómo no tenía consuelo ni del cielo, ni de la tierra, puesto que la misma presencia de su Madre, lejos de ser un alivio para Él, no era sino un aumento de dolor y como una parte integrante de su propio martirio (Joan. Lansperg., *Quincuagena III theoriarum in vitam et pass. Christi*, theor. 12. Opp., t. II, p. 250).

Si tal era su conocimiento y tal su amor, ¿no tiene la Iglesia razón para aplicar a esta Madre de los Dolores lo que Jeremías, en sus **Lamentaciones**, decía a la arruinada Jerusalén?: "*¿A quién te compararé?, ¿a quién eres semejante..., Virgen, hija de Sión? Grande como el mar es tu desolación*" (Jerem., *Lament*., II, 13).

¿Y no puede María exclamar, con infinito más derecho que la desgraciada ciudad: "*¡Oh, vosotros, los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor como el dolor mío!*"(Idem, ibid.. I, 12). ¡Qué de angustias debían oprimir el corazón de Abraham cuando iba, por orden de Dios, a inmolar a Isaac, aquel hijo singularmente amado, y a quien llevaba al lado suyo cargado con la leña del sacrificio! Recordemos también a la desdichada Resfa, una de las mujeres de Saúl, velando los cadáveres de sus hijos, despiadadamente crucificados por los gabaonitas, y espantando a las aves de rapiña que se acercaban a devorar sus carnes (II Reg., XXII. 10). O, si queréis mejor, contemplad a la madre de los Macabeos, cuando ve a sus hijos morir entre los más refinados tormentos, uno después de otro (II Macchab., VII).

¿Nos da todo esto alguna idea del martirio de la Virgen en el Calvario? ¡No, seguramente! ¿Y por qué? Porque ni los sufrimientos de esas víctimas se acercan a los de Jesús, ni el amor de aquel padre y de aquellas madres por sus hijos podía compararse con el de Nuestra Señora a su divino Hijo. Si exceptuamos, pues, los dolores del Hombre Dios, no hay, ni habrá jamás, nada que iguale a los dolores de María, porque no habrá jamás sobre la tierra una realización más completa de todo lo que lleva el sufrimiento a sus límites más extremos.

Es verdad que María no estaba sola en el Calvario para compadecerse del sacrificio de Jesús. Juan, María Magdalena, María Cleofás, estaban con Ella, y, ¿quién podrá decir lo extremado de su tristeza y la abundancia de sus lágrimas? Pero, ¡cuán distinta era su compasión de la de la Virgen! No era, como la de María, el último complemento de un dolor concebido el mismo día en que el Verbo de Dios se hizo carne para ser en esta carne el Cordero del gran sacrificio; dolor que iba creciendo a cada hora, a medida que se acercaba el desenlace previsto. No es el sufrimento de una Madre, de una Madre Virgen, de una Madre que ama a su Hijo con todo el amor que puede arder en un corazón humano hacia el fruto único de sus entrañas y hacia su Dios. En fin y, sobre todo, no era una compasión que se extendiese a todos los dolores de Jesús; porque los más profundos y los más terribles eran un enigma para aquellos piadosos discípulos, a quienes el misterio de la Cruz no había sido claramente descubierto todavía.

Más dichosas, desde este punto de vista, que los amigos del Calvario, algunas almas, en el transcurso de los siglos, han recibido la gracia de sentir con una fe más perfecta, no sólo la Pasión exterior del Salvador, sino también sus angustias más íntimas. Pero, ¡qué diferencia siempre entre las compasión de ellos, por viva, amorosa que fuese, y por muy iluminada que estuviese, y la compasión de María! Era, sin duda, una compasión nacida de la contemplación de los sufrimientos de Cristo; pero de unos sufrimientos que habían terminado hacía mucho tiempo. Estos piadosos contemplativos no estaban, en realidad, al pie de la Cruz levantada en

presencia suya. Encerrados en la soledad de una celda, o recogidos en algún rincón del santuario, no oían verdaderamente ni los clamores de la multitud delirante, ni las burlas de los fariseos y de los escribas, ni los martillazos hundiendo los clavos, ni las blasfemias del ladrón impenitente. No veían con sus ojos de carne la Víctima actualmente suspendida del ignominioso patíbulo, con el cuerpo desgarrado por los azotes, coronada de espinas la cabeza, pies y manos dolorosamente fijos en la Cruz, el pecho entreabierto y patente el corazón por aquella cruel herida. Y para ellos no era tampoco ni una aprensión de las torturas sufridas interiormente por el Salvador, ni una intensidad de amor que se pudiera comparar ni remotamente con lo que la naturaleza y la fe nos han revelado de María.

Hay que insistir, por consiguiente, en nuestra conclusión: jamás alma viviente, fuera del Hijo de Dios, sufrió como la Virgen Santísima, y por eso la llamamos con toda justicia, en unión con la Iglesia, la Reina de los Mártires y la Madre de los Dolores. Un gran contemplativo, después de haber meditado sobre la **Compasión** de María, no teme adelantar una proposición en verdad atrevida. El dolor de la Virgen sobrepujaba a cuanto las criaturas humanas podían sufrir, por lo cual, si se hubiera repartido entre los seres vivientes, hubiese bastado para dar muerte a todos (San Bernard. Sen., *Serm. pro festiv. B. M. V.* Serm. 13. *de exalt. B. V. in gloria*, a. 2, c. t. IV p. 136).

¿Habrá, quizá, en este pensamiento de San Bernardino de Sena alguna sombra de hipérbole? No queremos investigarlo curiosamente; lo que sabemos muy bien es que María, lo mismo que Jesús, en el Huerto de las Olivas, no hubiera podido, sin morir, soportar la espantosa angustia que le oprimió el corazón; fue preciso, para que lo sufriese de pie, sin desmayar ni desfallecer, un milagro comparable al que hizo caminar a Cristo tranquilo y en calma sobre el mar alborotado por la tempestad.

Así lo han juzgado los Santos, cuyos testimonios sería fácil multiplicar. Citemos, por ejemplo, este párrafo del tratado sobre la **Excelencia de la Bienaventurada Virgen María**:"*¡Oh, Señora nuestra!, es muy cierto que una espada de dolor ha atravesado tu alma, y este dolor te fue más amargo que todo sufrimiento del cuerpo. Todos los tormentos que sufrieron los mártires en su cuerpo eran penas ligeras, o, mejor dicho, eran nada, comparadas a las angustisa que penetraron a raudales hasta los últimos pliegues de tu corazón dulcísimo. ¡Sí!, estoy persuadido de ello, amantísima Señora mía: no hubieras podido vivir en medio de aquel suplicio si el Espíritu de vida, el Espíritu de todo consuelo, el Espíritu del amadísimo Jesús, cuya muerte te causaba tantos sufrimientos, no te hubiera sostenido interiormente y te hubiera fortificado, recordándote que una muerte tan ignominiosa y cruel era menos una muerte para Él que una victoria que le sometería todas las cosas*" (Eedmer., *De Excellentia M. V.*, c. 5. P. L., CLIX, 567).

Por otra parte, a la Reina de los mártires no le sucedía lo que a tantos santos: que el amor del Salvador agonizante les endulzaba sus propios sufrimientos, y hasta los cambiaba a veces en delicias. Así, los Apóstoles, después de haber sido azotados, salían del concilio de los judíos "*llenos de gozo, porque habían sido juzgados dignos de sufrir aquella ignominia por el nombre de Jesús*" (Act., V, 61). Y, para poner otro ejemplo, así también, cuando el juez gritaba a los dos mártires Marco y Marcelino, clavados uno y otro por los pies a un poste:"*¡Desdichados!, tened compasión de vosotros mismos y libraos de este tormento.*" "*¿De qué tormento hablas?* —respondían ellos—. *Jamás hemos probado un convite tan delicioso como el que gustamos ahora por amor de Cristo.*"

Y, ¿por qué esta diferencia? Porque el amor que alivia a los otros es para María el instrumento y la medida de sus dolores (Ricard. a. S. Vict., *in Canticum cant*., c. 2G. P. L. CXCVI. 484).

Fue, con toda verdad, su único verdugo. ¿Qué más diremos para poner a viva luz la inmensidad de los dolores de María? La beata Angela de Foligno, arrebatada en la contemplación de Jesús Crucificado, exclamaba en un piadoso delirio: "*Todo lo que dicen de la Pasión, todo lo que cuentan, es nada, comparado con lo que ha visto mi alma.*" Y, sin embargo, ella misma confesaba su impotencia para retratar su realidad imponente. "*Y si alguien* —añadía— *me contase la pasión tal como fue, yo le diría: Tú, tú mismo la has sufrido*" (*El libro de las visiones de la beata Angela de Foligno*, traducido por E. Helio., c. 30, página 113).

Solamente Jesucristo ha medido la profundidad y extensión de sus propios sufrimentos. Y Él sólo, según testimonio de los Santos, podría también revelarnos lo que fue el Martirio de su Madre.

En María todo es misterio. Misterio su Concepción inmaculada; misterio su virginidad sin mancha; misterio la abundancia inconmensurable de su gracia; misterio la supereminencia de su título de Madre de Dios. Misterio es también la inmensidad de su dolor; un misterio tal, que se escapa a toda concepción, que sobrepuja a toda inteligencia humana (San Amed. Lausan., *Hom. 5 de Martyr. B. V*. P. L., CLXXXVIII, 1320); porque todos los sufrimientos del mundo reunidos no igualarían a este dolor.

Es que María puede decir incomparablemente con mucha más verdad que la beata Angela, cuyas extrañas palabras citábamos hace un instante: "*Fui transformada en el dolor de Jesús Crucificado*" (Santa Angela de Foligno, ibid., c. 31, p. 117).

Nótense en la misma contemplativa "*estas otras palabras que le fueron dichas en el fondo del alma*" por el Señor Crucificado: "*¡No!, no te he amado para reírme*" (c. 33, p. 121). Así, los dolores del Hijo sobrepujan a todo dolor; los de la Madre no debían tener semejante tampoco. Decíamos en la primera parte que la santidad final de la Santísima Virgen, a juicio de los más graves autores, sobrepujaba a la santidad de todos los elegidos juntos (1. VIII, c. 4, II, 2). ¿No habría, por esto, razón para creer que así sucede también con sus dolores comparados con los sufrimientos de los otros santos, como el beato Amadeo acaba de decírnoslo con bastante claridad?

III. La Iglesia ha resumido todo lo que acabamos de meditar en una sola palabra: **Compasión**. Consideremos y comprendamos todo el alcance de esa expresión. Hay en el lenguaje de la Iglesia palabras inventadas y consagradas por ella, que nos ponen delante de la vista todo un misterio: tales son, por ejemplo, los nombres de Trinidad, consubstancialidad, Madre de Dios (Deipara Oeotoxoc), transubstanciación. Los que han estudiado el dogma católico saben cuán llenos de sentido están estos nombres y de qué manera tan feliz expresan nuestra fe, ya en la unidad de la naturaleza divina y pluralidad de personas, ya en la identidad de la persona de Cristo y dualidad de las naturalezas, ya en el cambio radical de substancia que se opera en la Eucaristía bajo las especies sacramentales. La palabra **Compasión**, aunque no tenga el mismo valor dogmático, es uno de esos nombres. Compadecerse de alguno es padecer con él, no compartiendo materialmente sus dolores, como el ladrón que sufría el

mismo suplicio de Cristo, sino sintiendo en el corazón esas mismas penas, como si realmente fuesen nuestras.

Si esto es lo que se llama compasión, ¿no veis con qué admirable conveniencia une la Iglesia indisolublemente a la Pasión de Jesús la Compasión de María, puesto que Esta sufre únicamente los dolores, y todos los dolores de Aquél, puesto que sufre con las mismas intenciones, por los mismos fines, con iguales sentimientos y un mismo corazón; en fin, para decirlo de una vez, puesto que los dolores de la Madre forman, en el plan de la reparación, parte integrante de la Pasión del Salvador de los hombres? Tal es, pues, el sufrimiento de la Madre de Dios; tales las razones por las que merecen, con toda verdad, el título de Compasión. He aquí por qué la Iglesia no ha hablado jamás de la compasión de Juan Evangelista o de María Magdalena, reservando esta palabra, llena de dolor y misterio, para María así como ha guardado singularmente el nombre de Pasión para expresar la inmolación de su Hijo, nuestro Salvador.

Detengámonos un poco para preguntar si tantos dolores sufridos en comunión con la Pasión de Cristo bastan para asegurar a María el título de mártir. Numerosos son, entre los panegiristas de su Compasión, los que le dan tal nombre. El primero de todos, **San Bernardo**, que la proclama "*mártir y más que mártir*" (Serm. *de 12 praerog*., n. 14. Cf. Pseudo-Hildefons., serm. 3. P. L., XCVI, 252); también el autor anónimo del sermón sobre la Asunción, tantas veces citado bajo el patrocinio de San Jerónimo; también Eadmero, el discípulo de San Anselmo; el abad Guillermo el Menor, en su **Comentario sobre los Cantares**, donde leemos que "*los otros mártires lo fueron muriendo por Cristo, mientras que la Virgen fue muriendo con Cristo*"; y, por último, gran número de teólogos que, tratando de las aureolas de María, señalan entre todas la del martirio.

En efecto, dicen, Jesucristo fue, en la plenitud del sentido, mártir y Rey de los mártires. Porque si le dieron la muerte fué por el testimonio que prestaba de la verdad. Ahora bien; la Santísima Virgen ha sufrido con los sufrimientos de su Hijo y por la misma causa, es decir, inquebrantablemente constante en el divino amor. Por consiguiente, comparte realmente su martirio. Por otra parte, importa poco que no muriese en el Calvario, porque, si no murió, no fué porque faltase dolor para morir, sino porque la fuerza divina la sostuvo contra los asaltos de una muerte cierta. Por sí mismos, es cierto, no son capaces los sufrimientos puramente espirituales de romper los lazos que unen al alma con el cuerpo. Pero, ¿quién no sabe la dolor osa y mortal repercusión que pueden tener en el corazón, cuando no es un puro espíritu el que los sufre? Jamás corazón humano hubiera podido soportar tan terribles sacudidas sin dejar de latir y romperse, si la mano divina no hubiese moderado los contragolpes (Muzzarelli,*El tesoro escondido en el Purísimo Corazón de María*, c. 6).

Tampoco importa que la rabia de los judíos no se ejercitase directamente contra Ella para atormentarla por causa de Cristo, porque, al perseguir a Cristo, la perseguían a Ella; dando muerte a Cristo, la herían a Ella en el centro mismo de su ser.

Por esto la Iglesia la ha llamado Reina de los Mártires. Reina de las Vírgenes, Ella es Virgen, y más que todas; por consiguiente, también es Reina de los Mártires, pues es mártir, y más que todos.

Y, sin embargo, hay teólogos, lo confesamos, para quienes estas razones no son convincentes, y esto, por las dos objeciones que proponíamos en último lugar: de otra manera —dicen ellos—, se debería venerar como mártir todo el que muriese de angustia contemplando la Pasión del Salvador.

Suárez estima que esta controversia es de poca importancia (Suár., *de Myster. vitae Christi*, D. 21. S. 4). Se resolvería fácilmente si nos pusiéramos de acuerdo sobre la definición del martirio (esta definición, en efecto, no se da universalmente de la misma manera). He aquí un Cruzado que muere en el campo de batalla combatiendo contra los infieles para libertar la Tierra Santa, o un hijo abnegado de la Iglesia, que muere luchando por la libertad de ella; ¿son mártires? ¡No!, responden algunos; isí!, respondería toda la Edad Media, con San Bernardo y Santo Tomás de Aquino).

Sea como quiera, no en vano ha proclamado la Iglesia a María Reina de los Mártires. Si por algún estilo no responde su Compasión a la noción más generalmente admitida, comprende, desde luego, de una manera supereminente, lo que el título exige para ser verdadero. Así, cuando decimos de Ella que es la Reina de los Apóstoles, no queremos decir únicamente que está más elevada que cada uno de los miembros del Colegio Apostólico. Su prerrogativa va más allá: Ella los sobrepuja **eminentemente** en lo mismo que constituye el Apostolado, como pronto lo demostraremos, apoyados en una multitud imponente de autoridades. ¿Qué hay de grande y de admirable en el martirio, sino esa fuerza invencible y ese ardor de caridad que hacen afrontar y sufrir la muerte para dar testimonio de Cristo? ¿Y no es esto lo que hemos visto brillar en María con esplendor incomparable, de tal modo, que hubiera expirado cerca de Jesús moribundo, si Dios, por conservarla para la Iglesia naciente, no la hubiera milagrosamente sostenido?

No hay entre los fieles nadie que no conozca la conmovedora invocación del *Stabat Mater:* Santa Madre de Dios, hazme la gracia de que se graben profundamente en mi corazón las llagas del Crucificado ("*Sancta Mater, istud agas*", etc.).

Véase la paráfrasis de esa invocación en estas palabras que dirige el autor del **Estímulo de Amor divino** a la Madre de los Dolores y Reina de los Mártires: "*¡Oh, Señora nuestra! Tú, que fuiste tan cruelmente herida, hiere Tú misma nuestros corazones y renueva en ellos tu Pasión y la de tu Hijo. Une a tu Corazón, traspasado de heridas, el nuestro, a fin de que también estas mismas heridas nos traspasen. ¿Por qué, al menos, no poseo tu Corazón, a fin de que por todas partes donde fuere te pueda contemplar, ¡oh, Señora mía!, crucificada con tu divino Hijo? Si no quieres concederme ni tu Hijo Crucificado ni tu Corazón herido, te lo suplico, te lo ruego, concédeme, al menos, las heridas de ese amado Hijo, las injurias y burlas de que fue objeto y lo que Tú sentías entonces en Ti misma... Pero si de tal modo estás embriagada en esos dolores, que no quieres separarlos ni de tu Corazón ni de tu Hijo, dígnate unirme a esas llagas, a esos oprobios, a fin de que tengas siquiera el consuelo de encontrar un compañero en tus penas*".

"*¡Oh, qué felicidad sería la mía si pudiera solamente estar asociado a tus sufrimientos! ¿Qué cosa hay, en verdad, más deseable, ¡oh, Señora mía!, que tener el corazón unido a tu Corazón y pegado al cuerpo lacerado de tu Hijo?... ¿Por qué no me has de conceder lo que te pido? Si te he ofendido, hiere mi corazón para castigarme en justicia. Si te he sido fiel, quiero llagas por recompensa. ¡Oh, soberana nuestra!, ¿dónde está tu ternura?, ¿dónde tu inmensa misericordia? ¿Por qué mostrarte cruel conmi-*

go, después de haber sido tan bondadosa? ¿Por qué te muestras inexorable, Tú, que eres siempre tan dulce y tan compasiva? ¿Por qué esta dureza parsimoniosa conmigo, cuando siempre y en todo has sido tan liberal? Lo que exijo, lo que reclamo, no es el esplendor del cielo, ni el brillo de los astros; no quiero más que heridas. ¿Por qué serás avara de semejante don? O quítame la vida del cuerpo o hiere mi corazón: siento demasiada vergüenza y confusión de ver a mi Señor Jesús cubierto de llagas, y a Ti, mi Señora, herida con las mismas heridas, y yo, el más indigno de tus siervos, sin el menor sufrimiento" (*Stimulus Amoris*, p. I, c. 3. Opp. S. Bonav., t. XII, p. 638, et sqq. (ed. Vives, 1868)).

Hemos leído más de una vez que estos desahogos de las almas heridas de amor, al pie del Crucifijo o ante la imagen de María, la Madre de los Dolores, fueron desconocidos en las primeras edades. Es cierto que los escritores de aquellos tiempos lejanos guardan sobre este asunto un silencio que nos sorprende. ¿Debemos pensar por eso que hubo entonces menos compasión para los dolores de Jesús y de su divina Madre? Sería una injusticia el deducirlo. El silencio se explica por la clase de obras que nos han quedado. Por lo demás, no es más que relativo, como lo prueba la sugestiva respuesta dada por el célebre abad Pémen al salir de un rapto, contestando a un hermano que le interrogaba sobre lo que había visto en el éxtasis: "*Mi alma ha ido a un lugar donde ha visto a Santa María, Madre Dios, llorar al pie de la Cruz. Hubiera yo deseado llorar siempre lo mismo*" (Palladius, *Append. I. Apophtegmata Patrum. De Abbate Poemene*, n. 144. P. G., I.XV, 358).

Maria en el Calvario (IV)

El complemento de la maternidad espiritual se deriva con toda verdad de la ofrenda hecha en el Calvario por la Madre de los Dolores, y de su compasión.

I. ¿Qué conclusión vamos a sacar de todo esto? Una sola, y es: que la maternidad espiritual de la Virgen Santísima ha recibido realmente su complemento en el Calvario. En efecto; la Pasión de Jesús ha coronado la obra para la cual el Verbo de Dios había venido al mundo. La justicia está satisfecha, porque la injuria hecha al Creador está superabundantemente reparada por la gloria que le da un Hombre-Dios hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. El precio de la vida sobrenatural, es decir, de la gracia y de la gloria que Dios quería devolver a la Humanidad caída está superabundantemente pagado. Por consiguiente, la Pasión nos ha vuelto a la vida de los hijos de Dios, y María, por la parte inefable que ha tenido en esta Pasión, ha cooperado en la misma medida a darnos esta vida de gracia que sobrepuja a toda vida. Por consiguiente, ella es para nosotros verdaderamente una Madre, y la fórmula de la antigua sentencia pronunciada contra Eva, culpable, se ha realizado en la nueva Eva, pero en un sentido más espiritual y dichoso: "*Parirás tus hijos con dolor*" (Gen., III. 16).

Ved aquí esta mujer que San Juan nos muestra en el **Apocalipsis**, revestida de sol, con la luna a sus pies y sobre su cabeza una corona de doce estrellas, pero en trabajo y torturada por los dolores del alumbramiento, y al dragón levantándose delante de ella para devorar su fruto; vedla aquí, decimos, porque los rasgos bajo los cuales contempla el discípulo amado a la madre y al fruto que da a luz convienen punto por punto a los hijos de adopción y a la Virgen misma (Apoc., XII, I, sqq.).

Bien pronto llegará el momento de estudiar más a fondo ese maravilloso símbolo; pero no podíamos dejar de llamar la atención sobre él en una escena en que tan divinamente se realiza.

Pero, ¿acaso habremos forzado los textos? ¿Contienen verdaderamente lo que pretendemos leer en ellos? Escuchad la respuesta dada por **San Alberto Magno**: "*En el tiempo de la Pasión* —dice este ilustre teólogo—, *María, la Madre de misericordia, asistió al Padre de las misericordias en la obra de la soberana misericordia. En consecuencia, Ella debió compartir los dolores de esta Pasión y sentir el alma traspasada por el cuchillo de dolor. Compañera de Jesús en el sufrimiento, fue, por esto mismo, la **coadjutora** de la Redención y la Madre de la regeneración. Allí, pues, por la fecundidad, que la hizo en espíritu Madre del género humano todo entero, sufrió Ella los dolores del parto y nos engendró a todos en su Hijo y por su Hijo para la vida eterna. Y he aquí por qué le dió este Señor entonces, con justicia, el nombre de **mujer***".

Albert. M., Quaest. *super Míssus est*. q. 29. 3 Opp., t. XX, p. 31. Nótese también este fragmento turnado de los Comentarios, de Salmerón: "*Jesús llamó a su Madre al pie de la Cruz, a fin de que Ella ofreciese al Padre Eterno su Hijo Unico por la salvación del mundo entero, como Abraham había, con la preparación de su corazón y con su obediencia, sacrificado a su hijo de predilección, Isaac. Y lo mismo que la Madre de los Siete Macabeos, animando a sus hijos con su presencia y sus exhortaciones a soportar los tormentos, los ofreció todos, uno después de otro, al Señor, así la Virgen María representó, por su asistencia a la inmolación de Jesús, a la Santa Iglesia, que no cesa de ofrecer al Padre el sacrificio de la Cruz, por la salvación de sus hijos. He aquí por qué Jesucristo, queriendo recompensar una oblación tan llena de caridad, le dió otros hijos representados en la persona de Juan. Ana, mujer de Elcana, porque ofreció a Dios su primogénito para el servicio del templo, mereció varios hijos más (I Reg., II, 20, 21): de igual modo Cristo, porque su Madre le había ofrecido a É1 mismo a Dios, en un acto de incomparable fe, le dió a Juan por hijo, y en este discípulo a todos los justos y fieles.*

"*Por último. Cristo llamó a esta Madre de los Dolores al Calvario para mostrarnos que los dos auxiliares más poderosos contra Satanás y el mundo y el pecado, en la obra de la muerte, son la Cruz y María... Vanamente, por consiguiente, iríamos a María sin la cruz de la penitencia, y a la cruz, sin la devoción a la Madre de Dios.*" Alph. Salmerón, Comment. in Evangelic. histor., tract. 41. Opp., t. X, pp. 339 (Colon- Agripp., 1604). El docto y devoto intérprete añade un pensamiento muy consolador, y es que habiendo asistido la Santísima Virgen con tan generoso corazón a la muerte de su Hijo, según la naturaleza, ha merecido por eso mismo ser una poderosa Intercesora para con sus hijos espirituales, en la hora de la muerte. ¿Y qué más conveniente y más natural, puesto que es Jesús el que muere una vez más en sus miembros?

Más de una vez hemos oído a la Iglesia proclamar estas verdades. No olvidemos, aparte de otros testimonios, el que ha consignado en el himno de Laudes, en la fiesta de los Dolores de Nuestra Señora; pocos hay que expresen con mayor energía la parte de la Madre de misericordia en la obra de nuestra salud: "*¡Oh, Dios de soberana clemencia, hacedme la gracia de meditar dignamente los siete dolores de la Virgen y las llagas de su divino Hijo Jesús! Que esas lágrimas de la Madre de Dios nos traigan la salud, pues son tan abundantes, que podéis lavar con ellas los crímenes del mundo entero*" ("*Quibus lavare sufficis, Totius orbís crimina*"). ¿Lo hemos comprendido bien? He aquí cuál es la virtud de las lágrimas derramadas por nuestra Madre al pie de la Cruz; no consideradas aisladas, es cierto, sino santificadas por la sangre redentora de Cristo.

II. Pero aquí se nos presenta una objeción. Si la Santísima Virgen tiene su parte de cooperación en el misterio de la Cruz ¿tenemos, por consiguiente, un doble Redentor, Cristo y su Madre? La sangre de Cristo no es ya el único precio de nuestra libertad, y otros méritos han debido mezclarse a los suyos para comprobar la gracia que nos hace justos e hijos de adopción?. Guárdenos Dios de sostener semejante doctrina. ¡Sí!, Salvador nuestro, lo confesamos: a Ti sólo pertenece la gracia de nuestra salvación. A tu lado no vemos redentor alguno que venga a completar tu obra. En parte alguna hemos leído que haya hecho falta otra sangre que no sea la tuya para sacarnos de la esclavitud y darnos la santa libertad de los hijos de Dios. Cuando te oímos proclamar en las Escrituras: "*Yo, yo soy el Señor, y no hay otro Salvador fuera de mí*" (Isa., XLIII, 11; Os., XIII. 4), nuestra fe responde a tus palabras. ¡No!, las satisfacciones de tu Madre Santísima no han completado las tuyas, ni sus méritos, al par de los tuyos, han pagado las gracias que nos era devuelta.

Pero recordamos también la historia de la caída, y este recuerdo nos ayuda a concebir cómo tu Madre ha podido cooperar a la salvación del mundo y ser, como dijo nuestro gran Pontífice León XIII, "*tu asistente en la obra de la Redención del hombre*" (*Sacramenti humanae Redemptionis patrandae administra*. Leo XIII, Encycl. *Adjutricem populi* (5 sept. 1895)), sin que tu gloria de Redentor único sea destruida ni aminorada.

Es una verdad cierta que Adán fué él solo la causa primera y suficiente de nuestra original caída. Supongamos, en efecto, que hubiera quebrantado el precepto divino, pero únicamente por su propia malicia, y que la mujer, en lugar de inducirle a la desobediencia, hubiera hecho uso de sus gracias seductoras para mantenerlo en el deber: la falta, en cuanto a los efectos, sería la misma, y naceríamos privados de la gracia e hijos de cólera. Y esto es tan verdadero, que la concepción de aquella mujer, a la cual Adán no ha concurrido mediante un padre salido de él, no induce al pecado de origen. Supongamos, por el contrario, a la mujer culpable, y a su esposo, el primer hombre, fiel a Dios: la posteridad del uno y de la otra estaría exenta, desde su principio, de la culpa original; tan cierto es, que la decadencia humana es obra de Adán como fue causa necesaria y plenamente suficiente. Y, sin embargo, Dios mismo, en su Escritura, nos lo enseña: "*De la mujer es el principio del pecado, **y por ella morimos todos***" (Eccli., XXV, 33). Y para usar también de una expresión empleada por León XIII, ella fué "*la asistente de Adán en la obra de nuestra ruina*"("*Administra patrandae ruinae*" (ibid.)). ¿Por qué? Porque unió su voluntad a la del hombre, provocándole a la rebelión. Si fue sacada del Adán **inocente**, también nos ha dado al Adán**prevaricador**, y por él nos ha perdido a todos. Pero siempre resulta verdadero que el autor de la caída fue el primer hombre, y no la primera mujer.

Lo que fue Eva al principio de los tiempos lo fue María en la plenitud de los siglos. Si Jesucristo no hubiese tomado sobre Sí nuestra deuda, estaríamos todavía en el pecado, por muchos méritos y virtudes que tuviese la Santísima Virgen. Y si el mismo Salvador, independientemente de Ella, hubiera satisfecho por nosotros, la Redención estaría consumada. Pero ha querido Dios darnos al Salvador por Ella; ha querido que fuese su asociada en la obra de nuestra libertad, que consistiese en su sacrificio, como había dado su consentimiento para su entrada en el mundo. Y he aquí por qué, aunque reconozcamos a Cristo su privilegio singular, damos gracias a su Madre del incomparable beneficio de la Redención.

Los **Hechos de los Apóstoles** ofrecen en el apóstol San Pablo otra imagen del oficio de la Santísima Virgen en la obra de la Redención. Es la cooperación que tuvo el futuro Apóstol de las Gentes en el martirio de San Esteban, el primer mártir de la Nueva Alianza, cooperación de la que él mismo se acusa, cuando dice: "*Cuando fué derramada la sangre de Esteban, estaba yo allí, y consentía en su muerte, y guardaba los vestidos de los que se la hacían sufrir.*" (Act., XXII, 20; col., VII, 57.).

Se puede hasta decir, y con toda verdad, que la cooperación de la Virgen Santísima en la obra de la Redención es mayor en un punto que el concurso de Eva en la de nuestra general caída. La primera mujer, en efecto, no buscaba directamente sino la satisfacción de su orgullo y de su sensualidad. Si quiso la perdición espiritual de la raza humana fueindirectamente y porque quiso la causa. Por el contrario, la nueva Eva quiso primeramente la salud de los hombres y la gloria de Dios que de ella procede; por esto consiente en la muerte de su hijo; por esto lo ofrece y, en cuanto depende de Ella, lo entrega.

¿Debemos, por consiguiente, condenar el título de **corredentora** con tanta frecuencia atribuido por gran número de antiguos autores a María? ¡No, por cierto!; porque ni en el sentir de ellos, ni en la creencia de los fieles, expresa nada que esté en desacuerdo con la doctrina expuesta anteriormente. Lo que se pretende significar con este título no es que hayamos sido rescatados por los sufrimientos de María, ni que Ella haya pagado condignamente con su mérito las gracias que salen de la cruz de su divino Hijo. ¿Qué es, pues, lo que significa? El concurso que prestó a la inmolación de su Hijo por el consentimiento, de donde procede la Víctima; por la ofrenda que hace de Ella en unión con el Padre; por la participación que tiene en sus inefables dolores; por la **Compasión** que subió al cielo junta con la **Pasión** del Redentor.

No hay, quizá, época alguna en que estas ideas hayan sido mejor y más comúnmente expresadas que en el siglo XII, el de San Bernardo. Entre los autores de esta época, Hermán, abad de San Martín de Tournai, merece ser citado en el asunto que estamos tratando: "Es verdaderamente madre aquella de quien está escrito: "*Adán dió a su mujer el nombre de Eva, porque debía ser madre de todos los vivientes*" (Gen., III, 20). Sin embargo, es más justo llamar a esta Eva madre de los que mueren, puesto que nos ha hecho incurrir, por su pecado, en la sentencia de muerte; la Virgen, por el contrario, es, en verdad, la Madre de los vivientes, porque todos por Ella hemos recobrado la vida, que habíamos perdido. Por consiguiente, si el Apóstol ha dicho: "*De igual modo que todos mueren en Adán, así todos serán vivificados en Cristo*" (I Cor.. XV. 22), nosotros también podemos decir de la gloriosa Madre de Cristo: "*Así como todos morimos por Eva, todos también revivimos por María*". En efecto; la puerta del Paraíso, cerrada para todos por causa de Eva, María la ha vuelto a abrir para todos. De María es de quien se puede decir con justicia la palabra del Señor:"*Hagámosle una ayuda semejante a El*" (Gen., III, 18). "El Señor había creado a los otros seres por sólo su mandato; pero cuando quiso crear al hombre a su imagen, al hombre en quien podemos ver como una figura de Cristo, celebró consejo diciendo: "*Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*" (Gen.. I. 26). Así también quiso formar a la mujer con deliberación: "*No conviene que el hombre esté solo; démosle una compañera semejante a él*" (Gen., II. 18).

Que estas palabras, según la letra, se aplican a Eva, nada más cierto; pero es claro también que se las puede interpretar convenientemente de la Madre de Dios, y por María, de la Santa Iglesia de Dios.

"Leemos, es cierto, en Isaías estas palabras: "*Yo, que hago engendrar a los otros, ¿no podré engendrar? Yo, que doy a otros descendencia, ¿me quedaré estéril?*", dice el Señor tu Dios (Isa. I, XVI, 9). Y, sin embargo, el Señor, antes de la Virgen María, era como estéril. En efecto; aunque creó todas las cosas en su calidad de Dios, no dió a luz a nadie de la manera que engendró a su Hijo por Ella. Cuando Dios, por consiguiente, para darle una compañera semejante a El, hubo asociado nuestra carne a su Hijo único en el seno de la bienaventurada Virgen María... y se despojó, por decirlo así, de su antigua esterilidad, entonces, digo, comenzó a dar a luz esos hijos de los que escribe San Juan: "*A todos los que lo han recibido ha dado el poder de ser hijos de Dios...*" (Juan., I, 12).

He aquí, por consiguiente, cuán convenientemente se puede interpretar de Nuestra Señora este texto del **Génesis**: "*Hagámosle una compañera semejante a él*". Dios es, por consiguiente, Padre de todas las cosas **creadas**, y María, Madre de todas las cosas**recreadas**. Dios, que, solo, creó todo lo de la nada, no ha querido reparar nada sin María. Dios he hecho toda criatura, y María ha engendrado a Dios mismo; y porque María ha parido al Hijo de Dios, María se ha convertido en la Esposa de Dios. Pero no es sólo de Dios de quien María es Madre; después de Él, y por Él, ha dado a luz numerosos hijos de Dios, que cada día claman al Señor piadosamente: Padre nuestro, que estás en los cielos (Matth., VI, 9). Y a estos no se desdeña el bondadoso Hijo de María de llamarlos hermanos..." (Psalm., XXI. 23; Matth., XXVIII, 10). "*En fin, el Hijo de María es nuestro hermano, y Ella, de consiguiente, nuestra Madre. ¡Oh, cuánto debemos a María!*" (Siguen devotísimas consideraciones sacadas de las oraciones de San Anselmo) (Hermani, S. Martini Tornac., abbatis, Tract. de Incarn. D. N. J. C.. c. 11. P. L., CLXXX, 36, 37).

III. Terminaremos estas consideraciones acerca de los fundamentos de la maternidad espiritual de María con algunas páginas de doctrina excelente, en las que **León XIII**, para incitar al amor y a la práctica de la devoción del Rosario, la ha perfectamente resumido. He aquí textualmente estas magistrales enseñanzas: "*La asistencia que de María imploramos con nuestras oraciones tiene por base el oficio que se le ha confiado a Ella de conciliarnos la gracia divina; oficio que desempeña constantemente cerca de Dios esta Virgen, soberanamente agradable a sus ojos por su dignidad y sus méritos, y que, por consiguiente, sobrepuja muy mucho en poder a todos los elegidos del cielo.*

"*Ahora bien; no hay, quizá, oración alguna donde este oficio encuentre tan perfectamente su expresión como el Rosario, porque, generalmente, nos pone ante la vista como presente toda la parte que la Virgen Santísima ha tomado en la salud del género humano; de suerte que esta contemplación sucesiva de los misterios sagrados y esta piadosa repetición de las mismas oraciones son, ambas cosas, de inmensa ventaja para la devoción.*

"*He aquí, primero, los misterios **gozosos**. El Hijo Eterno de Dios hecho hombre se inclina hasta los hombres; pero es con el **consentimiento** de María, que concibe del Espíritu Santo. Después, Juan, por un privilegio insigne, es santificado en el seno de su Madre y favorecido de dones escogidos para preparar los caminos del Señor; pero esto **se hace por la salutación** de María, que visita a su prima,*

*inspirada por el Espíritu Santo. En fin, Cristo, el Deseado de las naciones, sale a luz; pero nace de María, y si los pastores y los Magos, primicias de la fe, se apresuran devotamente hacia el pesebre, encuentran **allí al Niño con su Madre María**. Y cuando este Niño quiere después ser llevado al Templo, a fin de entregarse con una pública ceremonia como Víctima a su Padre, también, **por el ministerio de su Madre, es presentado al Señor**. Ella misma, al perderlo misteriosamente, lo busca durante tres días con ansiosa solicitud, y lo vuelve a encontrar, llena de gozo.*

"*No de otro modo nos hablan los misterios **dolorosos**. En el Huerto de las Olivas, donde sufre Jesús un temor y una tristeza mortales; en el Pretorio, donde es flagelado, cuando lo coronan de espinas, no vemos, es verdad, a María cerca de Él; pero desde hace mucho tiempo conoce Ella claramente los dolores reservados a su Hijo. En efecto: cuando se ofreció como Esclava para ser su Madre, y cuando se **consagró enteramente** y a un tiempo con Él, en el Templo, se hizo desde entonces, por ambos actos, la asociada de su Hijo en la obra tan trabajosa de la expiación por el género humano. No es, pues, dudoso que tomase su alma grandísima parte en las amarguras, angustias y tormentos de su Unigénito. Por lo demás, delante de Ella y a su vista debía cumplirse el divino sacrificio para el cual esta Virgen lo había formado de su carne y alimentado con su leche. Pero lo más conmovedor y notable en este último misterio es que muy cerca de la Cruz de Jesús está María, su Madre, de pie; su Madre, que, ardiendo en una caridad sin límites por nosotros, ofrecía Ella misma su propio Hijo a la Justicia divina, a fin de recibirnos por hijos a nosotros, muriendo de corazón con Él, traspasada por una espada de dolor*" (Leo XIII, Encycl. *Jucunda semper* 8 sept. 1894). Lo que sigue en el texto pontificio se refiere a los misterios gloriosos: ya tendremos, más tarde, ocasión de buscar en él otras enseñanzas no menos sólidas. Pero no podemos acabar este capítulo sin transcribir también estas consoladoras palabras del mismo León XIII: "*La Virgen Santísima, Madre de Cristo, es también Madre de los cristianos, porque ella los ha engendrado a todos en el monte Calvario, entre los supremos tormentos de su Hijo, nuestro Redentor; y Cristo es como el Primogénito de los mismos cristianos, que por la adopción y la Redención se han hecho hermanos suyos*" (Leo XIII, encycl. *Quamquam pluries, de implorando auxilio B. Joseph* 15 aug. 1889).

Parecidas son las últimas palabras citadas de León XIII a este texto de San Antonino de Florencia. Hablaba el santo de la amorosísima compasión de la Virgen María: "*La bienaventurada Virgen María, por el honor de Dios y la salud de los hombres, sintió aquella compasión sin igual. Por esto es llamada, justamente, Madre común de todos, porque los ha concebido por un inmenso amor, y los ha engendrado a costa de trabajos y dolores inefables en la Pasión de su Hijo*"; y he aquí —añade el santo— lo que representa la mujer que da a luz, de la que habla el **Apocalipsis** (S. Antonin. Florent., Summae theol-, P. IV, tit. XV, c. 27, § 2).

Universalidad de los testimonios que prueban la realidad de la promulgación de la Maternidad de la gracia

I. María es nuestra Madre, y nosotros somos sus hijos según el espíritu. Esto es lo que se desprende claramente de las verdades que hemos meditado; es decir, de la parte que tuvo María en la Redención del mundo, ya dándonos al Salvador, ya entregándole a la muerte por nosotros en unión con el Padre.

Ahora bien: lo que nosotros creemos, Cristo ha querido proclamarlo Él mismo, en términos expresos, antes de entregar el alma a su Padre. Nos figuramos ver a nuestro Salvador clavado en la Cruz. Su divina Madre está junto a Él, de pie, silenciosa, fija la mirada en su Hijo, cubierto de heridas y de sangre, destrozado de dolor el corazón, pero firme e inmóvil, como convenía al oficio que desempeñaba en un misterio tan grande. De pronto, Jesús rompe el prolongado silencio de oración que había guardado hasta entonces. Dirigiendo una mirada de ternura infinita a María, primero, y después al discípulo amado,"*dijo a su Madre:* ***"Mujer, he ahí tu Hijo"****; y después al discípulo:* ***"He aquí tu Madre."*** *Y*—prosigue el Evangelista— *desde aquella hora la tomó el discípulo como suya*" (Joan., XIX, 25-27).

Nada más sencillo, en apariencia, ni más natural que esta escena. Cristo ve que ha llegado para Él el momento de dejar, con la vida, a su Madre. Desde entonces se quedará sola y desamaparada sobre la tierra. Su fiel y santo esposo, San José, ya no está allí para recogerla y consolarla; hace tiempo que dejó este mundo. ¿No era justo que el Salvador, en aquel momento supremo, se ocupase del porvenir de su Madre y le diese otro hijo que quisiese ocupar su lugar de afecto y abnegación junto a ella? Los Padres y los Santos, en sus**Comentarios** sobre este pasaje del Evangelio, están de acuerdo en proclamar a Cristo como un modelo de piedad filial, que enseña este divino Maestro a los fieles, sus discípulos, desde lo alto de la cátedra de la Cruz (S. August., Tract. 119 in Joan., n. 2. P. L., XXXV, 1950).

Por qué escogió a Juan, con preferencia a cualquiera otro, para este cargo tan dulce y tan glorioso, no es difícil comprenderlo. Juan era el discípulo amado; aquél que, recostándose en la Cena sobre el pecho de Cristo, había bebido con más abundancia de su Corazón, fuente del amor verdadero; Juan era virgen, como Jesús y como su Madre; único entre todos los apóstoles que habían seguido a su Maestro hasta el Calvario, acompañando a María; son estos otros tantos títulos especiales para recibir el sagrado depósito que Cristo le quería confiar.
He aquí, en verdad, una explicación bien clara y bien cierta de las palabras del Salvador moribundo. Parece que debería excluirse toda otra interpretación: tan manifiesta es y tanto responde, por todos estilos, a las circunstancias. Y, sin embargo, hay una segunda interpretación, no exclusiva, sino que se añade a la primera y con ella se coordinan; más amplia, más profunda y, digámoslo ya, más consoladora y más ventajosa para nosotros. Cristo, dando a María por Madre a Juan, y a Juan por hijo a María, hace por nosotros todo lo que hace por el discípulo amado. A nosotros, cristianos, nos habla dirigiéndose a Juan; a nosotros también nos echa en los brazos y sobre el corazón de María para que sea nuestra Madre y nosotros seamos sus hijos según la gracia.

La interpretación que acabamos de enunciar, ¿es legítima y Cristo pensaba en ella realmente cuando pronunció aquellas memorables palabras? O bien, ¿hay que ver solamente en la aplicación que se hace a todos los fieles una edificantísima, pero sólo una simple acomodación?.

El sentido acomodaticio de un pasaje de las Santas Escrituras no es aquel que Dios mismo daba a sus palabras. Es un sentido venido de fuera, prestado por el hombre al texto inspirado de Dios. **La acomodación** puede tener lugar de dos maneras. A veces lo que la Escritura enuncia como una cosa determinada, se encuentra en cierto grado en otra cosa que el escritor sagrado no tenía intención de expresar. Si gracias a la analogía que permite a las pa-

labras empleadas por la Escritura significar con alguna verdad este otro objeto os servís de ellas para representarlo, tendréis la primera especie del sentido acomodaticio. Otras veces los objetos significados no tendrán ninguna relación de semejanza, y el fundamento de la nueva aplicación será sencillamente la capacidad que tienen las palabras, empleadas por la Escritura, de poder expresar una y otra idea, la de Dios y la del hombre; tendréis entonces una acomodación de la segunda especie. Procuremos expresar todo esto con más claridad por medio de ejemplos. La Iglesia, en los Laudes del Oficio de los Confesores, aplica a tal o cual santo la alabanza que el Eclesiástico hizo de Noé: "*Ha sido hallado justo y perfecto; y en el tiempo de la ira ha sido la reconciliación de los hombres*" (Eccli. XLIV, 17). Seguramente el escritor sagrado no tenía intención de exaltar al santo al cual la Liturgia aplica su texto, pero la semejanza de las virtudes y de los méritos hace que lo que él escribía del Patriarca se pueda decir también del justo cuya fiesta celebra la Iglesia. Aquí tenéis un ejemplo de la primera clase de acomodación, tan frecuentemente usada por los Padres y en la Liturgia de la Iglesia, sobre todo cuando aplica a la Virgen María las magníficas descripciones de la Sabiduría Eterna, contenidas ya en los **Proverbios**, ya en el Libro de la **Sabiduría**, ya en el **Eclesiástico**. Tomad ahora el texto en que el Profeta dice a Dios: "*Con el santo, santo serás; inocente, con el inocente...: perverso, con el perverso*" (Psalm., XVII. 26-27). Esto quiere decir únicamente que la conducta de Dios con los hombres se modifica según los méritos y deméritos de ellos. Cuando, por consiguiente, los predicadores se valen de estas mismas palabras para exhortar a los fieles a procurar la compañía de los hombres virtuosos y a huir la de las personas entregadas al vicio, porque se hace cada cual a semejanza de las compañías que frecuenta, éste es segundo género de acomodación; porque el único motivo de prestar a las palabras ese nuevo sentido es que, en rigor, pueden expresarlo, aunque la idea no tenga relación con la del texto escriturario. Lo que pretendemos demostrar es que las palabras de Cristo en la Cruz no entran ni en uno ni en otro de esos dos géneros de acomodación: porque el sentido que les atribuímos era realmente dado y querido por Nuestro Señor cuando las pronunció.

La primera afirmación nos parece indudable, y traemos para ello dos pruebas: una fundada sobre la autoridad de los testimonios; otra establecida sobre la consideración de las circunstancias en que fueron pronunciadas esas divinas palabras y de la manera en que están concebidas. Esto será la materia de este capítulo y del siguiente.

Comencemos por los testimonios.

II. Si hay alguna dificultad en desarrollar esta primera prueba, no es seguramente por el embarazo de encontrar testigos. Son numerosísimos, forman legión. Un teólogo, en un opúsculo recientemente publicado sobre esta interesante materia, ha recogido fácilmente una gran cosecha de testimonios (El P. Enrique Legnani, S. J.). Registrando las bibliotecas sería todavía fácil hallar otros muchos. Nosotros hemos hallado por docenas testigos que él no había citado, y, sin duda, nuevas requisas prolongarían la lista indefinidamente.

En todo caso, no pretendemos apoyarnos aquí sino en los testimonios cuya exactitud hemos verificado nosotros mismos, y éstos llegan, por lo menos, a ciento. Además, acudiremos únicamente, o casi únicamente, a los que tengan alguna importancia, dejando a un lado esas mil publicaciones piadosas repartidas con profusión entre los fieles, como son, por ejemplo, los libros **del mes de María**; no porque deje de tener valor el acuerdo unánime de esas

obritas, puesto que representa el sentir común de los cristianos en la actualidad, sino porque son conocidas de todos. Ahora bien: en la interpretación que asigna por **verdadero**sentido a las palabras de Cristo la promulgación de la maternidad de gracia y de nuestra filiación espiritual se pueden distinguir dos fases. La una data del siglo XII; la otra se remonta desde ese siglo a las primeras edades del Cristianismo.

Nos ceñiremos, primero, a la fase más cercana a nosotros: es incomparablemente la que más abundantes afirmaciones contiene en favor de nuestra interpretación. Pero esta abundancia misma es tal, que nos ha forzado a renunciar al designio que habíamos formado al comenzar este estudio; queremos decir al proyecto de presentar los testimonios, uno después de otro, para que el lector pudiese apreciar por sí mismo el número y la fuerza de ellos. Sería un trabajo fastidioso é inacabable. De aquí la necesidad de agruparlos en ciertas categorías generales y de no tomar de cada una de ellas sino algunos testigos.

Nombraremos cada vez en las notas los autores principales, reservando una lista más detallada para el fin del capítulo. Y de nuevo lo repetimos, no citaremos autor alguno cuyas palabras no hayamos verificado con nuestros mismos ojos: lo que no quiere decir tampoco que los textos citados por otros nos parezcan dudosos o falsos.

Comenzamos por los primeros en dignidad y autoridad. Estos son los soberanos Pontífices, que en los actos públicos de su ministerio apostólico se han apropiado la interpretación que aquí deseamos poner en evidencia. Demos, ante todo, la palabra a León XIII. Su testimono es tan formal y tan claro, que vale, él solo, por muchos: "*Lo que nos descubre claramente el misterio de la inmensa caridad de Cristo hacia nosotros, es* —dice el gran Pontífice— *que quiso en su muerte dejar su propia Madre a Juan, su discípulo, por este testamento para siempre memorable: **"He aquí a tu hijo."** Ahora bien: en la persona de Juan, según el constante sentir de la Iglesia, Cristo ha designado a todo el género humano, pero más especialmente a los que le están unidos por la fe*" (Encycl. Adjutricem *populi christiam* 5 sept. 1895).

Y no es una vez sola cuando la piedad de León XIII hacia la Virgen ha dado esta explicación a las palabras de Jesús moribundo. No se cansa de recordarlo en sus otras Encíclicas sobre el Rosario. Citemos un ejemplo más: "*En la última hora de su vida pública, cuando otorgaba el testamento de la Nueva Alianza y lo sellaba con su sangre divina, Jesús confió su Madre al discípulo amado con estas dulcísimas palabras: **"He aquí a tu Madre."**Nos, pues, que, aunque indignísimos, somos el Vicario y el representante de Cristo, Hijo de Dios, no cesaremos nunca de alabar a esta Madre tan poderosa, mientras tengamos un aliento de vida. Y porque el peso de los años, que cada día más nos agrava, nos hace sentir que nuestra vida no puede ser ya muy larga, no podemos dejar de repetir a nuestros hijos en Cristo las últimas palabras que este Señor dejó caer desde lo alto de la Cruz, como su testamento: **"He aquí a vuestra Madre"*** (Leo XIII, Encycl. *Augustissimae* 12 sept. 1897). Véase también la oración que recomendaba a los católicos ingleses para obtener la conversión de su patria: "*Intercede por nosotros, tus hijos: por nosotros, a quienes recibiste y aceptaste por tales al pie de la Cruz.*" Ep. Apostol., *Amantisaimae* (14 abril 1895).

Por ahora, sólo una reflexión haremos sobre esos textos. León XIII afirma que la interpretación dada por él al testamento de Cristo Jesús fué siempre sentir de la Iglesia: *quod perpetuo sensit Ecclesia*. Ya veremos hasta dónde los documentos explícitos nos permiten seguir este pensamiento de la Santa Iglesia. Donde falte la letra para verificar la afirmación del Pontífice

hallaremos, o, mejor dicho, ya hemos hallado el espíritu. En efecto; los Padres, desde el principio, nos han mostrado a María como la nueva Eva, la Madre de los vivientes, por voluntad del Hijo de Dios, su Hijo; lo que manifiestamente quiere decir por boca de ellos: He aquí a vuestra Madre.

León XIII no es el primer Papa que confirma con su voto la significación tan generalmente atribuida en la Iglesia a las palabras del Salvador agonizante. Conocida es la célebre Bula, la llamada **Bula de Oro**, en la que Benedicto XIV ha, no solamente confirmado, sino amplificado liberalmente los privilegios concedidos por sus predecesores a las Congregaciones de la Virgen Santísima, y con especialidad a la llamada *Prima Primaria*, madre y centro de todas las otras.

Ahora bien: he aquí en qué términos recomienda en dicha Bula, por el ejemplo de la Iglesia misma, la devoción a María: "*La Iglesia Católica, con la luz del Espíritu Santo, su Maestro, ha hecho siempre profesión del culto más filial y del amor más ardiente a la bienaventurada Virgen María, viendo en ella a una Madre amantísima, una Madre que le* ***fué legada por las últimas palabras de su Esposo agonizante: Matrem extrema sui Sponsi morientis voce sibi relictam***" (Benedict. XIV, Bulla Gloriosae Dominae 27 sept. 1748).

Añadamos también la atestación de Pío VIII: "*Ninguno* —escribe este Papa—, *entre los que se han refugiado en María, llenos de confianza en Ella, ha dejado de sentir su protección eficacísima. Porque esta Virgen es nuestra Madre, la Madre de piedad y de gracia, la Madre de misericordia a quien* ***Jesucristo, muriendo sobre la Cruz, nos ha entregado****, a fin de que intercediese por nosotros ante el Hijo, como el Hijo intercede ante el Padre*". (Pius VIII, Bulla *Praesentisimum*, cuyo objeto era extender a los cofrades de las Congregaciones de Nuestra Señora de los Dolores. en Madrid..., las indulgencias y privilegios concedidos a la Tercera Orden de Servitas. Bula renovada por Gregorio XVI, con la misma afirmación de la suprema recomendación, hecha en favor nuestro a María por Jesús Crucificado).

Después de los Papas, he aquí los Santos. Escogeremos especialmente tres o cuatro, que unen a la más eminente santidad una ciencia teológica no menos notable. **Santo Tomás de Villanueva,** exponiendo este pasaje del Evangelio: "*Les ha dado el poder de ser hechos hijos de Dios*" (Joan., I, 12). "*¿De dónde viene* —dice— *esta nueva generación? El Verbo se ha hecho carne; ha dado gracia por gracia* (Joan., I. 18); *tal es su origen. Y a esto se refiere lo que fué dicho a San Juan:* ***He aquí tu Madre****. De igual modo, en efecto, que por la gracia de Cristo hemos sido hechos hijos adoptivos del Padre, así Cristo nos ha hecho hijos de su Madre, en cuanto que por Ella recibimos toda gracia. ¿No es Ella la que halló el tesoro de la gracia por la cual hemos sido regenerados? Y Juan fué el primogénito en esta generación adoptiva de la divina Madre*".

"*Tú, cristiano* —dice **San Antonino de Florencia**—; *tú, que crees en la bienaventurada Virgen Madre de Dios hecho hombre, y que conforme a esta fe caminas en la justicia, he aquí a tu Madre. El Emperador del Cielo, Jesucristo Nuestro Señor, sentado en el trono ile la Cruz, por esta palabra salida de sus labios divinos, dió por Madre a Juan la Virgen, su Madre, y por estas otras palabras:* ***"He aquí a tu hijo"****, la misma Virgen recibió de Él a Juan como hijo adoptivo... Ahora bien: porque Juan significa el que está en gracia, todo el que es, no de nombre, sino de derecho, un nuevo Juan, porque lleva en su corazón la gracia justificante y santificante, recibe también por Madre a la Virgen María, de tal modo que se le puede decir:* ***"He aquí a tu Madre"***.

El santo explica después por qué títulos es la Virgen María nuestra Madre. "*La Madre de Dios* —dice, citando a San Anselmo— *ha venido a ser nuestra Madre: y, verdaderamente. Ella es para nosotros de todas maneras la mejor y la más perfecta de las madres. Hay la paternidad que da la vida, la paternidad de solicitud, la paternidad de edad, la paternidad de honor y de afecto; otros tantos títulos para María para ser llamada nuestra Madre. Primeramente, como Cristo sufriendo por nosotros en la Cruz, nos ha engendrado al ser espiritual de la gracia, este sér mil veces más precioso que el natural así la Virgen María nos ha engendrado con inmensos dolores,* ***compadeciendo*** *la Pasión de su Hijo... En segundo lugar, Ella es Madre por su solicitud más que maternal. Una mujer, ¿podrá olvidar a su hijo? ¿Podrá ser insensible con el fruto de sus entrañas?* (Is., XLIX, 15). *Es Dios quien habla por Isaías, como si dijese: No puede ser esto en modo alguno; tanto se afana una madre por procurar a su hijo el alimento y todas las cosas necesarias a su flaqueza.. . ¡Oh, cuál es para nosotros la solicitud de la bienaventurada Virgen Madre!... Tercero, Ella es Madre a título de ancianidad. Damos a los ancianos el nombre de padre y de madre. Y María, ¿no dice de Ella misma: Desde el principio, antes de los siglos. Dios me creó?... Cuarto, es Madre por la excelencia de su dignidad: porque los nombres de padre y de madre se emplean cuando se habla de personas constituidas en dignidad, sobre todo en la Iglesia... Quinto y último, vemos en el segundo libro de los macabeos a Razias, llamado padre de los judíos por el grande celo que tenía por el bien de su pueblo* (II Macchab., XIV, 37). *¿Y ha habido jamás un santo o una santa que tan amorosamente se sacrifiquen por la salud y prosperidad espiritual y temporal del pueblo cristiano, como lo hace Nuestra Señora la Virgen María?*".

San Francisco de Sales es todavía más explícito. Júzguese por las palabras siguientes:"*Jesús, mirando entonces con sus ojos llenos de compasión a su benditísima Madre, que estaba de pie junto a la Cruz, con el discípulo amado...,* ***"Mujer*** —dijo—, ***he aquí a tu hijo"****. ¡Oh, Dios mío, qué cambio! ¡Del Hijo al siervo, de Dios a la criatura! Sin embargo, Ella no rehusa, sabiendo bien que en la persona de Juan aceptaba por suyos a todos los hijos de la Cruz, y que sería de ellos Madre muy querida*" (Serm. 19 entre los recogidos por las religiosas de la Visitación para el Viernes Santo (ed. de Annecy), t. IX, p. 276).

Después del santo Obispo de Ginebra, oigamos, en fin, a **San Alfonso Ligorio**: "*He aquí las últimas palabras con las cuales Cristo dijo adiós a su Madre en este mundo:* ***"Mujer, he aquí tu hijo"****; y le mostraba a San Juan, que le dejaba por hijo en su lugar. ¡Oh, Reina de los Dolores!, las recomendaciones de un Hijo moribundo y muy amado son demasiado estimadas para que puedan borrarse jamás del corazón de una Madre. Acuérdate, por consiguiente, que tu Hijo, que tanto te amó, me dió por hijo en la persona de Juan. En nombre del amor que tienes a Jesús, ten piedad de mí*" (Reloj de la Pasión, c. 7, n. 2).

Y en otro lugar: "*Si en aquel océano de amargura* (en que fué anegada la Virgen en el Calvario),quiero decir en el Corazón de María, entró alguna gota de consuelo, fué con el pensamiento de que por medio de sus dolores nos preparaba la salud eterna, como Nuestro Señor mismo dijo un día a **Santa Brígida**: "*Gracias a tu caridad, gracias a la parte que tomó en mi Pasión, María, mi Madre, se ha hecho para siempre Madre en el cielo y en la tierra*" (Hevelat., 1. VIII, c. 12).

Tales fueron, en efecto, las últimas palabras de Jesús agonizante a María, y en estos términos se despidió de Ella: "*Mujer, he aquí tu hijo*", confiándonos a todos a su amor en la persona de San Juan" (Glorias de María, 39 p. Refex. sobre los dolores de María. § V).

Pasamos en silencio a **San Lorenzo Justiniano** (*De triumph. Christi agone*, c. 18) y el hermoso, pero demasiado extenso, comentario de **San Bernardino de Sena** (*De Passione Domini,* feria 6 post. dominic. Olivarum, serm. 51, p. II, a. 1. c. 3. Opp., t. I, p. 286), para estudiar a los intérpretes de la Sagrada Escritura. Podemos, así lo creemos, dividirlos en dos clases. Unos comentan sencillamente el pasaje que nos ocupa, cuando llegan a este lugar de la Escritura; los otros lo hacen entrar en el cuadro de la vida de Cristo, cuya narración emprendieron. Por ambas partes, los votos en favor de nuestra interpretación no ofrecen más dificultad que la de escoger.

"*El Señor dice al discípulo:* ***"He aquí a tu Madre. Amala, hónrala, ayúdala como a Madre; pero también en todas tus dificultades, en todas tus tentaciones, en las persecuciones, en las penas, recurre a Ella como a tu Madre..."*** *hora bien: las palabras de Cristo no son, como las del hombre, puramente verbales y sin eficacia: son palabras de Dios, palabras reales, llenas de virtud, que producen lo que significan. Por consiguiente, imprimieron en el corazón de Juan un amor de hijo, un espíritu de niño hacia la Santísima Virgen...* ***"He aquí a tu Madre, la Madre también de los apóstoles, tus colegas, y de todos los fieles, de los cuales eres tú aquí el representante."*** *Por esta razón no hay fiel cristiano que no deba, con amor y confianza sin límites, refugiarse junto a Ella como en el seno de una madre*" (Cornelius a Lap., in Joan.. XIX, t. VIII, p. 887).

Acabamos de leer a Cornelio Alápide. Podríamos citar, anteriores y posteriores a él, bastantes autores, acreditados intérpretes de las Sagradas Escrituras: Salmerón, por ejemplo; Silveira, Barradas, Bernardino de Picquigny, Noel Alejandro y otros. Todos dirían, con el Cardenal Toledo, desde **Dionisio Cartujano** (Evang. Johan. enarratio, a. 46) hasta los más recientes, como **Allioli**: "*Me parece, en verdad, que hay en las palabras del Señor un gran misterio. Por ellas nos ha confiado a todos universalmente a la solicitud y a la protección de la bienaventurada Virgen María; nos ha dado la confianza de recurrir a Ella en todas nuestras necesidades y peligros como a la más amada de las maestras y de las madres. Ella es para nosotros, después de Cristo, el más seguro y poderoso de los refugios.* ***Es que Juan nos representaba a todos****:* ***Joannes enim nos omnes repraesentabat***" (Commentar. in Joan. XIX, 27).

He aquí por qué el **P. De Ligny**, en su **Vida de Cristo**, no ha temido dejar escrito lo.siguiente: "*Los intrérpretes dicen que San Juan representaba aquí a todos los fieles, y que, adoptándole a él, María nos adoptó a todos. De aquí han tomado ocasión los panegiristas de María para decir que el Padre Eterno, después de haber querido que fuese Madre de su Hijo único, ha querido también que lo fuese de todos los que, por el carácter de la adopción divina, son hijos suyos, y que la maternidad en María no tuviese más límites que la paternidad de Dios mismo*" (2e p., c. 68).

Más sorprendente aún es el acuerdo de todos los autores que se han dedicado de un modo especial a narrar la vida del Salvador. Aquí también debemos limitarnos. Dejando, por consiguiente, al lector el cuidado de consultar las obras más recientes, como las de monseñor Masta'i-Ferreti, de Le Camus, del P. Finetti y tantas otras, daremos solamente un testimonio: es el de **Ludolfo Cartujano**; merece tanta más consideración, cuanto que, por una parte, es más antiguo, y por otra, se apoya en la autoridad del célebre Hugo de San Víctor. "*Por esta doble recomendación* —dice el devoto Ludolfo— *hay que entender que no es sólo Juan su discípulo, sino toda la Iglesia, y cada fiel en particular, quienes en la persona de San Juan fueron confiados a la Virgen Santísima...: de suerte que Ella debe tenernos por hijos suyos, amarnos y procurar nuestro bien con un afecto maternal; y nosotros, por nuestra parte, debemos también mirarla como una Madre sobe-*

*ranamente amable, y amarla siempre y honrarla sobre todas las cosas después de Dios. Por esto ha dicho Hugo de San Víctor que el pasaje del Evangelio donde se dice: **"He aquí a tu Madre"**, nos enseña que María no ha sido dada únicamente a Juan por Madre, sino también a toda la Iglesia y a todos los pecadores..."* (Vita J. Christi, II p.. e. 63. n. 35).

¿Quiérese saber ahora lo que han pensado los teólogos? Si no se tratase más que de los de nuestros tiempos y de los que no han querido callar sobre las grandezas de la Madre, escribiendo sobre la Encarnación del Hijo, diríamos con gusto solamente esto: Abrid sus obras, y decidme quién de ellos es el que no nos ve a todos en la persona de Juan, recibiendo bajo la Cruz a la Madre de Jesús por nuestra propia madre.

Pero no es ahora, en nuestros días, cuando los teólogos han comenzado a dar su voto a la interpretación tradicional. En los siglos antecedentes hallaréis muchos que se han adelantado, tales como los Padres De Rhodes y Teófilo Raynaud, de la Compañía de Jesús; Contenson, entre los Dominicos; Novati, de los clérigos regulares; Abellvy, doctor de la Sorbona; Sedlmayer, entre los Benedictinos. Más allá todavía, antes de aparecer la Escolástica, hombres cuyas obras atestiguan una ciencia sagrada poco común tuvieron el mismo sentir. Mencionemos, entre otros, al **abad Gerhohe**, sabio canónigo regular de San Agustín: *"Entre todas las esposas de Cristo, la Virgen María tiene el primer lugar, y lo tendrá siempre... ¿No está Ella, después de Cristo, su divino Hijo, en la base y principio de la Santa Iglesia, por su título de Madre de los Apóstoles, de esos Apóstoles a uno de los cuales fué dicho: **"He aquí a tu Madre"**? Ahora bien: lo que dijo Cristo a uno de ellos podía decirlo a todos los santos Apóstoles, padres de la nueva Iglesia, y porque Cristo pidió que todos los que creyesen en Él por la palabra de ellos fuesen unos* (Joan.. XVII, 25); *pertenece, por consiguiente, a todos los fieles que de todo corazón aman a Cristo lo que fué dicho al más amado entre los fieles de Cristo. A todos, en efecto, engendró esta bendita Madre al pie de la Cruz... No es, pues, una vana confianza la que nos mueve, no solamente a decirle:**"Salve, Estrella del mar, augusta Madre de Dios"**, sino también a clamar diciendo: **Monstra te esse matrem, "Muestra que eres Madre."** ¿No tiene, acaso, doble maternidad: una por haber engendrado al Unigénito sin dolor, y otra por la cual dió a luz para Ella misma y para este Unigénito un gran número de hijos, entre increíbles angustias y mortales tristezas?"*(De gloria et honore Filii hominis c. 10).

Después del abad Gerhohe véase al autor del Tratado sobre la concepción de la bienaventurada Virgen María, que, si no es San Anselmo, como parece, es casi contemporáneo suyo. Se dirige a la Madre de Dios, en forma de oración: *"¡Oh, Señora nuestra!, si tu Hijo se ha convertido por Ti en Hermano nuestro, ¿no has sido Tú hecha nuestra Madre por Él? En efecto; ¿no dijo Él a San Juan, cuando por nosotros sufría la muerte de cruz, pero a Juan, que nos comprendía a todos en su persona. **Joanni nec aliud quam nos in natura suae conditionis habenti: "He aquí a tu Madre"**? ¡Oh, pecador!, alégrate, estrmécete de alegría. Ya no tienes motivo de desesperarte, ni de temblar: tu juicio, tu sentencia, están en manos de tu Hermano y de tu Madre. Por consiguiente, no cierres los oídos de tu corazón a sus consejos"* (Tract de Concept. B. Mariae, n. 33. P. L. CLIX).

La teología de los simples fieles es el Catecismo. En él todo debe ser elemental, substancial, alejado tanto de los puntos de controversia como de especulaciones elevadas. Si, pues, la interpretación que intentamos fundamentar ha entrado en el Catecismo, es fuerza que se la tenga por muy cierta y muy clara. Ahora bien: la hallamos en él, y con frecuencia. En nuestros días es cuando se ha vulgarizado; pero tiene precedentes. No hablaremos, sino para nombrarlo, del Catecismo, tan estimado generalmente, del P. Bougeant (Exposition de la doctri-

ne chet., I. p , s. 2, c. 17, t. I. p. 148). Preferimos llamar la atención sobre otro Catecismo, cuyo autor, por su afición a los jansenistas, es decir, a hombres demasiado inclinados a disminuir el culto de la Madre de Dios, tiene más autoridad en la cuestión presente. Ahora bien: véase lo que se dice en ese Catecismo, generalmente llamado de Montpeller: "*Por estas palabras* ("He aquí tu hijo") *parece que Cristo designó a todos los cristianos, que deben tener a la Virgen por Madre, puesto que tienen a Jesús, su Hijo, por Hermano*".

¿Abordaremos ahora las obras ascéticas: **Meditaciones sobre los misterios de Nuestro Señor, Consideraciones sobre el Rosario**, obras especiales que tratan de la bienaventurada Virgen María, de sus grandezas y de su culto; historias que cuentan su vida, sermones compuestos para cada una de sus fiestas y cada uno de sus privilegios de gracia y de gloria? Habría en todo esto materia para volúmenes enteros, aunque nos ciñésemos solamente al asunto particular que nos ocupa. Lo repetimos: no podemos ni queremos hacer comparecer tantos testigos ante nuestros lectores. Sin embargo, será, según creemos, un consuelo para ellos el saber, en este particular, que el jansenismo no pudo hacer olvidar la maternidad espiritual de María, ni siquiera desconocer la divina promulgación de ella. Por esta razón, dejando a los otros, daremos la palabra a dos de sus amigos más notables.

Será el primero el director titulado de Port Royal, **M. Singlin**. Después de haber exaltado la obediencia incomparable de María ofreciendo a Dios como víctima a su Hijo, que por su fe mereció concebir en sus castas entrañas. Singlin prosigue: "*Jesús, por consiguiente, viendo a su Madre y al discípulo que amaba al pie de la Cruz, dijo a su Madre:* ***"Mujer, he aquí tu hijo."*** *Y dijo al discípulo:* ***"He aquí a tu Madre."*** *Parece que por estas palabras quiso Cristo recompensar la caridad con la cual María* ***lo había ofrecido voluntariamente****sobre la Cruz por la salud de los hombres. Porque San Juan,* ***teniendo allí el lugar de todos los fieles cristianos****, cuando Cristo se lo dió por hijo,* ***le dió en su persona todos los fieles****; y dándola a Juan por Madre obliga a todos los fieles cristianos a reconocerla por tal.*

"*Así como Jesucristo, dando su vida por la Redención del mundo, ha sido hecho, por su muerte, el Padre de todos los fieles, según las palabras del Profeta:* ***"Si diere su vida por la expiación del pecado, verá salir de Él una numerosa generación de hijos"*** (Isa., LIII, 20)*, de igual modo la Virgen, habiendo ofrecido en espíritu este mismo Hijo por los pecados de los hombres, ha merecido ser la Madre de los hijos de Cristo que nacerán en la Iglesia hasta el fin de los siglos.* "*Este debe ser el fundamento de nuestra devoción a la Santísima Virgen. Debemos considerar que Jesucristo nos ha dado a Ella para que seamos sus hijos:* ***Mulier ecce filius tuus;*** *y nos la ha dado a nosotros para que sea nuestra Madre:* ***Ecce Mater tua***" (Instruct. chrét. sur les Mysteres de N. S. J. C... Instr. pour le Vendredi Saint, 3 parole, t. II, pp. 183, 184). En otro lugar, volviendo al mismo asunto, para mostrar cómo la Santísima Virgen, siendo Madre común de los fieles y de la Iglesia, llena su misión de Madre, hace esta notable observación: "*Aunque fué una gloria particular para San Juan y una recompensa de aquel gran amor que Cristo le tenía y que él tenía a Cristo el haber sido dado por hijo a la Virgen, sin embargo, como todas las acciones del Hijo de Dios han sido misteriosas y una* ***figura*** *de lo que debía ocurrir en su Iglesia, es indudable que San Juan fué dado entonces a María por hijo* ***porque era imagen de todos los fieles*** *que en la serie de los tiempos debían ser discípulos del Salvador.*

"*Por esto, cuando el Hijo de Dios dijo a la Virgen estas palabras:* ***"Mujer, he aquí a tu hijo"****, le señaló que todos sus hijos y amados discípulos, de los cuales era San Juan una excelente imagen, se-*

rían verdaderamente sus hijos también, y Ella sería Madre de ellos, como lo había sido suya" (Instruct. chrét. sur les Mystéres de N. S. J. C... 7 Instruct. pour l'Assompt., t. V. página 191 y sigs.). **Nicole**, un doctor aún más conocido de Port Royal, expresa más de una vez ideas semejantes: "*Jesucristo* —dice, hablando de la Pasión— *da San Juan a María, y **en la persona de San Juan** le da toda la Iglesia y le establece como Madre de ella, cubriendo así, bajo un deber de piedad común, la gloria eminente de la Santísima Virgen, que es ser Madre de toda la congregación de los elegidos*" (*Instruct. théol. et morales sur le symbole 5e instruct.*, c. 2. t. II, P, 313 (París, 1740); col. *Continuat. des* Essais. J. C. élevé sur la Croix, § 3, t. XIII, pp. 431, 432).

¿Qué necesidad hay ya, después de testimonios tan formales y sacados de tales textos, de acudir a los maestros de la doctrina espiritual, tales como los Padres Alvarez de Paz, Lapuente, Juan de Avila, Taulero, Abelly, Segneri, Spinelli, Tomás de Jesús, sin hablar de Faber, Nouet, Muzzarelli, Scribani, Boudon, Gibieuf, Gay, Pavy, que todos unánimes, con un mismo corazón, atestiguan la promulgación de la maternidad de gracia en el testamento de nuestro Señor?

¡Cuántos nombres tendríamos que citar si fuéramos a traer aquí también a los predicadores y oradores! Recordemos, al menos, al mayor de todos, **Bossuet**, porque claramente se complace en insistir sobre estas ideas: tan convencido está de su verdad, tan propia la juzga para encariñarnos con el culto filial a María: "*En esta última desgracia, todos los otros discípulos lo han abandonado; no le queda más que Juan, su muy amado; de tal modo, que **hoy lo considero como un hombre que representa a todos los fieles**; y, por tanto, debemos estar dispuestos a aplicarnos todos lo que toca a su persona. Veo, ¡oh, Salvador mío!, que le das tu Madre, y en seguida toma posesión de Ella como de un bien suyo. **Et sex illa hora accepit eam discipulus in sua**. Oigamos esto, cristianos. Sin duda tenemos una buena parte en este piadoso legado; es a nosotros a quien el Hijo de Dios da la bienaventurada María, al mismo tiempo que se la da a su discípulo querido. He aquí esta misteriosa cláusula del testamento de mi Maestro, que he creído necesario relataros para que sea el asunto de nuestro coloquio...*" (2 serm. pour le Vendredi de la Sem. de Passion. Exorde. Véase también: Précis d'un sermón pour la Nativ. de la Sainte Vierge (éd. Lachat, t. XI, p. 129) ; idem ibid., p. 97, en note. etc.).

¿Queréis, en fin, conocer lo que piensan los maestros de la Liturgia? Abrid las **Instituciones litúrgicas** de D. **Guéranger**. El sabio benedictino os hablará como todos los que hasta ahora hemos escuchado (l'Année Liturg., vendredi de la sem. de Passion...). Quizá, si fuese necesario, os recuerde los himnos de la Edad Media, porque desde esta época se cantaba en la Iglesia el testamento que nos ha dado a María por Madre; testigo, la estrofa de una antigua Secuencia para la Compasión de la Santísima Virgen: "*Da su Madre al discípulo, y es un gran misterio; bajo el nombre de Juan, todo fiel es comprendido*".

"*Gaude, turba fidelium.*
Mentís colens martyrium,
Ejus quae dedit Filium
in mortem pro miseria...
Datur mater discípulo
Oum máximo mysterio;
Joannis sub vocabulo
Quivis venit fidelis.

Gratias tibi, Domina
Quae mater es facta nostra,
Sub cruce salutífera
Filio cooperans."

Himni latini mediac aetatis, p. 94, n. 152. Gall. Morel (1868).

Testigos también, estas otras estrofas del himno de Maitines para la misma fiesta: "*Por el misterio de la Cruz ha sido hecha Madre de todos aquellos de quienes el Hijo, por el mérito de su muerte, es el Padre. Esto significa la recomendación por la cual Dios encomendó su Madre al discípulo, y el discípulo a su Madre*".

"Congaudentes congaudete,
Adoptionis filii,
Et gementes condolete
Sanctae Dei genitrici.
Nam crucis per mysterium
Cunctis et effecta mater,
Quibus per mortis meritum
Filius factus est pater.
Hoc illa commendatio
Vult quam Deus tune fecit
Quando Matrem discípulo,
Ipsum Matri commisit."

Fr. Jos. Mone, *Hymni latini medii aevi,* t. II, p. 146, n. 1.

III. Hasta ahora nos hemos limitado al segundo período, que va del siglo XII a los tiempos actuales. En el mismo punto de partida hallamos como testigos de nuestra interpretación a varios escritores conocidos por sus excelentes obras. Hay que citar con ellos al célebre abad Ruperto. Hasta se ha pretendido que fué el primer autor que vió en las palabras de Jesús agonizante una promulgación auténtica de la maternidad espiritual de María. Ignoramos si habría que poner antes de él al abad Gerhohe y el **Tratado sobre la concepción de la bienaventurada Virgen María**. Sea como quiera, puédense hallar autores que se le han adelantado; por lo menos en Oriente.

Primero, en el siglo IX, **Jorge**, **Metropolitano de Nicomedia**; pues he aquí en qué términos parafraseaba las palabras de Cristo, en un sermón sobre la Virgen al pie de la Cruz:"***Mujer*** —dijo Jesús a María—, ***he aquí tu hijo***. *Bien sabéis, sobre todo vosotros, que lo habéis experimentado, la emoción que producen semejantes recomendaciones, salidas de labios de un moribundo; cómo se estremecen hasta las entrañas, y qué dolor causan. Aquel a quien hasta entonces se rodeaba de cariño, con el cual era tan dulce la vida, se va para siempre; hay que reemplazarlo por otro, y es casi un desconocido el que le sucede.* ***He aquí tu hijo***. *En cuanto a mí, es cierto que me quedo contigo por mi divinidad, conservando mi filial solicitud; pero he aquí que te doy a mi discípulo amado para que cumpla contigo los deberes de piedad que reclama el título de Madre... Tuyo es este amigo que ha reposado sobre mi pecho; que sea el consuelo de tu corazón afligido. Tú ocuparás mi lugar cerca de él y de sus compañeros. Porque* ***con él y en él te confío mis otros discípulos****... Sé para ellos lo que son las*

madres para sus hijos, o, mejor, lo que era yo mismo en el tiempo de mi presencia sensible. Ellos, a su vez, serán para ti hijos sumisos. Te darán el honor debido a la Madre de su Señor, a Aquella por la cual he venido a ellos, a la ***Mediadora*** *que les conseguirá siempre un fácil acceso para llegar a Mí.*
"*Despues de haber así apostrofado dulcemente a su Madre, Jesús se dirige al discípulo. He aquí — dice— a tu Madre. ¡Qué excesivo honor para él! ¡Qué herencia, más preciosa que todas las riquezas del mundo! ¡Qué gracia más excelsa para el dichoso Evangelista el ser llamado desde entonces hermano del Autor de todas las cosas, y poseer en calidad de hijo a la Soberana de toda criatura! —He aquí a tu Madre. Te la confío; ocupa mi lugar junto a Ella... Cumple con Ella los deberes de hijo, y respétala como a Madre de tu Señor y Maestro. Por mi divinidad siempre le estaré presente; que sienta Ella de parte tuya la solicitud más tierna y compasiva... La hago Madre y Maestra,* ***no solamente tuya, sino también de todos mis demás discípulos****; que sea vuestra guía y que goce del honor y prerrogativas de una Madre. Os he dicho, es cierto, que a nadie llaméis Padre en la tierra*(Matth., XXIII, 9); *y, sin embargo, es mi voluntad que veneréis como Madre y que honréis con este título a la que ha sido para mí un tabernáculo más alto que los cielos... He aquí* —termina el autor— *el testamento del Señor*" (41). Este discurso del metropolitano de Nicomedia nos ofrece todas las ideas contenidas en nuestro libro tercero sobre la presencia y las funciones de la Virgen María en el Calvario: su ofrenda, su firmeza inquebrantable, su martirio y los frutos de salvación que se reproducen con su concurso.

He aquí, primero, la ofrenda, y el consentimiento dado por la Virgen al sacrificio del Señor: "*¡Oh Hijo mío! ¡Ojalá permitiese tu Padre que yo tomase sobre mí todos tus tormentos!... Pero, ve, sin embargo; cumple el inefable misterio de la economía de la salvación. Ve. Tú, que eres para mí más caro que todos los bienes; ve y merece con tu muerte la gloria que te está reservada*" (P. G., c. 1472, 1473). Así hace hablar Jorge a María al empezar la vía dolorosa. Escuchad lo que pone en sus labios, una vez consumado el sacrificio: "*Cumplido está este misterio predefinido antes de todos los siglos; tu economía de misericordia está terminada. Contemplo con mis propios ojos tus inenarrables sufrimientos... Tengo y abrazo el cuerpo inanimado del Autor de la Vida; de Aquel mismo que me ha conservado a mí misma la vida entre tantas angustias*" (Ibid., 1488).

Veamos ahora las descripciones de los dolores y de la firmeza de María, que ya nos han dejado trazadas los latinos: "*María, sin duda, estaba inexpugnable y era superior a todas las impresiones de la naturaleza; a pesar de que el incomparable amor que tenía a su Hijo y la impía ferocidad de los insensatos perseguidores de Cristo le causaban en el corazón un sufrimiento intolerable. En la crucifixión, sobre todo, sobrepujó su dolor a todo límite; todos los golpes que recibía la santa Víctima repercutían con violencia en sus maternales entrañas*" (Ibid., 1465, 1468). "*No; jamás los tormentos de los mártires, con todos sus instrumentos de tortura inventados por el arte de sus verdugos, hubieran hecho sufrir a la Virgen Santísima en su alma lo que le hicieron padecer los inexpresables dolores de su Hijo y de su Dios. Nunca pudiera esta alma desgarrada por tantas angustias permanecer en el cuerpo, si Él mismo que estaba sufriendo no la hubiese fortificado en aquella prueba mortal*" (Ibid.,1477).

La peroración del autor es un apostrofe al Hijo, que muestra muy bien el oficio ministerial de la Madre: "*¡Oh Señor mío!, beso esta Cruz por la cual habéis exterminado mi culpa... Beso vuestros clavos y vuestros miembros atravesados con ellos por mi libertad... Beso las manos de vuestra Madre: porque Ella sola os ha prestado su ministerio en la obra de la salud. Ella es la que en otro tiempo oe dió a luz, y Ella también quien hoy preside a vuestro entierro. Ella sola recoge vuestra sangre, y cubre con un sudario vuestro cuerpo inmaculado. De todo mi corazón le rindo la gloria que merece por haber sido Ella sola vuestra compañera en vuestra salutífera Pasión, la Mensajera de esta inmensa gra-*

cia y de la inmortalidad, la Mediadora de vuestra divina glorificación" (Ibid., 1489). Así hablaba de María este antiguo Obispo. ¿Quién se asombrará después de esto, de oírle afirmar que María fué proclamada Madre nuestra al pie de la Cruz?

¿Será temeridad el sospechar una alusión, más o menos directa, a la escena del Calvario en las palabras que pone **San Juan Damasceno** en boca de los Apóstoles ante la Virgen moribunda?: "*Quédate con nosotros, Tú, que eres nuestra consoladora* —le dicen—; *Tú, que eres nuestro común refugio.* ***No nos dejes huérfanos a nosotros****, expuestos a tantos peligros por el nombre del amabilísimo y misericordiosísimo Hijo de quien eres la Madre... Vivir contigo es una felicidad; una felicidad también morir contigo. Pero, ¿para qué hablamos de muerte? Para Ti, morir es vivir, y vivir con una vida más excelente.*" Después de la voz de los hijos, oigamos la de la Madre; es una ardiente oración que le dirige a su Primogénito: "*Hijo mío, en tus manos encomiendo mi alma... A Ti te confío mi cuerpo, y no a la tierra... Te suplico que consueles de mi ausencia a mis muy queridos hijos, que te has dignado Tú mismo llamar hermanos. Mientras que yo extiendo sobre ellos mis manos desfallecidas, cólmalos Tú mismo de nuevas bendiciones*" (hom. 2 *in Dormit. B. V. Deip*., n. 8, 10. P. G. XCVI, 733. sq.).

¿Cuáles son los hijos que Cristo llama sus hermanos? Todos sus fieles, y, por consiguiente, son ellos todos los que María, en la persona de sus Apóstoles, llama **mis muy queridos hijos**.

Si de San Juan Damasceno, es decir, de la primera mitad del siglo VIII nos remontamos hasta fines del III, podremos recoger un testimonio aún más formal en los escritos de **Orígenes**: "*Nadie* —dice este célebre intérprete— *puede tener la inteligencia del Evangelio dejado a la Iglesia por San Juan, si no ha reposado, como él, sobre el pecho de Jesús* ***y recibido a María por Madre****. Puesto que debe ser como otro Juan, debe también ser, como Juan, proclamado Jesús por Jesús. Cualquiera que considere a María según verdad, verá que no ha tenido más Hijo que Jesús. Por consiguiente, cuando Jesús dice a María:* ***"He aquí tu hijo"****, y no:* ***"Este es también tu hijo"****, es como si dijese:* ***"He aquí el Jesús, de quien eres la Madre"****; porque todo el que es del número de los perfectos no vive por sí mismo, sino que Cristo vive en él. Ahora bien; porque Cristo vive en él, se dice de él a María: "He aquí tu Cristo, tu Hijo*" (Praefatio in Evang. Joan. P. G., XIV, 31).

Notémosle bien. Orígenes, en este párrafo, habla de Juan como de los otros fieles de Cristo; lo que dice lo aplica a éstos como a aquél. Cristo señala el discípulo a María como su hijo, porque viviendo en él Cristo, y él viviendo en Cristo, él mismo es Cristo. Por consiguiente, siendo esto mismo privilegio de todos los justos, sigúese, según el pensamiento de Orígenes, que Cristo, mostrándolo a su Madre, dice de él, como de Juan:"*Desde ahora, en virtud del precio de mi sangre, he aquí a tu hijo.*" Hermosa, consoladora y muy verdadera doctrina es la que nos enseña, después del gran Apóstol, San Agustín, su fiel intérprete. Somos menos los hijos de Dios que el Hijo de Dios, porque la gracia que nos hace hijos nos incorpora con Cristo, con Cristo entero o **total**, según la expresión magnífica del gran Obispo de Hipona. Por consiguiente, en el orden actual es una misma cosa para nosotros el ser hijos de Dios y ser hijos de María, porque una y otra cualidad, para ser completas, suponen la incorporación con Cristo, Hijo del Padre e Hijo de María, y esta Señora, recibiéndonos como suyos por la donación de Jesús, no tiene más que un Hijo, aunque sus hijos, mirando la personalidad natural y física, sean innumerables, y esto es lo que resalta del texto de Orígenes y lo que hace que este texto sea una confirmación de la interpretación tradicional.

Examen de los testimonios probatorios de la proclamación de la maternidad de María, hecha por el Salvador en el Calvario

El estudio del texto evangélico confirma lo que nos dicen los testimonios.

I. Tratemos ahora del examen de los testimonios contenidos en estas páginas, para mostrar la fuerza probatoria que contienen y para resolver las dificultades que tenderían a disminuir aquella fuerza.

Notemos, ante todo, que en parte alguna de estos textos se ve a los autores expresar una duda formal sobre la verdad de la interpretación que dan a las palabras del Salvador: "*He aquí a tu hijo; he aquí a tu Madre*". Los que son posteriores en fecha pueden apoyarse en sus antecesores, y aun en los Padres; muchos buscan en las expresiones mismas empleadas por el Evangelio la confirmación del sentido que prestan al testamento de Nuestro Señor, como nosotros mismos lo haremos muy pronto; pero en ninguno hay duda, ni incertidumbre, ni vacilación. Un gran número piensa, además, que la promulgación de la maternidad espiritual de la Virgen no está menos claramente afirmada que la misma maternidad, puesto que apoyan ésta sobre aquélla.

Añadamos también que no insinúan alusión alguna a sentimientos opuestos a los suyos, y no es extraño, pues hay que llegar hasta los tiempos actuales para encontrar, entre los escritores católicos, una afirmación bastante tímida del sentido puramente acomodaticio, con exclusión del sentido intencionado y real. También es cierto que los opositores no llegan, comparados a los otros, ni a la proporción de uno por ciento; apenas, en efecto, se pueden nombrar tres o cuatro, por lo menos, de los que alcanzamos a conocer y juzgar.

En parte alguna tampoco se cita como cosa nueva expresamente en la interpretación que defendemos; ni siquiera en Ruperto, ni en Jorge de Nicodemia, ni en Orígenes; tan acorde está, felizmente, con lo que creemos que se hizo en el Calvario.

Nadie tampoco puede decir, de esta interpretación tradicional, que es hechura de algunos escritores particulares, o de una escuela especial, o de una sola comarca. Es doctrina del Oriente y del Occidente. Si tenemos en la Iglesia latina más testimonios, sin comparación, es, tal vez, porque los libros de nuestros hermanos, separados de nosotros por los cismas, pero fieles a María, son poco conocidos de nosotros. En todo caso, cuenta entre nosotros, y ya lo hemos demostrado superabundantemente con testigos de todos los países católicos, de todas las escuelas, de todos los géneros de literatura eclesiástica, de todas las Ordenes religiosas y en todos los grados de la jerarquía, desde los últimos fieles hasta los Sumos Pontífices. Por lo demás, lejos de disminuir el número de los partidarios de esta doctrina, después de un período de estar en boga, como sucede con otras opiniones atrevidas, cada día se aumenta este número coh nuevos partidarios, que se adhieren a ella a medida que se multiplican las obras compuestas en honor de la Madre de Dios. Los esfuerzos de los mismos que pretendieron, en el siglo XVII, obscurecer la devoción de los fieles hacia la Santísima Virgen, no la eclipsaron ni parcialmente, puesto que en su partido mismo halló promotores, como Nicole y Singlin, por ejemplo. Todo esto, bien pensado, prueba, si no nos equivocamos, que tantos testimonios son del todo la expresión de la verdad.

Sin embargo, como nuestra interpretación ha sido juzgada por algunos defectuosa, y, al menos, muy combatible, importa examinar las objeciones que se le hacen (Véanse sobre esta materia las sólidas reflexiones del P. Guillermo Gibieuf, *De la Vie et des grandeurs de la T. S. V. Marie*. *Mére de Dieu,* 2e p., c. 14, t. II, p. 539 y sigs.).

He aquí la primera y principal. Si gran número de autores más modernos han admitido esta significación como querida por Nuestro Señor, todos los Padres, desde los más antiguos hasta San Bernardo, el último de ellos, la han ignorado. Ahora bien; tratándose de interpretación escrituraria, no debemos inclinarnos sino ante la palabra expresa de la Iglesia o ante el unánime consentimiento de los Santos Padres. En cuanto a los autores más recientes, por mucho respeto que nos inspiren su saber y su santidad, debe medirse su autoridad por el valor de sus razones: *Tantum valent auctoritates, quantum valent rationes.*

Este razonamiento, con las reservas que de él se deducen, probaría todo lo más una cosa: la interpretación según la cual las palabras de Nuestro Señor significan realmente, y no por simple acomodación, la maternidad espiritual de su Madre, y nuestra filiación, por gracia, no es estrictamente obligatoria. Pero, ¿se puede decir que le faltan sólidos cimientos por parte de la autoridad? Dejemos por un momento la cuestión de la Iglesia y de los Padres. ¿No es una autoridad de gran peso la de tantos hombres sabios y santos, autoridad tanto más firme cuanto que no halla oposición, o muy poca, entre los otros doctores? ¿Dónde están, en efecto, los une, respecto a este texto del Evangelio, hayan negado el sentido afirmado tan generalmente para no conceder sino una simple acomodación? Exponer el sentido histórico más obvio sin tocar la cuestión de otro sentido más profundo, ¿es esto, por ventura, combatir este último o rechazarlo?

Añadamos dos advertencias: la primera es que tantos testimonios acordes, cuando se trata de autores recomendables por su ciencia y por su virtud, no se explican sin que poderosas razones lo motiven. Y aun cuando no sintiéramos todo su valor, nos parece que seríamos injustos si no juzgásemos nuestra opinión particular menos segura que una apreciación tan universalmente admitida en la Iglesia de Dios.

Segunda advertencia: Dios nos libre de querer debilitar la autoridad de los Padres o de no reconocer lo que ellos han hecho para la inteligencia de la Sagrada Escritura y para la exposición del dogma católico. Sería atacar al mismo Dios, que los escogió por instrumento para esta gran obra. Pero se puede decir, sin hacerles injuria, que hay algo que cosechar después de ellos. Ni la ciencia ni la luz divina, se han retirado de la Iglesia. Progresos ha habido desde que se cerró la era de los Santos Padres. ¿Por qué no se podría descubrir en el cielo de las escrituras una interpretación no señalada por ellos, aunque, en realidad, pusieron sus bases cuando proclamaron a María Madre de los vivientes? Y si este descubrimiento es posible, ¿dónde es más fácil hacerlo, sino en aquellos textos que ellos tocaron rara vez y ligeramente, porque dichos textos tenían menos relación con los dogmas que defendían contra los herejes? Ahora bien; el texto evangélico de que nos ocupamos es, incontestablemente, de este número. Sabemos muy bien que se toca varias veces en la controversia contra los adversarios de la virginidad perpetua de María; pero es exclusivamente para demostrar por él que Cristo era su Unigénito, pues al morir tuvo que darle por sostén un hijo adoptivo. Ninguna, necesidad había, en esta cuestión, de hacer intervenir la maternidad de gracia. Bastaba demostrar con el

texto en la mano que, muerto Nuestro Señor Jesucristo, no tenía María ningún otro hijo a quien ser confiada, puesto que se le daba un hijo adoptivo en la persona de su discípulo.

Pero, veamos: ¿es cierto que el silencio de los Padres sea absoluto? ¿No citamos más arriba dos escritores que pertenecen ambos a la época de los Padres: Orígenes y Jorge de Nicomedia, y que interpretan nuestro texto en sentido favorable a la maternidad espiritual de María? Dícese que esos autores deben ser apartados, porque ni uno ni otro pueden colocarse entre los Padres de la Iglesia. Es cierto: Jorge de Nicomedia no es, en manera alguna, Padre de la Iglesia. No es tanto la época en que vivió, cuanto la falta de santidad, lo que impide el tributarle semejante honor. Contemporáneo de Focio, tomó parte en su rebelión y fué intruso y cismático, como él. Pero, después de todo, se puede, sin ser del número de los Santos Padres, reflejar su modo de sentir. ¿Quién puede negar que Focio es con frecuencia un intérprete seguro del modo de pensar de los Padres, en las materias en donde sus tendencias cismáticas no se mezclan? Orígenes, aunque no reúne todas las condiciones reclamadas para la dignidad de Padre de la Iglesia, es, no obstante, de los que place citar cuando se quiere exponer una doctrina afianzándola con la autoridad de la tradición, aunque debamos ponernos en guardia contra sus opiniones personales.

Preténdese, sin embargo, por lo menos, que ni uno ni otro pensaron jamás en el sentido**típico** (Habría sentido típico si la donación recíproca de María a Juan y de Juan a María, directa y literalmente señalada por las palabras del Señor, debiera por sí misma significar la maternidad espiritual que nos da por hijos, según la gracia, a la Madre de Dios).

Esto importa poco, porque, ante todo, lo que buscamos es un sentido **real**, cualquiera que sea, y no una pura acomodación.

Tampoco se diga: según Jorge de Nicomedia, es a los Apóstoles solamente, y no a todos los cristianos, a quienes Cristo dió por madre a su Madre. El texto citado por nosotros habla no sólo de los Apóstoles, sino de todos los discípulos. Ahora bien; quien dice todos los discípulos, dice tanto los fieles que entonces vivían como los de los siglos venideros, y, por consiguiente, Jorge trata, en verdad, de una maternidad de gracia. Respecto al comentario de Orígenes, confesamos, si se quiere, que le falta claridad; pero, si algo se deduce de él, es que por el testamento de Cristo todo discípulo de Cristo es Cristo e hijo de María: lo que basta para la cuestión presente.

En cuanto al axioma que nos oponen diciendo que tanto vale la autoridad cuanto valen las razones en que se apoyan los testimonios, no es admisible ni aplicable en esta materia. Unas son, en efecto, las materias que tocan puramente a la ciencia humana, y otras las que son del dominio de la fe. Allí sí, lo concedemos, la autoridad del testimonio, para ser sólida, debe apoyarse en razones sólidas. Pero cuando se trata, por el contrario, de cosas de fe, los testimonios pueden tener **por sí mismos** fuerza demostrativa. ¿Hemos medido nuestro asentimiento por las razones que traen los Padres, cuando comprobamos el unánime acuerdo de éstos en la interpretación de un texto que pertenece a la doctrina de la fe? Nadie dirá que el texto evangélico en el que Jesucristo da a San Juan a María por Madre, es extraño a este último orden de verdades. Por tanto, aun cuando las razones estén lejos de merecer desdeñarse, como dentro de poco tendremos ocasión de evidenciarlo, puede suceder que nuestro asentimiento no dependa únicamente de ellas. ¿Qué hace falta para que esto sea así? Que los testimonios

alegados aparezcan como expresión no dudosa del **sentido católico**. Ahora bien; es tal la universalidad de ellos, tal la constancia, que parece imposible el desconocer que, en efecto, son manifestación del sentir católico.

No callaremos una última reflexión, que nos ha parecido de gran peso. Casi todos los autores que, desde hace varios siglos, han escrito sobre la bienaventurada Madre de Dios, en nada han tenido tanto empeño como en mostrar la proclamación auténtica de su maternidad de gracia realmente consignada en el testamento de Jesucristo agonizante. La piedad de los cristianos, respondiendo al pensamiento de los maestros de la doctrina, está impregnada de la misma convicción. No hay uno solo, entre los simples fieles de Cristo, que no guste de refugiarse a los pies de la Cruz y no escuche con emoción esas divinas palabras: "*He aquí tu Madre*", como dichas a él mismo, de igual modo que al discípulo amado del Salvador. Nada contribuye tanto como esta dulcísima persuasión para alimentar y hacer crecer en su alma el respeto, el amor, la confianza y la veneración más filial hacia María.

Seguramente que Nuestro Señor, al decirlas, preveía la influencia que tendrían algún día sus palabras, entendidas según el significado comúnmente admitido. ¿Por qué, pues, sabiendo cuánto honraría a su Madre este sentido, y cuánto contribuiría a la utilidad espiritual de los cristianos, no tuvo intención de expresarlo El mismo, cuando los términos empleados por El se prestaban a ello, por otra parte, sin violencia alguna? ¿No hubiera sido esto mostrar, en cierto modo, menos celo de manifestar esos lazos de amor, formados entre su Madre y nosotros por la virtud de su sangre divina, que los mismos hombres, puesto que nos hubiera dejado la tarea de prestar en nuestro amoroso deseo a sus palabras un significado que El mismo no les había dado? Esto es lo que no podemos creer, y he aquí otra razón más para que no podamos contentarnos con un sentido puramente acomodaticio.

II. Después de haber invocado la autoridad de los testimonios, volvamos a tomar el texto evangélico y mostremos, por todo su contenido y por la escena en que se encuadra, que tiene verdaderamente en sí mismo todo el alcance que le da nuestra interpretación.

Cristo, en el Calvario y sobre la Cruz, está en el **acto** más solemne de su misión de Salvador. Es el Pontífice Supremo consumando el gran sacrificio esperado desde el principio del mundo, en donde El mismo es, a la vez, la Víctima que se ofrece y el Sacerdote que ofrece. Por consiguiente, todo lo que hace, todo lo que sufre y todo lo que dice tiene relación con este acto, al cual se entrega **enteramente**, y debe, por consiguiente, tener un alcancegeneral, como el mismo sacrificio.

Si dice a Dios: "*Perdónales, Padre mío, porque no saben lo que hacen*" (S. Luc., XXIII, 34), su oración no es solamente por los verdugos que lo han crucificado y por la muchedumbre que lo insulta; va más lejos, extendiéndose a todos aquellos que, por sus crímenes, han tenido parte en su muerte, es decir, a todos los pecadores. Si dice al ladrón penitente: "*Hoy estarás conmigo en el Paraíso*" (Idem, ibid., 43), hace la misma promesa a todos los criminales arrepentidos y purificados por la participación de sus sufrimientos, y cada uno de ellos tiene derecho a valerse de esa promesa, lo mismo que el Buen Ladrón. Cuando se queja a su Padre del abandono en que le deja, no creáis que habla de El sólo y por El sólo: tiene delante de los ojos tantas persecuciones que, por permisión divina, se levantarán contra la Iglesia, su Cuerpo místico; y aquella queja lastimera la exhala por ella tanto como por Sí mismo. Cuando entrega su

alma en manos de su Padre (S. Luc., XXIII, 40), igualmente con su alma, todas las almas de los justos, hijos de Dios, se las encomienda para la hora de su muerte.

Añadid a esto el título de la Cruz, que, según el designio de Dios, nos dice la realeza del Salvador; su muerte y su resurrección, que simbolizan nuestra muerte al pecado y nuestra vuelta a la vida de la gracia y de la gloria; la sangre y el agua que, brotando de su costado entreabierto, significan el nacimiento de la Iglesia, Esposa de Cristo, y los Sacramentos de la Nueva Alianza.

¿Qué conclusión sacamos de todo esto? Que las palabras dirigidas primero, a María, y después, a Juan, deben entrar en esa regla. Mostradnos, en lo que el Señor ha hecho solemnemente o dicho en el Calvario, una acción, una sola palabra que no tenga este alcance general, y entonces os concederemos que las palabras de nuestro texto no van más allá del interés **privado** de María, y que es un abuso el darles una explicación universal. ¡Cómo! Los Padres y los intérpretes de los Libros Santos encontrarían una significación de esa clase en las otras palabras de Jesús y María que leemos en el Evangelio, como: "*¿Por qué me buscabais? ¿No sabéis que debo estar en los negocios de mi Padre? Mujer, ¿qué nos va ni a Ti ni a Mí?*" Y cuando se trata de las últimas palabras de esas palabras supremas: *Novissima verba*, pronunciadas en aquel momento que **fué su hora**, ¿Cristo no hubiera tenido, al dirigirlas, más que un interés particular por objeto? ¿Es esto creíble?

No lo negamos: quería el Señor darse un suplente en la persona de su discípulo, y tuvo presente la significación primera al hablar. Pero lo que sería extraño del todo, vistas las circunstancias, es que las mismas palabras no tuviesen un sentido más extenso y más profundo. Si Nuestro Señor no hubiera tenido otro designio, al pronunciarlas, que el de confiar San Juan a María y María a San Juan, ¿por qué esperar hasta este último instante? ¿No hubiera podido hacerlo antes de entregarse a sus perseguidores? ¿Acaso un sacerdote se ocupará de proveer a los intereses temporales de su madre al celebrar el acto más sagrado de los santos misterios, si la muerte, que sabe le espera al terminar, no ha sido un caso imprevisto, que viene a sorprenderle?

Suponed, por el contrario, que Cristo refiera esta acción, como todas las demás, a su actual oficio de Víctima, de Pontífice, de Redentor y de Salvador: todo queda explicado. Nada vemos ya que disuene del conjunto de todo el drama evangélico.

"*Considerando* —dice Bossuet— *que no parece que el Hijo de Dios, cuyas palabras y acciones son todas misteriosas, no haya considerado a San Juan, en una ocasión tan solemne, sino como a un hombre particular, hemos inferido, y creo que con mucha razón, que él recibió la palabra que se dirigía a todos nosotros; que en nombre nuestro tomó posesión de María, y que, por consiguiente, ésta allí propiamente quedó convertida en Madre*" (2° Sermón para el Viernes de la Semana de Pasión, sobre la Compasión de la Santísima Virgen, 2° punto).

Presentemos bajo otro aspecto estos pensamientos. Notemos que Jesucristo ha promulgado desde la Cruz todos los otros efectos de su Pasión, sea con palabras expresas, sea por medio de símbolos: su realeza, el perdón de los pecados, el cielo abierto, Dios recibiendo con misericordia a los culpables, la muerte del Señor, el nacimiento de la Iglesia y la virtud de los más augustos sacramentos; en fin, la infinita caridad de su Corazón para con los hombres. Y,

¿qué hay en esto de asombroso? Si sellaba con su sangre el Testamento de la Nueva Alianza, ¿no era también la hora de exponer auténticamente su contenido?. Y la maternidad de María, la gracia de las gracias para nosotros, es decir, la maternidad que le da de nuevo a Jesús por Hijo en la persona de sus miembros, ¿podía ella sola pasar en silencio, cuando todo lo demás estaba tan claramente manifestado?

III. Y al mismo punto nos conduce la consideración de los términos consignados en el Evangelio. Se ha preguntado por qué Jesucristo, hablando a María, le da el nombre de**mujer**, en vez de madre. "***Mujer**, aún no es llegada mi hora*" (Joan., II, 4); "***Mujer**, he aquí tu hijo*". Nos apresuramos a refutar a los que ven en esta expresión un no sé qué de duro y despectivo para Nuestra Señora, como si el Autor de la ley que manda al hombre honrar a sus padres pudiera enseñarnos con su ejemplo a desestimarlos. Otros, por el contrario, ven en el empleo de este término una atención de infinita delicadeza por parte de Jesús y María, porque darle en aquel momento el nombre de madre hubiera sido redoblar sus angustias; pero nosotros no podemos reconocer en este motivo el móvil principal que hace hablar así a nuestro divino Salvador. El nombre de **mujer** no podía quitar a María su corazón de Madre, ni podía hacerle olvidar que Aquel que estaba colgado de la Cruz era el fruto de sus entrañas. Por otra parte, no entraba en los designios de Dios que los sufrimientos de la Madre fuesen aminorados, como tampoco consolados los del Hijo. Era para los dos la hora de la soberana expiación.

¿Diremos, con otros, que Jesús da a María el nombre de **mujer** por consecuencia del mismo designio por el cual El mismo se llamó Hijo del hombre y se hizo presentar al pueblo por Pilato, coronado de espinas, con el cetro en la mano, bajo este título: *Ecce homo*. **He aquí al hombre**? Nada hay en esta interpretación que no convenga a la Mujer fuerte, la Reina de los Mártires, y no contradiremos a los que así piensan. ¡Sí! He aquí en María a la mujer por excelencia, como Cristo, su Hijo, es el hombre ideal, el hombre perfecto (Cf. Gerson., Serm. I de Dom. I. Epiphan).

Sin embargo, estamos en el derecho, según parece, de hallar al empleo de la palabra**mujer**, sobre todo en las circunstancias presentes, una razón más profunda. Para darse cuenta de ella hay que remontarse hasta la primera palabra de salud que siguió a la sentencia de nuestra condenación: "*Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre su descendencia y la tuya; ella te aplastará la cabeza, y tú intentarás morderla en el talón*" (Gen., III-15).

Ante todo, en el Calvario es donde esta promesa tuvo su pleno cumplimiento, cuando Cristo "*borró la cédula del decreto de condenación lanzado contra nosotros y lo abolió fijándolo en la Cruz; cuando, despojando a los principados y potestades y arrastrándolos victoriosamente cautivos, triunfó públicamente de ellos en El mismo*" (Col., II, 14, 15).

Ahora bien; según la profecía, **las enemistades** que debían quedar satisfechas por este triunfo, concernían tanto a la mujer como a la posteridad de la mujer. Por consiguiente, para que el misterio de la reparación se consumase, como se había consumado la caída, hacía falta, según lo hemos ya demostrado, que la **mujer** reapareciese en esta hora de triunfo, que participase del sacrificio expiatorio de su descendencia y fuese de este modo la nueva Eva cerca del nuevo Adán.

Pero, además, hay que notar que Adán llamó a la mujer Eva o madre de los vivientes inmediatamente después de la sentencia divina y de la profecía de la liberación, y antes de haberla **conocido**: "*Y Adán llamó a la mujer Eva, porque debía ser madre de todos los vivientes...*" "*Y Adán conoció a Eva, su esposa, y ella concibió y parió a Caín*" (Gen., III, 20; IV, 1).

La **mujer** es llamada la madre de los vivientes, y en figura de María —dicen los Santos Padres— recibió este nombre. Por consiguiente, cuando Jesucristo dijo: "*Mujer, he aquí tu hijo*", es natural el ver en estas palabras y en el hecho que demuestran, una misteriosa alusión a la profecía de los primeros días de la Humanidad, tanto más natural cuanto que el Evangelio añade inmediatamente después: "*Jesús, sabiendo que todo estaba cumplido, para que se cumpliese la Escritura, dijo: Tengo sed*" (Joan., XIX, 28).

De manera que este nombre de mujer parece estar allí para recordarnos la mujer enemiga de la serpiente, la mujer de quien Eva, madre de los vivientes, es la figura; y, por consiguiente, es una confirmación de la maternidad universal de María.

Y ved cómo, según estas ideas, el nombre de **mujer** corresponde al título de **Hijo del Hombre** y **de Hombre**: *Ecce homo*. Porque la profecía del Protoevangelio, que se cumple principalmente en el Calvario, decía que la serpiente sería aplastada, no por el mismo poder divino, sino por la raza que ella había vencido, y esto para su eterna confusión. Los nombres por los cuales son entonces providencialmente designados el Hijo y la Madre — Hijo del Hombre. Hombre, Mujer—, ¿podrían estar mejor escogidos para expresar el gran misterio del desquite divino y mostrarnos su cumplimiento?

Por lo demás, estas reflexiones que tan naturalmente se desprenden del texto, no son de nuestra invención. Un ilustre orador de nuestro siglo, el P. Joaquín Ventura, las ha desarrollado con felicísimas expresiones (Joach. Ventura, La Madre de Dios, madre de los hombres, p., c. 6). El mismo pudo tomarlas de nuestros comunes antecesores.

Podríamos citar, en los tiempos más cercanos a nosotros, el comentario de Andrés Mastai-Ferreti sobre los Evangelios (**Los Evangelistas unidos**, traducidos y comentados por A. Mastai-Forretti, 1. XIX, & 16); **El Evangelio meditado**, del P. Girardeau (revisado y publicado por el abate Duquesne, 336 medit., 2° p.. I, VIII, pp. 196, 197. París, 1829); Rivadeneira, en su **Vida de Nuestro Señor**; Bossuet y otros muchos entre aquellos de los cuales ya hemos traído los testimonios.

Pero propongamos esta explicación, dada por un autor más antiguo, no sea que parezcan los otros demasiado recientes. Hablamos de **Alberto Magno**, y ved aquí textualmente lo que escribe: "*Por razón de la fecundidad espiritual que, en el orden de la gracia, consagraba a la Virgen Santísima Madre de todo el género humano, cuando, con inenarrables angustias, nos engendró por su Hijo a la vida de la eternidad, recibió esta Señora entonces, con justicia, el nombre de **Mujer***" (*super Missus est*, q. 29, § 3. Opp., t. XX, p. 31).

Suárez indica igualmente el mismo significado, como uno de los que mejor responden al oficio de María: "*De igual modo que Cristo se llamaba el Hijo del Hombre, así daba El a la Virgen su Madre el nombre de Mujer, a fin de presentarla como la mujer por la cual debía ser reparado el mal causado por la mujer primera*" (*De mysterii vitae Christi,* D. VII, sect. I. § Dices, quid igitur,

etc.). Así, no vacila en decir, con **Ruperto**, que la Virgen al pie de la Cruz conviértese en Madre de todos los cristianos, engendrados por Ella a costa de inmensos dolores (Idem, ibid., D. XXII, sect. 3).

¿Nos atreveremos a decirlo? Aun cuando hagamos abstracción de toda relación con la antigua promesa, el nombre de **mujer** vendría mejor que el de **madre** al oficio que la Reina de los Mártires ejercía al pie de la Cruz.

Si el Señor hubiera dicho: "*Madre mía*", no hubiera recordado sino la maternidad que le hacía a El mismo Hijo de María. El nombre de **mujer**, por el contrario, tiene un no sé qué que hace pensar en el alumbramiento. Llamando **mujer** a María, en este momento solemne, y como por un designio premeditado, Cristo nos lleva a comprender y creer que está en su oficio de mujer, en el acto de una nueva maternidad.

Un teólogo de la Orden de Santo Domingo ha desarrollado extensamente el mismo pensamiento. Después de haber afirmado que la promulgación de la maternidad de gracia está expresamente contenida en las palabras de Nuestro Señor, se pregunta:"*¿Por qué Cristo da a María el nombre de mujer, en vez de llamarla madre? ¿Fué para no excitar contra ella a los judíos y escribas presentes nlrededor de su cruz? ¿Fué para enseñarnos, al acercarse la muerte y la gloria, a despojarnos de sentimientos humanos y de los afectas demasiado naturales que nos unen a nuestros padres? ¿Fué para animar a la Virgen a llevar con un corazón valiente todas las angustias de aquella hora y ponerle, con este fin, ante la vista del alma a* ***la mujer fuerte de los Proverbios****?* (XXXI, 1). ¿Sería, tal vez, por no aumentar hasta lo infinito su dolor, dándole el dulce nombre de madre? Muy más bella y devota es la solución dada por Ludovico Blosio. Es —dice este autor— como si Jesús hubiera dicho a María: "*Mujer, no sólo mi madre, sino universalmente mujer, por razón de tu inmensa fecundidad, puesto que te he hecho madre de muchas naciones. Por consiguiente. Mujer, he aquí tu hijo. Este Juan* (cuyo nombre significa gracia) *lo tendrás por hijo, y desde ahora te concedo este privilegio de ser, en recompensa de los méritos de tu inefable aflicción, la madre de la eterna gracia. ¡No!; jamás se secará en tu seno la leche de la gracia, alimento y bebida de todo el que lo pida con sus devotas, oraciones. Por esto, mujer fecundísima, he aquí tu hijo. No llores como una madre desamparada y sin hijos. Alégrate, más bien: gracias a los dolores que ahora sufres, darás a luz innumerables hijos, y serás Madre de todos aquellos que por mi gracia creerán en Mí. A todos darás abrigo en tu seno de bondad maternal como a hijos: los protegerás y los alimentarás con la leche de la gracia sobre tu pecho virginal; los verás acudir a Ti y decirte:* ***"Muestra que eres nuestra Madre."*** *Por consiguiente, mujer, he aquí no ya tu único hijo, sino tus hijos. Olvida tu dolor: que sea esto tu consuelo, tu alivio y tu fortaleza en medio de tus mortales amarguras*" (Paciuchelli, in Virginem Deiparam. Excitatío 21 in psalm. LXXXVI. n. 8, pp. 70, sq. Venetiis, 1660).

Quizá esta última consideración parezca demasiado sutil y rebuscada. Sin embargo, la hemos leído en varios autores graves y piadosos. Y, en este caso, hay otra consideración que no admite el mismo reproche: son los **calificativos** empleados por el Evangelio para designar a San Juan: "*Jesús, viendo a su Madre, y cerca de Ella* ***al discípulo que amaba***" (S.Joan., XIX, 26). ¿Cómo, en efecto, fué dado Juan por hijo a María? Como discípulo de Jesús, como el discípulo amado de Jesús. Seguramente no es ésta la primera vez que el hijo del Zebedeo se nombra con este título. Lo había tomado ya en su Evangelio, y más adelante lo veremos adornarse con él (S. Joan., XIII, 23; XX, 2; XXI, 7, 20). Y, sin embargo, ¡cómo se aviene el título de discípulo amado, o, mejor dicho, cómo la presencia del discípulo amado, ido allí para recibir a

la Madre de Jesús en calidad de Madre suya, y esto con preferencia a cualquier otro; cómo, repetimos, se aviene y con qué propiedad, con la proclamación de la maternidad espiritual de María! Si Cristo la da como Madre a su discípulo, al discípulo amado de su Corazón, es porque la da por amor; es porque si somos, por destino al menos, discípulos, y discípulos amados de Jesús, podemos aspirar a decir a María: "*Madre mía*"; es, en fin, porque somos cada uno de nosotros hijos de María en igual proporción que discípulos fieles y dignos de ser amados de su Unigénito.

Por último, para no omitir nada, consideremos que el Señor no dijo; "*Te lo doy **por** hijo; te la entrego **por** madre*"; sino únicamente: "*He aquí tu Madre*"; "*He aquí tu hijo*". Suponed un instante que Jesús, moribundo, trata solamente de buscar un apoyo a su Madre y recompensar al más querido y más fiel discípulo; entonces, la primera fórmula sería preferible a la segunda. Pero es esta última la que expresa más dichosa y fijamente la idea de una maternidad de **gracia**, y de una maternidad que se extiende a todos aquellos de los cuales era Juan el representante y li figura. En efecto; mientras que la primera manera de expresarse que decimos dejaría entender una sencilla donación hecha por Jesús, de María a Juan y de Juan a María, sin razón profunda sacada de los hechos misteriosos que se desarrollan en el Calvario, la segunda se relaciona estrechamente con todo lo que se realiza sobre la Cruz y al pie de la Cruz. En aquel momento —ya lo hemos probado— María, por su cooperación amorosa a la Pasión del Salvador, engendra y da a luz a los hombres a la vida de la gracia. Por consiguiente, nada más natural que leer en las palabras de Cristo el anuncio de esta maternidad toda espiritual, y nada más propio para demostrar esta afirmación que las palabras del Señor: "*He aquí tu hijo; he aquí tu madre.*" Es como si dijese Jesús: "*Mujer, acabas de dar a luz, y he aquí, delante de Ti, el hijo a quien has dado a la vida. Y tú, amado discípulo mío, mira a la que coopera a tu nacimiento según la gracia.*" Ahora bien; una vez admitido que Nuestro Señor haya hablado de la maternidad de gracia, claramente debemos ver a todos los otros hijos de María en el discípulo amado, y la significación no puede ya restringirse a Juan solamente, como si fuese el único amado de Cristo, el único hijo de María en el orden sobrenatural.

Así, pues, todo concurre a confirmar la interpretación común y tradicional: el tiempo, las circunstancias en que esta declaración testamentaria de Jesús fué promulgada, las funciones de Sacerdote y de Redentor de los hombres que el Hijo de Dios desempeñaba entonces, la cooperación de la Virgen Santísima al misterio de la salvación, y las expresiones mismas de las cuales se sirvió Cristo para manifestar su última voluntad. Sería, por consiguiente, muy duro de creer el que la rechazase o la pusiese en duda. Tanto más, cuanto que las razones mismas que hacen infinitamente conveniente en aquella hora la promulgación de la maternidad espiritual de María van a dar un aumento de certidumbre a los argumentos que preceden.

Esto es lo que nos resta que probar en el capítulo siguiente.

Oportunidad de la promulgación de la maternidad espiritual de la Virgen María, hecha en el Calvario por el Redentor moribundo.

Tenemos que meditar en este capítulo una doble oportunidad: primeramente, oportunidad de una promulgación **explícita** de la maternidad de gracia; segundo, oportunidad de hacerla en el momento mismo en que el Señor, yendo a expirar en la Cruz, dice a su Madre: "*He aquí tu hijo*".

I. Oportunidad de una promulgación **explícita** de la maternidad de gracia. No lo negamos: hubiera bastado absolutamente que esta maternidad, como varias otras verdades del orden sobrenatural, nos hubiese sido revelada de un modo implícito. Y, ciertamente, aunque Jesús no hubiese pronunciado desde la Cruz las dos afirmaciones traídas por San Juan, no sería esta santa maternidad un misterio ignorado de los cristianos. Habría bastantes otros principios de donde podríamos deducirla. Pero, ¡qué aumento de confianza y de consuelo para los fieles al oír al mismo Cristo, y en tal momento proclamar con su voz moribunda que les da su Madre!

Cristo podía, si hubiera querido, darnos su gracia por medio de sacramentos en los cuales el don que de ella hace no estuviera, como en los nuestros, significado por palabras expresas. Pero, como es nuestro Dios, conoce a fondo la naturaleza humana y sabe cuánto poder tiene la palabra para convencerla y conmoverla. Por esto, en todo hace de la palabra la envoltura sensible de sus liberalidades para con nosotros, y por razón de idéntico designio, la Santa Iglesia, iluminada por el Espíritu Santo, ha instituido ceremonias exteriores para manifestarnos los misterios invisibles de la gracia y de Dios. La Madre de Dios es mi Madre, lo sé de la misma boca de su Hijo y Dios mío: ¿Qué más podemos desear, ni qué más necesitar para venerarla y amarla sobre todas las cosas, después de Dios?

Siendo soberanamente útil para los discípulos esta atestación solemne, lo era también para María. Aun cuando por gracia estuviese esta Señora elevada sobre la Humanidad, era, al fin, de nuestra naturaleza: capaz, por consiguiente, de emocionarse con más viveza si la voz, y, sobre todo, la voz de su Hijo, confirmaba para Ella lo que ya sabía que debían realizar los hechos.

Añadamos a estas consideraciones, fundadas sobre la naturaleza de las cosas, otro conjunto de razones sacadas de hechos análogos. Ley es de la Providencia que Dios no confiera inmediatamente por Sí mismo un oficio o cargo en su reino sin darlo a conocer por una declaración solemne. Así obró con su Hijo. Aun cuando cien prodigios lo habían ya revelado como al Enviado de su diestra, lo vemos auténticamente presentado por la voz del Padre como al Hijo muy amado de Dios, que el mundo debe escuchar y seguir; esto, prescindiendo de la manifestación hecha a los pastores por los ángeles en el primer día de su humana existencia; y bien pronto su realeza aparecerá proclamada, en el momento mismo de más profundo aniquilamiento. Igualmente obró Dios con la Madre del mismo Hijo en el día dichoso de la Anunciación, e igualmente hará Jesucristo con sus Apóstoles antes de subirse al cielo.

II. Pero, si era tan oportuno el promulgar la maternidad espiritual de María, ningún instante más a propósito que aquel mismo en el que la Madre de los Dolores, de pie junto a la

Cruz de Cristo, consumaba con El la obra de nuestra salvación. A su maternidad divina pediremos la primera prueba de esta verdad.

María, como ya lo sabemos, fué desde el primer instante de su existencia, en cierto sentido, la Madre de Dios. Lo fué por destinación, puesto que toda la razón de su venida al mundo fué su futura maternidad. Lo fué en preparación. Si desde aquel momento comenzó Dios a derramar sobre Ella una abundancia incomparable de gracias, es que la consideraba ya como quella que debía dar el sér de hombre a su Hijo unigénito. Desde aquella hora también, María concebía en espíritu a aquel que debía engendrar algún día en su carne. Y, sin embargo, solamente desde la anunciación fué su Madre actualmente, cuando el misterio de la maternidad divina le fué expresamente revelado. Así debía suceder con la revelación formal, explícita y pública de su maternidad espiritual. Para que la oiga salir de la boca de Jesús, su Hijo natural, no basta que seamos ya sus hijos por destinación, ni que Ella haya concurrido por su parte con el Salvador al misterio de nuestra adopción; tiene que estar consumado este nuevo nacimiento, a lo menos en principio; en otros términos: es preciso que la obra de la Redención haya recibido su complemento final en los dolores comunes de Jesús y de María.

Esto mismo vienen a confirmar dos ejemplos ilustres: el de la gran promesa hecha al Padre de los creyentes, y el de la proclamación de la realeza de Jesucristo Nuestro Señor.

Apenas hubo terminado el sacrificio de Abraham, del modo y en la medida por Dios determinados, cuando oyó el Patriarca estas divinas palabras: "*Por Mí mismo lo he jurado*— dice el Señor—; *porque* ***has hecho esto****, y no has perdonado a tu único hijo por Mí, Yo te bendeciré y multiplicaré a tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas del mar*" (Gen., XXII, 16, 17). Grande y magnífica promesa, que Dios realizó muy pronto a la letra en el pueblo judío, y más tarde en la multitud de los fieles, posteridad del santo Patriarca según el espíritu. Ya lo veis: la misteriosa paternidad de Abraham es solemnemente proclamada por Dios. Pero, ¿cuándo? Cuando la había merecido por el acto más heroico al cual Dios la había vinculado: "***Porque tú has hecho esto****, Yo multiplicaré tu descendencia.*"

Ahora bien: lo mismo sucede con la realeza del Verbo hecho hombre. Esta realeza será el precio de su voluntaria inmolación. "*El Señor* —decía el Profeta, relatando por anticipado la Pasión de Cristo—, *el Señor ha querido desmenuzarlo por el sufrimiento. Pero porque dió su vida para expiar el pecado, verá una descendencia sin fin... Porque su alma ha pasado por el trabajo y la angustia, verá y será saciado . .. Porque se ha entregado a la muerte y ha sido contado entre los criminales; porque se cargó los pecados de una muchedumbre criminal y ha rogado por los violadores de la ley, le dará por herencia un pueblo numeroso, y repartirá los despojos de los fuertes*" (Isa., LIII. 10, sqq.).

Esta posteridad sin fin de Cristo, este pueblo enriquecido por Él con los despojos de los fuertes ya lo conocemos, y vemos con nuestros ojos realizado en nosotros mismos el oráculo divino.

Y ahora abrid el Evangelio y leed cómo esta realeza de su Hijo la proclama Dios solemnemente en el momento y en los lugares mismos en que ese Hijo la conquistaba con la efusión de su sangre. Es Pilato, inconsciente del misterio, pero instrumento y ministro de Dios, el que hace esta declaración, públicamente, en presencia del pueblo, a la faz del mundo: "*Entonces Pilato... hizo traer fuera a Jesús y se sentó en su Tribunal, en el lugar llamado Lithostro-*

tos, en hebreo Gabbatha, y Pilato dijo a los judíos: He aquí vuestro Rey. Y ellos gritaban: Quita, quita, crucifícalo; y Pilato preguntó: ¿Crucificaré a vuestro Rey?" (Joan., XIX. 13, sqq.).

Si dudáis de que esta declaración venga del Padre por el órgano de Pilato, alzad los ojos y leed la inscripción que remata la cruz, sobre la cabeza del Crucificado: "*Jesús Nazareno, Rey de los Judíos.*" El Rey de los Judíos, el Rey tan deseado, tan largos siglos esperado, es el Mesías, el Hijo de Dios, el vencedor del mundo. En vano sus enemigos van a reclamar al procurador romano; en vano le piden que modifique a gusto de ellos dicha inscripción. El Juez, tan débil hace poco, tan tímido y cobarde ante sus clamores que llega hasta hacer sacrificar a un justo, que a ciencia cierta sabía era inocente, resiste ahora. Con una frase corta sus ruegos: "*Lo que está escrito, está escrito.*" ¿Es posible no reconocer aquí la mano y la obra de Dios? Por consiguiente, es el mismo Dios quien lo ha dictado todo. Y esta promulgación de la realeza de su Hijo, la destina al mundo entero, porque "*estaba escrita,* dice el Evangelio*, en hebreo, en griego y en latín*" (Joan., XIX, sqq.), prueba auténtica que no era solamente para los judíos, sino para todas las naciones.

La consecuencia que debemos sacar de estos ejemplos, del último sobre todo, es clara y manifiesta. ¡Sí! La maternidad de gracia debía ser proclamada y la hora de la proclamación fué aquella en que Jesús dijo a su Madre: "*Mujer, he aquí tu hijo.*" Porque sólo en esta hora la Virgen Santísima quedó convertida completamente en Madre de los hombres. Hasta entonces lo era imperfectamente, como su mismo Hijo no era del todo salvador. De igual modo que Jesús debía pasar por la Pasión y por la cruz para que, siendo expiados los pecados del mundo, pudiese derramar a torrentes sobre los hombres la gracia de la filiación divina con la sangre redentora, así María necesitaba su Compasión, para tener su parte selectísima en la salud obrada por su Hijo. Entonces solamente Cristo, haciéndonos entrar en la vida de Dios por su muerte, podía decir al Padre celestial, presentándole el hombre rescatado: "*He aquí tu hijo.*" Así también entonces podía mostrar el mismo hombre a Aquella que, juntamente con el Padre, y con una misma voluntad, acababa de dar a luz entre angustias inenarrables, y decirle Cristo: "*He aquí tu hijo. Si ha nacido de mi sangre, sale también de tu corazón, desgarrado, porque de Ti he recibido yo la sangre que lo vivifica, y con tu consentimiento la he derramado.*"

Convincente es esta primera prueba; pero otras hay no menos sólidas. Dejemos aquí también hablar a **Bossuet**; nadie mejor que él ha tratado de este misterio: "*¿Por qué nuestro Salvador quiso esperar a aquella hora postrera para darnos a María en calidad de hijos? He aquí la verdadera razón: es que quiere darle para nosotros entrañas y corazón de Madre. Y, ¿cómo es esto?, diréis. Admirad los secretos de Dios. María estaba al pie de la cruz; veía a aquel Hijo querido todo cubierto de llagas, extendiendo sus brazos a un pueblo incrédulo y despiadado, derramando su sangre por todas sus venas, cruelmente desgarradas. ¿Quién podrá explicar cuánta era la conmoción de la sangre maternal? ¡Ah! Nunca sintió mejor que era Madre. Todos los sufrimientos de su Hijo se lo hacían sentir al vivo. ¿Qué hará entonces el Salvador? Vais a ver que poseía perfectamente el secreto de excitar los afectos. Cuando el alma está prevenida por el objeto de una pasión violenta, recibe fácilmente las impresiones para los otros que se le presenten. Por ejemplo: estáis poseídos dé la ira. será muy difícil que los que se acerquen a vosotros no sientan algunos de sus efectos. Lo mismo sucede con las otras pasiones, porque estando ya el alma excitada, no hace falta sino aplicarla a otros objetos, a los que su propio movimiento la tiene extremadamente dispuesta.*"

*"Por eso Nuestro Señor Jesucristo quería que su Madre fuese nuestra, a fin de ser Él nuestro hermano con toda verdad, considerando desde la cruz cuán enternecida estaba el alma de esta Señora; como si esto sólo esperase, escogió aquel momento para decirle, mostrándole a San Juan: "**¡Oh, Mujer, he aquí tu hijo!**"*. Hallamos aquí en los manuscritos de **Bossuet**la siguiente nota marginal, en la cual robustece con la autoridad de su palabra el significado místico que dábamos al texto: "*San Juan representa en esta acción a la universalidad de los fieles. Comprended, si os place, este razonamiento. Todos los otros discípulos de mi Salvador lo han abandonado; y Dios lo permitió, a fin de darnos a entender que hay pocos que sigan a Cristo hasta la cruz. Por consiguiente, habiendo huido los demás, la Providencia no conservó al lado del Señor agonizante sino a Juan, el amado de su corazón. Es el único, es el verdaderamente fiel. Porque sólo es verdaderamente fiel el que sigue a Jesús hasta la cruz; y así este único fiel representa a todos los fieles. Por consiguiente, cuando Jesucristo hablando a su Madre le dice que San Juan es su hijo, no creáis que considera al discípulo como a un hombre particular: le da en la persona de Juan todos sus discípulos, todos sus fieles, todos los herederos de la nueva alianza, todos los hijos de la Cruz. De aquí proviene, como ya lo he notado, que la llama mujer: quiere decir mujer por excelencia, **mujer** escogida especialmente para ser madre del pueblo escogido, ¡Oh **mujer**!* —le dice—. *¡Oh **nueva Eva**!, he aquí tu hijo: él y todos los fieles que representa son tus hijos. Juan es mi discípulo y mi amado; recibe en su persona a todos los cristianos, pues él ocupa el lugar de todos, y puesto que son ellos lo mismo que Juan, mis discípulos y mis muy amados*" (Serm. II para la Nativ. de la Sma. Virgen (edic. Lachat), t. XI, p. 97, en nota).

*"Estas son las palabras, y he aquí su sentido: **"¡Oh, mujer afligida, a quien un amor infortunado hace sentir ahora hasta dónde puede llegar la ternura y la compasión de una madre; este mismo afecto maternal que tan vivamente sientes por Mí, ténlo por Juan, mi discípulo amado; tenlo por todos los fieles, que te recomiendo en su persona, porque son todos ellos también mis discípulos y mis amados."** Estas fueron sus palabras, que imprimieron en el Corazón de María una ternura de Madre para todos los fieles, como sus verdaderos hijos. Porque, ¿qué podría haber más eficaz sobre el Corazón de la Santísima Virgen que las palabras de Cristo agonizante?"* (Bossuet, *Segundo Sermón para la Nativ. de la Sma. Virgen*, 2° p. Cf. Serm. *sobre la Compasión, segundo serm. para el Viernes de la Sem. de Pasión*, 2° p.) .

Ved aquí, si es que lo hemos penetrado bien, el pensamiento de Bossuet. La Virgen Santísima amó siempre a su Hijo con un amor al cual nunca podrá compararse ni el amor de los ángeles, ni el de los Santos. No obstante, este amor tan tierno, tan fuerte, tan continuo, se excita más en aquella hora en que contempla a su Hijo en el acto de su sacrificio. Jamás hasta entonces había comprendido ni sentido tan bien los tesoros de ternura, de caridad, de generosidad, de mansedumbre; en una palabra, de amabilidades infinitas que se encerraban en aquel Corazón, y, por consiguiente, jamás se había abrasado en un amor igual al que ahora la consume. En este momento, el Corazón de María, enternecido, transportado, derretido en amor, no sabía más que amar, y en este momento, repetimos, es cuando Cristo la sorprende, por así decir, la toma y la vuelve hacia nosotros. Este discípulo que está de pie a tu lado, y todos los hombres en este discípulo, son hijos tuyos; mejor dicho, tu hijo, porque mi gracia, esta gracia vinculada a tantas heridas, tanta ignominia y tanta sangre, los incorpora o debe incorporarlos con mi persona. Los amarás, pues, como yo los amo y como Tú me amas, o, mejor dicho, me amarás en ellos a Mí, a Mí, tu Hijo, cuyos son hermanos y miembros. ¡Sí! A estos mismos verdugos los amarás como Madre, porque la voz de mi sangre, pidiendo misericordia

al Padre, no exceptúa a nadie, y el horror que tengo a su deicidio no me impide el amarlos hasta morir por ellos.

¿Es posible imaginar una exhortación más viva, más perentoria y más eficaz? Por eso, el gran orador ve en las palabras de Cristo una espada aguda que, atravesando el Corazón virginal de María, lleva hasta sus últimas profundidades el amor de madre que quiere introducir en él para todos los fieles. "*Así, prosigue dirigiéndose a la Virgen, nos has dado a luz con un corazón desgarrado por la violencia de una aflicción sin medida, y cuantas veces se presentan los cristianos delante de Ti te acuerdas de aquella palabra última, y tus entrañas se conmueven sobre nosotros, como hijos de tu dolor*" (Bossuet, ibid.).

No disimularemos que estos pensamientos podrían parecer opuestos a lo que pronto diremos, siguiendo a San Pedro Damiano y a Santo Tomás de Villanueva, sobre la virtud práctica de las palabras del Salvador. ¿A qué recurrir, en efecto, a las circunstancias dolorosas en que son dichas estas palabras, para explicar su eficacia, si por **sí mismas** tienen poder para producir en María su amor de Madre?

Esta objeción es más aparente que sólida. Los sacramentos de la Iglesia contienen en sí mismos la gracia, y por esto tienen el poder de producirla o aumentarla en nosotros. Y, sin embargo, su efecto depende en gran parte del estado y de las disposiciones del que los recibe, y basta esto para darnos a entender que las palabras del Señor a la Virgen Santísima, aun cuando supongamos que son eficaces por sí mismas, debieron imprimir en Ella un amor tanto más fuerte, cuanto que su corazón estaba mejor preparado para recibirlas, por el desgarramiento que le había producido su amor maternal. Por consiguiente, con todo derecho insiste el ilustre panegirista de María en la consideración de la hora en que fueron dichas estas palabras postreras. Si la Virgen Santísima guardaba con tanto cuidado en su corazón, para meditarlos, los misterios de la infancia del Salvador (Luc., II, 19), ¿cómo su Pasión no la tendría eternamente presente? Por consiguiente, perpetuamente Ella también oye resonar en lo más hondo de sus entrañas las palabras por siempre memorables: "*Mujer, he aquí tu hijo.*" ¿Y puede oírlas sin sentirse movida a realizar plenamente su significado?

¿Queréis saber si hubo algunos motivos más para que Nuestro Señor Jesucristo proclamara a María Madre nuestra en el momento en que va a expirar sobre la cruz? Os mostraremos a Juan el Evangelista, y en ese discípulo a todos los cristianos que representa. Decirle a él y decirnos a nosotros, entonces, cuando va a dejar su vida mortal y a quitarnos su presencia visible: "*He aquí tu Madre*", ¿no es esto presentarnos a María como nuestro único refugio y nuestra única esperanza después de Él? ¿No es enseñarnos con una elocuencia incomparable lo que deben ser los hijos de María? Substituidos, por decirlo así, a Jesús crucificado, declarados hijos sobre el Calvario, arrojados en los brazos de la Madre de los dolores, ¿no debemos nosotros, sus hijos; nosotros los hermanos de Jesús, ser mortificados, llevar la cruz, compartir el oprobio y la penitencia de nuestro Salvador? Pues seremos tanto más hermanos suyos cuanto mejor reproduzcamos en nosotros la Pasión de Jesús y la Compasión de María.

Imitemos al discípulo amado. Apenas oyó la suprema recomendación de su dulce Maestro, cuando se sintió repentinamente poseído del más filial amor a María. Para siempre ya la mirará como a su Madre: *Et accepit eam discipulus in sua* (Joan.. XIX, 27).

Ella es de él, él es de Ella, y nada separará ni podrá separar en adelante al discípulo del amor, de la Madre del amor hermoso. Su corazón, calentado junto al Corazón de Jesús, arderá para Ella en el mismo abnegado afecto que llenaba el de Cristo.

Efectos de la promulgacion de la maternidad divina de la Virgen Maria

Fuerza y virtud de las palabras de Nuestro Señor; efectos que produjeron, ya en la Santísima Virgen, ya en el discípulo amado, ya, en fin, en aquellos de quienes éste era representante.

I. La promulgación auténtica de la fecundidad espiritual de María, hecha en las circunstancias que hemos dicho, tuvo una fuerza y virtud maravillosa para imprimir en el Corazón de la Virgen el afecto más maternal que hubo jamás hacia los hombres. Al mismo tiempo, es muy propia para darnos a nosotros mismos una convicción palpable y más profunda de nuestra filiación. Sucede con esto lo mismo que con la absolución sacramental. Por muchas pruebas que pueda tener un pecador de la perfección de su arrepentimiento y del perdón recibido, jamás o casi nunca gustará tanto la confianza y la serenidad del alma como al escuchar las palabras, la sentencia del sacerdote que le dice en nombre de Cristo: "*Yo te absuelvo de tus pecados, vete en paz.*"

Puede, además, proponerse esta cuestión: ¿No tuvieron otro efecto las palabras de Nuestro Señor? Ahora bien; según el sentir de los sabios doctores y de grandes santos, su eficacia no se detuvo aquí. Las palabras de Cristo eran de las que han llamado los teólogos **prácticas**, porque llevan en sí la verdad que expresan. Nuestro Señor, en la última Cena, tomó el pan, lo bendijo y dijo, presentándolo a sus Apóstoles: "*Este es mi cuerpo.*" Y era su cuerpo el que les daba a comer; lo que hasta entonces no era más que pan, se había convertido, por la virtud misma de sus palabras, en la propia carne del Hijo de Dios. Un ciego se postra a los pies de Cristo y le suplica que le dé vista: "*Hágase según lo que crees*", dice el Señor, y el ciego ve. Palabras prácticas también, puesto que han obrado lo que significan.

¿Diremos ahora de las palabras de Cristo moribundo: "*He aquí tu hijo, he aquí tu Madre*", que no solamente promulgaron la maternidad de María, sino que la hicieron? Esto hemos leído en más de un autor, y, sin embargo, no puede ser admitido, según toda la propiedad de los términos, porque la razón fundamental por la cual debemos ver en María a nuestra Madre según la gracia, es su cooperación al misterio de nuestra liberación, queremos decir el engendrar al Salvador del mundo, y su propia Compasión.

Menos aún podríamos adoptar una opinión singular, sostenida en otro tiempo por varios autores.

El P. Alfonso Salmerón la ha refutado en sus *Comment. in histor. evang.*, t. X, tract. 41, *tertium dubium est*. Cf. P. Theoph. Raynaud, *Diptycha Mariana*, p. I, punct. 8, n. 28. Esta opinión tuvo, según parece, por primer autor a un teólogo de la Orden de San Francisco, Nicolás de Orbellis. Salmerón, no obstante, no hace mención del docto y devoto francisca-

no. "*Algunos* —dice—*casi de nuestro tiempo y en nuestro siglo han pretendido que, en virtud de las palabras del Señor, Juan fué constituido hijo de la Virgen Santísima* ***según la naturaleza****. Hace tiempo, un cierto Baurinon defendió en Roma esta opinión en una disputa pública, y contra él, según creo, escribió obispo de Brescia* (Brixiensis), *Domingo de Dominis, en el Pontificado de Pío II. Más recientemente, un predicador sostenía una opinión idéntica en Tarragona, en España. Según él, Juan, entre sus otras prerrogativas, contaba la de haber recibido de Dios una* ***filiación natural*** *respecto de la Virgen Santísima.*" Vienen después los argumentos traídos en favor de la tesis, y que sería ocioso citar minuciosamente. El primero de todos es, como siempre, una prueba basada sobre la eficacia de las palabras de la *consagración*).

Según esta opinión, Juan, por virtud de las palabras del Señor, se habría convertido para María, no en un hijo adoptivo, sino en un hijo según la naturaleza, *filuis naturalis*. El Padre Teófilo Raynaud, que cita la misma opinión para refutarla con la vivacidad, a veces demasiado mordaz, propia de su estilo, llega hasta sospechar que tales autores han imaginado no sé qué clase de transubstanciación del hijo del Zebedeo en el hijo de la Virgen, Madre de Dios. Sea como quiera, nada hay más inverosímil que semejante sentir, ya se extienda a la filiación común de los cristianos, ya se restrinja, como es más creíble, a la del discípulo amado de Cristo.

La razón es clara. Porque toda filiación **natural** es una relación del padre y madre al hijo, que presupone como fundamento esencial una generación propiamente dicha, es decir, una transmisión de la naturaleza de los padres al fruto vivo que llevará el nombre de hijo.

Vanamente han invocado en apoyo de estos piadosos sueños la autoridad de **San Pedro Damiano**. He aquí, por otra parte, el párrafo con el cual pretendían confirmarlos; júzguese si contiene lo que pretendían encontrar en él. Está sacado del segundo sermón sobre el Apóstol San Juan: "*Las palabras pronunciadas por el Salvador en la cruz:* ***"Mujer, he aquí tu hijo y he aquí tu Madre"****, no deben ser entendidas como palabras puramente humanas; fueron eficaces apoyadas como estaban sobre la virtud divina y la invencible autoridad de la verdad. Porque el Verbo Unico del Padre es un Verbo substancial, eterno, consubstancial al Padre, y, por consiguiente, sus palabras, porque son espíritu y vida, no pueden pasar sin efecto.* ***"El cielo y la tierra pasarán, ha dicho Él mismo, pero mis palabras no pasarán"***(Matth., XXIV, 35). *De igual modo que dijo a su Madre:* ***"He aquí tu hijo"****, dijo a sus discípulos:****"Este es mi cuerpo."*** *Y tal fué el poder de estas últimas palabras, que el pan que señalaba fué inmediatamente cambiado en su cuerpo. Dijo, y todo ha sido hecho; mandó, y todo fué creado* (Psalm., CXLVIII, 5). *Así, por una cierta analogía,* ***ex quadam similitudine****, si nos atrevemos a hablar así, el bienaventurado Juan no recibió solamente el nombre de hijo, sino que, en virtud de las palabras del Señor, mereció contraer un parentesco más íntimo y más profundo con la Virgen Santísima. Consideremos, pues, amados míos, cuánta es la gloria de este gran hombre, a quien el sacramento de esta adopción misteriosa hizo hijo de la Virgen y hermano del Salvador*" (San P. Dam., scrm. 64, de S. Joan Apost., 2, P. L., CXLIV, 868).

No es difícil comprender el pensamiento del santo doctor. Lejos de imaginar una especie de metamorfosis física del discípulo en la persona del Maestro, la rechaza claramente, cuando dice que es sólo una analogía. ¿Qué virtud da, pues, a las palabras del Salvador? La que reconocemos nosotros mismos: la virtud de producir en la Virgen y en el discípulo la fuente siempre abundante de sentimientos y afectos de la mejor de las madres para con su hijo y del mejor de los hijos para con su Madre. Es, en efecto, lo que nunca podrán hacer palabras

puramente humanas. Tienen, si se quiere, poder para establecer deberes y lazos exteriores; pero jamás podrán, por sí mismas, transformar inmediatamente los corazones, hacer en un instante un corazón de hijo y un corazón de madre.

Santo Tomás de Villanueva había conocido esta extraña doctrina; pero, lejos de admitirla, aprueba con todo el peso de su autoridad la interpretación que proponíamos hace poco, a propósito del texto de San Damián: "*Cristo* —dice— *estaba clavado en la cruz, a punto de morir y de volver al sitio de donde había bajado. Hizo sus disposiciones testamentarias, legando su espíritu al Padre, su cuerpo a la Iglesia, su sangre a los pecadores, al ladrón el reino del cielo, a los soldados sus vestiduras, a Pedro su Iglesia, a los Apóstoles el Espíritu Santo y la abundancia de su gracia a los elegidos. Ve a sus pies al discípulo amado, esperando su parte en la herencia del Salvador. ¿Qué te dejaré a ti, querido mío? He aquí tu madre. Es de todos mis bienes el más precioso y el más amado, y te lo doy; tuya es. Y volviéndose a su Madre: He aquí* —dijo— *tu hijo...* Y no vayamos a creer que son estas palabras vacías y estériles. Se han visto hombres doctos y piadosos que han afirmado que esta filiación no se parece en modo alguno a las que, teniendo por fundamento las adopciones humanas, son del todo exteriores y no llevan consigo cambio alguno de la intimidad del sér. Aquel que todo lo ha creado con una sola palabra, ¿no puede hacer un hijo de quien no lo era? Si pudo hacerlo, lo hizo. Así razonan estos que he dicho. Cristo, en efecto, no dijo: "*Tenia por tu Madre*", sino que dijo con un tono más afirmativo: "*He aquí tu Madre.*"

"*Que esta opinión sea devota y religiosa, no lo niego; sin embargo, no me atrevo a darle fe. La Virgen Santísima es, por consiguiente la Madre de Juan, no por una disposición puramente legal, no por naturaleza, sino por gracia. Con justicia, pues, la tomó el discípulo consigo desde aquella hora. El Señor imprimió con esta palabra en el Corazón virginal de María un amor maternal hacia San Juan, pero un amor más fuerte y más ardiente que el que naturalmente se produce en el corazón de las madres. Y recíprocamente infundió en las entrañas del Apóstol un respeto filial hacia la Virgen, tal como hijo alguno tuvo jamás para su madre. De igual modo, pues, que al decir:* ***"Este es mi cuerpo"*** *hizo del pan su verdadero cuerpo, así cuando dijo:* ***"He aquí tu hijo"****, transformó por amor el que no era más que pariente en hijo. Pero no es, sin embargo, un lazo de naturaleza, sino de gracia; más levantado, no obstante, y más íntimo del que hubieran podido formar la ley y la adopción humanas*" (S. Thom. de Villanova, Conc. I de S. Joan Apost., n. 9. Opp., t. II, p. 585, sq.).

He aquí, por tanto, lo que debió ser el efecto *ex opere operato* de las palabras del Señor, en su Madre y en su discípulo amado. Y es también la virtud que **Suárez** les reconoce como la única verosímil: "*Varios han afirmado y hasta publicado por escrito, dice el grave teólogo, que las palabras de Cristo tuvieron una eficacia verdaderamente singular: la de producir el efecto propio y físico que significaban. Hubieron, por consiguiente, impreso en la Virgen y en el discípulo amado la relación física y real de una madre para con su hijo y de un hijo con su madre lo que manifiestamente es una ficción y una imposibilidad. Porque relaciones de este género suponen un fundamento que aquí no existe. Lo que, no obstante, es verosímil, es que Cristo imprimió con las mismas palabras un amor recíproco entre la Virgen Santísima y San Juan; una fuente de amor maternal en Ella y una fuente de amor filial en él*" (*De Myster. Vitae Christi*, D. 37, S. 4, § *Tertium verbum*... Suárez añade: *Sed de hoc alias*. Si quiso con esto prometer explicaciones más amplias, no sabemos en qué parte de sus obras podrían hallarse).

Idénticos pensamientos en **Cornelio Alápide**: "*Las palabras de Cristo no son como las de los hombres, puramente orales y sin eficacia, sino palabras de Dios, reales, eficientes, que producen lo*

que significan. Por eso grabaron en el Evangelista un amor y un espíritu filial hacia la Virgen Santísima, tal como se debe tener para con una madre" (Cornel. Alápide, *Comment. in Evang. Joan*, XIX).

II. Por consiguiente, si, como lo hemos demostrado y como este último autor lo reconoce también, Cristo, en persona de San Juan, se dirige a la universalidad de sus discípulos, este mismo efecto deben producir sus palabras en ellos, respecto de María. Por lo demás, larga sería la lista de autores en los cuales se halla tal doctrina.

Bossuet la ha predicado formalmente en uno de sus más hermosos sermones: "*Deciros cómo estas palabras, lanzadas del Corazón del Hijo, se clavaron profundamente en el Corazón de la Madre, y la impresión que produjeron en él, cosa es que no me atrevo a tocar. Pensad solamente que quel que habla, **obra todas las cosas con su palabra omnipotente**; que esta palabra debe tener un efecto maravilloso, sobre todo en su Madre Santísima, y que para darle más fuerza, la ha animado con su sangre y la ha proferido con una voz moribunda, casi con el último suspiro. Todo esto junto y unido, no es imaginable lo que fué capaz de producir en el alma de la Santísima Virgen*". **Bossuet**, Segundo Sermón para el Viernes de la Semana de Pasión, 2° punto. Hay que interpretar en el mismo sentido, según creemos, a lo menos en lo concerniente a San Juan, este texto de Arnaud, obispo de Chartres: "*Vices filii naturalis accepit adoptivus, et transfunditur in ministrum filialis affectus, formaturque et firmatur in ambobus pietatis unicae gratus concorsque complexus, non ex traduce naturae, sed ex munere gratiae*" (Ernald. Carnotens., de Verbi Domini in Cruce, tract. III, P. L., CLXXXIX, 1696).

Pasamos en silencio otra porción de testimonios atribuyendo la misma eficacia a las palabras del Salvador. Se hallarían en abundancia acudiendo a las obras que reconocen en esas mismas palabras una proclamación de la maternidad de gracia (Véase más arriba, 1. VI, c. 2, p. 286 y sigs.).

Ahora bien; lo que la autoridad del testimonio nos lleva a creer, la naturaleza misma de las cosas y la experiencia se unen también para persuadírnoslo. He dicho la naturaleza de las cosas. Recordemos el gran Principio establecido por Santo Tomás de Aquino, cuando se trataba de determinar las perfecciones de gracia concedidas a la Madre de Dios: "*Cuando Dios escoge por Sí mismo alguna de sus criaturas para una función especial, la dispone por adelantado y la prepara a cumplir dignamente el ministerio a que la destina*" (S. Thom., 3 p., q. 27, a. 4. Cf. p., 1. p., 1 III, c. 3, t. I, p. 256 y sigs.).

Si en ciertas circunstancias muy especiales un hombre rico y poderoso deja por testamento a un extraño por hijo de su madre, deberá, si es prudente y si los ama, recomendarles que tengan él para ella y ella para él sentimientos conformes con los nuevos lazos que los unen. Es todo lo que puede hacer, y no más. Pero lo que basta para un hombre, no basta cuando es Dios el que forma esta alianza, porque su poder va más lejos.

Así, vemos que el orden de la naturaleza ha plantado en el corazón de las madres y en el de los hijos un afecto mutuo, tan espontáneo, tan universal, que para carecer de él sería preciso despojarse del ser humano. Dios no puede ser menos liberal en el orden de la gracia. Por consiguiente, y es una conclusión que se impone, haciendo y declarando a María Madre nuestra, ha debido darle superabundantemente el corazón, las disposiciones, los sentimientos y el afecto de una madre. Por consiguiente, las mismas palabras que, salidas de su corazón

más todavía que de su boca, se oyeron en el Calvario, dirigidas a la Virgen bendita, llevaban en sí una llama de amor que la abrasó en amor maternal hacia los hombres. Y estas mismas palabras prendieron en el corazón de los discípulos un amor filial a María que no debe extinguirse jamás, porque la filiación que sancionan durará tanto como la maternidad; es decir, hasta la consumación de los siglos y aún más allá.

¿No es esto lo que nos descubre en cada página y casi en cada línea la historia del pueblo cristiano? Jamás palabras algunas han tenido un comentario tan vivo y tan palpable. No es éste lugar de referir las universales manifestaciones de este doble amor. La ternura y la abnegación de la bienaventurada Virgen no se cansan ni se agotan nunca: continuamente resuena en su corazón la amantísima y poderosísima voz del Hombre-Dios, diciéndole:"*Mujer, he aquí a tu hijo.*" Y lo que decimos de la Madre hay que entenderlo, guardada la debida proporción, de los hijos que le fueron dados.

Es que la palabra de Jesús: **He aquí a vuestra Madre**, obra siempre a través de los siglos, poniendo en los corazones de los fieles respeto, confianza y amor instintivos hacia su divina Madre.

Recordamos que el abad Guerrico ha señalado con mucho acierto este doble efectoen su primer sermón sobre la Asunción de María. Después de haber mostrado la vivacidad y duración de los sentimientos maternales de esta Virgen, aun rechazada por sus hijos, añade : "***Vide autem si non et filii matrem videntur agnoscere, dictante utique ipsis veluti quadam naturali pietate fidei****, ut ad invocationem nominis ejus refugiant in ómnibus necessitatibus et periculis, tanquam parvuli ad sinum matris*" (Guerric. Abb., in Assumpt., scrrn. I, nn. 3 et 4, P. L., CLXXXVI, pp. 188, 189).

No nos pongáis por delante, como objeción, a esos cristianos que son para Ella olvidadizos o indiferentes, porque hay muchos hijos naturales que no son ni más amantes, ni más respetuosos hacia su madre carnal, o porque no han tenido la dicha de conocerla, o porque están más o menos **desnaturalizados**. Si la conducta de éstos no prueba nada contra la voz común de la naturaleza, ¿por qué desconocer la de la gracia, bajo el pretexto especioso de que no siempre es oída y atendida?

Por lo demás, podemos invocar en este asunto un testimonio bien respetable. Es **León XIII** quien lo da en una de sus Encíclicas sobre el Rosario. Hablando de la indulgencia y de la benignidad sin medida de la Virgen Santísima, nuestra universal Mediadora junto a su Hijo, añade el Pontífice: "*Así es como Dios nos la ha preparado. Por lo mismo que la dió por Madre a su Unigénito, la inculcó sentimientos maternales, sentimientos que sólo respiran amor y perdón... Así también la proclamó Jesús desde la cruz, cuando encomendó a sus cuidados y a su amor a todo el género humano, en la persona de Juan, su discípulo amado; así, en fin, se dió Ella misma cuando, recogiendo con un corazón varonil laherencia de inmensa labor que le dejaba su Hijo moribundo, comenzó sin tardanza a cumplir con todos sus deberes de Madre.*

"*Y este designio de misericordia realizado en María por Dios y confirmado por el testamento de Cristo, lo sintieron desde el principio dichosamente los Apóstoles y los primeros fieles. Lo sintieron también los venerables Padres de la Iglesia y todas las naciones cristianas de todas las edades con ellos. Y aun cuando sus palabras y escritos enmudecieran, una voz escapada de todo pecho cristiano nos lo*

recordaría elocuentemente. Y la razón es que la fe divina, por un impulso poderosísimo y dulcísimo, nos empuja y nos lleva a María... Muy dignos de lástima son aquellos que, participando de nuestra santa fe, se atreven a motejar a veces como excesivo y exagerado nuestro culto hacia la Virgen Madre, porque en esto hieren grandemente la piedad filial' (Leo XIII, Encycl. *Octobri mense*; 22 sept. 1891).

El mismo Soberano Pontífice, en otra Encíclica, habla también de esta devoción filial de los cristianos hacia María, como de un sentimiento que les es en cierto modo natural. Recuerda la escena del Calvario; cómo en la persona de su discípulo, Cristo había designado a María por madre de todo el género humano, pero especialmente de los fieles; cómo, después de haber sido la Cooperadora de la Redención, recibió esta Señora un poder casi inmenso para dispensar los frutos de la gracia. "*He aquí por qué* —continúa León XIII— *las almas cristianas, movidas por una especie de impulso nativo, se dirigen a María; por esto le comunican confiadamente sus proyectos, sus obras, sus penas y sus gozos; por esto se encomiendan a Ella, con todo lo que tienen, entregándose a su solicitud y a su bondad como hijos: more filiorum*" (Leo XIII, Encycl. *Adjutricem populi*, 5 sept. 1895).

Sentido exacto de las palabras de la promulgación de la maternidad espiritual de María

Sentido exacto que debe darse a las palabras de la promulgación de la maternidad espiritual de María. ¿Tienen sentido espiritual o típico? ¿Tienen sentido literal? ¿Cuál es?

Hemos probado, según nos parece, si no con absoluta certeza, a lo menos con la más sólida verosimilitud, que las palabras de Cristo Crucificado expresan la maternidad espiritual de la Santísima Virgen, de otro modo que por**acomodación**. La significan **realmente**, según la intención misma de Aquel que las ha pronunciado. Pero aquí se plantea una cuestión más difícil de resolver, y que no se ha tratado ni discutido tanto: ¿Cuál de los sentidos escriturísticos es el que se debe atribuir a dichas palabras? Además del sentido**acomodaticio**, del cual ya no tenemos que ocuparnos, hallamos en los autores dos maneras de interpretar este texto evangélico. Propondremos una y otra con las razones principales sobre las cuales las apoyan. El lector escogerá por sí mismo la que le agrade más. Que recuerde, no obstante que la divergencia de opiniones sobre este punto secundario y hasta nuestra impotencia para darle una solución cierta no deben volver a poner en discusión el sentido real tan generalmente admitido. ¿No es cosa corriente el ver los espíritus dividirse cuando se trata de explicar más a fondo y de precisar con la mayor exactitud conclusiones sobre las cuales estaban de acuerdo, sin que la variedad de de las explicaciones llegue hasta traer dudas de la verdad ya demostrada? Por consiguiente, sea que el lector se incline a una teoría, sea que se ponga de parte de otra, debe retener firmemente la principal, esto es, la promulgación de la maternidad de gracia hecha por Cristo agonizante en la cruz.

I. Antes de exponer la primera solución, debemos recordar una propiedad singular de la palabra de Dios, contenida en nuestros Libros Santos: La palabra de los hombres no tiene más que un sentido: el que se llama sentido literal e histórico; queremos decir, el sentido que resulta de las palabras, con o sin el uso de la metáfora. Además del sentido de las palabras, la

palabra divina contiene un significado más alto, sobrepuesto al sentido literal y desprendiéndose no ya inmediatamente de los vocablos, sino de las cosas expresadas por ellos. Este es el que generalmente se ha convenido en llamar sentido espiritual, típico o místico.

El sentido espiritual comprende de ordinario tres subdivisiones principales: es sentido alegórico, cuando las cosas significadas por las palabras figuran la Ley nueva; analógico, si representan la gloria eterna o las cosas del cielo; tropológlco, cuando tienen relación con lo que debemos hacer o debemos ser. Por ejemplo, Jerusalén, además del sentido literal, puede significar y significa a veces en la Escritura la Iglesia, en sentido alegórico; el cielo, en sentido analógico, y el alma fiel, en sentido tropológico (S. Thom, I p., q. 1, a 10); porque la ciudad de Jerusalén era, según los diferentes textos, una figura o tipo de esas tres cosas.

Procuremos hacer más claras, por medio de ejemplos, estas nociones, demasiado abstractas. Leemos en el Evangelio que los soldados, después de haber quebrado las piernas a los dos ladrones crucificados con Cristo, se acercaron al Salvador; pero, dice el texto sagrado: "*Viendo que ya estaba muerto, no le rompieron las piernas.*" Y el Evangelio añade:"*Para que se cumpliese lo que estaba escrito: No será quebrantado ni uno solo de sus huesos*" (Joan, XIX, 32-34).

Ahora bien; si vamos al texto del Exodo, de donde están sacadas estas palabras (Exod., XII, 46; col. Num., IX, 12), hallamos que esta prescripción se aplica manifiestamente al Cordero pascual. Los judíos, en la solemnidad de la Pascua, debían comer un cordero por familia, y comerlo todo entero; además, les estaba prohibido romperle hueso alguno. Tal es el sentido literal e histórico de la prescripción divina. Pero este cordero, inmolado primero en el Templo y comido en cada casa, según el rito ordenado por Dios, representaba proféticamente al **Cordero de Dios, que por su muerte borra los pecados del mundo** (Joan., I, 29: Isa., XVI, I, etc.), y el sacrificio de la Pascua judía era la figura y la promesa del sacrificio de la cruz. Por consiguiente, el significado del texto bíblico va más lejos que el alcance inmediato y literal de las palabras, porque **por la cosa** que expresan, significa este texto a Cristo mismo, a Cristo como víctima. El Espíritu Santo, al inspirar el relato de Moisés, tenía dos cosas a la vista: determinar uno de los ritos que se debían guardar en la celebración de la Pascua y figurar en ese rito y por ese rito lo que debía pasar en el Calvario. Por consiguiente, el texto del Exodo, recordado por San Juan, se aplica a dos corderos: al cordero figurativo, según el sentido literal o el significado de la letra, y al **Cordero por excelencia**, según el sentido místico o el significado de la cosa; en otros términos, al tipo y al antitipo, a éste mediatamente, e inmediatamente al otro.

El Antiguo Testamento está lleno de significados místicos. A cada instante el Evangelio y los escritos de los Apóstoles, especialmente las Epístolas de San Pablo, nos lo hacen tocar y palpar (Cf. I Cor., X).

¿Debemos admitir igualmente esta clase de sentido en los Libros de la Nueva Alianza, y especialmente en el Evangelio? Aunque las significaciones místicas sean menos numerosas, nada autoriza a desterrarlas de estos Libros Santos.

Los Padres más graves las han señalado expresamente. Así, por ejemplo, las dos pescas milagrosas representan, según ellos, a la Iglesia. En la primera, echando Pedro la red por or-

den de Cristo, "*cogió tan gran cantidad de peces, que las redes se rompían*", dejando escapar parte de la presa (Luc., V, 5. sqq.).

Tampoco cabe duda que los Apóstoles debieron escoger la pesca, guardando los peces buenos y arrojando los malos al mar (Matth., XIII, 48).

En la segunda pesca, la que hicieron después de la resurrección del Señor, la red, por el contrario, y como expresamente lo nota el Evangelio, no se rompió, a pesar del gran número de peces; y eran todos grandes y hermosos peces, dignos del festín preparado por Jesús. ¿Quién no ve en ambas pescas, presididas por San Pedro, una anterior a la Resurección de Cristo, y otra posterior, la viva imagen de la Iglesia reunida por orden de Jesús, por aquel a quien hizo este Señor pescador de hombres?

En su estado presente, la Iglesia, aun cuando haya sido sacada milagrosamente de las aguas de este mundo, encierra en su seno pecadores juntamente con los justos, y, ¡cuántos hombres se escapan de Ella después de haber roto las redes con el cisma y con la herejía! Pero en el estado futuro, es decir, en el estado de la Iglesia triunfante, después de la resurrección final, la red, por muy llena que esté, no sufrirá ruptura alguna, y nada de lo que encierra será jamás arrojado de ella. Tal es el significado de la segunda pesca, y así, tenemos en esos dos relatos del Evangelio el sentido místico sobreponiéndose al ¡sentido literal y coordinándose con él (La interpretación de las dos pescas es de San Agustín, Tract. CXXXIl *in Evang. Joan*. c. 10, n. 7. P. L., XXXV, 192).

Si el objeto del escritor sagrado, o, mejor dicho, del Espíritu Santo, que lo inspiraba, no hubiera sido expresar con los hechos ese doble estado de la Iglesia de Dios, nos explicaríamos difícilmente el por qué de ciertos detalles, bastante indiferentes por otro estilo, de que están llenas ambas relaciones. No se concebiría tampoco de dónde les vino a los primeros fieles aquella costumbre universal de considerar a los cristianos como peces sacados del agua por el ministerio de los sacerdotes de Cristo (Cf. Matigny, *Dictionnaire des Antiquités chrétiennes*, Art. Poisson, § 2, p. 656 y sigs. París, 1877), y a éstos como pescadores, que tienen al frente al **Pescador**, vicario de Cristo y sucesor de Pedro.

A este ejemplo, traído de San Agustín, sería fácil añadir otros. El modo como Jesucristo, hablando de la ruina de Jerusalén, mezcla en cierto modo las circunstancias de esta catástrofe particular con las de la catástrofe universal y final del mundo, ¿no nos da a entender que la una es figura de la otra? Por último, ¿no entiende San Juan Crisóstomo la entrada de Cristo en Jerusalén montado en una pollina, como figura de la conversión de los gentiles? (San Joan Chrysost.. hom. (66 al 67), n. 2. P. G., LVIII, 627).

El error, pues, de la Escuela de Alejandría, no es el haber puesto de relieve más que otra alguna las significaciones típicas de las Escrituras, sino el haber a veces exagerado el número y desnaturalizando sobre todo el carácter de ellas, suprimiendo con demasiada frecuencia el sentido literal, base indispensable del espiritual y místico (Cf. Bellarmin., *De Verbo incarn.*, 1. III, c. 3, y sobre todo Cornely, *Introdd. general in sacr. V. T. libros*, D. III, S. I., p. 540, sil.).

Estas nociones sumarias bastan para entender el primer modo de interpretación. Nuestro Señor habría confiado su Madre a Juan para que éste ocupase su lugar cerca de Ella y la rodease de una solicitud, de un respeto y de un amor verdaderamente filiales. Recíprocamente habría dado Juan a María para que ella lo mirase como su hijo, como un hijo en el cual esta Señora, privada desde entonces de Jesús, le viese en cierto modo sobrevivir. Tendrán el uno y la otra relaciones de hijo a madre y de madre a hijo. Tal es, seguramente, el sentido histórico. Pero Juan representaba a los fieles, como el Cordero pascual representaba al Cordero de Dios. Por consiguiente, no fue sólo a él a quien la Virgen Santísima se dió por Madre. A esta relación establecida por Nuestro Señor entre Ella y él, relación cuyo fin inmediato era procurar a María una asistencia análoga a la que le va a faltar perdiendo a su hijo Jesús, viene a sobreponerse otra relación significada por la primera. Desde aquel momento, todos los discípulos de Cristo, todos los fieles, que lo sean actualmente, o a lo menos por destinación, serán por voluntad del Salvador, y en el orden sobrenatural, otros tantos hijos de la Virgen Santísima, y todos deberán ver en Ella a su Madre, y como tal amarla y venerarla. He aquí, en cuanto a la substancia, el primer modo de interpretación. Nadie lo ha expuesto mejor ni más ampliamente que el Padre Joaquín Ventura en su hermoso libro titulado: **La Madre de Dios, Madre de los hombres** (I part., c. 4 y sigs).

No investigaremos curiosamente si los otros autores que han leído en las palabras de Nuestro Señor una promulgación intencional de la maternidad de gracia admiten esta explicación. Ninguno de ellos, por lo menos, la rechaza expresamente. Se adapta, en general, a las expresiones que emplean, y muy particularmente a la fórmula de que se sirven todos o casi todos: Juan **representaba** a los fieles, y éstos, en la **persona del discípulo amado**, fueron confiados como hijos a María.

Se han levantado en estos últimos tiempos dos objecciones contra la teoría del sentido místico. La primera parte de este principio:

Las significaciones típicas o espirituales son exclusivamente propias del Antiguo Testamento; aserto que, si estuviese bien demostrado, bastaría para echar por tierra del todo la explicación que dábamos hace un instante. Pero, ¿está bien demostrado? No hallaréis, es cierto, en el Nuevo Testamento la abundancia de tipos y figuras que en el Antiguo; estamos de acuerdo. Mas, ¿es éste un motivo para negar que existan? Algunos Padres parece que lo han hecho; también lo concedemos; pero estos Padres hablaban de los tipos **proféticos**, que prometieran ya a Cristo, ya a su Iglesia. Antes de Cristo, la sombra y la figura; después, la realidad. Excluidos estos tipos, hay otros que pueden tener su lugar en la Ley Nueva. Santo Tomás lo enseña expresamente; ya hemos visto a varios Padres reconocerlo también, y fácil sería citar otros muchos que abundan en las mismas ideas. Esta primera objeción no es, por consiguiente, decisiva.

Pasemos a la segunda. Bien está, dicen algunos adversarios del sentido típico; pero aun cuando se admita este sentido en el Nuevo Testamento, no puede hallarse en el texto que discutimos. Cierto es que no se deben exprimir todos los detalles y hacer entrar en la significación típica todas las circunstancias y todas las fases de la letra. Pero hace falta que el fundamento de la figura o tipo, su razón, *ratio typica*, como se llama, se encuentre en el punto culminante de esta misma letra. Ahora bien; nada hay de esto en el texto que estudiamos. El

punto culminante del relato evangélico, o, mejor dicho, de las palabras de Nuestro Señor, es que Jesús quiere recomendar y recomienda, en efecto, su Madre a los cuidados del discípulo amado. ¿Diráse que Juan, al recibir este sagrado depósito, representa a todos los fieles, y que Jesús confía a todos la Virgen Santísima para que ellos sean su apoyo y sostén? Tal es la objeción. He aquí la respuesta:

El fundamento del tipo o figura se debe buscar en el hecho mismo; en otros términos, en el acto y en las palabras del Salvador. Ahora bien; ¿qué significan literalmente esas palabras? Establecen entre Juan y María Santísima la relación de Madre a hijo y de hijo a Madre: *Ecce filius, tuus, ecce mater tua*. Sin duda que la ocasión, o, si se quiere, la razón próxima que determina este acto del Salvador, es la de dejar un protector a María. Pero Jesús no ha dicho: "*He aquí tu sostén*", sino "*He aquí tu hijo*". A San Juan le toca sacar la consecuencia y velar sobre María, como un hijo sobre su madre. ¿Qué otro hecho podría ser base más conveniente para fundamentar un tipo?

No se trata del discípulo, en cuanto que debe rodear de cuidados a María, sola y desolada, sino de ese mismo discípulo en cuanto es dado a María por hijo, representando a los cristianos. Ahora bien; de nuevo lo repetimos, he aquí lo que las palabras del Salvador expresan: una relación doble, relación de Madre a hijo, relación de hijo a Madre. Añadamos que la consecuencia misma que resulta para Juan de una filiación tan gloriosa, puede no ser extraña a la razón de la figura. Porque nosotros también, hijos espirituales de María, debemos como tales sostenerla en los intereses de su gloria, como lo dicen expresamente las fórmulas de consagración que están en uso entre los congregantes de la Virgen Santísima.

¿Diráse que este tipo es defectuoso también por otro estilo? Porque, en efecto, si Juan, por la filiación que recibe en el Calvario, representa la filiación de los cristianos, ésta, por el hecho mismo, es más excelente que aquélla. ¿Seremos nosotros más perfectamente hijos de María que Juan lo era por el Testamento de Jesús? Fácil es la respuesta a esta nueva dificultad. Nadie ignora que la libertad de los judíos, volviendo de la cautividad donde los habían tenido los reyes de Babilonia, después de la toma y ruina de Jerusalén, es propuesta por los profetas como figura de una libertad más universal y más deseable, la que Dios nos ha preparado por Cristo. Nadie ignora tampoco que los judíos fieles que recibieron el beneficio de la primera libertad, han recibido también la segunda, no habiendo hombre alguno que haya sido libertado del pecado sino por Cristo. De igual modo, por consiguiente, que la libertad temporal de los judíos, volviendo de Babilonia, significaba la libertad espiritual que les era común con todos los redimidos; así, la filiación particular de Juan significaba la filiación común respecto de Nuestra Señora, es decir, una filiación más elevada, de que él mismo participó en la medida de su mérito y de su santidad.

II. Estas consideraciones no dejan de tener peso, y si no hubiera otro sentido real que dar a las palabras de Cristo, excluido el sentido puramente acomodaticio, abrazaríamos, según nos parece, la significación típica como únicamente verdadera. Pero, todo bien considerado, ¿no sería posible defender el sentido literal y explicar por él cómo la Virgen Santísima es verdaderamente, por el Testamento de Cristo, la Madre universal de los cristianos, más aún, de todos los hombres sin excepción? Por lo demás, aunque gran número de testigos aducidos en los capítulos precedentes representan expresamente al discípulo amado, como tipo y

figura de los fieles todos, sin embargo, no emplean un modo de hablar tan claramente significativo del sentido espiritual y típico. Muchos se contentan con afirmar que hemos recibido a María como Madre, **en la persona de Juan**. Ahora bien; esta última expresión puede adaptarse no sólo a la significación típica, sino también al sentido literal.

Y, de hecho, hay autores que al tocar esta cuestión han creído poder interpretarla de esta manera. Y si les preguntáis cómo las palabras del Señor, una vez excluido el sentido típico pueden significar la maternidad espiritual de María, he aquí la primera explicación, la única, por otra parte, que estos autores han formulado netamente, a lo menos en cuanto nuestras pesquisas nos permiten juzgar de ello. La maternidad de gracia habría sido expresada, no directamente, sino por **vía de consecuencia**. Tendríamos, por consiguiente, aquí lo que se ha convenido en llamar el sentido literal **consecuente**, es decir, un sentido que, no estando contenido en **la letra**, puede salir de ella por razonamiento, en virtud de una deducción propiamente dicha. Antes de mostrar cómo esta deducción puede hacerse y sobre qué cimientos se apoya, digamos en pocas palabras, gracias a qué circunstancias y en qué condiciones una verdad así deducida de la palabra de Dios podría, según varios intérpretes y teólogos, ser tenida por revelada y creída, por consiguiente, por el mismo testimonio de Dios.
Si se tratase de una palabra puramente humana, no se tendría el derecho generalmente de atribuir a su autor el sentido obtenido por semejante proceder, puesto que para obtenerlo hace falta emplear un elemento que no está contenido en la palabra misma. Pero lo que no puede suceder con la palabra del hombre se hace posible con la de Dios. Supongamos, en efecto, que en su presencia infinita Dios ve que de su propia palabra y de una verdad cierta, por otra parte, aunque no haya sido revelada por Él, sacaríamos nosotros, **naturalmente**, una consecuencia igualmente cierta; supongamos (repetimos) que Él la ve y que nada de su parte nos retrae para no ir directamente a esta conclusión. ¿No puede decirse que hace **suya la misma conclusión**?

Esta se convierte, por lo mismo, en el sentido consecuente de la propia palabra de Dios, pero en un sentido que podremos creer por su autoridad. En tal ocurrencia se verificarían las palabras siguientes de **San Agustín**: "*El Espíritu Santo, que por el ministerio del escritor inspirado ha escrito esas palabras, previo ciertamente que tal pensamiento se presentaría al espíritu del lector o del oyente; más todavía, quiso, con designio premeditado, que se ofreciese dicho pensamiento conforme como está con la verdad*".

La Sagrada Escritura misma, en más de un lugar, parece confirmar esta manera de ver. San Pablo, a fin de probar el derecho que tienen los obreros apostólicos de recibir de los fieles las cosas necesarias a la vida, apela a la autoridad misma de Dios. "*Lo que digo aquí, ¿es acaso sólo un razonamiento humano? La ley misma, no lo dice? Porque escrito está en la Ley de Moisés:* "*No pondrás bocado al buey cuando trilla*" (Deut., XXV, 4). "*¿Tiene Dios cuidado de los bueyes? ¿No es más bien para nosotros mismos por lo que ha dado esta ordenanza? ¡Sí! Para nosotros se ha escrito*" (I Cor., 8, sqq.).

¿Cómo significa el texto del Deuteronomio la aplicación que hace de él San Pablo a los ministros del Evangelio? Seguramente, no en el sentido literal inmediato, puesto que la ley no habla expresamente sino de los bueyes. Tampoco en sentido típico: ¿quién ha podido jamás creer que puedan esos animales representar a los predicadores de la fe? Sí, por consiguiente,

el texto contiene lo que de él saca el Apóstol, no puede ser sino en el sentido**consecuente**. Es como si San Pablo hubiera dicho: "*Dios ha querido que estuviese permitido a los animales el vivir de su trabajo. Ahora bien; su providencia es mucho más exquisita con los obreros de su gloria; por consiguiente, y con mayor razón merecen ellos también su recompensa, es decir, una asistencia temporal en vista de sus trabajos*" (I Tim., V, 18).

He aquí ciertamente un sentido consecuente. Ahora bien; este sentido está expresamente atribuido por San Pablo a la Ley promulgada por Dios en un texto del Deuteronomio.

Tal es, dicen graves autores, el sentido en el cual las palabras de Jesús, muriendo en la cruz, expresan la maternidad espiritual de María. Jesús, al pronunciar estas palabras, y el Espíritu Santo al conservárnoslas en el Evangelio, sabían que los hombres podrían y deberían deducir de ellas que María les ha sido dada por Madre, y que ellos mismos son, por voluntad de Cristo y por el oficio que desempeñó la Virgen Santísima en su Pasión, hijos espirituales de esta Señora. Lo sabían, y era su intención que sucediera así, porque todo, en el texto, en el contexto y en las circunstancias, conduce, por lo menos, a sacar esta consecuencia.

Primero en el texto, y podemos señalar dos razones. Ya hemos señalado la primera cuando pesábamos el modo significativo con que el Evangelio habla en este lugar de San Juan. Es el discípulo, el discípulo que Jesús amaba, el discípulo de pie junto a la cruz, como para hacernos entender que podemos tener parte en el don que Cristo le hace, según la medida en que seamos también nosotros sus discípulos, en que seamos amigos del Señor y estemos unidos a su cruz.

En el contexto. Ya lo sabemos, las otras palabras de Jesucristo tienen un alcance general, no obstante el carácter particular que presentan a primera vista. Cuando, por ejemplo, dice:"*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*", ruega, sin duda, inmediatamente por sus jueces, por sus injuriadores, por sus verdugos; pero su oración va más lejos; todos los pecadores están comprendidos en ella, sin excepción de tiempo ni de lugar; tanto más, cuanto que todos han concurrido por su parte a darle muerte. No diréis que la oración de Cristo tiene esta extensión porque los judíos son aquí **figura** de los pecadores; tampoco diréis que todos éstos son, en el sentido literal inmediato, objeto de la misma plegaria. Por consiguiente, si las palabras del Salvador deben aplicarse a la universalidad de los culpables, no es, quizá, sino en el sentido llamado **consecuente**. Cuando oímos a nuestro divino Maestro rogar por los malhechores que le persiguen con sus ultrajes, recordamos que es la Víctima universal, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, y **deducimos** por esto que, rogando por los deicidas, debe rogar también por nosotros y por los otros pecadores, semejantes a nosotros, y que podemos apelar a su oración ante Dios para levantar nuestra confianza y reclamar su misericordia.

Fácil sería hacer un razonamiento análogo sobre la segunda palabra de Cristo crucificado, es decir, mostrar que la promesa hecha al ladrón creyente y penitente se extiende a los otros criminales, que imitan su fe, su arrepentimiento, su esperanza y su resignación. Parece, por consiguiente, que se podría con el mismo derecho sacar de las palabras de Nuestro Señor la maternidad de gracia, a falta del significado típico y de todo otro sentido literal; tanto más, cuanto que las circunstancias mismas, como ya lo hemos demostrado, exigían que esta maternidad fuese entonces altamente promulgada.

A estas ideas parece que se podía referir el sentir de un autor de mérito, cuyo testimonio es, no obstante, invocado por los partidarios de la pura acomodación. "*¿Puedense* - pregunta él – *emplear las palabras dirigidas por Cristo desde la cruz, ya a su Madre, ya a San Juan, para legitimar nuestra devoción a la Virgen Santísima? ¿Y en qué sentido podríamos hacerlo? ¿En el sentido literal? ¿En el sentido acomodaticio? ¡Sí!, lo podemos,* ***pero en un sentido deducido del sentido literal, gracias a la paridad de razón,*** *de este modo. Por estas palabras quiso Cristo que Juan honrase a la Virgen Nuestra Señora, y la tuviese por Madre, y esto por amor a Jesús, de quien era Madre; nosotros, pues, que también somos discipuIos de Jesús, como Juan, y que le debemos el mismo amor, responderemos a los deseos de este Señor rindiendo el mismo culto a su Madre glorificada en los cielos: porque merece Ella tanto más honor, cuanto que su gloria en el cielo sobrepuja muy mucho a la dignidad que tenía sobre la tierra*" (Van Steinkiste, 171, *Evang. Matth.* p. 14, s. 3, & 8).

Debemos hacer notar, sin embargo, para ser exactos, que la aplicación de esta teoría del sentido **literal consecuente** a la interpretación de las palabras del Salvador puede entenderse de dos maneras: la primera consistiría en no ver en la afirmación de la maternidad espiritual, así deducida con ayuda del razonamiento, sino una sencilla conclusión teológica, lo que respondería poco o nada a lo que los áutores cuyos testimonios citábamos tenían designio de expresar. Siguiendo la segunda manera, esta conclusión sería ella misma **palabra de Dios**. Aquí nos llevaría la enseñanza de los intérpretes a quienes hemos visto colocar entre las verdades que deben creerse bajo la autoridad de Dios, no todas las conclusiones que salen de un texto formalmente revelado, sino aquellas por lo menos que, por la presciencia y voluntad de Dios, deben ser próxima y naturalmente deducidas. Pero, hay que decirlo, aunque esta doctrina no parece de todo punto improbable, tiene muchos opositores. De donde inferimos que no sería oportuno el adherirse al **sentido consecuente** como a la única interpretación aceptable en las presentes circunstancias.

III. En parte alguna, lo debemos confesar, hemos visto discutida la cuestión del sentido**literal**, no ya **consecuente**, sino **inmediato**. No dejamos, pues, de abordarla con alguna vacilación; dichosos seríamos si pudiéramos demostrar, por lo menos, la probabilidad. En la Ultima Cena, Nuestro Señor Jesucristo, después de haber dado a comer su Cuerpo y a beber su Sangre a los Apóstoles, congregados a su alrededor, les dijo: "*Haced esto en memoria mía*" (Luc., XXII, 19).

Así se instituyó el sacrificio y el sacerdocio de los cristianos (Concil. Trident., sean. XIII. c. 1, et sess. XXII, c. 1), sacrificio y sacerdocio que debían perpetuarse hasta el fin de los siglos, porque el poder de consagrar el Cuerpo y la Sangre del Señor no estaba sólo asegurado por las palabras del Maestro dirigidas a los discípulos, considerados **personalmente**, sino a los mismos discípulos tomados **jurídicamente**, es decir, junto con todos sus sucesores en el sagrado ministerio del altar. ¿No se podrían interpretar de una manera análoga las palabras de Cristo: "*He aquí tu hijo, he aquí tu Madre*"? Juan solo está al pie de la cruz para recibir de la boca de Cristo el don que esas palabras encierran, como solos estaban los doce con Él cuando instituía el sacramento perpetuo de su amor. Pero en Juan y por Juan aquellas palabras de bendición iban dirigidas a todos los herederos de su fe, a todos los discípulos amados de Jesús, como la institución del sacerdocio iba encaminada, en los Apóstoles y por los Apóstoles, a los sucesores que debían continuar su misión en la Iglesia de Dios.

Diréis, quizá, que este ejemplo prueba demasiado, o, lo que es lo mismo, que no prueba nada. En efecto; el poder de ofrecer el sacrificio eucarístico es el mismo en los sacerdotes de Cristo que en los Apóstoles de Cristo, de quienes estos sacerdotes lo han originalmente recibido. Por el contrario, las palabras dichas a Juan significan para él alguna cosa exclusivamente propia: el oficio filial que debe cumplir junto a María en lugar de Jesús, mientras que esta divina Madre no se reúna con su Unigénito en el cielo.

Es cierto: las palabras del Salvador tienen una más amplia extensión en cuanto se aplican al discípulo amado. Pero esto mismo, ¿impediría que la conclusión fuera legítima? Podríase negarlo sin salir de nuestro ejemplo. ¿No es cierto que el "*Haced esto en memoria mía*" no se entiende en todos los sacerdotes del Nuevo Testamento en un sentido **absolutamente** el mismo que debemos interpretarlo de Pedro? Este no depende más que de Dios en el ejercicio- de su ministerio sagrado, mientras que este mismo ejercicio se hace ilegítimo en los sacerdotes que quisieran sacrificar contra las ordenes de Pedro.

Escojamos otro ejemplo más concluyente. Cristo, antes de subir al cielo, dijo a los mismos Apóstoles: "*Id y enseñad a todas las naciones..., y he aquí que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos*" (Matth., XXVIII, 19, 20; col. XVIII, 18).

Es unánime opinión de los teólogos e intérpretes que Jesucristo, confiriendo este poder y este privilegio al colegio apostólico, tenía en perspectiva el episcopado de todos los siglos. Además, están acordes en ver en las mismas palabras de Cristo una prerrogativa de infalibilidad personal para cada uno de los Apóstoles, prerrogativa que debía perpetuarse en el cuerpo de los pastores, unidos a su Jefe, sucesor de Pedro, y que, sin embargo, no convendría individualmente más que a éste. Por consiguiente, uno era el alcance de las mismas palabras del Salvador, en cuanto se dirigían a los miembros del colegio apostólico, y otra la manera de comprenderlas con relación a los sucesores de ellos en el episcopado. Y esto nos lo demuestran y enseñan las circunstancias, los hechos y la naturaleza de las cosas, que no exige para cada uno de los Obispos un privilegio igual al que tuvieron los primeros promulgadores del Evangelio.

¿Por qué no dar una interpretación semejante al Testamento del Señor, legando su Madre al discípulo amado? La maternidad principal es la maternidad de gracia. Ella, Nuestra Señora, abrazará como hijos a Juan y a todos los discípulos de Cristo, herederos de la fe de Juan. Pero en esta Comunidad de relaciones entre la Virgen Santísima y los discípulos del Señor, habría alguna cosa particular para el amado de Jesús: para él solo el privilegio y el gozo de tener con María, mientras viva en la tierra esta Señora, ese comercio más familiar y más íntimo que debe establecerse entre una madre y un hijo adoptivo.

Que las palabras del Salvador agonizante encierren para él esta ampliación y esta restricción para los demás, fácil es deducirlo de las circunstancias mismas de la donación. La maternidad, como la filiación puramente espiritual, pueden extenderse a los fieles de todos los tiempos y de todos los lugares, lo mismo que el beneficio de la Redención, que nos ha dado el derecho para llamar a Dios nuestro Padre. Pero es claro y manifiesto que no es lo mismo ya cuando se trata de las relaciones entre la Madre Virgen y el discípulo virgen, significadas por estas palabras del Evangelista: "*Y desde aquella hora la tomó el discípulo consigo*", para rodearla en su desamparo de la amorosa y respetuosa solicitud que un buen hijo debe a su Madre.

Un tercer ejemplo, sacado también del Evangelio, confirmaría esta explicación. Eh el pasaje en el cual dice Cristo a sus Apóstoles: "*Todo cuanto ligareis sobre la tierra será ligado en el cielo, y todo cuanto desatareis en la tierra será desatado en el cielo*" (Matth., XVIII, 18).

En efecto: aunque esta promesa se refiere a todos los Apóstoles con sus sucesores en la Iglesia, la intención de Cristo no es que ella se realice según la misma medida en cada uno de los Apóstoles y de sus sucesores, como debe verificarse en Pedro y en los Papas, Vicarios, como él, de Cristo; y nadie podría, sin errar en la fe, fundar sobre esta promesa la igualdad de poder entre unos y otros.

De igual modo, por consiguiente, que Jesucristo confirió en la Ultima Cena, no sólo a los Apóstoles, sino a todos los sacerdotes, el poder de ofrecer el sacrificio eucarístico; de igual modo que más tarde, en las orillas del lago de Tiberiades, entregó en la persona de **San Pedro** a todos los Soberanos Pontífices legítimamente elegidos el poder de apacentar sus corderos y sus ovejas, y que en la misión de enseñar a todas las naciones comprendió en los Apóstoles a los obispos sucesores de ellos, así quiso en el Calvario dar a María por Madre a todos sus discípulos en la persona de San Juan, su discípulo amado. Si el paralelismo no es una ficción, en el último caso, como en los otros, tenemos el sentido literal y el sentido inmediato de las palabras de Nuestro Señor. Repetimos que adelantamos esta explicación con toda reserva; pero advirtiendo, no obstante, que responde a la fórmula comúnmente empleada por infinidad de autores, cuando nos dicen que hemos sido dados por hijos a la Virgen Madre en la persona de San Juan.

Por otra parte, volvemos a decir que cualquiera que sea la solución a que nos adhieramos, en el sentido puramente acomodaticio nos parece definitivamente excluido: no es al hombre, sino al mismo Cristo, a quien hay que atribuir la significación tan dulce y tan consoladora, atribuida por tantos cristianos a esta parte de su Testamento.

Distribución de las gracias actuales

La Santísima Virgen, después de haber cooperado con el Salvador a prepararnos en El y por El los principios de la vida divina, coopera también, con dependencia de El, en la aplicación de la Sangre redentora, es decir, en la distribución actual de las gracias. Demostración por la razón teológica y por la autoridad de las Sagradas Escrituras.

I. Por los dos misterios de la Encarnación del Verbo y de la dolorosa Pasión del Hombre-Dios, las fuentes de la Vida divina, agotadas para nosotros por la caída original, fueron henchidas de nuevo. Jesucristo, naciendo y muriendo por los hombres, les ha dado, liberalmente, a todos el poder de ser hechos hijos de Dios. Todos lo son ya, no en actos, es verdad, puesto que muchos aún no existen y otros muchos viven en la muerte del pecado, sino en preparación, y en potencia, y en virtud, en las causas universales que son los méritos y la satisfacción de Jesucristo, y esto basta para que todo hombre tenga derecho para decir a Dios Padre nuestro y Padre mío.

¿Qué más es necesario para llegar a serlo, y serlo **efectivamente**? Llenar una sola condición, respondían los jefes de la **Reforma** luterana: apropiarse para sí mismo por la fe los méritos de Cristo, la justicia y la santidad de Cristo. Creed firmemente que Cristo ha muerto, ha satisfecho por vosotros; esto basta; la justicia de Cristo es vuestra; estáis justificados, sois hijos de Dios y sois salvos. La doctrina católica ha condenado esta pretensión (Concil. Trident., s. VI capp. 3 et 6; can. 10 et 11).

Quiere la doctrina católica que nosotros lleguemos a ser interiormente justos y santos, con una santidad, con una justicia que nos sea inherente; que nuestra filiación divina descanse sobre la participación real de la naturaleza divina, llamada gracia santificante, y que nos dispongamos a este estado, sobrenatural y divino, por medio de actos libremente puestos bajo la luz y por inspiración del Espíritu Santo (*La Grace et la Gloire*, I, 2, c. 1, sq,, t. I, p. 75, etc.).

La Pasión del Salvador no es la salvación, sino el medio universal de salvación. La sangre derramada en la cruz preparó para los hombres una fuente inagotable de vida sobrenatural, de la que nadie está excluido, puesto que esta sangre ha sido vertida por todos; más aún, falta que de esta fuente la vida mane en cada uno de los hombres, bajo la forma de gracias actuales y de gracia permanente o santificante; en otros términos, de la gracia que prepara y de la gracia que constituye la adopción de Hijos de Dios. Y esto es lo que se quiere dar a entender cuando se habla de la aplicación de los méritos de Cristo y de la distribución de las gracias, necesarias una y otra para que seamos rehechos a imagen del Hijo único de Dios y para que obremos conforme a nuestro ser de hijos. Aclaremos esto con un ejemplo. Así como todos los hombres universalmente han muerto en Adán, todos son vivificados en Cristo (*Rom. V, 15 y sig*.) Ahora bien: para que cada uno de ellos contraiga de hecho el pecado original que es **la muerte del alma**, es preciso que la condenación lanzada contra el primer padre le sea actualmente aplicada: es decir, que venga a la existencia y salgan, naturalmente, de su estirpe. Mientras no viven aún, están muertos y no lo están: muertos de derecho, en principio, puesto que tienen que nacer con una naturaleza caída; pero no muertos en realidad, puesto que la privación de la gracia sólo puede afectar a un sujeto existente. Ahí ocurre, guardando las debidas proporciones. con la vida sobrenatural. La Humanidad entera ha sido vivificada por la Sangre deJesucristo. Mas esta vida, para llegar a ser **actualmente** propia de cada miembro de la Humanidad, debe entrar en él por la gracia. Hasta entonces no pertenece, **de hecho**, al número de los vivientes.

He aquí por qué la operación santificante de Jesucristo no cesa. No está Él en el caso de**merecernos** de nuevo los principios de la vida divina. Bajo este aspecto hemos sido santificados por la oblación del Cuerpo de Cristo hecha una sola vez sobre el Calvario (Hebr., X. 10). ¿Qué hace, pues? Nos lo aplica, nos los apropia por medio de su Iglesia, de sus Sacramentos, de su **intervención** perpetua cerca de su Padre (Hebr., VII, 25; Rom., VIII, 24), y es de este modo cómo, engendrándonos completamente para la vida divina, consuma su misión de Salvador y Redentor.

Aquí preséntase una cuestión capital para la maternidad espiritual de María. ¿Tiene su parte Ella en esta aplicación de los méritos de Cristo, en esta perpetua distribución de la gracia y de la vida divina?

Sí, consumada la Redención en el Calvario, la bienaventurada Virgen María no tiene, dependiendo de Jesucristo, una Cooperación propia en esta nueva obra, o bien, si esta cooperación se encuentra limitada, ora a ciertas personas, ora a ciertas efusiones de bienes sobrenaturales, de un modo manifiesto su maternidad de gracia es imperfecta en sus funciones. No alcanza, en su orden, hasta donde se extiende la influencia del Redentor. Habrá, por lo menos, vidas o grados de vida que supondrán, es verdad, su concurso ministerial en la obra fundamental de la Redención; pero que no dependerán de ella, en manera alguna, en cuanto a su actual producción. Si queremos, pues, tener pleno conocimiento de la maternidad espiritual de María, debemos indagar si representa un papel y qué papel en la distribución de la gracia. Sin entrar por el momento en la cuestión muy compleja de saber si todo favor divino, sin excepción alguna, nos viene por Ella, después de Jesucristo, nos mantendremos ahora en consideraciones más generales. Más adelante será menos difícil, a la luz proyectada por los pensamientos de los Padres y los Santos, precisar con mayor o menor certeza hasta dónde alcanzan en esta materia el poder y la acción de la Madre de los hombres.

Este doble papel de la Santísima Virgen en el alumbramiento de los hijos de adopción está felizmente expresado en el texto siguiente: "*La Madre de la Misericordia ha sido establecida cooperadora de nuestra redención y madre de nuestro nacimiento espiritual. Primeramente dio a luz sin dolor a su primogénito, que envolvió en pañales: después dió a luz de nuevo junto a la cruz, entre inmensos dolores, no ya un solo hijo, sino una muchedumbre de hijos: todos aquellos que eran rescatados por el Señor* (Psalm., CXI, v. 2) *y los dió a luz a todos juntos, si se mira a la virtud de la causa,* ***"simul quantum ad virtutemcausae"****; mas no a todos juntos si se mira al ser,* ***"non simul quantum ad esse",*** *puesto que los efectos de la Pasión deben ser aplicados sucesivamente en diferentes épocas de la duración.*" En otras términos, la Virgen tiene dos maneras de cooperar al nacimiento de los hijos de Dios. Ha cooperado primero a preparar para todos la causa universal de su vida divina; y coopera después, a medida que vienen a la existencia, a aplicarles los efectos de la Pasión del Salvador, es decir, las gracias que los regeneran. Y de este modo es como los engendra sucesivamente "*quatum ad esse*" después de haberlos engendrado a todos a la vez "*quantum ad virtutem causae*".

Este texto se cita como perteneciente a la cuarta parte de la *Summa theologica* de San Antonino, de donde lo habría tomado el autor de la *Bibliotheca virginalis* (t. II. p, 517). No hemos podido verlo ni en la primera ni en la segunda de estas obras. En todo caso, es la expresión clara y verdadera de las funciones ministeriales de la Santísima Virgen en la generación de los hijos de Dios. La *Biblíotheca virginalis* es una colección de obras escritas en alabanza de María. El primer autor es Pedro de Alba y Astorga, de la Orden de San Francisco. Fué impresa por vez primera en Madrid, en 1648. Tres *in folio*.

La cuestión presente es ésta: ¿Concurre María actualmente, y concurre generalmente (generalmente, es decir, de tal modo que ordinariamente, al menos, las gracias lleguen dependiendo su mediación), sobre todo por sus intercesiones y por sus méritos, a la distribución que se hace entre los hombres de los bienes sobrenaturales? No sabríamos contestar mejor que tomando de Bossuet la solución dada por él al problema. Después de haber demostrado cómo María ha cooperado por el libre movimiento de su amor a dar al mundo su Libertador, añade: "*Como esta verdad es conocida, no me detengo en explicarla; más no os callaré una consecuencia que quizá no hayáis meditado bastante: es que Dios, habiendo querido darnos una vez a Jesucristo*

por medio de la Santísima Virgen, este orden ya no lo cambia, y los dones de Dios son sin arrepentimiento (Rom., XI, 29). *Es y será siempre verdadero que habiendo recibido una vez por ella el principio universal de la gracia, nosotros recibimos también por intermedio de Ella sus diversas aplicaciones en todos los diferentes estados que componen la vida cristiana. Habiendo su caridad maternal contribuido tanto a nuestra salvación en el misterio de la Encarnación, de modo igual contribuirá eternamente a todas las otras operaciones que no son sino dependencias de aquélla*" (Bossuet, *Tercer Sermón para la fiesta de la Concepción de la S. V.*, primer punto; col. *Tercer Sermón para la fiesta de la Anunciación*. Fin del primer punto).

Notad esta expresión: **dependencias**. Esto sólo bastaría para demostrar la alta conveniencia y como la necesidad para Dios de santificar a los hombres por mediación de María, puesto que de ella y por ella nos ha venido el Autor de toda gracia. "*Habiendo Dios querido una vez que la voluntad de la Santísima Virgen cooperase eficazmente a dar a Jesucristo a los hombres, este primer decreto no varía, y siempre recibiremos a Jesucristo por mediación de su caridad*" (Bossuet, *Cuarto Sermón para la fiesta de la Anunciación*, primer punto). Habría una especie de inconsecuencia en mutilar este orden, y el plan divino perdería gran parte de su belleza y de su unidad. He aquí, ciertamente, con una razón sólida, una grave autoridad. Mas otra voz se ha hecho oír en nuestros días aún más precisa y digna de mayor atención. Es la de León XIII, afirmando desde lo alto de la silla apostólica que por decreto de Dios, María, entronizada en la gloria, como lo exigen su dignidad de Madre de Dios y la excelencia de sus méritos, no cesa de protegernos y de velar por nuestros intereses con una solicitud más que maternal: "*Porque habiendo prestado su ministerio a la obra de la redención de los hombres, ejerce igualmente el mismo ministerio en la dispensación de la gracia que mana perpetuamente de la Cruz, estando, como está, para este fin investida de un poder inmenso*" (*Adiutricem populi*. 5 sept. 1895).

Antes de León XIII y de Bossuet, y de un modo tan explícito como el uno y el otro, el autor de un sermón sobre la Asunción de la Santísima Virgen María, distinto de aquel que otras veces se atribuía a San Jerónimo, testificaba este natural enlace entre el oficio de la Virgen en el Calvario y su cualidad de repartidora universal de la gracia. He aquí este notable pasaje: "*Con todo el afecto de nuestro corazón, confiemos en las intercesiones de la Virgen bendita; todos y con todas nuestras fuerzas imploremos su patrocinio, a fin de que, recibiendo de la tierra constantemente nuestras súplicas y nuestros homenajes, se digne, en el cielo, hacer llegar a Dios una oración porfiada. En efecto, no cabe duda: aquélla que ha sido digna de proporcionar el precio de nuestro rescate, puede también, mejor que todos los santos juntos, hacer oír sus súplicas en favor de los redimidos*" (Append. serm. S. Augustini, serm. 208, n. 12, P. L.. XXXIX, 2134. Estímase que este sermón pertenece o a Fulberto de Chartres, o más probablemente, quizá, al beato Ambrosio Autpert (siglo VIII). Como quiera que sea, se le halla al final de las obras de San Jerónimo, in Mantissa, ep. 10, P. L., XXX, 143, sqq.).

¿Veis, pues, las dos funciones generales de la maternidad espiritual de María, la que hemos estudiado hasta ahora, función de cooperadorá en la redención del mundo, consumada plenamente sobre el Calvario, y la que nos resta que meditar, función de dispensadora de los bienes de su Hijo? ¿Veis también cómo la primera supone la segunda? Porque si los sufragios de María son de mayor virtud que la de todas las oraciones reunidas de todos los Santos de la tierra y del cielo, ¿no es, acaso, porque ella sola ha merecido preparar el sacrificio y ofrecer el precio de la Redención, Jesucristo, su único Hijo?. La misma relación está también

claramente marcada en la oración de la misa votiva de la Santísima Virgen, que se celebra desde Navidad a la Purificación. "*Oh Dios, que por la fecunda virginidad de la bienaventurada María habéis procurado al género humano las riquezas de la salvación; haced, os suplicamos, que sintamos que intercede por nosotros aquella por quien hemos merecido recibir al Autor de la vida, Jesucristo Nuestro Señor.*"

Después de esta corta entrada en materia, la que, dicho sea en verdad, comprende en germen todos los desarrollos que van a seguirse, vamos, ante todo, a hacer descansar nuestra tesis sobre razones sacadas de la naturaleza misma de las cosas; después vendrá el llamamiento a los testimonios positivos de las Sagradas Escrituras, de los Santos Padres y Doctores.

II. Supuesta, pues, esta verdad: que la Santísima Virgen nos ha dado consciente, voluntaria y libremente al autor y principio de toda gracia y de toda vida sobrenatural, y que, no contenta con darle a luz para el sacrificio esperado por todos los siglos, le ha alimentado, guardado y seguido paso a paso hasta la Cruz, como asistenta inseparable de su inmolación; supuesta esta verdad, digo, y establecida sobre demostraciones sólidas, ¿qué consecuencias debemos sacar? La doctrina que es el objeto de este capítulo, puesto que mana de estas premisas como de fecundo manantial y por mil canales. Aquí también la dificultad no estriba en encontrar las pruebas de esta múltiple deducción, sino en ordenarlas de suerte que no se debilite ni su fuerza ni su alcance. ¿A qué tienden todos los dones de gracia que nos hace la liberalidad divina, y de dónde proceden? La fe nos lo enseña: del Redentor, Hijo de María, es de quien los obtenemos, sin excepción de uno solo. Y el objeto de los mismos es el de perfeccionar en nosotros la imagen de Cristo (Galat., IV, 5), incorporarnos a Él, hacer de cada uno de nosotros no sólo un Cristo, a imitación del Primogénito, sino el Cristo total, *Christus totus*, según el admirable pensamiento de San Agustín (*La Grace et la Gloire*, 1. V, c. 4, t. I, págs. 315 y sigs.). De ahí hemos deducido en uno de los primeros capítulos de esta segunda parte (L. I, c. 3)que nos hace falta una Madre, y que esta Madre es, con toda verdad, la bienaventurada Virgen María.

Mas ahí no deben detenerse nuestras deducciones, porque pertenece a las madres, no sólo al dar la vida a sus hijos, sino también y, sobre todo, el presidir a su entera formación. Esto es lo que la Sagrada Virgen ha hecho para con el Salvador, cabeza de la persona mística de la que somos miembros. Suponed que después de haber cooperado sobre el Calvario al primero y **virtual** nacimiento del género humano (Pudiera decirse que hay en el orden sobrenatural como un doble nacimiento a la vida divina. El primero es el que acabo de nombrar **virtual**. Es como a todos los hombres, y a todos da derecho para llamar a Dios **Padre Nuestro**. El segundo, que es el que nos constituye **formalmente** hijos de Dios y nos introduce de hecho en la familia divina, resulta de la infusión de la gracia santificante en los corazones; gracia que conjunta inseparablemente a la morada del Espíritu Santo, es el fundamento y la razón íntima de nuestra filiación divina), ya no concurre más a la aplicación de las gracias de las que mana la vida divina; es madre si queréis todavía; pero una madre que no hace ya por los miembros lo que ha hecho por la Cabeza, una madre incapaz de presidir a su formación espiritual.

Menos trabajo nos costaría el entenderlo así si nos fuera dado, como en otro tiempo a los espíritus angélicos, el alcanzar con un solo esfuerzo la perfección, el llegar de un salto a la

beatitud eterna, es decir, a la plenitud del hombre perfecto. Mas, en el orden religioso y moral, igual que en el orden físico, estamos sometidos a la ley de la evolución; niños pequeños (infantes) al salir de las aguas del bautismo, deberemos crecer bajo la acción de la gracia, lentamente, y aun a veces con retroceso, sin escapar jamás totalmente en este mundo a las flaquezas de la formación. ¿Comprendéis ahora la necesidad de una Madre que, de acuerdo con Jesucristo y por Jesucristo, haga llegar hasta nosotros los medios de conservación y crecimiento, es decir, las gracias merecidas por el Salvador?

Y esta necesidad parece tanto más urgente cuanto que, remontándonos al origen de los bienes sobrenaturales esparcidos sobre los hombres, hallaremos que, si vienen principalmente del Hijo, la Madre ha prestado generosamente su ministerio para su adquisición.

No diremos, ciertamente, que la Redención del mundo sea el precio de los**merecimientos** y de las **satisfacciones** de la Madre de Dios. Ya eliminamos esta opinión como incompatible con el carácter exclusivo del Redentor. Lo que Ella ha **merecido** es el derecho de ser el instrumento por el cual Jesucristo dispensa las gracias de la salvación. Puede afirmarse así en este sentido: en el momento en que la Virgen revistió libremente de su carne al Verbo hecho hombre, y en el momento aún más solemne en que,, de pie sobre el Calvario, le ofrecía a Dios como víctima nuestra y precio de nuestro rescate, adquirió entonces una especie de jurisdicción sobre todas las efusiones de la gracia; porque esta gracia sale de una sangre tomada de sus venas y de una carne hecha de su propia carne.

Hemos dicho una especie de jurisdicción. Los santos lo han anunciado mucho tiempo antes que nosotros y de un modo aún más enérgico. Sea una prueba este pasaje de San Bernardino de Sena: "*Toda gracia, comunicada a los hombres en este siglo, lo es por una triple procesión, porque va del Padre a Cristo, de Cristo a la Virgen y de la Virgen a nosotros... En efecto; a partir de la hora en que María concibió al Hijo de Dios en su casto seno, ha gozado de una especie de jurisdicción o de autoridad sobre todas las procesiones temporales del Espíritu Santo, de suerte que ninguna criatura recibe de Dios gracia alguna de que María no sea la dispensadora... Puede, pues, con justicia apellidarse* ***llena*** *de gracia, puesto que toda gracia corre por ella sobre la Iglesia militante*" (S. Bernard. de Sena, Serrn. *de Anunciación*, 6, a. 1. c. 2, t. IV. opuse, p. 99). Es un pensamiento repetido por Bossuet: "*Vos tenéis en vuestras manos* —dice a esta bienaventurada Madre— *la llave de las bendiciones divinas. Es vuestro Hijo esa llave misteriosa con la cual son abiertos los tesoros del Padre Eterno; Él cierra y ninguno abre; Él abre y nadie puede cerrar. Su sangre es la que nos inunda de gracias celestiales. ¿Ya quién dará Él más derecho sobre esta sangre, que a aquélla de quien la sacó toda? Su carne es vuestra carne, ¡oh, María!; su sangre es vuestra sangre, paréceme que esta sangre preciosa gustosamente corría a borbotones en la Cruz por vos, pues sentía que erais vos el manantial de donde brotara. Por lo demás, vivís con Él en tan perfecta amistad, que es imposible que no seáis escuchada*" (Bossuet, Segundo Serm. para el Viernes de la primera Sem. de Pasión, 19 p. Obras oratorias, t. I, págs. 86 y 87).

Estas últimas palabras de Bossuet bastan para disipar las imaginaciones de ciertas almas, que se figuran, en su sencillez, que los dones sobrenaturales de la gracia son como una cosa material que sería transmitida de Jesucristo a su Madre, para que de ella la recibiéramos. La expresión de canal, a menudo empleada, confirmaría esta ilusión. No; la gracia no es nada parecido. Es Dios mismo el que la infunde en las almas, pero en consideración a los méritos

de Jesús, mediante la oración de María. En este sentido, esta bendita Virgen es también la**tesorera** de la gracia. No quiera Dios que materialicemos lo que es puramente espiritual.

Notemos, para responder de antemano a las objecciones calumniosas de los protestantes, que el término de jurisdicción no debe tomarse en el texto de San Bernardino de Sena (Suárez mismo se sirvió de la misma expresión), como si se tratara de un dominio o de una autoridad propiamente dicha. El Santo mismo nos pone en guardia contra semejante equivocación.**Una cierta jurisdicción** —dice—, es decir, cierto derecho fundado sobre las disposiciones mismas de Dios, llamando a la Virgen a cooperar en la medida que hemos dicho, en la redención del mundo, y, de consiguiente, sobre el mérito que esta misión le valió, sobre todo en el Calvario.

Propongamos otro capítulo de prueba. Nadie discutirá que dar al mundo el principio universal de la gracia, ser la Madre del Autor de todo don perfecto, es más que servir de canal repartidor de la misma gracia y de los mismos dones. Ahora bien; en las operaciones de lo divina sabiduría, lo más arrastra a lo menos, cuando lo más y lo menos pertenecen al mismo orden, al mismo designio.

Dos analogías contribuirán a derramar nueva luz sobre estas verdades. Siendo cierto que Dios ha querido darse a nosotros por Jesucristo, este orden en adelante no cambia ya más. Lo que tuvo lugar para todos generalmente en el Calvario, se continúa siempre y para cada uno de los hombres a través de los siglos. Nadie puede ir al Padre sino por el Hijo (Joan., XIV, 6); entiéndase, por el Hijo, revestido de nuestra carne. Querer conseguir las gracias y la amistad del Padre sin recibirlas por su Cristo, es impiedad o pura ilusión. De igual manera, habiendo Jesús querido darse a nosotros por María (*Nobia datus, nobia natua ex intacta Virgine*), este orden tampoco debe cambiar. La vía normal para llegar al Hijo ha de pasar por la Madre. Luego si es por la gracia por la que llegamos al Hijo, es a María a quien pertenece el obtenernos esa gracia. Tal es, substancialmente, la primera analogía. He aquí la segunda: Eva, por lo mismo que cooperó con el primer hombre a la rebelión de donde tuvo origen la caída original, ha dado muerte, **en principio**, a toda la familia humana. Por este solo título es verdaderamente la madre de los muertos, entiéndase de los muertos a la vida sobrenatural y divina. Pero Eva concibió hijos con Adán, el gran culpable, y por ella, después de él, el pecado, que es la muerte del alma, los inficionó **de hecho**, en su primer origen. Así, pues, y si bien lo consideramos, Eva no solamente ha concurrido en general y por derecho a privar a la Humanidad de la justicia primitiva, derrocando, de concierto con su esposo, el orden divinamente establecido, sino que, además, y por una consecuencia necesaria, ha cooperado por su parte a **distribuir** la muerte entre los hombres que engendraba a la vida natural, y lo que hizo de una manera inmediata con sus propios hijos, continúa haciéndolo, mediatamente al menos, con sus descendientes, a medida que, originados de la primera pareja, llegan a la existencia (si el acto de engendrar es el vehículo de la muerte espiritual, es porque el padre y la madre son la continuación de la primera pareja de donde proceden).

Así, pues, para que la relación entre la antigua y la nueva Eva se mantenga, es preciso que ésta coopere próximamente con el nuevo Adán en la **distribución** que de la vida sobrenatural se haga en todo el curso de los siglos. Si restringís su participación en la aplicación de los méritos y de la redención de Cristo, no tendréis sino en una medida incompleta a la Eva

nueva al lado del nuevo Adán, y en este punto el plan de la Reparación perderá algo de su majestuosa y perfecta armonía.

Insistamos sobre este carácter de nueva Eva para aprovecharnos de todo lo que encierra. Recordemos la antigua promesa: "*y el Señor dijo a la serpiente:* ***"Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya, y ésta quebrantará tu cabeza***". Estas enemistades las veíamos hace poco actuando en el Calvario; y la **mujer**, con su**descendencia** y por su **descendencia**, es decir, la Virgen María con Jesús y por Jesús, aplastaba la cabeza del monstruo infernal. Mas por vencido, y derrocado, y oprimido que esté, sin embargo no está aniquilado. El dragón se yergue todavía, para combatir y devorar a la otra posteridad de María, a la que nosotros formamos, sus hijos de adopción. Por tanto, las enemistades prosiguen su curso; por tanto, las emboscadas, la lucha continúan; por tanto, la mujer y su descendencia, Jesucristo y María, deben proseguir y completar su obra reparadora.

Y, ¿cómo se continúa esta obra con respecto a Jesús? ¿Es que aún debe sufrir y morir para merecer el perdón de los culpables y conseguirles las gracias de salvación? No; mas es necesario que aplique a cada uno de los hombres los tesoros de misericordia y de santidad que tan costosamente ha adquirido para ellos. Por tanto, ¡oh, María! Vos debéis aún concurrir con Jesús a esta universal distribución de los frutos del Calvario, con el mismo título, en la misma medida y por las mismas causas por las cuales participasteis en su adquisición. Aquí tampoco conviene que el hombre esté solo (Gen.. II. 18).

¿Será preciso añadir, además, que Jesucristo no podía rehusar a su Madre esta función escogida en la distribución de las gracias, sin hacer en alguna manera violencia a su amor maternal? ¿Podremos persuadirnos, en efecto, de que el amor de nuestra salvación, que le hizo pronunciar su doble *fiat*: el *fiat* de Nazaret y el del Calvario, se haya enfriado, y que, por consiguiente, ya no sea para nosotros la misma, siempre buena y madre siempre? Ahora bien; un amor como el suyo no podría quedar satisfecho; estaría privado, en la mansión de la bienaventuranza, de su placer más delicado, si no le fuera dado desahogarse haciendo beneficios, si no pudiera trabajar actualmente en la formación, en el desarrollo, en la conservación de sus hijos. ¿Y cómo podría hacerlo si las gracias destinadas a esta grande obra salieran del Corazón de Jesús sin pasar de ningún modo por las manos de María?

Y no solamente Dios, al negar a María toda participación actual en la efusión de las gracias, la privaría del consuelo más amado de su corazón maternal, sino que para hacerlo así debería también alterar el orden de la Providencia; porque es una ley de la Providencia el servirse del ministerio de las causas segundas para distribuir sus beneficios sobre las criaturas. ¿No es esto lo que hace en el orden natural, y no procede así constantemente para obrar en el orden de la gracia sobre la tierra? A cualquier lado que volvamos los ojos vemos que se sirve de las obras de sus manos para la santificación de los hombres. Gloria suya es el que participe en lo que es más alto y más augusto, en la causalidad divina, y de esta gloria María, cuando estaba entre nosotros en su estado de humillación, gozaba más largamente que ninguna otra criatura de Dios. ¿Es posible que le haya sido retirada, ahora que Dios la ha coronado entre los esplendores del cielo, como Reina universal de la Creación? O, más bien, ¿no será preciso que la posea tanto más deslumbradora, cuanto ella es más honrada? Pues si le arrebatáis su

parte escogida, en la distribución de las gracias, le quitáis necesariamente y al mismo tiempo esta joya, una de las más estimadas y preciosas de su diadema.

San Bernardino de Sena trae también otra razón, discutible en sí misma, quizá, pero que prueba hasta qué punto la verdad de que tratamos estaba fuertemente impresa en el alma y en el corazón de los Santos: "*Yo encuentro* —escribe— *al contemplar a Jesucristo, nuestro Rey, dos dignidades igualmente admirables: dignidad del Dios Padre, que le engendra de su substancia; dignidad del Dios Hijo, produciendo eternamente por vía de expiración al Espíritu Santo. Ahora bien; de la primera dignidad, que hace del Padre el principio del Hijo, la Virgen participa de un modo tan excelente, que Jesús es tan verdaderamente Hijo de la Virgen como es Hijo del Padre... Participando de la primera dignidad, María debe también participar, en cierta medida, de la segunda, ¿Por qué? Porque siendo Madre de un Hijo de quien procede el Espíritu Santo, soberanamente conveniente que dispense cuando quiera, como quiera, en la medida que quiera y a quien quiera los dones, las virtudes y las gracias de ese mismo Espíritu*" (San Bernard. Sen.. Serm. 1. *Nativitatis B. M. V.*, 6, a. un., c. 8, Opp., t. IV, p. 96).

Volvamos al pensamiento del Santo, para presentarlo de una manera algo diferente. Madre del Hijo Unico de Dios, la Virgen entra en comunicación muy estrecha con la **propiedad** del Padre. No menos comunica en la **propiedad** del Espíritu Santo, porque toda ella es obra del amor, tan obra del amor, que todo lo debe a la eterna dilección, aun su existencia. ¿Qué resta, pues, sino que participe de aquella perfección que hace de su Hijo el principio de la tercera persona? Mas porque esta participación no podría, de ninguna manera, llegar a hacerla concurrir a la procesión del Espíritu Santo, es de una conveniencia suprema que coopere a la existencia que tiene en las almas. Y esto mismo, ¿no es, por otra parte, una misma cosa que ser, después de su Hijo, dispensadora universal de las gracias, puesto que por ellas el Espíritu Santo viene a nosotros y en nosotros reside?

Ultima consideración: Más de una vez hemos visto que María está asociada al Divino Redentor, ya sea en el orden de preparación, ya en el orden de ejecución de los divinos misterios. En el orden de preparación, casi lo mismo que el Salvador del mundo, ella ha sido prometida a los Patriarcas, anunciada por los Profetas, figurada por las personas y las cosas de la Ley Antigua, esperada por los justos, y, como Él, en cierta medida, la Deseada de las naciones. En el orden de ejecución, Ella lo ha recibido del Padre; de Ella es de quien ha tomado una naturaleza semejante a la nuestra; por Ella ha llegado a ser uno de nosotros. Ha vivido Ella su misma vida, trabajado, huido y sufrido con Él. Cuando Jesús sube al Calvario, cargado con el madero del sacrificio, ella le acompaña, con el corazón destrozado, mas no teniendo sino una misma voluntad, una misma intención con Él: glorificar a Dios, salvar al mundo. Y he aquí por qué, en tanto que Jesús se ofrece como holocausto de agradable olor, expiando nuestros crímenes y mereciéndonos las gracias de la salvación, María, en pie, al lado de la Cruz, le ofrece para el mismo fin, participando en la redención del mundo.

Esto es lo que hemos contemplado hasta ahora. Falta, para terminar la obra, el último orden: el de la aplicación. ¿Es posible que Jesucristo no haya concedido en este orden a su Madre el lugar que tuvo en los otros dos, y que desde ahora sea bueno que el hombre esté solo? Mas, si no tiene la influencia universal en la dispensación de las gracias, el género de unión tan constantemente observado hasta aquí, ya no subsiste, o, por lo menos, se ha relajado en gran manera, cuando todo reclamaría que fuera en aumento, puesto que en todo lo de-

más esta unión se ha estrechado. En el cielo, la Madre está más cerca del Hijo, y sobre la tierra están menos separados que nunca, puesto que en todas las fiestas, en todas las alabanzas, en todos los corazones, María participa en el amor y en los honores rendidos a Jesús. Ahora bien; ella debe ser, a su modo, después de Jesús, el órgano universal de la aplicación de los méritos de Jesús. Si lo negáis, no podemos comprender entonces los designios de Dios. Él se negaría a Sí mismo, con la negación que ya hemos rechazado varias veces como menos digna de su divina sabiduría e irreconciliable con la continuidad que Dios tiene en sus consejos.

III. Las dichas son, por cierto, razones admirables, y aunque no se tuvieran otras pruebas para afirmar la intervención universal de María en la distribución de las gracias, sería necesario admitirla sin réplica ni protesta. Pero, al comenzar, lo hemos dicho: la autoridad de los testimonios añade fuerza irresistible a las razones tomadas hasta ahora de la naturaleza misma de las rosas.

Tenemos, ante todo, el testimonio de la Sagrada Escritura, testimonio de palabras y testimonio de hechos.

Testimonio de palabras. Volvamos de nuevo a la promulgación de la maternidad espiritual de María. *He aquí* —dice Jesús— *a tu Madre, y he aquí a tu Hijo*.

Estas palabras, para el que sabe entenderlas, demuestran, quizá, mejor que cualquiera otra consideración, la verdad que tratamos de dilucidar. En efecto, tienen un alcance indefinido. Jesucristo no dice solamente a Juan, y, en la persona de Juan, a todos los fieles: He aquí a tu Madre, es decir, he aquí a la que acaba de cooperar conmigo a la adquisición de las gracias por las que tendréis vida sobrenatural. Dice, sin distinción de tiempo, de lugar, ni de modo: He aquí a tu Madre; es decir, la que es y será desde ahora para vosotros una madre en el orden de la gracia; la que desde este momento os mirará como a hijos; hijos en formación, en el curso sucesivo de los siglos; hijos llegados a la edad perfecta, en la inmóvil eternidad; aquélla a quien he conferido para vosotros todas las funciones, todos los privilegios, todos los deberes de una madre. Así, pues, María siempre y en todas partes hará con nosotros oficio de Madre, como Jesucristo siempre y en todas partes continúa su oficio de Salvador. Decid, si os atrevéis a ello, que Jesucristo, después de habernos redimido en el Calvario, no nos redime aún y en cada momento por la aplicación que nos hace de los méritos de su pasión, y entonces os concederemos que María, hecha Madre sobre el mismo Calvario, no ejerce ya su misión maternal con respecto a sus hijos de adopción.

¿Qué más diremos? ¿No habría una especie de irrisión en esta proclamación de la maternidad de María, que desciende sobre ella desde lo alto de la Cruz, si los derechos, y los deberes, y los beneficios de esta maternidad debieran cesar en la misma hora en que Jesucristo la promulga juntamente con nuestra filiación? Y, sin embargo, esto sería lo que habría que admitir, si la madre de los hombres no contribuyera a la aplicación de los méritos de Jesucristo; es decir, a la dispensación de las gracias, que preparando y produciendo en ellos la vida divina, transforman a los hijos de los hombres en hijos adoptivos de Dios. A María, pues, incomparablemente más que a San Pablo, pertenece el decir, no sólo a los gálatas, sino a todos los fieles de Cristo y por toda la duración de los siglos: "*Hijitos míos, os engendro de nuevo, hasta que Cristo esté formado en vosotros*" (Gal., IV).

La autoridad de la palabra de las Sagradas Escrituras acrece con el testimonio de los hechos. Escogeremos dos entre otros varios, porque cada cual encierra un gran misterio. El primero, consignado en el Evangelio de San Lucas, es la visita de la bienaventurada Virgen a su prima Isabel; el segundo, relatado por los **Hechos de los Apóstoles**, es el descendimiento del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, reunidos en el Cenáculo con los primeros discípulos. Para comprender bien el enlace de estos dos misterios con la maternidad espiritual de María, es necesario recordar que nuestra vida sobrenatural y nuestro estado de adopción están constituidos por dos elementos: la gracia santificante y la morada en nosotros del Espíritu Santo. Por lo demás, ninguno de los dos elementos puede darse sin el otro. La gracia santificante llama al Divino Huésped ("*Dulcís hospes animae*" Himn. Veni Creator), y la presencia íntima de Dios en nosotros supone la gracia. No debemos ver ahí dos beneficios separados ni separables, y es tal su armonioso encadenamiento, que Dios mismo no podía romperlo, puesto que está formado por la esencia misma de las cosas.

Ahora bien; ¿qué vemos en los misterios de la Visitación y de Pentecostés? La primera aplicación **sensible** de la virtud santificadora del Salvador después de su Encarnación: la primera misión **pública** del Espíritu Santo sobre la Iglesia, considerada en sus jefes y en sus miembros. Nadie negará que esta primera aplicación de los méritos de Jesúcristo para la santificación de las almas, y esta primera donación del Espíritu Santo no sean aptas para mostrarnos cómo y por qué vías se harán las siguientes. Tanto valdría el decir que el perdón concedido al amor penitente de Magdalena y a la fe confiada del ladrón en la cruz, son hechos aislados y sin alcance, de los que no puede deducirse la misericordia de Jesucristo para cualquier pecador que se arrepienta como ellos. Tanto valdría el sostener que la curación de su hija, concebida por Nuestro Señor a las humildes y porfiadas importunidades de la cananea, no era un testimonio del poder de toda oración perseverante. No; hechos relatados con tal diligencia tienen un significado intentado por Dios. Son como el ejemplo y la muestra de lo que su bondad hará perpetuamente en la Iglesia, menos visiblemente, es cierto, pero con eficacia igualmente admirable.

Ahora bien; si hay algo que sea manifiesto, es que en el uno y en el otro de estos dos misterios, en la santificación del Precursor y en el descendimiento del Espíritu Santo sobre la naciente Iglesia, aparece la intervención de María. De lo cual estamos en el derecho de deducir su constante intervención en la santificación de los hombres y en la efusión del Espíritu Santo y de sus dones.

Volvamos a leer, para convencernos de ello, los testimonios sagrados. He aquí primero lo que nos enseñan sobre la santificación de San Juan Bautista: "*Sucedió que apenas Isabel hubo escuchado la salutación de María, el niño se estremeció en su seno e Isabel fué llena del Espíritu Santo...*" (Luc., I. 41, 44). Este estremecimiento del niño es la señal cierta de su justificación. Él ha reconocido la presencia y la influencia santificante del Esposo, y comodesde ahora ya es su amigo, no puede contener su alegría. Mas, ¿quién trae Jesús a Juan, si no es María? ¿Cuándo ha operado Jesús la santificación de su precursor? Mientras la Virgen calla, Juan permanece dormido en el seno de su madre. Lo que le despierta, lo que le hace estremecerse de alegría, es la salutación de María. Al oírla Isabel, también es llena del Espíritu Santo, como lo estaba su hijo. ¿De dónde proviene a la palabra de la Virgen esta acción sobre la Madre y sobre el Hijo, o, mejor dicho, para atenernos estrictamente al texto, a qué debe atribuirse el enlace y el

orden de estos hechos: María saludando, Juan estremeciéndose de alegría, Isabel profetizando? A la acción del Verbo encarnado, sin duda; pero a su acción llevada por la voz de su Madre (León XIII Encíclica *Jucunda semper*. 8 sep. 1894). No hay otra explicación plausible. Por consiguiente, estas primeras gracias de Dios hecho hombre están ligadas al ministerio de María. Si Él es el autor principal, Ella es como su sacramento y su vehículo. "*Es necesario saber que el misterio de la Visitación es un misterio de Manifestación y de Luz, y que el principio de esa manifestación es el divino compuesto del Niño Jesús y da su Madre, y del Niño Jesús operando por medio de ella y viviendo en ella*", escribe el R. P. Guillermo Gibieuf del Oratorio en su obra la **Vida y las Grandezas de la Madre de Dios**. 2° parte, cap. 6, § 4. Por lo cual, siguiendo al mismo autor, no solamente la santificación del Precursor, sino también el don de profecía que se revela en las palabras de Isabel, y más tarde en el cántico de Zacarías, deben ser atribuidas a María, como instrumento de Jesús. Grandes fueron las bendiciones que recibió la morada de Obededom por la presencia del Arca; pero tanto mayores incomparablemente son las que derramó **el Arca de la Nueva Alianza** sobre la casa de Isabel, cuanta es la distancia que hay entre la figura y la verdad. E Isabel puede decir con justicia de la Virgen lo que se dice de la Sabiduría: *Venerunt mihi omnia bona cum illa, et innumerabilis honestas per manus illius*; toda suerte de bienes me han venido con ella, y una infinidad de gracias me han sido conferidas por sus manos... Felices, ¡oh Virgen!, las casas que vos visitáis. ¡Dichosas las personas entre las que os dignáis establecer vuestra morada 1" Idem, ibid, c. 2, § 10. Véase también sobre este misterio a Bossuet, *Tercer Sermón para la fiesta de la Concepción de la Santísima Virgen*; Augusto Nicolás, *La Virgen María según el Evangelio*, c. 10, S 2.

Esta verdad debe ser muy cierta, pues ha sido tan claramente profesada por un hombre de gran talento, pero en quien, ni por sus relaciones ni por su carácter, cabe el suponer exageración, cuando se trata de celebrar los privilegios de la Madre de Dios. La importancia del texto nos determina a citarlo íntegro. He aquí, pues, lo que leemos en Nicole, a propósito del misterio de la Visitación: "*San Juan previno a Jesucristo en el orden del misterio, y Jesucristo previno a San Juan en el orden de la gracia, la cual le confirió en la visita que la Virgen hizo a Santa Isabel, que le llevaba en su seno. Así, pues, San Juan recibió, después de la Virgen, las primicias de las gracias obradas por la Encarnación del Hijo de Dios. Todas las que habían sido otorgadas con anterioridad, lo habían sido desde luego en virtud de la Encarnación de Jesucristo* (y de sus méritos), *pero no lo habían sido por Jesucristo hombre. La primera acción de Jesucristo ha sido el formar su Precursor. Por eso va a buscarle y le previene con su visita...*

"*Jesucristo asocia a la Virgen al designio que tenía de formar un precursor, llenando de gracia el alma de San Juan. **Quiere que esto se ejecute por su ministerio**. Le da parte en el nacimiento espiritual de San Juan, como había tenido parte en el misterio de la Encarnación. Y como San Juan representaba a la Iglesia y a todos los elegidos, puesto que de Él se ha dicho que ha sido enviado por Dios a fin de que todos crean por Él* (Juan, I, 7), *y que no se puede llegar a la salvación sino por el camino de la penitencia, que Él ha enseñado a los hombres, **Jesucristo nos ha mostrado con esto que la Santísima Virgen coopera por su caridad al nacimiento espiritual de todos los elegidos, y que cuando Jesucristo los visita por medio de su gracia, la Virgen los visita con su caridad, obteniéndoles estas gracias por sus intercesiones. Así, pues, Ella es nuestra verdadera Madre, y debemos siempre mirarla tan unida con Jesucristo en las operaciones que hace en nosotros, como lo estaba en esta visita hecha a Isabel y a San Juan***" Nicole, *Continuat. des Essais de Morale. Pen-*

sées morales sur les mystéres de J.~C. La Visitation, § 2 et 3. (Euvres, t. XIII. pp. 331 et 332. Paris, 1741).

En otra parte Nicole escribe lo que sigue: "*Y esta caridad* (maternal) *aparece principalmente en la Santísima Virgen, que los lleva a todos* (habla de los cristianos) *en el seno de su caridad, y que por sus intercesiones coopera a la salvación de todos, pecadores e inocentes, muertos y vivos, obteniendo a los unos el que recobren la gracia y la vida, y a los otros, la conservación de la una y de la otra*" "Idem, ibíd., Jésus-Christ elevé en croix, § 3, pp. 431 et 432).

No dejemos a este autor sin haber recogido de su boca los testimonios más consoladores sobre la mediación universal de María. Servirán de contrapeso a lo que haya podido escribir en otros lugares menos favorable a nuestra confianza filial con respecto a la Madre de Dios. A la cuestión "*cuáles sean los santos en los que debemos tener confianza más particular, y a los que debamos más especialmente dirigirnos*", responde: "*Como Dios aplica diversamente a los fieles que están en el mundo a asistir a otros fieles, sea por medio de su caridad, sea por medio de sus oraciones aplica también diversamente a los santos del cielo a socorrer en particular a determinados fieles de la Iglesia. Unos obtendrán gracias por intercesión de un santo al que habrán tenido particular devoción; otros por las oraciones de otro. Mas puede decirse, en general, que cada uno de los fieles debe tener confianza y devoción particulares a la Santísima Virgen. Ella es la madre de todos los cristianos, puesto que es la Madre de Jesucristo. Por su caridad* —dice San Agustín— *ha cooperado a su nacimiento espiritual ; y como su amor por Dios es mucho mayor que el de todos los ángeles y santos, es también mucho más eficaz para con su Hijo. Es necesario, pues, exhortar a todos los fieles a tener para con la Santísima Virgen, una reverencia y devoción particulares, a unirse a ella con diversos ejercicios de piedad: y no harán con esto sino seguir el espíritu de la Iglesia, que se dirige a la Santísima Virgen al principio de todas sus oraciones, puesto que emplea casi tan a menudo el* ***Ave María*** *como la oración dominical, para demostrar que la Santísima Virgen es el* ***canal ordinario*** *de las gracias de Dios para nosotros, y que tenemos necesidad especial de sus intercesiones.*" Nicole, Instruct. théolog. et mor. sur l'Oraison dom., la Salut. Ang., etc., 7e instr, ch. 6, pp. 303, 304 (Paris, 1718)

Transportémonos ahora al Cenáculo. Apóstoles y discípulos, por orden de Jesús al subir al cielo, se preparan allí en el retiro y con la oración a "*recibir la virtud del Espíritu Santo que debe venir sobre ellos*" (Act. I, 5, 8, 14). ¿Por qué la Sagrada Escritura, tan sobria siempre en sus detalles tratándose de la Madre de Dios, nos la presenta nominalmente en términos expresos, orando con ellos en medio de ellos? "*Todos perseveraban unánimemente en la oración, con María, Madre de Jesús.*" A León XIII pediremos la contestación: "*Como la sagrada obra de la Redención no estará terminada hasta que el Espíritu Santo, prometido por Jesucristo, no haya hecho su advenimiento, nosotros contemplamos a la Virgen en el Cenáculo, donde, orando en medio de los Apóstoles, y por ellos, con gemidos inefables, llama sobre la Iglesia la plenitud del Paráclito, don supremo de Cristo, tesoro que no fallará nunca en Ella*" (León XIII, Encicl. *Jucunda semper*. 8 sept. 1894). Respuesta sugerida por el texto inspirado, según la opinión de nuestros más ilustres doctores, y simbolizada, como ya lo hicimos notar en otra circunstancia, por los pintores cristianos en la representación del misterio (Primera parte, 1. VII, c. 3, t. I, p. 427).

Ahora bien; lo que ocurre en el Cenáculo es la imagen de lo que se reproducirá en todo el curso de los siglos. Porque toda efusión de gracia, de cualquier naturaleza que sea, cualquiera que sea el tiempo en que se renueve, es una participación, digámoslo con más propiedad, es una continuación de aquella primera y solemne efusión. Ningún don será hecho a los ho-

mbres, ya sea de gracia santificante, ya sea de privilegios gratuitos, que el Espíritu Santo no trajera entonces, cuando descendió sobre la naciente Iglesia. Luego, digámoslo una vez más, o las reglas trazadas por Dios sufren un cambio que nada puede explicar, o el Espíritu Santo y sus gracias descenderán siempre sobre los hombres por la oración y el misterio de María.

Ahondemos en estos dos hechos capitales para sacar de ellos todo lo que pueda contribuir a poner de relieve la asociación de la Virgen con su Hijo en las obras de la gracia. El Evangelio, en su relato de la Encarnación del Verbo, nos muestra como un doble factor: el Espíritu de Dios viniendo sobre María, y la Virgen misma concibiendo al Hijo de Dios por operación del mismo Espíritu. Así es como nace a la vida mortal el Hijo único de Dios, hecho hombre. En el nacimiento espiritual de Juan, como en el de la Iglesia, en el día de Pentecostés, de nuevo encontramos al mismo Espíritu obrando y vivificando al uno y a la otra, y no debe asombrarnos, porque estos dos misterios son una consecuencia y como la prolongación del misterio de la Encarnación. Teníamos, pues, que encontrar a María, la Virgen Madre, a fin de que la continuación respondiera en todos sus puntos al principio.

Y lo que la analogía de la fe nos hacía presentir, la Sagrada Escritura lo confirma expresamente en la historia del uno y del otro misterio. Mas, para decirlo una vez más, estos dos misterios, el misterio de la adopción divina por la justificación, el misterio del descenso del Espíritu Santo en el alma de los creyentes, son dos hechos capitales y diarios en el mundo: capitales, porque con estas dos cosas se relacionan todos los dones de la gracia esparcidos por Dios sobre sus criaturas; cotidianos, porque la obra de la santificación de los hombres jamás se detiene. Por consiguiente, así es también la perpetuidad y la universalidad del misterio de María en la aplicación de los méritos de su Hijo, nuestro Salvador.

Tal es la ley manifestada por la santificación del Precursor y por el descendimiento del Espíritu Santo en el Cenáculo.

Fácilmente podría notarse su huella y su aplicación en varios otros hechos contados en los Evangelios. He aquí a los Magos, primicias de los gentiles, que vienen a reconocer al Rey recién nacido con sus adoraciones. Una estrella milagrosa los conduce a su cuna; mas es por medio de su Madre y presentado por Ella como recibe los primeros homenajes de su fe. Poco después, Cristo, niño, irá a tomar posesión de los países infieles y a echar la semilla fecunda de la que saldrán un día espléndidas cosechas de virtudes religiosas; ganará esta tierra de Egipto llevado en los brazos de su Madre. Más tarde, demostrará con el primero de sus milagros que su bondad llega hasta concedernos los bienes temporales, cuando este favor puede tener como resultado el promover nuestro bien espiritual y la gloria de su Padre, y también será por intervención de María por la que operará ese prodigio (Véase a Bossuet, *Tercer Serm. para la fiesta de la Concep. de la S. V.*, primer punto). Si creemos a muchos escritores de la Iglesia latina y aun de la Iglesia griega, la conversión del buen ladrón sería fruto de las oraciones de la Madre del Dolor. Por su intercesión hubiera hecho recaer sobre este desgraciado la virtud de la sangre redentora. Su presencia en el Calvario, atestiguada por el Evangelio, les ha bastado para sacar esta conclusión.

Podríamos desde ahora mostrar cuál es la perfección de la maternidad espiritual de María y cuáles son los derechos que posee para llamarnos sus hijos, puesto que cumple tan de lleno funciones que solas, independientemente de todo concurso en la redención del mundo,

bastarían para darnos una Madre y un Padre en el orden de la gracia. Pero la verdad tratada en este capítulo es tan capital, que es necesario confirmarla todavía más con la autoridad de nuevos testimonios.

La Santísima Virgen en la distribución de las gracias, adquiridas en el Calvario

En el que la cooperación universal de la Santísima Virgen en la distribución de las gracias, adquiridas en el Calvario, se confirma por el testimonio de la Liturgia, de los Padres, de los Doctores y Pontífices, tanto en Oriente como en Occidente.

I. Al testimonio de la Escritura se añade el de la Santa Iglesia, expresado por sus oraciones litúrgicas, por sus Padres y Doctores. Decidnos, si podéis, ¿cuándo esta Esposa de Cristo ha creído que debía prescindir en las oraciones que dirige a su Esposo de la intercesión de María? ¿Qué género de gracias pide sin emplear para conseguirlas el patrocinio de esta Divina Madre? ¿En qué época de su vida, en qué circunstancias ha olvidado el mirarla como intermediaria y mediadora cerca del Mediador?

En vano hemos recorrido su Liturgia, bajo las diferentes formas que ha revestido durante el curso de los tiempos, para comprobar en ella semejante olvido. Siempre y en todas partes la Iglesia, por medio de sus himnos y de sus oraciones, tanto en el más augusto de los misterios como en las otras partes de su culto, atestigua prácticamente la gran verdad que queremos dejar bien asentada. Muchas veces se presentará la ocasión de comprobarlo, y no es necesario aducir aquí los textos. Hállase el resumen de ellos en esta oración de un Oficio recientemente concedido por la Santa Sede: "*Señor, Dios todopoderoso, que habéis querido que lo recibamos todo por intercesión de la Madre de vuestro Hijo, dadnos, por la mediación de esta gran Madre, etc.*". "*Domine Deus omnipotens qui per immaculatam Genitricem Filii tui omnia nos habere voluisti, da nobis, tantae matris auxilio, etc.*" Postcom. Manifest. ImmacuL. M. a sacro numismate (27 nov.). Ya en la Secreta de la Misa de la Asunción, María se nos representaba subiendo al cielo para orar allí por nosotros, así como Nuestro Señor mismo había ascendido *ad interpellandum pro nobis*.

Ahora bien; esta frase, así introducida en la Liturgia, se la puede hallar reproducida, con muchas otras de parecida significación, a través de los escritos de los Doctores y de los Padres, así en Oriente como en Occidente. Al final del Libro siguiente trataremos de exprimir su significado para hacer brotar cuanto encierra. Ahora, lo que se trata de probar es que, hablando en general, la Santísima Virgen tiene el cargo de mediadora universal, cargo secundario, es cierto, pero incontestable, en la dispensación de las gracias. La misma proposición, expresada en estos términos o en otros equivalentes: **Todo por María, todo bien por María**, ha llegado a ser, podemos afirmarlo con seguridad, como **un lugar** común en los autores ascéticos, al menos desde San Bernardo, que lo modeló en esa fórmula, a la vez tan breve y tan compendiosa, que todos los siglos repiten tras él.

Escuchad a este gran servidor de la Reina del cielo. La inteligencia que adquiramos de su pensamiento nos hará comprender mejor el pensamiento general. La ha consignado con

más claridad en el sermón de la Natividad de la Santísima Virgen, generalmente titulado **Del Acueducto**.

Después de haber presentado a Cristo Jesús como el manantial de la vida, que desde la Ciudad de Dios se ha desviado hacia nosotros para darnos a beber de sus aguas: "*El Acueducto está lleno* —prosigue— *a fin de que se tome de su misma plenitud. Ya habréis comprendido, si no me engaño, cuál es este acueducto que, yendo a buscar en el corazón del Padre la plenitud del manantial, la ha puesto a nuestro alcance, si no como es en sí misma, a lo menos en la medida en que podíamos recibirla, pues sabéis a quién ha sido dicho:* ***"Salve, llena de gracias..."*** *Si durante tantos siglos los arroyos de la gracia han corrido con tanta parsimonia sobre el género humano, es porque el precioso acueducto de que hablamos aún no existía...* (Y, sin embargo, ya lo diremos más adelante, la gracia que nunca faltó al género humano, aun antes de la venida de Cristo y de la existencia de su Madre, era también distribuida dependientemente del uno y de la otra).

"*Considera, ¡oh, hombre!, el plan de Dios y reconoce en él el designio de la sabiduría, el designio de la bondad. Antes de cubrir la era del celestial rocío, comienza por impregnar de él al vellocino. Queriendo rescatar al género humano, pone todo su rescate en María...*"Omitamos una parte de la página siguiente, porque la hemos dado en otro lugar. "*Pero* —dice el Santo— *es preciso ahondar en el misterio y considerar con cuánto ardor de afecto quiere Dios que honremos a esta Virgen, ya que en ella ha puesto la plenitud de todo bien. Por consiguiente, todo cuanto hay en nosotros de esperanza, lo que hay de gracia y de salud, todo, repito, no lo dudemos, nos viene de Aquella que se eleva al cielo, inundada de delicias* (Palabras adoptadas por el Breviario Romano en la fiesta de María Auxiliadora, 24 de mayo, 7 lección).

"*Si, ciertamente, Ella es un jardín de delicias que el viento del Austro divino no sólo ha acariciado una vez con su aliento, sino que sobre él ha tornado con su cálido y fecundo hálito, a fin de que de él brotaran continuamente en abundancia los más gratos perfumes, quiero decir las riquezas de la gracia* (Can., IV, 6). *Quitad esa mole solar que ilumina al mundo. ¿Dónde estaría el día? Quitad a María, esa Estrella del Mar, del vasto y dilatado mar del mundo. ¿Qué quedaría sino una inmensa niebla, la sombra de la muerte, y las más espesas tinieblas? Así, pues, con toda la ternura de nuestros corazones, con toda nuestra potencia afectiva, con nuestros más ardientes votos, honremos y veneremos a María:* ***tal es la voluntad de Aquel que quiso que todo lo tengamos por María: sic est voluntas eius qui totum nos habere voluit per Mariam****. Tal es, repito, su voluntad, pero una voluntad que cede toda en nuestra ventaja*" (San Bernard., *de Aquaeductu*. n, i, sqq. P. I... CLXXXIII, 440, sq. El santo dice en otra parte, en términos iguales: *Nihil nos Deus habere voluit, quod per Mariae manus non transiret,* "*Dios ha querido que no tengamos nada eme no pase por las manos de María.*" Serm. vro Vigil. Nativ. Dom.., 3. n. 10, P. L,, CLXXXIII, 100).

Nosotros tenemos, en verdad, todos los bienes por María, por este solo hecho de que Ella nos haya dado al autor de la gracia, Jesucristo, nuestro Redentor. Pero no está ahí sólo todo el pensamiento de San Bernardo. Lo que él quiere sobre todo enseñarnos aquí, es el oficio universal de esta divina Madre en la distribución de las gracias. Para convencerse de ello, basta leer las siguientes palabras del mismo texto: "*Ella se apresura siempre y en todas partes a asistirnos en nuestras miserias, a consolarnos en nuestros temores, reavivando nuestra fe, afianzando nuestra esperanza, desvaneciendo la desconfianza, alentando la pusilanimidad. No os atrevéis a acercaros al Padre. Temblando al eco solo de su voz, os refugiáis entre la fronda. Os ha dado su Hijo como Mediador...Mas quizá en Jesús teméis la majestad divina, porque aunque se ha hecho hombre, no ha*

dejado de ser Dios. ¿Quisierais un abogado cerca de El? Recurrid a María. En María está la naturaleza pura, no solamente pura de toda mancha, sino exenta de toda otra naturaleza que no sea la vuestra. Lo digo sin vacilar: Ella también será escuchada, por la consideración que merece. El Hijo escuchará a la Madre, el Padre escuchará al Hijo. Hijitos míos, he aquí la escala de los pecadores, he aquí mi esperanza más firme, he aquí toda la razón de mi confianza. Porque, al cabo, ¿puede el Hijo dar o recibir una repulsa? ¿Es posible que el Hijo no atienda, o que El mismo no sea atendido? Ni una cosa ni otra, seguramente. Habéis, dice el Angel, hallado gracia delante de Dios. ¡Oh, dicha! Ella siempre hallará gracia, y nosotros sólo necesitamos de la gracia... ¡Ah! Busquemos la gracia, busquémosla por medio de María, porque lo que Ella busca, lo encuentra indefectiblemente" (San Bernardo, de Acpiaeductu). Aunque esta cita parece larga, no la hemos abreviado sin sentimiento, tan a propósito es para poner en evidencia, juntamente con el pensamiento de San Bernardo, esta idea tan gloriosa paraMaría, que, en el orden de la Redención y en el orden de la aplicación de los méritos de Jesucristo, todo nos viene por su mediación: *Sic est voluntas Eius qui totum nos habere voluit per Mariam*. Ahora bien; y una vez más el axioma formulado por el santo abad de Claraval ha sido recogido y repetido por los maestros de la ciencia sagrada que le han sucedido desde el siglo XII hasta nuestros días.

II. ¿Queréis las pruebas? Escuchad estos textos escogidos entre mil. He aquí primero un autor bastante próximo a los tiempos ilustrados por San Bernardo: "*Considerad, mis muy amados, que María es la soberana de los hombres en este mundo. De Ella es de quien está escrito en el libro de los Salmos:* ***"Como los ojos de la sierva están fijos en las manos de su ama..."*** (Psalm., CXXII, 2). *La sierva de María, nuestra Señora, es toda alma fiel; mejor dicho, es la Iglesia entera. Los ojos de la sierva deben estar siempre fijos en las manos de su ama, porque debemos siempre poner nuestras miradas en las manos de María, ya sea para recibir el bien, ya sea para ofrecer a Dios por ellas todas nuestras buenas obras.* ***En efecto, de manos de esta Ama muy querida es de donde recibimos todo el bien que hay en nosotros****; sean testimonio estas palabras de San Bernardo:* ***Dios no ha querido darnos nada que no pasara por las manos de María***". *Speculum* 11. M. V., sect. 3. Opp. S. Bonavent., t. XIV, pp. 240 y sigs. (ed. Vives). Ya hemos dicho cómo la critica disputa a San Buenaventura la paternidad de esta obra: lo que. por otra parte, nada le quita ni de su antigüedad, ni de su mérito. Hay las mismas ideas en un sermón atribuido, como el *Speculum*, a San Buenaventura, y de una autenticidad igualmente dudosa. Se halla este último texto en el tomo de nuestra primera parte, 1. VII, c. 4, p. 438 y sigs. El pensamiento de San Bernardo se encuentra de nuevo en el libro titulado **De la Corona de la Virgen**, c. 15, P. L., XCVI, 304. "*Todos los bienes Que la Majestad Soberana determina comunicar al mundo los ha depositado en vuestras manos. Así Dios os ha confiado los tesoros de la sabiduría, las joyas de los carismas, las bellezas de las virtudes, todos los ornamentos de la gracia. Cuando los sembráis en nosotros, nuestra esterilidad se vuelve fecunda.*" San Ildefonso no ha podido escribir este libro, aunque se le atribuya, porque contiene fragmentos de San Bernardo, y porque el estilo es del siglo XII. Si lo hemos citado, como los textos precedentes, es porque demuestra cuan generalmente esparcida estaba la fórmula del gran abad de Claraval y la doctrina que expresa, desde el duodécimo, décimotercero y décimocuarto siglos.

Después del autor del **Espejo de la Virgen María**, consultemos al piadoso sabio**Dionisio de Cartujano**. He aquí cómo termina una magnífica descripción de la dignidad preeminente y de los privilegios inherentes a la maternidad de María: "*En fin, el Rey Mesías, Cristo Nuestro Señor, celoso de ensalzar a su propia Madre y de honrarla sin medida, la ha constituido medi-*

adora entre El, el Juez, y nosotros, los culpables. La ha puesto junto a Sí, para que sea nuestra Abogada; le ha confiado la Iglesia militante y sometido todo el ejército de los elegidos, ***de suerte que nada no es dado si no es por Ella****. Por tanto, si somos escuchados, si nos vienen indulgencias y gracias, sepámoslo bien, todo* ***nos viene por María****; entre sus manos está nuestra salvación" (L. de via et fine solitar., a 7)*. La alusión en este texto a las palabras de San Bernardo es evidente. Estas mismas hizo-**suyas** el canciller **Gerson**, refiriéndolas a su autor: "*Vos, ¡oh Madre de gracia, Virgen incomparable; Vos,* ***por las manos de quien****, según atestigua San Bernardo,* ***nos es dado por Dios todo cuanto nos es dado****; Vos, rica en misericordias para con aquellos que os invocan, os rogamos saludándoos, y os saludamos al rogaros*" (Gerson, Serm. in Coena Domini. sub initio. Opuse, t. II, p. 196).

Ya hemos oído a **San Bernardino de Sena**; pero, puesto que no ha temido repetirse, no temamos nosotros escucharle de nuevo. Hablando de las estrellas que coronan la frente de la Virgen, "*la cuarta,* dice*, es la* ***dispensación****. A partir de la hora en que concibió en sus entrañas al Verbo de Dios, obtuvo, por decirlo así, una cierta jurisdicción, una cierta autoridad sobre toda procesión temporal del Espíritu Santo; en tal forma, que no se reciben las gracias de Dios sino por su intervención. Por lo cual el devotísimo Bernardo ha dicho:* ***Ninguna gracia viene del cielo a la tierra que no pase por manos de María***" (San Bernardin. Sen., *Serm. de Nativ. B. M. V*.. 5. a. un., c. 8. Opuse, t. V, p. 196).

Recordáis, sin duda, a aquel a quien se designaba con el nombre del **Sabio Idiota**, antes de que el P. Teófilo Raynaud hubiera descubierto su verdadero nombre, que es el de Ramón Jordán. El también repite el axioma de San Bernardo: "*Vos sois, ¡oh, Señora nuestra!, la dispensadora de las gracias divinas: nada nos es concedido por vuestro. Hijo que no haya pasado por vuestras manos*" (Raimundo Jordán, *Contempl. de B. M. V.*, p. IV, contempl. 14, de dilect. V. Mariae).

La misma afirmación general se encuentra en el libro de las **Alabanzas de la bienaventurada María**, compuesto por **Ricardo de San Lorenzo**. Habiendo explicado refiriéndoles a la Madre de Dios varios textos en que el escritor sagrado hace el más espléndido elogio de la divina Sabiduría, llega a este versículo: "*Todos los bienes me han venido con ella*" (Sap. VII, 11). "*Lo cual, dice, es preciso entenderlo principalmente de los bienes de la gracia, que son los verdaderos bienes. Ellos nos vienen de la inagotable largueza de Dios, que hace pasar por manos de María todo el bien que otorga a sus criaturas*" (*Le Laud. B. M.. 1.* II, c. 3. Opp. Alberti M., t. XX, p. 61). Por otra parte, el piadoso autor habla de la dispensación de las gracias, y no solamente de su primera adquisición, porque añade: "*Por lo cual es necesario dedicarse a conocer a María, porque el que la conozca la amará, y quien la ame recibirá de su Hijo, por su mediación,* ***ipsa mediante****, todos los bienes necesarios al presente, y en el futuro, la vida eterna, de la cual las gracias y virtudes son las arras y la prenda*" (De Laud. B. M.). El mismo axioma en **San Antonio de Florencia**: "*Es por María por la que toda gracia venida del cielo baja sobre la tierra*" (Summ., p. IV. tit. 15, c. 20, 12).

Adán de Perseigne expresa al mismo tiempo la idea de que María nos ha dado toda gracia al darnos al Autor de la gracia, y la idea de que, en su aplicación, toda gracia nos viene también por intercesión suya. "*Como está llena de gracia, como de toda ella rebosan las delicias de la misericordia, no hay gracia alguna que su parto no nos traiga. Es nuestra esta Virgen y nuestros son todos los misterios celestiales que en Ella se operan. Eh, pues, soberanamente peligroso el separarse, aunque no sea más que un instante, de* ***Aquella a quien están confiadas todas las delicias*** *de nuestrar suavidad, de Aquella en quien están reservadas para uso nuestro las riquezas de la salvación,*

la sabiduría y la ciencia de los Santos" (*Fragmenta Mariana*, fragm. 7 P. L. CCXI, p. 754), y después: "*¡Oh, salvación asegurada! ¡Oh!, compendio de la vida! ¡Oh, esperanza única nuestra de perdón! ¡Oh, suavidad singular! Vos lo sois todo para mí, única Reina mía; en Vos está depositada la plenitud de todos los bienes... ¿Tenéis necesidad de misericordia? La hallaréis en sus entrañas virginales. ¿Buscáis la paz?, etc., etc.*" (idem). Enumeración que manifiestamente se refiere a la distribución de las gracias.

¿Queréis aún otro autorizado testimonio, procedente de la Iglesia latina? Es un texto del bienaventurado **Alberto el Magno**. No es extraño a la ley formulada por San Bernardo, puesto que sigue puntualmente el extracto de un sermón, en el que nuestro Santo ha celebrado con gran elocuencia la eficacia universal de las intercesiones de María, considerada bajo el nombre de **Estrella** (Hom. 2 *super Missus est*, P. L. CLXXXIII). "*Y el nombre de la Virgen era María. María, según las diversas interpretaciones, significa Soberana, Estrella del Mar, Iluminada, Iluminadora...* ***Soberana****: ¿acaso no es Ella la Señora y Dueña de todo aquello de que Dios es Dueño y Señor?... Luminosa, Iluminadora, porque recibe inmediatamente las iluminaciones divinas y todos los favores del cielo son universalmente distribuidos por Ella,* ***ipsa omnium bonitatum universaliter distributiva****.* ***Estrella del Mar****,porque es y será siempre la plenitud de todas las gracias de la vida presente*" (Quaest *super Missus est*, q. 29). Si este texto no parece bastante claro, he aquí otro que no permite vacilación alguna. El bienaventurado **Alberto** trata de la plenitud de las gracias en María. Señala, entre otras plenitudes, "*la que recibe únicamente para* ***dar****, y es la plenitud, porque todas las gracias,* ***en cuanto a su número*** (es decir, sin exceptuar ninguna), *pasan por sus manos. Y he aquí por que se dice en el Libro del Eclesiástico:* ***"Yo soy como el canal del río, y como el acueducto que sale del Paraíso de Dios"*** (Eccl. XXIV, 41); *es decir, de las delicias de la divina misericordia* (ibid. q. 164, p. 116). Viene en seguida una alusión muy expresiva a la fórmula de**San Bernardo** y la aplicación hecha a María de las palabras de la **Sabiduría**: "*Todos los bienes me vinieron con Ella y he recibido de sus manos una riqueza incalculable*". La Edad Media ofrecía muchos más testigos a quien se tomara el tiempo preciso para interrogar a los ascetas y a los predicadores. He aquí, por ejemplo, al franciscano Bernardino de Busti diciendo de María: "*Dios la ha amado tanto, que no ha querido hacernos beneficio alguno que no pase por sus manos. Ahora bien; ella no es avara, sino liberal y generosa. Dios la ha constituido su tesorera y la dispensadora de sus gracias.*" Marial parte III, *de nomine Mariae*, serm. 2.

Ved aquí también a Pelbart de Themeswar: que repite, después de San Bernardino de Sena: Que a partir del momento en que la Virgen concibió al Verbo de Dios, tuvo una suerte de jurisdicción sobre todas las procesiones temporales del Espíritu Santo, de suerte que ninguna criatura recibe virtud o gracia, cualquiera que sea. del Espíritu Santo, de que Ella no sea la dispensadora.*Y no temo decir* —añade— *que... del seno de esta Virgen como de un océano de la Divinidad, salen todon los arroyuelos y los ríos de todas las gracias... Asi, pues, el manantial de toda gracia está en ella, a fin de que la invoquemos en todas nuestras necesidades.. porque es Ella la dispensadora de toda gracia*" (Stellarii, I. II p 21 Ved, asimismo, a Cornelio de Luckis, que proclama a María "*tesorera de las gracias divinas, porque ha sido del agrado de Dios el darnos todo por sus manos, y nada sin ella*" (*Rosarium*, serm. 4).

Por ahora no miremos lo que haya a veces de exagerado en las expresiones, y no tomemos mas que el pensamiento que quieren poner de relieve; es siempre la idea formulada

por San Bernardo, con menos mesura, tal vez, pero sin la menor vacilación : tan natural y verdadera parece.

Omitimos una multitud de testimonios para detenernos en un texto de León XIII. Con él ha cerrado su Carta Encíclica *Iucunda semper*, sobre el Rosario de María: "*Venerables hermanos, dice el Pontífice a sus cooperadores en el Episcopado, que Dios, que nos ha dado, en su bondad misericordiosa,* ***tal Mediadora, y que ha querido que todo lo recibamos por María****, se digne por su intercesión y su favor escuchar nuestros comunes votos...*' Y para que nadie se llame a engaño sobre la fuente de donde ha sacado esta fórmula, León XIII tiene cuidado de señalar a San Bernardo con una cita expresa. Por otra parte, había, en el curso de la misma Encíclica, copiado otras palabras análogas, extraídas de un sermón de San Bernardino de Sena, pero escritas por este último bajo la influencia del santo abad de Claraval: "*Toda gracia comunicada a este siglo viene a él por un triple proceso: de Dios a Cristo, de Cristo a la Virgen y de la Virgen a nosotros.*"

Ahora bien; León XIII, al hablar así de María, no hacía más que seguir el ejemplo de su glorioso predecesor, porque Pío IX, escribiendo desde Gaeta a los obispos del mundo católico para preguntarles cuáles eran sus sentimientos y los de todas sus Iglesias con respecto a la Inmaculada Concepción, les decía: "*Vosotros bien sabéis, venerables hermanos, que toda nuestra confianza reposa en la Santísima Virgen, porque Dios ha puesto en Ella la plenitud del bien. Sepámoslo, pues, que todo cuanto hay en nosotros de esperanza, todo cuanto hay de gracia y de salud emana de Ella... Tal es la voluntad del que quiso que todo lo tuviésemos por María*" (*Ubi primam*, data Caietae. 2 feb. 1849). Constantemente, por otra parte, Pío IX, así en sus Encíclicas como en sus Alocuciones, expresa este pensamiento, que la bienaventurada Virgen es Madre de todos nosotros, una Madre amantísima, una Madre que puede obtenerlo todo, que encuentra cuanto busca, y no cabría que fuese desatendida en su oración (Allocut. 20 abril 1849, 20 dic. 1867, Encícl. *Nostis nobiscum.* 8 dic. 1849 y *Quanta cura.* 8 dic. 1864).

III. Y no creamos que sean sólo los Escritores y Padres de la Iglesia latina los que emplean este lenguaje. El Oriente nos ofrecería una multitud de testimonios tan claros como los anteriores y no menos explícitos. Recordemos como memorial dos categorías de textos que reaparecen a cada instante en las homilías de los Padres. Hemos hecho frecuentes citas de la primera al principio del segundo libro (II parte, I. II. c. 1). **Por vos**, dicen a la Madre de Dios, **por vos**..., enumerando detalladamente con San Cirilo de Alejandría todos los frutos pasados y presentes de la Redención. La segunda categoría comprende las brillantes series de **Ave** por las cuales se terminan gran número de sus sermones en honor de María. Tiempo llegará de que hablemos de ello con más detenimiento. Lo que importa anotar aquí es que no hay don alguno de la gracia, concedido por la divina misericordia, que no sea en ellos atribuido a la Madre de Dios. No negamos que nuestros doctores tienen a menudo ante la vista al don mismo del principio de la gracia, principio en el cual todo lo hemos recibido; mas también vemos en sus mismos textos o por sus contextos que hacen depender la actual dispensación de las gracias de la asistencia y del poder imperativo de María. "*¡Oh, Virgen!; ¡oh, Madre de Dios!; vuestra intercesión es tan poderosa, que para obtener la salvación, no necesitan otros intercesores ante Dios que Vos... Nadie, ¡oh, Santísima!, será salvo sino por Vos... Nadie, ¡oh, inmaculada!, es libre del mal sino por Vos... Nadie, ¡oh, Purísima!, hay que* ***reciba los dones de Dios*** *sino por Vos. Nadie, ¡oh, Exaltadísima!, hay a quien* ***la bondad divina conceda sus gracias, si no es por***

***Vos*"** (27). San Germán, Const., *hom. in S. M. Zonam*, n. 5. P. G.. XCVIII, 380, 381. Item, *In Praesentat. SS. Deip.*, n. 19, ibid-, p. 308. Cf. S. Joan. Damasc., S. Andrés Cret., passim.

Sobre todo cuando hablan de la gloriosa Asunción de María, es cuando los Padres de Oriente celebran esta universal y perpetua mediación. Si la Virgen ha subido al cielo, si ha sido admitida con más intimidad que otra alguna persona al beso del Señor, es para que interceda más constante y poderosamente en favor de sus hijos desterrados. Quizá no haya discurso alguno sobre la Dormición y la glorificación de la Madre de Dios en que esta idea no aparezca en una u otra forma.

¿Queréis algunos ejemplos? Leed este pasaje de **Juan, arzobispo de Eucaita**, en el Asia Menor: "*Ella sube a la morada de la paz eterna; mas no debe creerse que nuestros intereses le vayan a resultar ahora desgraciada tierra... Por Ella tenemos el ser, el movimiento y la vida* (II corr., V, 8). *Por Ella morimos con la confianza de encontrar la bienaventuranza después de nuestro tránsito, y, **para decirlo de una vez, todo lo que hay de feliz para nosotros en la vida presente y en la vida futura, todo, digo, nos viene por Ella, porque en todo tiempo y de todas maneras Ella nos torna propicios así al Hijo como al Padre de las misericordias, de suerte que nos consigue y nos conseguirá de El todos los bienes; tan inextinguible es en Ella la sed de hacernos bien**. Así, pues, os saludamos, ¡oh, Soberana nuestra; así os glorificaremos a la hora de vuestra partida, porque habéis sido benemérita de nuestra naturaleza, pues nos habéis traído la salvación a todos, habéis engendrado nuestra vida, habéis derramado la alegría sobre nuestra miserable raza. Benditos sean los dones de que nos habéis enriquecido; benditas tantas gracias de las que hemos sido gloriosamente coronados por vuestra mediación. Desde ahora, ya no estamos bajo la sentencia de condenación que pesaba sobre nuestros primeros padres; no somos ya malditos entregados a la corrupción; de ahora en adelante, la muerte ha perdido su imperio. Y todo esto es gracias a Vos, por Vos y por medio de Vos, si lo tenemos. **Per te, propter te, et ex te ista omnia**... Os habéis colocado como mediadora entre el cielo y la tierra y lo habéis mejorado todo por maravillosa manera*" (Joann. Euchait, arch.. Serm. in S. Deip. Dormit., n. 32, 33, P. G., CXX 1109, 1112).

Texto tanto más notable cuanto que distingue con nitidez las dos partes que tiene María en la obra de nuestra salvación: la que le corresponde en la adquisición de la gracia, como Madre del Salvador y su asociada en el sacrificio de la Cruz, y la que tiene como abogada cerca de Dios perpetuamente. Los distingue, decimos, para asegurarnos que por una y otra función de su ministerio la Virgen purísima es para nosotros canal universal de las gracias.

Leed también este elocuente apostrofe de **San Andrés Cretense** a la Virgen moribunda: "*Toda la creación está llena de vuestra gloria. La suavísima esencia de vuestros perfumes lo ha santificado todo. Por Vos ha perdido su aguijón el pecado; por Vos se cambia en alborozo la maldición que pesa sobre nuestro primer padre; por Vos los ángeles cantan con nosotros: **"Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra..." Partid, pues, partid en paz; dejad esta morada terrena para ir a hacer propicio a Dios para con nosotros, sus criaturas. Viviendo entre nosotros no estabais poseída sino por una mínima parte de nuestra tierra. Ahora que subís a los cielos, el mundo entero os abrazará como su universal propiciatoria"*** (Serm. 3 in Dormit. B. M. V., P. G., XCVII, 1100).

"*Y ahora la Madre de Dios, Reina y Soberana del Universo, que ya es para siempre inmortal, tiende hacia el Señor aquellas manos corporales que llevaron a Dios... Paloma dulcísima, levantada en vuelo inefable hacia la región de lo alto, no cesa por eso de proteger nuestras bajas regiones. Desde la*

altura de los cielos pone en fuga a los demonios, porque es allí nuestra constante mediadora cerca de Dios" (San Theodor. Studit, *Orat. in Dormit. SS. Deiparae*, P. G., XCIX, 720).

San Juan Damasceno comparaba la muerte de la Santísima Virgen a un eclipse de sol. Aun cuando esté algún tiempo velado para nosotros por la interposición de la luna, el astro del día no ha perdido su luz, y pronto reaparecerá en todo su esplendor, inundando al mundo con sus rayos. Así ocurre con la **Dormición de la Virgen Inmaculada**: "*Manantial de la luz verdadera, tesoro inagotable de vida, fuente caudalosa de bendición. Vos nos habéis traído todos los bienes, y heos ahí oculta ahora durante algunos días por las sombras de la muerte. Mas ésta no puede guardaros bajo de su imperio, y Vos derramaréis perpetuamente sobre el mundo los puros, inmortales y siempre inagotables rayos de la luz y de la vida, los ríos de la gracia, el manantial de las curaciones y de las bendiciones celestiales*" (San Joan. Damasc., *Hom. in Dormit. Deip. Virg*., a. 10, P. G., XCVI, 716. Cf. Georg. Nicom., *Or in SS. Deip. ingressum*, P. G., C. 1437 y sigs.). Estos textos, a los cuales sería fácil añadir otros muchos, prueban con holgura que la fórmula empleada por San Bernardo y llegada a ser clásica después de él, no era, a lo menos en substancia, ignorada por los Padres griegos.

Los libros litúrgicos son de ello nueva demostración; sirven de prueba estos fragmentos tomados de las **Meneas**: "*¡Oh, Vos, que habéis llevado en vuestros brazos a Cristo, que lleva todas las cosas por un solo acto de su voluntad, ofrecedle vuestras poderosas oraciones para que me libre de las manos de mis enemigos y me encierre entre los brazos de su divina misericordia*" (Ex Men., S. Joseph. Conf. od. 9, 17 feb. de S. Archippo. in Claus. *Pietas Mariana, Graec*. .., P. I.. n. 230).

"*Lejos de olvidarnos, ahora que reina en el cielo, la Virgen Madre extiende suplicante sus manos divinas hacia el Criador que ellas llevaron*" (Ex Mens.. S. Theophan., 13 feb., post. od. 3, de S. Martininav., *Pietas Mariana*..., P. I.. n. 230).

Y en otro lugar: "*Ofrezcamos nuestras aclamaciones a la purísima y santísima Virgen María; porque de ella y por ella corren sobre nosotros, más allá de cuanto puede concebirse, las gracias celestiales: ella es el torrente de la bondad divina*" (Ex Men., S. Theophan., 17 enero, od. 21 de S. Antón, in Claus. *Pietas*, etc., n. 114). No es necesario decir que las Iglesias orientales, no menos que la Iglesia latina, al referir a María todos los bienes espirituales que concurren a la santificación de los hombres, no se los atribuye como a fuente **primera**, ni aun como a su cansa **principal**; su poder está en la virtud de su intercesión. "*Gloriosa Madre de Dios, siempre Virgen, cantan en sus himnos, **llevad nuestra plegaria** a Dios, vuestro Hijo, a fin de que, por vos, salve nuestras almas*" (Cosmas Hierosol., Hymn. pro magna feria 5, P. G., XCVI1I, 481).

"*Mi voz suplicante clama a vos, ¡oh, soberana mía"; salvadme por vuestra intercesión; despertadme de mi pesado sueño para vuestra gloria, y en virtud de Aquel que en vos se hizo carne*". Aun no es momento oportuno de hablar de los monumentos del culto de los primeros cristianos a la Madre de Dios, tal como nos lo revelan las Catacumbas. Pero entre esos monumentos arqueológicos hay uno que merece que fijemos en él la atención de antemano, porque expresa con exactitud teológica no solamente la naturaleza del culto tributado por la primitiva Iglesia a la Madre de Dios, sino también la idea que entonces se tenía de su universal mediación. Es una piedra labrada de peregrina elegancia, proviniente del Museo Vettori (Num. aer. explic. p. 61). Vese en ella a la augustísima Virgen en actitud de orar, es decir, con los brazos extendidos y la cabeza nimbada y velada. Contra su pecho, según el tipo bizantino, está el Niño Jesús

con el nimbo crucifero. Ahora bien; la Madre y el Hijo aparecen de pie, en una especie de urna, que de cada uno de sus lados deja escapar un arroyo. En el campo de la piedra están grabadas las siglas *MP 0Y*, *Mater Dei*, y más abajo, en la parte inferior, la palabra HIIHTH, *Fons*. la fuente. ¿Podíase expresar mejor que de Jesucristo, "*fuente principal*", manan perpetuamente sobre el mundo todos los favores celestiales; pero gracias a la intercesión siempre presente y por mediación de su Madre? (Is„ XII, 3. Martigny. *Dict. de, Antiq. chrét. La Sainte Vierge*, VIII).

Diversos modos del ejercicio de la maternidad de la Virgen Maria

De cómo la bienaventurada Virgen María quedó en medio de la Iglesia naciente, después de la Ascensión de su Hijo, para ejercer "*sensiblemente*" las funciones de la maternidad espiritual que debe llenar "*invisiblemente*" hasta el fin de los siglos, y demostrar así que las funciones de esa maternidad no se terminaron en el Calvario.

I. Jesucristo, después de haber consumado la Redención de los hombres con su sangrienta inmolación, y consagrado los cuarenta días que siguieron a su resurrección a dar las últimas disposiciones reclamadas para el establecimiento de la Iglesia, deja la tierra y se eleva gloriosamente al cielo. ¿Quién que no hubiese leído la Sagrada Escritura dejaría de creer que el Salvador mismo haría entonces participar a su Santísima Madre de su triunfo, como había participado del combate, y que ella subiría también de este valle de lágrimas a la tierra de los vivos, apoyada en su Amado? Todo parece que exigía que le siguiera. Su misión entre nosotros había terminado, puesto que para concebir, dar a luz y conducir hasta el ara de la cruz a nuestra universal Víctima, era para lo que milagrosamente había recibido la vida. En aquella hora su santidad traspasaba ya todos los límites; era, pues, soberanamente digna de ocupar a la diestra de su Hijo el trono de la gloria, por encima de toda criatura, ya humana, ya angélica. Y, además, ¿su corazón y toda su vida no estarían de aquí en adelante en el cielo, allí en donde estaba su único tesoro? Y, ¿era forzoso que la unión que hasta aquel momento la tuvo cerca de Jesucristo en todos sus misterios, quedara rota tan dichosamente para Él, tan dolorosamente para Ella? En fin, ¿podemos suponer siquiera que el Hijo, que iba a gozar en paz de los esplendores de la patria, dejaría tras de Sí a su Madre en las tristezas del destierro? Y si Jesucristo hubiera subido, sólo Él, al cielo, nos costaría menos trabajo concebir el abandono en que habría dejado en la tierra a su Santísima Madre. Mas Él lleva consigo a aquellos millones de almas bienaventuradas que su muerte libertó de sus cadenas; y aunque de ello no teníamos certeza, podemos creer con una gran probabilidad que vanas de esas almas, en particular la de José, el virginal Esposo de María, estaban ya, como la suya, reunidas con sus cuerpos gloriosos (Matth. XXVII. 53). Y puesto que era un privilegio el acompañarle en este misterio, todo grandeza y gloria, la Virgen, que debía ser la más privilegiada de las criaturas, ¿no debió ser la primera en seguirle en su gloriosa Ascensión?

Sí; sin duda, Ella le hubiera seguido, si sólo fuera Madre de Dios. Mas no olvidemos que llegó a ser Madre de los hombres y, de consiguiente, Madre de la Santa Iglesia. Y he aquí, si no nos engañamos, por qué María debió permanecer sobre la tierra después de la partida de su Hijo glorificado. La Iglesia era un Jesucristo recién nacido, un Jesucristo en pañales, un Jesucristo en la cuna. En el Calvario es donde recibió la vida en medio de increíbles dolores. Y

la prueba de que la naciente Iglesia era el mismo Jesucristo, está en que el Señor gritó desde lo alto de los cielos a Pablo, el perseguidor encarnizado de los primeros fieles: "*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?... Yo soy Jesucristo, al que tú persigues*" (Act., IX, 4-5). Jesús, para *su ser físico*, había necesitado una madre que velase sobre su infancia; había crecido bajo su égida maternal, en edad, en sabiduría, en gracia delante de Dios y de los hombres. ¿No era, pues, conveniente que el mismo Jesús, en su ser místico, que es la Santa Iglesia, tuviese una madre para acompañar de un modo sensible sus primeros años, hasta el día en que también la Iglesia, más próxima a la madurez de su edad, fuera por todo el mundo a predicar el Evangelio del Reino y a convertir a las naciones? Y, ¿quién otra que María podía ser esta Madre visible, puesto que Ella era la que, después del Dios encarnado, la había engendrado en el Calvario?. Nada nos impide considerar también a la Iglesia como Esposa de Jesucristo, el Hijo de María. Estamos autorizados a ello por nuestros Libros Santos. ¿Acaso el Apóstol no ha propuesto la unión de Cristo con su Iglesia como el ejemplar más perfecto de la unión que debe existir, entre cristianos, entre el esposo y la esposa? (Efesios, V, 24 y sigs.) ¿Y no sabemos que el **Cantar de los Cantares**, en un sentido principal, tiene por objeto celebrar este divino enlace? Ahora bien; a esta Esposa, a quien el Salvador acababa de unirse después de haberla sacado de su costado entreabierto, habíala casi en seguida abandonado, "*dejándola viuda y desolada, entre los primeros esfuerzos de su reciente aflicción*" (Bossuet, *Segundo Serm. para la Asunción,* primer punto). Madre del Esposo, María, por derecho, era también Madre de la Esposa. Era,pues, soberanamente justo y razonable que la Madre permaneciera cerca de aquella que el Esposo privaba de su presencia visible: tanto tiempo al menos cuanto por su edad tierna tuviera particular necesidad de ser consolada, sostenida y fortalecida.

No opongáis que el espíritu santo había descendido sobre la Iglesia, y que permaneciendo Jesucristo invisiblemente con ella hasta el fin de los siglos, no necesitaba del ministerio extremo de María. Lo concedemos, si habláis de una necesidad absoluta; mas hay también necesidades de conveniencia. Jesucristo, cuando vino al mundo, estaba lleno en su humanidad santa de gracia y de verdad. El Espíritu de Dios había reposado sobre Él con la plenitud de sus dones. Más aún: el cielo y la tierra estaban a sus órdenes, Dios, sin embargo, se confió por largos años a la amorosa solicitud de una madre. Así ocurrió con el Cristo místico, providencia tanto más admirable cuanto que esta continuidad de cuidados maternales atestiguaba la unidad de Cristo en su doble estado y casi nos atrevemos a decir en su doble personalidad.

Añadamos otra consideración, no menos importante que la primera. Ya lo hemos meditado: María, consagrada Madre de los hombres en el Calvario, no terminó allí de ejercer las funciones de su maternidad. Debe prolongarlas a través de los siglos, como ministro universal de su Hijo en la aplicación de los méritos y en la formación de los hijos de Dios. Esto es lo que nos dicen las palabras de Jesucristo expirando en la Cruz. Pero es preciso, además, que la verdad contenida en estas divinas palabras sea plenamente comprendida y grabada de un modo indeleble en lo más profundo de los corazones. Sin duda, suponiendo que la bienaventurada Virgen hubiera, al mismo tiempo que su Hijo, subido al cielo, sus beneficios hubiesen servido de testimonio de su oficio de Madre. No obstante, éstos no hubieran dado la prueba sensible, palpable, que nos suministra su presencia prolongada largos años todavía sobre la tierra.

El Espíritu Santo, prometido por el Salvador, desciende siempre y siempre reposa con sus dones sobre la Iglesia y sobre los hijos de la Iglesia. Mas, porque tiene invisiblemente su

morada en nosotros, convenía que el primer advenimiento de ese Espíritu, primicias y prenda de los que debían seguirle, fuese visibles a todos los ojos, y por eso su descendimiento en Pentecostés primero, y sobre los primeros convertidos del judaismo y del paganismo después, se manifestó por medio de señales exteriores, de las que los **Hechos de los Apóstoles** nos hacen con tanta frecuencia el emocionante relato. Así, pues, ¡oh, Virgen, Madre nuestra!, consolaos de permanecer aún en el destierro. Os sería más gustoso ir a tomar posesión del trono y de la diadema que habéis merecido. Mas nosotros, hijos pequeñitos vuestros, necesitamos de vuestra presencia sensible. **Mostrad que sois nuestra Madre** y que llenaréis siempre las funciones de tal, y esto de un modo tan claro y palpable, que jamás podemos ni desconocerlo, ni olvidarlo, cuando hayáis sido substraída a las miradas de nuestra carne.

Según los Santos y Doctores, lo que la Iglesia podía entonces pedir a María, su Madre, para Ella y para sus hijos, era el consuelo, la luz divina, el socorro de una oración eficaz y constante, el ejemplo de la vida perfecta. Ahora bien; esto mismo fué lo que encontró en ella, de superabundante modo, y por lo que demostró María prácticamente que ella ejerce siempre, aun después de consumada la Pasión, su oficio de Madre. **León XIII** no ha olvidado este punto de doctrina en sus Encíclicas sobre el Rosario: '"*Cristo sobre la Cruz nos había confiado, en la persona de San Juan, como hijos a su Madre. Esta tan grande y laboriosa función María la aceptó con corazón magnánimo, y ya en el Cenáculo consagró los principios de ella. Desde entonces, en efecto, vésela sostener admirablemente a las primicias del pueblo cristiano con la santidad de sus ejemplos, la autoridad de sus consejos, la suavidad de sus consuelos y la eficacia de sus oraciones: siendo verdaderamente Madre de la Iglesia, Maestra y Reina de los Apóstoles, a quienes comunicaba literalmente los divinos oráculos conservados en su corazón.*" Encícl. *Adiutricem populi* (5 sep. 1895). Y en otra Encíclica, después de haberla mostrado saboreando en silencio la gloria de su Hijo, victorioso de la muerte, y siguiéndole con su ternura maternal, añadía inmediatamente: "*Pero, por más digna que sea del cielo, está detenida en la tierra para que sea la perfecta consoladora y la maestra de la naciente Iglesia. Ella, que ha penetrado más allá de cuanto es dado concebir en las insondables profundidades de la divina sabiduría..., y la contemplamos en el Cenáculo... atrayendo sobre la Iglesia la superabundante efusión del Paráclito, don supremo de Cristo.*" Encícl. *Iucunda semper* (8 sept. 1894).

II. Y, ante todo, Ella es por excelencia **la consoladora**. Grande fué, ciertamente, la alegría de los discípulos cuando vieron a su Maestro, después de tantas ignominias y sufrimientos, subir triunfante al cielo, vencedor de la naturaleza y de la muerte. Mas, también, qué pena el no oír más sus palabras ni gozar de su presencia; pena tan inmensa, que les hacía llamar a la muerte con todos sus deseos, para estar con Cristo (Phil., I, 23; II Cor., V, 8). María les endulza la privación de Jesús; les parece que aún le contemplan, al verle en cierto modo redivivo en los rasgos, en la fisonomía, en la conversación de su divina Madre.

Pronto viene una nueva causa de tristeza. "*Contemplad* —escribe un autor antiguo— *los principios de la Iglesia en su infancia, cuando, semejante a una recién desposada, buscaba ardorosamente los primeros abrazos de Cristo. ¡Oh, buen Jesús!, ¡cuán furiosos asaltos le fueron hechos; qué pérfidas maquinaciones fueron puestas por obra para lograr apartarlas de su divino Esposo!*" (Guillebert. Abad, *In Cant.. serm*. 12. n. 2. P. I,., CLXXXIV. 64).

María será también la que la sostenga en estas terribles pruebas, en lugar de Jesús ausente. Cuando toda la Iglesia estaba en oración por la libertad de Pedro la bienaventurada

Virgen fué, a no dudarlo, como en la víspera de Pentecostes, el centro y el alma de la piadosa reunión, sosteniendo los corazones quebrantados, animando a la oración, implorando la eficaz asistencia de su Hijo. Y siempre en medio de estas primeras tribulaciones de la Iglesia se la encontró ejerciendo maternalmente su oficio de consoladora. "*Ella veía a su Hijo en todos sus miembros; su compasión era una plegaria para todos los que sufrían; su corazón estaba con el de todos los que gemían, para ayudarles a pedir misericordia; en las llagas de todos los heridos, para ayudarles a implorar su alivio*" (Bossuet, *Segundo Serm. para la fiesta de la Asunción*, segundo punto).

Esto es lo que significan las palabras llenas de emoción que **San Juan Damasceno** ha puesto en los labios de los Apóstoles y de los demás discípulos, reunidos alrededor de la Virgen moribunda: "*¡Oh, Vos, nuestro consuelo sobre la tierra, no nos abandonéis; no nos dejéis huérfanos a nosotros, expuestos a tantos peligros por el nombre del amabilísimo y misericordiosísimo Hijo de quien sois Madre*" (Hom. 1. *in Dormit. B. V. Deip*. n. 8, P. G. XCVI, 736). Nos figuramos, pues, a María renovando con la Iglesia, tan joven ya y tan cruelmente probada, lo que hizo con Jesús, tierno niño, cuando el dolor le hacía derramar lágrimas; Ella la estrecha contra su seno, le dice esas palabras que sólo una madre sabe arrancar de su corazón, secando sus lágrimas y reanimando las almas a fuerza de amor. Si ha habido alguna vez alguien que ha podido decir con voluntad, como el gran Apóstol, y mejor que él: "*¿Quién es débil sin que yo sea débil? ¿Quién se escandaliza sin que yo me abrase?*", seguramente sería la compasiva y misericordiosa Madre de Dios y Madre nuestra.

Mas no paraba en esto el oficio sensible y maternal de María. Hace poco que León XIII nos la mostraba como la maestra más excelente de la Iglesia en su cuna, una maestra que había sondeado más allá de cuanto puede concebirse, en el abismo infinito de la divina sabiduría, de tal modo, que parece como abismada en esta luz inaccesible. **San Bernard**., Serm. de XII *Praerog. B. V. M*.. n. 2. P. L., CXXXIII, 431. ¡Cuántas veces los Doctores y escritores eclesiásticos no han señalado este oficio de la Virgen bendita! "*¿Por qué* —pregunta el aventurado Amadeo de Lausana—, *por qué retardar aún un instante*(después de la Ascensión) *la subida de la Virgen al cielo, y por qué imponerle una separación tan dolorosa? ¿Por qué diferir para ella el cumplimiento de tan ardientes y santos deseos? Porque este aplazamiento, sin perjudicar a la Madre, era de inmenso consuelo y de no menor utilidad para la salud de los hombres. El Señor quería que después de su vuelta al cielo los Apóstoles pudiesen gozar de los alientos y de las lecciones de su Madre. Ellos asistían, es cierto, a la escuela del Espíritu Santo; mas, no obstante, mucho podían aprender cerca de aquella que había dado al mundo el Sol de Justicia y hecho correr, a pleno cauce, el manantial de toda sabiduría que manaba de su pradera virginal*" (B. Amad. Lausan., *Hom. 7 de B. V., obitu*, P. L., CLXXXVIII, 1337).

El bienaventurado, confirmando lo que decíamos ahora mismo, añade inmediatamente: "*Fué también por efecto de una admirable condescendencia para con la Iglesia primitiva, a quien ya no le era dado ver a Dios presente en carne, por lo que le dejó la vista soberanamente amable de su Madre. ¿Hay algo más encantador y más deleitable que el contemplar a la Madre del Criador y del Redentor universal? Si tan ardientemente se desea ver la tumba del Salvador, que aún posee Jerusalén; si la piedra sobre la que descansa el pimpollo sagrado de la raíz de Jessé atrae hacia ella todos los corazones, ¿cuál sería el placer de ver a la Madre de Dios, cuando la bondad divina la permitía vivir entre los hombres y compartir su vida ordinaria? ¡Oh, bienaventurada la generación que mereció contemplar semejante espectáculo! Bienaventurada, repito, la nación santa en medio de la cual aparecía visiblemente el*

árbol que llevé el fruto de la vida, el manantial de la luz verdadera, la fuente cerrada y sellada de donde manó la sangre que lava los pecadas del mundo." (Idem, ibid.)

No, no lo olvidamos: los Apóstoles tenían un Maestro, el Espíritu Santo, que les enseñaba toda verdad, para que los hijos de la Iglesia aprendiesen después de su boca lo que debían creer y lo que debían hacer. Mas esto no hacía superfluas las enseñanzas de María. Jesús, niño, tomaba de Ella lecciones; El, que desde el primer instante de su terrenal existencia estuvo, aun en su naturaleza humana, lleno de gracia y de verdad.

Seguramente María no trató nunca de arrogarse las funciones atribuidas por su Hijo a los maestros únicos de la fe. Ella no lo ignoraba; no había sido a Ella a quien se había dicho: "*Id y predicad el Evangelio a toda criatura.*" De todas las ovejas confiadas a Pedro, fue siempre la más humilde, la más sencilla y la más dócil. Esto es lo que hemos explicado lo bastante extensamente en **La Madre de Dios**, y ya no es oportuno insistir en ello de nuevo (P. L., l. VII, c. 5 y 6, t. I, pp 455 y sigs; pp. 461 y sigs.). Por la misma razón, no diremos tampoco cómo podía, sin traspasar las limitaciones establecidas para su sexo, edificar a los fieles de Cristo, y las maravillas operadas por sus maternales entrevistas. Bástenos añadir aquí algunas explicaciones sobre lo que Ella fué, desde el punto de vista doctrinal, para los depositarios mismos de la ciencia de Cristo.

El Espíritu Santo no alumbraba de tal suerte a los Apóstoles y escritores sagrados que quedasen por eso totalmente dispensados de recurrir a los medios externos de información puestos a su alcance. El mismo les impulsaba eficazmente a hacerlo y les dirigía en esta investigación. El Concilio de Jerusalén es de ello una prueba notable. Dios hace que sirva todo para sus fines, y la gracia no excluye a la naturaleza, lo mismo que la fe no excluye a la razón. He aquí por qué los Evangelistas, particularmente, aun cuando escribiesen bajo la inspiración del Espíritu Santo, se rodearon de todas las luces que una información detenida cerca de los testigos podía suministrarles. Esto es lo que expresamente nos declara **San Lucas**, al principio de su Evangelio (Luc., I, 4), y esto es lo que da tan grande autoridad a sus escritos, aun para aquellos que no los tienen por inspirados. Fuera de la divina certeza que de esta inspiración les viene, tienen, además, la certeza histórica que resulta del empleo concienzudo de los más seguros medios de investigación.

Y no es solamente en los Evangelistas en los que encontramos esta alianza del elemento humano con el elemento divino, del testimonio de Dios con el del hombre.

Los Apóstoles, en sus predicaciones más elevadas, no se contentan con confirmar su enseñanza por medio de milagros. Se presentan como testigos de lo que anuncian de Cristo Jesús. Así hace Pedro (II Petr., I, 17, 18; Act., II, 32; III, 15, etc.), así el discípulo amado del Señor (I Joan., II. 2), así el Apóstol San Pablo (Gal., I, 11 y 12; Act., XXVI, 13 y sigs.; I Cor., XV, 6. etc.), como puede comprobarse por sus epístolas. Jesucristo mismo recomendó estos dos órdenes de testimonios, cuando decía a sus Apóstoles: "*Cuando el Paráclito haya venido... **él dará testimonio de Mí**, y vosotros también daréis testimonio, **porque estáis conmigo desde el principio***" (Joan., XV, 26 y 27).

He aquí por qué una de las condiciones que indispensablemente se requerían para elegir al Apóstol que había de reemplazar a Judas entre los doce, era que hubiera seguido a Jesu-

cristo, desde el bautismo de Juan hasta el día de la Ascensión (Act., I, 21, 22). Tal es la economía divina que presidió a la primera predicación, ya oral, ya escrita, del Evangelio. Era necesario que se apoyara en cierta medida sobre la autoridad del testimonio humano.

¿No veis ya cuál es el cargo necesario reservado a la Madre de Jesús? La vida pública, "*a partir del bautismo de Juan hasta la Ascensión del Señor*", tiene sus testigos autorizados en el colegio apostólico y en una multitud de discípulos; mas, ¿quién atestiguará sobre los años anteriores? ¿A qué fuente la primitiva Iglesia irá a buscar su conocimiento cierto, entero y vivo? Isabel, Zacarías, José, los Pastores, los Magos, Simeón, Ana la Profetisa, han tenido el honor de contemplar cada uno su parte en los misterios de la divina infancia. Mas, ¿quién de entre ellos los ha conocido todos, los más secretos así como los más visibles? ¿Estaban presentes al coloquio de Gabriel con María? ¿Han oído el mensaje del Angel y las respuestas de la Virgen? No, ni aun el mismo José. Y, además, ¿dónde están cuando llega el momento de rendir testimonio ante los Apóstoles y ante la Iglesia? Solamente María lo ha visto todo, lo ha oído todo, lo ha sabido todo; de Ella sola se dice varias veces, y no sin razón: "*Y su madre guardaba todas estas cosas, confiriéndolas en su corazón*" (Luc., II, 19, 51). He aquí, pues, la fuente que buscamos, llena de gracia y de verdad; el corazón maternal y virginal de María. De Ella aprenderá San Lucas, pará enseñárnoslo a su vez, todo lo que sabemos del misterio de la concepción, del nacimiento y de la vida oculta de Jesús. Ella es el testigo por excelencia, testigo único, testigo tanto más seguro cuanto Ella es más humilde y ha estado más tiempo reducida al silencio (Gerson, *Tract. II super Mangnificat,* opusc., t. IV, p. 255). No vayamos a creer que María no hizo estas revelaciones más que a San Lucas. ¡Cuántas veces, sin duda, no sería interrogada por los Apóstoles, por los primeros discípulos y por aquellos fieles que venían en masa a nutrir el rebaño de Jesucristo! Para todos era una Madre, su Madre y la Madre del Dios humanado. Juzgamos por nosotros mismos. Si hubiéramos tenido la dicha de vivir cerca de Ella, ¡con qué curiosidad tan filial y llena de confianza no la hubiéramos interrogado sobre Jesús, sobre su amor, sobre su vida! ¡Con qué alegría tan santa no hubiéramos sabido de su boca maternal todo lo que había contemplado y recordaba acerca de nuestro amado Salvador y Maestro! Hubiéramos sido el hermanito humilde y pequeñuelo que no se cansa de pedir a la madre, a la mejor de las madres, el relato de las virtudes, de las grandezas, de los sufrimientos y de las glorias del primogénito.

No nos atrevemos a precisar hasta dónde alcanzaba este misterio oculto de María. Todo cuanto sabemos es que debió de ser fecundo y duradero, y que casi el sobrevivir la divina Virgen a la Ascensión de su Hijo no hubiese tenido otra utilidad más que la señalada, se explicaría el por qué Nuestro Señor no la había llevado consigo en su triunfo. La necesitaba para **educadora** de su Iglesia naciente.

Y esto no somos nosotros quien lo dice. Al testimonio de un grande y sabio obispo, que ya hemos citado, sería fácil añadir otros más, que nos ofrecerían a porfía los teólogos y los Santos. Así es como el autor del hermoso libro de la **Excelencia** de la Virgen nos asegura"*que, según su opinión, la presencia de la bienaventurada Virgen en medio de los Apóstoles, después de la Ascensión de su Hijo, era útil, necesaria aun a nuestra fe. Sin duda, nota él también que ellos habían recibido toda verdad del Espíritu Santo; mas la divina Madre había adquirido, por la gracia del mismo Espíritu, un conocimiento incomparablemente más profundo y más claro de esta misma verdad, y Dios por Ella les enseñó sobre los misterios de Cristo muchas cosas que Ella sabía y que Ella sola podía saber,*

*no solamente por ciencia especulativa, sino prácticamente, por los efectos, por experiencia, **ipso effectu, ipso experimento***" (Eadmer., *L. de Excellent. B. V. M*.. c. 7, P. L., t. CLIX, c. 571).

Hacia la misma época, el piadoso y sabio abad **Ruperto** no temía llamar a María "*Maestra de les maestros, es decir, de los Apóstoles*" (Rupert. *in Cant*.. 1. I. P. L., t. CLXVIII, c. 850). No quisiéramos decir con él que esta bendita Virgen tuviera parte principal en sus deliberaciones y en sus decisiones dogmáticas o prácticas. Hay en eso exageración; mas estas exageraciones mismas prueban qué sentimiento fué el que se tuvo siempre acerca del insigne concurso que aportó la Virgen a la educación de la Iglesia. Por lo cual vemos que se le dieron también los títulos de Maestra de las naciones, Maestra de los Evangelistas, Maestra de los Apóstoles y de todas las Iglesias, por una porción de personajes notables y en los escritos de los Santos (Véase, por ejemplo. S. Ildeph.. Serm. *5. de Assumpt.* (dudoso); S. Antonin, de Florencia, *Sum*.. II p., tit. 15, c. 14; S. Thomas a Villan., *Conc. de Assumpt*., 3, n. 7: el piadoso Idiota, *Contemplat*., p. III, contempl. 8; Dionisio el Cartujano, *in I Sent*., D. 16, 9, 2, en el que se refiere a su tratado *De laudibus B. Matris Dei*, para el más amplio desarrollo de la materia, etc.).

La Sagrada Liturgia confirma este conjunto de testimonios: "*Consciente y depositaría de los misterios divinos, la Virgen Madre, después de haber **consolado** a los Apóstoles en sus pruebas, **revelaba** a los fieles los misteriosos secretos de su Hijo. De sus labios brotaban las palabras más dulces que la miel, cooperando el Señor por la afluencia de su gracia a las santas confidencias de su Madre*" (*Ex Missali mixto quod dicitur Mozárabes, in missa B. M. V*., p. l.,23).

Así María incoaba sensiblemente el oficio que había de **continuar** cumpliendo invisiblemente, durante el transcurso de los siglos, y encontraremos muy natural el oírla llamar por los Padres propagadora y baluarte de la fe, exterminadora de las herejías, luz de los cristianos, inspiradora de los Doctores, boca siempre elocuente de los Apóstoles (Cf. León XIII. Encycl, *Adiutricem populi.* 5 sept. 1895).

Lo que Ella hizo después de Pentecostés y durante su vida mortal, presagiaba y prometía todo eso.

III. A estas funciones de maestra y educadora, María unía desde entonces las de **Abogada** cerca de su Hijo. Aquí es donde conviene pesar y meditar las últimas palabras explícitamente escritas en nuestros libros santos acerca de María, la Madre de todos nosotros. Y los Apóstoles, dicen los Actos, "*perseveraban unánimemente en la oración con María, la Madre de Jesús*" (Act., I, 14). Se habla después y se relata lo que hicieron los Apóstoles; en cuanto a María, ya no se habla más de Ella. La última mención histórica que de Ella tenemos nos la pinta en el acto de la oración, de la oración por la Iglesia y en favor de sus hijos. Nada nos dice que haya interrumpido este acto de invocación; todo, por el contrario, nos induce a pensar que lo ha prolongado hasta la muerte. ¿Qué decimos? La muerte misma no podrá interrumpirlo, y todos los santos que refieren su tránsito nos la muestran en esta hora suprema en un acto de oración, así como en un acto de amor. Por lo cual, cuando la Iglesia primitiva quizo trazar, por el pincel de sus artistas, a la Virgen María en la gloria, en la que entró por su bienaventurada muerte, la representó bajo la figura de una **Orante**, es decir, de una mujer de pie, con los brazos extendidos, en actitud de orar. Ahora bien; este oficio debía de ejercerlo María visiblemente en medio de la naciente Iglesia. Porque la Iglesia también debe orar siempre, y por esto mismo los artistas, en las Catacumbas, le daban igualmente la misma actitud y la misma

expresión de **Orante**. ¿No era ésta una razón por la cual María debía permanecer junto a la cuna de la Iglesia, formándola con sus exhortaciones maternales y su ejemplo en la oración perpetua?

Además, la oración cristiana, aunque vaya directamente a Dios por su Hijo, debe pasar por la **Mediadora**, si ha de ser más seguramente escuchada. Por tanto, también con este título la supervivencia de la bienaventurada Virgen entraba en el orden providencial; la Iglesia y sus hijos, testigos del poder y de la continuidad de su oración, se acostumbraron desde entonces a implorar su apoyo y su asistencia cerca del Mediador.

Y, ciertamente, esto era lo que se veía en aquellos primeros tiempos de la Iglesia. San Pablo no cesa de encomendarse por medio de sus cartas a las oraciones de los fieles; y, ¿puedo yo creer que los cristianos de entonces no solicitaran de María que intercediera por ellos cerca del Señor? Tanto valdría decir que ellos no conocían ni su bondad misericordiosa ni los derechos que tenía para ser escuchada. No tenemos la pretensión de compararnos a aquellos fieles de los primeros tiempos, y, sin embargo, sentimos que los hubiéramos sobrepujado en confianza si se hubieran mostrado remisos en entregarse a la protección de la Madre de Dios. ¡Con qué ansia, cuando hubiéramos tenido la dicha de acercarnos a Ella, le hubiéramos confiado todo lo que sentíamos, necesidades espirituales y aun temporales, tentaciones, desalientos, tristezas, con el fin de alcanzar por su intercesión todopoderosa el socorro de que hubiera necesitado nuestra miseria!

Añadamos la última razón por la cual se explica la prolongada estancia de María en nuestro valle de lágrimas. A este Cristo místico, a esta Iglesia niña, apenas entrada en su carrera, hacíale falta un **modelo sensible** de todos los sacrificios, de todas las abnegaciones y de todas las virtudes. Ciertamente Jesús continuaba siendo el ejemplar por excelencia. Y después, tantos justos entre los discípulos del Señor, los Apóstoles sobre todo, formados a su imagen y perfeccionados por el divino Espíritu, el Espíritu Santo y Santificador eran, después de Jesús, hermosos modelos, y no era una vana ostentación la que les hacía decir con San Pablo, escribiendo a los fieles de Corinto: "*Sed imitadores míos, como yo lo soy de Jesucristo*" (I Cor., IV, 16; col. Philipp. III, 17: I Thess., I, 6).

Y, sin embargo, para tener ante la vista un modelo acabado bajo todos los aspectos, convenía que la Iglesia conservara, viviendo en medio de Ella, a la Madre del Señor. En Ella sola estaba recapitulado, en la medida más colmada que puede concebirse, todo lo que constituye la Santidad; Ella sola poseía el doble e incomunicable atractivo que provoca con mayor seguridad a la imitación: el de Madre amada del Señor y Madre muy amante de los hombres.

¿Diréis que estas funciones de su maternidad, funciones de consoladora, de iluminadora y educadora, de Orante y de modelo ejemplar, María podía cumplirlas en el cielo y que, de consiguiente, ellas no exigían que permaneciese entre los hombres, después de la partida de su Hijo? Concedamos que podía hacerlo.¿ No las cumple ahora acaso, y hasta la consumación de los siglos? Mas, importaba soberanamente que Ella comenzara de antemano a ejercitarlas entre nosotros visiblemente. ¿Por qué? Lo repetimos una vez más: a fin de que, desde su primera infancia, la Iglesia sintiera, por medio de una experiencia palpable, que el cargo de la maternidad espiritual no está todo entero en el parto del Verbo hecho carne y en la unión de

la Compasión de la Madre con la Pasión del Hijo, sino que se prolonga a través de las edades, hasta la plena consumación de los elegidos.

De cómo ejerce la Santísima Virgen sus funciones maternales, actualmente

Triple causalidad: causalidad eficiente, causalidad de impetración, causalidad de mérito.— Respuestas a algunas objeciones.

I. Puesto que pertenece a la Santísima Virgen, en su calidad de Madre de los hombres, el perfeccionar en nosotros, después su Hijo, nuestro ser de hijos de Dios; puesto que Dios ha hecho de Ella el canal universal de las gracias que tienden a este fin, importa averiguar de qué modo ejerce sus funciones maternales; en otros términos: ¿cuál es su acción en la distribución de las gracias? A fin de proceder con orden, comencemos por hacer algunas observaciones.

Y lo primero, es cosa manifiesta que la esfera de acción y de influencia de María no puede extenderse más allá de las cosas que tocan a la salvación de los hombres, porque Ella no es su Madresino para concurrir, ya a la producción, ya a la conservación, ya al perfeccionamiento de su vida sobrenatural y divina. ¿No deberemos, pues, esperar ningún beneficio temporal de su bondad y de su poder? Si esto fuera así, ¿por qué nos hablarían tan a menudo de beneficios de esta índole obtenidos de Dios gracias a su intercesión? ¿Por qué el mismo Evangelio nos la hubiera mostrado, no sin misterio, rogando a su Hijo que viniese en ayuda de los esposos de Caná y haciendo que trocase el agua en vino, lo que fué su primer milagro? Finalmente, ¿por qué la Iglesia, nuestra regla y nuestro modelo, pide a Dios, por los méritos de María, no sólo favores espirituales, sino también bienes propios de la vida presente, la salud, el temporal propio para las buenas cosechas y otras mil cosas del mismo género?
A estas preguntas no hay más que una respuesta: Sí, ciertamente; los bienes temporales nos vienen también de Dios por María; pero a condición de que se refieran al fin sobrenatural, es decir, a gloria de Dios y a la salvación de las almas. Doquiera que falte esta condición, María no interviene ni puede intervenir; eso no entra en su oficio de Madre. De igual manera, el alma de Jesucristo, cualquiera que sea el poder que haya recibido como instrumento del Verbo, al que está unida personalmente, no podría hacer ningún milagro que no sea **ordenable**, mediatamente por lo menos, a los fines de la Encarnación (S. Thom.. 3 p., q. 13, a. 2). Y he aquí por qué, dicho sea de paso, hay muchas oraciones constantes y confiadas que no parecen ser escuchadas por la Madre de Dios; es que se le pide lo que Ella misma no puede, por su misión, ni querer, ni hacer, ni conseguir de Dios, para los que la suplican (Lo cual no quiere decir, sin embargo, que estas oraciones no sean de *algún modo* escuchadas).

Otra observación hay que hacer sobre la manera con que la bienaventurada Virgen ayuda a sus hijos, en el orden de la gracia y de la salvación.

La teología católica distingue tres maneras y como tres vías principales por las que los beneficios sobrenaturales descienden de Dios sobre nosotros. Hablamos aquí de la aplicación de los frutos de la Redención que se hace en el curso de los siglos, porque ya sabemos cómo y en qué medida la Madre del Salvador ha tomado parte por sí misma en la redención del

mundo, es decir, en la preparación del tesoro de las gracias que la bondad divina derrama de continuo sobre las almas para santificarlas. Hay lo que llamamos causalidad eficiente: hay causalidad de intercesión o de impenetración, y hay causalidad de merecimiento.

Demos algunos ejemplos en los que pueda verse en qué se diferencian unos de otros estos tres modos de causalidad. Si pensamos, si hablamos, si caminamos, somos causa **eficiente**de estos actos, porque provienen de la actividad que desarrollamos para producirlos. Seríamos su causa primera si no recibiéramos de Dios ni el poder de obrar, ni la cooperación necesaria para usar de él. No siendo causa primera, somos al menos causa **principal**, porque poseemos en nosotros la facultad permanente de ejercer estas operaciones. El pincel del artista y la pluma del escritor son también causas **eficientes**; mas en lugar de ser las causas**principales** del libro o del cuadro que revelan a los ojos los pensamientos del pintor o del autor, no son el uno y el otro sino meros instrumentos. Así que nadie pensará jamás en atribuirles el mérito de las obras de arte o de ciencia en las que hayan concurrido. Muy bien se sabe que obrando por sí mismos, o manejados por otras manos ofrecería por sí solo un ejemplo de ello, si supusiéramos su virtud de escribir o de pintar no les sale de adentro, sino que está en la inteligencia que de tales instrumentos se vale.

Después de lo que hemos dicho repetidas veces, sería caer en redundancias inútiles el querer explicar la causalidad del mérito. Por lo demás, el ejemplo que citábamos ahora mismo no nos hubiera producido nada semejante; tan cierto es que el pintor que hace un cuadro o el sabio que escribe un libro se proponen adquirir, al hacerlos, un legítimo derecho a alguna recompensa equivalente al valor de sus obras, porque en cierta manera se llega a ser causa de lo que se merece en retorno de un trabajo.

El tercer género de causalidad no necesita tampoco largas explicaciones para ser comprendido. Usar de su influjo cerca de una persona rica y poderosa para inclinarla a socorrer a un desgraciado, es, de seguro, ser la causa de las larguezas que le son hechas a éste, y tanto más cuanto, el influjo que las determine esté apoyado sobre títulos más sólidos y sean mayores los derechos con los cuales se haga la petición. Sentadas estas premisas, preguntemonos hasta dónde alcanza la causalidad de María con respecto a los dones celestiales.

II. Y, ante todo, ¿es su causalidad **eficiente**? Si se trata de la gracia por excelencia, es decir, de la gracia santificante y de las virtudes infusas, manifiestamente María no es ni puede ser causa **eficiente**, y no ya causa **primera**, sino ni siquiera causa **principal**. ¿Cómo podría serlo, puesto que la santa humanidad misma del Salvador no tiene tal privilegio? Verdad tan incontestable, que los Padres (Vease *La Grace et la gloire*, II, n. c. 5. n. 3, t. I, pp. 130 y sigs), en sus controversias con los herejes del IV y V siglos; por ejemplo, San Atanasio, San Gregorio Nazianzeno, San Basilio, San Cirilo de Alejandría, demuestran la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo, apoyándose en el principio de que son uno y otro autores de la gracia y que en propiedad les pertenece el transformar las almas en la imagen de Dios.

"*Necesariamente sólo Dios puede deificar al hombre, haciéndole participar por semejanza de su naturaleza divina, así como es preciso ser fuego para abrasar*", enseña en este punto el Angel de las Escuelas (S. Thom., I, 2, q. 112, a. I in corp.).

En cuanto a esos otros dones, sobrenaturales también por su substancia, pero diferentes de las gracias habituales y permanentes, hablamos de las ilustraciones de la inteligencia y de los atractivos divinos, sin los cuales ningún pecador podría disponerse al beneficio de la justificación; toda causalidad creada no está excluida de ellos. Puesto que son en nosotros operaciones vitales, es preciso que procedan también de nosotros. Mas es cierto que el mismo que los produce no puede ser su causa con sola la energía de sus facultades naturales. Es preciso que el Espíritu Santo, por medio de una acción especial, **eleve** esas potencias a la altura de los actos que deben producir (Hemos dicho en otra parte de qué manera se hace esta elevación en las almas no justificadas. Véase *Grace et Gloire*, apéndice II), y esto es una obra que sólo pertenece a Él (Conc. Trident., ses. VI, can. 3, 4, etc.). Ninguna criatura puede penetrar en el santuario de un espíritu; todo ser que no sea Dios, por noble y poderoso que fuere, permanece necesariamente en sus afueras. Con mayor razón, no le es dado el llevar a él con su actividad propia el suplemento de orden superior esencialmente requerido para la producción de actos sobrenaturales y divinos. Por tanto, María no es en nosotros causa principal de este género de gracias, así como tampoco lo es de los dones habituales, fundamento y principio de la filiación divina.

Es cosa sabida que Dios ha querido valerse de agentes creados en la santificación de los hombres, el cuerpo de Jesucristo, por ejemplo, en el sacramento del altar, y en los otros, de elementos sensibles, como el agua y el aceite; mas no los ha hecho ni podía hacerlos causas eficientes **principales**: son simplemente instrumentos que llevan el mandato y la virtud de Dios hasta las almas, para santificarlas o perfeccionarlas en la gracia.

La Santísima Virgen, si no es causa principal, ¿no tendrá, por lo menos, en la producción de la gracia ese género de causalidad que conviene a los instrumentos de que acabamos de hablar? He aquí la solución que da sobre este punto el gran teólogo **Francisco Suárez**, en sus hermosas consideraciones sobre los privilegios de la Madre de Dios:"*Es una cosa inaudita que la bienaventurada Virgen sea un instrumento de Cristo en la producción de la gracia; de otro modo, podría decirse también que se sirve de Ella como de instrumento para la consagración de su cuerpo y de su sangre en la acción del sacrificio, lo que sería pura herejía. Por tanto, Ella no es de ninguna manera causa eficiente de la gracia, principalmente si se hace referencia a una ley regular y constante. Sin embargo, si alguien pretendiera que, en casos excepcionales y por manera de milagro, Ella ha sido escogida para ser el instrumento propiamente dicho de una santificación particular, como la de Juan Bautista o de otro cualquiera, sería por lo menos afirmar una cosa incierta; pero no por eso merecería censura*" (*De mysteriis vitae Christi,* D. 23 ; S. § *Dicendum primo*), de la cual sería digno el que transformara este caso extraordinario en regla común.

Hasta aquí no hemos considerado más que las gracias estrictamente dichas: gracia habitual, con sus anejos, y gracias actuales pertenecientes por su **naturaleza** al mismo orden que los dones santificantes.

Pero hay otros beneficios ordenados menos próxima y estrictamente a la salvación del hombre. ¿Necesitamos recordar, acaso, la acción de los santos ángeles, de esos "*espíritus enviados de Dios para prestar el socorro de su ministerio a los que deben recoger la herencia de la salvación?*" (Hebr., II, 14). ¿Quién dirá todo lo que debemos a estos príncipes de la corte celestial, llegados a ser por la caridad de nuestro Dueño común y la suya propia nuestros guías, nuestros protectores y nuestros guardianes? Su benéfica acción nos rodea y sigue por do-

quier (Psalm., XC, 11); invisibles, ellos están siempre presentes para apartar los peligros, contrarrestando la influencia de las potencias infernales, encarnizadas en nuestra pérdida, preparando a sus protegidos las ocasiones de obrar bien.

Y su acción no se ejerce sólo a nuestro alrededor. Aun cuando las entradas del santuario íntimo del alma les estén vedadas, como a toda otra criatura de Dios, pueden, sin embargo, hacer penetrar allí su benéfica influencia. Si el hombre, con ayuda de signos sensibles, tiene poder para obrar tan poderosamente sobre el hombre, que puede comunicarle sus ideas y sus criterios, para conmoverle, persuadirle o arrastrarle, el ángel tiene, por su naturaleza, un poder incomparablemente mayor. Nuestras facultades orgánicas, los sentidos exteriores, la imaginación, la sensibilidad, le están abiertos. Él puede excitar y determinar sus actos, y gracias a las relaciones íntimas entre estos actos y las operaciones espirituales del alma, alcanzar a éstas por medio de aquéllos (S. Thom., I p, q. III, a. I, sqq.).

Por ahí sobre todo son posibles y temibles los ataques del demonio. La ambición, por sí sola, es ya para nosotros una causa de combates, y, con demasiada frecuencia, de caídas también; ¡pero cuánto más peligrosa llega a ser cuando el espíritu del mal, obrando sobre el hombre exterior, le empuja y le excita, a fin de que sus arrebatos obscurezcan en nosotros el sentido del deber y paralicen la voluntad!. Desgraciados los que se entregan a esta tiranía de las pasiones; desgraciado todo el hombre mortal si la Providencia, que vela sobre sus criaturas, dejara a los espíritus malos ejercitar contra nosotros todo su poder.

Ahora bien; lo que pueden los ángeles caídos en orden a nuestra perdición, lo pueden los buenos en orden a nuestra salvación.

Les pertenece, pues, y con razón doblada, el obrar sobre nuestros órganos y el llegar a nuestras potencias espirituales por la mediación de las facultades sensibles. Y no debemos temer que su poder sea inferior a las fuerzas del enemigo. De una y de otra parte hay la misma naturaleza espiritual, y el amor de los unos por nosotros iguala, por lo menos, al odio de los otros contra la imagen de Dios, que constituye nuestra gloria. Por fin, y sobre todo, la misma providencia, que pone límites al ejercicio del poder diabólico, añade redoblada energía a la acción de los ángeles destinados a nuestra guarda.

Por tanto, volviendo ya al objeto de que estas sucintas consideraciones parecen habernos apartado, la bienaventurada Virgen es la soberana del cielo, y muy especialmente la Reina de los Angeles. Y éste no es un título vano. Como Reina, ejerce las funciones de tal, y los espíritus angélicos, por la voluntad de su Rey, están a sus órdenes. Luego debemos y podemos creerlo: es Ella, después de Dios, la que los envía a la tierra, que es también su reino, y acerca de los hombres, que también son, no sólo sus súbditos, sino sus hijos, luego lo que obran a nuestro alrededor, en nosotros y sobre nosotros, Ella es la que lo hace por ellos, como por medio de ministros jubilosamente sometidos a su dirección. Ella es, pues, con toda verdad, la causa *eficiente*, mediata al menos, de los bienes que ellos nos alcanzan; no porque Ella dé a sus enviados el poder que despliegan en nuestro favor, sino porque usa de él en provecho de los hombres y para gloria de Dios.

¿Es esto sólo lo que María puede hacer por nosotros en este orden de causalidad? Me repugna creerlo. Lo hemos visto en la primera parte de esta obra: María, con mayor excelen-

cia que cualquier otro santo, recibió en herencia el **carisma** de los milagros. Ahora bien; este poder no lo tuvo sólo por el tiempo de su vida mortal, y no se podría pretender, haciendo injuria a su Hijo, que le haya despojado de él el día de su entrada en la gloria. Sería también un mentís demasiado escandaloso a tantos hechos prodigiosos de que los anales de la Iglesia y las vidas de los Santos nos han conservado la memoria. María, pues, nos ayuda con milagros.

Antes de investigar si hay en ello el ejercicio de una causalidad eficiente para María, personal e inmediata, conviene hacer una distinción importante. Es ésta: que los milagros son de dos clases. Hay milagros de primer orden, milagros estrictamente dichos, que ora por sus efectos, ora por el modo con que se operan, sobrepasan toda actividad creada; tales son, por ejemplo, la resurrección de los muertos o la formación instantánea de un órgano. Hay milagros de segundo orden, como sería una curación que agentes naturales pudieran absolutamente producir, mas sólo con la condición de ser aplicados con arte superior y más poderoso que el arte humano.

De un modo manifiesto, los primeros son exclusivamente obra de Dios. No menos que los demás Santos, María no puede físicamente ser su autora. Sin duda se ha verificado en el transcurso de los siglos una multitud de milagros, pertenecientes a la primera categoría, que se han atribuido con justicia a la benéfica influencia de su maternal amor. Pero si Ella era la causa de ellos, era por **vía de intercesión**. Ya hemos leído en Santo Tomás, hablando de esto, en conformidad con el Papa San Gregorio, que los Santos obran milagros propiamente dichos, ya por oración, ya por **potencia** (*De Potentia*, 9, 6 a. 4). Pero esta doctrina no pugna contra lo que afirmábamos ahora mismo. En este último caso, en efecto, como lo ha explicado elSanto Doctor, no es por su propia virtud por la que operan los Santos (3 p„ q. 88, a. 4, ad 2). Toda su acción se reduce a llevar a las criaturas el mandato de Dios.

Tratemos de aclarar esto por medio de un ejemplo. Lo tomaremos de los Actos de los Apóstoles.

Mirad a San Pedro conducido ante el cadáver de aquella caritativa viuda de Joppé:"*Tabita, grítale, levántate; y ella abrió los ojos, y, viendo a Pedro, se sentó, viva y sana, sobre su lecho*" (Act., IX, 40; col. II, 6 y sigs.). ¿Qué hace el Apóstol con su palabra? Aplica el mandamiento; es decir, el poder de Dios, que solamente puede dar la vida a aquel cuerpo inanimado. Esta es la acción que le corresponde. Mas -nota expresamente el libro de los Actos— Pedro había orado primero, y principalmente, gracias a esta oración, Dios dió eficacia a su palabra. En último término, por la oración obra la criatura ese género de milagros, y de este modo es como los obra la Santísima Virgen para bien de sus hijos.

¿Ha concurrido a menudo, como acabamos de leerlo del Príncipe de los Apóstoles, por medio de una acción presente y corporal a la aplicación del poder divino? Esta es una cuestión cuyo examen nos llevaría muy lejos, tanto más, cuanto que supondría resuelta otra cuestión no menos compleja: la de las apariciones personales de nuestra bienaventurada Madre. ¿Puede creerse que, desde las alturas del cielo y sin descender **personalmente** sobre nuestra tierra, Ella pueda, con un simple querer de su voluntad, aplicar así el poder divino, casi como el sacerdote que, por un privilegio inaudito, consagra a distancia? Este es otro problema cuya solución no toca dar aquí.

Como quiera que sea, cuando se trate de milagros de segundo orden, es decir, de efectos maravillosos que pueden resultar del empleo de las fuerzas de la naturaleza, imposible para nuestra debilidad, pero realizable por espíritus superiores o por seres en posesión de la gloria(S. Thom., 1 p„ q. 110, a. 4 ; *de Potentia*, q. 6, a. 3), nada impide que la bienaventurada Virgen los produzca, o inmediatamente por sí misma, o mediatamente por el ministerio de los ángeles, no siendo tales efectos de los que reclamen un poder superior a toda actividad creada. Mas de cualquier manera que se explique la intervención de la Madre de Dios, sería necesario estar ciego para no ver su corazón y su mano en un número siempre creciente de hechos extraordina-i ios, atestiguados por irrecusables testimonios, y cuando arribemos un día, como lo esperamos de su caridad maternal, a la mansión de la luz, sin duda admiraremos maravillas que nuestro estado presente apenas nos deja sospechar (Cfr. Suarez, *De mysteriis vitae Christi*. D. 23, s. I. *Unde ulterius*).

III. Esto no obstante, y para decirlo una vez más, no es ahí donde debe buscarse la cooperación más común de la Virgen a la efusión de las gracias que nos vienen de la divina liberalidad, sino en su intercesión, en sus plegarias; intercesión y plegarias por medio de las cuales inclina constantemente el corazón de su Hijo a aplicarnos los frutos de su sangre, y a la misericordia del Padre a derramar en nuestras almas los dones del Espíritu Santo. Por lo cual los Santos, cuando hablan del poder por el que esta bendita Virgen es el canal de las gracias y la causa actual de nuestro nacimiento y crecimiento, en el orden de la vida divina, la llaman **omnipotencia suplicante**. De ahí procede también que los Padres, queriendo dar a entender lo que es María, después de su bienaventurado **Tránsito**, nos la muestran universalmente en un acto de oración. Y esto también es lo que nos dicen, de un modo tácito, pero elocuente, la mayor parte de las pinturas de la Madre de Dios, encontradas en las Catacumbas. Su actitud mirando al cielo es una actitud de suplicante, de **Orante**.

Poco importa que haya sido representada más de una vez en otras actitudes; por ejemplo, sentada, con la corona en la cabeza, ornada de manto real y cerca de Jesús, o bien embriagada de casto ardor e inclinada sobre el corazón de su Amado, que la atrae y la sostiene, o, finalmente, vuelta hacia los hombres e inclinándose para bendecirlos. Estas diversas actitudes no indican nada que sea incompatible con la primera. Pues de otra suerte habría que decir que hay contradicción cuando las Escrituras nos presentan a Jesucristo, ya sentado a la diestra del Padre, ya de pie, sea para contemplar a sus mártires y elegidos en sus combates, sea para intervenir en favor nuestro ante el trono de Dios. Los Santos Padres nos enseñan que es preciso ver en estas distintas formas una expresión sensibles de las funciones que convienen a Cristo resucitado, y esta explicación basta para dar la clave de las múltiples actitudes atribuidas a la Madre de Dios. Mas, ¿por qué no añadir que todas convienen a su grande oficio de **Orante**? Mostrárnosla en el aparato de su gloria, es indicarnos su poder de intercesión; cuando la vemos cerca del Corazón de Jesús, nos parece escucharla que le suplica que tenga piedad de los hombres, por los cuales ese Corazón fué en otro tiempo traspasado. Si se vuelve hacia nosotros, es para conocer todas nuestras miserias, oír nuestros gemidos, o, mejor dicho aún, para derramar sobre nosotros las bendiciones que nos han conseguido sus plegarias.

A la causalidad de impetración se suma la causalidad de merecimientos, y no porque la Santísima Virgen pueda ahora adquirir algún mérito, por muy perfecto que sea su amor y por muy santas que sean todas sus obras. En el cielo está el **término** y no **la vía**. Se llevan allá

los méritos de la tierra, pero no se les aumenta. Si, pues, los méritos de la Virgen atraen sobre nosotros las bendiciones celestiales, se lo debemos únicamente a los que presentó ante el trono de su Hijo, cuando se, dignó llamarla a participar de su gloria. Por otra parte, pasa con la causalidad meritoria como con la causalidad **eficiente**. No debe ser separada de la causalidad de, intercesión.

Para mejor comprender esta verdad, consideremos primero al Hijo en su papel de Mediador cerca del Padre. Según el sentir de algunos teólogos, Jesucristo, después que se ha despojado de nuestra mortalidad, no ora ya con oración formal. "*Ha entrado en el cielo, no para hacer oficio de suplicante, sino para comparecer ahora por nosotros delante de la faz de Dios*" (Hebr.. IX, 24). Está allí, "*con su misma sangre, la sangre del Cordero inmaculado*"(Hebr., 12; I Pt., 1, 19), que grita con más elocuencia que la de Abel (Ibid., XII. 24), con las señales gloriosas de las heridas recibidas por la salud de los hombres y la gloria de su Padre; es decir, con sus méritos infinitos, y esta misma presencia constituye toda su oración. ¿Qué otra cosa se necesita más que ésta comparecencia para conmover el corazón del Padre e inducirle a colmarnos de sus gracias?

Ciertamente, es preciso confesarlo, Dios no puede permanecer indiferente ante tal espectáculo. Mas por muy eficaz que sea este género de oración, no basta a nuestro Salvador. Por tanto, el Apóstol nos lo muestra "*viviendo siempre para interceder por nosotros*" (Ibid., VIII, 25). Lo que ha engañado a algunos teólogos, de los que hablábamos hace poco, es el lenguaje de algunos Padres, en el que la oración aparece como la función propia de Jesucristo mientras vivió en carne mortal. Mas, aparte de que estos Padres son en corto número, pronto se nota, fijándose más en sus palabras, que su posición no es más que aparente. Lo que ellos niegan no es el ejercicio formal de la oración, sino una manera de orar que supondría inferioridad en la persona misma de Cristo, y no solamente en una de sus naturalezas; es una oración que se dirigiría únicamente a la divina misericordia, como si el Sacerdote Eterno no hubiera sobreabundantemente adquirido con sus méritos los beneficios que reclama para sus miembros; una oración en la que, como lo hizo aquí abajo, Él invocará a su Padre, no sólo para nosotros, sino también para Sí mismo; sería, finalmente, una oración incompatible con el estado presente de su humanidad glorificada, oración acompañada de lágrimas y sollozos (Hebr., V. 7), de humildes y dolorosas postraciones (Luc., XXII. 14). He aquí, según los diferentes contextos, la oración que no conviene ya a Jesucristo triunfante. Y, digámoslo aunque sólo sea de paso, por eso la Iglesia pide a Jesucristo no que ore por nosotros, sino que tenga piedad de nosotros, queriendo, con esta diferencia de fórmulas, exclüir de la oración del Salvador todas las imperfecciones inherentes a las de las simples criaturas. Mas, ¿qué será lo que impida que Nuestro Señor exprese a su Padre los deseos que le acucian de que sean concedidas a los hombres las gracias tan a su costa adquiridas? ¿No es preciso, por otra parte, que Él exponga lo que su presencia, con todos sus méritos, no basta a decir, qué beneficios pide y para quién? Ahora bien; esto mismo, ¿no es ya una oración formal?

El Doctor Angélico ha resumido en pocas palabras, muy substanciosas, estas dos maneras de oración: "*Él intercede por nosotros, primeramente presentando ante su Padre la humanidad que ha tomado* (y entregado) *por nosotros; además, exponiendo el deseo que su alma santísima tiene de nuestra salvación*" (Comment. in ep ad Rom., e. VII, lect. 4). Ahora bien; lo que ha dicho de Cristo Santo Tomás lo enseña de los elegidos del cielo: "*Los Santos oran por nosotros de dos ma-*

neras: En primer lugar, por medio de una oración expresa, cuando dirigen sus votos por nosotros a la divina clemencia; en segundo lugar, por medio de una oración interpretativa, fundada sobre sus méritos, que, siempre presentes ante la faz de Dios, no son sólo para ellos un título de gloria, sino que son también para nosotros como otros tantos sufragios y tácitas plegarias, así como la sangre de Jesucristo, derramada por nosotros, pide gracias en favor nuestro" (*in Sentent*. IV., D. 45, q. 3, a. 3).

Si distinguimos estas dos maneras de oración, guardémonos de separarlas, porque en el fondo no hay dos formas de oración, sino dos elementos constitutivos de la misma oración; es decir, lo que constituye la plegaria y lo que la hace poderosa delante de Dios. Por lo cual la Iglesia cuida de reunir estas dos cosas cuando se apoya sobre los sufragios de los Santos:"*Os pedimos, Dios Todopoderoso, que por los sacramentos que acabamos de recibir, con el socorro de los méritos y de las oraciones del bienaventurado Joaquín, padre de la Madre de Nuestro Señor Jesucristo, participemos de vuestra gracia en el tiempo y de vuestra gloria en la eternidad*" (*Missae* S. Joachim. Postcom.). Y en otra parte: "*Que por las oraciones y los méritos de la bienaventurada María, siempre Virgen, y de todos los Santos, el Señor nos conduzca al reino de los cielos*" (Oficio parvo de la Virgen).

La creencia en esta unión de los méritos y de las oraciones en la unidad de una misma intercesión no es cosa nueva en el seno de la Iglesia: testimonio de ello es el Panegírico de las Santas mártires Bernicia, Prodoscia y Donnina, pronunciado por San Juan Crisóstomo:"*No es bastante* —predicaba a los fieles— *el haber venido cerca de estos bienaventurados restos, en el día de su fiesta; volvamos otros días a suplicar a estas tres mártires de Jesucristo que sean nuestras intercesoras cerca de Dios, porque tienen gran crédito, más aún después de su muerte que durante su vida. Llevando ahora los estigmas de Cristo, **ellas pueden, al mostrárselos**, obtenerlo todo del Rey. Y puesto que gozan cerce de Él de tal poder y tienen con Él tan íntima amistad, ¿podemos dudar que si las ponemos de nuestra parte, con frecuentes visitas, no logremos por su asistencia plena misericordia ante el trono de Dios?*" (*Or. panegyr. in SS. Bernicen*, etc., n. 7, P. G. t. L., 600). Tal es, pues, el gran medio por el que la Madre de Dios, hecha Madre nuestra, atrae sobre nosotros las bendiciones celestiales y los tesoros de la vida sobrenatural, o, lo que viene a ser lo mismo, concurre a la aplicación de los méritos de Jesucristo: su oración, mas un oración apoyada primariamente en los méritos de su Hijo y secundariamente en sus propios méritos.

Ahora bien; cuando decimos **méritos**, no nos referimos sólo a los méritos propiamente dichos, sino también a todo lo que puede hacer a un suplicante **digno** de ser atendido. Bajo este punto de vista, la maternidad divina, con todos los privilegios de gracia y de gloria de que es el centro y el manantial, entra por sí misma en el orden del merecimiento. ¿No es, en efecto, justo que la Madre de Dios sea escuchada de su Hijo; la Hija de Dios, de su Padre; la Esposa de Dios del Espíritu Santo, su Real Esposo?

Muchos autores han hablado del poder que da a la oración de María el **mérito** de su maternidad. Ninguno lo ha hecho más afortunadamente que Arnaldo de Bonneval, en este texto que ya hemos recordado: "*De aquí en adelante el hombre puede acercarse a Dios con confianza, puesto que tiene de su parte al Hijo por Mediador cerca del Padre, y a la Madre por Mediadora cerca del Hijo. El Hijo enseña al Padre, con su costado abierto, sus heridas, y la Madre presenta al Hijo con las entrañas que le albergaron, los pechos que le nutrieron. No puede haber repulsa allí donde concurren y ruegan unidos con más elocuencia que cualquiera lengua, las señales de la clemencia y las insignias de la caridad*" (Ernald. Canut., Trocí, de Laudibus B. V. M., P. L., t. CLXXXIX, 1726).

IV. Antes de cerrar este capítulo, resolvamos algunas dificultades. Son del género de las que el protestantismo opone a nuestra confianza en la invocación de los Santos, y muy especialmente de la Santísima Virgen María.

¿Cómo, dicen los herejes, podría apoyar la Virgen su oración en sus propios méritos, puesto que, según vosotros, ya no hay méritos para los elegidos del cielo, y aun suponiendo que los haya, no sería hacer injuria a los de Cristo el ofrecer los de María para alcanzar los beneficios de Dios?

Santo Tomás había previsto la primera parte de esta objeción; podemos, pues, transcribir su respuesta, que es decisiva: "*Aunque los Santos no estén ya en estado de merecer, a partir de su entrada en la patria celestial...* (El Santo dice más explícitamente en otra parte: "*A partir del momento en que la muerte los ha retirado del estado de viadores.*"), ***ellos, no obstante, han merecido durante su vida el que sus oraciones sean escuchadas después de su muerte****. Por otra parte, uno es el valor meritorio de la plegaria y otra su fuerza de impetración. El mérito consiste en una cierta ecuación entre el acto y lo que él reivindica a título de recompensa, mientras que la fuerza impetratoria de la oración se apoya sobre la liberalidad de aquel cerca del cual se intercede. Así, pues, aun cuando los Santos no estén ya en estado de merecer, no dejan por eso de estar en estado de orar y de verse atendidos en sus plegarias*" (in IV Sent., D. 45, q. 3, a. 3, ad. 4). Fijémonos en la primera parte de la solución, porque de ella es de la que necesitamos, puesto que se trata de una oración fundada en el merecimiento.

Mas, se dirá, ¿por qué hablar de los méritos anteriores? ¿Acaso no han recibido de Dios su justa recompensa en una gloria personal adecuada a su número y a su grado correspondiente? Si, pues, la oración de María debe apoyarse en el mérito para tener un título para ser escuchada, es necesario recurrir a méritos adquiridos en el cielo: éstos son los únicos que pueden aspirar a una nueva recompensa.

La solución dada por Santo Tomás basta ampliamente para disipar esta dificultad. Sea, responderemos con él; estos méritos han recibido su recompensa, en cuanto que son méritos propiamente dichos; mas todo acto meritorio es, además, una impetración y una satisfacción, y en la gloria no caduca ni la una ni la otra.

Añadamos, y esta es la principal respuesta, que los Santos han recibido, en efecto, el premio de sus méritos; mas esta misma recompensa implica, para ellos, el estar unidos con la amistad más estrecha e indisoluble a Dios, y, por consiguiente, también el privilegio de conseguir de Dios todo lo que le pidan. Quitad esta eficacia a sus oraciones, y su bienaventuranza ya no es completa, y, por consiguiente, falta algo a la recompensa que han **merecido.** He aquí, como ejemplo, a un general cuyo valor ha consolidado el trono de su rey. ¿Habrá obtenido el premio debido a sus servicios si el príncipe se persuade de que hace bastante con pagarle el sueldo que reclama su graduación y no atiende a las recomendaciones que le dirija en favor de sus compañeros de armas o de sus hijos? ¿Y podrá creerse que Nuestro Señor encontrará suficientemente recompensada a María porque Ella ocupe el grado de visión beatífica que corresponde a sus méritos, y no se considerará obligado a atender sus plegarias y oraciones en favor de sus hijos de la tierra? Sería esto forjarse una idea muy rara de la bienaventuranza celestial y del amor de Jesucristo para con su Madre.

Vengamos a la otra parte de la objeción. Si los Santos, decís, apoyan sobre sus propios merecimientos las oraciones que dirigen en favor nuestro a la divina misericordia, con ello hacen ultraje a los méritos de Jesucristo. Es esto, o no tomarlos en cuenta, o tenerlos por insuficientes.

Decid también entonces que San Pablo ultrajaba la redención de Cristo, cuando decía:"*Cumplo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Jesucristo para su cuerpo, que es la Iglesia*" (Col., I, 24). Insensatos, que no veis que estos méritos de los Santos están fundidos en los méritos de Cristo, y que si la oración se apoya sobre ellos, es para ir hacia el manantial de todas las gracias por los méritos de Cristo. Así, pues, lejos de ser una injuria hecha a estos méritos infinitos, la oración de los Santos y sus méritos constituye mi glorificación: ellos los manifiestan, los realzan, como las causas segundas son la glorificación de la causa primera. Bien mirado todo, Dios, cuando escucha las oraciones y atiende a los méritos de los Santos, concede la gracia a su mismo Hijo, Nuestro Señor, porque aquellos méritos y oraciones no tienen a sus ojos valor, sino en tanto en cuanto se lo prestan los méritos de Cristo, que son su principio y su remate (Concil. Trident., sess. 6», cap. 16, et can. 33). Una objeción final, que va menos contra la intercesión de la Virgen y de los Santos que contra la manera con que nosotros los católicos reclamamos esta intercesión: es que los invocamos, no como a intercesores cerca de Dios, sino como a causas principales; es decir, como autores de los beneficios que, según nuestra propia doctrina, tienen a Dios por único principio. Ved, por ejemplo, estas oraciones de la Iglesia a la Virgen: **Quebrad** las cadenas de los culpables, **devolved** la luz a los ciegos, **apartad** de nosotros todos los males y **pedid** todos los bienes, etc., etc.

¿Qué responderemos? Dos cosas: primero, que si hay crimen, este crimen no es sólo de la Iglesia Romana. Es necesario acusar de él aún más a las Iglesias de Oriente, porque estas maneras de expresarse son más frecuentes entre sus Doctores en sus escritos y en las oraciones litúrgicas suyas que en las nuestras. ¿Qué decimos? Es preciso remontar estas acusaciones hasta los Apóstoles. ¿No es San Pablo, en efecto, el que decía: "*Honraré mi ministerio, esforzándome en excitar la emulación de los de mi sangre y **salvando** algunos de ellos?*" (Rom., XI, 14). Segundo, y con esto quedarán explicadas con toda sencillez estas fórmulas y otras semejantes, es que la naturaleza misma de las cosas nos advierte del sentido que pueden y deben tener.

La Santísima Virgen y los Santos nos procuran las gracias de la salvación que les pedimos; pero es intercediendo por nosotros cerca de Jesucristo y de su Padre, y también es así como nosotros les suplicamos que nos las obtengan. Por lo demás, si más explicaciones fueran necesarias, se las hallaría a cada paso en las mismas invocaciones que se nos echan en cara: "***Apartad** de nosotros todos los males, **pedid** para nosotros **todos los bienes***", se dice en el himno a la Virgen que citábamos hace un instante. **Rogad por nosotros**, repite sin cesar la Iglesia.

Leed el himno de Vísperas de la Fiesta de Todos los Santos. Allí encontraréis alternativamente estas dos formas de oración: la una, por la cual pedimos a los elegidos en el cielo las gracias que forman la santidad de la tierra y la gloria del cielo: "***Antiqua cum praesentibus—Futura damma pellite...—Exules vocate nos in patriam...—Coelitum vocate nos in sedibus**. Libradnos de los males presentes y de los antiguos; apartad los venideros. Llamad a los pobres desterrados a la patria, y haced que nos sentemos entre los bienaventurados.*"

¿Esto os escandaliza? Escuchad estas palabras del mismo himno: "***Placare, Christe, servulis —Quibus Patris clementian— Tuae ad tribunal gratiae—Patrona Virgo postulat.****¡Oh, Cristo!, perdonad a los siervos por los cuales la Virgen, su patrona, implora la clemencia del Padre en vuestro tribunal de gracia.*" Y más aún: *Apostoli cum Vatibus Apud severum judicem—Veris reorum fletibus—Exposcite indulgentian.* ***Apóstoles y profetas, presentad delante del severo Juez las lágrimas de los culpables verdaderos, y solicitad indulgencia para ellos."*** Cosa singular, a María sobre todo, la Iglesia, en estas invocaciones, suplica que ore por sus hijos, y a los Profetas y a los Mártires pide directamente las gracias de la salvación, prueba manifiesta de que en su pensamiento la una y la otra de estas fórmulas encierran igual significado (Véase 2° parte, 1. V, c. 2, t. II, pp. 242-245. Esta objeción fué ya resuelta por los griegos).

Por lo demás, esta interpretación no es nueva. San Agustín la ha dado más de una vez. Hablando de los milagros, de esos milagros que son obra propia de la omnipotencia: "*He aquí* — dice— *lo que hacen los mártires, o, mejor, lo que hace Dios por la oración y con la cooperación de los mártires*" (De civit., LXXXII, c. 10). Así lo entendemos también cuando pedimos a la Virgen una de esas curaciones morales y físicas que corresponden sólo al poder de Dios, y así es como el Autor de los Actos atribuye, ora a San Pedro, ora al Apóstol de las Gentes, las asombrosas maravillas que refiere (Act., V. 12, sq.). Y también así, usando de un ejemplo familiar, daríamos gracias, como al autor de un beneficio, a Aquel cuyo favorable crédito nos lo hubiese alcanzado.

He aquí, pues, cómo la amantísima y amabilísima Madre de los cristianos prosigue en nuestro favor su tarea maternal y cómo acaba de engendrarnos a la vida de Cristo.

Nuestro estudio sobre este objeto estaría terminado, si no quedasen por resolver tres dificultades todavía, opuestas por el protestantismo y la incredulidad. María —nos dicen—, perdida en la visión de Dios, absorta en la contemplación de la soberana hermosura y en su amor, no tiene ya corazón para amarnos, indiferente como está a las cosas de la tierra, tanto más cuanto que nuestras rebeliones contra su Hijo nos hacen indignos de sus favores. María no tiene cerca de Dios ese poder que suponen sus panegiristas. Lo que Él le dijo en las bodas de Caná: "*¿Qué hay de común entre tú y yo?*", eso mismo le repetiría en el cielo, si Ella se atreviese a interceder por nosotros. Finalmente, María, aunque tuviera sobre su Hijo la autoridad que se supone, no podría interponerla en nuestro favor, sino de una manera general e indeterminada, porque ya no está entre nosotros para conocer nuestras necesidades. A resolver ampliamente estas objeciones, tan opuestas al oficio maternal de María, es a lo que vamos a dedicar los capítulos siguientes.

Las aptitudes de la maternidad de la Santísima Virgen Maria

Su amor inefable hacia los hombres. El manantial de donde se alimenta y cómo se activa en la bienaventuranza en vez de amortiguarse.

Puesto que María continúa ejerciendo, sobre todo por intercesión, su oficio de Madre de los hombres, a través del espacio y del tiempo, importa estudiar a fondo las cualidades que

posee para llenarlo bien. Así, su maternidad espiritual se revelará con todo su esplendor. Ahora bien; cuatro condiciones son necesarias para cumplir perfectamente esta gran función: la primera es un inmenso amor a Dios y a los hombres, sus hijos adoptivos; la segunda, una misericordia sin límites, por la que se compadezca de sus miserias; la tercera, el conocimiento íntimo y entero de sus males, de sus actos y de los suspiros que dirigen hacia Ella, y la cuarta, finalmente, un gran poder sobre el Corazón de su Hijo y de Dios, Padre de bondad. Los adversarios mismos de la maternidad de María han reconocido, como nosotros, que necesita de todo esto para estar a la altura de su misión, y, por lo mismo, se esfuerzan en arrebatarle estos, títulos que posee, para que en Ella pongamos nuestra filial confianza. Ahora bien; fácil nos va a ser demostrar que estas condiciones las reúne en el más alto grado nuestra Madre celestial.

I. Hablemos, ante todo, de su amor. No necesitamos decir con cuán inefable caridad arde el corazón de María para con Dios; qué profundo es el sentimiento que siempre ha tenido de la bondad divina y de sus predilecciones por Ella; hasta dónde alcanzó su celo por la gloria de Dios; cómo no hubo jamás alma viviente, a excepción de la del Salvador, que estuviese, como la suya, apasionada por el establecimiento y la expansión del reino de Dios. Ahora bien; preguntamos, ¿puede un amor semejante desinterarse de la salvación de los hombres y de su santidad? ¿Puede ser cosa indiferente para él que la familia adoptiva de Dios crezca en número, en gracia y en perfección? ¿Será amar a Dios y su honor y su gloria el no desear verle sobre todas las cosas adorado, servido y glorificado? Por tanto, o las palabras carecen de significado, o todo eso conduce a la oración constante, puesto que este es para María el medio más prncipal de probar a Dios, con mayor eficacia, su reconocimiento y su amor.

Pero más aún que el amor de María hacia Dios, su amor a los hombres es capaz de revelarnos el fervor y la perpetuidad de su intercesión. El amor de la Santísima Virgen a los hombres, este amor del que brota la oración como el arroyo de la fuente, es cosa tan evidente, que es imposible dudar de él cuando se ha conocido quién es María. ¿Amaría a Dios con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas y más que todas las criaturas juntas, si este mismo amor no se extendiera universalmente a todos los hombres, cuando, según el testimonio de los Libros Santos, estos dos amores no forman más que uno solo? Pero, ¡cuántos otros motivos para amarnos unen a este primer motivo!

Recordemos que Jesús, moribundo, le legó a los hombres por hijos en la persona de su discípulo amado y la proclamó Madre de todos nosotros. Ahora bien; ésta no pudo ser de parte de Cristo una proclamación estéril. Recordémoslo. Decirle: "*Mujer, he ahí a tu Hijo*", era, a la vez, ponerle en el corazon ternura proporcionada con la función maternal que le confiaba. Dios no hace a medias lo que hace por Sí mismo. Pródigo de sus dones hasta lo infinito, para disponer a la Virgen a llevar dignamente su cualidad de Madre de Dios, no podía ser menos liberal en la preparación de esta otra maternidad que hace de todos los hombres hijos de María, según la gracia. Ahora bien; entre las cualidades de una Madre, ¿hay alguna más natural que el amor hacia los hijos que le han sido dados?

Recordemos, además, otra verdad que hemos comprobado con las Sagradas Escrituras en la primera parte de esta obra; es que desde la dichosísima Encarnación, Dios Padre extiende sus complacencias paternales hasta la Humanidad de su Hijo. No acierta a separar en su

amor la naturaleza humana de la divina, y el objeto de sus afectos de Padre es el Hombre-Dios todo entero. Por una consecuencia natural, el mismo amor del Padre abraza a los fieles, miembros de Jesucristo, juntamente con su cabeza, y este amor, pasando de la persona física, engloba en sí, por razón de ella, en una misma unidad, a la persona mística. Es el fruto de la oración de Cristo: "*Padre mío, dijo, que el amor con que me habéis amado esté en ellos, porque yo mismo estoy con ellos y ellos conmigo*" (Joann., XVII, 26, col. 23).

Así, decíamos que el amor de la Santísima Virgen a su Jesús abrazaba en Él, a la vez, a la naturaleza divina y a la humana, al hombre y a Dios, puesto que una buena madre ama todo lo que pertenece a la persona de su hijo. De ahí se deduce también como consecuencia que el amor de María por nosotros es una parte del que profesa a Jesús; mejor dicho, es el mismo amor maternal que se dilata y extiende a medida que Jesucristo mismo recibe con nosotros un aumento en su persona mística. Lo diremos de nuevo: imposible es concebir a la Virgen amando infinitamente a Dios hecho hombre, sin representársela, al mismo tiempo, llena de inmensa ternura hacia nosotros, hermanos, imágenes y miembros de Jesucristo, porque estos dos amores se confunden en uno solo por la fuerza misma de las cosas. A los justos los ama, porque están en Jesucristo; a los pecadores, para que sean incorporados a Jesucristo (S. Thom.,*Quaest. disput., De Charitate*, q. un., a. 4, in corp.). No arguyáis que Ella no puede amar a los que el pecado separa de su Hijo, porque, en tanto que esta separación no es definitiva, Él mismo los ama, no ciertamente, como a miembros vivos de su cuerpo, sino como a miembros cuyo destino sobrenatural es el de participar de esta bienaventurada unión.

Recordemos también que María no puede mirar a ningún hombre sin verle inundado con la sangre de Jesucristo, derramada por Él. Ella, mejor que nadie, sabe con el espíritu con que Jesús la ha derramado, puesto que estaba allí cuando Él se entregó por ellos a la muerte como testigo de sus sufrimientos y, más aún, de las intenciones por las que los aceptó. No amarnos, y con amor que responda a tanto amor, ¿no sería acaso desconocer el precio inmenso con que el Salvador ha pagado nuestro común rescate?

¿Qué más diremos? Cuando el costado de Cristo fué abierto por la lanza del soldado, María fué la primera que con claridad mil veces mayor que Juan y la Magdalena contempló con sus ojos el incendio de amor encendido en el corazón de su Hijo y los beneficios innumerables que tendían a escaparse de aquella herida. Ella misma fué como el auxiliar y la inseparable asociada de Jesús en la ofrenda que hizo de Sí mismo, totalmente, por la salvación de los pecadores; Ella había, a ciencia y conciencia, preparado el sacerdote y el holocausto, y su corazón latía al unísono con el corazón de su Hijo.

II. ¿Es creíble que este amor de María se haya enfriado, porque haya entrado en el cielo, horno eternamente encendido de caridad, y que, una vez asentada en el trono de su gloria, haya olvidado a los que su Hijo amó tanto, a los que le fueron tan prodigiosamente caros, en los días de su vida mortal, que Ella ofreció por ellos, no solamente sus lágrimas, sino también hasta la última gota de la Sangre Redentora? Sería como una locura sacrilega el pensarlo, porque la caridad, lejos de enfriarse en el cielo, toma allí nuevo incremento al contacto y con la contemplación del amor eterno. No, el cielo no es la tierra del olvido. "*No quiera Dios, ¡oh, alma santa!* —decía San Agustín a su amigo Nebridio-, *no quiera Dios que vuestra oración haya perdido su eficacia, ahora que podéis interceder en presencia de la Majestad divina, y que, no estando ya*

en el camino, reináis en la plenitud de la luz. No podré persuadirme de que el exceso de su bienandanza me haya borrado de su memoria, cuando vos, Señor, de quien él se embriaga, tenéis recuerdo de nosotros" (S. August., *Confesse*.. 1 IX, c. 3, n. 6, P. L., XXXII, 766). "*Lejos de nosotros* —dice igualmente San Bernardo, en su carta acerca de la muerte del Santo Obispo de Irlanda Malaquías—, *lejos de nosotros el pensamiento de que esta caridad tan activa en la tierra sea aminorada o reducida a la nada en el cielo, ahora que, descansando en la propia fuente de caridad eterna, aspiráis a boca llena el torrente, cuyas gotas mismas eran aquí abajo tan deliciosas para vuestra sed. La muerte no ha podido vencer en vos la caridad, porque esta caridad es fuerte, más que la muerte misma*" (S. Bernard., ep. 374, *ad fratres de Hybernia de obitu S. Malachiae*, P. L., CLXXXII, 679). Es preciso oír también al mismo Santo desarrollar iguales pensamientos, en la conmovedora oración fúnebre que hizo de su hermano Gerardo, monje de Claraval como él, su consejero en sus dudas, consolador suyo en sus pruebas: "*Quizá, aunque nos hayas conocido según la carne, ya no nos conoces a esta hora, y porque has entrado en los dominios del Señor, no tienes ya a la vista más que su justicia, olvidándote de nosotros. Lo sé: el que se une al Señor se hace un espíritu con Él* (I Cor., VI, 17) *y se transforma todo entero en el divino amor, no pudiendo sentir ni gustar sino a Dios, y lo que Dios siente y gusta, lleno como está de Dios solo. Mas Dios es caridad y, por consiguiente, cuanto más cerca se está de Él más lleno se está de caridad. Ciertamente, Dios no puede padecer, mas puede compadecer: **impassibilis est Deus, sed non incompassibilis**; Él, de quien es propio comparecerse siempre y perdonar. Es, pues, de necesidad que tú también seas misericordioso; tú vives en Dios, aunque ya no seas miserable, y si no padeces, tú te compadecerás. Así, tu amor por nosotros no ha disminuido, sino que se ha transformado, y porque te hayas revestido de Dios no te has despojado por eso de toda solicitud hacia nosotros, porque Él cuida de nosotros* (I Petr., V. 7). *La flaqueza la has dejado, pero no la piedad. La caridad no pasa jamás* (I Cor., XIII, 8); *jamás, por tanto, perderás mi recuerdo*" (San Bernard., *Sermo in obitu fratrís sui Gerardi*, n. 5, P. L., CLXXXIII, 906 y sigs.). Ahora bien; notemos que los motivos que hemos desarrollado son **universales**; se extienden generalmente a todos los hombres sin excepción. He aquí por qué el piadoso y sabio Idiota interpreta de María lo que el Salmista ha dicho del sol: "*Nadie se escapa al calor sus rayos*"(Psalm., XVIII. 79), es decir, "*a la dilección de la Madre del amor hermoso*" (*Contempl. De B.M.V.* in prolog.). Pero así como en acercándose más al sol más se experimenta su benéfica influencia, así el amor de María se muestra más bienhechor para con aquellos que la aman y la sirven con una devoción más respetuosa y amorosa, y esto es lo que también quiere significarse cuando se ponen en sus labios las palabras de la Sabiduría: "*Amo a los que me aman*" (Prov., VIII, 17, col. Cap., VI, 13. Léase **San Alfonso Ligorio**, *Glorias de Maria*, primera parte, c. I. & 3).

III. ¿Dónde están ahora las objeciones que señalamos al final del capítulo precedente? María, toda absorta como se halla en el Amor divino, ya no se acuerda de nosotros. Ya veis cómo este mismo exceso de amor le induce con mayor eficacia a amarnos. Mejor dicho: el éxtasis de su amor a Dios es, necesariamente, un éxtasis de amor a los hombres, porque en el cielo no es el amor del Criador una cosa y otra el amor de la criatura. No son, en realidad, sino un solo e idéntico amor, de igual manera que la visión de Dios y la visión de las criaturas son una sola e idéntica visión. Y por lo mismo que María, viéndonos en Dios, nos ve con una claridad tanto mayor cuanto que con mayor perfección disfruta de la contemplación de Dios, por lo mismo también, como nos ama en Dios, su amor a nosotros aumenta en la medida del crecimiento que a su entrada en la gloria tuvo su amor a Dios.

Temíais que el gozo inefable del soberano bien extinguiese en su corazón toda compasión amorosa por nosotros y por nuestras miserias, porque eso sería, según pensabais, mezclar la tristeza a las alegrías, con ella incompatibles. San Bernardo ha disputado estos vanos temores. ¿Tendría, pues, Dios, nuestro Padre, y Jesucristo, nuestro hermano, que dejar de amarnos, porque su beatitud excluye cuanto no es de ella misma? Mejor diríamos que la felicidad misma de nuestra Divina Madre, al embriagarla en sus delicias, la llena también del deseo de comunicarlas. Si la bondad de Dios tiende de tan impetuosa manera a comunicarse y derramarse fuera de sí misma, esto lo debe a su plenitud. Así, pues, lejos de ser un obstáculo a la maternal benevolencia de María hacia los hombres, su amor triunfante y gozoso es como un acicate y un estímulo.

La misericordia de la Virgen.

Cómo esta misericordia brota naturalmente de su amor. Del título de Madre de Misericordia, y de las razones en que se funda. Doctrina consoladora de los Doctores y de los Santos.

I. Tal es el amor de María para con los hombres. ¿Qué diremos de su misericordia? Los Santos no se cansan de exaltarla y bendecirla. Parece a menudo que olvidan todas las demás perfecciones de la Santísima Virgen para celebrar únicamente esta amabilísima cualidad de su Madre. ¿Y quién podrá extrañarlo? ¿Hay algo más dulce, más caro y más confortador para el corazón de los miserables, que por tales se tenían y tales somos nosotros, que la misericordiosa ternura de la Reina del Cielo? Hablad de la gloria, de la grandeza con que la ha coronado su Hijo, de los privilegios sin número y sin nombre que le ha prodigado con tanta liberalidad, nos regocijamos de ello, porque Ella es nuestra Madre.

Pero decidnos que, en medio de esta grandeza y de esa gloria, alimenta un ardiente amor a los hombres, y éste será un nuevo motivo de alegría, porque es dulce ser amado por una madre y por tal madre. Y, sin embargo, esta alegría no está exenta de inquietud: nuestros pecados e ingratitudes para con su Hijo pueden ser causa de que nos destierre de su corazón. Mas, si oímos decir que es compasiva y misericordiosa, tanto como amante y glorificada, esto, por encima de todo, será lo que nos conmueva, nos aliente y nos encante.

Ahora bien; imposible es dudarlo: la Santísima Virgen es misericordiosa. Para convencernos de ello bástanos recordar su amor y nuestra miseria. En efecto, ¿qué es la misericordia? "*Es* —dice San Agustín—, *la compasión que siente nuestro corazón por la miseria ajena, compasión que nos impulsa a prestarle asistencia en la medida de nuestra posibilidad*" (*Misericordia est alienae miseriae compassio in corde nostro qua utique si possimus subvenire compellimur*(S. August., *De Civit Dei*, t. IX, c. 5, P. L., XLI, 261).

Seguramente, si María necesita miserables que reclamen su compasión y miserias que aliviar, este valle de lágrimas puede proveerla con abundancia de los unos y de las otras. ¿Qué somos, sobre todo en el orden espiritual, sino la misma indigencia, y qué podemos ofrecer a sus ojos sino millares de motivos de piedad, añadidos a nuestra nativa pobreza? Por tanto, nada falta del lado de la miseria. Nada tampoco podrá faltar del lado de la compasión. Porque, en presencia de las miserias, la compasión nace del amor y se mide por él. Es, en efec-

to, propio del amor el estimar como suyos los bienes y los males ajenos, porque el amor es un principio unitivo; tanto, que el amor se transforma naturalmente en compasión cuando ve sufrir a los que ama (S. Thom.. 2-2, q. 30, a. 2). Si, pues, la Virgen sacratísima es toda amor para nosotros, forzoso es que sea también toda misericordia, puesto que no somos a sus ojos sino un triste compuesto de miserias.

Santo Tomás, de quien hemos tomado este análisis, señala todavía otras causas de las cuales recibe la misericordia nuevos acrecentamientos. Es la primera una alianza más estrecha con aquellos que la miseria o la desgracia ha castigado. Una es la compasión que nos inspira un padre o una madre, y otra la que nos mueve por las penas de un extraño. En la segunda, la experiencia que hayamos tenido de los males que solicitan nuestra compasión. De aquí resulta, con un sentimiento más vivo de esos males, no sé qué simpatía que nos predispone naturalmente a tomar parte en las penas que fueron nuestras, con el fin de endulzar su amargura y de aligerar su peso. Esto es lo que San Pablo explica tan magistralmente cuando escribe de Jesucristo, en su carta a los hebreos: "*No tenemos Pontífice que no sepa compadecerse de nuestras enfermedades, porque ha sido probado en todo, a semejanza nuestra, salvo en el pecado. Vayamos, pues, confiados al trono de la gracia, a fin de hallar misericordia y de encontrarla en un socorro oportuno*" (Hebr.. IV,. 15-16).Y más adelante, en la mísma epístola: "*Como los niños han participado de la carne y la sangre, él también se ha revestido de ellas... Porque ha debido ser en todo semejante a sus hermanos, para llegar a ser cerca de Dios un Pontífice* ***misericordioso*** *y fiel, para expiar los pecados del pueblo. En efecto; por lo mismo que ha soportado el sufrimiento y la prueba, es poderoso para socorrer a los que están probados*" (Ibid., II, 14, 17, 18).

¿Comprendéis los consejos de Dios? Su amor a los hombres le inclina eternamente hacia ellos, para arrancarlos de su miseria. Por eso, según el testimonio de la Iglesia, la misericordia, una misericordia incansable, es su cualidad **propia** (Psalm. CX, 4; CII, 8; CXI, v. 4, etc.).Más aún, nos atrevemos a decirlo: mientras permanece en el seno de su infinita bienaventuranza, su misericordia, por grande que sea, no es completa. Falta no sé qué de tierno y compasivo que no puede tener su origen sino en una unión más íntima con los miserables, y que no tiene su complemento sino en un ser capaz de sentir. ¿Qué hará nuestro Dios para que su misericordia sea completa, de tal modo que brille a nuestros ojos con sin igual destello, y que de ella no podamos dudar? Lo que el Apóstol acaba de decirnos: tomará nuestra naturaleza con todas sus miserias y, si no puede sernos semejante en el pecado, el mayor de los males, porque es Santo, y la Santidad misma, a lo menos se revestirá de su apariencia, en cuanto pueda, para llevar su justa pena. Así, Dios, hecho hombre, fué misericordioso durante su vida mortal; así lo es todavía sentado a la diestra del Padre, con esta diferencia, sin embargo, que los sentimientos de compasión que por nuestros defectos encierra en su corazón y también por nuestras imperfecciones y miserias, no están ya, como lo estaban entonces, mezclados con angustias y tristezas.

De manera que la misericordia de Cristo glorificado ocupa en algún modo el término medio entre la misericordia de los hombres y la misericordia divina. Está libre, como ésta, de toda impresión contristadora, mas conoce experimentalmente, como aquélla, las miserias que alivia y conserva, en el fondo del Corazón de Jesús, los sentimientos humanos de piedad con que estas mismas miserias le conmovieron antes tan profundamente.

Tal es ahora la misericordia de la Virgen en el cielo; es una compasión fundada sobre la comunidad de naturaleza y de sufrimientos; una compasión que no por estar exenta de dolores, deja de acudir con menos presteza a librarnos de nuestros males.

Hemos dicho: una compasión que ya no está mezclada de dolor y esto es lo que leímos en San Bernardo, y esto es lo que nos repetirá pronto el canciller Gerson. Quien de ello quisiera deducir que María no es, en verdad, misericordiosa, comprendería mal lo que forma la esencia de la misericordia y de la compasión. Según el doctor Angélico, nuestra misericordia está formada de dos elementos: es el primero un sentimiento de pena y de pena sensible, a la vista de las miserias ajenas, y después un movimiento afectuoso del corazón, que inclina a socorrer esa miseria, como se haría con la propia. El primer sentimiento, si permanece solo, no es más que una compasión estéril. En cuanto al segundo, es, por decirlo con entera verdad, lo que constituye la **virtud** de la misericordia: amar a un desgraciado y venir en su ayuda con afecto desinteresado. He aquí cómo Dios puede ser misericordioso y cómo lo es, efectivamente: "*Misericordioso,* dice Santo Tomás, *con una misericordia que no está en Él, en* ***estado de pasión****, propiamente dicha, sino* ***en el de efecto****; de tal manera, sin embargo, que este estado procede del afecto de la voluntad,* ***ex ajjectu voluntatis***" (S. Thom., *in IV Sentent.* D. 46 q. 1. a. 1; col. 1, p., q. 21, a. 3), porque socorrer a un miserable sin hacerlo de corazón y por amor de él, no es compasión, ni misericordia, sino egoísmo, indiferencia o cálculo. En el cielo, nuestro Señor y su Madre tienen este sentimiento y algo más. ¿Qué más? Lo que nuestra piedad toma del elemento sensible de nuestro ser, pero depurado, transformado, desligado de toda impresión dolorosa. Así, uno y otra existen como nosotros en carne, pero en carne capaz de recibir emociones agradables, incapaz de sentir los sufrimientos que afligen a la nuestra (Notemos aquí la diferencia que señala Santo Tomás entre la misericordia y la bondad divina. La misericordia comprende la bondad, mas le añade un elemento más: porque va directamente no sólo a derramar el bien, lo que es propio de la bondad, sino sobre todo a librar del mal (In IV Sevt.., 1. c. sol. 2)).

II. Un título en el que se resumen esta creencia y esta doctrina es el de Madre de misericordia, *Mater misericordiae*. Madre de misricordia, María lo es, ante todo, porque nos ha dado al Salvador. Jesucristo, Hijo eterno de Dios, fué eternamente con él Padre de misericordias. Mas al recibir de María su santa humanidad, es cuando ha llegado a ser misericordioso en toda la extensión del sentido que puede tener esta palabra. Ella, al darle a luz, le ha revestido de misericordia. El autor del sermón de la Asunción, en las obras de San Jerónimo, asegura que Jesucristo, naciendo de una Madre Virgen, ha tomado de Ella la misericordia y la mansedumbre, como dos frutos de esta tierra virginal (Ep. ad Paul et Eustach., n. 9, in Mantissa. op. S. Hieron., P. L., XXX, 131). Oveja racional, en Ella y por Ella el Verbo se ha hecho cordero.

¿Deseáis sobre el mismo tema otra imagen llena de gracia? Leed este pasaje de **San Bernardo**: "*El Hijo de Dios era una abeja que habitaba entre los lirios, y se nutría de su jugo en la florida mansión de los ángeles. Ahora bien; la abeja divina ha bajado, en un vuelo rápido, a la pequeña ciudad de Nazaret, es decir, a la ciudad de las flores, según la significación de esta palabra, y hallando allí al lirio embalsamado de la perpetua virginidad de María, se ha deslizado en su seno para unirse a Ella toda entera. La celestial abeja tenía la miel y también el agujón, pues el profeta, al cantar su misericordia, exalta también su justicia*" (Psalm. C. 1). Mas, viniendo a nosotros por María, no ha conservado sino la miel, descuidando su aguijón, es decir, la misericordia sin los rigores de la

justicia. Por eso, cuando los Apóstoles pidieron a Jesús que consumiera con fuego una ciudad que no le había recibido, Él les respondió: "*El Hijo del hombre no ha venido a juzgar al mundo, sino a salvarle*" (Luc., IX. 54 y sigs.). "*Vedlo: nuestra abeja ya no tenía aguijón. Se mostraba así despojada cuando, en medio de tantos tratamientos indignos, ejercía la misericordia y no el juicio*" (San Bern., *De Advent. Dom., serm. 2*, n. 2, P. L.. CLXXXIII, 42).

Después de este texto de San Bernardo, séanos permitido transcribir un pensamiento no menos delicado de un siervo de María, el **P. Binet,** de la Compañía de Jesús: "*Cuando Dios, según los rabinos, quiso aparecer lleno de majestad, hizo los cielos cuajados de estrellas y se adorno con ellos como con una regia vestidura. Se introdujo en las flores y los aromas cuando quiso demostrar su dulzura, y para dar prueba de su riqueza penetró en el seno de la tierra y allí pulimentó el oro y la plata. Para hacer temblar al Universo con el pensamiento de su justicia, habitó entre nubes tormentosas y desde allí despidió sus centellas. Mas cuando quiso ejecutar los estupendos milagros de sus grandes misericordias se escondió en el corazón de Nuestra Señora, y éste es propiamente el lugar de sus maravillas*" (*Marie chet d'aeuvre de Dieu*, I part., c. 1, 5)

Madre de misericordia, porque nos ha dado en su parto virginal al autor de la misericordia. María lo es también, porque ella misma no existe sino para un fin de misericordia. Hablamos sobre todo de esa misericordia que compadece a los desgraciados culpables y trabaja por salvarlos del mayor de los males: del pecado.

Ya lo hemos demostrado: Dios ha creado a esta Virgen bienaventurada para los pecadores, de tal modo, que no hubiera existido si no hubiera habido pecadores. Ella es la Reina de los ángeles y, sin embargo, no es a los ángeles a quienes Dios se la ha dado, sino a los pecadores. Quitad el pecado, no hay redención; sin redención no hay Redentor, y sin Redentor no hay Madre del Redentor. Así, pues, una vez más, es a los pecadores a quienes Ella debe su existencia; desgraciados, porque son pecadores; felices, porque han dado ocasión para un bien tan grande.

¿Es, pues, sorprendente que se incline hacia ellos con toda la impetuosidad de su amor, o mejor, no sería ir directamente contra su destino si les rehusara socorro y piedad? Admiramos en los Santos una tendencia que les es como natural, a llorar todas las miserias de sus hermanos, y, sobre todo, las miserias morales, y no comprenderíamos, tras tantos ejemplos, una santidad que no estuviera pronta a todos los sacrificios para ayudarlos y salvarlos. Ahora bien; esto, que sería inconcebible en los demás Santos de Dios, lo sería muchísimo más tratándose de María. ¿Por qué razón? Porque no han sido criados expresamente, como Ella lo ha sido, para la obra de la misericordia; porque no son, como Ella, por obra y gracias de Dios, Madre de miserables; porque el peso de su existencia no les lleva, como a Ella, hacia los pecadores, y no para rechazarlos y condenarlos, sino para librarlos de sus cadenas y arrojarlos, libres y puros, en brazos de su Hijo, su Padre y su Dios. Mostradnos al Salvador de los hombres rechazando a los pecadores, cerrándoles sus brazos y su corazón, y os concederemos entonces que su Madre sea insensible a sus miserias. Mas, pues los ha amado tanto, que derramó por ellos hasta la última gota de su sangre, preciso es que Ella sea también toda amor para ellos, puesto que vino, predestinada como Él, por el mismo designio eterno, para salvación de los pecadores; porque, para decirlo de nuevo, "*ha sido hecha Madre de Dios por la misericordia: **María jacta est Mater Dei propter misericordiam***" (Ricard. a S. Victore, *In cantic. cantic.*, P. II, C. 39, P. L„ CXCVI, 518). En esta misma obra es donde puede leerse esta alabanza de la

bondad misericordiosa de María: "*Cuíus ubera adeo pietato replentur, ut alicuius notitia miseriae tacta. lac fundant misericordiae, nec, possit miserias scire et non subvenire*" (Ibid., c. 23, p 475).

¡Qué consideraciones tan conmovedoras les inspiró este título! Fácil sería extraer de sus obras otras páginas semejantes. Tal, entre otras, es esta invocación tan filial y tan vehemente, dirigida por San Anselmo a nuestra común Madre: "*Entre los temores que me asaltan y el terror que me hiela, ¡oh, clementísima Soberana!, ¿qué medianera invocaré con más fervor que aquella cuyas entrañas han llevado la reconciliación al mundo? ¿Cuál será la intercesora que alcanzará fácilmente el perdón de un criminal como yo, sino la oración de aquella que ha alimentado con su leche al vengador universal de todos los crímenes y al autor misericordioso del perdón? Así como, ¡oh, Señora bienaventurada!, nos es imposible olvidar esos méritos tan gloriosos para Vos y para nosotros tan preciosos, así, ¡oh, Virgen llena de suavidad!, no es creíble que cerréis vuestro corazón a los desgraciados que os imploran.*

"*Bien sabe el mundo y nosotros, pecadores del mundo, no permitiremos que se ignore; sabemos, digo, ¡oh, Señora nuestra!, quién es el Hijo del hombre, descendido para salvar lo que estaba muerto* (Luc., XIX, 10), *y de qué Madre es Hijo. ¡Cómo! Soberana mía, Madre de mi esperanza, ¿olvidaréis, por indignación contra mí, el misterio tan misericordiosamente anunciado, tan felizmente predicado en el mundo y tan amorosamente abrazado. ¡Qué! ¿El bondadoso Hijo del hombre habría venido libre voluntariamente a salvar a lo que estaba perdido, y la Madre de Dios podría cerrar su oído a los gritos de los que estaban perdidos? ¿El bondadoso Hijo del hombre habría venido a convidar al pecador a penintencia* (Luc., V. 32), *y su buena Madre desdeñaría al penitente que invoca? ¡Cómo! Ese Dios tan bueno, ese hombre, que era la misma dulzura; ese misericordioso Hijo del Padre de las misericordias, ese compasivo Hijo del Hombre, ¿habría descendido del Cielo en busca del pecador extraviado, y Vos, su buena Madre, Vos, la Madre poderosa fie Dios, rechazaríais al desgraciado que os implora?*" (San Anselm. Cant., Or. 51 ad B. Ai. V., P. L., CLIX, 950-951).

En tales términos resume el Santo Arzobispo de Cantorbery, haciéndolas entrar en su oración, las principales razones que demuestran cuán grande es la misericordia de María.

Algún tiempo después, San Bernardo, gran servidor, como aquél, de la Reina del Cielo, hablaba en los mismos divinos términos de la misericordia de María, cuando le decía, por ejemplo: "*¡Oh, Virgen bienaventurada!: que calle sobre vuestra misericordia aquel que recuerde haberos invocado alguna vez en sus necesidades, sin que le hayáis asistido. Por eso nosotros, vuestros siervecillos, nos regocijamos con Vos de vuestras demás virtudes, mas de ésta es a nosotros mismos a quien felicitamos. Alabamos vuetra virginidad, admiramos vuestra humildad; no obstante, la misericordia tiene mayores atractivos para los desgraciados; les es más cara y más amable; la recuerdan más a menudo, la invocan con mayor frecuencia, porque ella ha sido la que ha alcanzado la reparación del mundo y la salvación universal.*

"*¿Quién, pues, ¡oh, Virgen bendita!, quién serás capaz de medir jamás la longitud y la anchura, la altura y la profundidad de vuestra misericordia? Por su largueza, asistirá hasta el fin de los días a todos los que la imploran. Por su anchura, se extiende hasta los confines de la tierra. Su altura sube hasta la ciudad de arriba, para reparar sus pérdidas, y su profundidad desciende hasta los abismos, para libertar a aquellos que estaban sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte, porque por Vos el cielo ha sido llenado, el infierno vaciado, las ruinas de la celestial Jerusalén reparadas y la vida divina*

devuelta a los miserables, en los que había quedado muerta por el pecado" (San Bernard. *De Assumpt. B. V. serm. 4.* n. S. P. L., CLXXXIII.428 y sigs.).

Así prueba **San Bernardo** la misericordia de María por sus afectos. Aún la saca a luz más afortunadamente, por medio del Evangelio, en un texto universalmente conocido de aquellos que rezan el Oficio de la Iglesia: "*¿Por qué temer la humana flaqueza acercarse a María? Nada hay en Ella de austero ni de terrible: es dulce, ofrece a todos su lana y su leche. Hojead las páginas del Evangelio con toda diligencia, y si allí encontraseis citada como de María una sola palabra dura, un solo reproche cruel, cualquier señal, finalmente, que traduzca la más ligera indignación, os permitiré entonces que tengáis su bondad por dudosa y que temáis su presencia. Mas, si hallaseis, como hallaréis, en efecto, que todo en Ella está lleno de gracia y de piedad, de compasión y de misericordia, dad gracias a Aquel que, en su benignidad, os ha provisto de una medianera que en nada puede seros sospechosa, y que tiene de par en par abierto para todos el seno bendito de su misericordia?*" (San Bernard., *Serm. de Xll praerogat. B. V.*, n. 2, P. L., CLXXXIII, 430).

Perdónesenos que en una materia tan soberanamente consoladora para nosotros insertemos todavía algunos párrafos más, tomados de la **Retórica divina**, obra compuesta por el célebre **Guillermo de Auvernia**, Obispo de París: "*Bien sé* —decía a María este sabio Obispo—, *bien sé que no tenéis por importuna a la multitud de los pecadores que os invocan. Al contrario, toda vuestra alegría consiste en orar por los miserables y en asistir con vuestra intercesión, siempre eficaz y siempre bien acogida, a los que están en peligro de perderse. Porque vos sabéis, ¡oh, dulcísima Madre de Dios!, mejor que todos los hombres y que todos los ángeles, cuánto importa a vuestro benditísimo Hijo nuestra salvación y cuánto le impulsa a salvarnos su misericordia. Vos sabéis también qué gloria le reporta la salvación de un pecador. Por eso, puesto que amáis la gloria de vuestro Hijo más que todas las criaturas juntas, no puedo dudar de que su reconciliación con Él no sea para Vos cara e inmensamente deseable...*" (Guliem. Alvern., ep. París. *De Rethorica divina*, c. 18. t. I. op., pp. 357 y 358).

"*Ahora bien*; prosigue el Obispo de París, *insistiendo sobre el oficio de Mediadora; ¿qué se os puede pedir mejor que el que cumpláis vuestra misión? ¿Qué cosa hay más digna de una madre que el promover la gloria de su Hijo? ¿Más digno de Vos, que el ejercitar la función por la cual sois Madre de Dios? Habéis sido elevada a esta muy eminente dignidad para el mismo fin para el cual el Hijo de Dios se ha hecho vuestro Hijo, es decir, para salvar a los pecadores y reconciliaros, con su Padre, porque Dios estaba en Jesucristo para reconciliar al mundo... Puesto que para esto vino al mundo vuestro Hijo, es muy justo que Vos, ¡oh, dulcísima Madre de Dios!, os apliquéis con extremada diligencia a aquello para lo que os fueron conferidos la dicha y la gloria de ser Madre de Dios, Reina y maestra del mundo... Tanto más, cuanto que si es permitido hablar así, debéis a los pecadores todo lo que forma vuestra gloria y aun vuestra divina maternidad, porque por causa de ellos se os han dado todas estas cosas.*

"*Por tanto, sin duda, les debéis los socorros que necesitan. Y estos socorros que nos debéis no los rehusaréis a mí, miserable; Vos añadiréis aún nuevos favores, concediéndome aún más de lo que debéis... ¿Se engañará la Iglesia de los Santos cuando os llama su abogada y el refugio de los miserables? No quiera Dios que la Madre de Dios, después de haber dado al mundo la fuente de toda misericordia, rehuse jamás el socorro de su misericordia al mayor de los miserables... En vano gritaremos, si Vos calláis; nuestras palabras serán tenidas por nada delante de vuestro Hijo, si vuestra voz no apoya nuestras plegarias. Así, pues, ¡oh, gloriosa Madre de Dios!, que las entrañas de vuestras benigna misericor-*

dia se conmuevan en favor nuestro; esa misericordia incomparablemente mayor que todos mis vicios y todos mis pecados ...

"*Os suplico que no miréis a mis pecados que, lo confieso, me hacen indigno del socorro de vuestra piedad, de toda mirada de misericordia. Pues no es justo que os pongáis de parte de la justicia contra mí o contra cualquier otra persona: eso sería combatir por la justicia contra la misericordia; esa misericordia, digo, a la cual sois ciertamente deudora de cuanta gracias tenéis, de toda la gloria que en Vos brilla y sobre todas las cosas, de vuestra dignidad de Madre de Dios. Por tanto, no quiera Dios que os pongáis del lado de la justicia, ¡oh, benignísima Madre! Ella no os obliga a oponeros en manera alguna a la misericordia de vuestro bendito Hijo, de quien os han venido todos vuestros privilegios; menos aún a vuestra propia misericordia, que es vuestra gloria sobre todos vuestros demás bienes. Por vuestra misericordia es, en efecto, por la que aparecéis sobre todo como Madre de Dios, principalmente a los ojos de los pecadores y de los miserables, a los que conseguís el perdón y la gloria. Ninguna otra criatura, en efecto, más que su madre, podría impetrar de vuestro Hijo bendito tantas y tan grandes gracias. En lo cual, de seguro, os honra, no como a sierva, aunque lo seáis, sino como a su muy verdadera Madre*" (Guliem. Alvern., *Ibidem*. Podrán leer también sobre el mismo asunto consideraciones piadosísimas en Ricardo de San Lorenzo, *De Laudibus B. M. V.*, 1. IV, c. 22. Opp. Alberti Magni, t. XX, pp. 137-139).

No hemos hablado sino de autores occidentales, lo que no quiere decir que sus hermanos de Oriente hayan tenido diversos sentimientos sobre la misericordiosa bondad de la Madre de Dios. Sus cantos litúrgicos, a falta de otro testimonio, bastarían para tener por errónea semejante sospecha. ¿Acaso no pueden leerse en sus Meneas oraciones como las siguientes?: "*¡Oh, Vos, únicamente amada por Dios, sois un abismo rebosante de misericordia para con los hombres. Por esta misericordia insondable, absolved mis pecados y purificadme de las manchas provocadas por mi irreflexión. Libre así de los males causados por mis negligencias, celebraré perpetuamente vuestras grandezas y vuestras bondades*" (*Ex Men.*, 11 apríl in Vesper. de S. Mart. Antipat., *Pietas Mariana Grascor*., aut. P. Wangnerech, p. I. n. 337).

San José, el Confesor, es más expresivo aún, si es posible, que lo que acaba de leerse, en esta humilde oración que hace a María: "*Heme aquí hundido en un abismo de pecados... Ruégoos que me deis el arrepentimiento con el perdón de mis culpas. Llénense todos de estupefacción contemplando en mí los efectos de vuestra sobreabundante misericordia, el océano sin fondo de vuestra clemencia, los tesoros infinitos de vuestra benignidad*" (*Ibid*. 13 april, post od. 3, de S Martino Papa, n. 340, col. n. 346, 347, etc.).

Es, pues, muy cierto que la Madre de Dios, nuestra Madre, es por excelencia Madre de misericordia. Madre de misericordia, porque ha sido exclusivamente creada para cooeparar a la misericordia que nos salva; Madre de misericordia, porque en Ella y por Ella la misericordia, hasta entonces oculta en el seno de Dios, se ha revestido de nuestra naturaleza a fin de tomar con ella el que ha sido exclusivamente creada para cooperar a la misericordia, porque tiene todo lo que constituye la misericordia, el amor, la compasión, la voluntad de ayudarnos en nuestras miserias; Madre de misericordia, porque es, por naturaleza y por temperamento, como una emanación de la misericordia eterna; Madre de misericordia, finalmente, porque, según antigua y piadosa tradición, la misma Virgen hubiese adoptado con respecto a sus hijos este bendito título de **Madre de misericordia** que le da la Santa Iglesia.

Esto es lo que nos enseña San Anselmo en una de sus más con movedoras plegarias a María: "*Recuerdo* —le dice—, *y es dulce para mí el recordarlo, cómo un día deseosa de daros a conocer a los desgraciados como su único apoyo, habéis revelado vuestro memorable nombre a uno de vuestros siervos, que tocaba a su fin. Os dignasteis presentaros a él en medio de sus angustias. ¿Me reconoces?* —le dijisteis—, *y como contestase con voz temblorosa que no os conocía, Vos Señora nuestra, en vuestra bondad, le dijisteis con voz dulce y cariñosa:* ***"Pues bien; yo soy la Madre de la misericordia."*** *Nosotros, pues, tan miserables y tan infortunados, ¿junto a quién mejor iremos a gemir nuestras calamidades y miserias y que junto a Vos, puesto que sois, con toda certeza y verdad, la Madre de misericordia? Madre santa, Madre única, Madre inmaculada, Madre de misericordia, de indulgencia y de ternura, abrid los brazos de vuestra bondad compasiva y recibid en ellos a este muerto por el pecado*". San Anselm., Orat. 49, P. L., CLVIII, 947 y sigs. El mismo hecho se relata en el hermoso tratado sobre la Concepción de la bienaventurada Virgen María (n. 36, P. L. CLIX, 316), y quizá es ésta una de las razones por las cuales este libro se atribuyó antiguamente a San Anselmo. Se encuentra también este mismo relato en el tratado de la Encarnación (c. II, P. L., CLXXX, 37), compuesto por Hermann, abad de San Martín de Tournai. Henmann lo cita como tomado de San Anselmo. Este, sin embargo, no es su primer narrador. Donde, según creemos, aparece por vez primera es en la Vida de San Odón, segundo abad de Cluny, escrita por su discípulo el monje Juan. Léese en esta Vida que un día, pasando el santo por una comarca infectada de bandidos, se encontró con un joven perteneciente a una de aquellas partidas de bandoleros. El joven, conmovido hasta las entrañas por el aspecto bondadoso del abate Odón, se arrojó de pronto a sus pies, suplicando con amargas lágrimas que se apiadase de él... Odón, cuando se hubo enterado de la triste profesión del joven, le dijo: "*Id, corregios, primero de vuestras malas costumbres, y después pensaréis en abrazar la vida monástica.*" "*Yo* —contestó el ladrón—, *puesto que me desecháis, vuelvo a mi vida de perdición, mas Dios os pedirá cuenta de mi aíma.*" El santo, lleno de misericordiosa piedad, le admitió en el monasterio. Después de algunos años de una vida de obediencia y de oración, el nuevo monje cayó gravemente enfermo. Antes de entregar su alma a Dios llamó al santo abad, su padre, para hacerle una última confidencia y recibir el perdón supremo. La confesión era de dos faltas: había dado su túnica y, además, había tomado al cillerero una cuerda de crin: la túnica, para cubrir la desnudez de un pobre; la cuerda, habíase con ella ceñido el cuerpo en castigo de su gula, mas tan estrechamente, que no se le pudo quitar sin arrancarle a la vez trozos de la carne. Después el moribundo añadió: "*Esta noche, padre mío, he sido como arrebatado en visión al cielo. Una señora de una majestad y una hermosura sin iguales se ha presentado ante mí y me ha dicho:* ***"¿Me reconoces?" "No, señora"****, le contesté. Ella replicó:* ***"Soy la Madre de Misericordia."*** *Y yo le dije:* ***"Señora, ¿qué queréis que haga?"*** *Y me contestó:* ***"Dentro de tres días vendrás aquí a tal hora."*** *Y el ladrón penitente murió en el día y en la hora predicha. Y desde este momento nuestro Padre* —añade el narrador— *tomó la costumbre de llamar a la bienaventurada Virgen con elnombre de Madre de Misericordia*" (Vista S. Odonis, abbat. Cluniae secundi, a Joanne monacho. n. 20, I». L., CXXXIII. 71 y sigs.).

Si hubiéramos de creer otras piadosas tradiciones, la bienaventurada Virgen se hubiera dignado más de una vez tomar este mismo título de Madre o de Reina de Misericordia para con sus fieles siervos. Teodoro de Appoldia cuenta del bienaventurado Santo Domingo que, después de haber pasado, según su costumbre, una parte de la noche en piadosas vigilias, en la iglesia de su Orden, en Santa Sabina, entró en el dormitorio donde los frailes descansaban y se recogió a un rincón a orar. Alzando los ojos, vió ante sí tres doncellas de admirable hermosura, mas la de en medio superaba en belleza, incomparablemente, a las otras dos. Una de

éstas llevaba en la mano un vaso muy rico, lleno de agua bendita, y su compañera ostentaba un hisopo. Y la Reina, pasando con sus dos acompañantes a través del dormitorio, rociaba a les frailes y hacía sobre cada uno de ellos la señal de la cruz. Entonces, el bienaventurado Domingo, alzándose de donde estaba orando, se adelantó hasta la Reina, junto al sitio en que estaba suspendida la lámpara, y cayendo a sus pies, le dijo: "*Ruégoos, Señora, que digáis a vuestro siervo quién sois...*" Y la Reina le respondió: "*Yo soy la Reina de Misericordia a quien invocáis todos los días piadosamente después de vísperas. Y cuando cantáis:* ***Eía, ergo, advocata nostra****..., me prosterno ante mi Hijo, orando por la confirmación de vuestra Orden.*" Y Domingo, lleno de filial confianza: "*¿Quiénes son* —preguntó— *las dos vírgenes que os acompañan ?*" "*Cecilia y Catalina*" —respondió María—. Hemos tomado este episodio del P. Paciuchelli, O. P. (*Exercitationes dormitantis animae. . . ad diligendam SS. Deiparam. Excitatio XI in Salve Regina,* p. 369, c. 1). y él mismo indica al lector que vea la Vida de Santo Domingo, por Teodorico (lib. II, c. 13), o los Anales de los Padres Predicadores, por Bzovius y Malvenda, ad. a. 1218. Se encuentra también este relato en el *Acta Sanctorum*, 14 august, **Vida de Santo Domingo**, § 13, p. 583.

San Alfonso de Ligorio, en sus **Glorias de María**, trae también una aparición de la Santísima Virgen a un fraile llamado Leodato, perteneciente a la familia dominicana, en que esta divina Madre, interrogada sobre su nombre, respondió, como al ladrón convertido: "*Yo soy la Madre de Misericordia.*" Los Anales de los Padres Predicadores dicen que dijo: "*Yo soy la Madre de Dios*".

Recordamos también haber leído algo parecido en las Revelaciones de Santa Brígida: "*Yo soy la Reina del Cielo y la Madre en Misericordia,* le decía María un día: "*yo soy la alegría do los justos y la puerta que da acceso a los pecadores cerca de Dios. No hay nadie, por maldito que esté, a quien falte mi misericordia, mientras viva sobre la tierra..., nadie, a menos que sea un réprobo, hay que no pueda, invocándome, volver a Dios y hallar misericordia*" (*Revel*, 1. VI, c. 10). Y después: "*Todo el mundo me apellida Madre de Misericordia, y en verdad la misericordia de mi Hijo me ha hecho misericordiosa. Por eso, desgraciado para siempre aquel que pudiéndola hacer con tanta facilidad, no viene a la misericordia*" (*íbid*., 1. II, c. 23).

Acabamos con este último rasgo. Se halla en la colocación de ejemplos inserta por San Alfonso al final de las **Glorias de María**, con el número 33. Un estudiante había aprendido de su maestro a repetir a menudo a la Santísima Virgen: "*Dios te salve. Madre de Misericordia*". A la hora de su muerte, la bienaventurada María presentóse a él y le dijo: "*Hijo mío, ¿no me conoces? Yo soy esa Madre de Misericordia a quien has saludado tantas veces*". Al oír estas palabras el piadoso niño, extendiendo los brazos hacia ella, y con el rostro iluminado por celestial sonrisa, expiró dulcemente.

En todos estos relatos la bienaventurada Virgen es la que se da a sí misma el título de Madre de Misericordia He aquí ahora una piadosa aparición en la que Jesucristo le confirma la propiedad de este bendito nombre. Santa Brígida cuenta de sí misma que vió una vez a la Madre de Dios solicitando de su Hijo varias gracias para un desventurado bandido, el que, a pesar de sus crímenes, había conservado algún temor de los juicios de Dios. Y Jesucristo le respondía: "*Bendita seáis vos. Madre amadísima... Vuestras palabras son para mí más dulces que el más delicioso vino; ellas me son agradables por encima de cuanto pueda imaginarse... Bendita sea vuestra boca, benditos vuestros labios, de donde procede y sale toda misericordia para con los infortunados pecadores. Con justicia os llaman* ***Madre de Misericordia.*** *Vos lo sois en verdad: porque no desecháis*

miseria alguna e inclináis mi corazón a la piedad. Pedid, pues, cuanto queráis; ni vuestra raridad ni vuestros anhelos se verán frustrados". Ibid., *Revelat*. S. Brigittae, L. VI, c. 23, t. II, p. 38 (Romae, 1628).

Estos hechos, estas visiones, ¿son todos auténticos? Lo ignoramos, aunque no tengamos razón positiva para rechazarlos. En todo caso, tantos ejemplos y muchos otros que podrían sacarse indefinidamente de una multitud de colecciones, prueban al menos esta verdad muy cierta: que siempre y en todas partes ha sido tan grande y tan profunda la creencia en la potente y misericordiosa bondad de María, que los testimonios más extraordinarios de esa bondad parecían naturales y corrientes. Lo que decimos de los hechos que conciernen a la misericordia de la bienaventurada Virgen, podríamos decirlo de otros muchos en los que brillan sus demás atributos maternales. Legendarios o reales, son todos una demostración del poder y de la ternura infinita cuya acción nos revelan, puesto que no hubieran sido ni relatados con tanta universalidad ni con tanta sencillez aceptados, si no fuera María para nosotros, sus hijos, para nosotros pecadores, la Madreque ellos nos representan.

Lo que Job, el antiguo patriarca de Idumea, decía de sí mismo Maria pudo apropiárselo mil veces con más razón: "*La misericordia crece conmigo desde mi infancia; conmigo salió del seno de mi madre* (Job., XXXI. 18). *Y esta misericordia no la ha dejado tras de sí al elevarse a la mansión de la gloria. ¿Qué puede negaros de ahora en adelante la Madre de la misericordia, después que ha consentido en entregar a su propio Hijo para librarnos de nuestra miseria? ¿Qué será aquello que no nos conceda en la eternidad de su bienaveturanza, después de habernos dado tanto en los días de su aflicción? ¿Se ha despojado de nuestras miserias o de su misericordia? No tiene ya, es verdad, compasión mezclada de tristeza; mas conserva la compasión libre del corazón, la compasión pródiga en socorro.*" Así se hace hablar a Gerson en sus comentarios al *Magníficat*.

Auténtico o no este texto en todas sus partes, de lo cual no hemos podido cerciorarnos, el pensamiento que expresa es de una realidad muy propia para aumentar nuestra confianza en esta Madre tan misericordiosa. Así como apareció en nuestra tierra para ser en ella instrumento de las divinas misericordias, así igualmente subió al cielo para continuar cerca de Dios su ministerio de misericordia. Acaece con ella como con Cristo, Señor nuestro. Si Jesucristo ha vuelto a su Padre, como Él mismo nos lo enseña, no es sino para defender nuestros intereses, para enviarnos el Espíritu consolador, para prepararnos un lugar en su reino, ser nuestro perpetuo abogado para con el Padre, viviente siempre para siempre interceder por nosotros (Joan., XIV, 2; XVI, 17; I Joan., II, 1; Hebr., VII, 25, etc.).

He aquí lo que la Iglesia y los Santos quieren que pensemos de la dichosísima Virgen. Ya en los capítulos anteriores oíamos a los Padres griegos afirmar en sus discursos y en sus plegarias que este es el fin genuino de su Asunción (Primera parte, 1. VIII, c. 2, t. I, pp. 495 y sigs.). Sería fácil multiplicar las pruebas. Escuchad mejor esta oración que los sacerdotes deben rezar en el Santo Sacrificio, en la Vigilia de la Asunción de María: "*Que por la oración de la Madre de Dios sean aceptos a vuestra clemencia, ¡oh, Señor!, los votos que os ofrecemos, porque la habéis transportado de este mundo* ***para que interceda*** *con toda confianza cerca de Vos por nuestros pecados.*" De suerte que el triunfo de nuestra Madre y su cargo de Abogada misericordiosa van a la par y se compenetran. Es Reina del cielo, mas es para que sea aún más Madre de Misericordia. La Iglesia de Cristo no lo olvida ni con mucho; se atreve a recordárselo a su Esposo, a la vez que lo trae a la memoria de sus hijos: *Ut pro nostris peccatis apud Te fiducialitjer in-*

tercedat, "*a fin de que interceda confiadamente cerca de Vos por nuestros pecados*", le dice. Y nuestros Santos y nuestros Doctores lo repiten como Ella.*La tierra* —predicaba San Bernardo— *ha hecho al cielo, en la Asunción de María, el más hermoso de los presentes. Mas también Ella, trocada en celestial, hará a la tierra regalos. ¿Y cómo no ha de darlos, si no ha de faltarle ni el poder ni la voluntad? ¿No es Ella la Reina del cielo y la Reina misericordiosa? ¿Qué digo? ¿No es Ella la Madre del Hijo único de Dios? Nada seguramente demuestra mejor la inmensidad de su poder de su bondad, como no sea que el Hijo de Dios deje de honrar a su Madre, o que las entrañas en las que la caridad, que es Dios, ha reposado corporalménte durante nueve meses, no se haya transformado en afecto de misericrodia y caridad. Mas, ¿quién podrá creerlo?*" (San Bernard., *Serm. in Assumpt*., I, n. 2, P. L., CLXXXIII, 415). Hacia la misma época, otro autor eclesiástico, que se cree sea Echberto, abad de Schunau, oraba así a la Santísima Virgen: "*¡Oh, grande! ¡Oh, bondadosa! ¡Oh, amabilísima María! No podéis ser nombrada sin caldear nuestro corazón, ni traída al pensamiento sin despertar sentimientos afectuosos en los que os aman. Apenas habéis franqueado las puertas de nuestra memoria, cuando ya nos embalsama la dulzura de que estáis divinamente impregnada. Os seguimos, pues, ¡oh, Señora nuestra!, gritándoos desde el fondo de nuestro corazón: Ayudadnos, haced cesar nuestro oprobio. ¿Quién nos librará de nuestros males? ¿La gracia de vuestro Hijo, nuestro Salvador?... Mas. ¿quién es, como Vos, capaz de enternecerle y hacer que se lamente de nuestras miserias? Vos, que reposáis ahora en los misteriosos brazos de ese Hijo muy amado, en el eterno mediodía; Vos, que gozáis de sus coloquios más familiares con un corazón que se desborda en la plenitud de la alegría*" (*Ad. B. Virginem, sermo panegiric*, P. L., CLXXXIV, 1013 y sigs.). Lejos, pues, de que la ausencia haya paralizado su misericordia, la ha hecho en el cielo más activa y más eficaz: "*Porque* —dice a este respecto León XIII— *es imposible expresar todo lo que su protección ha recibido de amplitud y de virtud, cuando fué elevada junto a su Hijo hasta el pináculo de la gloria, reclamado por su dignidad de madre y por el esplendor de sus méritos. Desde entonces es, sobre todo, cuando Ella nos asiste y vela sobre nosotros como una madre*" (León XIII, Encicl. *Adtiutricem populi*), tanto más cuanto que su felicidad misma, contrastando de manera tan viva con nuestras penas, aumenta más y más la compasión maternal de que está penetrada.

El conocimiento maternal

Del conocimiento que nos hace presentes a nuestros protectores del cielo, con todas nuestras necesidades, nuestras alabanzas y nuestras oraciones.—De cómo nos ven en la luz misma de Dios por el acto de la visión beatífica.—Que la Santísima Virgen excede en este punto incomparablemente a todos los elegidos.—Solución de algunas dificultades.

I. Los herejes, que en diferentes épocas han combatido el dogma católico de la intercesión de los Santos, no lo han rechazado todos en la misma medida. Unos, y este es el mayor número de ellos, han negado pura y simplemente que los elegidos de Dios quieran o puedan interceder en nuestro favor. Llegados al puerto de la beatitud eterna, ¿por qué se les había de ocurrir el interesarse por la suerte de los que luchamos en medio de la tormenta? Otros, sobre todo entre los secuaces de Lutero, se han avergonzado de atribuir a los bienaventurados habitadores del cielo una insensibilidad tan grosera. Les permiten orar por nosotros. Lo que niegan es su intercesión esté determinada en cuanto a las gracias que pidan y en cuanto a las personas por las cuales las piden. Los Santos conocen, en general y confusamente, las necesi-

dades que afligen a los hombres y los peligros que nos rodean, lejos de la patria. Mas su conocimiento no se extiende más allá. Este conocimiento imperfecto les incita a solicitar para nosotros los beneficios de Dios; mas siendo impotente para iluminarlos sobre cada una de las personas y cada una de sus necesidades, no les permite ni oír nuestros votos, ni pedir para nosotros gracia alguna especial (Bellarm., *de Beatitudine*, L. I, c. 15).

Semejante sentir, si fuera cierto, tendería a disminuir no sólo nuestra confianza en María, sino también nos llevaría a no dirigirle ninguna oración. ¿Para qué hablarle, si no nos oye? ¿Para qué exponerle nuestras miserias, si ella no las debe conocer ni nos conoce a nosotros? Además, ¿cómo podría su corazón moverse a compasión por males de los que no tiene sino una noción confusa y general, como conoceríamos los sufrimientos físicos y morales de los habitantes de una tierra abandonada por nosotros hace años o muchos siglos? Viendo a los infortunados y sus infortunios; oyendo sus gritos de dolor y sus voces suplicantes, es como el corazón se conmueve con el ansia de acudir en su ayuda. Por eso concederemos gustosos a los herejes que sea inútil invocar a los Santos del cielo, si ellos ignoran las penalidades particulares que nos afligen, y las oraciones que reclaman de ellos para nosotros socorros y piedad.

Mas Dios no permita que permanezcan en esta ignorancia. Puesto que la Santa Iglesia siempre los ha invocado, puesto que es un artículo de nuestra fe que el recurrir a su intercesión es cosa razonable y útil, preciso es confesar que nuestras oraciones llegan a su conocimiento. Los textos, que aduciremos pronto, ponen esta verdad a toda luz. Sobre este punto no hay discrepancia entre los Doctores; de tal modo es cierta y clara la regla de nuestra fe.

No sucede lo mismo cuando se trata de explicar el modo de este conocimiento. Según unos, este conocimiento tiene su origen en una revelación, revelación que proviene de los ángeles propuestos a la guarda de los hombres, o revelación hecha inmediatamente por Dios mismo. Lo que el bienaventurado no ve ni oye por sí mismo, lo sabrá porque se lo cuentan. Es un conocimiento indirecto y meditado, como el que tenemos apoyado en la autoridad de un testigo irrecusable. Según otros, y este es el parecer más común y mejor fundado sobre los testimonios y sobre la razón iluminada por la fe, los Santos nos conocen a nosotros, nuestras necesidades y nuestras oraciones directamente, inmediatamente, por **intuición**.

Probémoslo, en general, para todos los elegidos del cielo; fácil nos será hacer después a María la aplicación particular de las autoridades y de los principios sobre los cuales está fundada la doctrina común.

Es una verdad casi incontestable en Teología, que cada uno de los elegidos contempla, en la divina luz, todas las cosas de este mundo que puede tener interés o deseo legítimo de conocer. Las contempla, decimos, no con un conocimiento cualquiera, sino por el acto mismo con el que ve a Dios, con la misma intuición, en la misma lumbre de gloria. Por consiguiente, es una vista clara, sin velos, sin intermediario creado, semejante a la intuición con la cual Dios, viéndose a sí mismo, con la misma eternal mirada ve todas las cosas en Sí mismo. Este es un carácter de la bienaventuranza de los Santos; no es el más esencial, en verdad, pero pertenece a la plenitud de su felicidad y de su gloria. Según esta regla, formulada por el Angel de las Escuelas, los bienaventurados habitantes del cielo tienen conocimiento actual, inmediato,

intuitivo de las oraciones que hacemos subir hasta ellos, como también de los honores que tributamos a sus gloriosos méritos.

San Thom., 2-2 q. 83, a. 4 ad 2. Demos por entero la doctrina de Santo Tomás. Los Santos, ¿conocen nuestras oraciones? Esta es la pregunta; he aquí la respuesta: "*Respondo que la esencia divina es por si misma un medio suficiente para conocer todas las cosas; y la prueba es que Dios, viendo esta esencia, todo lo ve en ella. De aquí no se sigue, sin embargo, que cualquiera que vea la esencia de Dios, lo vea todo en ella, como no sea que la comprenda* (es decir, que la conozca tan completamente como es inteligible). *Así como sería preciso la total comprensión de un principio para ver en él todas las verdades que de él proceden. Luego como las almas santas no tienen la comprensión de la ciencia divina, no conocen, contemplándola, todo lo que es posible ver en ella y por ella. Y por eso los ángeles inferiores son instruidos de algunas cosas por los ángeles superiores, aun cuando unos y otros ven la esencia divina.*

"*Mas cada uno de los Santos ve necesariamente en la misma esencia tantas cosas diferentes de Dios, cuantas reclama la perfección de su bienaventuranza. Ahora bien; pertenece a la perfección de la bienaventuranza que el hombre posea todo lo que quiera, y que nada apetezca contra las leyes del orden. Por otra parte, es una cosa conforme a la rectitud de la voluntad que el hombre desee conocer todo lo que le atañe,* ***ea quae ad ipsum pertinent****. Puesto que ninguna rectitud falta a los Santos, ellos desean conocer cuanto especialmente les concierne, y por eso deben conocerlo en el Verbo.*

"Ahora bien: uno de los intereses de su gloria es acudir en ayuda de las necesidades espirituales de los hombres, sus clientes, porque de este modo es como son cooperadores de Dios, la más divina de las obras, según el testimonio de San Dionisio (Dionys. Areop., de Coclesli Hierar., c. 3). Es, pues, manifiesto que los Santos conocen lo que reclama un ministerio tan sublime, y, por consiguiente, es también incontestable que ven en el Verbo los votos, las devociones y las plegarias de los hombres que en ellos buscan su refugio" (San Thom., in Sent.. IV, D. 46, q. 3. a. I).

La misma regla nos obliga a concluir que todos los seres de la Creación, todos los hechos que se desarrollan y desarrollarán en la larga serie de los siglos, todo, decimos, hasta los pensamientos más fugitivos o más escondidos en los repliegues de los corazones, está presente por la luz de la gloria en la mirada humana de nuestro Salvador, porque todo, sin excepción, se refiere a El, como al Rey Inmortal de los siglos, al Pontífice universal de la Creación, al Juez soberano de vivos y muertos. San Thom., 3 p., q. 10, a. 2. Véanse sobre la misma doctrina a Suárez, de *Deo*. tr. I, 1. II, c. 28; ídem, de *Religione*, tr. IV, 1. I, c .10. n. 20: Ferraríens, in *Summ*. e: *Gent*., I. III, c. 59; Gabriel Biel, in *Canon*, lect. 3, iitt. E.; Dom. Soto y Capreol, en sus comentarios sobre el libro de las *Sentencias*, distinción, 40.

Preguntábamos a veces si las personas que los lazos de la naturaleza o de la gracia han unido con más particularidad sobre la tierra se reconocen en el cielo. En cuanto a nosotros, jamás hemos sabido explicarnos cómo puede ponerse en duda este reconocimiento mutuo de los amigos de Dios. Dudar de ello sería olvidar lo que es la bienaventuranza o mirar como cosa indiferente los lazos más legítimos y los afectos más naturales. ¿Cómo? Aquí abajo sentimos tener que dejar a personas que nos son queridas, y nuestro deseo y felicidad consiste en volverlas a ver; los Apóstoles mismos, en sus cartas inspiradas, manifiestan este doble sentimiento, y allí donde todo es amor y caridad, ¿se llegaría a ser insensible? ¿Es esto creíble? Sí,

ciertamente; los amigos y los parientes se reconocen en el cielo. Es poco decir esto. Cada uno de los bienaventurados es conocido de todos. "*Y no será solamente por los rasgos fisonómicos por los que se conocerán, sino también por medio de una claridad incomparablemente superior... Llenos de Dios, los elegidos verán y se verán divinamente:****Divine videbunt, quando Deo pleni erunt***" (San August., Serm. 243. *in diebus paschal*., 14. n. 5. P. L.. 1. XXXVIII. 1146). ¿Y por qué cada uno de los elegidos contemplará así el viviente ejército de sus compañeros de gloria, sino porque tal espectáculo forma parte de su bienaventuranza?. Véase lo que hemos dicho sobre este asunto en nuestra obra *La Grace et la Gloire*, 1. IX, ch. 4.

¿Exige esta bienaventuranza menos conocimiento del que ahora reivindicamos para los elegidos del cielo? O, por ventura, la divina esencia que contemplan y en la cual, como en un espejo purísimo, ven a sus hermanos del cielo, ¿no tiene, acaso, la misma virtud para representar las cosas del tiempo y las de la eternidad?

Y no vayamos a figurarnos que esta doctrina sea una invención de la teología escolástica. Sus grandes maestros no acostumbran a introducir innovaciones en materias de esta importancia, aun cuando no juzguen oportuno en algún caso el citar las autoridades de los Santos Padres; mas en este punto tenemos buen número de testimonios explícitos, sacados de los escritos de los antiguos Padres de la Iglesia.

El autor del tratado **De la Virginidad**, publicado con el nombre de San Basilio exhorta a las Vírgenes cristianas a respetar en todas partes las miradas de los ángeles y de los Santos,"*porque*, añade, *no hay ninguno cuyo ojo incorpóreo no penetre por doquier*" ...

Liber de vera Virginit, integritate, ad Letoium Melitin, episc., n. 29 append. Opp. S. Basilii, P. G., XXX. 729. Este tratado es bastante notable y digno por muchos conceptos del gran Doctor a quien muchos lo han atribuido. No obstante, aunque sea del siglo IV, dos cosas han impedido a los mejores críticas el tenerlo por obra suya: una cuestión de cronología suscitada la dedicatoria al obispo de Mitilene, y sobre todo la excesiva crudeza de las ideas y de las expresiones. No resistimos al placer de traducir el pasaje por entero. Entre los consejos que el autor da a la virgen cristiana, le recomienda: "*Aun cuando esté sola, que no haga nada que sea indigno de su Esposo. Porque, aun en ausencia de todo ojo humano, la virgen misma está consigo, y debe respetar soberanamente su propia presencia... Así, pues, aun cuando estuviera completamente sola, que se respete ante todo a sí misma y a su conciencia, y que respete después a su ángel de la guarda. Porque sus ángeles* —ha dicho Jesucristo—*contemplan siempre el rostro del Padre que está en los cielos* (Mateo, XVIII, 10). *No conviene que tras de haberse substraído a las miradas de los hombres, no tenga en cuenta ni pare mientes en el ángel a quien el Señor ha confiado el cuidado de nuestra salvación: ella, sobre todo, que, siendo virgen, lo ha recibido para que sea el testigo vigilante y guardián de su virginidad. Más aún que a los ángeles, debe respetar a su Esposo, al Padre del Esposo y al Espíritu Santo. Mas, ¿qué necesidad hay de seguir esta enumeración? Que respete a los innumerables batallones de ángeles y de espíritus bienaventurados de los Santo: Padres. No hay uno solo cuya vista no penetre por doquier. Son invisibles a los ojos del cuerpo, pero su ojo incorpóreo abraza todas las cosas.*" Puédese creer que las últimas líneas envuelven alguna exageración; porque van más al!á de la regla establecida con tanta prudencia por el Doctor Angélico. Mas esto no prueba otra cosa sino lo bien persuadido que se estaba en aquellas edades de la verdad que defendemos.

San Agustín, en un sermón para la fiesta del mártir San Esteban, expresa la misma doctrina, cuando dice a San Pablo: "*En unión de aquel a quien habéis apedreado reináis ahora con Cristo. Desde allí el uno y el otro nos veis; desde allí, el uno y el otro oís nuestras palabras. Orad los dos por nosotros. Aquel que os ha coronado a ambos, os escuchará*". (San August., Serm. 376. *in soleum. S. Stephani,* 3, c. 5, P. L,, XXXVIII, 1434).

"*Nada impide tampoco*, según el sentir de Santo Tomás, *pensar que después del día del Juicio, cuando la gloria de los ángeles y de los hombres tenga su plenitud, todos los bienaventurados conozcan todo lo que Dios conoce por la ciencia de la visión, de tal manera, sin embargo, que cada uno, tomado por separado, no vea todas las cosas en la divina esencia. Mas el alma de Jesucristo lo verá allí todo, como lo hace desde ahora: los demás contemplarán en la luz de Dios objetos más o menos numerosos, según el grado de su visión intuitiva; y así será cómo el alma de Jesucristo podrá iluminar el alma de los elegidos, comunicándoles lo que Él ve más que ellos en el Verbo*" (S. Thom., *in IV Sent.*, D. 49 a. 5, ad 12). Se comprende por esta doctrina por qué los más elevados entre los ángeles y los Santos pueden también manifestar algunos secretos del cielo a los elegidos de órdenes y grado sinferiores, aunque todos están rodeados, si bien desigualmente, de una misma claridad.

Según los mismos principios, el Santo Doctor introduce en la inteligencia angélica lo que él llama el **conocimiento de la mañana y el conocimiento de la noche, *cognitio matutina, cognitio vespertina*** (San August., *de Gen. ad litt.*, 1. IV, c. 22; de Civil. Dei., 1. XI, c. 7). Según la opinión que le pareció más verosímil a San Agustín, los días de la Creación de que se habla en el libro del **Génesis** no constituye un orden de sucesión en el tiempo, sino el orden con el cual cada categoría de los seres creados se presentaba a las inteligencias angélicas ("*Sic ordo diei non fuit ordo temporis, sed ordo naturae, qui in cognitione Angeli attenditur secundum ordinem cognitorum ad invicem prout alterum altero est prius natura*" (San Thom., *De veritate*. q. 8, a. 16). Según esta hipótesis, la **mañana y la noche**significarían dos modos de conocimiento. Por el primero, el Angel contemplaría a las criaturas de Dios en el Verbo, es decir, con la misma visión que le hace patente la divina Esencia; eso sería el conocimiento **matutino**. Por el segundo, las comprendería, no ya en Dios, es decir, por medio de la Esencia divina como forma inteligible, sino por medio de formas ideales impresas en su inteligencia, que la harían apta a representárselas en su naturaleza: esto sería el conocimiento **vespertino**.

Sea lo que fuere de esta teoría tomada en sí misma, ella nos demuestra claramente el pensamiento de San Agustín sobre la cuestión que nos ocupa. En efecto; para que este doble conocimiento, y muy especialmente, para que este conocimiento de los seres creados en el Verbo, sino porque importa a la bienaventuranza de los espíritus celestiales el contemplar, no sólo la faz de Dios, sino también las obras de Dios; estas obras en las que se ejercitará su ministerio, bajo la custodia y por la voluntad de Dios. (Santo Tomás ha expuesto perfectamente las ideas de San Agustín sobre esta cuestión (*De Veritate*, a. 16 y 17, Cf. p. 1. q. 58, ad 6 et 7).

Otro escritor eclesiástico, que sigue de cerca al ilustre Obispo de Hipona, Julián Pomera, reconocía en los Santos del cielo una ciencia no menos perfecta. "*Allí no hay nada oculto para toda alma bienaventurada en cada una de las otras; las verá cara a cara, como el ojo de nuestros cuerpos contempla los rostros de carne. Y es que la pureza de los corazones será tal, que todos tendrán que dar gracias a Dios que los ha purificado y nadie tendrá que avergonzarse de las manchas del pecado, porque no habrá ni pecadores, ni pecados, y aquellos mismos que lo fueron en su vida mortal no podrán pecar más.*" ¿Creéis que no se trata aquí sino del conocimiento de sus compañeros de bienaventu-

ranza? Escuchad lo que sigue: "***Nada habrá ya secreto** para los bienaventurados, porque sondearán en el más profundo de los secretos, en Dios mismo*" (Julián Portier, *De Vita contempl*., 1. I, c. 4, 11. 1., P. L., LIX).

Remontemos más alto en la serie de los siglos, y encontraremos testimonios equivalentes en favor de nuestra tesis. Es Orígenes quien va a atestiguarlo en términos de claridad maravillosa: "*Así como, escribe este gran hombre, la sombra sigue al cuerpo, así la benevolencia de los ángeles y de las almas bienaventuradas nos acompaña cuando Dios nos es propicio. Porque ellos conocen a los que son dignos de la divina misericordia... Me atrevo a decir que cuando los hombres, deseosos de entrar por un camino mejor ofrecen a Dios sus oraciones, una muchedumbre de Santas Potestades ora por ellos, aun sin ser solicitada*" (Origen, c. *Celsum*, 1. VIII, n. 64, P. G.. XI. 1612, sq.). Cosas todas que suponen de un modo manifiesto el íntimo conocimiento del estado de las almas, de sus disposiciones y de sus plegarias, conocimiento que no con menor evidencia se supone en esta invocación hecha por San Gregorio Nacienzemo a San Atanasio: "*Que podáis desde el alto cielo **arrojar sobre nosotros una mirada de benevolencia** y gobernar a este pueblo, adorador de la Santísima Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo*" (San Gregor. Paz., Or. XXI, n. 27, P. G., XXXV, 1128).

Esta doctrina ha sido cantada de igual modo en sus versos por los antiguos poetas cristianos; sirvan de testimonio los pasajes en que Prudencio, el más ilustre de entre ellos, nos representa a los Santos y a los Mártires **oyendo** nuestras súplicas y llevándolas a los oídos del Rey eterno, **viendo** desde lo alto del cielo los honores rendidos a sus huesos sagrados, y mezclando ante Dios sus invocaciones a nuestros ruegos.

San Gregorio el Magno está tan lejos de rehusar a las almas, ya en posesión de la eterna bienaventuranza, particular conocimiento de las cosas humanas, cuando en alguna manera les interesan, que casi parece que lo exagera. "*¡Cómo, en efecto,* pregunta, *almas que contemplan cara a cara el esplendor de Dios Todopoderoso y en el se sumergen, podrían ignorar las cosas que están fuera de Dios?*" (S. Gregor. M., *Moral*, 1. XII, c. 21, P. L.. LXXV, 999).

Y más adelante: "*¿Qué pueden ignorar de las cosas capaces de ser conocidas, ellas que están en la fuente de la sabiduría, viendo con sus ojos al que todo lo sabe?*" (Idem, *Dialog*., 1. IV, c. 33, P. L., LXXVII, 376). Textos tan explícitos, que el venerable Hildeberto, Obispo de Maus, los oponía victoriosamente a los herejes de su tiempo, que negaban la invocación de los Santos, bajo el pretexto espacioso de que éstos no saben ni lo que hacemos ni lo que les decimos en nuestras oraciones (Hidebert. *Cenom*., ep. 23, P. L„ CLXXI. 339 y sigs.).

II. Decíamos al empezar este capítulo que en la cuestión presente hay dos cosas que considerar: **el hecho** del conocimiento, y el **cómo** de este conocimiento. En cuanto al hecho, no hay duda posible; mas el cómo no va acompañado de igual certidumbre. No está permitido rechazar el hecho del conocimiento; se puede, sin embargo, sin ir contra la doctrina católica, diferir de opinión sobre el modo. Tal es, sin embargo, la fuerza de las razones dadas por el Doctor Angélico y por los teólogos que le siguen, y tal el significado de los textos que nos ofrecen los Santos Padres y los escritores eclesiásticos, que la explicación sacada de la visión beatífica es la más probable entre todas, por no llamarla **moralmente cierta**. No sabemos si entre los textos citados en las páginas precedentes hay uno solo, salvo, quizá, el de Orígenes que pueda admitir una interpretación diferente. Por lo demás, el estudio de otras formas de

conocimiento, propuestas por algunos teólogos, no haría a nuestro parecer, sino aumentar el brillo y la evidencia de la verdad del primero.

En efecto; si pretendéis que los Santos del cielo conocen nuestras necesidades y nuestras oraciones por la mediación de los ángeles, preguntaremos: Pero, ¿y los ángeles, cómo las conocen cuando se trata de cosas encerradas en el secreto de los corazones? Seguramente, no puede ser por sus fuerzas naturales. El espíritu creado no alcanza a sondear los corazones y las entrañas, es decir, hasta penetrar en lo más íntimo de las almas. Esto es privilegio de Dios. No ignoramos que nuestros pensamientos y nuestros afectos, aun los más espirituales, tienen su repercusión en las facultades orgánicas, y éstas no escapan a las miradas de los espíritus puros. De consiguiente, lo que el ojo de los ángeles no alcance inmediatamente, podrá revelárseles por la manifestación que tenga en la sensibilidad (Véase *La dévotion au Sacré Coeur de Jesús*, 1. II, ch. 4). Mas, fuera de que el conocimiento adquirido así no es de ordinario absolutamente cierto, no es creíble que los ángeles, propuestos para nuestra guarda, estén reducidos a medios de investigación propios tanto de los malos espíritus como de los celestiales mensajeros de Dios. El ángel, pues, deberá, o recibir por sí mismo la revelación divina, o ver por intuición en la luz de Dios las oraciones y las necesidades que está encargado de manifestar. Y, ¿por qué este rodeo? ¿Acaso no es mucho más sencillo y más digno de la eterna sabiduría que los Santos mismos reciban inmediatamente esta divina revelación o vean directamente en Dios lo que les importa saber?

Y aun cuando se admitiera esta hipótesis por lo que mira a los demás Santos, habría una razón especial para no aplicársela a la Madre de Dios. En el cielo y en las jerarquías angélicas, las revelaciones no suben de los órdenes inferiores a los superiores; descienden de las cimas a los espíritus más próximos, por su perfección, al manantial de toda luz. ¿Y se pretendería, teniendo en cuenta esto, que la Reina de los Angeles y de los hombres tuviera necesidad de interrogar a los espíritus angélicos para conocer por ellos lo que pasa en su imperio, quién la invoca y para qué la invocan?

Y no se objete que esta bienaventurada Virgen conoció por un Angel la elección hecha de Ella para ser Madre de Dios El Angel de las Escuelas resuelve esta dificultad en el mismo lugar en que trata de la conveniencia de la **Anunciación**. Daremos, para mayor claridad, la objeción tal como él mismo la presenta y la respuesta que le sigue.

Así, pues, dice el Santo Doctor, parece que no convenía que el anunció del gran misterio se hiciera por medio de un mensaje angélico, porque, según el Areopagita (Dionys. Areop., *De Coelesti hierarchia*, c. 7), cuando se trata de ángeles superiores, es Dios mismo y por Sí mismo el que les hace las revelaciones. Con mayor razón parecía que el misterio de la Encarnación debía haber sido revelado mediatamente a María, es decir, por ministerio de un ángel.

¿Negará Santo Tomás el principio? No; su respuesta lo supone. "*Sí, dice, la Madre de Dios estaba muy por encima de los ángeles, si considera la dignidad para la cual Dios la había escogido; mas, **en cuanto al estado de la vida presente**, les era inferior. En efecto; Cristo mismo, en razón de su condición pasible, ha sido abatido un poco por debajo de los ángeles, como lo afirma San Pablo en su carta a los hebreos* (Hebr., II, 7); *mas, porque Cristo era **comprensor**, aun el estado de **viador**, no tenía necesidad alguna de aprender nada de los ángeles; la Madre de Dios, por el contrario, no estando de ninguna manera en la categoría de los comprensores, debía ser instruida de la concepción del Hijo de*

Dios por un mensaje angélico" (San Thom., 3 p., q. 30, a. 2, ad. 1). En la actualidad, no es sólo por la prerrogativa de su maternidad, sino también por la incomparable sobreeminencia de su gloria, por lo que María domina todas las jerarquías celestiales. Por consiguiente, no le conviene ya el mendigar de los ángeles el conocimiento de las cosas y de los hechos relativos a su misión. Dios sólo es el Maestro que debe inmediatamente comunicárselo.

Si, dejando a un lado la primera explicación, recurrís a la segunda, las dificultades, aunque menos importantes, no por eso quedan descartadas. Preguntaríamos: ¿Por qué no concedéis a los elegidos glorificados, y, sobre todo, a su Reina, un modo de conocimiento distinto de aquel con el que gran número de entre ellos fué tan liberalmente favorecido, cuando aún estaban en la **vía**? ¿Por qué estos mismos elegidos no serían en este punto de mejor condición que las almas de los justos detenidas en las puertas del cielo, por no haber aún satisfecho plenamente a la divina justicia? Porque ellas también conocen muy probablemente por revelación divina los sufragios ofrecidos a Dios por su libertad. ¿Cómo, finalmente, los bienaventurados habitantes del cielo, participando con tanta largueza de la**ciencia de la visión**, verían que quedaban excluidos del número de los objetos que ellas les representa, aquéllos precisamente que más les importa conocer? Por tanto, no solamente los Santos del cielo no ignoran ni nuestras oraciones, ni nuestras alabanzas, ni las necesidades generales y particulares que tenemos de su protección, sino que son cosas que ven en Dios, en la luz de Dios, con la misma mirada que les manifiesta la inefable esencia de Dios.

Esta es la doctrina afirmada por el célebre Concilio de París, denominado también Concilio de Sens, celebrado poco después de la rebeldía de Lutero, y contra los extravíos del innovador. A esta objeción de que es inútil invocar a los Santos, puesto que no oyen nuestras oraciones y no se conmueven con nuestros males, los Padres responden: "*Que esta razón está en oposición, no sólo con la verdad, sino también con las Sagradas Escrituras, y no le costará trabajo comprender esto a aquel que no ignore que los elegidos del cielo tienen manifiesto a sus ojos el espejo* ***omniforme*** *de la Divinidad, en el cual resplandece para ello todo cuanto les interesa:* ***facile intelligit qui beatis pervium esse non ignorat omniforme illud divinitatis speculum, in quo quidquid eorum intersit illucescat***" (Concil. Parisiense (vulgo Senonense, a. 1528, in decreto fidei, 13). Cf. Concil. Labl., t. XIV, p. 456. Lutet. París, 1672).

III. ¿Qué diremos ahora de la Madre de Dios y de los hombres, sino que posee el mismo conocimiento, pero en un grado sobreeminente, más lleno y perfecto que todos los bienaventurados juntos? Esto es lo que ya nos han dicho varios testimonios de la tradición. Las pruebas son indiscutibles y de una claridad que se impone. Efectivamente; si este conocimiento está en proporción de la bienaventuranza, ¿no es evidente que, sobrepujando la bienaventuranza de la Divina Madre casi infinitamente a la felicidad de cualquier otro elegido de Dios, la ciencia que tiene de nuestros votos, de nuestras necesidades y de nuestro amor por Ella y de nuestras alabanzas, debe alcanzar una perfección no igualada?

Llegamos a la misma conclusión si consideramos las razones especiales que reclaman esta participación de la ciencia divina. Es, por una parte, el interés que pueden tener los Santos en conocer los hechos en cuestión, y, por otra, el legítimo deseo que de ello es consecuencia natural. Ahora bien; ¿no es evidente que por todos estos títulos la Santísima Virgen debe tener un conocimiento muy perfecto y muy universal de los peligros y de las miserias huma-

nas; en una palabra, de cuanto se relacione con la vida sobrenatural de los hombres? Recordemos lo que es para nosotros María, en el orden de la gracia y de la salvación: la Asociada del Salvador, la Madre de aquéllos de los que El es Redentor y de quienes es Padre su mismo Padre. Puesto que su cualidad de Redentor vale a la Santísima Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo la participación llena y total de la **ciencia de visión**, que está en Dios, ¿será exageración el decir que la bienaventurada Virgen, comulgando en este doble título de un modo tan excelente, no ignora nada de lo que concierne a los rescatados por Jesucristo?

Mas lo que nos dará a comprender mejor hasta qué punto este conocimiento debe ser propio suyo por excelencia, es, ante todo, su título de Madre de Dios y Madre de los hombres. ¿No es, en efecto, deseo muy legítimo en una madre el conocer, en cuanto esto es posible, todos los casos, todos los sentimientos, todas las enfermedades y necesidades del hijo querido de su corazón, sobre todo cuando ese hijo puede constantemente tener necesidad de su asistencia? Ahora bien; no sólo somos hijos de María, sino que además, somos niños pequeños en el período de su crecimiento; niños que miles de peligros cercan por todas partes, rodeados de enemigos que han jurado nuestra perdición.

Recordamos haber leído la carta tan ingenua y conmovedora que el angélico San Estanislao de Kostka, cinco días antes de la fiesta de la Asunción y de su dichosa muerte, confiaba en las manos de San Lorenzo para que la ofreciera de su parte a la Reina del cielo. El santo joven suplicaba en ella a María, su Madre, que le hiciera la gracia de llamarle a su presencia; no podía ya vivir lejos de Ella, y era para él morir mil veces el no verla. Se sabe que esta súplica fué escuchada y literalmente concedida. Mas estamos persuadidos de que María, en su amor por nosotros, desea aún más que nosotros el tenernos presentes, a lo menos por una visión continuada. Y como es la bienaventurada por excelencia, su deseo se cumple. Un niño con los ojos vendados, bajo la mirada de su madre; he aquí lo que somos perpetuamente y en todas partes para María. No es así, nos equivocamos: su mirada no se parará, como la de esta mujer, en la superficie, en lo exterior; penetra hasta lo más ánimo de nuestro ser, y nada de lo que nos concierne se escapa a su clarividencia.

Esta doctrina no descansa solamente sobre autoridades y razones que pueden aplicarse a todos los Santos del cielo. Además de lo que haya peculiar para María en las consideraciones que preceden, sería fácil traer bastantes testimonios en los que la ciencia que atribuímos a la Madre de los hombres está especialmente confirmada. Escuchad, por ejemplo, a Severiano, obispo de los Gabalos y contemporáneo de San Juan Crisóstomo, esbozando un contraste entre la antigua y la nueva Eva: "*Hasta aquí, quiero decir hasta la concepción bienaventurada del Hijo de Dios por María, cuando se hablaba de Eva, era para compadecerse de ella y para decir:* ***"¡Oh, desgraciada, qué gloria perdió y cuánto debió sufrir! María, por el contrario, es hoy proclamada por todas las vocesBienaventurada...*** *Y, ¿qué le importa, diréis, puesto que no las oye? Os engañáis, nos oye, porque habita en un lugar espléndidamente iluminado, en la región de los vivos, Madre de salvación, fuente de la luz inteligible y sensible: inteligible en la divinidad, sensible en la humanidad*" (Severian., *De mundi Opificio*, otra. 6, P. G., LVI, 498. Severiano, protegido de la Emperatriz Eudoxia, tuvo la debilidad de contarse entre los adversarios de San Juan Crisóstomo).

Siete siglos más tarde, el bienaventurado Amadeo de Lausana contemplaba "*a la gloriosísima, purísima y dulcísima Virgen María... asentada en el reino de la luz eterna, sobre un trono de gloria incomparable, la primera después del Hijo que llevó en su seno... Allí, siempre presente ante la*

faz del Creador, con sus singulares méritos intercede continuamente por nosotros con oración poderosisima: ***prece potentísima***. ***Alumbrada de esta luz para la cual todo está patente manifiesto****, ve nuestros peligros todos, todas nuestras necesidades, y, con corazón dulce y clemente, nos mira con piedad. Los animales sagrados de que habla Ezequiel, aun estuviesen llenos de ojos, no podían, como la Santa Madre de Dios,* ***ver los trabajos*** *de los hombres, sus sufrimientos, sus caídas, sus ceguedades, sus enfermedades, sus extremados peligros, las inciertas salidas de sus vidas, todos los males, finalmente, que pesan sobre la raza humana; menos aún podían libertarlos de ellos, por medio de un auxilio celestial. Cuanto más hunde Ella su mirada en el corazón del Rey de los reyes, tanto mejor sabe, por la gracia de la bondad divina, mirar con ojos compasivos a los afligidos y acudir en socorro de los miserables*". B. Amand. Lausan., *hom. 8 De B. V. M. plenitudine*.... P. L., CLXXXVIII, 1343 y sígs. Explícase por esta doctrina el ingenuo pasaje en que San Bernardino de Sena nos muestra a la Virgen saludando desde lo alto del cielo a los que la saludan desde la tierra.

No será inútil rechazar algunas objeciones; aunque este trabajo no sirviera más que para proyectar un poco más de luz sobre la cuestión tratada en el capítulo presente, no sería inútil. Las tomaremos casi todas de los escritos del Doctor Angélico. Y, ante todo, a los que pretendieran encontrar en semejante conocimiento de nuestras miserias una fuente de tristeza para los Santos, el Angel de las Escuelas les hace observar con justicia que la plenitud de su alegría no deja lugar alguno para el dolor, aunque no excluya la conmiseración. ¿No es esto lo que hay que admitir, lo queramos o no, respecto a nuestro Divino Salvador? Ahora bien; lo que es verdadero en Él, debe serlo, por igual razón, en sus elegidos y en su Madre. Las siguientes palabras de Santa Inés de Foligno prueban que aun antes de la visión bienaventurada los transportes de una santa alegría no son incompatibles con una contemplación que fuera por su naturaleza la más desconsoladora: "*En el momento en que menos podía pensarlo, fui arrebatada en espíritu y vi a la Virgen en la gloria. ¿Podía una mujer ser colocada sobre un trono semejante y con tal majestad? Este sentimiento me inundó de inefable alegría. Esta gloria era posible en una mujer. Esto existe y yo lo he visto. Estaba de pie, orando por el género humano: la aptitud que proviene de la bondad y la que proviene del poder daban a su oración inenarrables virtudes. Yo estaba transportada de felicidad a vista de esta oración. Ahora bien; mientras miraba a la Virgen, de pronto Jesucristo apareció cerca de ella, revestido de su humanidad glorificada. Tuve conocimiento de los dolores que esta carne había sufrido, de los oprobios que habíasoportado, de la cruz que había llevado; las torturas e ignominias de la Pasión fueron impresas en mi espíritu. Mas he aquí lo más maravilloso: el sentimiento de los inauditos tormentos que Jesús ha sufrido por nosotros, de los que yo tenía conocimiento: este* ***sentimiento, en vez de destrozarme de dolor, me transportaba de alegría****. Enajenada en una felicidad inenarrable, perdí la palabra y esperé la muerte*" (*Le livre de vis. et inst. de Sainte Angela de Foligno*, traducido por Ern. Hello), ch. 44).

Si decís que sólo a Dios pertenece el sondear los corazones, y que Él solo, por consiguiente, puede en ellos leer nuestras oraciones y nuestros votos, la solución se encuentra ya en las anteriores páginas. Sin vida, Dios sólo conoce por Sí mismo los pensamientos de los corazones; mas, ¿sigúese de aquí que nos los puede revelar sobre-naturalmente a los elegidos, sea por la visión de su Verbo o de cualquier otra manera? Por lo demás, aquí no se trata sino de almas bienaventuradas. Por consiguiente, todo lo que pudiera oponerse a ello, alegando textos de los Padres o de la Sagrada Escritura que se refieren a otras almas, separadas de sus cuerpos, y que no han entrado aún en la gloria, no tiene peso alguno en la cuestión presente (San Thom., *in Sent*., IV, D. 45, q. 3, a. I ad. I y sígs.). Pero la alegría beatífica, o, para decirlo

mejor, la visión clara y perfecta de la infinita hermosura, ¿no absorbe tan completamente la atención de la inteligencia que no pueda prestarla a otros objetos? A esto, dos respuestas se dan. Primera respuesta: aun cuando se tratara de aprender estos objetos por medio de actos diferentes de la visión beatífica, el alma bienaventurada se inclinaría hacia ellos con entera libertad. Es, en efecto, privilegio singular del estado degloria que las operaciones que en nuestra condición de mortalidad se estorban hasta neutralizarse las unas a las otras, conservan en ella cada una su ejercicio normal, tanto más perfecto cuanto la intuición divina es más levantada (Véase nuestra obra *La Grace et la Gloire*, 1. X, ch. 5).Pero aquí ni siquiera tenemos necesidad de apelar a estas nociones, porque en un mismo acto, en una sola y misma luz es como ven los Santos la divina esencia y los objetos secundarios que son nuestros votos, oraciones y males. Aún más: puesto que esta divina esencia es el espejo infinitamente puro en que estos objetos resplandecen a su vista, más vivo, más profundo y más arrebatador es el conocimiento que de ellos tienen, y más el campo de su visión se extiende por el dominio de las cosas creadas. ¿Por qué Dios, contemplándose a Sí mismo, ve en Sí mismo todos los seres, los que participan de la existencia y los que permanecerán eternamente posibles en la noche de la nada? (Rom., IV, 17).Porque posee la comprensión de su esencia. Así pues, cuanto más la Santísima Virgen ve a Dios, cuanto más se embriagaba, en este océano de luz, con mayor certeza también debemos afirmar que tiene la plenitud del conocimiento que reclama por tantos títulos.

Veamos, para terminar, una sola objeción que nace de la doctrina expuesta hasta aquí. Una de dos: o María, al rogar por los hombres conoce el resultado de su plegaria, o lo ignora. Si escogéis la segunda hipótesis, ¿cómo podréis conciliaria con la perfección de ciencia que acabáis de defender? Si optáis por la afirmativa, parece que María no podrá ni deberá orar. Efectivamente; ¿para qué orar, si sabe por adelantado que Dios quiere conceder la gracia pedida? ¿Para qué orar, en el caso contrario, cuando no ignora que su petición no tendrá efecto?

Debe notarse, ante todo, que no se trata aquí del conocimiento que María tenga de las voluntades divinas, sino de cosas que atañen a sus hijos de adopción. Por consiguiente, la dificultad propuesta está al margen de la cuestión presente. Hecha esta advertencia,examinemos la objeción.

Suárez, de quien la tomamos, concede primeramente que la bienaventurada Virgen conoce, antes de orar, si Dios Nuestro Señor quiere o no cenceder los favores que Ella solicita. Ahora bien; ni en un caso ni en otro su oración deja de ser útil. No lo es cuando la gracia va a ser otorgada, porque María ve al mismo tiempo que en los divinos consejos la concesión de la gracia debe ser el resultado de su oración. No lo es tampoco cuando la gracia no es de aquellas que quiere Dios hacer a su criatura, porque, pidiéndola con entera sumisión de corazón a la voluntad divina, la Madre imita al Hijo orando al Padre que aparte de Él su cáliz, aun cuando sepa, sin duda alguna, que su oración no va a ser escuchada. Para Jesucristo, éste era el grito de la naturaleza extenuada, pero sumisa, libre y totalmente al querer divino; para María es como la expresión natural de su amor de Madre, pero con un abandono parecido. Ni para el uno ni para la otra es la petición absoluta; el uno y la otra, de consiguiente, son agradables a Dios por este acto que Él inspira y aprueba. Porque así es como Él mismo quiere con amor de complacencia la salvación de todos los hombres, aunque no tenga la voluntad absoluta de salvarlos a todos (Suárez, *De Religione*, t. II. tr. IV, 1. I, c. 11, n. 3, sq. Cf. S. Thom., *in Sent*.. IX, D. 45, q. 3, a. 3).

Y por esta razón la Virgen y los Santos pueden pedir aún la perseverancia final para pecadores de los que saben a ciencia cierta que deben ser un día del número de los réprobos, no con una oración incondicional, sino de la misma manera con que Jesucristo decía en el huerto de los Olivos: "*Padre mío, si es posible, pase de Mí este cáliz*", de la misma manera también como ofreció su sangre por la salvación de todos los hombres, aunque entonces ya conociera cuáles serían los hijos de perdición.

Se ve por todo lo anterior cuán justo es este conmovedor pensamiento de Ricardo de San Víctor: "*Ad te ergo matrem misericordiae matrem miserorum clamant exules filii Evae, clamant ipsae miseriae. Habet enim miseria clamorem, et vallis haec lacrymas: vallis est enim lacrymarum, adeo ut, si ipsi miseri non clament, ista auribus tuis insonent. Non possunt haec ante te silere, nec auditum tuum latere, eo quod aures audiendi miserias habeas, et te has scire sit eas audire*"(Ricard. a S. Victore, in Cant. Cantic., c. 24, P. L., CXCVI, 475).

Poder de intercesión de la Madre de Dios

Testimonios de los Santos Padres, de los antiguos autores eclesiásticos y de los Santos tocante a este poder. -Resumen de las fórmulas que lo atestiguan y de los títulos sobre los que lo apoyan. -Explicación de los términos en los que se ha creído ver alguna exageración.

I. Podía en rigor omitirse cuanto vamos a exponer, sin que el poder de intercesión de la bienaventurada Virgen quedará incierto. Efectivamente. Pero en nuestro afecto a esta Madre, toda amable, de los hombres, no hemos tomado como norma el atenernos a lo estrictamente necesario.

Y, además, ¿quién como los Santos podrá decirnos la idea que hay que forjarse del poder de María? Interroguémosles, pues, y, para nuestro consuelo, aprendamos de ellos que este poder no conoce límites ni en su orden ni en su esfera. Verdaderamente es a sus ojos la omnipotencia suplicante: *omnipotentia supplex*. Citaremos sencillamente sus palabras ,y para demostrar que no se trata de un sentir particular, oiremos sucesivamente a Padres pertenecientes a todos los tiempos y a todos los países:

"*¡Oh, Vos, Soberana Reina de nuestra naturaleza, escuchad las oraciones de vuestros siervos, que recurren a vuestra protección. Interceded por nosotros cerca de vuestro Hijo... Porque, ¡oh!, Virgen María!, vuestra intercesión no es rechazada jamás por el Señor; nada rehusa Él a vuestras peticiones; de tal modo estáis cerca de la simple y muy adorable Trinidad*" (San Joan. Damasc., *Hom. in Annunciat. B. V. Deip*., P. G., XCVI. 647).

He aquí otra de San Germán de Constantinopla, que aún parecerá más enérgica: "*Vos sola sois Madre de Dios, más alta que el Universo; por eso nuestra fe os bendice, ¡oh, Esposa de Dios!... ¡Oh, Soberana mía!, Vos sois, después de Dios, mi consuelo, mi refugio y mi vida, mi armadura y mi gloria, mi esperanza y mi fuerza. Dadme que participe con Vos de los dones inefables, de las riquezas incomprensibles de la morada celestial. Lo sé: tenéis, en vuestra cualidad de Madre del Altísimo,* ***un poder igual a vuestro querer****; por lo cual mi confianza en Vos no tiene límites:* ***Habes enim, novi paterna cum volúntate jacultatem, tanquam Altissimi Parens***" (*In lngreesum, S. S. Deiparae*

serm. 2, P. G., t. XCVIII, 320). Y más adelante: "*Vuestra asistencia es poderosa, ¡oh, Madre de Dios!; no necesita ser apoyada por nadie cerca de la Majestad divina... Inmortal es vuestra protección y vuestra intercesión vivificante. Si no hubieras ido primero, nadie adoraría a Dios en Espíritu, porque el hombre ha llegado a ser espiritual cuando Vos, ¡oh, Madre de Dios!, habéis llegado a ser templo del Espíritu Santo. Nadie ha sido lleno del conocimiento de Dios sino por Vos, ¡oh, Santísima!; nadie es salvo sino por Vos, ¡oh, Madre de Dios!; nadie se escapa a la servidumbre sino por Vos, ¡oh, Vos, que habéis merecido llevar a Dios en vuestras virginales entrañas! ¿Quién como Vos defiende a los pecadores? ¿Quién como Vos se da en prenda por aquellos mismos que no se enmiendan todavía? **Gracias a vuestra autoridad maternal sobre Dios mismo**, **materna in Deum auctoritate**, Vos conseguís misericordia para los criminales más desesperados, **Vos no podéis dejar de ser atendida**: porque Dios condesciende en todo y por todo a la voluntad de su verdadera Madre*" (*Serm. de Dormit. B. V.*, P. G., t. XCVIII, 349, 352).

Toda la Iglesia griega rinde testimonio al poder de María, por boca del Santo Patriarca de Constantinopla. Por eso debemos seguir escuchándole, puesto que habla divinamente del asunto que tratamos: "*¿Quién, en efecto, después de vuestro Hijo, dice a la Inmaculada Virgen, quién se interesa por el género humano como Vos; quién nos asiste como Vos en nuestras tristezas? ¿Quién como Vos se apresura a arrancarnos de las tentaciones con que el enemigo nos asedia? **En virtud del poder maternal** que tenéis cerca de vuestro Hijo, aunque estemos ya condenados por nuestros crímenes y aunque no nos atrevamos ni aun a levantar los ojos al cielo, Vos nos salváis por vuestras plegarias y nos arrancáis al eterno suplicio... En Vos, ¡oh Madre de Dios!, todo es admirable, todo está por encima de la naturaleza y de la razón. **Por lo cual la inteligencia es incapaz de concebir el poder de vuestra intercesión***" (*Idem, Serm. in S. S. Mariae Zonam*. Ibid., 380, 381). Algunas líneas antes de lo que precede había escrito estas hermosas palabras, tantas veces recordadas después: "*¡Oh, Vos, castísima, buenísima y misericordiosísima Soberana; Vos, consuelo de los cristianos; Vos, refugio el más seguro de los pecadores, no nos privéis de vuestra asistencia! Porque, ¡oh, Santísima Madre de Dios!, ¿a quién recurrir si Vos nos abandonáis? ¿Qué sería de nosotros, puesto que Vos sois el hálito y la vida de los cristianos? La señal cierta de que un hombre vive es la respiración. Así, la prueba, digamos mejor, la causa de la vida, de la alegría y del socorro para nosotros, es el tener a toda hora, en todo lugar, vuestro santísimo nombre en el corazón y en los labios... **Es, pues, vuestra protección poderosa para darnos la salvación; tan poderosa**, ¡oh, Divina Madre!, que no tenemos necesidad de otro intermediario cerca de Dios*" (*Serm. in S. S. Mariae Zonam*.. P. G., t. XCVIII, 377 y sígs).

En la imposibilidad en que nos encontramos de citar por entero las conmovedoras oraciones de San Efrén a la Santísima Virgen, destacamos, al menos, estos pocos fragmentos: "*Tened compasión de nuestras dolencias, Virgen sin mancilla... ¿Quién puede ir con la misma seguridad que Vos a Aquel que de Vos ha nacido? Vos lo podéis todo en calidad de Madre de Dios. Nada, si así lo queréis, es imposible para Vos. No desdeñéis ni mis suspiros ni mis lágrimas, y no defraudéis mi esperanza. Con vuestras oraciones maternales, **haced violencia** a la misericordia de vuestro Hijo, aunque Él está libre de toda coacción, y dignaos restablecer a vuestro indigno y desgraciado siervo en su antigua y primitiva gloria*" (*Precat. in Dei genitr.*, t. III (graece et latine), p. 540). "*Sí, Virgen, que sobrepujáis toda alabanza, todo lo que queréis, lo que podéis cerca de Dios, a quien habéis dado a luz*" (Idem, ibid., p. 537). "*En virtud de vuestra Maternidad, vuestro poder es igual a vuestro querer. Vos poseéis lo que se necesita para mover y persuadir infaliblemente a nuestro Dios: las manos que le llevaron, los senos que le nutrieron con su leche. Recordadle sus pañales y los cuidados de que le habéis rodeado desde la infancia; a lo que habéis sido para Él, mezclad lo que Él ha hecho por nosotros, su cruz,*

sus heridas y la sangre que nos redimió" (Idem, ibid., p. 631). "*Este Hijo único no tiene placer mayor que el de escuchar vuestras oraciones en favor nuestro; estima como gloria suya, no menos que como deuda para con Vos, el escucharlas:**tuas velut ex debito petitiones adimplet**. Así, pues, ¡oh, Medianera inmaculada del mundo!, yo imploro con contrito corazón vuestra asistencia, la más saludable y la más poderosa después de la de Dios*".

¡Qué idea del mismo poder de intercesión nos da también esta otra oración de un sabio obispo de Oriente! "*Que sean acogidas por Vos, os lo ruego, mis oraciones, dichosamente. Nada os es más fácil. Vuestra cualidad de Madre os asegura cerca de vuestro Hijo una confianza que no puede temer la repulsa. Os da un poder invencible, una fuerza inexpugnable... Por grandes y numerosos que sean nuestros crímenes, se desvanecerán fácilmente con tal que Vos lo queráis. Es que nada **resiste a vuestro poder** y todo cede a vuestra influencia, a vuestro mandato. Ordenad, y todo se inclinará a vuestra voluntad... Porque vuestro Hijo os ha puesto Él mismo por encima de todo lo creado... y no necesitáis de intermediario alguno para hablarle. Se complace en vuestras oraciones y gusta de oiros interceder por nosotros. No sabe rehusaros nada, porque estima que vuestra gloria es su gloria. **Todas vuestras peticiones las atiende complacido, como Hijo y como Deudor**. Así, pues, ¡oh, Soberana mía!, confiando en vuestro poder incomparable y en vuestra no menor clemencia, os ofrezco el fruto de mis pobres labios*" (Georg. Nicomed., *Or. 6 in SS. Deiparae ingressum*, P. G., C. 140). Sin duda se ha notado la semejanza, no sólo en las ideas, sino también en las expresiones entre este último texto y el de San Germán de Constantinopla. Esto prueba cuán universalmente esparcido en estas iglesias estaba, entre los fieles y pastores de ellas, este sentimiento de la bondad y del poder de intercesión de la bienaventurada Virgen.

He aquí cómo los orientales han hablado, en sus homilías, del poder de intercesión propio de la bienaventurada Madre de Dios. Las oraciones y los cantos litúrgicos son por doquiera el eco de estas enseñanzas. Daremos algunas pruebas: "*Escuchad siempre, ¡oh, Cristo!, las súplicas de Vuestra Divina Madre, porque Ella es **bastante poderosa para alcanzarlo todo, puesto que es Madre de Dios***" (San And. Creten., *In triod. maioris hebdom..* od. S in 4 fer., P. G. XCVII, 1417). Y más adelante: "*Reducido a las postreras angustias por la muchedumbre de mis pecados, dignaos con vuestro omnipotente patrocinio levantarme y asegurarme el tiempo necesario para hacer penitencia. Porque **nada es imposible** para Vos, Madre de Aquel que todo lo puede*" (Men., 7 april, *in Vesper, de Georgio Metropol.* Mitylen, apud Wangnereck, *Pietas Mariana Graecorum*., p. 1. n. 330).

Y en otra parte: "*Virgen Sacratísima, Vos que tenéis plena libertad para pedirlo todo a vuestro Hijo, sin temer nunca el ser rechazada... A Vos sola es a quien ponemos entre nosotros los cristianos y el Señor, con el fin de **forzarle en cierta manera a mostrarse demente en nuestra causa***" (Men. 5 maii, od. 6, de S. Arsenio, in claus. Ibid.. n. 353).

¡Cuántos otros textos podrían añadirse a los ya citados! Así, por ejemplo, esta invocación tomada de las mismas fuentes: "*Salve, ¡oh, Vos, protectora y sostén de todos los mortales!... Hacednos esta gracia a nosotros, que saludamos en Vos a la Madre de Dios, de conseguir por Vos un día el reino que no admite sucesión. Porque es tan grande vuestra autoridad maternal, que vuestras oraciones tienen el privilegio de inclinar la voluntad divina a todos vuestros deseos: **tua matris auctoritas intercedendo, quocumque libet, Deum inflectit***" (Men. 13 jul., od. 9, de S. Aquilina, martyr. in claus. Ibid., n. 180). Por lo cual, "*nosotros todos, que deseamos ser iluminados con los rayos proyectados por la gracia del Espíritu Santo..., corramos a la fuente de la gracia, es decir, a la Madre del*

Salvador, ***porque le basta pedir*** *para que Dios comunique sus dones más preciosos a los fieles*" (Men. 16 jul., od. 3. can. I. de SS. PP. Oecum. Ibid.. n. 425). "*¡Oh, Madre de Dios!, cantan también los griegos en sus Meneas, con vuestra fuerte* ***y todopoderosa mano****, aterrad a los enemigos que nos atacan*" (Men. 17 jun., od. 6 et 9. de S. Isauro et soc. martyr., in claus. Ibid., n. 383). "*Descended a la arena contra estos audaces bárbaros que nos hacen una guerra implacable e invaden vuestra herencia, ¡oh, mi Soberana!, pura por excelencia..., que experimenten vuestro poder... Y con un gesto, solo* ***nutu tuo****, reducidlos a la nada*" (Men. 18 jun., post. od. 3 de S. Leont. mart. Ibid., n. 384).

Si hay una oración que elocuentemente testifique la persuación como innata que tenemos, no sólo del amor y de la misericordia de María, sino también de su poder sobre el corazón de Dios, esta oración es el *Memorare*. Ahora bien; esta oración se encuentra en uso y casi en iguales términos entre los cristianos de Oriente, y nos referimos aun a aquellos que el cisma ha separado de la Iglesia romana: "*En Vos, como en un espléndido palacio, ha establecido el Arquitecto del mundo su morada. Y Vos, como Madre que sois del Dios Salvador, habéis restablecido sobre su base el tabernáculo de Adán, derrocado por el infierno. ¿Quién, pues, ¡oh Madre de Dios!, quién jamás recurrió a vuestra protección sin que fuera prontamente librado por Vos? ¿Quién os implora, sin encontrar en Vos una Auxiliadora tan poderosa que jamás su confianza se vea confundida?*" (Men. 13 jan., od. 3 de S. Aquilina martyr; item 15 jun. od. 1, de S. Amos proph. in claus. Ibid. n. 382). "*Nadie, ¡oh, Virgen Madre de Dios!, ha recurrido alguna vez a Vos que se haya alejado de Vos confundido; por el contrario, ve que acogéis su demanda y no tarde en recibir el beneficio que responde plenamente a sus deseos*" (Men. 21 jan., penult. stropha. div Offic. ex S. J. Damasc. *Uietas mariana*, n. 138).

II. Volvámonos ahora hacia la Iglesia latina, madre y maestra de las Iglesias. Tanto menos podemos dudar de sus sentimientos cuanto que aquellos orientales de los que hemos dado tan numerosos testimonios, pertenecen, en su mayor parte, a la época en que el cisma no estaba consumado.

Comencemos por San Pedro Damiano. Aplica él a María este verso del Cántico: "*Vuelve, vuelve, ¡oh, Sulamita!, vuelve, vuelve, para que gocemos de tu vista*" (Cant., VI, 12). "*Virgen bendita, Virgen más que bendita* (sobre-bendita)*, volved primero en nombre de vuestra* ***naturaleza****. ¿Será, acaso, que vuestra deificación os haya hecho perder el recuerdo de vuestra humanidad? Seguramente no, ¡oh, Soberana mía! Vos conocéis en cuántos peligros nos habéis dejado y cuáles son aquí abajo las infidelidades de vuestros siervos; no conviene a tan gran misericordia el olvidar tan espantosa miseria. Si vuestra gloria os separa de ella, que vuestra naturaleza os aproxime... Vos no sois de tal modo impasible que no podáis compadecer*". Vos tenéis nuestra naturaleza y no otra alguna.

"*Volved, en segundo lugar, en nombre de vuestro* ***poder****. Porque ha hecho en Vos grandes cosas Aquel que es poderoso:* ***todo poder os ha sido dado en el cielo y sobre la tierra****... ¿Es posible que la Piedad divina se oponga a vuestro poder, cuando de Vos ha recibido la carne que le ha hecho hombre?* ***Os acercáis al altar de la reconciliación no sólo con oraciones, sino con órdenes, soberana aún más que sierra: non solum rogans sed imperans, domina non ancilla...***

"*En tercer lugar, volved en nombre de vuestro* ***amor****. Lo sé, divina Maestra mía. Vos sois benignísima y nos amáis con amor invencible, a nosotros, a quienes vuestro Hijo y nuestro Dios amado en Vos y por Vos con caridad sin límites. ¿Quién sabe cuántas veces habréis calmado la justa cólera del Soberano Juez, cuando la justicia iba a salir de Dios para herir a los pecadores?*

"*Volved, en nombre de vuestra **singularidad**. En vuestras manos están puestos todos los tesoros de las divinas misericordias, y Vos sola habéis sido escogida para recibir el depósito de una gracia tan maravillosa. No quiera Dios que vuestra mano permanezca ociosa, puesto que Vos no buscáis sino ocasiones de salvar a los miserables y de hacer correr sobre ellos la misericordia. No disminuye, antes aumenta vuestra honra, cuando los penitentes son admitidos a penitencia y los justificados a la gloria*" (San Petr. Damian., *Serm. 45 in Nativ. B. V. M*,, CXLIV, 772, 740. 23).

"*Los demás Santos*, dice un abad ilustre de la Edad Media, *piden al Señor Dios, y sus oraciones son escuchadas; mas, respecto a la gloriosa Virgen María, no es bastante decir que es escuchada favorablemente por Dios, porque siendo, como es, no sólo su Dios, sino también un hijo de Ella nacido, tiene la Virgen, piadosamente podemos creerlo, como una especie de autoridad maternal para reclamar de él todo lo que quiere. Si cada uno de los Santos alcanza de Dios Justo Juez, todo lo que en justicia se le debe, ¿cómo aquella que es la Madre del Juez y la Soberana de todos los Santos no conseguirá lo que se debe a sus derechos de Madre? Privilegio es de las madres cuyos hijos están constituídos en dignidad, no sólo el rogarles con frecuencia, porque son señores, sino también el imponerles a veces como cierta especie de mandato, porque son hijos. El bien de naturaleza está implantado por Dios en el hombre; no lo contradecirá jamás aquel que es el bien soberano, el bien de donde todos los demás proceden*" (Godofredo de Vendóme, *Sermo 8 in omnni festit. B. Marine*, P. L., CLVII, 289 y sigs.).

Godofredo de Vendóme había dicho en el mismo sermón: "*Allí,* es decir, *en el cielo, reina la bienaventurada María, Madre Virgen, Esposa inmaculada; allí esta piadosísima Madre conseguirá de su piadosísimo Hijo que no perezca ninguno de aquellos por los cuales ella haya orado, aunque no haya sido más que una vez. Y no es maravilla, porque ella podría salvar al mundo entero con sus plegarias, si ella quisiera. Y de hecho, estaría dispuesta a orar por el Universo entero, y el Universo entero sería salvo, si se hiciera digno de sus oraciones. Sí es cosa muy cierta, que **Ella puede cuanto quiere cerca de su Hijo todopoderoso**; mas por aquellos que están resueltos a pecar siempre, no ora en manera alguna* (1. c., c. 268), es decir, si no nos engañamos, no ora con esa oración absoluta que quiere ser escuchada. Su oración es más bien un deseo, como en Dios lo es la voluntad de salvar a los pecadores impenitentes que morirán en su pecado.

Sería preciso trasladar aquí casi todas las oraciones de **San Anselmo** dirigidas a la Virgen, si quisiera darse una idea exacta del poder de intercesión que reconoce en Ella. Destaquemos, al menos, este pasaje tan conmovedor de la oración cuadragésima-sexta:"*¡Oh, Soberana mía!, ¿qué podré decir o callar? Estoy hundido en las tinieblas y mis ojos no perciben ya la luz. ¿Dónde iré? ¿Dónde huiré para ocultarme del rostro de vuestro Hijo, mi juez? Ni el Oriente, ni el Mediodía, ni el Occidente, ni el aquilón pueden ofrecerme un refugio... Por eso recurro a un auxilio tal que, después de vuestro Hijo, el Universo no conoce otro ni mejor ni más poderoso. El mundo tiene Apóstoles, patriarcas, profetas, mártires, confesores y. vírgenes, excelentes defensores que deseo invocar humildemente; mas Vos, ¡oh, Soberana mía!, Vos sois mejor y más elevada que todos ellos, porque sois la Reina universal, la Reina de todos los Santos y de los espíritus angélicos; la Reina, además, de los reyes y de los poderosos de la tierra de los ricos y de los pobres, de los amos y de los servidores, de los grandes y de los pequeños. Aquello que todos pueden con Vos, Vos lo podéis sola y sin ellos. ¿De dónde os viene tanto poder? ¡Ah! Es que sois Madre de nuestro Salvador, Esposa de Dios, Dueña del cielo, de la tierra y de todos los elementos. A Vos, pues, recurro; cerca de Vos vengo a refugiarme; a Vos suplico me asistáis en todo. Si Vos guardáis silencio, nadie orará por mí, nadie me ayudará; mas hablad Vos, y todos pedirán por mí, todos se apresurarán a socorrerme*" (*Orat., or. 46 ad. S. V. M*,, P. L., CLVIII, c. 943, 944).

Después de haber leído lo que pensaba el maestro, nadie se verá sorprendido ante el juicio formado por el discípulo sobre la ínmensidad del poder de María. Acaba de exaltar los privilegios e esta Santa Madre y de las grandes cosas hechas por Ella para arrancar al hombre y al mundo de su original decadencia. Entonces, "*interrumpiendo la meditación de tan impenetrables misterios*", se vuelve suplicante a María: "*¡Oh, Señora nuestra* —le dice—, *os suplicamos, por el favor de Dios todopoderoso y santo que os ha elevado de un modo tan prodigioso, de ese Dios* ***que os ha hecho posible con Él todo lo que Él mismo puede****, nos alcancéis de Él que la plenitud de gracia merecida por Vos nos haga un día, por su virtud, participantes de la eterna recompensa. Si nuestro Dios se ha hecho por Vos nuestro hermano, es para que entremos en comunión con su divinidad, como Él se ha apropiado nuestra humanidad. Aplicaos, pues, ¡oh, piadosísima Señora!, a realizar en nosotros aquello para lo que Dios se hizo hombre en vuestro castísimo seno. No os mostréis inexorable a nuestra oración, porque este Hijo benignísimo se apresurará a realizar todos vuestros deseos. Por consiguiente,* ***quered solamente nuestra salvación y, en verdad, no podremos dejar de ser salvos; tantummodo itaques velis salutem nostram et vere nequaquam salvi esse non poterimus***" (Eadmer (L.). *De Excellentia B. M.*, c. 12, P. L., CLIX. 576 y sigs.). "*La bienaventurada Virgen* —añade a su vez Ricardo de San Lorenzo— *no puede solamente rogar a su Hijo, como los demás Santos, por la salvación de sus servidores; puede, además, mandar en virtud de su autoridad maternal. Por lo cual le decimos: Mostrad que sois Madre, es decir, mezclad algo que sepa a mandamiento de madre en vuestras oraciones*" (*De Laudibus V. M*„ 1. III. de 12 privilegiis, 5 II, t. XX. Opp. Albert. M.. p. 94). Expresiones atrevidas que no deberán tomarse al pie de la letra, y que el autor mismo atenúa con correctivos, como vamos a demostrarlo también por otras maneras de hablar semejantes a las suyas.

Todo el mundo conoce la deliciosa historia del encuentro del siervo de Abrahán con Rebeca, junto a la fuente. Pedro de Ecla hace de ella dos aplicaciones a la Virgen María, cuando le dice: "*Vos sois esa joven de gracia insigne, virgen toda hermosa, que ningún hombre ha conocido:* ***puella decora nimis virgoque pulcherrima ,et incógnita viro*** (Gen.. XXIV, 16 y sigs.). *El siervo que viene a buscaros es Gabriel Arcángel, enviado por Dios para buscar esposa para su Hijo, el nuevo Isaac. Lo que él os ha dado en pendientes, alhajas y brazaletes no pueden ignorarlo aquellos que os han visto de pie a la diestra del Rey, vuestro Hijo, adornada con un traje tejido en oro.*"

Esta es la primera parte de la comparación. He aquí la segunda, que no es menos graciosa ni menos verdadera. María baja siempre a la fuente, digamos mejor a las fuentes del Salvador, y siempre llena en ellas su ánfora: *Descenderat autem ad jontem et impleverat hydriam*. Y, apoyándola en su brazo, no sólo da a beber de ella a los siervos fieles, con todo el apresuramiento de la caridad; mas también los mismos pecadores, que la Escritura compara con justicia a los brutos privados de razón (Psalm.. XLVIII, 13), reciben de su plenitud, a fin de que todos queden satisfechos: *Quin et camelis tuis hauriam aquam, unde cuncti bibant.* "*¿Qué diremos, pues, hermanos míos, de Nuestra Señora? Que está llena de gracia y que da a todo el que llega a suplicarla, porque Ella tiene en su poder y en su mano todos los tesoros celestiales. Ella entra libremente en la profundidad de las divinas riquezas, para tomar de ellas y distribuirlas, sin jamás disminuirlas ni empobrecerse*" (Petr. Cellens., *Serm. 24 in Annunc. Dom.* 3, P. L„ CCII, 711, 712). ¿Quién no sabe con cuánta magnificencia y cuánta unción ha hablado **San Bernardo**, en sus obras auténticas, de este poder misericordioso de nuestra Madre celestial? Allí es, sobre todo, donde deja correr como un torrente sus alabanzas y su amor (*Bernardus In B. V. praedicutionem torrentia instar effusus*". dice Petau. *De Incarnat.*, 1. XIV, c. 8, n. 8). Otras obras que, sin ser suyas, han

merecido en cierto modo que se le atribuyan, no celebran con menos insistencia el poder de intercesión propio de María: "*¡Ah! Vos, Santa de las Santas, nuestra fuerza y nuestro asilo; Vos, ornamento del mundo y gloria del cielo... Dignaos reconocer a los que os aman. Escuchadnos, porque vuestro Hijo os ha hecho el honor de no rehusaros nada*".

San Bernardo fué considerado bastante tiempo como autor de los cuatro sermones sobre la Salve Regina. Esto es inexacto. Se han puesto después en la cuenta de Bernardo, arzobispo de Toledo, atribución que no es verosímil. ¿Cómo, en efecto un escritor anterior al abad Claraval, puesto que vivió al final del siglo XI, bajo el Pontificado de Gregorio VII, habría hecho entrar en sus sermones (el tercero) pasajes, tomados palabra por palabra del comentario del santo sobre el Cantar de los Cantarenf (16 serm.).

"*Que esperen en Vos aquellos que conocen vuestro nombre, porque jamás, ¡oh, Soberana mía!, habéis abandonado al que os busca... ¿Quién no esperará en Vos, puesto que socorréis eficazmente hasta a los desesperados? No lo dudo; si a Vos vamos, todos nuestros anhelos se verán cumplidos*" (*Meditatio in Salve Regina*. n. 2, P. L., CLXXXIV, 1078. Esta meditación, editada como apéndice de las obras de San Bernardo, se encuentra también en los *Stimuli amoris* (p. IV, c. 19), entre los opúsculos de San Buenaventura. Varios la atribuyen a San Anselmo de Luca).

Entre los autores de la Edad Media que mejor ha hablado de la Santísima Virgen, puede citarse a Adán, abad de Perseigne, en la diócesis de Mans. Fué uno de los hombres más eruditos, más santos y más elocuentes de su época (Cf. Oudin.. *Comment. de script eccles.*, t. II, 1682. Los sermones de Adán de Persigne sobre la bienaventurada Virgen han sido publicados y anotados por Hipólito Marucci, sacerdote de Lucca, con el título común de *Mariae*); uno de aquellos cuyos ladridos sagrados, en frase de Jacobo de Vitry, despertaron al mundo del más triste sopor. He aquí algunos hermosos pensamientos de este autor sobre el poder de María. Se dirige a la misma Virgen: "*Vuestra ternura está a la altura de vuestro poder. Tan poderosa como sois para conseguir lo que pedís, así sois bondadosa para apiadaros de los miserables. ¿Cuándo os faltará la compasión para vuestros hijos desgraciados, oh, Madre de Misericordia? O, ¿cuándo os faltará poder para ayudarles, oh, Madre de la Omnipotencia? Tan fácil os es conseguir del Todopoderoso todo lo que queréis, como a vuestras entrañas de piedad el conocer y sentir nuestras miserias. ¡Cuán grande debe ser la confianza que por Vos tenemos en Dios! ¡Oh, Madre misericordiosísima!, como os es imposible el odiar a vuestros hijos y no compartir sus penas, de igual modo os es imposible no obtener su curación si la pedís, porque para eso, y sólo para eso, el Hijo del Todopoderoso, del Padre de las misericordias, se ha dignado nacer de vos...*

"*¿Puede, acaso, temer la perdición aquel de quien la Madre misericordiossísima del más amante de los hermanos quiere ser a la vez la más amante de las madres y el más poderoso de los abogados? ¡Oh, Madre de misericordia!, ¿podrá ser que no roguéis a vuestro Hijo por uno de vuestros hijos, al Unico por el adoptivo, al Señor por el siervo, al Juez por el culpable, al Criador por la criatura, al Redentor por el rescatado? Sí, ciertamente, le rogaréis, porque aquel mismo que ha hecho de vuestro Hijo el Medianero de Dios y de los hombres, ése os ha, con igual designio, constituido mediadora entre el Juez y el culpable. Si habéis sido escogida, entre todas las mujeres, para ser Madre del Todopoderoso, es con el fin de que el pecador encuentre en vuestro parto una esperanza de perdón. Si el médico celestial os ha hecho entrar en el aposento de Sus aromas, es con el fin de que el enfermo obtenga por Vos y en Vos la salud del alma. Por consiguiente, ¡oh, Madre y Virgen!, considerando la causa de vuestra incomparable elevación. Vos os debéis por ella toda entera a nosotros, miserables; toda entera a nuestra*

reconciliación. Jamás os será difícil el acceso al Juez; jamás tampoco cerraréis al culpable vuestro corazón. La piedad más compasiva abunda y sobreabunda en vuestras entrañas, porque el Espíritu Santo no se ha contentado con llenaros de Sí, sino que ha ***venido*** *sobre Vos para añadir a esta plenitud de gracia una nueva y más abundante plenitud. Por consiguiente, que nuestros crímenes, aunque crezcan todos los días, no aparten de nuestra miseria vuestras miradas... ¿Cómo no llevaréis a todos el socorro de vuestra munificencia, Vos, cuya bondad y poder no se contienen en estrechos límites?* ***Infinita es vuestra bondad e infinito vuestro poder.*** *Tan abundantes vuestros tesoros de gracia, que no hay largueza que los pueda aminorar. Dad cuanto queráis: no por eso seréis menos rica... Porque vuestra plenitud es Aquel que no conoce ni crecimiento, porque es inmenso; ni disminución, puesto que es simple; ni fin, porque es eterno*" (Adam Perseniae, *In Mariaei.* Serm. 1, P. L., CCXI, 708, 701). Y más adelante: "*¡Oh, salvación asegurada! ¡Oh, compendio de la vida! ¡Esperanza único de perdón, suavidad sin igual! Vos lo sois todo para mí, ¡oh, Soberana mía!; en Vos está depositada la plenitud de todos los bienes: plenitud de gracia y de verdad, plenitud de paz y de misericordia, plenitud de ciencia y de salud, plenitud de honor y de gloria*" (Idem, ibid., *Frag. Mariana*, fragment. 2, c. 245, 246: col. ep. 16, 634. sqq.). Por consiguiente, cualesquiera que sean nuestras necesidades, recurriendo a Ella, a su munificencia, no seremos jamás defraudados en nuestra petición.

Por eso el autor del tratado sobre **la Concepción de la Santísima Virgen** nos impulsa con tanta fuerza a que empleemos su valimiento cerca del Dios Justo, ultrajado por nuestros crímenes: "*Porque, lo sabemos, ¡oh, Señor Jesús!, Ella es* ***tan poderosa sobre vuestro corazón, que nada de cuanto quiero hacer quedará sin efectuarse****. Por consiguiente, nuestra salvación depende de su voluntad... Sí; Jesucristo mismo nos induce a refugiarnos junto a Ella. Ciertamente que sabemos que somos pecadores y que merecemos ser condenados, y sería con justicia, no lo podemos negar. Mas, es preciso pregonarlo muy alto: igualmente es justo que haga la voluntad de aquella que siempre, en todo y por todo, se sometió a la suya. ¿Y quién, ¡oh, María!, quién como vos se ha conformado nunca a su beneplácito? Vos, que jamás habéis cesado, ni un instante siquiera, de seguir su voluntad. Por consiguiente, ¡oh, Soberana mía!, quered tan sólo que este justísimo juez tenga piedad de nosotros; será, en verdad, justo que se cumpla vuestra voluntad,* ***y nada podrá ser obstáculo a ello***" (*Tractact. de Concept. B. V. M*,, P. L., CLIX, 314, 315).

Que aquellos que experimenten con menos fuerza la necesidad de una abogada omnipotente cerca del Padre y de su Cristo, se quejen de nuestras largas citas y pasen adelante sin leerlas. En cuanto a nosotros, conscientes de nuestra miseria y de nuestras debilidades, no nos cansamos de oír a los que autorizadamente nos hablan del crédito y de la protección de nuestra Madre. Y para que alguien no se vea tentado por la idea de que tan altas concepciones del poder de María son más o menos locales, escuchad en Alemania a Ecberto, abad de Selionau: "*¿Quién como Vos, dice a María, es capaz de hablar al corazón de Nuestro Señor Jesucristo; Vos, que reposáis en los ósculos misteriosos del más amante de los hijos, en el eterno cénit, y gozáis con plena alegría de su más familiar comercio? Hablad, Señora nuestra, porque vuestro Hijo os escucha, y* ***todo cuanto pidiereis os lo concederá***" (*Ad. B. V. Deip. serm. panegyr.*. n. 7. P. L., CLXXXIV, 1014). ¿Y de dónde le viene a María este poder de misericordia? "*Es que la obra de inestimable misericordia, predestinada por Dios desde antes de los siglos para la redención del mundo, ha comenzado por Ella; es que, cuando plugo a la gracia de lo alto el venir a habitar con nosotros, después de haberse alejado por tan largo tiempo, María, única entre los hijos de los hombres, fué juzgada digna de ser escogida por el Rey de los reyes y el Señor de los señores para primera morada suya*".

Ecberto trae, en confirmación del poder misericordioso de la bienaventurada Virgen, el caso del sacerdote Teófilo, tan a menudo citado en las historias de la Edad Media (ibid., n. 2). Teófilo era, en tiempos del emperador Justiniano, ecónomo, o, según otros, arcediano de la iglesia de Adana, en Cilicia. Era un hombre tan considerado por todos, que se le juzgó digno del episcopado, aunque él rehusara constantemente el aceptar ta! cargo. Acusado calumniosamente por unos envidiosos, fué privado de su dignidad. Y esta injusticia le hizo concebir un resentimiento tan grande, que, seducido por un mago judío, llegó, no sólo a renegar de Jesucristo y de su Madre, sino también a dar al diablo, al que se había entregado, el acta auténtica de su apostasía, escrita de su puño y letra. Mas bien pronto, atormentado por los remordimientos y de continuo perseguido por el horror de su crimen, fué a refugiarse en una iglesia consagrada a la Santísima Madre de Dios. Allí permaneció cuarenta días entregado al ayuno, a la oración y al llanto, al cabo de los cuales, la Virgen, movida de su arrepentimiento, hizo que le devolvieran la cédula fatal y le reconcilió misericordiosamente con su hijo (Cf. Metaphrast., 4 feb.). Sobre cuyo hecho San Pedro Damiano exclama en uno de sus sermones: "*Oh María, ¿qué podrá rehusaros vuestro Hijo ya que no os negó la salvación de Teófilo, que estaba hundido en el abismo de la perdición? Esta alma infortunada había renegado de todo cuanto en Vos se operó: esa negación la había sellado con su propio sello, y Vos lo habéis sacado de su abyección y miseria. No: nada es imponible para Vos. cuyo poder trae a los desesperados a la esperanza de la felicidad.*" S. Petr. Damián.. *Serm. 40, de Nativ. B. V. de Assumpt*., P. L. CLXXII, 993 y sigs.: Godofredo de Vendóme, Serm. *8. In omni festiv.* II. V., P. I,.. CLVII 269 y sigs.; S. Antonin., Sum., IV, p.. ti. 4-5; *Speculum Virg*., lect. 9, Opp. S. Bonavent., t. XIV, p. 259 (ed. Vives), etc.

En sus conmovedoras **Contemplaciones** sobre la bienaventurada Virgen, Raimundo Jordán pone por título a una de ellas: **De la Omnipotencia de la Virgen María**. "*Virgen María omnipotente* —exclama—, *vuestras palabras están llenas de piedad* (pietate, bondad): ***cualquiera*** *cosa que queráis, la hacéis; vuestros designios no vacilan* ***y vuestra voluntad se cumple siempre****. A Vos pertenece el poder de vida o muerte... Vos lo podéis todo por la liberalidad de vuestro Hijo.* ***Todopoderoso Él, os ha hecho todopoderosa****, porque todo poder viene de Dios. Permitido os está, pues, decir:* ***"Todo poder me ha sido dado en el cielo y sobre la tierra."*** *Si vuestro Hijo es el Rey de los reyes y el Señor de los señores* (Apoc., XIX, 16). *Vos sois, ¡oh, Virgen Madre de Cristo!, la Reina de los que saben gobernarse bien, la Soberana de los que se dominan. Vos tenéis todas las cosas a vuestras plantas: ovejas y bueyes, es decir, los sencillos; los animales salvajes, es decir, los hombres disolutos y libres; errantes a través del campo; los pájaros del cielo, es decir, los soberbios; los peces del mar, es decir, los ambiciosos...* (Psalm., VIII, 8, 9). *Mostrad, ¡oh, Virgen bendita!, vuestro poder en favor mío, moviendo a piedad a vuestro bendito Hijo. Yo creo, ¡oh, misericordiosísima Soberana!, que si Vos rogáis a vuestro Hijo por mí, pecador, todos los demás Santos rogarán por mí y me prestarán su ayuda. Mas si guardáis silencio, nadie orará ni me asistirá*" (Raimundo Jordán, *Contempl. de B. M. V*., p. VI, contemplat. 18).

La Iglesia de Francia confirma con su voto las afirmaciones de tantos hijos suyos, cuando canta a María, en la prosa de la Asunción: "*Para subir hasta Dios, que pasen a nuestros votos por Vos; no es justo que nada se rehuse a la Madre*".

Por consiguiente, esta conclusión se impone: El crédito de la Virgen bienaventurada no tiene límites: es la omnipotencia suplicante.

III. No oiremos lenguaje distinto si interrogamos sobre el poder de María a los Santos y Doctores más cercanos a nosotros.

Así, el beato Alberto el Magno, o el antiguo autor cuyas *Notas al Cantar de los Cantares*han sido atribuidas a este gran teólogo, llama a María la *cillerera* de toda la Trinidad (Cant. n. 3), porque da y derrama el vino del Espíritu Santo *a quien quiere y tanto como quiere*" (*Biblia Mariana*, Cant. Cantic. n. 4. Opp. Albert M.. t. XX, 16). Por lo demás, este autor, sea quien fuere, no ha inventado una fórmula como esa, tan capaz de extender fuera de toda limitación el poder de María, porque se la encuentra, aún más expresiva, en los sermones sobre la *Salve Regina*, de los que ya hemos hablado. A propósito del nombre de **Madre de Misericordia**, dado en esta antífona a la dichosísima Virgen, el autor asegura que este título le conviene en justicia,"*porque, nos agrada creerlo así, Ella abre el abismo de la piedad divina a quien quiere, cuando quiere y como quiere; de suerte que un pecador, por grande que sea, no perecería si se dignara concederle su apoyo la Santa entre los Santos*" (In Antiph. *Salve Regina*. serm. 1, n. 3, P. L., CLXXXIV, 1063). Escuchad ahora esta proposición de uno de los panegiristas de María, al declinar de la Edad Media. La ha tomado de San Bernardino de Sena: "*Todas las cosas obedecen al imperio de Dios, y la Virgen no menos; y, sin embargo, esta otra afirmación no es menos verdadera: todo obedece al imperio de María, y aun el mismo Dios... Es, pues, muy grande este imperio de la Virgen, que manda, no sólo en las criaturas, sino en Dios, como una madre en su hijo*" (Pelbarto de Themeswar, *Stellarium Coron. B. V.*, XII, p. 2, c. 6 y 7). El docto franciscano hubiera podido transcribir esta otra no menos asombrosa sentencia del mismo Santo, afirmando él también de María que tiene en sus manos las llaves del tesoro de Dios; "*tanto, que Ella distribuye y dispensa a quien quiere, cuando quiere, como quiere y en la medida que quiere, los dones, virtudes y gracias del Espíritu Santo*" (San Bernard., Sen., *Serm. in Nativ. B. M. V.*, a. I, c. 8, Opp., t. IV, p. 96). Y no se diga, con el designio de eludir la fuerza de esos textos, que estas son pías efusiones de siervos de María, desconocidas de los maestros de la ciencia sagrada. Sí; ciertamente, los sentimientos aquí copiados salen de la boca y del corazón de los Santos, mas es preciso conceder también que la Iglesia los hace suyos, admitiéndolos en su Liturgia y, además, los Santos que hemos escuchado, en cierto número, pertenecen al número de los Padres o, por lo menos, gozan de gran autoridad en una u otra Iglesia. Por lo demás, fácil sería encontrar en teólogos más recientes testimonios no menos explícitos. Gerson, en sus *Tratados sobre el Magníficat*, al llegar a este versículo: Desplegó la fuerza de su brazo: *fecit potentiam in brachio suo.*" "*Lo veis, hace decir al discípulo, su interlocutor, la omnipotencia es propia de Dios. ¿Cómo la atribuís a su Madre?*" Y el maestro responde: "*El Esposo y la Esposa son un solo y mismo espíritu. ¿Por qué no podrán uno y otra aplicarse las mismas palabras, aunque en diferente manera: Esta, desplegando su poder de intercesión; Aquél, de imperio: haec impetrando, iste imperando?*" (Gerson, Tract. IV *super Magníficat*., Opp., t. IV (ed. Antwerp.), p. 287).

Y, ¿por qué este poder de impetración en María? Porque es Madre de Dios, dignidad que le confiere una autoridad y un dominio natural sobre el Señor del Universo, y, *a fortiori*, sobre todo cuanto está sometido al mismo Señor; de suerte que todo dobla la rodilla al oír su nombre en el cielo, en la tierra y en los abismos... Por consiguiente, ha recibido la plenitud de la gracia, no para Ella sola, sino para todos. Por consiguiente también, el Señor está en Ella, no solamente como en las demás criaturas, por esencia, presencia y potencia, sino por gracia y santificación muy singulares. Por consiguiente, finalmente, Nuestra Señora es llamada Abogada nuestra, Medianera nuestra y nuestra Emperatriz, y es, según atestigua San Bernardo,

disposición divina que todos los dones hechos a la humana criatura pasen universalmente por sus manos (Gerson, *Serm. de Annunciat.*, 4a consid., t. III, 1366, 1367).

A los herejes del siglo XVI, que reprochaban a los católicos el que pusieran en María toda su esperanza, respondía el piadoso y sabio Luis de Clois (vulgo Blosius): "*No, no fundamos nuestra esperanza en el hombre, no confiamos en María, como si no hubiera recibido de Dios cuanto es, cuanto posee y cuanto vale. Nosotros, lo confesamos, lo ha recibido todo de Aquel que la ha creado y escogido;* ***todo lo puede en Aquel a quien ha dado al mundo****. El Creador ha dado a su criatura, el Hijo a su Madre un* ***poder inefable****, honrándola con los más singulares privilegios. Y por eso ponemos en ella nuestra esperanza de salvación; no antes que en el Señor, sino después que en el Señor, porque es del Señor, fuente primordial de todos los bienes, de quien esperamos principalmente la salvación*" (Ludov. Blesens, *Paradis. animae fidelis*. c. 18, n. 2 Ingolstadii, 1726).

Nuestro Señor se dignó revelar por sí mismo a la bienaventurada Margarita María esta eficacia de la intercesión de su Madre en una visión de la que la discípula del Sagrado Corazón nos ha dejado un instructivo relato: "*Un día de la Visitación* —nos cuenta—*, estando ante el Santísimo Sacramento, donde pedía a mi Dios alguna gracia particular para nuestro Instituto, encontré a esta divina bondad inflexible a mis oraciones, diciéndome:* ***"No me hables de eso: se hacen sordas a mi voz y destruyen los fundamentos del edificio. Si piensan levantarlo sobre uno extraño, lo derribaré."*** *Mas la Santísima Virgen, tomando la defensa de nuestros supremos intereses cerca de su Hijo, irritado, apareció rodeada de una multitud de espíritus bienaventurados que le rendían mil honores y alabanzas, y se prosternó ante él con estas tiernas palabras:* ***"Descargad sobre mi vuestra justa cólera. Son las hijas de mí corazón; seré para ellas escudo protector que recibirá los golpes que les deis.****" Entonces, este divino Salvador, con el semblante amable y sereno, le dijo:* ***"Madre mía, poder tenéis para distribuirles mis gracias como querais. Dispuesto estoy, por vuestro amor, a sufrir el abuso que de ellas y hacen..."*** (Margarita María, escrita por sus contemporáneos, t. I, p. 267 y sigs.).

IV. Resumamos en pocas palabras las distintas fórmulas con que los Santos Padres, los monumentos de la Liturgia, los autores eclesiásticos y los Santos acaban de celebrar el poder de intercesión de la Virgen Madre, y después diremos sobre qué principios han establecido esta verdad.

En cuanto a las fórmulas, nos han asegurado de María que su intercesión cerca de Dios no es rechazada jamás, siendo su poder adecuado a su querer. Gracias a su autoridad maternal no puede dejar de ser escuchada cuando pide, porque inclina la voluntad divina a todos sus deseos. Tan grande es su poder, que sobrepuja a todo concepto. Es un placer para su Hijo el escuchar sus oraciones, y considera como deuda el satisfacerlas. Nada es imposible para María; su patrocinio es omnipotente; tan poderoso, que obliga en cierto modo a su Hijo a mostrarse clemente en nuestra causa. Si se acerca al trono de la Misericordia, no es sólo con plegarias, sino con órdenes, como Reina más que como sierva. Todo poder le ha sido dado en el cielo y sobre la tierra, y el poder divino no resiste a su poder. Que hable, que quiera, y Jesucristo, que ve y respeta en Ella a su Madre, no sabrá decirle que no. Todos los tesoros celestiales, los dones todos del Espíritu Santo, están en sus manos; Ella los distribuye como dueña, cuando quiere y como quiere. Infinita es su voluntad como infinito es su poder. Su voluntad se cumple en todo y siempre, y nada puede ser obstáculo para ello. Su Hijo, como Todopoderoso, la ha hecho asimismo todopoderosa, de tal modo, que todo obedece al imperio de la

Virgen y, en cierto sentido, el mismo Dios. Dios y María despliegan la fuerza de su brazo. Él, por mandato; Ella, por intercesión. En una palabra, su poder es inefable: todo lo puede en aquel que ha dado al mundo: es la Omnipotencia suplicante.

Léanse de nuevo, y uno tras otro, los testimonios acumulados en este capítulo, y quedaráse persuadido de que, lejos de exagerarlas al resumirlas, más bien hemos aminorado la fuerza y disminuido el número de las fórmulas y su variedad.

Vengamos ahora a los principios de que los textos antedichos han deducido tan asombroso poder. Están expresos en las fórmulas mismas que nos dicen el poder de María. Es que Ella es la Madre de Dios, manantial de toda gracia y todo bien, y que un Hijo bueno mira como una orden cualquier legítimo deseo de su madre; es que es la Esposa única de Dios, y todo debe ser común entre el Esposo y la Esposa; es que es una acreedora de quien Cristo mismo es deudor, puesto que libremente le ha proporcionado de su substancia la naturaleza en la cual se ha hecho hombre; es que, descansando en los brazos de su Amado, puede, en esa intimidad de corazones, pedirlo todo y alcanzarlo todo; es que, sola entre todas las criaturas, ha concurrido por su parte a la redención de los hombres, y que todas las gracias van a la consumación de su salvación; es que, no siendo Madre de Dios sino para la obra de la misericordia, sus destinos serían de cierto modo desconocidos, si hubiera un límite en la asistencia que presta a los miserables; es que, su amor casi infinito hacia nosotros, sufriría violencia, si el poder de hacernos el bien no igualara a su maternal ternura.

¿Qué más diremos? Que está llena y **sobreabunda** de gracia, y que una plenitud que no acierta a agotarse ni a disminuirse, tiene necesidad de derramarse sin medida; que es Reina del mundo y Madre de los hombres, y que por este doble título tiene recibida de Dios la providencia universal de la salvación; que, finalmente, la experiencia de todos los siglos nos la muestra revestida de este incomparable poder, porque nunca persona alguna ha clamado a Ella en vano para conseguir asistencia y protección. Por lo demás, es necesario consignarlo de nuevo, porque nuestros adversarios no cesan de calumniar nuestra creencia en el poder maternal de María, este poder es el de la oración. Los textos citados dan fe de ello. Si fueran necesarias otras pruebas, por doquiera se las encontraría.

No trataremos de disimular que, aun teniendo en cuenta esta observación, algunos católicos han juzgado algunas de las fórmulas que hemos transcrito, audaces y malsonantes. María omnipotente; María, acercándose al trono de su Hijo, menos como suplicante que como señora; María, mandando en el mismo Dios, ¿acaso no son estas expresiones que pasan de la raya, como si el poder de María no tuviese límites, como si Dios pudiese recibir órdenes y el Creador obedecer a la criatura?

¿Condenaremos estas fórmulas? No; la autoridad de los Santos y Doctores que de Ellas se han servido, no lo permite. ¿Qué hacer, pués? Explicarlas.

Seguramente que si hubiera que tomarlas al pie de la letra, serían de una insigne falsedad. Mas no era este el sentido que tenían en su pensamiento tantos sabios y piadosos autores. Lo que querían expresar con estas fórmulas y otras parecidas es la inefable eficacia que las oraciones de la Madre de Dios tienen sobre el Corazón de su Hijo; es la virtud singular de los títulos que tiene para ser escuchada; es la confianza con la que María puede llamar a la

puerta de la misericordia, con la certeza de obtener cuanto pide, porque no puede pedir nada que sea incompatible con la gloria divina.

Ahora bien; esta interpretación no está, en manera alguna, fuera de las leyes comunes del lenguaje. ¿Acaso es inaudito el oír a un superior responder a las personas que ama y estima:"*Vuestras peticiones son órdenes para mí*"? ¿No leemos que Dios obedeció a la voz del hombre, cuando el sol se detuvo en su carrera al mandato de Josué? (Jos. X, 14). Tomar ocasión de estas exageraciones aparentes para escandalizarse, es desconocer el uso de las figuras retóricas y de las metáforas, o bien, es olvidar que el lenguaje del amor es diferente del de la fría razón, aun cuando el uno y la otra quieren expresar ideas semejantes (Cf. Petav., *De Incarnat*., I, XIV, c. 8, 14; B. P. Canis., *De Maria Virgine*, l. V, c. 11); finalmente, y, sobre todo, sería ir contra la manifiesta intención de los mismos autores, porque ni uno solo ha dejado, de una manera o de otra, sea por el contexto, sea por el empleo de algún correctivo, de traducir estas osadas expresiones a su justa medida.

¿Y en qué hay que hacer consistir esta justa medida? En creer de María que su poder de intercesión se extiende, ciertamente, más allá de lo que podemos concebir, y que jamás ninguna de sus oraciones, por grandes y numerosas que sean, queda desechada. ¿Qué es lo que sería preciso para que sufriera una repulsa? Ya lo hemos dicho: solicitar algo que no fuera del agrado de Dios. Ahora bien; esto es lo que no permitirán nunca a María ni su amor a la bondad divina, ni las luces abundantísimas que la iluminan. Vanamente se objetará que lo missmo puede decirse de los demás Santos. Ellos también ven escuchadas sus plegarias, puesto que nada piden que esté en desacuerdo con los designios de Dios. Lo concedemos de buen grado: hay en este punto semejanza entre sus oraciones y las de María; pero con dos diferencias: primera, no tienen, como María, confianza para pedir cualquier gracia compatible con las intenciones conocidas de Dios, porque saben que no es voluntad de Dios el conceder por su intercesión todas las gracias de este género. Segunda diferencia, que explica la primera: que la Virgen Santísima puede apoyar su petición sobre títulos de que ellos carecen, y que aun en los mismos puntos en que los títulos son comunes, María los posee en grado sin comparación más elevado que todos ellos. Puede, pues, afirmarse que el poder de María sobre el corazón de Dios, sin dejar de ser poder de intercesión, llega, en cierta manera, a constituir un derecho. Bossuet ha dicho en cierto lugar, hablando del amor de Jesucristo a su Madre: "*Porque es Hijo de María y porque no hay hijo que no esté obligado a amar a su madre, lo que para los otros es liberalidad, con respecto a María llega a ser obligación*" (Bossuet, *Tercer Sermón de la Nativ. de la Virgen*, primer punto). Ahora bien; el derecho de esta Divina Madre a ser amada constituye también un derecho para ser escuchada en sus oraciones y colmada en sus deseos.

Reino de misericordia

De cómo Dios, dividiendo su imperio, se ha reservado la justicia y ha entregado la misericordia en las manos de su Madre.—Explicación y legitimidad de la fórmula tradicional que expresa esta especie de partición.

I. Es, por decirlo así, un lugar común, sobre todo desde la Edad Media, el mostrar en la historia de la Reina Ester una viva y adecuada imagen del poder misericordioso de la Madre de Dios. Se recordará cómo Asuero, inducido por Amán, el enemigo mortal de los judíos, hizo publicar un edicto que condenaba a muerte al pueblo entero de Israel, establecido en sus estados. Mardoqueo, uno de los principales condenados, hizo rogar a Ester, su sobrina, que intercediera por ellos cerca del rey, con el fin de obtener la revocación de la sentencia. Y como Ester vacilara en intentar esta gestión, temiendo la cólera del terrible monarca si se presentaba ante él contra sus órdenes y sin haber sido llamada: "*No creáis* —le mandó a decir Mardoqueo— *que podáis salvaros sola, porque estáis en la casa del rey, si perecen todos los judíos... ¿Y quién sabe si no estabais reservada para esta coyuntura cuando subisteis al trono?*"

Ahora bien; tres días después de esta paternal intimación de su tutor, Ester se presentó adornada de sus regias vestiduras en la estancia de Asuero, y cuando éste la vió en pie ante él, fué del agrado de sus ojos, y extendió hacia ella el cetro de oro que tenía en la mano. Y Ester, acercándose, besó la extremidad del cetro. Y el rey le dijo: "*¿Qué queréis, reina Ester? ¿Qué deseáis? Aun cuando me pidierais la mitad de mi reino os la daría*" (Esther, IV y V). El resto de la historia es conocido: el orgullo de Amán fué humillado primero; el traidor, cogido en sus redes, sufrió el castigo de su crimen, y, finalmente, salieron correos llevando por todas las provincias del imperio cartas selladas con el anillo del rey, para revocar la sentencia de muerte promulgada contra los judíos y dar a éstos el poder sobre los enemigos de su nación.

Santo Tomas de Aquino, en el prefacio de su **Exposición de oro**, sobre las epístolas canónicas, ha aplicado extensamente este relato a los hechos de la caída y separación de la especie humana por Cristo y por su Madre María. Amán es el diablo, cuya astucia ha atraído sobre Adán y su posteridad la cólera divina. Asuero es la figura de Dios, fulminando contra los culpables sentencia de muerte, y de muerte triple, a saber: la muerte corporal, la muerte espiritual, la muerte eterna. La sentencia fué consignada en el libro del **Génesis** y promulgada por los enviados del Rey del Cielo, que son los Profetas. Pero la bienaventurada Virgen, representada por la reina Ester, ha obtenido la revocación de esta terrible sentencia: y esto se hizo porque halló gracia a los ojos del Rey; porque el Rey extendió hacia ella su cetro de oro en el momento en que el exceso de su amor decretó la Encarnación de su Hijo; porque esta Virgen ha tocado la extremidad del cetro real cuando concibió al Hijo de Dios en sus entrañas; porque recibiendo de Dios así **la mitad de su realeza**, ha sido constituida Reina de la Misericordia. Ella, cuyo Hijo es Rey de la Justicia. *Et sic dimidiam partem regni Dei impetravit, ut ipsa sit regina misericordiae, cuius Filius rex est iustitiae*. Ahora bien : he aquí ahora a los emisarios que parten con el fin de promulgar por doquiera la buena nueva de la revocación de la sentencia. Son los Apóstoles, provistos de la autoridad de Jesucristo, el Rey de los reyes. Llevan en sus manos las cartas de perdón, que son las Epístolas y el Evangelio; y hasta el fin de los

siglos anunciarán a todos la buena nueva, o personalmente por sí mismos, o por medio de sus sucesores en el sacerdocio y en el sagrado ministerio.

Muchos testimonios lo atestiguan, y los puntos de semejanza son tan manifiestos y numerosos que los escritores y los exégetas devotos de María no han vacilado en reconocerla en la libertadora del pueblo judío, como en una de sus imágenes más perfectas. Ya hemos señalado esta semejanza al hablar de la hermosura de la Madre de Dios. ¿Cuánto más se acentúa cuando se medita en el mensaje de Mardoqueo a la reina Ester? ¿Acaso no es cierto que la Santísima Virgen hubiera perecido, Ella también, con el resto de la familia humana, si, por su *fiat*, no hubiese atraído la clemencia del Rey de los siglos sobre la tierra maldita? ¿No es de Ella de quien puede decirse con toda verdad que no ha sido exaltada al trono, llegando a ser Madre de Dios, sino para salvarnos a todos de la terrible condenación lanzada contra los hombres y para derrocar el imperio del demonio, simbolizado en Amán? No nos sorprendamos, pues, de ver a los antiguos escritores penetrados de estas ideas, celebrar en María a la Reina a quien el Rey universal ha confiado la mitad de su reino.

Y, ¿cuál es esta mitad? He aprendido estas dos cosas, cantaba David: que el poder pertenece a Dios y que Vos estáis, ¡oh, Señor!, lleno de misericordia (Psalm. LXI, 12). Aquí es el poder lo que constituye la primera parte de la realeza divina; en otra parte, y casi en todas, es la justicia; mas siempre y por doquier la misericordia constituye la segunda (Psalm., LXXXIV, 11, y XXIV, 10).

Y no porque haya obras que no pertenezcan más que a la justicia, y oíras que sólo dependan de la misericordia; ambas se encuentran unidas en todas las obras de Dios, sino porque las unas se atribuyen especialmente a la justicia, y las otras a la misericordia; porque la misericordia resplandece con más viveza en éstas y la justicia en aquéllas. Siempre, por lo demás, el primer puesto pertenece a la misericordia (S. Thom., 1, p„ q. 21, a. 4).

Ahora bien; esta mitad de su imperio, esta parte principal de su realeza, Dios la ha cedido a María. "*Hoy* —dice **Gerson**—, *la Virgen es glorificada hasta llevar el título de Reina del cielo; más aún de Reina del mundo, con la preeminencia sobre los hombres y la influencia que corresponden a este tíulo. Reina Ella sobre la mitad del reino de Dios, si es permitido hablar así, conforme con los tipos de Ester y de Asuero; porque la realeza de Dios descansa sobre el poder y sobre la misericordia... Ahora bien; el Señor, reservándose el poder,* ***ha entregado****, en cierta manera, las funciones de la misericordia a la Madre de Dios, a la Esposa que reina al lado de Cristo*" (*Tract. IV super Magníficat*. Opp., t. IV, p. 286).

Hacia la misma época, un teólogo, que fue también un liturgista distinguido, **Gabriel Biel**, desarrollando la invocación que sigue inmediatamente al Padrenuestro, en el cánon de la misa, escribía: "*Nos dirigimos primero* (para conseguir la paz) *a la dichosísima Virgen, Reina de los cielos, a quien el Rey de los reyes, nuestro Padre Celestial, ha dado la mitad de su reino. Lo cual había sido figurado en la Antigua Alianza, cuando la reina Ester, acercándose a Asuero, para sosegar su cólera, oyó que le decía:* ***"Aun cuando me pidieras la mitad de mi reino, te sería concedida."*** *Así el Padre celestial, poseyendo la misericordia y la justicia, como los dos principales ornamentos de su realeza, ha guardado para sí la segunda y concedido la primera, es decir, la misericordia, a la Virgen, su Madre*" (C. *Canonis Missae expositio*, lect. 8 de Excrescentia orat. domn.). También por el mismo tiempo, **Dionisio el Cartujano**enunciaba una idea parecida: "*¿Cómo es* —se pregun-

taba— *la dignísima Virgen, la Madre del Amor hermoso, la Madre del temor y de la ciencia verdadera y de la santa esperanza? ¿Será porque de todo eso es causa eficiente y principal? Seguramente que no. Es más bien porque es su causa instrumental y secundaria; porque con sus méritos y oraciones nos consigue de Dios estos bienes. ¿No os, acaso, la abogada del género humano, reina de la piedad, aquella a quien decimos que Dios ha* ***entregado el reinado de la misericordia****?*" (*In fest. Concept. Enarr*. in epist. "*Ego quasi vitís fructífera.*" Opp., t VI (Colon., 1542), fol. 14, in verso). Un contemporáneo de los anteriores, el franciscano Bernardino de Busti, empleaba un lenguaje análogo, dando a sus ideas, sin embargo, como es su costumbre con demasiada frecuencia, un giro paradójico, que perjudica a las tesis, por otra parte, fundadas en la verdad, de las que se constiuye ardiente campeón.

Pretende, pues, "*que es permitido el apelar a la bienaventurada Virgen, si uno se cree agraviado en demasía por la justicia de Dios.*" "*Esto*, dice, *es lo que ha sido prefigurado en el capítulo V de Ester... Esta reina representaba a la Emperatriz del cielo, con la que Dios ha compartido su Imperio. Poseyendo la justicia y la misericordia, Él se ha reservado el ejercicio de la primera; en cuanto al de la segunda, ha hecho cesión de él a su madre. Si, pues, alguno teme comparecer ante el tribunal de Dios, que apele al fuero misericordioso de María*" (Bernardo de Bustis, Serm. .1 de Nominat Marine, 4? excellentia nomin. vira, quae dicitur Imperialis).

Hemos visto ya a Santo Tomás confirmar esta aplicación del texto de Ester, en su prefacio de la Exposición de las Epístolas canónicas. Se la cita también como perteneciente a su maestro Alberto el Magno. Creemos que es una equivocación, porque el tratado de las**Alabanzas de la Bienaventurada María**, que la desarrolla con bastante extensión, es obra de otro autor eclesiástico, **Ricardo de San Lorenzo**, como ya lo hemos indicado en otra parte. *De Laudibus B. Mariae*, 1. VI, c. 13, n. 2, c. 20. Opp. Alberti M., p. 201 Sin embargo, el bienaventurado Alberto ha dicho algo parecido en sus *Cuestiones sobre el Missus est*. "*La Virgen* —dice— *es llamada en la Iglesia, no sólo Madre, sino también Reyna de Misericordia. Ahora bien; estos dos títulos no son sinonimos. Una es la noción de madre, otra la de reina. Por consiguiente, también la razón por la que se llama a María Reina de Misericordia no es absolutamente la misma por la que se la llama Madre de Misericordia. Me parece que se la llama Reina de Misericordia, porque el reinado de la misericordia ha tomado de ella su origen; porque el poder que lo rige ha tenido en ella su principio* (en una palabra, porque ella es, en cierta manera, su fundadora). *Efectivamente, existo el reino de la justicia, en el cual cada uno recibe lo que ha merecido en su cuerpo: hay el reino de la misericordia, en el que no se recibe según sus obras, y en el cual reina la misericordia perdonando los pecados, remitiendo las penas, multiplicando los bienes, difiriendo los males. El poder que gobierna al primero es el del Rey de la Gloria y de la Justicia, es decir, el de la Santísima Trinidad; el origen del segundo, el primer poder que lo dirige es el de la bienaventurada Virgen; porque ella es, ¡oh Dios mío!, la que nos ha dado vuestra misericordia en medio de vuestro templo, quiero decir, Jesucristo, por quien han sido hechas la misericordia y la verdad; Jesucristo, que reina propiamente hoy sobre aquellos a quienes ha rescatado con su sangre, regenerado con su muerte, y a los cuales va configurando a su imagen hasta el día en que consumadas todas las cosas, entregará su Reino a Dios, su Padre*" (Albert. M., *Super Missus est*, q. 76. 1. XX, p. 65).

El autor del gran Salterio de la bienaventurada Virgen, inserto entre las obras de **San Buenaventura**, tenía, él también, la misma imagen ante sus ojos, cuando modificaba el primer versículo del Salmo LXXI para aplicárselo a María: "*¡Oh, Dios!, dad juicio al Rey y misericordia a la Reina, su madre*" (*Psalter, Maius B. M. V*.. Psalm. LXXI, 1. Opp. t. XIV, p. 209).

Finalmente, San Alfonso de Ligorio, siguiendo a los demás, ha celebrado como ellos este misterioso reparto, simbolizado en la historia de Ester, que hace de María la Reina y la Madre de la misericordia.

Glorias de María, p. I. "*La Salve Regina*", c. I, I. El santo confirma su doctrina con un texto que atribuye erróneamente a San Bernardo: "*Es que por ella ha sido abierto el abismo de la misericordia divina a quien quiere cuando quiere y como quiere...*"

Citemos también una oración del **piadoso Idiota**, en que la idea fundamental de este capítulo está expuesta con toda nitidez: "*¡Oh, Reina del cielo y de la tierra!, el reino de Dios está como dividido en dos partes: misericordia y justicia. Vuestro Hijo, Jesús bendito, se ha reservado en cierto modo la justicia, como una mitad de su reino; a Vos, Virgen piadosísima, ha concedido la misericordia, como la otra mitad. Y por eso este Hijo bendito lleva el nombre de Sol de Justicia, y Vos el de Reina de misericordia. Ahora bien; este reparto fué prefigurado en el ofrecimiento que Asuero hizo a la reina Ester de la mitad de su reino. Porque esto es lo que el verdadero Asuero, es decir, Jesucristo, ha hecho con mayor eficacia con respecto a Vos.*

"*Aunque su reino esté formado tanto de misericordia como de justicia antes de Vos, sin embargo, clementísima Virgen María, el ejercicio de ambas no estaba tan bien compartido que la mitad perteneciese a la misericordia y la otra a la justicia. La severidad de ésta ganaba a la benignidad de aquélla. Ahora, Virgen dulcísima, habría un reparto igual y exacto en este reino, si la justicia se dejara sentir al par de la misericordia. Mas, porque así lo exige nuestra flaqueza y porque conviene a la liberalidad divina y a la vuestra el ir en sus dones más allá de las peticiones, vuestro glorioso Hijo concede, en consideración a vuestras santísimas oraciones, que la misericordia sobrepuje al juicio. En cuanto a mí, Reina de bondad y misericordia, me considero indigno de este reino, y tengo motivos para temer que caiga, al fin, bajo el imperio de la justicia. Si pues, vuestra parte de realeza, es decir, la misericordia, no viene en mi apoyo, la justicia reinará sobre mí y será, vista la enormidad de mis crímenes, no para salvación mía, sino para mi condenación*" (Raym. Jordán., *Contempl. de B. M. V.*, p. XIV, contempl. 10, n. 1 y sigs.).

II. No ignoramos que esta idea del reparto de la realeza divina ha parecido singular a varios críticos, y que la han tachado de exageración escandalosa y aun impía. ¿Puede, acaso, Dios desprenderse de sus esenciales prerrogativas para, con ellas, enriquecer a una criatura?

No, por cierto; no podría Dios abdicar de su misericordia. ¿De dónde manaría esta misericordia sobre el corazón de las criaturas, si su manantial originario se agotase? Equivaldría a decir que es posible que Dios ceda sus perfecciones y su ser a las obras salidas de sus manos. No, repetimos; la misericordia de María no puede superar a la de Dios, porque es una gota en comparación del inmenso océano que en él existe. Nada es más extraño a las ideas que se le atribuyen, que el pensamiento de los piadosos autores que nos hablan de este reparto. Lo que quieren decir y lo que creemos con ellos, es que de las dos clases de obras en que resplandecen las perfecciones divinas, obras de justicia y obras de misericordia, Dios se ha reservado para sí mismo las primeras y quiere hacer las otras principalmente por ministerio de María. Por eso su venida al mundo coincide con una magnífica demostración de misericordia, y esta es, sin contradicción, una prueba que nos da Dios de su propia misericordia, lejos de ser su resignación en manos de alguna criatura.

¿Trátase de castigar a los hombres y de ejecutar justos rigores contra los culpables? Jamás veréis que el azote lo empuñe la mano de María. Un hecho, cantado por loa griegos en sus*Meneas*, parecería estar en contradicción con esta afirmación general. Se encuentra su relato en el 15 de agosto, festividad de la Dormición de la Madre de Dios. He aquí en los términos en que se narra este hecho, según San Sabas. Dicen las *Meneas*: "*Los príncipes de Israel, irritados de los prodigios que acompañaban a la traslación de los despojos mortales de María, impulsaron a algunos insensatos de la plebe a derrocar ignominiosamente la litera en que yacía ese cuerpo, en otro tiempo origen de la Vida. La venganza divina impidió la perpetración del atentado. Todos aquellos desgraciados fueron repentinamente atacados de ceguera. Uno de ellos, más rabioso que los demás había puesto ya sus manos sobre el sagrado depósito. Asidas por un brazo invisible, una y otra quedaron allí sujetas: espectáculo terrorífico para los testigos del crimen y del castigo divino. Mas apenas el culpable, iluminado por tan manifiesto castigo, hubo abrazado la fe de Jesucristo, cuando los manos se desprendieron por sí mismas y volvieron a su natural condición. Y los demás también fueron a su vez curados por un favor instantáneo de la Virgen, cuando, al recibir la verdadera doctrina, aplicaron a sus ojos sin luz la franja del manto que cubría el féretro.*" (Men., 15 aug. Cf. *Pietas Maiana Grace*, p. I, n. 483.) San Juan Damasceno cuenta el mismo episodio en su segunda homilía sobre el Sueño de la bienaventurada Madre de Dios, n. 13, P. G-, XCIV, 740. La verdad de esta leyenda, sacada de los Apócrifos, es cosa muy dudosa. Mas sea lo que fuere de su antenticidad al menos tiene el mérito de arrojar luz sobre esta gran verdad. Todas las vías de María son de misericordia, puesto que aun los castigos de los cuales su poder es instrumento, si por acaso tuvo parte en el castigo de que aquí se habla, van encaminadoo a la enmienda de los culpables y concluyen con el perdón más maternal.

Su papel es nulo en el terreno de la justicia, porque Ella está diputada para otras funciones. Nos engañamos: se verá que interviene de continuo aun en los castigos; pero será para calmar la cólera divina, para apartar los golpes, o bien para hacerlos redundar en favor de los que los soportan. En cuanto a las obras de misericordia, estará en ellas tan mezclada, que siempre y por doquier su influencia será preponderante. En obras semejantes obrará como reina, no sólo porque ninguna otra criatura de Dios tendrá en ellas una participación igual a la suya, sino también, y sobre todo, porque Dios no sabrá rehusar nada a su oración. Ciertamente que tendrá que rogar, mas a causa del decreto divino que la ha consagrado reina en el dominio de la misericordia, su oración, y, de consiguiente, su poder, no tendrá límites. Y de este modo es como nos hallamos de nuevo con la fórmula que nos muestra en Ella a la Omnipotencia suplicante; pero Omnipotencia en la esfera de la misericordia y para el bien de los miserables, que somos nosotros, todos, los hijos de Adán pecador.

Por consiguiente, para terminar, es calumniar ignominiosamente a los servidores de María el suponer, como lo hace un escritor jansenista del siglo XVII, que la Santísima Virgen tenga necesidad de darles este consejo: "*No digáis que Jesucristo es un Juez severo, y yo la Madre de la Misericordia; que Él se ha reservado la justicia y que me ha otorgado la dispensación de la misericordia. Dios es un ser simplicísimo e indivisible; no tengo misericordia si no viene de Él, y tanta cuanto le plazca otorgarme; Él es el manantial de todas las gracias y de todas las misericordias, y nadie las sabrá agotar*" (*Avisos saludables de la bienaventurada Virgen a sus devotos indiscretos* (libelo anónimo y venenoso, del cual hablaremos más adelante), § 3, n. 7).

Es calumniarlos, decimos, y doblemente: primero, porque ninguno de ellos ha pretendido arrebatar a Jesucristo el más hermoso y más caro de sus atributos, el de la misericordia, ni aun el negarle su ejercicio para transferir su atributo y sus funciones a sola la Madre de Dios, porque ninguno de ellos ha pensado jamás que la misericordia de la Virgen y las gracias que nos alcanza puedan brotar de otra fuente que del Padre de las misericordias y de su Cristo. Además, y sobre todo, porque se supone que tienen la absurda idea de que Dios sea un ser compuesto de partes distintas y de tal modo separables, que se pueda desprender una para hacerla pasar de la esencia divina a la naturaleza creada de la Madre de Dios. Ni aun el autor de los *Avisos saludables* tiene en esto el privilegio de la invención, si algún privilegio resultara de combatir a la bienaventurada Virgen en los panegeristas de sus glorias. Efectivamente, ha sido de las obras del protestante Drelincourt de las que ha ido a tomar acusaciones tan mentirosas (Drelincourt, *Del honor de la Virgen*, c. 3; Réplica al obispo de Belley, sect. 7 et 42. Cf.*Apología de los devotos de la Virgen*, sobre el libelo intitulado *Avisos saludables,* etc. páginas 219 y sigs. (Bruselas, 1675). Además, el autor ,bajo el pretexto especioso de defender la misericordia del Hijo contra los que celebran la misericordia de la Madre, cae en dos errores con respecto al primero: porque parece suponer que Jesucristo, por una parte, no es un Juez Justo, aun cuando sea nuestro Salvador, y, por otra, que es una misma cosa para Dios el comunicar sus perfecciones y perderlas, como si no fuera propio de la bondad infinita el hacer participar a las criaturas de sus riquezas, sin aminorarse ni empobrecerse al compartirlas con ellas, y, para hablar en especial del atributo en cuestión, como si no fuera una demostración de la inmensidad de su misericordia el que interponga entre su justicia y nosotros a su Madre y la nuestra, una Madre diputada únicamente para ser el órgano universal de sus misericordias.

María, mediadora

Lo que es su mediación con respecto a la de Jesucristo; lo que es con respecto a la mediación de los demás Santos. Es superior en eficacia a las oraciones de toda criatura; universal en cuanto a las gracias, en cuanto a las personas, en cuanto al espacio y en cuanto a la duración.—De cómo, finalmente, siendo Jesucristo el único mediador entre Dios y los hombres, su Madre es, en cierto sentido, la única mediadora después de Él.

I. Uno de los principales oficios de la madre es el interponerse como **mediadora** entre el padre y los hijos. Sí, pues, la bienaventurada Virgen es verdaderamente Madre de los hombres, es necesario que ejercite esta función en el orden de la gracia y que se la pueda llamar con entera verdad la **Medianera**. No es, por tanto, cosa que sorprenda el ver a la antigüedad cristiana saludarla con este tíulo y reconocer en Ella todo lo que puede realizar plenamente su significado.

Hemos dicho que la antigüedad cristiana la ha saludado por doquiera con el tíulo de **Medianera**. Si deseáis la prueba, importa el dárosla, puesto que el protestantismo nos ha imputado como un crimen el haber así nombrado a la Madre de Dios, so pretexto de que no hay ni puede haber más que un solo Mediador, Cristo, Hijo del Padre, y sola una mediación, aquella que cumplió sobre la cruz.

Nos bastará recordar los testimonios más antiguos: "*Os saludo, dice a la Virgen Basilio de Seleucia, salve, llena de gracia, ¡oh, Vos, que habéis sido constituida* ***Medianera*** *entre Dios y los hombres, a fin de derribar el muro de la enemistad y de restablecer entre el cielo y la tierra la más estrecha unión!*" (Basil. Seleuc., Or. 39. n. 5, P. G., LXXXV. 444).

"*Salve* —añade Antipater, obispo de Bostra en Arabia—, *Vos, que lleváis sin fatiga a Aquel que lleva al mundo. Salve, Vos, que intercedéis libremente como* ***Medianera*** *del género humano todo entero*" (hom. in S. Joann. Ilapt., P. G., LXXXV, 1172). "*No hay baluarte más inexpugnable que vuestra asistencia. Así, pues, ¡oh, Inmaculada* ***Medianera*** *del mundo!, aceptad las súplicas de un corazón penitente; concededme un pronto socorro en mis necesidades, socorro el más saludable después del de Dios*" (Precat. 2° ad Deiparam, Opp. S. Ephraem. (graec. lat.), t. III, p. 525. sq.). Es esta una oración cuyo honor corresponde a San Efrén. Escuchad esta otra, aún más explícita: "*Señora mía santísima, Madre de Dios, llena de gracia, Vos, gloria común de nuestra naturaleza,* ***canal de todos los bienes****, Reina de todas las cosas, después de la Trinidad ...,* ***Medianera*** *del mundo después del* ***Mediador****; Vos, puente misterioso que enlaza la tierra con el cielo, llave que nos abre las puertas del Paraíso, abogada nuestra,* ***Medianera*** *nuestra, ved mi fe, ved mis piadosos deseos y acordaos de vuestra misericordia y de vuestro poder. Madre de Aquel que sólo es misericordioso y bueno, acoged a mi alma en su miseria, y por vuestra* ***mediación*** *hacedla estar un día a la diestra de vuestro único Hijo*" (Ibíd., Preeat. V ad Deip.. p. 528). "*Salud a Vos, bendita de Dios, el Señor está con Vos; Él, que ha destruido la muerte y que, sirviéndose de Vos, ¡oh, Madre, Virgen y Reina!, como de* ***Medianera****, ha libertado al hombre de la maldición*" (S. Sophon. Hier., in Triod, apud Mal, *Spicil Rom*., t. IV, p. 181). Nos detenemos, porque, si se quisiera decir todo, sería preciso, aquí como en las otras partes de esta obra, invocar a la multitud de los Santos Padres y Doctores, y, además, a todas las liturgias y monumentos públicos de la Iglesia, sea cualquiera el siglo a que hayan pertenecido y la nación en la que estén (Puédese leer sobre este asunto Passaglia, *De Immae. Deip. V. Conceptu*, l. VI, páginas 1464-1476). Ahora bien; no es sólo el título de **Medianera** el que estos innumerables textos conceden a María. Cosa admirable: las fórmulas empleadas, con más frecuencia para caracterizar la mediación de Jesucristo, son las que emplean también al hablar de la Virgen, su Madre. Acabamos de verla en algunos ejemplos. Se encontrarían otros muchos en la gran obra de Passaglia sobre la *Concepción inmaculada* de María (Ibid., p. 1444 y sígs). No porque la mediación de María sea para estos Padres, ciertamente, del mismo orden que la mediación de Jesucristo, sino porque la nueva Eva, siendo compañera inseparable del nuevo Adán, participa de todos sus misterios.

Tratemos de formarnos una idea aún más clara de una prerrogativa, tan gloriosa para nuestra Madre, y para nosotros tan fecunda en beneficios. A fin de proceder con más orden, la compararemos primero a la mediación de Jesucristo Salvador, y después a la de los otros Santos.

II. Comencemos por el primer término de comparación. ¿Qué es lo que significa el término de **Mediador**, cuando la Sagrada Escritura y la tradición católica lo aplican a Jesucristo? O, lo que es lo mismo, ¿en qué sentido y por qué causa Nuestro Señor es el Medianero de Dios y de los hombres? San Cirilo de Alejandría lo ha definido con suerte en uno de sus **Diálogos**: "*Es Mediador, porque nos ha mostrado asociadas en la unidad de su persona dos cosas, naturalmente separadas por un intervalo inmenso, infinito: la naturaleza divina y la naturaleza humana, y porque nos une por sí mismo a nuestro Dios y a nuestro Padre*" (S. Cyrill. Alex., *Dialog*. de

Trinit., I, P. G., LXXV, 693. El santo Doctor opone esta noción de mediador a la de los Arríanos, según los cuales el Hijo de Dios sería medianero entre el mundo y Dios, ya porque tiene en su ser de Verbo, una especie de medio entre la naturaleza increada y nuestra naturaleza creada, superior a ésta, inferior a aquélla; ya porque ha sido el instrumento animado de que Dios se ha servido para sacar de la nada la Creación). Donde se ve que la noción de Mediador, cuando se trata de Jesucristo, encierra dos elementos: la unión de la naturaleza divina y de la naturaleza humana en la unidad física de una sola y misma persona; las operaciones por las cuales Jesucristo, uno con Dios en su divinidad, uno con nosotros en su humanidad, ha aproximado una a otra estas dos naturalezas, tan largo tiempo apartadas, para hacer reinar entre ambas la paz y la concordia (Colos., I, 20, sqq.). De manera que la mediación de Nuestro Señor Jesucristo se compone, en cierto modo, de una doble mediación, una de las cuales es la razón y como el fundamento de la otra. Hay la mediación **ontológica**, que depende del mismo ser del Mediador. Tiene su punto de partida en la Encarnación del Verbo, en la que "*Aquel que existía en la forma de Dios... se anonadó a sí mismo hasta tomar la forma de esclavo*" (Eph., II, 6 y 7), y nos ha mostrado en su persona al hombre y a Dios, un Hombre-Dios. Era, verdaderamente, un intermediario entre los dos extremos, que son el Criador y la criatura, la naturaleza humana y la divinidad. Así, el hombre es el mediador natural entre el mundo de la materia y el mundo del espíritu, porque los enlaza el uno con el otro en la unidad del mismo ser. Mas para que la unión fuera perfecta, era necesaria otra mediación que saliera de la primera para coronarla completándola: es la mediación que llamaremos provisionalmente mediación **moral**, a falta de otro término que exprese mejor nuestro pensamiento. Tuvo efecto durante toda la vida del Salvador y desde su punto culminante, que alcanzó en el Calvario; se continúa a través de la doble extensión del espacio y del tiempo, en las múltiples aplicaciones de las satisfacciones y méritos infinitos, de los que la Pasión del Salvador fué manantial inagotable.

He aquí cómo es mediador Jesucristo. Unas veces es el primero de los dos elementos el que es expuesto y realzado con más nitidez, como en este texto de Lactancio: "*Cristo fué Dios y hombre, constituido en intermediario entre Dios y el hombre, y por eso los griegos le han llamado Medianero*" (*Instit*., 1. IV. c. 25 P. L. VI 24); otras se da mayor relieve al segundo: "*Pablo* —dice Ecumenio— *da a Cristo el nombre de **Medianero**, porque se ha interpuesto entre su Padre y los hombres para unirlos con amistad recíproca, y porque a nosotros, que éramos enemigos de Dios, nos ha reconciliado con Él*" (*in Galat*,, III. 20. P. G., CXVIII, 1127). Pero, lo diremos una vez más, estos dos elementos y estas dos mediaciones, mediación cuanto al ser y mediación cuanto a la operación, en el oficio de **Mediador**, no forman más que una mediación total, porque la primera tiene por fin próximo la segunda, y ésta toma su virtud de aquélla.

San Ireneo expresa admirablemente la noción completa de nuestro único **Mediador**. Del capítulo en que la desarrolla con una energía raramente igualada en expresión, destaquemos esta corta sentencia: "*Era necesario que el Mediador uniese en sí al hombre y a Dios, con el fin de que siendo a la vez de la familia humana y de raza divina, restableciera la concordia y la amistad entre los hombres y Dios*" (*C. Haeres*., 1 III, c. 18 ,n. 7, P. G., VII, 937).

Suponed, en efecto, que Jesucristo no sea Dios; ni la gloria que ofrece por Sí mismo a su Padre es equivalente, ni mucho menos superior, a la injuria infinita hecha a Dios por nuestras ofensas, ni sus homenajes son de un mérito igual a los bienes de gracia y de gloria que espe-

ramos del Mediador. Suponed, por otra parte, que Jesucristo no tenga nuestra naturaleza humana. Si es pura y simplemente Dios, la infinita grandeza de su ser no le permitiría ni abatirse ante la majestad suprema, ni satisfacer por nuestros crímenes; y si tomando una naturaleza creada no es la nuestra la elegida, desde este punto, ni la reparación ni el mérito pertenecerán de derecho a la raza culpable y caída (Primera parte, 1. I, c. 4, t. I, pp. 63 y sigs.). En estos casos, por consiguiente, no podría ser mediador, o si lo fuera, no sería el Mediador perfecto. Mas desde el momento que encierra en la unidad de su persona la naturaleza divina y la naturaleza humana, aparece como el medianero ideal, fuera del cual será imposible hallar otro tan apto para cumplir los actos de la mediación, requeridos para la libertad de los hombres y para su restablecimiento en la amistad de Dios.

Además de estos dos elementos constitutivos de la mediación de Cristo, los Padres han señalado otros eminentemente contenidos en los primeros. Los indicaremos, porque nos ayudarán a apreciar mejor la medianera que tenemos en la Madre de Cristo, que él nos ha dado por Madre. Un mediador —han dicho ellos— debe ser del agrado de las dos partes. "*Por lo cual* —dice San Pablo— *nos hacía falta un Pontífice Santo, inocente, sin mancha, separado do los pecadores, más elevado que los cielos*" (Hebr., VII. 26). He aquí lo que le hace del agrado del Padre. Mas, por otra parte. Cristo posee cuanto puede hacérnosle amable: no sólo la comunidad de naturaleza, sino también la comunidad de necesidades, de sufrimientos y de pruebas, como lo demostrábamos en los primeros capítulos de esta obra.

San Agustín, en sus **Confesiones**, ofrece también la mediación de Cristo, bajo otro punto de vista: "*Los hombres eran mortales y pecadores: Vos, Señor, con el cual aspiraba a reconciliarse, sois inmortal y sin pecado. Ahora bien: ni mediador entre Dios y los hombres le convenía tener algo semejante a Dios y algo semejante al hombre. Semejante al hombre ccmo mortal y como pecador, hubiera estado lejos de Dios: semejante a Dios como inocente y como inmortal, hubiera estado lejos de los hombres; y ni en una ni en otra hipótesis hubiera sido mediador.. . Por lo cual el Medianero entre Dios y los hombres. Cristo Jesús Hombre* (I Tim.. II, 5), *ha aparecido entre los pecadores mortales y el Justo inmortal, mortal como los hombres y justo como Dios: de suerte, que siendo el precio de la justicia, la pal y la vida, por la justicia que tenía de común con Dios, arruinó en los pecadores, justificados por él, a la muerte que quiso tener de común con ellos*" (S. Aug., Confess., I. X, c. 43, P. L., XXXII, 808).

Por perfecta que sea la mediación de la bienaventurada Virgen, queda inmensamente por debajo de la mediación de su Hijo. Efectivamente, si se mira a la mediación ontológica, María no es más que una criatura. Jamás, es cierto, tendremos una idea exacta de sus grandezas; pero tampoco nunca serán estas grandezas, en cuanto al ser, comparables a la excelencia del Hombre-Dios. Por consiguiente, las funciones de **Mediadora** no serán en Ella, ni del mismo orden, ni de la misma virtud que lo son en Nuestro Señor. Jesucristo es el Mediador supremo. Con su sangre, y no con la de María, hemos sido salvados y rescatados. Es el Medianero universal, y su misma Madre no posee privilegio alguno, ni para sí, ni para sus hijos, que no lo haya recibido de Jesucristo y por Jesucristo ("*Salvare in perpetuum potest accedentes per **semetipsum ad Deum***". Hebr., VII, 25). Es el Mediador suficiente; Aquel cuya mediación no necesita de otra alguna y no se apoya más que sobre sí misma. Es, finalmente, el principal medianero; quitadlo, y cualquiera otra mediación, la mediación de María como la de los Santos, pierden su fuerza y su virtud. En una palabra: Jesucristo, para acercarse al Padre y hacer descender sobre nosotros con el perdón todos los tesoros de la divina gracia, no tiene necesi-

dad estricta sino de sus propias satisfacciones y de sus propios méritos, en tanto que los méritos y oraciones de María, para ser aceptos, deben tomar su existencia y su eficacia de la sangre y de la mediación de Dios hecho hombre.

¿Será necesario añadir, que si se tienen en cuenta los demás caracteres señalados por los Santos como implícitamente comprendidos en los principios constitutivos de Cristo mediador, la mediación de su Madre está también hajo este aspecto incomparablemente por debajo de la de aquél? Efectivamente, por cualquier lado que se la mire, ni por su elevación, ni por su inocencia, María puede compararse al Hombre-Dios. En ella se da, no solamente la pura humanidad, sino que habría, o la ausencia de gracia, o también el pecado, sin el libre favor de Dios: la ausencia de la gracia, no mirando más que a los derechos de su naturaleza: la privación de la gracia o el pecado, por el hecho de su origen: mientras que en el Hombre-Dios la naturaleza humana, aun con independencia de la concepción virginal. Tiene que ser pura y santa por excelencia, sólo por haber sido incorporada a la persona del Hijo de Dios.

Mas si la mediación de la Santísima Virgen es bajo todos los aspectos prodigiosamente inferior a la de su Hijo, ¡cuánto mayor es que la mediación de los Santos! Hablemos del primer término de la mediación; nadie como ella se aproxima tanto a los dos términos entre los que puede y debe ejercitarse la mediación; queremos decir a Jesucristo y a los hombres. ¿Quién como Ella está unida a Jesucristo? Es su madre, viniendo de su Espíritu, compartiendo su gloria, triunfalmente sentada a su diestra, Reina cerca del Rey, hablándole de corazón a corazón, cuando quiere y como quiere. ¿Y quién, por otra parte, está ligado a nosotros con lazos más estrechos? No sólo es nuestra hermana por la comunidad de origen y de naturaleza, nuestra Señora por el privilegio de sus méritos y de su dignidad, sino que, en el orden de la gracia, es también Madre universal de los hombres, una Madre que Dios mismo nos ha dado y hecho para nosotros, Madre siempre pura, siempre santa, separada de los pecadores y de todo pecado, desde el primer instante de su vida hasta su entrada en la gloria.

Incomparable desde este primer punto de vista de la mediación, no lo es menos desde el segundo, es decir, si se mira a las funciones de Mediadora. Es efectivamente, privilegio suyo singular el haber cooperado a la redención del mundo, dando el Redentor a la tierra, alimentándole para el sacrificio, ofreciendo, de acuerdo con Él, la víctima de salvación formada en sus virginales entrañas.

El ministerio de intercesión que hace descender las aguas de la gracia sobre cada uno de los hombres, no es, en verdad, herencia suya exclusiva. Otros lo comparten con Ella. Mas lo que hemos meditado en los capítulos que preceden bastaría para probar que, también en este orden, María conserva una incontestable preeminencia sobre todos los demás mediadores secundarios, que son los ángeles y los Santos. Sí; la intercesión de la Santísima Virgen es, por sí sola, más poderosa sobre el corazón de su Hijo que cualquiera otra súplica. Es doctrina del doctísimo y piadosísimo Francisco Suárez: "*Imaginaos* —escribe—, *de un lado, a la bienaventurada Virgen, pidiendo una gracia, y del otro a toda la corte celestial, que se opone a la demanda de su Reina; en este conflicto, del que la Escritura nos ofrece entre los ángeles un ejemplo análogo* (Daniel, X. 13. No necesitamos advertir que no se trata aquí sino de una hipótesis, irrealizable, útil, sin embargo, para poner en plena luz la eminencia sublime de la intercesión de María. Que haya habido entre el Arcángel Gabriel y el celestial espíritu denominado en la visión "*príncipe del*

reino de loe persas" el misterioso conflicto de que habla Daniel, es cosa que se explica. Estos dos protectores de pueblos eran del mismo orden, y no habiéndoles Dios revelado en todos sus detalles las miras de su Providencia acerca de la vuelta de los judíos a Palestina, podían diferir en su modo de ver y de cumplir la misión que habían de ejercer con los pueblos que les estaban confiados. Mas, ¿quién entre los Santos del cielo podría creerse de igual categoría que María, Reina de todos ellos? ¿Quién podría oponer sus luces a las suyas y pedir, como más agradable a Dios o más útil a los hombres, lo opuesto a aquello que ella pidiera: en una palabra, contradecir sus oraciones una vez que le fueran conocidas?), *la oración de María sería más poderosa, más eficaz y de mayor valor cerca de Dios que la de todos los demás Santos. Y esto mismo es cosa perfectamente conexa con la dignidad de Madre de Dios, cosa debida en cierto modo* (*quodammodo debitum*) *a la perfección de su gracia y de su caridad. Y por eso la Iglesia invoca a esta bendita Virgen más a menudo y de manera más elevada que a todos los demás Santos*" (Fr. Suár., *De Myster. vitae Christus*, D. 23, s. 2).

Diciendo esto, el gran teólogo no hacía más que seguir la doctrina expresada por el Angel de las Escuelas en su comentario sobre la **Salutación Angélica**, cuando escribió: "*María fué llena de gracia, no sólo en Sí misma, sino con plenitud adecuada para derramarse sobre la universalidad de los hombres. Es mucho que un Santo tenga gracia bastante para salvar un gran número de almas, mas el gran privilegio sería que tuviera abundancia de ella bastante para salvar a todos los hombres del mundo, y esto es lo que se ve en Cristo y en la Virgen bienaventurada* (San Thom., *Expositio super salutat. ángel*, inter Opuscula). ¿No es esto, en otros términos, decir lo mismo que acabamos de oír de la boca de Suárez?

Ahora bien; ni uno ni otro enseñaban nada nuevo, cuando exponían esta doctrina. Un gran teólogo, que fué a la vez un gran místico, Ricardo de San Víctor, había dicho antes que ellos: "*Las almas santas y los ángeles, en su solicitud por los pecadores, los asisten con sus méritos y con sus oraciones. Mas es precio creer que la bienaventurada Virgen no tiene en eso menos poder que estos dos órdenes de criaturas; más aún, los* ***supera a todos****, tanto más, cuanto que el uno y el otro le deben su reparación, porque por Ella fueron levantadas las ruinas de la naturaleza angélica y la naturaleza humana obtuvo por Ella su reconciliación. ¿Es, pues, cosa asombrosa que la Virgen bendita lleve a Dios a los pecadores y derrame a torrentes la gracia en los justos, Ella que ha concebido la gracia en sí misma, o, más bien, el manantial de toda gracia?*" (*In Cant. Cantic*., c. 23. P. L„ CXCVI, 476, sq. Cf. Ibíd.. C. 39, 518).

La misma doctrina exponía San Anselmo en esta oración, que conviene recordar: "*El mundo tiene sus apóstoles, sus patriarcas, sus profetas, sus mártires, sus confesores y sus vírgenes; buenos, excelentes auxiliares que* ***quiero invocar suplicándoles****. Mas Vos, Señora nuestra, sois mejor y más elevada que todos ellos ... Lo que ellos pueden con Vos, Vos lo podéis sola y sin ellos. ¿Por qué este poder? Porque Vos sois la Madre de nuestro Salvador, la Esposa de Dios, la Reina del cielo y de la tierra y de todos los elementos. A Vos, pues, es a quien imploro, junto a Vos me refugio, a Vos es a quien dirijo mis súplicas, a fin de que seáis mi ayuda en todo,* ***per omnia****. Si Vos calláis, nadie orará, nadie me ayudará. Hablad, y todos orarán, todos vendrán en mi ayuda*".

Hemos visto a los otros Santos orar a María, no sólo los Santos de la tierra, sino también aquellos que están ya glorificados en el cielo. Jamás hemos visto ni oído decir que la Madre de Dios haya descendido de su solio para reclamar de ellos el apoyo de sus oraciones. Pedirle que intercediera por nosotros cerca de ellos, sería, a juicio de todo cristiano, una espe-

cie de blasfemia contra Ella y contra su Hijo. "*Gloriosa Virgen María, Vos, que sois la verdadera Medianera entre vuestro dulcísimo Hijo y los pecadores arrepentidos, rogad por mí. Y vosotros todos, Santos de los cuales hace hoy memoria la Iglesia, venid en mi ayuda.**Unios a la Reina de los Angeles** para alcanzar de Dios que me conceda, en este día, todo lo que la Iglesia pide para mí*" (León Gautier, **Oraciones a la Virgen**, según los Mss. de la Edad Media. Oración para recitarla en la Colecta. Bibliot. Nation. Lat., 13829 (siglo XV). Hay en las **Revelaciones de Santa Brígida** un pasaje que tiene una relación sorprendente con este orden de ideas. La Santa, en una de sus visiones, oyó a la Virgen María exhortar a un soldado, muy culpable, a que hiciera penitencia de sus culpas, y trazarle el plan de una vida santa. "*El hombre* —decía María—*se ha alejado de Dios por el orgullo y la pereza; por lo cual es preciso volver a él por medio del trabajo y de la humildad. Así, pues, hijo mío, puesto que has carecido de estas dos cosas, pidamos a los mártires y a los confesores que te ayuden ellos, que poseían una y otra con tal abundancia.*" Así hablaba María. "*Y entonces* —continúa la vidente—, *todos los Santos se me aparecieron y dijeron:* ***"¡Oh bendita Soberana, vos habéis llegado en vuestro seno al Señor de los Señores: sois la Dueña universal!; ¿qué cosa puede haber que no esté en vuestra mano? Lo que queréis, hecho está; vuestra voluntad es nuestra, y lo será siempre***" (*Revelat. S. Brigittae*, 1. IV, c. 64, t. I, p. 430. Romae, 1628). Así, conviene a María orar con los Santos. Y esto es lo que los Actos de los Apóstoles nos han hecho ver en el Cenáculo. Ella en el centro y todos los demás mediadores secundarios, rodeándola y uniéndose con Ella en una oración común.

Ahora bien; en estos diferentes testimonios no hay que considerar solamente la autoridad de aquellos que los dan, sino también y principalmente el valor de las razones en las que los han apoyado. ¿Cómo no admitir la sobreeminencia de poder suplicante que ellos afirman, cuando se mira en María su dignidad de Madre. Hija y Esposa de Dios; de Reina del cielo, de cooperadora única al gran misterio de la Redención? Y aun cuando se olvidasen un instante estos títulos para no ver en María más que su maravillosa plenitud de gracia y de amor, la eficacia de su oración aparecería todavía superior a todas las interseciones de los ángeles y de los Santos, porque el poder de una oración tiene principalmente su medida en la unión de la criatura con Dios, es decir, en el grado de gracia y de amor en que se apoya. Por tanto, si la plenitud de gracia y de amor que hemos reconocido en la Santísima Virgen supera con mucho todo lo que hay de gracia y de amor a Dios en la universalidad de las criaturas, es preciso también que María, aun por este solo título, sea más poderosa que todas ellas sobre el corazón de Dios. ¿Queréis una prueba más de la superioridad que conviene a la intercesión de la Madre de Dios? ¿Por qué hace Dios a los Santos ministros de sus favores, en vez de reservar sus efusiones exclusivamente para Sí? Con el fin de tertimoniarles su amor y de honrarlos ante los hombres. Por consiguiente, puesto que ama a su Madre por encima de la multitud casi infinita de las otras criaturas; puesto que quiere para Ella una gloria ante la cual palidezca toda otra gloria, a excepción de la del Hombre-Dios, justo es también que todo otro poder de intercesión ceda ante el suyo.

III. Los panegiristas de la Virgen Santísima, y hablamos de aquellos que con mayor solidez han tratado de sus privilegios, gustan de desarrollar una prerrogativa exclusivamente propia de la mediación de María, a saber: que es universalmente poderosa para conseguir todo género de gracias, a todo género de personas y en cualquier parte del espacio y del tiempo.

Hemos dicho en primer lugar - todo género de gracias. Puédese creer, en cierto sentido, que hay **especialidades** para los demás Santos. No nos dirigimos indiferentemente a todos para pedir por su intercesión los beneficios particulares que responden a nuestras necesidades. Y Dios mismo demuestra suficientemente que aprueba nuestra conducta, concediendo, por medio de éste, gracias que no ha querido conceder por mediación de aquél. Así, en la celestial Jerusalén, todas las funciones no están confiadas a todos los órdenes angélicos, y la Iglesia de la tierra no confía uniformemente los mismos ministerios a todos sus hijos. ¿Cuál es en este punto la regla de la Divina Providencia? No nos toca el determinarlo. Se puede leer sobre este punto al P. Honorato Nicquet, *Le serviteur de la Vierge*, o Tratado de la devoción a la gloriosísima Virgen Muría, Madre de Dios, 1. I, c. 4, pp. 29-31 (Rouen, 1577): *La Triple Couronne*, del P. Poiré, tr. II, c. 11, § 3, n. 2 y 3; los Entretiens, de Nicole, 1. c. ; *Le Pédagogue Chrétien*, del P. Outreman, t. II, pp. II, ch. 17. sect. 6. bajo este título, "*Santos particulares que conviene invocar para la curación de determinadas enfermedades*", pp. 614-518 (Rouen, DCCLI), da una larga y curiosa nomenclatura de las enfermedades y de los santos a los cuales hay que encomendarse para ser librados de ellas. Por lo que hemos podido juzgar, las razones de su elección descansan generalmente sobre los motivos indicados más arriba en el texto.

Lo más corriente es que el privilegio que posee tal bienaventurado para conseguirnos con más seguridad una gracia especial, mejor que cualquier otro santo, depende de ciertas particulares circunstancias. Por ejemplo, es porque ha practicado la virtud que se desea en grado más eminente; porque ha sufrido del mal del que desea uno verse libre, o quizá que, habiendo Dios concedido por intercesión suya, y durante su vida mortal, determinadas gracias, se recurre a Él con más confianza para obtener beneficios del mismo género.

Como quiera que sea, el poder de intercesión de la Madre de Dios no conoce estos límites. Por mediación de Ella se pueden pedir de igual modo **todas** las gracias. Acaso lo que podría decirse es que varía su asistencia según los santuarios en los que se la invoca. Así, la Santa Iglesia, cuya conducta, siempre sabia, siempre conforme al Espíritu de su Divino Esposo, debe ser regla infalible de la nuestra, recurre a María indistintamente en todas sus necesidades, y para todos los favores que espera de la bondad divina. "*Romped las ligaduras de los culpables, dad luz a los ciegos, libradnos de nuestras miserias, pedid para nosotros todos los bienes, dadnos una vida pura, afirmad nuestros pasos, a fin de que nos regocijemos eternamente con Vos en la contemplación de Jesús: **Solve vincla reis**, etc.*"Leed las invocaciones que le dirigen los Padres en casi todos sus discursos y en las homilías pronunciadas con ocasión de sus festividades y para glorificar sus privilegios. Os desafiamos a que nos nombréis una sola gracia que no hayan solicitado de Ella. Es que María ha recibido la plenitud de la gracia.

He aquí por qué Santo Tomás, después de haber escrito, en su Opúsculo sobre la **Salutación Angélica**, esta proposición que recordábamos hace poco: "*El colmo de la grandeza sería el tener bastante gracia, cuanta se necesita para la salvación de todos los hombres, y esto es lo que vemos en Cristo y en su bienaventurada Madre.*" Añade inmediatamente: "*Porque de **todo** peligro podéis ser librados por medio de esta gloriosa Virgen; por lo cual el libro de los Cánticos, hablando de ella, bajo la figura de la torre de David, coronada de almenas:* "***Mil escudos —***dice***— están suspendidos en Ella, y toda la armadura de los fuertes***" (Cant., IV. 4).

De igual modo podéis esperar de Ella asistencia y fuerza para cualquier acto de virtud, y por eso el **Eclesiástico** le hace decir: "*En mi **toda** esperanza de vida y de socorro*" (Eccl., XXIV, 25).

¿Quién no sabe con qué acento de ardiente convicción exhorta San Bernardo a los fieles a buscar en todo y por todas partes asistencia cerca de María?: "*!Oh!, vosotros todos, quienquiera que seáis, vosotros para quienes esta miserable tierra es menos una orilla sobre la cual marchéis con paso firme, que un mar borrascoso, donde sois combatidos por los vientos, ¿queréis evitar el naufragio? Tened constantemente fijos los ojos en el astro resplandeciente, que es María. Si el soplo furioso de las tentaciones se levanta, si corréis sobre los escollos de la tribulación, mirad a la estrella, llamad a María. Si sois sacudidos por las olas del orgullo, de la ambición, de la maledicencia, de la envidia, mirad también a la estrella, invocad a María. La cólera, la avaricia, las seducciones de la carne, ¿sacuden la frágil embarcación de vuestra alma? Pues volveos siempre hacia María. Sí, turbados por la enormidad de vuestros crímenes, humillados por la vergüenza de vuestra conciencia, espantados de las severidades del juicio, comenzáis a sentiros violentamente arrastrados hacia el abismo de la tristeza y de la desesperación, ¡ah!, pensad en María. En vuestros peligros, en vuestras angustias, en vuestras incertidumbres, pensad en María, invocad a María. Que su nombre no se alejé jamás de vuestros labios, ni de vuestro corazón, y para conseguir el apoyo de su oración, no descuidéis los ejemplos de su vida. Siguiendo a María, no os extraviáis; rogándola, no tenéis que desesperar; acordándoos de Ella, no erráis; sostenidos por Ella, no podéis caer; protegidos por Ella, nada tenéis que temer; conducidos por Ella, marcharéis sin fatiga; protegidos por Ella, llegaréis al término y probaréis en vosotros mismos la verdad de aquellas palabras: El nombre de la Virgen, María*" (Serm. 2 *super Missus est*, n. 19. P. L., CLXXXIII, 70 y sigs.).

Nada más elocuente para confirmar esta primera universalidad del poder de María, que los títulos bajo los cuales es invocada por los pueblos crisitanos. Aquí es Nuestra Señora de la Consolación o Nuestra Señora de las Virtudes; en otra parte, Nuestra Señora de la Esperanza. En este santuario, se la honra como a Nuestra Señora de Gracia; en aquel otro, como a Nuestra cada por los pueblos cristianos. Aquí es Nuestra Señora de la Paz. Hay Nuestra Señora de la Luz, Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, Nuestra Señora de la Merced y otros mil nombres, todos igualmente significativos, todos igualmente propios para probarnos que no hay gracia, ni beneficio de alma y cuerpo que no nos venga de Dios por su intercesión.

Medianera universal, bajo el punto de vista de las gracias, lo es también bajo el punto de vista de los clientes, para quienes están preparadas estas gracias, y ésta es una nueva diferencia entre la mediación de la bienaventurada Virgen y la de los otros Santos. No hay persona alguna que no pueda esperarlo todo de su poder y de su bondad. Los ángeles y los Santos del cielo pueden tener protegidos con los cuales ejerciten, no exclusivamente, pero sí más especialmente, su patrocinio. Todos los hombres no están igualmente confiados a todos

Santo Tomás hace notar, con razón, que la invocación de un bienaventurado inferior en santidad, puede ser, a veces, más eficaz que si se orara a un santo más elevado en Gloria. 2-2. q. 83, a. 11, ad 4.

¿No sabemos todos, por las Sagradas Escrituras, que el Angel de los persas no era ni Gabriel, protector de los Hebreos, ni Miguel, que socorrió a éste contra el primero, y que el Angel de los griegos difería también de los demás? (Daniel, X, 13, 20).

Es también una doctrina comúnmente admitida que los ángeles de órdenes inferiores, diputados para nuestra guarda, no ejercitan indistintamente su ministerio en favor de todos nosotros. Dios les ha repartido las almas de aquellos que Él llama a la herencia de la salvación.

La Iglesia, modelando la suya sobre la providencia de su Esposo, asigna a cada uno de sus hijos en el día del bautismo un protector particular. Lo que hace con los individuos lo renueva con las partes más o menos considerables de territorio que posee. Cada provincia, cada diócesis, cada parroquia tiene sus protectores especiales. Ved también las Ordenes religiosas: todas no tienen igualmente puestas sus esperanzas en los mismos amigos de Dios. San Francisco no será el protector y biehechor espiritual de los Hermanos Predicadores, como lo es Santo Domingo, y, recíprocamente, este último no velará sobre los Hermanos Menores con la misma intensidad de solicitud que el Pobrecito de Asís. La juventud escolar está bajo el patronato especial de San Luis Gonzaga; los apóstoles de naciones infieles se encomiendan a San Francisco Javier; los del continente negro, a San Pedro Claver, San Vicente de Paul y San Juan de Dios están particularmente propuestos por la Iglesia para ejemplo de aquellos de sus hijos que se entregan a obras de misericordia corporales. Así ocurre con las demás funciones que se relacionan con las necesidades espirituales y témporales de los cristianos. Lo que demuestra con bastante claridad que, según el pensamiento de la Iglesia, la tutela de los Santos es más eficaz cuando se ejercita en provecho de ciertas personas o de determinadas categorías de personas (Conocedores de esta doctrina los fieles, ora se dediquen a las artes mecánicas, ora a las liberales, no han elegido los mismos patronos para sus piadosas cofradías. Esta observación ha sido hecha, entre otros muchos, por el P. Paciuchelli, de la Orden de Predicadora). La universalidad de los hombres formaría un dominio demasiado grande para la parte que a cada cual corresponde en esta grande obra de salud.

Mas nada parecido ocurre cuando se trata de la Madre de Dios. Ella es Madre para todos; es Reina universal del reino de la misericordia; ha dado a luz y entregado a su Hijo por la salvación de todos. Por eso, la Iglesia tiene la costumbre de confiar a todos los fieles, sin excepción, a la misericordiosa solicitud de esta Madre divina: "*Santa María* —exclama—*,socorred a los miserables, ayudad a los pusilánimes, consolad a los afligidos, orad por el pueblo, intervenid por los clérigos, interceded por el devoto sexo femenino*" (es decir, por las vírgenes consagradas a Dios). Y no vayáis a creer que se contenta con encomendar a la Virgen los hijos que encierra ya en su seno. A todos los hombres, de cualquier nacionalidad que sean, aquellos mismos que la han desgarrado con el cisma y la herejía, los que duermen aún en el seno de la infidelidad, los pone bajo el patrocinio de María, para que los lleve a Jesús y por Cristo a la bienaventuranza.

"*En la corte del Rey del cielo* —dice a este propósito un autor a menudo citado en esta obra—, *los Santos extienden una protección más eficaz sobre aquellos hombres singularmente puestos bajo su patrocinio que sobre los otros, en favor de los cuales no tienen semejante misión. En cuanto a la bienaventurada Virgen, como es Reina universal de todos, es también Abogada y Patrona de todos; nadie queda excluido de su tierna solicitud. ¿Estáis todavía lejos de ella? Los rayos de su misericordia irán a iluminaros. ¿Estáis próximos a Ella por una devoción especial? Gustaréis de la suavidad de su consolación. ¿Vivís con ella en la patria? Ella os hará participar de la excelencia de su gloria. Así es que*

ninguna criatura racional puede eximirse de su calor; quiero decir de los ardores de su amor maternal" (Raym. Jordán., *Piae Contemplat. de B. V.*, in Proemio).

Más de una vez han representado los pintores a la Madre de Dios cubriendo bajo los pliegues de su manto a esta o aquella familia religiosa, y veremos más adelante que si damos fe a sus Anales, la Santísima Virgen ha dado esta prenda de su amorosa solicitud a muchas de ellas. ¿Se ha mostrado también extendiendo su manto maternal sobre todo el género humano? No lo sabemos. Lo que sí sabemos muy bien es que los cuadros que la hubieran retratado así hubieran expresado una verdad incontestable, lo que no excluiría la seguridad de una protección especial en favor de los privilegiados a quienes hubiera otorgado especialmente semejante prueba de ternura.

Añadamos que la mediación de María es superior por su universalidad de duración. No diremos aquí cómo Ella sola, entre los Santos, puede gloriarse de haber cooperado, de la manera que ya explicaremos, a la santificación aun de los justos mismos que la han precedido en el orden de los tiempos. No consideraremos ahora más que sus funciones de Mediadora en la distribución de las gracias adquiridas en el Calvario. La historia de la santidad nos enseña que los elegidos de Dios no manifiestan su poder de intercesión de una manera uniforme en todas las épocas del tiempo. Ciertamente, no por eso llegan a ser menos queridos de Dios ni menos gloriosos en la eternidad. Pero, en fin, por causas que pueden variar según las circunstancias y los ocultos designios de Dios, su intervención en las cosas humanas no aparece constantemente igual. Un Santo determinado que en otras épocas era instrumento de innumerables favores divinos, está ahora más o menos obscurecido en relación a lo que fué en otros tiempos. Otro, que, por el contrario, pasó largo tiempo casi inadvertido en el cielo de la gloria, ha llegado a ser objeto de un culto especial y órgano por el que Dios prodiga sus beneficios. Notemos también que aquellos mismos que son más honrados en una época determinada, no reciben constantemente los homenajes y las oraciones de los fieles. Si hay días consagrados a su culto, en otros muchos, y éste es el mayor número, dánse sólo escasos devotos que imploren su protección.

No es ésta la condición en que se halla la Santísima Virgen María. Su reino abraza todos los extremos de la duración y se extiende a todas las regiones. Apenas si nos es dado señalar cambios en los términos bajo los cuales quiere nuestra divina Madre ser honrada de sus hijos y venir en su ayuda. Lejos de irse debilitando en el curso de los siglos el clamor de las oraciones que suben hasta Ella, no ha hecho sino crecer de edad en edad. Las fiestas se añaden a las fiestas; tanto que actualmente apenas se podrá señalar un día, en todo el año litúrgico, que no tenga una solemnidad particular en honor de la Madre de Dios. Esto es lo que acaba de demostrar un docto eclesiástico americano en una obra que ha titulado *Fasti Mariani* (35).

No ignoramos que gran número de estas fiestas son peculiares de ciertas comarcas o determinadas localidades; pero, fuera de que muchas de ellas se celebran universalmente, siempre es verdad que María no deja de ser invocada por unos y otros fieles en momento alguno.

Y pruébalo aún mejor que el número siempre creciente de las fiestas, la continuidad**absoluta** de las súplicas y de las alabanzas que le dirige la Iglesia universal. Se ha probado por

un sencillo cálculo, que la Misa es hoy, en todo el rigor de los términos, el sacrificio perpetuo, *ingeus sacrificium*, predicho por los profetas.

Gracias a la diferencia de las longitudes terrestres y a la difusión de la Iglesia por todas las regiones, no se podrá señalar un momento en que actualmente no sea inmolada la víctima divina sobre el altar de la Nueva Alianza. Ahora bien; es indudable que son mas frecuentes aun los homenajes rendidos por la Santa Iglesia a María. La prueba es manifiesta. Efectivamente, no es sólo en los sagrados misterios en los que la Santísima Virgen es invocada bajo los títulos más propios para poner de relieve sus méritos; como Madre de Dios, bienaventurada, como gloriosa, como siempre Virgen, como aquella con quien, más que con nadie, después de su Hijo, debemos unirnos y a quien debemos encomerdarnos (En el *Confíteor*, después del lavatorio de las manos, en el canon, sea antes, sea después de la Consagración... Hemos hecho notar el modo particular de invocación propio del sacrificio de la Misa. La oración no se va directamente a Maria, sino a Dios, *intercedente B. Virgine Maria*), es también en todo el conjunto de la oración pública, impuesta por la Iglesia a sus ministros. El Oficio todo entero y cada una de las horas canónicas de que está compuesto, comienzan con el *Pater*; pero este *Pater* no va nunca sin el *Ave María*, ni aun desde el Jueves Santo hasta la Pascua, cuando quedan suprimidas todas las invocaciones de los Santos. Este mismo Oficio se termina siempre por una alabanza y una oración a María, es decir, de nuevo con el *Ave María*, después del *Pater*, y con una Antífona de la Virgen. ¿Es esto solo? No; escuchad a San Buenaventura: "*Nadie* —dice el seráfico doctor— *puede tener demasiada devoción a la Santísima Virgen... ¿Puede uno asombrarse de que el Espíritu Santo, que habita en el corazón de los cristianos, inflame en ellos una devoción mayor hacia Ella que hacia los demás Santos y Santas? Por eso, cada día, según regla de la Iglesia romana, rezamos un oficio especial de la gloriosa Virgen, aunque no celebremos más que tres veces el año el oficio del Príncipe de los Apóstoles, el bienaventurado Pedro*". (S. Bonavent., *in III Sent*., D. 3, a. I, q. I, ad. 4).

Lo que sigue del mismo texto es tan consolador y tan hermoso, que nos inculparíamos el omitirlo. "*A cualquier hora, pues, y en cualquier día, que alguno de los fieles honren a la Virgen con todo su corazón y con todas sus entrañas, no se le debe censurar, por temor de incurrir en el descontento de la misma Virgen, porque Ella rodea con su asistencia y con su amor a todo fiel que hace profesión de alabarla, como mil veces lo ha experimentado aquel que obra de esta suerte con Ella*" (Idem, *ibid*. El santo, en este pasaje, alude a los fieles que en la fiesta de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen entendían celebrar el día de su primera concepción, *ante infutionem animae*).

No hemos dicho todavía todo lo que hace la Iglesia por el culto cotidiano de María. Sería necesario recordar la antiquísima costumbre, observada en algunas catedrales y en buen número de Ordenes religiosas, de añadir al Oficio del día, aunque sea de rito doble, el Oficio parvo de la Santísima Virgen, como se practica aún entre los monjes cistercienses, cartujos y otros, costumbre que se extendió algún tiempo al clero secular. Igualmente, en algunas catedrales, colegiatas y monasterios se ofrecía y celebraba aún, todos los días, una Misa especial en honor de María (Holweck, *Fasti Mariani*, prologom., n. 5, sqq., p. XI, sq.). Esto es lo que la Iglesia latina hace todos los días por medio de sus ministros, y no sabemos si la Iglesia de Oriente queda rezagada en la continuidad de las súplicas y de los homenajes dirigidos a la Madre de Dios. Pero hay que consignar que ofrece, bajo este punto de vista, una particularidad muy notable en sus cantos sagrados, y es que cada uno de ellos, cualquiera que sea, por

otra parte, el santo o la fiesta que se celebre, concluye con una estrofa de alabanza y de invocación a María.

¿Cuánto más podríamos decir si del culto público pasásemos a la devoción privada? ¿Hay, acaso, un solo instante del día y de la noche en que millones de corazones no estén vueltos hasta esta Reina del cielo, cantando sus glorias e implorando su asistencia?

A la universalidad del tiempo hay que añadir la universalidad en el espacio. Se la pudiera deducir muy bien de todo lo que acabamos de considerar en las páginas que preceden. Sí, la Santísima Virgen posee la tierra mejor que ninguna otra criatura. La bendición que ha recibido no puede ser inferior a la que dió el Criador a los primeros antepasados del género humano, cuando les dijo que crecieran y llenaran la tierra. Otros Santos tienen iglesias consagradas a Dios bajo su advocación; mas, ¿que son en comparación de los innumerables santuarios consagrados a Maria? Aun en la iglesia del Apóstol y del Mártir, la Santísima Virgen está más en su propia casa que el Apóstol y el Mártir. Si lo dudáis, ved los altares, las imágenes y los cuadros de que adornadas; escuchad las oraciones de los fieles y decidme si por todas estas cosas María no está más ansalzada que el mismo titular de aquel lugar sagrado. Nadie sería capaz de enumerar los santuarios erigidos en honor de la Madre de Dios. Quizá no se engañaría quien dijera que forman la tercera parte de los que cubren la superficie del mundo cristiano. En todo caso, adondequiera llega el apostolado católico con sus conquistas, allí lleva consigo el culto de María, su Madre y su Protectora.

Ahora bien; en esta universal expansión de la devoción a María, no vemos solamente la obra de la Iglesia y de sus pastores. Los simples fieles rivalizan con Ella. Ellos le dan posesión de sus domicilios particulares. Su imagen, después del crucifijo, está en el puesto de honor, cuando no tiene su pequeño santuario doméstico, donde la Madre se arrodilla con sus hijos para enseñarles a consagrar a María todo su amor y su confianza. ¿Es esto sólo? Recorred los países católicos, y a cada paso encontraréis testimonios palpables de su piedad para con la Virgen bendita. Mirad esas rústicas capillas desparramadas por doquier, o esas estatuitas de María suspendidas del tronco de los árboles, al abrigo de algunas humildes tablas, al borde de los caminos, para recibir el homenaje filial de los caminantes. No vacilamos en decirlo: si sumáis todas las alabanzas y todas las oraciones recibidas por todos los Santos del cielo, tomados en conjunto, no equivaldrán al número de las que recibe María.

¿Qué consecuencia podemos y debemos sacar de esta universalidad de homenajes, por la cual la bienaventurada Madre de los hombres se distingue tan maravillosamente de los demás Santos? Una cosa evidente, y es que su mediación excede incomparablemente a la mediación del cielo todo entero. Tal corriente de devoción no tiene un origen puramente humano; es preciso buscar su principio en la acción misma del Espíritu Santo. Si Dios nos impulsa de este modo hacia María, es que Ella es más amada que todos los Santos y, por consiguiente, más escuchada, más poderosa para alcanzarnos de él todos los bienes; en otros términos, que su mediación supera a toda mediación que no sea la del Medianero por excelencia, Jesucristo, Nuestro Señor, y su Hijo.

IV. Por lo cual, no nos asombramos de encontrar, cuando se trata de su **mediación**, las fórmulas enfáticamente exclusivas que tanto nos llamaron la atención cuando tratábamos de sus demás prerrogativas. Nada más común, en efecto, que el leer en los monumentos más

autorizados de la tradición expresiones como éstas: Vos **sola**, ¡oh María!, sois nuestra áncora de salvación; **sola**, nuestro seguro puerto; **sola**, el puente por donde ha bajado Dios a los hombres y los hombres suben a Dios; **sola**, el socorro de los hombres y su baluarte inexpugnable; **sola**, esperanza de los mortales y su salvación; **sola** también, Vos hacéis llover sobre nosotros los bienes del cielo; **sola**, nos alcanzáis de Dios gracia y perdón; **sola**, Vos protegéis a los fieles y a los afligidos. Sí; con razón os llaman asistenta **universal** y**única** de todos los mortales; su **única** salvación, su **única** esperanza; **única** protección de nuestras almas; porque habéis sido dada como proveedora de los bienes celestiales a aquellos que viven en el mundo, **única Mediadora de la Alegría** (Passaglia, *De Inmaculat. B. V. Conceptu*, pp. 1521-1530, nn. 1434-1438). Fórmulas muy extraordinarias y, sin embargo, exactas, puesto que son el testimonio dado por la Iglesia universal en favor de su Reina. Jesucristo es el **único**, el **solo** Mediador de Dios y de los hombres, porqüe ya le miréis en su ser, ya le consideréis en sus funciones de Mediador, toda otra mediación está infinitamente por debajo de la suya y depende de ella. Igualmente, por debajo de El, en un plano inferior, la Santísima Virgen es, en cuanto a la dignidad de la persona y en cuanto al ejercicio de la mediación, la Mediadora única, porque su mediación no tiene igual entre las criaturas y todo otro mediador la necesita. Así, pues, ni la mediación del Hijo se cuenta con la de la Madre, ni la mediación de la Madre con la de los otros Santos. Cada una de ellas es única en su orden, única en su género.

Universalidad de la mediación de la Bienaventurada Virgen María

Que todas las gracias, sin excepción alguna, nos vienen por intercesión de María.—Estado de la cuestión.—Pruebas intrínsecas.— Algunas series de testimonios en los que aparece que está encerrada implícitamente la conclusión.

I. Llegó la hora de volver a la cuestión concerniente a la universalidad de la mediación de María, para darle, si es posible, una solución más completa.

Comencemos por determinar su sentido y su alcance. El lector no habrá olvidado que hay dos partes, dos funciones que considerar en la obra de la salvación: la adquisición del tesoro de la gracia y la distribución que se hace de este mismo tesoro a través del espacio y del tiempo. La cuestión presente no es si la Santísima Virgen ha cooperado con Jesucristo, pero en un orden inferior y secundario, a la adquisición de todas las gracias, sin exceptuar ninguna. Este punto ya no ofrece dificultad y, encerrada en estos límites, la cuestión debe ser manifiestamente resuelta en sentido afirmativo. Si; todas las gracias nos han venido por María, puesto que nos ha dado libremente al Autor de la gracia y con El todas ellas.

Pero, una vez más lo diremos, la cuestión presente no es ésta. Ya no indagamos si María ha concurrido a llenar hasta los bordes las fuentes del Salvador; lo que nos preocupa en este momento es únicamente la distribución que se hace de esas aguas divinas entre los hombres, para la salvación de sus almas. Y, para concretar más la cuestión, no nos preguntamos ya si el derecho a todas las gracias que nos ha devuelto la Pasión de Cristo lo debemos secundariamente a la nueva Eva, a su cooperación, ni tampoco tenemos que indagar ahora si hay gracia alguna que no se pueda conseguir por María, sino **de hecho** todas las gracias, absolu-

tamente todas las gracias, de cualquier naturaleza que sean, nos son concedidas con dependencia de la **actual** mediación de María. Este va a ser el objeto de la **discusiónpresente**, porque todo lo demás está demostrado como de indiscutible certidumbre. Hemos dicho objeto de la discusión presente. Efectivamente, ha habido sobre este punto, aun entre católicos, opiniones diversas, como lo diremos más adelante, cuando llegue la ocasión de examinar las objeciones contra la tesis afirmativa.

Ahora bien; por estas gracias, de las cuales ninguna nos es dispensada sin la cooperación de la Virgen bienaventurada, es preciso entender todas aquellas que nos ha merecido Cristo; en otros términos, todo lo que por su naturaleza se dirige a producir, a conservar, a perfeccionar, a consumar en nosotros la vida sobrenatural y divina; por consiguiente, tanto la gracia santificante, forma y principio intrínseco de nuestra filiación divina, como las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo, y todos los socorros particulares que son necesarios, ya para obrar con miras a la salvación, ya para resistir victoriosamente a los enemigos internos y externos que puedan ser obstáculo a nuestra tendencia hacia el fin de nuestra creación; en una palabra, todos los beneficios que pertenecen al orden sobrenatural.

También debemos prenotar, antes de venir a las pruebas, cómo es preciso representarse esta influencia universal de María en la aplicación de la gracia. Es cosa evidente que si iguala a la mediación de Jesús en cuanto a la universalidad, difiere esencialmente en cuanto a la virtud, puesto que depende de ella y sólo por ella tiene valor. No tenemos necesidad tampoco de advertir que la intervención de María en la distribución de las gracias no supone una casualidad física y se reduce, salvo en determinado número de casos particulares, a una intervención moral; es decir, que se hace por vía de intercesión. Por consiguiente, sería desconocer el estado de la cuestión el querer invalidar los argumentos sacados de la autoridad de los Padres en favor de la solución afirmativa, bajo el pretexto de que hablan de intercesión, de oración, de súplica en vez de atribuir la distribución de las gracias a la Santísima Virgen, como a su causa eficiente y física (Veremos luego que los adversarios de la influencia universal de la bienaventuranda Virgen han caído en semejante error). Entendido en este sentido, el papel de María en la dispensación de las gracias sobrenaturales, en cuanto a la substancia, debería ser no limitado con restricciones, sino simplemente rechazado.

Añadamos la última observación. Quien haya comprendido bien el oficio que, según la doctrina católica conviene a la Madre de Dios en la aplicación de los méritos y de la Pasión del Salvador, no puede tener difilcutad en concebir cómo todos los favores divinos se nos conceden por su oración, porque da lo mismo, en cuanto al modo de intervención, el conseguir más o menos gracia. Que la intercesión de esta Virgen bienaventurada haga descender algunas gracias o que las obtenga todas, la eficacia de su oración será diferente, mas siempre será un hecho esencialmente ajustado a la misma ley.

Esta discusión comprenderá dos partes principales: en la primera, entrarán las pruebas de lo que generalmente se ha convenido en llamar **creencia piadosa**; la segunda tendrá por objeto echar por tierra los argumentos contrarios y, a veces además, los volveremos en su favor.

II. Los sostenedores de la **creencia piadosa** se apoyan en dos géneros de pruebas: la autoridad de las razones intrínsecas y la autoridad de los testimonios. Comenzaremos por las

primeras. Ahora bien; a decir verdad, estas razones intrínsecas las hemos ya desarrollado en su mayor parte. Vuélvase a leer lo que exponíamos en el primer capítulo del libro V: medítese todo y se verá que todo lleva a una conclusión, que es la afirmación a cuya demostración se enderezan nuestras indagaciones actuales, afirmación que Bossuet expresaba con las enérgicas palabras ya citadas, palabras que queremos transcribir de nuevo, porque volverán a poner ante los ojos del lector el resumen más bello y más substancioso de esta doctrina: "*Habiéndonos Dios querido dar a Jesucristo por la Santísima Virgen, los dones de Dios son sin arrepentimiento* (Rom., XI. 29), y este orden no cambia ya. Es y será siempre verdad que habiendo recibido por su caridad el principio universal de la gracia, recibiremos también por su conducto las diversas aplicaciones de ella, en todos los diferentes estados que componen la vida cristiana. Habiendo su caridad maternal contribuido a nuestra salvación en el misterio de la Encarnación, que es el principio universal de la gracia, contribuirá eternamente a ella **en todas las demás operaciones**, que no son sino dependencias de la misma (Bossuet, *Serm. pobre la Inmaculada Concepción*, en el Adviento de Saint-Germain).

Sin tratar de reproducir una por una todas las razones presentadas en otros lugares, recordemos someramente las principales, para hacer resaltar la conclusión de que se trata.

María, decíamos, constiuída Madre de los Hombres y solemnemente declarada como tal en el Calvario, debe concurrir actualmente a su nacimiento, a su formación, al desarrollo de su vida sobrenatural y divina. Ahora bien; no es la formación sola, sino toda la formación; no es sólo el desarrollo, sino todo el desarrollo de sus hijos el que cae bajo la solicitud de la madre. Pues viendo este desarrollo y esta formación obra de la gracia, es forzoso que toda gracia venga a los hijos de Dios por medio de su madre. De otra suerte, algo faltaría a su ministerio maternal. No sería madre en la entera, total y perfecta acepción de la palabra.

Presentemos la misma idea bajo un punto de vista algo distinto. ¿A qué tienden las gracias divinas, todas las gracias sin excepción? A perfeccionar en nosotros la imagen de Cristo, a hacernos otro Cristo por imitación del primogénito; pero un Cristo completo. Jesucristo, concebido de nuevo, crece y se desarrolla cuando la vida sobrenatural entra en nosotros, se arraiga y se perfecciona. Y esta es por entero, sin restricción alguna, obra del Espíritu Santo. Por consiguiente, debe ser también toda entera y sin limitación obra de la Santísima Virgen. Haced, en efecto, que María no intervenga sino de una manera intermitente; entonces habrá momentos en los cuales el Espíritu Santo operará sólo estos grados de formación, que se producirán sin María. Ya no será Jesucristo íntegramente, adecuadamente, el *conceptus et natus de Spiritu Sancto et Maria Virgine*, que nos predican los símbolos. ¿Cómo, en efecto, la acción de María estaría indisolublemente asociada a la del Divino Espíritu? ¿Cómo el Cristo místico sería tan de Ella, por completo, como la persona física del mismo Cristo, si se supone que hay gracias en cuya dispensación no tiene parte alguna la maternal influencia de María?

La Redención del Calvario, decíamos también, y la obra de Santificación que se prosigue en cada uno de los hombres durante el curso de los siglos, no son hechos aislados el uno del otro, sino una sola e idéntica obra del Mediador. Por esta causa, así como toda gracia es el precio de la sangre de Jesucristo, absolutamente ninguna llega a los hombres independientemente de Jesucristo. Por tanto, la Santísima Virgen, que ha obtenido, como nueva Eva, junto al nuevo Adán, una cooperación universal en el primer acto de la mediación de Cristo, debe

también cooperar universalmente en su orden al segundo, es decir, a la dispensación actual de las gracias.

Contemplemos, como ya lo hemos hecho, a la Eva de la Nueva Alianza. Sabemos que debe estar con su Hijo, luchando contra el dragón infernal y aplastándole la cabeza. Esta es la razón primordial de su presencia en el Calvario, cuando tuvo lugar la batalla decisiva que debía asegurar el triunfo de Jesucristo. Ahora bien; esta lucha irá prosiguiéndose en cada uno de nosotros hasta el fin de los siglos, y todas las gracias que bajan del cielo no tendrán más que un fin: fortificar la raza de la mujer para que salga plenamente victoriosa de sus combates contra el enemigo de la salvación y contra sus auxiliares. Así, pues, por esta razón también, María debe ser, con Jesucristo, la dispensadora de todas las gracias, puesto que el combate y el triunfo de su Hijo son también los suyos.

En las operaciones de la divina sabiduría —añadíamos— lo más encierra lo menos, cuando el más y el menos se refieren al mismo orden. Ahora bien; es, seguramente, una cosa más importante el cooperar a llenar las fuentes del Salvador que el ser el canal distribuidor de las aguas. He aquí por qué todos los justos, fuera de la Santísima Virgen, aun cuando concurran en la medida que les corresponde a la aplicación de los méritos de Cristo, no han tenido la más pequeña parte en la obra capital de la Redención. Siendo, pues, cierto que la**adquisición de las gracias** se ha hecho con el concurso de María, es de toda conveniencia que Ella coopere actualmente a la **universal** distribución de las mismas. En otros términos, pero sin salir del mismo orden de ideas, puesto que el autor de la gracia nos ha sido dado todo entero por la Virgen su Madre, es también de justicia que toda gracia nos sea dispensada por Ella.

No olvidemos tampoco la asociación constante, universal, absoluta, que hemos comprobado entre la Madre y el Hijo. ¿Por qué romperla o, al menos, alterarla cuando se trate de la distribución de los favores divinos? Por todas partes hemos encontrado el grupo indisoluble de Jesús y María. ¿Con qué derecho se les quiere desunir en esta o en la otra circunstancia, cuando aparecen generalmente unidos en casos análogos? Si tantas gracias no se nos conceden más que por la intercesión de María, que provoca la mediación de Jesús, ¿qué razón hay para que otras sean independientes de la intercesión de María, cuando los títulos que tiene para intervenir permanecen invariablemente los mismos?

Finalmente, la **piadosa creencia** tiene su confirmación en aquellos dos misterios que meditamos particularmente. Juan, en el seno de su Madre, y los Apóstoles, en el Cenáculo, no reciben **ningún don** sino por intervención e intercesión de la Madre de Dios. Efusión de gracia santificante, habitación del Espíritu Santo, don de profecía, don de lengua, don de milagros, confirmación en gracia, todo, en una palabra, desciende de ellos y sobre ellos por Ella. Ahora bien; estos son hechos en los que plugo a Dios revelarnos, de un modo sensible, tanto los favores que El quiere derramar perpetuamente sobre su Iglesia como la manera con que le deben ser comunicados. La consecuencia, pues, siempre es la misma: Dios quiere que recibamos todo, en el orden de la gracia, absolutamente todo, por María.

III. La conclusión, lejos de quedar quebrantada, será confirmada de un modo manifiesto por la autoridad de los testimonios. Antes de aducir los textos particulares, señalemos, ante todo, tres o cuatro clases genéricas de afirmaciones doctrinales, en las que la **piadosacreencia** nos parece implícitamente testificada, no por tales o cuales doctores parti-

culares, sino, puede decirse, que por el universal consentimiento de los fieles y de los maestros.

Los protestantes, y nos da vergüenza añadir algunos católicos, siguiendo su ejemplo, han censurado la *Salve Regina*. Estos títulos de **nuestra vida, nuestra dulzura, nuestra esperanza**, dados por la Iglesia misma a la Madre de Dios, son escándalo y blasfemia para ellos, porque, a su entender, es atribuir a la criatura lo que sólo a Dios o a Cristo pertenece. Ahora bien; si hay una cosa manifiesta, es que la Iglesia entera, bajo todas las latitudes y desde los tiempos más remotos, en los cantos litúrgicos, de cuelquiera manera que se les designe; en las homilías, en los panegíricos, en una palabra, en todo género de monumentos y de obras en honor de la Virgen, toda la Iglesia, repetimos, sin exceptuar las partes otras veces unidas a la Silla de San Pedro y desde largo tiempo separadas, ha saludado constantemente a María, no sólo con estos títulos, sino con una muchedumbre de otros igualmente atribuidos por la Sagrada Escritura y la enseñanza católica a Cristo, nuestro Medianero y Salvador.

¿Queréis la prueba? Leed de nuevo la gran obra de Passaglia sobre la Concepción Inmaculada de la Madre de Dios. Allí, María se nos presenta como **luz** que alumbra al mundo entero; como **fuente** viva y perpetua de la inmortalidad, de toda gracia y de toda santidad; como la verdadera **vid**, vid fecunda, siempre florida y siempre cargada del racimo que da divina alegría. Ella es el **hálito** de los cristianos, la **raíz** de la libertad devuelta a la especie humana. Más aún: es la **causa** de la salvación, la madre de la salvación universal, la**salud** de los miembros fieles, la **salvación** del mundo, la **salvación** de todos los hombres, hasta los últimos confines de la tierra. Es el **principio común** de nuestra felicidad, de nuestra renovación; en una palabra, de todos los bienes; la **reparadora** y la **restauradora** de la familia humana; la redención de los mortales. Aquella por quien hemos pasado de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida. ¿Qué más diremos? Celebrada es como verdadero**propiciatorio** del mundo, como **causa universal** de la deificación, **puente real** por el que la tierra se une con el cielo, **esperanza** de los cristianos y su única esperanza, nuestro **refugio**, nuestra **fuerza**, el **recurso** único de la humanidad caída. Esto será lo que leeréis bajo todas las formas, en todas las lenguas, no una vez sola, sino diez y cien veces (Passaglia. *De immaculata Deiparae semper Virginia conceptu*. sect. VI, c. 4. páginas 1403-1490). Acusad ahora a la Iglesia romana de haber exagerado hasta la impiedad, en estos últimos tiempos, las fórmulas con las cuales sus teólogos y doctores han exaltado la influencia de la dichosísima Virgen, o más bien, confesar que es consecuente consigo misma, cuando resume en algunas palabras lo que los siglos cristianos han profesado tan abiertamente.

Bien sabemos que estas expresiones, por idénticas que sean en apariencia con las que la fe católica emplea para expresar la excelencia de la mediación de Cristo, tienen sus temperamentos. Nadie, como no sea un ciego o un mal intencionado, puede engañarse con ellas. Cuando los textos afirman de María lo que en el rigor de los términos es esencialmente propio de Cristo, dejan ver con propiedad, por el contexto y otras mil circunstancias, que todo eso no le pertenece a la Madre sino secundariamente y con dependencia del Hijo. No está junto a El, en el mismo plano; lo que El tiene por sí mismo. Ella no lo tiene sino por participación. Por eso, cuando se la compara, no ya con el resto de la familia humana, sino con Cristo Redentor, su Hijo, aparece como la primera de las salvadas, las primicias de la salvación, la rescatada por excelencia, *sublimis redempta* (Idem, *ibid*. p. 418). Pero, teniendo estas reservas en cuenta,

no deja de ser verdad que María participa, en una medida incomunicable a las demás criaturas, en todo lo que encierran las fórmulas señaladas más arriba, cuando se las emplea hablando del mismo Salvador Jesucristo.

Ahora bien; las fórmulas, en su totalidad al menos, no son restrictivas. Se aplican no sólo a la adquisición de las gracias, sino también a su distribución; en otros términos, a la obra entera de la salvación y de la santificación. Por consiguiente, y esta es la conclusión a la que queríamos llegar, comulgando María tan de cerca y tan completamente en las funciones del Salvador, debe tener una influencia universal en la distribución de las gracias. Por tanto, advertidos de que esta influencia, comparada con la de Jesucristo, es de un orden diferente, nada nos la presenta como inferior a Ella, desde el punto de vista que ahora nos interesa, que es el de la extensión (Excusado es decir, sin embargo, que es necesario establecer una restricción, que se refiere a la misma Virgen, pues ha recibido dones que no eran ni podían ser concedidos por la intercesión de sus propias plegarias).

Pasemos ya a la segunda clase de testimonios. Se recordará cuántas veces hemos oído dar a María el título tan dulce para los miserables de Reina y Madre de misericordia; en tal forma Reina y Madre de misericordia, que el Señor, haciendo en algún modo dos partes de su imperio, ha reservado una para si solo y confiado la otra, es decir, la de la misericordia, a María. Segun esto, he aquí el sencillo razonamiento que se ofrece naturalmente al espíritu. Todos los dones de gracia hechos por la bondad divina y merecidos por el Redentor, pertenecen al **departamento** de la misericordia. No tan sólo son favores puramente gratuitos, como los bienes sobrenaturales concedidos a los ángeles o al hombre en su primera creación; tienen este carácter especial que vienen a buscarnos en nuestra degradación, en nuestra indignidad, en nuestra decadencia. Es la infinita misericordia, que se inclina compasiva hacia los miserables para levantarlos, enriquecerlos y divinizarlos.

Suponed ahora que algunas gracias nos sean dadas independientemente del concurso y de la intercesión de la Santísima Virgen. ¿Sería entonces universal y absolutamente Madre y Reina del imperio de la Misericordia? Que un soberano de la tierra intervenga a veces en el gobierno de una provincia, con exclusión de aquel que la administra bajo su autoridad, lo concebimos. Quizá no lo había previsto todo; quizá se da cuenta de que aquel gobernador subalterno carece de prudencia, que busca mejor sus intereses que los de su príncipe, que oprime o descontenta a los pueblos, ¿quién sabe? Mas nada de esto es de temer cuando es el Padre de las Misericordias el que hace a la Virgen Reina del reino de la misericordia. Por tanto, si puede hablarse de esta suerte, sería hacer a ésta como un desafuero y dar una pena sensible a su corazón maternal y real el obrar entre los hombres una obra de misericordia a la cual esta Reina y esta Madre permaneciera extraña.

Tercera clase de testimonio. La Iglesia, toda entera, forma un cuerpo cuya cabeza es Jesucristo, y de la que somos miembros. Estos miembros —hablamos de los que viven sobre la tierra— no están igualmente unidos con su cabeza. De aquellos que están vivos en el cuerpo vivo de Cristo, a aquellos que no le pertenecen sino por su destinación, hay muchos grados. Mas cualquiera que sea el grado de su unión, es ley que toda influencia vital, y, por consiguiente, todo don de gracia, descienda de la cabeza a los miembros, de Cristo a los hombres. He

aquí por qué los desgraciados que están **totalmente** excluidos del cuerpo místico de Jesucristo, es decir, los réprobos, están también totalmente privados de los bienes celestiales.

Ahora bien; ¿cuál es, según una multitud incontable de testimonios, el oficio y la posición de María en el cuerpo de Cristo? Es como el **cuello** del mismo. Lo cual nos vuelve a llevar a la conclusión ya sacada. Efectivamente; en el cuerpo humano, por el cuello y sólo por él, comunica la cabeza a las otras partes de nuestro organismo, el movimiento y la sensibilidad de la cual es centro principal. Así, pues, la metáfora en cuestión responde maravillosamente a la **piadosa creencia**.

No nos extrañamos, por consiguiente, de oír al grave Belarmino emplearla en este sentido: "*Cristo* —dice— *es la Cabeza de la Iglesia, y María es su cuello.* ***Todas*** *las gracias,* ***todos*** *los favores,* ***todas*** *las influencias celestiales vienen de Cristo, como de la cabeza y todas descienden al cuerpo por María, como en el organismo humano la cabeza vivifica a los miembros por medio del cuello. Hay en el cuerpo del hombre dos manos, dos hombros, dos brazos, mas sola una cabeza y un solo cuello. Asimismo, en la iglesia veo varios Apóstoles, mártires, confesores y vírgenes, mas no hay más que un solo Hijo de Dios, una sola Madre de Dios*" (Robert. Bellarmin, *Conc. 42 de Nativ. B. Marine Virg*.. t. VI, pp. 501-502. Colon. Agrip. 1617), y más abajo, añade: "*Así como un miembro que quisiera recibir las influencias de la cabeza, mas rehusara recibirlas por mediación del cuello, se secaría y moriría, así los herejes que esperan gracia y vida de Jesucristo, pero no las quieren recibir de la reina del cielo, permanecen y permanecerán siempre áridos*" (Idem, ibid.. p. 504).

Así traducía Belarmino nuestra metáfora. Otros, como Raimundo Jordán (*Contemplat. de B. Virg*., p. I, cont. 13) y Ricardo de San Lorenzo (*De Laudib. M. V*., 1. V, c. 2. n. 41 y 43), han añadido algunos rasgos más o menos arbitrarios; pero la idea principal es la misma siempre, la que San Bernardo expresó de un modo tan admirable en su sermón del **Acueducto**. Porque viene a significar lo mismo para María ser el cuello de la Iglesia y el acueducto o canal por el que las aguas de la gracia se han esparcido sobre nosotros para fecundizar nuestras almas.

Otra clase de testimonios, en los que nuestra **piadosa creencia** parece, por lo menos, contenida implícitamente, se compone de fórmulas como estas: "*No hay salvación sin la protección de María*". "*Implorar los divinos favores sin la dependencia de María, es querer volar sin alas*".

Dejando a un lado, por ahora, estas dos ideas, que tendremos ocasión de desarrollar más adelante, nos contentamos con sacar de ellas su consecuencia natural. Menester es que María sea para con nosotros la dispensadora de todas las gracias, puesto que no se puede alcanzar la salvación ni hallar al Salvador ni a la gracia fuera de Ella. Porque si hubiera para nosotros otro canal de las gracias, si el corazón de Dios las derramase por otras manos que las suyas, no existiría ya la imposibilidad significada por estos textos; no se podría ya decir, con San Germán de Constantinopla: "*Nadie se salva sino por Vos, ¡oh, Madre de Dios!; nadie se escapa de los peligros sino por Vos, ¡oh, Virgen Madre!; nadie recibe don alguno de Dios sino por Vos, ¡oh, llena de gracias!*" (*Serm. in Dormit. B. M. V*., 2, P. G., XCVIII, 349). No sería posible hacer decir al alma fiel a la Virgen, con Ricardo de San Lorenzo: "*Atraedme hacia Vos, al olor de vuestros aromas*"; por lo menos, añadiendo esta glosa: "*Ella pide ser atraída por María*", pues de igual modo que el Hijo ha dicho al Padre: "*Nadie viene al Padre sino por mí*", asimismo parece decir de María: "*Nadie puede venir a mí si mi Madre no le trae por sus oraciones*".

No se podría afirmar tampoco, con San Antonio de Florencia: "*Así como es imposible que aquellos de los que María aparta los ojos de su misericordia sean salvos, así forzoso es que sean justificados y glorificados aquellos hacia los cuales los vuelva, orando por ellos*"; ni con San Anselmo: "*Así como, ¡oh, bienaventurada!, todo hombre que se aparta de Vos y que Vos dejáis, perecerá necesariamente, así será necesariamente salvo el que a Vos se vuelva y al que Vos miráis*".

Recordemos la última serie de testimonios, en que la misma creencia parece encerrada, en equivalencia. Ya los hemos apuntado cuando comparábamos la Mediación de la bienaventurada Virgen con la de los demás Santos, desde el punto de vista de la universalidad.

¿Oraría la Iglesia, en efecto, tan constante y universalmente a su Madre? ¿Recurriría a su intercesión en todas sus peticiones? ¿Uniría indisolublemente a las invocaciones que hace al Mediador sus súplicas a la Medianera? Y el Espíritu Santo, que la regula en su culto como en su creencia, ¿le sugeriría este orden de oración, si María no fuera con Jesús canal obligado de todos los beneficios del cielo, y si nos fuera posible recibirlos independientemente de su maternal intervención?

Testigos de la mediación universal

Todas las gracias, sin excepción alguna, nos vienen por mediación de María.—Notas preliminares.—Testimonios "*explícitos*" y sin número en favor de esta piadosa opinión.—Controversias de los siglos XVII y XVIII.—Esclarecimiento y solución de las principales dificultades.

I. Antes de citar los testimonios particulares y de hacer comparecer a los testigos, conviene hacer dos advertencias. La primera, que es, sin contradicción, la más importante, es que la cuestión actual no había sido ni directamente propuesta ni explícitamente debatida hasta estos últimos siglos. No decimos que ninguno de los Padres antiguos, ninguno de los antiguos doctores no haya, de un modo equivalente y aun formal, afirmado la conclusión defendida por nosotros; tendremos pronto una prueba de lo contrario. Lo que decimos es que ocurrió durante largo tiempo como con la Inmaculada Concepción, por ejemplo. No se trataba de uno de esos problemas sobre los que se fijara expresamente la atención de los doctores. Sólo a partir del siglo XV, los escritores católicos empezaron a tratarlo *ex profeso* en sus escritos, y aun hay que descender más para hallar la propuesta como tesis de trabajos especiales. Por consiguiente, no debe causar extrañeza el encontrarla tanto menos extensa y distintamente expresada, cuanto más nos remontamos por el curso de los tiempos. Esta ha sido la suerte de todas las verdades que la Iglesia ha definido, o, por lo menos, aceptado universalmente en tiempos más próximos a nosotros; v. gr., la Inmaculada Concepción, la Infalibilidad pontificia o la Asunción corporal de María.

Mas, por el hecho mismo de que la universalidad de la mediación de la bienaventurada Virgen acude naturalmente a los puntos de la pluma de los panegirista, sin que piensen en demostrarla, sin que parezcan darse cuenta de que se la pudiera contradecir, queda probado suficientemente cuán profundas raíces la piadosa creencia había echado en los corazones.

La segunda advertencia se refiere a la certidumbre de la doctrina. No tenemos la pretensión de probar que cae bajo el dominio de la fe, ni que es doctrina obligatoria, como si fuera un pecado ponerla en duda. Por consiguiente, no es esta conclusión tampoco la que debemos sacar de los testimonios. Nos bastará que la enuncien para que los consideremos como favorables. Quizá un día, gracias al desarrollo de la doctrina, esta tesis, libremente discutida aún, llegará a ser aboslutamente obligatoria, y como algunos se complacen en predecirlo, ocupará, tal vez, su puesto entre las verdades definidas por la Iglesia. Dejamos a otros el cuidado de estudiarlo.

Viniendo, pues, a los testimonios explícitos, se les puede dividir en dos series. La primera comprende los textos pertenecientes a los siglos en que la cuestión no estaba aún expresamente ni provocada ni discutida. En la segunda se contienen los textos de los escritores eclesiásticos de los últimos tiempos, desde el siglo XVII hasta nuestros días.

Por lo que hace a la primera serie, no son necesarias nuevas citas, después de los sufragios con sobreabundancia emitidos en nuestro libro V. ¿Acaso no hemos oído el concierto universal de voces que desde el Oriente hasta el Occidente proclaman con San Bernardo el grande y solemne principio: **Es voluntad de Dios que todo bien nos venga del cielo por manos de María**? Y esta voz de los siglos cristianos, lejos de ser contradicha por la Iglesia, ha recibido de ella una preciosa y valiosa confirmación cuando, en nuestros días, días, León XIII, después de Benedicto XIV, Pío IX y la liturgia católica, la ha repetido, dándole su soberana aprobación. Ahora bien; quien dice **todo**, nada exceptúa. ¿Por qué íbamos a restringir una fórmala tan clara que nada limita en el contexto, y con qué derecho lo haríamos? Si no apareciese sino rara vez y como de paso, a hurtadillas, o bien, si el autor de ella fuera algún escritor de poca importancia, uno de esos hombres cuya palabra no merece tener eco en el pensamiento de los demás, podríase sospechar alguna exageración en la fórmula o en la idea. Mas, lo repetimos, no es este el caso actual. Son doctores teólogos y Santos los que la han predicado, defendido, consignado en sus escritos, y, como decíamos ahora mismo, los Pontífices y la liturgia de la Iglesia no han temido proclamarla después de aquéllos. La cuestión podría, por consiguiente, considerarse resuelta. Si hasta aquí no habíamos sacado esta conclusión definitiva, es que era preciso separar lo que es incontestable e incontestado de lo que no era tan universalmente cierto para todos.

II. A partir del siglo XVII, la **piadosa creencia** se convierte en un problema expresamente expuesto y debatido por los maestros en sus obras (Esto es lo que da más peso a las palabras de los Soberanos Pontífices. Sabían, cuando las pronunciaban, que serían un apoyo a favor de las tesís que sustentamos). Ahora bien; este examen y estas discusiones no han tenido otro resultado final que el hacer más manifiesta la persuasión común. Ocurre con este punto de doctrina, guardadas todas las distancias debidas, como ocurrió con la creencia en la Inmaculada Concepción de María, cuando a la era de la posesión tranquila sucedió la del estudio y las controversias. Si hay opositores, los defensores van creciendo en número y el acuerdo en unanimidad. Esto es lo que se trata de demostrar por medio de afirmaciones más recientes y con los hechos.

Uno de los primeros autores que expusieron el problema y pesaron las razones en pro y en contra, fué el Padre Teófilo Raynaud, en sus **Dípticos de María** (P. II, punct. 10, n. 13.

Opp., t. VII, 223-224). La conclusión por él sacada es que la opinión ''*según la cual* ***todos los bienes espirituales*** *serían actualmente impetrados para nosotros por la Santísima Virgen,* ***es piadosa, satis, pia***"; pero que no le parece estar apoyada sobre una base bastante firme para hacerla suya en absoluto. Ciertamente, no es por falta de amor a la Santísima Virgen por lo que él retrocede así ante la afirmación de tan hermoso privilegio. No, seguramente, porque existen pocos teólogos que hayan hablado tanto y tan bien acerca de sus verdaderas grandezas. Juzgando en cuanto es posible, por las razones que trae para motivar su oposición, el Padre Teófilo Raynaud no ha considerado ni conocido bastante los textos, en los cuales no solamente es a María, como a aquella que nos ha dado al Autor de la gracia, sino a María orando por nosotros ante el trono de la misericordia, a quien se atribuye el privilegio de ser para nosotros Medianera universal de los favores divinos.

Si dejamos a un lado protestantes como Rivet (Andrés Rivet, 1. II, *Apol*. *pro Maria,* Opp. Theol., t. III) y como el autor de los **Avisos saludables a sus devotos indiscretos**, no sabemos qué otros autores pudieran citar de los tiempos que siguieron que hayan desechado la **piadosa creencia**. Como quiera que sea, aun aquéllos que no se atreven a pronunciarse en favor suyo, no presentan en contra razón alguna importante ni ningún testimonio autorizado. Todos sus esfuerzos se reducen a atenuar la fuerza de los argumentos traídos por los defensores. Mas si la **piadosa creencia** cuenta pocos adversarios, en cambio son muchos los autores que desde entonces la han, no solamente adoptado, sino, además, apoyado sobre razones verdaderamente sólidas y aun, a juicio nuestro, moralmente ciertas. Lejos estamos de pretender dar la lista completa. Citaremos, sin embargo, las más importantes, suficientes para que el lector juzgue cuán profundas raíces ha echado por doquiera en el mundo cristiano la conclusión que defendemos.

Advirtamos, de paso, que dos causas concurrieron a provocar en los servidores de la bienaventurada Virgen la afirmación más expresa y repetida del privilegio en cuestión. Fueron primero, hacia el final del siglo XVII, los ataques más que temerarios del autor anónimo de los **Avisos** contra la devoción del pueblo fiel a la Madre de Dios (Haremos a continuación la reseña abreviada de esta polémica nacida del jansenismo). Fué, en segundo lugar, en el siglo siguiente, la inoportuna crítica de un escritor, justamente apreciado, por otra parte, a causa de sus trabajos y de su erudición en materias eclesiásticas. Hablamos de Muratori, que, bajo el pretexto especioso de prevenir o reprimir los abusos, no respetó a veces bastante la devoción en sí misma.

La obra de Muratori se titulaba: *La dévotion bien réglée*; en el texto italiano: *Della regolata divozione*.

He aquí el texto mismo del autor: "*El oficio de María es rogar a Dios por nosotros, interceder por nosotros, y no mandar.* ***Santa María, ruega por nosotros****, esto es lo que la Iglesia nos enseña. Ella es a la que debemos escuchar y no a las hipérboles de cualquier escritor particular, aunque sea un santo. Igualmente, podemos hallar algunas ebras en las que se afirma que ninguna gracia, ningún bien nos viene sino por manos de María. Si quiere decirse con esto sencillamente que hemos recibido por medio de esta Virgen Inmaculada a Jesús, nuestro Señor, en quien y por quien descienden sobre nosotros todas las bendiciones celestiales, nada más verdadero. Mas, por otra parte, sería un error creer que Dios y su bendito Hijo no nos conceden ni pueden concedernos gracias sin la mediación e intercesión de María. Nosotros —dice el Apóstol— no reconocemos más que un solo Dios y un solo Mediador de Dios*

y de los hombres, Cristo Jesús (I Tim.. II, 5). *Pretender que todos los favores divinos deben pasar por María, es pura exageración devota... Nadie ha creído ni soñado nunca, entre los verdaderos católicos, que los santos cuyo socorro e intercesión imploramos tengan que recurrir a la mediación de la Virgen para alcanzarnos de Dios lo que deseamos"* (1. c., c. 22).

Lamindo Pritanio —este era el seudónimo que había tomado— encontró, como pronto veremos, dos temibles adversarios: uno, en el Padre Benito Plazza, de la Compañía de Jesús; el otro, en San Alfonso de Ligorio. Juan Crisóstomo Trombelli, de los canónigos regulares de la Congregación Renana del Santísimo Salvador, resumió la controversia en su historia de la bienaventurada Virgen, Madre de Dios, sin atreverse a tomar parte ni por unos ni por otros; de tal modo era grande la influencia de la secta en aquella época (Se hallará este largo resumen en la *Summa aurea* (editada por Migne), t. IV, pp. 27-75). Se contenta con el papel de relator, tímido, e inexacto a veces. De él tomaremos las principales dificultades que se oponen a la **piadosacreencia**. Entre tanto, he aquí la lista que prometimos, lista que podía ser aumentada con otros muchos nombres si el tiempo permitiera interrogar a placer libros y bibliotecas (Es preciso repetirlo: esta lista parte desde el siglo XVII. Hemos citado más arriba los autores anteriores a esta época. 1. V, c. 2). A la cabeza van gran número de escritores piadosos y graves, que han compuesto las obras más estimadas sobre la Santísima Virgen; por ejemplo, los Padres Poiré (*La triple couronne de la Mere de Dieu*, trat. II, c. 10, § 3), Juan Crasset (*La véritable dévotion envers la Sainte Vierge*, p. I, tr. I, q. 5, § 2 (París, 1679), páginas 31 y sigs. El P. Crasset había dicho incidentalmente en la cuestión 4, p. 22: "*Sin embargo, como el Hijo de Dios no hace ordinariamente gracia alguna a los hombres sino por intercesión de su Madre, y como la oración es el canal por el cual Dios hace correr casi todos sus dones, debemos decir de la devoción a la Virgen, con cierta proporción, lo que dice San Agustín de la oración en general:* ***"Es cierto que Dios hace a los hombres ciertas gracias, aunque no recen, como la fe inicial y la primera gracia para orar; pero también hoy otras que nos las concede sino a la oración, como son la perseverancia final y la buenamuerte"*** (S. August., *De bono perseverantiae*, c. 16). *Lo mismo digo de la devoción y de la invocación de la Virgen...*"

Los adversarios de la **piadosa creencia** toman ocasión de este texto para retirar al P. Juan Crassett del número de sus adeptos. En lo cual olvidan dos cosas: la primera, que en el texto indicado por nosotros, texto en el que ha tratado la cuestión *ex profeso*, no hace restricciones ni reservas; la segunda, que en este pasaje primero se trata menos de la extensión de las gracias que nos vienen por la Madre de Dios, que de la necesidad de la devoción hacia ella para conseguirlas. Así como la mayor parte de las gracias no nos son concedidas independientemente de la oración, de igual modo no debemos esperarlas independientemente de nuestra devoción a esta divina Virgen. Por consiguiente, cuando se pregunta al P. Crasset: "*Todas las gracias, ¿nos vienen por la intercesión de María?*" "*Sí* —responde—, *absolutamente todas.*" Si le preguntáis: "*¿Es necesario ser devotos de la Santísima Virgen para participar de los favores divinos, y rogarla que interceda por nosotros cerca de su Hijo?*" "*Sí* —responde también—, *pero con ciertas restricciones, como para la oración en general.*" Lo mismo, en efecto, que hay gracias que previenen a toda oración, hay otras que Dios nos concede y que nos consigue María, antes que las huyamos pedido, por su intercesión. Pero según la regla **ordinaria**, y salvo las excepciones indicadas, son necesarias, para recibir los dones divinos, la oración y la devoción a la Madre de Dios, nuestra Madre. Por lo que se ve que las dos proposiciones del P. Crasset no son contradictorias y se concillan fácilmente la una con la otra), Esteban Binet (*Le gran chef-d'aeuvre de*

Dieu, c. 8. 5 11; c. 28, § I. París, 1648), Pedro Ribadeneira (*Las flores de los Santos*. Fiesta de la Asunción, 15 de agosto), Eusebio Nieremberg (*De la afición y amor de María*, obras cristianas, t. II, p. 122; al dorso, en Sevilla, 1686), Pablo Señeri (*II divoto di Maria Vergine*... (In Venetia, 1678). Cómo Nieremberg prueba que María nos lo ha dado todo dándonos al autor de la salvación. Y también cómo él, añade: "*Los doctores van lejos, cuando la llaman restauradora de nuestros males, mediadora entre Dios y el hombre, canal de las gracias, de las que Jesucristo es manantial, porque con eso quieren decir que continúa colmándonos de sus bondades, al concurrir a cada una de las gracias particulares que nos concede la misericordia divina en consideración del Hijo de Dios*". p. I, c. 5, § 3, pp. 103-110: Cf. S§ 1 y 2, pp. 87-103. Hay una traducción francesa de esta obra del P. Señeri con el título de *La véritable dévotion a Marie*. Tournai, 1864), Gallifet (*L'excellence et la practique de la dévotion a la Sainte Vierge*. Cita, aprobándolas, las fórmulas de San Bernardo y de San Bernardino de Sena. P. I, c. 5, p. 62; c. 7, p. 193. Clermont-Ferrand, 1834), Pedro Jeanjacquot (*Simples explications sur la coopération de la Tré Sainte Vierge a Voeuvre de la Rédemption,* p. III, c. 3, n. 57 y sigs. (París, 1875). pp. 238 y sigs.), Hipólito Pradié, de la Compañía de Jesús (*La Vierge Marie*, *corédemptrice du genere humain*, i. V, p. 2, c. 2; t. II, pp. 103 y sigs.) y Petitalot (Abate Petitalot, *Coronula Mariana*, c. 4, a. 2, § 5; *La Vierge Mere*, c. 16, § 2).

Añadid el Padre Justino de Miechow (*Discursus praedicabiles super Litanias Lauretanas* (Ludguni, 1680; in fol.), discurs. 129, § 6, t. I, p. 307), Padre Paciuchelli (Paciuchelli, *In Virginem Deiparam*. He aquí el título completo de la obra: *Excitationes dormitantis animae circa* psalm. LXXXVI, *Canticum* Magníficat, Salutationem angelicam, et Salve Regina, ad colendam, laudandam et diligendam Virginem Deiparam (Venet., 1680), in fol. La excitación 15 se desarrolla toda entera sobre este privilegio de la Santísima Virgen, pp. 727 y sigs.); ambos de la Orden de Predicadores; el obispo de Loreto Benzoni (*Dissert et Comment.* in Cant. Magníficat, Salut. Angel, et psalm. XXVI (Venet., 1606), pp. 28 y 43); el Padre Guillermo Gibieuf, del Oratorio (*De la Vie et des grandeurs de la tres Sainte Vierge Marie, Mére de Dieu*, c. 20, páginas 726, 729-731. París, 1637), a San Leonardo de Puerto Mauricio (*Missione*... Aloc. 1° y 2°; segundo discurso de apertura, t. I, pp. 41, 44, 88. traduc. Labis, 1886), al Beato Luis Grignon de Monfort (El B Grignon de Monfort, *Traité de la dévotion a la Sainte Vierge*. p. I. c. 1° (París 1852) pp 14, 17, 103 et 105. "*El Padre* —escribe en estas últimas paginas— *no ha dado ni da su Hijo sino por Ella; no se forma Hijo sino por Ella y no comunica sus gracias si no es por Ella. Dios Hijo no ha sido formado para todo el mundo en general sino por Ella; no se forma todos los días, ni es engendrado en unión del Espíritu Santo sino por Ella, y no comunica sus virtudes y sus méritos sino por Ella. El Espíritu Santo no ha formado a Jesucristo sino por Ella, y no dispensa sus dones y favores sino por Ella*".

Véase también *Le secret de Marie* (nueva edición, revisada por el P. Lhoumeau), en dorde el beato afirma expresamente:"*Que Dios a escogido a Maria por tesorera, ecónoma y dispensadora de todas sus gracias, de suerte que todas las gracias y todos los dones pasan por su mano*" (pag. 16). No creemos que después de expresiones tan precisas sea forzoso ver una restricción en un pasaje del mismo opúsculo en que el beato dice algo muy semejante a lo que hemos leído del P. Crasset: "*Dios*—dice— ***puede*** *comunicar por si mismo lo que ordinariamente no comunica sino por María; tampoco se puede sin temeridad negar que lo ha haga algunas veces: sin embargo, según el orden establecido por la Divina Sabiduría no lo comunica de ordinario sino por María en el orden de la gracia, como dice Santo Tomas*" (ibid p. 28). Seguramente, que tomando esta frase con independencia del texto, parece contener una reserva y no conceder a María sino una influencia mo-

ralmente universal en la distribución de los dones de Dios. Mas leed lo que sigue inmediatamente: "*Es preciso, para subir a unirse con Dios, servirse del mismo medio de que él se ha servido para descender hasta nosotros, para hacerse hombres y comunicarnos sus gracias, y este medio es una verdadera devoción a la Santísima Virgen.*" Leed también lo que precedía: "*La dificultad estriba en saber encontrar verdaderamente a la divina María, para hallar toda gracia abundante*", y tendréis, nos parece, medios para conciliar este pasaje con las demás afirmaciones generales del beato. Efectivamente: aunque hable no ya sencillamente del papel de Maria en la distribución de las gracias, sino más bien de la devoción que nos inclina a pedirlas para nosotros, todo se explica, como decíamos a propósito del P. Crasset. No se puede *sin temeridad, aun mas, grave error,* negar que Dios nos comunica gracias que no hemos pedido por medio de Maria, aunque de ordinario sea preciso honrarla y orar para recibirlas) y a Bossuet, de quien no hemos olvidado el claro y sólido testimonio, tan poderosamente fundamentado.

He aquí ahora teólogos como los Padres Francisco Suárez (De *Mysteriis Vitae Chrísti*, D. XXIII, s. 3. § 5), Cristóbal de la Vega (*Theologia Mariana*. Palaestra XXIX. certam. 4, n. 1725 y sigs. col. *Palaes*. XXX (Neapoli, 1856), t. II, pp. 402 y sigs.), Fernando de Salazar (*Expositio in Proverb*.. ad c. VIII, nn. 167 y sigs.; ad c. XXXI n. 108)y de Rodas (Disp. un. *de Virgine María*, q. 2. s. 3, § 9 ; q. 5, s. 3, in preamb. et 2 (ed. 1676), tomo II. Opp., pp. 212, 265, 267) el Padre Contenson (*Theologia Mentís et Cordis*, l. X, Diss. 4, c. 1, Exerc. 4; Días. 6, c. 1, specul. 1, m reflex. ; specul. 2 circa fin et in reflex.), los Padres Benito Plazza (*Christianorum in Sonetos, Sanctorumque Regiam... Devotio vindícata* (Panormi, 1751) p II c. 5. Cf. *Causa immaculatae conceptionis B. V. M. propúgnala* (Coloniae, 1751), Act II a 3, n. 134. El primer trabajo tenía por especial objeto refutar las ideas de Muratori. Se puede considerar como un compendio de esta gran obra el libro del jesuíta siciliano ¡salvador Maurici *La divozione dei Christiani difesa dalla critica di L. Pritanio* (1753). u. Zaccaria, *Storia litteraria di Italia*, t. XII, pp. 310-324. y las *Annotaciones*, del mismo, sobre Petau; *De Incarnat.*, 1. XIV, c. 4, § 9. Zaccaria en su historia literaria consagra numerosas páginas a los trabajos citados más arriba del beato Plazza, y de su abreviador. Vease el t. VIII. páginas 247-276), Diego de Alarcón (*Theologie scolastica, Tr. de Praedestinat*.. c. 6, n. 3.),Reichemberger (*Vindiciae Mariani cultus*, sen nonnullae animadversiones in libellum cui titulus: *Mónita Salutaria B. V.*pro víndicanda contra auctorem anonymum Deiparae gloria. Animadvers. 20, p. 92, sqq. Pragae 1677) y el Padre Juan Bautista Novato (Cleric. Regul. ministrantium infirmis, *de Emmentia Deiparae Virg. Mariae*, c. 11, q. 4, t. II, p. 384, sq.

Sería preciso añadir a esta lista un hermoso estudio del Padre R. M. de la Broise sobre esta proposición: "*¿Nos vienen todas las gracias por la Santísima Virgen?*" Etudes publicados por los Padres de la Compañía de Jesús. mayo-agosto 1896). Entre los partidarios de la opinión piadosa, ninguno, a juicio nuestro, ha combatido por ello con más ardor que San alfonso de Ligorio. Primero la afirma, y después la fundamenta ex profeso en su hermoso libro de Las glorias de María (San Alph. de Ligorio, **Glorias de María**, *Aviso al lector. Introducción.* 1 parte, c. 5 y 6; 2° parte, discurso 5° sobre la Visitación). En el capítulo quinto de la primera parte, el santo doctor había escrito: "*Esta proposición: que todas las gracias nos vengan por María no agrada a cierto autor moderno, el cual, habiendo tratado con ciencia y con piedad de la verdadera y de la falsa devoción, se muestra muy avaro cuando después habla de la devoción a María, porque le niega este glorioso privilegio que le conceden sin la menor vacilación un San Germán, un San Anselmo, un San Juan Damasceno, un San Buenaventura, un San Antonino y tantos otros doctores. Este autor pretende que*

la proposición: Todas las gracias nos vienen por María, no es más que una hipérbole, una exageración escapada al fervor de algunos Santos..."

Ya lo hemos hecho notar. Es a Muratori a quien el gran doctor tenía presente. El autor no tuvo tiempo para contestar a esta crítica, por lo demás muy fundada; murió en 1750, el año mismo de la publicación de **Las glorias de María**. Un anónimo recogió el guante, y, bajo el nombre de *Lamindo Pritanio resucitado*, protestó contra los pretendidos excesos cometidos en el culto a la Madre de Dios.

El anónimo era un sobrino de Muratori, llamado Soli. Iba directamente contra el P. Plazza la carta, como claramente lo demuestra su título: *Lamindi Pritanii redivivi epístola paraenetica ad P. Benedictum Plazzam e Societate Jesu, censorem minus aeinium libelli Della Regolata Divozione*..., in 4° (Venetiis 1755).

San Alfonso volvió a tomar la pluma para escribir su **Respuesta a un anónimo que ha censurado el capítulo V de *"Las glorias de María"***, respuesta que se puede leer en el tomo segundo de la misma obra. No transcribiremos más que la conclusión: "*La proposición que aquí defiendo, a saber, que todas las gracias nos vienen por intercesión de María, es tenida como enteramente conforme con la piedad, y **como muy probable**, no sólo por mí, sino también por multitud de escritores... Por lo cual me estimaré siempre feliz de haberla abrazado y defendido, aunque no fuese más que porque esta doctrina caldea grandemente mi devoción a María, mientras que el sentimiento opuesto la enfría, lo que, a mi entender, no es un leve inconveniente*".

No fué esta la última lanza que el caballero de la bienaventurada Virgen tuvo que romper en la defensa de su culto. Se encuentra inserto en el mismo tomo segundo de las **Glorias de María**, un folleto, al cual tituló el Santo: **Corta respuesta a la extravagante tentativa del abate Rolli para reformar la devoción a la Santísima Virgen** (Tendremos ocasión de ver qué mutilaciones sufrió la Liturgia en Francia durante el siglo XVIII, en virtud de semejantes ideas). Este abate, siguiendo los pasos de los protestantes y jansenistas, censuraba las oraciones y devociones usadas por los católicos en el culto de la Madre de Dios. Criticaba con preferencia los títulos dados a María en las Letanías Lauretanas y en la Salve, títulos que consideraba vanos, ridículos y aun malsonantes, y, por tanto, dignos de ser suprimidos universalmente. Es preciso ver con qué indignación San Alfonso, anciano de más de ochenta años, pulveriza las objeciones del malaventurado censor, y vindica a la vez el honor de la Iglesia y de su Madre.

III. Nos falta ahora, para establecer sólidamente nuestra tesis, refutar las objeciones hechas contra Ella o contra el valor de los argumentos y de los testimonios sobre los cuales la hemos apoyado. Así también aclararemos su alcance y su significación.

Se dice, ante todo: Jesucristo es el único Mediador; por consiguiente, ni se puede ni se debe creer de María que sea **tesorera** y dispensadora universal de todas las gracias.

Respuesta. Esta argumentación, si fuera concluyente, nos obligaría nada menos que a negar, no sólo a María, sino a todos los Santos del cielo, todo poder de intercesión, toda participación en la distribución de las gracias, porque su mediación, ya sea que nos obtenga pocas gracias, ya sea que nos atraiga muchas, no deja de ser una verdadera mediación, aunque suponga la de Jesucristo y le esté subordinado. Por consiguiente, o negad sencillamente la me-

diación de la Virgen y la de los Santos o no opongáis a la potencia de intercesión de María la cualidad de único Mediador que corresponde a su Hijo.

San Alfonso María de Ligorio hace notar, con razón: Una cosa es la mediación de justicia por vía de mérito, y otra la mediación de gracia por vía de intercesión. No es la misma cosa tampoco decir que Dios **no puede**, como el decir que **no quiere** concedernos gracia alguna sin intercesión de su Madre. Tanto como las primeras afirmaciones serían incompatibles con el soberano dominio de Dios sobre sus dones y la excelencia de la mediación del Salvador, tanto más las segundas concuerdan con las libres disposiciones de Dios y los providenciales destinos de María, manifestados en nuestros libros santos y en la tradición de la Iglesia.

¡Sea!, replican los sostenedores de la opinión contraria; mas debéis, al menos, confesar que la intercesión de los demás santos ressultaría inútil si la Santísima Virgen interviniera universalmente en la concesión de todas las gracias. ¿Para qué orarían entonces? ¿No habéis dicho que la oración de María es omnipotente?

Ocurre con esta objeción como con la anterior: no puede extremarse, sin que se ataque a la vez a toda oración dirigida por la criatura a su Dios. ¿Por qué, diremos a este elegido del cielo, o a aquel justo de la tierra, por qué imploráis la misericordia divina? ¿Ignoráis que"*Jesucristo es siempre poderoso para con aquellos que por Él se acercan a Dios, siempre vivo para interceder por nosotros*"? (Hebr.. VII, 25); o bien: ¿Pensáis que su intercesión no es universal, o que necesita que la apoyéis vosotros para conmover el corazón de Dios? Responderéis que la mediación de Cristo no excluye la de los Santos, como la causa primera tampoco excluye las secundarias o subordinadas, y tendréis razón contra los herejes; mas, ¿no veis que al refutarlos os volvéis contra vosotros mismos? Efectivamente; esta respuesta tan exacta, ¿por qué no extenderla a la mediación de María? ¿Será preciso que la Madre de Dios calle cuando los Santos del cielo elevan a Dios por nosotros su voz suplicante?; o bien, ¿deben ellos encerrarse en el silencio cuando se adelanta Ella al trono de la misericordia? Ciertamente no os atreveréis a decir esto. ¿Quién de nosotros, si encontrara algún Santo que se hubiera quedado en nuestra tierra, no le suplicaría que pidiese a Jesucristo esta o la otra gracia, que ya hubiéramos solicitado por María, y que la pidiera por intercesión de la Santísima Virgen? ¿Tendría Él por superflua esta súplica, so pretexto de que en lo que María se interpone ya no hay lugar para otra intercesión? Ahora bien; si hay gracias que los Santos pueden implorar en unión con Ella, ¿cómo la universalidad de su oración les podría obligar a no expresar jamás ningún deseo? En verdad, no sabemos ni podemos comprender por qué la intercesión de los Santos concertaría con la de María en algunos casos particulares y no pueda conciliarse en todos, y siempre con la mediación universal de la misma.

Preguntáis por qué han de ser necesarios los sufragios de María cuando los elegidos del cielo ofrecen sus oraciones con su propia intercesión. A esto os respondemos: primero, porque las unas y las otras de estas plegarias llegan a ser así más agradables a la Majestad divina. Después, porque siendo la Virgen universalmente lo mismo en el cielo que en la tierra Madre y Medianera, le pertenece el ayudar en todo a sus clientes y a sus hijos. Y, finalmente, porque es voluntad de Dios que el orden establecido una vez para la adquisición de las gracias presida a su distribución. Nada se hace en el Calvario sino por el armonioso acuerdo de tres voluntades: la voluntad del Padre, la voluntad del Hijo y la voluntad de la Madre; nada,

pues, debe hacerse en la dispensación de los bienes sobrenaturales independientemente de estas tres voluntades. No es una necesidad absoluta, fundamentada en la esencia misma de las cosas, convenimos en ello; mas es una necesidad que resulta a la vez de una conveniencia admirable y de un plan divinamente establecido. Por consiguiente, en el fondo es la misma cosa el decir, con Arnaldo de Chartres, que tres amores: el del Padre, el del Hijo y el de la Madre, han cooperado, cada uno en su orden, a rescatarnos en el Calvario, y el predicar con San Bernardino de Sena que toda gracia desciende actualmente sobre el mundo, concedida por el Padre, por intercesión de Jesús y alcanzada por Jesús por la petición de María. Así también los textos que parecen más extraños a los adversarios de la opinión piadosa, se explican facilísimamente. Tal es, por ejemplo, esta oración, en la que San Anselmo suplicaba a la Madre de Dios que intercediera por él, "*porque, le decía, si Vos calláis, nadie orará; si Vos oráis, todos orarán, todos vendrán en mi ayuda*". Tal es también la oración de los cristianos de la Edad Media, conjurando a los Santos a que se unieran con la Divina Virgen para conseguirles con Ella las gracias que les pedían. Así igualmente es la súplica dirigida por el sabio Guillermo de Auvernia, obispo de París, a María: "*¿Guardáis silencio? En vano clamaremos a Dios; nuestras voces suplicantes no serán de efecto alguno delante de Él, si la vuestra las contradice; más aún, si la vuestra no las apoya*" (*de Rethorica divina*, e. 18, t. II, p. 343).

Tampoco hay nada sorprendente en esta conclusión, propuesta por un docto religioso de la Orden de los Clérigos regulares, ministros de los enfermos; a saber: que los Santos no oran jamás sin la Madre de Dios. Porque, "*siéndonos concedidas todas las gracias por mediación de María*", unir sus voces a la suya es conformarse al orden providencial establecido (T-B. Novatus, *De Eminentia Deip. V. Marie*, c. II, q. 3, t. II, pp. 384, sq.).

Y, ¿por qué razón no lo han de hacer en el cielo ellos, que lo hicieron tantas veces sobre la tierra? ¿Acaso no están más cerca de la Santísima Virgen y son más amados por Ella? Y, ¿no es aún María la **Medianera** cerca del **Mediador**? Pesad este término la **Medianera** y no**una Medianera**. Pues así como es necesario para ir a Dios, pasar forzosamente por el Mediador, ¿será maravilla que sea preciso pasar por la Madre para llegar al Hijo? Ved, por otra parte, cómo la Iglesia, cuando invoca el patrocinio de los Santos, se dirige ante todo a María, a fin de que la escena de que fué testigo su nacimiento en el Cenáculo se renueve todos los días: Apóstoles y discípulos de Jesús orando, agrupados en derredor de María (Act., I, 14).

Escuchad, si no, esta oración del canon de la Misa: "*En la común unión, y haciendo memoria primeramente de la gloriosa Virgen María, Madre de Dios, Nuestro Señor Jesucristo..., y de todos los Santos, os rogamos nos concedáis por sus oraciones y sus méritos el baluarte universal de vuestra protección.*" Y más adelante. "*Libradnos, Señor ,os suplicamos, de todos los males pasados, presentes y venideros; y por intercesión de la bienaventurada y gloriosa siempre Virgen, María Madre de Dios, con los bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo y Andrés, y todos los Santos, dadnos la paz...*" El mismo orden se ha seguido al principio de la Misa en la confesión de los pecados; el mismo, también, en la oración que sigue al lavatorio de los dedos, antes de las colectas; será el mismo por doquiera; gran lección práctica en la que aprendemos el lugar que ocupa perpetuamente María en los votos ofrecidos a Dios por los hombres.

Lo cual no quiere decir, sin embargo, que nunca debamos invocar a los Santos del cielo, sin orar a la vez a su Madre y nuestra. No; como no se manda tampoco recurrir a los San-

tos sin dirigirse explícita y directamente al Salvador. Los amigos de Dios conocen el orden de la oración. Así como nunca oran por nosotros, sin apoyar sus plegarias en la intervención de los méritos de Jesucristo, no olvidan tampoco el recurrir al Mediador por la Mediadora, y así también lo solemos entender nosotros, puesto que tan a menudo les suplicamos que intercedan por nosotros cerca de Ella.

"*Cuando oramos a los demás santos, no nos servimos nunca de alguno de ellos como abogado cerca de otro, porque todos son del mismo orden. Mas si se trata de la Virgen bienaventurada, los tomamos a todos por intercesores con ella, puesto que es de todas ellos Reina y Soberana y Madre*" (Suárez *De Myster. vitae Christi*, D. XXIII, s. 3, S *Ex hit sequitur*). "*Sicut munus et decus universalis et primarii Mediatoris quod in Christo est, postulat ut nemo prosus aliquid obtineat a Deo, nisi per merita et intercessionem Christi, ita munus et decus universalis et secundariae mediatricis (quod inesse)i. V. probavimus), postulare videtur ut licet ipsa nihil obtineat nisi per Christum, alii tamen quidquid a Ileo obtinent, per beatam Virginem obtineant tanquam per Mediatricen secundarían! mi primn-rium Mediatorem Christum*" (P. Benedict. Plazza. Vindiciae devotionis... p 11 in. 5, p. 295).

Tomenos otro de los argumentos que se esgrimen contra la **piadosa creencia**. La prueba de que no recibimos ni debemos esperar todas las gracias de la intercesión de María, es que la Iglesia y Jesucristo mismo nos han puesto en los labios oraciones en las que ni siquiera se la nombra. Si lo dudáis, leed el Padrenuestro, leed las oraciones antiguas del Misal Romano.

No quiera Dios que rechacemos las oraciones en que nos dirigimos directamente ya a Jesucristo, ya al Padre de las Misericordias, sin pasar inmediatamente por María. Concedemos, con Suárez, que a veces es conveniente y provechoso hacerlo así (Suárez, *De Mysteriis vitae Christi,* D. XXIII, s. 3: Dices. Nonne maior, etc.); mas no dejaremos de repetir, a propósito de esta nueva objeción, la advertencia hecha ya con respecto a las anteriores. Es que pasa de la raya. Efectivamente, fácil sería encontrar también oraciones eclesiásticas en las que no se nombra a Jesucristo, el gran Mediador. ¿Se seguirá de aquí que se puede prescindir de su mediación? No, se responderá, sin duda alguna, porque estas oraciones no van sin otras en las que nos prevalemos de los méritos de Jesucristo para que sean adeptos nuestros votos, y, además, lo que no está expreso, se sobreentiende según la naturaleza y orden mismo de la oración. Y nosotros nos aprovechamos de la respuesta con igual derecho. Habéis rezado el*Pater*, y en ese *Pater* no se habla de la bienaventurada Virgen; mas he aquí el *Ave María*, como para suplicar a María que presente Ella misma y haga acepta la oración del Señor, salida de nuestro corazón y de nuestros labios. Ya lo hemos comprobado: la invocación a la Madre de Dios, en la práctica de la Iglesia ,está siempre próxima a las oraciones dirigidas a Dios. Por lo demás, si hay excepciones a esta regla, ¿por qué no decir lo que respondían hace poco nuestros adversarios; a saber: que lo que no está formalmente en las palabras está naturalmente sobreentendido en las cosas? ¿Por qué siendo la respuesta válida para el Mediador no lo ha de ser para la Medianera?

No omitamos ninguna dificultad. Veamos cómo razonan los adversarios en la objeción siguiente. Si no hay oración alguna en la que María no intervenga, ni gracia alguna que no dependa de su intercesión, ¿para qué es preciso invocarla directamente? Dirijámonos a los

demás Santos, o inmediatamente a Jesucristo o a la Santísima Trinidad toda entera; María no dejará por eso de orar por nosotros y no seremos escuchados con menos certeza.

Respuesta: No hemos dicho que una oración no pueda ser escuchada, como no sea que la dirijamos explícitamente a María; pero no concedemos tampoco que sea cosa indiferente el orar por medio de Ella. No se sabe, sin duda, bien que hay tres maneras de orar por María. Cuando decimos *Ave María*, éste es el primer modo, ¡y cuán excelente es!, puesto que nos la hacemos propicia recordándole el más hermoso de sus privilegios, antes de reclamar su intercesión. El segundo modo es si recitamos el *Pater* o cualquiera otra oración semejante en honor suyo. Entonces, en efecto, lo remitimos la súplica que queremos ver bien acogida, para que ella misma la presente y apoye con su maternal autoridad. Finalmente, oramos de un tercer modo por María cuando, dirigiéndonos a algún santo del cielo, le ofrecemos invocaciones y homenajes en los que María es la que resulta ensalzada e invocada, como, por ejemplo,*Avemarias* o *Salves*. En este último caso, ¿qué hacemos, en efecto sino tomar al santo como intermediario y medianero cerca de la Medianera? Y haciéndolo así, le honramos a él también, puesto que reconocemos de esa suerte cuán amado es de Ella y cuán digno de que le escuche.

Un autor que ya hemos citado varias veces, Eadmer, hace la misma observación: "*El socorro en los peligros nos llega más pronto y con más abundancia cuando invocamos el nombre de María que si sólo imploramos el nombre de su Unigénito, Jesucristo. No porque le sobrepuje ciertamente ni en poder ni en grandeza, porque no es Él grande y poderoso por Ella, sino Ella por Él... ¿Por qué entonces? Porque los méritos de la Madre consiguen para nosotros del Corazón de Dios lo que no merecería nuestra débil oración. Y, ¿acaso no es esto lo que ocurre todos los días? Aquel suplicante que vería su petición desechada, si la presentase por sí mismo, lográ que sea acogida favorablemente, poniéndola bajo el patrocinio de un protector que sabe que, a su vez, es siempre escuchado y atendido*" (*De excellentia B. M .V*., c. 6, P. L„ CLIX, 470).

De acuerdo, diréis, quizá, mas olvidáis que, según vosotros, los sufragios de María en favor nuestro no faltan nunca, aunque directamente nos dirijamos a Dios. No, no lo olvidamos; mas también sabemos que Jesucristo quiere que su Madre sea honrada en sus privilegios, y hace de este honor una condición para la concesión de sus gracias más escogidas. Ahora bien; ¿lo sería como debe serlo si fuera indiferente para obtener su asistencia el pedírsela o no? Dejar de rezarle, ¿no sería dejarla preterida, olvidada, y privarla de todo homenaje? Sabemos que ocurre con María como con todas las madres: que acude con mayor prontitud a socorrer a aquellos hijos que más la instan para que los ayude. Sabemos que su prodigalidad misericordiosa es fruto de su caridad; ahora bien; la caridad, aunque se extienda universalmente a todas las criaturas de Dios, mide, no obstante, sus manifestaciones efectivas por la unión más o menos grande, más o menos actual que une al bienhechor con los necesitados. Ahora bien; la oración es uno de los medios más eficaces que tenemos para unirnos al canal de las gracias, a la Virgen María. Sabemos, finalmente, que la devoción y la confianza ayudan en gran parte a la eficacia de la oración y que nada fomenta tanto la una y la otra como el recurrir filial y humildemente a esta Madre de misericordia.

Así también, los más grandes servidores de Dios, en aquella hora en que, colmados de celestiales favores, parecen haber alcanzado las cumbres de la perfección, se encomiendan con mayor asiduidad a la Virgen bendita. No daremos más que un ejemplo entre mil. En el*Li-*

brillo, en que San Ignacio, llegado casi al término de su carrera, consignaba día por día las gracias insignes que recibía de la bondad divina, habla en cada página del Mediador y de la Medianera, yendo de la Madre al Hijo, del Hijo al Padre, sin separar jamás a aquellos que los decretos eternos han unido tan estrechamente. Este es, por otra parte, el camino que había mostrado en sus **Ejercicios Espirituales**, en los que casi siempre hace pedir las gracias más singulares por medio de tres **coloquios**: el primero, con Nuestra Señora; el segundo, con Nuestro Señor Jesucristo, y el tercero, con Dios Padre (Véanse, sobre todo, las Contemplaciones de la segunda semana).

Sigamos a los contradictores en sus objeciones. Preguntan cómo la Santísima Virgen participa con su Hijo en la dispensación de todas las gracias celestiales, cuando Dios nos las concede muchas veces, sin que la hayamos invocado en nuestro favor, **en manera alguna.** Esta vez también la objeción prueba demasiado, porque hay gracias concedidas por Nuestro Señor a quien no se las ha pedido, y este hecho no autoriza a nadie para deducir de ahí que la mediación de Cristo no sea universal, sin excepción ni reserva para ningún don de Dios. Para que el razonamiento tuviera alguna fuerza, sería necesario probar, ante todo, que los beneficios de Dios no previenen toda oración, así como todo mérito; es decir, demostrar la verdad del semipelagianismo. Así, pues, de la misma manera que la gracia, al menos la necesaria para orar, debe preceder siempre para con cada uno de nosotros a la oración, así María no espera nuestras súplicas para ejercer con nosotros sus funciones de Medianera. ¿Sería, acaso, Madre, la Madre perfecta, si para acudir en socorro de sus hijos necesitara siempre que se le dirigieran gritos de angustia? Ciertamente, no obra de este modo el Salvador con los hombres. Como buen Pastor, corre en socorro de la oveja perdida, aunque no le haya llamado con voces lastimeras.

La Madre de la Misericordia imita al Padre de las Misericordias; Ella, que no es lo que es sino para ejercitar la misericordia. Así también los Padres nos afirman que Ella nos ayuda sin que ni siquiera se lo supliquemos, *etiam non rogata*. Hermosa expresión que San Anselmo ha hecho entrar en sus oraciones a la Virgen ("*Sin Vos, ni piedad ni bondad; ¿no sois la Madre de la virtud, de toda virtud? Sin vuestra asistencia, soy una nada que vuelve a su nada. Socorredme y no me rehuséis a mí solo un beneficio que concedéis a todos, aun sin ser rogada* ***etiam non rogata***" (San Anselm., Crat. 47. 1°. L„ CLV1II, 945). Dante, el gran poeta teólogo, en sus versos (Vuestra bondad no se contenta con asistir al que la implora; a menudo se adelanta serrosamente a la oración. Parad., XXXIII, 19-21) y León XIII en sus Encíclicas sobre la devoción del Rosario (Encycl. *Magnae Dei Matris*. 7 sept. 1892).

Es también una dicha para nosotros el poder poner estas ideas bajo el patrocinio de nuestro ilustre Pontífice. "*En el rezo del Rosario* — escribe a propósito de esta devoción—*se empieza, ante todo, como conviene, por volverse al Padre, por medio de la oración dominical; luego, después de haberle invocado con las peticiones más excelentes, la voz suplicante se vuelve del trono de la Majestad Divina hacia María, en conformidad con esta ley de la misericordia y de la oración formulada por San Bernardino de Sena: "Toda gracia concedida al mundo llega a él en tres grados ordenados perfectamente: del Padre a Cristo, de Cristo a la Virgen, de la Virgen a nosotros. Ahora bien; recorriendo estos grados de naturaleza diferente, nos detenemos de mejor gana, en cierto modo, y con más detenimiento en el último. Tal es, en efecto, la composición del Rosario, en el que repetimos por series de diez Ave la salutación angélica. Es como para tener la seguridad de subir los otros dos grados; es decir,*

de ir a Jesucristo y por Jesucristo hasta el Padre. Y luego nuestra oración es tan débil e imperfecta que necesita pe un apoyo que la sostenga y le dé la confianza necesaria. He aquí por qué repetimos tan a menudo las mismas salutaciones a María, suplicándola que ruege a Dios por nosotros y que le hable en nuestro nombre. Nuestras voces hallarán tanto más favor y crédito cerca de Dios, cuanto más puedan recomendarse con las oraciones de la Virgen, de esta Virgen a quien Él mismo dirige esta invocación tan amorosa: ***"Que vuestra voz resuene en mis oídos, porque es dulce"*** (Cant., II, 24). *Y por esta razón también le recordamos nosotros tantas veces los gloriosos títulos por los que merece ser escuchada. En Ella saludamos a aquella que encontró gracia delante de Dios, y gracia con tal plenitud que su abundancia rebosa sobre todos los hombres; aquella a quien el Señor se ha unido con la más estrecha e indisoluble unión; la que, bendita entre todas las mujeres, ha reemplazado la maldición por la bendición, por el fruto bendito de sus entrañas, en el que serán benditas todas las naciones. En Ella, finalmente, invocamos a la* ***Madre de Dios****; es decir, a una Virgen investida de una dignidad tan alta, que su oración puede, ciertamente, conseguirlo todo para nosotros, pecadores, ya sea en vida, ya en la hora de nuestra muerte"* (Leo XIII, Encycl. *Iucunda temper*. 8 sept. 1894).

Pasemos a otra clase de dificultades; es decir, a aquellas que se refieren más especialmente a los testimonios. Aquí se nos ofrecen dos formas de rechazar su valor y su autoridad. Ante todo — dicen nuestros contradictores— atribuyendo todas las gracias a la mediación de María, los Santos sólo han pretendido una cosa: que las hemos recibido de Ella**mediatamente**, en este sentido, que Ella nos ha dado al Autor de la gracia, y en ese don, todas las gracias. Sí; la Madre de Dios, al darnos a Jesús, nos lo ha dado todo en Él y con Él, lo concedemos. Varios de los textos de los Padres, que hemos alegado en esta controversia,**directamente** no significan otra cosa, lo concedemos también, y por eso nos hemos abstenido cuidadosamente de hacer hincapié en ellos, aunque algunos puedan indirectamente confirmar nuestra conclusión. Mas hay un cúmulo de otros muchos cuyo alcance no puede ser atenuado en esta forma, puesto que hablan expresamente de la distribución de las gracias y de la perpetua mediación de intercesión.

Los adversarios de la opinión piadosa se han dado cuenta de ellos, como nosotros, porque buscan una segunda respuesta. Estas son, pretenden, exageraciones, hipérboles, respetables, sin duda, pero que no se deben tomar al pie de la letra. ¿Qué quieren decir los Santos cuando emplean semejantes fórmulas? Sólo una cosa: afirmar y poner de relieve la poderosa intercesión de la Madre de Dios, la increíble extensión de su mediación.

Ya en las páginas que preceden, San Alfonso María de Ligorio, si no nos engañamos, ha refutado victoriosamente estas ideas. Inútil es detenernos en ello más tiempo. A los que aquella respuesta no haya satisfecho, les diremos sencillamente: "*Mostradnos textos, siquiera un solo texto, en que estos mismos Santos confiesen la exageración del lenguaje que se les atribuye*", lo cual no harán nunca, y con harto motivo.

Rechazados por este lado los contrarios, se acercan por otro. Sí, lo confesamos, hay autores recomendables por su piedad, y hasta santos, que sostienen esta conclusión. Pero estas son cuestiones que hay que resolver con testimonios de la **antigüedad**. Ahora bien; ninguno de los antiguos Padres enseñó nunca de María que Ella fuera órgano **universal**, aunque secundario y subordinado de la distribución de las gracias. Se nos cita a San Anastasio, San Gregorio de Neocesárea, San Epifanio y San Agustín, como si la crítica literaria, ya más atenta

y mejor instruida que antes, no hubiera demostrado con evidencia que esas homilías y discursos son obras **supuestas**, de fecha relativamente reciente.

Hay algo de verdad y algo de falsedad en esta objeción. Algo de verdad, porque las obras señaladas como apócrifas lo son efectivamente. Así, pues, por **sí mismas** no prueban la antigüedad absoluta de la piadosa creencia, aunque la muestren existente ya en la remota época de su composición. Mas hay también falsedad, y esto quita toda su fuerza a la objeción. Es falso que los mejores partidarios de la **piadosa creencia** se hayan apoyado, o, al menos, apoyado principalmente como sobre textos auténticos, sobre estas obras, y tenemos conciencia de no haber alegado ni una sola de ellas. És falso que la antigüedad enmudezca sobre el privilegio en cuestión. Si en los primeros siglos no contamos con testimonios explícitos, las afirmaciones implícitas no nos faltan. Recuérdense en particular las magníficas series de autoridades invocadas en este capítulo y en otros de los anteriores; cómo particularmente todo lo que la fe católica afirma de la mediación del Hijo, los Padres, y aun los más antiguos, lo atribuyen secundariamente a la mediación de la Madre. Ahora bien; lo diremos una vez más: al tratarse de Jesucristo, la mediación no se extiende sólo a la adquisición de las gracias, sino también a su perpetua dispensación. El sacerdocio de nuestro Pontífice abraza igualmente estas dos funciones, la una cumplida sobre el Calvario, la otra perpetuamente proseguida desde las alturas del cielo. ¿Con qué derecho se quiere restringir la mediación universal de la bienaventurada Virgen a la primera función, cuando los mismos términos deben ser tomados en toda su extensión, cuando se aplican al Salvador?

Es también falso que la afirmación **explícita** de la **piadosa creencia** sea de fecha reciente. San Juan Damasceno, San Germán de Constantinopla, los himnos de las **Meneas**, San Bernardo mismo, ¿son, acaso, de ayer? Es falso también que una doctrina deba ser rechazada por el solo hecho de que no se la encuentre **expresamente** profesada en las primeras edades de la Iglesia, si, por otra parte, está conforme con los principios admitidos entonces, y, si más tarde ha conquistado el asentimiento general y siempre creciente, como lo hemos comprobado en la cuestión presente. Entonces, ¿es que no debe haber progreso alguno en la inteligencia de las verdades reveladas, o bien, que ese progreso debe ser proscrito de los puntos que se refieren a los privilegios y al culto de la Virgen, nuestra Madre? Nadie se atreverá a decirlo. Por consiguiente, este llamamiento a la antigüedad, lejos de invalidar las bases de la piadosa creeencia, no hace sino afianzarlas.

Objeción última, que no hemos encontrado en los autores y que merece, sin embargo, ser estudiada. Se refiere a las gracias sacramentales; es decir, a las gracias que son efecto de los sacramentos. Aun cuando María, por su intercesión, concurra a obtenernos todas las demás, podría no tener parte alguna en éstas, puesto que no es su sangre la que da a los sacramentos su eficacia, ni ministros suyos los que nos los aplican.

Respuesta: Es verdad: los sacramentos no toman su eficacia de la sangre de María; mas la sangre de donde mana esta virtud vivificadora ha sido tomada de su sangre, y Ella ha participado en el misterio que la ha derramado en los sacramentos. Es verdad también que los sacramentos no son aplicados en su nombre ni por sus ministros; pero la gracia de recibirlos no está fuera de la dependencia de su intercesión; esos ministros, aunque no sean suyos; representan al supremo Sacerdote, en nombre del cual son administrados estos sacramentos, y

este Sacerdote Ella nos lo ha dado libremente; las disposiciones sin las cuales estos sacramentos no serían para nosotros de ningún provecho, se las debemos también a sus oraciones. De aquí proviene que se la invoque antes de recibirlos, a fin de sacar de ellos los frutos que estén llamados a producir. Copiamos como testimonio este pasaje de la antigua liturgia de San Juan Crisóstomo: "*Por intercesión de la Inmaculada María, Madre de Dios, nuestra Soberana, siempre Virgen, hacedme digno de recibir dignamente el don inmaculado para la remisión de mis pecados y para la vida eterna.*" ¿Qué más hace falta para que las gracias sacramentales nos sean también conferidas por la meditación de María, la Madre de los hombres?

Llegados al final de este largo estudio, no diremos que lo que hemos llamado con el nombre de **piadosa creencia** sea una doctrina obligatoria, ni mucho menos que sea un dogma de fe. Desde el principio hemos protestado contra semejante pretensión. Mas es tal la gravedad de los argumentos con los cuales se la puede sostener, tales las relaciones armoniosas que presenta con verdades indiscutibles, tales el número siempre creciente y la autoridad de los testimonios, tal, finalmente, la endeblez de las objeciones que se le oponen, que nos parece extremadamente razonable y soberanamente dulce el admitirla.

Paralelo entre María y la Iglesia

Relaciones de semejanza entre la una y la otra en cuanto al doble carácter de Madre y de Virgen.—En este paralelo María sobrepuja excelentemente a la Iglesia.—María, por su cualidad de ejemplar, es para la Iglesia lo que una madre para su hija.

Hemos expuesto hasta aquí la realidad, los fundamentos y los oficios generales de la maternidad espiritual de María, lo que esta benditísima Virgen ha hecho para merecer el nombre de Madre de los hombres, lo que continúa haciendo para llenar sus deberes y las aptitudes sobrenaturales de que ha sido maravillosamente dotada para responder a una misión tan elevada. Réstanos hablar de sus hijos, según la gracia, es decir, considerar los diferentes grados de su filiación, los deberes que esta misma filiación les impone para con tal Madre, la manera como los han cumplido a través de los siglos, y, finalmente, mostrar, para rechazarlas, las industrias imaginadas por el espíritu del mal para separar a los hijos de la Madre. Tal será la materia de este libro y de los siguientes.

Comencemos por determinar a quiénes conviene, en diversos grados, el título de hijos de María. Ahora bien, entre los hijos de María, el primer rango pertenece, sin contradicción, a nuestra Madre, la Santa Iglesia. La Madre de Dios es, ante todo, la Madre de la Iglesia. Este es su privilegio y su gloria. He aquí por qué nada hay más común que ver afirmar esta maternidad de la Santísima Virgen. Por consiguiente, nada más natural también que empezar hablando de la Iglesia al tratar de la posteridad de gracia dada por el Salvador a su Divina Madre. Pero, para no tratar incompletamente un asunto de tanta importancia, debemos primeramente examinar con detención las relaciones establecidas por Dios mismo entre la Iglesia y María. Terminado este estudio, comprenderemos mejor en qué sentido, en qué medida y por qué razón es la Iglesia hija, y la hija primera de la Madre de Dios.

Entremos, siguiendo a los Santos Padres y apoyados sobre los monumentos de la tradición católica, en estas hermosas consideraciones. Ante todo, presentaremos un paralelo entre la Santísima Virgen y la Santa Iglesia.

María es Madre: Madre de Dios, Madre de los hombres, rescatados por el Verbo Encarnado, Madre Virgen en su doble maternidad. Hay otra madre, virgen como María y madre como Ella de la humanidad regenerada. Es la Iglesia de Dios, la Santa Madre Iglesia, de la cual somos hijos al ser hijos de Dios, porque por su ministerio Dios nos ha regenerado; por su ministerio, también, se conserva y se perfecciona la vida sobrenatural en el alma del cristiano; dos cosas que bastan plenamente a hacer de ella una madre según la gracia.

Imposible es desconocer las estrechas relaciones que existen entre María, la Madre Virgen, y la Iglesia, segunda madre de los fieles.

I. La primera relación es una relación de semejanza. Desde el origen del cristianismo, esta relación pareció tan manifiesta a los Padres que muchas veces representaron a la Iglesia bajo los rasgos y nombres de María. ¿Queréis algunos ejemplos de tan notoria verdad? Tomaremos los primeros de los más antiguos monumentos eclesiásticos. Véase primero lo que leemos en **Clemente de Alejandría**, gloria de una escuela de la cual Orígenes, su discípulo, fué el representante más ilustre: "*¡Oh, místico milagro! No hay más que un Padre, un Verbo, un Espíritu Santo. Unica es también la Virgen Madre, y me gusta llamarla con el nombre de **Iglesia**. Ella sola entre las madres no ha tenido leche, porque sólo Ella no ha sido mujer. Es a un tiempo Virgen y Madre, pura como una Virgen y amante como una Madre*" (*Paedag*.,, 1. I, c. 6. P. G., VIII, 300).

Es de la Iglesia de quien habla el ilustre catequista, y todo el contexto lo prueba hasta la evidencia. ¿Pero es posible fijarse en ese retrato sin ver brillar en él la imagen de María? De tal modo es clara y evidente que hace falta nos adviertan que el autor ha querido pintar otra madre.

La antigua y elocuentísima **Carta** donde se refieren las luchas y los triunfos de los mártires de Viena y de Lyón (177), hablando de los cristianos, que, cediendo primero al temor de los tormentos, habían vuelto a Cristo por el ejemplo de sus hermanos: "*Nada, dice el citado documento, puede igualarse al gozo de la **Virgen Madre** cuando le fué permitido abrazar vivos a los que había arrojado de sus entrañas como frutos muertos. Gracias, en efecto, a la abnegación de los mártires, la mayor parte de los que habían renegado de Cristo fueron de nuevo recibidos en su seno, al calor de una nueva vida*" (*Ecclesiar. Vienn. et Lugdun*. epístola de martyrio S. Pothini, etc., n. 12. P. G., V, 1137). ¿De quién se trata aquí también? De la Iglesia seguramente, pero de la Iglesia presentada bajo los rasgos característicos de María: la virginidad en la maternidad.

Las Catacumbas ofrecen más de una pintura en donde la semejanza está tan acentuada, que el observador se pregunta si es la Iglesia o la Madre del Salvador a quien el artista ha querido representar en sus frescos. Cuando vemos una mujer teniendo en sus rodillas al Niño Dios y recibiendo los presentes de los Magos, no dudamos en reconocer en Ella a María, la Virgen Madre.

Véase a Martigny, *Dictionnaire des antiquités chrétiennes, art. la Saint' Vierge*. Volveremos a tratar de estas representaciones más adelante. El nombre de María puesto en algunos vasos

iluminados quita toda incertidumbre. Otras veces la presencia del Sacerdote que consagra el pan del Sacrificio indica también claramente que la mujer que ora es la Iglesia ofreciendo por ministerio de aquél.

Pero ante esas *Orantes* que se ven de pie, con los brazos en cruz y elevados los ojos al cielo, dudamos, inciertos, porque este tipo es a veces la Iglesia y a veces la Virgen María. Para decidirnos hace falta una inscripción, un indicio cualquiera, y donde falta esto, la ciencia misma no se atreve a decir su última palabra.

Añadiremos que el autor de las **Actas de Nereo y Aquileo**, deseoso de hacerlas pasar por una obra del siglo I, hace entrar en ellas esta idea de la Iglesia, Virgen Madre, lo que no hubiera intentado si desde los primeros tiempos del cristianismo no hubiera sido reconocida y admitida generalmente la íntima relación entre la Iglesia y María.

Hasta aquí era la Iglesia la que tomaba los calificativos y atributos de María. Ved ahora el nombre de la Iglesia, atribuido a la Madre de Dios: "*Esta castísima Virgen, esta Iglesia inmaculada*", dice Manés en las Actas de la controversia entre el obispo Arquelao y este heresiarca. Habla únicamente de María. Es, pues, Ella a quien designa con este título, y nada indica, ni en el texto ni en el contexto, que no fuese comprendido; tan frecuente debía ser entonces el uso de significar con los mismos títulos a las dos vírgenes madres; la Iglesia y María.

Los siglos que siguieron al triunfo de la Iglesia sobre el paganismo, lejos de hacer olvidar estas relaciones, las pusieron a más viva luz. Innumerables son los textos en los que nuestros Santos Doctores hablan de la Esposa del Rey de Reyes, del Templo del Espíritu Santo, del Trono del celestial Esposo, del Arca viva de la alianza, etc. ¿Quién dirá (tan comunes son estas calificaciones) sí pretenden designar a María o a la Iglesia, a menos que la intención del autor no se revele por el contexto o por una expresión bien determinada?

En las vidrieras de nuestras viejas catedrales se ven dos mujeres de pie junto a la cruz: una a la izquierda, con los ojos vendados; otra a la derecha, en la actitud del dolor y de la contemplación. La primera es manifiestamente la Sinagoga; la otra, la Iglesia, pero la Iglesia bajo el aspecto y en la postura de María. Otras veces, en vez de la Sinagoga se ve a San Juan Evangelista; enfrente, al otro lado, a María. Pero consultad a los sabios arqueólogos religiosos, y os probarán, con hechos y con los textos, que si la representación de los personajes ha variado, la significación simbólica persevera. Juan figura a la Sinagoga, y la Iglesia está personificada en María.

P. Cahier, Monographie de la catehédrale de Bourgues, pp. 116, 199. Por lo demás, según nota el sabio arqueólogo, Juan no simbolizaría ya la Sinagoga como incrédula y deicida; figura, quizá, como rindiendo en . nombre de la Sinagoga un testimonio sacado de entre sus miembros, o como Símbolo de la conversión futura de los judíos.

Los primeros poetas cristianos han expresado también con frecuencia esta mutua relación entre la Iglesia y María. Se la ve claramente en los versos de Sedulio, y esta tradición se conservó en la poesía sagrada, como lo atestigua la inscripción que el Papa Sixto III hizo grabar en el *baptisterio* de San Juan de Letrán, donde puede aún leerse el día de hoy. He aquí la traducción exacta:

"*Aquí la raza que se ha de consagrar para el cielo nace de una augusta semilla, y el Espíritu Santo la engendra de las aguas fecundadas por su virtud. En esta fuente la Iglesia,* ***nuestra Madre, da a luz de su seno virginal los hijos que ha concebido bajo el soplo de Dios****. Esperad el reino del cielo, oh vosotros que renacéis de estas ondas: porque la vida bienaventurada es para aquellos que ellas han regenerado. Es una fuente de vida que, brotando del Costado de Cristo, inunda el Universo entero. Báñate, pues, ¡oh pecador!, en este torrente sagrado, para dejar en él tus manchas; entrarás en él con tu vetustad nativa, y saldrás renovado. Tú que quieres ser inocente, purifícate en este baño, sea que pese sobre ti el crimen de tu primer padre o el tuyo. Entre los regenerados ya no hay distancia: son unos por la unidad de la fuente, la unidad del espíritu, la unidad de la fe. Que nadie se desespere ante el número y la grandeza de sus crímenes: santo será cualquiera que nazca de este agua.*"

De todos los Padres, ninguno ha descrito esta semejanza entre las dos vírgenes y las dos madres con tanta insistencia como San Agustín. Lo repite, por decirlo así, en toda ocasión, en sus comentarios sobre los salmos, en los sermones a su pueblo, en sus escritos catequistas y dogmáticos.

No se contenta con reconocer en la Iglesia la más alta personificación de María, considerada como Madre; su mirada y su enseñanza van más lejos. Con el parecido en la maternidad pone a la vista otra similitud: es que estas dos madres son vírgenes. "*A* ***imitación****de la Madre de Cristo, la Iglesia engendra diariamente a los miembros de Cristo, y ella es virgen:* ***imitans ejus (Christi) matrem quotidie parit membra ejus, et virgo est***" (S. Agustín,*Enchirid*.. c. 34. P. L., XL, 249).

Y en otro lugar: "*¿Cómo no habéis nacido de la virginidad, puesto que sois los miembros de Cristo? Vuestra Cabeza ha sido engendrada por María, y vosotros por la Iglesia. Porque ésta es también madre y virgen: madre, por las entrañas de la caridad; virgen, por la integridad de la fe y de la piedad. Ella da a luz los pueblos, y esos pueblos son los miembros del Unigénito, de quien Ella ha sido a la vez el cuerpo y la Esposa; y en esto también lleva la semejanza de la Virgen por excelencia, porque en la misma multiplicidad de sus hijos es madre de la unidad.* ***Etiam in hoc similitudinem gerens illius Virginis, quia et in multis mater est unitatis***" (Idem, serm. 192, de Nativ. Dom., 12, n. 2. P. L., XXXVIII, 1011, 1013. El pensamiento del Santo Doctor es muy claro. La Iglesia da a luz la unidad en la multiplicidad, porque por muy numerosos que sean los hijos que engendra, son uno solo y el mismo Cristo total según el espíritu. Recíprocamente, María da a luz la multiplicidad en la unidad, porque habiendo engendrado al Unico, se ha convertido, consiguientemente, en Madre de innumerables hermanos de este Unico. En otros términos, la iglesia engendra a Cristo, porque engendra a los miembros de Cristo : María engendra a los miembros de Cristo, porque engendra a Cristo, a fin de darles la vida sobrenatural y ser así la Madre de los hombres).

Algunas páginas más arriba había dicho en otro sermón para la **Natividad del Señor**:"*Allí* (es decir, en el seno virginal de María), *el Hijo Unico de Dios se dignó unir a su persona divina la naturaleza humana, a fin de hacer para El, Cabeza inmaculada, una compañera, la Iglesia inmaculada. Esta es la que San Pablo llama virgen, no solamente porque ve en ella vírgenes en el cuerpo, sino porque desea que todos en ella sean vírgenes en el espíritu. Os he desposado, dice, con el Unico Esposo, Cristo, para presentaros a Él como una Virgen pura*(II Cor., XI. 2).

*Por consiguiente, la Iglesia, **imitando a la Madre del Señor**, es madre y virgen de espíritu, no pudiendo serlo del cuerpo. No ha destruido al nacer la virginidad de su Madre Aquel que, rescatando a la Iglesia del poder de los demonios fornicadores, ha hecho de ella una virgen*" (S. Agust., serm. 191, *in Nativ. Dom*., 8, n. 2. P. L., XXXVIII, 1010).

Traduzcamos otro hermoso texto. Después de haber demostrado que la Iglesia es virgen por la fe y por la santidad, prosigue el Santo en estos términos: "*Es, pues, virgen la Iglesia; que permanezca virgen. Que esté en guardia contra el seductor para no encontrarse con un corruptor. ¡Sí! La Iglesia es virgen. Quizá me preguntéis: Si es virgen, ¿cómo engendra hijos? Y si no los engendra, ¿por qué hemos dado nuestros nombres para nacer de sus entrañas? Respondo: Ella es virgen y engendra. Ella **imita** a María, que ha dado a luz al Señor. ¿No es acaso Virgen Santa María, y ha parido, no obstante, y se ha quedado Virgen? Así, de la Iglesia: pare y se queda virgen. Y, si lo reflexionáis, da a luz a Cristo, porque los bautizados son los miembros de Cristo. Sois, dice el Apóstol, el cuerpo y los miembros de Cristo* (I Cor., XII, 27). Si, pues, engendra los miembros de Cristo, es por eso mismo el verdadero retrato de María. *Si ergo membra Christi parit, Mariae simillima est*" (S. Agust. Serm., 213).

¿Qué más? El privilegio de la Iglesia puede ser el de cada uno de los hijos de la Iglesia. Es lo que enseña el mismo doctor cuando dice: "*Lo que admiráis en la carne virginal de María, reproducidlo en el santuario de vuestra alma. Quien cree de corazón, para la justicia concibe a Cristo; quien le confiesa de boca, para la salud* (Rom. X, 10), *es decir, quien convierte su fe en obras, da luz a Cristo. ¡Ojalá que una fecundidad siempre creciente se junte así en vuestros corazones a una virginidad siempre constante!*" (S. Agust. serm. 191 *in Nativ. Dom*.).

¡Qué rico y qué grandioso es este paralelo entre la Iglesia y María! Las dos son madres: la una según la carne y la otra según el espíritu, porque de la una ha nacido la Cabeza y de la otra nacen los miembros. Bien consideradas las cosas, ambas dan a luz a Cristo, porque los miembros pertenecen al cuerpo de Cristo y son, en cierta medida, el mismo Cristo. Y estas dos madres son vírgenes: la una en su carne y la otra por la pureza de una fe santamente viviente. Vírgenes antes del parto, lo son también al dar a luz a sus hijos; porque no es la virtud del hombre, sino la virtud del Espíritu Santo quien las hace fecundas.

Ahora bien, esta doctrina, tan bellamente expresada por el gran obispo de Hipona, no es una invención de su genio. La hallamos generalmente en los otros Padres, de donde pasó más tarde los escritos de. los autores eclesiásticos de la Edad Media. Es de San Fulgencio (Ep. 3, *ad probam*), de San Pedro Crisólogo (serm. 117), de San Epifanio (*Av. Haeres., haer*. 78, n. 19. P. G. XLII, 730), de San Cesáreo de Arlés ("*Hemos sido* —dice el Apóstol— *sepultados por el bautismo con Cristo en la muerte. Las almas son hundidas en la sima sagrada, donde se encuentran las fronteras de la muerte y la vida. Y esas almas a las que su primer nacimiento había entregado a la perdición, renacen a la verdadera vida en el baño saludable... A veces, cuando nos refieren o cuando leemos del Señor Jesús que nació únicamente de mujer sin el concurso del hombre, nos llena de estupor esta novedad. Y he aquí ahora que por encima de todas las leyes de la Naturaleza, por toda la tierra innumerables multitudes son procreadas en el seno de las aguas como por un parto virginal.*

"*Estremézcase de alegría la Iglesia de Cristo, ella, a quien la operación del Espíritu Santo hace fecunda a semejanza de María, para hacerla Madre de una raza divina. Atrás, pues, el ciego error de los infieles, que pretenden que una mujer no puede permanecer virgen, aunque haya concebido independi-*

entemente de toda influencia exterior. Ved cuantos hermanos nos ha dado la Iglesia en una sola noche del seno fecundo de su integridad. Os asombrabais antea de ver a un hombre nacer de la incorrupción; ¿es cosa menos admirable y menos nueva el verlo así renacer?

"*Comparemos, si os place, estas dos Madres, y la maternidad de la una y de la otra confirmará nuestra creencia en la maternidad de cada una.* ***Conferamus, si placet, has duas matres, ut utriusque generatio fidem nostram in alterutra corroboraba****. De una parte, el Espíritu Santo, cubriendo con su sombra a María, la fecundizó por su misteriosa entrada; de la otra, el mismo Espíritu, en la fuente bendita del bautismo, da a la Iglesia la virtud de producir perpetuamente nuevos frutos. María parió a su Hijo sin pecado, y la Iglesia en aquellos que engendra destruye el pecado. De María nació el que era en el principio; de la Iglesia renace lo que había perecido en el principio. Aquélla dió a luz un solo hijo por una multitud de otros, y ésta pueblos enteros. La una, ya lo sabemos, permaneciendo virgen, no ha sido Madre más que una vez; la otra, virgen como es, engendra siempre por su Esposo virgen ...*" Hom. 3 de Paschate. P. L., LXVII, 1049), de San Isidoro y de San Ambrosio.

Es también doctrina del venerable Hildeberto, obispo de Mans, de los bienaventurados Ambrosio Autpert y Alberto Magno, de Gerhoch, preboste de Reichrsberg, del Misal Mozárabe y de otros monumentos numerosísimos de la tradición.

Pero como estos testimonios no serían sino repetición de los precedentes, más vale omitirlos para interrogar nuevamente a San Agustín y citar un texto, en el cual ha condensado toda su doctrina sobre las semejanzas entre la Iglesia y la Madre de Dios. Lo tomaremos de una de sus más hermosas obras, el libro de la **Santa Virginidad**:

"*La Iglesia, dice el Santo Doctor, la Iglesia* ***imita a la Madre de su Esposo y Señor****. Ella es también a la vez madre y virgen.*

"*¿De quién defendemos la pureza, si no es virgen? A qué hijos hablamos, si no es madre? María ha dado a luz corporalmente a la Cabeza de ese cuerpo, y la Iglesia engendra espiritualmente los miembros de esa Cabeza. Ni en una ni en otro es obstáculo la virginidad a la fecundidad ni en una ni en otra altera en nada la fecundidad a la virginidad...*"

Después de haber citado las palabras tan conocidas del Salvador: "*El que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre*"(Matth., XII, 50), prosigue el santo obispo en estos términos: "*Su madre es la Iglesia Universal, porque engendra por la gracia de Dios a los miembros de Cristo, es decir, a los fieles. Y su madre es también toda alma piadosa que hace la voluntad del Padre, por esa caridad fecundísima en los que ella da a luz, hasta que Cristo esté formado en ellos* (Galat., IV, 19).

"*María, haciendo la voluntad de Dios, no es corporalmente sino la Madre de Cristo, pero espiritualmente es su hermana y su madre. Así, pues, sólo a esta Mujer pertenece el ser de espíritu y de corazón madre y virgen a la vez. Madre por el espíritu, no de nuestra Cabeza, el Señor Jesús, porque más bien nació de Él espiritualmente, puesto que es. del número de los creyentes, es decir, de los hijos del Esposo* (Matth., IX, 15), *sino de sus miembros sin excepción, porque Ella ha concurrido por su caridad al nacimiento en la Iglesia de los fieles, miembros de aquella divina Cabeza. Y respecto al cuerpo es Madre de la Cabeza misma. Hacía falta, en efecto, que por el más insigne milagro naciese nuestra Cabeza corporalmente de una Virgerí, a* ***fin de significar*** *que sus miembros nacerían según el espíritu de la Iglesia virgen.*

"*Sola, pues, María es, de espíritu como de cuerpo, Madre y Virgen: Madre de Cristo y Virgen de Cristo. En cuanto a la Iglesia, considerada en los Santos que poseerán el reino de Dios, es enteramente por el espíritu Madre de Cristo, toda entera, por el espíritu, virgen de Cristo, pero corporalmente no es Ella del todo ni Virgen, ni Madre, porque en unos es solamente Virgen de Cristo, y en otros es Madre, pero no de Cristo. Las mujeres cristianas en poder de un esposo y las vírgenes consagradas a Dios... que hacen la voluntad del Padre, son espiritualmente unas y otras, madres de Cristo. En cuanto a las que viviendo vida conyugal, paren corporalmente, no es a Cristo a quien paren, sino a Adán; por eso las vemos correr a los sacramentos que transforman su fruto en miembro de Cristo; porque ellas saben por la fe lo que han dado a luz*".

No se crea que porque hemos citado principalmente a nuestros Padres latinos, ignoraban los orientales la personificación de la Iglesia en María. La carta de las iglesisa de Viena y de Lyón que les fué dirigida, los párrafos de Arquelao y de Clemente Alejandrino probarían lo contrario; pero son mucho más numerosos los monumentos en que vemos expuesta esta doctrina. Bien pronto tendremos ocasión de comprobarlo hablando de la célebre visión de **la mujer coronada de estrellas**, descrita por San Juan en su Apocalipsis. Los Padres griegos no vacilan en interpretar los mismos textos escriturarios de la Iglesia y de María. Citaremos como ejemplo, y sin abreviarlo, este pasaje de San Andrés Cretense en un sermón sobre la Natividad de la Madre de Dios:

"*Si fuera posible medir la tierra y contar la muchedumbre de las estrellas; si se pudieran numerar las gotas de lluvia, las partículas de polvo y los granos de arena, o pesar el peso de los vientos, sería posible también escudriñar hasta el fondo el asunto que tenemos que tratar. Hoy es la fiesta de la Madre de Dios; a esta admirable adolescente celebramos en nuestros cantos; adolescente, digo, y profetisa; adolescente de quien el gran rey y el gran profeta David contemplaba con mirada inspirada los ornamentos reales, y cantaba: "Toda la gloria de la hija del rey es interior, y sus vestidos resplandecen con el oro y los bordados (Psalm., XLIV, 14).*

"*Era esto cantarla desde lejos, bajo el velo de las figuras; cantar el brillo incomparable de belleza que le daban, desde su nacimiento, los dones múltiples y variados del Espíritu de Dios. He aquí, según creo, como todo lector, cuyo juicio no esté falseado por afecto alguno vicioso, interpretará el vestido real y las franjas de oro, adornos de esta princesa. Por eso el mismo profeta, maravillado de las bellezas invisibles, simbolizadas por esos adornos exteriores, decía también de esta Virgen:* ***"Escucha, hija, inclina tu oído, olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre, y codiciará el Rey tu hermosura."*** *No ignoro que estos versos del salmo se dirigen claramente a la Iglesia; pero ¿quién nos impide entenderlos también de Aquella a quien el misterio de la economía divina ha hecho toda entera templo del Esposo de la Iglesia todo entero?*".

No es éste el único lugar de las Escrituras que permite aplicar a la Madre de Dios lo que el Espíritu Santo ha dicho de la Iglesia. "*Hay que notar* —escribía un sabio teólogo del siglo XVI— *que todo lo que hallamos en los Libros Santos sobre la magnificencia, el brillo y la santidad de la Iglesia, se aplica justamente en todas las partes del Universo a la gloriosa Virgen María: porque Ella es el miembro más santo de la Iglesia Católica, a quien Nuestro Señor ha colmado de tantas gracias juntas cuantas ha distribuido entre los demás miembros. He aquí por qué, según la antigua costumbre, cantamos en honor de Nuestra Señora los pasajes de la Escrituró, que, en su sentido natural, deben ser interpretados de la Iglesia de Cristo.*" Driedo, *de Reg. et Dogmat. S. Scripturae*, 1. III, tr. 2, c. 4, t. I, p. 121 (Lovan., 1556).

II. Volvamos sobre estas ideas y procuremos resumirlas con orden, en honor de las dos Madres: la Iglesia y María.

Inútil es el recordar aquí la naturaleza y los privilegios de la doble maternidad virginal de María; cómo, según la carne; es Madre del Hijo Unigénito de Dios; cómo, según el espíritu, es también Madre de nosotros los fieles. La Iglesia no ha dado a luz corporalmente a Cristo, a menos, sin embargo, que no se considere a la Iglesia en su plenitud, en cuanto que comprende en sí a María como el mayor y más santo de sus miembros, porque, mirándolo así, nada nos prohibe el decir que la Iglesia es la madre de Cristo considerado en su carne, pero por **María**.

No es bajo este aspecto como concebimos a la Iglesia cuando la comparamos con la Madre de Dios. De una parte, ponemos a la Iglesia sin María; de la otra, a María sin la Iglesia. El Soberano Pontífice forma ciertamente parte de la Iglesia, puesto que es el Jefe visible y su cabeza. Y, sin embargo, ¡cuántas veces no se ha puesto en parangón el Pontífice supremo y la Iglesia para establecer las mutuas relaciones que tienen uno y otra! Por consiguiente, la maternidad de la Iglesia no ha dado a luz a Cristo en Si mismo y en su carne. Dalo a luz, sin embargo, pero en sus miembros. Porque en ella y por ella somos incorporados a Cristo, entramos como parte de su persona mística y llegamos a ser en El hijos adoptivos de Dios.

¿Cómo se obra este nacimiento? Por el bautismo, el primero de los sacramentos confiados por Cristo a la Iglesia. Por esta razón lo figuran generalmente los Padres como el seno de la Iglesia. "*El agua del bautismo*, dice San León, *es como un seno virginal, y el mismo Espíritu que descendió sobre la Virgen Santísima llena esta fuente sagrada*" (serm. 4, de Nativ. Dom.. n. 3). "*Lo que es el seno materno* (matrix) *para el embrión, es el agua del bautismo para el cristiano, porque en el agua se forma el fiel... Hay, sin embargo, una diferencia: para la formación del hombre en el seno de su madre hace falta tiempo; un momento basta para que el agua termine su obra*" (Hom. 26 (al. 25) in Joan., n. 1. P. G., LIX, 153. "*El que descendió con todo su poder sobre Maria para que concibiese y diese a luz al Hijo único de Dios, Él mismo desciende a las aguas y las hace fecundas para hacer renacer en ellas los hijos de Dios, esta fuente material, vivificada por la venida del Espíritu, se convierte en el seno de la Iglesia*(uterus Ecclesiae), *el seno de la gracia*" (Rupert. Tuit., de Oper. Sp. s., 1, III, c. 9. P. L. CLXVII, 1648).

No objetéis que se puede ser hijo de Dios fuera del bautismo conferido por la Iglesia, como sucede con los niños bautizados en el cisma o en la herejía. Porque ese bautismo, aunque sea administrado por manos extrañas, pertenece a la Iglesia, es su patrimonio inalienable, y si da la vida sobrenatural a quien lo recibe, es porque es el sacramento del renacimiento depositado por el Señor entre las manos de su única Esposa. Por eso, todos los hijos de adopción que nacen en medio de las sectas heréticas son verdaderamente hijos de la Iglesia, lo mismo que si hubieran sido materialmente bautizados por ella. Esta es la gran verdad, que la Iglesia por sus Pontífices y sus Doctores ha defendido contra los Donatistas del Africa, los cuales juzgaban que todo bautismo administrado fuera de la verdadera Iglesia era esencialmente estéril. Heréticos y cismáticos, aun sin quererlo, ni saberlo, obran por ella, porque no es el mérito del que bautiza lo que obra en el agua bautismal, sino el sacramento que confiere. Y, lo repetimos, ese sacramento no es propiedad suya, sino de la Iglesia, verdadera esposa de Cristo.

No opongáis tampoco que se puede renacer independiente del bautismo cuando, por ejemplo, un adulto, antes de haberlo recibido, es justificado por la fe y por la contrición perfecta, porque este adulto, entrando así en la familia de Dios, debe tener el deseo, al menos implícito, del bautismo, es decir, del agua regeneradora que los Padres nos representaban hace poco como el seno virginal de la Iglesia. Y por eso todo fiel renace de Cristo, Esposo, y de la Iglesia, esposa. Quitad toda la influencia de ese divino desposorio, y el no bautizado permanece en la muerte.

La Iglesia es madre, porque engendra los fieles a la vida divina por el bautismo. No es esto, sin embargo, sino una de sus funciones maternales. Es también madre porque da a los nuevamente nacidos todo lo que necesitan para llegar a la plenitud de la edad perfecta en Cristo: luz, fuerza, alimentos, remedios saludables. A esto tienden sus enseñanzas, su disciplina maternal y los sacramentos de que es dispensadora. Así llena el segundo deber de toda verdadera madre, que consiste en conservar, **formándolo**, al fruto de sus entrañas. Saludemos, pues, a esta madre, amémosla, seamos para ella hijos respetuosos, tiernos y abnegados.

Por otra parte, no olvidemos que esta maternidad de la Iglesia tiene sus grados. La Iglesia nuestra madre, no es una abstracción; se revela a nosotros por sus Pontífices, por sus ministros, por sus sacerdotes, en una palabra, por todos aquellos que en una medida más o menos amplia y más o menos próxima han recibido la misión legítima de formarnos en la vida de hijos adoptivos de Dios. Por esto son **nuestros padres** por diferentes títulos y por eso les damos este nombre. El Soberano Pontífice, Vicario de Cristo y Cabeza de su Iglesia, es el Padre común, el Padre Santo. Cada obispo es para sus fieles, según una expresión bien conocida, el Reverendísimo Padre en Jesucristo; el párroco es padre también en la parte de la Iglesia encomendada a su celo; todo sacerdote lo es igualmente en el ejercicio del ministerio sagrado; porque todos concurren a perfeccionar nuestra formación en Cristo (Eph., IV, 11-13).

Ahora bien, esta madre de los fieles, la Santa Iglesia, es doblemente virgen: virgen de espíritu, porque da a luz no por la voluntad de la carne, ni por la operación del hombre, sino por la influencia invisible del Espíritu de su Divino Esposo, Cristo; virgen de espíritu, además, porque es pura y sin corrupción en su fe; pura en su moral, pura en su doctrina,"*porque tiene sus pensamientos en las cosas de Dios y no en las del mundo, afanosa únicamente de agradar al celestial Esposo*" (I Cor., VII, 34).

Virgen de cuerpo, no es ciertamente en la totalidad de sus miembros, pero aconseja y favorece la santa virginidad, guarda una vigilancia continua en la pureza de las costumbres, exige una continencia completa a sus ministros y ve con alegría parte de sus hijos abrazar la castidad perfecta, a ejemplo de su divino Esposo y siguiendo sus huellas.

Tal es nuestra madre, la Santa Iglesia de Cristo. Grande, sin duda, y fecunda en su maternidad, hermosa su virginidad. Pero ¡cuánto más perfecta es una y otra de esas comunes prerrogativas en la Virgen María! La maternidad de María sobrepuja incomparablemente a la maternidad de la Iglesia. La sobrepuja, porque María sola es Madre de Cristo según la carne, sola Ella es Madre de Dios y no hay otra. La sobrepuja también bajo el punto de vista de la maternidad espiritual. Ya lo sabemos; dos cosas eran necesarias para que el hombre pudiese conservar la vida de la gracia y volver a ser lo que era antes de su caída, hijo adoptivo de Dios: primeramente, reparar el ultraje hecho a Dios por el pecado y abrir de nuevo las fuentes

de la gracia, cerradas por su justa cólera; segundo, hacer aplicación de los méritos del Salvador y, según el tiempo y las personas, distribuir las riquezas que la Pasión nos había adquirido. Tal es la obra de la Redención, y, por consiguiente, de nuestra regeneración en Cristo.

María sola, con exclusión de la Iglesia, tiene su parte selectísima cerca del Redentor y por el Redentor en el primer acto de la común regeneración. En el Calvario, donde Cristo pagó con su sangre la redención del mundo, hallamos a María concurriendo a esta obra por la oblación que hizo allí de la excelsa víctima, libremente dada por Ella, y recibiendo por una declaración auténtica el título y la cualidad de Madre. Sin duda que la Iglesia estaba allí también; pero, en vez de cooperar en modo alguno con el Salvador a este primer alumbramiento de los hijos adoptivos de Dios, no estaba allí sino para ser rescatada y para nacer a la vida sobrenatural del Costado abierto a su Divino Esposo. No desempeñó, pues, en aquel lugar, como María, el oficio de madre. Desde este punto de vista, solamente María es Madre de los miembros de Cristo; de tal manera sola y de tal manera Madre, que la Iglesia, según diremos muy pronto, ella misma es su hija, puesto que la Iglesia es del número de los redimidos.

Si pasamos al segundo acto, es decir, a la aplicación de los méritos de Cristo, que se hace a través de las edades, aunque la Iglesia tiene en esto gran parte, la preeminencia pertenece siempre a María. Sin duda que no es Ella quien administra los sacramentos, como la Iglesia, o predica la doctrina de Cristo; no es Ella tampoco quien por oficio promulga las leyes de Cristo y regula con sus ordenanzas la vida de los cristianos. Este oficio especial lo ha puesto Cristo en manos de su esposa, la Iglesia. Pero esto mismo lo hace la Virgen, Madre de Dios, y lo probaremos con evidencia en el capítulo siguiente; lo hace, no como la Iglesia, sino de un modo más excelente y más elevado. Y, por consiguiente su maternidad sobrepuja de todos modos a la maternidad de la Iglesia.

¿Tendremos necesidad de demostrar que la Madre de Dios sobrepuja también sin comparación a la Iglesia desde el punto de vista de la virginidad en la fecundidad? San Agustín lo ha expuesto con tanta claridad que no es necesario añadir nuevas explicaciones. ¿Dónde, pues, está en la Iglesia, fuera de María, la virginidad unida a la maternidad, según la carne, virginidad y maternidad tan perfectas una y otra que es imposible concebir otra más alta y más pura?

Y si hablamos de la virginidad según el espíritu, María se nos presenta también por encima casi infinitamente, por su fe, por su pureza, por su caridad, por todas las virtudes, en una palabra, que constituyen la virginidad en las almas; por encima, decimos, de todos los miembros de la Iglesia y de la Iglesia misma, no sólo sobre la Iglesia militante, en donde la humana flaqueza nos mostrará siempre muchos lunares, sino sobre la Iglesia triunfante, por muy inmaculada que sea.

En fin, aunque una y otra hayan concebido del Espíritu Santo; aunque este divino Espíritu haya dado a cada una la fecundidad, a María para dar a luz a Cristo y a sus miembros; a la Iglesia para engendrar los hijos adoptivos, no nos atreveríamos, sin temor de ofender a ambas, a atribuir a la Iglesia la inefable plenitud del Espíritu Santo que hemos reconocido en María, porque la Iglesia misma recibe de la plenitud de María, como participa María de la plenitud de Cristo.

III. Hasta aquí el paralelo entre las dos vírgenes y las dos madres, entre la Iglesia y María, nos ha presentado dos caracteres principales: carácter de semejanza y carácter de superioridad por parte de la Madre de Dios. Esto significa la fórmula tan frecuentemente empleada por los Padres, a saber: **La Iglesia imita a la Madre de Cristo:** ***Ecclesia imitatur Matrem Christi.*** Proposición que no truecan jamás para decir de María que Ella está hecha a semejanza, a imitación de la Iglesia. Esta, **guardada la debida proporción**, representa a María como Isaac representaba a Jesucristo, como la Jerusalén de la tierra representaba a la Jerusalén celestial. Y es que en esta comunidad de privilegios pertenece a María la preeminencia excelentemente, preeminencia de santidad, preeminencia de unión con el Espíritu Santo, preeminencia de virginidad y preeminencia de maternidad.

Cuando la Sagrada Escritura quiere hablar de la semejanza entre la criatura racional y su Criador, dice que Dios hizo al hombre a **su imagen** (La palabra *imagen*, cuando se trata de expresar la semejanza entre el Creador y su criatura, no se dice sino de la criatura racional. Las otras, aquéllas sobre todo que son puramente materiales, son vestigios o huellas. Véase nuestra obra *La Gráce et la Gloire,* t. I, 1. I, c. 5, pp. 59 y sigs.).

Así, el Hijo de Dios ha creado la Iglesia imagen de su propia Madre. Dios no se parece al hombre, sino el hombre a Dios; de igual modo, no es María quien se parece a la Iglesia, sino la Iglesia la que se parece a María. Por consiguiente, la Santísima Virgen puede ser considerada como un ejemplar del cual la Esposa de Cristo es la imagen más perfecta. La noción de imagen, en contraste con la de ejemplar, encierra esencialmente dos ideas: la idea de semejanza y la idea de una cierta dependencia respecto al original. La perfección divina es el ejemplar de toda perfección creada, porque toda perfección creada reproduce en una medida más o menos amplia las perfecciones del Creador y porque éstas son la fuente de donde procede aquélla. Ahora bien, esos dos caracteres de la imagen se revelan claramente en la relación de la Iglesia con María. Que hay semejanza lo hemos ampliamente demostrado en este capítulo mismo. Que hay relación de origen es también una verdad innegable; si la Iglesia existe, si es madre y virgen, si el Espíritu Santo habita en ella para hacerla viva, fecunda y santa, es porque María dió a luz libremente, y libremente también entregó a su Hijo por la salud del mundo; es que Ella, poderosa y misericordiosa repartidora de las gracias, hace descender constantemente el rocío celestial sobre el sacerdocio y el pueblo de Cristo.

De aquí a la conclusión final, a la que deseábamos llegar con todo lo expuesto, no hay más que un paso: la Iglesia es verdaderamente hija, la hija primera de la Madre de Dios. No sólo a sus hijos, sino mucho más a ella le corresponde decir a María: *Monstra te esse matrem*: Muéstrate como una madre conmigo. Y así, ¿qué más habría que añadir a lo que hasta aquí hemos meditado para saludar en María a la Madre de la Iglesia, lo mismo que la Madre de los hombres o la Madre de los fieles? La Iglesia está hecha a la imagen de María, como un niño tiene en sí el parecido y los rasgos de su madre, y la Iglesia existe, vive, opera con dependencia de María. ¿No es todo esto lo que hace falta para establecer entre ellas la relación de madre a hija y de hija a Madre? Bien lo han visto nuestros Doctores, pues tantas veces han llamado a María la Madre de la Iglesia. Si los miembros de Cristo son hijos de María, según la medida misma de su incorporación a la persona de Cristo, ¿cómo la Iglesia, cuerpo místico de Cristo y prolongación de Cristo a través de los siglos, no pertenecía con el mismo título a Nuestra Señora? Tanto más cuanto que la Iglesia no puede jamás ser separada de Cristo, mi-

entras que nada asegura infaliblemente a los miembros una indefectible incorporación con su persona mística.

La Iglesia hija de Maria

Insístese en la comparación entre las dos Madres, la Iglesia y María, para entender mejor cómo, en las funciones mismas con las cuales continúa la Iglesia la misión de Cristo, María conserva la preeminencia, y es en esto, como en todo lo demás, la Madre de la Iglesia.

I. Hemos expuesto la preeminencia de la maternidad espiritual de María sobre la maternidad de la Iglesia, preeminencia que principalmente se revela en dos grandes actos: el acto por el cual ha sido superabundantemente llena para nosotros la fuente de vida sobrenatural, de donde mana y manará siempre toda gracia de adopción; el acto por el cual esas mismas gracias y esa misma vida van desarrollándose en el curso de las edades sobre cada hombre en particular para vivificarlo y santificarlo. No tenemos que insistir sobre el primero: sabemos muy bien que María solamente, con exclusión de toda otra criatura, y, por consiguiente, de la Iglesia misma, ha cooperado a este acto, commenzando desde la concepción de Cristo y consumado en el Calvario. Lo que nos resta que exponer más a fondo es el oficio, no ya exclusivo, sino preponderante que desempeña en el segundo acto.

Podría parecer, a primera vista, que en esta obra de la santificación de los hombres por la aplicación de los méritos del Salvador, la parte principal pertenece a la Esposa de Cristo, la Santa Iglesia. A ella, en efecto, ha confiado singularmente Jesucristo las cuatro funciones que concurren a la preparación, a la formación, al perfeccionamiento de los hijos adoptivos de Dios, esto es, al magisterio doctrinal que propaga y conserva la fe; el ministerio sagrado que santifica por el sacrificio y por los sacramentos; el ministerio no menos augusto ni menos eficaz de la oración universal, que abre las fuentes de la misericordia; en fin, el poder pastoral que promulga las leyes de Cristo y gobierna a los cristianos en nombre y por la autoridad de Cristo. Tal es la misión de la Iglesia sobre la tierra, prolongación y complemento de la de Jesucristo. "*Así como mi Padre me envió a mí, así yo os envío a vosotros*", decía el Salvador a sus Apóstoles, y, en persona de ellos, a todos los que debían sucederles hasta el fin de los siglos. Ahora bien: en parte alguna leemos que haya confiado a su Madre semejantes funciones. Y como esas funciones se encaminan todas a vivificarnos en Cristo, ¿no debemos deducir que María no tiene ya en el segundo acto la preeminencia que le es propia en el primero?

Aunque concediéramos esto en todos sentidos, siempre sería María la Madre por excelencia, porque, bien consideradas las cosas, es mucho más prestar su ministerio a la adquisición general de las gracias vivificantes que ser simplemente el órgano de la distribución que se hace de las mismas gracias a través del tiempo y del espacio. Pero es mucho más lo que pretendemos para la Madre de Dios. No en vano la ha honrado siempre la Iglesia, sin restricción, como a su Reina y a su Madre; no en vano clama a Ella desde este valle de lágrimas: "*Muestra que eres Madre; Madre de Nuestro Señor y nuestra*"; no en vano se le suplica a una voz con sus hijos que vuelva hacia nosotros las miradas de su misericordia y nos admita, después de este destierro, a la visión de su Hijo bendito. Y ¿cómo el derecho de la Virgen Santí-

sima en la repartición de las gracias podría ceder ante el de la Iglesia, cuando Ella tiene por **mérito** lo que la Iglesia ha recibido de **pura gracia**?

¡No! La Santísima Madre de Dios no posee como la Iglesia y bajo la misma forma los poderes de santificación depositados por Cristo en manos de los Apóstoles. Jamás se la ha visto definiendo auténticamente las creencias, celebrando el sacrificio de la Eucaristía, administrando los sacramentos, imponiendo leyes obligatorias a los fieles, ofreciendo, en fin, ante el altar las oraciones de la Liturgia, aunque nos ha dado al Autor de nuestra fe, al Pontífice de la nueva alianza, a nuestro Supremo Legislador y a nuestro Omnipotente Intercesor cerca del Padre. Pero, sin embargo, lo repetimos, su preeminencia no pierde nada, queda igual, indiscutible, porque sus operaciones son de un orden superior. He aquí lo que nos resta demostrar más explícitamente, recorriendo otra vez las cuatro funciones con las cuales prosigue la Iglesia la misión de Cristo, su Esposo; esta misión cuyo fin y término es la formación completa de los hijos adoptivos del Padre.

II. ¿Hablaremos de su oficio en el establecimiento, la propagación y la conservación de la verdadera fe? Se resume en una palabra, en un título: **Reina de los Apóstoles**; tan elevada, tan profunda y tan incomparable es su influencia en este ministerio del Apostolado. No repetiremos lo que ya dijimos en otro lugar, cómo fue **instructora** de los mismos Apóstoles de tal modo que si "*San Juan Evangelista habló más divinamente de los misterios de Dios que sus otros compañeros de Apostolado, fué, según testimonio de San Ambrosio, porque tuvo muy cerca de él el santuario de los secretos del cielo*" (San Ambros., *De Instituí. Virg*., c. 7, n. 60. P. L., XVI, 319. Véase la 2» parte. 1. V, c. 2). No recordaremos tampoco que Ella fue la primera en dar a conocer el Salvador Jesús al Precursor, prisionero aún en el seno de su madre; a los judíos, en persona de los pastores; a los gentiles, en persona de los Magos, y que si el Espíritu de verdad descendió con tanta plenitud sobre los Apóstoles el día de Pentecostés, en gran parte se lo debieron a sus oraciones, presagios todos muy claros de su perpetua misión en orden a la fe. Tampoco recordaremos, por haberlo tratado en otro lugar, cómo la fe en Cristo Nuestro Señor se liga y une indisolublemente al reconocimiento de los títulos de esta Señora nuestra, al culto de amor y de veneración que le rendimos (1° parte, 1. I, c. 3).

Tampoco trataremos del aspecto tan curioso de la historia de las herejías, que nos hace ver, en la mayor parte de ellas, unidos los ataques contra los privilegios de la Madre de Dios a las negaciones dirigidas contra tales o cuales artículos de nuestra fe. Esto se nos muestra más claramente en el Nestorianismo, en los iconoclastas, los albigenses, los husitas, los protestantes de todas las sectas y, finalmente, aunque de manera más velada, en el jansenismo.

Dejamos, por fin, a otros el cuidado de referir tantos hechos particulares en que María se revela como **maestra**, ejerciendo este oficio no sólo con las inspiraciones e iluminaciones interiores que obtiene de su Hijo, sino con manifestaciones exteriores y sensibles. La historia de las Misiones está llena de hechos maravillosos. Los hallamos en China, en el Japón, en las dos Américas, en los salvajes del Marañón y de las Montañas Rocosas, en las Indias inglesas y aun en Europa hasta en nuestros días (Todos conocen la aparición de la Santísima Virgen al P. Alfonso de Ratisbona, y la súbita luz que le proporcionó. Podríamos citar un hecho aún más maravilloso, recientemente acaecido en la India, y de autenticidad indudable).

Hay un hecho, sin embargo, que merece ser reseñado explícitamente, porque no se trata ya de un alma ignorante o extraviada, sino de un pastor de almas, de un doctor, del cual se hizo María en el siglo III la Maestra visible. Este dichoso discípulo de la Madre de Dios fué el célebre Gregorio de Neocesarea. El santo universalmente conocido bajo el nombre de**Taumaturgo**, a causa de los numerosos milagros que obró, acababa de recibir la consagración episcopal, a pesar de su resistencia. Se preparaba con el retiro a tomar posesión de la Sede de Neocesarea, ciudad casi del todo pagana, que debía convertir al cristianismo a fuerza de virtudes, de abnegación y de prodigios. Tomamos el relato, palabra por palabra, de San Gregorio de Nisa, que pudo haberlo recibido él mismo de su abuela Macrina, la cual había vivido con los discípulos y los contemporáneos del Taumaturgo, si no con el mismo Taumaturgo.

Así, pues, Gregorio el Taumaturgo, aunque había seguido durante algunos años las lecciones de Orígenes y quizá por causa de las enseñanzas de aquel ilustre maestro recibidas, sentía la necesidad de ser instruido más exactamente en los misterios del Cristianismo, y particularmente en el gran misterio de la Santísima Trinidad. Por esto, "*el recién electo suplicaba al Señor que lo iluminase sobre lo que le tenía perplejo; resuelto, por otra parte, a no entrar en el misterio de la predicación antes que la luz divina hubiese disipado plenamente las nubes de su alma. Y sucedió que habiendo pasado toda la noche en meditar dentro de sí mismo sobre la doctrina de la fe, sin ver bastante claramente lo que debía defender* (porque había entonces quienes corrompían con sus sutilezas la sana doctrina y hacían vacilar hasta a los hombres prudentes y doctos), *sucedió, digo, que vió aparecer ante sus ojos un personaje, con el aspecto augusto de un anciano, hermoso con una hermosura divina, con un aspecto y unos rasgos que respiraban gracia y santidad. Asustado Gregorio, se arrojó de la cama y preguntó al extraño visitante quién era y por qué había venido. Aquél le serenó con dulce acento, asegurándole que venía de parte de Dios para sacarle de las ansiedades en que fluctuaba tocante a las reglas de la fe.*

"*Gregorio iba recobrando el sentido y contemplaba al misterioso anciano con un gozo mezclado de asombro, cuando éste, extendiendo la mano, le mostró con un gesto una segunda aparición enfrente de la primera. Era una figura de mujer, pero con una majestad y una excelencia muy superiores a la condición humana. Poseído de nuevo terror, volvía Gregorio los ojos, no sabiendo de nuevo qué pensar de esta visión, cuyo resplandor no podía soportar, porque lo más prodigioso era que brillaba en las tinieblas de la noche como una hacha encendida. Pero he aquí que los dos personajes se pusieron a conferir juntos la doctrina misma objeto de sus ansiosas pesquisas. Y así supo sus nombres, pues se los decían hablándose uno a otro. Oyó al que se había presentado bajo el aspecto de mujer decir al otro, llamándole Juan Evangelista, que explicase a quel joven el misterio de la verdadera piedad, y a Juan responder que estaba dispuesto, en esto como en todo, a obedecer a la Madre del Señor. Ahora bien: después que el Evangelista hubo claramente formulado esta doctrina, la visión se desvaneció. Gregorio, cuando se quedó solo, escribió inmediatamente lo que acababa de aprender; tan bien que enseñó siempre en su Iglesia conforme a la regla recibida y la transmitió a sus sucesores como patrimonio y herencia divina, gracias a la cual se conservó la fe pura de toda herejía*" (S. Gregor. Nyssen., *Or. de Vita S. Gregor. Thaumat*. P. G., XLVI, 909, sqq.). Gregorio Niseno afirma que en su tiempo se conservaba aún en Neocesarea el texto original escrito de mano del santo obispo, "*y cada cual puede verlo con sus propios ojos en los archivos de esta iglesia*", dice también el mismo Gregorio de Niza, después de haber citado el símbolo enseñado milagrosamente por la Madre de Dios.

Puede verse en la *Historia des Auteuru Sacres* .... de Dom R. Ceillier (t. III, c. XVII, a. 2, § 3), la larga lista de monumentos eclesiásticos en que está inserto ese símbolo, o al menos cita-

do, con la afirmación del milagro. Este hecho tiene, por consiguiente, todas las garantías deseables de autenticidad. Créese que San Basilio hablaba de este símbolo cuando, en una de sus cartas a los fieles de Neocesarea, les decía: "*¿Puede haber una prueba más cierta de mi fe, que la de saber que he sido educado por una abuela de bienaventurada memoria y nacida en vuestra ciudad? Hablo de la ilustre Macrina. Las enseñanzas del bienaventurado Gregorio que ella había recibido como de primera fuente por una fiel tradición, las conservaba dentro de su corazón, y con ellas nos alimentó en cierto modo desde la cuna*" San Basil., Ep. 204, od Neocacsar., n. fi. P. G.. XXXII, 752, 763.

Lo que hizo la Santísima Virgen por el Taumaturgo, ¡de cuántas maneras no lo ha renovado con otros!

Nos complaceríamos en demostrarlo con una multitud de testimonios y hechos si nuestro gran Pontífice León XIII no hubiese expuesto magistralmente este oficio de María en una**Carta Apostólica** que dirigía recientemente a toda la Iglesia. El es, pues, quien va a decirnos lo que es la Santísima Virgen y cuál su acción constante en el orden de la fe:

"*Ya lo sabemos: el fundamento y principio de los dones divinos, gracias a los cuales el hombre, saliendo del orden de la naturaleza, se eleva hasta los bienes eternos, es la fe; pero, justamente, también se proclama que nada hay más eficaz para adquirir y perfeccionar esa misma fe que la acción secreta de Aquella que nos ha dado al **Autor de la fe**; de Aquella que fué llamada bienaventurada a causa de su fe; de Aquella, en fin, de quien se ha dicho:**"Nadie, ¡oh, Virgen Santísima!, llega al conocimiento de Dios sino por Ti; ¡oh, Madre de Dios!; nadie consigue un don de misericordia sino por Ti***" (S. Germ. Constant., *Or. 2 in Dorm. B. M. V*.P. G., XCVIII, 340).

"*Y ciertamente, no parecerá exagerado el afirmar que, principalmente por su asistencia y bajo su dirección, se extendieron tan rápidamente la sabiduría y la ley evangélicas, a través de los innumerables obstáculos y dificultades que encontraban, llevando con ellas a la universalidad de los hombres un orden nuevo de justicia y de paz. Esto inspiraba el alma y la oración de San Cirilo de Alejandría cuando se dirigía a la Virgen bendita en estos términos: **"Por Ti los Apóstoles predicaron la salvación de las naciones...; por Ti la santa cruz es celebrada y adorada en todo el universo...; por Ti toda criatura, aprisionada en los errores de la idolatría es llevada al conocimiento de la verdad; por Ti han llegado los fieles al santo Bautismo y se han fundado Iglesias en todas las naciones"*** (*Hom. II, e diversis. Encom. B. M. Deip*. P. G., LXXVII, 1032). Ella es también, como la ensalzaba el mismo Santo Doctor, quien ha procurado a la Iglesia y afirmado en sus manos el **cetro de la fe**; Ella, cuyo cuidado constante fué el de mantener entre los pueblos, firme, intacta y fecunda, la fe católica.

"*Numerosos y muy conocidos son en la historia los monumentos de esta vigilancia maternal, y a veces se han visto revelarse en ella de un modo verdaderamente admirable. Sobre todo en las épocas y en los países donde la fe languidecía a causa de lamentable indiferencia, o bien vacilaba con el choque de errores perniciosos, fué entonces cuando la Augusta Señora hizo presente a todos su misericordiosa influencia. Entonces, en efecto, bajo su impulso y gracias a su apoyo, hombres eminentes en santidad y celo apostólico se levantaron para rechazar los esfuerzos de los malos, volver los espíritus a la piedad de la vida cristiana y llenarlos de amor a Ella. Entre todos, y más poderoso él solo que muchos, se señaló en esta doble tarea Domingo de Guzmán, apoyado por su confianza en el **Rosario de María.***

"*¡No! Nadie puede poner en duda la gran parte que le corresponde a la Madre de Dios en los servicios prestados por los venerables Padres y Doctores de la Iglesia, que trabajaron con una abnega-*

ción admirable, ya en defender, ya en predicar la verdad católica. En efecto, de la que es ***Trono de la Divina Sabiduría,*** *reconocen ellos haber recibido la inspiración fecunda de sus mejores pensamientos, y, por consiguiente, a Ella y no a sí mismos atribuyeron las victorias alcanzadas sobre el error.*

"*En fin, los reyes y los Pontífices romanos, defensores de la fe, han implorado siempre, unos para expediciones santas, otros para la promulgación de sus decretos solemnes, la asistencia del nombre de la divina Madre, y siempre han sentido su auxilio poderoso. Por esto la Iglesia y los Padres ofrecen a María alabanzas tan merecidas como gloriosas: Salve, ¡oh, boca perpetuamente elocuente de los Apóstoles, sólido fundamento de la fe, baluarte inquebrantable de la Iglesia!. Salve, ¡oh, Tú!, por quien hemos sido alistados entre los ciudadanos de la Iglesia, una, santa, católica y apostólica* (S. Joan. Damasc., *Orat in Annunc. Deigen*. P. G., XCVI, 656); *salve, ¡fuente abundantísima de donde manan los arroyos de la divina sabiduría, rechazando con las aguas purísimas y limpidísimas de la ortodoxia las olas encrespadas del error!* (S. Germ. Const., *Or. in Deip. praesent.*, n. 14. P. G.. XCVIII, 305). *¡Regocíjate, porque Tú sola has destruido todas las herejías en el universo mundo! (In oíficio B. M. V.). Tal es la parte, la parte grande que la augustísima Virgen María ha tenido en la expansión, en los combates, en los triunfos de la fe católica. ¿No basta esto para hacer ver más y más claramente lo que es esta Virgen Bienaventurada en el plan divino, y, al mismo tiempo, despertar en los fieles todos de Cristo una gran esperanza de obtener lo que hoy día es objeto común de todos sus deseos?*" El Papa se refiere aquí a la unión de todos los bautizados en un solo rebaño y bajo un solo pastor. "*Por consiguiente*, continúa el Pontífice,*hay que entregarse a María e invocar a María. ¿Quién cómo Ella podría llevar a cabo con su poderosa influencia la concordia de las naciones cristianas en la profesión de una misma fe, en la comunión perfecta de una misma caridad?*

"*¿Qué otra virtud podría, como la suya, promover en todos los pueblos cristianos esta nueva gloria, tan deseable de la religión, esto es, la concordia de los espíritus en la unidad de una misma creencia, la unión de las voluntades en el abrazo de una misma caridad perfecta? ¿Y qué no querrá Ella hacer para que las naciones, en favor de las cuales su Hijo único pidió con tantas instancias al Padre la comunión más íntima, y a quienes El mismo llamó y destinó, por un solo bautismo, a la misma herencia, herencia adquirida y pagada con un precio inmenso; qué no procurará esta buena Madre, repetimos, para que todos juntos caminen hacia ese solo fin, iluminados* ***con su admirable luz****? ¿Qué tesoros de bondad providencial no se dignará prodigar por todas partes, ya para aligerar los prolongados trabajos que esta tarea impone a la Iglesia, esposa de Cristo, ya para realizar en la familia humana ese beneficio de la* ***unidad, fruto insigne de su maternidad****?*" (Leo XIII, Encycl. *Adjutricem populi*. 5 sept. 1895).

Detengámonos en estas palabras y cortemos aquí nuestra cita: **La unidad, fruto insigne de su maternidad**. El Cristianismo nos ofrece dos clases de unidad, dominando a todas las otras. Hay la unidad del Hombre-Dios y la unidad de la Iglesia. Unidad del Hombre-Dios, que resulta del misterio de la Encarnación. Entonces, en efecto, la naturaleza humana y la divina fueron indisolublemente unidas en una sola persona, y con unión tan estrecha y substancial que Dios es hombre y el hombre es Dios. Unidad de la Iglesia en virtud de la cual los hombres, agrupados en una fe común y en un mismo concierto de voluntades, bajo la autoridad de un mismo Jefe invisible, representado visiblemente por un Vicario, forman un solo cuerpo, el cuerpo místico de Cristo, vivificado por un solo y mismo espíritu, el Espíritu de Cristo. Ahora bien: esta segunda unidad sale de la primera y se modela en ella, como en su arquetipo.

María, por consiguiente, habiendo concurrido de una manera tan real y tan próxima a la unión que constituye el Hombre-Dios, ha debido cooperar por eso mismo a la unión que es su desarrollo, es decir, a la unión que constituye la Iglesia de Dios. Pero porque esta segunda unión no está, como la primera, al abrigo de todo ataque, porque los cismas y las herejías vienen constantemente a ponerla en peligro, hace falta, por una consecuencia natural, que la maternidad de la Virgen intervenga constantemente para defenderla y fortificarla; en una palabra, que prevenga y destierre las herejías y los cismas en cualquier tiempo y lugar que se produzcan. Y esto es lo que la Iglesia nos enseña en la alabanza que da a la Madre de Dios, con estas palabras: "*Alégrate, Virgen María, porque Tú has exterminado todas las herejías, Tú que diste el consentimiento a las palabras del Angel Gabriel en el momento en que engendraste al Hombre-Dios*" (Misa votiva de B. M. Virgine, de la Septuagésima a Pascua, en el tracto). Y, así, la Santísima Virgen, después de habernos dado, como Madre de Dios, a Aquel que es a la vez la Luz del mundo y la Cabeza del cuerpo, del cual nosotros, los fieles, somos los miembros, obra sin cesar, en virtud de su oficio mismo de Madre, para mantener y confirmar la unidad de los espíritus y de los corazones en la misma fe y en la misma caridad; tan cierto es que la unidad es el fruto natural de su maternidad ("*Marie thesaurus et hortus benedictionis, columna et firmamentum veritatis, splendor et nitor gratiae... imperatrix et doctrix gloriae, fundamentum Ecclesiae.... magistra perfectorum.*" L. de Corona B. Vig. (atribuido frecuentemente a San Ildefonso), c. 5. P. L.. XCVI, 292).

Hace poco, León XIII nos recordaba una multiud de hechos en los que se revelaba de un modo esplendente este oficio de la Madre de Dios. En todo tiempo ha reconocido la Santa Iglesia ese mismo poder en la extirpación de los cismas y de los errores.

Para citar otro ejemplo más, la cesación del gran cisma de Acacio, a principios del sexto siglo, fué atribuida por los obsipos de Oriente a la intercesión de la Madre de Dios. "*He aquí, dicen los Padres del sínodo de Constantinopla en su carta al Papa Hormisdas, he aquí que...* ***por la intercesión de la gloriosa Virgen María,*** *todos los miembros antes separados han vuelto a la unidad en la caridad por la gracia del Espíritu Santo*" (*Relatio Synodi Constantin. de ordin. Epiphanii ep*. Labbe Conc., t. IV, p. 1524).

En la misma época y por la misma causa, Epifanio, elegido para ocupar la sede de la nueva Roma, escribía al Soberano Pontífice, a fin de notificarle su adhesión perfecta a la fe y a la comunión de la Iglesia Romana, y sus esfuerzos para estirpar los últimos restos del cisma. Ahora bien: él también atribuía el fin de una calamidad tan grande "*a la gracia del Espíritu Santo y a la intercesión de la Santísima y Gloriosísima Virgen María, Madre de Dios*" (*Relatio Epiphanii ep*.. ibíd., 1535, 1538). Recordemos también la carta del Papa Gregorio a Germán de Constantinopla, en la que este Pontífice, felicitando al Santo Patriarca por sus combates en defensa de las imágenes, "*glorificaba a la Soberana de todos los cristianos, que, decía él, había sido su baluarte..., dirigido y protegido como estaba por Ella. Ahora bien: añadía el Pontífice, este triunfo sobre el error nada hay por lo que deba asombrarnos. Si Betulia fué salvada por la mano de una mujer de Israel, que mató al terrible Holofernes..., ¿cómo Vuestra Santidad, bajo la tutela de la Madre de Dios, no había de rechazar vigorosamente a los enemigos de la fe y ganar sobre ellos una gloriosa victoria?*"(Conc. *Nicaen. II*, Act. IV. Labbe, t. VI, p. 288, sq.).

He aquí, pues, una primera función que no deja de ser **sobreeminentemente** propia de la Madre de Dios, aunque no le convenga en la manera y forma que la ejercita la Igle-

sia (Léase sobre este asunto al obispo de Rodez, Abelly, *Senthnents des SS. Peres, touchant les excellences de la Tres Ste. Vierge M.* (París, 1674), pp. 190, suívs.).

III. De igual modo debemos pensar respecto al segundo oficio, esto es, el ministerio que nos comunica y perfecciona en nosotros la vida sobrenatural por el Santo Sacrificio y los Sacramentos. Aserto es este que, sin embargo, a primera vista parecerá una verdadera paradoja. ¿Qué preeminencia, en efecto, podrá tener la Santísima Virgen sobre la Iglesia de Cristo respecto de los sacramentos? Sin duda que recibió durante su vida mortal aquellos cuyos frutos no eran incompatibles con su dignidad de Madre y su cualidad de Virgen siempre inmaculada; sin duda, también, que nadie bebió como Ella de esas fuentes de la gracia, porque no puede igualarse con otra alguna la preparación de su corazón, ni su ciencia. Pero, al fin, no los hace eficaces la virtud de sus méritos y de su sangre, no se administran en su nombre, ni por Ella; menos aún los ha dado Ella a la Iglesia. ¿En qué sentido, pues, y desde qué punto de vista podemos nosotros ser más deudores a la Virgen que a la Iglesia de todos los bienes que los sacramentos nos procuran? La respuesta a esta pregunta servirá, como esperamos, a realizar aún más la idea que ya tenemos de su maternidad espiritual, sin quitarle nada a la Iglesia del honor y del agradecimiento que se merece.

Recordamos estas palabras de Bossuet hablando de la Santísima Virgen: "*Primer origen de la sangre de Cristo, de Ella comienza a derramarse ese hermoso río de gracias que corre en nuestras venas por los sacramentos y que lleva el espíritu de vida a todo el cuerpo de la Iglesia.*" ¡Sí! Los sacramentos vienen originariamente de María, sin remontarnos a su fuente. Verdad incontestable, pero que hay que meditar despacio, porque de ella resultará la consecuencia natural adonde pretendemos llegar, y es aquí, como en todo lo demás, el oficio maternal de María sobrepuja al de nuestra segunda Madre en el orden de la gracia, la Iglesia.

Comencemos por considerar la Sagrada Eucaristía, puesto que es el más augusto de los sacramentos y el más sagrado. Cristo había dicho a sus discípulos: "*En verdad, en verdad os digo, que Yo soy el Pan vivo, que ha bajado del cielo. El pan que Yo os daré es mi carne. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en Mí, y Yo en él*" (Joan., VI, 31, sqq.).

Esta promesa la realizó en la Ultima Cena, amando a los suyos hasta el fin. "*Tomad y comed, esto es mi Cuerpo. Bebed, porque esta es mi Sangre.*" Y porque todos en el curso de los siglos debían participar en este misterioso banquete, añadió el Señor: "*Haced esto en memoria mía*" (Luc., XXII, l9).

He aquí la Eucaristía. No vemos solamente, como en los otros sacramentos, la virtud divina que santifica las almas, sino el principio mismo de la vida divina, el Cuerpo vivo y vivificante de nuestro Maestro divino, Cristo todo entero. Cristo, decimos, no sólo alimento, sino también víctima, y alimento, porque es víctima. Porque la Misa es un sacrificio, y la consagración, que renueva el sacrificio de la cruz, pone a Cristo bajo la forma de víctima inmolada por nosotros; así es cómo nos aplica los frutos de la inmolación sangrienta del Calvario, y así es cómo nos alimentamos de Él. Sacrificio verdaderamente digno de la Majestad soberana, banquete que sólo conviene a los hijos de Dios.

Ahora bien: aquí es donde aparece el oficio incomparable de la Santa Madre de Dios. No podríamos exponerlo mejor que citando un párrafo de San Agustín, maravillosamente

adaptado a nuestro asunto: "*Cristo, Señor nuestro*, escribe este ilustre Padre, *ha querido que nuestra salud estuviese en su Cuerpo y en su Sangre... En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dio*s (Joan,, I. 1). *He aquí el alimento eterno, el que alimenta a los ángeles, a las virtudes y a todos los espíritus celestiales. Comen de Él, de Él se hartan, y este alimento, que hace su felicidad y su hartura, ni disminuye, ni se consume. Pero, ¿qué hombre podrá comerlo como ellos? ¿Dónde está el corazón capaz de contenerlo? Era preciso, pues, que este alimento se convirtiese en leche para que fuese apto para alimentar a los niños, que somos nosotros. Pero, ¿a quién toca el convertir un alimento sólido en leche? Oficio propio es de la madre. Lo que come la madre es también comido por el niño. Y como el niño no puede comer el pan en su propia substancia, ¿qué hace la madre? Ella encarna en Sí misma este pan; por un trabajo misterioso hace de él leche y con esta leche alimenta a su niño*" (S. Agustín, *Enarrat. in psalm*. XXXIII, serm. 1, n. 6. P. L., XXXVI, 303).

¿No veis aquí una imagen fiel de lo que ha hecho María por nosotros, sus hijitos? ¿Quién de nosotros podía saciarse del Pan de los Angeles, ese Pan del cual ellos se alimentan por la contemplación y por el amor de la Esencia divina? Y, sin embargo, hijos de Dios como ellos, aún más, dioses por la gracia como ellos, nos era preciso un alimento que respondiese a nuestra dignidad, a nuestro sobrenatural temperamento. Y ved aquí este Pan de los Angeles puesto a nuestro alcance por María ("*Ipsum panem* (mater) *incarnat et per humilitatem mamillae et lactis succum pascit infantem*" (S. August., 1. c.). "*Por consiguiente, ¡oh Madre Nuestra!, trueca en leche nuestro alimento, trueca en leche el pan celestial el Alimento de los Angeles; haz leche Aquel que te hizo para ser hecho de Ti.*" Esta exclamación a la Virgen Santa es de San Máximo de Turín, o quizá de un autor muy antiguo, cuya obra se publicó con el nombre de aquél (Serm. II de Assupl. Ií. M. V. P. L., LVII, 866). El santo dice también en el sermón siguiente, segundo sobre la Asunción: "*Lacta, María, Creatorem tuum: lacta panem coeli; lacta pretium mundi, praebe lambenti mamíllam, ut pro te ille praebeat percutienti maxillam*". Véase también el sermón de San Elredo sobre la Natividad de la B., V. María. P. L., CXCV, 323, sqq.). Pan espiritual, invisible, y, por consiguiente, demasiado substancioso para nuestra flaqueza, Ella lo ha hecho carne y sangre, para que pudiera sernos servido en el sacramento eucarístico. Por Ella hemos recibido, pues, verdaderamente el Pan celestial, y el hombre ha comido el Pan de los Angeles, convertido en alimento de los niños: *Cibus infantium. Panem angelorum manducavit homo* (Psalm., LXXVII, 24).

Con Justo título, pues, pone la Iglesia en boca de María estas palabras del Eclesiástico, como una invitación expresiva para llevarnos a la Sagrada Mesa: "*Yo soy la Madre del Amor hermoso y de la santa esperanza... Venid a Mí todos los que me deseáis y llenaos de mis**generaciones***" (Eccli., XXIV, 26), y estas otras de los Proverbios: "*Venid y comed mi Pan y bebed el vino que os he mezclado*" (Prov., IV, 3).

¿Será temeridad el ver en el milagro de Caná cierta imagen de la relación de Nuestra Señora con el sacramento del Altar? Nada más ordinario en nuestros antiguos Doctores que apelar al maravilloso cambio del agua en vino para confirmar en que se hace en la Eucaristía. El milagro de Caná puede, por consiguiente, considerarse como el símbolo anticipado del misterio eucarístico. ¡Sí!, a ruegos y por la oración de María obró Jesús este primer milagro. ¿No es natural el deducir que Ella debió concurrir por su parte a la institución del Sacramento en el cual nos da Cristo su Cuerpo en alimento y su Sangre en bebida?

Se objetará, tal vez, que cuando María dió el consentimiento necesario para la Encarnación del Verbo, no sospechaba el misterio de la Cena, y que, por consiguiente, la Eucaristía no

puede ser en sí misma un don **formal** que debamos a su amor de Madre. A lo que respondemos: primero, que la Virgen Santísima, al aceptar las proposiciones divinas, ha querido por eso mismo, de un modo al menos implícito, todas las consecuencias de la Encarnación. Pero hay otra respuesta más concluyente todavía. ¿No es cierto que la Santísima Virgen sabía en la hora del gran sacrificio lo que se seguiría de él y cómo la Víctima, ofrecida entonces de un modo sangriento, sería hasta el fin de los siglos inmolada místicamente sobre nuestros altares para hacerse, en su estado exterior de víctima, alimento de los fieles? Lo sabía, decimos, aunque no hubiera tenido más luces que los Apóstoles, porque Jesucristo había hecho esta promesa públicamente (Joan., VI, 52, sqq.; Luc., XXII, 19, 20) y acaba de cumplirla en el Cenáculo y de realizarla misteriosamente. Por consiguiente, asociándose la Santísima Virgen a la oblación de Cristo sobre la Cruz quería también expresamente sus naturales consecuencias, esto es, el sacrificio eucarístico y la participación de todos en la hostia místicamente inmolada. ¿No es suficiente esto para que le debamos, después de Jesucristo, el sacramento de la divina Eucaristía? (La Eucaristía es la prolongación del sacrificio del Calvario. Por consiguiente, la participación de la Santísima Virgen en dicho sacrificio reclama su participación en éste).

Algunos autores han ido más lejos en esta relación entre la Madre del Salvador y el Sacramento del altar. Han escrito que Jesucristo "*habiendo tomado su carne de la carne de María, es idénticamente la **propia carne** de María la que nos da a comer para nuestra salud*" ("*De carne Mariae carnem accepit, et ipsam Mariae carnem nobis manducandam ad salutem dedit.*" San Agustín, sobre el salmo XCVIII, al cual apelan, no dice nada semejante a esto).

Pretenden haber tomado esta idea de San Agustín, como también le atribuyen esta otra sentencia: "***Caro Christi caro Mariae***: *la carne de Jesucristo es la carne de María*" (Como referencia citan el sermón del Santo Doctor sobre la Asunción de Maria. Ya hemos hecho notar, si no recordamos mal. que el sermón sobre la Asunción, inserto en el Apéndice de las obras de San Agustín P. L.. XXXIX, 2129 sq., es obra de la Edad Media. Por lo demás, no contiene ni el uno ni el otro de los textos citados. El libro de la Asunción de la Virgen que también se encuentra en ese Apéndice (XL. 1141), no pertenece tampoco al ilustre Doctor, aunque sea una obra de mérito. Allí es donde puede leeerse, en el capítulo cuarto, algo que se parece, en cuanto a las palabras, el texto presentado por los autores de que hemos hablado: pero el sentido no es el que ellos quieren deducir: "*Caro enim Jesu est caro Mariae, et multo specialius quam Judae coeterorumque fratrum ejus quíbus dicebat: Frater enim et caro nostra est* (Gen., XXXVII, 27). *Caro enim Christi quamvis fuerit . . . glorificata, cadem tamen caro mansit et manet natura, quae suscepta est de Maria*"). Por consiguiente, darnos la una es darnos la otra, y comer ésta es comer aquélla.

Algunos, apoyados sobre observaciones fisiológicas harto singulares, han creído poder afirmar que una parte de la substancia de María, pasada a la substancia del Señor, se conservaba en ella en su realidad individual; de tal suerte que los ojos de Dios ven en el cuerpo de Cristo tales partículas, que estuvieron originariamente en el de su Madre. Y he aquí cómo en la Eucaristía recibimos la carne de la Virgen como engastada en el cuerpo de su Hijo (Aunque la hipótesis fuera verdadera, esas partículas no serían ya la carne de la Virgen, como tampoco los alimentos, una vez que entran en nuestro organismo, son la substancia de tal o cual animal de que nos hayamos alimentado). No tenemos necesidad de decir cuánto semejante opinión repugna a la ciencia y cómo, por otra parte, no tiene en su favor autoridad seria alguna. Sueños piadosos, tal vez, pero indignos de ser tomados en consideración (El P. Theoph.

Raynaud, en sus *Diptycha Mariana*, part. I, pág. 5, n. 24 (Opp., t. VII, página 65), habla largamente de esas extrañas opiniones, para demostrar su poca firmeza y su peligro. Las hubiéramos pasado en silencio si no se hallaran en más de una obra moderna). Es el caso de repetir el adagio común: "*María no necesita, para ser exaltada, ni de nuestras mentiras, ni de nuestras invenciones humanas; tan grande es por Sí misma*" (Cf. S. Bernard., ep. 174, *ad Canonic. Lugd*., n. 2 P. L., CLXXXII, 333).

Confesemos, sin embargo, que hay un sentido según el cual podemos decir con toda verdad que recibimos en la Comunión la carne de María. Sin duda que uno es el cuerpo de la Virgen y otro el de su Hijo. Nada en la Madre pertenece como propio al Hijo; nada en el Hijo pertenece como propio a la Madre, puesto que son dos naturalezas y son dos personas absolutamente distintas en todo lo que las constituye. Pero esto no impide que la carne de Jesús sea en cierta manera la carne de María. Si Judá pudo decir a sus hermanos, hablando de José: "*No manchemos nuestras manos en su sangre: es nuestro hermano y **nuestra carne***", una madre puede, con mejor título, llamar al fruto de sus entrañas, no sólo su hijo, sino también su carne, porque esta carne del hijo proviene originariamente de la carne maternal como de su principio.

Ahora bien: lo que es verdadero de toda madre, lo es mucho más y con mayores títulos de María. La primera razón es que siendo Madre Virgen no comparte con nadie el privilegio de haber formado de su substancia el cuerpo de su Hijo. Además, su influencia maternal sobrepuja en intensidad, si podemos hablar así, a la de cualquier otra madre, porque Jesús no es solamente el fruto de su cuerpo, sino también y principalmente de su corazón, de su humildad, de su fe, de su amor, de su virginidad, de todas las virtudes, en una palabra, que desde el seno del Padre atrajeron al Verbo a sus entrañas. Es, en fin, porque el doble amor que en las generaciones comunes une tan estrechamente el hijo a la madre alcanza en María un grado incomparable de perfección; por una parte, en efecto, no concibió en virtud de algún amor humano, por puro que se le suponga, a este Hijo muy amado del Padre, sino por el amor increado, que es el Espíritu Santo, y, por otra, el amor que le hace amar esta carne de Cristo como su carne y más que su carne, no puede tener igual, puesto que la ama como a carne de su Dios.

El P. Poiré ha sacado de estos pensamientos una consecuencia hermosa y consoladora: "*Puesto que nuestra buena Madre ha preparado este Pan celestial para alimento de nuestras almas, tiene grandísimo celo ... de que lo recibamos a menudo... Porque si deseáis servirme, ¿qué mayor servicio podéis hacerme que dar las gracias y glorificar al Todopoderoso por las grandes cosas que ha hecho en Mí? ¿Y qué acción de gracias más noble que la que hacéis por mi propio Hijo, cuando teniéndolo en vuestras manos y en vuestros pechos, se lo presentáis en mi nombre?... Demostráis vuestra devoción hacia los otros santos, visitando sus reliquias, besándolas, honrándolas, y os quejáis de que el cielo os haya robado las reliquias de mi cuerpo. Pero cesad en vuestras quejas: he aquí el cuerpo vivo de mi Hijo, que es carne de mi carne, parte de mi substancia y el todo de mis afectos; unid a Él atrevidamente los vuestros. Por tanto, si deseáis unir vuestros corazones al mío, acercaos a mi Hijo, con el que no soy más que uno, y en el que coméis juntamente mi propia substancia, para recibir más abundantemente mi espíritu*" (P. Poiré, Triple Couronne, IV part. c. 9 8 2. n. 9).

Este pensamiento de que la carne de Cristo recibida en el Sacramento del Altar es en cierto modo la carne misma de María, consolaba maravillosamente a San Ignacio de Loyola,

según lo ha dejado escrito en sus apuntes espirituales: "*Preparándome para subir al altar, después de haberme revestido para la Misa, y durante la misma Misa, sentía vivísimas emociones interiores, acompañadas de abundantes lágrimas y sollozos y aun a veces de la pérdida del habla. Y sentía y veía que Nuestra Señora me era propicia delante del Padre, de suerte que las oraciones que dirigía ya al Padre, ya al Hijo, en la misma Consagración, no podía menos de sentirla y de verla como aquella que formaba parte de la gracia inmensa que yo recibía en espíritu y la* ***puerta por donde me venía esta gracia****. En la Consagración, sobre todo, me mostró que su carne estaba en la carne de su Hijo, y la inteligencia de estas cosas era tan viva, que no podría describirla...*" (Extracto del diario en el cual anotaba el santo sus luces y gustos interiores mientras escribía las Constituciones de su Compañía. *Constii. S. J. latinae et hispanieae cum Declarat*., pp. 351, 352. Append. XVIII, Matriti, 1892).

Después de estas consideraciones, no hay que asombrarse de oír a San Pedro Damiano concluir una meditación con estas hermosas palabras: "*Pensad aquí, amados hermanos míos, os lo suplico, cuán obligados estamos a la Madre de Dios, y qué acciones de gracias le debemos rendir, después de Dios por un beneficio tan grande. Porque este cuerpo de Cristo que Ella ha engendrado y llevado en su seno, que Ella ha envuelto en pañales, alimentado con su leche con maternal solicitud, ese mismo cuerpo es el que recibimos en el altar; es su sangre la que bebemos en el sacramento de nuestra redención. He aquí lo que profesa la Fe Católica y lo que la Iglesia nos enseña. ¡No! No hay palabras humanas que sean capaces de alabar dignamente a Aquella de quien el Mediador entre Dios y los hombres ha tomado su carne. Cualquier honor que le podamos dar está por debajo de sus méritos, puesto que es Ella la que nos ha preparado en sus castas entrañas la carne inmaculada que alimenta las almas... Eva comió una fruta que nos privó del festín eterno; María nos presenta otra que nos abre la entrada en el banquete celestial*" (Serm. 45, *in Nativ. B. M. V*., 2, P. L., CXLIV, 743).

El devoto panegirista de María que durante mucho tiempo se confundió con San Epifanio no ha temido llamar a la **Madre de los vivientes** "*un campo no cultivado por mano de hombre que recibiendo la semilla del Verbo, ha producido una gavilla admirable; un horno inteligente,* ***clibanus intellectualis****, que ha dado como alimento al mundo ese Pan de vida, ardiente con el fuego de la Divinidad, del cual el Salvador del mundo ha dicho:* ***"Tomad y comed, esto es mi cuerpo, que está triturado por vosotros.*** *¡Oh, amados míos! ¡Qué rica es la mesa a la cual nos convida la Virgen, y de qué inefables manjares está provista!*" (Hom. 5 de *Laudibus SS. Deiparae,* Ínter Opp. S. Epiph, P. G., XLIII, 492, 496). Por la misma causa y en el mismo sentido llama Ricardo de San Lorenzo a María "*la nodriza de la Iglesia, un Belén espiritual, es decir, una casa de pan, el granero de donde ha salido el trigo de los elegidos, porque Ella ha producido el Pan viviente, ese Pan descendido de los cielos que nos reconforta en el altar*" (de Laudibus B. M. 1. I. c. 24; col. L. XI. c. i. n. 20, etc.). Ella es, según Jorge de Nicomedia, "*la Mesa donde está la vida, una Mesa donde el Pan de Dios alimenta con celestial ambrosía a quien de El se alimenta*" (or. 6 *in SS. Deivarae ingressum*. P. G., c. 1424).

¡Cuántos textos podríamos añadir a los ya citados! "*¡Oh, Virgen,* cantan los griegos en sus **Menelogios**, *te celebramos en nuestras alabanzas como la Mesa espiritual en donde se nos ofrece el Pan vivo y vivificante de las almas, que es Cristo*" (Men., 30 maii, od. 2 et 6, de S. Isaaco, in clausula).

Y en otro lugar: "*Madre de Dios, campo fértil donde se ha formado la Espiga de vida, esa Espiga única, el alimento de los cristianos*" (Men., 18 maii, od. 6, de ss. Martyr. Petro, etc., in claus.).

"*Tú eres el Tabernáculo nuevo de la santidad..., la Mesa divina sobre la cual ha sido servido el Pan del que se alimentan los que te proclaman como purísima Madre de Dios*" (Men., can. S. Petri, od. 5. Pitra, *Himnología de los Griegos*, p. CXVI).

"*Y como además debajo las especies de pan, nos es dado este augusto Sacramento bajo las especies de vino, no han olvidado los Santos Padres el relacionarlo también con la Virgen. Porque San Juan Damasceno y San Epifanio la llaman por eso la Viña frondosa que ha producido el Racimo de dulzura y el Néctar de la vida eterna. El Patriarca de Constantinopla, San Germán, dice que es la Cepa misteriosa plantada por la mano de Dios para dar a las iglesias el Racimo de incorruptibilidad; y San Ambrosio toma la semejanza de la copa torneada; de que se habla en los Cantares* (Cant., VIII, 2), *y dice que es el seno de la Virgen, en el cual la Sabiduría Divina ha mezclado el vino precioso que promete en su Banquete eterno* (Prov., IX, 1-5). *En fin, otros afirman que si el Santísimo Sacramento es el Arbol de la Vida, María es el Paraíso; si es la Manzana de la Inmortalidad, María es el Arbol que la ha producido; si es el Cordero de la Pascual místico, es María quien lo ha dado; si el Carbón seráfico de Isaías, María es como la tenaza con la cual fué tomado del Altar de la Divinidad*" (para ser depositado en nuestros labios). P. Poiré, Trivle Couronne, 1° part., c. 9, 8 2, n. 2.

Así se puede verdaderamente decir, siguiendo a Augusto Nicolás, que María, gracias a la parte que ha tomado en los misterios del Salvador, "*ha comulgado al mundo*". Oíd más bien a San Bernardo: "*¡Oh, Bienaventurada Mujer, Mujer bendita entre las mujeres, en tus castas entrañas ha sido cocido el Pan celestial con fuego del Espíritu Santo*" (Serm. *de Natal. Dom*. 2, in. 4. P. L., CLXXXIII, 121).

Y San Pedro Crisólogo, sobre las palabras de la oración dominical: El pan nuestro de cada día, dánosle hoy, dice así: "*El mismo ha dicho: Yo soy el Pan que bajó del cielo*" (Joan., VI, 33, 51).

"*¡Sí! El es el Pan que, sembrado en la Virgen, fermentado en la carne, amasado en la Pasión, cocido en el horno de la tumba, encerrado en la Iglesia, llevado sobre los altares, alimenta diariamente a los fieles con alimento celestial*" (S. Petr., Chrysol., serm. 67. P. LII, 392).¿Queréis otra manifestación de los sentimientos de la Iglesia latina sobre las relaciones entre la Santísima Virgen y el Sacraménto del Altar? La encontraréis en la manera con que en algunos lugares acostumbraban reservar la Sagrada Eucaristía. A veces guardaban el Santo **Reservado** en una especie de armario, *armarium*, *armariolum*, "*más rico y precioso que cualquier otro mueble* —dice San Juan Crisostomo en sus homilías sobre San Mateo—, *porque en vez de ricos adornos encierra la gracia y la misericordia del Señor*". Ahora bien, esos armarios, en ciertas iglesias, estaban "*en cierto modo, confiados a la guarda de la Santísima Virgen. Así en la Abadía de San Nicolás de Angers había dos copones encerrados detrás del retablo del Altar mayor en un armario no esculpido, encima del cual se veía la imagen de la Virgen con dos ángeles en adoración*" (Moleón, *Voyape littér*., p. 102). Algo parecido había en Nuestra Señora de la Rotonda, en Roma (ídem, ibíd., p. 407).

Otras veces el copón estaba colgado encima del altar, en forma de torre, de paloma, de copa o de cofrecillo. En la Ferté, cerca de Chalons, una imagen de la Virgen llevada al cielo por los ángeles, lo sostenía (V. Marténe et Durand., Voyaqe Littér., t. I, 19 part., p. 226). En los Monasterios de la Orden del Císter, una estatua de la Virgen, llevando al Niño Dios en el brazo izquierdo, sostenía con la mano derecha un pabelloncito en el cual se colocaba la Hostia

consagrada. En la iglesia abacial de la Trapa hizo inscribir el Abad Rancé estos versos sobre la estatua de la Virgen, que tenía en la mano el Reservado Eucarístico:

Si quaeras Natum cur Matris dextera gestet,
Sola fuit tanto munere digna Parens.
Non poterat fungi majori munere Mater,
Non poterat major dextra ferre Deum.

Hasta aquí no hemos hablado sino del alimento divino, que nos ha sido preparado por el ministerio de María. Sería preciso, para agotar el asunto, exponer ahora el oficio de esta Virgen bendita en sus relaciones con el sacerdote de la Nueva Alianza; cómo la consagración de nuestro Pontífice se obró en su seno por la unión de la naturaleza divina con la Humanidad de Cristo; cómo Ella fué el primero y el más santo de los Tabernáculos donde reposó la gran Víctima, y el primer Altar donde el Dios de la Eucaristía se ofreció por la gloria del Padre y la salud de los hombres; cómo, en fin, dándonos a Jesucristo como Sacerdote supremo, nos daba en Él a todos los sacerdotes ministeriales, sus representantes y sus órganos. Pero estos diferentes puntos de doctrina ya los hemos tratado antes, y baste recordarlos brevemente (S. Leo., serm. *in Natal. Dom*.. 5, c. 5. P. L., LIV, 211).

Hacía falta también extendernos muy especialmente sobre la divina Eucaristía, porque es el Sacrificio de la Ley nueva, y el Sacramento por excelencia, consumación y corona de los demás (S. Thom., 3 p., q. 65, a. 8.), y que de éstos se puede decir con iguales títulos que de Aquel, que el origen es, después de Jesucristo, María. ¿Qué son, en efecto, sino la virtud de la sangre de Cristo, como incorporada para nuestra santificación en las señales sensibles que los constituyen? Ahora bien, si la sangre cuya virtud aplican viene originariamente de María; si por su consentimiento ha sido derramada, ¿cómo no han de proceder de Ella?

Añadamos que proceden también de Ella bajo otro aspecto, y es que la operación del Espíritu, que los hace eficaces, es como la prolongación y la extensión de la que fecundizó el seno de la Virgen divina. "La misma virtud del Altísimo, la misma operación del Espíritu Santo, que hizo que María engendrara al Salvador, hace al agua regeneradora engendrar al fiel cristiano" (S. Leo, serm. *in Natal. Dom*., B, c. B, P. L., LIV, 211).

Esto dice San León del bautismo, y podríamos aplicar las mismas palabras, modificándolas, a los otros sacramentos de la Iglesia.

¿Quién no ve después de estas consideraciones cuánto sobrepuja la influencia de María a la de la Iglesia en la obra de nuestra santificación por el sacrificio del altar y por los sacramentos? ¿Quién no vé también cómo se verifican los nombres de Virgen Sacerdotal, de Asistente del Pontífice Eterno, tan frecuentemente atribuidos a María? Los ha merecido por la participación de que ya hemos hablado en el sacrificio del Calvario, y por una consecuencia natural le convienen con el mismo título, por razón de su oficio en la institución de los sacramentos de la Iglesia y en su administración.

Más aún; es digna de estos nombres, porque es en el cielo nuestra Mediadora cerca del Pontífice, el gran Mediador, como El siempre viviente y siempre en el acto de la mediación en favor de los rescatados. Poderosa es ciertamente la voz de la Iglesia ante Cristo, su Esposo,

pero por muy pronto que esté para escuchar y atender sus oraciones, las súplicas de su Madre tienen mucha más autoridad para abrir el corazón del Hijo y hacer descender a raudales las bendiciones celestiales. Y la Iglesia lo sabe, pues pide constantemente a María que presente sus oraciones al gran Mediador y que se muestre así doblemente Madre, Madre de Nuestro Señor Jesucristo y Madre de la Iglesia y de los hijos de la Iglesia. No nos extenderemos más sobre este asunto. Lo que hemos dicho, no sólo de la bondad, del poder y de la misericordia de María, sino también y sobre todo de la universal preeminencia de su mediación (2° parte, lib. V, c. 1; lib. VIII, c. 2, 3 y 4), nos dispensa de entrar en más largo desarrollo de este tercer oficio.

IV. Queda el cuarto oficio de la Iglesia, el que llamamos poder pastoral. ¿Debemos creer también que la Santísima Virgen conserva en esto su preeminencia sobre la Iglesia? Sí, respondemos. ¿No la saluda la Iglesia como su Señora y su Reina universal? Ciertamente que no pretendemos decir que se le haya confiado el gobierno de la Iglesia de Dios con el poder formal de hacer leyes, regular la disciplina y regir hasta los Pontífices y los Concilios. A veces se complace en dar órdenes a ciertas almas que le son más caras y a confiarles determinadas misiones. Pero siempre exige que la ejecución de sus deseos quede subordinada a la voluntad de los superiores legítimos y de aquellos especialmente que están puestos para el gobierno general de los fieles de Cristo. Una visión en la que María aconsejase traspasar o despreciar las órdenes de los superiores visibles debería ser tenida como una tentación diabólica o como pura ilusión. Pero esto mismo no prueba que la Santísima Virgen no deje de tener su parte escogida en el ministerio pastoral; de otro modo habría que poner en duda la autoridad del mismo Jesucristo, puesto que somete las órdenes que da personalmente a las mismas condiciones.

¿Qué diremos, pues? Que esta participación de la Santísima Virgen en el ministerio pastoral es de un orden superior, así como su participación en la dispensación de los divinos misterios. Está íntimamente ligada con él, pero del modo que estuvo después del día de Pentecostés, antes de su gloriosa Asunción; con esta doble diferencia, sin embargo, que su acción es hoy más poderosa y menos visible a nuestras miradas. ¿Qué sería preciso para que esta intervención se nos mostrase en toda su grandeza y en toda su gloria? Que cesase por algún tiempo en la Iglesia y nada viniera a reemplazarla. Hipótesis irrealizable, pero que nos es permitido imaginar, a fin de concebir mejor cuán necesaria influencia tiene María en la prosperidad sobrenatural de la sociedad cristiana.

León XIII nos decía más arriba lo que María ha hecho desde él cielo para conservar intacto y puro el depósito de la fe, como también de Ella, de su ternura y de su providencia, hay que esperar el beneficio de la unidad, **fruto insigne de su maternidad**. Ahora bien, ¿no son estos dos oficios principales del ministerio pastoral: procurar a los fieles de Cristo y conservar en ellos la unidad de creencia y la unidad de amor? Si nos preguntáis cómo la Santísima Virgen, Madre de los hombres, es el sostén más eficaz de la autoridad de los pastores en el seno de la Iglesia, os la mostraremos de pie cerca del trono de su Hijo, el Pastor de los pastores y el Pontífice de nuestras almas, mediadora ante el Mediador, y después os haremos ver los ángeles descendiendo del cielo a su voz para asistir a la esposa de Cristo, su hija, combatir las potencias del infierno e impedirles el prevalecer contra Ella.

De todo lo que precede resulta claramente que las dos maternidades, la de la Iglesia y la de la Virgen María, no son de modo alguno incompatibles entre sí. Es cosa manifiesta, si se considera la maternidad de María en su elemento principal, es decir, en la cooperación a la obra de la redención consumada en el Calvario, puesto que la Iglesia, en cuanto se distingue de la Madre de Dios, no tomó parte alguna en ella. No es menos evidente, si se trata de las funciones que tienen por fin la aplicación de los méritos de Cristo y la repartición de las gracias, porque uno es el dominio de María y otro el de la Iglesia. Lejos de suplantar o de estorbar a la Iglesia en su acción, la Santísima Virgen es para ella una necesaria y poderosa auxiliadora. No sucede en el orden de la gracia como en el de la naturaleza. En éste, no puede el hombre tener más que una madre, porque lo que hace la madre no puede ser compartido. Pero en aquél, nada impide que varias causas cooperen en grados diferentes a la generación completa de los hijos de Dios, porque la gracia, principio interior y forma de nuestra adopción, detfe llegarnos, según los designios de Dios, por diferentes medios subordinados unos a otros y concurriendo cada uno en su esfera al fin común de todos, la santificación del hombre y la glorificación de Dios.

Aquí surge de nuevo la conclusión con la que terminábamos el primer capítulo sobre las relaciones entre la Iglesia y María. Aunque la Iglesia sea madre de los fieles, es ella misma una hija de María, puesto que ha recibido por su conducto ministerial y recibe aún la vida de que vive ella misma y la vida que comunica a sus hijos. ¡Sí! La maternidad de la Iglesia, y, lo que es lo mismo, la Iglesia misma, en su existencia y en su acción vivificante y santifi-cadora, depende de María. Tal es, por decreto divino, el encadenamiento armonioso de las cosas y de las causas, que si quitáis a María su oficio providencial en la economía de la salvación, ¿qué sería de nuestra madre la Iglesia? Por consiguiente, hemos afirmado, con razón siguiendo a los Santos Padres, que la relación de semejanza entre las dos madres es, en un sentido muy verdadero a relación del ejemplar a la copia, porque de una parte la Virgen tiene en un grado **sobreeminente** las perfecciones de la Iglesia y de la otra, estas mismas perfecciones de la Iglesia dependen de la propia perfección de María.

Por consiguiente, esta Virgen benditísima es verdaderamente para la Iglesia lo que es para todos los hijos de la Iglesia, una Madre.

La Iglesia y María en el Apocalipsis

La Iglesia y María, una y otra simbolizadas en la *"Mujer"* del Apocalipsis (XII, I y sig), y simbolizadas en el orden mismo trazado por los Padres; es decir, María como ejemplar y como Madre, y la Iglesia como Hija y como copia.—Analogía entre los textos del Apocalipsis, del Génesis, III, 15, y el Evangelio según San Juan, XIX 26-27.

Las consideraciones precedentes acerca de las afinidades que se dan entre la Iglesia y María son muy dignas de los Santos Padres, de quienes las hemos tomado casi en su totalidad; pero complacería el saber que están fundadas también en las Sagradas Escrituras, no solamente en cuanto a los principios de los que se derivan, sino, además, en su propia esencia. Ahora bien, estamos autorizados para creer que este deseo puede ser satisfecho. Corres-

pondía a San Juan, el hijo privilegiado de la Virgen por elección de Cristo, de quien ya era discípulo predilecto, el revelarnos de parte de Dios tan alto misterio. Y lo hace en el Apocalipsis cuando nos refiere una de las visiones más maravillosas que tuvo en Pathmos:

"*Y un gran signo apareció en el cielo. Una mujer revestida del sol, a sus pies la luna, y con una corona de doce estrellas en la cabeza. Como estaba encinta y en los dolores del parto, gritaba, torturada por sus sufrimientos.*

"*Y se vió otra señal en el cielo: se vió un gran dragón rojo, con siete cabezas y diez cuernos, y sobre las cabezas siete diademas. Y con su cola arastraba a la tercera parte de las estrellas del cielo y las precipitó sobre la tierra.*

"*Y el dragón se irguió delante de la mujer que iba a ser madre, con el fin de devorar su fruto cuando lo pariese. Y dió a luz a un hijo varón que debía gobernar a todas las naciones con mano férrea, y su hijo fué arrebatado hacia Dios y hacia su trono.*

"*Y la mujer huyó al desierto, donde tenía un retiro preparado por Dios...*

"*Y se libró un gran combate en el cielo: Miguel y sus ángeles combatían con el dragón; y el dragón y sus ángeles combatían por su lado. Mas éstos no prevalecieron y ya no hubo sitio para ellos en el cielo. Y fué precipitado, este gran dragón, la antigua serpiente, llamado Satanás y diablo, el que seduce a la tierra entera, y fué precipitado sobre la tierra y sus ángeles fueron derribados con él...*

"*Luego el dragón, viéndose precipitado sobre la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón... Y el dragón se irritó contra la mujer y se fué a hacer la guerra a los demás de su raza* (y de su semilla) *que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo*" (Apoc., XII, 1-10, 13-14, 17).

Tal es la visión que vamos a meditar; no tanto para sondear su significado hasta en las últimas circunstancias, cuanto para leer en ella lo que forma aquí el objeto de nuestro estudio, queremos decir las relaciones entre las dos madres, y las dos vírgenes, la Iglesia y la Madre de Dios.

I. ¿Quién es esa mujer? Incontestablemente es la Iglesia.

La tradición constante de los Padres y Doctores no nos permite ponerlo en duda. Apenas si entre los antiguos intérpretes del texto apocalíptico pueden señalarse dos o tres que no hayan explícitamente atribuido a la Iglesia este magnífico símbolo.

Los comentarios a la Apocalipsis son bastante raros en la antigüedad sagrada. Entre los que hemos podido leer, todos, salvo dos o tres, hablan de la Iglesia. Demos algunos ejemplos :"*Haec mulier Ecclesiam designat: consequens quippe erat ut post preadicationem Christi, eius forma describeretur, quam praedicatio Christi genuit... Mulier amiota erat sole, quia fidelis ex quibus Ecclesia constat, in baptismate Christum induunt... Draco iste diabolum significat...*" Este texto, tomado de una exposición del Apocalipsis que se encuentra como apéndice en las Obras de San Ambrosio (P. L., XVII, 874. sqq.), parece haber tenido por autor a un monje del octavo o noveno siglo, Berangaud, O. S. B.

"*Peregrinatem suam Ecclesiam dicit... Et draco stetit in conspectu mulieris quae paritura erat, ut, cum peperisset, natum eius comederet; id est, insidiator diabolus novum hominem qui secundum Deum creatus est... in Ecclesia molitur occidere... Et peperit masculum... ideo masculum quod virili sexui noverimus tamquam superiori iure deberi victoriam. Recte hic caput Ecclesiae Christus in singulis membris dicitur nasci, qui cognoscitur principan*" (Primasius, Adrumet, ep. P. L., LXVIII, 872, sqq.).

"*Haec mulier Ecclesia est... Multos enim in útero habet, multos quotidie filios parit Ecclesia, non tamen sine cruciatu atque dolore... Et draco stetit... Saepe enim Ecclesiae filiis diabolus insidiatur*" (S. Bruno Astens. P. L., CLXIV, 667, sq.).

"*Mulier amiota solé et lunam sub pedes habens... antiqua Ecclesia est Patrum et Prophetarum et Sanctorum et Apostolorum, quae genitus et tormenta desiderii habuit, usquequo fructum ex plebe sua secundum carnem olim promissum sibi videret Christum ex ipsa gente sumpsisse...*" (Schol. in Apocal., ordinariamente atribuidos al mártir San Victorin. P. L., V, 336).

"*Ecclesiam dicit... Draco magnus rufus diabolus est, quarens Ecclesiae natum devorare... Parturiens cruciabatur ut pariat... Semper enim in cruciatibus parit Ecclesia, semper generat Christi membra*" (*Exposit in Apoc. B. I.*, hom. 9 Ínter Opp. S. August. F. L.. XXXV, 2433). Es una compilación hecha por un autor desconocido de los comentarios de Victoriano, de Primaso y de Beda.

Véanse también entre los latinos a San Paterio, discípulo de San Gregorio el Grande (P. L., XXIX, 1114); Alulfo, que copió nuestro pasaje *ibid*, p. 1410); Alcuino, *Comment. in Aporal.*, I. V, c. 12 (P. L„ C. 1152); Ricardo de San Víctor, *in Apoc.*, 1. IV, c. 1, sq. (P. L.., CXCVI, 789, sq.): Anselmo de Laon, *Enarr. in Apoc.*, c. 12 (P. L., CLXII, 1549, sq.); Ruperto, *Comment. in Apoc.*. 1. VII, c. 12 (P L„ CLXIX, 1039); Wilfrido Strabon, *Glosa ordin. in Apoc*. XII, (P. L., CXIV, 1732), etc.

Si de los latinos pasamos a los griegos, he aquí los dos pasajes más significativos que nos ofrecen estos últimos: "***Varios han entendido por esta mujer a la Santísima Virgen, Madre de Dios****: porque, según su opinión, ha experimentado todas las pruebas de que se habla a continuación en el mismo capítulo, antes que su divino parto fuera perfectamente conocido.* ***Mas el gran Metodio refiere el símbolo de la Mujer a la Iglesia****, estimando que las cosas narradas en el texto concuerdan mal con el misterio del Nacimiento del Señor. Por lo demás, conviene citar las palabras mismas de Metodio. En el tratado titulado* ***Symitosium****, he aquí lo que dice, por boca de la Virgen Procla:* ***La mujer revestida del sol es la Iglesia****... No podemos dudar de que la Iglesia es la que engendra y da a luz a los hijos de Dios regenerados por el bautismo... Por lo cual en cada uno de nosotros nace Cristo espiritualmente. En cuanto a la Iglesia, ella es la que nos engendra y nos envuelve en pañales, basta que Cristo está formado en nosotros. Así cada uno de los fieles llega a ser Cristo mismo por participación...*" Este fragmento es de San Andrés de Cesaren, en su *Comentario sobre el Apoc*., en el cap. 12 (P. G. CVI, 320, 324).

Aretas, obispo de Cesarea en Capadocia (siglo X), escribía poco tiempo después: "*Hay algunos que ven en esta mujer a la Madre del Señor.*" Según ellos, sus dolores y el ataque de la serpiente deben entenderse de las angustias que le causaron la duda de José y las persecuciones de Herodes contra et Divino Niño... "*Otros dicen Que es la Iglesia, rodeada del Sol de Justicia, Cristo..., y de consiguiente demuestran cómo todo lo que sigue en el texto concuerda con esta última*

interpretación. Esto es lo que han hecho, por ejemplo, Andrés y Metodio" (Aretas, *Expl. in Apoc. ex Comment.* S. Andreae. P. G., CVI, 320).

Por otra parte, ¡cómo todo en este cuadro concurre a representar a lo vivo a la Iglesia con sus destinos, sus combates y sus sufrimientos! Sí, la Iglesia está bien representada en la misteriosa mujer. Tiene por vestidura el sol, ya sea porque los cristianos que la componen son revestidos en el bautismo de Jesucristo, radiante Sol de justicia, ya sea porque ella misma está penetrada toda, y toda resplandeciente, con la luz de Dios. La luna a sus pies nos hace pensar en los bienes perecederos y mudables, de los que se desprende en su ascensión a los cielos. Imposible de no ver a los doce apóstoles representados en la corona de estrellas. Esta mujer pare con dolor porque la Iglesia, nuestra madre, nos engendra, para Jesucristo, entre grandes tribulaciones. El fruto de la mujer es un hijo varón, porque todo verdadero hijo de la Iglesia debe estar armado de fuerza y de constancia para permanecer fiel a Dios; es también un hijo varón, porque el hijo de la Iglesia, siendo miembro de un cuerpo cuya cabeza es Jesucristo, es uno, según el espíritu, con Jesucristo.

Ni aun los rasgos que parecerían caracterizar mejor a la Virgen María dejan de poder aplicarse a la Iglesia: "*Dió a luz un hijo varón que debía gobernar a todas las naciones con cetro de hierro.*" Ya sabemos que la Escritura afirma esta dominación del Mesías, del Verbo encarnado (Psalm., II, v. 9; Apoc., XIX, v. 15; col. Matth., II, 16); mas tampoco ignoramos que Cristo ha prometido al victorioso darle participación de este privilegio con él (Apoc., II, 26-28); y cuando todo esto no nos bastara para reconocer a la Iglesia, lo que se dice del dragón, el otro personaje del cuadro, no nos dejaría duda alguna. ¿Acaso no es a los hijos de la Iglesia a los que tiende lazos de continuo, vagando alrededor de ellos para devorarlos? (I Petr., v. 8). ¿No es a la Iglesia a la que persigue por doquier hasta en las soledades más escondidas? Y cuando uno de los hijos de la Iglesia, arrebatado al cielo, escapa para siempre a su persecución, ¿acaso no se vuelve contra los **demás de su raza**, es decir, **contra aquellos que guardan los mandamientos de Dios**?

II. Mas si miramos de nuevo a esta mujer misteriosa, ¡cuántos rasgos nos inclinan a saludar en ella a la Madre de nuestro Salvador! **El gran signo**, no ya en la tierra, sino en el cielo, ¿no es acaso la Virgen madre del Emmanuel? ("*Dabit Dominus ipse vobis signum: Ecce Virgo concipiet, etc*. Isa., VII, 14). ¿A qué frente conviene mejor esa diadema de estrellas que a la de la Reina del mundo? ¿Bajo qué plantas pondremos todas las cosas perecederas, simbolizadas en la luna, si no las vemos holladas por la Madre, sentada al lado de su Hijo? El retrato de la mujer se aplica, pues, a María.

Esta se revela aún más por el retrato del Hijo. Preguntad a los profetas el nombre del Niño que debe regir las naciones con cetro de hierro; os responderán, por boca de David, que es el Mesías (Psalm., II, 9. Apoc. XIX, 15; Mtth. II, 16). Contemplando a ese hijo subiendo hacia Dios y hacia su trono, ¿no pensáis como espontáneamente en la Ascensión del Señor?

María no parece menos fácil de reconocer en la presencia del dragón que se alza para devorar al Niño y que hace la guerra a la mujer y a sus otros hijos (los demás de su raza). Porque esta es textualmente la aplicación de la primera profecía del Génesis: "*Y el Señor dijo a la serpiente: Pondrá enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya.*" Ahora

bien, la profecía del Génesis habla directamente de **la mujer**, de la que debía nacer el libertador, de María.

En cuanto a esos dolores de parto, que parecen no concordar con la maternidad de María, porque físicamente ha parido sin dolor, le convienen mística y moralmente, es decir, en el sentido del Apocalipsis; moralmente, porque ha parido al Hijo de Dios para sufrimientos y humillaciones con los que ella misma fué traspasada como con un cuchillo; místicamente, porque ha llegado a ser Madre de Jesucristo en sus miembros, a costa de incomparables angustias. Por otra parte, no es preciso, como lo veremos pronto, que la visión, para convenir ar María, se realice en ella con todos sus detalles.

La autoridad parece confirmar aquello de que nos persuaden las razones sacadas de la consideración del texto.

La misma Iglesia, en su Liturgia, hace a la Madre de Dios la aplicación de lo que el Apocalipsis dice aquí de la **gran señal** manifestada en el cielo. Leed el Oficio de la Inmaculada Concepción; encontraréis allí el primer versículo del capítulo, es decir, la descripción de la mujer revestida de sol y coronada de estrellas, entendiéndose por ella a María (Sexto responsorio de los Maitines y capítulo de Nona). No es un versículo tan sólo, es un capítulo entero el que es interpretado de la Virgen bendita en el nuevo oficio en honor de la **Medalla Milagrosa** (27 de noviembre) (Epístola y lecciones del primer Nocturno).

La Iglesia, ya lo sabemos, no pretende siempre, al insertar así pasajes de la Escritura en sus Oficios litúrgicos, emplearlos en el sentido inspirado por Dios; se sirve de ellos también en sentido puramente acomodaticio. Y por eso el uso hecho por ella de la visión de San Juan para glorificar a María no prueba en absoluto que de ella se trate. Sin embargo, es una presunción que no deja de ser muy seria cuando está corroborada además por otros argumentos.

Ahora bien, graves y numerosos son los testimonios en favor de la interpretación que saludan a María en **la mujer** del Apocalipsis. Los Padres y los antiguos autores eclesiásticos, que han reconocido ahora mismo en esta mujer a la Iglesia de Dios, concuerdan, con pocas excepciones, en ver también en ella a María, la Madre de nuestro Salvador.

"*Podemos en este lugar entender **también** por la **mujer** a la Bienaventurada María, Madre e hija de la Iglesia: Madre, porque ha dado a luz al que es Cabeza de la Iglesia; hija, porque ella es miembro principal de la Iglesia. Así, pues, el dragón se irguió ante la mujer con el fin de devorar el fruto de la mujer en cuanto hubiese parido; porque, desde el nacimiento de Cristo, trató de matarle por medio de Herodes, su ministro*" (*Existimatus* Ambros., 1. c. P. L., XVII, 876). El que da esta interpretación de nuestro texto es el autor que, oculto bajo el nombre de San Ambrosio, la había dado de la Iglesia. Nadie, en nuestra opinión, ha puesto de relieve tan claramente como él la unidad de una y otra exposición.

"*La Iglesia está aquí **personificada** en la Bienaventurada Madre de Dios: **Mater Dei gerit personam Ecclesiae**. Todo el relato no podría concurrir, tomado al pie de la letra, a María; todas las cosas, por el contrario, siguiendo la significación mística, se aplican generalmente a la Iglesia de los elegidos*" (Haymon. Halderstadt., *Expos. in Apoc*., 1. III, c. 12. P. L., CXVII, 1080).

"***La mujer revestida del sol es la bienaventurada Virgen María**, que la virtud del Todopoderoso cubrió con su sombra. En ella puede verse también a la Iglesia, la cual no lleva aquí el nombre de mujer a causa de su debilidad, sino por razón de la fecundidad que la hace parir cada día nuevos pueblos... Entonces el dragón se irguió ante la mujer para devorar la cabeza que acababa de nacer* (alusión a la persecución de Herodes); *y todavía se yergue para tragarse a los miembros a medida que son dados a luz por la Iglesia*" (Alcuin., I. iam cit.).

Casiodoro, en sus **Complexiones sobre el Apocalipsis**, reconoce también a la Madre de Cristo, Nuestro Señor, bajo la figura de la mujer persegúida por el dragón (*Fit iterum commemoratio matris et Domini Christi, Cassiod., Complexiones in Apoc*., n. 7. ad cap. XII, 7. P. L., LXX, 1411). Ocurre lo mismo con Ricardo de San Víctor (*Explic. in Cantic*., c. 39. P. L., CXCVI. 617) y con el Abad Ruperto.

Hace poco hemos oído a los obispos de Cesarea y de Capadocia, Aretas y San Andrés, hacer notar que en Oriente, al lado de aquellos para quienes la mujer es la Iglesia, **varios**decían que era la Virgen, Madre de Dios. De lo que puede deducirse que las dos interpretaciones, en cuanto al número de sus partidarios, van casi parejas, y se encuentran a menudo mezcladas la una y la otra en el mismo comentario.

Terminaremos esta apelación a los testimonios de los Padres con un texto de San Bernardo: "*¿No os parece que María es la mujer revestida del sol? Que la continuación de la visión profética nos obligue a reconocer en Ella a la Iglesia de la tierra, a la Iglesia actual, lo concedo; mas también se puede interpretar el texto con toda conveniencia de la Virgen María.*" ¿No es acaso la mujer, en otro tiempo, prometida por Dios la que debía aplastar la cabeza de la antigua serpiente? La luna sería la Iglesia en su estado presente; las doce estrellas figurarían los magníficos privilegios de la Virgen, y el sol que la envuelve, Jesucristo, el sol de justicia. "*¡Oh, Soberana nuestra! ¡Qué familiaridad entre Vos y Él! ¡Cuán próxima le estáis y con cuánta intimidad! ¡Él mora en Vos y Vos en Él! Vos le revestís y Él se hace vuestra vestidura. **Et vestís eum, et vestiris ab eo**. Vos le revestís de la substancia de vuestra carne, y Él os reviste de la gloria de su Majestad. Vos revestís al sol con una nube, y estáis revestida del mismo sol*" (Serm. de 12 *praerogativis B. V. M., ex verbia Apoc*. XII, 1. sqq P. L., CLXXXIII. 430. sqq.).

III. ¿Pueden estas dos significaciones concertarse juntas en la unidad de un mismo texto y de tal suerte, no obstante, que todos los detalles no se apliquen a la Madre en la misma forma en que se verifican de la Iglesia? Más de un intérprete lo ha negado. Es por pura acomodación, dicen, por lo que puede apropiarse el retrato de la mujer a María; por consiguiente, el Espíritu Santo no tenía de ningún modo intención de hablar de Ella, ni de hacernos pensar en Ella cuando inspiró al Apóstol esta profética visión. Como Bossuet y tantos otros graves autores, no sabríamos aceptar esta conclusión.

El docto Cornelio a Lapide, que la rechaza igualmente, nos invita a buscar un medio de conciliación en dos pasajes de la Escritura. El primero, que es de Isaías, profetiza la caída de Babilonia; en el otro, Ezequiel describe la ruina de Tiro, la antigua reina de los mares. Ahora bien, los dos oráculos recuerdan, por medio de alusiones esplendorosas, la caída de los ángeles rebeldes. Babilonia y Tiro, personificadas en sus reyes, han imitado el orgullo de aquéllos; ellas compartían la catástrofe que los hirió.

Escuchemos primero la voz de los profetas. Isaías habla al rey de Babilonia: "*¿Cómo has caído del cielo, hermoso astro de la mañana? Tú decías en tu corazón: Subiré hasta el cielo, pondré mi trono sobre los astros de Dios y me sentaré sobre la montaña del testamento. Y seré semejante al Altísimo. Y, sin embargo, serás precipitado en el infierno, en el abismo del lago*" (Isa., XIV, 12-15).

He aquí ahora la lamentación de Ezequiel sobre Tiro: "*La palabra del Señor se hizo entender de mí, y me dijo: Hijo del hombre, di al príncipe de Tiro: He aquí lo que dice el Señor Dios: Porque tu corazón se ha levantado, y porque has dicho soy Dios, y estoy sentado sobre el trono de Dios, en el corazón del mar..., morirás con la muerte de los incircuncisos, a mano de los extranjeros; porque yo he hablado, dice el Señor Dios. Y el Señor me dirigió de nuevo la palabra, y me dijo: Hijo del hombre, haz una lamentación sobre el rey de Tiro y dile: He aquí lo que dice el Señor Dios: Tú, sello de la semejanza, lleno de sabiduría y perfecto en hermosura, tú has estado en las delicias del paraíso de Dios; mil clases de piedras preciosas formaban tu vestidura de gloria... Eras un querubín de alas desplegadas; y yo te había colocado sobre la santa montaña de Dios y marchabas en medio de radiantes pedrerías. Perfecto en tus caminos desde el momento de tu creación hasta el día en que la iniquidad se halló en ti..., y has pecado y yo te he precipitado del monte de Dios y te he hecho desaparecer, ¡oh, querubín protector!... Porque tu corazón se ha enorgullecido de tu hermosura, y esta misma hermosura te ha hecho perder la sabiduría*"(Ezech., XXVIII, 1-18).

Bossuet, en una de sus hermosas **Elevaciones**, ha reunido estas maldiciones proféticas para pintar la caída de Lucifer, cabeza y seductor de los ángeles rebeldes (4° serm., 2° élevat.).

Es cierto que los dos textos, considerados en su conjunto y en sus pormenores, expresan en el sentido **histórico** y **literal** los terribles castigos con que fueron heridas Tiro y Babilonia. Sobre este punto no hay controversia alguna importante. Pero lo que no es dudoso tampoco es que en una y otra profecía hay rasgos que sobrepujan a las dos catástrofes, y que hacen pensar, necesariamente, en aquella otra catástrofe mucho más terrible, en la que perecieron los ángeles rebeldes. Y estos rasgos, con su significación más alta, son **queridos por Dios**. No es sin designio determinado por lo que el escritor sagrado los ha escogido; y no sólo da fe de ello el contenido del texto, sino también el común acuerdo de los Santos Padres e intérpretes católicos. Por tanto, aquí no puede tratarse de un sentido **acomodaticio**.

¿Debe admitirse un sentido literal o bien un sentido típico? Una y otra de estas hipótesis ha encontrado partidarios, y la una y la otra presentan particulares dificultades. Si sostenéis el primer sentido, os oponen la imposibilidad de admitir doble sentido literal para el mismo texto. Si admitís el segundo, os responden que ni la caída de los ángeles puede servir de tipo a la de Tiro y Babilonia, ni la ruina de estas dos ciudades puede serlo de la de Lucifer y sus ángeles; de una parte, porque el hecho que representa típicamente a otro debe ser un acontecimiento de menor importancia que él; y de otra, porque el tipo debe ir más allá que el antitipo y no venir después de él en el orden de la duración. Si, volviendo al sentido**histórico**, pretendéis, para salvar su unidad, que tal parte de la letra se aplica únicamente a los reyes de Babilonia y de Tiro, y tal otra a los rebeldes del cielo, os pueden argüir con lo vago y arbitrario de semejante concepción.

Tratemos de resolver este problema con ayuda del texto evangélico, que nos llevará, lo creemos así, a ver en las dos profecías y en el Apocalipsis nada más que un solo significado

literal, con exclusión de todo sentido propiamente típico; nos referimos al pasaje del Evangelio en que Nuestro Señor promete a Pedro el primado de jurisdicción sobre su Iglesia:"*Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*" (San Mateo, XVI, 18).

Algunos Santos, San Agustín, por ejemplo, han visto, en esta piedra fundamental de que habla Nuestro Señor, al mismo Jesucristo: "*Sobre esta piedra que tú has confesado, edificaré mi Iglesia: porque la piedra era Cristo* (I Cor., X, 4), *y sobre este fundamento mismo fué edificado Pedro*" (Tract. 124 in Joan., n. 5. P. L., XXXV, 1973).

Es sabido cómo los adversarios del Primado de la Santa Sede han abusado de este testimonio y de otros análogos para atenuar la fuerza de la donación hecha por Jesucristo al príncipe de los Apóstoles. Los defensores del Primado de San Pedro responden, con justicia, que estos Padres entre ellos el mismo San Agustín, han dado en otros lugares de sus obras interpretación común.

Pero, para no ceder ninguna ventaja a los enemigos de la fe, añadían que la interpretación que ve en la piedra a Cristo no está en oposición con la que entiende por la piedra al Apóstol. Lejos de contradecirse, se coordinan armoniosamente y una y otra se completan; porque si Pedro es un fundamento bastante sólido para soportar la Iglesia, es porque él mismo se apoya sobre el fundamento de Cristo. Imposible concebir a Pedro como roca inquebrantable que debe ser sin pensar en Jesucristo, fundamento **fuera del cual** nadie se atrevería a poner otro.

No puede, pues, decirse que el sentido dado por San Agustín sea opuesto al sentido en que el Primado de Pedro se afirma; no es ni siquiera un sentido tan diferente que no pueda ser admitido sin reconocer dos significaciones literales: porque está implícitamente encerrado en el primero y porque el uno bien comprendido lleva al otro y lo da a entender. ¿Qué es, pues, el segundo significado? Un sentido literal, pero complementario.

Después de esta aparente digresión, volvamos a los textos de Ezequiel y de Isaías. Uno y otro significan literal y directamente la ruina de los príncipes culpables y la de las ciudades, sus capitales. Pero a la vez recuerdan una ruina más terrible, de la que aquélla no es sino pálida imagen; una ruina que fué el primer principio de los desastres anunciados por los dos profetas; queremos decir la ruina de Satanás y de sus cómplices. El lazo que une entre sí a estas catástrofes es manifiesto.

El orgullo de Satanás ha inspirado el orgullo de estos príncipes de la tierra, y su castigo está modelado por el Dios vengador sobre el del gran rebelde, como sus crímenes son una imitación de su crimen. He aquí por qué, sin duda, los profetas creían que no podían expresar mejor los tristes destinos de Tiro y Babilonia, personificadas en sus príncipes, sino empleando para describirlas los términos que **recuerdan** la catástrofe primitiva; términos de los que no se hubieran servido si la intención de Dios no hubiera sido traer a la memoria el pasado mientras predecía el porvenir. Luego aquí también el sentido histórico y literal es único; pero encierra directamente lo que es significado, e indirectamente, lo que llamamos**adsignificado**; en otros términos, lo que el sentido literal directo supone y recuerda manifiestamente por alusión.

Si no hay, como se temía, doble sentido literal, no hay tampoco sentido típico propiamente dicho. No es que los acontecimientos significados por el sagrado texto no tengan entre sí relación de figura a lo figurado. Esta relación existe, lo hemos probado; no, sin embargo, tal como aparece en los tipos ordinarios presentados por la Escritura: porque la degradación de los ángeles no simboliza la caída de las ciudades culpables, como el Cordero pascual figuraba a Jesucristo, nuestra víctima. Más bien tiene el carácter de prototipo, como sería el ejemplar sobre el cual sería modelado un personaje inferior, en el sentido, por ejemplo, en que Nuestro Señor es tipo del cristiano; y la vida del cielo, el tipo a que debemos tender, con la ayuda de la gracia, para producirla en nosotros durante este tiempo de prueba. Pero esto no basta para formar sentido típico. En efecto, aquí **la letra** expresa con la figura la cosa figurada, en tanto que, en el sentido figurativo o típico, la **figura sola** está significada por las palabras.

De una manera análoga es como parece que la bienaventurada Virgen parece haber sido presentada en la célebre visión del Apocalipsis. Todos los rasgos del cuadro se aplican literal y directamente a la Iglesia. Se podría hasta conceder que los hay que sólo se aplican a ella. Tales son, por ejemplo, los dolores que la mujer experimenta al parir a su hijo. Esto es lo que han hecho notar algunos Santos Padres, aun cuando otros creen poderlos interpretar de María, considerada, no ya como Madre de Dios, sino como Madre de los hombres. No es raro, en efecto, el encontrar los sufrimientos experimentados por María, cuando nos daba a luz a la gracia, comparados a las angustias de la mujer que llega a ser madre.

Pero si el sentido literal se refiere ante todo, y de lleno, a la Iglesia, María no está ausente de él. ¿Por qué?

Porque la Iglesia, virgen y madre, supone a María, madre y virgen; porque la una está hecha a imitación de la otra; porque los hijos de la Iglesia son aún más hijos de María; porque el gran signo, apareciendo en el cielo, la mujer revestida de sol, con su corona de doce estrellas, nos pone, naturalmente, ante los ojos, a la Reina de los Apóstoles y a la Soberana del mundo. Es la Iglesia, pero la Iglesia como destello de María, porque la una es e ejemplar y la otra la copia.

Y lo que confirma admirablemente esta manera de considerar a las dos madres representadas en el mismo retrato es que ocurre con el **niño** como con la **mujer**. Ved, en efecto, a este niño, tal como el apóstol lo describe en su visión. La mujer "*dió a luz a un hijo varón que debía gobernar a todas las naciones con cetro de hierro*", y el dragón se alzaba para devorarle en el momento de nacer. Es preciso reconocer, en este fruto de la mujer, a los hijos de la Iglesia, puesto que así nos los describe el sagrado libro. En este mismo Apocalipsis, ¿no ha dicho el Hijo del Hombre al obispo de Tiatira: "*El que sea victorioso y guarde mis obras hasta el fin, le daré poder sobre las naciones. Las gobernará con mano férrea y las quebrará como vaso de arcilla, como yo lo he alcanzado de mi Padre*" (Apoc., II, 26-28). Mas, ¿por qué esta autoridad sobre las naciones pertenece a los fieles? Porque les ha sido comunicada por el Hijo de la Virgen, que la posee en propiedad; porque forman parte de su persona mística; porque Él es su prototipo, y ellos mismos son algo de Cristo.

Igualmente el Apocalipsis ha afirmado con más instancia ser de éste "*el cetro de hierro*"que pone en manos de aquéllos. Hablando de aquel que se llama con el nombre de **Verbo de Dios**: "*Y de su boca, dice, sale un dardo de dos filos para herir a las naciones: porque las regirá con*

cetro de hierro..., y lleva escrito sobre su vestido y sobre su muslo: Rey de reyes y Señor de los que dominan" (Apoc., XIX, 13. 16-16; Psalm., II, 8, 9). Así, pues, este primer carácter del niño pertenece, principalmente, al Hijo de María; si conviene a la raza de la Iglesia, es porque ella **participa** de las prerrogativas de su Cabeza.

El segundo carácter, que es el de ser perseguido por el dragón del infierno, es ante todo lote de Cristo; y no pasa a los hijos de la Iglesia, sino por **deducción**; es decir, a causa de la unión que tienen con Cristo. De consiguiente, el Apóstol, escribiendo su visión, y el Espíritu Santo que la inspiraba, no tenían intención de hablar exclusivamente de los Hijos de la Iglesia, sino de presentárnoslos en su íntima alianza con Cristo, Hijo de María.

Esta es la razón de las expresiones que emplean. Por consiguiente también, el hijo de la Iglesia y el Hijo de la Virgen están encerrados en la unidad de un mismo sentido literal. Ahora bien: esto mismo es una nueva prueba de que por la mujer debe entenderse la Iglesia y María: porque la semejanza entre las madres está demostrada por la relación que existe entre los hijos.

¿Queréis la tercera prueba? Meditad el gran combate de que se habla en la misma visión (Apoc., XII, 7-10).

De cualquier modo que se le interprete, es manifiestamente imposible el no ver en esta lucha, en la que toman parte el cielo y la tierra, aquella misma que el Espíritu Santo esboza con pocos rasgos en las primeras páginas del Génesis. El nombre mismo del jefe de los enemigos bastaría para engendrar esta convicción: "*Es el gran dragón, **la antigua serpiente**, el diablo y Satanás*" (Apoc., XII, 9), expresiones todas que recuerdan al primer tentador y las enemistades predichas entre la mujer y la serpiente, entre la raza de la mujer y los partidarios del monstruo infernal.

Ahora bien: como lo hemos visto, los fieles hijos de la Iglesia son la raza de la mujer, porque pertenecen al Redentor, y en la medida en que le están unidos.

Por consiguiente, y también por esta causa, no se podría pensar en la mujer de la visión sin verla en María, sin contemplarla en María. Y lo que no debe olvidarse es que el texto mismo y la naturaleza de las cosas hacen de esta conexión una ley. Así, pues, para terminar, la Bienaventurada Virgen se nos presenta en este inspirado oráculo, tal como la hemos visto en los capítulos precedentes, como ejemplar de la Iglesia y como Madre.

Así, todo se armoniza y concierta. No hay oposición entre los Santos Padres. Si algunos no han aplicado más que a María el símbolo de la mujer, y si otros se lo han apropiado solamente a la Iglesia, es que no lo han considerado en su plena y entera significación. Por lo cual no hallaréis uno solo que haya rechazado de un modo absoluto a María o a la Iglesia. Todo lo más han hecho observar algunos que determinadas partes del texto no pueden interpretarse de la Virgen, Madre de Dios.

Ya hemos citado sus testimonios. Nos parece oportuno volver a estudiar el que Bossuet atribuía a San Agustín, y que la crítica moderna tiene por obra por lo menos dudosa del Santo Doctor, porque nos parece que expresa toda la significación del texto. El autor se dirige a los catecúmenos:

"*Nuestra Santa Madre la Iglesia, les dice, os ha recibido en su seno por el signo sacratísimo de la Cruz. Os formará en él* ***espiritualmente*** *con una consolación increíble, a vosotros los nuevos retoños de esta gran Madre, y en él os alimentará con alimentos convenientes hasta el día en que trayéndoos a la verdadera luz, regenerados por su bautismo, os parirá alegres, llena ella misma de alegría. Porque no está sometida a la sentencia que condenaba a Eva a parir con dolor* (Gen., III, 16) *hijos que compartían desde su nacimiento las lágrimas de su madre. Las ligaduras formadas por Eva Ella las rompe, y la posteridad que la desobediencia de esta primera mujer había condenado a la muerte, Ella la devuelve dar la vida por su obediencia. Todas las ceremonias misteriosas hechas con vosotros, por ministerio de los siervos de Dios, exorcismos, oraciones, cánticos, insuflaciones..., son el alimento espiritual con que la Iglesia, vuestra madre, os restaura, a vosotros, hijos que lleva en sus entrañas, para ofreceros, al salir del bautismo del renacimiento, felices y puros, a Cristo, su divino Esposo. "Habéis recibido también el símbolo, salvaguardia para* ***la mujer que da a luz****, contra el veneno de la serpiente. En el Apocalipsis del Apóstol San Juan está escrito que el dragón se erguía ante la mujer que iba a parir para devorar a su hijo en cuanto naciera* (Apoc., XII, 4). ***Ninguno de vosotros lo ignora****, el dragón es el diablo y* ***la mujer representa a la Virgen María, madre inmaculada de nuestra cabeza inmaculada, que Ella misma nos ofreció la imagen de la Santa Iglesia, quae etiam ipsa jiguram in se Sanctae Ecclesiae demonstravit***" (*De Symb. ad Catechum*.. c. 1. P. L., XL, 660, 661).

Nadie lo ignora: un grave autor, como el que se revela en estas **Homilías sobre el símbolo**, no habla a la ligera. No se trataba, pues, de una interpretación nueva, sino de la persuasión común de los cristianos en aquellos remotos tiempos. Y henos aquí traídos de nuevo a esta idea tan natural y tan sencilla del sentido literal único, en el que la Iglesia estaría descrita inmediatamente, mas con una alusión clara y determinada a María, ejemplar de la Iglesia, a la Madre del Dios hecho hombre y de sus miembros.

El comentario apócrifo de San Ambrosio sobre el Apocalipsis, que ya hemos citado en este capítulo, expresa con grande acierto esta unión de Cristo y de sus miembros bajo la dominación común del hijo de la mujer, y, por consiguiente, de la Iglesia y de María, su prototipo, en la significación literal y completa de nuestro texto. Pregúntase el porqué del calificativo: Ella dió a luz un hijo **varón**. "*Si se trata de la Virgen y de Nuestro Señor, ¿no sabemos, sin que sea preciso decirlo, que Cristo pertenece al sexo viril? Si se trata de la Iglesia, ¿acaso no pare cada día para Dios, su Esposo, tanto hijos como hijas? Sí, mas por naturaleza el sexo de la mujer es frágil; ahora bien: para resistir al diablo y para entregarse por entero a las obras santas hace falta fortaleza; y una mujer que haga lo uno y lo otro deja de ser mujer, es decir, débil; en adelante, es un hombre. Así, pues,* ***la mujer dió a luz a un hijo varón****, porque la Iglesia da a luz todos los días a los miembros de Aquel que fué engendrado por la Bienaventurada Virgen María.* ***"No hay más que un hijo varón, dado a luz por la Virgen y diariamente parido por la Iglesia; porque Cristo es con sus miembros un Cristo único, y este es el Niño que debe gobernar a todos los pueblos con vara de hierro"***.

Con el fin de hacer aún más diáfanas estas ideas, resolvamos algunas dificultades. Las encontramos planteadas en un opúsculo del sabio Newman, en el mismo lugar en que, desarrollando el mismo texto, aplica a María su significado literal.

Primera objeción. La interpretación que refiere la visión de la **mujer** a la Virgen está débilmente apoyada por los Santos Padres. Primera respuesta que da Newman: "*Los cristianos no pidieron jamás a las Escrituras las pruebas de sus doctrinas, hasta el momento en que, empujados*

por la controversia, experimentaron positivamente su necesidad. Si, en tiempo de los Padres, la dignidad de la Santísima Virgen no fué atacada doctrinalmente desde parte alguna, la Escritura, o por lo menos los argumentos de la Escritura sobre este punto, debían, según todas las probabilidades, ser para ellos letra muerta".

Se dirá que la dignidad de María fué atacada muy pronto: ¿acaso no hubo quien negara su virginidad, su maternidad divina? Sin duda; pero el texto del Apocalipsis no se dirigía explícitamente ni a vindicar la una ni a establecer la otra. Por otra parte, forzoso, es decirlo, este libro no es de aquellos que hayan sido citados y comentados de ordinario por los Doctores más antiguos. Por lo cual la objeción contra la atribución del texto a la Bienaventurada Virgen puede volverse contra la aplicación hecha a la Iglesia, y se resuelve de la misma manera y lo mismo para la una que para la otra.

Segunda objeción. Atribuir a la era apostólica una pintura así de la Virgen es cometer un anacronismo. "*En cuanto a la segunda objeción*, dice también Newman, *estimo que es puramente imaginaria, y que la verdad se encuentra precisamente en la dirección opuesta. La idea de la Virgen con su Niño, lejos de ser puramente moderna, está reproducida a cada instante en las pinturas de las Catacumbas, como puede verse visitando a Roma*". Acordémonos de la Carta a los mártires de Lyón, como también del texto de Clemente de Alejandría. ¿No suponen uno y otro en sus autores el recuerdo y la visión de la Virgen Madre? "*No niego, continúa el futuro Cardenal, que la Iglesia esté representada bajo la imagen de la mujer. Solamente sostengo que la Iglesia no hubiera sido representada por el Apóstol bajo esta imagen particular si la bienaventurada Virgen María no hubiera sido elevada por encima de toda criatura y venerada por todos los fieles*". Añadamos nosotros: si la Iglesia no hubiera sido formada sobre María como sobre el ejemplar del cual es Ella la más excelente representación, y si el Espíritu Santo no hubiera querido expresar esta mutua relación. Newman ve también en el encuentro de la mujer, del niño y del dragón, una relación manifiesta entre la visión apocalíptica y los primeros capítulos del Génesis; de lo que deduce, como nosotros lo hemos hecho, que, si el dragón del Apocalipsis es la serpiente del Edén y el niño varón la posteridad de la mujer, es preciso que esa mujer misma sea la Bienaventurada Madre del Redentor y de los redimidos. Admiremos, pues, con él, cómo las últimas páginas de las Sagradas Escrituras responden a las primeras, y saludemos en las unas y en las otras a la Madre de nuestro Salvador y de su cuerpo místico, que es la Santa Iglesia.

¿Nos atreveremos a decirlo? La Iglesia no está ausente del Génesis, ni menos lo está del Apocalipsis. La **semilla** de la mujer es, con Jesucristo, todo fiel, todo miembro de Jesucristo. Ahora bien: la universalidad de los fieles, ¿qué otra cosa es sino la Iglesia misma? ¿Sería posible ir aún más allá, es decir, sería posible oír las palabras del Salvador moribundo, no solamente sobre María, sino también sobre la Iglesia y los hijos de la Iglesia? En otros términos, cuando Jesucristo dice: He aquí a tu Hijo, he aquí a tu Madre, ¿no representará Juan en su persona a todos los fieles y María a la Iglesia, no por sustitución de un sentido por otro, sino por extensión del sentido primitivo, o, mejor aún, por una acomodación fundada en la analogía? Varios así lo han pensado. La Iglesia **imita** a María, su ejemplar; los cristianos deben formarse a imagen de Juan, el discípulo amado de Jesús. Por consiguiente, las relaciones del alma fiel con la Iglesia deben ser modelados en las relaciones entre Juan y María. De la misma manera, pues, que los fieles son confiados a María en la persona de Juan, así son también confiados a la Iglesia. Esto es lo que Nicole ha notado en sus*Reflexiones sobre el Evangelio*. Después

de haber, como tantos otros, interpretado las palabras del Salvador en el sentido expuesto anteriormente, añade en otro lugar: "*En fin, Jesucristo, a punto de dejar el mundo, ha querido, con una solicitud incomprensible por nuestra salvación, sustituir en su lugar un objeto de nuestra caridad con el cual podemos ejercitar la obediencia, el respeto y el amor que le debemos. Este objeto es la Iglesia que Él ha formado sobre la cruz y que nos ha dado por Madre... Esta es la obligación que ha querido señalarnos dando a la Santísima Virgen por Madre a San Juan, y a San Juan por hijo a la Santísima Virgen, porque con esta divina sustitución liga a todos los cristianos con la Iglesia, de quien era figura la Santísima Virgen, y con la Santísima Virgen que era su miembro principal. Les obliga a tener particular confianza en una y otra; y también comunica a la Iglesia el espíritu de caridad maternal hacia todos sus hijos; y esta caridad aparece principalmente en la Santísima Virgen, que a todos les lleva en el seno de su caridad*" (Nicole, *Continuat. des Essais*. J. C. elevado en la Cruz 8 13, t. XIII, pp. 431-432).

Por lo demás, Nicole no es el único ni el primero en proponer esta idea. Se la encuentra, antes que en él, en un comentador de los Evangelios, bastante conocido. "*Es conveniente pensar*, dice Jacobo Janson, *que el Señor en la Cruz ha compartido los deberes expresados en sus últimas palabras, no sólo entre la Madre y su discípulo, sino también entre la Iglesia y sus hijos rebeldes*" (Jac., Jansonii, *Expos. Evang. Joannis*, XIX, 26, sq. (Lovanii, 1630). Y esta interpretación la había recibido él mismo de San Ambrosio. Hablando de la eterna posesión de la vida, prometida a Pedro, prometida a Santiago y a Juan, los hijos del trueno, prometida, por consiguiente, a quienquiera que imite a Pedro, a quienquiera que se hace **hijo del trueno**: ¿Cómo?, hace preguntar a su oyente, ¿cómo podré ser hijo del trueno? Lo podréis ser, responde, si descansáis, no sobre la tierra, sino sobre el seno de Cristo... Lo seréis si sois hijo de la Iglesia. Que Cristo, desde lo alto del Cadalso donde muere, os diga a vos también: "*He aquí a tu Madre.*" Que le diga a la Iglesia: "*He ahí a tu Hijo.*" Entonces comenzáis a ser hijo de la Iglesia, cuando contempláis sobre la Cruz a Cristo vencedor. **Quien tiene la cruz por escándalo, es un judío, no es hijo de la Iglesia; es un gentil aquel que la mira como una locura. Mas aquél es verdaderamente hijo de la Iglesia, que considera la Cruz como un triunfo, y que en ella ve el trono de Cristo triunfante** (S. Ambros., *Expositio Evang*. sec. Luc.).

Maria, Madre de todos los hombres

De cómo todos los hombres, en particular, aunque con desigual medida, pertenecen como hijos a María; y no solamente aquellos que han venido al mundo después de Jesucristo, sino también aquellos mismos que le precedieron desde el principio de los siglos.

I. Ha llegado la hora de estudiar cuáles son en particular los hijos de la Reina del cielo y en qué medida participan de esta bienaventurada filiación. Puesto que ha habido hasta ahora tal unanimidad entre los Padres, Santos y Maestros de la Sagrada Doctrina en afirmar la maternidad de gracia, parece que debiera darse igual acuerdo sobre la extensión de esta maternidad. Pues bien: lo que resalta a primera vista es la diversidad de opiniones. Para todos, es verdad, María es la Madre de los hombres; pero éstos hombres, de quien es Madre, están lejos de ser caracterizados de un modo uniforme.

Según unos, todas las **criaturas racionales**, el **género humano todo entero**, estaba representado por el discípulo amado al pie de la cruz; según otros, todos los **fieles**, es decir, los cristianos hijos de la Iglesia. Estos dan a María por hijos a todos los **justos**, amigos de Cristo y miembros suyos vivos, los regenerados por la gracia de adopción; aquellos, por fin, como San Bernardino de Sena y San Anselmo, la hacen Madre de los **elegidos** y predestinados (Inútil es confirmar estas apelaciones diversas con ejemplos. Lo que acabamos de decir se encuentra superabundantemente confirmado por multitud de textos, insertos en diversos lugares de esta obra y en forma más expresiva en los comentarios sobre las últimas palabras del Salvador moribundo).

Se podrían multiplicar hasta lo infinito los ejemplos de divergencia. Mas es mejor demostrar que esta divergencia no existe sino en la superficie, y que en el fondo no hay en todos sino una sola doctrina presentada bajo aspectos diferentes. Una prueba de ello sin réplica es que los mismos autores, y a menudo en los mismos pasajes, definen diversamente la posteridad espiritual de María.

Procuremos poner de manifiesto el acuerdo que existe entre textos tan opuestos en apariencia, y para hacerlo con mayor claridad sentemos como principio una verdad generalmente reconocida y admitida por todos. Es la de que María es Madre de todos aquellos que tienen a Jesucristo por Salvador y a Dios por Padre. Sobre este punto no hay discusiones ni incertidumbre: el axioma es tan incontestado como incontestable. Preguntémonos ahora si Jesucristo ha muerto para salvar a todos los hombres, o, lo que es lo mismo, si todos pueden llamar a Dios Padre. La respuesta no es dudosa. Es preciso afirmarlo si no se quiere ir a sumarse con los enemigos de la sana doctrina, en el siglo XVII, con los jansenistas.

Sí; el Hijo de Dios moribundo en el Calvario ofreció su sangre, no solamente por los justos y por los fieles, sino también por la universalidad de los hombres. Si esta proposición no es artículo de fe en todas sus partes, por lo menos es la expresión de la doctrina católica tal como nos la manifiestan la Escritura, los Padres y la enseñanza y persuasión común de la Iglesia (Cf. I Tim., II, 1. sqq.; IV. 10: II Cor. V. 14-16. Consúltese en los Padres Petan. *De Deo*. 1. X, c. 4, 6; *De Incarn*.. 1. XIII, c. 1, sqq.). Y, sin embargo, nadie lo ignora, varios Padres, y el mismo San Agustín, para no hablar de otros, han negado en determinadas circunstancias que Dios quiera la salvación de todos los hombres y que la Sangre de Jesucristo haya sido derramada por todos, sin excepción. Con más verdad se diría que, según él, la voluntad **salvífica** y la efusión de la sangre redentora alcanzan solamente a aquellos que han recogido con plenitud sus efectos. Pero uno de sus discípulos, **San Próspero de Aquitania**, por medio de una sencilla nota, ha hecho desaparecer la oposición aparente del gran Doctor con el común de los Padres y aun con sus propios escritos. "*Sí*, dice, *se asegura con justicia que el Salvador ha sido crucificado por la salvación del mundo entero... Pero, por otra parte, puede decirse que no ha sido crucificado sino para aquellos a quienes su muerte ha aprovechado. Ha dado su sangre por el mundo, y el mundo no ha aceptado su redención*" (Responsa ad object. Gallor., obj. 9° P. L., LI, 165). **San Juan Crisóstomo** había dado ya la solución. "*Ha sido ofrecido para borrar los pecados de **muchos hombres**. ¿Por qué de **muchos**, y no de **todos**? Ha muerto por todos, con el fin de que su muerte los salvara a todos, en cuanto de él dependía. Esta muerte iba a reparar la ruina universal; sin embargo, no ha hecho desaparecer todos los pecados ni sanado a todos los pecadores, porque éstos no lo han querido*" (Hom. 11 *in ep ad Hebr*., n. 2. P. G., LXIII, 129). Todos los hombres han sido, pues, resca-

tados, en cuanto que Jesucristo con su muerte ha merecido para todos las gracias capaces de salvarlos a todos; y todos no han sido rescatados y salvados de hecho, porque la libertad humana, resistiendo a los designios de la divina misericordia, no ha permitido que les fuera aplicada la virtud universal de la Pasión. Nadie está excluido de la fuente de vida que manó de las heridas del Salvador; pero no todos vienen a tomar en ella el baño de la salud. Esto es lo que el Doctor Angélico acostumbra expresar por medio de dos palabras que los teólogos emplean de ordinario después de él: "*La Pasión de Cristo ha destruido todos los pecados y ha hecho de todos los hombres otros tantos hijos de* ***Dios en cuanto a la suficiencia de la satisfacción y del mérito, pero no en cuanto al efecto: quoad sufficientiam satisfactionis et meriti... non autem quantum ad efficientiam***" (in Sent.., III, D. 19, q. 1, a. 1, sol. 2; cf. *de Verit*., q. 29, a. 7, ad 4, 8 y 12 : 3 p., q. 49. a 1, sqq.).

Ahora bien: así como en cierto sentido todos no son rescatados ni salvados, así también entre los que participan de los frutos de la Pasión, no todos son igualmente restacatados y salvados, porque la medida de la participación no es igual para todos (Así se dice de la Virgen Inmaculada que ha sido rescatada de una manera más sublime, *sublimius redempta*). Es, pues, verdadero el decir que Jesucristo no es igualmente el Salvador de los hombres; no lo es de los pecadores como de los justos, de los incrédulos como de los fieles, de los elegidos como de aquellos que no perseveran en la gracia. Y en este mismo sentido es como el Apóstol escribe del Dios vivo"*que es Salvador de todos los hombres,* ***principalmente de los fieles***" (Tim., IV, 10). Luego, para resumirlo todo en dos palabras, Jesucristo es **virtualmente** por su muerte Salvador de todos los hombres, pues no lo es **actualmente**, porque no todos participan de la virtud de su sangre, como sería preciso para conseguir su salvación. Según estos principios, se comprende cómo Dios, aun cuando todas las criaturas racionales puedan decirle Padre, no las tiene a todas igualmente por sus hijas. Por medio de la gracia santificante y de la efusión del Espíritu Santo en nuestras almas es como somos constituidos formalmente hijos de adopción. De donde se ve que la paternidad divina, no menos que la cualidad de Salvador, contiene grados tan diversos como las condiciones en las cuales podemos encontrarnos con respecto a la gracia.

Como consecuencia de estos mismos principios, la teología, tratando de la incorporación de los miembros de Cristo a su persona mística, distingue en ella grados análogos a los de la filiación divina y a los de la redención. Sin hablar de aquellos desgraciados eternamente separados del Cuerpo de Cristo por haber muerto en la impenitencia final, hay también los que sólo están unidos con Jesucristo, su Cabeza, en potencia y en destinación: hablamos de aquellos a quienes ningún lazo, ni aun el de la fe, une con su divina Cabeza. En otros, como son los pecadores que creen y esperan, pero que no han recibido todavía la justificación por medio de la gracia santificante y de la caridad, la unión no es más que un boceto. Para que sea perfecta es preciso el nudo sagrado de amor divino. Y aun la cohesión de la Cabeza con sus miembros, de los cristianos con Cristo, no tendrá su perfección suprema sino en la gloria, porque allí solamente es donde la Cabeza infundirá en cada miembro toda la perfección de la vida sobrenatural y los miembros serán unidos a su Cabeza con nudos eternamente indisolubles (S. Thom., 3 p,, 9, 8, ad 3).

Apliquemos estos principios a la maternidad espiritual de María. ¿Sois del número de los elegidos que gozan de la gloria, miembros de Jesucristo con la certeza de no verse nunca

separados de esta divina Cabeza inconmoviblemente incorporados a su persona mística, hijos de Dios admitidos a la herencia del Padre y a la plenitud de la salvación? Por lo mismo, sois hijos de María en toda la extensión de la palabra.

Si pertenecéis aún a la Iglesia militante; si sois justos y santos a los ojos de Dios, miembros vivos de Jesucristo vivo, también vosotros sois hijos de María; pero estáis en período de formación: Al saludar a María como a Madre acordaos que aún podéis ser arrancados de sus brazos maternales, no por su culpa, sino por la vuestra; de igual modo que podéis ser separados del amor de Dios, de la persona mística de Cristo, y perder la salvación.

Si formáis parte de los fieles, pero atados con los lazos de la culpa, María ve en vosotros a hijos también; hijos que ahora no lo son sino muy imperfectamente, como imperfectamente participáis de la vida de Jesucristo, queremos decir, de la vida sobrenatural que sólo poseéis en preparación.

Y este infiel, ya lo sea por el azar de su nacimiento o por su propia malicia, María no lo rechaza como a un extraño. Podrá llamarla su madre en igual medida que puede tener a Dios por Padre y por Hermano a Jesucristo. No está en el seno virginal de esta Madre de misericordia sino en el estado de un germen todavía informe. Mas si no opone un obstáculo invencible a las influencias de su amor; si no contrarresta la acción del Espíritu Santo que en ella reposa para hacerla siempre fecunda, hora llegará en que María podrá decir también de Él, como dé sus demás hijos: "*Heme aquí y a los hijos que me habéis dado.*" En espera de tan dichoso día, la divina Madre le mira como a hijo a quien hay que formar; lo quiere como suyo, y no depende de Ella el que, al fin, no lo engendre de hecho a la vida de los hijos de Dios.

¿Quién, pues, no es hijo de María de algún modo o por algún título? El condenado. A éste no le reconoce por hijo; su amor maternal, por inconmensurable que sea, no lo encierra en sí, ni aun sigue a este muerto que fué su hijo en otro tiempo, como la viuda de Naim seguía al suyo, para atraer sobre él el beneficio de la resurrección. La razón es porque está irrevocablemente separado del cuerpo de Jesucristo, porque la gracia regeneradora no le alcanzará jamás, y Dios será siempre para él juez implacable y Padre nunca.

Augusto Nicolás, en una de sus obras sobre la Madre de Dios, ha hecho notar la terrorífica energía con que pone esta verdad en escena el fresco del **Juicio final**, pintado por Miguel Angel. En primer término, Jesucristo precipita con gesto amenazador a millares de condenados en el infierno, y parece que les dice: "*Ahora llegó ya el juicio del mundo. Apartaos, malditos.*" En segundo término se ve a una mujer que está detrás de Jesús. Esta mujer es la compasiva María, la cual, contemplando la cólera de su Hijo, parece que dice a su vez: "*Nada puede ya calmarla, ni satisfacción, ni misericordia, ni oraciones.*" No se arroja entre ellos y su Hijo: permanece detrás, inmóvil y silenciosa. "*El aspecto de este final produce escalofríos* —añade el autor—*,porque lo que mejor expresa las angustias del último día no es pensar en las ruinas del mundo y en la ira de Dios: es el recordar que la dulce voz de María no se levanta ya en favor de los pecadores* (que no son ya nada para ella), *y que si quisiera hablar, ya no sería escuchada.*"

He aquí los dos términos extremos de la maternidad espiritual de María: a un lado, los reprobados; del otro, los bienaventurados del cielo. Entre estos dos términos se escalonan en grados desiguales los hijos de esta Madre para siempre bendita. Y esto basta para hacernos

comprender las diferentes expresiones empleadas por los Santos cuando hablan de los hijos de María. Su objeto no es excluir del privilegio de hijo a aquellos que no han alcanzado o la fe, o el estado de gracia, o la gloria celestial; a lo sumo, lo que quieren expresar es la desigualdad de perfección según la cual puede gozarse de este privilegio.

II. Ahora bien: no sólo es Madre la Bienaventurada Virgen de los hombres venidos al mundo después de Ella, sino que lo es también de cuantos la han precedido desde el principio de los siglos. Es un dogma de nuestra fe que después de la promesa del Libertador hecha al género humano caído, toda gracia y todo perdón depende de Dios hecho hombre. Lo que predicaba San Pedro a los judíos, "*que no hay salvación en **ningún otro**, porque no se ha dado otro nombre bajo el cielo a los hombres por el cual debamos ser salvos*" (Act., IV, 12), es verdad, sin excepción, para todos los tiempos.

Subid al cielo y oiréis a la universidad de los elegidos cantar en coro ante el Cordero:"*Sois digno, Señor, de recibir el Libro y de abrir sus sellos, porque habéis sido muerto y nos habéis rescatado para Dios con vuestra sangre, de toda tribu, de toda lengua, de todo pueblo y de toda nación. Y habéis hecho de nosotros un reino y sacerdotes para nuestro Dios...*" (Apoc., V. 9, 10).

Y en esta forma es como "*el Cordero ha sido inmolado desde el principio del mundo*"(Apoc., XIII, 8): inmolado, no en realidad, sino en la presciencia y voluntad del Padre; inmolado de tal suerte que desde entonces y en consideración de su sangre y de sus merecimientos era por lo que Dios derramaba sobre los hombres su gracia y su Espíritu. Luego si no hubo jamás santificación fuera de la víctima del Calvario, ¿no veis cuál es la parte que tiene la Bienaventurada Virgen en la salvación de las generaciones antiguas, puesto que de Ella es de quien el mundo ha recibido al Salvador y Ella le ha seguido hasta su inmolación?

Así como los justos anteriores a la venida del Redentor universal de los hombres no fueron santificados independientemente de sus futuros méritos, así también la fe en el mismo Redentor fué para ellos, como lo es para nosotros, necesaria para la salvación. "*Aunque Cristo no hubiese encarnado de hecho en tiempo de los Patriarcas del Antiguo Testamento, la Encarnación existía ya en las preordenaciones divinas y en su fe, en esa fe por la cual fueron justificados, porque los tiempos han cambiado, pero no la fe*, dice San Agustín (*De natura et gratia*, c. 44. P L XLIV 272); *sin embargo, los arroyos de la gracia eran entonces menos abundantes que en nuestros días, porque los manantiales de los sacramentos de la nueva alianza no habían sido abiertos aún, ni removido el obstáculo, que a los hijos de Adán, el pecador, cerraba las puertas del cielo*". Así habla Santo Tomás, y con él toda la teología católica.

Es preciso, sin embargo, advertir que esta fe, más o menos **explícita** en aquellos que Dios había destinado más especial mente a conservar el depósito de la revelación, no debía necesariamente serlo así en todos los demás. Restábales "*confiar en la Providencia con una fe **implícita**, es decir, creer que Dios libraría a los hombres con arreglo a los medios que le agradasen y del modo que su Espíritu lo había dado a conocer a aquellos a quienes podía haber honrado con sus revelaciones*". La importancia de esta doctrina es tal que el Doctor Angélico la repite también en sus comentarios sobre la Sagrada Escritura: "*Después del pecado de nuestro primer padre no hay nadie que se pueda librar del pecado de origen sin la fe en el Redentor. Pero esta fe se ha diversificado en cuanto al modo de creer según la diferencia de los tiempos y de los estados. Para nosotros, que hemos venido después de cumplirse el gran misterio, la obligación de creerlo es mayor que lo era para aquellos*

*que lo precedieron. Aun antes de la venida de Cristo había algunos que debían creerlo más explícitamente, a saber, los patriarcas, **majores**, y aquellos a quienes Dios lo había revelado de un modo especial. Asimismo, en aquellos que vivieron bajo la ley de Moisés, la fe en el misterio debía ser mayor que la de los hombres que vivieron antes de la ley, porque tenían en sus sacramentos otras tantas figuras que representaban a Cristo y su sacrificio. En cuanto a los gentiles que se salvaron, bastábales creer en un Dios remunerador, porque la remuneración prometida no existe sino por Cristo. Haciéndolo así, creían con fe implícita en el Mediador*".

S. Thom., *in ep. ad Hebr.. c. XI, 1. 2*. En ninguna parte ha expuesto más ampliamente Santo Tomás estos puntos doctrinales como en las Cuestiones *de Veritate*. Comienza por dar la noción de la fe explícita y de la fe implícita. Si pensáis actualmente en algún principio universal, tenéis conocimiento implícito de las conclusiones particulares que de él pueden deducirse; y tendréis su conocimiento explícito cuando, habiéndolas deducido las examináis en sí mismas. Así es que creemos explícitamente las verdades reveladas, que están actualmente a la vista de nuestra inteligencia: por el contrario, sólo las creemos de una manera implícita cuando acatamos otras verdades en las cuales están encerradas, como las conclusiones en sus principios. Por ejemplo, el que cree firmemente que la fe de la Iglesia es verdadera, cree con una fe como implícita todos los artículos particulares que están comprendidos en esta doctrina.

"*Ahora bien,* continúa el Santo Doctor, *así como un hombre individual puede progresar con la edad y los grados de cultura en la fe explícita de la revelación, así ocurre con el género humano... La plenitud de los tiempos es para este último como la madurez de la edad; por lo cual en nuestro tiempo los **maiores**, es decir, los maestros de la doctrina religiosa, deben creer explícitamente todo lo que pertenece a la fe. Pero en tiempo de la Ley y los Profetas, estos maestros, **maiores**, no estaban obligados o creer todo explícitamente sin embargo, la fe explícita estaba entonces más extendida de lo que estaba antes de esa época. Así, pues, en el **estado** que precedió al pecado no existia para los hombres la necesidad de creer explícitamente la doctrina del Redentor, porque el Redentor aún no era necesario. Sin embargo, creían en ella de un modo implícito en el dogma de la divina Providencia, en cuanto que creían que Dios proveería a quien quisiera amarle de todas las cosas necesarias para la salvación... Pero después del pecado, hasta los tiempos de la gracia, los **maiores** estaban obligados a tener fe explícita del Redentor; en cuanto a los simples, **minores**, bastábales creer en ella implícitamente ya sea en fe de los patriarcas y profetas, o ya en la creencia, en la Providencia divina...*" (S. Thom., *de Varitate*, q. 14, a. 11; col. 14, q. 18, a. 3. ad 4).

En resumen, no hay justificación, no sólo sin los méritos, sino tampoco sin la fe en Cristo Redentor, porque viniendo de El desde la caída original toda justificación, no podemos ser salvos sin unirnos a El. Ahora bien: el principio de esta unión es, por nuestra parte, la fe. Pero si la fe en Cristo es necesaria, es preciso decir lo mismo, guardando la debida proporción, de la creencia en la Madre de Cristo, porque ésta, según el orden de los divinos consejos, está necesariamente ligada con aquélla. Por lo cual vemos la revelación de la Madre ir generalmente a la par con las manifestaciones proféticas del Hijo. He aquí que volvemos de nuevo a esta verdad manifiesta: que la salvación de los hombres, a partir de las divinas promesas hechas a la humanidad culpable y caída, dependía no sólo del nuevo Adán, sino también de la nueva Eva, su inseparable compañera. ¿No es esto bastante para afirmar, como ya lo hemos hecho, su derecho de maternidad sobre los hombres durante la larga serie de los siglos que precedieron a la Encarnación del Hijo de Dios, su Hijo?

Además, encontramos millares de testimonios para confirmar expresamente este derecho de maternidad. Citaremos algunos tomados, por decirlo así, al azar. Escuchemos en primer lugar a San Bernardino de Sena. Explicando a su manera el simbolismo de las doce estrellas que vió San Juan en la frente de la Bienaventurada Virgen: "*La segunda,* escribió, *es una estrella de* ***preservación****. María, durante millones de años antes de su nacimiento, ha salvado de la destrucción, primero y principalmente a Adán y Eva, y después a su posteridad toda entera. Nuestros primeros padres habían merecido, en efecto, por su rebeldía, no sólo la muerte, sino además el aniquilamiento, y así como Dios no había preservado a los ángeles, podía, de igual modo, castigar sin esperanza de perdón los pecados de los hombres* (Había, sin embargo, conveniencias muy graves que militaban en favor de la naturaleza humana con preferencia a la angélica. Cf. Santo Tomás, in III, D. 20, q. 1, a. 1 ; D. 1, q. 1, a. 2; in 11, I). 7, q. i, a. 2; S. Bonav., in II, D. 17, p. 1, a 1. q. 1, etc.: Petau *de Incarn*., 1. XII, c. 10, nn. 6 y siga). Mas tuvo piedad de éstos por la dilección singularísima que tuvo por la Virgen, porque la amó desde toda la eternidad, con amor excesivo sobre toda criatura, exceptuando tan sólo a la humanidad que personalmente había de unir a Sí mismo. He aquí por qué nuestros primeros padres fueron preservados de la destrucción que habían merecido. Esta bendita Virgen estaba en germen en ellos, puesto que debía nacer un día de su descendencia, y de ellos también debía nacer virginalmente por mediación de María el Hijo de Dios, Jesucristo, Nuestro Señor. Esto fué lo que les valió la divina misericordia, porque si Dios los hubiera hecho perecer, ni la Virgen hubiera nacido, ni, por consiguiente, Cristo se hubiera revestido de nuestra carne. Luego gracias a esta muy noble criatura es por lo que Dios salvó a nuestros primeros antepasados de las consecuencias de su rebelión.

"*En consideración a Ella fué también Noé librado de las aguas del diluvio; Abraham, de los ejércitos de Chodorlahomor; Isaac, de la persecución de Ismael; Jacob, de las manos de Esaú; el pueblo judío, del furor de Faraón. Y, para decirlo todo de una vez, todas las libertades y perdones otorgados en el Antiguo Testamento, Dios los concedió, sin duda alguna, por el amor de esta Virgen mil veces bendita, que había predestinado eternamente, con preferencia a toda criatura*" (S. Bernard. Sen., Serm. *pro festivit. B. V. M.* Sermo 4 *de Nativit. SS. V.*, a. un., c. 2, t. IV, p. 84. Lugduni, 1650). Seguramente, esto es decir con bastante claridad que la maternidad de María refluye sobre todas las generaciones, hasta en el origen de los tiempos.

No es sólo San Bernardino de Sena el que habla de este modo. El en verdad, no hizo sino repetir a su modo lo que otros mil, y entre ellos los más ilustres Padres y Doctores, habían dicho antes que él. ¿Acaso ya los hemos oído predicar de María que Ella ha sido la **Abogada**de Eva (S. Iren., *adv. Haeres*., 1. V, c. 19, n. 1. P. G., VII, 1175), la única esperanza de los Patriarcas, y, con más generalidad, la de todo el género humano? Cosas todas que bastan a constituir su maternidad espiritual; en otros términos, a hacer de María, sin restricción, la **Madre de los vivientes**, como la nombró San Epifanio. ¿Será preciso recordar también las ardientes plegarias con que suplicaban a María que diese su consentimiento a la embajada celestial que le proponía la maternidad de Dios hecho hombre, testimoniando así que de Ella y de su voluntad dependía su liberación y la salvación del mundo?

¿Deseáis textos tan claros y solemnes que no necesiten comentario alguno para ser comprendidos?: "*Bienaventurados, tres veces bienaventurados sois vosotros, Joaquín y Ana, pero aún más dichosa mil veces la descendiente de David, esa hija vuestra, formada de vuestra sangre. Vosotros*

sois tierra, Ella es un cielo, y por Ella lo que es tierra, por consiguiente, vosotros, llega a ser celestial" (Joan, monach. et presbyt. Eubocae, *Serm. in Concept. SS. Deip*., n. 12. P. G., XCVI, 1473).

"*Ana, aun cuando hubiese engendrado a la Virgen, necesitaba de su hija para ser regenerada. Cuando la llevaba en su seno, era ella misma llevada en el seno virginal de la niña. Y no solamente su madre, que la había alcanzado de Dios por medio de ardorosas súplicas, sino también su padre, debía buscar en Ella como otra madre, con el fin de hallar por Ella su entera y sólida formación... ¿Qué más? La multitud casi infinita de los hijos de Adán, renegando en cierto modo, antes del nacimiento de María, de las madres que no habían sabido darles más que un ser imperfecto y ojos casi sin luz, llamaban con sus votos a esta Madre común de los hombres, porque Ella sola era capaz de formarlos de un modo perfecto y de disipar sus tinieblas. Ellos también estaban encerrados en el seno maternal y la Virgen, divinamente fecunda, los dió a luz, cuando por el más inaudito de los prodigios parió a mi Salvador*" (Isidor. Thessalon., *Or. de Nativ. Deipar*.. n. 9. P. G., CXXXIX, 24).

"*Si el Señor ha bendecido a la casa de David, fué por causa de María, su futura nieta y Madre de la Vida. Si bendijo la casa de Joaquín y Ana, fué en consideración de su hija santísima*" (Cosmas Vestitor., *Serm. in SS. Joachim et Annam*, n. 6. P. G., CIV, 1010).

"*Así, pues, ¡oh Virgen sin mancilla, por Vos toda gloria, todo honor, toda santidad, desde el primer Adán hasta la consumación de los siglos manó, mana todavía y manará siempre sobre los Apóstoles, los justos, los humildes de corazón, y toda criatura, ¡oh, llena de gracia!, encuentra su gozo en Vos*" (Obras de San Efrén, *Or. ad Dei Matrem*, t. III (*graece et lat*.), p. 632).

"*Sí, verdaderamente sois bendita entre todas las mujeres, porque... gracias a Vos, Adán, que yacía, condenado a la execración, se ha visto bendecido de nuevo por Dios... Vos sois verdaderamente bendita entre las mujeres, puesto que vuestros antepasados mismos encontraron en Vos su salvación*" (S. Sofronio, *Hom. in Deip. Annunciat*., tercer noct. para el séptimo día de la Octava de la Inm. Concept.).

Esto es lo que han predicado los orientales. Esta es también la doctrina de Occidente. **San Antonino**, por ejemplo, saluda a María, como a **Madre única de todos los hombres**. Mas ¿por qué? "*Es,* dice con Alberto el Grande, *porque ha dado a luz corporalmente a un hombre, a Cristo, y porque en este hombre ha dado a luz espiritualmente a los demás... Poco importa que numerosos Santos la hayan precedido en esta vida mortal. Si se trata del orden natural, el hijo no puede preceder en el tiempo a la madre; mas no ocurre lo mismo en el orden de la gracia. Todos los Santos que precedieron a Cristo fueron salvos por su fe, explícita o implícita, en el Verbo encarnado que un día debía nacer de la Virgen, y, en vista de su plenitud, es por lo que ellos han recibido la gracia. Así, pues, de igual modo que la regeneración espiritual que da el ser de la gracia procede, para los Santos del Nuevo Testamento, de su fe viva en el Verbo hecho hombre en el seno de María, así también los Santos de la Antigua Alianza han debido su regeneración, según el ser espiritual, a su fe en la encarnación del Verbo, encarnación de la que fué libre instrumento María. Luego la Bienaventurada Virgen es, sin excepción ni restricción, Madre de todos los hombres regenerados por la gracia*" (*Summa Theol.*, p. IV, t. XV, c. 3).

Digámoslo de nuevo: todo cuanto vive con la vida de Dios entre los hombres, nace de Jesús y María. Este es un orden seguro y constante, aunque a menudo oculto. Un día veremos estallar sus resplandores y lucir, entre los aplausos de la tierra y del cielo. De igual modo que Juan, que Pedro y los demás Apóstoles y .que todos los Doctores, todos los mártires y Vírge-

nes de la Nueva Alianza, los elegidos de las edades antiguas, Adán, Eva, Abel, Moisés, David, en una palabra, la falange entera de los justos, cuya fe describió tan magníficamente San Pablo en su carta a los hebreos (Hebr., XI, 12-40), dirán a María Madre mía, como dirán a Jesús **Salvador mío** y **Padre mío** a Dios. Y si por un imposible algún santo de los últimos tiempos viniera a disputarles el derecho de darles este título, le responderían con filial indignación: ¿Por qué no hemos de ser nosotros, como vosotros, hijos de esta Madre universal? No nos separéis de su seno maternal si no queréis alejaros de él vosotros mismos, porque es Ella la que nos ha dado, como a vosotros, al común autor de nuestra vida divina.

Proclamémoslo, pues, con San Bernardo: "*Hacia María, como hacia un centro, hacia el Arca de Dios, hacia el* ***negocio***, ***negotium***, *de los siglos vuelven las miradas los habitantes del cielo, los justos cautivos del infierno y los que nos han precedido, y los que viven con nosotros, y los que vendrán después de nosotros, y sus hijos, y los hijos de sus hijos: los que habitan en el cielo, para pedirle la restauración de sus falanges; los del infierno* (Es decir, los de los limbos, o el purgatorio), *la libertad; nuestros antepasados, el cumplimiento fiel de sus profecías, y sus sucesores, la beatitud y la gloria. Sí, todas las generaciones os llamarán bienaventurada, ¡oh, Santa Madre de Dios, Soberana del mundo, Reina del Cielo! Todas las generaciones, digo, porque existen las generaciones del cielo y las generaciones de la tierra. ¿No habla el Apóstol del Padre de los Espíritus, de quien toda paternidad toma su nombre en el cielo y sobre la tierra?* (Eph., III, 15). *Desde ahora, pues, toda generación os llamará bienaventurada, porque para todas habéis engendrado la vida y la gloria. En Vos han encontrado los ángeles la alegría sempiterna; los justos, la gracia; los pecadores, el perdón. Con justicia, pues, las miradas de toda criatura se vuelven hacia Vos, puesto que en Vos, por Vos y de Vos la benignísima mano del Todopoderoso ha vuelto a crear todo lo que creó*" (S. Bernard., *serm. 2 in die Pentec*.. n. 5 P. L.. CLXXXIII. 326).

Hijos Privilegiados

De algunas categorías de personas a las cuales puede aplicarse especialmente el título de hijos de María: los religiosos, los miembros de las Cofradías y Congregaciones establecidas en honor de la Virgen y aquellos, finalmente, a quienes esta divina Madre ha distinguido de un modo singular con señales más sensibles de su amor, como son visiones y revelaciones.

I. Si todos los hombres pertenecen en general a María como hijos suyos, y si la medida substancial de esta filiación no es otra que la de la gracia y vida sobrenatural, podemos preguntar con qué derecho ciertas asociaciones decoran a sus miembros con el título especial de siervos y de Hijos de María. La respuesta es fácil. Seguramente es deber de todo cristiano; digámoslo con más acierto, de toda criatura racional, el de conocer, adorar, amar y servir a Dios; es decir, ser **religioso**. Hay algunos, sin embargo, a quienes la Santa Iglesia misma atribuye este nombre, como no lo hace con el resto de los fieles. Los **religiosos** son, para ella, personas particularmente consagradas al culto de Dios por medio de la observancia de los consejos evangélicos. De igual modo, aunque toda alma justa tiene a Cristo por Esposo, el título de esposa de Cristo es, en la Sagra Liturgia, privilegio singular de las vírgenes y de las vírgenes consagradas a Dios con la profesión religiosa.

El título particular no es, pues, la negación del deber y del mérito general. Hay hombres que, sin ser del número de los **religiosos**, glorifican a Dios su Criador más y mejor que otros a quienes pertenece este título. El Rey de reyes tiene esposas fuera de los claustros y monasterios, con las cuales, sin votos públicamente bendecidos por la Iglesia, está unido por una ardiente caridad. Sin embargo, el título no es una quimera. Supone medios más eficaces para realizar la significación que expresa y compromisos más solemnes y estrechos para hacerlo de lleno y con perfección.

De una manera análoga hay que entender el nombre de **Hijo de María**. Lo reconocemos; todos nosotros pertenecemos de derecho, como servidores y como hijos, a esta bienaventurada Madre. Y aun cuando tengamos la dicha de formar parte de una Corporación singularmente consagrada a su servicio, lejos de pretender el arrogarnos, con exclusión de los demás fieles, una prerrogativa que es común a todos, veremos con placer multiplicarse hasta lo infinito la posteridad espiritual de nuestra Madre. Si abrigamos otros sentimientos en nuestro corazón es porque no somos verdaderos hijos suyos, como no sería verdadero hijo de Dios el que pretendiera no compartir con nadie la dicha de servirle y amarle. Por tanto, no es la engañadora ambición de ser únicos en su corazón maternal lo que nos induce a engalanarnos con el nombre de hijos. Lo que deseamos es obligarnos, en presencia de la tierra y del cielo, a honrarla siempre como madre, a poner en ella nuestras más caras esperanzas, a no ceder la vez a ninguno, cuando se trate de rendirle el culto de veneración, de amor y de imitación a que tiene derecho. Por lo demás, además de las promesas que podemos hacer con nuestra libre voluntad, existen otras causas para justificar el apelativo privilegiado de hijo de María, como son, por ejemplo, los testimonios y las prendas más sensibles de la maternal protección de la misma Virgen o este o aquel de sus servidores. En dar una idea de estos diferentes títulos vamos a emplear las páginas siguientes.

II. El gran consuelo de los religiosos durante las pruebas de la hora presente será pensar que tienen un lugar de predilección en la familia de la Madre de Dios. De que los religiosos pertenecen singularmente a la divina Virgen como a una madre nos da la Iglesia griega la primera prueba en sus **Meneas**: porque véase lo que manda cantar a María: "*Todos los cristianos tienen en Vos una mediadora eficaz y poderosa cerca de vuestro Hijo y de vuestro Dios; pero nosotros los religiosos, más que los otros, porque, en virtud de nuestra profesión, estamos clavados con vuestro Hijo en la Cruz*" (Men. 9 jul, od. 3 et 9 de S. Pancratio *ep. in claus*. Cf. P. Wautfnereck, Pietas Mar. Graecor., I p., n. 414). Nada más justo que esta primera razón. Efectivamente, puesto que es en la cruz y por la cruz por la que la Bienaventurada Virgen ha merecido el complemento y la proclamación auténtica de su maternidad espiritual, ¿no es forzoso que sean hijos suyos con mejores títulos aquellos a quienes su vocación sujeta más estrechamente y con mayor continuidad a los pies de la cruz, mejor dicho, a la misma cruz? Si el primero de todos fue el Apóstol San Juan, honrado después de Jesucristo con el título de Hijo de María; si fue el primero, después de Jesucristo, que la poseyó como madre, es porque subió con ella a la montaña del sacrificio, en seguimiento de Jesús, para compartir los sufrimientos del Hijo y de la Madre. No es, pues, pretensión vana si los hombres que por su vocación y por su estado deben estar crucificados al mundo y revestidos de Jesucristo y de Jesucristo crucificado, se honran siendo de un modo especial hijos de la madre del Crucificado.

Pero no olviden que lo que constituye su gloria les impone una necesidad más estrecha de reproducir en ellos mismos los rasgos y los sentimientos del mismo Crucificado si quieren que María los tenga singularmente por hijos. A ellos les toca, más que a los demás fieles, el meditar estas hermosas palabras: "*Gemitus matris tuae ne obliviscaris; no olvides los gemidos de tu madre*" (Eccli., VII, 29).

No te basta el guardar piadosamente en la memoria su recuerdo; no los olvides, es decir, gime con ella, sufre con ella, permanece con ella en el Calvario, puesto que de allí no podrás descender sin perder los derechos que tienen de ser más particularmente para ella imagen de su Hijo Jesús, hijo nacido de sus dolores y de su martirio.

Lo que **Bossuet**, con su magnífico lenguaje, predicaba a todos los cristianos, a ellos especialmente lo decía: "*Pensemos que somos hijos de dolores y que los placeres no son para nosotros. Jesús nos concibe muriendo, María es nuestra Madre por la aflicción; y al concebirnos de esta suerte, ambos nos consagran a la penitencia* (al sacrificio). *Los que aman la penitencia son los verdaderos hijos de María; porque ¿dónde halló Ella a sus hijos? ¿Los halló entre los placeres, en la pompa, en las delicias y grandezas del mundo? No, no es ahí donde los encuentra; los encuentra con Jesucristo, y con Jesucristo paciente; los encuentra al pie de la Cruz, crucificándose con él, bañándose en su sangre divina y bebiendo el amor a los sufrimientos en los manantiales sangrientos de sus llagas. Tales son los hijos de María*" (Serm. para la fiesta del Rosario). Esto también, decíamos, es el consuelo de los religiosos verdaderos, sobre todo cuando se ven perseguidos por el odio de los enemigos de Jesús, por el nombre de Jesús; esta es también la gloria de quienquiera que lleve su cruz, en seguimiento de Jesús, sea que esta cruz haya sido libremente escogida, o sea impuesta por la providencia, pero cristianamente aceptada.

Hay una segunda razón, por la cual conviene a los religiosos el creerse como tales, con particular título, hijos de María. Las familias religiosa pueden gloriarse con justicia de haberse desarrollado bajo de su maternal protección. Ella ha velado sobre su cuna; mejor dicho, ha presidido a su nacimiento, y han recibido la vida entre sus brazos, y han salido de su corazón. Nos sorprende, al recorrer su historia, la serie de hechos providenciales y maravillosos con los que ha querido demostrar esta Bienaventurada Virgen que las había llevado verdaderamente en su seno, y que le debían a ella, después de su Hijo, su existencia y sus progresos. Se podrían escribir volúmenes enteros sobre tan interesante tema. Un docto y piadoso escritor de la Congregación de Clérigos regulares de la Madre de Dios ha compuesto un voluminoso libro para demostrar cómo todos los fundadores de Ordenes y Congregaciones religiosas han sido singulares devotos de la Madre de Dios, y más singularmente todavía, amados y protegidos por Ella (P. Hippol. Maracci, *Fundatores Mariani*. Romae, 1643). Los mismos nombres, impuestos por numerosos fundadores o fundadoras, testimonian de esta alianza íntima entre la Virgen Madre y sus Institutos. Sobre lo cual, sin embargo, el **P. Philpin** del Oratorio, en su obra **De la Unión de María con el alma fiel y del alma fiel con María**, ha hecho esta observación, sorprendente a primera vista: "*Las Ordenes que no llevan el nombre de María ni de alguno de sus misterios son, generalmente, aquellas a cuyo nacimiento la Santa Madre ha presidido de un modo más manifiesto. Basta* —dice— *citar a los Dominicos, los Trinitarios, los Redentoristas y los Jesuítas*" (R. P. Philpin, sacerdote del Oratorio de San Felipe, op. cit., c. II. S 3, p. 258).

El reconocimiento que todo hijo de San Ignacio debe tener para con la Reina del Cielo nos obliga a decir que se ha revelado de un modo esplendoroso Madre de la Compañía de

Jesús. Nos limitaremos, por otra parte, a lo que hizo por la fundación de la Orden, sin pretender seguir los efectos de su protección en el crecimiento, trabajos y conservación de la Compañía. Se podrá juzgar mejor así la verdad que nos toca dilucidar, queremos decir la de la cooperación maternal de la Bienaventurada Virgen en el nacimiento de las Ordenes religiosas: porque, sin duda alguna, todas o casi todas podrán registrar hechos análogos.

La primera preparación de la Compañía de Jesús fue la conversión y santificación de su fundador: yendo una y otra encaminadas, en el pensamiento divino, a la obra que debían realizar a la mayor gloria de Dios. Ahora bien, imposible es no ver en este doble hecho la mano y el corazón de María. A los pies de María, y prosternado ante una imagen suya, fue cuando, tocado de un arrepentimiento inmenso de sus faltas, se consagró por su intervención al servicio del gran Rey. Consagración seguida bien pronto de una aparición misteriosa en la que María, visitando a su siervo, le trae, junto con su Hijo Jesús, el don de una inviolable castidad.

Ella es también la que, apenas acabada la convalecencia del valiente herido de Pamplona, le atrae al santuario de Montserrat, donde trocando sus vestidos de gentil hombre por los humildes harapos de un mendigo, ofrece a Nuestra Señora su espada y su daga, y en la noche que precede a la Anunciación hace ante su imagen la célebre **vela de armas** que le armaba caballero de María. De allí, como reza la inscripción grabada sobre mármol por los desvelos de un abad de Montserrat, "*partió, en 1522, para fundar la Compañía de Jesús*".

María guiaba siempre a su siervo, con el fin de prepararle para su gran misión. Con él estuvo en la soledad de Manresa, donde fue al dejar a Montserrat.

Una tradición respetable, recordada en el curso de su proceso de canonización, le muestra favorecido con más de treinta apariciones de Nuestra Señora durante los ocho últimos meses de su estancia en Manresa (Nierember, *Vida de San Ignacio*, c. 4), y prueba de que en vista de su misión era por lo que la Reina del Cielo le rodeaba de una protección tan extraordinaria son las palabras que oye murmurar a su oído suavemente cuando partía de Montserrat para Manresa: "*Id, Ignacio, y cumplid vuestra misión.*"

Ahora bien, aunque esta misión no le había sido revelada enteramente aún, la Madre de Dios trabajaba sin cesar en hacerle apto para cumplirla.

De aquí tantas gracias como le inundaron en la capilla de Nuestra Señora de Viladordis, su peregrinación favorita, mientras estuvo en Manresa (La más asombrosa de estas mercedes fue un éxtasis, en el que permaneció ocho días sin movimiento y como muerto, anegado en las cosas divinas. Ahora bien, para que supiera con certeza que provenía de la Madre de Dios, este rapto empezó en sábado y terminó en el siguiente). De ahí, sobre todo, las muchas luces que recibiera, en esta bendita soledad, para componer su libro de los**Ejercicios espirituales**, manual de sus futuros compañeros, escrito en algún modo, como ha podido decirse, por aquel hombre sin letras, al dictado de María.

Los primeros cimientos de la Compañía estaban ya echados. También bajo la mirada y la protección de la Madre de Dios se levantará el edificio. Cuando el Santo hubo reunido, algunos años más tarde, discípulos según su corazón, ¿dónde y cómo, él y sus primeros com-

pañeros de apostolado, se consagraron con los votos religiosos al servicio del Rey. Jesús? En un santuario de Nuestra Señora, "*el día de la Asunción, en Montmartre, cerca de París, y allí fue donde estableció los fundamentos de su Instituto, como sobre piedra inquebrantable*", dice Benedicto XIV en su Bula *Gloriosae Dominae*. Algunos nuevos compañeros se unen a los primeros en aquella capital. Sus compromisos van a ser depositados también con los de sus hermanos a los pies del mismo altar y en manos de Nuestra Señora. Ved ahora a esta tropa heroica dejar a Francia para dirigirse a Italia; viajan con el Rosario colgado del cuello aun por las comarcas ganadas por la herejía; de tal modo se reconocen como posesión de la Madre de Dios.

Ordenado de sacerdote, Ignacio pasa un año entero disponiéndose para celebrar dignamente el Santo Sacrificio; su recurso es siempre a María. Sin cesar **le ruega que le sea propicia ante su Divino Hijo**.

Terminada esta larga preparación bajo el patrocinio de María, va a celebrar al fin su primera misa; pero entre tantos altares como le presenta Roma, escoge el de la Bienaventurada Virgen en una capilla de **Santa María la Mayor**, consagrada de un modo especial a la Madre de Dios. Dentro de muy poco tiempo, San Ignacio, elegido, a pesar de su resistencia, general de la Compañía recientemente aprobada por Paulo III, recibirá entre sus manos, por primera vez, la solemne profesión de sus compañeros. También preside la Reina del Cielo a estos votos. La fórmula que los expresa hace de Ella mención explícita: "*Ego N. promitto Omnipotenti Deo, coram eius Virgine Matre... Yo, N. prometo al Dios Todopoderoso, **en presencia de la Virgen, su Madre**.*" Y para hacer manifiesto el deseo de los nuevos profesores de que el acto que constituía definitivamente su Instituto estuviese bajo el patrocinio de Nuestra Señora, y el complemento de la obra respondiese a sus comienzos, el lugar escogido para la profesión, modelo y primicias de tantas otras, fué una capilla dedicada a María, en la Basílica de San Pablo, extramuros. ¿Qué más diremos? Estos profesos necesitaban una iglesia, y esta iglesia fué **Nuestra Señora de la Estrada**, como si, dice un historiador del fundador: "*la Compañía no pudiera nacer y constituirse regularmente sino en las casas de la Santísima Virgen*" (Bartoli, *Histoire de Saint-Ignace*, 1. II. c. 7).

Si los **Ejercicios espirituales** se miraron siempre con justicia, como el alma de la Compañía de Jesús, a las **Constituciones** de San Ignacio se debe su última formación. Ahora bien, de igual manera que el Santo compuso los primeros bajo la mirada y la inspiración de la Virgen inmaculada, así también la tuvo por protectora y consejera cuando escribió las segundas. Una tradición perpetua, piadosamente conservada entre sus hijos, lo atestigua con certeza. Fuera de los testimonios en los que puede apoyarse esta tradición, tiene además su fundamento en las notas espirituales, en las que el Santo consignaba los favores recibidos por él de Nuestro Señor y de su divina Madre. Sabemos por el P. Luis Gonzálvez, a quien, a instancias de sus primeros compañeros, dictó el mismo Santo un resumen sucinto de su vida, que "*la Bienaventurada Virgen se le mostraba a menudo, a veces intercediendo por él, a veces confirmándolo en sus resoluciones*", lo que le ocurrió, muy particularmente, con motivo de sus disposiciones tocante a la pobreza religiosa.

Detengámonos y demos una ojeada a este recorrido histórico. Lo dicho es bastante para justificar la creencia, tan cara a los hijos del venerado patriarca, de que la Reina del Cielo es, después de Jesucristo fundadora y, por consiguiente, madre de la Compañía de Jesús. Y lo

que hizo por la corporación entera, María no cesa de hacerlo en la medida que ella sabe, y como tantos hechos lo atestiguan, por cada uno de sus miembros. De aquí estas palabras de- **San Francisco de Borja**, el segundo de los sucesores de Ignacio en el gobierno general de la Compañía: "*No contaría con la perseverancia de aquel de nuestros religiosos que no atribuyera especialmente a María la gracia de su vocación*" (Consúltese sobre este asunto *Mariae et la Compagnie de Jesus*, Uclés, 1895; ítem, *Societas Jesu Mariae Deiparae Virgini Sacra*, auctore R. P. Joan Bogesio (Bourgeois), Societ. J., theologo, Duaci, 1620; *De Societatt Jettu Mariana* (1667), del P. Franc. Maggio clérigo regular teatino, y la Bula de Oro *Gloriosae Dominae* (1748), del Papa Benedicto XIV; Spinelli, *María Thronus Dei,* ci. 20, p. 279, etc. Allí podrá verse cómo, por un lado, la Santísima Virgen ha continuado su protección maternal a la Compañía, y cómo, por el otro, la Compañía de Jesús se ha esforzado en todos los tiempos en reconocer tan gran beneficio).

Nos place repetirlo: no se trata aquí de reivindicar para la Compañía de Jesús el monopolio de la protección maternal de María sobre sus orígenes; esto sería como un ultraje a esta Madre común de las familias religiosas. Hemos querido solamente demostrar de un modo sensible, por un ejemplo, lo que Ella es y lo que ha hecho diversamente por todas, y sobre todo, por aquellas que mejor han honrado y servido a la Iglesia de su Hijo.

Y para no dejar esta materia sin haber indicado, aunque sea brevemente, algunos hechos adecuados para justificar esta afirmación, recordaremos particularmente las Ordenes de Cister, de los Cartujos, de los Carmelitas y la de Nuestra Señora de la Merced. El Cister, retoño de los más vigorosos de la cepa patriarcal de San Benito, debe su existencia al bienaventurado Alberico, bajo el patronato de la Virgen María, Madre de Dios. Ella misma dió, según una piadosa y venerable tradición, al fundador la substancia de las Constituciones por las que debía regirse, con la cogulla o túnica blanca, que sería su vestidura virginal. Ella también le prometió extender su protección misericordiosa sobre el nuevo Instituto. Por eso los religiosos del Cister la miran **como única Patrona de su Orden**, y se consideran como del feudo de María (Asi a uno de los más grandes predicadores de los siglos XII y XIII (1237). Elinando, que fué monje después de haber sido trovador. le gustaba caracterizar las relaciones entre la Bienaventurada Virgen y su familia religiosa. Cf. Tissier, Biblioth. *PP. Cisterciens*., t. VII, p. 211). Por eso todas las Iglesias estaban dedicadas a María, y Nuestro Señor, como para recompesarles su amor a su Madre, les dió en San Bernardo al más ilustre panegirista de sus glorias.

También San Bruno puso bajo la especialísima protección a la Madre de Dios su heroica empresa; y como natural consecuencia, un Santuario de María, la capilla de Casalibus, llegó a ser el centro en torno del cual floreció la Cartuja. Hasta cuéntase que por la marcha precipitada del Santo fundador, que, obedeciendo a la voz de Urbano II, se trasladó a Calabria, estuvo a punto de fracasar el éxito de su primitivo establecimiento en Francia; pero este establecimiento fué afirmado y recibió como un nuevo nacimiento por el voto, que, por aviso del cielo hicieron los religiosos de rezar cada día el Oficio de la Santísima Virgen (Véase Nicolás, *La Sainte Vierge Marie vivant dans l'Eglise*, 1. II, 1, im. c. 9). Por lo cual Lansperg, uno de los más piadosos hijos de San Bruno, declara, en una de sus cartas a un religioso de su Orden, que el cartujo no debe llamar a María su **Patrona**, sino Madre (La carta es tan hermosa, que no podemos dejar de citar de ella al menos el fragmento que hace referencia a nuestro objeto: "*Saludad por mí a esta purísima, santísima, humildísima y totalmente en Dios absorta: quiero de-*

cir, a la única y benignísima Madre de Dios, a la Virgen María, Reina y Medianera de todo bien, de toda gracia y de toda perfección..... Saludad, pues, como os lo he rogado, a la felicísima María, no sólo como a Patrona universal de nuestra Orden, como algunos la llaman, sino como a Madre. Nuestros Padres no nos la escogieron por Patrona; con este título sólo nos prestaría siempre asistencia, pero no siempre nos demostraría los sentimientos propios de un grande y palpable afecto. La han escogido como Madre del Amor hermoso, de la que esperamos una protección enteramente maternal. Digámoslo con más propiedad, ella no nos ha escogido para que seamos sus siervos, sino sus hijos; hijos que no se contenta con proteger y defender, sino que los quiere calentar sobre su seno y alimentar con su suavísima ternura. Por consiguiente, no nos consagraremos a su servicio como siervos, sino como hijos muy fieles: porque ella misma, como es fácil verlo, no nos ha escatimado sus cuidados maternales. Por tanto, honrémosla también, amémosla con afecto verdaderamente filial, y esto por medio de la meditación asidua de su vida y por la constante imitación de sus virtudes" (Lansperg. Carth. Epp. paracnct., 1. I, c. 41, t. I. Opuxcul. spirit., pp. 183. sq Coloniae Agripp., 1630).

Los carmelitas no han sido menos favorecidos por la Bienaventurada Virgen, puesto que fué ella la que en una época en que la Orden parecía caminar hacia ruina inminente la salvó de una manera providencial, ya conciliándola el favor de los Pontífices y de los príncipes cristianos, ya confiándola, por ministerio de San Simón Stock, la vestidura, símbolo y garantía de tan consoladoras promesas.

En cuanto a la Orden de la Merced para el rescate de cristianos cautivos en tierra de infieles, las lecciones del Breviario nos la muestra inspirada directamente por la misma Santísima Virgen, en triple aparición a Pedro Nolasco, a Raimundo de Peñafort y al Rey Jaime de Aragón; ellos fueron, efectivamente, los que, movidos por la Madre de Dios, combinaron sus esfuerzos para llevar a buen fin este Instituto que creó tantas sublimes abnegaciones y arrancó a tantos desgraciados de la esclavitud y tantas almas de los muchos peligros en que podía naufragar su fe (*Segundo nocturno* de la fiesta de San Pedro Nolasco, 31 de enero).Habría que citar también a la Orden de Fontevrault, fundada por el bienaventurado Roberto de Arbriselle con la conmovedora idea de realizar en sus Monasterios la relación filial que el Señor estableció entre su discípulo amado y su divina Madre, por medio de este testamento supremo: *Mujer, he ahí a tu hijo; Juan, he ahí a tu madre* (Las famosas madres abadesas de Fontevrault, que fueron con frecuencia de sangre real, gobernaban a la vez prioratos de hombres y mujeres, honrando así, por el carácter de su instituto, la divina institución de María como Madre de todo el género humano); hablar también de la Orden de los Servitas, cuya existencia misma tenía por objeto el servir a la Madre de Dios; orden tan grata a María que ella misma, en visión memorable, le dió a San Felipe de Benicio, para que fuese su propagador y su gloria.

Mas ¿a qué proseguir una enumeración que sería interminable? Contentémonos con recordar uno de los hechos particulares que prueban mejor la tierna solicitud de que rodea la Bienaventurada Virgen a las Ordenes religiosas. Nos referimos a las apariciones, en las cuales esta Madre incomparable se ha mostrado muchas veces, cubriéndolas bajo los pliegues de su manto. He aquí algunas de estas visiones, cuya autenticidad nada autoriza a poner en duda.

Un día que el bienaventurado Domingo se afligía pensando en el corto número de sus compañeros, Nuestro Señor se mostró a él para consolarle. "*¿Quieres,* le dijo, *ver tu Orden?*" Y como respondiera temblando: "*Sí, Señor*", el Señor puso la mano en el hombro de la Bienaventurada Virgen, y dijo al bienaventurado Domingo: "*He confiado tu Orden a mi Madre...*" En

aquel momento, la Bienaventurada Virgen abrió la capa de que parecía revestida, y extendiéndola ante los ojos del bienaventurado Domingo, de tal suerte que cubría con su inmensidad toda la patria celestial, vió bajo de ella a una multitud de sus frailes..., y la visión desapareció (Lacordaire, *Vie de Ste. Dominique*, c. 12. Cf. Bolland Acta S. S., 4 aug., n. 555, página 467 : it. nn. 562, 563, p. 468).

¿Queréis otro semejante? Según cuenta Tomás de Cantiprato, un monje del Cister, de vida santísima, tuvo un rapto, durante el cual vió abrirse el cielo, y a la benignísima Madre de Cristo aparecer, rodeada de inmensa luz. Luego, bajando suavemente los ojos a su siervo:"*Con el fin, le dijo, de que los ames sinceramente y de que ruegues por ellos con gran fervor, te recomiendo a mis hermanos y a mis hijos.*" El buen siervo fué inundado de alegría, porque pensó que serían los hermanos de su Orden, de los cuales la gloriosa Virgen se declaraba así singular protectora. Pero la Reina del Cielo le dijo: "*Tengo también a otros hermanos a quienes guardo bajo mi patrimonio.*" Después, abriendo su manto: "*Estos que ves, le dijo, son los Hermanos de la Orden de Predicadores, que son mis muy amados y protegidos*" (Visión relatada por el P. Aug. Paciuchelli, O.P. *Lezioni morale sopra Giona*, t. II, pág. 278). Esta visión se refiere a la Orden de Santo Domingo más aún que a la del Cister, aun cuando sea muy apta para mostrar la fraternal alianza de las diferentes Ordenes en el seno de su común Madre.

He aquí, ahora, una visión en la que los cistercienses figuran de un modo especial favorecidos. La citamos según la *Triple Couronne* del P. Poiré, el cual la ha tomado a su vez de Cesáreo, el cisterciense: "*Recuerdo*, dice el P. Poiré, *lo que cuenta un devoto y virtuoso escritor de la misma Orden de un hermano suyo de profesión, hombre muy ferviente y grandemente espiritual. Dice que siendo un día arrebatado al cielo en espíritu, vió a un número casi infinito de santos, distribuidos en diferentes categorías y revestidos de distintos hábitos, entre los cuales, no viendo a ninguno de los suyos, se halló turbado en gran manera; y no teniendo más seguro refugio que la Reina de los ángeles, le expuso sus quejas en los siguientes términos:* ***"Virgen Santa, ¿qué quiere decir esto, que veo bienaventurados de toda condición y calidad, sin reconocer entre ellos a ninguno de vuestra Orden del Cister, que os honra, sin embargo, de tan particular manera y os ama tan tiernamente?"****A lo que la Madre de dulzura respondió:* ***"Hijo mío, cesa de asombrarte; mis queridos hijos los religiosos de tu Orden están siempre bajo de mis alas y junto a mí;*** *y dicho esto, abrió su regio manto, bajo el cual vió el devoto siervo a una muchedumbre numerosa de sus hermanos y hermanas, que Nuestra Señora tenía abrazados*" (Poiré, *Triple Couronne*, 1er. trait., ch. 12. $ 5; Caesar., *Dialog*., 1. VII, c. 40).

La gran Santa Teresa tuvo también el inefable consuelo de contemplar a sus hijas del Carmelo bajo el manto real de la Madre de Dios. "*Un día*, cuenta en el libro de su **Vida**,*mientras que, después de Completas, nos hallábamos todas en oración en el coro, se me mostró la Santísima Virgen; estaba rodeada de grandísima gloria, y llevaba un manto blanco bajo el cual nos cobijaba a todas*". Así es que podía decir a sus hijas, llena de santa confianza: *Alabad a Dios, hijas de que sois, en verdad, las hijas de esta Reina del Cielo*".

La Madre se dignó conceder, varias veces, una gracia semejante a los religiosos de la Compañía de Jesús, como si hubiera querido con eso fortificarlos contra las rudas pruebas que tendrían que soportar por el nombre de su Hijo. Entre los hijos de San Ignacio, uno de los más señalados por su amor a la Santísima Virgen y por los favores que de ella recibiera fué, sin contradicción, el P. Martín Gutiérrez. Ahora bien, algunos años antes de perecer víctima

de los ultrajes y crueles tratamientos de que le colmaron los herejes del Mediodía de Francia, tuvo la visión siguiente: "*María* —refiere el P. d'Oultreman (D'Oultreman, *Tableau des signalés personnages... Le P. Gutiérrez*; Poiré, *La Triple Couronne*, 1. c., § 20; Platus, *de bono estatu relig*., 1. I, c. 34; Lancicius, *Opusc, spirit*.. Opuse. XVII, 1. II, e. 2, n. 178. Cf. Bolland, At. S. S„ 4 aug., n. 564: Saechini, Hist. S. J. p. IV, 1. I, nn 8 y 9)— *se le mostró como una Reina, riquísimamente ataviada, constelada de piedras preciosas y de brillantes más resplendecientes que el sol; y bajo de su traje regio, el cual se extendía a lo lejos, abrazaba a todos los hijos de la Compañía, para darles a entender que era su Madre y que los cobijaba a todos bajo las alas de su protección, como la gallina a sus polluelos.*" Asegurándole "*que mientras se dirigieran a Ella, no dejaría nunca de ser su buenísima, amabilísima y fidelísima Madre*", añade el P. Poiré en su relato.

Se escribirían volúmenes enteros si se quisieran contar detalladamente todos los hechos por medio de los cuales se ha realizado el simbelismo de que hemos aducido algunos ejemplos; cómo, de una parte, María se ha mostrado verdaderamente madre para con las Ordenes religiosas; una madre que, después de Dios, les ha dado la existencia, les ha protegido en su desenvolvimiento, las ha colmado de las más insignes señales de su poderosa asistencia; cómo, de otra, estas mismas Ordenes, en tanto que han permanecido fieles al espíritu de sus fundadores, han conservado la veneración, la confianza y el amor más tierno y filial hacia esta Madre divina. A los Anales propios de cada una de ellas remitimos al lector deseoso de estudiar esta parte tan interesante de su historia. Por otra parte, fácil es hacerse cargo de alguna manera de este mutuo cambio de beneficios, de servicios y de homenajes entre la madre y los hijos por los compendios que de ellos han formado algunos autores. Recordaremos la *Triple Couronne* del Padre Poiré a los PP. Plauts(*De Bono status relig*., 1. I, c. 34) y Antonio Spinellí (*Maria Deipara thronus Dei*, p. II, 34 et 35), Augusto Nicolás (*La Vierge Marie vivante dans l'Eglise,* 1. IV, c. 6, t. II, p. 456 y sigs.) y Maraci, en sus *Fundadores Mariani*(*Summa aurea*, t. XI).

Por lo demás, fuera de todos los testimonios escritos o tradicionales, la naturaleza misma de las sociedades religiosas constituiría garantía suficiente de la solicitud y del afecto más que maternal de que María las rodea. ¿Cómo, efectivamente, podía permanecer la Santísima Virgen extraña, ya sea a su institución, ya a su conservación, o a sus trabajos? ¿Puede acaso olvidarse de que su misión principal en este mundo es la de promover el reino de su Hijo, la de hacer florecer en él, en toda su perfección, aquellas virtudes de las que, después de Él, fué perfecto dechado, la de arruinar en él las obras de Satanás, y extinguir y exterminar las herejías? Ahora bien, a esto tienden, por su vocación singular y certeramente, las familias religiosas; en esto es en lo que tiene cada una su puesto, su razón de ser y de multiplicarse en la Iglesia de Dios.

Pronto veremos en las catacumbas la primera representación de una consagración religiosa. El Pontífice, al consagrar a una Virgen a Cristo le mostrará con el dedo a la Virgen Madre, con el niño en sus brazos, como para decirle: "*He ahí a tu protectora, a tu modelo y a tu madre.*" Sí, María no sería lo que es si no pudieran los religiosos, con título muy especial, descansar como hijos en su seno maternal; y, recíprocamente, estos mismos religiosos olvidarían el acto de su nacimiento y la naturaleza de su vocación si no se esforzasen en sentir y fomentar en sus corazones, más que todos los demás cristianos, sentimientos de devoción, veneración y amor para aquella que tanto les ha dado.

III. Lo que hemos dicho de las Ordenes religiosas es preciso, en la debida proporción, aplicarlo a las Cofradías y Congregaciones erigidas en honor y bajo el patronato de la Madre de Dios. Son familias en las que todos y cada uno de sus miembros pertenecen especialmente, en calidad de hijos, a esta divina Madre. Porque estas Cofradías participan, en cierta medida, de la vocación, así como de los privilegios de las Congregaciones de donde tomaron la existencia. Y, ciertamente, nadie dirá que la protección de la Reina del Cielo les haya faltado, ni que ellas hayan defraudado las esperanzas que la Santísima Virgen puso en ellas.

Si, dejando a otros el cuidado de hablar, como conviene de los innumerables frutos de salvación producidos al cabo de tantos siglos por las Cofradías del Rosario, del Santo Escapulario, y en nuestros días por la Archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias, nos ceñimos tan sólo a las Congregaciones de la Santísima Virgen, nacidas de la piedad filial de la Compañía de Jesús para con su Reina, no creemos exagerar afirmando que la Bienaventurada Virgen ha conservado puros, por medio de ellas, o convertido de sus extravíos a la virtud, un número casi infinito de jóvenes cristianos. No es esto decir bastante. Si provincias enteras, en Alemania sobre todo, han permanecido fieles a la fe católica; si otras, que se habían separado de ellas parcialmente, al menos, han vuelto al seno de la Iglesia, lo deben a la fuerte y santa influencia ejercida por las Congregaciones de la Virgen(Fueron singularmente el baluarte de la fe en Baviera, en Hungría, en el Tirol, en Austria, en Polonia, en Alsacia, en las Provincias renanas, etc.).

Salvaguardia de las buenas costumbres y de la fe, estas Congregaciones, tan calumniadas en el siglo anterior, han sido, en el mundo, semillero de Santos. De ellas han salido pastores como San Carlos Borromeo, San Francisco de Sales y San Alfonso María de Ligorio; apóstoles, como San Francisco de Regis, San Francisco de Jerónimo, San Francisco Solano, San Pedro Fourrier, San Leonardo de Puerto Mauricio, San Fidel de Sigmaringa y San Pedro Claver; modelos de la juventud, como los tres angélicos Santos, Estanislao de Kostka, Luis Gonzaga y Juan Berchmans; héroes de la caridad, como San Camilo de Lelis y San Juan Bautista de Rossi. A ellas también pertenecen innumerables bienaventurados que la Iglesia ha puesto en sus altares. Citemos, por ejemplo, a los mártires Carlos Espíndola, Camilo Constanzo, Edmundo Campión, Juan Britto y Andrés Bobola, y esos hombres apostólicos que se llamaron Grignion de Monfort, Antonio Baldinucci y Bernardino Realini. A todos estos nombres deben unirse los de aquellos siervos de Dios tan ilustres por su virtud que algunos ya han recibido el título de venerables: Jaime Olier, Julián Maunoir, los cardenales Berulla y Belarmino, Claudio de la Colombiére, Benigno Joly, Francisco Mastrilli, Enrique Boudon y cien más, sin hablar de los Pontífices, prelados, magistrados, guerreros y humildes fieles, cuyos méritos han honrado a la Iglesia y esparcido el buen olor de Cristo entre los fieles y los infieles. ¿Será preciso añadir que es a una de estas Congregaciones erigidas en el Colegio de Luis el Grande, en París, a la que corresponde el honor de haber provisto de sus primeros miembros a la **Sociedad de las Misiones extranjeras**. "*Esta Congregación* —dice Monseñor Févre (*Histoire de l'Eglisc,* t. XXXVIII, c. 3) —*debía ser germen de las Misiones extranjeras.*" El Cardenal Bausset en el libro primero de su historia de Fenelón, no les atribuye una gloria inferior. El sabio y piadoso Arcediano de Evreux. Enrique Boudon, uno de los Congregantes del P. Bagot, escribe a esto propósito en su***Chrétien ineonnu***: "*Hará unos cincuenta años que algunos jóvenes piadosos que frecuentaban las Congregaciones de la Santísima Virgen, establecidas en el Colegio de los RR. PP. Jesuítas de París, se unieron con los lazos de la caridad divina; y en estas asambleas piadosas, y bajo la pro-*

tección de la Santísima Virgen, fué en donde recibieron de su muy amado Hijo la gracia de ir a predicar la fe de Jesucristo en las Indias, en China y en los demás países extranjeros. Esta pequeña Sociedad, como la fuente de que se habla en el libro de Ester, ha llegado a ser un gran río por el gran número de obispos y Vicarios apostólicos que se han escogido en sus filas... Este fué el origen del Seminario de las Misiones extranjeras... Fué el grano de mostaza que produjo ese gran árbol que cubre ahora con sus ramas toda la tierra..." (Tomado de *La Vie et des vertus*, del difunto M. Enrique-María Boudon, c. 6. En Amberes, 1705. Cf. *Histoire générale de la Soeiété des Misione étranpéres*, por M. Adrien Launcey, 1. I, c. I.).

Después de los magníficos elogios dedicados a estas Congregaciones por el gran Papa Benedicto XIV en la célebre Bula que renovaba y completaba las gracias espirituales concedidas por sus predecesores (Bula *Gloriosae Dominae*), no nos extraña oír a otro Papa no menos grande y, como él, congregante de la Virgen; a S. S. León XIII, dar de ellas este testimonio: "*Entre todas las asociaciones fecundas en frutos de salvación establecidas en el mundo entero en honor de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, la que ocupa sin contradicción el primer lugar es la Congregación llamada* ***Prima Primaria****...* (La Prima Primaria es la Congregación de Roma, a la cual deben estar afiliadas las otras para tener parte en los privilegios concedidos por los Papas a las Congregaciones). *Esta Congregación, notable en todos los tiempos por el número de sus asociados, tomó tal desarrollo que no tardó en extenderse hasta las extremidades del mundo; de suerte que aún en nuestros días cuenta con filiales en todos los países, aun en las comarcas más distantes, más allá de los continentes y de los mares*".

Ahora bien; cuando, recorriendo los Anales de estas Congregaciones de la Bienaventurada Virgen, se encuentran en ella en cada página tantos Santos, tantos hombres eminentes en las más insignes virtudes, tantas obras de celo, de misericordia y de caridad, tanto amor, finalmente, hacia esta Reina del Cielo, es imposible no saludar en ellas a la familia particular de María, como la saludamos en las Ordenes religiosas; imposible también no reconocer siempre y en todas partes las señales más evidentes de que la Madre de Dios mira particularmente a los Congregantes dignos de tal nombre como a hijos privilegiados de su corazón, de tal modo que el registro de las Congregaciones es verdaderamente, según el pensamiento de San Alfonso de Ligorio, **libro de los Elegidos**.

IV. Hay también hijos más sensiblemente favorecidos por la Reina del Cielo, que, por regla general, pueden serlo los simples miembros de las familias religiosas o de las asociaciones fundadas en su honor y bajo su patronato. María los escoge por doquier, como quiere y donde quiere, dentro o fuera de estas piadosas instituciones, aunque su elección, generalmente, favorece a estas últimas. Todos los signos los han contado más o menos numerosos, y los Anales de la santidad nos señalan una multitud de ellos, sin llegar a dárnoslos a conocer todos. Nos referimos a esas almas privilegiadas que parecen haber sido entre los hijos de María lo que Juan, el discípulo amado, fué entre los demás discípulos. Entre estos hijos y su divina Madre no hay ya sólo el cambio ordinario de devoción y protección que caracteriza comúnmente el culto a María. Hay algo más sensible, más familiar, más íntimo, tanto de parte de los hijos como de parte de la Madre. Recordad lo que leemos en las Vidas de San Estanislao de Kotska, de Santa Brígida, de Santa Teresa, de San Edmundo de Cantorbery, de San Bernardino de Sena y de Santa Isabel de Hungría, para no citar más que estos ejemplos. ¡Cuántas pá-

ginas encantadoras pudieran escribirse si se refiriesen las condescendencias más que maternales de la Bienaventurada Virgen hacia estos amados de su corazón!

Cosa admirable también que aunque el lazo de esta amistad íntima, tan fructuosa y tan deliciosa, sea de ordinario una inocencia conservada siempre intacta; una vida culpable, pero lavada con las lágrimas del arrepentimiento, no siempre constituye un obstáculo a ella. La Virgen inmaculada ha escogido a menudo sus predilectos entre los pecadores y las pecadoras para hacernos comprender, con señales manifiestas, que ella es, en verdad, la madre de misericordia.

Contar la historia de estas benditas relaciones y la de los favores que las acompañan, tarea sería imposible para los hombres; porque son, en su mayor parte, un secreto entre la Madre y sus hijos predilectos. Aquellos mismos que gozan de gracias semejantes se declaran impotentes para describirlos tales como las han recibido y disfrutado. Hay, sin embargo, dos órdenes de hechos, de los cuales conviene decir aquí unas palabras: las apariciones y las revelaciones.

Las apariciones de la Bienaventurada Virgen son frecuentes en la historia de la santidad. Ya lo hemos dicho: *aun cuando hayan sido de ordinario privilegio de almas puras y sencillas, María no las ha rehusado a los pecadores* (Los ejemplos de esta compasiva condescendencia no son raros, y escribiendo estas líneas recordamos a una desgraciada entregada a los mayores desórdenes, convertida (ésta era al menos, su persuasión) por dos apariciones de la Madre de Dios. Lo que siguió después pareció demostrar que esta gracia no era ilusoria; porque a partir de esta época ocurrió un cambio tan completo, que la antigua pecadora pasaba gran parte de la noche llorando sus pecados y rezando el Rosario), con objeto de volverlos al amor de su Hijo. Sin duda puede haber en el relato de estas maravillas, con tanta frecuencia registradas en las vidas de los Santos, en los libros de piedad, en las crónicas de las peregrinaciones y de los monasterios, una parte de leyenda.

Todo no está probado del mismo modo ni con igual certeza. Mas sí conviene a la prudencia cristiana el no admitir indiferentemente todos los hechos que se relatan por doquier, aun cuando las garantías de autenticidad sean nulas o insuficientes; sería presunción temeraria el rechazarlo todo a priori, como si nada pudiera ocurrir fuera de los caminos trillados; como si la Madre de Dios no fuera ni bastante poderosa ni bastante bondadosa para conceder a los hombres estos testimonios extraordinarios de su maternal y especial solicitud; como si, finalmente, no fuese más increíble que siendo nuestra madre, y madre consagrada constantemente a procurar el bien de sus hijos, no nos diese nunca demostración alguna sensible y palpable de su providencia y de su amor.

No escuchemos, pues, a los "reformadores" del siglo XVI, tan victoriosamente refutados por el beato Pedro Canisio (*de María Deipara Virgine*, 1. V, c. 18, 7 prop.), cuando rechazan en bloque los hechos de este género. No creamos tampoco a esos autores, más o menos contagiados de jansenismo, que nos invitarán a "*buscar en el Evangelio seguridades bastantes contra las fábulas que podrían inventarse con el especioso título de revelaciones, apariciones, predicciones y milagros*"... *porque tales cosas, alegadas para unir la certeza de nuestra salvación a símbolos, señales y prácticas de una devoción externa a la Santísima Virgen..., no pueden por menos de inducirnos en el error de la presunción y falsa confianza*" (Adrien Baillet, *De la dévotion a la S. V. et du culte qui luí*

est du, pp. 64, 70. París, 1663). No quiera Dios, ¡oh, María!, que nos contemos en el número de esos hombres que no quieren admitir ninguno de vuestros favores milagrosos, a menos que no esté comprobado debidamente por las autoridades civiles y científicas, o que, al menos, la Iglesia no lo haya propuesto con juicio expreso a nuestra fe. Os conocemos bastante para creer que, en general, podéis obrar maravillas sin número, y para oír, en particular, con el oído del corazón, lo que nos sea referido de las manifestaciones de vuestro amor, siempre que nada nos haga sospechar de su incertidumbre o de su falsedad, persuadidos, por otra parte, de que las misteriosas comunicaciones que habéis hecho por Vos misma a las almas sobrepujan con mucho a las que el mundo ha conocido.

Por lo demás, los mismos sensibles efectos de estas visitas de la Madre de Dios han demostrado muchas veces su realidad. No debe creerse, en efecto, que acaezcan por casualidad, sin regla y sin objeto; son numerosas y variadas las causas que las determinan; mas siempre tienden, finalmente, al provecho espiritual de quien los recibe y también con frecuencia a algún bien más general de los demás fieles.

Unas veces se muestra María para socorrer a este o al otro de sus siervos, amenazados de un inminente peligro de alma o cuerpo; otras es para apartar de sus desórdenes a un pecador, o para iluminar a un infiel; ya es para atraer a alguno de sus hijos a la vida religiosa, como lo hizo con el joven Estanislao de Kotska. A menudo viene a iluminar a Apóstoles y Doctores, y este fué el caso de San Gregorio el Taumaturgo; otras veces quiere también sugerir y promover una fundación piadosa, una institución necesaria en la Iglesia, como, por ejemplo, la Orden de la Merced, pero sobre todo, Ella se aparece a sus hijos en la hora del postrer combate para sostenerlos en medio de su agonía, para recoger su alma y llevarla confiada y pura ante el tribunal de Dios.

Hay algunas de estas apariciones cuyo fin inmediato es tan humilde, que asombra a nuestra fe y escandaliza a nuestro orgullo. ¿Os figuráis a esta Madre dulcísima, con los mismos brazos que llevaron a Jesús, ayudando a la joven Santa Catalina de Sena en el rudo trabajo de amasar el pan y de cocerlo, impuesto a su debilidad por la dureza de sus padres; o bien tomar el cayado y el oficio de una pastorcilla y constituirse en guardiana visible de un rebaño? En otro lugar, con un lienzo de admirable blancura enjuga el sudor que baña el rostro de San Alfonso Rodríguez y le deja en él, durante algunos días, el perfume de sus benditas manos; o bien levanta del suelo a un infeliz leproso a quien la desesperación arrojó fuera de su miserable yacija y le vuelve a recostar penitente y consolado. Es que es madre, y que atenciones como las que acabamos de recordar pueden ser más eficaces para ganar y levantar los corazones que los más señalados beneficios. Si admiramos a María cuando la vemos guiando a los ejércitos cristianos a la victoria o rechazando a las legiones infernales, no menos la reconocemos en esos humildes e ínfimos servicios. ¿Acaso no es madre tanto o más que reina?

Una cuestión que necesitaría amplio desarrollo sería averiguar la naturaleza y modo de estas apariciones. Nuestro Señor, después de su resurrección, no se reveló a todos sus discípulos de la misma manera. A Magdalena se mostró primero bajo la figura de un jardinero; a los discípulos de Emmaus, con traje y en actitud de viajero; se aparecerá más adelante a San Esteban, de pie a la diestra de Dios, como espectador de su victorioso combate.

Así es cómo se acomoda y se acomodará siempre, en el transcurso de los siglos, a los diferentes estados de las almas, a las circunstancias de tiempo y de persona, y, sobre todo, al objeto que persigue en sus manifestaciones. Así ocurre y más aún con las apariciones de la Bienaventurada Virgen María.

Es una mujer de hermosura maravillosa, resplandeciente de luz divina, que infunde respeto a la vez que su aspecto bondadoso arrebata los corazones; es la Virgen de Nazareth, dulce, modesta, amabilísima; es una madre tierna que sostiene a Jesús en sus brazos. Su rostro, en las diferentes visiones es alegre, triste o severo, según los sentimientos que viene a despertar. A menudo se muestra con apariencias que responden a alguno de sus misterios. A menudo también se conforma a las ideas, a los efectos, al estado mismo de aquellos a quienes honra con sus visitas: Así, toma aquí el hábito del Carmen con una hija de Santa Teresa; allí, el de los Trinitarios con San Félix de Valois; más allá, un traje rústico con sencillos pastores. Las mismas condescendencias regulan la elección que hace de los Santos que la acompañan cuando le place no venir sola. Se mostrará a las vírgenes rodeada a veces de un coro de Vírgenes; a religiosos, seguida de algún Santo de su orden; a otro, también, asistida de sus patronos favoritos.

Si se reflexiona sobre ello, se verá que estas manifestaciones de la Virgen están generalmente de acuerdo con las representaciones que proceden de la piedad de los hombres, sea que éstas hayan sido hechas en honor de aquéllas, sea que la misma piedad de que son obra se haya inspirado, para multiplicar los tipos, en las circunstancias providenciales o en los atractivos que llevan las almas hacia los distintos misterios y diversos privilegios de la Madre de Dios. Recorred nuestros santuarios y veréis, mejor que pudiéramos nosotros expresarlo con palabras, bajo cuántas formas y con cuántas actitudes ha sido pintada o esculpida la Santísima Virgen.

Observemos, además, otra analogía muy sugestiva entre las apariciones de la Virgen y las representaciones salidas de las manos de los hombres. Esto se explica porque siendo estas apariciones, en su mayor parte, **impersonales**, como ya lo hemos hecho notar, María, de**ordinario**, no se manifiesta por sí misma y en su propia substancia. Allí está presente, pero en imagen y por medio de una imagen de sí misma; imagen a veces exterior y visible a los ojos del cuerpo, como la que revistió el Arcángel enviado para servir de guía al joven Tobías; más a menudo imagen interior, producida de un modo sobrenatural en las facultades sensibles del vidente, del mismo género de las que encontramos con tanta frecuencia en las visiones proféticas del Antiguo Testamento (S. Thom., 2-2, q. 174, a. 1, sqq.).

Aquí se imponen algunas explicaciones, si queremos evitar los equívocos y no dar como cierto lo que está sometido a las disputas de los hombres. Ante todo, no hemos dicho que estas visiones sean **todas impersonales**. Además, sería muy arduo definir cuándo se muestra la Virgen en sí misma y en su propia forma, o cuándo se aparece bajo una representación ejecutada por orden suya por esos maravillosos artistas que son los espíritus angélicos.

Las historias mencionan hechos maravillosos acaecidos con la Sagrada Eucaristía. A menudo Jesús se ha mostrado bajo la forma de un niño pequeñito en la Hostia consagrada. Otras veces el sacerdote ha visto sangre que brotaba del Cáliz en lugar de las especies sacramentales del vino. El más común sentir, por no decir universal, de los teólogos, es que lo que

entonces aparecía a la vista no era el mismo Jesucristo en su propia forma, ni era aquélla su sangre divina, sino una imagen de lo uno y de la otra; imagen unas veces puramente **subjetiva** es decir, formada en los sentidos, y otras **objetiva**, es decir, producida fuera de ellos en los objetos exteriores. Así siente Santo Tomás (3 p., q. 77, a. 8) y el docto Suárez (*de Eucharistia*, I). 5G, s. 2). Por lo demás, notan uno y otro que la adoración que en estos casus se rindiera, ya al Niño Dios en la Hostia, ya a su divina sangre en el Cáliz, no seria ilusoria: porque pasaría de la imagen a la realidad que se manifiesta por medio de la imagen sensible.

Parece, según esto, que los dos grandes teólogos citados y sus respectivas escuelas deberían estar en absoluto de acuerdo sobre la naturaleza de las apariciones de la Santísima Virgen. No hay nada de eso. Para el Doctor Angélico y para los que siguen su doctrina, toda aparición de María bajo su propia forma exige que deje el cielo para venir a la tierra, por razón de que, según ellos, el mismo cuerpo no puede existir en dos lugares a la vez, no a la manera de las substancias, *per modum suhstantiae*, como está el cuerpo de Jesucristo en el Sacramento del Altar, sino de la manera que nosotros mismos ocupamos una parte determinada del espacio, con nuestras propias dimensiones, *per modum dimensionum*, y bajo nuestra forma sensible. Para los otros por el contrario, nada se opone a que, si agrada a Dios el realizar esta maravilla, el mismo cuerpo se encuentre al mismo tiempo en varios sitios, alejados unos de otros, sin dejar de conservar en todos el modo de presencia que tenía naturalmente en el primero.

De aquí se saca la consecuencia de que, según la última doctrina, María podría, sin dejar ni un instante siquiera la región bendita del cielo, mostrarse ella misma **personalmente** a sus privilegiados de la tierra, independientemente de toda representación objetiva o subjetiva. En ninguna parte hemos leído que Suárez haya considerado él mismo como personales todas las apariciones de la Madre de Dios. Lo que enseña acerca de la Sagrada Eucaristía nos induce a creer que si se hubiera propuesto la cuestión, la hubiera resuelto negativamente. Pero no hubiera dado la razón que resulta de las teorías de Santo Tomás, de que semejantes apariciones exigirían de María que abandonase momentáneamente su morada de las alturas celestiales para hacerse presente sobre el humilde lugar del espacio en que estamos. No nos toca el juzgar cuestiones tan graves. Confesamos, sin embargo, nuestra predilección por las ideas del Angel de las Escuelas, estimando como él que los fenómenos de bilocación de que la historia de los Santos nos ofrece más de un ejemplo, no eran substanciales: en otros términos, que el cuerpo que milagrosamente aparecía simultáneamente en varios sitios solamente en uno de ellos estaba en realidad viviente y personal. Por lo demás, según ya lo hemos dicho, esta cuestión por sí misma no interesa a la fe; por consiguiente, desde este punto de vista, nada impide el inclinarse libremente hacia una u otra de las opiniones discutidas entre nuestros Doctores.

Mas si hay este parecido entre las representaciones fabricadas por la mano de los hombres y las apariciones debidas al arte divino, ¡qué diferencia, no obstante, entre las unas y las otras, y cuánto superan éstas a aquéllas! La primera diferencia consiste en que por las primeras nos ponemos por nosotros mismos en comunicación con la Virgen, en tanto que por las segundas es ella la que viene hacia nosotros, no cuando queremos nosotros, sino cuando quiere y como quiere ella.

He aquí otras diferencias no menos profundas: la imagen pintada o esculpida por el hombre, por perfecta que sea, no participa sino muy pobremente de las apariencias de la vida. Pálido reflejo de la hermosura, perfecciones y sentimientos de la augusta Virgen, es muda, inerte, como la materia de que está hecha. Además, podemos, a nuestro arbitrio, distinguirla del ejemplar que intenta reproducir, considerar por separado sus formas, su substancia y su calidad propia.

Por el contrario, la imagen que debe al celestial artífice su existencia, la que entra en acto en las visiones sobrenaturales, desaparece totalmente ella misma para no dejar aparecer más que a su modelo. Es imagen viva, y a menudo habla y obra con maneras mil veces más expresivas que las realidades que hieren los ojos de nuestra carne; tan expresivas que aquel que las contempla se persuade de que contempla al ejemplar mismo, sin intermediario y sin velo. Sí la que se revela es la Santísima Virgen; la oímos, la vemos, si tenemos la dicha de recibir alguna de estas manifestaciones.

No nos objetéis que si María no está presente sino en imagen, los homenajes que se le rinden terminan en una apariencia vana, en un fantasma. ¿Olvidáis hasta ese punto el papel de la imagen, y sobre todo el de una imagen tan perfecta, y no sabéis que el movimiento del alma va derecho a través de la imagen hasta el ejemplar que representa? Ciertamente, no cae en semejante ilusión aquel a quien la Madre de Dios se digne mostrarse así, en imagen visible y palpable; Ella es, efectivamente, a la que él contempla, a la que venera, a la que escucha y ama; y si os hace entrar en el secreto de sus favores, os dirá: he visto a la Virgen Santísima; se ha dignado hablar a su humilde siervo, confortarle, bendecirle; tan cierto es que la imagen desaparece para dejar ver únicamente lo que tiene por misión de hacer presente y sensible.

Por muy distintos que sean entre sí los dos órdenes de manifestaciones, el de las representaciones por medio de las obras humanas y el de las representaciones por medio de aparición sobrenatural, ocurre a veces que uno y otro se unen y compenetran mutuamente. Se han visto estatuas o pinturas de la Madre de Dios animarse, en algún modo, para aquellos que las contemplaban. Esta imagen de la Virgen, por ejemplo, ha derramado lágrimas; aquella ha sonreído o hablado; aquella otra ha aparecido resplandeciente de luz; ésta ha extendido sus brazos para socorrer o bendecir; aquella ha cerrado la mano como prueba de que la Virgen aceptaba las promesas simbolizadas por el anillo que uno de sus siervos le ha puesto en el dedo. Y de esta suerte María se compenetra, por decirlo así, con sus imágenes, a fin de recibir los homenajes de sus hijos predilectos y de colmarlos interiormente de sus más señalados favores.

Lo que hemos dicho de las apariciones debe entenderse también, guardada la debida proporción, de las revelaciones. A menudo van unidos ambos fenómenos, pero también pueden existir por separado. San Estanislao de Kostka fué llamado a la Compañía por una locución activa; María hizo **oír** interiormente el mismo llamamiento a San Luis Gonzaga. Mas no se dice que entonces se le mostrara visiblemente. Así como las visiones generalmente pasan con gran rapidez, de la misma manera las palabras son breves. Por lo demás, es tanta su virtud que le bastan a María algunas palabras para conmover y trocar los corazones; tan poderosa es la gracia interior que las anima.

Hagamos notar, para terminar, que estas demostraciones más sensibles de su amor maternal concedidas por la Madre de la gracia a muchos de sus privilegiados no deben interpretarse por los demás como una prueba infalible de que son menos amados de su corazón, ni tampoco menos amantes. Sírvales de consuelo el saber que el amor de María para sus hijos de adopción, como también la devoción de éstos a su Madre, se mide menos por los favores extraordinarios que por el celo que ponen en honrarla, invocarla y glorificarla por medio de la fiel imitación de sus virtudes y por su abnegación en el servicio de su Divino Hijo. Así, pues, como puede pertenecerse a Ella sin estar inscripto en sus Congregaciones y Cofradías, a veces tanto o más que que otros que le estén particularmente consagrados, así sucede a veces que también sin privilegio de visión alguna ni de revelación extraordinaria se puede ser igual y aun sobrepujar a sus ojos a otras almas más sensiblemente favorecidas. Estas gracias singulares no por eso merecen menos gratitud de quien las recibe, como un gusto anticipado de la bienaventuranza prometida a los servidores de María, allí en donde todos esperamos tener la dicha de verla cara a cara, de oír su voz encantadora y de vivir para siempre en su amable compañía.

Maria, Madre de los angeles

Los Angeles, hijos de María; menos, sin embargo, que nosotros, porque no han recibido de Ella ni la gracia primera, ni la substancia de su gloria; de aquí esta conclusión: en cierto modo, nuestro amor hacia Ella debe sobrepujar al de los espíritus angélicos.

I. Reina de los Angeles, la Santísima Virgen es también su Madre. Demasiados testimonios hay para que sea fácil el negar a los espíritus angélicos el honor de pertenecer, en calidad de hijos, a la familia de María. Pero lo que parece menos cierto es la medida según la cual puede María contarlos entre sus hijos. Santo Tomás, tratando de la incorporación de los hombres con la persona mística de Cristo, pregunta si este Señor es también **Cabeza** de los ángeles como de los hombres. A esta pregunta contesta el Santo Doctor con una doble respuesta. La primera, afirmativa, porque, según el testimonio del Apóstol, "*Jesucristo es la Cabeza de todo Principado y de toda Potestad*" (Colos., II, 10; Eph. I, 20. sqq.), y, por consiguiente, también de todos los órdenes comprendidos en las jerarquías angélicas; todos, en efecto, pertenecen a la Iglesia Universal, colocada por el Padre bajo el cetro de su Cristo en la eterna patria de los elegidos (S. Thom., 3 p., q. 8, a. 4). La segunda respuesta, restrictiva: Aunque Jesucristo es Cabeza de los ángeles, como lo es de nosotros, y tiene sobre ellos, como sobre nosotros, la primacía de poder y de dignidad, nosotros le estamos más estrechamente incorporados, bajo dos aspectos de vista, que los espíritus angélicos. Primero, nosotros solamente tenemos con Él la comunidad de naturaleza, puesto que es hombre y no ángel; segundo y principal, los ángeles no han recibido, por sus méritos, ni la gracia de adopción que los ha santificado, ni la herencia substancial de la gloria (Thom., Sent. III, D. 13, q. 2, a. 2, quaestiunculn 1. Cf. *de Veritate*, q. 19, a. 4, ad 3 et 5; a. 7 ad 5).

Esto, sin embargo, no quiere decir que Jesucristo, **en su naturaleza humana**, nada haya hecho por los ángeles. Reunidos con nosotros bajo su amabilísimo imperio, príncipes de la

corte de Jesucristo Rey participan del esplendor que sale de su trono; diezmados en otro tiempo por la rebelión de Luzbel, ven que por este Señor se llenan los vacíos de sus falanges; ministros gloriosos de sus designios para la salvación de los hombres, reciben de Él comunicaciones, mejor diríamos confidencias especiales, que son nueva luz para sus inteligencias (Hebr., I, 7, 14), y, para decirlo todo en una palabra, Jesucristo, en su humanidad, es la beatitud **accidental** de ellos, como es con el Padre y el Espíritu Santo, en su divinidad, su beatitud esencial.

Tal es, sobre esta materia, la doctrina del mayor número de nuestros teólogos. Se desprende naturalmente de la tesis sostenida por Santo Tomás sobre el motivo determinante de la Encarnación, porque enseñar que la redención de los hombres o, lo que es lo mismo, la gloria de Dios realizada en nuestra salud ha motivado solamente de hecho este misterio, es afirmar equivalentemente que la beatitud y la santidad consumada de los ángeles no son de Jesucristo, como el fruto y la consecuencia de sus méritos.

La consecuencia que se desprende de esta doctrina en cuanto a la maternidad de María no es dudosa. Si se abraza el sentir de Santo Tomás, hay que confesar necesariamente que no puede Ella ser la Madre de los ángeles con los mismos títulos y la misma medida que es Madre nuestra, de los hombres, que tenemos de Cristo, su Hijo, todo lo que poseemos de gracia y todo lo que esperamos de gloria; porque viniéndonos todo del Autor de la salud por Ella, le debemos nuestra vida divina toda entera y no sólo los **accesorios** de esa vida.

La vida, los accesorios de la vida: estas dos expresiones demuestran bien hasta qué punto es la Santísima Virgen más Madre nuestra que de los ángeles, puesto que el oficio de la Madre es ser para sus hijos principio de vida.

Suprimid la Humanidad del Verbo, y, por consiguiente, a María, la Madre de Dios, y los ángeles se quedan en posesión de la visión divina, que es su felicidad substancial, porque la gracia, que es su semilla y su principio, no les viene ni de la una ni del otro. En cuanto a nosotros, los hijos de Adán, nos quitarían del todo toda nuestra vida sobrenatural y nos arrojarían en la muerte, de la que hemos salido. ¿No es este el pensamiento de San Pedro Damiano cuando predicaba en alabanza de María y decía?: "*No es sólo la vida perdida en otro tiempo por los hombres la que les es restituida gracias a esta dichosísima Virgen, sino que también la beatitud de las naturalezas angélicas recibe por Ella un último complemento*". Porque por el hecho mismo que el hombre es restituido en la posesión de los bienes celestiales, los vacíos hechos en las filas de esos purísimos espíritus por la rebelión y caída de Lucifer son ocupados dichosamente. Y he aquí lo que había anunciado la multitud de los ángeles cuando cantaba en el nacimiento del Redentor: "*Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.*" Decir, en efecto, que hay gloria de Dios en el cielo y después añadir que hay paz sobre la tierra es mostrar con evidencia que el Fruto inefable de la Virgen Inmaculada traía el goce, no sólo a la tierra, sino también a los cielos"(S. Petr. Damian., Serm. 46 *de Nativ*. 13. V., 3. P. L.. CXLIV, 752).

II. Después de todo esto, ¿no será mucho atrevimiento el presentar como sentir **común**entre los teólogos la opinión según la cual María es Madre de los ángeles en el mismo grado que lo es de los hombres, porque unos y otros han sido vivificados espiri-tualmente por Dios hecho hombre? (Virgil. Sedlmayr, *Theologia Mariana*, n. 1070).

Seguramente esta opinión tuvo en otro tiempo y conserva aún sus partidarios en las escuelas teológicas; pero, sino nos equivocamos, nos parece que esos partidarios están muy lejos de superar en número y autoridad a los de la opinión contraria. Y así, para aumentar este número colocan al lado de ellos más de un autor que jamás escribió cosa semejante.

¿Queréis algunos ejemplos? He aquí, ante todo, **San Antonino** de Florencia: "*Los ángeles, dice, reciben de Jesús luz, perfección, beatitud, porque Él es Aquél que los Angeles desean contemplar* (I Peter., I, 12), *Aquél por quien todo ha sido restaurado en el cielo y en la tierra* (Eph.. I. 10).
"*Por consiguiente, ellos también tienen de la Virgen un cierto ser de gloria,* ***quoddam esse gloriae****. La causa de la causa es, por eso mismo, la causa del efecto; ahora bien: la Virgen Santísima es la causa de Jesús, puesto que es su Madre; por consiguiente, es en cierta manera para los ángeles una causa de gloria, y puédese, por tanto, con justicia llamarla su Madre*" (*Summ*.. p. IV. tít. XV. q. 14).

¿Afirma aquí el santo arzobispo que la gracia y la gloria esencial de los ángeles sean una y otra la gracia y la gloria de Cristo, es decir, una gracia, una gloria que tienen como fuente y origen los méritos y el sacrificio de Cristo? Nada menos claro ni menos probado. Notaremos solamente que el Santo no habla en modo alguno de la gracia, sino únicamente de la gloria;*de un cierto ser de gloria* y no de la *substancia* misma de la gloria. Lo que quiere enseñar es la doctrina misma que hemos oído de labios del Doctor Angélico, bebida por éste en los escritos del Areopagita.

Según el célebre Dionisio, los ángeles de órdenes más elevados comunican a los de las jerarquías inferiores. pureza, luz y perfección. No es éste lugar de discutir sobre el significado exacto de estos términos. El Santo Doctor pregunta, en este último texto, si los ángeles son iluminados por los de los órdenes más elevados. "*Unos* —dice él— *lo niegan, porque todos, hundiendo sus miradas en la esencia divina, son inmediatamente iluminados por Dios mismo. Otros lo han afirmado bajo pretexto de que los ángeles inferiores, no gozando de la intuición inmediata de Dios, deben llegar al conocimiento perfecto de las perfecciones divinas por la mediación de los espíritus superiores, admitidos solos a contemplar la cara a cara.*" Después de haber refutado ambas opiniones, continúa el Santo Doctor: "*Por consiguiente, escogiendo un término medio entre esos dos extremos, afirmamos primero que todos los ángeles ven la esencia divina, desde el punto que han entrado en la beatitud; pero, añadiremos, no es necesario que quien ve la causa penetre todos sus efectos, como no sea que la comprenda según toda su potencia, como Dios conoce todas las cosas comprendiéndose a Sí mismo. En cuanto a las criaturas que le ven sin comprenderle, cada una conoce en Él tantas más cosas cuanto más plenamente goza de la gloria: así como ei número de conclusiones deducidas de los principios especulativos es más o menos grande según la fuerza de la inteligencia. Y he aquí por qué, cuando se sirve Dios de los espíritus angélicos para la producción de efectos que pertenecen ya al orden de la gracia, ya al orden de la naturaleza, los ángeles superiores iluminan a los inferiores y les revelan los pensamientos divinos, como expresamente se dice en el capítulo séptimo de la Hierarquia celeste, y en el principio del capítulo cuarto de los Nombres divinos.*" (1 p., q. 106, a. 2, ad 1; in II D. 9, a. 1. a. 2, ad 2).

Tal es la doctrina del Doctor Angélico. Por otra parte, hace notar expresamente dos cosas: Primero, que la iluminación comprende en sí la purificación y el perfeccionamiento: la purificación, puesto que excluye cierta ignorancia (*nescientiam*); el perfeccionamiento, porque instruir es perfeccionar la inteligencia que se ilumina. Segundo, que pertenece a solos los espíritus superiores iluminar a los otros, aunque éstos puedan hablar a los espíritus más eleva-

dos que ellos: porque la iluminación tiene por fin el revelar lo que se ve en Dios, mientras que por la palabra se revela lo que se ve en sí mismo y por sí mismo.

Nos basta saber que la influencia expresada por ellos supone la substancia misma de la gracia y de la gloria en los espíritus angélicos, puesto que es **ahora** cuando es comunicada por los unos y recibida por los otros. Por consiguiente, es una influencia análoga, pero excelentemente más eminente la que Cristo ejerce sobre los ángeles, y he aquí cómo reciben de Él ese *quoddam esse gloriae*, que San Antonino refiere a María como a su principio, en tanto que es Madre de Cristo.

Ricardo de San Lorenzo apoya menos aún la opinión contraria a la del Doctor Angélico. ¿Qué dice, en efecto? Que "*la ruina de los ángeles ha sido reparada por María*" (Richard a. S. Laurent, de Laúd. B. M. V„ 1. IV, c. 9, n. 7. Opp : Albert, M.. t. XX. pág. 115).

Ni más, ni menos. ¿Es esto, preguntamos, atribuirle la gracia que santificó a los ángeles? No hallamos nada que sea más decisivo en las palabras de **Alberto Magno**. Después de haber acumulado este santo las razones que militan en pro o en contra del privilegio que tendría María de ser Madre, no sólo de los hombres, sino también de los espíritus angélicos, concluye, al fin: "*Se puede también decir que es Madre de los ángeles desde el punto de vista de origen, **genitura**, porque Ella ha engendrado al Padre y Restaurador de los ángeles*" (*Super Missus est*, q. 145. Opp., t. XX, p. 98).

Ser restaurador de los ángeles es devolver la **gracia** a los hombres caídos y darles puesto en las falanges angélicas. Por consiguiente, nada prueba esta primera parte del texto. La otra expresión tendría más fuerza, pero haría falta, ante todo, demostrar que, según el pensamiento de San Alberto Magno, Cristo es Padre de los ángeles por razón de lo que tienen de Él como Hombre y no solamente como Dios.

Esta última distinción basta igualmente para derribar el argumento basado sobre un pasaje célebre, en el cual **San Bernardo** inquiere de qué manera "*Cristo ha sido hecho redención para los ángeles* (I Cor., I, 30), *siendo así que no han sido jamás rescatados: unos, porque no han tenido necesidad; otros, porque no han merecido esta gracia; aquéllos, porque no han caído; éstos, porque su ruina es irreparable. He aquí*, responde el Santo, *en dos palabras la solución del problema. El que ha levantado al hombre caído ha concedido al Angel no caer; rompiendo las cadenas del uno, ha preservado al otro, y, así, ha sido Él la redención del Angel como la del hombre*" (Serm. 2, *in Canti*., n. 6. P. L.. CLXXXIII, 880).

Estamos de acuerdo; es de la persona de Cristo de quien los ángeles han recibido su belleza sobrenatural y por Él la han conservado, porque no sería Dios si no fuese el primer origen de todos los bienes de la naturaleza, de la gracia y de la gloria. Pero no es esto lo que se trata de probar. Para inferir del texto de San Bernardo que la maternidad de María se extiende a los puros espíritus en la medida misma que a los hombres, había que demostrar además que, según el pensamiento del Santo, era que de Cristo **en cuanto Hombre y por sus méritos** tienen los ángeles su redención ampliamente considerada, es decir, la gracia original y la perseverancia en esa gracia. Ahora bien; nada hay en el texto que nos obligue a admitirlo. Por el contrario, el contexto nos lo prohibe. En efecto, antes de poner la dificultad que acaba de resolver respecto a los ángeles, había expuesto San Bernardo el modo cómo el Verbo se

había hecho para la Iglesia justicia, santificación, redención. Ahora bien: la explicación que da derriba completamente la teoría que le quieren atribuir.

Escuchémosla: "*Cierto es que en el principio, desde la eternidad existía el Verbo, pero sólo cuando se les anunció que había tomado nuestra carne, vinieron los pastores presurosos a contemplarle en el pesebre... Hasta entonces, en tanto que era Dios, no pensaban en acercarse a Él. Como, pues, desde el principio existía el Verbo,* ***pero Verbo en Dios****..., así desde el principio el Verbo era sabiduría, era justicia, era redención,* ***pero para los ángeles****. A fin de que lo fuese también para los hombres, el Padre lo hizo todo eso en la carne, y Él mismo se hizo lo que lo hizo el Padre. Por eso escrito está: Dios lo hizo para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención*" (I Cor., I, 30).

El Apóstol no dice simplemente que lo ha hecho sabiduría y lo demás, sino que lo ha hecho tal en la carne y para nosotros, porque lo que Él era para los ángeles lo ha sido y es después para los hombres (San Bernardo).

¿No está bastante claro? El Verbo, que era Dios, y tal como estaba en Dios, es decir, como espíritu puramente incorpóreo, ha sido la justicia, la santificación y la redención de los espíritus angélicos. Y a fin de serlo también para nosotros se hizo visible en nuestra carne el Niñito que los pastores adoraron. Por consiguiente, según el testimonio de nuestro Santo Doctor, los hombres y los ángeles han sido diferentemente santificados por Jesucristo: éstos, por el Verbo morando en el seno de su Padre; aquéllos por el Verbo encarnado en nuestra naturaleza y muerto para salvarla.

Aceptemos confiadamente un párrafo de **San Vicente Ferrer** que, si creemos a Sedlemayer y a los que le siguen, sería más demostrativo: "*Dios reveló desde el principio a los espíritus angélicos que sus filas serían algún día restablecidas en su primitiva integridad. Les dijo, pues, a todos que se proponía producir una Virgen cuyo Fruto repoblaría la ciudad celestial. Imaginad qué idea se formarían los santos ángeles de esta Virgen Santa que debia algún día reparar sus ruinas*" (Serm. 4 *de Concept., V. M.*).

Volved a leer nuestras observaciones sobre el texto de Ricardo de San Lorenzo, y esto basta para quedar convencidos de que San Vicente Ferrer no presta apoyo alguno a la opinión que se quiere autorizar con su testimonio.

Con mayor razón sería quimérico el apelar a la autoridad de **San Cirilo** de Alejandría porque dijo en el Concilio de Efeso, hablando de la Madre de Dios: "*Por Ella se alegran los ángeles y los arcángeles, huyen los demonios y cayó del cielo el tentador.*" Bastaria, en efecto, recordar que el Santo es uno de aquellos que entre los primeros Padres han asignado más explícitamente la reparación del pecado como motivo determinante de la Encarnación. Pero no es necesario ir tan lejos para demostrar cuán poco prueba ese texto lo que se querría que dijese: "*Por Ella*, dice San Cirilo, *están en la alegría los ángeles y los arcángeles.*" ¡Sí! Y con razón, puesto que su gozo es ver a Dios glorificado, a los pecadores convertidos y los vacíos de sus propias falanges llenos por los hombres que a ellos suben. "*Por Ella huyen los demonios y el tentador es precipitado del cielo.*" ¡Sí!, repetimos, puesto que Ella es la mujer predestinada que en su Hijo y por su Hijo aplasta la cabeza de la serpiente, más terrible a los demonios que un ejército puesto en orden de batalla, torre de David de la cual penden mil escudos y las armaduras de los fuertes. ¿No es esto suficiente para justificar las palabras del Santo Doctor? ¿Y todo esto

no puede tener lugar sin que María haya concurrido a la**justificación** de los ángeles como ha cooperado a la redención de los hombres?

Pero, diráse tal vez, ¿no conduce todo esto a disminuir de algún modo las ideas elevadas que debemos tener de la Santísima Virgen? Sin duda alguna si le quitásemos su diadema real, y si, porque no es Madre de los ángeles con los mismos títulos con que la saludamos Madre de los hombres, debiera perder su cualidad de Reina y Soberana de ellos. Mas no, si todos esos privilegios son independientes de la parte que Ella haya tenido en su primera santificación de los ángeles. Más aún: esto mismo es lo que debe llevar hasta el exceso nuestro culto para la Madre de Dios, porque no nos basta ya el rivalizar con los espíritus angélicos en respeto, confianza y amor hacia Ella; lo que sería suficiente para ellos sería demasiado poco para nosotros, pues que somos incomparablemente más hijos suyos y Ella es mucho más nuestra Madre.

Por otra parte, María, por no ser Madre de los ángeles de la misma manera que lo es nuestra, no deja de tener hacia ellos un afecto que sólo es igualado por el de Dios hecho hombre. Es que los ama en Dios y por Dios, según el grado de unión que tienen con Él. Sin embargo, no puede tener para ellos ese no sé qué que produce el amor de la maternidad completa, de la comunidad de sangre, de los sacrificios mismos y de los dolores que la vida de los objetos de aquel amor ha costado.

La Madre del mundo

María, Madre del Mundo porque gracias a su mediación son todas las cosas"*recreadas*", ennoblecidas, perfeccionadas.

I. Queda por aclarar esta cuestión: si la maternidad de María, que comprende todos los órdenes de criaturas racionales, sean hombres o puros espíritus, extiende más allá sus límites y llega hasta los seres privados de inteligencia, hasta el mundo de la materia. Evidentemente que no se puede tratar de una maternidad propiamente dicha, ni siquiera una maternidad que consista en cooperar de cualquier manera a la comunicación de la vida divina propia de los hijos de adopción. Ni Dios ni María pueden tener hijos adoptivos fuera de la naturaleza racional, puesto que toda otra criatura es radicalmente incapaz de recibir el ser de la gracia y el ser de la gloria. La cuestión presente se reduce, pues, a inquirir si el mundo material ha recibido tales bienes por el ministerio de María, que se pueda decir que es su Madre en sentido impropio, como guardada la debida proporción, en la Escritura se llama a Dios padre del mundo porque ha sido su Creador (Véase Job., XXXVIII, 8).

Sobre este punto no hay controversia ni disentimiento alguno entre los doctores. La Madre de Dios, nuestra Madre, es también la Madre de todas las cosas creadas, la Madre del mundo. Y he aquí las hermosas consideraciones con las cuales el discípulo de San Anselmo, tantas veces nombrado en esta obra, pone en evidencia este título y las razones que le sirven de fundamento.

Comienza su estudio echando una ojeada sobre el origen de las cosas: cómo Dios produjo todas las criaturas en el cielo y en la tierra para el hombre y para gloria de su propia bondad; cómo el hombre, la más noble entre las naturalezas salidas de la mano del Creador, se rebeló contra el Dueño universal de los seres y perdió en el acto mismo, en castigo de su crimen, las prerrogativas de gracia de que había sido primitivamente investido; cómo, en fin, su rebelión y su caída introdujeron el desorden en él mismo y entre todos los seres de la creación.

"*En efecto, además de la confusión que produjo en el concierto de su obediencia la presencia del gran rebelde, ésas obras de Dios, la tierra, los animales, el cielo, los astros sufrían una humillación más vergonzosa todavía. Era el verse obligadas a prestar sus servicios a aquel para el cual sabían muy bien que no habían sido hechas. Porque habían sido criadas por Dios para utilidad del hombre justo y no para provecho del hombre injusto y rebelde que las dominaba entonces; humillación tanto más sensible cuanto que debían servir continuamente a quien continuamente ofendía a su Dios. Ahora bien, este estado de inicua sujeción duró hasta la llegada en carne de Aquella de quien hablamos, esto es, de la Santísima Virgen María. Pero cuando Ella apareció en el mundo y dió su carne al Hijo de Dios; cuando la naturaleza humana hubo recobrado su dignidad primera en el Dios que nacía para ser uno de nosotros, la confusión de los seres terminó, el peso de injusticia que pesaba sobre ellos se aligeró de tal modo que comenzaron a recuperar la libertad que tenían cuando su creación primera.*

"*Y, cierto, no es maravilla si la naturaleza, cuya libertad, según la ley de su origen, era obedecer a Aquel de quien sabía que había sido creado a imagen de Dios, no tuvo ya por yugo de ignominiosa servidumbre la obligación de obedecer al hombre, cuando volvió a ver en él, reparada por la gracia y por las obras santas, la semejanza del Creador, desfigurada hasta entonces por el pecado*" (Eadmer, *de Excellentia B. M.*, c. 10. P. L., CLIX. 576, sq.).

He aquí la inestimable ventaja que la creación material ha recibido de Dios por mediación de María. De hoy en adelante ya no está envilecida por la necesidad de servir a un rebelde, a un caído. Sirve aún, esa es su condición; pero sirve a una humanidad reparada; mejor todavía, tiene por Rey a un Hombre-Dios. Eadmer, después de estas primeras consideraciones, vuelve al asunto desde otro punto de vista:

"*Estudiemos, si os place, continúa, pero de otra manera, cómo toda criatura ha sido hecha para utilidad del hombre; cómo por consecuencia del pecado del primer hombre esta utilidad se disminuyó en cierto modo; cómo, en fin, gracias a la Santa Madre de Dios, la Virgen María, la creación ha vuelto al primer honor de su provecho. El hombre... había sido creado por Dios para mirar constantemente con el ojo de la contemplación la inefable belleza de su Autor. Pero porque el Creador es un espíritu sin límites y ninguno de los que están aún aprisionados por la carne puede elevarse hasta ver cómo es en Sí misma la grandeza admirable de la divinidad, plugo a Dios desplegar ante las miradas del hombre el espectáculo del mundo sensible, a fin de que la vista de sus bellezas lo llevase hasta el conocimiento de las perfecciones invisibles.*

"*Pero después del pecado de los primeros hombres, la raza humana, dejándose tiranizar por los deseos de su corazón, se arrastró por los vicios, y desde aquel momento no fué ya solamente la contemplación del Creador la que se desvaneció en ella, sino también la saludable meditación del orden admirable que reina entre las cosas creadas.*

"Ya veis por aquí cómo la dignidad de la naturaleza material naufragó por consecuencia de la caída de la naturaleza humana. Las criaturas debían ser como una escala que permitiese al hombre subir hacia su común autor, llevándole la consideración de la naturaleza al conocimiento de los esplendores divinos. Y esta dignidad la perdieron desde el momento que nadie había para hacer de ellas uso tan provechoso. Pérdida lamentable que perseveró hasta el día en que el Cordero de Dios, que destruye los pecados del mundo, hizo en él su aparición por ministerio de María. Entonces, en efecto, el hombre fué llevado de nuevo al conocimiento de Dios gracias al Cordero, y, al mismo tiempo, las demás criaturas volvieron a su condición primera y fueron restablecidas en su honor antiguo.

"Ahora bien, ¿a quién imputaremos este gran bien sino a Aquella cuyo seno virginal introdujo en el mundo a Cristo, Salvador de la Naturaleza humana, y, por consiguiente, Reparador de los privilegios de toda criatura. Que aquel, pues, que nos ha seguido en esta meditación estime y pondere todo lo que la criatura inteligente o privada de razón debe a esta Sacratísima Virgen.

"Porque, en fin, lo repetimos, todas las cosas que Dios hizo al principio, tan buenas y tan llenas de utilidad, decayeron de su estado primitivo, como lo hemos demostrado, y no volvieron a él sino por esta felicísima Virgen. De igual modo, por consiguiente, que Dios creando todos los seres con su omnipotencia y ordenándolos con una admirable sabiduría es el Padre y el Señor universal de ellos, así la Santísima Virgen, concurriendo con sus méritos a repararlos, es la Madre y la Señora de todas las cosas...

"De igual modo, además, que Dios ha engendrado de su substancia a Aquel por el cual ha dado el sér a todas las criaturas, así María ha engendrado de su carne Aquel que debía restablecerlas en la gloria de su condición primera. Por fin, de igual modo que especie alguna de seres existe, si el Hijo de Dios no lo ha hecho, así nada puede escaparse de la ley de una justa condenación, como no sea libertado por el Hijo de María.

"¿Quién habrá, pues, que pesando cuidadosamente todas esas cosas con un sentir recto y un corazón sincero, no perciba plenamente la excelencia de esta Virgen por quien la naturaleza de las cosas ha recobrado bienes inestimables, por quien el mundo ha recibido la gracia insigne de ser levantado de una caída tan profunda?".

II. Aquí se detiene Eadmer. Pero hubiera podido, sin perjuicio de la verdad, llevar más lejos estas hermosas consideraciones. El mundo material, en efecto, no ha alcanzado aún el apogeo de la gloria a la cual debe llegar, gracias a la Encarnación del Verbo, y, por consiguiente, gracias a María, su Madre. La Sagrada Escritura nos lo representa gimiendo y sufriendo todavía como con dolores de parto en la espera de la completa adopción de los hijos de Dios (*Rom*., VIII, 22 sq.).

Pero cuando la adopción sea consumada, es decir, cuando el número de elegidos sea completo y venga la glorificación final, entonces, según la promesa del Señor, la morada actual de la humanidad regenerada será transformada como ellos. "*Habrá nuevos cielos y nueva tierra, donde no habitará sino la justicia*" (II *Petr*., III, 13), y la naturaleza toda resplandecerá con bellezas, que ni aun en su principio y en el estado de la inocencia había jamás ni conocido, ni sospechado siquiera. Y esta renovación admirable será, como Aquel que la ha preparado, obra de María por Jesús; tan cierto es que merece justamente este hermoso nombre de *Madre del mundo.*

El discípulo era, en las páginas que acabamos de transcribir, eco de su ilustre maestro. Lo prueba el párrafo siguiente, sacado de las **Oraciones de San Anselmo**: "*Los astros, la tierra, los ríos, el día, la noche, todas las cosas, en una palabra, que han sido creadas, sea para obedecer al hombre, sea para servir a sus necesidades, todo esto, ¡oh Señora mía!, se felicita de haber sido restablecido por Ti en su antigua gloria y revestido de una nueva e inefable gracia. Esas criaturas estaban como muertas desde que, habiendo perdido su dignidad nativa, que hacía de ellas las siervas de los siervos de Dios, se habían convertido, por una vergonzosa opresión, en instrumentos deshonrados, puestos al servicio de adoradores de ídolos, para lo cual no habían sido creadas. Vueltas ahora al imperio de los verdaderos adoradores de Dios, y ennoblecidas por el uso que hacen de ellas, es como el gozo de una resurrección. Pero lo que las hace sobre todo estremecerse de alegría inefable es, no sólo el sentir sobre ellas a Dios, su Creador, que las gobierna invisiblemente, sino el ver también en medio de ellas al mismo Dios Creador, descendido visiblemente para santificarlo todo. Ahora bien, ¡oh, María!, todos esos bienes te los deben a Ti gracias al fruto bendito de tus benditas entrañas...*

"*¡Sí! La naturaleza entera es la creación de Dios, y Dios mismo es de María. Dios lo ha creado todo, y Dios ha sido parido por María. Dios, que lo ha hecho todo, se ha hecho Él mismo de María, y así es cómo ha rehecho todo lo que había hecho. Quien ha podido hacer de nada todas las cosas no ha querido rehacerlas, después que estaban degradadas, sin María. Dios, pues, es el Padre de las cosas creadas, y María, **la Madre de las cosas recreadas**. El Padre que ha constituido a toda criatura es Dios, y la Madre que las ha restableció a todas es María. En efecto, Dios ha engendrado a Aquel por quien todo ha sido hecho, sin el cual no existe nada, y María ha dado a luz al mismo por quien todo ha sido salvado, sin el cual no hay nada en orden (*bene*)*" (Cant., Or. 50 ad S. M. V. P. L. CLVIII, 955, sq.).

No dejemos sin respuesta una objeción que podría oponerse a las primeras consideraciones de Eadmer. ¿Es verdad que las criaturas deben a María, por Jesús, su Hijo, el haber vuelto de hecho a lo que eran en el principio y en la intención de su Autor, esto es, el libro en que los hombres leen la gloria y las perfecciones de Dios? ¿Ignoráis, pues, el uso que hicieron de ellas, antes de la venida de Cristo y de su Madre, todos los santos de la Ley Antigua para alabar y glorificar las magnificencias divinas? "*Los cielos*, cantaba David,*cuentan la gloria de Dios, y el firmamento rinde testimonio de sus obras*" (Psalm., XVIII, 1).

Ciertamente, no estamos muy lejos de desconocer el maravilloso lirismo con el cual los profetas han reconocido y celebrado a Dios en sus obras. Sin embargo, hay que observar aquí dos cosas: primera, por muy admirables que parezcan las elevaciones de los profetas contemplando las bellezas invisibles del Creador a través de las obras de sus manos, eran estos fenómenos relativamente raros. Mirad más allá de las fronteras del pueblo escogido, y ¿dónde están aquellos que saben leer el nombre del verdadero Dios en el cielo, abierto como un libro sobre sus cabezas, o en los seres más humildes que pisan sus pies? La **Sabiduría**, en un capítulo célebre, nos dice bastante claro que, salvo excepciones conocidas sólo de Dios,"*no han sabido los hombres elevarse a comprender a Aquel que es por los bienes que parecen; que, considerando las obras, no han conocido quién era el Autor*" (Sap., XIII, 1. sqq.). Y San Pablo, en su epístola a los romanos, confirma el testimonio de la Sabiduría cuando nos muestra hasta los mismos doctos entre los gentiles que se desvanecen en sus pensamientos, trocando la gloria de Dios incorruptible, por la imagen corruptible de sus criaturas (Rom., I, 21, 23).

Fijad ahora vuestras miradas en los pueblos donde Jesús y su Madre han establecido su imperio, y decidnos después si el conocimiento de Dios por las criaturas, constatado en las

edades antiguas, debe contarse por algo comparado al que nos ha venido, desde el parto virginal de la Virgen Inmaculada, gracias a los torrentes de luz derramados por él en los espíritus y sobre la creación.

Añadamos otra reflexión no menos decisiva. Este conocimiento mismo de las cosas divinas, sacado de la contemplación de las criaturas o alimentado por esa contemplación, que vemos en la Ley Antigua, ¿de dónde venía sino de la misma fuente en la que nosotros mismos lo bebemos? Cristo y su Madre han brillado sobre el mundo, antes de recibir en él una existencia mortal, así como el sol envía las primicias de su luz a las regiones sobre las cuales no se ha levantado todavía. La gracia de Cristo se ha adelantado a Cristo. De igual modo, por consiguiente, que los hombres fueron santificados antes que la sangre del Calvario hubiese pagado efectivamente el rescate de los culpables, así la luz, de que fué María la fuente dando a luz al Verbo hecho hombre, refluyó sobre los siglos anteriores con menos abundancia, es cierto, pero capaz, no obstante, de iluminar los ojos que no se cerraban obstinadamente ante ella

¿Queréis otra consideración muy apta para poner de relieve la dignidad de que está investida, gracias a la Madre de Dios, la naturaleza humana? Sin recordar el incomparable honor que es para ella cooperar en los sacramentos a la producción de la gracia, a la santificación de los hijos de Dios, no hemos de considerarla sino por el lado que se refiere a la caída original, y aquí también la hallamos admirablemente levantada por la influencia de la Madre de Dios: Porque esta naturaleza se ha convertido en instrumento de la divina misericordia para moldear y pulir, con los sufrimientos que les causa y con los sacrificios cuya materia les presta esas imágenes vivientes del Hijo de Dios que son los Santos. En fin, para no omitir nada, esas criaturas sensibles tienen también la gloria de entrar por la asimilación en la constitución misma de los hijos de Dios, convirtiéndose en carne de su carne y hueso de sus huesos, para ser algún día con ellos participantes de la gloria eterna. ¿Qué más? Aun suben más sus privilegios, porque las vemos, una parte de ellas mismas, concurrir a la formación de la humanidad del Salvador, y, por consiguiente, llegar purificadas y transformadas hasta el sér personal del verbo de Dios, mientras que la universalidad de la creación material, sustraída al imperio tiránico de los demonios, es desde ahora para siempre el templo donde el Verbo hecho hombre es el Sacerdote y el Pontífice. He aquí, a lo menos en resumen, lo que la naturaleza sensible debe a la Encarnación, lo que ha recibido por consiguiente de María, puesto que a Ella debemos este gran misterio.

¿Es esto todo? No, porque si queremos tener la plena y total inteligencia de los bienes que el universo material ha recibido de María, debemos contemplarla a Ella misma con su divino Hijo en la cima de la creación, en todo el esplendor y el brillo de su belleza, porque el uno y la otra le pertenecen, con el mismo título que nosotros formamos parte. Ved esa aldea perdida en la soledad; si a ella viene un rey magnífico y fija su morada, acompañado de su madre y de los grandes de su corte, ¡cómo cambia todo en aquel humilde hogar, y qué lujo y esplendor habrá allí en vez de la mísera situación de antes! Pálida imagen de la transformación que se ha hecho en el mundo gracias a la Madre de Dios. De hoy en adelante tiene su Rey, el más glorioso y más victorioso de todos; tiene su Reina, que lleva en su frente la más esplendente corona después de la del Rey; tiene una multitud innumerable de santos, el más hermoso adorno del mundo, cortejo incomparable de la Madre y del Hijo. Después de haber

traído al mundo tantos y tan grandes bienes, ¿puédese negar que la Virgen bendita sea saludada por él como su Señora, su Reina y **su Madre**?

Por eso no nos asombramos de verle prestar, lleno de gozo, todo lo que hay más precioso, más puro, más fecundo, más hermoso, para simbolizar los atributos de esta divina Virgen. María es la Estrella del Mar que nos guía en medio de las tinieblas y de la tempestad; la aurora que promete el sol; la luna, cuyo pudoroso resplandor nos alumbra de noche; el blanco vellocino sobre el cual cae sin ruido el rocío celestial; el tallo inmaculado de donde sale la flor para siempre bendita que recrea la tierra; es el campo donde nace sin cultivo humano el trigo de Dios; el jardín celestial, la fuente de aguas vivas, la torre de marfil, la puerta del cielo. Más adelante, Dios mediante, estudiaremos el uso universal y constante que nuestros Santos Doctores han hecho de estos emblemas, tomados de las cosas de la naturaleza física para alabanza de María.

No basta a las criaturas insensibles el rendir homenaje y gratitud a su Libertadora plegándose al simbolismo que la glorifica. En otro lugar, en un discurso de Gerson, oímos a la Naturaleza que se ofrecía a adornar a María de todos cuantos tesoros encerraba en riquezas y hermosuras. ¡Sí!, diremos con el piadoso canciller, haced todo lo que podáis por Ella; jamás le pagaréis la milésima parte de lo que recibisteis de Ella. Por muy lejos que lleves, ¡oh, naturaleza!, tus liberalidades, serás vencida. Que no se nos reproche, pues, el prodigar demasiadas flores, adornos y esplendoras para vestir los altares y santuarios de la Madre de Dios. Si las cosas inanimadas pudieran sentir lo que Nuestra Señora ha sido para ellas, su gozo más puro consistiría en estar consagradas a su culto. Porque, de nuevo lo repetimos, Ella es su bienhechora más insigne, y, en un amplio sentido, **su Madre**.

Nosotros, que estamos encargados por Dios de llevarlas a su fin, no temamos el que nos culpen jamás de haber abusado de ellas, por haber empleado sus tesoros y sus gracias en glorificar a María. Nos figuramos a los antiguos solitarios hundirse en las regiones más desiertas y construir allí modestos santuarios a la Virgen; los valles, los bosques y los pájaros debieron estremecerse de alegría, dichosos de ofrecer sus retiros, su sombra y sus cantos a la Reina del mundo y de todo cuanto en él se contiene, porque de hoy en adelante su oficio y su destino es honrar, por medio de nosotros, a la común Libertadora y a la Madre universal de todos los seres creados.

III. Hasta aquí todos los cristianos, doctos y simples fieles, están de acuerdo; pero los primeros se dividen en una cuestión conexa con la precedente. Hay, en efecto, quien no se contenta con saludar en María a la Reparadora del mundo, a la madre de la naturaleza**restablecida** en su honor antiguo, y aun más glorificada de lo que estuvo en los orígenes de la humanidad. Según ellos, para gloria suya de María, en los primeros designos de Dios fué sacado el mundo de la nada. Ella fué, en el plan divino de la creación de los seres, la primera después de Jesucristo, su Hijo. El pensamiento de estos sabios se resume en estas pocas palabras, atribuidas a San Bernando: "*Por Ella ha sido inspirada toda la Escritura; por Ella ha sido hecho todo el mundo*".

Por consiguiente, el universo y todo lo que en él se encierra ha sido querido por Dios para ser, no sólo después de la caída y de la reparación, sino en su estado original, el imperio de Dios hecho hombre y el dote de María. Angeles, hombres, mundos, todo lo han recibido

por el Uno y la Otra; de tal modo que no se podría hacer abstracción de la existencia futura de la Madre y del Hijo sin descomponer el proyecto primordial del Arquitecto divino y dar de lado a lo que era razón de todo el edificio. La ausencia de Cristo y de María del mundo hubiera sido el aborto de la creación entera, porque Ellos eran los primeros en el pensamiento divino, los primeros en la voluntad creadora.

Esta es una opinión que es permitido tener y defender si se la juzga apoyada en un cimiento sólido. El peligro estaría en no dar una idea suficientemente exacta del dogma de la Concepción Inmaculada de María, es decir, eliminar el elemento de **preservación** que encierra, como si la Santísima Virgen, por razón de la predestinación más alta que la ha hecho Madre de Cristo antes de ser hija de Adán, no hubiera contraído de manera alguna, no ya el pecado original, sino la deuda del pecado. Sin embargo, aun apartando ese peligro, no sabríamos nosotros suscribir esa brillante teoría. Lo que nos aparta de ella son, ante todo, los mismos textos que citábamos hace poco y otros semejantes. María aparece en ellos, no ya simplemente como la Madre de las cosas creadas, sino como la Reparadora, y, por consiguiente, como la Madre del mundo recreado, rehecho, reparado, lo que va diametralmente contra la opinión de la cual nos separamos. Es también pensamiento muy corriente entre los escritores eclesiásticos, que María debe hacer en todo y por todo misericordia, porque no existe sino por los miserables, y que si no hubiera habido pecadores, no hubiera habido tampoco Madre de Dios. Es, por fin, el sentimiento casi unánime de los Padres, según el cual la Encarnación supone el pecado, de tal modo que la razón determinante del misterio sea únicamente la reparación del pecado.

Por lo demás, les falta mucho a los argumentos alegados por la opinión contraria para que tengan el valor que se les atribuye. El mundo mismo, en la hipótesis de que Jesucristo y su divina Madre no lo hubiesen realzado con su presencia, no hubiera dejado de ser una obra digna del Creador. ¿No es una tesis absolutamente cierta que Dios podía producirlo sin decretar la Encarnación de su Verbo?

Y, en la misma hipótesis, Cristo y María no hubiesen dejado tampoco de ser los primeros en el pensamiento divino, porque sin llamarlos a la existencia podía en su infalible sabiduría estimarlos a los dos como una obra que sobrepujaría incomparablemente a toda obra de sus manos. En fin, para no omitir nada, no era una necesidad el hacerles entrar en todos los planes de creación para que fuesen después de Dios, por el hecho mismo de su introducción en el mundo, el fin de los seres creados. Es manifiesto, en efecto, que supuesto el misterio de la Encarnación, esto es, el misterio tal como se ha operado para la salud de los hombres, Cristo, y en un orden inferior la Madre de Cristo, deben tener la primacía sobre toda criatura, y toda criatura debe cantar su gloria (I Petr., II, 17).

¡No! No tenemos que figurarnos un Cristo cuya existencia fuese independiente de la Redención, para representarnos a los felices habitantes del Paraíso yendo del trono del Hijo al trono de la Madre, inclinar sus palmas, arrojar sus coronas y rendir, con el homenaje de la creación entera, el culto de su eterna aleluya, de su gratitud y de su amor.

Derecho al culto de hiperdulia de la Bienaventurada Virgen María

Algunas nociones preliminares sobre el culto y el culto religioso. — Que la Virgen Santísima tiene derecho al culto de"*hiperdulía*", ya por la excelencia sobreeminente de su gracia, ya, principalmente, por razón de su divina maternidad.

Ya es tiempo de que hablemos del culto que nosotros, hijos de María, debemos tributar y tributamos en efecto a nuestra Madre. Para poder explicarlo en toda su amplitud habría primero que estudiar lo que es esta Virgen en sí misma, lo que es para nosotros y lo que nosotros somos para Ella, porque de todas estas otras cosas dependen la naturaleza de los honores que Ella merece y el carácter especial de que debe estar revestido su culto.

Unos son los homenajes que el súbdito debe ofrecer a la madre y a la esposa de su propio soberano, y otros los que conviene que rinda a la persona de una reina extranjera. Unos también serán los testimonios de respetuosa deferencia, si no sois más que súbditos, y otros los que debéis, si además de vasallos sois hijos. Por consiguiente, y puesto que la Virgen Santísima nos está unida por tantos títulos que por todos merece nuestra veneración, nuestro amor y nuestra gratitud, es manifiesto y claro que necesitamos, antes de hablar de su culto, considerar esos mismos títulos en conjunto y separadamente.

I. Pero antes de proseguir en esta materia importa explicar, al menos en pocas palabras, la naturaleza del culto y las formas diferentes bajo las cuales se presenta, puesto que por haber comprendido mal y aun ignorado totalmente estas nociones, se han dado ataques contra los honores que se rinden en la Iglesia católica a la Madre de Dios.

Según la teología, el culto o **la adoración**, tomada en el significado más universal de la palabra, es la **reverencia**, *reventia*, que se debe a cualquiera en consideración a su excelencia y a su superior dignidad. Por donde se ve que la idea del culto supone en el que lo recibe no solamente un mérito, una excelencia cualquiera, sino un mérito y una excelencia superior, al menos por algún lado, a la dignidad de la persona que lo rinde. He aquí por qué el séptimo Concilio ecuménico, si creemos a algunos teólogos, definió la adoración con el nombre de "*el énfasis del honor*".

En efecto, según el rigor de los términos, una cosa es el culto o adoración y otra la simple demostración honorífica. Honrar es demostrar la estimación más o menos grande que se tiene del mérito de una persona; **adorarla** y darle culto es reconocer en ella una excelencia superior al propio mérito. Toda adoración encierra, pues, un honor, pero todo honor no implica la adoración ni el culto. Se puede honrar a un igual y hasta a un inferior, pero no se le debe ni el respeto ni la reverencia que caracterizan al culto propiamente dicho. "*Honraos todos*", dice San Pedro (I Petr.. II, 17).

"*Adelantaos en honraros unos a otros*", escribe a su vez el Apóstol de las Gentes (Rom.. XII, 10).

Y en otro lugar: "*Honor y gloria a todo hombre que hace el bien*" (Rom., VIII, 10).

La Sagrada Escritura no refiere cómo Asuero, el rey de reyes, **honró** al judío Mardoqueo, mientras que la Reina Ester lo **adoró** a él (Esther., VI, 6 sqq.).

Hasta el mismo Dios puede honrar a su criatura, aun cuando todo culto hacia ella le sea manifiestamente imposible: "*El que me sirve dijo Cristo, será **honrado** de mi padre*" (Joan., XII, 26).

Por esto no se puede aceptar, sin explicarlo de algún modo, la identificación del culto que debemos a la Virgen Santísima, a los ángeles y a los Santos, con el honor de caridad y de sociedad fraternal que deben prestarse mutuamente los cristianos en su trato ordinario de este mundo. Y esta restricción se comprenderá mejor cuando hayamos definido las diferentes especies de culto. Por consiguiente, siendo el motivo de la adoración la excelencia superior de aquel a quien se dirige, claro es que las distintas especies de adoración responderán a los diversos modos de excelencia que la reclaman. Ahora bien, hay que distinguir ante todo una doble excelencia: la excelencia increada, propia de solo Dios, y la excelencia creada.

A la primera pertenece la adoración en el sentido más elevado de la palabra, es decir, el culto de **latría**, que sería una impiedad el rendir a otro que no fuese Dios o su Cristo, porque sólo Dios es nuestro primer principio y nuestro último fin. A la segunda pertenece un culto de orden esencialmente inferior, que se diferencia según la naturaleza de la dignidad, que es su motivo u objeto. El culto **civil** o **natural** es cuando honramos a las personas por razón de una preeminencia que no pasa de los límites del orden de la naturaleza, como por ejemplo, la cualidad de padres, magistrados y amos; en una palabra, de todos aquellos a quienes en tal orden debemos obediencia y respeto. El culto **religioso** es cuando la preeminencia que lo motiva es de un orden más elevado que el de la naturaleza, tal como la dignidad de los ministros de Cristo, sacerdotes y Pontífices, o tal como sería la excelencia reconocida de los amigos de Dios y de sus Santos. Ahora bien, en el lenguaje eclesiástico se llama comúnmente culto de **dulía** el honor que corresponde a este último modo de dignidad sobrenatural.

Aquí precisa hacer algunas advertencias para evitar equívocos. Cuando hablábamos de **la adoración**, la hemos tomado en la significación más general de este nombre, es decir, en la que ordinariamente le han dado la Sagrada Escritura y los escritores eclesiásticos. Pero en el uso vulgar no se emplea ya este término sino para expresar el culto debido a Dios, singularmente el culto **de latría**. Por consiguiente, los protestantes, gran número de sus escritores, que acusan a los católicos de idolatría porque enseñan la adoración de la Virgen Santísima y de los Santos, demuestran una ignorancia singular o pretenden embrollar las cosas, siendo así que el término de adoración no tiene en todos los textos el mismo significado.

Otra advertencia es que la excelencia de Dios, primer principio y fin supremo de todas las cosas, está muy por encima de todo género y de toda especie y así el culto **divino** no puede, por género ni especie alguna, confundirse con el de la criatura. Es único en **su orden**, como el derecho de Dios a nuestra adoración es incomunicable a cualquier otro que no sea Él. Algunos autores católicos, movidos por esta consideración, han querido reservar la expresión de **culto religioso** al solo culto de **latría**, porque la virtud de la **religión** no tiene más que a Dios por término. "*A Dios sólo es debido el culto **religioso***", dicen ellos. A nuestro parecer, esto es exagerar la nota, y no vemos la razón que nos obligue a no calificar de **religioso** el honor que rendimos a los Santos del cielo, a los elegidos de Dios. Ni en el lenguaje eclesiástico ni en

el comúnmente empleado por los hombres se ha restringido nunca hasta ese punto la acepción de las palabras, y sería imponerse una molestia inútil el querer prohibirse una expresión que no puede provocar peligro alguno de errar.

La tercera advertencia, de más importancia aún, es que el culto encierra dos clases de actos: unos, que proceden de la inteligencia y de la voluntad, constituyen el culto interior; otros, ejercidos por las facultades sensibles y corporales, forman el culto exterior, y de estos dos resulta un solo culto total, del cual es el segundo el cuerpo y el primero el alma, y este culto es propiamente el culto **humano** (S. Thom., 2-2, a. 84, a. 1 et 2; q. 81, a. 7).

Ahora bien: en este compuesto tienen los actos exteriores una triple relación con las operaciones interiores, es decir, con el principal elemento del culto. Relación de medio a fin, puesto que contribuyen muy eficazmente a desarrollarlas, vivificarlas y alimentarlas. ¿Qué sería el culto católico sin las ceremonias, los cantos y las otras cosas de la Sagrada Liturgia? Relación del efecto a su causa; un culto que no saliese del interior al exterior sería un cuerpo sin alma, el culto de los adoradores de los falsos dioses, o de aquellos judíos de los cuales dijo el Señor: "*Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí.*"Relación, por último, del signo de la cosa significada, porque sucede con todas las prácticas del culto exterior como con el sacrificio y la alabanza: están hechos para traducir sentimientos análogos a los que presentan los sentidos.

Añadamos, como última advertencia, que importan bastante poco para la cuestión presente el buscar en qué actos hay que poner la esencia del culto y qué otros hay que asignar como presupuestos al culto **formal**, o como ordenados por él. Estas son cuestiones muy sutiles que pueden tener utilidad en un tratado completo sobre la materia, pero que son indiferentes al fin que perseguimos aquí.

II. Asentados estos principios generales, vengamos al culto de la Madre de Dios. Que debemos rendirle un culto de honor, de respeto y de amor es cosa tan clara que tiene que ser ciego o impío el que lo ponga en duda. En efecto, hay que escoger entre dos extremos: o reconocéis sus privilegios de gracia y de gloria, o rehusáis admitirlos. En la primera hipótesis, sería el colmo de la ceguedad el negarle el homenaje de vuestro culto. ¿Cómo? La naturaleza misma nos enseña que hay que rendir honor, respeto y deferencia a los seres racionales que poseen una excelencia aun del orden natural. Y ¿no veremos que tiene derecho a nuestros homenajes la Madre de Dios, la Reina del mundo, el abismo insondable donde sobreabundan todas las perfecciones de la naturaleza, de la gracia y de la gloria; la más elevada, la más perfecta de las criaturas de Dios, la obra maestra de sus manos; Aquella ante quien toda grandeza, excepto la divina, queda eclipsada? Si la primera hipótesis supone una ceguedad sin ejemplo, la segunda no se puede admitir sin impiedad manifiesta; habla de los que viven y se mueven en la plena luz del cristianismo. ¿No es preciso, en efecto, cerrar voluntariamente los ojos a esta luz para no ver y confesar los títulos que tiene la Virgen Santísima al culto de los ángeles y de los hombres, es decir, de toda criatura, y no sería tal cosa una verdadera impiedad?

Por esto la Iglesia, por la voz y, sobre todo, por el corazón de sus hijos, nunca jamás en el curso de los siglos ha medido el tributo de sus homenajes a la Madre de Dios. Más tarde tendremos ocasión de constatar la existencia de este culto desde las primeras edades del Cris-

tianismo, y lo veremos extenderse en iguales proporciones que el reino de Dios. Lo que tantas veces hemos leído en las obras de los Padres y de los escritores eclesiásticos ya nos dispensa de entrar en un estudio más dilatado.

A los que hacen profesión de no inclinarse, en materia religiosa, sino ante la autoridad de la palabra de Dios y la de la palabra escrita, les diremos: Abrid el Evangelio y leed. Leed la salutación del Angel. Es el Enviado de Dios hablando en nombre de Dios mismo: "*Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo: bendita eres entre todas las mujeres.*" ¿No es esto darle culto? Culto de honor, culto de alabanza, culto también religioso, puesto que descansa sobre la atestación de una excelencia del orden sobrenatural y divino. Culto inaudito hasta entonces porque los ángeles, aunque ya se habían revelado a los hombres con frecuencia como portadores de los mensajes de Dios y ministros de su misericordia y de su justicia, no se habían jamás abajado delante de ellos para saludarlos. Es la advertencia que hace Santo Tomás en su **Exposición** de la **Salutación angélica**. "*Hay que considerar que era muy gran cosa en otro tiempo para los hombres el recibir la visita de los ángeles, y un gran honor también el poderles rendir humildes homenajes. Por eso se escribe en alabanza de Abraham, que tuvo ángeles por huéspedes y que les ofreció testimonios de la más humilde deferencia. Pero que un ángel hubiese tratado a un hombre con una reverencia igual a la que tenía costumbre de recibir de él, esto es lo que no se había visto hasta el día en que Gabriel se inclinó respetuosamente ante la Virgen María y le dijo: Ave. Ahora bien, la razón por la cual antiguamente se inclinaba el hombre delante del ángel, y no el ángel delante del hombre, hela aquí: El ángel era superior al hombre bajo tres aspectos principales. Superior, en cuanto a la dignidad, porque el ángel es un puro espíritu, mientras que el hombre es corruptible por su naturaleza... No convenía, pues, que una naturaleza incorruptible y espiritual se abajase ante una criatura como el hombre, sujeta a la corrupción. Superior en cuanto a la intimidad con Dios. El ángel, en efecto, es un familiar de Dios, como asistente a su Trono* (Dan., VII, 10). *El hombre, por el contrario, era como un extraño para Dioe desterrado de su presencia por causa del pecado* (Psalm., LIV, 7). *Por consiguiente, también, por esta razón, convenía que el hombre se abajase al ángel. Superior, en fin, en cuanto a los esplendores de la gracia. A los ángeles pertenece la participación más amplia de la luz divina; y por esto se muestran siempre rodeados de luz. En cuanto a los hombres, aunque entrasen en participación de la gracia, era con mucha menos abundancia y alguna obscuridad.*

"*Por consiguiente, para que los ángeles pudiesen abajarse ante el hombre, para rendirle honor y respeto, era menester que se hablase una criatura que los sobrepujase en las tres cosas dichas, y esta criatura fue la Santísima Virgen. Por lo cual el ángel, al pronunciar el Ave, demostró claramente que reconocía en María esta triple preeminencia sobre la naturaleza angélica. Preeminencia en la plenitud de la gracia: Salve la llena de gracia, le dice. Preeminencia en la familiaridad con Dios: El Señor es contigo; de tal modo contigo, que vas a ser su Madre y, por consiguiente. Reina y Soberana. Preeminencia en pureza porque la Virgen no fué solamente pura en sí misma sino que derramó la pureza en los demás*" (S. Thom., Expositio super Salut. Angelic., entre sus opúsculos). Omitimos los comentarios dados por el Santo Doctor a estos tres puntos, porque han sido superabundantemente expuestos en el curso de esta obra. Y esto demuestra lo que teníamos que probar: que el culto de María, antes de ser practicado por los hombres, lo había sido por los espíritus celestiales, y por los más grandes entre ellos, y por orden del mismo Dios, puesto que la embajada de Gabriel había sido dictada por Él.

Leed en el mismo capítulo esta exclamación de Isabel al recibir la visita de María:"*Bendita tú entre las mujeres, y bendito el Fruto de tus extrañas. Y ¿de dónde a mí que venga la*

Madre de mi Señor a visitarme?" ¿No es esto también la expresión de un culto de veneración sin límites? ¿Y quién dirá que este culto es exagerado, pues se rinde por la acción misma del Espíritu Santo?

Leed el **Magníficat** de Nuestra Señora. El Verbo Encarnado se lo inspira a su Madre; el Espíritu de Dios se lo dicta a su Esposa. Ahora bien: este cántico contiene la causa y la profética aprobación de los homenajes que el género humano debe rendir a María: "*Desde este momento, todas las generaciones me llamarán Bienaventurada, porque ha hecho en mí grandes cosas el Todopoderoso.*"

Seguid leyendo el Evangelio y veréis a Cristo mismo, en la soledad bendita de Nazareth, daros en su persona el perfecto modelo del culto filial de sumisión, de confianza, de ternura y de abandono que la Iglesia reclama para su Reina y su Madre. Esto nos revelan aquellas palabras a la vez tan sencillas, significativas y profundas: "*Les estaba sujeto.*" Seguid leyendo, o mejor dicho, escuchad a la mujer del Evangelio, que exclama arrebatada por las palabras de Jesús: "*Bendito el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron.*" Pero poned cuidado y veréis cómo Cristo mismo, al recoger y comentar esta exclamación, ratifica la alabanza de Isabel a María: "*Bienaventurada tú, porque has creído.*" Leed, en fin, aquella escena, por siempre memorable, en que Jesús nos dice a todos en persona del discípulo amado: He aquí vuestra Madre; pero no una madre a quien debéis la deferencia de un hijo según la naturaleza, sino una Madre en el orden de la gracia, y digna, por consiguiente, de un culto religioso; digna de la veneración más humilde, más profunda y más amorosa.

Apelabais al Evangelio, y esto os responde el Evangelio. Libres sois para no reconocer su voz, pero, sabedlo, no podéis sustraeros al culto de la Madre de Dios sin poneros en oposición abierta con el texto sagrado. No se trata ya de la interpretación; basta leer y comprender; tan clara, apremiante y manifiesta se revela la verdad. Por consiguiente, el culto de María no es de invención puramente humana, puesto que nos ha venido del cielo, ni tampoco data, como pretenden, del cuarto o quinto siglo de nuestra era, puesto que está preconizado en el Evangelio y practicado desde la aurora de la Redención.

No hemos dicho bastante. El culto de la Madre de Dios es tan antiguo como el mundo, y es también la Sagrada Escritura la que lo atestigua. ¿Acaso no fué María presentada a la admiración y a los homenajes del universo cuando fue divinamente preconizada como eterna enemiga del diablo y Madre de Aquel que quebrantaría la cabeza de la serpiente infernal, como la Virgen que debía concebir y dar al mundo al Emmanuel, como la Asociada del Salvador y Redentor de los hombres? Seguramente que no era todavía el culto del Nuevo Testamento con su maravillosa florescencia; pero era el germen y las primicias. ¡Y por medio de cuántas profecías, figuras y símbolos fué conservada en el mundo esta preciosa semilla antes de que se desarrollase bajo el soplo de Dios!

Apenas nos atrevemos aquí a recordar la pobre objeción que nos oponen los adversarios del culto a la Virgen. ¡Sea!, nos dicen; María, en vida, recibió honores. Pero ahora que ha dejado el mundo y que es, por consiguiente, incapaz de recibirlos y de gozar de ellos, ¿qué le importan y qué pueden hacerle nuestros homenajes? Podríase preguntar a éstos si no tienen culto a los difuntos, ellos que celebran con tanta pompa y ruido la memoria de su Lutero y de su Calvino. Pero no apartemos la vista de la Reina del cielo. ¿No sabemos que está viva en la

tierra de los vivientes: viviente en todo su ser y con una vida bienaventurada que no se extinguirá jamás, tanto más digna de ser glorificada cuanto que ya no es para Ella tiempo de humillación, sino hora de triunfo? ¿No sabemos también que nada de lo que la concierne se escapa de su vista? ¿Ni nuestras oraciones, ni nuestras alabanzas, ni nuestros gritos de angustia hacia Ella, ni las menores demostraciones de respeto, de veneración y de amor que le tributamos? Sería lo mismo que decir que Cristo, porque ha dejado esta tierra miserable para subir a su Padre, es incapaz de recibir las adoraciones de los hombres y debe ser olvidado por este mundo que salvó. Por consiguiente, nada mejor fundado sobre las Escrituras, sobre la tradición de la Iglesia y sobre la naturaleza misma, iluminada por la fe, que nuestro culto hacia la Madre de Dios.

III. Sin detenernos más en demostrar una verdad tan clara, procuremos poner en plena luz el carácter de este culto, y de paso apartaremos algunas maneras de concebirlo y de expresarlo que podrían desnaturalizar o alterar al menos la verdadera noción de él.

Ante todo, el culto de la Virgen Santísima es un culto de **hiperdulía**, es decir, un culto esencialmente inferior al que rendimos a Dios, pero supereminentemente superior a la veneración que debemos tener hacia los otros Santos; dos ideas se expresan por esta palabra**hiperdulía**: culto de **dulía**, porque la adoración de latría conviene a solo Dios; culto de**hiperdulía**, porque el grado del culto es proporcionado a la excelencia de las perfecciones sobrenaturales que lo motivan. Ahora bien: no tenemos que probar de nuevo que la Madre de Dios sobrepuja casi infinitamente a todos los otros servidores de Dios, por mucho que la liberalidad divina lo haya elevado en este destierro y en la patria celestial. Recuérdense estas dos propiedades de María, una y otra absolutamente incomparables: la maternidad divina y la plenitud de gracias. Por consiguiente, incomparables deben ser también sus títulos a nuestros homenajes. Acumulad, decíamos con los Santos Padres, grandezas sobre grandezas, privilegios sobre privilegios atravesad todos los grados de gracia y de gloria; subid por cima de los santos, de los confesores, de los apóstoles, de los profetas y de las vírgenes; id más allá de todos los ángeles, de todos los tronos, de todas las virtudes, de las potestades, de los querubines y serafines. Y de todas estas grandezas creadas, de todas estas excelencias y todas estas dignidades componed una sola grandeza, una sola excelencia y una sola dignidad. Y si entonces os creéis que habéis alcanzado la medida de grandeza y de perfección sobrenatural concedida por Cristo a María, no sabéis en verdad lo que es ser Madre de Dios ni llena de gracia. Por consiguiente, recoged todos los homenajes de veneración, de admiración, de alabanza y de amor que merecen los amigos, los siervos y los elegidos de Dios; sería mucho, sin duda, pero no es todavía lo que reclama de vosotros la Madre de Dios, la Hija de Dios, la Esposa de Dios. He aquí por qué este culto es culto de **hiperdulía**.

Hemos prometido enderezar algunas ideas más o menos inexactas que se relacionan con el culto de la Madre de Dios. Si no nos equivocamos, hay una que se encuentra a veces en algunos libros, escritos por otra parte con ciencia y devoción. Allí parece insinuarse que María no tiene más que un título a nuestro culto: su incomprensible santidad, o, lo que es lo mismo, su unión con Dios por la gracia. Seguramente la maternidad no quedaría fuera de ese culto; pero, ¿por qué? Porque su dignidad de Madre le ha valido a Nuestra Señora gracias correspondientes, gracias extraordinarias cuya medida ha llenado su constante fidelidad a ellas, porque su dignidad de Madre ha realzado el precio de su humilde abajamiento. Por esto, pu-

es, la reverenciamos; esta es la base general de toda elevación sobrenatural: la humildad y la santidad. Elevación prodigiosa en María, porque también fue prodigiosa su humildad y prodigiosa su santidad. Parece, por consiguiente, que el motivo próximo del culto que le damos no es tanto su maternidad como su plenitud de gracia y su plenitud de corespondeencia a la gracia. Repetimos que no queda excluida la maternidad, pero interviene únicamente como origen de favores espirituales que fueron en María, por consecuencia de su libre cooperación, el principio de sus méritos y de sus virtudes, y, en fin, por causa de su inefable unión de gracia con Dios, tiene derecho a homenajes que sobrepujan a todo culto de **dulía**. He aquí lo que han dicho.

Lo confesamos, y es una verdad muy cierta; aun cuando María no tuviese para merecer nuestra religiosa veneración más que el tesoro casi infinito de sus méritos, de sus virtudes y de su santidad, su culto debería ser, sin embargo, culto de **hiperdulía**. Pero lo que no podemos conceder es que la maternidad divina no sea directa y próximamente un título, y el primer título, de la Virgen Santísima al culto de los cristianos. Escuchad a los príncipes de la teología razonando sobre esta cuestión. "*La hiperdulía, dice el Angel de las Escuelas, es la principal y más excelente especie de* ***dulía****, considerada en su significado más amplio, porque la veneración que tiene la primacía entre las demás es debida al hombre por razón de la* ***afinidad*** *que le conviene con relación a Dios*" (S. Thom., 2-2, q. 103. a. 4, ad 2). Ahora bien: nadie ignora que, según la doctrina del Santo Doctor, la primera de las afinidades contraídas por el hombre con Dios no es otra que la de madre a hijo, es decir, la maternidad. En otro lugar escribe en el mismo sentido: "*Siendo la Virgen Santísima una criatura racional, no se le debe adoración de* ***latría****, sino tan sólo la veneración de* ***dulía****, con mucha más eminencia, sin embargo, que a las otras criaturas,* ***por ser Madre de Dios****, y por esto se dice de su culto que no es una dulía cualquiera, sino una hiperdulía*" (S. Thom., 3 p,, q. 26, a. 5).

Estos dos pasajes están tomados de la Suma Teológica.

Nuestro gran Doctor había enseñado ya la misma doctrina en sus Comentarios sobre las Sentencias; véase este párrafo tan explícito: "*La Virgen no puede ser adorada con culto de* ***latría****; sin embargo, porque es honrada, no sólo por Ella misma* (y por sus perfecciones de santidad),*sino por causa de su Hijo, es decir,* ***en tanto que es Madre de Dios****, por esto mismo, en tanto que pertenece a Cristo, le rendimos culto de* ***hiperdulía***" (S. Thom., in Sent.. III D. 9, q. 1, a. 2, sol. 3)

¿Queréis oír a San Buenaventura, el Seráfico amigo del Doctor Angélico? "*La Virgen Santísima*, dice, *es una pura criatura; por esto no se le puede dar el honor del culto de* ***latría****. Pero como posee un nombre excelentísimo, tan excelente que no lo hay semejante entre las criaturas, el culto que le conviene no es la simple* ***dulía****, sino la* ***hiperdulía****. Ahora bien: el nombre de que hablo es el de Virgen Madre de Dios, nombre de una dignidad tan alta que no sólo los* ***viadores****, sino también los comprensores; no solamente los hombres, sino también los ángeles, la reverencian de una manera especialísima. Por esto mismo, en efecto, que es Madre de Dios, está singularmente elevada por encima de todas las criaturas, y, por consiguiente, conviene venerarla y honrarla más que a todas. Y este honor es el que los maestros llaman hiperdulía*" (S. Bonav., in Sentent., III, D. 9, a. 1, q. 3).

Escuchemos a otro ilustre teólogo de la Escuela exponer la razón primordial del culto que debemos rendir a María. "*La tercera razón,* dice Suárez, *por la cual la Virgen Santísima re-*

clama nuestro culto es su dignidad de Madre de Dios... Porque esta dignidad es distinta de aquella que le confiere la gracia, y aun en cierto sentido de una naturaleza más elevada, como lo demostramos al comenzar esta materia" (de *Mysteriis vitae Christi*, D. XX, b. 2).

"*Además*, prosigue en seguida el mismo autor, *esta dignidad no es extrínseca a la Virgen Santísima; le pertenece en propiedad; está en Ella, o físicamente, como una relación real con Cristo, o moralmente, como la dignidad real está en el rey; lo que basta para motivar un culto absoluto. Por esto dijo la Virgen de Sí misma en su Cántico:* ***"Porque hizo de Mí grandes cosas el Todopoderoso; porque miró la humildad de su sierva, he aquí que desde ahora me llamarán Bienaventurada todas las naciones."*** *Hay, pues, razón para aplicarle las palabras del Apóstol a los Filipenses:* ***"Ella se humilló a sí misma, y por esto Dios la exaltó y le dió un nombre sobre todo nombre después del de Dios*** (Philip., II, 8, 9), ***a saber, el nombre de Madre de Dios, a fin de que ante ese nombre toda rodilla se doble para tributarle un culto a medida de su grandeza, porque, según lo ha proclamado San Juan Damasceno, conviene que la Madre posea lo que es de su Hijo y sea adorada de toda criatura"*** (S. Joan. Damasc., Orat. 2 *de Assumpt. B. V*. Deip., n. 1. P. G., CXVI, 721. Es, en cuanto al sentido, el pensamiento del célebre Doctor).

"*Palabras que confirman y declaran más a fondo este título de la Virgen a nuestros homenajes. En efecto, la cualidad de Madre de Dios le da un cierto derecho especial y como una especie de soberanía sobre todas las criaturas, y ¿quién ignora que la soberanía reclama de parte de los súbditos honor y respeto para el soberano...? Por consiguiente, este título de Madre y de Soberana es una razón muy suficiente para honrar a María*".

Suárez, ibid. ¿Se dirá tal vez que, por lo menos, el título de soberanía no es admisible en esta cuestión ? Nada más cierto, si se tratase de un culto de latría, porque para legitimar este culto hace falta la soberanía suprema, la divina. Este nombre de Reina y Soberana del cielo y de la tierra, tan universalmente proclamado de María, y tantas veces consagrado por la Santa Iglesia misma, no puede ser un título vano. Los ángeles y los elegidos del cielo lo reconocen con su obediencia; y si los hombres viadores en la tierra no deben conformarse con las voluntades que se les intimen de parte de María, sino cuanto estén de acuerdo con la dirección de la autoridad visible, no es ésta una razón para creer que María no es Dueña y Soberana de ellos, de una manera más amplia y eminente (Cf. Suárez, 1. c.).

Más aún: es la razón que sobrepone a las otras. "*En efecto*, añade Suárez, *la dignidad de madre es de todas las prerrogativas de la Virgen Santísima la más excelente, puesto caso que todas las demás están comprendidas en ella o formal o virtualmente*" (Es lo que extensamente hemos demostrado en la primera parte, libro III, capítulos 1 y 2).

Por consiguiente, el culto basado sobre esta dignidad sobrepuja a todo otro culto.

Y lo que confirma esto es que la Iglesia honra principalmente a Nuestra Señora a causa de su maternidad; es que preconiza esta razón más que todas las otras y que la pone siempre en primera línea; por consiguiente, es opinión suya que este es, sobre todo, el motivo del culto tributado a María.

Añadid que esta dignidad de Madre, exigiendo la plenitud de gracia y de santidad como una disposición conveniente, y, por así decir, **connatural**, no podemos honrar a María como Madre de Dios sin honrarla de un modo más eminente, como la santa y la perfecta por

excelencia, puesto que estas perfecciones de gracia fluyen de la maternidad divina y se refieren a Ella. Y he aquí por qué este modo de honrar a la Virgen Santísima es, no sólo distinto de todo otro modo, sino que parece también el más propio y el más acomodado a su dignidad.

Ciertamente son grandes las citadas autoridades. Sin embargo, no cierran la puerta a todas objeciones. En efecto, hay que escoger una de estas dos cosas: o consideráis la cualidad de madre exclusivamente o la miráis revestida de los dones de gracia y santidad que la acompañan. En la primera hipótesis, la maternidad no basta para motivar un culto absoluto; en la segunda, es legítimo el culto, pero no es un título diferente de la santidad. A esto respondemos primeramente con Suárez que, según una ley connatural en cierto modo a la dignidad de Madre de Dios, los dones de la gracia, en el orden actual de la naturaleza**sobrenatularizada** son un resultado necesario de la maternidad divina. Por consiguiente, también, esto basta para que ella sea en sí misma y por sí misma un motivo para honrar a la Virgen Santísima y el primero de todos. Gracias a esta advertencia tenemos resuelta dicha objeción, porque, excluida la hipótesis primera, muestra que en la segunda la maternidad conserva con respecto al culto su carácter de motivo, y, según decíamos hace poco, de motivo fundamental.

Pero, a fin de mostrar la verdad con plena luz, admitamos el caso imposible de una Madre de Dios despojada de todo privilegio de gracia y de gloria. ¿Podría ser aún objeto de un culto de hiperdulía? ¡Sí!, responde Suárez, siempre que tal despojo no la ponga en enemistad de Dios, es decir, siempre que la supongáis **en ese estado de pura naturaleza** en que la falta de gracia no fuera un elemento de pecado, sino la condición misma de la economía providencial que rigiese en la familia humana. Entonces, en efecto, la cualidad de Madre de Dios reclamaría justamente los homenajes de las criaturas de Dios.

Apuremos la cuestión. Lleguemos a proponer la hipótesis de una Madre de Dios, no ya despojada de la espléndida vestidura de la gracia y de las virtudes sobrenaturales, sino también una madre tan orgullosa y desobediente como humilde y sumisa fué María; una madre rebelde a Dios y en desgracia suya. ¿Sería todavía posible el culto de hiperdulía? Y si no lo fuese, ¿no resultaría la maternidad divina como un motivo incapaz por sí mismo de exigir nuestro culto para Aquella que la posee?

Ya lo hemos dicho, y nuestro amor filial hacia María nos obliga a repetirlo: tal hipótesis es inadmisible, intolerable. ¡No!, jamás podríamos comprender cómo el Hijo de Dios podría sufrir en su Madre, no sólo la ausencia de toda gracia y de toda vida sobrenatural, sino también y sobre todo esa cosa abominable a sus ojos que llamamos pecado. Una Madre de Dios que por su libre consentimiento y por la permisión de su Hijo se convirtiera en enemiga de Dios, en justo objeto de su cólera, sería para nosotros el más incomprensible de los enigmas.

Dejemos, sin embargo, pasar la hipótesis, puesto que, a la postre, ha de llevarnos a apreciar mejor la sobreeminente grandeza de la divina Maternidad. Pero, por respeto a la Virgen Inmaculada, no la mezclemos en persona en este debate; razonemos sobre una Madre de Dios puramente ficticia.

Ahora bien: la hipótesis así desprendida puede presentarse también bajo un doble aspecto. Imaginad primero una Madre de Dios irreparablemente inmovilizada en el mal, como están los réprobos. Incontestablemente, no tendría ya derecho a recibir nuestros homenajes.

Totalmente separados de Dios, no pueden los condenados, ni ser objeto de nuestro amor, ni de nuestra veneración y respeto. El título permanecería, en cuanto al fondo, como la naturaleza misma o como el mérito adquirido en otro tiempo; pero sería un título irremediablemente paralizado, neutralizado, mortificado. Si debía tenerse en consideración, sería para aumentar el desprecio y la indignación contra aquella que lo llevase, porque demostraría una espantosa ingratitud y la degradación más criminal. Suponed, por el contrario, un estado de pecado reparable por la penitencia, es decir, el estado de un pecador viador todavía; cierto que tal estado no podría ser conocido sin imponer alguna reserva que disminuiría otro tanto las expresiones de nuestro culto hacia la culpable. Sin embargo, si no podíamos ya honrar a la llena de gracias y amiga de Dios, no podríamos estar exentos de toda obligación de reconocerla con nuestros homenajes por Madre del Señor. ¿Acaso un Pontífice indigno, por sus faltas, de representar a Cristo, de quien es Vicario, ha perdido sus títulos a la veneración de los fieles? ¿Podríamos, bajo pretexto de que su vida no responde a su dignidad, negarle, no digo solamente la obediencia, como sí el derecho de mandar dependiese de la santidad de las costumbres, sino también las demostraciones de honor reclamadas por la tiara?

Y, sin elevarnos, ¿acaso nos está permitido rehusar toda demostración de reverencia a los padres porque sean infieles a sus deberes para con Dios y estén privados, por consiguiente, de su gracia y amistad?

Por consiguiente, y para concluir, el honor que debemos rendir a la Madre de Dios no radica únicamente sobre su santidad. La santidad puede ser una **condición** para que su cualidad de madre exija **de hecho** la veneración que le viene de derecho; pero no es ni el único ni el principal motivo. Según el testimonio de los Santos Padres, María debía ser la pureza y la santidad misma para concebir al Verbo de Dios. Por esto, nos dicen, lo concibió en el espíritu antes de concebirlo en su cuerpo. *Prius concepit mente quam ventre...*¿Diremos, por eso, que lo que la ha hecho en realidad Madre de Dios es su inefable santidad y no su concurso físico a la formación de la carne de Cristo? Pero bastante hemos hablado ya de los motivos que legitiman el culto de la Madre de Dios, puesto que de ellos estamos convencidos; la maternidad divina, con todo lo que requiere y encierra en ella está de tal modo sobre toda otra dignidad natural y sobrenatural, de tal modo aparte, que jamás podremos, no ya sobrepujarla, pero ni igualarla siquiera con nuestros homenajes.

Naturaleza del culto dado a Maria

Siendo el culto de la Santísima Virgen culto absoluto y no sencillamente culto relativo como el de las imágenes, no puede ser la Señora, en modo alguno, objeto de "*latría*". Sin embargo, porque su excelencia es esencialmente dependiente de la grandeza y de la bondad divina, el honor que se le rinde va derechamente de suyo a la glorificación de Dios, Nuestro Señor.

Las cuestiones provocan nuevas cuestiones. Después de las que acabamos de tratar surge otra, también de gran importancia. El culto que reclama de nosotros la maternidad divina, ¿es culto **absoluto**, o sencillamente culto **relativo**? Esta cuestión, decimos, es de gran

importancia porque nos pondrá en ocasión de refutar un error y dar luz a ciertas controversias que, en otro tiempo por lo menos, dividieron las escuelas.

I. Ante todo, definiremos los términos. Las denominaciones formales del culto relativo y del culto absoluto apenas se encuentran en los Padres y los antiguos maestros; son de invención, o al menos de uso más reciente. Pero la cosa que se ha querido significar por ellos ha sido siempre reconocida por nuestros Doctores. Todos, en efecto, están de acuerdo en distinguir dos sujetos del culto: uno que encierra en sí mismo la excelencia o la dignidad que es motivo del culto; otro, en el cual no se halla ni dignidad ni excelencia propia para motivar el culto, sino únicamente una relación más o menos estrecha con el sujeto que posee en sí mismo tal excelencia y tal dignidad. Si honramos al primer sujeto dicho es con culto**absoluto**; cuando nuestros homenajes se dirigen al segundo, el culto es relativo y puramente relativo. Aclaremos esta distinción con ejemplos. Si veneráis a un Santo del cielo, el culto que le rendís es culto absoluto, porque ese amigo de Dios posee en sí mismo la perfección de gracia y de gloria sobre la cual se apoya vuestro culto. Si veneráis su imagen, el culto, en cuanto se refiere a la imagen, es relativo, porque no la honráis por razón de su materia o de su forma artística, sino únicamente por razón de las perfecciones sobrenaturales que brillan en el ejemplar que aquella imagen pone ante vuestros ojos.

De aquí se sigue una consecuencia bien digna de notarse. Y es que el segundo género de culto, el que se dirige inmediatamente a la imagen, no podría, sin impiedad, detenerse en esa imagen, porque sería reconocer en ella una excelencia que no puede convenir a criaturas privadas de razón, y profesarle sentimientos de dependencia incompatibles con la dignidad humana. Precisa, pues, que el móvil de nuestro culto pase más allá, y que vaya, por medio de la imagen, al ejemplar que ella representa (Por donde se echa de ver que el culto absoluto puede ir solo, mientras que el culto relativo, el de una imagen, por ejemplo, es a la vez, y por una conexión necesaria, el culto absoluto del prototipo).

Esto nos enseñaron los padres reunidos en Nicea para condenar la herejía de los iconoclastas: "*Cuando se adora la imagen de Cristo, a Cristo es a quien se adora: a Cristo, de quien tiene esa imagen la semejanza.*" Esto decía uno de los Padres, con aplauso del Concilio, y esto sancionó el Concilio mismo con su definición: "*El honor prestado a la imagen pasa al prototipo de tal modo que adorar la imagen es adorar la persona representada por la imagen*" (Labbe, Coll. Conc., Concil. VII. act. 7, t. VII, 866. etc. 556). Por consiguiente, deducía el sacerdote Juan, hablando en el mismo Concilio en nombre de los Obispos orientales, y según San Basilio; por consiguiente, no hay aquí dos adoraciones, una de la imagen y otra del ejemplar, sino una sola e idéntica adoración, porque "*el honor rendido a la imagen va directamente y todo entero al ejemplar*". Así, el mismo culto es absoluto y relativo a la vez: absoluto, en cuanto sé dirige al prototipo; relativo, en cuanto se ejercita sobre la imagen considerada formalmente como imagen, porque el honor que ella recibe pasa al prototipo: *Quoniam honos qui eis exhibetur refertur ad protypa*.

Por consiguiente, todos los homenajes que ofrecéis a Cristo los podéis ofrecer a su imagen, porque una misma cosa es adorarle en Sí mismo, o en su representación. Por esto le hablamos y le rogamos en sus imágenes como si estuviéramos en su presencia. Ahora bien lo que decimos de las imágenes, hay que entenderlo, guardada la debida proporción, de los ob-

jetos santificados por el contacto de su carne adorable. En ellos también honramos a Cristo, y con el mismo culto que si lo tuviéramos delante. Cuando un niño besa la mano enguantada de su madre, o el borde de su vestido, ¿no le da la misma prueba de ternura filial que si posara sus labios en los labios maternales, y no sería ridículo el reprocharle que ni el guante ni el vestido merecen por sí mismos tal demostración de afectuoso respeto?

He aquí por qué los grandes escolásticos del siglo XIII, seguros de no ser mal comprendidos o mal interpretados por los herejes, que en su tiempo no existían, no vacilaron en dar el nombre de latría al culto de veneración prestado por la Iglesia, sea a la Cruz del Salvador, sea a los otros objetos que lo representan. "*Es* —decía San Buenaventura— *porque la imagen, la del Crucificado, por ejemplo, no se ofrece a nosotros por sí misma, sino por Cristo, a quien ella representa*" (In III Setent., D. 3. a. 1, q. 2); porque es una misma cosa el mirar a la imagen como imagen, es decir, a la imagen haciendo acto de imagen, y ver en ella el sujeto que representa (S. Thom., 3 p.. q. 25, a. 3); porque el movimiento del alma hacia la imagen, en tanto que es imagen, no se detiene en ella, sino que alcanza en ella y por ella al ejemplar que se presenta a las miradas en ella y por ella (8). El Concilio de Trento ha expuesto esta doctrina muy claramente: "*Hay que conservar en loe templos las imágenes de Cristo, de la Virgen Madre de Dios y de los Santos, y rendirles el honor y la veneración que les son debidos, no porque se crea que tienen ellas algo de divino, digno de nuestro culto, ni tampoco porque se les deba dirigir oraciones, o confiar en ellas, a ejemplo de los gentiles que ponían su esperanza en los ídolos, sino porque el honor que lee presta se refiere a los prototipos que ellas representan: de suerte que por las imágenes que besamos, y ante las cuales nos descubrimos y nos prosternamos, adoramos a Cristo y veneremos a los Santos, de quienes tienen la semejanza*" (Con. Trident., s.css. 25).

De esto podemos darnos cuenta nosotros mismos: Cuando estamos prosternados antes nuestro crucifijo, ¿en quién pensamos al contemplarle?, ¿a quién hablamos?, ¿a quién rogamos? No es sino en Jesucristo y a Jesucristo, que está representado sufriendo y muriendo por nosotros en ese símbolo doloroso. Y si ponemos humildemente nuestros labios en las manos y pies traspasados del Salvador, es con el mismo respeto y el mismo amor que si nos fuese dado besar el cuerpo de Cristo en persona; porque, lo repetimos, es Él a quien vemos y a quien vamos en su imagen ("*Cuando adoramos la imagen de Cristo, nuestra intención no es adorar la materia de que está formada, sino adorar al mismo Cristo en la imagen que lo hace presente a nuestros ojos*" (S. Theodor. Studit., *Adversus Iconomachos*, c. 2, col. c. 7. P. G., XCIX, 488, 497).

Pero, ¿a qué hablar de nuestros propios sentimientos cuando podemos apelar a los de la Iglesia? ¿Qué canta ella adorando la Cruz de Jesús y diciendo *O crux, ave, spes única* (Salve, ¡oh, Cruz!, única esperanza nuestra)? ¿A quién quiere saludar doblando las rodillas y postrándose en tierra, y a quién proclama su única esperanza? ¿Es acaso a la materia ciega e inerme, a la que ha dado forma de cruz el artista? ¡No!, ciertamente. Es a Cristo mismo; pero a Cristo presente por su imagen y contemplado en esa imagen. Si la Cruz recibe esas demostraciones de adoración, es para referirlas a Aquel de quien es símbolo y memorial; a Aquel que la ha consagrado con el contacto de sus miembros y la efusión de su sangre.

Esta teoría sobre el culto de las imágenes hará más clara la solución que hemos dado, según Santo Tomás y Suárez (2» parte, I. VII, c. 5, p. 131), a la objeción que podría proponerse respecto de las apariciones no personales de Nuestro Señor y de los Santos. Se entienden, según decíamos, por apariciones no personales esas manifestaciones en las cuales los perso-

najes no están realmente presentes en su subtancia: lo que que presenta inmediatamente es una pura representación, la cual es formada a veces solamente en la imaginación, y a veces fuera de los sentidos o por los ángeles o por Dios mismo. Supongamos, pues, una aparición de esta clase, y de tal manera que excluya toda la intervención diabólica. ¿Serán los actos de culto prestados en semejante ocurrencia, materialmente, por lo menos, algo desordenados, puesto que se dirigen, según nuestra hipótesis, a un objeto diferente de aquel al cual se debería honrar? No, ciertamente, porque el culto de la imagen no es otro en el fondo que el culto del sujeto representado en la imagen. Por consiguiente, aunque la Virgen y la Humanidad del Señor estén presentes en su substancia misma, o sólo en una representación podemos rendirles el culto que merecen: al Dios hecho hombre, el culto de **latría**; a su Madre, el de **hiperdulía**.

Se ha preguntado qué clase de honor es debido al **nombre de María**. La respuesta no es difícil, después de estas consideraciones sobre las imagenes. Seguramente el nombre por sí mismo, en cuanto es un sonido articulado por el órgano de la voz o reproducido por las letras, no merece honor alguno, como tampoco las imágenes materiales. Pero este mismo nombre, formalmente considerado en su acto de signo, desempeña el mismo papel que la imagen, y representa, como ella, a una persona. Por consiguiente, honrarlo es honrar a la persona misma. Por consiguiente, también, si se trata del nombre de María, Madre de Dios, hay que prestarle el culto de hiperdulía, como el nombre de Jesús debe ser adorado con culto de latría. Tal es la enseñanza general, y especialmente del Doctor Seráfico: "*Hay que dar al nombre de María, no solamente honor de dulía. sino también de hiperdulía; porque este nombre con el cual designamos a la Madre de Dios es de tan alta dignidad, que no sólo los viadores, sino también los comprensores; no solamente los hombres, sino también los ángeles mismos le atribuyen una prerrogativa especial en sus homenajes y en su veneración*" (S Bonav in III Sentent., D. 19, q. 3).

Esta distinción, tan natural y tan sencilla, de las dos clases de culto, basta, por sí sola, para desvanecer toda sombra de oposición entre los teólogos de la Edad Media y ciertas expresiones de los monumentos eclesiásticos. Aquéllos no vacilan en decir que las imágenes de Nuestro Señor deben ser honradas con culto de latría. Estos parecen rechazar, por el contrario, semejante culto como idolátrico. En el fondo es idéntica la doctrina; no hay diferencia sino en el punto de vista desde el cual es considerado ese culto. Los escolásticos hablan de un culto relativo; los Concilios, de un culto absoluto. Si los Santos mismos no tienen la excelencia increada que motiva, ella sola, el culto delatría, aún más desprovistas de ella están las imágenes de madera, de metal o de piedra. Así, pues, adorar a éstas por sí mismas, ¿qué sería sino pura idolatría? Pero si el culto es relativo, es decir, si no hace más que pasar a través de la imagen para ir a Cristo, su primer objeto, ¿por qué no ha de ser culto de latría?

II. Gracias a estas nociones sobre las dos formas de culto podemos ahora responder convenientemente a la cuestión propuesta sobre la Madre de Dios. ¿Puede ser esta Señora legítimamente honrada con culto de latría? Si se tratase de culto absoluto, la respuesta afirmativa sería una herejía formal. Por eso, la Santa Iglesia condenó expresamente como tal el error de los antiguos colliridianos, que no temían adorar a la Virgen Madre y hasta honrarla con sacrificios. Pero cuando no se trata sino de culto relativo, es decir, de un culto semejante a aquel que rendimos a las imágenes de Cristo y a los objetos santificados por el contacto de su

sagrado cuerpo, la solución no es ya tan clara. Algunos teólogos no han retrocedido ante la afirmativa.

¿Acaso no fué María santificada por el contacto de la carne del Salvador, como jamás lo fueron ni la cruz, ni los clavos, ni la corona de espinas? Si, pues, este contacto basta para asegurar a estos objetos el culto relativo de latría, ¿por qué no ha de recibirlo María por el mismo título? Y, además, ¿no es Ella la más fiel, la más viva y la más perfecta de todas las imágenes de Cristo? Por consiguiente, nada nos impide el contemplar y adorar a su Hijo en Ella, como le contemplamos y adoramos en sus otras representaciones, y hasta parece que con más justicia y propiedad.

Estas razones parecieron de tanto peso al mismo Suárez, que declara que no reprobaría un culto secundario de latría, entiéndese un culto relativo, es decir, motivado por la excelencia de Cristo, si se lo prestase a María una persona bastante ilustrada para discernir los diferentes modos de adoración. Sin embargo, no admite que un culto de esta clase pueda ser público y pasar al uso común (*De Mysteríis vitae Christi*, D. XII, s. 2, 8 *Prima igitur ratio*). Las dos razones que trae para ello son las mismas por las cuales Santo Tomás y San Buenaventura rechazan sin restricción esta misma latría (S. Thom., 3 p. 26, a. 6: S. Bonav., in III Sentent., D. 9. a. 1, q. 4, ad 2). Una y otra razón parten del principio de que los seres racionales son los únicos que, considerados en sí mismos, son aptos para recibir un tributo de honor y de veneración. En cuanto a las naturalezas inferiores, no podemos ni debemos rendirles culto alguno por razón de su propia dignidad. Están por todo y en sí mismas por debajo de nosotros. "*El honor y la veneración* —dice el Doctor Angélico— *se deben exclusivamente a la criatura racional; en cuanto a las criaturas insensibles, no pueden ser objeto de culto sino en su relación con la criatura dotada de razón*".

De este principio se deduce esta primera conclusión. Y es que el culto relativo de un objeto inanimado, como la Cruz del Salvador, no podría ser ocasión de escándalo, puesto que la naturaleza misma de las cosas nos advierte que este objeto no es honrado en sí mismo, sino por aquel a quien representa y que lo ha santificado con su contacto. Nadie, a menos de estar ciego, se puede persuadir que queremos agradar a un leño y rogar a la madera cuando nos postramos ante un crucifijo. La criatura racional, por el contrario, como puede recibir nuestros homenajes por sí misma y para sí misma, porque puede tener en sí misma una dignidad que los motive, sería peligroso honrarla con culto de latría, porque los ignorantes podrían creer que se adora a ella misma y por su propia dignidad; en otros términos: que es adorada como cosa, y no sólo como el signo en el cual se contempla y se honra a Jesucristo.

En confirmación de esta doctrinn se puede citar una decisión del Santo Oficio que no conocemos sino por la siguiente ocurrencia. Cayó hace tiempo en nuestras manos un ejemplar del tratado de la Encarnación, que formaba el tomo X del Curso de Teología de los Carmelitas de Salamanca, tratado impreso en Colonia en 1691 Coloniae Agrippinae, sumptibus fratrum Hugeton, MDCXCI. El autor, después de haber demostrado que las reliquias de los santos, consideradas **como tales**, deben de ser honradas con el mismo culto que las personas a las cuales pertenecen, prosigue en estos términos (tr. XXI, D. XXXVIII):"*Pero si se les considera desde **otro punto** de vista, no repugna en modo alguno el que se rinda un culto superior al que es debido a las personas mismas*".

Por consiguiente, las reliquias personales, como el corazón de santa Teresa, por ejemplo (el autor tambien cita los miembros estigmatizados de San Francisco y el corazón de San Nicolás).

A esta consideración hay que añadir otra que no es menos decisiva. Siendo la naturaleza racional capaz de recibir culto absoluto, no se podría, sin rebajarla, contentarse para ella con un culto puramente relativo. ¿Y por qué? Porque este último género de culto es manifiestamente inferior al primero. En efecto, mientras que éste prueba que hay una excelencia propia en el que lo recibe, aquél demuestra únicamente la dignidad del sujeto representado por la imagen. Y esto es lo que San Buenaventura expresa también cuando escribe: "*El honor de adoración prestado por nosotros a la imagen de Cristo va derecho todo entero a Cristo, como sujeto: he aquí por qué adorar la imagen de Cristo es adorar a Cristo, y no su imagen*", en tanto que es una cosa en su realidad propia y material (S. Bonav., I. c., ad 1). Por consiguiente, y es la segunda conclusión, honrar a la Virgen Santísima con culto puramente relativo, aunque fuese culto de latría, sería lo mismo que echar en olvido los inefables privilegios que esta Señora tiene en sí misma, y rebajarla en vez de elevarla. Con mucha más razón habría que condenar una doctrina que le negara toda otra veneración que no fuese ésta.

Tal fue, volviendo a los antiguos errores, la opinión blasfematoria del detestable emperador Constantino Coprónimo. No contento con perseguir furiosamente el culto de las imágenes santas, atacó a la Virgen Santísima y proscribió el nombre venerado de la Madre de Dios. Según este teólogo de nuevo género, María dejó de merecer nuestros homenajes desde el momento en que dió a luz al Verbo hecho carne. El argumento empleado para demostrar esta extraña doctrina era digno de semejante hombre. Tomaba una bolsa llena de oro, y la enseñaba con demostración de respeto; después, vaciando la bolsa, la arrojaba con desprecio. He aquí —decía— lo que hay que pensar de María: digna de nuestro culto cuando llevaba a Cristo en sus entrañas, a causa de la excelencia de Cristo; indigna después que Cristo se separó de Ella corporalmente, porque ya no tiene en Ella lo que únicamente la hacía apta para recibir nuestro culto. Era esto rehusarle claramente toda dignidad personal, fuera de la que le venía por el contacto actual del Verbo Encarnado, y, por consiguiente, no reconocerle otro derecho que el de un culto relativo, un culto aminorado.

En esto mismo concordaba lógicamente con el error que le llevaba a proscribir las imágenes; porque las imágenes, aun cuando sean la representación fiel de sus prototipos, no están ni identificadas ni realmente unidas con ellos. Por consiguiente, en virtud del mismo principio, no pueden, sin una especie de sacrilegio, ser objeto material del culto religioso. Admiradlas, si queréis, por la riqueza de la materia o lo acabado de la forma; pero guardaos de rendirles culto alguno, siendo así que no son dignas de él, ni por sí mismas, ni por lo que ellas contienen. Inútil es, el refutar de nuevo esos dichos del triste teólogo coronado. Lo que antecede demuestra superabundantemente su necedad (El Patriarca de Constantinopla, San Nicéforo, en su Refutación de Constantino Coprónimo y de sus partidarios, cita en favor de la doctrina católica sobre el uso y el culto de las imágenes estas palabras que dice haber tomado de San Cirilo Alejandrino: "*Si alguno contempla la imagen del rey, pintada o esculpida..., la imagen le dirá, en cierto modo: Quien me ha visto, ha visto al rey.* Y también: *Yo estoy en el rey, y el rey está en mí, al menos en cuanto a la forma exterior; de una parte, en efecto, la pintura o retrato tiene los rasgos del rey, y de la otra el rey lleva en sí mismo lo que la pintura presenta a los ojos.*" (S. Nicephor.

Patr. Ct., Antirrhet., III, n. 24. P. G„ C. 413; col. Cirill. Alexand.: Thesaur: Assert., 12, P. G., LXXV, 184).

Entre las proposiciones prohibidas por el Papa Alejandro VII en su decreto dogmático de 1690 hay una concebida en estos términos: "*La alabanza dada a María, **en cuanto** es María, vana es.*" Es la proposición vigésimosexta ("*Laus quae defertur Mariae, ut Mariae, vana est*" (Denzinger, Enchirid., n. 1183). Estaba sacada de un librito publicado algunos años antes de este decreto, libro del cual tendremos que hablar más adelante. Es conocido bajo el siguiente título: **Avisos saludables de la Virgen Santísima a sus indiscretos devotos**. El objeto del autor y de aquellos que le movieron a que lo escribiese era el de disminuir en los pueblos la devoción a la Madre de Dios, bajo el especioso pretexto de disminuir los abusos. He aquí cómo hace hablar a María sobre la cuestión que nos ocupa: "*Las alabanzas que me dirigen, **referidas a mí misma como a mí misma, son vanas**; referidas a mí como a la Madre y a la esclava del Señor, son santas... Yo soy, como vosotros, sierva de Dios. Cuando, pues, me alabéis, alabad principalmente a Dios y glorificadle, porque miró la humildad de su esclava*" (Avis salut., 8 3, n. 1).

Comparad estas proposiciones capciosas con estas otras del mismo autor puestas también en labios de María: "*A Dios sólo pertenece todo honor, toda alabanza y toda gloria... Yo no busco mi propia gloria, sino la de Aquel que me ha creado y me ha redimido*"; comparadlas, decimos, con la conducta de los fautores e inspiradores del libro y de su doctrina, que suprimían los más hermosos elogios de la Virgen Santítima en la Liturgia de la Iglesia y transformaban en cuanto les era posible sus fiestas más solemnes, las fiestas de la Anunciación y Purificación; por ejemplo, llevando toda la atención de los fieles a Jesucristo; comparadlas, volvemos a decir, y comprenderéis entonces todo el veneno oculto bajo el equívoco de la fórmula.

Desprendida o despojada de términos ambiguos, la proposición viene a decir: No honréis a María por su dignidad propia, ni por los dones supereminentes que ha recibido de Dios, sino honrad más bien a Dios en Ella, que la ha hecho su Madre; a Dios, delante del cual ella misma confiesa que es nada. En otros términos, que vuestro culto por la Madre de Dios no sea un culto absoluto, sino un culto relativo, poco más o menos como el de la Cruz del Salvador. He aquí, si no nos equivocamos, el por qué de la proscripción que hizo el Papa de la fórmula abreviada de los **Avisos saludables**. Lo merecía, porque su sentido verdadero es pernicioso. Es, en el fondo, la impía doctrina de Constantino Coprónico. De ambas partes pretenden que María sea únicamente glorificada como el templo en que el Dios hecho carne se encerró, con un culto, por consiguiente, que se refiere inmediata y formalmente a Cristo. Hay, sin embargo, que notar dos diferencias: primera, que el emperador de Oriente, ya citado, no veló su manera de pensar; después que redujo el culto religioso de la Madre divina al tiempo en que Jesús habitaba en su seno, mientras que el presunto dador de avisos no admite semejante restricción. Tomad un vaso sagrado: Coprónimo, en virtud de sus principios, lo venerará mientras contenga el Cuerpo y la Sangre del Señor. Los **Avisos saludables** pretenden, en cambio, que se le guarde veneración respetuosa aun cuando no contenga el Cuerpo y Sangre divinos, pero únicamente en atención a su contenido.

III. El culto de la Bienaventurada Virgen es culto absoluto, porque Ella posee **en sí misma** la razón de los honores y de las alabanzas que le prestamos; esto es: su maternidad divina y su gloria sobre toda otra gloria después de la de su Hijo. Y, sin embargo, este culto,

por absoluto que sea, tiene algo de relativo. Cuando es Dios a quien adoramos, nuestro culto no pasa más allá; se detiene en Él. ¿Por qué? Porque no tiene de otra persona alguna la sobreeminente dignidad que reclama nuestra adoración. El mismo, y por Sí mismo, es la Bondad, la Belleza, la Omnipotencia y la Perfección por esencia; nuestro primer principio y nuestro último fin. Pero lo que honramos en los Santos, aunque lo posean en propiedad, no lo tienen de sí mismos; es un don de Dios, un arroyuelo de su plenitud infinita. Los Santos son la hechura, la maravilla de la gracia. Por consiguiente, cuanto más los consideremos y más los admiremos, menos podemos detenermos en ellos. Todos cuantos títulos vemos en ellos, acreedores a nuestro respeto, a nuestro amor, a nuestros homenajes, nos elevan para subir a Dios: su santidad nos dice la santidad de su principio, y su gloria canta las grandezas infinitas.

¿Podemos glorificar al arroyuelo sin glorificar al mismo tiempo la fuente de donde mana? ¿Podemos celebrar al siervo y al amigo de Dios como siervo y como amigo sin que nuestro alabanza se eleve a Aquel de quien es siervo y amigo? Cosa muy digna de notarse: los Santos a quienes honramos más son aquellos mismos en quienes glorificamos más también a Dios, Autor y Fautor de su santidad, porque la gloria y perfección de ellos es la medida y porporción de la gracia que de El han recibido.

Por consiguiente, el culto de los Santos, lejos de apartar con provecho de la criatura el honor que a Dios corresponde, tórnase finalmente a la glorificación de Dios. Es Él a quien honramos en sus servidores, por las gracias que les ha hecho, por los méritos que han sido su fruto y por la gloria de que los corona como Autor, como Objeto y como Recompensa de su santidad. Y esto es lo que la Santa Iglesia nos da a entender claramente en los himnos que canta en honor de los Santos. Porque, después de haber celebrado los actos de su celo, de sus virtudes, de su apostolado o de su martirio, es decir, de lo que hicieron y sufrieron por la gloria de Dios, termina invariablemente esos cánticos con la doxología, es decir, con la glorificación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, reconociendo así que toda la gloria de los Santos de Dios desciende y a Dios vuelve a subir. Por consiguiente, nada más falso ni más injusto que la acusación frecuentemente hecha al catolicismo de que resta al culto de Dios los honores que rinde a sus elegidos. Lo contrario resalta con evidencia de las consideraciones anteriores, y los Padres lo han proclamado cien veces en sus escritos.

"*No hay que dudarlo: todas las alabanzas que damos a la Madre pertenecen al Hijo; y, recíprocamente, el honor que prestamos al Hijo no nos aparta de la glorificación de la Madre. Si, según Salomón, un hijo sabio es la gloria de su padre (Prov., XI, 1), ¡cuánto más glorioso es ser Madre de la misma Sabiduría!*" (S. Bernard., hom. 4 in Missus est. n. 1. P. L., CXXXIII, 78). "*¡No!, no es posible separar de la Madre la potencia y el principado del hijo. Una es la carne de Cristo y de María, uno el espíritu, una la caridad... Ahora bien, la unidad no sufre ni división, ni partición. Aun cuando lo que la compone venga de dos, no puede ser separado; de tal modo que, a mi juicio, la gloria del Hijo y la gloria de la Madre son menos una gloria común que una sola e idéntica gloria*" (Ernald Bonaeval., ep. Carnot., de Laudibm B. V. P. L. CLXIX, 1729). "*Es, pues, cosa indudable que la gloria de Dios se aumenta con todo lo que se hace y se canta en honor de su Madre*". Esta era la razón por la cual el antiguo autor de donde hemos sacado esta sentencia exhortada a los cristianos a celebrar dignamente la Asunción de la Virgen Santísima. Es también uno de los motivos que determinaron a Pío IX para definir la Concepción Inmaculada de la Madre de Dios. Lo hizo, "*no sólo para satisfacer los piadosísimos deseos del mundo católico y su propio y personal amor a la divina Señora,*

sino también para honrar más y más en Ella a su Unigénito, Jesucristo Nuestro Señor, ***porque todo honor y alabanza hecha a la Madre recae sobre el Hijo***" (Bulla Ineffabilis Pii P. IX).

Insistamos en esta verdad, puesto que la herejía nos ha reprochado, y nos reprocha todavía, el olvidar al hijo para honrar exclusivamente a la Madre. Aun cuando la razón y la autoridad enmudecieran sobre este punto, bastarían los hechos para refutar la acusación lanzada contra la Iglesia por las sectas protestantes. Ya lo hemos advertido (1° parte, I. I, c. 3): el culto de adoración a Cristo aumenta o disminuye según que su Madre es más honrada o más olvidada. Si hay comarca en el mundo cristiano en donde la creencia en la divinidad de Nuestro Señor va disminuyendo y desvaneciéndose, y en donde, por consiguiente, cada día se le paga peor el tributo de adoración que se le debe, son, ciertamente, aquellas mismas en las cuales se ha repudiado el culto de su Madre. "*Despide a la esclava y a su hijo*", decía Sara, celosa de apartar de Isaac la competencia que tenía contra éste de parte de Ismael, el primogénito de Abraham. Tal es la táctica del enemigo de Cristo. Queriendo desterrar al Hijo de las almas cristianas y arrebatarle el doble homenaje de su fe y de su amor, les persuade que arrojen a la **Esclava del Señor**, sabiendo por experiencia que el destierro de Ella trae, después de breve espacio, la expulsión de Él. Por el contrario, cuando Dios quiere establecer plenamente el reino de su Hijo en un corazón, levanta en ese corazón un trono de amor a María.

Para no hablar sino de los Santos más cercanos a nuestros tiempos, no hallaréis uno solo que no se haya declarado siervo apasionado de la Madre de Dios, ni uno solo tampoco que no haya sido al mismo tiempo caballero fidelísimo de Cristo, dispuesto a dar su tiempo, sus sudores y hasta la última gota de su sangre para hacer reinar sobre los hombres a la Madre y al Hijo. María no es la rival, sino la esclava de su Hijo. Ir a su altar es ir al de Jesús por el camino más seguro. El hecho evangélico de la adoración de los Magos se reproduce en todas partes y siempre. Yendo a María es como se llega a Jesús. Si en el seno de la Iglesia anglicana hay actualmente cristianos que aspiran a ponerse más y más cerca del Dios Salvador, es porque al mismo tiempo, y con gran escándalo de sus compañeros de cisma, cantan las alabanzas de su Madre y rivalizan con los católicos en los honores que le rinden. Y esta es, digámoslo de paso, una de las cosas que parecen preparar mejor la vuelta de esos hermanos extraviados al seno de la Iglesia católica, madre y maestra, abandonada por sus antecesores (He aquí algunos versos de uno de los más ilustres convertidos del anglicanismo, que hacen resaltar muy felizmente el encadenamiento de la devoción hacia la Madre con la devoción hacia el Hijo. Han brotado de la piedad del P. Faber, y según Newmann son los mejores que ha escrito. Los tomamos del opúsculo del célebre oratoriano intitulado *Du Culte, de la S. Vierge dans I'glise Catholique* (Lettre au Dr. Pusey... Traduit par G. du Pré de Saint-Maur) p. 112. "*Hombres desdeñosos han dicho fríamente que mi amor hacia Ti me apartaba de Dios. ¡Oh Madre!, amándote, no he seguido otro camino sino el que anduvo y siguió mi Salvador.* "*¡Qué poco saben lo que vale mi Madre, los que me han dirigido esas palabras descorazonadoras! ¿A quién dió Jesús sobre la tierra ni la mitad del amor que te tenía?* "*Hazme la gracia de amarte más aún. Pídelo, y Jesús me lo dará. Entonces, Madre mía. cuando hayan pasado las penas de la vida, entonces sí que te amaré verdaderamente.* "*En su última agonía. Jesús te entregó a mí, desde la cruz. ¿Cómo amaría yo a tu Hijo, dulce Madre mía, si no te amase?*").

Nada, por consiguiente, ni más claro ni mejor justificado que la unión íntima entre el culto de Nuestro Señor y el de su Madre divina. El uno va con el otro. ¿Recordáis aquella mu-

jer que, transportada de admiración escuchando al Salvador Jesús, le tributó aquella alabanza tan frecuentemente recordada por la Iglesia: "*¡Benditos el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron!*"? Ya lo veis: quiere glorificar al Hijo, y ¿qué hace? Glorificar a su Madre. Y así será siempre; porque, lo repetimos, los homenajes prestados a Ésta se elevan necesariamente a Aquél, no sólo por la razón general de que todo buen hijo se encuentra muy honrado con las deferencias que se tienen con su madre, sino también por una causa exclusivamente propia de la perfección de María; y es que todo lo que provoca nuestro amor, nuestra veneración, nuestra devoción hacia Ella, todo —bien lo sabemos— le viene únicamente de Jesús, su Hijo y su Dios, como de fuente fecundísima.

Añadamos la última consideración, y confirmará lo que hemos aprendido por el testimonio de los Santos, por la experiencia y por la misma naturaleza de las cosas. Es que cuanto más amemos a la Virgen bendita, más nos llevará este amor, por sí mismo, al amor y, por consiguiente, a la glorificación de Nuestro Señor, porque sabemos que el mayor deseo de esta divina Madre es ver amado a su Hijo; porque, cuanto mejor lo sirvamos, más se complacerá en nosotros la Señora; porque el Corazón de María recompensará nuestros homenajes con el don más precioso de todos: el de hacernos crecer en amor de su Hijo.

No podemos terminar mejor estas reflexiones que con la hermosa oración de San Ildefonso, que las resume todas: "*A Ti vengo, oh, Virgen Unica, Madre de Dios. Dígnate conseguirme la gracia de unirme con todas las fuerzas de mi alma a Dios y a Ti, de servirte a Ti y a tu Hijo: a Él, como a mi Criador; a Ti, como a la Madre de mi Criador... A Él, como a mi Dios; a Ti, como a la Madre de Dios; a Él, como a mi Redentor; a Ti como a su Asistente en la obra de Redención... Si Él ha sido el precio de mi rescate, ha sido por lo que ha recibido de la carne tuya: si me ha salvado de mis heridas es porque ha hecibido de Ti el cuerpo mortal que las ha curado con sus llagas. Siervo tuyo soy, porque tu Hijo es mi Señor; tú eres mi Dueña y mi Señora..., porque eres Madre de mi Dios...* ***En cuanto a mí, si quiero someterme a la Madre****, es para ser siervo del Hijo; si aspiro a convertirme en posesión suya, es a fin de demostrar con más seguridad a mi Dios el testimonio de mi sujeción... El honor que doy a la Sierva se eleva hasta el Dueño; el amor que tengo a la Madre refluye naturalmente hasta el Hijo, y los homenajes que ofrezco a la Reina van por Ella a la gloria del Rey*" (S. Hildefons., *De Virginit. perpetua S. M.*. c. 12. P. L.. XCVI, 105, 180. Un hecho referido en las Insinuaciones de la Divina Piedad de Santa Gertrudis, pero desfigurado en ciertas traducciones, confirma claramente esta doctrina: "*Un día de la Anunciación se extendió tanto el predicador en las alabanzas de la Virgen Santísima, que apenas si dijo algunas palabras de la Encarnación del Hijo de Dios. Chocóle esto a la Santa, y al pasar después del sermón ante el altar de la Virgen, no sintió, al saludarla, su plenitud habitual de suave afecto hacia Ella, yéndose todos los movimientos de su corazón a Jesús, fruto bendito de sus entrañas virginales. Gertrudis tuvo miedo entonces de haber incurrido en la indignación de la poderosa Reina de los cielos.* ***"No temas, amada mía*** *—le dijo Jesús para tranquilizarla—;* ***las alabanzas que das a mi Madre, aunque tu pensamiento se dirija a Mí principalmente, le son muy agradables. Pero como tu conciencia te reprende de haberla descuidado, ten cuidado en adelante de saludar más devotamente la imagen de mi purísima Madre, aunque no saludes la mia". "No quiera Dios, ¡oh mi Único Amor y todo mi bien*** *-respondió Gertrudis-,* ***que yo te descuide a Ti, a Ti, de quién depende mi salvación; a Ti que eres la vida de mi alma, para dirigir a otra parte mis saludos y mi corazón".*** *Y el Divino Maestro le respondió con dulzura: Haz lo que te pido, amada mía. Cada vez que así me dejes para saludar a mi Madre yo te lo agradeceré, y te premiaré, como*

premio Yo a todo verdadero fiel que de corazón me deja, a Mí, el Bien Sumo, para trabajar en mi mayor gloria" /Insinuat. divinae pietatis, 1, III, c. 20, Coloniae, 1579).

¿No hay, por consiguiente, diferencia esencial entre el culto de Nuestro Señor y el de su Santísima Madre, y podemos considerarlo como una adoración puramente relativa? No, ciertamente; y sería comprender muy mal la doctrina expuesta hasta el presente el venir a parar en semejante conclusión. Oíd a los maestros resolver esta dificultad. Tratando también del culto de latría, la han resuelto: "*Parece* —dice San Buenaventura— *que se debe adorar a la Madre de Cristo con culto de latría. Porque, según San Juan Damasceno, el honor que se le rinde se **refiere** a Aquel que se encarnó en Ella* (S. Joan. Damasc., *de Orthod. Fide*, 1. IV. c. 17. P. G.. XCIV). *Por consiguiente, si hay que rendir culto latréutico a la imagen de Cristo, porque el culto de la imagen pasa a Cristo, su prototipo, se debe, por el mismo título, pari ratione, honrar a la Virgen con un culto semejante, puesto que el honor de la Madre se eleva naturalmente al Hijo.*" Tal era la objeción. He aquí la respuesta del Doctor Seráfico: "*El honor se refiere a uno de dos maneras: o como a su sujeto, o como a su fin. El honor prestado a la Madre de Cristo va al Hijo, pero como a su fin; el honor a la imagen de Cristo se eleva hasta Él, pero como a su sujeto. Por eso, quien adora la imagen de Cristo, adora a Cristo y no a la imagen* (es decir, a la materia de la imagen); *pero quien adora a la Madre de Cristo, adora a la vez a Cristo y a su Madre*" (S. Bonavent, *in Sentent.. III,* D. 9, a. 1, q. 3 ad 1).

Es, en sustancia, la solución dada por el Doctor Angélico sobre el mismo texto de San Juan Damasceno. Sí: "*el honor de la Madre se refiere al Hijo, porque por causa de Él es digna de nuestro culto. Sin embargo, no es de la manera que la imagen se refiere al ejemplar representado por ella, porque la imagen, considerada en sí misma y en su realidad propia y material, es refractaria a toda veneración*". Lo repetimos: el movimiento de nuestro espíritu y de nuestro corazón no se detiene en la imagen; va derechamente por ella al prototipo que ella representa. Así, cuando, llenos de admiración ante una obra genial, decimos, mostrándola: ¡qué hermoso, qué maravilloso libro!, no hablamos del libro material, sino de los pensamientos de los cuales es la señal y la expresión.

Aun cuando, por consiguiente, haya algo relativo en el culto de la Madre de Dios, como en el de los Santos, este culto se distingue en sí mismo plenamente del que se rinde, sea a la Cruz del Salvador, sea a los otros instrumentos de su Pasión. Y la Santa Iglesia lo demuestra bien en los oficios consagrados a la memoria de ellos. Jamás, ni con una palabra, alaba en esos objetos materiales lo que son en sí mismos, mientras que en María exalta las cualidades inherentes que la han hecho tan santa, tan grande y tan bella.

De todo lo dicho se deben sacar tres conclusiones: el culto de Dios solamente es puramente absoluto, porque sólo Dios es el Ser absoluto por naturaleza, el Ser independiente de todo ser que no sea Él; el culto de los objetos inanimados, sea que representen al Salvador, o a sus miembros vivos y gloriosos, es simplemente relativo, porque no tienen nada en sí mismos por lo que merezcan nuestros homenajes; en fin, el culto de la Virgen Santísima y de los Santos participa a la vez del culto relativo y del culto absoluto, porque su excelencia, aunque proceda de Dios, les es propia. Sin embargo, por temor de caer en equívocos lamentables, hay que designarlo con el nombre de culto absoluto, así como la substancia creada se coloca también en la categoría del Ser absoluto, aunque sea esencialmente dependiente del Ser increado.

Lo que reclama la Madre de gracia

Del lugar que ocupa la maternidad espiritual en el culto de la Santísima Virgen.—De cómo concurre a darle su cualidad de hiperdulía, pero sobre todo a hacer de ese culto el culto de más filial amor.—Explicación y justificación de ciertas fórmulas y de ciertas prácticas en que se ha manifestado más especialmente este último carácter.

I. Parécenos que al llegar aquí algunos de nuestros lectores nos están diciendo: "*Nos habéis hablado de la maternidad divina como del motivo principal, y, en cierto modo, como del único motivo que nos obliga a honrar a la Virgen María; porque la maternidad no es sólo por sí misma la más excelente de las dignidades que pueden concebirse en pura criatura: encierra también con eminencia y virtualmente la plenitud de gracia y la sobreabundancia de gloria que reclaman nuestros homenajes, siendo así que es como la raíz y el centro de ellas. Pero ¿olvidáis la maternidad espiritual, o bien la tenéis por cosa indiferente al culto de María?*".

¡No quiera Dios que merezcamos semejante reprensión! Para sincerarnos, podíamos aplicar a la maternidad de gracia lo que hemos dicho de la plenitud de gracia. Glorificar a la Madre de Dios es honrar, no sólo a la Santa y Bienaventurada por excelencia, sino también a la Madre de los hombres; porque la maternidad espiritual no solamente es inseparable de la maternidad divina, sino que brota de ella también como de su primer origen. Por consiguiente, bien consideradas las cosas, el culto que rendimos a la Virgen porque es Madre de Dios se lo rendimos también implícitamente porque es Madre de los hombres, nuestra Madre según el espíritu.

Pero no deben detenerse aquí nuestras explicaciones. La maternidad espiritual influye de una manera más explícita y más directa en el culto que debemos a la divina María; y esto es lo que nos proponemos demostrar en el presente capítulo. A fin de hacer más claro e inteligible este punto de doctrina, importa indicar en dos palabras cuáles son los actos que constituyen más o menos próximamente el culto religioso de que aquí se trata. Santo Tomás, a quien hay que acudir siempre en estas materias, distingue tres clases de actos. Primero, los actos que constituyen **formalmente** el culto en sí mismo; aquellos, por consiguiente, a los cuales, por su naturaleza específica, pertenece inmediata y primeramente revelar el objeto de nuestro culto humillándonos delante de él. Por ejemplo: si se trata de Dios, la adoración, el sacrificio y los actos semejantes. Pero, además de estas manifestaciones, ya interiores, ya exteriores, de nuestro culto, operaciones que tienen por principio **elicitivo** la virtud especial de la religión, se dan los actos de virtud que presuponen esas manifestaciones, esto es, la fe, la esperanza y la caridad; se dan los actos que ellas **ordenan** a su propio fin, y en este sentido, Santiago (I, 27) ha contado entre las obras de una religión pura y santa delante de Dios la visita de los huérfanos y viudas en sus aflicciones, y el cuidado de preservarse de las inmundicias del siglo (s. Thom., 2-2, q. 81, a. 1, ad 1; a. 4, ad 1 et 2). Si escribiésemos un tratado de Teología escolástica, sería este el lugar de colocar cada una de las expresiones de nuestro culto en el lugar especial que le conviene en esta clasificación. Pero, como ya creemos haberlo advertido, además de que semejante labor nos llevaría demasiado lejos, nada nos obliga a emprenderla; porque no es, ni puede ser, nuestra intención el encerrarnos en lo que constituye formalmente

la virtud particular de la **dulía**. Igualmente, no es esto lo que se entiende de ordinario cuando se habla del culto de la Santísima Virgen y de la devoción hacia Ella.

Hay, sin embargo, que convenir en que durante este estudio no saldremos apenas de este campo. ¿Deséase saber cuan vasto es? Léanse las cuestiones consagradas por el Doctor Angélico a la virtud especial de la religión, es decir, a la virtud que tiene por fin el rendir a Dios el culto reclamado por su cualidad de Creador y por su excelencia increada, fuente de toda excelencia y de todo bien creado. Hallaréis entre los actos interiores o exteriores de la religión: la devoción, la oración, la adoración, el sacrificio, las ofrendas hechas a Dios, sobre todo la de los diezmos, los votos, el juramento, los cantos y las alabanzas, etc. Juzgad por esto todo lo que puede encerrar el culto formal y específico de la Virgen Santísima, independientemente de los actos que concurren a completarlo, sea como necesarias premisas, sea como auxiliares llamados en su ayuda y dirigidos a su fin: al honor, a la alabanza y a la exaltación de esta gloriosa Reina del cielo y de la tierra.

II. Digamos en primer lugar que la maternidad espiritual de la Santísima Virgen le confiere un título muy poderoso a nuestro culto de **hiperdulía**. ¿Por qué? Por la razón manifiesta de que hay que dar honor, alabanza y reverencia a su principio. Si el niño debe sumisión respetuosa a su padre, el discípulo a su maestro, el subdito a su principe; si es un deber para nosotros el honrar a nuestros superiores eclesiásticos, sean los que fueren, es porque tienen, con relación a nosotros, en un grado más o menos elevado, la dignidad de principio, y sobre esto debe regularse el homenaje que les prestamos. Y nada más justo, porque, participando cada cual en su orden y medida de la excelencia que hace de Dios el sujeto y el término de nuestra adoración, ¿no deben participar, bien que en diversos grados, del culto de ese primer principio, creador y conservador de todo lo que no es Él?

Ahora bien, si volvemos a María para considerarla como Madre de los hombres, la Madre de todos nosotros, ¿qué vemos en Ella? Una participación, la más elevada en su orden, de la paternidad espiritual de Dios. Nuestro ser divino, esta imagen **de la naturaleza por encima de toda naturaleza** que resplandece en nuestra alma y nos consagra hijos de Dios, herederos del cielo y coherederos de Jesucristo; todo esto lo tenemos por Ella, después de su Hijo. Nadie, ni por encima ni por debajo de Él, ha concurrido como esta Bienaventurada Madre del Salvador a engendrarnos a la vida de la gracia, y nadie tampoco contribuye como Ella, sea a conservarla, sea a perfeccionarla en nosotros. He aquí, ciertamente, una razón sólida para honrarla menos, sin duda, que a Jesucristo, causa principal de nuestra regeneración, pero incomparablemente más que a todos aquellos a quienes debemos nuestro ser de naturaleza o nuestro perfecionamiento en ese mismo ser.

Hemos aprendido de los teólogos y de los Padres que la Virgen Santísima, siendo Madre de Dios, posee, por este título, un derecho especial y como una soberanía eminentísima sobre todas las criaturas; de donde resulta esta conclusión: que la soberanía, reclamando una sujeción respetuosa de parte de los inferiores, es derecho de María que se la prestemos y rindamos en la medida misma en que es Señora y Reina nuestra (Suárez, de *Mysteriis vitae Christi,* D. XXII, B. 2, 8 Tertia ratio). Adelantemos un paso más siguiendo a Suárez. Entre los títulos sebre los cuales está fundada la realeza de Nuestro Señor, hay que señalar como uno de los más sólidos su oficio de Redentor. ¿No es justo que reine sobre nosotros quien nos ha sa-

cado de la esclavitud y nos ha rescatado con su sangre? *Regnavit a ligno*, canta la Iglesia: ha reinado por la Cruz. Es el hermoso pensamiento que expresaba San Agustín cuando predicaba a su pueblo: "*Cristo ha conquistado el mundo, no por el hierro, sino por el leño*" ("*Dormuit orbem non ferro, sed ligno*" (*Enarrat, in Psalm*. XCV, 2 P. L., XXXVII, 1228). "*Porque se hizo obediente hasta la muerte, y hasta la muerte de cruz, Dios le exaltó, a fin de que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en los infiernos*" (Philip., II, 10). ¿Veis la realeza de Cristo nacer de su Pasión, es decir, del acto supremo por el cual nos ha libertado? Por eso Él, que hasta aquel momento rehusaba el título de rey que le ofrecía el entusiasmo de las turbas, ahora no habla sino de realeza. Sus enemigos le acusan de que usurpaba el título de rey; Pilatos le pregunta: ¿Eres Tú Rey? Y Jesús, rompiendo el largo silencio en el cual se había encerrado hasta entonces: ¡Sí!, respondió. Tú lo dices, soy Rey (Joan., XV, 37). Y para que sepa bien el mundo de dónde le viene esta realeza, va a mostrarse en seguida, a vista de todos, revestido de las insignias reales, y estas insignias serán instrumentos de su suplicio. Su realeza será proclamada a la faz del cielo y de la tierra por un escrito auténtico: *Jesús Nazarenus Rex*; pero es preciso que la inscripción que lo anuncia esté clavada, como Él, en la cruz. Realeza sin igual que hace de todos sus súbditos otros tantos reyes. "*Nos has rescatado con tu sangre, y nos has hecho reyes y sacrificadores a nuestro Dios, y reinaremos sobre la tierra*", cantan los elegidos en el Apocalipsis (Apoc., V, 9, 10. Léase el primer Sermón de Bossuet sobre la Circuncisión. Todo el punto primero tiene por objeto probar esta proposición: "*Digo que el Hijo de Dios es Rey porque es Salvador.*"). Adonde nos conduce todo esto sino a proclamar a María nuestra Reina, porque siguió al Salvador hasta el Calvario; porque concurrió libre y voluntariamente a la redención del mundo, ofreciendo por nosotros a su Hijo, y porque se asoció por su compasión a la Pasión de Jesús Crucificado? De Ella puede también decirse con toda verdad: *Regnavit a ligno*: Ha conquistado su reino por la Cruz; o, si preferíis el recordar la profecía del anciano Simeón, lo ha conquistado por la espada que traspasó su alma en el Calvario. Y ¿qué otra cosa son esos dolores, fundamento y razón de su realeza, sino los títulos mismos de su maternidad espiritual?

Por consiguiente, y aquí es donde queríamos llegar, María no es sólo Reina y Señora por aquello que la ha constituido Madre de Dios, sino también, y principalmente, por aquello que la ha hecho Madre de los hombres. Y como la realeza, sobre todo la realeza en el orden de la gracia y de la salvación, exige de suyo un culto religioso. María, por su maternidad espiritual, posee un nuevo título a nuestros homenajes, y a nuestros homenajes de hiperdulía; porque la realeza de los otros elegidos de Dios, por muy alto que los haya colocado Jesucristo, no puede entrar en parangón con la suya, no solamente porque María es eminentemente superior en dignidad, sino además, y sobre todo, porque nos toca de más cerca. ¿Cuál, en efecto, de los Santos es rey por haber concurrido, como la Virgen Santísima, a reconquistarnos del poder del demonio, tirano de las almas? Ciertamente que debemos admirar y venerar aquella gloriosa asamblea de reyes prosternados delante de Aquel que vive por los siglos de los siglos, arrojando sus coronas al pie de su trono (Apoc., IV, 10); pero glorificamos mil veces más a la Reina, sentada a la derecha del Rey común de todos, porque Ella es más grande y más hermosa que todos ellos, y porque Ella es, por un título exclusivamente suyo, **nuestra Reina**.

III. Ahora bien, no es sólo un derecho especialísimo a nuestro culto lo que resalta de la maternidad espiritual de María: concurre también naturalmente a revestir este mismo culto de un carácter de amor filial, que no podría tener si honrásemos exclusivamente en Ella la

plenitud de gracias y la dignidad de Madre de Dios. Ciertamente que el amor, y un amor muy grande, no puede estar ausente del culto de honor rendido por los hombres a la más santa de las criaturas, a Aquella en quien tomó el Verbo carne humana. Tal cosa equivaldría a decir que la adoración del Padre y del Hijo no es, ante todo, un culto de amor o que se puede venerar, como ellos se merecen, a los amigos, hermanos y coherederos de Cristo sin realzar con el amor los homenajes que les están destinados. Que ofrezcamos a determinada persona que tenga derechos sobre nosotros los testimonios de una respetuosa dependencia, sin mezclar con ella sentimiento alguno de especial afecto, fácil es concebirlo. Quizá no vemos en ella cualidad alguna que la haga digna de ese afecto, ni beneficio alguno que provoque al amor. Pero ¿cómo prosternarse ante la majestad de Dios sin acordarse de que es en Sí mismo la Bondad soberana, una Bondad de donde nos han venido todos los bienes? ¿O cómo amar a Dios sobre todas las cosas, sin amar con el mismo corazón y el mismo amor a sus hijos de adopción, y más que a todos ellos, a su Madre? Sin embargo, y aunque esto sea así, ¿adonde irá este amor a María, y qué nuevo carácter de piedad, de ternura, de confianza y de filial abandono no imprimirá en nuestro culto si, además de contemplar en Ella a la Madre de nuestro Dios, contemplamos y vemos en Ella también a nuestra Madre?

Cuando se pregunta a los teólogos cuál es la medida de la caridad, responden con el Doctor Angélico: "*Depende de dos causas, a saber: de la unión de su objeto con la bondad suprema y de la unión del objeto mismo con aquel que debe amar la caridad*" (2-2, q. 26, a. 11; col. a. 7 et 9). En otros términos: el grado de amor se determina por el objeto y por el sujeto. Por el **objeto**; de aquí la consecuencia de que los más virtuosos y los más santos deben tener, desde este punto de vista, la primacía en nuestro amor, porque son más semejantes a Dios, Objeto primordial de la caridad. Por el **sujeto**; de aquí esta otra consecuencia: que cuanto más estrechamente unida nos está una persona, tanto más, por razón de este título, tiene derecho a nuestro amor. Y he aquí por qué, aunque nuestro prójimo sea mejor y esté más cerca de Dios que nosotros mismos, no debemos por eso deducir que debemos amarle más que a nosotros mismos, porque no está tan identificado como nosotros lo estamos con nosotros mismos (ibid., a. 4, ad. 1). De aquí también otra consecuencia más, y es que entre cosas iguales por otro estilo, aquéllas deben inspirarnos más caridad, más amor, a las cuales nos unen más íntima y próximamente los lazos formados por la naturaleza, por las disposiciones de la Providencia o por la gracia. Así, por ejemplo, un hijo preferirá en su amor a su padre y a su madre sobre los parientes más lejanos; un viajero en país extraño, al compatriota que allí encuentra; un miembro de una sociedad religiosa, a los que comparten con él la misma fe, los mismos compromisos y el mismo espíritu. Las consecuencias de estos principios son de aplicación constante en el orden del culto religioso. Seguramente que el ángel destinado para la guarda personal de cada uno de nosotros no iguala a los serafines, ni por la perfección de la naturaleza, ni por el esplendor de su gloria. Sería una temeridad verdadera el creernos especialmente confiados a uno de los príncipes más elevados de la Corte celestial. Sin embargo, éstos no se asombran de ver que honramos más al ángel de nuestra guarda que a ellos, porque saben que le estamos más íntimamente unidos. Lo que decimos de los ángeles, decimos de los Santos. He aquí por qué Santa Genoveva es honrada más particularmente en París; San Martín, en Tours; San Hilario, en Poitiers. Por una razón análoga celebran los fieles los misterios de la Santa Infancia en Nazareth, y los de Jesús paciente en una cruz en el Calvario. Preguntadnos por qué van les turbas a Lourdes con preferencia a otros cien santuarios, y os señalaremos la misma causa:

porque allí es donde la Virgen María se ha unido más a nosotros por su presencia sensible y por sus beneficios.

¿Qué conclusión sacaremos de esto respecto al culto de amor que debemos a la Santísima Virgen? El derecho para esta Señora de ocupar, después de Dios, el lugar primero en ese amor; un lugar absolutamente incomunicable a toda otra criatura, porque las dos medidas de la caridad concurren armoniosamente a asegurárselo. Tomad la primera medida y decidme si halláis en el cielo y en la tierra una criatura tan excelente como Ella, participando como Ella de las perfecciones de la Bondad divina; una criatura unida, como Ella, a la fuente de todo amor y de todo bien, la Divinidad. Esto, considerada como Madre de Dios. Miradla ahora en su cualidad de Madre de los hombres, y, tomando la segunda medida, ved si hay en el cielo y en la tierra lazos más fuertes y más poderosos que los que unen a tal Madre con nosotros, sus hijos. Si halláis en el innumerable ejército de los **viadores** o de los elegidos una sola criatura a quien debáis tanto como a María, os permitimos ponerla antes que Ella en vuestro culto de amor. Pero si todas juntas no son para vosotros lo que es esta amabilísima Señora, deducid de esto que por todos los estilos merece Ella y reclama con mejor derecho, después de Dios, el amor, este homenaje de vuestro corazón.

Otra conclusión, deducida de los mismos principios y que ya hemos tocado, exige ahora especialísima atención. Sin duda que la Virgen Santísima es, en verdadero sentido, la Reina y la Madre de los espíritus angélicos. Sin embargo, no es para ellos Reina y Madre como con nosotros porque no ha tenido en su santificación la parte que ha tenido en nuestra salud. Por consiguiente, mirando la segunda medida, no están obligados a honrarla y amarla como nosotros. Que los Querubines y Serafines nos venzan en amor y veneración cuando la contemplan como la Madre de Dios, toda inundada de los esplendores de gracia y gloria, no lo contradiremos, y nuestra felicidad más grande será el vernos siempre sobrepujados por ellos y por otros mil en la glorificación de nuestra Madre, siendo así que esta inferioridad no provenga ni de nuestra ingratitud, ni de nuestra negligencia. Pero, lo repetimos, el amor nuestro debe tener un no sé qué de tierno, de confiado, de filial y hasta de familiar, que no conviene al amor de los Angeles; esto porque es Madre nuestra, como no es de ellos, y que somos nosotros sus hijos de un modo que ellos no pueden preciarse de serlo.

Añadamos, brevemente, la última consideración que confirmará lo que acabamos de decir. Judith, aquella mujer heroica que salvó al pueblo de Israel con peligro de su vida, no podía ser conocida sin excitar la admiración de los pueblos. Sin embargo, solamente a los judíos les pertenecía el salir a su encuentro y cantarle a voces: "*Tú eres la gloria de Jerusalén; tú, la alegría de Israel; tú, el honor de nuestro pueblo*" (Judith, XV. 10). Y ¿para qué hablar de Judith cuando nosotros, los franceses, tenemos un ejemplo que nos toca tan de cerca? Juana de Arco es hoy alabada en el mundo entero; pero nuestro deber es rendirle una gloria especial, porque quiso Dios unirla a nosotros con los lazos más estrechos, sea haciéndola nacer de nuestra sangre, sea, principalmente, salvando por ella nuestra patria. Por consiguiente, y es la conclusión que se impone, el culto de amor que debemos a nuestra Madre del cielo es verdaderamente un culto de hiperdulia; porque no hay nadie, entre la inmensa muchedumbre de los elegidos, que esté tan cerca de Dios; nadie tampoco que nos esté unido por lazos tan fuertes y tan sagrados.

IV. Por todas estas razones, el amor, sobre todo, constituye, por decirlo así, el fondo y el cimiento de todos los homenajes que los más abnegados siervos de la Virgen María prodigan y rinden a esta dulcísima Madre. San Alfonso Ligorio, cuya tierna devoción hacia Ella nadie ignora, no se cansaba de repetirle su amor, como lo prueba su hermosa obra de **las Glorias de María**. Amarla era también el constante pensamiento del santo joven Juan Berchmans:"*Quiero amar a María, quiero amar a María*", se repetía a sí mismo con frecuencia. Y ¿qué diremos de aquel otro santo, no menos admirable que él por su inocencia y por su devoción hacia la amabilísima Madre de Dios? Estanislao de Kostka tenía por Ella un afecto tan vivo y tan tierno que bastaba oírle hablar de María para inflamarse en un amor semejante al suyo. Cuéntase, en su vida, que interrogado una vez si amaba mucho a María, contestó: "*Es mi madre. ¿Qué más puedo decir?*" "*Y esto lo dijo* —añade su interlocutor— *con un corazón tan penetrado, una voz tan conmovida y un aire tan cariñoso, que hubiérasele creído un ángel hablando del amor de su Reina.*" No menos ardiente en amor fue San Luis Gonzaga, hermano de Religión de estos santitos. Al solo nombre de María sentía su corazón tan abrasado que la llama interior que lo consumía se reflejaba en sus facciones y asombraba a los que le veían. A estos ejemplos añade San Alfonso otros muchos. Nos muestra el bienaventurado Hermán Jéseph llamando a María **su esposa de Amor**; a San Felipe Neri, llamándola **sus delicias**; a otro Santo, que es, según cree, San Buenaventura, protestando que Ella es, no sólo su Dama y su Madre, sino también su alma y su corazón (*Stimul, divini amoris*, p. VIII, c. 16, inter); a San Bernardino de Sena, dándole el dulce nombre de **Amante**; a San Bernardo, o mejor dicho, un piadoso autor oculto bajo el nombre de Doctor Melifluo, diciéndole que era una Robadora de corazones ("*Captrix cordium, nonne rapiusti cor meum?*" (*Meditat. in Salve Regina*).

No temamos citar algunos otros rasgos en donde se revela el inmenso amor que ardía en el corazón de los Santos hacia la Madre de los hombres. Vemos a San Francisco Solano, transportado de una santa y amorosa locura, cantar ante una imagen de María, acompañándose con un instrumento músico, queriendo, según decía, a imitación de los amantes profanos, dar una serenata a la Reina de su corazón. Carlos, hijo de Santa Brígida, protestaba que su mayor gozo era saber cuánto amaba Dios a María, y que estaba dispuesto a sufrir todo dolor, y hasta renunciar a la gloria del Paraíso, si fuera suya, para que esta Señora fuese siempre soberanamente gloriosa y extremadamente amada. Vemos al tierno niño que más tarde será San Alfonso Rodríguez llegando hasta decir a María, en un arrebato de su amor filial, confiado y sencillo: "*Amabilísima Madre mía, sé que mucho me amas; pero no me amas tanto como yo a Ti*" (Sabida es la respuesta de María; parece que como embelesada y al mismo tiempo herida en su amor, respondió al niño, por boca de la imagen ante la cual estaba postrado: "*¿Qué dices, Alfonso mío, qué dices? No sabes cuánto supera mi amor al tuyo. ¡Menos distancia hay del cielo a la tierra que de mi amor al tuyo!*").

¿Hablaremos también de aquellos que, como Santa Radegunda, no vacilaron, entre los transportes de su amor, en grabar con un punzón de hierro el nombre amable de María sobre sus pechos, o en imprimirlo en ellos con hierro candente, a fin de que les quedase más sellado y más imborrable? Recordemos, en fin, deseos tan ardientes como éste: "*Quisiera tener todos los corazones de los ángeles y de los Santos para amar a María como ellos la aman; quisiera tener las vidas de todos los hombres para consagrarlas todas a su amor*" (San Alfonso, *Glorias de María*, p. 1, c. 1, § 3, pp. 50 y sig.).

Todo esto demuestra que, en el culto de María, el amor sobrepuja a todos los otros sentimientos. Por lo demás, no es preciso recurrir al testimonio de los Santos para convencernos de ello, como tampoco habría que recurrir a ninguna autoridad para probar que el principal deber de un hijo es amar a su madre. En efecto, y ya lo hemos notado, hay en el corazón de los cristianos no sé qué instinto, impreso por la gracia del Bautismo, que los lleva amorosamente hacia Ella. El niño que ha recibido el Bautismo no necesita más que oír hablar de María y verla representada en sus imágenes para tenderle los brazos, como hace con su madre. La ama sin esfuerzo alguno, en cuanto sabe que es Madre de Jesús y Madre suya. Razón teníamos, pues, para decirlo: la maternidad espiritual de la Virgen Santísima introduce, o al menos afirma maravillosamente en su culto, el carácter del amor, principal elemento del culto religioso, sobre todo en la Nueva Alianza. Hemos dicho principal elemento del culto religioso. Sin duda que, apurando las expresiones, como se hace cuando se quiere tratar científicamente de las virtudes infusas, el amor no es el acto formal del culto, sea de latría o de dulía. Pero es el alma y el complemento. Y, notémoslo bien, este amor de la Madre de Dios que tienen sus hijos no quita nada a la veneración debida por su altísima dignidad, como la veneración no sirve de estorbo alguno al amor. Debe responder en todas sus partes a las cualidades de Aquella que es su objeto. Y así, está formado a la vez de respeto y de ternura; si se abaja ante tanta grandeza, aun más goza y se regocija; si admira su poder sobre todo poder, más crece y se dilata su confianza, puesto que sabe muy bien que tal poder es el de su Madre.

El amor lleva a la imitación. Es uno de los caracteres sobre los cuales han insistido siempre los Santos cuando hablan de la devoción que debemos tener a María. Nos la muestran como un ejemplar perfecto. Perfecto, porque no hay virtud alguna de la cual no ofrezca en Sí mismo el más acabado modelo. Perfecto, porque puede procurarnos sobreabundantemente los auxilios necesarios para copiarlo en nosotros. Perfecto, sobre todo, porque sus amabilidades inefables, provocándonos a amarlo, son por eso mismo un estimulante eficacísimo para imitarlo.

V. No quisiéramos dejar este asunto sin hablar de algunas manifestaciones de amor hacia la Virgen Santísima citadas y hasta aconsejadas por algunos autores devotos, y criticadas apasionadamente por los escritores protestantes y jansenistas. Tales son, primero, ciertas fórmulas extraordinarias; tales, igualmente, sencillas prácticas en que la devoción de los hijos de María a veces se ha desahogado.

Comencemos por las fórmulas. Las tomo de los **Dípticos de María**, del P. Teófilo Raynaud. He aquí las principales: "*Quisiera ser dueño del mundo para ceder el imperio de él a María, Madre de Dios*"; deseo doblemente absurdo —dicen—, pues es igualmente imposible a la criatura el poseer y el dar el imperio del mundo. "*Quisiera ceder a María el lugar que me está destinado en el reino de los cielos si no encontrase mi Señora lugar en él*"; deseo quimérico, además de las dos razones antecedentes, porque nadie puede ceder su parte de bienaventuranza, y porque la de la Virgen Santísima es más excelente y más segura que todas. "*Si yo fuese la Madre de Dios, y Ella fuese lo que yo soy, gustoso me desasiría de esta dignidad de Madre para dársela a Ella*"; puerilidad y no más, puesto que se apoya en hipótesis sin fundamento y hasta contrarias a la naturaleza misma de las cosas. "*Mejor quiero el infierno que ver a María despojada de su divina maternidad*"; como si se pudiera desear el infierno, o como si la aceptación de semejante suplicio pudiera ser jamás un medio para conservar a la Virgen su maternidad divina. "*¡Oh,*

Cristo! ¡Oh, Dios mío! Te amo por el amor de tu Madre"; lo que pugna contra la naturaleza misma de la caridad, que nos hace amar, no a Dios por la criatura, sino a la criatura por Dios.

¿Qué juzgar de estas fórmulas y de las críticas de que han sido objeto? En cuanto a las fórmulas, el P. Teófilo Raynaud se queja con mucha viveza de que hayan sido publicadas en su tiempo, con otras del mismo género, en un libro que, **pregonado por las trompetas de la fama**, se multiplicó rápidamente en numerosas ediciones (La obra se publicó —dice él— bajo el nombre de Pablo de Santa María. ¿Era tal vez el libro del P. Pablo de Barry titulado: *Le Paradis ouvert á Philagie par cent dévotio a la Mere de Dieu?* Posible es sospecharlo, porque se encuentran en él algunas de esas fórmulas); y en sus escritos es donde hemos hallado la mayor parte de las críticas que hemos puesto a continuación de dichas fórmulas. Sin embargo, aunque esta censura es, según nos parece, harto mordaz, conforme al genio del autor, y a veces hasta exagerada, no prueba, en modo alguno, sentimientos de indiferencia hacia la Madre de Dios en el P. Teófilo, pues, como lo dijimos en otra ocasión, pocos autores han trabajado más que él por la exaltación de los privilegios de Nuestra Señora.

Por otra parte, él mismo hace una distinción muy importante, y que no se debe olvidar nunca cuando se quiere juzgar rectamente semejantes expresiones. Si los tomáis como simples efusiones de su corazón todo abrasado en amor de María, confiesa el Padre que son tolerables y que pueden agradar a la Madre de Dios. Lo que él no aprueba es que se enuncien fríamente y que se propongan como actos con los cuales debemos esforzarnos en agradar a la Reina del Cielo, con detrimento, quizá, de otros actos que le procurarían una alabanza más sólida y verdadera.

No será inútil citar a este propósito una nota de Fenelón, consignada por el Cardenal de Bausset en su **Historia del ilustre Arzobispo de Cambrai**: "*Hay diferencias de estilo que convienen a las diferentes materias y personas. Hay un estilo de corazón, y un estilo de entendimiento; un lenguaje de sentimiento y otro de razón. Lo que es a veces belleza en el uno es imperfección en el otro. La Iglesia, con una altísima sabiduría, permite a uno de sus hijos sencillos, y exige otro de sus Doctores. Puede, por consiguiente, según las diferentes circunstancias, sin condenar la doctrina de los Santos, rechazar algunas expresiones defectuosas de ellos, de las que se abusa*" (1. III, 8 129). Es casi, aunque en otros términos, la distinción ya señalada por el P. Teófilo Raynaud. Si habláis el lenguaje del corazón, estaréis generalmente en desacuerdo con el de la fría razón porque el primero es la expresión de los afectos del alma y el segundo de las ideas. Un amor que pesase cada una de sus expresiones con el peso y fiel de la lógica y no dijese jamás algo extravagante en sus desahogos sería ordinariamente un amor muy débil (Santo Tomás de Villanueva, 1 parte, t. I, p. 282).

Esto es lo que Newman ha hecho notar, harto sabiamente, respondiendo a otras críticas mucho más injustas que las del P. Raynaud: "*En cuanto a mí* —dice en substancia—, *si he de hablar francamente, haría muy poco caso de una ternura que estuviese siempre preocupada de medir las palabras, y que no se permitiese jamás, en sus expresiones, alguna de esas mil locuras con las que el corazón gusta desahogarse. Pero esto mismo, para no ser chocante ni ridículo, no puede decirse fríamente ante los indiferentes y extraños. Hay suspiros ardientes de un alma a quien el amor de Dios pone fuera de sí, que si se colocan en un libro en forma de meditaciones o ejercicios pierden toda explicación y no resultan ya más que exageraciones vanas y desagradables*". Dicho esto, no tenemos necesidad de

recurrir a otras explicaciones para justificar expresiones como aquellas que hemos citado cuando las hallamos en labios de los hijos de María hablando con su Madre.

Por lo demás, todo no es tan extraño, aun desde el punto de vista de la razón, entre las fórmulas tan vivamente criticadas. Tomemos la última, por ejemplo; es decir, la que alaba tan especialmente el P. Pablo de Barry en su **Paraíso abierto a Filagia** (Devoción VIII. Amar tierna y ardientemente al Hijo de Dios, Salvador nuestro, por el amor de su Santísima Madre, a imitación de Santa Brígida). Sin duda, no se puede subordinar el amor del Hijo al de la Madre; esto sería contra la naturaleza de la caridad. Pero la fórmula, bien comprendida, no supone una cosa así. De igual modo que podemos, sin trastornar el orden, excitarnos al amor de Dios por el agradecimiento a sus beneficios, por el temor de los castigos que esperan a los que no lo han amado, por la esperanza de la beatitud con que recompensará nuestro amor, así también lo podemos hacer considerando a la Madre de Dios. Unos son los estímulos que me llevan al amor de Dios; otros, los motivos y la medida de ese amor. Cuando amamos a Dios porque deseamos ser algún día del número de los elegidos, queremos amarle por Él mismo y por cima de todo otro bien, porque esto sólo puede ponernos en posesión de Dios. Así, el amor de María nos incita a que amemos a su Hijo más que a Ella misma, más que a toda otra criatura; porque con esta medida es amado de Ella y debemos amarle nosotros, si queremos responder a los deseos maternales de su corazón.

Añadiremos que para escandalizarse de esas piadosas **extravagancias** sería preciso no haber leído jamás las vidas de los Santos. Sin hablar de San Pablo, que deseaba ser anatema por los israelitas, sus hermanos (Rom.. IX, 3), ved a San Francisco de Asís, embriagado en amor de su Dios, correr y cantar por los campos, y predicar seriamente a los pájaros y a los peces; ved a un San Pablo de la Cruz, fuera de sí mismo, gritando a los árboles y a las campiñas que alabasen y diesen gloria a Dios, a la Bondad suprema; ¿no parece todo esto una locura? ¡Sí!; pero es la locura del amor, una locura que Dios justificaba con sus gracias y con sus milagros.

Resulta interesante el apuntar que la cuarta fórmula de las recriminadas se encuentra más extensa en las **Revelaciones** de Santa Brígida (1. VII, c. 13). La misma Virgen Santísima la señala a Santa Brígida como uno de los actos por los cuales habría merecido su hijo Carlos la especial protección de la Reina del Cielo, en los combates que tuvo que sostener a la hora de su muerte. "*Mientras que esta alma estaba en el cuerpo, túvome tan grande amor, que pensaba frecuentemente dentro de sí misma, cómo la bondad de Dios me había hecho Madre suya, y me había exaltado sobre toda criatura. Por eso se decía a sí misma, penetrada de un amoroso reconocimiento hacia el Señor: Es tan grande mi gozo de ver a Dios Nuestro Señor amar sobre todas las cosas a la Virgen María, su Madre, que no lo quisiera cambiar por placer alguno de la tierra. Más todavía: si fuera posible que decayese Ella, aun por un solo instante, de la dignidad que posee cerca de Dios, estaría yo dispuesto a sufrir eternamente los tormentos del infierno, para evitarle esa desgracia. Gracias infinitas, gloría eterna sean dadas a Dios, por la bendición de gracias y la inmensidad de gloria de que ha colmado a su Madre Santísima.*" Lo que en eeta ofrenda se descubre es el rebocar de un corazón que superabunda en amor a María. ¿Hay que asombrarse de que esta Señora le asistiese especialmente en los últimos combates de la vida, para recompensarle?

Por otra parte, el hijo siguió en esto el ejemplo de la madre, como puede verse en los sentimientos que Brígida expresaba a la Virgen Santísima: "*Bendita seas, Santa Madre de Dios, y*

bendito Dios, Jesús, tu Hijo, por el gozo que experimento ni pensar en que eres su Madre. Dios sabe muy bien que María, la hija de Joaquín, me es mucho más querida que los hijos de Brígida y de Ulfo. En verdad que preferiría la nada para Brígida, la hija de Binger, a la privación de la existencia para María, la hija de Joaquín. Y antes que no ver a María, hija de Joaquín, en las alturas de los cielos, escogería el infierno para Brígida." A lo que respondió la Virgen Bendita: "*Hijo mía, ten la seguridad que María, hija de Joaquín, te será más provechosa de lo que tú, hija de Binger, eres para ti misma. Porque esta misma hija de Joaquín, que es la Madre de Dios, quiere ser madre de los hijos de Ulfo y de Brígida*" (*Revelat. S. Birgittae*, Revelat. extravagante c. 63, t. II, p. 450).

La última palabra sobre las sencillas prácticas con las cuales los hijos de María atestiguan y alimentan su devoción hacia esta amabilísima Señora. **El Paraíso abierto a Filagia**, de que hablamos arriba, trae un centenar de ellas, tomadas todas, ya de Santos canonizados por la Iglesia, ya de personajes devotos y recomendables por su amor hacia la Reina del Cielo. El sencillo encanto y la tierna piedad que respiran la mayoría de esas prácticas no las ha librado ni del rigorismo de los partidarios de Jansenio (Pascal en sus Provinciales (9e lettre) se ríe de ellas, como si el P. Pablo de Barry pretendiese que bastaba el practicar alguna, por pequeña que fuese, para ser amado de la Virgen y alcanzar por ella la Virgen y alcanzar por ella la salvación) ni de la despectiva suficiencia del protestantismo. Y, sin embargo, nada más sencillo, ni más eficaz, ni más natural que esas pequeñas prácticas de devoción hacia la Madre de Dios, cuando se tiene la dicha de amarla. Hemos dicho nada más sencillo y natural. Si amamos a María, si la reconocemos por Madre nuestra, ¿qué mejor cosa podemos hacer que saludarla con frecuencia, tenerla en la memoria, visitarla en sus santuarios predilectos, llevar su rosario, sus medallas e imágenes; regocijarnos de sus privilegios, y gustar de encomiar sus virtudes y grandezas, etc., etc.? ¿No se deben conducir así con la mejor de las Madres los hijos bien nacidos? Nada más eficaz; porque, bien miradas las cosas, estas prácticas, sobriamente empleadas, nos conducen todas a lo que es para nosotros de soberana importancia: a hacer que desciendan sobre nosotros los dones del Hijo por la intercesión de la Madre; a reproducir las virtudes de este perfecto modelo; a despegar los corazones de los bienes perecederos; a vivir, en fin, con una vida digna de la filiación de que son ellas el reconocimiento y la salvaguardia.

Culto de invocación

Del culto especial de invocación. Cuál sea su legitimidad. Cuáles sus armonías providenciales en el plan divino. Cuál, en fin, su relación con la conducta de Dios en la distribución de las gracias.

I. Después de lo que hemos meditado sobre el culto de la Santísima Virgen en los capítulos precedentes, sería, en verdad, inútil querer demostrar su legitimidad. Por otra parte, no se podría poner en duda sin incurrir en los anatemas de la Santa Iglesia, que tantas veces la ha definido en el transcurso de los siglos, condenando a los adversarios del culto de los Santos, y que sin cesar la atestigua celebrando por todas partes la gloria, el poder y la bondad de nuestra dulce Madre.

No es, por consiguiente, del culto de la Virgen, tomado en general, de lo que tenemos que tratar en este capítulo. Nuestro designio es considerar más especialmente la parte de él que con más frecuencia nos eleva a los pies de la Señora, es decir, el **culto especial de invocación**. Sin embargo, al abordar este punto particular no abandonamos la cuestión más extensa del culto de la Madre de Dios. Ante todo, porque la oración es uno de los actos principales. El Angel de las Escuelas pregunta, en un artículo de la Suma Teológica, si la oración habla de la que se eleva directamente a Dios, debe ser considerada como un acto de la virtud de la religión; en otros términos: de la virtud por la cual rendimos a Dios el culto de latría, que a Él solo le conviene. "*Sí* -responde sin vacilar-, *porque es propio de la religión ofrecer a Dios la reverencia y el honor que le son debidos. He aquí por qué todos los actos que van por sí mismos al cumplimiento de este deber tienen esta virtud por principio. Ahora bien: es claro y manifiesto que el hombre, al rogar a Dios, lo adora y glorifica, puesto que haciendo aquello se humilla delante de Él y reconoce que recibe de Él todos los bienes como de su primera fuente*" (S. Thom., 2-2, q. 83, a. 3).

Si objetáis que el oficio de la oración es el de un **solicitante**, mientras que por la religión**ofrecemos** nosotros mismos a Dios el homenaje de nuestra dependencia, esto mismo fortifica y afirma la tesis; porque el hombre que ruega a Dios le **entrega** su alma y su corazón, puesto que se los presenta como absolutamente dependientes de su poder y de su munificencia (Idem, ibid., ad 3).

Igualmente hace falta que nuestras oraciones, para ser acogidas de la Majestad divina, parezcan en su presencia impregnadas todas en los actos especialmente propios de la virtud de la religión. De aquí proviene el que doblemos las rodillas para orar, el que nos postremos en tierra, el que elevemos los ojos al cielo y el corazón a lo alto, como reconociendo que no somos sino miseria y nada delante de Dios. De aquí proviene también que al querer orar escojamos con preferencia a cualquier hora la del sacrificio, y, con preferencia a cualquier otro lugar, los edificios especialmente consagrados a la celebración del culto divino. Si la oración es uno de los actos de religión, éstos son, a su vez, implícitamente por lo menos, oración, puesto que hacen descender sobre nosotros el rocío celestial. Dios recompensa con beneficios las alabanzas que le dirigen, aun cuando no expresen súplica alguna, manifestando así la virtud de impetración que ellas tienen.

Ahora bien: lo que Santo Tomás enseña de las oraciones hechas a Dios, debemos entenderlo de las que se dirigen a María, guardada la debida proporción. Es, a la vez, culto y oración, con esta diferencia, sin embargo: que estos actos irán a reconocer en Ella, no ya la Majestad Soberana del Creador y el primer principio de todo bien, sino la Madre de Dios, la Mediadora de intercesión, el canal divinamente establecido de todas las gracias. El Ave María nos ofrece el ejemplo más patente de esta. unión, digamos mejor de esta compenetración de la invocación y la alabanza. ¿Qué podemos decir a María más glorioso para Ella que saludarla con el ángel y reconocer a sus pies que está llena de gracia, que el Señor está con ella, que es bendita entre todas las mujeres, que es santísima y, en fin, que es Madre de Dios? Viene después la invocación, ¡y qué invocación después de estos homenajes!: Ruega por nosotros, pecadores, etc.

Hablemos, pues, especialmente de las oraciones dirigidas a María; de esas oraciones que el protestantismo ha arrojado de su culto, y que con tanta injusticia reprocha a los verdaderos siervos de esta Señora, es decir, a los hijos de la Iglesia Católica.

No preguntaremos si podemos **invocar a María**. Si es una verdad de fe que es, no sólo permitido, sino ventajoso el recurrir a la protección de los Santos, verdad solemnemente definida en la Iglesia contra el hereje Vigilancio, contra los cátaros y los vaudistas de la Edad Media, y contra las sectas más recientes del protestantismo, con harta más razón debemos creer que es legítimo y provechoso el acudir al misericordioso patrocinio de la Reina del Cielo y de todos los Santos. Y el más sencillo raciocinio es suficiente para sacar esta conclusión de los principios establecidos en los libros que anteceden. Puesto que la Virgen Santísima es, por un lado, la Mediadora universal de la gracia, puesto que, por otro, nos ama, ve nuestras miserias, oye nuestros suspiros, ¿qué cosa tan justa, tan natural y tan legítima que invocar su poderosa influencia cerca de Dios?

Pero no basta el haber recordado sumariamente la doctrina de la Iglesia. Hay que entrar más adentro en el asunto para estudiar sus conveniencias admirables y sus providenciales armonías, e iluminarlo con luz tan clara que todas las dificultades queden desvanecidas. Ahora bien: si lo miramos de cerca, el culto de oración ofrecido a la Santísima Virgen se apoya sobre dos verdades principales. Primera, que Dios nos concede generalmente sus dones por la mediación de los Santos y, sobre todo, gracias a los ruegos e intercesión de su Madre. Segunda, que el mejor medio para nosotros para asegurarnos los sufragios de los Santos cerca de la Misericordia divina es rogarles y confiarles nuestras oraciones.

II. No hay que demostrar ya la primera verdad. Sin embargo, como es de capital importancia en esta materia, no será inútil volver sobre ella, al menos con algunas consideraciones generales, antes de pasar a la segunda, que será más directamente el objeto de nuestras consideraciones.

Decimos, pues, que este orden de providencia por el cual las gracias divinas dependen de las oraciones hechas en nuestro favor por los Santos del Cielo, y sobre todo por la Reina de ellos y nuestra, es un orden de maravillosa conveniencia, por cualquier lado que lo miremos.

No es tal la opinión de los adversarios de la doctrina católica. Dios —nos repiten— conoce todas nuestras miserias, puesto que es por naturaleza la ciencia infinita. Jesucristo mismo tiene en su Humanidad el conocimiento perfecto de lo que nos toca; lo tiene por la gracia de la visión beatífica y por la gracia de la ciencia infusa: dos fuentes de conocimiento que sobrepujan inmensamente en claridad como en extensión todo otro conocimiento creado. Además, Dios es el mismo Padre de las misericordias, y, de consiguiente, halla en Sí mismo una inclinación natural a colmarnos de sus dones. ¿Para qué, pues, necesita que una pura criatura venga a representarle nuestras necesidades y a solicitar para nosotros su liberalidad paternal, como si Él ignorase nuestra actual condición o no fuese la Bondad por esencia, una bondad que, por inclinación innata, se derrama en beneficios?

He aquí lo que nos oponen, o, mejor dicho, lo que oponen al oficio de la Madre de los hombres; y les respondemos, con la Iglesia y los doctores: si fuera sólido semejante razonamiento, llevaría nada menos que a suprimir toda oración dirigida a Dios por el hombre. Habría

que condenar a los Apóstoles y a los cristianos. discípulos inmediatos de aquéllos, que se piden y se prestan mutuamente el socorro de sus oraciones; condenar a la Sagrada Escritura, que trae estos hechos y que los aprueba; oponer, en fin, un mentís bien claro a Jesucristo mismo, puesto que Él oró al Padre por nosotros, y nos dió en la oración dominical el precepto y el modo de orar, no sólo por nosotros, sino por todos nuestros hermanos.

Más aún: este razonamiento llevaría hasta rechazar en conjunto toda la economía de los sacramentos de la Iglesia, y la Iglesia misma con la universalidad de medios de salud de que es depositaría; porque la Iglesia, con todos sus medios, y los sacramentos tienen por fin abrir las fuentes de la divina gracia y traer hasta nosotros sus saludables corrientes.

Iríamos más lejos todavía. En consecuencia con los mismos principios, podría, decirse con igual derecho: ¿Por qué atribuir nuestra salvación al Hombre Dios?; ¿qué necesidad había de que se hiciese nuestro Mediador y Abogado cerca del Padre?; ¿de qué podían servir sus méritos y sus satisfacciones infinitas? ¿No tenía Dios bastante poder, sabiduría y bondad para levantarnos por Sí mismo, sin que interviniesen los sufrimientos de Cristo y el sacrificio ofrecido por Él en el Calvario? Esto mismo hubiera sido más digno de su misericordia, porque no veríamos a su lado a la justicia ejercitando sus inexorables rigores sobre la inocencia personificada en el Salvador moribundo.

Hay que recordar aquí también una bella y sólida doctrina del Doctor Angélico. Santo Tomás hace notar que hubo antiguamente tres errores relativos a la oración. Según los unos, Dios no se ocupa de las cosas humanas; de aquí la natural consecuencia de que es inútil el rogarle, y hasta inútil el adorarle. Según otros, todo en el mundo sucede por necesidad, sea porque las disposiciones de la Providencia son inmutables, sea porque el encadenamiento de las acciones y de las causas no admite contingencia ni libertad. Otros, en fin, confesaban el gobierno de la Providencia, y rechazaban aquella incombatible necesidad que no deja lugar alguno a los hechos contingentes y a los actos libres; pero su opinión era que las disposiciones de la Providencia están sujetas a mudanza, y que, por esto, el fin de la oración era modificarlas en provecho nuestro. Tres errores a cuál más pernicioso, de los cuales nos libramos sosteniendo, de un lado, la utilidad de la oración, y del otro, rechazando el imperio de la necesidad en el gobierno de las cosas humanas y la mutabilidad en las disposiciones de la Providencia divina.

El medio de conciliar entre sí verdades tan contrarias en apariencia es establecer como principio que las disposiciones de la providencia no se extienden solamente a los efectos que producen, sino que comprenden también las causas y el orden de producción de los efectos por esas causas. Ahora bien: entre otras muchas causas están los actos humanos. Hace falta, pues, que los hombres hagan ciertos actos, no para cambiar por ellos la divina disposición, sino, muy al contrario, para responder a ella, puesto que ella quiere la existencia de los efectos dependientemente de esos actos. Lo mismo sucede con las causas naturales, porque éstas también tienen sus efectos, queridos por Dios, pero con la condición de ejercer la actividad que han recibido para la producción de los efectos mismos.

"Y esto es lo que se verifica también con la oración. En efecto: no rogamos con el fin de cambiar con este acto las disposiciones divinas, sino a fin de obtener, rogando, lo que Dios en sus consejos ha resuelto conceder solamente a las oraciones; de tal modo —dice San Gregorio—, que los hombres mere-

cen por sus peticiones recibir lo que Dios Todopoderoso, antes de todos los siglos, ha decidido conceder; pero en consideración y como derivación de esas mismas peticiones" (S. Thom., 2-2, q. 83, a. 2).

"*Por consiguiente, sostener que no hay necesidad de orar para obtener algún beneficio de Dios, por razón de que el orden de la Providencia es inmutable, es como si se dijese que es inútil ponerse en camino para llegar a un sitio determinado o tomar alimentos para nutrirse: cosas todas manifiestamente absurdas*" (Gen., II, 9; IV, 9; Mnrc.. X. 35, 36; Matth., XX, 21, etc.).

Si le preguntáis al Santo Doctor por qué Dios, que es rico en misericordia, ha puesto esta condición para la efusión de sus favores más abundantes, os responde en el mismo lugar de sus obras. No es que Dios ignore nuestras necesidades, aunque a veces pregunte, como si no las supiese, para sacarnos la humilde confesión de nuestras faltas o de nuestras miserias (Idem, c. Gent., 1. III. c. 86), o bien para mostrar que nada se escapa de su vista (Marc., II, 8; Luc., V, 22). Pero lo que nos importa soberanamente conocer, y conocer bien, es que Él es la fuente de todos los bienes, y nosotros, de nuestro fondo, nada y miserias; y así, nos pone en la dichosa necesidad de pensar en Él, de conversar con Él, de elevar nuestros espíritus y nuestros corazones por cima de las cosas visibles, hasta el principio invisible de toda bondad, de toda riqueza, de toda perfección, y, en fin, así también afirma los lazos de respeto y amor que deben unirnos con Él como hijos con su Padre, como súbditos con su Rey, como criaturas con su Criador (Marc., II, 8; Luc., V, 22). Pero lo que nos importa soberanamente conocer, y conocer bien, es que Él es la fuente de todos los bienes, y nosotros, de nuestro fondo, nada y miserias; y así, nos pone en la dichosa necesidad de pensar en Él, de conversar con Él, de elevar nuestros espíritus y nuestros corazones por cima de las cosas visibles, hasta el principio invisible de toda bondad, de toda riqueza, de toda perfección, y, en fin, así también afirma los lazos de respeto y amor que deben unirnos con Él como hijos con su Padre, como súbditos con su Rey, como criaturas con su Criador.

Pero, puesto que los adversarios del culto de oración hacia la Virgen Santísima buscan un apoyo en las perfecciones divinas, mostrémosles que esas mismas perfecciones, sabiduría, bondad y misericordia, lejos de condenar la esperanza que ponemos en la intercesión de los Santos, y particuarmente en la mediación de María, la reclaman y la confirman. No pretendamos que sea imposible a Dios el salvarnos si ni los Santos ni su divina Madre intercediesen por nosotros. Podría, seguramente, como podría haberlo hecho sin los Sacramentos, sin la Iglesia y sin los méritos y la muerte de Cristo. ¿Quién tiene derecho para poner límites a su poder? Lo que afirmamos es que ha escogido, entre todas las sendas que se le ofrecían para obrar la santificación de los hombres, la más conveniente a sus perfecciones divinas y la más en armonía con nuestra naturaleza. Esta verdad no tiene ya que ser demostrada: tanto resalta y tan claramente de las páginas que anteceden; va, sin embargo, a resaltar con mayor evidencia en la cuestión que estamos ahora examinando.

Nos oponéis la bondad de Dios. Pero, ¿ignoráis que la más hermosa manifestación de esa Bondad inefable es, no sólo comunicar su perfección particular a cada una de las criaturas, sino también, sobre todo, hacerlas cooperar bajo su acción todopoderosa, ya a su propio desarrollo, ya a la perfección de sus otras obras? Hubo en la Edad Media filósofos tan ciegos que negaron toda actividad productiva fuera de la Dios. A tan absurda pretensión, los Doctores católicos (Dionys., *de Caelest. Hierar.*, c. 8, 2. P. G., III, 167; col. I Cor., III, 9), y notablemente

Santo Tomás, oponían, entre otras razones, la excelencia de la bondad divina; porque gloria suya es el hacer participar a las criaturas de su poder, después de haberlas hecho participar de su ser. Nada hay tan divino como ser cooperador de Dios mismo (S. Thom., *in Sent., IV*. D. 45, q. 3, a. 2, in corp. et ad 1).

A estas ideas se refiere otro punto de doctrina respecto del cual ha debido mis de una vez la Iglesia Católica rechazar los ataques de la herejía. ¿Por qué hace falta **merecer**, preguntan; por qué **satisfacer**, cuando Dios podría darlo todo, y perdonarlo todo, independientemente de nuestros méritos y de nuestras satisfacciones? ¿No es, por ventura, bastante rico y buatante bueno? He aquí la respuesta del Doctor Angélico: "*Magis est homini gloriosum ut peccatum commissum plenarie satisfaciendo* (per Christum) *expurget, quam si sine satísfactione dimitteretur; sicut etiam homini magis gloriosum est quod vitam aeternam ex meritis habeat, quam si sine meritis ad eam perveniret: quía quod quis meretur, quodammodo ex se habet, in quantum illud meruit. Similiter, satisfecho facit ut satisfaciens sit quodammodo causa suae purgationis*" (S. Thom., *in Sent*,, III, D. 20, q. 1, a. 1, sol. 2). Y en otro lugar: "*Es cosa más noble tener un bien por si mismo, que tenerlo de otro.* (¿No es, acaso, soberana dignidad de Dios tener en Sí mísmo la razón última de su Ser y de su perfección, **de ser por Sí mismo**...). A*hora bien, la primera causa por autoridad de todos nuestros bienes es Dios... Sin embargo, puede ser que una criatura se convierta secundariamente para sí misma en causa de algún bien propio, en tanto en cuanto coopere con Dios, que se lo da. Potest tamen secundario aliquis esse causa sibi alicujus boni habendi, in quantum scilicet in hoc ipso Deo cooperatur. Y así, adquiriendo un bien por su mérito personal, lo tiene, en cierto modo, por ella misma. Y he aquí por qué es cosa más gloriosa poseer un bien por mérito, que recibirlo sin mérito alguno*" (S. Thom., 3 p., q. 19, a. 3).

Por consiguiente, aunque Dios no tiene necesidad de nadie, comunica en el grado que quiere su divina Sabiduría, la dignidad de las causas a las obras de sus manos, y se honra Él a Sí mismo honrándolas a ellas. No es tampoco, por tanto falta de misericordia, sino sobreabundancia de la misma, si quiere que los ángeles y los Santos sean, en cierto modo, cómplices de su clemencia y nos ayuden con su intercesión cerca de Él, puesto que la compasión que les mueve a socorrernos con sus auxilios es una emanación de su misericordia infinita (S. Thom., e. Gent., 1. III, c. 69). Una fuente no pierde nada alimentando con sus aguas a otras fuentecillas que de ella nacen.

Añadamos otra consideración no menos digna de atención. Siendo Dios la unidad por esencia, busca la unidad en sus obras, por múltiples que puedan ser, y las señala con el sello de la unidad. Ahora bien: lo que produce la unidad en el orden entre las criaturas de Dios, el nudo que las una unas con otras, es, ante todo, la mutua dependencia en que las mantiene la influencia que las más ejercen en provecho de las otras bajo el gobierno de Dios. Romped este lazo; que no haya entre las criaturas este cambio de servicios, este incesante comercio de acciones y reacciones: no habrá tampoco ni unidad, ni orden, ni armonía (S. Thom., c. Gent.).

Por consiguiente, también bajo este aspecto es ultrajar a la Bondad, tanto como a la Sabiduría divina, el querer quitar de sus obras lo que en ellas es la causa y el sello de la unidad. Nadie creemos que sea tan ciego que conceda al mundo de la naturaleza esta manifestación de las perfecciones divinas y se la niegue al mundo sobrenatural, en el cual esas mismas perfecciones deben resplandecer con un brillo incomparablemente más vivo. He aquí por qué el Apóstol, en más de un lugar de sus Epístolas, ha propuesto la unidad de los miembros en el

Cuerpo de Cristo como insigne privilegio de la Iglesia. Y ¿no tienden a perfeccionarla los diferentes ministerios del Nuevo Testamento, y más aún la presencia y la acción del Espíritu Santo, obrando y permaneciendo en la Iglesia hasta la consumación de los siglos? (I Cor., XII, 4-31; Eph., IV. 3-17).

Los mismos principios bastan para resolver otra objeción corriente contra el dogma de la intercesión de la Virgen Santísima y de los Santos. Esperar en su asistencia y reclamar sus sufragios cerca de Dios es -dicen también los herejes antiguos y modernos- hacer injuria a los méritos de Cristo, como si no fuesen ellos bastante poderosos para hacernos valer todas las gracias. Sí; ciertamente, los méritos de Cristo son de tanto precio que pueden pagar la universalidad de los dones sobrenaturales que esperamos de Dios. Locura sería el contar con la intercesión de la Virgen y de los Santos por la razón de que el crédito del Salvador tiene necesidad de apoyarse en el crédito de María y de los Santos. Pero ¿quién ha pensado semejante cosa entre los católicos? La esperanza que tenemos de ser ayudados por los elegidos del cielo no lleva a una consecuencia tan disparatada; entonces habría que decir que los Apóstoles San Pedro y San Pablo se habían miserablemente contradicho uno y otro, puesto que, después de haber ambos tan maravillosamente exaltado la virtud de la sangre de Cristo, rogaron por los fieles y se recomendaron ellos mismos a las oraciones de éstos.

Ciego es, lo repetimos, el que no vea que es una gloria para Jesucristo el que los Santos puedan obtenernos los favores del cielo apoyándose en sus méritos; porque por Él piden y por Él obtienen. *Per Dominum nostrum Jesum Christum*: por Jesucristo Nuestro Señor, dice la Iglesia de la tierra; por Jesucristo Nuestro Señor, dice también la Iglesia del cielo. Cuando los elegidos de Dios presentan humildemente sus propios méritos, no olvidan que esos mismos méritos no tienen ni existencia ni valor sino por los méritos y la meditación del Salvador Jesús.

De igual modo, pues, que las causas segundas, en el orden natural, proclaman con sus operaciones el poder y la bondad del Creador, que les ha dado el sér y el obrar, así las oraciones de los Santos y sus méritos cerca de Dios son el testimonio más brillante de la virtud encerrada en los méritos de Cristo. Todos esos intercesores pregonan su gloria, porque si sus oraciones son escuchadas es porque ruegan en su nombre. Pregonan al mismo tiempo su inagotable bondad, puesto que, porque los ama, porque quiere glorificarlos, porque son sus miembros, les ha dado participación en su poder de impetración y en su oficio de Mediador cerca del Padre.

La doctrina católica es tan bella que nunca se profundizarán bastante sus analogías y conveniencias. El Apóstol San Juan, en la primera de sus **Epístolas**, invita a los cristianos "*a considerar cuán grande es para nosotros la caridad del Padre, puesto que nos ha concedido el llevar el nombre de hijos de Dios, y serlo, en efecto. Sí* -les dice- *somos desde ahora los hijos de Dios*" (I Joan., III, I, 2); los hermanos —añade San Pablo— y los coherederos de Jesucristo, su primogénito (Rom., VIII, 17); no, sin embargo, como Él, por naturaleza, sino por misericordia y gracia. Y este privilegio, lejos de rebajar la grandeza del Hijo Unigénito, es su más brillante manifestación.

En efecto, la gloria de Dios es ser de tal manera grande, bueno, rico y hermoso, que, sin agotarse ni empobrecerse puede a toda hora derramar sobre sus criaturas torrentes de bon-

dad, de riquezas y de hermosura. Así, la gloria del Hijo natural es poder -sin dejar de ser el Unigénito, el único en la icomunicable sublimidad de su esfera- convertirse, en su cualidad de hombre, en el inefable instrumento de las adopciones paternales.

Pretender excluir éstas por el honor del Hijo Unigénito es decir: o que la perfección de este Unigénito es tan limitada que no puede comunicarse sin decaer, o que la sangre derramada por Él en el Calvario no es de bastante precio para poder pagar sobreabundantemente la dignidad de los hijos de adopción. En cuanto a nosotros, ¡oh Jesús!, Hermano nuestro y Dios nuestro, te presentas y nos pareces tanto más bello, más rico y más amado tanto más el Unigénito del Padre, cuanto este Padre te da más hermanos y coherederos. El brillo de éstos realza tu grandeza, y cuantos más vemos agrupados a tu alrededor, más, ¡oh, Señor!, te admiramos y te amamos.

Trasladad estas ideas al poder de intercesión, y comprenderéis cómo la muchedumbre de los intercesores, lejos de eclipsar la gloria del único Mediador, que es Jesucristo, la revela y la aumenta y le da entre los ángeles y los hombres un esplendor siempre creciente; porque si ruegan es por Él, y su oración es a medida de la Virtud que le han impreso los propios méritos de este Señor.

Estas consideraciones generales bastarán, aun prescindiendo de todo lo demás, para hacer comprender cuán justo es y cuán natural que Jesucristo confíe a su Madre el poder de intercesión que admiramos en Ella. María es Madre de Dios; por consiguiente, el Señor se debía a Sí mismo el glorificarla sobre todas las criaturas. Y puesto que la gloria de las criaturas es cooperar a las obras divinas, a aquellas, sobre todo, que se encaminan a la perfección sobrenatural de los hombres, era preciso que las oraciones de la Virgen bendita, apoyada en su Amado, tuviesen siempre libre acceso al trono de la misericordia, porque rogando es como puede hacer descender sobre nosotros las gracias de la salvación.

No olvidemos, al reconocer en María la primacía de la intercesión, que, aun considerando las razones que le son comunes con los otros Santos, tiene Ella títulos exclusivamente propios. No los explicaremos otra vez: sería repetir lo que sobreabundantemente hemos desarrollado en esta segunda parte. Más vale pasar a la conclusión que se desprende naturalmente de tales verdades.

III. Si las efusiones de la gracia sobre los hombres están unidas a las intercesiones de los Santos, y muy especialmente a las de María, bueno es para nosotros y saludable, y está en las intenciones de Dios, que nosotros, por nuestra parte, recurramos a la oración y a su mediación. Lo embarazoso no es hallar las pruebas de esta consecuencia, sino escoger entre la multitud que se presentan.

Primero sería fácil aplicar a este punto los argumentos de conveniencia con los cuales hemos, hace poco, establecido el anterior. En efecto, por esta invocación se consuma la unidad que Dios ha querido poner entre sus criaturas cuando ha hecho depender de la intercesión de María la concesión de las gracias.

Por eso también asegura Dios Nuestro Señor a su Madre la completa glorificación que para Ella quería al comunicarle el privilegio de ser el instrumento privilegiado de sus miseri-

cordias ¿Sabríamos bastante que nuestra salvación está en sus manos si no tuviéramos que implorar su asistencia y reconocer, al rogarla, que es verdaderamente nuestra Bienhechora y nuestra omnipotente Abogada cerca de Dios? ¿Tendría Ella plenamente este consuelo y este gozo, el más delicado para una madre, de hacernos bien, si no tendiésemos las manos hacia Ella; si no fuésemos a echarnos suplicantes en sus benditos brazos; si no tuviéramos que gritarle desde el fondo de nuestra miseria: *Illos tuos misericordes oculos ad nos converte*; si recibiéramos sus beneficios sin tener que apelar a su Corazón: a su Palabra: si no fuera menester que oyera nuestras plegarias antes de rogar Ella misma por nosotros?

Harto lo sabemos; los hombres se preocuparían poco de celebrar las alabanzas de Dios una vez que se viesen libres de la necesidad de elevarse a Él por la oración a fin de obtener sus auxilios; y esto es lo que Nuestro Señor comprendió muy bien, puesto que hizo del culto divino, es decir, de la asistencia al Santo Sacrificio, de los Sacramentos y de las otras partes de la Liturgia sagrada, el canal por el cual nos habían de venir las gracias. Así sucedería con tu culto, ¡oh, Santa Madre de Dios!, si el beneficio de tu intercesión cerca de tu divino Hijo no estuviese unido en gran parte a las oraciones que llevamos al pie de tu trono o que ponemos en tus manos para que te dignes presentarlas Tú misma en nombre nuestro. Vano sería que nos predicaran que eres toda hermosa, toda santa, la más elevada de las criaturas, la más amable, la Madre del Señor y la nuestra; en vano añadirían que todas las gracias derramadas por Dios sobre los hombres dependen de tu intercesión, de tal modo que todo don de la Bondad divina debe pasar por tus manos antes de llegar hasta nosotros; estos motivos y otros más serán débiles aún para llevar los hombres a tus pies con el corazón penetrado de respeto, de gratitud y de amor, si el ejercicio de tu mediación no dependiese de los homenajes que te rinden y de las súplicas que te ofrecen. La prueba la tenemos en un fenómeno que se observa diariamente. ¿Qué es lo que llevamos a tus santuarios preferidos?, ¿qué nos mueve a ir a tus altares?, ¿qué encierran perpetuamente nuestros himnos de alabanza? Peticiones, y siempre peticiones. Somos como esos niñitos que corren al seno de su madre cuando desean mucho algo que ella sola puede satisfacer y que la olvidan fácilmente cuando nada tienen que reclamar de su ternura: En el cielo, ni nuestra alabanza ni los testimonos de nuestro amor tendrán necesidad de semejante estímulo. Pero entonces habrá pasado la imperfección presente; entonces, sobre todo, te cotemplaremos en todo el esplendor de tu gloria, de maternal bondad y de todas tus perfecciones.

¿Queréis más razones de conveniencia? ¿Por qué debemos rogar a Cristo, *per Dominum nostrum Jesum Christum*, cuando vamos a Dios a pedirle gracias? Porque ha decidido concederlas por este Señor. Ahora bien: esto mismo nos lleva a rogar también a la Madre de Dios, porque también por Ella derrama Cristo sobre nosotros las gracias que Él ha merecido. Por consiguiente, el mismo orden de Providencia que nos manda implorar la misericordiosa bondad del Salvador exige que recurramos a la Madre como la universal repartidora de los dones celestiales.

Hace poco mostrábamos a los pequeñuelos refugiándose en el seno maternal siempre que se ven amenazados de un peligro o aguijoneados por una necesidad. Es, decíamos, el modelo que debemos imitar. Pero, ¿para qué hablar de los niños ordinarios? Vayamos a Nazareth y contemplemos otro Niño, Aquel de quien nos dijo el Profeta: "*Un Niño nos ha nacido; un hijo nos ha sido dado*" (Isa., IX, 6). Ved cuán humilde, respetuosa y amorosa es su de-

pendecia de su Madre divina; pero ved también cómo recurre a su tierna solicitud para recibir todos los cuidados reclamados por su estado de debilidad y flaqueza; y es que Él sabe que ha sido entregado por el Padre a su maternal providencia. Ahora bien: ¿qué somos en el orden de la gracia con relación a María? Niños pequeños, y menos aún: niños en formación. Por consiguiente, hagamos como Jesús: no sólo amar y venerar a esta Madre, sino también buscar, con nuestras oraciones, rogándola, todo lo que puede contribuir a la conservación y al desarrollo de nuestra vida sobrenatural y divina.

Por esto la Santa Iglesia no deja de invocar a Maria, como ya hemos visto. Ni un instante hay del día ni de la noche en que esta hija primogénita de la Madre de los hombres no este de rodillas ante Ella para solicitar su maternal y poderosa protección. Y este culto de oración no cesa tampoco de recomendarlo a los fieles, a sus hijos, tanto por vía de insinuación y consejo como por vía de autoridad. Por vía de autoridad, cuando los llama a ciertas fiestas de María y los obliga con un precepto expreso a celebrarlas con Ella. Por vía de consejo y de insinuación, cuando les recomienda mil prácticas saludables en honor de la Reina del Cielo, prácticas que, ante todo, son oraciones. Por consiguiente, y para terminar, nada más conveniente, nada que se armonice más felizmente con los privilegios y el oficio de María en la obra de la salvación que el culto de invocación que los fieles de Cristo le han rendido siempre a esta Señora.

Necesidad de invocar a Maria

Más sobre el culto de invocación de la Virgen Santísima.—¿Es necesario este culto a los hombres?—Y si lo es, ¿con qué necesidad? —Ultima pregunta: ¿Cómo y en qué medida puede ser considerado el culto de la Madre de Dios como una nota de la Verdadera Iglesia de Cristo?

I. Queda por resolver otra grave cuestión ¿Es, no sólo una conveniencia soberana, sino también una necesidad, el tener a la Virgen Santísima la devoción filial que se traduce por la oración? En el fondo, la cuestión, planteada de este modo, difiere poco de esta otra: ¿hay necesidad, para los hijos de María, de rendir un culto positivo a su Madre? Porque, según ya lo hemos hecho notar, el culto de oración encierra el culto de alabanza, y, recíprocamente, el culto de alabanza es, de una manera más o menos explícita, culto de oración. Hay que confesar también que los teólogos y los maestros de la doctrina espiritual abordan muy raramente esta cuestión, a lo menos para tratarla directamente y, como se dice, *ex profeso*. Prefieren hablar de las incomparables ventajas que reporta la devoción a la Madre de Dios. Todos, sin embargo, no han guardado silencio.

Pero antes de escuchar sus respuestas precisemos los diversos sentidos que puede tener la cuestión. Estos dependen de la manera como se entienda **la necesidad**. Hay lo que se llama**necesidad de precepto**, y **necesidad de medio**. La primera se comprende por sí misma; una cosa es necesaria con necesidad de precepto cuando es mandada por la autoridad legítima. Desde este punto de vista, algunos actos del culto de la Virgen Santísima son necesarios: la celebración de sus fiestas, en la medida que las hace obligatorias la Santa Iglesia. Hablemos,

sobre todo de la necesidad de medio, es decir, de la necesidad de ejecutar tal o cual acto si se quiere obtener o conservar la gracia de la salvación (inútil sería hablar aquí de la necesidad de medio en tanto en cuanto se aplica a otros que a los adultos, o que concierne a los dones que nos constituyen formalmente hijos de Dios, como es la gracia santificante).

Así, la oración en general es necesaria con necesidad de medio, porque orando es como obtenemos de Dios los auxilios indispensables para triunfar de las tentaciones y perseverar en la gracia.

Pero esta misma necesidad tiene sus grados. Hay la necesidad absoluta, tal es, tomando un ejemplo familiar, la necesidad del alimento para sostener y conservar las fuerzas humanas; tal la necesidad del Bautismo para que un hijo de Adán pecador se convierta en hijo de Dios, porque no puede haber ni gracia de adopción, ni salud espiritual, por consiguiente, sin las aguas bautismales (Joan., III, 5. No quiere esto decir que el pecado original no puede ser borrado, sin la recepción actual del bautismo: este sacramento puede ser suplido por el Bautismo de deseo, y por el Bautismo de sangre; pero ni uno ni otro obran sino dependientemente del bautismo real, que contienen *in voto*). Se da también la necesidad relativa, que se llama necesidad moral, como sería la de emplear algún medio de trasporte cuando se trata de un viaje largo y difícil. En absoluto se podría hacer a pie el trayecto de París a Pekín; pero se deja comprender que para tal viaje hace falta el ferrocarril o un barco. Ahora bien: es claro que esta última clase de necesidad puede ser más o menos grande y acercarse más o menos a la necesidad estrictamente dicha, según la naturaleza de las dificultades que hay que vencer. Hay que hacer también una advertencia, que no es indiferente, sobre la palabra **medio**. El medio no es una simple condición: es algo que concurre positivamente al fin para el cual es empleado, Así el bautismo tiene el carácter de causa; la adoración, el de impetración.

Sentadas estas nociones preliminares, investiguemos lo que debemos pensar de la necesidad de la devoción a la Madre de Dios, y especialmente del culto de adoración. He aquí, ante todo, la autoridad del Doctor Angélico. Habla en general de la invocación de los Santos; pero está claro que lo que dice es aplicable, sobre todo a la Reina de ellos. Después de haber establecido la necesidad de la adoración, hace esta pregunta: ¿Debemos rogar a los Santos que intercedan por nosotros? A fin de que nos hagamos cargo bien de la respuesta, traduciremos el texto entero: "*Es orden establecido por Dios entre las criaturas*, según testimonio del Areopagita, *que las cosas inferiores sean llevadas a Dios por las que están en medio*. *Como, pues, los Santos del cielo son los más cercanos a Dios, el* ***orden de la ley divina*** *exige que nosotros, que somos peregrinos alejados del Señor* (II Cor., V, 6), *vayamos a Él por los Santos como intermediarios entre Él y nosotros. Esto tiene lugar cuando la divina Bondad se sirve de ellos para derramar sus efectos. Y porque nuestro ir a Dios debe responder a la venida, a la* ***procesión*** *de sus bondades sobre nosotros, de igual modo que los beneficios divinos nos llegan por los sufragios de los Santos, así es preciso que seamos llevados a Dios de nuevo y por medio de los Santos mismos si queremos recibir nuevos beneficios. Y he aquí por qué los tomamos por intercesores y como nuestros mediadores cerca de Dios cuando les suplicamos que rueguen por nosotros*" (S. Thom., *in Sent.*. IV. D. 45. q. 3, a. 2).

Nada más claro ni más profundo que esta doctrina: los beneficios de la Bondad divina se derraman sobre los hombres por el intermedio de los Santos; por su intermedio también, es decir rogándoles que intercedan por nosotros cerca de Dios, debemos ir a las fuentes de la misma Bondad para sacar de ella nuevas efusiones. Ya lo hemos oído: **esta ley** en virtud de la

cual el orden de la oración debe responder al orden de los beneficios, Dios mismo la ha establecido; los beneficios descienden del Señor por mediación de los Santos, y por el mismo conducto debe subir la oración al Señor mismo.

Tal es la doctrina enseñada por el Angel de las Escuelas sobre la necesidad que tenemos de invocar a los Santos en general, y podemos añadir: y a la Reina de los Santos en particular; porque el gran Doctor lo ha enseñado también: la mediación de María sebrepuja a la de los otros elegidos. En substancia, quiere decir esto: debemos todas las gracias a la intercesión de María; por consiguiente, nos es necesario pedirlas por medio de Ella. Por consiguiente, todo lo que demuestra que Ella es el canal necesario de los favores divinos prueba igualmente, al mismo tiempo, que Ella debe ser el objeto y el canal de nuestra oraciones.

Pero sabemos ya que esta proposición: "*todas las gracias nos vienen de Jesucristo por intercesión de María*", no es idéntica a esta otra: "*no se obtienen las gracias de Dios sino con la condición de pedirlas por Ella*". En efecto: se puede concebir, y de hecho sucede que María nos obtenga gracias aunque no las hayamos pedido. Por tanto, se engañan los que, sin explicaciones de ninguna clase, traen el pasaje siguiente, de San Alfonso Ligorio, para establecer directamente la necesidad del culto de oración hacia la Santísima Virgen:"*Decimos*, con el P. Suárez, *que, según el sentimiento universal que hay actualmente en la Iglesia, la intercesión de María no nos es solamente útil, sino necesaria. No se trata, sin embargo, de una necesidad absoluta; sola la mediación de Cristo nos es absolutamente necesaria, sino que se trata de una necesidad moral, fundada sobre esta razón, que es el pensamiento de San Bernardo: que Dios ha resuelto no concedernos gracia alguna más que por la intercesión de su Madre*" (S. Alph. Lig., *Glorias de María*, p. 1, c. 5). Los que se han apoyado sobre este texto no han comprendido bastante que enuncia solamente la necesidad de las intercesiones de María por nosotros. Por lo demás, no lo dudamos, el piadoso y erudito siervo de la Virgen Santísima hubiera deducido, como una conclusión natural de esta primera verdad, la necesidad en que estamos de invocarla nosotros mismos, si hubiera sido el lugar propio de recordarla; porque en su **Tratado de la oración** reconoce expresamente, siguiendo a Santo Tomás, cuyas palabras transcribe, las mismas que citábamos hace poco, el encadenamiento necesario entre una y otra proposición (S. Alph. Lig., *Del gran mezzo delta preghiera*, c. 1, t. XVII. Torino, 1827).

Suárez, a quién hace alusión en su texto, ha señalado netamente la misma relación. Después de haber expuesto el inmenso poder de la Virgen Santísima cerca de Dios, su tierna solicitud por nuestra salvación y la multitud y perpetuidad de las invocaciones que la Iglesia hace subir hasta Ella, concluye y deduce así; "*Por consiguiente, la Iglesia estima que la intercesión de la Virgen nos es más útil y más necesaria que la de todos los otros Santos; por consiguiente, también, debemos invocarla más que a todos los otros juntos*" (Suárez, *De mysteriis vita Christi*, D, XXIII, s. 3, in fine).

Muchos autores, por ejemplo, el Beato Grignion de Montfort tienen títulos como éste:"*Excelencia y **necesidad** de la devoción a la Santísima Virgen.*" Ahora bien, la explanación que sigue a esos títulos demuestra en casi todos que la mediación de María es, después de la de Jesucristo, el canal universal de las gracias (B. L. M. Grignion de Monfot, *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*. I p,, S 1, p. 9. París, 1852), "*de tal modo* —añade el Beato—, *que no se debe confundir la devoción de la Santísima Virgen con la de los otros Santos, como si no fuese más necesaria, y como si fuese sólo de superrogación*" (B L. M. Grignion de Monfort, *Tratado de la*

verdadera devoción a la Santísima Virgen, p. 24), lo que confirma con la autoridad de los más Santos Doctores.

II. En efecto: sería bastante fácil acumular testimonios en los que el culto y la invocación de María están **indisolublemente** ligados con esta idea de la mediación universal. San Bernardo, en especial, los ofrece en cada página de sus discursos sobre la Madre de Dios:"*Ya habréis notado, según creo, que la Virgen regia es el camino por el cual ha venido el Salvador hasta nosotros, saliendo de su seno como el Esposo del lecho nupcial... Así, pues, amados míos, esforcémonos en subir también por medio de Ella hasta Aquel que por Ella ha bajado hasta nosotros... Sí, Virgen bendita: que por Ti tengamos acceso a tu Hijo; por Ti, Madre de la gracia, de la salud y de la vida. Que nos acoja por Ti Él que nos ha sido dado por Ti...*" (S. Bernard., *Serm. 2 in Adventu*, n. 5. P. L„ CLXXXIII, p. 49). Y en otro lugar: "*Honremos a María con todo nuestro corazón, con todos nuestros afectos, con todos nuestros deseos; tal es la voluntad de Aquel que quiso dárnoslo todo por María... Por consiguiente, cualquier cosa que tengáis intención de ofrecer, acordaos de confiarla a María a fin de que la acción de gracias, subiendo al Autor de la gracia, corra por el mismo cauce bendito por donde nos ha venido la gracia... Quizá estén vuestras manos manchadas de sangre; quizá no las tengáis puras de toda dádiva... Así, pues, lo poco que pretendéis ofrecer, ofrecedlo por las purísimas y dignísimas manos de María si no queréis ser rechazados*" (S. Bern., *Serm. de Aquaeductu*, n 7, 1S. P. I. CLXXXIII. 441, 448). Lo repetimos: estas dos cosas son correlativas para la Madre como para el Hijo. Viniéndonos todas las gracias por ellos, igualmente por ambos deben pasar todas nuestras oraciones, todas nuestras ofrendas y todos nuestros votos.

El autor del **Espejo de la Virgen** ha leído y entendido esta necesidad de recurrir a la intercesión de María para encontrar a Jesús y su gracia en el texto en que el profeta anuncia, bajo el emblema de un tallo y de su flor, la Encarnación del Dios hecho hombre (Is., XI, 1, 2. "*Y saldrá un vastago de la raíz de Jessé, y una flor subirá de su raíz. Y el Espíritu del Señor descansará sobre el*"). "*Todo el que quiera adquirir la gracia del Espíritu Santo debe buscar la flor en el tallo, es decir, a Jesús en María; porque por el tallo llegaremos a la flor, y por la flor al Espíritu de Dios. ¿Queréis tener esa flor?; pues inclinad el tallo con vuestras oraciones*" (*Speculum B. M. V.*, citado por San Alfonso, *Glorias de María*, I p.f c. 5, § 1, t. I. p. 156).

Las anteriores consideraciones pueden dar la explicación de un problema que a veces se presenta. Si la Santísima Virgen está tan llena de bondad y es tan poderosa cerca de su Hijo, ¿cómo es que tantos pecadores, cuya miseria atraería la misericordia, sienten tan poco los efectos de su intercesión? Primero habría que preguntar esto otro: ¿Sabemos lo que hace por ellos? Pero, además, hay una respuesta bien convincente y tangible. ¿Honran esos pecadores, ruegan a la Madre de la misericordia? ¿Son de aquellos que desde el lodazal de sus vicios elevan hasta Ella gritos de angustia, gemidos y suspiros? Si descuidan el hacer esto, ¿podemos extrañar que la Señora use parcamente su poder para con ellos? ¿Tiene Ella la culpa de que no realicen las condiciones que, según las leyes establecidas por Dios misino, les valdrían su protección maternal? María es siempre el canal de la gracia divina; pero hay que ir a él para beber sus aguas.

Santo Tomás, tratando de la invocación de los Santos, ha escrito estas hermosas palabras:"*Recurrir con pura devoción a cualquier Santo, en medio de nuestrus necesidades, es merecer que el Santo ruegue por nosotros*" (*In Sentent*., IV, D. 45, q. 3, a. 2, ad 5). Vosotros, que descuidáis el refugiaros suplicantes cerca de vuestra Madre, ¿cómo os quejáis de no estar sostenidos por

Ella, puesto que voluntariamente os hacéis **indignos** de su protección? Pero si no es el descuido o la indiferencia la que os detiene, sino la conciencia de vuestro miserable estado, acercaos sin temor a esta Madre de Misericordia y suplicadla que os obtenga la gracia y el perdón. Ella lo hará no lo dudéis; por muchos y muy grandes que sean vuestros crímenes, vuestra devoción os ha hecho dignos de ser escuchados favorablemente.

Recordemos también otra verdad, que ya hemos hecho resaltar en otro lugar. El amor que nos tienen los Santos se mide por una doble unión; es decir, por la unión que tenemos nosotros con la Bondad divina, motivo primero de ese amor, y por la unión que nosotros mismos tenemos con ellos. Por consiguiente, todo lo que tiende a relajar los lazos de esta doble unión, por eso mismo propende a disminuir los efectos de la solicitud maternal de María, puesto que dichos lazos son claramente proporcionados a su amor. Ahora bien: si, por un lado, honrarla y rogarla es afirmar la cadena de amor entre Ella y nosotros, ¿no será aflojar y debilitar esa cadena, por otro lado, el no querer ni ofrecerle alabanzas, ni dirigirle súplicas? ¿Qué más se puefie hacer para serle como un extraño?

Notémoslo bien: no queremos decir que por no rogarla no recibiremos de Ella gracia alguna. Esto sería contrario a la doctrina católica, que nos muestra a la gracia adelantándose a toda oración. Tampoco afirmamos que María, por un extraordinario efecto de su misericordia, no interceda alguna vez y de un modo eficacísimo por pecadores que la olvidan. Lo que pretendemos asentar es que, siguiendo la regla común, serán sus sufragios tanto más ciertos y abundantes cuanto mayor respeto, amor y confianza tengamos hacia Ella; en otros términos: cuanto más prácticamente seamos sus hijos (Leemos en el himno *Sacris solemniis* del Oficio del Santísimo Sacramento: *Sic nos tu visita, sicut te colimus*. La regla general a la que se ajustan las visitas de María está expresada en estas pocas palabras).

Hay también que notar que no hablamos aquí sino de los pecadores que voluntaria y conscientemente se alejan de su Mediadora. No honrarla ni rogarla porque se la ignora, cuando por otra parte estarían dispuestos, según las disposiciones del corazón, a echarse en sus brazos si se tuviera la dicha de conocerla, es ya rendirle un culto de invocación, no explícito, pero sí implícito. Ocurre en esto algo parecido a lo que sería el bautismo **de deseo**,*in voto*, hasta para aquellos mismos que jamás han oído hablar de bautismo; o, mejor aún, lo que la fe en el Redentor para hombres que, ignorando el Evangelio, creyeron en la providencia de un Dios, Padre y Remunerador. María, que, por el privilegio de su bienaventuranza, penetra hasta el secreto de los corazones, puede ver en ellos esos gérmenes de oraciones, y esto basta para que haga descender por su intercesión el rocío de las bendiciones celestiales sobre esos corazones así dispuestos.

Hacemos alto en estas reflexiones; pero no será sin transcribir antes algunos pensamientos, muy propios para excitarnos a rogar a María, nuestra Madre y nuestra Mediadora. "*Peligroso es* —escribía Adán de Persenia— *alejarse de Aquella en quien están encerradas como en un depósito, para sernos comunicadas, las delicias de nuestra suavidad, las riquezas de la salud, la sabiduría y la ciencia... Cristo, conmovido de la miseria y de los gemidos de los pobres, vino del Corazón del Padre al Corazón de la Virgen para depositar en él el tesoro de los indignos, esto es, de todos nosotros. He aquí por qué no juzgo que sea seguro el vivir separado de Ella. ¿Quién, pues, me asistirá si yo descuidase el recurrir a la misericordia de esta benignísima Señora?*". Adam.. abbas Persini-

ae. *Fragmenta Mariana*, Frag. 7. P. L., CCXI, 754. Es digna de leerse en el mismo volumen una carta del mismo abad a un adolescente de alta nobleza, en donde le recomienda, del modo mas enérgico y conmovedor, que honre a la Virgen Santísima y que la ruegue como a su Madre, como a su nodriza, como su esposa y su amiga, si quiere conservar intacto el tesoro de su pureza).

Antes de este devoto autor había escrito ya San Ildefonso en su libro de la **Virginidad de María**: "*Venid conmigo a esta Virgen, no sea que sin Ella vayáis al infierno. Venid; escondámonos bajo el manto de su poder para no vernos un día cubiertos de confusión como de una vestidura*" (C. 4. P. L. XCVI, 69). Y algunos siglos más tarde debía oírse al autor del**Salterio Mayor de la Virgen** repetir, a su vez: "*Quien la honrare dignamente será justificado; pero quien la abandone morirá en sus pecados. ¡Sí!, Dulce Señora, lejos están de la salud los que no saben conocerte; pero aquel que persevere en rendirte sus homenajes no tiene que temer la perdición; si Tú nos asistes, viene el refrigerio; si Tú apartas de nosotros el rostro, desesperamos de la salvación*" (S. Bonav., Psalter. majus P. V., psalm. 116. 118 et 99. Opp., t. XIV (ed. Vives), pp. 215, 216 et 213). Recordemos, en fin, cuántas veces los autores espirituales, a ejemplo de la Iglesia, interpretando de María lo que dice la Escritura de la Sabiduría divina, han puesto en labios de la Virgen Madre estas palabras: "*Todo el que peque contra mí, hiere su alma. Todos los que me odian, aman la muerte*" (Prov., VIII, 36).

III. Imposible es, después de todo lo que antecede, no tener como necesario, con necesidad de medio, el culto de oración hacia la Madre de Dios y celestial Madre nuestra; entiéndase de la necesidad que los teólogos han calificado de necesidad moral o relativa. En cuanto a determinar de una manera precisa con qué medida precisa de invocaciones se puede satisfacer esa necesidad, habría temeridad en hacerlo, pues esta medida depende de múltiples y variadas circunstancias. Todo lo que podemos afirmar es que cuanto más numerosas y fervientes sean nuestras invocaciones, más largamente también recibiremos los dones celestiales que ha querido Dios dispensar por intercesión de su Madre.

La célebre máxima: "*Fuera de la Iglesia no hay salvación*" ha sido a veces modificada de manera que se ha entendido de la Virgen Santísima: "*Fuera de María no hay salvación.*"¿Que pensar de esta aplicación? Que es exacta siempre que sabiamente se interprete. Por consiguiente, fuera de María no hay salvación; porque si María no nos hubiera dado libremente al Redentor, estaríamos aún en nuestro pecado de origen: ni la gracia se derrramaría sobre los hombres ni el cielo les estaría abierto. Fuera de María no hay salvación, porque no hay salvación sin la gracia, y toda gracia, aun después del Calvario, nos viene por su intercesión. Fuera de María no hay salvación, porque no honrar a María, no rogarla, en una palabra, alejarse de Ella, es privarse, en cuanto depende de uno, de la asistencia de esta Señora cerca de Dios.

La primera de estas interpretaciones es absolutamente incontestable. Mostrado hemos cuánto se apoya la segunda sobre la autoridad de la Escritura y de la tradición; cuán imposible es hasta ponerla en duda tratándose, no ya de una totalidad de gracias que no admite excepción alguna, sino de aquella universalidad que comprende la mayor, la máxima parte de los beneficios del orden sobrenatural. En cuanto a la tercera, no vemos el por qué negarle una certeza igual a la de la segunda, puesto que acabamos de probar la necesidad moral, para los adultos por lo menos, de invocar a María si se quiere disfrutar de su protección, es decir, de

una protección por la cual desciendan a nuestras almas las gracias de la salud. Por consiguiente, y sin examinar si es oportuno el emplear esta fórmula sin la correspondiente explicación, se la debe tener por absolutamente cierta en su generalidad. Sin embargo, cuando separadamente se habla de la tercera interpretación, no hay que olvidar lo que hace poco decíamos de los que no recurren a María, no por desprecio o indiferencia, sino porque tienen la desgracia de no conocerla. Así, la máxima "*Fuera de la Iglesia no hay salvación*" no condena a muerte eterna a todo el que no está visiblemente unido por los lazos exteriores a la Iglesia católica. La Iglesia y María pueden tener hijos que no las conozcan; lo que no impide que sean muy dichosos aquellos a quienes Dios ha hecho la gracia de vivir en el conocimiento y amor de una Madre tan poderosa y tan buena.

IV. Llegamos a la última cuestión, que trata, no sólo de cada uno de losf hombres en particular, sino de la misma Iglesia. El culto de la Virgen Santísima, culto de honor, culto de amor y culto de invocación, no es sólo necesario a los miembros de la Iglesia; lo es más aún al cuerpo mismo de la Iglesia; tan necesario, que debe ser considerado como una nota, al menos **negativa**; es decir, como uno de esos caracteres cuya **privación** no es compatible con la verdadera Iglesia de Cristo y descubre manifiestamente una falsa esposa de Cristo.

Hemos dicho una nota negativa, y no una nota absolutamente positiva, porque sucede con el culto de María lo que con los Sacramentos de la Ley Nueva. Hay comuniones cismáticas, y hasta heréticas, que pueden conservar intacto dentro de su seno el depósito de esos tesoros de gracias aunque no sean sus legítimos propietarios y no tengan derecho a distribuir su contenido. Así vemos a las Iglesias orientales separadas de la Iglesia única, Madre y Maestra, permanecer fieles al culto de la Madre de Dios, honrarla en sus privilegios, celebrar sus fiestas y conservarle un amplio lugar en su Liturgia. Este culto no es, pues, ni puede ser lo que se llama una nota positiva, esto es, uno de esos caracteres cuya sola presencia es por sí misma una revelación cierta de la Iglesia de Dios.

Por lo demás, bien consideradas las cosas, uno es el culto de la Virgen Santísima en la verdadera Iglesia y otro en aquellas que, sacudiendo la autoridad de Pedro, han desgarrado la vestidura de Cristo. En la Iglesia es un culto lleno de vida que se desarrolla y va abriendo cada vez más sus flores al sol del amor, tejiendo sin cesar nuevas coronas a María y glorificando su maternidad por sus ricas cosechas de obras santas y de virtudes. En las otras, por el contrario, salvo excepciones más o menos numerosas, el culto de la Virgen, como el mismo cristianismo, se parece bastante a esos árboles medio agostados que, conservando todavía las ramas, no pueden ya producir nuevos tallos, y sólo dan algunas frutas raquíticas. Entrad en esos santuarios profanados por el cisma o por la herejía, y oiréis cantar las antiguas alabanzas consagradas a la Madre de Dios; pero, generalmente, sentiréis que el corazón de donde primero salieron no está ya allí para animarlas; veréis, sobre todo, que esos cantos y esas plegarias no traducen apenas los arranques de amor, ni menos inspiran las abnegaciones de caridad, tan comunes en la verdadera Iglesia de Cristo. Un culto a María no es, pues, un carácter absolutamente infalible de la verdadera Religión. Pero, lo repetimos, es una señal suya absolutamente indispensable. Una sociedad religiosa que lo rechaza o que lo ignora se precia falsamente de ser la esposa inmaculada de Cristo. En efecto, la Iglesia de Cristo es la primera entre los hijos de María. Por consiguiente, las obligaciones filiales que tienen sus hijos para esta Señora son excelentemente suyas, porque debe enseñárselas a ellos con su ejemplo y con

su doctrina. Por consiguiente, faltar a este deber es ser infiel a Jesucristo, y es también renunciar a la mediación de la Reina de los cielos: dos cosas incompatibles con la santidad de la Iglesia.

Añadamos otra consideración, cuyo fondo tomamos de uno de los más sabios profesores del Colegio Romano: Siendo la Religión aquello por lo cual estamos religados con Dios, la Religión cristiana es la que nos une a Él por Cristo Mediador y Salvador. Ahora bien, en la Religión cristiana, sea que se la contemple en la época de su completo desarrollo, sea que se la considere en sus orígenes más lejanos, es decir, desde el momento en que Cristo fué revelado a la humanidad caída como Aquel que debía elevarnos otra vez al Padre, siempre es María la compañera inseparable de Jesús. Siempre y en todas partes está la Madre al lado del Hijo. Por consiguiente, lo que debe religarnos con Dios, lo que nos vuelve a conducir a las cosas del cielo, no es Cristo sólo, sino esa bendita pareja de la Mujer y de su raza. Así, pues, separar a María de Jesús en el culto religioso es trastornar el orden establecido por Dios mismo y, por consiguiente, presentar a los hombres una economía de salvación que Dios no ha instituido ni aprobado; en otros términos, una religión que no es ni puede ser la verdadera Religión cristiana (P. Ludov. Billot, *de Verbo incarnato* (ed. alt). p. 347).

Bienes anexos al culto de María

Beneficios de todos los órdenes para la vida presente. La devoción a la Santísima Virgen, señal y prenda de predestinación. ¿Cómo lo sea y en qué medida? Cuestiones especiales sobre el Escapulario del Carmen y sobre la promesa de salvación hecha a quien lo lleva puesto en el momento de la muerte.

I. La devoción hacia la Santísima Virgen, es decir, la voluntad pronta de rendirle el culto de veneración, de oración y de amor que Ella merece, es, en cierta medida, de necesidad de medio para llegar a la salvación; más necesaria aún lo es para subir a la perfección sobrenatural, a la santidad. Otra cuestión se ofrece ahora derivada naturalmente de aquel aserto. ¿Cuál es la utilidad y cuáles son los frutos de esa misma devoción? Podemos ya dar esta cuestión por resuelta, pues si el culto de la Virgen Santísima es de tal importancia para sus hijos, lo es principalmente por las ventajas inestimables que les procura. Sin embargo, no basta una respuesta tan general. Los autores que han escrito sobre este asunto no se cansan de repetir a sus lectores todo lo que un fiel servidor de la Reina del Cielo puede esperar de su amorosísima y poderosa protección **en cualquier estado** que se encontrare.

Entrar en el pormenor de esos favores sería materia de un libro muy extenso. Nos limitaremos a los puntos principales, estudiando por orden qué ventajas ofrece a los hombres la devoción a María, sea en el presente estado de **viadores**, sea para después de la muerte.

Comencemos por lo que nos toca más de cerca, es decir, por los bienes que nos procura durante los días de nuestra peregrinación sobre la tierra la devoción a la Madre de Dios y Madre nuestra. Resumiremos el mayor número en algunas frases para detenernos más largamente en este fruto de interés universal y fundamental, expresado en la fórmula tan frecu-

entemente repetida: "*La devoción a la Virgen Santísima es una prenda de salvación; la señal de los predestinados.*"

Por consiguiente, cuando preguntáis qué sacan los siervos de María del culto y de los homenajes que rinden a su Señora, Doctores y Santos nos responden unánimemente: todos los bienes. Entre esos bienes, unos se refieren especialmente a las necesidades del cuerpo, a las ventajas de la vida presente: son los bienes naturales, salud, curación de enfermedades, preservación de peligros, éxito en los negocios y en la adquisición de las ciencias, y mil otros semejantes. Otros van directamente al perfeccionamiento del ser espiritual, esto es, a lo que forma, conserva, desarrolla y consuma en nosotros el ser de hijos de Dios, de herederos del cielo.

De estos últimos, sobre todo, es pródiga Nuestra Señora con los que la ruegan y honran, porque son los bienes verdaderos, dignos de ser deseados por sí mismos. En cuanto a los otros, es Ella una Madre tan santa, sabia y buena, que no los reparte indiferentemente a cualquiera que los pide. Antes de abrir el tesoro que los encierra, quiere saber si nos conviene recibirlos. No es, pues, rechazar nuestras oraciones el negarnos a veces esa clase de bienes; muy al contrario, es escucharlas de un modo conforme con su cualidad de Mediadora y de Madre. "*Pedid y recibiréis*", decía el Señor a sus discípulos. La experiencia de los siglos nos enseña y atestigua que la Virgen Santísima puede repetir esas palabras a sus siervos; y si el cielo pudiera abrirse a nuestros ojos y a nuestros oidos, veríamos y oiríamos al celestial ejército de los elegidos afirmar de la devoción de María lo que la Escritura dice de la Sabiduría: "*Todos los bienes me vinieron con ella*". A quien quisiere formarse una idea de las gracias temporales, obtenidas por la devoción a la Madre de Dios, le aconsejaríamos que leyese *la Triple Couronne,* del P. Poiré traité III, ch. 5); *María Deipara Thornus Dei* del P. Spinelli (c. 36); Le Serviteur de la Vierge, del P. Honorat Nicquet (1. I. c. 4); o si prefiere recorrer las homilías de los Padres, verá que no hay favor temporal que no le pidan. Pero, ¿para qué consultar los monumentos del tiempo pasado? ¿No tenemos entre nosotros los santuarios de María, que, con más elocuencia que todos los libros, nos dicen la liberalidad con que se digna responder a nuestras súplícas todas las veces que la gloria de su Hijo y la utilidad espiritual de los que piden no la hacen cambiar en otras gracias los dones temporales que reclaman de su maternal bondad?

II. En el capítulo antecedente, el culto, y sobre todo el culto de oración hacia la Virgen Santísima, se nos presentó en un sentido muy verdadero, como nota negativa de la salud de los hombres. ¿Será permitido el añadir que esta devoción constituye por sí misma una **nota positiva** de salvación? En otros términos: sirviéndonos de las expresiones comúnmente empleadas en esta materia, ¿se puede decir que ser devoto de la Virgen Santísima es tener, aun en esta vida, el carácter, la señal y la marca de los predestinados? Gran cuestión, en verdad, que no puede sernos indiferente si en algo nos preocupamos de nuestros eternos destinos.

¿Hay, en efecto, un problema más capital que éste? ¿Seré del número de los elegidos de Dios o compartiré la suerte de los infortunados que rechazará lejos de su presencia? Los Santos mismos, los grandes Santos, no podían, sin temblar, meditar en esta alternativa. Oigamos a San Bernardo comentando el texto del Eclesiástico: "*Nadie sabe si es digno de amor o de odio*" (Eccl., IX, 1).

"*¡Oh, qué terribles palabras, capaces de turbar hasta las conciencias más seguras! Sí, lo confieso: cada vez que he tropezado con ese pasaje me he llenado de espanto al pensar que nadie puede saber si merece el amor o el odio*", si será salvo o se condenará (S. Bernard., serm, 28*super Cant*.. n. 12. P. L., CLXXXIII, p. 891). Cuando vemos temblar a un San Bernardo, a él, el gran siervo de Dios, ilustre por su vida, por su doctrina, por sus milagros, según lo califica el Martirologio romano; el Padre de los monjes, la estrella brillante del cielo de la Iglesia, como aun lo llaman los Soberanos Pontífices; cuando tiembla él, ¿qué haremos nosotros, tan cobardes en el divino servicio, tan cargados de culpas y tan pobres de méritos? ¿No tenemos motivo para temblar ante alternativa tan terrible, y no buscaremos alguna señal de nuestra futura bienaventuranza, alguna premisa de nuestra predestinación, que levante nuestra confianza y nos preserve de ansiedades excesivas en que es natural que nos arroje semejante incertidumbre?

Ahora bien; una de las señales que animan más, una de las premisas más sólidas, es la devoción a la Virgen María, Madre de Dios. Y no decimos esto por nosotros mismos: es doctrina que se ha hecho común y general en las obras y en los autores que desde hace un siglo han escrito sobre la devoción de la Virgen Santísima. Ha pasado al sentir cristiano, testimonio y garantía de su verdad. Para probarlo casi bastaría enumerar todos los libros en donde la hallamos enseñada expresamente; porque, exceptuando las obras más o menos viciadas por el espíritu del jansenismo, no hay una que la rechace: el lector puede convencerse de ello registrando las bibliotecas. Así piensan los Santos, así los teólogos, así nuestros autores ascéticos, y todos suscribirían de corazón, al menos en cuanto a la substancia, esta proposición de aquel que fué a la vez un gran Santo, un gran teólogo y un gran maestro de Ascética, San Alfonso de Ligorio: "*Es imposible que un siervo de María se condene, siempre que la sirva fielmente y se encomiende a su maternal protección*". (**S. Alph. Lig**.. *Glorias de María*, p. I. c. 8. 5 1).

Ahora bien: esta doctrina no la dan solamente como una piadosa creencia de reciente invención, fundada más sobre el sentimiento que sobre razones convincentes; procuran e intentan apoyarla sobre la autoridad de la Iglesia, de los Padres y de los Santos.

Hemos dicho: sobre la autoridad de la Iglesia. En efecto, la Iglesia, en sus cantos litúrgicos, aplica a María textos de nuestros libros santos, de los cuales puede ser fácilmente deducida esta creencia, una vez que se entienden de la Madre de Dios. Tales son, Por ejemplo, los pasajes siguientes y otros semejantes: "*Amo a los que me aman; y el que me busque de mañana, me encontrará... Mis frutos son mejores que el oro y que las piedras preciosas, y mis productos valen más que la plata probada. Camino por las sendas de la justicia... para enriquecer a los que me aman y llenar sus tesoros*". Amar a la Virgen Santísima es, pues, ser amado le Ella, y poseer su amor es ser rico de los bienes de la gracia. Y esto mismo, ¿qué otra cosa es sino una prenda de salvación para los devotos de María? Consecuencia tanto más notable cuanto que e1 mismo texto hace decir a María:"*Bienaventurado el hombre que me escucha, que vela cada día a la entrada de mi morada y guarda cerca de sus puertas. El que me hable, hallará la vida y acará la salud del Señor*"(Prov., VIII. 34-35). Y en otro lugar: "*El que me creó, descansó en mi tabernáculo y me dijo: Habita en Jacob, pon tu herencia en Israel y extiende tus raíces entre mis elegidos.. Y echá raíz en el pueblo honrado de Dios, y en la parte del Señor, que es su herencia; y mi morada está en la plenitud de los Santos... El que me escuche no será confundido; el que me glorifique poseerá la vida eterna*" (Eccl., XXIV, 12, sqq.).

Cierto que, en el sentido literal, habla aquí el Espíritu Santo de la Sabiduría Eterna y no de la Virgen María. Pero, puesto que la Iglesia los ha aplicado tantas veces para exaltar a la que llamamos Madre de la divina Sabiduría, deben, a lo menos, expresar por analogía lo que Dios la ha hecho en sí mismo y para nosotros. Ahora bien; lo repetimos; tales palabras, puestas en labios de María, no responderían a su natural significado si no hubiese el más estrecho encadenamiento entre su culto y la predestinación.

También hemos dicho: sobre la autoridad de los Padres y de los Santos. Esto es, en efecto, lo que significan gran número de oraciones dirigidas por ellos a la dulcísima Madre de Dios. "*¡Oh, María!* —le decía San Anselmo—, *te lo suplico encarecidamente: que por la gracia que Dios te ha hecho de estar contigo, y Tú con Él, que por esa gracia me concedas que tu amor esté siempre conmigo y el cuidado de mi alma contigo... De igual modo, en efecto, ¡oh, Virgen bendita!, que perecerá necesariamente aquel que se aleje de Ti y a quien Tú abandones, así es imposible que perezca aquel que se vuelve hacia Ti, y a quien Tú tomas bajo tu custodia*".

Y en otro lugar: "*Virgen singular, Virgen soberana y perpetua, Tú que eres sola Madre y Virgen, Santa María... Yo te ruego y te pido, aunque indigno, una sola cosa en nombre de tu muy amado Hijo. Dale a este miserable un continuo y perpetuo recuerdo de tu dulcísimo nombre. Que sea el suavísimo y delicioso alimento de mi alma. Que me esté presente en todos los peligros, presente en mis angustias, presente al principio de todas mis alegrías. Si, por la gracia de Dios y la bondad tuya, merezco obtener este favor, ciertamente que no temeré la perdición eterna. Siempre tendré, para protegerme, tu gracia y su misericordia. Y cuando esté sumergido en los abismos del infierno, vendrán en ellos a buscarme, y a sacarme de ellos para devolverme a tu Hijo, Jesucristo nuestro Señor, que me ha rescatado y lavado con su sangre divina*" (S. Anselm., Orat. 49. P. L., CLVIII, 940)

¿Acaso es cosa rara y sorprendente esta confianza y esta seguridad? "*La Madre de Dios es nuestra Madre; la Madre de Aquél en quien está toda nuestra esperanza, y a quien sólo debemos temer, es nuestra Madre; la Madre, digo, de Aquél que solamente salva y condena es nuestra Madre*". ¿Concíbese siquiera que, siendo lo que es, pueda rechazar a un hijo desgraciado y culpable que la implora, o que su oración no sea escuchada cuando quiere llevarlo arrepentido a los brazos de Cristo? Y esto mismo, ¿no es una prenda de salud para el pecador más desesperado que la invoca? Por eso Eadmer, educado en la escuela del glorioso Pontífice de Cantorbery, no temía decir, en su libro De la Excelencia de la Bienaventurada Virgen María: "*Haber recibido, al menos, la gracia de pensar con frecuencia y con dulzura en María es, según creo, una gran señal de merecer la salvación*". Es también la razón por la cual San Antonino de Florencia cita y aprueba estas palabras de San Anselmo: "*Es necesario que sean justificados y glorificados aquellos a quienes la divina Virgen ha vuelto sus miradas y rogado por ellos*". Ahora bien: si esta Madre de misericordia intercede hasta por aquellos mismos que la descuidan, ¿cómo enmudecerá la plegaria en sus labios cuando oye el humilde llamamiento de sus hijos?

Estos textos de los santos Arzobispos de Florencia y de Cantorbery son bien conocidos. Podríanse citar otros muchísimos que no lo son tanto. Tal es, por ejemplo, este corto comentario de la Biblia Mariana sobre las palabras de Isaías: "*Levanta tus ojos alrededor tuyo y mira*" (Is.. LX. 4). "*De aquí se sigue que cualquiera, ¡oh, Madre mía!, que no te haya honrado, perecerá. La Glosa añade: en el día del juicio. Como si dijese: por consiguiente, no perecerán los que te hubieren servido*" (La Biblia Mariana, n. 20. Opp. Alberti M. t. XX, p. 22). Tal es, igualmente, esta exclamación de Adán de Persenia: "*El que persevere en tu amor, no perecerá jamás*". Tal es la estrofa si-

guiente, de un himno a la Virgen Santísima compuesto por el Beato Hermán: "*Regocíjate, Fuente preciosa que nada puede agotar.* —Oh, cuán dulce eres a los que beben de Ti! —*En verdad, quien te busca, no perecerá*". "*¡No!, el humilde y celoso siervo de María no se perderá jamás: es cosa imposible*". Esto afirma, entre tantos otros, el Venerable Pedro de Blois, y es también el sentir expresado en las obras del mismo autor por un piadoso anónimo asegurando que no hay muerte eterna para aquel que haya servido e invocado a la Madre de Dios con devoción y perseverancia.

No temamos multiplicar los testimonios estableciendo una verdad tan consoladora. Léese en los Diálogos de Santa Catalina de Sena, que descubriéndole Dios un día las sendas por las cuales había preservado su Providencia a un miserable pecador de su condenación eterna, dijo el Señor a su fiel sierva: "*No olvidé su amor y su veneración para con la gloriosa Madre de mi Hijo; he decretado, para honra de este Hijo muy amado, que todo hombre, justo o pecador, que se refugie cerca de Ella, empujado por un amor respetuoso, no podrá jamás ser presa del monstruo infernal. Esta Virgen bendita es un perfume suave y delicioso que yo empleo para atraer los hombres a Mí, y, sobre todo, las almas de los pecadores*"(Dialogos c. 139, T. II, p. 192. París, 1885).

El venerable Juan Lanspergio pone en boca de Nuestro Señor Jesucristo, un lenguaje semejante: "*He entregado a mi Madre, para que Ella los distribuya, todos mis tesoros de gracia y de misericordia; se los entregué cuando le di por hijos, en la persona de Juan, a todos mis hijos, y sobre todo a los pecadores, por los cuales estaba clavado en la cruz. Por eso tiene Ella tanto celo y tanta diligencia en cumplir su oficio, que no permite, a lo menos en cuanto de Ella depende, la pérdida de ninguno de los que le han sido confiados, sobre todo, si le piden su asistencia... Es, pues, cegarse grandemente y trabajar en su propia ruina el atacar a esta tesorera de mis gracias y no querer tenerla por Abogada cerca de Mí, como Yo mismo soy el Abogado de los hombres cerca del Padre. No hay medio más seguro para arrojarse por sí mismo en el infierno que apartase de Aquella cuya intercesión ha detenido tantas veces los efectos de mi justa cólera; porque si Ella se aparta nadie habrá que se interponga para sujetar mi mano en el castigo de los culpables*" (Opusc. spirit. Aloquiorum).

El mismo Lanspergio escribía en una carta esta vehemente exhortación: "*¡Sí!, te exhorto a que ames siempre, y cada vez más, a la Virgen María, nuestra Señora. ¿Quieres escapar de todos los peligros, no sucumbir en las tentaciones, ser consolado en las pruebas y llevar sin desmayo la carga de tus penas? ¿Quieres estar unido estrechamente a Cristo? Venera, ama, imita a su purísima, dulcísima, amabilísima y poderosísima Madre. No lo dudes que será para ti una Madre amantísima si la buscas a Ella y a su amor; porque Ella es tan humilde que no desprecia a nadie; tan misericordiosa, que no desecha oración alguna; y, bien lo sabes, ha recibido de Dios el poder de dispensar los tesoros de las gracias confiados a Ella y de levantar a los pecadores, pero muy en particular a los que la aman... Quien la ama es casto, quien la abraza es puro, quien la honra es piadoso, quien la imita, santo. Nadie la ama sin ser amado de Ella; ninguno entre sus devotos ha perecido jamás... En virtud del privilegio y del oficio que ha recibido graciosamente de su Hijo Jesús, el que la ama consigue la penitencia; quien a Ella se entrega, la gracia; quien la imita, la gloria. Es, pues, una gracia muy grande, un beneficio insigne de la Bondad divina, el tener devoción a esta Virgen bendita, confiarse a Ella, poner por m xedio de Ella la esperanza en Dios, y desear, en fin, imitar sus virtudes*" (Ibid. Epp.).

San Lorenzo Justiniano, comentando las palabras dirigidas por Nuestro Señor desde la Cruz a su Madre, le hace decir: "*Ninguno de los que te invoquen será desdeñado por Mí, y ni uno solo de tus fieles siervos será excluido para siempre de mi presencia*" (De Triumph. Christi ago-

ne). Con harta razón, pues, el angélico joven San Juan Berchmans tenía constantemente, según dicen sus historiadores, en el corazón y en los labios estas palabras: "*Si amo a María, seguro estoy de perseverar y de obtener de Dios todo cuanto le pida.*"

Aquí, como en todo, vemos al Oriente católico en perfecto acuerdo de pensamiento con nuestro Occidente; prueba, este hermoso pasaje de un sermón de San Germán, Patriarca de Constantinopla: "*La respiración no es sólo causa, sino señal de la vida; de igual modo, el nombre de la Inmaculada Virgen, Madre de Dios, si en toda ocasión y en todas partes se encuentra en boca de los siervos de Dios, es prueba de que están vivos, y al mismo tiempo principio productor y conservador de la vida*" (Serm. in S. Mariae Zonam. P. G.. XCVIII. 88). Prueba también, esta invocación de San Juan Damasceno: "*Oh, Soberana mía Hija de Joaquín y Ana, escucha la oración de uno de tus siervos. Es un pecador el que te ruega, verdad es; pero te ama ardientemente y te considera como la sola esperanza de su alegría, como la protectora de su vida, como su Mediadora cerca del Señor, como la prenda cierta de su salud*" (Serm. *in Nativitate B. V. Deiparae*, n. 12. P. G., XCVI, 680). Prueba, el discurso sobre las **Alabanzas de la Bienaventurada Virgen María**, discurso que parece de origen griego, aunque se haya mezclado entre las obras de San Efrén: "*Salve, Puerta del cielo... Abogada única de los pecadores... Llave del reino celestial... Salvación cierta de todos los cristianos que acuden sinceramente a Ti*" (Orat. de Laudib. B. M. V. Opp.).

Los **Menelogios** (Ménées) de los griegos nos ofrecen en sus cantos los pensamientos de los santos que, a lo menos en gran parte, fueron sus autores. Ahora bien: nada más frecuente que hallar en ellos la idea misma de seguridad cierta de salud para los siervos de María. "*He aquí que tu Hijo adopta manifiestamente a los que alaban en Ti a la Hija del Padre celestial*" (Men., S. Josephi confess., 14 mart., od. 9, de S. Benedicto, *Piet. Marian*. Graec., n. 265). "*Comparado contigo no tiene brillo el sol, porque de Ti ha nacido el Dios revestido de carne que eleva a tus devotos y a tus siervos hasta la luz de su divinidad*" (Men., S. Theophan., 16 enero, od. 5 de cath. S. Petri. Píetas. Mar., n. 99). "*Oh, Virgen inmaculada, Tú has llevado en tu seno al Dios Eterno, que está por encima de todos los seres, y a todos los que celebran tus alabanzas les concedes como recompensa la salvación de sus almas*" (Men. S. Josephi conf., 3 jan., in Matut. precib., od. 6, Pietas Mar., n. 23). "*Por Ti, Virgen bendita, sube nuestra oración confiadísimamente a Dios, tu Hijo, y tenemos la seguridad absoluta de no ser engañados en nuestra esperanza*" (Men. Anonym. 17 mart. od. 1, de san Alex., Pietas Mar.). "*Tú eres la eterna salud de todos los que te alaban con devota voluntad*" (Men., Philoth. patr., od. 1 et 4, can. 1, de SS. Patr. Conc. aecum., Pietas Mar., n. 424). "*Cristo admite en la presencia de la Trinidad beatísima, ¡oh, Señora nuestra!, a todos aquellos que con un mismo amor y una misma fe te ofrecen dignas alabanzas*" (Men., S. Joseph. conf., 20 man, od. 9, de S. Thallio. Pietas Mar., n. 362)."*Virgen purísima, Virgen Inmaculada, te saludamos como al puerto, fortaleza y armadura de tus devotos; más aún: como a nuestra introductora en el reino celestial; introductora que no permitirá la confusión de que sean rechazados para siempre*" (Men., Anonym., 2 april., od. 5, de S. Tito Thaumat., Putas Mar., n. 362). "*Aquel que se vistió de carne en tus entrañas, viéndote al pie de la Cruz, traspasada por una espada de dolor e inundada de lágrimas, sintió en Sí mismo una increíble compasión por Ti. Por eso, y queriendo derramar el rocío de sus consuelos sobre tu dolor, te dijo: Cesa de llorar, Madre mía. Sufro, pero con todo mi corazón. Muerto, resucitaré pronto del sepulcro a fin de glorificar a todos aquellos que te darán honor y alabanza*" (Men., Anonym., 8 april, de SS. Herodione, Agabo et soc. *Pietas Mar*., n. 332).

Comenzamos por San Alfonso Ligorio la enumeración de estos testimonios, y también en sus obras hemos hallado varios de ellos. Perdónenos el lector si de nuevo acudimos, no ya a sus escritos, sino a la autoridad de su propia conducta. Aprovechaba todas las ocasiones para inspirar a los que trataba devoción tierna y filial a la Madre de Dios, como la prenda más segura de la salvación eterna. Su Vida nos presenta muchas pruebas de esto.

"*Sed devotos de la Virgen* —les decía—, *y la Virgen os salvará.*" "*Si todos los que vienen a visitarme* —decía también— *sacasen de mi celda la devoción a Nuestra Señora, bastaría esto para salvarlos.*" Un joven que se disponía a ingresar en el Noviciado fué por tres veces a pedirle su bendición, y por tres veces recibió este mismo consejo: "*Si quieres perseverar, encomiéndate sin cesar a la Virgen Santísima.*" Este Doctor de la Iglesia, tan rico en méritos y en virtudes, consideraba su propia admisión en el reino de los cielos como indisolublemente unida a la devoción de María. Una noche, en los últimos años de su vida, se preguntaba el venerable anciano, con mucha ansiedad, si había rezado el Rosario aquel día. El Hermano encargado de cuidar al santo enfermo le dijo, para tranquilizarlo: "*Creo que lo hemos rezado.*" "*¿Lo cree usted? ¿Lo cree usted?* —replicó él—. *¿Está usted seguro? ¿No sabe que de esta devoción depende mi salvación eterna?*".

Nada hay en esto que deba extrañarnos si consideramos bien las cosas. En efecto: por una parte, es un punto de doctrina ya bien probado que, en sus designios providenciales, Dios nos otorga todas sus gracias, y, sobre todo, las gracias más escogidas, por mediación de María. Por otra parte, está ciertamente establecido por voluntad divina que las particulares intercesiones de la Santísima Virgen en favor de los hombres dependen, por regla general, de la devoción que le tienen y de las plegarias que elevan a su trono. Por consiguiente, ser devoto y siervo de la Madre de Dios es realizar las condiciones puestas por la misericordia divina para la recepción de esas gracias victoriosas que hacen predestinados. Si, pues, Nuestro Señor nos ha concedido el amar a su Madre, el honrarla y el acudir a Ella como hijos a su madre, tenemos en esta gracia una prenda, una señal grandemente consoladora de que después de haberla servido en este valle de lágrimas estaremos junto a Ella y a su Hijo en la bienaventuranza.

Tales eran, se puede decir, los sentimientos unánimes de los cristianos, fieles y doctores, cuando el jansenismo vino, con su funesta influencia, a llenar las almas de turbación. "*No creáis* —hacían decir a la misma Virgen Santísima—, *no creáis que sois del número de los predestinados por algún pequeño culto que me rindáis si no tenéis caridad*" (Avis salutaires de la Ste. Vierge á dévots indiscreta, § 2, n. 1). Ahora bien: el pequeño culto de que habla el dador de avisos con tanto desdén es el mismo que San Alfonso Ligorio había de recomendar como una prenda de salvación: "*Visitar las imágenes de la Señora, rezar su Rosario, ayunar para agradarle el sábado y las vísperas de sus fiestas*", llevar sus libreas y alistarse en las congregaciones y cofradías erigidas en su honor (Vie de S. Alphonae de Lig.).

La unanimidad misma que hemos constatado entre los verdaderos católicos la hallamos, para hacerles oposición, en los partidarios de la secta y sus fautores más o menos conscientes. Así, Baillet, lejos de reconocer que la devoción de los pecadores a la Madre de Dios es una prenda de futura conversión, una señal, siquiera la más débil, de predestinación, niega "*que esta devoción pueda ser verdadera*". Y temiendo que los ejemplos de grandes pecadores

extraordinariamente vueltos a Dios gracias al amor que tenían a esta divina Madre inspirasen demasiada confianza a los que se hallaban en igual estado, nos advierte "*que busquemos en el Evangelio seguridades suficientes contra las fábulas que se han inventado bajo el especioso título de revelaciones, apariciones, predicciones y milagros...; medio* —dice él— *inventado por el padre de la mentira contra la verdad eterna*" (Adrien Baillet, *De la dévotiom a la Ste. Vierge et du culte qui luí est du* (París, 1603), pp. 63, 64, 257, etc.). No le habléis de la aplicación hecha a María por la Iglesia de aquellos textos en los que la Sagrada Escritura ha cantado las alabanzas de la divina Sabiduría, aplicación tan propia para confirmar los sentimientos de los Santos y de los Doctores; os responderá, pesada e insolentemente: "*La Iglesia, para honrar a María..., se ha salido, si es permitido pensarlo, fuera de los límites imaginables de la condición humana cuando ha tomado de la escritura y aplicado a la Madre de Dios lo que el Espíritu Santo no ha dictado sino de la Sabiduría Eterna*" (Adrien Baillet, *De la dévotion a la Ste. Vierge et du culte qui lui est dú*. p. 202).

El grave Nicole, uno de los hombres de Port Royal que parecían más moderados, no ha evitado tampoco estos excesos. Examinando "*la máxima, que se propaga con bastante generalidad entre personas del pueblo, de que no se perecerá eternamente siendo devoto de la Santísima Virgen*", no encuentra en esto un significado que no sea o falso o peligroso. Por eso "*la prudencia cristiana quiere que no se extienda esta máxima entre el pueblo, y hay que desengañar también a los que están confiados en ella y la toman en mal sentido*" (Nicole, Instruct. théolog. et morales sur l'oraison domin. la salutat. angélique etc.); lo que prácticamente quiere decir quecensura, y hasta condena, a tantos santos y a tantos devotos autores que la han enseñado en sus obras para gloria de la Madre y consuelo de los hijos.

No será inútil el citar aquí los diferentes sentidos examinados por Nicole, y el juicio que de ellos hace. **Primer sentido**:"*Toda devoción a la Virgen Santísima, aunque estuviera destituida de todo amor de Dios, y fuese del todo exterior, no dejaría de dar seguridad de salvación.*" "*Máxima* —dice él— *ciertamente falsa y errónea*", ya porque no hay buenas obras en particular a las cuales esté la salvación infaliblemente unida, ya "*porque los actos de devoción* ***hechos sin amor*** (de caridad) *no serían ni siquiera buenas obras.*" **Segundo sentido:** "*Aun cuando esa devoción no procediera sino de una caridad imperfecta y estuviese junta con verdaderos crímenes, no dejarían por eso de ser ciertamente salvos los que las tuvieren.*" "*Error indubitable... porque si con frecuencia son condenados los que tienen caridad imperfecta para con el mismo Cristo, cuando esa caridad no convierte el corazón, no menos los son también frecuentemente los que tienen esas devociones imperfectas a la Virgen Santísima que nacen de un principio de amor.*" **Tercer sentido**: "*Sí se tiene una verdadera devoción a la Santísima Virgen, que proceda de una caridad justificante, nunca se podrá perder dicha devoción, y la salvación está infaliblemente asegurada.*" "*Otro error notable*",porque "*se puede perder en esta vida la verdadera devoción a la Santísima Virgen, juntamente con la caridad justificante, como se puede* (según es de fe) *perder la caridad.*" **Cuarto sentido**: "*Si toda la vida se persevera en una verdadera devoción a la Santísima Virgen, que nazca una caridad justificante, la salvación será cierta, y en este caso la proposición es muy verdadera; sin embargo, es peligroso el propagarla, porque este sentido no es natural en modo alguno, y el pueblo se inclinaría a tomar estas palabras en uno de los tres primeros sentidos dichos, que son falsos y erróneos.*" "*Por otra parte, nada se habría dicho de la Devoción a María que no se pudiese adelantar igualmente de toda buena obra, del culto de cualquier santo que proceda de una caridad justificante.*" (Nicole 1. c.)

Desgraciadamente, los esfuerzos de los nuevos Doctores no quedaron sin resultado. A fuerza de exagerar los peligros de la creencia popular, llegaron hasta hacérsela sospechosa aun a los escritores católicos, y, lo que es peor, a privar de este modo a la Santísima Virgen de los homenajes que esta creencia le procuraba.

III. Procuremos precisar la doctrina común, puesto que ha habido cristianos que han tomado a su cargo el desnaturalizar su significado para arrogarse el derecho de proscribirla. Al mismo tiempo, reduciremos a nada a todos los ataques que han dirigido contra ella y contra la devoción que supone y fomenta.

Hay que considerar dos cosas: primeramente, la seguridad de la salvación que da la devoción a la Madre de Dios, segunda, la clase de devoción de que es fruto esta certeza. La una y la otra tienen sus grados. Y para tratar ante todo de la certeza, no se puede decir que sea una certeza absoluta, una certeza que excluye todo temor, toda clase de duda. "*Nadie, mientras esté en esta vida mortal* —enseña el Concilio de Trento—, *sea tan presuntuoso que llegue a creer con certeza absoluta que es del número de los predestinados; como si no pudiese ya pecar, una vez que esté justificado, o debiese prometerse un arrepentimiento seguro, si pecase. Porque, fuera de una revelación especial, no se puede saber a los que Dios ha escogido*" (Concil. Trident., sess. VI, cap. 12). Por consiguiente, la certeza de la salvación de que hablan nuestros autores no puede ser más que una grande, muy grande probalidad; todo lo más, lo que ordinariamente se llama certeza moral.

Lo mismo decimos de la **imposibilidad** de condenarse para los siervos de la Reina del Cielo. Tomando esta expresión en el sentido estricto, se daría pie para considerarla como insostenible y contraria a los principios de la fe, porque si es rigurosamente imposible que un siervo de María se pierda, es igualmente necesario que sea salvo. Pero los que emplean esta expresión no tienen intención de darle un significado tan riguroso. Ellos mismos lo defienden, y muestran, por numerosos ejemplos sacados de las Sagradas Escrituras y del lenguaje común, que en multitud de ocasiones el término **imposible** puede entenderse de una dificultad muy grande, de una imposibilidad moral, que no quitan nada a la libertad ni la una ni la otra.

Ahora bien: porque esta seguridad de la salvación tiene su razón de ser en la devoción a la Madre de Dios, siguiese claramente de aquí que debe ser proporcionada a la misma devoción, tanto más sólida o tanto más débil cuanto seamos más o menos perfectamente siervos e hijos de María. Si vuestro culto por Ella va encaminado y llega hasta haceros imitadores de sus virtudes; si sois castos, pacientes, exactos en cumplir los mandamientos de su divino Hijo; si huís hasta de la sombra del mal; en una palabra: si sois de aquellos a quienes el amor de María lleva eficazmente a seguir con fidelidad la advertencia dada por Ella a los siervos de las Bodas de Caná, "*Haced cuanto Él os dijere*"; si todo esto es así, vuestra devoción a María será, sobre todo para vosotros, una señal segura de predestinación. Sin embargo, siempre tendréis que temer, no de parte de vuestra celestial Protectora, sino por parte vuestra; porque podéis enfriaros en esta devoción, y hasta perderla. Ejemplos hay de semejante desgracia.

Si esto es así —decían el jansenismo y sus fautores—, ¿por qué nos anunciáis la devoción a la Santísima Virgen como una señal y una prenda infalible de salvación? Porque, en efecto, siempre que hagamos penitencia y, una vez justificados, observemos fielmente la ley

divina, a ejemplo de María, ciertamente seremos del número de los elegidos, aun cuando no tuviésemos a esta Señora una devoción particular. Por el contrario, si no cumplimos este doble deber, aunque hubiésemos multiplicado sin fin nuestras prácticas de devoción, no habrá ni perdón, ni salvación para nosotros. ¿No es ley acaso de la eterna Justicia que el cielo es para cualquiera que se presenta en el juicio divino revestido de la gracia, y para él solamente? Cierto, respondemos: nadie se salva si no tiene la caridad en su corazón. Pero, a pesar de eso, el culto piadoso de la Santísima Virgen no deja de ser prenda de predestinación para aquellos mismos que, justificados por la penitencia, caminan después valerosamente por las sendas de la justicia. Y ¿por qué? Porque a su devoción deberán las gracias escogidas que asegurarán su perseverancia, los levantarán en sus caídas, si vienen a desmayar por momentos, y, finalmente, los conducirán, bajo la protección de su celestial Madre, a la Eternidad bienaventurada.

Prenda y señal de salvación para los justos, también lo es para los pecadores la devoción a Nuestra Señora; hablamos de esas almas que, demasiado débiles o demasiado cobardes para romper los lazos del pecado, gimen en su esclavitud y piden a María la fuerza de voluntad que les falta para reconquistar la libertad de hijos de Dios. Sin duda, el estado en que los suponemos es incompatible con la salvación. Mientras que esos extraviados permanezcan en él, están lejos de Dios por muchas pruebas de respeto y amor que den a la Madre. Pero pueden, y hasta deben, esperar que María, compadecida de su miseria, hará brotar para ellos del Corazón de su Hijo esas gracias victoriosas que transforman a un pecador y lo traen, humillado y arrepentido, a los brazos del Padre que está en los cielos.

Y ahora preguntamos: ¿qué puede perjudicar esta esperanza? ¿Es que María no ama a los pecadores ni se compadece de sus clamores? Todo protesta en Ella contra doctrina tan desoladora: su bondad, su misericordia, su misión; todo, hasta su existencia misma.

¿Será tal vez que Jesucristo no la escuchará si, confiada en su oficio la Mediadora, se acerca al trono de la gracia intercediendo por los culpables? Tal fué la persuasión de los sectarios de que tratamos. Algunos llegaron hasta predicar que, "*si acaso la Virgen Santísima, importunada por los ruegos, homenajes y oraciones de un pecador, quisiese hacerse su Mediadora cerca de su Hijo, este señor para castigar al pecador de haber querido sorprender su Justicia y de haber abusado de la bondad de su Madre, le daría muerte y le condenaría, así como Salomón hizo morir a Adonías porque se valió de la intercesión de su madre, Bethsabé, para pedirle una gracia que hubiera pugnado con su poder y su autoridad*" (Extracto de un sermón predicado en París, hacia el año 1675, en el día de la Natividad de Nuestra Señora. Cf. Apología de los devotos de la Santísima Virgen, p. 42. Bruselas, 1675). Palabras y pensamientos que son otras tantas blasfemias contra la Virgen y contra su Hijo; contra la Virgen, cuyo poder de intercesión niegan; contra su Hijo, a quien convierten en un tirano sin entrañas para los desgraciados, y sin corazón para su propia Madre.

¿Será quizá que el pecador mismo, con su obstinación, hará inútiles la ternura de la Mediadora y la bondad paternal del Mediador? Pero si hablamos de un pecador que se lamenta de su estado, que grita desde el fondo de su miseria y de su impotencia implorando la mano compasiva y poderosa que sola puede levantarlo, fortalecerlo y salvarlo. Por consiguiente, el privilegio prometido a los devotos servidores de la Virgen no es solamente para los

justos; otros también pueden aprovecharse de él, puesto que su devoción hacia Ella les conseguirá gracias eficaces de penitencia y de sincera conversión.

Además de los pecadores de que acabamos de hablar hay otros más hundidos en sus desórdenes y menos deseosos de salir de ellos. Tienen sí, alguna veleidad de volver a Dios algún día. Morir en su desgracia y perecer delante de Él sin haberse descargado del terrible fardo de sus crímenes, es una desdicha a que no están resignados. Pero de día en día, e indefinidamente, retrasan esa vuelta a Dios y esa conversión. Su disposición actual es vivir al gusto de sus caprichos y pasiones. Si ruegan a la Madre de la Misericordia, si la honran, no es con el designio de conseguir de Ella la gracia y el auxilio para salir **actualmente** de un estado tan funesto, puesto que tienen intención de perseverar en él, sino únicamente con la esperanza de poderse detener antes de la hora fatal y no morir sin reconciliarse con Dios.

Hay que decirlo: una devoción tan imperfecta está muy lejos de inspirar una infalible confianza, porque lo repetimos, la seguridad de salvación que da la devoción de la Virgen es proporcionada a la medida de dicha devoción. Ahora bien: ¿es tener para María disposiciones de siervo y de hijo el resignarse con alegría de corazón a permanecer tan constantemente en oposición con todo lo que ama, y resistir obstinadamente a sus llamamientos? Y ¿quién asegura que una devoción tan débil y lánguida no será sofocada bajo el cúmulo de iniquidades que la oprime? ¿Y no tenemos razones muy graves para prever que morirá del todo? Diremos en tal caso a esos obtinados: tened cuidado; la muerte tiene sorpresas inesperadas, y quien así se aparta de Dios acaba frecuentemente por abandonar también a la Madre de Dios por no honrarla ni siquiera de labios afuera. Pero, no obstante, no dejéis perecer ese germen, ni apaguéis esa chispa (Benedict XIV, *de Festis B. V.*. c. 6. de festo *B. V. de Monte Carmelo*, $ 7). Es todavía un don de Dios. ¡Cuántas conversiones ha habido "*cuyo evidente origen se ha encontrado bajo las ruinas de una educación religiosa, en un postrer resto de devoción a María, conservado por el recuerdo de una madre o de una hermana, y que sólo consistía en un Ave María rezada todas las noches, en un escapulario, en una medalla llevados religiosamente al pecho, en una Misa oída regularmente en ciertos días en honor de la Reina del Cielo!*" (Monseñor Pavy, obispo de Alger, *Du culte de la T. S. Vierge*, III p., ch. 5).

Podríanse citar por centenares los hechos que confirman esta afirmación del piadoso obispo. Uno de los más notables es la conversión de Laly, capitán de los *Deux-Assciés*, es decir, de una de las prisiones flotantes, en las cuales tantos sacerdotes, condenados a la deportación, fueron muertos en la época del **Terror**. Laly fué, ciertamente, uno de los hombres más feroces e impíos entre tantos monstruos que persiguieron entonces a los sacerdotes fíeles. No se pueden leer sin horror los ultrajes y tortura de todo género que les hizo sufrir en la rada de Rochefort. Véase la obra intitulada *Les pletres et les réligieux déportés* a las costas e islas de la Charente-Inférieure, por el Abate Manseau, cura arcipreste de Saint-Martin-de-Rhé.

Ahora bien, por justo juicio de Dios, sucedió que el miserable jacobino, cuando volvió la calma en los primeros días del siglo XIX, cayó en la más espantosa miseria juntamente con su familia. Muchas veces el Capellan del Hospicio de Saint-Martin-de-Rhé hizo los más caritativos intentos para sacar de la especie de desesperación que sobre él había caído a aquel hombre, execrado y rechazado por todos, hasta el punto de no poder salir de su miserable escondrijo. Laly no respondía a las insinuaciones del sacerdote sino con el silencio o las injurias

más groseras. Un día, sin embargo, cuando menos se esperaba, se le vió acudir a la iglesia, destrozado por el sufrimiento, humillado, arrepentido. No era ya el mismo hombre. Después de haber confesado sus crímenes y recibido la absolución, "*declaró a su confesor que ni aun en los días y meses de sus mayores furores revolucionarios había dejado de rezar diariamente, sin faltar jamás, el Ave María*", en cumplimiento de una promesa hecha a su piadosa madre moribunda. El **Ave María** lo había salvado. (Véase la obra dicha, t. I, p. 351.)

Hay, en fin, una última devoción, si es permitida la frase, en la cual no ven señal alguna, ni prenda de predestinación, la mayoría de los autores cuyos testimonios citamos al principio de este capítulo. Es la de aquellos presuntuosos que se animarían a seguir en sus desórdenes con más seguridad, confiados en algunos homenajes que rinden a la Virgen Santísima. Importa mucho notar la diferencia entre esta última clase de pecadores y la que antecede. Los primeros permanecen en la enemistad de Dios, es cierto, pero con la intención de convertirse algún día, y con esta intención permanecen fieles a sus prácticas de devoción para con Nuestra Señora. Los otros alardean de la misma esperanza; pero mientras llega el postrer momento, fijado para su conversión, se envalentonan para vivir una vida criminal con lo mismo que debía apartarlos de ella. Tal es la disposición de sus corazones, que si la Madre de Dios no fuese tan misericordiosa, ni tan buena, no se atreverían a pecar con tantan tranquilidad y perseverancia; de suerte que su devoción, por una contradicción odiosa, les sirve de estímulo para vivir en la impenitencia. A esta última categoría de pecadores hay que aplicar la terrible sentencia pronunciada por San Alfonso de Ligorio: "*Cuando decimos que es imposible que se condene un siervo de María, no se puede esto entender de aquellos que se prevalen de esta devoción para pecar con más seguridad. Sin razón, pues, nos parece lo que nos reprochan de que exaltamos demasiado la misericordia de María para con los pecadores, y que esto sirve de pretexto a estos desgraciados para pecar más libremente; porque bien claro decimos que tales presuntuosos se hacen dignos de castigo y no de misericordia*" (Glorias de María, p. I, c. 8). Así hablaban, antes de él, los PP. Juan Crasset, Benito Plazza, Pablo Segneri, Esteban Binet, Cornelio Alapide (*in Eccli*., XXIV, 81). Antonio Velázquez y Spinelli, por no citar otros, y en los lugares mismos en donde con mas instancia habian propuesto la devoción a María como señal y prenda de predestinación. No es, en efecto, ser siervo de María el prevalecerse en ciertos modos de Ella para ultrajar impunemente a su Hijo. Para estos, pues, no promesas ni esperanzas, sino amenazas.

¿Qué diremos, finalmente, de tales presuntuosos? ¿Les obligaremos a dejar esas prácticas"*y esas oraciones, que* (según sus disposiciones presentes) *lejos que santificarlos, no pueden servir sino para corromperlos?*" (Bourdaloue, *Serm. sur la dévot. a la Ste. Vierge*, 2» parte). ¡No quiera Dios que aconsejemos tal cosa! Tanto valdría el decir a ese rico del mundo que, conociendo las promesas hechas a las limosna, confía en sus liberalidades para con los pobres de Cristo y no teme sus juicios, ni se inquieta por ellos; tanto valdría, repetimos, el quererle inducir a ser en adelante despiadado con los desgraciados, sus hermanos. ¡No!, no debemos arrancar a esos extraviados y endurecidos la última tabla de salvación. Su devoción no es mala en sí misma, sino que la esterilizan y vician los sentimientos que ellos tienen. Por una parte debemos hacerles comprender cuán peligrosas son las disposiciones que tienen para sí mismo, y cuán injuriosas para la Santísima Virgen, purísima y santísima, a quien pretenden honrar; y por otra, esforcémonos, no en quitar de sus corazones toda confianza en Aquella que los Padres han saludado como **Esperanza de los desesperados**, sino en que la purifiquen, rectifiquen y perfeccionen.

Y si, desgraciadamente, nada pudiera sustraerlos a las funestas ilusiones que alimentan, ni el persuadirles que busquen por María la luz y las fuerzas que no tienen, ni, finalmente, preservarlos de la cólera del Justo Juez, no podríamos deducir de todo esto que la devoción a María no es señal ni prenda de predestinación, porque esos tales no tenían más que el exterior y la máscara de esta devoción, aunque pretendiesen apropiarse sus privilegios y beneficios. Menos aún eran hijos que mirasen a María como a su Madre, que la amasen como a una Madre y como Madre esperasen en Ella; porque, lo repetimos, no es portarse con Ella como hijo, sino como enemigo mortal, el hacerla en cierto modo fautora y cómplice de los ultrajes inferidos por ellos a Cristo, su amadísimo Hijo.

Dudamos de que haya muchos pecadores que tengan tan criminales ilusiones. Si los autores de los siglos XVII y XVIII han lanzado contra ellos tales anatemas, no fué tanto porque los vieran en gran número cuanto para no dar ocasión de maledicencia a los jansenistas. En cualquier caso, no nos atreveríamos a llegar, como algunos de ellos, hasta ver en el desorden dicho la presunción propiamente dicha que se cuenta entre los pecados contra el Espíritu Santo, como no sea que se llegue hasta el exceso de esperar la salvación, después de una vida de crímenes, independientemente de toda penitencia, aun final, sólo por virtud de algunos homenajes a la Virgen María. Entonces, en efecto, se verificaría en esos impenitentes lo que el Angel de las Escuelas enseña de la presunción formal: "*esperar el perdón sin arrepentimiento, y la gloria sin mérito; presunción que es propiamente una especie de pecado contra el Espíritu Santo*", dice el Santo Doctor (2-2, q. 21, a. 1 et a. 4).

Bastan estas consideraciones para distinguir lo que hay de capcioso y de falso en las objeciones opuestas por Nicole y sus seguidores contra la legitimidad de la fórmula tradicional, sin que sea necesario entrar en más pormenores.

IV. No debemos cerrar este capítulo sin hacer algunas advertencias sobre la primera de las promesas hechas a los devotos del **Escapulario del Carmen**. Conocida es la historia de su origen y principio. Hacia mediados del siglo XIII, un religioso carmelita, llamado Simón Stock, suplicaba a la Santísima Virgen, "*Flor del Carmelo, Madre de toda bondad, Madre inmaculada*", que mostrase que era verdaderamente para su Orden una Madre,"*recomendándola por alguna señal sensible de su benevolencia cerca de los que la perseguían*". Y "*Nuestra Señora se le apareció con un lucido cortejo, y teniendo en sus manos el hábito de su Orden, le dijo: Esta será la señal del privilegio que he conseguido para ti y para todos los carmelitas: el que muera revestido de este hábito no tendrá que sufrir el fuego eterno*"; privilegio que desde el principio fué considerado como perteneciente, no sólo a los religiosos carmelitas estrictamente dichos, sino también a los cofrades que se les afiliasen legítimamente por medio de la imposición del escapulario del Carmen (Sacado de la relación del P. Pedro Swayton, secretario de San Simón Stock, sobre la revelación del Santo Escapulario). Tal es, según la antigua tradición, la gran promesa hecha por la Madre de Dios. Habría que estar ciego para no ver en ella la devoción del Escapulario dada como una señal de predestinación, puesto que asegura la liberación del infierno a todo el que tenga la dicha de morir revestido de la librea de María Santísima.

No queremos emprender la tarea de contestar una por una y ampliamente a todas las preguntas que sugiere este primer privilegio del Escapulario, tales como éstas: ¿Es auténtica la aparición de la Santísima Virgen a San Simón Stock? ¿Es sólo para los religiosos carmelitas

dicha promesa? El solo hecho de morir llevando el escapulario, ¿es señal segura de salvación? Y ¿cómo se puede conciliar un privilegio tan extraordinario con lo que ya sabemos de la necesidad de la penitencia y del estado de gracia para ser admitido en el número de los elegidos? Contentémonos con algunas palabras sobre cada una de estas preguntas, indicando, sin embargo, a los autores que las han estudiado menos sumariamente que nosotros lo vamos a hacer. Pero, ante todo, notemos que la Iglesia no impone como obligatoria la creencia en el privilegio, cualesquiera que sean, por otra parte, las razones de gravedad y peso que militan en favor de la aparición celestial y de la promesa.

Primera pregunta: ¿Es auténtica la revelación hecha por la Santísima Virgen a San Simón Stock? Ha habido autores, entre los cuales tiene el primer lugar el galicano Lannoy, que la han impugnado con vehemencia; pero tiene en su favor, además de la creencia común de los fieles, su inserción en las lecciones del Breviario y los testimonios dados, después del examen de los textos, por hombres de gran autoridad en estas materias. Por ejemplo: Benedicto XIV, en sus **Comentarios sobre las fiestas de la Santísima Virgen,** dice así: "*En cuanto a la visión* (de San Simón Stock), *la creemos verdadera, y estimamos que todos deben tenerla por tal*" (De Festis B. V.. c. 6, *de Festo B. V. de Monte Carmelo*, § 8). Antes de él habló lo mismo el P. Teófilo Raynaud en uno de sus opúsculos titulado **El escapulario de María**, **explicado y defendido** (t. VII), obra que valió al sabio jesuíta la gratitud y las gracias del General de los Carmelitas, ofrecidas en nombre de los representantes de la Orden, reunidos en Roma en Capítulo general. Omitimos los escritores carmelitas para citar a otro jesuíta célebre, el P. Papebrock, que, después de haber expuesto algunas dudas sobre la visión del Santo, y sobre todo contra la gran promesa, acabó por declararse satisfecho de las explicaciones que daban los carmelitas (*responsion. ad P. Sebastian, a S. Paulo, Par. 2, Respons*. ad. a. 20).

Es cierto, sin embargo, que hasta ahora la Iglesia, relatando en las lecciones del**Breviario** el hecho mismo de la aparición, guardaba silencio sobre el especial privilegio "*en virtud del cual no pasará por las llamas del infierno cualquiera que muera piadosamente revestido con el hábito del Carmen*" (Cf. Offic. II. V. de Monte Carm.. 16 julii). Pero dicho privilegio está explícitamente insertado, con el consentimiento de León XIII, en el oficio de San Simón Stock, recientemente aprobado para toda la Iglesia de Inglaterra. Léese, en efecto, en latercera lección del segundo nocturno: "*Rogando el Bienaventurado Simón a la Santísima Virgen que distinguiese entre todas a su Orden por algún privilegio especial, se le apareció, acompañada de una multitud de ángeles, llevando en sus manos el escapulario de la Orden, y le dijo: Esto será para ti y para todos los carmelitas la señal pedida, el privilegio especial en virtud del cual todo el que muera piadosamente revestido con este hábito no sufrirá el fuego eterno.*"

En resumen —concluye un autor reciente—, la evidencia histórica cuyos títulos hemos citado es suficiente, más que suficiente, para establecer la autenticidad del relato de la aparición de Nuestra Señora y de la promesa hecha a San Simón Stock. La creencia general del mundo católico, la promulgación de la Iglesia docente, la aceptación de la Iglesia**discente**, o sea los fieles, nada falta de lo que puede probar el origen sobrenatural del escapulario" (*Le Scapulaire de N. D. du Mont-Carmel*... revu et traduit del'anglais du R. P. Clarke, S. J., par un Carme déchaussé (2e. ed.), I p., pp. 38, 39. Hay que advertir que los términos Iglesia docente, Iglesia discente, no pueden tener aquí su significación estrictamente dogmática). Puédese,

pues, creer **piadosamente** en este privilegio y poner su confianza en la visión que lo comunica y atestigua.

Segunda cuestión: ¿Se extiende la gran promesa a los asociados, miembros de la Cofradía del Escapulario? La respuesta afirmativa es indudable, y nadie ha impugnado jamás este punto especial después de haber admitido los otros. El mismo que escribió la relación de la aparición milagrosa bajo el dictado de San Simón, esto es, el P. Pedro Swaynton, cuenta la súbita conversión de un señor seglar que pasó, en el momento de la muerte, de la más espantosa desesperación a la paz de los hijos de Dios por la aplicación del hábito privilegiado (Le Scapulaire, etc., p. XLI, sigs.).

Tercera cuestión: El hecho de morir con el escapulario, ¿es señal cierta de salud? ¿Cómo conciliar un privilegio tan extraordinario con la necesidad de la penitencia y del estado de gracia para ser admitido en el número de los elegidos? Esta cuestión fué la que levantó en otro tiempo las mayores dificultades. Calumniaríamos a los defensores del escapulario pretendiendo que, según ellos, el sólo hecho de morir con la santa librea de María preserva del infierno, cualquiera que sea el estado en el cual se comparezca delante de Dios. Tampoco hay, sobre este punto, desacuerdo alguno: el escapulario de la Virgen del Carmen, como las otras prácticas de devoción hacia la misma Señora Santísima, no puede suplir ni los méritos ni la penitencia. De esto no se deduce que la entrada en la Cofradía del Escapulario sea inútil a los asociados, porque llevar esta insignia es crearse como una especie de derecho a la singular protección de la Reina del Cielo y prepararse para recibir esas gracias de conversión que ablandan los corazones más duros y los llevan a Dios (El P. Teófilo Raynaud resolvió anteriormente la misma objeción en sus disertaciones sobre el Escapulario del Carmen. i Scapulare Marian., ülustratum et defenmm, 2, VII, Opp., t. VII, pp. 293, sq.)

Hasta aquí es clara la respuesta. Pero resta que resolver la segunda parte del problema. Supongamos un hombre que muere revestido del escapulario; añadamos que ese hombre, notoriamente infiel a sus deberes más sagrados, ha sido víctima de una de esas sorpresas repentinas que parecen no permiten preparación próxima de ninguna clase para el último paso. ¿Puédesele considerar como un elegido de Dios por esta única razón de que se ha encontrado en su cuerpo el hábito de la Reina del Carmen? Si hay que entender con todo rigor las palabras de la gran promesa del escapulario, débese responder afirmativamente: *In hoc moriens aeternum non patietur incendium*. No porque el escapulario pueda tener el lugar del arrepentimiento y de los méritos, de nuevo lo repetimos, sino porque la devoción a la Santísima Virgen, de la cual hacía profesión este pecador, y cuyo símbolo llevaba, le hubiera valido, anteriormente a la pérdida del sentimiento y de la vida, disposiciones suficientes para morir justificado. Tal es, si no nos engañamos, la interpretación estricta que tiende a prevalecer, y ésta la que encontramos particularmente en el sabio estudio sobre el escapulario del Carmen, de que hablábamos hace poco.

El teólogo a quien la debemos se guarda muy bien, por otra parte, de procurar con esta doctrina ningún aliento para el pecado. ¿Por qué? Porque aquel que fuese tan desgraciado que se durmiese en el crimen y se hiciese sordo a los llamamientos de la misericordia, haciendo de su escapulario un motivo de impenitencia, no se hallará en el lecho de la muerte cubierto con la librea de María. Dios Nuestro Señor, por el honor de su Madre, no permitirá que sea

tan injuriosamente profanada. Sucederá, por una u otra causa, que aquel endurecido sea al fin despojado del hábito en el cual había puesto una confianza tan presuntuosa; será por accidente casual, será por olvido, será por la vergüenza de aparecer cubierto con él delante de los compañeros y cómplices de sus desórdenes; a veces también por esa indiferencia hacia las cosas santas, tan frecuente en la obstinación en el mal; quizá, en fin, por una especie de desesperación. El demonio, deseoso de asegurarse su presa, procurará muy bien que en el momento supremo no tenga aquella salvaguardia con la que tanto había contado. Esta interpretación de la promesa es seria y firmemente apoyada; muy capaz, por consiguiente, de inducir a los fieles a formar parte de los asociados del Escapulario para honra de la Santísima Virgen y mayor bien de sus almas.

No nos atrevemos, sin embargo, a concluir con certeza: morir con el escapulario es morir en la amistad de Dios; gracias a la perseverancia o gracias a la conversión; y esto, por tres razones principales: la primera, que una salvación tan evidente como la que se puede tener muriendo con el hábito del Carmen nos parece muy extraordinaria. La segunda, que no hallamos, generalmente, entre los autores antiguos una seguridad tan grande; y esto hasta en aquellos mismos que han combatido para sostener el privilegio del escapulario. Ciertamente que lo ponen como una prenda de predestinación; pero sin llegar, según creemos, hasta decir que no habría ya dudas fundadas sobre la salvación de un pecador que rechazara, en el momento mismo de la muerte, los auxilios de la Religión, si hubiese conservado hasta el último suspiro la sagrada librea de María (Sin embargo, el V. P. Claudio de la Colomblére no admite la hipótesis de un cristiano que muere con el Escapulario en estado de condenación. "*No os engañéis, no podréis pasar de una vida licenciosa y descarriada a la vida eterna, sino por la senda de la penitencia sincera: pero este sincero arrepentimiento, este momento feliz os lo sabrá procurar la mas tierna de las madres. Cuando menos lo penséis, hará lucir en vuestras almas un rayo de luz sobrenatural que repentinamente os desengañará... Si no obstante, y a pesar de tantas gracias, os obstináis en no cambiar de vida, si cerráis los ojos a tanta luz... en una palabra, si quereis morir en vuestro pecado, en él moriréis... Pero* ***no moriréis con el Escapulario***. *Vosotros ¡si! vosotros mismos os despojaréis de este hábito santo antes que muráis con él impenitentes*". (Sermon del Escapulario, predicado en la Iglesia de los Carmelitas de Lyón. El teologo Billuart, predicando sobre el mismo asunto, adoptó el mismo sentir del venerable o, mejor dicho, copió casi palabra por palabra su texto.)

En tercer lugar, las palabras de la Promesa podrían quizá admitir un significado más amplio. Magníficas son también las promesas hechas a los que se alistan en las Congregaciones bajo la bandera de María. ¿Quién diría, sin embargo, que basta, para gozar de estos beneficios, estar inscritos en los registros de la Congregación, aunque se viva olvidado de todos los deberes de un hijo de María, como un infiel y no como un cristiano? ¿Sería esto, en verdad, permanecer congregante de María? ¿Y no será lícito pensar que tampoco pertenece ya de derecho a la Cofradía del Escapulario el que se contenta con llevar **materialmente** las insignias como un soldado desertor que al huir conserva todavía el uniforme? Esto, quizá, significan las advertencias dadas por San Simón Stock en el relato de su visión: "*Conservando, hermanos míos, estas palabras en vuestros corazones, esforzaos en asegurar vuestra predestinación con las buenas obras, sin desfallecer jamás; velad en la acción de gracias por un beneficio tan grande; orad sin cesar, a fin de que la promesa a mí comunicada se verifique para gloria de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y de la Virgen, por siempre bendita*" (P. Swayton).

Sea lo que fuere de esas diferentes interpretaciones, el privilegio tan misericordiosamente concedido por la Santísima Virgen al Escapulario del Carmen no queda en discusión, y siempre será verdad el decir: "*Todo el que muera* ***piadosamente*** (La palabra piadosamente está añadida en la lección del Oficio aprobado para los católicos ingleses), *llevando este hábito, no sufrirá las llamas infernales.*" ¡Sí!, lo creemos: un pecador, por criminal y obstinado que haya sido hasta entonces; un pecador a quien la muerte encuentre a los pies de María, cubierto con la librea de María, no perecerá; porque, aun cuando hubiese bebido la iniquidad como el agua, esta Madre de misericordia, hacia la cual eleva el infeliz una mirada confiada y humilde, le obtendrá de su Hijo la gracia eficaz que, cambiando los corazones, hace un hijo de Dios del pecador más desesperado.

Terminaremos estos largos, pero útiles comentarios con algunas reflexiones de un prelado que fué singularmente devoto,del culto de María, Señora nuestra. Serán como el resumen de todo este capítulo: "*Sin duda que la devoción a María no es perfecta sino cuando ha llegado a ser el vivo reflejo de su fe, de su humildad, de su pureza angélica, de su unión con Dios, de su caridad, de su dulzura y de su resignación; pero aunque sea imperfecta no deja de ser verdadera y sincera. Es una semilla de bendición que tarde o temprano, si se la cultiva, producirá frutos de penitencia...*

"*Aquí, sacerdotes del Señor, os suplicamos que midáis bien vuestras palabras. Desconfiad de ese celo amargo y poco ilustrado que hace consistir enteramente la devoción a la Santísima Virgen en la estricta imitación de su ejemplos, y que fuera de esto nada encuentra bueno, nada provechoso en las prácticas que la Iglesia ha instituido en honor de esta Señora. Predicar que la devoción a a María, en los que viven desarregladamente, es una piedad mentirosa, injuriosa a Cristo y a su Madre, una exterioridad irrisoria, una vana y criminal confianza es falsear la regla y traspasar los límites de la verdad, es detener la corriente de la gracia; es, a fuerza de sequedad y de exageración, convertir la flaqueza en desesperación, cuando la intención de la Iglesia es injertar el arrepentimiento en la misericordia...*

"*Pero en la hora de la muerte es cuando más falta hace recordar que María es el refugio de los pecadores... Cualquiera que haya sido la vida de esos pobres moribundos, instadlos, exhortadlos a que pidan esa gracia* (la gracia de un acto de arrepentimiento sincero) *por María. Si fueron devotos suyos, la obtendréis seguramente, y aun cuando la hubiesen enteramente olvidado, y hasta blasfemado de Ella, podéis también, seguramente, conseguirlo; porque Ella se llama Nuestra Señora de los Remedios, Nuestra Señora del Buen Socorro, de la Liberación y de la Buena muerte, la Esperanza de los culpables, el Puerto de los náufragos..., la Esperanza de los desesperados*".

Asistencia de la Virgen María a las benditas almas del purgatorio

Provechos en favor de las almas del Purgatorio por la devoción que durante la vida han tenido a la Santísima Virgen.—Generalidades acerca de los auxilios prestados por los elegidos del cielo a los difuntos.—Realidad y modo de la asistencia especial que reciben de la Madre de Dios.—Indulgencia y Bula "Sabatina".— Cuestiones incidentales.

I. La providencia maternal de la Santísima Virgen sobre los hijos que le fueron confiados en el Calvario sigue a éstos más allá de la muerte. Y como hay muchos que al salir de esta vida de prueba no son juzgados dignos de ser admitidos sin retraso en la gloria, aun cuando

hayan muerto en gracia de Dios, vamos, ante todo, a explanar cuál sea sobre ellos la bienhechora influencia de la Madre de Dios.

Artículo es de la fe católica que las almas condenadas a las expiaciones del Purgatorio pueden ser, no sólo aliviadas en sus padecimientos, sino también libertadas por las oraciones, satisfacciones y buenas obras, por la ofrenda y aplicación que se les hace del Santo Sacrificio; en una palabra, por los sufragios de los vivos (*Professio fidei a M. Paleologo, in C. Aecum. Lu-Gdun. II Gregorio X oblata*. Profesion de fe renovada en el Concilio de Florencia en el Decreto de Unión. Por último, en el Concilio de Trento (seas. 25, de Purgatorio) se dice que la Iglesia Católica enseña, instruida por el Espíritu Santo, conforme a las Sagradas Escrituras y a la antigua tradición do los Padres y de los Santos Concilios, no sólo que hay Purgatorio, sino "*que las almas detenidas en el Purgatorio son auxiliadas por los sufragios de los fieles y por el Santo Sacrificio del Altar*").

Sin embargo, si la Iglesia ha definido el valor y utilidad de los sufragios ofrecidos por los fieles de la tierra en favor de sus hermanos muertos sin haber expiado perfectamente sus culpas, no hallamos una definición semejante sobre la asistencia que esas mismas almas pueden recibir de los bienaventurados del cielo. La causa está, sin duda, en la naturaleza de los errores que motivaron las definiciones. Los herejes atacaron, ya la existencia misma del Purgatorio, ya la facultad que pueden tener los vivos de socorrer a las almas que la Justicia divina purifica en él. Rechazaron igualmente la invocación de los Santos y el poder que tienen de interceder cerca de Dios por aquellos que caminan aún por las sendas de la vida mortal. La Iglesia opuso sus anatemas a una y otra negación. Si no pronunció sentencia expresa sobre la cuestión especial que nos ocupa, fué porque la verdad sobre este punto no había sido formalmente atacada. Pero como los dos errores condenados tenían por consecuencia natural la exclusión de toda intervención auxiliadora de los elegidos del cielo en favor de las almas que sufren en el Purgatorio, la Iglesia no ha podido rechazarlas sin que la misma intervención no se derive también como una consecuencia de sus decretos.

Por lo demás, ni la naturaleza de las cosas, ni la enseñanza práctica de la Iglesia dejan duda alguna sobre esta materia. Hemos dicho: la naturaleza de las cosas. Según doctrina de Santo Tomás, dos cosas concurren a que los sufragios de los vivos aprovechen a los difuntos: la caridad, que une a unos con otros en la unidad del mismo cuerpo viviente de Cristo, y la intención que tienen los vivos de socorrer a los muertos. Resulta de aquí —continúa el santo Doctor— que, entre las obras que podemos ofrecer a Dios para auxiliar a las almas que sufren, ocupan el primer lugar aquellas en las que más se revela la comunión en la caridad, o la intención directa de aliviar al prójimo. Desde el primer punto de vista, ningún sufragio por los difuntos iguala a la ofrenda del sacrificio del altar; porque la Eucaristía, por su naturaleza, es el Sacramento de la unión, el principio y el vínculo de la caridad, puesto que contiene a Cristo, en quien toda la Iglesia está unida como sobre el más inquebrantable de los cimientos... Desde el segundo punto de vista, la preeminencia sobre las demás buenas obras es de la oración, porque la oración tiene la propiedad de encaminarse por una intención más directa hacia aquel por quien se invoca la misericordia divina (S. Thom.,*Supplem.*, q. 71, a. 9).

Ahora bien: ¿quién puede dudar que por estos dos títulos, los bienaventurados del cielo puedan asistir a los miembros de Cristo, imperfectamente purificados aún, y por esto im-

pedidos de entrar con ellos en la gloria? ¿No les están unidos en caridad? No ya solamente por una caridad cuyos lazos pueden, desgraciadamente, relajarse y hasta romperse por la fuerza de las tentaciones y de las pasiones, sino por una caridad que nada puede destruir ni disminuir jamás. Unos y otros, en efecto, están confirmados en el amor, y los que gozan y los que sufren están unidos para siempre, vivos, al cuerpo vivo de Cristo, cabeza de todos.

¿Qué obstáculo habrá, pues, que los pueda separar y prohibir a los ya dichosos compadecerse eficazmente del sufrimiento de los otros? ¿Será quizá que, ignorando sus pruebas, no pueden tener intención de socorrerlos? Pensar así es desconocer las condiciones de conocimiento en que están los elegidos en el cielo. Su ciencia sobre las cosas del Purgatorio no es como la nuestra, tan vaga, tan obscura, tan indeterminada. Con la mirada misma con que contemplan las infinitas bellezas de Dios, sus ojos llegan hasta aquellas prisiones donde el Señor retiene a sus hijos y a sus hermanos. Y si no penetran todos sus misterios; si no oyen, cada uno en particular, todos los gritos de amor y de angustia, todas las súplicas que exhalan aquellas almas, a lo menos, ven y oyen todo lo que conocen, según la medida de beatitud y de caridad que tienen en el Señor. Por consiguiente, por este estilo también sobrepujan a los fieles que viven en el destierro, y mejor que nosotros pueden volver su intención hacia el alivio y liberación de sus hermanos del Purgatorio.

En apoyo de esta verdad invocaremos, además, la enseñanza práctica de la Iglesia. La encontramos en la Liturgia, es decir, en las oraciones que la Iglesia Universal ha puesto, en todos los tiempos, en los labios de sus hijos y de sus sacerdotes; porque, según el testimonio del gran Papa San Celestino, la ley de la oración responde a la ley de la creencia y la manifiesta.

Esto no quiere decir que los fieles de la tierra no posean medio alguno para aliviar a sus hermanos que sufren que les sea exclusivamente propio; por ejemplo, el sacrificio del altar, la limosna, las indulgencias concedidas por la Iglesia. Lo que decimos es que Dios no ha rehusado a sus elegidos, ya coronados de gloria, el honor y la felicidad de ayudar a las almas de quienes su Justicia exige un complemento de expiación.

Un hecho, entre otros, demuestra hasta qué punto la Iglesia primitiva estaba convencida de la asistencia prestada por los Santos del cielo a las almas de los difuntos, y es la costumbre, tan cara a los primeros cristianos, de procurarse un sepulcro cerca de las tumbas de los mártires; práctica que se hizo vulgar entre ellos, sobre todo desde el siglo IV, y tan frecuentemente recordada por la fórmula *Ad martyres, ad Sanctos; ante, retro, martyres*, etcétera. En efecto, ¿qué pretendían nuestros antepasados en la fe cuando querían poner sus despojos mortales en contacto tan inmediato como les era posible con las santas reliquias? Conciliarse el favor y la protección de los elegidos de Dios; merecer ser asistidos por ellos después de su muerte, y, por consiguiente, obtener, gracias a esa protección poderosa, una entrada más pronta y más cierta en el reino del Padre celestial.

Esta intención se nos revela, no sólo por la naturaleza misma de los hechos, sino también por una multitud de inscripciones y textos antiguos. Hallaránse éstos en las obras especiales que tratan de las **Antigüedades cristianas** (Véase, por ejemplo, el *Diccionario de las Antigüedades cristianas* de Martigny, en las palabras "*Ad Sanctos ad Martyres*").

"*No comprendo* —dice San Agustín— *de qué podría servirles a los muertos el ser enterrados cerca de la memoria de los Santos, si no es con la intención de que los que, los han amado, viendo cerca de quién reposan sus muertos, los recomienden a esos mismos Santos como a patronos que deben asistirlos con sus oraciones cerca de Dios*" (*De cura pro mortuis gerenda*, c. 4, n. 6. P. L., XL, 696). Doctrina desarrollada igualmente por San Maximino de Turín en su homilía sobre los mártires Octaviano, Adventicio y Solutor: "*Los mártires nos protegen durante la vida y nos reciben en el momento de la muerte; allí, para preservarnos de la mancha del pecado; aquí, para arrancarnos al horror del infierno. Y por esto quisieron nuestros antepasados que nuestros cuerpos estuviesen unidos a los huesos de los Santos*" (Hom de SS,, 81. P. L., LVII, 428).

Paulino de Nola obedecía al mismo sentimiento de piedad cuando hacía transportar los restos de su hijo adolescente, Celso, cerca de los mártires de Complutum (Hoy Alcalá, en España),probablemente los dos hermanos Justo y Pastor, coronados juntos en el año 304, durante la persecución de Diocleciano. Esto atestigua él mismo en una de sus poesías más bellas: "*Lo hemos enviado a la ciudad de Complutum, a fin de que, estando unido a los mártires por la unión de la tumba, saque de la sangre de los Santos la virtud que purifica las almas*" (Poem., XXXIV, vera. 606, sqq. P. L,, LXI, 689). Por último, para citar un ejemplo más, Constantino quiso también ser sepultado en medio de los monumentos elevados por su munificencia a los doce Apóstoles en la basílica que les había dedicado en Constantinopla. "*Y a esto* —dice su historiador Eusebio— *fue movido por dos motivos: primero, por el deseo de participar de las oraciones que los fieles dirigirían a los Apóstoles; después, y sobre todo, por la firme convicción de que la **memoria** de ellos sería de gran utilidad a su alma*" (*Vita Constantino*, 1. IV, c. 60. P. G., XX, 110, sq.).

Santo Tomás, hablando de los auxilios que los vivos pueden prestar a los difuntos, trae estas dos razones para explicar la utilidad que hay de ser enterrado en un lugar sagrado. "*Quod ulterius sepultura in loco sacro mortuo podest, non quidem ex ipso opere operato, sed magis ex ipso opere operante, dum scilicet vel ipse defunctus, vel alius, corpus ejus in loco sacro disponens, patrocinio alicujus sancti eum committit, cujus precibus per hoc credendus est adjuvari, et etiam patrocinio eorum qui loco sacro deserviunt, qui pro apud se tumulatis frequentius et specialius orant*" (In IV Sentent., D., 45, q. 2, a. 3, sol. 3).

Notemos de paso que el satisfacer este deseo dio lugar en varias ocasiones a lamentables abusos. Uno de los mayores fué la mutilación de los monumentos consagrados a las mártires. Estos monumentos estaban adornados con frescos; más de una vez estas pinturas fueron destruidas, a lo menos en parte, por manos indiscretas, que no temieron estropearlas para introducir*loculi* en el lugar más próximo a los sarcófagos en donde reposaban las santas reliquias. (Véase a Martigny, Dictionnaire. .., en las palabras "*Arcosolium*", etc.)

Así se ven realizadas en el cuerpo místico de Cristo las hermosas palabras de San Pablo cuando, celebrando la unidad que debe unir armoniosamente todas sus partes, decía: "*En cuanto un miembro padece, todos los demás lo padecen; en cuanto un miembro es glorificado, todos los demás se regocijan con él*" (I Cor., XII, 26). Seguramente que los justos detenidos en el Purgatorio son dichosos de la felicidad de sus hermanos que antes que ellos han llegado a la bienaventuranza; por consiguiente la caridad que los anima debe necesariamente inclinar a los bienaventurados comprensores a compadecerse de los miembros que sufren, pues son parte del mismo cuerpo, y, por ende, a socorrerlos en sus pruebas y presente penar.

II. Después de estas nociones generales, no olvidemos que debemos hablar especialmente de la benditísima Madre de los hombres. Si los fieles de la tierra y los Santos del cielo pueden y quieren socorrer a sus hermanos del Purgatorio, ¿es posible que María no quiera o no pueda esto mismo como ellos y más que ellos? Cosa incomprensible sería esta, puesto que Ella está más unida que todos los otros a esas almas por los lazos de la caridad; puesto que su amor a ellas es incomparablemente más grande que todo otro amor; puesto que nadie, fuera de Dios, conoce tan claramente como Ella sus aspiraciones, angustias y lamentos; porque Ella sigue siendo la Esperanza en la morada de la expiación como lo fué en el tiempo de peregrinación; puesto que de esta comunión de los Santos que reúne entre sí las tres grandes partes del reino de Dios, la Iglesia militante, la Iglesia triunfante y la Iglesia purgante, Ella es, después de Jesucristo, el nudo y el centro; Ella es verdadera madre de toda la familia de Dios.

¿Queréis, sobre este punto, un testimonio brillante de la misma Santa Iglesia? Leed las oraciones litúrgicas, y muy especialmente las que los sacerdotes dirigen a Dios, por orden suya, en el santo sacrificio de la Misa: "*¡Oh, Dios, que concedes tan liberalmente el perdón y que amas la salud de los hombres!, rogamos a tu clemencia que, por la intercesión perpetua de la Bienaventurada Virgen María y por la de todos los Santos, aquellos de nuestros hermanos... que han salido de este mundo lleguen a la herencia de la eterna beatitud*" (Oraciones del Misal de difuntos).

Los Santos exaltan al unísono este oficio misericordioso de la Reina del Cielo. Ella consuela, Ella anima, Ella alivia y da la libertad. No contentos de atestiguarlo, hacen también algunas aplicaciones muy asombrosas. Según San Ildefonso, cada vez que en el año litúrgico se celebra la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, hay para todas las almas del Purgatorio un gran alivio de sufrimiento. María hace participar del gozo del cielo y de la tierra a la tenebrosa cárcel del dolor (Serm. 5 *de Assumpt*. (ínter dubios). P. L., XCVI, 203. Debemos añadir que varios intérpretes han pensado que el autor hablaba aquí del infierno y de los condenados. Sería de aquellos que *pia quadam temeritate* habrían tenido por admisible un momento de alivio en los suplicios eternos, en los días en que la Iglesia celebra los más grandes misterios de nuestra salud; opinión que no sería ni tolerable en nuestros días. Por lo demás, el texto, como decimos, se puede entender del Purgatorio). Santa Francisca Romana, tan conocida por sus maravillosas visiones, fue favorecida con la contemplación de la gloria de la reina del Cielo en su triunfante Asunción. "*Comprendió que todas las almas detenidas entonces en el Purgatorio entraron en seguida, en pos de la Madre de Dios, a reinar con Ella para siempre, de igual modo que las almas de los antiguos Padres encerradas en el limbo habían acompañado a Cristo, subiendo al cielo, el día de su Ascención*" (Hippol. Maracci. Cleric. Regul., Fundatores mariani, c. 28 (Romae, 1648), p. 262).

En las **Glorias de María**, San Alfonso Ligorio se hace eco, complaciente y convencido, de relatos y de asertos parecidos. Recuerda, en particular, el pasaje en que el canciller **Gerson** muestra a Jesucristo elevándose al cielo con su Madre, "*y alrededor la cautividad del Purgatorio libertada por el honor de Aquella a quien el Señor se disponía a coronar como la soberana de la gracia, la Reina y la Madre de misericordia*" (Tract. IV, *super Magníficat*. Opp., t. IV, p. 287).Algunas líneas después menciona también la piadosa opinión del venerable **Dionisio Cartujano**, según la cual se renueva este mismo favor cada año en las solemnidades de Pascua Florida y de Natividad. "*Todos los años* —dice este doctor y grave autor— *la Santísima Virgen, en el día de la Natividad del Señor y de su Resurrección, baja al Purgatorio, acompañada de multi-*

tud de ángeles, a fin de sacar de allí un gran número de almas" (*Serm. in Assumpt.*, 2. Cf. S. Alph. de Lig., *Glorias de María*, p. I, c. 8, 5 2).

San Pedro Damiano cuenta a propósito de esto un caso curioso que dice haberlo sabido de un sacerdote fidedigno, que a su vez lo refería como sucedido hacía poco en Roma, "*ante paucos annos*". Helo aquí, traducido literalmente del latín. Una mujer de Roma entró el día de la Asunción en la Basílica erigida en honor de la Virgen Santísima en el Capitolio. Grande fue su sorpresa al ver allí a una de sus vecinas que había muerto un año antes. No pudiendo acercársele, por la muchedumbre de gente que llenaba e! templo, fue a esperarla al salir de la iglesia en una callejuela por donde tenía que pasar. "*¿No eres tú, Marozia, mi vecina* —le dijo—, *la que murió hace algún tiempo?*" "*Sí, la misma soy.*" "*¿Y cómo estás ahora?*" La otra le confesó que había sufrido mucho en el Purgatorio por algunas faltas de su niñez, de las cuales se había confesado, pero sin recibir la absolución. "*Hoy* —continuó— *la Reina del mundo ha rogado por nosotros, y me ha sacado a mí y a otras muchas del lugar de la expiación; y es tan grande la muchedumbre de almas así libertadas, que sobrepuja al número de los habitantes de Roma. He aquí por qué visitamos en acción de gracias los lugares consagrados a nuestra gloriosa Señora.*" Y como prueba de la verdad de la aparición, la feliz cautiva de la divina justicia anunció a su amiga que dentro de un año moriría ella también. Lo que sucedió exactamente. (S. Petr. Damian., Opuse. XXXIV, *Disput. de variis apparition. et miraculis*. c. 3. P. I,.. CXLV, 586. 587.)

Las **Revelaciones** de Santa Brígida están llenas de seguridades, dadas por la misma Virgen Santísima, respecto de ésta su protección a sus hijos y siervos del Purgatorio. "*Yo soy la Reina del Cielo* —decía un día a nuestra Santa—; *yo soy la Madre de la misericordia... y la senda por donde vuelven a Dios los pecadores. No hay pena en el Purgatorio que yo no endulce y que por mí no sea menor de lo que fuera sin mí*" (Revelat. S. Birgittae, 1. VI, c. 10, t. II, p. 16). Otra vez, la Bienaventurada Brígida oye al Hijo decir a su Madre: "*Tú eres mi Madre, Tú eres la Reina del Cielo, Tú eres la Madre misericordiosa, Tú eres el consuelo de los que están en el Purgatorio, y la esperanza de los pecadores de la tierra*".

Revelat., 1. I, c. 16, t. I. p. 88. Hemos querido citar estos textos de la Santa, ya porque son de gran consuelo para los devotos de María, ya porque generalmente los reproducen defectuosamente, con referencias inexactas. Por lo demás, entiéndase bien que los hechos relatados, en estás últimas páginas, como otros del mismo género, no es obligatorio creerlos. Lo que de ellos debemos sacar, sobre todo, es una persuasión muy fundada del misericordioso poder de María para aliviar y librar a las almas que sufren y que ponen su esperanza en Ella.

III. ¿De qué manera socorre María a sus hijos y siervos que gimen en el Purgatorio? Hay, sobre esta cuestión, respuestas unánimes, y otras más o menos discordantes. Diremos primero lo que piensan de acuerdo Doctores y teólogos, teniendo una sola e idéntica doctrina; veremos después sobre qué puntos difieren, y cómo la divergencia está más en las palabras que en las cosas.

El primer modo, y quizá el más frecuente, que tiene María de socorrer a sus hijos del Purgatorio es el pensamiento y voluntad que inspira a los fieles que aun viven, de orar, de sufrir y de trabajar por su libertad. No pensabais, tal vez, en vuestros hermanos difuntos, y de repente os sentís conmovidos de su estado, llenos de afán por auxiliarlos y apresurarles la

hora en que, libres de toda deuda, sean admitidos al festín eterno. Es que la Madre de esos dichosos infortunados os llama para secundar su misericordia.

Un día, Juan Jiménez, santo Coadjutor de la Compañía de Jesús, derramaba su corazón ante una imagen de la Virgen Inmaculada. Mientras oraba le vino una especie de escrúpulo sobre su poco celo y compasión por las almas del Purgatorio, "*Jiménez* —le dijo entonces una voz misteriosa, pero muy clara—, *acuérdate de los difuntos*." "*Sí, lo haré*" —respondió el devoto siervo de María—. Y desde aquel día hasta el de su muerte, esto es, durante ocho años que vivió después, ofreció todas sus buenas obras de mortificación y devoción por las almas del Purgatorio (P. L. de Lapuente, Vida del P. Baltasar Alvarez, c. 44).

¡Cuántos otros casos pudiéramos narrar como este si nos fuera permitido descorrer el velo que oculta la acción divina en los corazones! Puesto que le agrada a Nuestra Señora el mendigar así nuestros sufragios para las almas que le son queridas, entremos en sus designios de misericordia y no temamos hacer demasiado para secundar su dulce influencia(Estas consideraciones prueban que es muy conveniente abandonar en manos de María todas nuestras obras satisfactorias, para que disponga de ellas como quiera en favor de los difuntos que con especial designio quiere socorrer).

Admiremos las sendas de la Providencia. Nuestro Señor, con la infinidad de sus méritos y la superabundancia de sus satisfacciones, podría pagar en un momento todas las deudas de la Iglesia paciente. ¿Por qué no lo hace? Es un secreto de su corazón y de su justicia. Podemos saber, a lo menos, que si de este modo se ha ligado a Sí mismo ha sido para dar a los hombres, y particularmente a su Madre, parte mayor en la obra de sus liberalidades. Ahora bien, la Madre misma entra también en las miras del Hijo. Ella pretende igualmente aliviar a los muertos por medio de los vivos; quiere deber la libertad de las almas de sus hijos tanto a nuestra caridad como a su propio crédito; hace callar, en cierto modo, su compasión, a fin de que tengamos más libre campo para la nuestra. Por lo demás, en cuanto nos ve responder a sus inspiraciones, sus maternales sufragios se añaden a nuestras obras y duplican su precio a los ojos de la Justicia divina. Para responder a este designio del Hijo y de la Madre han concedido, sin duda alguna, los Pontífices tantas indulgencias aplicables a los difuntos en las mismas oraciones y otros ejercicios de devoción en honor de esta dulcísima Virgen (El P. M. Philpin. de P., sacerdote del Orat. de Londres, *Union de Marie aux fidéles*... I part., ch. 7).

A este primer modo de auxilio puede María juntar otro segundo: ofrecer por esas almas cautivas de la divina Justicia, no ya satisfacciones **actuales**, puesto que el estado de la bienaventuranza excluye toda posibilidad de sufrimiento y de expiación, sino los méritos expiatorios de su carrera mortal. Forman, es verdad, después de las satisfacciones de Cristo, el tesoro de la Iglesia; pero su Hijo no la ha desposeído en tal grado para enriquecer a su Esposa de la tierra que no pueda ella misma disponer de esos méritos según su libre querer.

Hasta aquí están de acuerdo los teólogos. Donde cesa la unanimidad de doctrina es cuando se trata de decidir si las oraciones de la Santísima Virgen bastan, **por sí mismas**, para obtener de su Hijo la liberación de los miembros pacientes de Cristo o un alivio de sus tormentos (Belarmino enseña expresamente que podemos con simples oraciones, fuera de toda satisfacción, socorrer a las almas de los difuntos (*De Purgatorio*. 1. II, c. 15). Teófilo Raynaud concede este poder a las oraciones de los viadores, y lo niega más probablemente a las de los

compresores (*Scapulare Marianum*..., 2, V, Opp., t. VII, p. 289). Suárez, hablando en general de las oraciones separadas de toda satisfacción, considera "*piadosa, probable y tal vez verdadera*" la opinión que les atribuye el poder de aplacar a la divina Justicia. No obstante, es, según él, "*muy incierta y muy poco fundada en razón*". En efecto, nadie puede obtener por sí mismo, independientemente de toda satisfacción, y por el único mérito de sus propias oraciones, la remisión de la pena merecida por sus infidelidades. Ahora bien, lo que no se puede hacer en favor de sí mismo, se puede menos aún en favor de los otros; porque en esta clase de materias, y en igualdad de circunstancias, la oración es más eficaz cuando se ruega por sí mismo. Por consiguiente, pedir que las almas del Purgatorio sean libertadas gratuitamente, es decir, independientemente de su propia **satisfacción** o de todo género de pago ofrecido por ellas, pedir esto es exponerse a no ser escuchado.

Esto, sin embargo, no quiere decir que sean inútiles y vanas las oraciones que dirigimos a Dios para que se digne aliviarlas en sus penas. ¿Por qué? Porque entendemos, que nos conformamos al orar con el orden de la Providencia divina, que hace depender de la expiación la remisión de la pena, o total o parcial. Por consiguiente, con el carácter propio de impetración que la oración tiene, ofrecemos, implícitamente por lo menos, el valor**satisfactorio** inherente a las plegarias de esta vida mortal (Suárez, *De Sacr. Penitentiae,* D. 48, s. 6, p. 504 ed. Venet., 1748). De aquí esta conclusión manifiesta: que las oraciones de la Santísima Virgen para conseguir a las almas del Purgatorio o el alivio o la cesación de sus penas, deberían tener como acompañamiento sus satisfacciones personales, o quizá inclinar a su misericordioso Hijo a que hiciese, en favor de las almas singularmente patrocinadas por Ella, una aplicación especial de sus méritos propios (22).

Suárez pregunta si los Santos del cielo pueden obtener de Jesucristo con sus oraciones que aplique Él mismo los difuntos la cantidad de bus propias satisfacciones necesaria y suficiente para que sean libertados. Una libertad así concebida sería gratuita por parte del donatario y de sus abogados ; pero la Justicia tendría, sin embargo, plena satisfacción por parte de Cristo. El gran teólogo no juzga improbable este género de sufragio. Con todo, no cree que los Santos piden, a lo menos regularmente, un modo semejante de aplicación o de remisión. Y es que Jesucristo, causa y origen universal de toda remisión de la pena, habiendo establecido instrumentos y como causas segundas para aplicar sus satisfacciones, no acostumbra a hacer la aplicación por Sí mismo, fuera de los medios instituidos por Él. Si, pues, lo hace alguna vez, es por una economía especial, que no cae ni bajo la ciencia, ni bajo la ley (1. c.. p. 605).

Si los Santos no pueden, por su propia autoridad, ofrecer como paga a Dios las satisfacciones de los otros elegidos, puesto que no les pertenecen, nada les impide solicitar la ofrenda de ellas de los que las poseen. Y este es un medio más para la Santísima Virgen de socorrer a sus hijos; porque ¿habrá algún habitante del cielo que vacile en presentar a Dios el Tesoro entero de sus propias satisfacciones por un deseo de su Reina y en favor de los que Ella protege? En fin, como sucede frecuentemente que los sufragios ofrecidos en la Iglesia por ciertas almas determinadas no les son aplicables, o porque Dios les ha recibido ya en su gloria, o porque les había arrojado de su faz a causa de sus crímenes, y no hay ya perdón para ellas, ¿no se puede creer que Dios Nuestro Señor transfiera este beneficio a las almas que le son designadas por los deseos de María?

Así pueden conciliarse prácticamente dos opiniones contrarias en apariencia: la opinión según la cual los Santos y la Reina de los Santos no pueden con sus oraciones solas hacer cesar, ni aun aliviar, la prueba de los justos condenados al Purgatorio, y la opinión que les atribuye este poder de impetración, aun cuando esas oraciones, por el estado de bienaventuranza, no tengan, como las nuestras, mérito expiatorio; porque toda oración hecha en el cielo por María lleva consigo la ofrenda de una satisfacción proporcionada al alivio que solicita: satisfacción de la misma Virgen, satisfacción de Jesucristo, satisfacción de otros Santos, que se sienten harto dichosos de poner sus méritos a disposición de su Madre, Madre de todos.

Entre los socorros concedidos por la Santísima Virgen hay uno que merece particular mención: son las visitas de los ángeles. Nada, tal vez, hace comprender mejor este beneficio que el relato evangélico de la agonía del Salvador: "*Y Jesús, habiendo tomado con Él a Pedro y a los dos hijos del Zebedeo, comenzó a entristecerse y afligirse. Y les dijo: Mi alma está triste hasta la muerte... Y alejándose un poco se postró con la faz contra la tierra, orando y diciendo: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya...*" (Matth., XXVI, 37-40). He aquí, guardadas las debidas proporciones, el ejemplar y el tipo de uno de esos justos que gimen en el lugar de la expiación su angustia, sus deseos, su completo abandono al querer de Dios, su agonía.

"*Entonces se le apareció un ángel que le confortaba*" (Luc., XXII, 43). Es la visita de un enviado de María. ¿Qué hace? **Conforta** a esa alma. ¿Cómo lo hace? A veces llevándole de parte de su Reina el anuncio de una próxima libertad; a veces diciéndole cuánto su Madre le ama y qué gozo será para Ella el estrecharle algún día en sus brazos, feliz ya y purificado. Sin duda que este alma justa sufre con paciencia y sin desesperación los rudos golpes de la Justicia; sin duda sabe que la Madre de quien ha querido ser hijo se interesa por sus dolores desde el cielo. Pero ¡qué consuelo y fortaleza sentirá al recibir estos mensajes, al escuchar los alientos que le envía, al saber por su enviado que dentro de poco estará con ella, o, al menos, que su querida Señora lo tiene presente en su pensamiento y en su corazón!

Juzguemos de ellos por lo que sentiríamos nosotros si, hundidos en un abismo de amargura, viniese un ángel de parte de María para decirnos que esta Señora nos protege y nos ama. La agonía podría prolongarse, como tal vez siguió la de Nuestro Señor después de la aparición del Angel; pero ¡cuánto más fuertes seríamos para soportar el peso del dolor! ¿Quién no ha leído en las obras de Santa Teresa uno de esos relatos en que aparece la Santa desolada, abatida, sin luz, sin esperanza y como separada de su Criador y Señor? De repente, una voz resuena en el fondo de su corazón: "*No temas, yo estoy contigo.*" Y esta palabra, tan corta, tan sencilla, disipa las nubes, vuelve la calma, pacifica, fortifica para días, semanas y meses. Algo análogo produce la palabra de la Madre de misericordia en sus hijos del Purgatorio; y he aquí porque las visitas angélicas de que nos hablan tantos devotos y santos autores no pueden ser ni inútiles a los que las reciben ni indignas de Aquella que las envía.

IV. Parece que hemos olvidado casi del todo la cuestión especialmente anunciada por el título del capítulo presente, a saber: de qué utilidad puede ser una devoción singular a la Santísima Virgen para las almas que la divina Justicia purifica en el Purgatorio antes de admitirlas en la mansión de los elegidos. Ahora bien: cuando hablamos de esta devoción, sin pretender excluir la que esas mismas almas profesan actualmente en el lugar de la prueba, prin-

cipalmente hablamos del culto, del respecto, de la oración y del amor que ofrecieron a María durante su vida mortal. ¿Será cierto que la Santísima Virgen, tan misericordiosa para todas las almas pacientes que, con un mismo corazón y una misma voz, la suplican volver hacia ellas sus compasivos ojos, tenderá una mano más piadosa y benigna a aquellas que en el mundo la han honrado más?

No hay duda en esto, por regla general. ¿A quién, pues, digámoslo de paso, se dirige la promesa de una pronta libertad concedida por la divina misericordia a la devoción del Escapulario si no es a los servidores particulares de María? Nada, por otra parte, es más conforme a las disposiciones de la Providencia divina en el gobierno de los hombres. ¿Por qué quiere Dios que los Santos intercedan por nosotros cerca de su misericordia, y que sus gracias pasen, en cierto modo, por las manos de ellos antes de llegar a nosotros? A fin de honrarlos Él mismo y para que nosotros los honremos con Él. Por consiguiente, cuanto más glorifiquemos a María, Reina de todos, con nuestros votos y oraciones, tantos más títulos adquirimos para recibir por Ella los dones de Dios. Ya hemos demostrado esto tratándose de los vivos. Ahora bien: no vemos qué impedimiento pueda haber para que el privilegio de siervos de María no les siga después de la muerte; todo, por el contrario, tiende a persuadirnos que son ellos, en el Purgatorio, objeto especial de su activa conmiseración. Tal ha sido el sentir de los santos, como acreditan los diferentes textos en los cuales han celebrado la protección de esta Señora, extendiéndose hasta las almas pacientes. Testigo, entre mil otros, la aplicación que hace San Bernardino de Sena a María de este pasaje de la Escritura: "*He caminado sobre las ondas del mar*" (Eccli., XXIV, 8). "*Si camino sobre esas olas es a fin de visitar a mis siervos y de asistirlos en sus necesidades, porque soy tu Madre.*" Ahora bien: el Santo, por las olas de que aquí se trata, entiende las penas del Purgatorio. Nada, por otra parte, es más corriente en las obras escritas en honor de Nuestra Señora que este título, u otro semejante: **María socorre a sus siervos en el Purgatorio** (S. Alphons. Lig.,*Glorias de María*. 1» p., c. 8, § 2).

Se podría objetar que María debe una asistencia especial a los que están más adentro en el Corazón de su Hijo, aunque haya recibido de éstos, homenajes menos explícitos y menos frecuentes. Dos respuestas hay para esta dificultad: la primera, que es extremadamente raro que la devoción a María y la santidad no hayan corrido parejas. Pero sin rechazar el caso de una devoción más expresa con menos santidad, responderemos con una doctrina claramente expuesta por el Doctor Angélico. Enseña que la perfección de la gracia no es necesariamente la medida de los auxilios concedidos a las almas de los difuntos en el Purgatorio. Tal persona rica, por ejemplo, por quien se celebran muchas misas, será libertada más pronto que aquel pobre a quien no se ha concedido semejante favor, aunque este último, por el beneficio mismo de la pobreza, sobrepuja al otro en santidad y deba serle eternamente superior en la gloria (S. Thom., in IV Sentent., D. 45. q. 2, a. 4. sol. 1, ad 827). De manera que puede suceder que un alma, por haber honrado más constantemente a la Reina del Cielo, aunque esté menos cargada de méritos, sea visitada por Ella más misericordiosamente y transportada más pronto del lugar de la expiación al eterno descanso. Y esta es la conclusión que se deduce, si no erramos, del privilegio de la Indulgencia Sabatina, entendido según toda la propiedad de los términos.

V. Hemos hablado del primer privilegio concedido al Escapulario de Nuestra Señora del Carmen: la gracia de una buena muerte y, por consiguiente, la liberación del infierno. Pero hay otro favor, no menos extraordinario, prometido igualmente con ciertas condiciones a

los cofrades del mismo Escapulario, esto es, la pronta liberación de las penas del purgatorio. Este privilegio, como fácilmente se ve, es diferente del primero en cuanto al objeto, puesto que no se trata ya de librarse del fuego eterno, sino de las penas expiatorias de la otra vida. Difiere también en cuanto al origen y en cuanto a las condiciones requeridas para disfrutarlo.

Primero, el último privilegio, llamado comúnmente **privilegio sabatino, privilegium, diploma sabbatinum,** o, mejor dicho, Indulgencia Sabatina, se distingue, por su origen, de la **Gran Promesa**. En efecto, no está comprendido en la revelación hecha a San Simón Stock el año 1251. Fué sesenta años más tarde cuando la Madre de misericordia, Nuestra Señora del Carmen, se dignó manifestárselo al Papa Juan XXII, probablemente en la víspera de su elección. La Bula por la cual el Pontífice habría promulgado este favor, con otros varios concedidos a la Orden del Carmen, sería del 3 de marzo, en el año sexto de su pontificado (1322).

Varias cuestiones de gran importancia se suscitan respecto a este documento y a la parte de su contenido que concierne más directamente a la **Indulgencia Sabatina**.

La primera cuestión es sobre la autenticidad de la Bula pontificia y, por consiguiente, del privilegio que promulga. Imposible es tratar asunto semejante en algunas páginas. Habría que hacer una larga disertación para agotarlo, y no es este su lugar. Si el galicano Launoy no vió en la Bula Sabatina más que una grosera mixtificación; si, en su tiempo, los bolandistas, en la persona del sabio Paprebrock, dudaron del valor del documento pontificio hasta considerarlo más verosímilmente como apócrifo ("*Suspecta est mihi Bulla Sabbatina.— Non vacat mihi nunc deducere minutim argumenta quibus suppositionem moraliter certam ostendere non sit difficile*", dice Paprebrock en sus*Respuestas* a los ataques dirigidos contra él por los carmelitas (Resp. 291), otros escritores de la Compañía de Jesús, de acuerdo con los religiosos Carmelitas, han combatido para sostener su autenticidad. Tales, por ejemplo, los que ya hemos visto luchar en defensa de la **Gran Promesa**: el P. Raymond, en el siglo XVII, y en nuestros días el Padre Clarke, cuyo notable estudio acaba de ser traducido del inglés al francés. Las mayores dificultades consistían en la imposibilidad de presentar el autógrafo de la Bula del 3 de marzo de 1322 por no hallarse el texto de Juan XXII en el Bulario Romano, en el estilo anormal y bastante obscuro del documento y, por fin, en el silencio que guardaron los escritores carmelitas respecto al privilegio en cuestión durante casi todo el siglo XIV. Los que deseen conocer a fondo las soluciones dadas a cada una de estas dificultades, vean los dos autores últimamente citados. Si no dan plena evidencia, no dejan de ser soluciones serias y de gran peso.

Benedicto XIV, en su **Tratado de las Fiestas de la Virgen Santísima**, examina también la cuestión. No la resuelve allí tan francamente, en sentido afirmativo, como parece haberlo hecho en algunas palabras que se leen en su obra sobre la **Canonización de los Santos**.

Sea como quiera, la época de las controversias debe ser considerada como cerrada prácticamente por un decreto muy sabio del Papa Paulo V. Hacia fines del siglo XVI se levantaron discusiones extremadamente vivas a propósito de la Bula Sabatina y del privilegio que promulga, primero en Portugal y después en todo el mundo cristiano. Al principio del siguiente siglo se vió al inquisidor de Avignon llegar hasta prohibir a los religiosos Carmelitas el predicar dicho privilegio delante de los fieles (El P. Pablo de Todos los Santos ha referido la historia de esta ardiente controversia en su *Clavis aurea*, p. II, c. 15. En cuanto al Decreto de Paulo V, puede verse en el Bulario de loa Carmelitas, t. I, p. 62; t. III, p. 601).

La causa fue llevada al Tribunal de la Santa Sede. Y entonces la Santa Inquisición, por orden de Paulo V, promulgó el decreto siguiente, alabado por el mismo Launoy, dice Benedicto XIV, y recientemente aprobado de nuevo por la Congregación de Indulgencias en 19 de diciembre de 1886: "*Que se permita a los Padres del Carmen predicar al pueblo que**puede creer piadosamente** en la asistencia esperada por los hermanos y cofrades de la Hermandad de Nuestra Señora del Carmen, a saber: que esta divina Señora ayudará con sus continuas oraciones, sufragios y méritos, y con una protección especial después de su muerte,* ***principalmente el sábado*** (día que le está consagrado por la Iglesia), *a los hermanos y cofrades muertos en caridad, con la condición de que hayan llevado durante su vida el escapulario, guardado la castidad propia de su estado, rezado el Oficio Parvo o, si no pueden rezarlo que hayan observado los ayunos de la Iglesia y se hayan abstenido de carne los miércoles y sábados, como no sea que la fiesta de Navidad caiga en uno de esos días*" (Este decreto fue publicado en Roma el 15 de febrero de 1615, en el Palacio del Santo Oficio).

Las lecciones del **Breviario Romano** para la fiesta de Nuestra Señora del Carmen concuerdan con el decreto de Paulo V. Léese, en efecto, en dichas lecciones que la Santísima Virgen **consuela** en el Purgatorio con una ternura maternal "*a aquellos de sus hijos que, después de haberse alistado en la Cofradía del Escapulario, han guardado fielmente las prácticas prescritas, y que además,* ***según una piadosa creencia****, su protección los hace pasar pronto, quantocius, a la patria celestial*".

Officium D. V. M. de Monte-Carmelo, lec. 6. No serán inútiles algunas reflexiones para la buena inteligencia de estos textos. Ni el decreto, ni la lección del Breviario, reproducen literalmente las palabras de la Bula Sabatina, atribuida a Juan XXII, porque esta Bula, tal como la citan generalmente, decía: "*Si los cofrades del Carmen, al salir de este mundo, se van en seguida al Purgatorio, Yo, su Madre, bajaré a él graciosamente* ***el sábado siguiente a su muerte****, y los libraré.*" La promesa es igual siempre, sustancialmente; pero la segunda redacción, la que el Santo Oficio permite predicar, está redactada de tal suerte que omite lo que más vivamente fue atacado en la primera, tomada rigurosamente a la letra; es decir, el fijar la libertad para el sábado que sigue inmediatamente a la muerte, y la bajada corporal de la Santísima Virgen al Purgatorio.

Y no sólo este último punto fue omitido por la Sagrada Congregación, sino que hasta prohibió el representar a la Santísima Virgen bajando al Purgatorio para sacar de él cada sábado a las almas de los cofrades que habían realizado las condiciones requeridas: "*Porque* — dice el P. Teófilo Raynaud— *una representación semejante, fundada sobre una interpretación inexacta del texto de Juan XXII, podría ser causa de error para los simples y los ignorantes. Era propia para hacerles considerar esta bajada* ***como personal****, mientras que sólo es* ***impersonal****, es decir, que consiste en la asistencia otorgada por esta buena Madre, como se nota muy bien, y con cuidado, en el Decreto de Paulo V. Parecería, en efecto, poco conveniente al estado glorioso que la Santísima Virgen se hubiese comprometido con una promesa solemne a dejar el cielo tan a menudo para penetrar así en las tenebrosas mansiones del Purgatorio. Esta es también la razón por la cual los teólogos enseñan que las apariciones de las almas glorificadas son, por regla general, puramente impersonales. Por lo demás, el socorro prometido a los siervos de María no se disminuye por esto de modo alguno, como bien claramente se ve.*" (P. Theoph. Raynaud, *Scapulare Marianum*..., Ü, f>. Opp., t. VII, p. 289.)

Sería interesante estudiar más minuciosamente lo que dicen buen número de autores respecto a las visitas hechas por la Virgen Santísima a sus clientes del Purgatorio. Pero es una

cuestión muy compleja, en la que faltan elementos de solución. Puédense, no obstante adelantar algunas proposiciones muy verosímiles. Primero, que tales visitas, si a veces ocurren, deben ser excepciones de la regla común. El Decreto del Santo Oficio citado mas arriba nos mueve a creerlo así, sobre todo si se trata de visitas **personales**, es decir. de esas visitas en las cuales bajaría en persona la Virgen divina y en su propia realidad. La rareza de semejantes manifestaciones se podría deducir también de lo que pasa entre la Virgen y los hombres que viven en el mundo. Porque, según ya lo hemos notado (II p., I. VIII. c. 5 p. 132), el sentir común de los teólogos es que Nuestro Señor y su Madre Santísima no se revelan, sino en visitas **impersonales**, es decir, por representaciones objetivas, y reales, y a veces simplemente imaginarias y subjetivas. ¿Es necesario advertir, que tratándose de los justos del Purgatorio no puede tratarse de visiones imaginarias, siendo así que estando separados de sus cuerpos solo pueden ejercer operaciones espirituales. Por igual razón no podrían percibir sensiblemente representación alguna objetiva y real. Sí, pues, la Virgen Santísima se digna manifestarles su presencia, es únicamente del modo que conviene a los espíritus.

Según ya hemos dicho, este decreto puso fin a las discusiones. No resolvía la cuestión teórica, pues no afirmaba absolutamente la autenticidad de la Bula y de la promesa. Decidía solamente que se permite predicar el **privilegio Sabatino**, y que tiene el grado de probabilidad requerida para que se pueda **creer piadosamente**, es decir, con fe humana, sin temeridad ni ligereza. Esto bastaba, y desde esta época no se puede señalar una oposición seria, y la **piadosa creencia** es generalmente admitida sin contradicción.

A decir verdad, tales son las condiciones requeridas para gozar el privilegio, que, aun**haciendo abstracción de la Bula Sabatina**, sería razonable el contar con el socorro prometido. Guardar la ley de la castidad, rezar el Oficio de la Virgen, ayunar y guardar abstinencia para honrar a la Santísima Virgen, Madre de los cristianos; ganar numerosas indulgencias concedidas por la Iglesia a la devoción del Escapulario; morir, en fin, en estado de gracia después de haber perseverado en estas santas prácticas, ¿no es esto suficiente para esperar confiadamente la protección singular de la Santísima Virgen y la pronta libertad del Purgatorio? Vosotros, los que pretendéis que llenar las condiciones a las cuales está unida la realización de la promesa sería comprar a poco precio los magníficos privilegios que encierra, ¿ignoráis que la Iglesia no pide tanto para conceder una indulgencia plenaria, es decir, una indulgencia que, ganada en su totalidad, basta para extinguir las mayores deudas a la divina Justicia? Por consiguiente, no se puede, por lo menos, atacar la autenticidad de la indulgencia sabatina bajo el pretexto de que el privilegio es algo exorbitante. Además, ¿quién se atreverá a combatirlo por esa razón, cuando la Iglesia ha supuesto tantas veces la verdad de las promesas, ya concediendo numerosas indulgencias a la devoción del Escapulario, ya dando, por el órgano de sus Congregaciones, aclaraciones y decisiones auténticas sobre las condiciones exigidas para tener derecho a la asistencia especial afirmada por la Bula?.

Así, por ejemplo, un Decreto de la Congregación de Indulgencias, expedido el 22 de junio de 1842, decide que el poder de imponer el Escapulario no implica **por sí mismo** el de conmutar, en caso de necesidad, la recitación del oficio de Nuestra Señora en cualquiera otra buena obra. De igual modo una respuesta de la misma Congregación (18 agosto 1803) declara que un sacerdote o un religioso, rezando su Oficio acostumbrado y realizando las otras con-

diciones, puede ganar por el mismo hecho la Indulgencia Sabatina, sin añadir el Oficio Parvo de la Virgen.

VI. Quédanos por averiguar por qué la Santísima Virgen, siendo por una parte tan compasiva y misericordiosa y por otra tan poderosa sobre el Corazón de su Hijo, no pide o no obtiene universalmente para todas las almas en pena la más pronta y entera libertad del Purgatorio. Parece que la gloria de Dios y su amor se unen para reclamar esto. Su amor, porque los que sufren son los hijos muy amados de su corazón maternal; la gloria de Dios, porque, una vez transportados del lugar de la prueba a la eterna bienaventuranza, esos dichosos cautivos cantarán allí más libremente y honrarán más perfectamente al Dios que los ha salvado.

He aquí lo que pensamos nosotros con nuestras escasas luces. Pero no consideramos que la misericordia de María, como la de Jesús, como la de Dios, el Padre de las misericordias, está compuesta de sabiduría tanto como de bondad. Una misericordia que no estuviese marcada con el sello de la sabiduría, no sería ni conveniente a Dios ni digna de su Madre. Por consiguiente, aun cuando la miseria, y sobre todo la miseria moral, sea el objeto de la misericordia, Dios no está obligado a usar de ella, tanto menos cuanto más se hunda en el mal la criatura (Thom.. *in IV Sentent*., D. 46, q. 2, a. 1, sol. 1. ad 2 et 3). Ahora bien: la sabiduría para Nuestra Señora, es conformar sus pensamientos y voluntades al beneplácito divino. Por consiguiente, como Dios no quiere, y esto es obra de su sabiduría, privar enteramente a su justicia de las reparaciones debidas por los culpables, ni dar a éstos la ocasión de no vengar en sí mismos las injurias de Dios, con el pretexto de que la misericordia lo cubrirá todo, independientemente de sus propias satisfacciones, María no puede ni quiere quitar a sus hijos totalmente la pena merecida por sus pecados.

Añadid esta otra consideración, ya indicada más arriba. Esta excesiva condescendencia llegaría hasta arrebatar a los vivos el honor y el gozo de socorrer a sus hermanos, y relajaría, de consiguiente, los lazos de caridad que deben unirnos a todos en la unidad del mismo cuerpo místico bajo nuestra cabeza, Cristo.

Esta consideración del cuerpo místico de Cristo plantea una cuestión muy interesante, relativa a las almas del Purgatorio. ¿Están ellas, gracias a la unidad del cuerpo, de que son miembros vivos; están ellas repetimos, en estado de ayudarnos con sus oraciones, y, por consiguiente, podemos nosotros acudir útilmente a su intercesión? La respuesta de los maestros antiguos es generalmente negativa, y esta respuesta la apoyan con Santo Tomás sobre dos principios. Estas almas no conocen nuestras oraciones, y aunque las conociesen, su condición no les permitiría interceder en nuestro favor, porque están en un estado de castigo bajo el golpe de la divina Justicia. Lo que les conviene, pues, no es rogar por los otros, sino que los otros rueguen por ellas. (S. Thom., 2-2, q. 83, a. 4, ad. 3 ; a. ad. 3. Cf. Navarr., Enchirid., de Orat., in praelud., n. 26 et 29; Paludan., Ricard, y otros, in IV Sent., D. 15).

Sin embargo, desde aquellos remotos tiempos ha habido en el sentir de los teólogos un cambio, como se puede constatar recorriendo sus obras. Suárez, en particular; Belarmino, Gregorio de Valencia y Medina, por no hablar de otros, tienen como muy probable la opinión contraria a la de los antiguos Doctores de las Escuelas. (Cf. Suárez, *de Religione*, 1. T de Orat. in communi, c. 10, nn. 25-28; c. II, nn. 16, sqq. ; Bellarm., *de Purgatorio*, 1. II, c. 15; Gregor. *de Valentía*, t. III, D. 6, q. 2, puncto 6; Medina, Cod. de Orat., q. 4 et 5.) Y los hechos parecen con-

firmar el sentir abrazado por ellos ; porque una multitud de fieles se encomiendan a la protección de estos justos, reconociendo por señales extremadamente verosímiles que han recibido de ellos el auxilio deseado.

Además, los dos principios sobre los cuales se fundaban para negar esta asistencia de las almas **pacientes** parecen bastante dudosos. Ciertamente que el lugar de la expiación no presta el conocimiento que los Santos del cielo tienen de nuestras oraciones y necesidades. Pero si los justos del Purgatorio no ven ni éstas ni aquéllas en la luz de Dios, por intuición, ¿por qué no han de saberlo por revelación, sea que Dios se lo manifieste por Sí mismo, sea que se valga del ministerio de los ángeles? No es, pues, por el lado del conocimiento por donde les puede venir la **imposibilidad** absoluta de rogar por nosotros.

Ahora bien, su condición presente tampoco parece obstáculo. Es cierto que esas almas están bajo el peso de la Justicia divina, incapaces de satisfacer por sí mismas a las exigencias de esa misma Justicia, pero son amadas de Dios como almas confirmadas en el amor suyo. Su pena es la de los hijos, y no la de los esclavos o enemigos. Nosotros estamos unidos con ellas en el corazón de nuestro común Padre por los lazos de la caridad más estrecha. Siendo todo así, ¿por qué no han de interesarse por nosotros, conmoverse por nuestros peligros, inclinarse a implorar la bondad divina en favor de los que las invocan y ser, en fin, misericordiosamente escuchadas? Nosotros mismos, aunque nos sintamos cardados de deudas, tenemos la confianza de rogar por nuestros hermanos, y ser escuchados cuando lo hacemos.

Tales son las principales consideraciones alegadas por los teólogos más recientes, por Suárez sobre todo, y confesamos que nos han parecido de gran peso.

Un hecho contado por San Gregorio Magno confirmaría esta opinión si estuviera ciertamente probado. El Santo cuenta que un diácono llamado Pascasio, hombre de gran reputación de santidad, curó a un endemoniado con la sola aplicación de una dalmática que cubría su sepulcro. Y más tarde se mostró a Germán, obispo de Capua, como alejado todavía del cielo y en un penoso estado de expiación (S. Greg. M.. *Dialog*., IV. c. 4).

Santo Tomás comprendió el argumento que se podía sacar de este hecho para establecer el Derecho de invocar útilmente a las almas del Purgatorio, puesto que la oración tácita del energúmeno y de los que rogaban por él al diacono Pascasio había sido escuchada. Sin poner en duda el milagro, se contenta con responder "*que lo que principalmente se debe mirar en el milagro es la fe y la devoción del que ruega. He aquí a Jesucristo que dijo a la hemorroísa* ***"tu fe te ha salvado"***(Matth. IX, 22). *Por consiguiente, como estaban convenidos de que el diacono dicho se hallaba en la gloria, por la excelencia que habían visto en sus méritos, le rogaban como a bienaventurado, y esta oración fue escuchada, gracias a la fe de los que la hacían; no porque Pascasio hubiere rogado él mismo por el energúmeno, en el Purgatorio, sino para que su vida recibiese de Dios el testimonio que merecía*". (In Sentent. l. IV, D. 15, q. 4, sol. 1 ad 3). ¿No parece mas sencillo el decir, una vez admitido el hecho, que los Santos del Purgatorio, aunque nada puedan obtener para ellos mismos, pueden obtener para nosotros las gracias pedidas por su intercesión?

¿Será todavía necesario decirlo? Nos parece que los mismos justos, en medio de sus pruebas, prefieren este orden de providencia a cualquier otro que los perdonase totalmente. Porque es una necesidad como natural a las almas abrasadas del todo en el amor divino, y

tales son los justos del Purgatorio, el sufrir en expiación de sus infidelidades. A quien pidiese una prueba, podríamos mostrarlas por millares en las historias de los Santos más ilustres. Cierto que desean con ansia ver a Dios; pero este deseo está subordinado a la pasión que sienten de lavar con sus lágrimas y con su sangre, si pudiesen, las menores injurias hechas a la majestad divina.

El acrecentamiento de beatitud es uno de los bienes de la devoción a María

Qué sea la devoción a la Santísima Virgen para los Santos en la Gloria. De cómo les procura un aumento de bienaventuranza accidental: más gozo, más luces, más poder sobre el corazón de Dios, principalmente si fueron en vida más celosos del culto de María.

I. Abordemos la tercera cuestión acerca de las ventajas que da a los siervos de María la devoción que tienen en esta divina Madre. Se trata de los bienaventurados del cielo. ¿Reciben ellos también, en su estado presente de gloria algún beneficio que proceda del amor de María? No tenemos que repetir cómo su bienaventuranza, aun substancial, es una gracia que le deben a Ella, después de Jesús, su Hijo. Esto expresan suficientemente los títulos de causa de nuestra alegría: Puerta del Cielo, Escala del Paraíso, Madre de nuestra salud, que universalmente le da el pueblo cristiano. La Iglesia no nos deja olvidar verdad tan gloriosa para su Reina, pues nos enseña a decirle, en la conmovedora deprecación de la Salve:"*Vuelve a nosotros tus ojos misericordiosos, y **después de este destierro muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre**.*" No; nadie entra en la patria celestial sino sostenido, protegido e introducido por Ella. Afirmarlo no es injuriar a Jesucristo, puesto que El ha establecido este orden y procede de sus méritos.

Pero en esto no consiste la cuestión presente. Se trata de si los siervos e hijos de María, una vez entrados en la gloria, deben, sí, darle las gracias por sus cuidados maternales y guardarle eterna gratitud, pero no esperar ya bien alguno de su influencia actual. Seguramente que, a pesar de lo poderosa que es cerca de Dios, su intercesión no pueda elevarlos ni a un grado siquiera en la beatitud substancial que poseen, porque no llega esa intercesión hasta hacer del estado definitivo del término un estado semejante al de **viador**. En el cielo ya no se merece, y, por consiguiente, no más cambios en la medida de gloria y de felicidad atribuidas por la Sabiduría divina a cada uno de los elegidos.

Pero si la beatitud esencial es independiente de María, no se puede decir otro tanto de sus**accesorios**; y aquí es donde la presencia y la influencia de la Santísima Virgen se revelan para utilidad, consuelo y gozo de sus fieles siervos. ¿Cómo, en efecto, esta unión de la Madre con sus hijos, en la posesión de la eterna belleza, podría ser indiferente para éstos cuando para la Madre está llena de gozos?

¿Creéis que no será nada para el Corazón de María el contemplar esa multitud de hijos que vienen unos después de otros a tomar parte en el banquete celestial? Llegan del valle de lágrimas, sacados, gracias a su vigilante protección, de mil peligros entre los cuales han perecido tantos otros; y ¿no latirá de suave alegría el corazón de su Madre al verlos libres para

siempre? Acordaos de lo que sintió la Madre de los Dolores cuando se apareció delante de Ella su Jesús, victorioso de la muerte y del sepulcro, y tendréis alguna idea de lo que debe sentir cada vez que un alma pasa del Purgatorio a las delicias del Paraíso, y la saluda como a su libertadora y Madre. Analogía tanto más exacta cuanto que María ve en cada uno de los elegidos a su Hijo glorificado, porque no hay uno solo que no sea un miembro vivo de Cristo, que forma parte de la plenitud de Cristo.

Ahora bien: si tal es el gozo de María en estos dichosos encuentros, ¿cuál no debe ser el de sus hijos y siervos? En vez de hacer reflexiones por nuestra cuenta, que siempre resultarán frías, citemos algunos hechos capaces de darnos a sentir cuán grande alegría se experimenta al ver a esta Reina del Cielo. Más arriba hablamos del deseo ardentísimo que tenía San Estanislao de Kostka de contemplarla cara a cara, hasta el punto de hacerle su ausencia insoportable la vida. Imaginad después, si os es posible, con qué anhelos del corazón iría, una vez cumplidos sus deseos, a postrarse amorosamente en su presencia y embriagarse con su deslumbradora belleza.

Varias veces los Santos Padres han desplegado todos los recursos de su elocuencia para pintar el triunfo de María en su dichosa Asunción. Ahora bien: lo que más les encanta, lo que describen con más amor, son los cantos de alegría entonados por los habitantes del cielo a la llegada de su Soberana: tan cierto es que la presencia de María lleva el gozo a todos los corazones. "*¡Oh, qué día más glorioso!* —dice el devoto Eadmero—; *¡qué dichosa y admirable fiesta fue para todos los siglos! No eras Tú solamente, oh, Señora nuestra, la que brillabas de un modo tan inefable; el cielo mismo, donde entrabas, y todo cuanto en él se encierra, recibía de tu presencia un indecible brillo, porque Tú lo llenabas hasta las últimas profundidades con el esplendor, casi infinito, de tus virtudes, de tus gracias y de tus misericordias. Aquellos mismos que desde los primeros días de la Creación habían merecido ser los felices habitantes de la gloria; aquellos mismos, digo, se estremecieron con una nueva alegría, y fue para ellos un acrecentamiento de dicha el contemplar a Aquella que por el Fruto bendito de sus entrañas virginales reparaba los vacíos de sus falanges...*" (*De excellentia B. V. M.* c. 8. P. L. CXIX, 572, sq).

Pretender que esta gloria de la Virgen no importa, en cierto modo, a la felicidad de los elegidos es rehusar también, y por las mismas causas, toda influencia beatificante a la Santa Humanidad del Salvador. No es esto lo que pensaba el autor del libro, tan conocido, del cual citamos hace poco un fragmento. Puesto que la tierra misma, esta miserable tierra, ha sido tan prodigiosamente glorificada por la presencia de Cristo y de su Madre, "*considerad, os ruego, qué gloria, qué felicidad, qué júbilo será para todos aquellos que serán admitidos a la eterna beatitud el contemplar a Dios Nuestro Señor hecho semejante a ellos en la substancia de su carne; el verlo gobernar como Dueño soberano el cielo, la tierra y los infiernos; el sentir que los rodea con un afecto más que fraternal y les concede sin retraso, sin contradicción, sin parsimonia, todo lo que pueden desear. Considerad también cuál será el transporte de su alegría, cuál su propia elevación, cuando vean con sus ojos a esta Reina, de quien les han venido todos los bienes, triunfalmente sentada al lado de su Hijo, que ha engendrado en sus entrañas, y participando, en virtud de sus derechos de Madre, de la dominación misma sobre la tierra y los cielos*" (Eadmer., *De excellentia B. V. M.*. c. 9, 575). Poderse decir, con toda verdad: esta Reina tan universal, tan poderosa, tan gloriosa, es de mi raza; más aún: es mi Madre, una Madre de quien lo he recibido todo, que me conoce, que me mira con amor, que me lleva continuamente en su corazón. Y el contemplarla cara a cara, ¿no es un consuelo

sin igual? Y en la espera misma de la visión de Dios, ¿no habría con esto para saborear un gusto anticipado del Paraíso?

Y este gozo no se extinguirá jamás. Este estremecimiento del alma que sintieron los siervos de la Virgen en el primer momento de su entrada en el cielo no será alegría pasajera, porque ni la belleza de María, ni su amor, son cosas de que se puedan cansar de gustar y de ver. Si se hace algún cambio en el estado de los bienaventurados, será para traerles un nuevo aumento de gloria y alegría.

Hoy, su gozo es puramente espiritual; cuando llegue la hora de la resurrección, la presencia de María será desde entonces una fiesta para todos los sentidos: fiesta para los ojos, que no podrán hartarse de contemplar su divina belleza; fiesta para los oídos, que la oirán cantar más suavemente que todas las vírgenes los cánticos del cielo, en seguimiento del Cordero; fiesta para el tacto, porque esta Madre, después de haber tantas veces posado sus labios en los de Jesús, no rehusará el abrir sus brazos a los otros hijos de su dilección; fiesta para el olfato mismo, porque de Ella se ha escrito: '*La mirra, el áloe, la casia se exhalan en perfumes de sus vestidos*" (Psalm., XLIV. 8; col. Cant., IV, 14); fiesta, en fin, para el corazón de carne, que palpitará dulcemente a la vista de esta Madre por siempre bendita.

La Virgen misma, conversando familiarmente con Santa Brígida, su muy amada, le reveló la felicidad que procura a sus hijos: "*Yo soy* —le decía— *la Madre de los que nadan en las delicias del Paraíso. Aun cuando a los niños pequeños no les falte nada, básteles mirar el dulce rostro de su madre para sentir aumentárseles su gozo. Así, el Señor se complace en hacer gustar a los habitantes de la corte celestial singular contento y transportes de alegría al contemplar la belleza de mis virtudes y de mi esplendor virginal, aunque de una manera incomprensible su poder los ha puesto ya posesión de todo bien*"(Revelat. S. Brígittae, 1. IV, c. 138, t. 1° p. 538).

Hay que oír también al santo Obispo Amadeo de Lausana, mostrándonos aquella multitud innumerable de toda edad, de todo sexo, de todo orden y de toda dignidad, salvada por los méritos y por las oraciones de María, aclamando a su Bienhechora y proclamándola bienaventurada en medio de un júbilo inmenso. Al menos, deseemos, con él, "*pertenecer algún día a tan dichosísima asamblea de hijos tuyos, ¡oh, clemente, oh, piadosa, oh, dulce María!*" (S. Amed. Lausan., hom. *8 de Mariae V. plenitudine*... P. L. CLXXXVIII, 1346).

Esta manifestación que María hará de Sí misma a sus hijos glorificados no es sino lo accesorio de la bienaventuranza de la gloria, es cierto. Sin embargo, ¡cuántas delicias encierra! Citemos aquí también algunos hechos que nos ayudarán a formarnos idea de esta dicha futura. La historia de los Santos habla muchas veces de las apariciones de la Virgen y sobre todo, de visiones con las cuales consoló esta Señora a sus siervos en la hora de la muerte. ¿Veis a esos hombres agotados por largos sufrimientos, pálidos, desfallecidos, sin más que un soplo de vida? De repente, el moribundo parece revivir: sus ojos se iluminan, brilla su semblante. Se diría que ya no está en la tierra, según la irradiación celestial y divina que se nota en toda su persona. ¿De dónde proviene esta súbita transformación? De la presencia de María, que vislumbra a través de las sombras de la muerte. Si una vista muy imperfecta a esta divina Madre basta para producir tales efectos en el alma y en el cuerpo de un moribundo, juzgad lo que producirá cuando aparezca en todo el esplendor de su belleza de Madre y de Virgen y en la plena manifestación de su incomparable bondad.

Conocida es la encantadora leyenda contada por Juan Hérolt en su *Magasin de miracles de la V. Vierge*. Es el ejemplo número 79. Un clérigo muy devoto de la Madre de le suplicaba con frecuencia a la Señora que le dejase ver su hermosura, pues se dice de en el **Cantar de los Cantares**: "*Todo hermosa eres, amiga mía, y no hay en ti mancha alguna.*" La Madre de Misericordia, compadecida de su piadoso deseo, le mandó uno de sus ángeles para decirle que su oración había sido oída. La verá; pero debes saber que ojos que una vez la contemplen no verán más nada de la tierra. El clérigo respondió que le importaba poco quedar ciego, con tal de ver a la Reina del Cielo. Sin embargo, después de irse el ángel comenzó a pensar, no sin inquietud, que si se quedaba ciego del todo tendría que pedir limosna para vivir. Resolvió, pues, no mirar a la aparición más que con un ojo. Pero fue tan grande el enajenamiento que le causó la inefable belleza de María, que ya pensaba abrir el otro ojo cuando el visión desapareció. Grande fue su tristeza. "*Desgraciado de mí* —decía llorando—, *¿por qué no fui todo ojos para mirarla mejor?*" Y volvió a pedir a la divina Madre que se le mostrase otra vez, protestando que estaba dispuesto a perder el otro ojo con tal de contemplarla de nuevo. Y la piadosísima Virgen, condescendiendo con los ruegos de su siervo, se le apareció por segunda vez; pero al inefable consuelo que le dio con su vista, añadió otro favor más: le conservó el ojo que estaba sano y le volvió la vista del ciego

Podemos, pues, con derecho, suscribir esta conclusión que Suárez atribuía a no se sabe qué libro de San Buenaventura sobre las **Alabanzas de la Virgen, Madre de Dios**:"*Glorioso privilegio es de la gloria de María que nuestra mayor gloria y nuestro mayor gozo nos vengan, después de Dios, de parte suya y por Ella*" (Suárez, *de Mysteriis vitae Christi*, D. XXI, s. 3. in fine).

II. Pero no paran en esto los bienes que los elegidos del cielo reciben actualmente de María. Ciertamente que ya no les ayuda, como a nosotros, a merecer, a expiar, a combatir, a vencer; todas cosas incompatibles con el estado de la gloria. ¿En qué, pues, puede asistirlos? Ante todo les ayuda a rogar más eficazmente a la divina misericordia por sus devotos de la tierra y del Purgatorio. Los vemos volviéndose a ella, antes de elevar sus peticiones hacia el trono del mediador, a fin de que Ella les apoye con su autoridad maternal. Y María, mezclando su voz con las voces de ellos, les presta una confianza de ser escuchados que no tendrían sin Ella; porque lo mismo en el cielo que en la tierra es Ella, junto a Jesús, la Mediadora universal.

¿Por qué no añadiremos también que Ella les obtiene de su Hijo ciertos privilegios de gracia que no están encerrados en la beatitud substancial que poseen? Los ángeles de las jerarquías más elevadas pueden, fuera de la visión beatífica, recibir inmediatamente de Dios ciertas revelaciones particulares por las cuales les son manifestadas las libres disposiciones de la Providencia en el gobierno del mundo y de los hombres; revelaciones que ellos a su vez, comunican de un modo más o menos amplio a los ángeles de las órdenes inferiores, y por ellos llegan hasta los hombres. ¿No es soberanamente justo que la Reina del Cielo sea, o por revelación divina, o por privilegio de su visión, instruida más extensamente en los divinos consejos que las jerarquías angélicas y, por consiguiente, más apta para comunicar lo que Dios se sirva manifestar de ellos a las criaturas?

Otro bien de los Santos del cielo, aunque no aumente en nada su gloria esencial, es el ser mejor conocido en esta tierra de destierro, y recibir nuestros votos y oraciones; porque

esto mismo es para ellos ocasión de ejercer, allá arriba, por nosotros, el oficio más dulce y agradable para corazones llenos de la divina caridad, esto es, el de abogados, protectores y bienhechores de los desgraciados. Ahora bien: no se puede dudar que María deje de concurrir en gran parte a procurarles esta alegría. Las historias ofrecen más de un ejemplo a quien las consulte con cuidado. En todo caso es seguro que si Dios Nuestro Señor se digna admitirnos algún día en la corte de su gloriosa Madre, veremos a los Santos, y nos veremos a nosotros mismos, participar, por medio de esta divina Reina, de muchos otros favores; y con un mismo afecto, con un mismo corazón y una misma voz repetiremos, con el cielo todo: '*Tú eres la gloria de Jerusalén; Tú, la alegría de Israel; Tú, la honra de nuestro pueblo*" (Judith XV, 10).

III. Antes de dejar este asunto debemos resolver una objeción que ya se ha presentado tratándose del Purgatorio. Tratábase de exponer en el presente capítulo las ventajas actuales que procuran a los siervos de María la devoción que le tienen y los homenajes que le rinden. Ahora bien: todo lo que hemos dicho parece que es la porción de todos los bienaventurados del cielo, cualquiera que haya sido la medida de su culto a María. La primera solución de la dificultad es que en el cielo no hay ni puede haber más que siervos de María. ¿No es Ella la Madre y la Reina de todos, una Madre incomparablemente más amada, una Reina más honrada de todos que la innumerable multitud de los elegidos? Por consiguiente, en todo lo que hemos dicho de los beneficios de María no hay nada que no responda a la amorosa devoción que cada uno de los que reciben siente hacia Ella. Pero hay que añadir también, que aunque la presencia de María sea para todos causa de alegría; aunque tenga para todos los habitantes del cielo ternura de Madre, y nadie esté privado de los efectos de esta ternura, sin embargo, hay algo especial para los que la han amado más y servido mejor en su vida mortal.

Aquí mismo, en este mundo, ¿no tiene María atenciones más maternales para las almas que le están especialmente consagradas? Hablábamos hace poco de las apariciones con las cuales ha consolado y fortificado a los justos moribundos. ¿Puédese citar una sola de esas gracias que no haya sido la recompensa de una devoción particular a la Reina del Cielo?

Doctrina es de Santo Tomás, ya lo hemos notado, que aun en el cielo, aparte del amor de caridad que abrasará a todos los elegidos en la medida de su gracia y de su gloria, habrá en el corazón de los predestinados algo particular para aquellos de entre los justos con los cuales estuvieron unidos por lazos más estrechos en los días de la peregrinación (S. Thom., 2-2, q. 26. a. 12. Cf. *La grace et la Gloire,* 1. IX, c. II, pp. 213, 214). Pensamiento consolador que nos sirve para entender mejor lo que los siervos de la Virgen tienen derecho a esperar para cuando la muerte los haya llevado a la presencia de su Madre.

Y volviendo a los ejemplos ya citados, ¿creéis que la vista de María no procurará al corazón de Estanislao una alegría muchísimo más grande que la de otros mil Santos? ¿Cómo? En esta bienaventurada patria de las almas, un hijo que encuentra allí a su madre siente, al arrojarse en sus brazos, un gozo más vivo, sin comparación, que al saludar a los otros elegidos, aunque estén más elevados en gloria; ¿y no será un goce especial para los que fueron aquí, en el mundo, hijos y abnegados siervos de María el contemplarla en toda su belleza y regocijarse de su triunfo? Y la misma Virgen, ¿no les demostrará que se acuerda de lo que fueron para Ella, prodigándoles caricias que nadie envidiará en el cielo, ciertamente? Balbuciendo hemos hablado de tales cosas; pero o estamos equivocados del todo o hay que reconocer

en ellas un fondo de verdad. Ni la gracia ni la gloria hacen callar a la naturaleza, si bien la perfeccionan. Ahora bien: supuesta la devoción que hemos dicho, apelamos a la naturaleza misma para confirmar con su voto los privilegios atribuidos a los siervos más vehementes y constantes de la Virgen María.

Dante, en la Divina Comedia, expresa de un modo admirable la dicha de contemplar a María en la gloria. San Bernardo mostraba al poeta los Santos de los dos Testamentos. Y he aquí que después le hace admirar a la Madre de Dios:

"*Mira ahora esa faz, la más parecida a la de Cristo, cuya hermosura puede ella sola prepararte a contemplarlo a Él mismo.*

– Y vi llover sobre Ella una alegría tan grande que se derramaba sobre los santos espíritus creados para volar en aquellas alturas.

– Nada de lo que había contemplado hasta entonces me había llenado de tal admiración, ni me había mostrado tan perfectamente el parecido con Dios.

– Y aquel Amor que en otro tiempo bajó a la tierra, le cantó, con las alas extendidas ante Ella: ***Ave María, gratia plena****.*

– De todas partes la corte celestial respondió el cántico divino, y todos los rostros brillaron con nueva serenidad.

El poeta, ante un espectáculo tan divino, se vuelve hacia su guía, para decirle:

– ¡Oh Santo Padre!, que para acompañarme has querido dejar el sitio tan dulce que la Bondad divina te ha señalado eternamente.

– ¿Quién es ese ángel que mira con tanta alegría a los ojos de nuestra Reina, de tal modo abrasado en amor, que parece todo de fuego?

– Así acudí de nuevo a aquel que se bañaba en la belleza de María como la estrella de la mañana en el sol.

– Y me dijo: Toda la inocencia y toda la gracia que puede haber en un ángel o en un alma, las posee éste, y así lo queremos todos.

– Porque él fue el que llevó la palma a María, cuando el Hijo de Dios se dignó tomar sobre sí nuestra carga."

(Dante. Paradiso, c. XXXIII)

Restaría todavía que decir lo que la Madre de Dios hace en el cielo por esa multitud innumerables de niños cosechados por la muerte antes de su regeneración en Cristo. ¡Ay!, preciso es confesarlo. María ni los atrae, ni los rechaza; es como si no los conociese. No son ni sus siervos, ni sus hijos; y jamás lo serán, les es imposible. Salidos de este mundo sin la gracia y sin la caridad, nunca podrán adquirir ni una ni otra. Tomad un infiel; por perdido que parezca en el error y en el vicio, las fuentes de las gracias están abiertas para él; en su infidelidad misma es, por destinación, hijo de María, como es hijo de Dios. Quizá algún día pu-

eda ser, en realidad, ambas cosas. Y la Iglesia ruega por él, mientras que no tiene plegarias para "*esos hombres de algunos días*", cuyo estado no puede ser cambiado por nada ni por nadie. No quiere esto decir que su suerte sea tan miserable que les valiera más ser del número de los que jamás recibirán el ser. Privados de la visión divina, para la cual habían sido hechos, ignoran su desgracia; y esta pérdida, por espantosa que sea, no puede serles un suplicio; pero, lo repetimos, la Madre de Dios no es su Madre, y, por consiguiente, no puede comunicarles nada de su gloria, ni de su alegría.

Pecadores muertos en la impenitencia

Qué sea la devoción a la Santísima Virgen para los pecadores muertos en la impenitencia.—¿Los saca María del Infierno o los acompaña al Tribunal de Dios para sustraerlos a la sentencia de reprobación?—Interpretación verdadera de las fórmulas en que los sectarios han pretendido encontrar y señalar las ilusiones de los siervos de María sobre este punto.

El autor de los **Avisos saludables** insinúa pérfidamente que la devoción vulgar a la Santísima Virgen, es decir, la devoción comúnmente admitida en su tiempo entre los católicos, pastores y fieles, daba a los pecadores muertos en la impenitencia final la esperanza de ser defendidos en el juicio de Dios por esta divina Madre; más aún: la esperanza de ser libertados hasta de las llamas infernales aunque estuviesen ya condenados a ellas. Esto suponen las advertencias que nos dirige, poniéndolas en los mismos labios de María: "*Guardaos de los engaños del demonio, que, bajo pretexto de una devoción fácil y toda exterior, adormece a los pecadores en una falsa confianza... Bien me guardaré de defender a esos falsos devotos en el tribunal de Dios.*" Y además: "*No hay privilegio alguno que pueda librar a los pecadores impenitentes de las llamas eternas, aunque presuman de ser devotos míos... No han podido decir, con verdad, que yo haya librado del infierno a los que han despreciado la verdadera penitencia*" (Avisos saludables... § II, n. 2. El autor no tiene patente de invención. Estas calumnias las ha tomado del ministro Drelincourt, *Avertissements contre les missionnaires*, q. 267; *Replique a M. du Belley*, sect. 45, 59 et 62).

Estudiemos sucesivamente las dos partes de la acusación para vindicar a los católicos de imputaciones tan groseras y determinar al mismo tiempo, lo que la santa doctrina puede admitir sobre este punto.

I. ¿Es cierto que la Santísima Virgen saca del infierno aquellos de sus devotos a quienes la impenitencia final hubiera arrojado en ese lugar de tormentos? Nos muestran, hasta en los Padres y los Santos, algunos textos que parecen insinuarlo: "*Por Ti* -decía San Bernardo a María-, *por Ti el cielo se llena, y se vacía el infierno:* ***Per te coelum impletum est, infernus evacuatus***." Por consiguiente, hay hombres a quienes la Santísima Virgen, por consideración a la devoción que le han tenido, ha sacado de los abismos en donde los había precipitado su impenitencia.

Para explicar este texto del santo Abad de Claraval y otros pasajes análogos que a cada paso encontramos en gran número de los panegiristas de la Virgen Santísima basta distinguir dos maneras de sustraer un alma a las penas eternas: o bien librándola cuando ya realmente

ha incurrido en ellas, o bien impidiéndole misericordiosamente que caiga en tal lugar. Así también distinguen los teólogos dos formas de redención cuando se trata del pecado original y de los males que acarrea. Hay la redención común que se hace en el Bautismo, en virtud de la cual los hijos de Adán pecador son purificados, pero después de haber contraído la culpa heredada de su padre. Hay la redención especial y **más sublime**, que los preservaría de la culpa que por la desgracia de su descendencia han adquirido, y tal fue la redención de la Virgen Inmaculada.

Leed los textos más recriminados, y veréis con evidencia que si los autores católicos hablan de la liberación de los suplicios infernales gracias a la protección de María, se refieren a la liberación anticipada, por vía de preservación. Este desgraciado estaba desde hace tiempo hundido en todos los vicios y bebía la iniquidad como agua; pero en medio de sus desórdenes conservaba todavía un resto de amor filial y de devoción hacia la Madre de la misericordia. Su impenitencia no le había impedido el rendirle algunos homenajes y elevar hasta ella algunas oraciones. He aquí que una enfermedad repentina y terrible cae sobre él; la muerte llega con la prontitud del rayo sobre el obstinado; pero antes de que haya descargado el último golpe que lo va a arrojar en el fondo del abismo eleva una mirada suplicante hacia María, y María, desde lo alto del cielo, le tiende una mano compasiva y lo reconcilia con su Juez por medio de la penitencia. ¿No puede este alma decir, con toda verdad: "*Si no me he condenado lo debo a tu misericordia, Madre mía; has* ***sacado*** *mi alma de lo más profundo del infierno*"*?* (Psalm., LXXXV, 13). Y lo que debe avivar su gratitud hacia Ella y justificar a la expresión que emplea para demostrársela, es que este género de perseverancia no es menor beneficio que la libertad arrancando a un culpable del suplicio que ya tenía preparado. Así también, guardada la debida proporción, es mayor el favor para la Madre de Dios, preservada por la sangre de su Hijo del pecado original, que para nosotros, simplemente purificados por la virtud de la misma sangre. Hasta aquí, pues, nada justifica las recriminaciones del jansenismo.

Confesemos, sin embargo, que hay, en este punto, otro género de asertos que parecen prestarse algo más a sus críticas. Algunos autores, celosos de poner de relieve el poder, todo misericordia, de María, han preguntado si ese poder se extendía a preservar del infierno, no sólo a las almas que por sus crímenes iban a precipitarse en él, en caso en que su bondad maternal no les hubiese obtenido de su Hijo la gracia de un supremo arrepentimiento y último perdón, sino también a las almas separadas de sus cuerpos antes de haber borrado sus crímenes y que, de consiguiente, merecían, por una sentencia irrevocable, el eterno suplicio. Entiéndase bien que aquí sólo se trata de casos rarísimos y del todo excepcionales; tanto se apartarían de la ley general.

Ahora bien, poniendo cuidado se ve que la cuestión presenta dos aspectos. Y es que, en efecto, esas almas pueden ser consideradas en dos situaciones, es decir, antes del juicio de Dios y después de prenunciada la sentencia. Si la cuestión recayese sobre culpables ya condenados por el Justo Juez y, por consiguiente, rechazados de su presencia y separados de la asamblea de los elegidos, debería ser resuelta negativamente. Las puertas del abismo, una vez cerradas sobre los enemigos de Dios, no se abren jamás para dejar escapar sus cautivos; el estanque de fuego y de azufre no vomitará nunca sus víctimas. Vanamente gritarían a la Madre de la misericordia; vanamente le recordarían los homenajes que le rindieron en los días de

su peregrinación; Ella no tiene para ellos ni amor, ni oraciones, porque el tiempo de la misericordia ha pasado.

Algunos autores han hablado de una *sentencia provisional*, sentencia en virtud de la cual pecadores muertos en la enemistad de Dios serían, por consideración a los homenajes rendidos por ellos a la Reina del Cielo, y por los ruegos de esta Señora, condenados solamente a un infierno temporal, al cabo del cual Dios les concedería una gracia eficaz de arrepentimiento. Sacados del lugar del suplicio, serían justificados por la penitencia, sea más allá de la tumba, sea, más probablemente, en esta vida, reuniendo Dios, a este efecto, el alma del culpable con su cuerpo milagrosamente sustraído a la corrupción.

Semejante opinión nos parece absolutamente insostenible. Nada hay, ni en la Sagrada Escritura, ni en los Padres, ni en la enseñanza católica, que le pueda dar una sombra de probabilidad. De todos los hechos más o menos auténticos que la Edad Media nos ha conservado, no hay uno solo que la suponga. Entre esos pecadores vueltos a la vida para hacer penitencia de sus crímenes, no vemos ni uno respecto del cual se suponga haya sufrido temporalmente el verdadero suplicio de la condenación. La leyenda de Trajano, *librado del infierno* por la intercesión de San Gregorio Magno, no constituye excepción tampoco. Algunos teólogos, y Santo Tomás entre otros han admitido el hecho fiados en la autoridad de San Juan Damasceno, que creían lo había relatado en su discurso *sobre los Difuntos*. La leyenda, es cierto, se lee en él, pero sabios de autoridad en esta materia están universalmente de acuerdo en rechazar tal obra como apócrifa. Desde el siglo XIII Alberto Magno consideraba ya este pretendido milagro "*como fabuloso*" (ín IV Sentent., D. 20, a. 18), y más recientemente el Cardenal Báronio, en sus Anales ha demostrado largamente su completa vaciedad. (Cf. León. Allat., en *Prolegom. ad Opp. S. Joan Damace*. nn. 32, 33 P. G. XCIV, 143, sqq.; Item, Lequien., *Admonit. ad hanc oration praemissa*, ibíd., 583) Por lo demás, los que suponen la verdad del milagro, y los que la ponen en duda, o la niegan, están de acuerdo con Alberto Magno cuando dice a este propósito: "*Si se llegara a tener en las manos algún documento demostrativo, he aquí cuál sería mi respuesta: Trajano no había muerto para recibir la sentencia final de condenación, sino para manifestar la gloria de Dios por los méritos del bienaventurado Gregorio. Así, el Señor dijo de Lázaro:* ***"Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, a fin de que el Hijo del hombre sea manifestado por ella"*** (Joan., XI, 4). *Porque si este emperador había pasado ya del tiempo que Dios le destinaba para merecer, aun cuando hubiera resucitado millares de veces, jamás hubiera hecho penitencia, pues estaba ya confirmado en el mal. Ahora bien, sin penitencia, no hay perdón, ni salud para el pecador*" (Albert. Mag., 1, c.).

La solución dada por Santo Tomás merece ser citada. Trata de esto a propósito de la cuestión sobre si los sufragios de los vivos pueden ser de alguna utilidad para los que están en el infierno, y él mismo se presenta como objeción el caso de Trajano, librado por la oración de San Gregorio. He aquí la respuesta principal: "*En cuanto al caso de Trajano, se puede admirar con probabilidad que fue llamado de nuevo a la vida por las oraciones del bienaventurado Gregorio, y que habiendo así recibido la gracia del arrepentimiento, obtuvo la remisión de sus pecados, y, por consiguiente, la remisión de la pena; como se ve en todos los que milagrosamente fueron resucitados de entre los muertos, de los cuales algunos eran idólatras y réprobos. De todos estos hombres hay que decir igualmente que no habían sido finalmente condenados al infierno. Lo estaban ciertamente, si se atiende a lo que merecían sus actos criminales* (es decir, las causas inferiores); *pero según las causas superiores,*

en virtud de las cuales iban a ser resucitados, debía estar su suerte dispuesta de otro modo... No se sigue de aquí que los sufragios tengan generalmente este defecto: porque una son las cosas que suceden según la ley común, y otros los favores concedidos a algunos por un privilegio singular; de igual modo que unos son los límites de las cosas humanas y otros los prodigios obrados por la virtud divina, como dice San Agustín en su libro ***Le Cura pro mortuis gerenda***" (S. Thom., *in IV Sent*., D. 45. q. 2, a. 2, sol. 1, ad 5).

Esta distinción del Santo Doctor entre las causas inferiores y las superiores es muy notable. Así la encontramos en él muchas veces como principio de numerosas soluciones. "*Pablo* -dice-*no fue jamás reprobado según la disposición del consejo divino, que es inmutable; pero sí lo fue, era solamente según la disposición de la sentencia divina respondiendo a las causas inferiores, que con harta frecuencia son modificadas y cambiadas.*" Por eso la oración de Esteban, aunque ayudó al efecto de la predestinación, no fue su causa (S. Thom., *de Verit*., q. 6, a. 6, ad 2).

La misma distinción le sirve para explicar ciertos textos, según los cuales parecía a primera vista que Dios no escucha los sufragios que le son ofrecidos en favor de las almas del Purgatorio (Supplem. Summae, q. 71, a. 6, ad 1). Por ella mantiene también la verdad de varios oráculos, en que el acontecimiento parece estar en desacuerdo con la predicción. Nota, en efecto, que la presciencia divina conoce las cosas futuras de dos maneras: Las ve *en ellas mismas*, y como le son eternamente presentes, las ve *en sus causas*, es decir, ve el orden de las causas a sus efectos. Estos dos conocimientos no son jamás ni separados ni separables en la inteligencia de Dios; pero pueden serlo bajo la revelación profética. Si ésta refleja la presciencia divina en tanto en cuanto ve las cosas futuras en sí mismas, el acontecimiento responde infaliblemente a la profecía. Por el contrario, si la revelación profética es solamente una manifestación de la presciencia divina, en tanto en cuanto ésta conoce el orden de las causas a sus efectos, puede suceder que los hechos no respondan a lo que ha sido predicho. Y, sin embargo, ni aun entonces se puede decir que la profecía sea errónea o mentirosa. ¿Por qué? Porque significaba sencillamente que tal o tal cosa debía ocurrir según la disposición de las causas inferiores. Por ejemplo, Isaías dice a Ezequías: "*Morirás, y no vivirás más*"(XXXVIII, 2). Es como si hubiera dicho: tal es la disposición presente de tu organismo que la muerte debe seguirse. Jonás predica de parte de Dios : "*Todavía cuarenta días, y será destruida Nínive*" (Jon., III). Es decir, los crímenes de Nínive han merecido que Dios la destruya pasado este lapso de tiempo. Así debía suceder conforme a las causas inferiores. Nada más verdadero: pero según las causas superiores, es decir, según la intervención divina, manifestándose a continuación de las oraciones de Ezequías y de la penitencia de Nínive, sucedió lo que Dios había previsto y querido desde toda la eternidad: Ezequías volvía a la salud, y Nínive se libraba del castigo" (S. Thom., 2-2. q. 171, a. 6, ad 2).

Aplicad estos principios al caso que nos ocupa, y entenderéis la respuesta dada por el Doctor Angélico. Todo hombre que muere en la enemistad de Dios, es juzgado y condenado a los suplicios eternos. Es la ley general; es lo que debe resultar, según las causas inferiores de su estado criminal. Pero Dios, por causas superiores, y por un privilegio extraordinario, puede suspender sus juicios y dar a ese culpable tiempo y facultad para reconciliarse con su Juez.

Tal es, igualmente, el sentido de la respuesta dada por Estius, a propósito de casos más o menos semejantes al de Trajano:"*En cuanto a las otras personas, hay que responder que no estaban absolutamente condenadas, sino que Dios, por su providencia extraordinaria, había suspendido su*

sentencia; y que, por otra parte, los Santos, por aquella inspiración divina por la que obraban milagros, habían rogado por ellas, a fin de que, volviendo a la vida, fuesen salvas por la ley y por la penitencia" (Estius, *in IV Sentent.*, D. 45).

Estudiemos ahora la cuestión bajo el segundo aspecto. Opinión ha sido de algunos Padres y de varios grandes teólogos, entre otros Santo Tomás, al menos en las obras de su juventud, que hombres muertos en desgracia de Dios no han sido entregados a las llamas infernales porque el Señor, por la oración de tal o cual de sus siervos, en vez de lanzar contra ellos la sentencia que, conforme a la ley común, les hubiera separado para siempre del cuerpo místico de Cristo, les había devuelto misericordiosamente, con la vida, la facultad de purificarse por la penitencia y por los Sacramentos de la Iglesia; "*lo que prueban dichos Padres y teólogos* -dice el P. Grasset en su notable tratado de *La verdadera devoción a la Santísima Virgen- con numerosos ejemplos, entre otros, por el de varios idólatras que algunos grandes Santos han resucitado*" (P. J. Crasset, *Le verit. devotion a la S. V.*, le. partie, tr. I, Q. 13).

Quizá los hechos referidos en las historias no son todos de indudable certeza. Queremos hasta creer de algunos que no fueron suficientemente comprobados por aquellos que los relataron primero, y que las obras de los Padres que nos han conservado la memoria de ellos son, en su mayoría, de una autenticidad nula o muy dudosa. Sería difícil, sin embargo, negar todos los hechos de este género, y aun cuando por este pretexto o por aquél rechazásemos los más antiguos, quedarían los más recientes, absolutamente indudables. Y, para citar algunos ejemplos, vemos que San Francisco Javier, según testimonio de Urbano VIII en su Bula de canonización, resucitó tres idólatras, de los cuales uno estaba ya enterrado por lo menos un día. Se responderá que es incierto si esos muertos estaban o no en desgracia de Dios. Concedamos que su suerte fuese dudosa, aunque parece probable que viviendo como idólatras muriesen. Pero ¿qué se dirá de esos niños muertos sin bautismo, a quienes las oraciones de los Santos han devuelto la vida material durante el tiempo necesario para la recepción del Bautismo, y por él a la vida sobrenatural? Cualquiera que haya leído la Historia Sagrada de los últimos siglos confesará que los hechos de esta última clase se encuentran consignados en ella en más de un lugar, sin que haya motivo alguno razonable para ponerlos en duda. Por otra parte, es seguro que el alma de esos niños no estaba en el cielo; era preciso, por consiguiente, que la sentencia final se hubiera suspendido para ellos(Cf. *Summa Aurea*, t. IV, p. 88, cum ant. et seqq.).

Volvamos a los infieles resucitados por el Apóstol de las Indias. He aquí nuestro argumento. Esos hombres eran adultos, en el pleno ejercicio de la razón. Por consiguiente, una de dos: o habían muerto en estado de gracia o en pecado: amigos o enemigos de Dios. Si tomáis la hipótesis segunda, nada tenemos que demostrar: he aquí unos pecadores cuyo juicio de condenación queda suspendido para que vuelvan al estado de viadores, capaces de justificarse por la penitencia. Si preferís la primera hipótesis, tendréis que confesar que la sentencia final llamando a los justos a la eterna recompensa no había sido pronunciada para ellos todavía cuando la voz del taumaturgo los volvió a la vida. Ahora bien, si la sentencia bienaventurada puede ser suspendida, ¿por qué la de condenación no puede serlo también? Cuando recordamos que la misericordia de Dios sobrepuja al juicio (Jac., II, 13), lo que debe asombrarnos más no es que Dios vuelva a un pecador a la vida de prueba para salvarlo, sino más bien que difiera una sentencia que, según la ley común, debería seguir inmediatamente a la muer-

te, y desde este momento inmovilizar a un justo para siempre en su gracia. Hay hechos en los cuales parece absolutamente cierta la muerte en pecado. Tal es el caso de aquel desgraciado que, habiéndose ahorcado por desesperación, fue resucitado por San Ignacio; confesó su crimen, recibió la absolución y entregó su alma a Dios. *Vie de S. Ignace de Loyola*, por Bartoli (trad. du P. J. Terrien), 1. I, c. 10, t. I, p. 154.

Ahora bien, si las oraciones de los Santos han tenido este privilegio, ¿cómo se puede negar a la Reina de los Santos, en la cual según ya lo hemos probado, se concentran todas las prerrogativas concedidas a los amigos de Dios? Tanto más cuanto que entre los hechos referidos por los autores antiguos, la mayoría son atribuidos especialmente a la intercesión de la Madre de Dios, que recompensaba con esta gracia extraordinaria, o la devoción que los pobres pecadores le habían profesado, o la confianza con que los padres cristianos le rogaban cuando se trataba de niños resucitados para recibir el bautismo.

Antes de pasar a la segunda parte de nuestro asunto, debemos responder a una pregunta y a una objeción. La pregunta se refiere al estado de esos pecadores privilegiados desde que murieron temporalmente hasta que volvieron a la vida; la objeción, a las esperanzas engañosas que la doctrina anteriormente expuesta puede alimentar en los cristianos entregados a sus vicios.

Comencemos por la dificultad que es objeto de la pregunta o cuestión. Se ha dicho que tal vez la separación del alma y del cuerpo era imperfecta, y, por consiguiente, que no había muerte real. El milagro no sería entonces una resurrección, sino una curación súbita, extraordinaria. Esta opinión no puede cuadrar con los hechos sobre los cuales razonamos, y así debe ser absolutamente rechazada. ¿Acaso sería, por ejemplo, que los idólatras resucitados por San Francisco Javier no eran más que aletargados? ¿Adonde llegaríamos, si fuéramos a generalizar semejante explicación, y a qué se reducirían los más grandes milagros obrados por los Santos? Lo que se puede decir en cuestión tan obscura es que tales almas, separadas momentáneamente de sus cuerpos, parece que deben quedar privadas de sentimiento y conciencia hasta que place al Señor restablecerlas en su primer estado. De aquí proviene la ignorancia profunda en que están de todo lo que ha pasado durante la separación. No ignoramos que algunos relatos antiguos nos hablan de visiones sorprendentes de cosas del otro mundo con que algunas almas fueron favorecidas. Pero estos son casos aislados sobre los cuales no tenemos que juzgar. Siempre será cierto que no se pueden tomar como reales esas clases de visiones que supondrían el ejercicio de las facultades orgánicas; porque un alma **separada** no podría conocer sino a la manera de los espíritus.

Si, pues, estuviese probado que, en ciertos casos, se ha producido verdaderamente algún fenómeno de este género, habría en ello una prueba de que la muerte no había sido más que aparente, a menos, sin embargo, que las visiones fuesen puramente espirituales. He aquí, según nos parece, todo lo que se puede decir de cierto sobre la cuestión propuesta, dado el estado actual de nuestros conocimientos y vista la escasez de informes más indiscutibles.

La objeción dicha viene, como fácilmente se ve, de la escuela jansenista. No resiste al menor examen. ¿Es posible, en efecto, que haya hombres tan ciegos que descuiden, ya durante la vida, ya en la hora de la muerte, la salvación de sus almas bajo el pretexto de que podrán, gracias al valimiento de María, hacer penitencia de sus crímenes después de haber vuel-

to de la tumba? Eso equivaldría a decir que no hay que hablar de los milagros de curación obrados por la Santísima Virgen, por miedo de que los hombres tomen ocasión de exponerse alegremente a las peores enfermedades. Por otra parte, ¿no sería hacerse manifiestamente indigno de un favor tan extraordinario el vivir mal con la esperanza insensata de conseguirlo, después de una vida pasada en el crimen y en la impenitencia? Que nos muestren un solo hombre a quien esperanza tan falaz haya jamás endurecido en sus pecados y confesaremos, si se quiere, que este poder de la Virgen es quimérico, sin fundamento en los hechos, incapaz de ser tomado en serio.

Si la objeción tuviese algún valor, habría que volverla contra las conversiones tardías; contra aquellas, sobre todo, que se verifican a la hora de la muerte, porque los pecadores que se vanagloriasen presuntuosamente de volver a la amistad de Dios por intercesión de María, después de haber perseverado en sus desórdenes, esperarían más fácilmente su eficaz asistencia en los momentos que preceden a la muerte que en los que la siguen. ¿Deberemos, pues, predicar que María no tiene para esos últimos instantes ni poder, ni misericordia y decir al criminal, que querría entonces tender hacia Ella una mano suplicante, que su confianza es vana y su perdición segura? Lo sabemos: sectarios hay que sostienen tan desesperante doctrina; pero esos no conocen ni el Corazón de Cristo ni el de su amabilísima Madre.

II. Estas explicaciones bastan para entender en qué sentido y con qué medida libra la Bienaventurada Virgen a sus hijos y siervos de los abismos del infierno, y para refutar, al mismo tiempo, las quejas farisaicas de los sectarios. Tampoco es difícil explicar las fórmulas en las cuales los Padres y los Santos imploran el patrocinio de María para que Ella los asista en el juicio de Dios. Nadie ha sostenido jamás que esta Madre de misericordia acompañe al tribunal de Cristo a los pecadores muertos en la impenitencia a fin de abogar por su causa, de responder por ellos a las acusaciones del enemigo de la salvación y de obtenerles, finalmente, una sentencia favorable en recompensa de los homenajes de la devoción que le han profesado. Salvo el caso, extremadamente raro, en que el fallo de la Justicia divina fuere suspendido, la sentencia es necesariamente una condenación, a la cual aplaude la misma Santísima Virgen. Puede desafiarse al malaventurado autor de los pretendidos **Avisos saludables** para que cite una sola obra seria en que se enseñe la doctrina contra la cual quiere ponernos en guardia.

Menos aún, los siervos de María no son tan ignorantes que conciban el juicio que espera a todos los hombres al salir de esta vida como una reproducción grandiosa de lo que se ve en los tribunales humanos: aquí, un acusado consternado y tembloroso; allí, testigos en pro y en contra, abogados que pleitean, uno apoyando la acusación, otro hablando en favor del acusado, negando los crímenes o atenuándolos con calurosos llamamientos a la piedad del juez. Saben muy bien que la conciencia del Eterno Juez que sondea las entrañas y los corazones ni puede ser engañada ni necesita ser iluminada; que su voluntad no es vacilante, y que no puede tener más que una sola regla en las sentencias que pronuncia: la verdad. Pensar que los devotos marianos sienten de otro modo sería suponerlos demasiado simples y demasiado ignorantes de las cosas de Dios. Sí, pues, nos pintan a veces los juicios divinos bajo estas figuras; si nos muestran, sobre todo, a la misericordiosa Virgen compareciendo delante de su Hijo para defender las causas de sus clientes y obtenerles una sentencia favorable, no tienen en todo esto más que un objeto: mostrar, con alegorías sacadas de los tribunales de la tierra, cuán

grande, cuán eficaz, cuán necesario es el patrocinio de la Madre de los hombres a quien quiere salir justificado del tribunal de Dios.

Ciertamente que no es cosa nueva el ver a los Padres y al Espíritu Santo mismo en las Sagradas Escrituras, poner a nuestro alcance, por medio de analogías, comparaciones y figuras, lo que en su naturaleza íntima se escapa a nuestra pobre inteligencia. Los ejemplos de este proceder abundan muchísimo, y sin salir del asunto actual los hallaríamos en gran número. Así, la Escritura, queriendo expresar la rectitud y la integridad perfecta de los juicios de Dios, nos lo muestra **pesando en una balanza** los méritos y deméritos de los hombres (Dan., V, 27; Job., XXXI, 6; VI, 5). De igual modo, si se trata de hacer vivida la manifestación de las obras sobre las cuales recaerá la sentencia divina, nos habla de **libros abiertos** (Dan., VII, 10; Apoc., XX, 12). En otro lugar se hace mención del **libro de la vida**, es decir, del conocimiento divino en que están inscritos los nombres de los predestinados a la gloria(Phil., IV, 3; Psalm., LXVIII. 29, etc.). La Iglesia, en la parte de su Liturgia que dedica a los difuntos ha hecho **suya** esta manera de pintar las escenas del juicio universal. Leed, por ejemplo, las estrofas del *Dies irae*.

No es, lo repetimos, que las cosas hayan de ocurrir de ese modo; pero había que emplear esas metáforas, u otras semejantes, a fin de hacer entender a los hombres realidades demasiado inaccesibles para quien quisiera considerarlas en sí mismas (Eccli., XXIV, 32: Apoc., XXII sq. Cf. S. Thom., I p., q. 24, a. 1, eqq.). Por consiguiente, nada más sencillo y comprensible que esas oraciones dirigidas a María por los Santos a fin de que se digne asistirlos en el día terrible del juicio y hacerles propicio al Soberano Juez. Es como si le pidiesen que les consiguiera, por su omnipotente intercesión, las gracias propias para salvarse de la cólera divina; gracia para evitar las culpas que darían a Satán derecho sobre ellos y que les merecerían una justa condenación; gracia para lavar con lágrimas de penitencia las que por su desgracia cometieron; gracia, sobre todo, para luchar victoriosamente, al acercarse la última hora, contra las emboscadas de aquel a quien llama la Escritura acusador de nuestros hermanos (Apoc., XII, 10); gracia, por consiguiente, para comparecer puros de toda mancha, libres de toda cadena, en el tribunal de Dios. Si obtenemos tales gracias de María, tenemos derecho a proclamarlo muy alto, que nos ha defendido como la mejor abogada y salvado de la sentencia fatal, así como el hábil consejero que instruye al criminal sobre los medios para eludir o neutralizar las acusaciones pronunciadas contra él, lo arranca verdaderamente de la sentencia de muerte, aunque no intervenga personalmente en el acto del juicio.

Que tal sea la significación verdadera de las fórmulas tan injustamente criticadas, imposible es dudarlo cuando se las lee en sus originales: "*Que por Ti tengamos la dicha de ser salvos, ¡oh, clemente, oh, piadosa, oh, dulcísima Virgen María! Y cuando llegue el día de la ira, el día de la tribulación y de la angustia, que no nos castigue el Soberano Juez según la enormidad de nuestros crímenes, sino que por Ti seamos dignos de encontrar misericordia*" (S. Amadeus Lausan, *Hom. 8 de Laudibus B. M.* P. L., CLXXXVIII, 1346). Esta plegaria es de San Amadeo de Lausana. He aquí otra, más antigua, compuesta por San Efrén o por algún otro escritor de las edades antiguas: "*Asísteme siempre, Virgen misericordiosa, Virgen clemente y benigna. Líbrame del tenebroso aspecto de los demonios, de las potestades de las tinieblas... Hazme propicio a mi Señor y mi Juez, y que en su juicio terrible tu bondad me procure la diestra bienaventurada a fin de que, escapando de los eternos suplicios, herede por Ti, los bienes inmortales*" (Opp. S. Ephraem. Syr., *Oratio ad V. Deip*., t. IV,

p. 559). Y en otro lugar, esta plegaria: "*Ábreme las entrañas de tu Hijo misericordioso... Reforma mi vida miserable a fin de que, apoyado en tu mediación, **comparezca inocente delante del Juez**, del cual me conciliarás la benevolencia, y que evite así los castigos con los cuales condena a los impíos*" (Opp. S. Ephraem. Syr., *Or. ad Dei Genit*., p. 539). Y además: "*Cuando mi alma deba separarse de mi cuerpo miserable, que estés Tú allí para aligerar mis angustias y conducirme a la morada celestial a fin de que no sea detenido por el poder de las tinieblas y arrastrado a las profundidades del infierno. Que por Ti, ¡oh, Esposa de Dios!, derrame sobre mí una mirada favorable mi Juez, y que me vea yo libre de las llamas eternas*" (Idem, ibid., p. 633).

Nótese también esta oración de San Germán de Constantinopla: "*Dígnate, oh Madre de Dios, favorecernos con toda salud, con toda gracia; en el día del advenimiento de tu clementísimo Hijo Nuestro Señor, cuando comparezcamos todos ante el Soberano Juez, usa, te lo suplico, del poder de tu brazo, justamente confiada en tu autoridad de Madre, para librarnos de las llamas vengadoras y llevarnos a la bienaventuranza sin fin*" (S. Germán. Constant., *Or. in SS. Mariae Zonam*. P. G.. CXIII, 384).

Terminaremos con una exhortación de Ricardo de S. Víctor: "*Unámonos a María, Madre de la misericordia y puerta del cielo; tendremos la confianza de encontrar la misericordia en la puerta del juicio y entrar por esa puerta a la vida eterna*" (Ricard. a S. Victore, *In Cantica*, c. XXXIX. P. L., CXCVI, 518). "*Salve, oh, María, llena de gracia, Reina del mundo y Madre de misericordia; sálvanos de la ruina; fuente de vida, canal de perdón, apresúrate a venir en nuestro socorro, cuando esté próxima nuestra muerte, a fin de que podamos regocijarnos eternamente en tu compañía*" (Idem, ibid., c. XLII, 524). Y "*para que yo no sea entregado a las llamas devoradoras, oh, Virgen, defiéndeme Tú en el día del juicio. ¡Oh Cristo!, concédeme que al salir de este mundo llegue a conseguir por tu Madre la palma de la victoria*" (Del *Dies irae*).

Léase, sobre este asunto, un capítulo muy instructivo de las **Revelaciones** de Santa Brígida. La Santísima Virgen refiere en ella a su fiel sierva cómo se había hecho el juicio de Carlos, su hijo, cuya muerte reciente lloraba la Santa. "*Ahora bien* -le dice la Santísima Virgen-: *a fin de que lo que entonces se hizo en un solo instante ante la incomprensible majestad de Dios te sea inteligible, **voy a exponértelo en una serie de cuadros y bajo imágenes corporales***" (*Revelat. S. Brigittae*, 1. VII, c. 13). Ya, en una primera visión, había la Virgen referido a Brígida de qué manera había asistido Ella al moribundo para apartar de él todo resto de amor carnal, todo pensamiento, todo afecto que pudiera desagradar a Dios; con qué solicitud lo había sostenido en su agonía, temiendo que el exceso del padecer le hiciese desesperar; y cómo, en la hora misma de la muerte, había tomado bajo su tutela aquella alma, que era suya, espantando a los demonios, que la querían devorar.

He aquí ahora el drama del juicio: La Santa se vio transportada a un grande y magnífico palacio, donde vio a Cristo sentado en un tribunal, con toda la majestad de un emperador, coronado con una diadema y rodeado de infinidad de ángeles y santos, como sus ministros. Allí estaba también su Santísima Madre, de pie cerca de Él, atendiendo al juicio. Delante del Juez estaba un alma toda temblorosa, desnuda como un niño recién nacido; parecía como ciega; así es que nada veía (Yerra, pues, grandemente el que crea que las almas ven al Soberano Juez, aun cuando aparezcan ante Él dignas de reprobación. La visión de Dios sigue a la sentencia, y sólo para aquellos cuya expiación ha terminado, porque dicha visión es necesariamente beatificante), aunque tenía conciencia plena de todo lo que se hacía y decía en el pala-

cio. Un ángel estaba cerca del alma, a la derecha el Juez, y un demonio a la izquierda; pero ni uno ni otro tocaban al alma. Y el diablo dijo: "*Escuchad, Juez Todopoderoso. He aquí la queja que deposito a vuestros pies. Hay una mujer, que es a la vez mi dueña y vuestra Madre, Madre a quien amáis tan apasionadamente, que le habéis dado poder sobre el cielo, sobre la tierra y sobre nosotros, demonios infernales. Ahora bien, esta Mujer me ha suplantado ahora mismo con esta alma que está aquí presente. Debía yo, según toda justicia, haber tomado posesión de ella desde que salió del cuerpo, y presentarla en mi compañía ante vuestro tribunal. Y he aquí, oh, Justo Juez, que esta Mujer, vuestra Madre, se me ha adelantado; se ha apoderado con sus manos de esa alma, antes de que se hubiese separado del cuerpo y la ha traído bajo su poderosa tutela hasta vuestro trono.*"

Y la Virgen María, Madre de Dios, replicó: "*Demonio, escucha mi respuesta. A mí, más que a ti, pertenecía el presentar este alma ante el verdadero Dios, su Juez. Porque, mientras estuvo en el cuerpo me amó con un amor grandísimo. Se consolaba meditando muchas veces en su corazón cómo Dios se había dignado hacerme Madre suya y elevarme sobre todos los seres creados. Por esto, lleno de amorosa gratitud hacia el Señor, se decía a sí mismo continuamente: Tan grande es mi gozo de ver que Dios Nuestro Señor ama sobre todas las cosas a la Virgen María, su madre, que no quisiera cambiarlo con bien alguno creado ni con placer alguno del mundo. Más aún: si fuera posible que cayese sólo por un instante de la dignidad que posee cerca de Dios, estaría yo dispuesto a sufrir por toda la eternidad los suplicios del infierno para evitarle esa desgracia. Así, pues, gracias infinitas, gloria eterna a Dios, que ha colmado a su Madre con tal bendición de gracia y tal inmensidad de gloria. Ve, pues, demonio, en qué sentimientos le cogió la muerte. ¿No era, pues, justo que este alma fuese puesta bajo mi custodia antes del juicio de Dios y no que pasara a las manos de los que estaban dispuestos a martirizarla?*"

"*Bien está* -repuso el diablo-; *pero si era justo que estuviese bajo vuestra salvaguardia antes del juicio, sus obras exigen que sea mía después de la sentencia.*" Después le pregunta a María con qué derecho y por qué causa lo ha protegido Ella tan eficazmente en su último combate. A lo que respondió la Virgen: "*Lo he hecho en consideración al amor ardiente que me tenía y al gozo que le proporcionaba mi privilegio de Madre de Dios. Por eso he obtenido de mi Hijo que no permitiese a las potestades infernales acercarse a un alma que tanto me quería.*"

Viene después la descripción de las acusaciones formuladas contra el difunto ante el tribunal, del Soberano Juez y las refutaciones victoriosas que el ángel opone al demonio, refutaciones que suponen, es cierto, muchas faltas cometidas, pero lloradas y reparadas por la penitencia antes de la muerte.

He aquí, por consiguiente, en qué sentido interviene la Santísima Virgen en favor de sus siervos en el juicio de Dios: por medio de las gracias que les procura, gracias de arrepentimiento, gracias de protección contra los asaltos del demonio; y esto es lo que significaba todo aquel aparato simbólico bajo el cual fue presentada la escena del juicio a los atónitos y pasmados ojos de Santa Brígida.

Consideremos bien la conclusión, porque encierra una advertencia muy saludable. Pero para comprenderla hay que recordar que la mayor parte de las gracias concedidas a Carlos eran fruto de las oraciones y penitencias de Brígida. "*Y el ángel dijo a la esposa de Cristo* (es decir, a Brígida): *Sabe que el Señor te ha favorecido con esta visión, no sólo para tu propio consuelo, sino también para que los amigos de Dios aprendan todo lo que se digna ejecutar por las oraciones, lágrimas y cosas de mortificación que se le ofrecen por el prójimo con caridad perseverante*. *Sabe también que tu*

hijo no hubiera obtenido esta gracia tan grande si desde su niñez no hubiera tenido la voluntad de amar a Dios y a los amigos de Dios, y de levantarse de sus caídas después de haber caído en el pecado."

No tratamos aquí la cuestión de qué censura teológica merecería la opinión según la cual... los réprobos reciben algún alivio, al menos temporal, en recompensa de la devoción que tuvieron a María. No se puede negar que tal opinión tuvo en otro tiempo sus partidarios. Es uno de los sentidos probables del texto del pseudo Ildefenso, citado en el capítulo anterior. Los apócrifos hablaron también de una mitigación por intervalos; testigo este pasaje del Apocalipsis de la B. Virgen María: "*Por intercesión de María, mi Madre, que ha llorado mucho por vosotros, y por la de mi arcángel San Miguel y la multitud de los Santos, os concedo para el día de Pentecostés un alivio en los tormentos, a fin de que glorifiquéis al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo*" (Robinson, *Texts and. Studies*, t. II, *Apocrypha anécdota*, p. 126). Así hace hablar el documento en cuestión a Jesucristo. Inútil es el añadir que tales sueños no tienen autoridad alguna. Contentémonos con recordar la opinión de Suárez:"*Los sufragios de los vivos no pueden procurar a los condenados ni mitigación, ni alivio, ni interrupción alguna de la pena eterna que les han valido los pecados mortales que cometieron y no se les perdonaron...*" "*Proposición* -dice el gran teólogo-*que es cercana a la fe, y cuya contradictoria es errónea*" (Suárez, *De Sacra Poenitentia*, D. 48, s. 5, p. 502. Venet., 1748).

Universalidad del culto de la Reina del Cielo

Monumentos múltiples y manifestaciones de esa universalidad

Hemos estudiado en los capítulos anteriores lo que la Santísima Virgen ha hecho y sigue haciendo para responder a su condición de Madre de los hombres. Importa, pues, si no hemos de dejar incompleto nuestro trabajo, demostrar ahora el modo cómo los hijos han reconocido la solicitud y los beneficios de Madre tan perfecta. Es lo que vamos a emprender, pero convencidos de que nos quedaremos por debajo de dicho empeño. Por lo mismo, sería temeridad pretender agotar en algunas páginas un asunto que para ser tratado de modo conveniente exigiría volúmenes enteros. Nos contentaremos, pues, con algunas ligeras indicaciones; dichosos nos sentiremos si los lectores, deseosos de profundizar en materia tan fecunda, se dirigen a las fuentes de donde vamos a beber; más dichosos aún, si alguno de ellos quisiera, por amor de María, condensar en un trabajo substancial la multitud de obras ya compuestas sobre las manifestaciones seculares del culto de los cristianos hacia la Madre de Dios.

I. Una de las manifestaciones más brillantes de este culto consiste en la erección de iglesias y de santuarios dedicados en honra de María (No quiere esto decir que las iglesias estén propiamente dedicadas o consagradas a los Santos: lo están sólo a Dios, pero en memoria, en honor y bajo la advocación de los Santos y de la Reina de los Santos). Ahora bien, dice el P. Crasset, tratando de esta primera manifestación del culto que la Iglesia y los hijos de la Iglesia han rendido en todo tiempo a la Santísima Virgen: "*Tendría que escribir un grueso volumen si quisiera poner la lista de todos los templos que le han sido construidos en todo el mundo desde su Ascensión a los cielos*" (*La véritable dévotion envers la S. Vierge*, p. II, tr. IV, q. 3). Merece verse

lo que dice para establecer una afirmación tan asombrosa; he aquí algunas cifras que probarán bien que no es exagerada.

Hoy mismo, después de las ruinas acumuladas en los últimos siglos, el número de esas iglesias o santuarios es incalculable. Sin salir de Francia, 30 catedrales llevan la advocación de Nuestra Señora (Chartres, Amiens. París, Reims, Coutances, Bayeux, Rouen, Seéz, Clermont, Le Buy, Mende, Bayonne, Auch, Avignon, Cambrai, Digne, Evreux, Fréjus, Gap, Grenoble, Lucon. Marseille, Montauban, Moulins, Nancy, Nimes, Rodez, Tarbes et Verdum. Strasbourg completaría el número de treinta). De las iglesias parroquiales de París, 12 llevan el mismo titulo. Y sería imposible enumerar las capillas o santuarios consagrados a María en toda la extensión de nuestro territorio. Lo que puede dar alguna idea de esto es el número mismo de las localidades cuyo nombre comprende el de Nuestra Señora. El *Dictionnaire des Communes* señala expresamente más de 50; y es, sin duda, la menor parte de las que puede enumerar, según prueba esta nota: "*Buscad por su propio nombre los **"communes"** o municipios que tienen el sobrenombre de Nuestra Señora y que no se hallen aquí.*" Por otra parte, las localidades indicadas pertenecen a todas nuestras provincias, testimonio evidente de la universalidad del culto de la Madre de Dios en la nación francesa.

¿Quién podría decir ahora cuán numerosos son los lugares de peregrinación que llevan el mismo título? En Lorena solamente el catálogo de los santuarios de Nuestra Señora registra hasta 50; y la proporción parece la misma en las demás antiguas provincias nuestras.

Un libro muy interesante publicado en estos últimos tiempos es el que lleva por título **La herencia de Nuestra Señora** (*Our Lady's Dowry*, by Rev. T.-Bridget, redempt. London, 1875). En esta obra se indican la multitud de iglesias que en el siglo XV, antes de la seudorreforma, estaban dedicadas en Inglaterra a la Santísima Virgen. Londres sólo contaba 18. Además, en aquellas mismas que llevaban el título de otro Santo, iglesias de abadías, iglesias colegiatas y parroquiales, había, por lo menos, salvo raras excepciones, un altar de Nuestra Señora con Misa diaria; el sacerdote que la celebraba se llamaba **Sacerdote de María**. Las grandes iglesias, tuviesen la advocación de María o bien la de cualquier Santo, tenían siempre **su capilla de María** (*Our Lady'a Dowry*, p. II, c. 3, pp. 156. sigs, c. 7, pp. 250, sigs); tanto la Inglaterra católica de entonces procuraba merecer su título de Dote o Herencia de Nuestra Señora.

Las otras comarcas de la cristiandad no eran menos ricas en santuarios de la Virgen Santísima. Roma, con justicia, sobrepujaba a todas las otras ciudades; júzguese por el tiempo presente, pues no hallaréis menos de 50 iglesias notables dedicadas, bajo diferentes títulos, a la Reina del Cielo. "*Diríanse* —escribe un piadoso autor— *verdaderas letanías de mármol y de oro*".

Leíamos hace poco una obra titulada *Plain reassons against joining the Church of Rome*, by Richard Fred. Littledale (London, 1884). El autor, un anglicano, cuenta, entre las razones para permanecer separado de la Iglesia Romana, el hecho de que en ella es más adorada la Santísima Virgen que el mismo Cristo. "*En efecto* —dice—, *según el Año litúrgico de Roma* (5* ed., 1870), *hay 20 fiestas de Nuestro Señor y 39 de la Virgen*". Y lo que le indigna, sobre todo, es que de 153 iglesias o capillas, cuatro están dedicadas allí a la Santísima Trinidad; 15, a Nuestro Señor, con cuatro al Crucifijo y dos al Santísimo Sacramento, mas dos al Espíritu Santo. Total

27 para las tres personas de la Trinidad. En cuanto a la Santísima Virgen, cuenta 121 para Ella sola: es decir, cuatro veces más que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo reunidos. Igual escándalo le produce el Rosario, que contiene diez veces más Avemarias que Padrenuestros, etc. (XVIII. pp. 63 y sigs.), como si toda oración a la Virgen no fuese a Dios, y como si la dedicación de una iglesia a la Madre de Dios excluyese una dedicación más alta al culto de Dios.

El resto de Italia no cedía a la capital del mundo cristiano, si miramos las cifras que daba en el siglo XVII el P. Spinelli en su hermosa obra de **María Madre de Dios, Trono de Dios**, porque contaba solamente en la ciudad de Nápoles 55 iglesias o capillas notables erigidas en honor de María, y además, 11, por lo menos, eran célebres por sus insignes reliquias o por el esplendor de sus milagros (*María Deipara. Tronus Deis*. pp. 740, 747. El mismo autor contaba 52 iglesias de la Virgen en Roma, "*y este número*, añadía, *está por debajo de la realidad*").

Vayamos a épocas más lejanas; sabemos, por las historias que las iglesias de las 27 abadías y de los 10 obispados fundados por Carlomagno estaban en su mayor parte consagradas a la Madre de Dios. San Enrique, que murió en los principios del siglo XI, le habría levantado mil santuarios (Adobald., trajectens., *Vita S. Henrici*), y Jaime de Aragón, el Conquistador, hasta dos mil, en acción de gracias por sus victorias sobre los moros (Gomesius,*De Gestis Jacobi*, I. 1, I).

Para hablar especialmente de los lugares de peregrinación en donde se conservaban y veneraban imágenes milagrosas de Nuestra Señora, el *Atlas Mariano* contaba en su tiempo más de un millar en nuestro Occidente (exactamente 1005). Y este censo no había sido hecho a la ligera, porque el autor, para hacerlo con más exactitud, había interrogado acerca de cuatrocientos religiosos de su Orden, extendidos en todas las provincias, y, basándose en sus declaraciones, había compuesto su precioso catálogo, según él mismo se complace en afirmarlo.

"*Atlas Marianus*", *in quo S. Dei Genitricis M. imaginum miracul. origines... describuntur*; Auctore Guill. Gumppenberg. S. J. , Monachii, 1172. Este atlas se encuentra en la *Summa Aurea*, de Bourassé (t. XI et XII), con *Additamenta* para los tiempos más cercanos a nosotros.

Para más pormenores, consúltese también al P. Ant. Spinelli, *Tract. de Festis Deiparae*, t. II; al P. Justino de Miechow,*Dicursos praedicabiles*, disc. 220; al P. Poiré, *Tripple couronne*, tr. I, ch. 12; al P. Grasset. 1. c.; a San Pedro Canisio, *De María Virgine*..., 1. V, c. 23, spp; al Abad Pouget. *Histoire des principaux Sanctuaires de la Mere de Dieu*: al Abad Boisuard,*Les Sanctuaires de Marie*, etc.

II. Otra manifestación de la universal devoción hacia María es la consagración de provincias y reinos enteros a su gloria. Ya hemos visto cómo la capital del Imperio del Oriente la reconoció por su protectora y Patrona. Conocido es también el título, tan querido para Francia, de Reino de María, *regnum Galliae, regnum Mariae*; título confirmado por un solemne acto de Luis XIII en la primera mitad del siglo XVII. La Inglaterra católica se gloriaba de ser el **Dote de María**; Irlanda llama todavía a la Virgen **la Dama o Señora de las tribus** (*Lady or Mistress of the Tribes*). Hungría es la **Familia de María**, Familia Mariana (Bolland., Act. S. S., t. XLV, p. 772); Méjico, **la Nación de María** (*Pareri de' Vescovi sulla definiz. dell' lmmac. Concept*., t. III, p. 175). Un decreto de la Dieta de 1655, bajo el rey Juan Casimiro, proclamó a la Santísima Virgen Reina de Polonia; desde entonces, los polacos la invocan en las letanías como **Reina**

del cielo y de Polonia, a lo que añaden los lituanos: Duquesa de Lituania (Montalembert, *OEuvres*, t. IV, p. 245. París, 1860). Flandes se gloria de ser el **Patrimonio de la Virgen bendita** (Cf. P. Possoz, *Le Pélerinage de N. D. de la Paix á Emetiére-en-Wappe*, p. 7).

Para las otras particularidades interesantes sobre las naciones consagradas a Nuestra Señora, véase cf. Bonnifinius, *Rerum Hungariae*, Decad. II. 1. I, p. 179; Dom Guéranger, *L'Année Liturg.*, l'Avent.; Gravois, *De ortu et progressu cultus ac Festi Imm. Concept. sum*., p. 32 (Lucae, 1764); *Pareri de Vescovi*, vol. I, p. 262; vol. IX, p. 129; Maracci, *Caesares Mariani*, c. 5, § 6; Fr. Coster. *Libellus de Sodalit. B. M.* (Antwerp., 1607) *in praefat; Mundus Marianus, sive specificatio omnium mundi locorum in quibus B. Virgo Deipara colitur* (Coloniae, 1644); *Regna, provinciae et oppida sub patronatu B. Virginis*, auctores Ferreolo Lorio Paulinate, in D. Nicolai apud Atrebates parocho (en la *Summa Aurea*, t. XI, pp. 1065-1108); *Pietas mariana britannica*, by Edmond Waterton (London, 1879), etc.

De esta obra he sacado las últimas advertencias sobre la consagración de las naciones a María. Hay que leerla para concebir hasta qué punto el culto de la Santísima Virgen había penetrado en toda la vida religiosa, social y privada del pueblo inglés antes de que el cisma y la herejía viniesen a echar a María de su dote y herencia. Es consolador el esperar que la Reina del Cielo tomará de nuevo posesión de una tierra donde fué tan universalmente honrada.

Si no hemos hablado, hasta ahora, de Portugal ni de España no es porque estas dos naciones estén menos consagradas a María. Nadie ignora la costumbre, tan extendida en uno y otro país, de tomar en el bautismo los nombres de los principales misterios de la Virgen. No es menos notable que en el Nuevo Mundo, adonde llevaron ambos pueblos la civilización cristiana, tuvieron la devoción de dar a las colonias fundadas por ellos los nombres de esos misterios para honrar a su querida Señora. Echad una mirada sobre un mapa de la América del Sur, y se os antojará una página de un libro de **Horas** en honra de la Virgen Santísima. En todas partes veréis: Concepción, Natividad, Asunción, Dolores, Loreto y otros apelativos semejantes (Philpin., *Union de Marie aux fideles*, p. 212).

Las colonias protestantes prevalecieron en la América del Norte; pero allí donde los católicos fueron los primeros en poblar un suelo que no llevaba todavía nombre alguno conocido, le impusieron el de María; testigo, el *Maryland* de Lord Baltimore; testigo, la Villa-María del Canadá (Villa-María es el nombre dado por los franceses a la ciudad de Montreal cuando su primera fundación).

Señalado hemos más arriba como prueba de la universalidad del culto de María el gran número de localidades que llevan en Francia el nombre de Nuestra Señora. Subiendo a los países del Norte hallamos un fenómeno semejante. Nada más ordinario que ver el nombre de María en las denominaciones de abadías célebres, semillero de ciudades y aldeas. Tales son, por ejemplo, en la antigua Alemania, Marienfeld, Marienstern, Marienthal, Marienvald, Marienzell; es decir, Campo de María, Estrella de María, Valle de María, Bosque de María, Celda de María; tales en Prusia: Marienberg, Marienburg, Marienwerder; Montaña, Fortaleza o Prado de María. Dinamarca, Suecia y Noruega nos presentan nombres del mismo género. Y ¿qué es todo esto sino el reconocimiento universal de la realeza de María sobre las tierras sometidas a Jesús, su Hijo?

La universalidad del culto de María, universalidad en el espacio y en el tiempo, se revela también en la multitud, siempre creciente, de fiestas celebradas en la Iglesia en honor suyo, y más aún quizá, en el número casi infinito de solemnidades locales y particulares. (II parte, 1. VII, c. 2. Véase la obra titulada *Fasti Mariani*... Auctore Fr. G. Holweck. Friburgi Brisgoviae, 1892).

III. Otra universalidad no menos admirable es la de los servidores de la Santísima Virgen. Libros se han compuesto sólo para recoger una breve noticia de los más célebres. La**Suma de oro** (*Summa Aurea*), publicada por el Abate Migne, ha reunido estas noticias bajo el título general de **Familia de María**. Son obra del clérigo regular P. Hipólito Maracci, y formaban, en su original, diez volúmenes. Están divididos en grupos: Papas, Cardenales, Obispos, Emperadores, Reyes, Príncipes, fundadores de religiones, las heroínas, las azucenas (es decir, las Vírgenes) y las Ordenes consagradas a María. Finalmente, **la Suma de oro**hace entrar en la **Familia de María**, las Cofradías y Congregaciones de esta Señora y, sobre todo, las que florecen actualmente en Francia (Para completar esta *Familia Mariae* falta un tomo sobre los Niños, y no sería el menos interesante, porque la divina Madre, así como el Hijo, halla su perfecta alabanza en los labios de los inocentes).

Recorramos las Congregaciones y Ordenes religiosas porque aquí encontramos una de las más espléndidas manifestaciones de la devoción a María. ¿Hay que asombrarse de ello, cuando se sabe que la vida religiosa es, por su naturaleza, una escuela de perfección? Lo que resultaría inexplicable sería el no encontrar el culto más ferviente y más asiduo hacia Aquella a la que ha hecho Dios Madre de la divina gracia, modelo de todas las virtudes, singular protectora de los hijos de Dios, entre hombres destinados por vocación especial a reproducir la vida de Nuestro Señor en sus diferentes misterios. Ya lo hemos visto: la Santísima Virgen está junto a la cuna de todas las Ordenes religiosas. De Ella han nacido, después de Dios, y por Ella también conservan o restauran el espíritu de su primera institución.

Una de las cosas que prueba más palpablemente la alianza íntima que existe entre las familias religiosas y la benditísima Madre de los hombres es que gran número de ellas han sido fundadas con el fin especial de glorificar alguno de sus misterios o alguno de sus maternales oficios. Un autor, que hace poco citábamos, lo ha mostrado con numerosos ejemplos. Así, las hijas espirituales de Santa Isabel, hermana de San Luis, debían ser la conmemoración viviente de la *Humildad de Nuestra Señora*, y las de la Anunciada, instituidas por una hija de uno de nuestros reyes, Santa Juana de Valois, tenían por fin el imitar a las diez virtudes que fueron para la Santísima Virgen preparación a su divina Maternidad. Así también, los Hospitalarios y Hospitalarias de Nuestra Señora continúan los castos cuidados prodigados por Ella a la humanidad en la persona de Jesús, de José y producen la vida contemplativa y laboriosa de la Santísima Virgen en Nazareth. Los Servitas y los de Santa Brígida honran el misterio de la Compasión; los religiosos de la Merced, la cooperación de la Virgen a la redención del mundo; la Orden de Fontevraul, la adopción de San Juan por María al pie de la Cruz del Salvador. ¿Quién puede enumerar, una por una, todas las Congregaciones que se honran con los nombres de María, o de sus misterios, o de sus funciones auxiliadoras? Existen las Congregaciones de los Siete Dolores, de la Consolación, de la Asunción, de la Caridad de Nuestra Señora, de su Visitación, de la Concepción Inmaculada, del Corazón de María, de Nuestra Señora del Calvario, de la Misericordia, de María Reparadora, de María Auxiliadora

y cien más por el estilo; multitud siempre viviente y siempre creciente a pesar de los obstáculos suscitados por el infierno y sus aliados.

"*El catálogo de las Ordenes religiosas* —dice también nuestro autor— *parece un* ***calendario*** *más que secular, en donde cada una de las fiestas de María está inscrita para ser celebrada día y noche, en la continuidad de las edades, por algunas milicias de ángeles terrestres.*" Francia, sobre todo en estos últimos días, y aun en estos últimos siglos, se ha apresurado a demostrar su abnegación hacia la Madre de Dios con el nombre mismo de sus familias religiosas. La sola lista de las comunidades de religiosas en la diócesis de París comprende treinta, por lo menos, que llevan el nombre de María o el de alguno de sus atributos. Júzguese por aquí qué lista se formaría si hubiera que nombrar a todas las congregaciones y comunidades de este género extendidas por todo el mundo cristiano.

IV. Otro testimonio de la devoción universal y profunda hacia la Madre de Dios son las obras de todas clases compuestas en la serie de los siglos para darla a conocer mejor, amarla y glorificarla más. En esto, como en todo lo demás, se ha realizado el antiguo adagio: *de María numquam satis*. Ninguna revelación es más notable que ésta, porque si tanto se ha hablado y escrito sobre María es manifiestamente porque los corazones estaban ávidos de extenderse en sus alabanzas e insaciables también de alimentarse de ellas. Cuéntanse por millares las homilías, panegíricos, discursos y tratados de toda clase que ofrece la **Patrología** griega y latina, publicada por el Abate Migne; por millares también se cuentan los himnos y cánticos de todo género, de todo ritmo, de toda forma que nos han dejado los poetas de Oriente y Occidente desde las épocas más lejanas hasta la aurora de los tiempos modernos; y sabido es que no se ha marchitado esta florescencia desde entonces hasta nuestros días. Apelamos a la multitud de **Compendios**, populares o eruditos, que nos sería imposible enumerar.

Si creemos a Augusto Nicolás, en uno de sus libros sobre la **Virgen María**, no hay menos de 22.000 obras que tratan de las glorias, de los privilegios y de los beneficios de la Madre de Dios; y todo mueve a pensar que no hay que contar en este número las obras de los antiguos autores eclesiásticos. Benedicto XIII, un Papa de la Orden de Predicadores, contaba en su familia religiosa, y durante un período de cerca de cuatro siglos, 344 escritores que se habían ocupado especialmente en celebrar las alabanzas de María. Por falta de documentos auténticos, es imposible dar aquí el estado de la literatura sagrada concerniente a la Santísima Virgen en las otras Ordenes religiosas. Podríase, tal vez, juzgar de ella por la **Biblioteca Mariana** de la Compañía de Jesús (Por el P. Ch. Sommergovel). Aparte de los tratados doctrinales, de los panegíricos, de los sermones y de las otras piezas que se encuentran esparcidas en los cursos de Teología, en los sermonarios o en los libros de meditaciones y en los tratados ascéticos, esta biblioteca contiene la indicación de dos mil y más obras especialmente consagradas a establecer o a propagar el culto de la Santísima Virgen.

No creemos que nadie haya emprendido todavía la tarea de reunir todo lo que la ciencia y la piedad de los siervos de la Reina del Cielo han escrito para glorificarle, y dudamos de que jamás se pueda hacer. Pero sí sabemos que todas esas obras juntas bastarían para formar una inmensa biblioteca, que sobrepujaría muy mucho a la cifra que daba Augusto Nicolás, por muy asombrosa que parezca. Ahora bien: nada nos hace sospechar que este movimiento literario esté en vísperas de decrecer. Quizá el tiempo de los *in-folio* está en vísperas de pasar,

aunque todavía se publican en nuestros días grandes y hermosos volúmenes. Pero, cualquiera que sea la fórmula que se adopte, no se dejará de escribir de la Madre de Dios: *de María numquam satis*. Es que, por una parte, el amor no se cansa nunca, y por otra, la materia es inagotable, porque siempre se puede estudiar a María desde nuevos puntos de vista: **tanto Ella es la llena de gracias.**

Basten estos testimonios en favor del culto universal rendido por sus hijos a la Madre de los hombres. Y, sin embargo, sería una ilusión el creer que, después de enumerarlos todos se ha agotado la materia. Arriba hemos nombrado una obra recientemente publicada por un católico inglés, en que demuestra hasta qué punto se había apoderado el culto de la Santísima Virgen de las instituciones, de las costumbres y de la vida toda de los habitantes de la Gran Bretaña antes de la triste separación del siglo XVI (*Pietas Mariana Britannica*). Allí es donde hay que leer, con sus particularidades, las innumerables manifestaciones, públicas y privadas, del amor de los cristianos a su Madre en las épocas en que la fe y la devoción podían desarrollarse a plena luz, libremente, completamente y sin trabas. Reyes, príncipes, Universidades, colegios, Ordenes de caballería, corporaciones, marineros, soldados, todos rivalizaban en celo por la gloria de María. En todas partes hallaréis su nombre, sus imágenes, sus altares, con mil prácticas que recuerdan incesantemente la Madre a los hijos y los hijos a la Madre. Ahora bien: lo que este autor ha hecho respecto de Inglaterra, otros lo han hecho también, o podrían hacerlo, respecto de las otras naciones católicas, porque en todas ellas se veía el mismo amor, la misma veneración y el mismo culto de la Madre de Dios.

Y si en nuestros días no está ya permitido exteriorizar una profesión tan general de la devoción a la Virgen María, gracias a Dios, su culto no se ha encerrado en los templos ni restringido a las ceremonias que se celebran ordinariamente en las iglesias. Cuando leemos en los autores de los pasados siglos tan piadosas y santas industrias destinadas a glorificar a nuestra Madre del cielo, a motrarle la confianza, las oraciones y los votos de sus siervos: peregrinaciones, erecciones de estatuas de Nuestra Señora en los caminos públicos, en las fachadas de las casas, en las esquinas de las calles; procesiones recorriendo los campos, recitación del Oficio Parvo, del Rosario, del Angelus; abstinencias, obras de misericordia en honor de la Virgen, alistarse en sus Congregaciones y Cofradías, ofrendas de cirios y de exvotos delante de sus imágenes, oraciones rezadas en común en el seno de las familias, consagración de los recién nacidos a María; cuando, repetimos, leemos esas formas tan múltiples y tan variadas de rendir a la Madre de Dios los homenajes que se merece, podemos sentir, en verdad, que algunas de ellas tiendan a desaparecer; pero, al mismo tiempo, nos place comprobar que la mayor parte sobrevive a tantas revoluciones, y que la piedad de los cristianos sabe inventar otras que fueron desconocidas en los siglos anteriores. Tales, el mes de María, por ejemplo, y el mes del Rosario.

¡Sí!, nos atrevemos a decirlo: nuestra Madre del cielo no es menos universalmente honrada en nuestro tiempo que lo fue en los más hermosos días de las antiguas edades. Jamás ha habido tan devotas y entusiastas peregrinaciones, jamás tan numerosos santuarios erigidos en alabanza de María, jamás muchedumbres tan fervientes corriendo a sus altares. Jamás, tampoco, ha mostrado María con señales más brillantes que es una Madre para nosotros. Allí mismo donde parecía estar abolido su culto para siempre, vuelven a Ella los corazones para que Ella misma, a su vez, los devuelva a la Iglesia que habían abandonado. Hablamos, sobre

todo, de Inglaterra. Vese este fenómeno, lleno de esperanza: hombres separados todavía de la unidad católica, rompiendo con las viejas tradiciones protestantes y cantando las alabanzas de la Reina del Cielo, tan largo tiempo blasfemada por sus padres; prenda y medio de una vuelta, más o menos pronta, pero infalible, para un número mayor cada día al redil de la Santa Iglesia, esa otra madre de los verdaderos cristianos.

Los tiempos felices en que María será Reina, no sólo de derecho, sino de hecho, podemos esperarlos para la Gran Bretaña y para otros países igualmente alejados de nuestra dulce Madre; porque, la Historia lo atestigua; la Reina del Cielo es una conquistadora por el amor y los beneficios.

Ya se ha realizado desde hace mucho tiempo, el oráculo profético pronunciado por la misma Santísima Virgen: "Todas las generaciones me llamarán bienaventurada", y no sin razón pone la iglesia en labios de María estas palabras de la Sabiduría divina: "In Sion firmata sum, et in civitate sanctificata similiter requievi, et in Jerusalem potestas mea, et radicavi in populo honorificato" (Eccli., XXIV, 15-16)

Mientras llega esta hora bendita, dígnese Ella reinar sobre nuestros corazones de hijos de la Iglesia, y que nada de nuestra parte resista a su amabilísimo imperio.

Grandeza y multiplicidad de las alabanzas dadas a María por los cristianos

Los dos procedimientos empleados por los teólogos y los Padres para exaltar las perfecciones de Dios, utilizados para expresar las perfecciones de su Madre.— Consideraciones especiales sobre las series de Salves y sobre la multitud de nombres atribuidos a María.

I. El capítulo precedente nos ha permitido admirar la universalidad del culto rendido por los hijos de la Virgen a su celestial Madre; principalmente, la universalidad el espacio. Pero el encadenamiento de las ideas nos condujo a considerar esta universalidad bajo otros aspectos. Y ved por qué dejaremos otros temas del culto de María para meditar su perfección. Ahora bien: la perfección de un culto se revela por las alabanzas que dirige hacia su objeto. Importa, pues, mucho estudiar la naturaleza y la extensión de las alabanzas dadas por los cristianos de todas las edades a la Madre de Dios. Pretendemos, más que decir aquí cosas nuevas, recoger las ideas esparcidas en libros antecedentes para presentarlas en su conjunto y completarlas.

Cuando se trata de glorificar las perfecciones divinas, los teólogos, siguiendo a los Padres,emplean dos procedimient**os:** el que se ha convenido en llamar **demostrativo** o**racional** y el llamado **místico**. El uno se vale de las figuras y los símbolos; el otro sigue el camino más abstracto de la pura razón.

Este último, es decir, el procedimiento racional, parte del principio, evidente por sí mismo, que el efecto debe estar eminentemente contenido en su causa, y que el ejemplar lleva en sí todas las bellezas de sus imágenes. Por consiguiente, considerando que Dios es el**primer**

principio de todos los seres, se deben afirmar universalmente de su perfección las perfecciones que encontramos en ellos: la sabiduría, la bondad, la justicia y las otras. Este es el primer grado de la alabanza. Pero a toda perfección creada se mezclan necesariamente imperfecciones. Por tanto, después de haber afirmado de Dios las bellezas que se encuentran en las criaturas, hay que negar en Él todas las imperfecciones que son propias a las criaturas o que ellas suponen. Y porque nuestras mismas perfecciones son siempre **cortas por algún lado**; nuestra sabiduría, sujeta al error; nuestra bondad, mezclada con desfallecimientos; nuestro poder, finito y limitado; y como quiera que los atributos divinos sobrepujan infinitamente a las perfecciones creadas, no solamente tal como están realizadas en los hechos, sino tal también como podemos concebirlas, los Padres y los teólogos llegan hasta negar de Dios esas mismas perfecciones. Les oiréis decir que Dios no es ni bueno, ni sabio, ni poderoso, y que hay que honrarlo con el silencio: tanto está su grandeza sobre nuestras concepciones y sobre nuestro modo de hablar.

"*Me preguntáis qué es Dios* —dice San Agustín—. *Escuchad: Dios es inefable; nos es infinitamente más fácil el decir lo que no es que lo que es. Miráis la tierra, no es Dios; miráis el mar, no es Dios; miráis todo lo que se mueve sobre la tierra, los hombres y los animales, no es Dios. Nada de lo que se hunde en el seno de las aguas, nada de lo que vuela a través de los aires es Dios; todo lo que brilla en el firmamento, las estrellas, el sol, la luna, el cielo mismo, tampoco es Dios Considerad los Angeles, las Virtudes, las Potestades, los Arcángeles, los Tronos, las Dominaciones, y no habréis visto a Dios. Pues, ¿qué es Dios? He podido solamente decir lo que no es. ¿Preguntáis lo que es ? Es lo que el ojo no oyó, lo que el oído no ha oído jamás, lo que no ha comprendido el corazón del hombre (I Cor., II, 9). ¿Cómo queréis que lo que no ha comprendido el corazón lo pronuncie la lengua?*" (S. August., Enarrat. in Psalm. LXXXV, n. 12. P. L., XXXVII. 1090).

Sin embargo, si no atribuimos a Dios la sabiduría, el poder y las otras perfecciones de que las criaturas nos dan idea y ofrecen el espectáculo, no es porque ellas no se encuentren en Dios. Están en Él como en su origen, de un modo sobreeminente, incomprensible, inefable. Por esto diremos de Dios que es, no ya sabio y poderoso, sino supersabio y supersabiduría, superpoderoso y sobrepotencia, o bien, que es el único sabio, el solo justo, el solo poderoso y el solo bueno. "*Nemo bonus nisi solus Deus* (Lucas, XVIII, 19): *nadie es bueno sino Dios solo*",ha dicho Nuestro Señor. Así resumió el Ángel de las Escuelas el pensamiento de los Padres sobre el conocimiento y la alabanza de las perfecciones divinas; y todo el que haya recorrido sus obras confesará que es imposible hacerlo con menos palabras y más exactitud.

El espíritu humano, en el estado de *viador*, no puede elevarse más alto. La fe, sin duda, extiende el horizonte de su conocimiento; ella misma puede estar más o menos iluminada; pero para tener el modo propio de concebir las cosas divinas hay que estar inundado de los esplendores de la gloria.

Vengamos al segundo procedimiento de alabanza. Consiste principalmente en representarse las perfecciones de Dios bajo el símbolo y la figura de los objetos sensibles y materiales. Nada más conforme al estado presente de nuestra naturaleza, en el cual subimos de las cosas que se ven y se sienten a lo que por su naturaleza es invisible y espiritual. Y en este sentido, Dios es para nosotros el **sol** de las almas, la **luz** que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Si quiere, en los profetas, manifestarnos su poder protector o vengador, habla cien veces de su **brazo extendido**. Leemos que tiene **ojos** a los cuales nada se escapa, dulces

para los justos, terribles para los impíos. Y estas expresiones y otras del mismo género se emplean con tanta frecuencia en las Escrituras que algunos hombres groseros tomaron en otro tiempo ocasión para creer en la divinidad corporal, haciendo así del medio que les había sido dado para conocerle un medio para desconocer su naturaleza y sus propiedades.

Como consecuencia de estos dos procedimientos, racional y simbólico, han explicado los Padres y los teólogos la multiplicación de los nombres divinos. Dios, en la Eternidad, no tendrá más que un nombre, porque allí contemplaremos su esencia, y en la esencia toda perfección, con una sola mirada, en una visión siempre una, eternamente la misma; porque la multitud de nombres responde a la multitud de conceptos, de que son los nombres signos."*En aquel día* —ha dicho el Profeta— *no habrá más que un Señor, y uno también será tu nombre*" (Zachar., XIV, 9). Pero en el estado presente de nuestros conocimientos, en el que vamos a Dios por las perfecciones de las criaturas, nos hace falta multiplicar los conceptos y los nombres si queremos formarnos alguna representación menos incompleta de las cosas divinas. Cuando Dios ejecutó el eterno designio de manifestar fuera de Él las infinitas riquezas de su ser multiplicó y diversificó las imágenes, que son las criaturas, a fin de que lo que falte a una para esta manifestación de la divina bondad fuese suplida por otra (S. Thom., I p., q. 47, a. 1). Del mismo modo que el número y la diversidad de las ideas y de los nombres suple en cierta medida, la imperfección que tienen los nombres y representaciones mentales (S. Thom., *Compend. Theol*., p. I, e. 24)

Supuestas estas nociones preliminares, entenderemos mejor la magnificencia de las alabanzas dadas a la Madre de Dios, porque se puede decir pasan, guardada la debida proporción, por las mismas fases que el conocimiento y las alabanzas divinas, y así lo vamos a mostrar en este capítulo.

Pero antes de entrar en materia conviene penetrarse de un principio muy importante si se quiere apreciar en su justo valor lo que los Padres y los Santos han escrito y predicado de las grandezas de María. Es que esta bendita Madre no necesita, en los elogios que de Ella hacemos, ni de nuestras mentiras, ni de nuestras exageraciones (Cf. Petav., *de Incarnat*., 1, XIV, I p., c. 8, § 9). "*¡Oh, Hija de David, Madre del Señor y del Dios de David, te saludaré con los cánticos de tu padre! Sería una vergüenza y como un sacrilegio el ofrecerte adornos prestados, a Ti, que resplandeces con tu propia gloria.*" Así hablaba San Metodio ya en el siglo III (S. Method., *Serm. de Simeone et Anna*. P. G„ XVIII, 369). Si me decís que la autenticidad de ese discurso es dudosa, no me negaréis, al menos, su gran antigüedad. Apoyado en este principio, el discípulo de San Anselmo, Eadmer, rehusaba el acudir a los apócrifos, según los cuales habría un Ángel anunciado con anticipación al nacimiento de María: "*La Iglesia*— dice él— *no ha querido confirmar con su autoridad tales relatos. Ha tenido siempre por cosa inconveniente el mezclar lo inseguro a las alabanzas de la Madre de Dios; porque lo que es verdadero incontestablemente comprende materia tan amplia de elogio que si si pretendemos glorificarla según su mérito caemos aplastados bajo el peso de sus verdaderas grandezas*" (Eadmer., de *Excellent. B. M. V*., c. 2. P. L., CLIX, 560).

El mismo pensamiento hallamos en San Bernardo en su famosa carta a los canónigos de Lyón: "*La Virgen real no necesita alabanzas mentirosas, pues tiene bastantes títulos auténticos de gloria, y verdaderas insignias de sus dignidades*" (S. Bernard., ep. 174 *ad Canonic. Lugdun*., n. 2. P. L., CLXXXIII, 333).

La misma idea también en una respuesta de Pedro de Celia a Nicolás, monje inglés de San Albano, que le reprochaba el ser demasiado avaro cuando se trataba de María. Le escribía de este modo: "*Entrando en la cuestión, diré que tú haces sonar muy alto tus alabanzas a la Virgen; yo también le presento las mías. Las palabras salen precipitadas de tu boca, y yo dispongo mi discurso con peso y medida. Tú vendimias tu viña antes de tiempo, cuando los racimos están agrios todavía, y yo espero que maduren para servirlos en la mesa. Tú glorificas a María; yo la glorifico como tú. Tú la proclamas Santa; yo también. Tú la exaltas sobre todos los coros angélicos; también lo hago yo. Ella es, dices tú, exenta de todo pecado; yo lo afirmo contigo. Tú aseguras que es Madre de Dios y nuestra Medianera cerca de Él; también lo confieso, y no con menos firmeza. Cualquier aspecto que des a tu veneración y a tus respetos, estoy contigo y pienso como tú*.

"*Pero si, desdeñando la moneda corriente y de buena ley, fabricas otra que la Cátedra de Pedro no ha autorizado..., me detengo y rehúso traspasar imprudentemente los límites fijados por la Iglesia. Creo, sin embargo, y profeso que María posee más privilegios, incomparablemente, de los que conocemos, porque tal es en Ella la elevación de la gracia y de la gloria que no puedo alcanzarla... Sábelo bien: los homenajes que ofrecemos a Nuestra Señora deben respirar el respeto y no la adulación, la madurez y no el juego, la devoción del corazón y no la verbosidad*" (Pet. Cellensis, ep. 73. P. L.. CCII, 628. 632).

Poco importa el rebuscar escrupulosamente si en concreto el santo Abad de Claraval y el futuro Obispo de Chartres hicieron una aplicación feliz de tal principio combatiendo uno y otro la introducción de una fiesta (la de la Inmaculada Concepción) que la Iglesia romana no había adoptado todavía. El principio permanece en pie, independientemente del uso exagerado que se puede hacer de él. Tomado en su verdadero sentido, es en todo para el honor de María, porque lo que viene a significar es que no hacen falta oropeles para adornar a Aquella que camina como Reina cubierta con un vestido de oro cargado de pedrerías.

Ahora bien, y aquí es adonde queríamos llegar con esta advertencia: no se puede admitir, con los jansenistas (En los *Avisos saludables a los devotos indiscretos de la Santísima Virgen* invitaban a los cristianos de su tiempo "*a no imitar a los Santos en sus maneras de hablar extraordinarias y figuradas en honor de María*"), que tantos Padres o tantos Santos y sabios hayan podido desconocer un principio tan claramente reconocido. ¡De cuánta gloria son, pues, para María las alabanzas que vamos a escuchar, salidas de sus plumas y de sus labios!

II. Comencemos este estudio por el procedimiento **racional**. No tenemos ya que decir cómo todas las perfecciones de gracia y de gloria, tan largamente distribuidas por la divina munificencia a los hombres de todos los siglos, y particularmente a las almas más favorecidas entre los amigos de Dios, están afirmadas de la Virgen Santísima. Sería repetirnos sin fin. Volved a leer, por ejemplo, en nuestro primer tomo sobre la Madre de Dios lo que escribimos entonces de las **reglas**, según las cuales se pueden determinar las prerrogativas que pertenecen a la maternidad divina y quedaréis plenamente convencidos. Y ¿cómo no tendrá María, Ella sola, todos los privilegios de gracia repartidos entre los otros, puesto que participa secundariamente, después de su Hijo Nuestro Señor, de la cualidad de origen y fuente de las gracias?

Poco, demasiado poco, es atribuir a esta Señora las perfecciones de los otros Santos; hay que añadir la vía de afirmación la de negación, es decir, apartar de esta Reina del Cielo y de la tierra las imperfecciones, tan comunes a la familia humana, y hasta las mismas de que

los grandes Santos no estuvieron exentos. De aquí esas fórmulas, tantas veces repetidas, en las que se llama a María la toda Pura, la toda Perfecta, la toda Santa; Pura y Perfecta por Sí misma, en todo, siempre y por todas partes: *semper et undequaque*.

Y esto también es lo que significaba Dionisio Cartujano en esta oración, de la cual recordamos haber citado un fragmento: "*Oh, amable y más que amabilísima, venerada y más que venerada Señora. .., por esto mismo que has sido hecha Madre de Dios, tienes una dignidad como infinita. No podemos alcanzar ni a tu santidad, ni a tu grandeza, ni a tu gloria; indignos somos de contemplarte, impotentes para ofrecerte homenajes iguales a tu mérito. ¿Qué haremos, pues? Lo que hacemos con Dios. De igual modo, en efecto, que podemos formarnos un conocimiento tal cual del Creador con ayuda de las criaturas afirmando de Él todo lo que hay de perfección y de bondad en las cosas creadas, pero sin las imperfecciones que tienen; así dulcísima María, te contemplamos en las otras mujeres, y a Ti sola te atribuímos todo lo que en ellas vemos de santidad, de excelencia y de perfección; pero en un grado más alto, rechazando lejos de Ti todo lo que hay de bajo, de defectuoso y de imperfecto. En unas brilla la virginidad, pero sin la fecundidad; pero Tú, Tú eres Madre y Virgen, y ¿Madre de quién? Del Creador de todas las cosas...*" (Dionys. Curthus., *de Laude vitae solitar*., a. 9; vol. *de Vita et fine solitar*., 1. II, c. 2).

Con sentimiento abreviamos un texto que se enlaza tan directamente con esta materia; tanto más cuanto que indica claramente la vía de negación y las otras dos vías.

Ya lo hemos visto: esta vía de negación, cuando se trata de Dios, no se detiene aquí. Nos lleva hasta profesar nuestra impotencia para concebir las perfecciones divinas y nuestra incapacidad para hablar de ellas; de tal modo que las honramos con el silencio. Ahora bien: si sentimos con los Padres, aquí es donde vienen a parar los esfuerzos para alabar dignamente las incomparables perfecciones de la Madre de Dios. ¿Queréis una prueba? Volved a lo que hemos escrito en otro lugar de la inconmensurable grandeza de esta divina Madre (Según atestiguan los Libros Santos (III Res, VIII, 10, sqq.; II Paral., V., 11). cuando la dedicación del Templo, los sacerdotes, después de haber colocado el Arca en el *Sancta Sanctorum*, salieron de aquel lugar temible, y los levitas y cantores, acompañados de gran número de instrumentos, celebraban las alabanzas del Señor, "*una nube llenó la Casa de Dios y los sacerdotes no podían ya permanecer en el Templo, ni cumplir sus funciones, porque la gloria del Señor había llenado la Casa del Señor*". ¿No nos parece ver en este hecho memorable una figura de María? Desde el momento en que esta Virgen recibió en su seno a la verdadera Arca de la Alianza, y se convirtió singularmente en Casa del Señor, se pueden, sí, entonar cánticos en su honor; pero la gloria de Dios, que la cubre a nuestros ojos como una nube, detiene bien pronto estas alabanzas, y sólo con nuestro silencio podemos exaltarla) y allí veréis a los Santos confesar a porfía la impotencia en que se ven de concebir y expresar los privilegios de María.

"*Digamos algo en alabanza de la Sacratísima Virgen María. Pero, ¿qué podemos hacer nosotros, tan pequeños, tan débiles, tan impotentes? En verdad que aunque todos nuestros miembros se volviesen lenguas, nada bastaría para tal empresa. Ella es más grande que el mar; más grande, sí, es Aquella de la cual nos esforzamos en pronunciar las alabanzas, porque llevó en sus entrañas purísimas al Dios que no pueden contener los límites de la creación*" (Pseudo Agustinus, sermo 208, n. 5; col. n. 4. El autor es o San Fulberto de Chartres o San Ambrosio Autpert.).

¿Puede asombrarnos que los más ilustres hijos de la Iglesia confiesen así su impotencia para hablar de las perfecciones de María cuando la misma Iglesia les ha dado el ejemplo confesándolo también? Después de prodigar sin tregua ni medida los elogios más magníficos a la divina Virgen, lejos de pensar que ha hecho bastante, exclama al fin: *Quibus te laudibus ejjeram nescio* ("*No sé con qué alabanzas exaltarte*") (Offic. B. M. V. per annum, reap. I noct.). Y la Iglesia griega, a pesar del entusiasmo prático de sus pontífices y de los innumerables panegíricos compuestos a gloria de María, se refugia igualmente en el silencio: "*Cuando queremos alabarte, ¡oh, la más inocente de las criaturas!, toda clase de elogios nos falta*" (Ex Men., die 27 april... *Prietas Mar. Graecor*., p. 114).

¿Se detendrán los Padres y los Santos en este camino de negación y de silencio? No, porque sucede con las perfecciones atribuidas a María como con las perfecciones divinas. Si nuestras ideas, sacadas de la contemplación de la perfección de las criaturas, son incapaces de representarlas como conviene, dichas perfecciones están, sin embargo, en María, pero de una manera inefable y excelentemente superior. He aquí, pues, el tercer procedimiento de conocimiento y alabanza: lo que Santo Tomás ha llamado la **senda o vía por exceso, la vía de supereminencia**. Sabemos lo que esto significa cuando se trata de expresar las perfecciones divinas. Ahora bien: se hallarían millares de textos en los cuales se emplea el mismo lenguaje para explicar las perfecciones de la Santísima Virgen. Recordaré algunos de los que ya nos son conocidos. Así es como los Padres la han llamado la supersanta, la supermadre, la superbendita, la superinmaculadísima, la superllena de gracias; testigos, por ejemplo, este apostrofe de San José el himnógrafo en los *Menelogios* de los griegos: "*¡Oh, Supersanta, Tú has engendrado al Verbo **Supersanto**!*" (*Ex Men*.. 13 jan. P. G., CV, 1048); y esta oración, sacada de un comentario sobre el Cantar de los Cantares: "*Que el **Superdulcísimo**Crucificado nos conceda esos bienes por los méritos e intercesión de su Madre Supersuavísima, la Virgen María*" (Pez, *Thesaur. novissim*. *Anecdot*., t. II, I p., p. 680).

"*¡Oh, María!, dicen también; ¡oh, Virgen!, ¡oh, Madre de Dios! Tú sola eres Santa, Tú sola inocente, Tú sola pura, Tú sola hermosa, Tú sola escogida, Tú sola muy amada entre todas las criaturas.*" Y en otro lugar: "*Salve, oh, única Madre de Dios, más pura que el rayo de la luz, más pura que toda pureza... Tu suavidad sobre-puja a toda suavidad; tu nobleza, a toda nobleza; tu tesoro espiritual, a todos los tesoros.*" "*Nadie es inmaculada como Tú, oh, Señora nuestra... Nadie más que Tú es inmaculada.*" Y en otro lugar: "*No hay más azucena que Tú entre las espinas ni otra paloma entre los mortales.*" Y es, oh, Virgen María, "*que Tú eres incomparablemente más Santa que todas las virtudes; es que **sola** Tú tienes toda pureza, toda humildad, toda hermosura*" (Cf. Passaglia, *de Immac. Concep*., t. I, pp. 1495-1513).

De igual modo que hace poco se negaban de María las perfecciones de las criaturas porque esas perfecciones, como están en ellas, resultan alejadísimas de la sublimidad de las de esta Señora, he aquí que ahora se le atribuyen a Ella sola esas mismas perfecciones porque en el grado en el cual fueron enriquecidas con ellas las otras obras escogidas de la gracia, es decir, los Santos, es como nada ante su plenitud. Por esto terminamos con esta aclamación de Juan el Geómetra: "*Salve, Tú, la primera; salve, Tú la única*" (*Himn. ad Virg*.P. G„ CVI, 868).

III. Hora es ya de pasar al procedimiento simbólico. Trabajo interminable sería querer seguir las liturgias de las diferentes Iglesias, y a los Padres, y a los escritores eclesiásticos, en

el uso que han hecho del simbolismo para glorificar a la Madre de Dios. Todo cuanto el cielo y la tierra tienen de hermoso, de grande, de puro y de rico, lo han presentado como tipo símbolo y figura de María: el sol, la luna, la luz, las flores, los frutos, los animales mismos; aquellos, por lo menos que respiran gracia, nobleza y belleza. Después de la naturaleza han hallado una mina inagotable de imágenes en los objetos sagrados del culto hebraico, como el tabernáculo de la Alianza, la urna de oro donde Moisés encerró el Maná; el templo y el altar, el incensario de donde sube el humo del incienso al trono de Dios.

No es todo esto. Los libros del Antiguo Testamento vienen, unos después de otros, a ofrecerles infinitos tipos de María: tipos expresamente queridos por Dios, tipos imaginados por la piedad de los hombres, tipos sacados de las cosas o de las personas. ¿Queréis algunos ejemplos? He aquí, primero, un párrafo de San Juan Damasceno en que este modo de alabar a María se presenta con toda su riqueza:

"*Te han visto las hijas de Jerusalén, es decir, de la Iglesia, y te han proclamado bienaventurada, y las reinas, es decir, las almas de los justos, te alabarán eternamente* (Cant., VI, 8). *Porque Tú eres el Trono real donde los ángeles contemplan asentado a su Dueño y su Creador. Tú, un Edén espiritual incomparablemente más santo y más divino que el Paraíso antiguo; habitaba en aquél el Adán terreno; en Ti habita el Señor que ha bajado del cielo. El Arca fue figura tuya, porque Tú nos has conservado la semilla del mundo nuevo; porque Tú has engendrado a Cristo, salvación del mundo. .. La zarza ardiendo, las tablas escritas con el dedo de Dios, la urna de oro, el candelabro, la mesa de los panes de la proposición, la vara de Aarón, con su milagroso florecimiento, te representaban y te anunciaban. Por Ti, en efecto, apareció en su carne la llama de la Divinidad, el Verbo del Padre, el Maná celestial y suavísimo, el Nombre que es sobre todo nombre, la luz eterna e inaccesible, el Pan de la vida divina, el Fruto nacido de Ti sin humano cultivo*.

"*¿Qué más? Aquel horno de Babilonia, en donde se hallaban a un tiempo mismo las llamas ardientes y el rocío del cielo, ¿no te prefiguraba también, a Ti y al Fuego divino oculto en tus entrañas? Claramente fuiste anunciada por la tienda de Abraham, porque el Verbo de Dios, habitando en tu purísimo vientre como en su tabernáculo, ofreció la naturaleza humana, de tu sangre limpísima, un pan cocido bajo la ceniza al fuego de la divinidad, quiero decir sus primicias mas preciosas, el cuerpo y el alma, que Él unió a Sí para nuestra salud. Más aún: ya me olvidaba de la escala de Jacob, como si no fuera patente que fuiste en ella simbolizada. Vióla el Patriarca uniendo con sus dos extremidades el cielo y la tierra, y los ángeles bajaban y subían... Y esta escala eres Tú, Virgen Santísima; Tú, nuestra mediadora; Tú, por quien Dios mismo bajó hasta nosotros a fin de unirse a nuestra naturaleza y hacer del hombre un* ***vidente*** *de Dios; Tú, que compusiste la ruptura entre la tierra y los cielos.*" No se detiene aquí el Santo, sino que sigue viendo a María en el misterioso vellocino de Gedeón, en la profética montaña de Daniel, en la puerta cenada que deja pasar al Señor y, sin embargo, no se abre.

Leed, en particular, las numerosas homilías de los Padres orientales sobre el misterio de la Presentación de la Virgen en el Templo y quedaréis maravillados de la abundancia con la cual desarrollan ese tema, sobre todo por la aplicación simbólica que hacen a María del Templo, de sus partes y de los utensilios sagrados encerrados en su recinto.

Como ejemplar más completo de este modo simbólico de alabanzas, traducimos una página de San Andrés Cretense. Quizá no será muy notable desde el punto de vista de la ora-

toria, pero es, en cambio, muy instructiva. "*Ved* —dice a sus oyentes— *con cuántos nombres fue honrada la Madre de Dios y en cuántos lugares de las Escrituras manifestaron éstas su gloria. Nuestros Libros Santos la llaman Virgen, tabernáculo, profetisa, lecho nupcial, casa de Dios, templo santo, altar propiciatorio y mesa sagrada. Es también para ellos el incensario y la urna de oro, el Santo de los Santos, la gloria de los Querubines, las tablas del Testamento, la Virgen sacerdotal, la diadema de la belleza, el cuerno del aceite de la unción, el cetro real, el alabastro y el candelabro. Es el Paraíso, la zarza ardiendo, la Virgen de Isaías, la tierra Santa donde germina la Verdad, el arca, el trono, el libro y el volumen. Es la Reina, el día, el cielo, el Oriente, la ciudad de Dios...*"; enumeración que el Santo prosigue aún sin cortarla, como hemos hecho nosotros para evitar la monotonía (Serm.*de Nativit B. V. Matris Dei*).

Por lo demás, los otros Padres dan a la aplicación de estos tipos una forma más literaria, y, sobre todo, ponen más en evidencia sus perpetuas alusiones a la Sagrada Escritura. Tales son, por ejemplo, Santiago el Monje, Jorge de Nicomedia, Juan, Arzobispo de Eucaites; también Hesiquio, patriarca de Jerusalén, que exclamaba de este modo en un sermón sobre Santa María, Madre de Dios: "*Justo es que toda lengua alabe y bendiga a la Virgen Madre de Dios, y se esfuerce, en cuanto sea posible, en imitar a Gabriel, el príncipe de los ángeles; por esto, uno le dice humildemente: Ave, yo te saludo; otro la aclama como aquella de quien el Señor ha recibido la carne que le hace visible al mundo. Éste la nombra Madre de la luz; aquél, Estrella de la vida; un tercero, trono de Dios; otro, un templo más grande que el cielo; otro, en fin, un jardín que, sin humano cultivo, ha dado la flor y el fruto; tórtola sin mancha, paloma inmaculada. ¿Es esto todo? No. Para otros es nube llena de lluvia vivificante, estuche enriquecido con una perla más deslumbradora que el sol, navío cargado con mercancías de inestimable precio, tesoro capaz de enriquecer al mundo entero, lámpara que tiene en sí misma la fuente perpetua de su luz; arca mil veces más amplia y más ilustre que la de Noé, puesto que toda la Santísima Trinidad desciende a Ella: el Padre, para cubrirla con su sombra; el Espíritu Santo, para santificarla, y el Hijo, para establecer en Ella su morada. Ved, pues, hermanos míos, cuán grande, cuán admirable es la dignidad de la Madre de Dios... Por eso todos los profetas, oh, Virgen, cantan tus alabanzas. Te llaman la* ***Virgen de Jesús*** *para significar con esto tu virginidad, que nadie ni nada ha podido lastimar, ni enturbiar. Te comparan a la zarza ardiendo, que no se consumía, porque te representaba a Ti y al Unigénito de Dios*" (Sermo *de S. María Deip*.,). Todas estas figuras proféticas hace desfilar el orador en su entusiasmo ante su auditorio; pero, hay que decirlo, con una prolijidad que los latinos no conocieron jamás.

Los cantos litúrgicos de los griegos no nos ofrecerían cosecha menos rica de tipos y de símbolos que las homilías de sus autores sagrados. Apelamos a la obra que tantas veces hemos citado bajo el título de *Pietas Mariana Graecorum*. Casi en cada página y en cada día del año es invocada la Santísima Virgen bajo un nombre simbólico, tomado con frecuencia de las Escrituras. Y ¿por qué asombrarse de ello cuando esos mismos cantos de los*Menelogios* nos aseguran que Ella es "*digna de recibir infinitamente apelativos de honor*", y que "*debe ser alabada de todos y por todas las bocas*"?.

No hay que creer que en esta materia se hayan dejado sobrepujar los latinos por sus hermanos de Oriente. Si no hallamos en sus discursos esos párrafos **interminables**, de los cuales hemos citado algunos, no se muestran ni menos fecundos ni menos variados cuando se trata de recordar y de explicar las figuras de la Madre de Dios. Raros son, en la Edad Media, los oradores que hablan de María sin celebrarla en sus innumerables tipos, como la Madre Virgen, como la Mediadora, como la santidad, la pureza, la inocencia y la belleza mismas. San

Bernardo es tan conocido que no hay necesidad de mencionarlo. Recórranse las obras del Beato Ogero (*Sermo in Assumpt. et serm. paneg. B.M.*), de Godofredo de Vendóme (*Serm., in Purificat.*), de Absalón de Springiersbach (*Serm. 43 de Assumpt.*) y los sermonarios de la misma época y se verá que no han cedido a los griegos el honor de haber ellos solos glorificado de este modo a María.

Al lado de los monumentos oratorios hay una multitud de opúsculos encaminados al mismo fin, como el **Espejo** y la **Alabanza de la Bienaventurada Virgen María**, atribuidos uno y otro a San Buenaventura (El opúsculo que se intitula laus B. Mariae (Opp. S. Bonav., ed Vives, t. XIV, p. 181, sqq.) aplica a María diez y nueve figuras bíblicas y termina cada una de las aplicaciones con una devotísima oración);como las **Contemplaciones**, de Raimundo Jordán; las **Alabanzas de la Virgen Santísima**, por Ricardo de S. Lorenzo; el libro de la **Corona de la Bienaventurada Virgen**, entre los apócrifos de San Ildefonso.

Debemos apresurarnos y dejar atrás muchas riquezas esparcidas en los himnos y cánticos con los cuales ofrecían nuestros padres este género de alabanza a la Reina del Cielo con una sencillez deliciosa. Se hallarán profusamente en las Colecciones de esas producciones del numen cristiano y popular, abiertas al calor de un tierno y filial amor hacia María.

En esta ocasión diremos gustosamente, con el autor de **La Virgen María viviendo en la Iglesia** (Augustó Nicolás, Noel, 1, c. 4, t. I, pp. 273 y sigs.): "*¿Cómo sacrificar la secuencia **Salve, Mater Salvatoris**, ese precioso collar de perlas de Adán de San Víctor, una de las joyas más bellas del tesoro litúrgico de María, que valió a su autor, según se dice, milagrosas gracias de la Reina del Cielo?*"; ¿cómo dejar atrás tan encantadora composición si no fuese demasiado larga para reproducirla aquí? A lo menos hay que notar, al tratar de una obra tan poética y tan dogmática al mismo tiempo, cuán familiares eran entonces las cosas religiosas aun a los simples fieles, puesto que composiciones de esa clase eran generalmente comprendidas, sobre todo cuando se presentaban en lengua vulgar.

No sin razón se lamenta amargamente el P. Cahier de la transformación operada entre los artistas, en tiempo de Miguel Angel, cuando abandonaron éstos los Libros Santos, estudiados por los antiguos pintores, para entregarse exclusivamente al estudio de la antigüedad pagana. Perdieron el sentido de lo simbólico de las antiguas edades cristianas. Entre los ejemplos que el sabio arqueólogo trae para apoyar su dicho, hay algunos que se relacionan con nuestro asunto. "*Los artistas antiguos* —escribe—, *queriendo expresar en sus representaciones de la Santísima Virgen el hermoso título de **Causa de nuestra alegría**, brillaron en la Escritura el racimo de uvas como símbolo ordinario de la alegría. Pusieron, pues, un racimo de uvas en la mano de María, o del Niño Jesús: pero este racimo se cambia en cerezas por Caraccio, y ya no es más que una especie de niñería. Sin duda, que comprendiendo también muy poco a la **manzana** como símbolo del pecado de Adán, que hacía pensar en María como en la Abogada de Eva. no vio en esas diversas frutas sino una diversión del Niño Jesús, y temo mucho que Mignard, aun conservando los tipos, no haya visto en ellos otra intención.*

*Una estatutita del siglo XIII representa al Niño Jesús acariciando a una **paloma**; otra de la misma época, próximamente, pero de mayores dimensiones, en San Dionisio, representa a la **paloma** queriendo escapar y sujetas sus alas por el Divino Niño. Si alguien dudase que éste fuese un emblema del alma descansando bajo la protección de María, y conservada por Ella, a pesar de sus infi-*

delidades y repugnancias, citaríamos un cuadro de Pinturrichio en el cual la Madre de Dios se deja picar los dedos pacientemente por una paloma; y la leyenda, para no dejar duda alguna sobre el pensamiento del pintor, dice así: Mater misericordiae. Otras pinturas y esculturas semejantes, en las que el Niño Jesús tiene la paloma en la mano, dicen así: Maria Santissima della grazie. Mater orationis (en Roma). Ahora bien, este emblema conmovedor se ha convertido prosaicamente en una madonna del gatto bajo la mano de Barrocio, o en una Sagrada Familia del perrito, baio el pincel de Murillo" (*Le Christianisme, a-te-il nui au développement des connaissances humaines,* etc., par Acheri (Ch. Cahier), t. I, p. 100.

IV. Se da una última forma de alabanza que no podemos omitir por entero porque se relaciona del modo más estrecho con los dos procedimientos de que hemos tratado en el presente capítulo. Nos referimos a esas largas series de *Aves* o *Salves* de que los sermones de los Padres y los cánticos sagrados de la Edad Media nos ofrecen tantos y tan ricos monumentos. Es la continuación y el comentario de la alabanza que el Arcángel Gabriel dirigió el primero, de parte de Dios, a la Virgen bendita; Salve, llena de gracia: *Ave gratia plena*. El enviado celestial entonó el himno, por decirlo así, y de edad en edad, y en todos los climas, la tierra lo prosigue con unción y variación admirables. En esos *Aves* repetidos sin fin, los Padres y los que los han imitado dicen a María todo lo que Ella es en sí misma y todo lo que es para nosotros; pero ¡con qué abundancia de alusiones bíblicas y de símbolos, con qué clase de encanto, con cuánta unción! Sólo pueden tener idea de ello los que han meditado esas producciones de los himnógrafos y de los oradores cristianos. Tal es, por otra parte, la multitud de esas piadosas salutaciones, que no bastarían a contenerlas volúmenes enteros. Hablan primero los orientales, no sabemos si desde el quinto siglo, por lo menos, en que las hallamos en labios de San Cirilo; no sabemos, repetimos, que haya uno solo de los Padres que al predicar de los misterios de la Madre de Dios no dé libre curso a ese género de homenajes en una o en otra de sus homilías. A veces hasta se encuentran sermones que, casi desde el principio hasta el fin, no son otra cosa que un himno de triunfo y una plegaria en forma de canto en que cada frase y cada miembro de frase comienza con el *Ave*. Citaremos, como modelo de este género, el segundo sermón de San Juan Damasceno sobre la**Anunciación** de la Santísima Virgen. Quitad media página de exordio y no hallareis otra cosa en ese discurso que salutaciones, divididas en diez largas series, que prueban muy bien con cuánta verdad decía el mismo Padre, jugando con el vocablo sobre el nombre de la Virgen, en otro de sus discursos: "*Salve, María; Tú que eres como infinita si se considera la infinidad de alabanzas debidas a tus méritos*"; lo que demuestra prácticamente por una nueva y espléndida serie de *Aves*. Citaremos también, como ejemplo, las salutaciones de la Iglesia manda recitar a sus sacerdotes en los últimos nocturnos de la fiesta y Octava de la Inmaculada Concepción, salutaciones sacadas de los sermones de San Germán de Constantinopla, de San Sofronio, de San Tarasio y de San Epifanio (43).

S. Germán Constant., serm. *In lngressum Deiparae*; S. Sophron., *in SS Deip. Annunciat*., n. 18; S. Taras., *Hom in SS. Deip. Praesentat*.. S. Epiphan., *Or. de Laudibus M. Deigenit,* sq. Para tener alguna idea de la multitud de esas salutaciones, todas idénticas en cuanto a la sustancia, véase también a San Andrés Cretense, *hom. sobre la Natividad*, la *Anunciación* y el *Sueño de la Madre de Dios*; a Santiago el Monje, sobre la *Anunciación*; a Modesto de Jerusalén, panegírico sobre el Sueño de la Virgen; Juan el Geómetra, hom. sobre la Anunciación, nn. 35 y sigs.; Tito de Bostra, hom. sobre San Juan Bautista, n. 9; Antipatro de Bostra. hom. sobre la Anunciación: Basilio de Seleucia: San Teodoro Studita. sobre el Sueño de la Virgen, n. 4 ; item, serm. sobre

la Natividad de la misma Virgen; León el Filósofo, serm. sobre la Asunción. San Efrén u otro autor oculto bajo el nombre de este venerable Padre, discurso sobre las Alabanzas de María, Madre de Dios, etc., etc.

Se comprende muy bien que esos Padres, de los cuales la mayor parte han compuesto cánticos e himnos, no podían saludar a María en sus discursos sin traducir los mismos saludos en cánticos poéticos. Por eso lo hicieron con más abundancia aún en sus versos que en prosa, como puede verse recorriendo la Patrología griega de Migne. Citaremos, entre otros, a San José, monje Basilio del siglo IX; a San Juan Damasceno y a Juan el Geómetra(*Patrol*. G., t. CV et CVI).

Entre todos los cantos de esta clase compuestos por los himnógrafos del Oriente, ninguno es comparable al **himno acatista**. Era un himno de reconocimiento en que la Iglesia de Constantinopla daba gracias a María de una triple liberación que creía deber a la milagrosa protección de su poderosa y divina Patrona. Este himno comprende 24 estrofas, siguiendo las letras del alfabeto, alternando las más cortas con las más largas. Cada una de estas últimas se divide en dos partes; una contiene la historia o la doctrina y la otra, un saludo a María doce veces repetido; pero de tal suerte que a cada *Ave* responde un título diferente, salvo la duodécima salutación, que es siempre la misma: *Salve, Esposa Inmaculada*. Las estrofas más cortas se terminan con "*Alleluia*". El nombre de himno **acatista** le viene de la especial circunstancia de cantarse de pie, como nuestro *Te Deum*.

Véase el canon de San José sobre este himno, *Pat. Gr*., CV, 1020-1028. El volumen siguiente (CVI, 1336 y sigs.) da la historia de los acontecimientos, en los que se revoló la singular protección de María, salvando a Constantinopla de una triple invasión de los bárbaros, bajo Heraclio primeramente, después bajo Constantino Pogonato y León Isaurico. La primera**composición** data de la época en que Constantinopla fue liberada milagrosamente, bajo Heraclio, de los ataques de Sarbar y Chagan (626). Unos la atribuyen a Jorge de Pisidia, cartofilacio de la iglesia de Constantinopla en tiempo de aquel emperador; otros, al patriarca Sergio; otros, en fin, ya a San José, uno de los himnógrafos más fecundos de la Santísima Virgen, ya a Jorge de Nicomedia. Esta diferencia de opiniones debe proceder, en gran parte, de que fue dicha composición aumentada y retocada en diversas épocas. El P. Nic. Nilles, *Calendarium mannuale utriusque Ecclesiae in Orient. et Occident*., la ha reproducido entera según la traducción latina de Constantino Lascaris, t. II, pp. 157-183,

No hemos hablado sino de las largas series de *Aves*, porque si quisiéramos indicar las invocaciones más cortas que revisten esta forma habría que nombrar a la mayor parte de los autores eclesiásticos de Oriente que han hecho panegíricos de la Santísima Virgen.

En Occidente no son menos numerosas las salutaciones, con esta diferencia: que ni los oradores ni los sermonarios las han prolongado hasta el infinito como los griegos. Son más sobrios y concisos. En ellos no encontramos esos revuelos que acaban por cansarnos a pesar de sus bellezas. En cambio los himnógrafos de la Edad Media no ceden en nada a los de Oriente, hasta los sobrepujan. Nos persuadiremos de ello por poco que recorramos las Colecciones, más o menos literarias, pero siempre llenas de sencilla piedad y unción, conocidas por el *Rosarium*, el *Laudatorium*, el *Salutorium*, *Salterium*, *Prosarium*, etc. Llamamos la atención, en particular, sobre el *Salterium de Nuestra Señora*, en las obras de San Anselmo de Cantorbery, y

el *Salterio menor* de San Buenaventura, como más aproximado a las salutaciones griegas, aun que más largo y más metódico, puesto que se compone de tres series de 150 *Aves*, desarrollada cada serie en cuatro "*bouts-rimés*".

V. Fácil es, después de estos comentarios sobre uno y otro procedimiento, darse cuenta de la multiplicidad de nombres dados a María, tanto más cuanto que sucede con Ella como con Nuestro Señor; queremos decir: que recibe muchos títulos por razón de su cooperación en la obra de la salvación. Por eso, entre los nombres que le dan los Padres se encuentra el de Virgen de los múltiples nombres. Varios autores antiguos se ejercitaron en hacer un catálogo de ellos. El Cardenal Pitra nos ha conservado dos catálogos de esta clase en el *Especilegio de Solesmes*. Uno de ellos data del siglo XII y se compone de 64 versos distribuidos en 16 estrofas. Pasamos en silencio un himno muy singular, insertado entre las obras de Juan el Geómetra, en que los nombres de María están consignados en versos heroicos, iguales en número a las letras del alfabeto griego, para traducir un fragmento del sermón de San Efrén sobre las **Alabanzas** de la Madre de Dios: "*María, en el día del Nacimiento del Señor, se convirtió para nosotros en un cielo donde reside la divinidad, puesto que Cristo, sin abandonar la gloria del Padre, se encerró en sus castas entrañas a fin de elevar a los hombres a la dignidad más sublime. Sí: esta Virgen, sólo Ella, entre todas las mujeres, ha sido escogida como instrumento de nuestra salud. En Ella se consumaron los oráculos de los justos y de los profetas... A todos estos títulos conviene darles diversos nombres. Ella es el Templo del Hijo de Dios, un templo donde El entró sin cuerpo para salir de él revestido de nuestra carne. Ella es un nuevo cielo místico en el cual el Rey de los reyes ha hecho su morada y desde el cual cayo, en cierto modo, sobre nuestra tierra revestido de una apariencia terrestre* (Apoc., XXI, 1), *Ella es una viña odorífera, cuyo fruto ha tomado del árbol su parecido* (Eccli., XXIV, 23). *Ella es una fuente que brota de la casa de Dios, de donde manan las aguas vivas que basta gustar con los labios* (Joel., III, 18) *para no padecer sed jamás...*"(Opera S. Ephraim. Syri, t. III (Syriace), p. G06, 607).

No proseguimos esta nomenclatura, pues ya hemos traído suficiente elementos en la páginas que anteceden, y porque, además, se puede hallar más extensamente desarrollada en obras especiales.

Culto a María Santísima en las Catacumbas

Antigüedad del culto de los cristianos a su celestial Madre.—El culto de María en las Catacumbas y sobre todo en la de Santa Priscila, que es la más antigua.—Vanas pretensiones del protestantismo. Dos clases de representaciones: la Virgen con el principal atributo de su maternidad; la Virgen en forma de Orante.— Bajorrelieves, frescos y vasos pintados sobre fondo de oro.—Conclusiones en favor del culto.

I. Los adversarios del culto de la Madre de Dios nos conceden fácilmente que este culto es desde hace siglos universalmente admitido y profesado en la Iglesia, y es una de las prácticas idolátricas que le recriminan con más insistencia. Lo que no confiesan es la perpetuidad del mismo culto. Si se lo mostráis practicado en la doble salutación del Arcángel Gabriel y de Santa Isabel; si añadís que Jesucristo mismo lo ha recomendado por un codicilo de su Testamento cuando nos dio a María por Madre en la persona de Juan, el discípulo amado, os res-

ponden unánimemente: "*No, ese culto de la Madre de Jesús, no estaba en las intenciones de Dios; lo que leemos en el Evangelio no es ni la inauguración ni la aprobación. De otro modo, la Iglesia no hubiera vivido durante varios siglos sin rendir a María los honores que reclamáis para Ella, sobre todo en los tiempos en que reinaba aún el primitivo espíritu cristiano y en que las enseñanzas de su Fundador no habían sido corrompidas por las tradiciones humanas*". Ahora bien: es bastante fácil asentar, con la Historia en la mano, los orígenes del culto de la Madre del Salvador. Data del Concilio de Efeso, es decir, de la primera mitad del siglo V. Entonces, a continuación de la condenación de la herejía nestoriana, se de arrolló este culto y se extendió progresivamente por toda la Iglesia.

Si les objetáis la imposibilidad de fijar en esa época los primeros comienzos de un culto religioso que se traducía, aun antes de ella, por monumentos consagrados a la Madre de Dios, tales, por ejemplo, iglesias, y probablemente también fiestas especiales, se resignan a confesar, aunque a la fuerza, que, ciertamente, esta práctica supersticiosa tenía ya algunas raíces en la segunda mitad del siglo IV. Pero desde los Apóstoles hasta los años en que ya se acentúa la decadencia del espíritu cristiano, es decir, durante los siglos heroicos del cristianismo, María no recibió culto alguno. Los monumentos o, mejor dicho, la ausencia de monumentos es prueba de ella.

En vano le opondréis de nuevo que habrían podido honrar a la Santísima Virgen sin que nos quedase pieza alguna auténtica que atestiguase el hecho. Tantos monumentos que podía revelarlo han perecido durante la era de las persecuciones. Además, ¿podemos imaginar que los cristianos, tan solícitos en glorificar a los mártires, como lo demuestran infinidad de testimonios, descuidasen en su culto a la Reina de los Mártires? ¿Es probable también que ese culto de la Madre de Dios se revelase al mundo con tanto esplendor y universalidad en los tiempos posteriores si hubiese sido hasta entonces desconocido en la Iglesia? Si veis un río caudaloso corriendo con ímpetu no podéis creer que tenga su origen allí donde lo contempláis tan anchuroso, aun cuando no podáis remontaros hasta su fuente.

Tales razones son decisivas contra nuestros adversarios o, mejor dicho, contra los adversarios de la Madre de Dios. Sin embargo, sería un consuelo incomparable escuchar directamente la voz de los primeros siglos de nuestra Era uniéndose a la voz de las edades sucesivas para celebrar las alabanzas de María. Dios ha querido darnos este consuelo, y esta voz la podemos oír. Uno y otra nos han venido de las catacumbas, es decir, de los subterráneos cavados por los primitivos fieles para depositar en ellos a sus muertos, para celebrar su culto y hasta para buscar un asilo en el tiempo de la persecución. Hablamos, sobre todo, de las catacumbas romanas, las más importantes, las mejor conservadas y las mejor conocidas. Allí ha recibido, en efecto, el protestantismo el más solemne mentís. Y esto es lo que nos proponemos poner en evidencia con ayuda de algunas consideraciones tomadas de las más graves autoridades, y en particular de los trabajos del caballero De Rossi, el feliz e incansable explorador de esos monumentos sagrados.

II. Era como un axioma entre los protestantes que las representaciones de la Santísima Virgen, en general, y especialmente aquellas en que aparecía María con el atributo de su maternidad, es decir, llevando a Jesús en sus brazos, fueron ignoradas en la antigüedad cristiana; no databan, según ellos, sino de fines del siglo V. Ahora bien, este axioma está en oposición

abierta, flagrante y palpable, con las revelaciones de las catacumbas. En efecto: aun cuando haya todavía cementerios muy imperfectamente conocidos y hasta totalmente inexplorados; aun cuando una multitud de monumentos hayan sido destruidos, y muchos otros, perdonados por el tiempo y las devastaciones, queden sepultados entre los escombros, se han descubierto ya pinturas, en número considerable, en las que se ve representada la Santísima Virgen, bien en los aposentos sepulcrales, bien en las paredes de las galerías subterráneas. Vamos a recordar las principales. Pero antes de emprender su descripción no será inútil una advertencia. Y es que tales pinturas se reducen a dos tipos generales. En unas aparece la Virgen con su Hijo en los brazos o sobre las rodillas. Este grupo la representa, pues, como Madre, y Madre de Dios. En las otras, Jesús no aparece. Generalmente, la Virgen está de pie, con los brazos extendidos, bajo la figura de una **Orante**. Era, en efecto, ésta una de las posturas más ordinaria para la adoración y la oración. ¿Por qué no ver en Ella a la Mediadora y, por consiguiente, a la **Madre de los hombres**?

Imposible nos sería el estudiar aquí, ni aun sumariamente, todas las imágenes de María halladas en las catacumbas, aunque nos limitásemos a las de los cuatro primeros siglos de la Era cristiana. En la necesidad de elegir, hablaremos de las más antiguas, sin descuidar por eso, al menos de paso, el indicar pinturas similares de una época algo menos remota. Además de la ventaja de la brevedad, esta elección ofrece otras dos más importantes. Por una parte, no había ya ocasión de objetar, como a veces se ha hecho, que esos testimonios del culto a María son de fecha relativamente reciente y no demuestran claramente lo que hay que probar, es decir, la antigüedad absoluta de los homenajes rendidos por los cristianos a la Madre de Dios. Por otra parte, será para nosotros, hijos de María, un gozo incomparable el verla propuesta, desde el origen de la Iglesia, a las miradas y a la devoción de los fieles, tal como lo fue, por confesión misma de sus enemigos, en las edades subsiguientes. No olvidaremos tampoco las figuras de María grabadas sobre lo vidrios y cristales **historiados**, cuyos fragmentos se han recocido en lo: mismos cementerios; tanto más cuanto que ilustran, en ciertos casos, sobre el significado de los monumentos de que tratará nuestro estudio.

Entre los cementerios cristianos, uno de los primeros, si no el primero, en fecha es el de Santa Priscila, llamado así porque la construcción de sus criptas más antiguas, las que fueron como el centro de toda la catacumba, es debida a Santa Priscila, madre del senador Pudente, contemporáneo y discípulo de los Apóstoles, y abuela de las vírgenes Práxedes y Pudenciana; por donde se ve que el cementerio pertenece, por su origen, a los tiempos apostólicos. Además de ser el más antiguo de los cementerios, sobrepuja también a los otros, según el célebre De Rossi, de acuerdo con Garruci y Bosio, por el número y variedad de imágenes de la Virgen, hasta el punto de que podría llamarse el **cementerio** o **catacumba de María**.

M. de Rossi escribe de nuevo, a comienzo de sus Escovaziani e scoperte nel cimitero di Priscilla: "*El cementerio de Priscilla es reputado por uno de los más antiguos, uno de los cementerios primordiales de la Iglesia Romana. En mis escritos le he confirmado generalmente la prerrogativa del más alto arcaísmo, y me parece que de hoy en adelante será aceptada por todos los que se entreguen a nuestros estudios. Esta necrópolis, en su región central* (es decir, en la que fue el punto de donde irradiaron las galerías que se fueron abriendo), *era riquísima en monumentos de todo género, pintura, escultura, arquitectura, epigrafía, de antiquísimo estilo. Allí, probablemente, descansó Priscilla, la fundadora del cementerio, madre de Pudente, contemporánea de los Apóstoles. Allí los topógrafos, las*

cartas publicadas bajo el nombre de Pastor y Timoteo, y los compiladores de los Martirologios históricos muestran las tumbas de Pudente, de sus hijas Pudenciana y Práxeres, del sacerdote Demetrio y de otros mártires cuya sepultura dícese que fue solicitada por aquellas dos santas hermanas en tiempo de Antonino Pío..." "*Bullettino di Archeolopia crist.*", 188).

Según el mismo autor, esas criptas venerables y tan ricas en recuerdos cristianos de toda clase fueron devastadas primeramente por los godos, mandados por Vitiges en 537. En cuanto a los lombardos, hicieron destrozos horribles en los santuarios suburbanos, año de 755. Los sarcófagos fueron destrozados y reducidos a polvo, más aún en el cementerio de Priscila que en los otros hipogeos.

La más notable de esas pinturas se ve en la bóveda de un aposento sepulcral, en la parte primitiva del cementerio. Representa a la Virgen sosteniendo en los brazos al Niño Jesús,"*que se vuelve sobre las rodillas de su Madre con un movimiento completamente análogo al que le da Rafael algunas veces en sus* ***Sagradas Familias***" (Vitet, *Journal des Savants*, fév. 1866, p. 96).María viste túnica formando numerosos pliegues, y sobre la túnica, manto. Su cabeza está medio cubierta por un velo corto y transparente, según costumbre de las desposadas, de las recién casadas y de las vírgenes consagradas a Dios. Al lado de María hay un hombre de pie, vestido con *pallium*, que deja descubierto el hombro izquierdo. En una mano tiene un volumen enrollado y con la otra señala a una estrella. Los arqueólogos no están todos de acuerdo sobre el personaje designado por esta última figura. Algunos ven a San José, quizá a uno de los Magos. Según el caballero De Rossi, cuyo sentir va prevaleciendo cada vez más, sería uno de los dos profetas que anunciaron con más claridad el misterio de Belén, esto es, a Miqueas (Mich., V., 2, 3), o, más probablemente, Isaías, prediciendo la gran luz que se ha levantado sobre los hombres, que estaban sentados en la sombra de la muerte, y el parto virginal de la Madre de Dios (Is„ IX, 1, sqq.; VII, 14, sq.). Lo que hace más plausible esta última interpretación es que se encuentra la misma figura, y en la misma actitud, de pie delante de Jesucristo, simbolizado por el sol, en un compartimiento de un vaso con fondo de oro hallado en las catacumbas; y allí no es dudosa la identificación, porque otro compartimiento del mismo vaso lo representa aserrado en dos por los judíos, conforme a la tradición que cuenta San Jerónimo (Véase sobre la antigüedad de la catacumba y de la pintura a De Rossi, liorna sotterranea, t. I, pp. 188 y 193 (1864); item. Bulletino (1870), p. 56). Bosio (*Roma sotterranea*, pág. 245) nos ha conservado un fresco del cementerio de Calixto, muy semejante al que estudiamos, con la diferencia, sin embargo, que no hay en él estrella y que detrás de la Virgen y del Niño se ve en perspectiva la imagen de una ciudad, Belén, sin duda, tantas veces reproducido en los bajorrelieves y mosaicos de época más reciente.

En cuanto al origen de la Virgen del cementerio de Priscila, Rossi no vacila en decir que fue pintada, si no en los tiempos apostólicos y, por decirlo así, bajo la mirada misma de los Apóstoles, a lo menos en los ciento cincuenta años primeros de la Era cristiana. La topografía del cementerio, la forma de las inscripciones halladas en la capilla misma de la Virgen y en toda la región próxima y, en fin, la clase de ladrillos empleados en la construcción, todo demuestra la más remota antigüedad. Pero la imagen misma es la que prueba claramente la fecha que le asigna el célebre arqueólogo. La pureza del dibujo, la libertad del pincel, la nobleza y la gracia de las figuras son de estilo clásico, comparable a las pinturas de Pompeya, por una parte, y por otra, notablemente superiores a los frescos de los aposentos vecinos a la

cripta papal, en el cementerio de Calixto, bien que estos últimos no pueden ser posteriores a la primera mitad del siglo III. Todo este conjunto no permite, por consiguiente, retrasar este hermoso trabajo más acá de los límites asignados.

Ya hemos dicho que esa pintura tiene otras análogas en los cementerios antiguos de la Roma subterránea, y hemos citado un ejemplo. Hay otros más. Tal es una pintura en la catacumba de Santa Inés, a la cual ha dado el P. Marchi gran celebridad. Es del cuarto siglo, como lo acreditan su forma y el monograma de Cristo que se ve a cada lado del asunto principal; pero, como ni la Madre ni el Hijo están nimbados, hay que asignarla más bien a la primera mitad de dicho siglo que a la segunda. En el centro de la escena aparece la Santísima Virgen con el Divino Niño de pie delante de su Madre. Dos **orantes** hacen frente al grupo y lo contemplan.

Mártigny, en su *Dictionaire des antiquités chrétiennes*, describe otra imagen de la Virgen Madre, que tiene también al Niño Dios en sus rodillas. Pero tampoco pertenece, como ni las anteriores, al grupo histórico de la Adoración de los Reyes Magos. Ahora bien: esta pintura debe remontarse ciertamente al tiempo de las persecuciones; porque la copa en el fondo de la cual la trazó el artista cristiano demostraba todavía su origen, por las manchas de sangre, cuando Boldetti la recogió en el cementerio de Calixto.

Pero volvamos a la catacumba de Santa Priscila. La segunda pintura al fresco que ofrece a nuestras miradas es la de la Adoración de los Mago (Está en la cripta central, llamada *capilla griega* por los fosores o sepultureros. Colocada en la clave de la bóveda en el lugar mas elevado, pertenece, según De Rossi, a la restauración de la capilla realizada hacia fines del siglo tercero. Quizá no sería más que el retoque de una pintura primitiva).Este asunto es muy familiar a los artistas de las catacumbas. Diríase que los primeros fieles, salidos de la gentilidad, no se cansaban de contemplar un misterio en el cual estaba promulgada tan claramente su vocación. Fuera del cementerio de Priscila hallamos el mismo asunto en el cementerio de Domitila, en la catacumba de Santa Inés y de San Sotero; en el cementerio de Ciriaco, en la vía Tiburtina, y en el de Transon y San Saturnino. Está dos veces repetido en el cementerio de los Santos Pedro y Marcelino, y dos veces también en el de Calixto. En todas partes recibe el Niño Jesús las ofrendas y Adoración de los Magos en las rodillas de su Madre, la cual parece estar asociada voluntariamente por el artista a los homenajes de que es objeto su Hijo. Lo más frecuente es ver a la Virgen sentada y a los Magos dirigiéndose al grupo formado por la Madre y el Niño; en tres o cuatro pinturas ocupa la Virgen el centro del fresco, y para igualar los dos lados de la composición disminuye o aumenta el número de los Magos (Los vasos historiados, llamados también *con fondos de oro*, de los que hablaremos muy pronto, reproducen abreviada la escena de la Epifanía. Por toda figura no hay más que un mago con sus presentes. Uno de esos vasos fue hallado, en 1766, en el cementerio de Santa Priscila, incrustado en la cal que cerraba el *loculus* de un niño): cuatro en el cementerio de Santa Domitila, dos solamente en el de los Santos Pedro y Damián. Por lo demás, estas representaciones pertenecen a diversas épocas. Las dos últimas que acabamos de recordar son, según De Rossi, de la primera y segunda mitad del tercer siglo.

El fresco de Santa Priscila parece que tiene la primacía de origen. Se encuentra en lo que se ha convenido en llamar **capilla griega**. Vese en ella el número tradicional de los tres

Reyes. Otro aposento del mismo cementerio ofrece una nueva escena de la Epifanía descubierta más recientemente. Está grabada a cincel sobre una placa de mármol que cerraba la tumba de una cristiana con este epitafio: *Severa, in Deo vivas* ("*Severa, vive en Dios*").Aclamación —hace notar De Rossi— particular del estilo más antiguo de la epigrafía cristiana. Lo que distingue esta segunda representación de la primera es que hay detrás del sitial de la Santísima Virgen un hombre, joven todavía, y de pie, extendiendo las manos sobre la cabeza de María. El P. Marchi, doctísimo arqueólogo, pero aficionado en demasía a las interpretaciones simbólicas, ha visto en ese joven al Espíritu Santo, la virtud del Todopoderoso, cubriendo con su sombra a la Madre de Dios. Otros, en mayor número y, según parece, con más verdad, reconocen al esposo de María, San José, a cuya custodia fueron providencialmente confiados la Virgen sin mancha y el Niño Jesús; y esta última identificación se considera tanto más cierta cuanto que el personaje en cuestión está vestido con la túnica sencilla y corta propia de los artesanos.

Se ve por esta figura y por otros monumentos en los que verosímilmente está representado San José, que el Santo Patriarca de las catacumbas no es el anciano cargado de años que algunos Padres orientales, entre ellos San Epifanio, han retratado sin duda bajo la influencia de los Apócrifos. Añadamos que bajo esta forma primitiva está el santo más en armonía con su doble oficio de esposo de la Virgen y Padre nutricio de Jesús.

Pero volvamos al aposento sepulcral del mismo cementerio donde contemplamos a la Virgen con el Niño, el Profeta y la estrella, porque nos presenta otras tres pinturas igualmente dignas de atención.

La primera es la del Buen Pastor llevando en sus hombros la oveja perdida y hallada: asunto que con más frecuencia y más amor reproduce la pintura, la escultura y el grabado entre todos los asuntos representados en las catacumbas. No queda sino la mitad de este bajorrelieve; la otra está totalmente destruida. Pero pinturas análogas, que se encuentran muchas veces en otras criptas, nos permiten suponer que habría en ésta una imagen de**orante** al lado del Pastor. Es, en efecto, un grupo bastante conocido en los antiguos cementerios de Roma. ¿Quién es esa orante, es decir, esa mujer, de pie al lado del Pastor, orando con los brazos extendidos y ligeramente elevados? La Santísima Virgen, dicen unos; la Santísima Virgen, a quien el Pastor viene a presentar la oveja perdida. Así veríase atestiguada desde entonces por un símbolo viviente esta verdad católica: María, nueva Eva, es la gran protectora de las almas, hasta de las menos fieles (*Les Catacombes de Rome et la doctrine catholique*, par Dom Maur. Wolter). Según otros, la Orante de esa clase de grupos es la Iglesia. Otros, en fin, ven en la Orante a la Virgen Madre y a la Iglesia: La Iglesia, personificada en la Virgen, y la Virgen, ejemplar y tipo de la Iglesia por su maternidad virginal (No hablamos aquí de las pinturas en las que el buen Pastor está rodeado de una o varias orantes. Porque entonces se comprende bastante bien que dichas orantes simbolizan a las almas de los difuntos encerrados en las tumbas, y las representan como perteneciendo, en calidad de ovejas al Pastor Supremo. Quizá podría exceptuarse, pero no con toda certeza, una escena del cementerio de Calixto, en la que la posición particular de una de las orantes en el grupo ha hecho creer a algunos arqueólogos que se trataba de la Santísima Virgen. (Véase a Raff. Guarrucci, *Storia dell'arte crist*., t. II, tav. 15) Tal es, según creemos, la opinión del caballero De Rossi; y lo que hace dicha opinión más probable es la costumbre que había, desde los tiempos más remotos, de expresar con una

misma figura a la Madre de Cristo y a su Esposa. Ya hemos desarrollado con bastante extensión dicha figura, y no tenemos necesidad de explanar otra vez su prueba y la explicación.

Permítasenos citar, traducido, un importante párrafo de De Rossi, relativo al asunto que nos ocupa. Habla de la imagen del Buen Pastor alternando en las criptas de Lucina con la de orante, y pregunta la interpretación que hay que dar a esta última: "*Que se hayan pintado en los sepulcros figuras de hombres y mujeres en oración, para representar los difuntos, es una cosa muy corriente, de que la Roma subterránea daría pruebas numerosas. Pero se ha advertido, juiciosamente, que esas figuras son con más frecuencia de mujeres que de hombres, y que, además, la* ***mujer orante*** *es costumbre el representarla en frente del Pastor. El conde Grimaldo de San Lorenzo ha pensado que la orante así unida al Pastor era la Virgen María. Punto es este cuyo examen no quiero emprender, porque necesitaría una discusión demasiado larga y demasiado seria. Diré solamente que me parece muy evidente que las* ***orantes*** *de la clase de las que tratamos reclaman una interpretación más alta y más conexa con la imagen del Buen Pastor que la que ve simplemente en ellas una representación de las personas difuntas. Me parece, pues, o que debemos adoptar la idea del conde de San Lorenzo, o pensar en la Iglesia, Esposa del Pastor. De igual modo, en efecto, que en los escritos apostólicos y en los Padres más antiguos, la Iglesia fue personificada en una Virgen sin mancha, ni ruga, así en los monumentos la representan bajo la forma de una mujer, y de una mujer en oración, de una* ***orante****. Hoy convienen los arqueólogos en ello* (cf. Garrucci, *Museo Later*., p. 120; Vetri, 2? ed., p. 102). *Pero, porque no quiero emprender una disertación prolija, me abstengo de enumerar las pruebas de mi aserto, y me contento con señalar el hecho de que la tradición de ese símbolo se ha conservado hasta los siglos más cercanos a nosotros. En un rollo litúrgico para la bendición del Cirio Pascual, volumen adornado con miniaturas del siglo XI o XII, y conservado en la Biblioteca Barberini, una imagen de* ***orante*** *semejante a las de las catacumbas lleva este nombre:* ***Ecclesia****. Esto sentado, pienso que las dos interpretaciones de la orante yendo al par con el Pastor pueden fundirse en una sola: de modo que las confrontaciones que nos llevan a reconocer a la Virgen María, y las que favorecen las personificación de la Iglesia, no sean contrarias, sino que se acuerden entre sí y nos conduzcan al mismo punto. La Iglesia, en el lenguaje de la antigüedad cristiana, transmitido hasta la Edad Media, es llama Virgen y Madre. No citaré textos sin fin para probar una cosa tan obvia. Puédese ver entre los más antiguos la magnífica carta de Lyon sobre sus mártires* (Euseb., V, 1); *véase también cómo el autor de las actas de los Santos Nereo y Aquileo, queriendo hacerlas pasar por un escrito del primer siglo, introduce en ellas esta idea de la Iglesia* ***Virgen Madre****, Esposa de Cristo* (*Acta Santorum*, t. III, maii, p. 8). *En el Bautisterio mayor de la Iglesia, el de Letrán, hizo grabar Sixto III en letras mayúsculas un epigrama sobre el Bautismo y sobre la Maternidad de la Iglesia, donde se lee:* ***Virgíneo fetu Genitrix Ecclesia natos****. –* ***Quos spirante Deo concipit, annue parit****. Estas pocas nociones nos dan a entender que la Virgen Madre del Evangelio fue mirada como el tipo de la Iglesia; y San Ambrosio, en el cap. 14 de* ***Institutione Virginis*** *enseña expresamente que* ***multa in figura Ecclesiae de Maria prophetata sunt****.. Por consiguiente, la* ***orante*** *que acompaña al Pastor puede encerrar en sí, según la intención de los primeros fieles, las dos significaciones que resaltan de la confrontación de los monumentos antiguos, la de la Virgen Madre de Cristo, y de la Virgen Madre, Esposa de Cristo, la Iglesia*" (G. B. de Rossi, l*a Roma sotterranca cristiana*; t. I, c. 6. pp. 347 y sigs).

Léese, además , en el *Bulletino di Archeol. Crist*., del mismo autor (t. V, pp. 84-85): "*Cuando la orante, compañera del Pastor, es representada en las escenas de la celestial patria, personifica en María a la Iglesia de los Santos triunfando y rogando por sus hermanos que combaten en la arena de este mundo.*"

Sea como quiera, que la Orante de pie junto al Pastor represente a María solamente, o a la Virgen personificando a la Iglesia, es siempre la Madre del Salvador la que tenemos ante los ojos. Por esta razón, De Rossi, cuyas opiniones son tan ponderadas, no ha vacilado en colocar esta clase de representación entre las **Imágenes escogidas** de la Santísima Virgen en las catacumbas romanas (G. B. de Rossi, *Imagini scelte della B. Vergine nelle catacombe romane*).

Además de la Orante colocada al lado del Buen Pastor, ofrecen las catacumbas de San Calixto otra orante, sola, grabada sobre una piedra sepulcral, teniendo, como el Pastor, dos ovejas a sus lados, las cuales elevan hacia ella, como hacia el Pastor, una mirada llena de ardiente y tierna súplica. Claramente se ve que esta orante no puede representar al mártir o personaje enterrado en el aposento donde está reproducida. Es o la Iglesia o María, o una y otra a la vez, como decíamos arriba, tratando de otras pinturas análogas; y si hubiera que eliminar una de las dos, parece que deberíamos inclinarnos con preferencia hacia el simbolismo de la Virgen, porque Ella es a quien los monumentos designan más expresamente en esa actitud, como nos lo enseñan los vasos de que pronto trataremos. Sabido es que en las medallas bizantinas y en las obras del arte griego, en general la Virgen es representada a menudo en la actitud antigua de la oración. ¿No es razonable considerar en esta costumbre una prolongación de lo que se hacía en las primeras edades?

La imagen de la Virgen Santísima que primero estudiamos estaba a la izquierda del Buen Pastor. A la derecha, en la misma bóveda, aparece un tercer grupo compuesto de tres personas: un hombre, una mujer y un niño en actitud de orar, es decir, de pie, con los brazos extendidos. Es, dicen unos, la Sagrada Familia en el Templo de Jerusalén, pues así parece indicarlo la edad del niño; otros ven en esas tres personas la familia cuya era la tumba, sin que sea posible juzgar, por la ausencia de datos característicos, cuál de estas dos opiniones es más conforme a la verdad.

Esta incertidumbre no la tenemos respecto a una pintura notable del mismo cementerio de Priscila que los inteligentes más concienzudos no vacilan en tener como el cuadro primero y el más antiguo de la Asunción. El Angel se ve sin alas, bajo la forma y rasgos de un joven. Está de **pie**, hablando a la Virgen, y la Virgen **sentada** en un sitial, probablemente para mostrar, por la diversidad de actitudes, la desigualdad en el mérito y en la dignidad.

Monseñor Wilpert, explorando las galerías del cementerio de San Pedro y San Marcelino, descubrió un *cubiculum* medio enterrado en el escombro y notó sobre su bóveda pinturas cuyo estilo fija a su origen hacia mediados del siglo III. En uno de los cuadros vecinos a la entrada se encuentran representados una mujer sentada, y delante de ella un personaje que le dirige la palabra. A continuación se ve la adoración de los magos, los cuales muestran con la mano una estrella pintada bajo la forma*preconstantiniana* del monograma de Cristo, lo que autoriza a tomar el primer grupo por una escena de la Asunción; de aquí también la conclusión de que el grupo análogo del cementerio de Santa Pricila es verdaderamente es la pintura del mismo misterio, aunque críticos protestantes lo han negado (Vease a Orazio Marucchi, *Revue de l'Art Chrétien*, IIIe liv. ., p. 271).

Mencionemos otra pintura, la última, que pertenece también al cementerio de Priscila. Nos muestra una **Orante** entre dos escenas. La orante es, verosímilmente, la persona enterrada en el *arcosolium* (Dase este hombre a los monumentos arqueados que se encuentran tan a

menudo en las catacumbas, y generalmente, en todos los cementerios cristianos. El *arcosolium* era, pues, un sarcófago con un arco cimbrado encima. En la mayor parte de esos monumentos el espacio vacío circunscrito por el arco que remata la tumba está adornado de pinturas; algunas lleva además bajorrelieves sobre la delantera del sarcófago. Hay arcosolios que se acercan mucho a las formas de nuestros altares, de aquellos, al menos, que están apoyados en el muro. El sarcófago, en vez de estar colocado directamente bajo el arco, rebasa sobre el área de la cripta, y las caídas de ese mismo arco se sostienen en pies derechos y no sobre la tabla de mármol que sirve de cubierta a la tumba. Los arcosolios que contenían los cuerpos de los mártires estaban cavados en las capillas, donde se reunían las asambleas cristianas, y eran los altares donde se ofrecía ordinariamente el Santo Sacrificio. (Vease a Martigny, en las palabras *Arcosolium* y *Altar*). El primer grupo, a la izquierda, se compone de un anciano sentado en una cátedra, de una joven, de pie delante de él, y de un joven que está a la izquierda de aquélla. La joven lleva en las manos un velo largo, otros dicen una túnica; en todo caso están de acuerdo en ver el vestido que se usaba en la consagración de las vírgenes. Enfrente, y del otro lado de la orante, está una mujer sentada, como el anciano, con un niño en los brazos. He aquí la interpretación dada por el Abate Wilpert y aceptada como verdadera por De Rossi. El *arcosolium* donde está el fresco sería la tumba de una virgen consagrada a Dios, y esta virgen sería la orante. La escena de la izquierda reproduciría el acto de su profesión; la de la derecha, que el anciano señala a la joven con el dedo, representaría a la Madre de Dios, como el tipo, el modelo y la protectora de las vírgenes cristianas.

Tales son los frescos relativos a la Santísima Virgen descubiertos en un solo cementerio, y, lo repetimos, el más antiguo, quizá, de todos, puesto que sus primeras criptas se remontan a los tiempos apostólicos. Hállase en ellos, en substancia, todo cuanto podría verse de María en los monumentos posteriores. Nada añadiremos a lo dicho, de paso, sobre las otras catacumbas. Esto basta para entender qué lugar tan importante ocupaban en dichos lugares las representaciones de la Madre de Dios.

III. Hay otra clase de monumentos que no nos es permitido pasar del todo en silencio. Nos referimos a los **vasos dorados**, cuya fecha hay que fijar en los siglos III y IV. Se han recogido más de cuatrocientos fragmentos, ya de pequeñas copas con los pies redondeados en forma de óvalo, ya de cráteras con asas de una dimensión más considerable; estaban incrustados en el cemento de los *loculi* (Se llamaban así los nichos cavados en las paredes de los corredores y de las criptas para depositar a los difuntos). Estos fragmentos están adornados con figuras, y he aquí cómo las obtenían. El artista cristiano aplicaba al fondo del vaso una hoja de oro, sobre la cual grababa con el buril inscripciones, escenas y figuras bíblicas; después vertía por encima una capa de vidrio derretido, o bien, según otros, adaptaba sobre la hoja de oro una placa muy delgada de cristal, que, bajo la acción del fuego, se adhería al fondo de la copa.

El doble fondo, envuelto en la argamasa, ha resistido a la acción del tiempo, mientras las frágiles paredes del vaso, que nada protegía, han sido destruidas casi totalmente. Apenas si hasta ahora han sido descubiertas dos o tres copas intactas. Quizá no se clavaban en el cemento más que pedazos de vaso. Sea como quiera, ello es que los cristianos se servían de vasos así decorados en los ágapes que seguían a las solemnidades del bautismo, del matrimonio y de los funerales, o también en las fiestas públicas de los mártires y de los santos. De aquí resulta la gran importancia que tienen en el asunto que tratamos.

Ahora bien: gran número de esos vasos representan a una mujer en la postura ordinaria de la oración, es decir, una **Orante**. Aunque a veces se pueda dudar si el artistas pretendió grabar la imagen de la Madre de Dios, con harta frecuencia también es imposible dudarlo, porque al pie de la figura se lee con todas sus letras el nombre de María. El P. Rafael Garruci ha publicado varias de estas imágenes, que pueden hallarse explicadas y reproducidas en su obra sobre los **Vasos historiados de las catacumbas**. En unas está la Virgen de pie, con los brazos extendidos, entre San Pedro y San Pablo; en otras aparece en la misma actitud, pero entre dos árboles. Hay, además, el singular pormenor de que los dos Apóstoles tienen cada uno un rollo, o en la mano, o muy cerca de ellos, a la altura del rostro. Esos volúmenes serían las Escrituras, según la interpretación más probable. Por lo demás, la edad de los monumentos se determina, no sólo por los escombros entre los cuales han sido descubiertos, sino también por la forma misma y la disposición de las vestiduras.

Para darse cuenta de las interpretaciones de esas diferentes imágenes de orantes son indispensables algunas advertencias.

La primera se refiere a los dos Apóstoles Pedro y Pablo. Otros monumentos los muestran también teniendo entre ellos, uno a su derecha, otro a su izquierda, una orante; y esta orante no puede ser María, porque otro nombre es el que está grabado: el *Agne*, por ejemplo, o el de*Peregrina*; o también, como en el célebre sarcófago de Zaragoza, el de *Floria*. Ahora bien: los dos apóstoles, en esas imágenes, significan a la Iglesia, al menos según una opinión muy verosímil (R. Garrucci. Vetri, p. 27, n. 7). De donde se sigue que la **Orante** designada con el nombre de María no puede ser la personificación de la Iglesia, sino que significa simplemente la Madre de Dios.

La segunda advertencia concierne al simbolismo de los árboles sustituyendo a los dos Apóstoles en algunas imágenes de orantes. Según algunos, esos árboles (y lo mismo decimos de las espigas gruesas y granadas que a veces los acompañan o los reemplazan) figuran también a la Iglesia, pero sobre todo a la Iglesia triunfante, porque los Padres acostumbraban a comparar a las almas santas, ya con los árboles frutales, ya con un trigo escogido. Es la explicación que da el P. Garrucci. Según otros, y esta segunda explicación no difiere, en el fondo, de la primera, esos emblemas serían figuras del Paraíso. En efecto, para los Padres antiguos, el Paraíso es el vergel eterno, morada de los santos placeres, en donde incesantemente flores se abren y frutos maduran. Con símiles análogos describe Saturno el cielo de los elegidos en las Actas de Santa Perpetua y de sus compañeros de martirio: *Quasi viridariun, arbores habens rosas et omne genus flores* (Act., c. 11). En el capítulo III de las mismas Actas se ve a los mártires reunidos en ese celestial vergel, "*a la sombra de grandes rosales que una suave brisa deshojaba continuamente; allí se recreaban hasta saciarse de perfumes inenarrables:* ***in viridario, sub arbore rosae... odore inenarrabili alebamur, qui nos satiabat***". Así los textos responden a los monumentos, y lo que éstos podrían tener de oscuros se aclara con la luz de aquéllos (El Abate Martigny, *Dictionnaire*... en la palabra "*Paradis*"). Por consiguiente, esa figura de Orante que representa a la Virgen, ya entre los Apóstoles, ya, principalmente, entre dos árboles, imagen abreviada del Paraíso, es María en la gloria. Y ¿qué conclusión sacar de estas figuras sino que está allí en su oficio de mediadora, revelado por su actitud suplicante?

Ultima advertencia: La costumbre de orar en pie no era exclusiva entre los primeros cristianos. Oraban también de rodillas o postrados. Los **Hechos de los Apóstoles** nos ofrecen ilustre ejemplo: "*Y habiéndonos puesto de rodillas sobre la orilla, hicimos oración*", dice el compañero de San Pablo (Act., XXI. 5). Encontramos otra prueba en la Vida de Santiago el Mayor, cuyas rodillas estaban endurecidas como las de un camello por causa de sus largas y frecuentes oraciones. Tercer ejemplo, en las Actas del martirio de San Ignacio (Ruinart, t. VII, p. 10). Superfluo es buscar otras pruebas (Puédese leer sobre este asunto el Abate Martigny, *Dictionnaire*..., en la palabra "*Priére*").

Insistamos en un particular muy importante. Y es que los primeros cristianos habían adoptado este último modo de orar como señal de duelo y demostración de dolor y tristeza. Así, Nuestro Señor tomó esta actitud humillada en su oración en el huerto de Getsemaní (Luc. XXI, 41). La Iglesia primitiva, modelando su modo de orar en el de Cristo, había prescrito, desde el principio, que se orase de pie los domingos y durante el tiempo pascual, en señal de alegría, y de rodillas ordinariamente el resto del año, en señal de penitencia. Esta regla está mencionada por Tertuliano (Tertullian., *De corona militis*, c. 3. P. L., II), por el autor de las **Preguntas y respuestas a los ortodoxos**, atribuidas por error a San Justino (*Quaest, ad Orthod., resp*. 117. P. G., VI, 1363), y por un curioso párrafo de San Jerónimo, en el cual leemos: "*San Pablo se quedó en Efeso hasta Pentecostés, tiempo de alegría y de victoria, en que no doblamos las rodillas ni nos postramos en el suelo, sino que, **resucitados con el Señor, nos dirigimos en pie hacia el cielo***".

S. Hieron., *in Prologo Comment. ep. ad Ephes.*, P. L., XXVI, 442. ¿No podemos atribuir a esta antigua costumbre la actitud que tomamos para rezar el *Angelus* en el tiempo pascual y en los domingos? En la primitiva Iglesia, los catecúmenos oraban de pie, como los fieles, pero con la diferencia, sin embargo, de que éstos levantaban un poco la cabeza hacia el cielo (Tertull., de Corona c. 3), mientras que aquéllos la inclinaban ligeramente, porque no habían obtenido todavía por el Bautismo el título de **hijos del Padre que está en los cielos**, lo que nos vuelve a llevar a las ideas anteriormente expresadas.

Ahora bien: las imágenes de cristianos orando de rodillas faltan completamente en los monumentos de las catacumbas, lo que parecería dar la razón a los que ven generalmente en los orantes representadas en las tumbas otras tantas figuras de almas glorificadas, a menos, sin embargo, que ciertos signos característicos excluyan ese simbolismo (Véase sobre esos diferente puntos a Martigny, 1. c.). Una medalla conservada en el museo cristiano de la Biblioteca Vaticana muestra a San Lorenzo extendido en la parrilla y su alma volando al cielo en forma de una orante. Las Actas de San Pedro y San Marcelino refieren también que se vieron las almas de los dos mártires subir al cielo bajo la figura de dos jóvenes ricamente vestidas. Lo que inclinaría a confirmar este modo de ver son las inscripciones que acompañan frecuentemente a esas imágenes: *Cum Deo in pace; In pace anima ipsius*, y, más expresamente aún, *Vivis in gloria Dei.* Sea como quiera, de esta inducción general no hay duda cuando la Orante lleva las atribuciones de la gloria; si, por ejemplo, aparece en medio de árboles y de flores, entre Pedro y Pablo, símbolos de la Iglesia triunfante, como sucede con la Madre de Dios. Por consiguiente, lo repetimos, nuestras orantes simbolizan a María bienaventurada y gloriosa, y a María en el acto de perpetua súplica, propio de la Madre de los hombres; tal, en fin, como los Padres nos la han descrito después de su admirable Asunción. No iremos más allá en es-

tas descripciones e inquisiciones. Que los que deseen más amplios informes vayan a las obras mencionadas, y muy especialmente a la colección de las **Imágenes de María en las catacumbas**, publicada por De Rossi.

Debemos no obstante, indicar, siquiera por recuerdo, algunas otras figuras de la Santísima Virgen. La primera ha sido hallada por el P. Arturo Martín (V. Hagioglpt., p. 36) sobre una tumba de mármol, de un estilo bárbaro, en la cripta de Santa Magdalena, en San Maximino. Representa a María de pie, en actitud de orar, es decir, con las manos extendidas en la forma de los orantes y vestida de dalmática. En lo alto se lee la inscripción: *María Virgo Minister de Tempulo Jerosale*. Lo que prueba, digámoslo de paso, que en la época en que fue erigido ese piadoso monumento habría ya corrido entre los fieles la creencia tradicional de que María había sido ofrecida al templo desde su infancia.

M. Rohault de Fleury (*La Ste. Vierge, Etudes archéol. et inconogr*., T. I, ch. 2) habla también de una imagen de la Visitación, que sería la más antigua de las representaciones de este misterio, y que él asegura ser anterior al año 340. Está reproducida sobre piedra dura, depositada en el Gabinete de Medallas de París, en el núm. 1332. Tiene de dimensión como 13 mm. por 16. Las dos primas se abrazan mutuamente, y entre ellas se ve una estrella y una media luna.

IV. Llegada es la hora de sacar nuestras deducciones en favor de la antigüedad del culto de María. Ahora bien: nada es más fácil, aun con la sola ayuda de los monumentos que hemos citado. Y los protestantes lo han comprendido bien, porque han hecho todos los esfuerzos posibles para arrojar la duda sobre la edad de esas imágenes o sobre la identificación con la Madre de Dios; tan persuadidos estaban que, una vez admitidas estas dos nociones, tendrían que confesar que el culto de los cristianos hacia María no es una invención posterior al Concilio de Efeso, sino que arraiga en la más remota antigüedad, en esa antigüedad de la que tanto han celebrado, para oponerse a nosotros, la pureza de doctrina y la perfecta ortodoxia. Lo que hemos dicho, de acuerdo con los grandes maestros, nos dispensa de tener que establecer de nuevo los dos puntos combatidos. Por otra parte, las negaciones han tenido que atenuarse y desaparecer en un gran número de adversarios, ante las pruebas convincentes y sin apelación que hemos señalado.

De Rossi, en uno de los boletines de arqueología cristiana (Edición francesa por el abate Duchesne, 3 serie, 5° año, 1880, pp. 22 y sigs.), volviendo a tratar de "*la más antigua de las pinturas de la Virgen María que se conoce hoy en los cementerios romanos*", escribe a este propósito: "*Era natural que un resultado semejante, y los razonamientos en que se apoya, excitasen en algunas personas desconfianzas y repugnancias que provienen de opiniones preconcebidas y de prevenciones extrañas a la ciencia y a la arqueología. Siento que un libro serio, como el **Dictionary of Christian Antiquities**, de Smith haya merecido la censura severa, pero justa, que le impone la docta e imparcial crítica del abate Duchesne. En la Historia del arte cristiano, el segundo y el sexto siglo están caracterizados de una manera tan distinta, que la confusión entre ellos es imposible y adsurda... Tales extravagancias se refutan por sí mismas; no obtienen el menor crédito entre los sabios, y los inteligentes aun protestantes. Mi estudio sobre la edad de esta pintura tropezaba con el prejuicio que entonces corría, aun entre los católicos, de que las con su divino Hijo en los brazos, no se habían hecho sino después de la condenación de Nestorio en el Concilio do Efeso. A pesar de esto, fue acogido dicho estudio con gran atención, sobre todo en Alemania. Ultimamente, el Sr. Víctor Schultze, que había tomado sobre sí la*

tarea de rebajar en lo posible la importancia del monumento y contradecir mis razones, se ha visto obligado a convenir en que se puede colocar la fecha del año 150 al 170, en tiempo de los dos primeros Antoninos."

Arrojados de esta primera posición, los adversarios del culto de la Santísima Virgen se refugian en otra. Si los creemos, esas figuras de María, frescos, bajorrelieves o representaciones grabadas de **Orantes**, no tienen relación alguna con el culto de honor que nosotros pretendemos atribuirles. Son puramente escenas históricas o adornos accesorios, únicamente destinados a ornamentar las tumbas. Dos afirmaciones igualmente contradichas por los hechos. Aun cuando la simple representación de la Virgen en una escena de la Epifanía podría no ser más que un cuadro conmemorativo del relato evangélico, ¿habría derecho para formar el mismo juicio sobre la pintura tantas veces repetida, más aún, puesta por todas partes en sitio de honor como el motivo dominante del cuadro? Además, ¿cómo tener por representación puramente histórica la imagen de María separada de los Magos y pasando delante de nosotros junta con el Niño Jesús, como es la del cementerio de Priscila?

Habría que decir también, por consiguiente, que el Salvador, bajo cualquier forma que aparezca, ya en brazos de María, ya como Pastor, no prueba nada en favor del culto que le rendían nuestros Padres. ¿Hubieran aquellos cristianos de las primeras edades multiplicado así las figuras y símbolos de la Madre de Dios si no hubiesen tenido en sus corazones para con Ella la estima, la veneración y el amor mismo que nosotros sentimos en los nuestros?

Hemos dicho que la Santísima Virgen, eh las diferentes escenas, está con su Hijo en el sitio de honor. Lo que prueba también que no está allí como cualquier personaje secundario en una escena histórica; aparece sentada, y en una cátedra con palio análoga a la de los Obispos: símbolo, por consiguiente, del poder y de la grandeza; adornada con vestiduras más ricas de las que llevó siempre en su vida mortal. Es, pues, un personaje honrado y venerado.

Si queréis otras pruebas recordad esta verdad cierta: que María, en las catacumbas, es más de una vez la personificación de la Iglesia, y, sobre todo, de la Iglesia triunfante; no ya una sombra cualquiera de la Iglesia de Cristo, sino más bien el ejemplar divino sobre el cual está moldeada la Iglesia. ¿Puede haber para la Virgen alabanza más alta?

Además, y por aquí llega hasta la evidencia la verdad de nuestra conclusión, María, en esas figuras de orantes se ofrece a nosotros como la **Mediadora de intercesión**, Mediadora glorificada, puesto que los símbolos accesorios que la acompañan la muestran en el seno de los vergeles eternos; Mediadora perpetua, puesto que siempre tiene los brazos extendidos y las manos elevadas en oración. Y no decidme que esto no prueba en modo alguno que se le rindiese culto de honor. No os hubiera parecido esta respuesta plausible cuando tales monumentos yacían todavía envueltos en el polvo. Seguramente que si algún sabio católico hubiese presentido desde entonces los descubrimientos hechos después, nuestra persuasión de que la antigüedad cristiana no rendía culto alguno a la Virgen os hubiera hecho rechazar su predicción como una quimera.

Pero nos sugieren las catacumbas otro argumento, del todo decisivo. Los cristianos de entonces, como los de ahora, invocaban a María como a su Mediadora delante de Dios. Si lo dudáis, leed las inscripciones de los cementerios más antiguos. He aquí algunas: "*Sutius, rue-*

ga por nosotros a fin de que seamos salvos." "*Augenda, vive en el Señor e intercede por nosotros.*" "*Matrona, ruega por tus padres; vivió un año y cincuenta y dos días.*" "*Atico, duerme en paz, seguro de tu salud, y ruega con empeño por nuestros pecados.*" (Hallado en Roma, cerca de Santa Sabina, en 1873) "*Atico, tu espíritu vive en el Bien: pídele por tus padres.*"(Cementerio de Calixto.) "*Sabacio, dulce alma, ruega por tus hermanos y tus compañeros.*"(Cementerio de los Santos Giordano y Epímaco.) "*¡Ojalá que vivas en Dios y ruegues por nosotros!*""*Ibas, está en paz y ruega por nosotros.*" (Dos inscripciones griegas del cementerio de Domitila). De manera que de todas las catacumbas se levantan por centenares voces que atestiguan el dogma católico de la invocación de los Santos, tan calumniado por nuestros adversarios(Sabido cuanto se han burlado de la costumbre de poner exvotos ante las imágenes de María y de los santos, en prueba de gratitud por las gracias obtenidas mediante su intercesión. Según ellos ha sido menester toda la ignorancia de la Edad Media para introducir una costumbre tan supersticiosa. Ignoramos si una más detallada exploración de las catacumbas nos mostrará algún día establecido este uso desde los primeros siglos de la Era cristiana. Lo que sabemos muy bien es que desde la primera mitad del siglo quinto estaba en pleno vigor, y que por consiguiente, hay que volver muy atrás para hallar su origen.

Tenemos en este asunto un testimonio valioso de Teodoreto; testimonio tanto más decisivo cuanto que él habla de esta práctica como de cosa corriente, y que salta a los ojos de todos, incluso de los mismos paganos); hemos dicho de los Santos, y no sólo de los mártires, porque esto es lo que dichas inscripciones demuestran hasta la evidencia.

Ahora bien; preguntamos: si los cristianos invocaban a sus mártires, y no sólo a sus mártires, sino a sus hermanos salidos de este mundo para entrar en la paz eterna y vivir en Dios, ¿cómo no rendir el mismo culto de oración a la Madre de Dios, a la que se complacían en representar asociada a los homenajes ofrecidos a su Hijo por los Magos de Oriente, sentada siempre en el sitio de honor entre los amigos de Dios, sus abogados, en la actitud de la Orante suprema, en el seno de la gloria?

Leemos en un sermón de San Juan Damasceno: "*Siempre que miro una imagen de la Virgen María, Madre de Dios, digo en seguida: Inmaculada Madre de mi Dios, Madre de Cristo Dios, ruega a tu Hijo y mi Dios para que tenga piedad de mí en su misericordiosa bondad. Y es que la súplica de su Madre es poderosa sobre el corazón tan tierno del Señor. Así, pues, oh, Virgen excelentemente digna de veneración, no desprecies la oración de los pecadores, porque es misericordioso y poderoso para salvarnos Aquel que se dignó sufrir por nosotros la muerte, y la muerte de cruz*" (Opusc., *adv. Iconocl.*, Joan Damasc. sive Joann. Patriarc Hierosol., n. 14. P. G.). Lo que decía y pensaba San Juan Damasceno, ¿por qué no habrían de pensarlo y decirlo ante las mismas imágenes los cristianos de las primeras edades? ¿Hay algo más natural a la piedad cristiana? Tanto más cuanto que lo pensaban y decían a vista de otras imágenes, según atestiguan los textos contemporáneos; tanto más cuanto que su postura misma de **Suplicante** les invitaba a ello más vivamente aún que si en cualquiera otra actitud estuviera; porque dicha postura recuerda claramente el oficio de **Abogada** por excelencia atribuido por los Padres a María desde el siglo II (S. Iren., *Haeres.* P. G. VII, 1175).

Suponed un protestante que entra en una iglesia católica, y preguntadle en qué señales conoce que allí se veneran los Santos, y más particularmente a María. Os mostrará los cuadros

donde están representados, en las paredes y altares, y en sitio más honorífico, después de la estatua de Cristo, la de su divina Madre. Estas serán para él señales manifiestas de que el culto tan aborrecido a las imágenes y Santos, de los cuales son aquéllas la reproducción, está en honor entre los cristianos que vienen a orar a dicho templo. Por esto mismo, cuando la Reforma hubo rechazado el culto de los Santos se dió tanta prisa a quitar las imágenes de los templos y a hacerlas pedazos. Por consiguiente, lo repetimos, puesto que los cristianos de las primeras edades, en la época en que acababan de desaparecer los Apóstoles, representaron en los lugares destinados al culto, no sólo la imagen del Salvador, sino también la de su Madre, y en las condiciones dichas, esto es una demostración clara y patente de que rendían culto religioso a los ejemplares de dichas imágenes.

Es costumbre general reducir a tres partes principales el culto que rendimos a los Santos, y muy especialmente a la Madre de Dios: culto de honor, culto de invocación, culto de imitación. Ahora bien: he aquí lo que nos han demostrado los monumentos de las catacumbas. Culto de honor: nadie está junto a Jesús, en el primer lugar, como su divina Madre, María. Culto de invocación: mirad a la Orante perpetua ante el Buen Pastor y en las glorias del paraíso. Culto de imitación: acordaos de la escena en que el Pontífice pone ante los ojos de la joven virgen, cuya consagración recibe, a María, tipo, modelo y perfecto ejemplar de la virginidad.

Otras pruebas de la antigüedad del culto de la Madre de Dios.

Predicación de los Padres más antiguos, monumentos litúrgicos, hechos especiales de recurso a María, erección de iglesias y celebración de fiestas en su honor.—En qué sentido el desarrollo de este culto tuvo su origen la definición de la maternidad divina, en el Concilio de Efeso. y consideraciones sobre ese mismo desenvolvimiento.

I. Los monumentos de las catacumbas no son los únicos que proclaman el culto de los primeros cristianos hacia María, Señora nuestra; y hablamos, sobre todo, del culto de invocación, puesto que es el más combatido por los adversarios de la Santísima Virgen. Cien veces, en los **Hechos de los Apóstoles** y en sus cartas oímos a estos pedir a los fieles la asistencia de sus oraciones y de sus votos. Ahora bien: si los cristianos de aquellos tiempos primitivos pedían a sus hermanos que intercediesen por ellos, porque estos hermanos eran discípulos y amigos de Cristo, ¿es posible que se olvidasen de implorar de la Madre de Cristo la limosna de su intercesión ante el trono de Cristo? Pero si desde aquella época imploraban en vida a María, mucho menos más debieron recurrir a Ella cuando fue llamada por su Hijo, de la tierra al cielo, de la mortalidad a la gloria inmortal, porque, según lo prueban innumerables testimonios, principalmente por medio de los justos muertos en el Señor, subían al cielo las oraciones de los cristianos en aquellos primeros tiempos, como después y como siempre.

Dirá: o, tal vez, que esta prueba es muy abstracta y que se desean testimonios precisos y determinados afirmando que en la Iglesia primitiva se honraba e invocaba a la Madre de Dios. Responderemos, ante todo, que los cementerios cristianos nos han dado algunas pruebas de ese género. Si se piden pruebas escritas sería -lo confesamos- muy difícil hallarlas;

primero, porque nos quedan poquísimas obras anteriores a la paz de la Iglesia, en los principios del siglo IV; segundo, porque esas pocas que restan son, en su mayor parte, libros de apologética y de controversia, y, por consiguiente, obras en las cuales no se debe buscar lo que era entonces la oración cristiana.

Gran número de autores, es cierto, se han apoyado en discursos u homilías que contienen hermosas y frecuentes invocaciones a la Virgen Madre, homilías y discursos que pertenecían al siglo IV, al III y quizá a una época más remota de nuestra Era. Nosotros no nos serviremos de esto, a lo menos **directamente**. Y es que no queremos emplear aquí sino documentos perfectamente auténticos. Ahora bien: como ya lo hemos advertido más de una vez al citar la mayor parte de esas obras en el curso de nuestra trabajo, esos discursos de San Gregorio Neocesariense, de San Metodio, de San Epifanio, de San Atanasio, San Juan Crisóstomo, San Cirilo de Jerusalén, de San Efrén y otros, son todos, a los ojos de la crítica moderna, de una autenticidad dudosa por lo menos (Véase en particular a S. Gregorio Neocesariense, *hom. 2 in Annunciat*., P. G., X. 1169; S. Metodio, *de Anna, Simeone et Deipara*, P. G., XVIII, 382 ; S. Cirilo de Jerusalén, homilía *de Ocursu Domini*, P. G., XXXIII, 1187, sqq.; S. Atanasio, *or. de Annunciatione,* P. G., XXVIII, 913, sqq.; S. Juan Crisóst., *Lec. nocturni secundi pro festia B. V. M. per annun*. S. Efrén, *Orat de Laudibus B. Virg. et Orationes ad Deiparam*, Opp., t. III (*graece et latine*), pp. 524-552, 574, 578. Por cierto que sería difícil encontrar en otra parte, aun en las oraciones de San Anselmo o de San Bernardo, un sentir tan vivo de la bondad misericordiosa de María, una idea más alta de su incomparable poder y mayor unción y filial confianza y una convicción más profunda de la necesidad que nos apremia de recurrir en todo y en todas partes a María, que en esas invocaciones atribuidas al célebre monje sirio. Añadamos que Assemani, que editó el primero sus obras, defiende la autenticidad de esas oraciones (Opp., t. III (*graece et lat.*), proleg., c. 8, p. 54; col. t. II, proles., LVII, sqq.) Por otra parte, según él lo hace notar en el último lugar ya citado, hay cánticos del Santo en honor de la Virgen Santísima, en los cuales es indiscutible el texto siríaco.

Nicolás (*La Virgen viviendo en la Iglesia*, 1. III, c. 4) ha citado grandes extractos de las oraciones de San Efrén a la Madre de Dios).

Sin embargo, aun en el caso en que ninguna de esas obras tuviera por autor aquel de los Padres a quien se atribuye, todavía demostrarían, al menos indirectamente, que en la pretendida época de su composición se honraba con un culto de invocación a Nuestra Señora. En efecto: no las hubieran puesto o recibido, desde lo más antiguo, bajo el nombre de los grandes hombres a quienes las han atribuido si no hubiesen estado todos persuadidos de que esto mismo era lo que creían, lo que pensaban y lo que hacían juntamente con los cristianos de su tiempo. Ahora bien; semejante persuasión, con sólo un siglo o dos de distancia, no podía ser errónea. Si, pues, nadie se asombraba de oír a Padres como San Gregorio Taumaturgo y los otros hace poco nombrados invocar a la Madre de Dios; si esto parecía tan natural, es que verdaderamente no era una novedad en la Iglesia de Dios el culto deprecatorio (Por no hablar sino del Obispo de Neocesarea, San Gregorio Taumaturgo, ¿quién se asombraría de verle honrar y rogar especialmente a la Santísima Virgen, cuando es constante que había recibido por Ella la verdadera doctrina de la fe sobre la Trinidad, como ya lo hemos mostrado anteriormente?).

No nos apoyaremos tampoco **directamente** sobre las antiguas Liturgias, sea que lleven el nombre de Pedro, de Santiago o de cualquier otro Apóstol. Podríasenos objetar que esas Liturgias, aunque fuesen, por su substancia inicial, obra de los primeros discípulos del Señor, nada prueba claramente que las invocaciones de la Virgen que contienen o mencionan no hayan sido añadidas más tarde. Sin embargo, no se debe creer que no sean esos respetables monumentos del culto cristiano prueba alguna en favor de nuestro asunto. Consultadlos a todos, a cualquier Iglesia que pertenezcan, a las comuniones separadas de nosotros por el cisma o por la herejía, como a la Iglesia Madre y Maestra, y siempre y en todas partes hallaréis, aun en el lugar más venerable e inmutable, el canon de la Misa, un llamamiento a la intercesión de la Madre de Dios (A María, es cierto, no se le invoca directamente en los Santos Misterios; el sacerdote que sacrifica no se dirige más que a Dios pero apoya sus peticiones sobre las oraciones y la intercesión de los Santos, y primeramente de la Madre de Dios). Por consiguiente, en la época en que los nestorianos, y algunos años más tarde los eutiquianos, rompieron con la Iglesia católica, la Virgen Santísima estaba universalmente en posesión de su culto entre les fieles. Nadie, en efecto, se atrevería a sostener que si este uso litúrgico no existía entonces fue en tiempos posteriores tomado por los herejes de la verdadera Iglesia de Cristo; hipótesis tanto mas inverosímil cuanto que, por la naturaleza misma de sus errores eran numero de ellos, los primeros los partidarios de Nestorio, debían ser menos inclinados a glorificar a la Madre de Dios (He aquí lo que se lee en el ***Ordo matrimonii***, de los nestorianos: "*Que la oración de la Virgen María, Madre de Jesús, Marta, Madre de Jesús, nuestro Redentor, sea para nosotros, noche y día, un constante baluarte.*" El ***Ordo Baptisti***, de los jacobitas de Alejandría. dice: "*Santo, Santo, Santo el Todopoderoso... Por intercesión de Santa María, Madre de Dios, concédenos el perdón de nuestros pecados.*" Y además: "*Conserva estos bautizados en tu fe sin mancha por las oraciones de nuestra común Señora la Santa y purísima María, Madre de Dios.*" Nótese también este pasaje de la liturgia nestoriana de los Santos Apóstoles: "*Madre de Nuestro Señor, ruega por mi al Hijo Unico que nació de Ti, para que me perdone mis faltas y pecados y reciba de mis débiles y culpables manos el sacrificio que mi flaqueza ofrece sobre este altar, por medio de tu intercesión por mí, Madre Santa*" (Renaudot, op. c., *Comment. ad liturg. coptic*. S. liaaüii, t. I, p. 256).

Por consiguiente, aparte toda otra consideración, los libros litúrgicos bastarían para demostrar con certeza que para dar con los orígenes del culto deprecativo de la Santísima Virgen hay que ir mas allá del Concilio de Efeso. Y, porque nada hay más incompatible con las variaciones que la oración universal, henos aquí bien lejos de las edades que precedieron a la herejía nestoriana y al Concilio que la condenó con sus anatemas.

No es este el único argumento que se pueda sacar de la Liturgia. Más de una vez hemos citado los *Menelogios* de los griegos, es decir, la voluminosa colección de sus oficios mensuales. Ahora bien nada es tan frecuente como hallar en los himnos y cánticos de los*Menelogios* dichos una última estrofa consagrada, ya a celebrar algún privilegio de la Virgen, ya a reclamar su poderosa intercesión Y así, el P. Simón Wagnereck, jesuíta bávaro, en un libro que ha titulado *Dictas Mariana Graecorum* (La devoción de los griegos a María), ha podido sacar de los himnos asignados a cada día del año litúrgico centenares de estrofas en las cuales recibe María el doble culto de la oración y de la alabanza.

Cierto es que esos oficios han sufrido muchas reformas y adiciones en el curso de los tiempos, y muchos son los himnógrafos que han trabajado para avalorar monumento tan rico.

En el siglo VII parece que se compusieron los cánticos más hermosos por San Juan Damasceno, San Cosmas y otros tan autorizados casi como ellos. Y lo que es importantísimo saber para la cuestión presente es que San Juan Damasceno, perseguido por el odio de los iconoclastas, encontró en la **Laura** de San Sabas, donde se había refugiado, "*un hermoso orden de oraciones determinado por un* ***Typicon*** *o Ritual, que, renovado con sus cuidados, acabó por prevalecer en todo el rito oriental*" (León. Allati., *De Libris ecclesiast. Graccorum*, prolog., n. 70).Ahora bien: *este oficio lo había recibido nuestro Santo P. Sabas de los Santos Eutimio y Teotisto, los cuales lo recibieron, a su vez, por la tradición de los antiguos, y particularmente del confesor Chariton*" (Simeón Thessalonic., *De sacra precatione*, c. 303; De Typico hicrosolym.. I'. G., CLV, 556. Véase también la Vida de San Eutimio, Acta SS. Jan., t. II, p. 668, etc.), lo que nos lleva a través del quinto y cuarto siglos hasta la era de los mártires. En efecto: Chariton vino a Jerusalén en el episcopado de San Macario, hacia 312; a él se debe atribuir (desde 328 a 335) la fundación del Monasterio que fue más tarde el de San Sabas. Eutimio, nacido hacia 377, y Teoctisto habitaron juntos aquel antiguo Monasterio, y el primero, por lo menos, vivía aún cuando San Sabas fue a consagrarse a Dios en la misma **Laura**. Por aquí se ve cómo la transmisión de los himnos que fueron el precioso meollo del *Typicon* ha podido formarse sin corte alguno desde los primeros años del cuarto siglo hasta los tiempos de San Sabas, a quien la Iglesia debe la primera colección.

La conclusión natural que hay que sacar de estos hechos es que el culto deprecativo y laudatorio hacia María contenido en las odas del *Typicon* tiene, como ellas, su origen en la era de los mártires. Para rechazar esta consecuencia habría que probar que las estrofas innumerables en honor de la Virgen fueron todas de más reciente composición; ahora bien: nada puede dar derecho para suponerlo; tanto más cuanto que en la colección gran número de ellas se muestran bajo el nombre del primer redactor, San Sabas.

Lo que confirma la remota antigüedad del culto de María es otro monumento de una**liturgia** sacrílega, de que ha sido ya cuestión en esta obra. Nos referimos al culto de adoración, propiamente dicho, prestado por los coliridianos a la Divina Madre de Dios en el curso del cuarto siglo. Llegaban, ya lo sabemos, hasta ofrecerle sacrificios por el ministerio de las mujeres, como hubieran hecho con una diosa. Claramente se ve que no hubieran tenido semejante audacia ni pensado de aquel modo si no hubiesen hallado establecido ya en la Iglesia de Dios el culto de la Virgen. El error es una corrupción de la verdad, ya por exceso, ya por defecto. La supone, aunque la mutile. Por esto San Epifanio, que nos ha conservado el recuerdo de una oración tan monstruosa y la ha combatido en sus escritos, no reprocha a los nuevos herejes el honrar a María. Lo que condena es que le dediquen un culto que no es debido más que a la majestad suprema de Dios sólo. "*Que se honre a María* —exclama—, *pero que nadie la adore, porque ese culto es propio del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*" (Adv. Haeres., haer. 79, n. 8. P. G., XLII, 752). Ahora bien: el honor que él reivindica para María, aun rehusándole la adoración, es el mismo que, desde hacía tiempo, la Iglesia ofrecía a los mártires: un honor religioso fundado sobre la excelencia sobrenatural de la criatura; un culto, por consiguiente, de alabanza, de veneración y de invocación. Y como hay pocos Padres que hablen tan magníficamente de las prerrogativas de María que este sabio doctor del siglo IV, ¿no tenemos razón para deducir que, de acuerdo con la Santa Iglesia, le ofrecía el los homenajes más perfectos después de los que dedicaba a Dios?

II. ¿Es posible confirmar esta antigua prueba de la confianza de los cristianos en la intercesión de María con hechos particulares? Ciertamente. Elegiremos dos, entre otros; y la razón de esta preferencia es, porque, a nuestro entender, tienen una fuerza singular para mostrar cuán **familiar** debía ser a los fieles de las primeras edades el invocar a la Madre de Dios.

Tomaremos el **primero** de uno de los más ilustres Padres del siglo IV: San Gregorio Nacianceno. En su panegírico de San Cipriano de Antioquía cuenta cómo el futuro mártir, extraño aún a la fe y muy aficionado a la magia, se encendió en amor de una virgen consagrada al Señor llamada Justina. En el delirio y ceguedad de su pasión no temió el acudir al poder diabólico para seducir a dicha virgen, objeto de sus deseos.

Ahora bien: dice San Gregorio, la joven sintió bien pronto el peligro que amenazaba a su pudor, porque es privilegio de las almas puras: el no tardar en descubrir los lazos y enredos del demonio. "*¿Que hará, pues, para escapar de las manos de aquel obrador de iniquidad?*". A falta de otro recurso se refugia cerca de Dios e implora contra aquel amor detestable el auxilio de su Esposo, de Aquel que libró a Susana y salvó a Tecla... Y ¿quién es el Esposo? Cristo, que arroja a los espíritus malos... Después se arroja, suplicante, a los pies de la Santísima Virgen, pidiéndole con afán que socorra a una virgen en peligro: *Virginemque Mariam supplex obsecrans ut periclitanti inrgini opem ferret*" (S. G. Nazian.. Or. 24 in Laudem S. Cypriani, nn. 10, 11. P. G„ XXXV, 1181). Esta invocación a María no fue estéril, porque Cipriano, curado de su loca pasión, fue al poco tiempo, para Justina, compañero de martirio y de gloria.

Este hecho, acaecido durante la persecución de Diocleciano, es muy notable. Supongamos que el invocar a María fuese entonces cosa inaudita entre los fieles: ¿creéis que San Gregorio hubiera referido así, sencillamente, el recurso de Justina a dicha poderosa Señora? ¿Creéis, sobre todo, que la joven se hubiese refugiado tan espontánea y naturalmente, en aquella apremiante necesidad, bajo el amparo de María? ¿No era preciso que hubiera aprendido en el seno de la Iglesia a ver en Ella el auxilio de los cristianos, la Madre a quien pueden acudir siempre que un peligro les amenaza o que necesitan una gracia extraordinaria? (Importa poco que San Gregorio Nacianceno se haya equivocado identificando a Cipriano de Antioquía con Cipriano de Cartago (1. c., n. 6). Esto no quita veracidad a un testimonio en favor de la práctica cristiana de recurrir a la intercesión de la Madre de Dios).

El **segundo** hecho es la conversión de la ilustre pecadora conocida bajo el nombre de Santa María Egipciaca. Es también anterior al Concilio de Efeso, puesto que, generalmente, están acordes en colocar dicha conversión hacia el año 383. María fue muy niña a la ciudad de Alejandría, y vivió en ella veintisiete años, entregada a los mayores desórdenes, cuando se le ocurrió embarcarse para Palestina con la multitud de peregrinos que iban a adorar la Cruz del Salvador en Jerusalén. El viaje fue para ella, en intención y en realidad, una continuación de su vida antecedente. La curiosidad, más que la devoción, la condujo siguiendo a los fieles hasta la iglesia en donde se veneraba la Cruz. Allí la esperaba Dios con su infinita misericordia. Rechazada tres veces en la puerta del templo por un brazo invisible, abrió los ojos sobre su miserable estado, y, corriendo a una imagen de la Santísima Virgen, postróse a sus pies rogándola, con lágrimas, que la dejase llegar hasta la Cruz de su Hijo. Comprometióse también, con una promesa solemne, a dejarlo todo y dirigirse adonde su Mediadora quisiera conducirla. Sabido es cómo la Madre de misericordia oyó esta oración y cómo al día siguiente, purifi-

cada de sus culpas y fortificada por la comunión, fue la pecadora, por orden de María, a sepultarse en un desierto y llorar en él su vida criminal. Allí, según refirió más tarde el solitario Zósimo, fue durante diecisiete años atormentada de furiosas tentaciones, pero siempre defendida y libertada por la Madre de Dios, a quien llamaba a gritos en su espantosa soledad (Véase los Bolandistas, Acta SS,, 2 april, p. 76; it., *Vita B. Mariae Aegyptiacae*. Los Bolandistas admiten la autenticidad del relato. Nicéforo Calixto lo ha atribuido, equivocadamente, a San Sofronio; esta Vida fue escrita en el siglo V, según una tradición fielmente conservada por los monjes a quienes Zósimo, ya casi centenario, la había él mismo referido).

No hacen falta, según creemos, largas reflexiones para deducir de este relato cuán natural y común era entonces la costumbre de acudir a la Divina Madre. De otro modo, ¿hubiera sido posible que una criatura sin principios y entregada al más vergonzoso desorden desde su infancia hubiese orado así, públicamente, a la puerta de una iglesia, ante una imagen de la Virgen, y que no tuviese desde entonces otro socorro más eficaz contra las rebeliones de su carne que sus repetidos clamores a la Madre de Dios? (En el siglo V la persecución del rey Arriano Hunerico produjo innumerables mártires. Los de Tipasa son célebres, entre todos, porque conservaron el uso de la palabra después de haberles cortado la lengua. Pues bien, las Actas de su martirio refieren que durante su suplicio no dejaban de invocar los nombres de Jesús y de María, nuevo testimonio del culto depurativo baria la Madre de Dios).

A estos dos hechos podríamos añadir un tercero que nos ha transmitido **San Juan Damasceno**. Queriendo este Santo probar, contra los iconoclastas, la antigüedad del culto de las santas imágenes: "*He aquí* —dice— *lo que se escribe en la Vida del Bienaventurado Basilio, compuesta por Eladio, su discípulo y su sucesor en el obispado. Un hombre muy santo fue una vez a orar ante un cuadro de Nuestra Señora, donde se veía también representado al mártir de Cristo, Mercurio. Suplicaba dicho devoto a la Virgen con toda su alma que hiciese desaparecer al impío Juliano, el emperador apostata. Allí mismo supo, por la imagen, lo que sucedería, porque vio al mártir desvanecerse ante su vista por algunos momentos y reaparecer después llevando entre sus manos una jabalina ensangrentada*" (*de Imaginibus*, or. 1, P.G., XCIV, 1277). Este hecho confirmaría inmediatamente lo que nos enseñaba el precedente, esto es, la costumbre que tenían los cristianos del cuarto siglo de acudir a la intercesión de María; pero ¿es de veras auténtico? Cuestión es esta difícil de resolver mientras que no tengamos nuevos documentos que nos den más luz y más datos, porque la historia citada de Eladio no se conserva.

No se podría alegar en confirmación de este último hecho la autoridad de otra vida de San Basilio, atribuida, por error, a San Anfíloco, amigo íntimo del obispo de Cesarea. El autor refiere que la última entrevista de Basilio con Juliano terminó con terribles amenazas del emperador contra la ciudad de Cesarea, amenazas que se proponía ejecutar a su vuelta de la expedición de Persia. Basilio puso a su pueblo en oración sobre el monte Dídimo, donde se levantaba una Iglesia muy venerable y muy honrada dedicada a la Madre de Dios. Ahora bien, mientras la multitud invocaba la protección divina. "Basilio vio en sueños a la multitud de la milicia celestial cubrir la montaña, y entre los espíritus angélicos una mujer sentada en un trono, que les dijo:"*Llamadme a Mercurio; él irá a matar a ese Juliano, que ha sido tan perfido con mi Hijo y Señor Jesús.*" El Santo, armado con todas sus armas, acudió a la orden de la Reina del Cielo y partió inmediatamente a cumplir su cometido. Sabido es el fin del perseguidor Juliano (Cf. Bolland., Appendix *de vita S. Basilii apocrypha,* die 14 jun.. n.36, t. XXI. p. 944.

Ni los bolandistas, ni Baronio, ni Belarmino, han reconocido esta vida como digna de fe, a lo menos en todas bus partes: tantos son los errores evidentes que contiene. Los Bolandistas, después de haber notado las numerosas incorrecciones en que abunda el relato, hacen, con justicia, reparar cuan increíble es que un hecho de esta importancia, si hubiera sido cierto, no lo hubiesen mencionado ni San Basilio en sus escritos posteriores contra el príncipe apóstata, ni San Gregorio Nacianceno en los elogios que hizo de su glorioso amigo. Todo conduce, por otra parte, a creer que esta vida de San Basilio es una obra del séptimo u octavo siglos, y que, por consiguiente, no puede tener por autor al dicho Anfíloco.

Tillemont (*Hist. eccles. IX*, adnot. 82, *Vie de S. Basile*) sospecha que el relato conservado por San Juan Damasceno podría muy bien no ser más que una variante de la leyenda apócrifa de San Anfíloco. Esta filiación no parece demostrada, porque las dos narraciones tienen notables diferencias. En la primera no se atribuye claramente la visión a San Basilio; además, la Madre de Dios no se manifiesta por una aparición celestial, sino en una de sus imágenes; de aquí se sigue que la falsedad de un relato no implica la falsedad del otro.

El testimonio espléndido del culto de María en el cuarto siglo sería la **Tragedia de Cristo paciente** si se probase que San Gregorio Nacianceno es su autor, como antiguamente se creía en general. Júzguese por la invocación que la corona: "*¡Oh, Verbo divino!, recibe en favor mío la intercesión de tu Madre y de aquellos a quienes has concedido el privilegio de romper nuestras cadenas. Y Tú, Virgen sin mancilla, digna de todo honor; Virgen bienaventurada: Tú, que ahora habitas, los palacios celestiales, despojada de toda humana corrupción, revestida del manto de la inmortalidad, incapaz, como Dios* (El poeta no pretende dar a María el título de Dios, ni siquiera el de diosa, esto sería una impiedad; no hay en esta frase más que una comparación), *de sentir jamás los ataques de la vejez. Desde lo alto del cielo escucha favorablemente mis palabras. Virgen ilustre entre todas, dígnate oír mi oración. A Ti sola, entre los mortales, como a la Madre del Verbo, pertenece el mayor honor y sin medida. Lleno de confianza me atrevo, Señora mía, a ofrecerte este homenaje y depositar en tu cabeza virginal una corona de flores cogidas en la más hermosa de las praderas. Y es que Tú me has colmado siempre de innumerables gracias, protegiéndome contra toda clase de peligros, salvándome de mis enemigos visibles y, más aún, de los invisibles. Lo que más deseo es salir de este mundo después de haber vivido bajo tu amparo y haber sido Tú la más poderosa Protectora mía cerca de tu Hijo. No permitas que sea yo presa del mal ni que sea objeto de burla para el enemigo y el corruptor de los hombres. Defiéndeme, líbrame del fuego infernal y de las tinieblas por la fe que prepara a la justicia y por tu incomparable benignidad. Por Ti nos ha venido la gracia de Dios: por eso te canto hoy mi cántico de gratitud*.

"*Salve, pues, a Ti, Madre y Virgen amabilísima; Salve a Ti, hermosa entre todas las Vírgenes, más elevada que las Ordenes celestiales, Señora nuestra Reina de toda la creación y alegría del género humano. Sé Tú siempre la bienhechora de tu pueblo, y para mí la salud y la vida. Procúrame, Señora mía, la libertad de mis pecados y la perfecta salud de mi alma*" (*Christus patiens*, ver. 25, 27, seqq., en el apéndice de las Obras de San Gregorio Nacianceno. P. G" XXXVIII, 3335, sqq.). No podemos, desgraciadamente, apoyarnos sobre ese fragmento poético. Las críticas más graves niegan su paternidad al teólogo de Nazianceno (Tillemont, por ejemplo (t. IX, S. Greg. de Nazianze, adnot. 110); Dupin, Labbe, Baillet, Baronius y D. Cellier. *Histoire des Auteurs sacrés*, t. VII. p. 196).Algunos han opinado que el Cristo paciente era obra del gramático Apolinario, atribución que bastaría a conservar su valor al testimonio, puesto que dicho Apolinario es del siglo

IV, lo mismo que San Gregorio (Los Apolinar, dos sabios cristianos de Laodicea, el primero gramático, el otro un hijo, retórico, se habían persuadido que era posible conjurar los desastrosos efectos de las Ordenanzas de Juliano, que prohibía a los maestros cristianos la enseñanza de los autores clásicos, revistiendo las Sagradas Escrituras de la forma que él admiraba en la obras de arte de la antigüedad, proyecto que estuvo muy lejos de responder a los esfuerzo; que la empresa costó. De aquí, sin duda, el atribuir el Cristo paciente a uno de los Apolinar. (Vease a Tillemont, I. c.; Boissier, *La fin du Paganisme*, t. I, p. 204; Socrate, Hist eccl., III, 16). Pero en nuestros días esta misma atribución está puesta en duda de tal modo que llegan hasta a designar el siglo XII como fecha probable de la composición de la Tragedia (Es, probablemente —dice Bardenhewer—, una obra del siglo XII, de la que quizá sea autor Teodoro Prodromus, (*Les Peres de l'Eglise, leur vie ct leurs aeuvres*).

Sea como quiera de este último argumento, no dejaremos de concluir, autorizados por monumentos incontestables, que mucho tiempo antes de la definición del Concilio de Efeso la Madre de Dios recibía como tal las oraciones y homenajes de los cristianos, y que si los grandes Obispos que tomaron parte en aquel acto, por siempre memorable, como Cirilo de Alejandría y Basilio de Seleucia, enriquecieron sus discursos con admirables alabanzas y ardientes súplicas a María es porque habían aprendido de los antiguos a rogarle tanto como a venerarla.

III. Las iglesias y las solemnidades consagradas en honra de María demostrarían evidentemente el culto de alabanza y de oración a dicha Señora. Si, pues, hallásemos unas y otras en los siglos anteriores a la gran asamblea de Efeso sería una nueva demostración sin réplica de la remota antigüedad de este culto en la Iglesia. Ahora bien: no hay que hacer ya esta demostración, ni para las fiestas, ni para los santuarios dedicados a la Madre de Dios. Sería difícil, lo confesamos, el fijar con certeza la época a que se remontan las fiestas más antiguas y los más antiguos santuarios especialmente consagrados a María. Sobre uno y otro punto no están de acuerdo los escritores eclesiásticos, y no tenemos ni la competencia ni el tiempo necesario para dilucidar aquí tan graves cuestiones.

Hablando primero de las fiestas, es claro que la Virgen Santísima tenia su lugar en las solemnidades de la Iglesia antes del Concilio de Efeso, puesto que la primera refutación pública de la herejía que negaba su divina maternidad fue hecha por San Proclo, con gran aplauso del pueblo de Constantinopla, en una solemnidad celebrada especialmente para glorificar a la divina Madre.

Si los sermones de que hablábamos al principio de este capítulo fuesen auténticos, y si los títulos que llevan fuesen de sus autores, bastarían para establecer con certeza que varias de las fiestas principales de la Virgen estaban en uso, por lo menos, desde el siglo III y el IV. Pero, ya lo hemos dicho, uno y otro punto son dudosos Hay, pues, que recurrir a otras pruebas.

Ante todo urge hacer aquí una advertencia importante, y es que aun cuando fuera imposible señalar una sola fiesta de María antes de la segunda mitad del cuarto siglo, no sería menos cierto el culto de esta Señora en las edades anteriores. En efecto: culto y fiestas no son términos de tal modo correlativos que no pueda darse alguna vez, el uno sin las otras. Las fiestas suponen el culto, puesto que son una de sus más claras expresiones; pero el culto pue-

de existir sin las fiestas. ¿Diréis, tal vez, que los cristianos no han honrado siempre el Nacimiento del Salvador? Y, sin embargo, la fiesta de Navidad era todavía desconocida en nuestro Occidente a mediados del siglo III; mucho más lo era en Oriente, pues, allí la recibieron de Roma. La mención más antigua de su existencia está en el calendario**filocaliano**, compuesto en Roma el año 336. **San Juan Crisóstomo**, en una homilía pronunciada hacia el año 386, afirma de la misma solemnidad que su introducción en la Iglesia de Antioquía no databa sino de diez años atrás y en Alejandría parece que no fue adaptada sino hacia el año 430.

Contribuiría a confirmar la verdad de esta primera advertencia la opinión de los que pretenden que la Iglesia de Roma no parece que celebraba fiesta alguna particular de la Virgen antes del siglo VII, cuando adoptó las cuatro fiestas bizantinas, es decir, la Anunciación, la Natividad, la Presentación y la Dormición de la Virgen (Duchesne, op. cit.). Sería, en efecto, demasiado absurdo el pretender que hasta entonces no había recibido la Madre de Dios ni culto ni alabanzas, ni culto de oraciones en el centro de la Iglesia católica. Por lo demás, aunque fuese cierto que la introducción de las fiestas de la Virgen en Roma no pasa más allá del siglo VII, no se sigue de aquí que su primera institución date de esta época. Así, los países del rito galicano parecen haber celebrado desde el siglo VI una fiesta de la Madre de Dios (Duchesne, *Liber Pontificalis*, t. I, p. 381). En la *Vida de San Teodoro*, el fundador ilustre de tantos monasterios, que vivía a mediados del siglo V se hace mención de una fiesta de la Santísima Virgen tan solemne que atraía gran número de gentes a su celebración (24) Surius, 11 jan., c. 28). Si el primer monumento incontestable de la Anunciación es un canon del Concilio in Trullo, tenido en Constantinopla en 692, el decreto supone la fiesta y no la crea, puesto que permite solamente celebrar en ella la Misa perfecta aun cuando caiga en Cuaresma. También la supone de igual modo como fiesta antigua el décimo Concilio de Toledo (656),que la traslada al octavo día antes de Nochebuena, como habían hecho ya varias Iglesias a fin de que el tiempo de Cuaresma no impidiese el darle octava.

Thomassin, cuya severa crítica es notoria, después de haber citado estos hechos y otros del mismo género no vacila en concluir que las solemnidades principales de la Santísima Virgen, que se encuentran generalmente celebradas por toda la Iglesia, desde la primera mitad del siglo VII habían comenzado desde mucho tiempo antes a extenderse entre las iglesias particulares, porque "*un intervalo de 250 o 300 años no es demasiado largo para lograr que, sin estatuto alguno general de la Iglesia, la sola devoción, ya de los particulares, ya de las iglesias separadamente, haya hecho de una devoción libre una observancia general en toda la cristiandad*" (Thomassin, T*raité de la célebration des Fétes*, 1. II, ch. 2, § 9).

Benedicto XIV, sobre esta cuestión de la antigüedad de las fiestas de la Santísima Virgen y especialmente de la fiesta de la Anunciación, encarece algo más que el docto oratoriano, a quien encuentra demasiado tímido en sus afirmaciones. Lo que induciría a creer que no lo hace sin motivo es que la solemnidad de la Anunciación de María se encuentra universalmente celebrada entre los cristianos de toda comunión y de todo rito: griegos, coptos, sirios, caldeos, etíopes; de donde se podría, naturalmente, concluir que su institución es anterior a la separación de las Iglesias. Sea como quiera, el solo hecho de la predicación de San Proclo es una prueba incontestable de que, por lo menos en Oriente, las solemnidades en honor de María precedieron al Concilio de Efeso. Y esta conclusión subsistiría aun cuando la historia eclesiástica no registrase fiesta alguna especial de esta clase. Porque, según advierte Thomassin,

las solemnidades del Nacimiento y Encarnación del Señor eran, por su misma naturaleza, fiestas de María. ¿Podianse celebrar esos dos misterios del Hijo sin festejar al mismo tiempo a la Virgen, en quien y por quien se habían obrado? Así, puede decirse que, por una conmovedora compenetración, la Madre es honrada en las fiesta del Hijo como el Hijo es a su vez honrado en las de la Madre.

Pasando de las fiestas a las iglesias dedicadas a María encontramos primero en el Oriente, la gran iglesia de Efeso, aquella misma en que fue solemnemente proclamada la maternidad divina, testigo incontestable de que ni su culto privado ni su culto publico fueron inaugurados por aquel concilio.

Varios antiguos *Itinerarios y Peregrinaciones* de Tierra Santa hacen mención de la Basílica de *Santa María*, situada en el valle de Getsemaní, cerca de la tumba de la Virgen; por desgracia estos documentos son posteriores al siglo V, y como guardan silencio sobre la fecha de la fundación, no bastan por sí solos para fijar la construcción de la dicha Basílica, sea en el siglo IV, sea en los principios del V. Lo mismo diremos de la *Iglesia de Santa María* que esos mismos libros nos describen como contigua a la *Basílica del Santo Sepulcro o de la Resurrección*.

M. de Vogue, en su *Eglises de Terre Sainte*, piensa que la Iglesia que cubría la tumba de la Virgen data del siglo IV. Trae hasta su historia desde esta época, pero confiesa que no fue mencionada sino mas adelante.

Interesante sería estudiar los orígenes de la basílica romana conocida por Santa María la Mayor. Esta venerable iglesia es, en su conjunto, y a pesar de sus muchas reformas, un monumento de la primera mitad del siglo V. La hizo construir el Papa Sixto III (432-440) casi inmediatamente después de la conclusión del Concilio de Efeso. Era como un trofeo levantado en memoria del triunfo de la Madre de Dios, como lo atestiguaban, no sólo el texto de la inscripción dedicatoria, que se desarrollaba en mosaico sobre la puerta de entrada, sino también la concepción general de la decoración. De aquí, sin duda, tenemos derecho para inferir la preexistencia del culto de la Santísima Virgen. Pero para tener una prueba palpable y directa habría que remontarse más atrás en el curso de las edades y mostrar que el nuevo edificio no era más que una restauración más espléndida de un monumento anterior igualmente consagrado a la memoria de la Virgen Madre. Esto es lo que Benedicto XIV, después de otros autores, ha deducido de la antigua tradición, consignada en el *Breviario* (Fiesta de Ntra. Sra. de las Nieves), según la cual la basílica de Liberio, reemplazada la de Sixto III, había sido edificada a **petición misma de María**, petición confirmada por el célebre milagro de la nieve. No traeremos aquí los argumentos que, según el docto Pontífice,"*bastan para hacer moralmente evidente la verdad del prodigio*" (La leyenda está en el Breviario Romano, el 5 de agosto. Se hallará la discusión sobre la autenticidad del hecho en De Festis B. V. Mariae, c. 7, nn. 6, sqq.). Como el Papa Liberio ocupó el trono pontificio hacia la mitad del siglo IV (352-366),tendríamos por esta época una iglesia expresamente erigida por un Pontífice en honor de la Virgen Santísima. Aun opina Benedicto XIV que la basílica de Liberio no fue la primera de esas iglesias edificadas en la capital del mundo romano. "*Los arqueólogos* —dice en el mismo lugar de sus obras— *mencionan algunas otras iglesias igualmente dedicadas, en Roma, bajo la advocación de la Santísima Madre de Dios, anteriormente a la dedicación de la basílica de Santa María de las Nieves. En cuanto a nosotros, nos basta el poder sostener que, antes de la dedicación de esta última iglesia, el Papa Calixto*

había ya consagrado más allá del Tíber una iglesia a la Madre de Dios". Sea como quiera de esta conjetura, estamos ya muy lejos de las opiniones que hacen datar solamente de la segunda mitad del siglo V, ya la fundación de las iglesias erigidas bajo la advocación de la Santísima Virgen, ya el culto de oración y de alabanza que le tributan los cristianos.

Léase en el ***Liber Pontificalis***: "*Calistus, natione Romanus... Hic fecit basilicam trans Tiberim...*" "Es —dice el Abate Duchesne (Liber Pontificalis, t. I, p. 141, coi., p. 20G) — la basílica de Santa María de Transtevere, que en su estado actual no va más allá de Inocencio II. Debe su fundación al Papa Julio (337-352), que la hizo construir *trans Tiberim. .. juscta Callistum. . .*" "*Al doble título* (de Calixto y de Julio) —añade el mismo autor— *vino a sobreponerse, desde el siglo VII, el de Santa María.*" Lo que no prueba, sin embargo, que no fuese anteriormente una iglesia de la Madre de Dios.

Respecto a la fundación de la basílica de Santa María la Mayor por el Papa Liberio, y a las milagrosas circunstancias que la provocaron, responde, ante todo, Benedicto XIV a los que objetan la ausencia de monumentos contemporáneos, "*que el unánime sentir de los autores pertenecientes a toda nación* (como sucede en el caso presente), *es de gran autoridad, aun cuando falten monumentos*". Después añade: "*Una tradición piadosa no puede ser rechazada con el pretexto de que le faltan monumentos contemporáneos, si los siglos posteriores la aprueban*, como lo hace notar sabiamente Papelbrock en sus Respuestas al P. Sebastián (p. II, p. 3G5), cuando dice: "*Sucede con frecuencia también que la sustancia de una tradición es de tal naturaleza, que sería temeridad el ponerla en duda, aun cuando faltasen los testimonios de los contemporáneos*"(Benedic. XIV, op. cit-, c. 7, n. 15).

Citemos, por fin, la viejísima iglesia conocida bajo el nombre de Santa María la Antigua, *Sancta Maria Antiqua*, que, descubierta últimamente en el Forum Romano, parece haber sido dedicada a la Madre de Dios en el siglo IV.

No se podría precisar la época fija en que aparecieron en Oriente las iglesias y las basílicas de la Santísima Virgen. Lo que sabemos de un modo positivo es que Efeso tenía su gran basílica de la Madre de Dios aun antes de que Nestorio hubiese atacado su divina maternidad. Este hecho, que ignoraríamos si no fuese por una carta de San Cirilo, nos llevaría, espontánea y naturalmente, a presumir que esta basílica no era la única, aunque las historias no señalasen otras.

Dejemos a otros el cuidado de examinar dos hechos que, si estuviesen demostrados, contribuirían grandemente a poner en evidencia la antigüedad del culto laudatorio y deprecatorio de la Madre de Dios. El primero sería la erección, hecha en el Carmelo, de un santuario a la Virgen Santísima viviendo aún esta divina Madre. El segundo, quizá menos sujeto a controversia, es el acto del primer emperador cristiano dedicando Constantinopla al Dios de los mártires (Euseb., V*ita Constantini*.) y poniéndola bajo la protección especial de la Santísima Virgen. Esto relatan los dos historiadores griegos Zonaras y Cedreno. Es por lo menos, absolutamente cierto que en los siglos siguientes era venerada la Santísima Virgen como patrona y protectora de la ciudad (Tillemont), sin que se pueda indicar una fecha posterior a Constantino para dicha consagración.

Detengámonos en estas pesquisas. ¿Qué más hace falta para establecer de modo incontestable la preexistencia del culto de Nuestra Señora a las controversias nestorianas? ¡Sí!, desde el siglo IV era María universalmente honrada y rogada por los cristianos, objeto de veneración, de esperanza y de amor. Todo lo demuestra los santuarios, las fiestas religiosas, los escritos de los Padres y aun los mismos atribuidos a dicha época, aunque sean de origen menos antiguo. Y ese culto no aparece entonces como una novedad, porque por muy lejos que podamos dirigir nuestras miradas a las edades que preceden, tanto cuanto nos es permitido el levantar los velos bajo los cuales estaba entonces oculta la vida cristiana, María siempre se revela a nosotros, como se manifestará más adelante, la más elevada, la más santa de las criaturas, Mediadora entre Dios y los hombres. Sucede con su culto lo que con todas las grandes instituciones cristianas. Lo que se va desarrollando a través de las edades existe desde el principio. *Non nova, sed nove*. Es el árbol que crece, es el río que dilata sus márgenes y ahonda su lecho; pero el árbol y el río tuvieron principios: raíces el uno, fuente el otro, *a principio*.

¡Qué gozo para nosotros, cristianos del siglo XX, el encontrarnos a los pies de nuestra Madre celestial con toda la gran familia de Dios, que es también la suya, es decir, en compañía de los fieles de todos los países y de todas las edades! Y ¡cuán viva será nuestra confianza de ser atendidos por Ella si pensamos en tantas generaciones sucesivas que no la han invocado jamás sin recibir plenamente, por su maternal intercesión, gracias, auxilios y beneficios!

IV. No negaremos que la devoción a María, aunque no tenga su origen en el Concilio de Efeso, se desarrolló desde entonces de un modo esplendoroso. Pueden indicarse algunas causas.

La primera, el estado del cristianismo en el mundo. Mientras que la idolatría no estuvo vencida, cuando los cristianos vivían hundidos más o menos en la masa del paganismo, el culto de la Santísima Virgen debía estar más contenido y exigía que se guardase más reserva. Hubiera habido peligro en prodigarle con mucha ostentación los homenajes que merece por su maternidad, y esta misma maternidad creaba el obstáculo. Porque los enemigos de la fe hubieran hallado en las manifestaciones demasiado públicas del culto ocasión de volver contra los cristianos la acusación de idolatría. No hubieran sabido, ni querido, distinguir a la Madre de Dios de aquellas diosas, madres de los falsos dioses que adoraba el paganismo. ¿Quién sabe? Quizá hasta los mismos convertidos, desprendidos apenas de las supersticiones que durante tanto tiempo los habían encadenado, habríanse escandalizado de los honores solemnes rendidos a María. Pero en el siglo V todo peligro de este género se desvaneció por completo. El culto de la Virgen Madre, culto de alabanzas y culto de oración, no podía ya temer el ser desnaturalizado; podía desarrollarse ampliamente, a plena luz, y los cristianos no encontraban ya obstáculo alguno que comprimiera sus anhelos. He aquí por qué los homenajes de veneración y amor hacia María se nos presentan más numerosos a medida que la era de las persecuciones desaparece en la lejanía de los años. Tal es el pensamiento de Thomassin, en su tratado de la *Celebration des Fétes* (36).

Pero hay otra causa más profunda todavía y más verdadera. Es como una ley divina que todo, en el seno de la Iglesia, para desarrollarse ampliamente y vivir con vida más intensa y más universal, necesita pasar por la contradicción. Si el Evangelio tomó tan rápidamente posesión del mundo fue porque la sangre de los mártires había sido semilla de cristianos; es

que el viento furioso de las persecuciones, en vez de apagarlo, lo llevó de provincia en provincia y de una a otra orilla para abrasarlo todo.

La mayor parte de nuestros dogmas, antes de tener su fórmula clara, firme y precisa, han debido sufrir los ataques de la herejía, que se esforzaba en corromper su sustancia. Así, las grandes definiciones de Nicea, de Efeso, de Calcedonia y tantas otras han sido determinadas y preparadas por los errores de Arrio, de Nestorio, de Eutiques y de otros grandes innovadores. Ha sido necesaria, en el campo de la moral cristiana, la corrupción del mundo romano y las gigantescas invasiones de los bárbaros, asolándolo todo en el imperio, para apresurar y madurar las ricas cosechas de vida religiosa que fueron la honra del siglo V y de los siguientes. Más adelante, cuando nuevos bárbaros hubieron amontonado por todas partes las ruinas de aquella tierra, como arada y cavada por ellos, surgieron a millares catedrales y abadías, monumentos imperecederos del renacimiento religioso de la Edad Media. No acabaríamos si quisiéramos recordar los ejemplos de dicha ley. He aquí, como último ejemplo, la herejía de Jansenio procurando destruir en el alma cristiana la confianza filial en la misericordiosa bondad de Jesucristo. Es el preludio de una manifestación nueva y más ardiente de esa misma bondad y misericordia. El Corazón de Jesús se revela a los hombres con todas las efusiones de su amor, como no lo había hecho hasta que aparecieron las desesperantes doctrinas del jansenismo; y cuanto más el infierno ha redoblado sus esfuerzos para arrancar a las almas el amor y la confianza, más las atrae Dios, con un desquite digno de El, a sus brazos y a **su Corazón** "*con lazos de humanidad y cadenas de caridad*" (Os., XI, 4).

Tal fue, dijimos, la razón principal del más completo desenvolvimiento del culto de la Santísima Virgen después del Concilio de Efeso. A decir verdad, Nestorio fue, a su modo, el gran promotor de ese movimiento. Había desafiado a la familia cristiana, ultrajando el honor de su Madre, y la familia cristiana respondió a sus provocaciones con aumento de alabanzas de veneración, de homenajes, de plegarias y de amor. El río de la devoción a María, que hasta entonces corría más silenciosamente a través de todas las partes de la Iglesia, detenido súbitamente en su curso por la herejía nestoriana, engrosó sus aguas ante los obstáculos y los derribó, desbordándose por el mundo entero. Ahora bien; lo que sucedió en el siglo V se renovará siempre en la sucesión de los tiempos. Todo esfuerzo del infierno para ahogar o aminorar el culto de la Madre de Dios será la ocasión providencial de una expansión mayor y más creciente. Iconoclastas, albigenses, protestantes, jansenistas serán, unos después de otros, lo que fue Nestorio antes de ellos: los involuntarios promotores del culto de María. Así, las invasiones injustas, rechazadas victoriosamente, engrandecen al pueblo atacado contra todo derecho.

Añadamos, como última causa, la ley de la evolución. No tenemos que decir lo que hace esta ley en el orden de la naturaleza ni en qué límites se encierra; tampoco emprenderemos la tarea de mostrar las múltiples aplicaciones que tiene en el orden superior de la gracia, ea que se trate del crecimiento individual, o del perfeccionamiento en el dominio de la creencia y del culto de la Iglesia.

Bástenos el haber comprobado la existencia universal de la ley. Ahora bien; ¿podía tener un campo de aplicación más favorable que la devoción hacia la Madre de Dios? ¿Qué cosa más natural y más sencilla para los hijos que estudiar las perfecciones de su madre y buscar cada día nuevas maneras de demostrarle el amor y la veneración que le tienen? Y si esta ma-

dre es, como María, la obra maestra de Dios, un mar de grandezas, de poder y de misericordias, ¿adonde llegarán sus invenciones y cuándo sentirán la necesidad de decir: basta, basta de honores, basta de fiestas, basta de oraciones, basta de alabanzas?

Por último, no olvidemos la asociación, tantas veces reconocida, de la Santísima Virgen y de su Hijo en todos los misterios. Si, pues, el culto del Hijo comprende manifestaciones cada vez más numerosas y más variadas, ¿no es fuerza que, bajo pena de romper el lazo indisoluble que une a la Madre con el Hijo y al Hijo con la Madre, ésta participe, en su medida propia, de la expansión del culto de Jesucristo? Por consiguiente, lejos de escandalizarnos de ver a María siempre más honrada y más amada, debería sorpren-. dernos y parecemos sumamente extraño y contra naturaleza el volver atrás, o simplemente el detenerse definitivamente en los homenajes rendidos por los cristianos a esta Virgen bendita. Madre de todos y Madre de Dios, por lo demás, lo repetimos, el antiguo adagio Non nova, sed nove, queda a salvo en este desenvolvimiento sucesivo de filial devoción: lo que creemos de María, lo que honramos en María, es aquello mismo, ni más ni menos, que nuestros Padres en la fe creían y veneraban, desde el primer origen de la Iglesia, la maternidad divina y la maternidad de gracia, la Madre de Dios Salvador y la Mediadora de la salud.

Ultimos enemigos de nuestra Madre en el seno de la Iglesia

"Los avisos saludables de la Virgen a sus devotos indiscretos": bibliografía, refutaciones. Nuevo triunfo de la devoción católica, y conclusión.

I. No ha sido sólo el protestantismo el que ha combatido el culto de la Madre de Dios en los tiempos modernos. Una herejía más disimulada, más hipotética y no menos peligrosa por lo mismo que se cubría con la máscara de la fe y de la piedad católica, siguió a los luteranos y calvinistas por este camino. Hablamos del jansenismo y de sus adeptos. Lo que hizo con la**divina Eucaristía**, mejor dicho, **contra** la divina Eucaristía, lo renovó con el culto de la Santísima Virgen. No niega abiertamente las prerrogativas de María, ni el honor que le debemos rendir, ni el auxilio que de Ella podemos esperar y recibir, como tampoco negaba la presencia real del Cuerpo y de la Sangre de Cristo en el Sacramento del altar o los frutos de santidad que produce; procederes son estos claramente impíos que hay que dejar a los heréticos declarados. Pero, aun ocultando sus ataques bajo falsos pretextos y apariencias mentirosas, no se encaminaba menos seguramente a destruir en las almas la alta estimación que debemos tener de las grandezas de María, y sobre todo la confianza filial que los cristianos han profesado siempre a su poderosa y maternal intercesión. Estos grandes títulos de Mediadora, de Cooperadora de nuestra salud, de Madre de gracia y de misericordia, y otros del mismo género le eran insoportables; y porque la Salve los resume todos cuando llama a María *"nuestra vida, nuestra dulzura, nuestra esperanza"*, hubiera deseado, si le hubiera sido posible, ahogar este himno en la boca de los cristianos al cabo de tantos siglos que se cantaba en la Iglesia.

En vano se le mostraría que los títulos y las alabanzas que él persigue con sus críticas habían sido empleados por los Padres y por los Santos; ellos los decían *"como expresiones extraordinarias y figuradas, de las cuales no debemos servirnos sin prudencia y sin discreción"* (*Avis*

salutaires..., § 3, n. 5. Y, sin embargo, esos mismos Padres, después de haber multiplicado los títulos de honor y llevado tan arriba los privilegios de la Virgen, confesaban que Ella estaba muy por encima de toda alabanza y de todo concepto). En cuanto a los himnos de la Iglesia en los que hallamos *"esas* (pretendidas) *hipérboles y esas vanas adulaciones"* hay que restringirlas a términos más moderados y, por consiguiente, más verdaderos, ya interpretándolos, ya hasta quitándoles lo que tienen de exageradas, para substituirlas por nociones más exactas y menos aptas para falsificar las ideas de los fieles.

El jansenismo intentó hacer esto en el siglo XVII, y sobre todo en el XVIII. Tratábase de reformar la Liturgia, y no faltó a la tarea. En los treinta últimos años del siglo XVII emprendieron la reforma las diócesis que tenían libros litúrgicos particulares. Los que seguían la liturgia romana no se entregaron a estas innovaciones sino durante el curso del siglo XVIII. Véanse las Institutions liturgiques, de Dom Próspero Guéranger (au Mans. Feuriot. 1841), t. I, p. 72. No pretendemos decir que todo fue malo en los retoques del siglo XVII, ni en las intenciones de los autores. Nada hay seriamente reprensible en el Breviario de Soissons, publicado en 1676; ni en el de Reims, de M. Le Tellier, en 1685 ; ni en el de Mans, de 1693, por L. de Tressau, etc. Pero no puede decirse lo mismo del Breviario de Viena, publicado en 1678 por H. de Villars ; menos aún en el de París, publicado por F. de Harlay... (ídem, ibíd., pp. 73 y sigs.).

Hablando sólo de este último, diremos que su oficio de la Virgen no contenía ya esta antífona formidable para todos los sectarios: *Gaude Maria Virgo, cunctas haereses sola interemisti in universo mundo*, ni esta otra, no menos venerable: *Dignare me laudare te, Virgo sacrata; da mihi virtutem contra hostes tuos*. El mismo Breviario proveía de armas contra la verdad de la gloriosa Asunción de María; porque después de haber quitado de la 6° lección de la fiesta las hermosas palabras de San Juan Damasceno, *Hanc autem vere beatam*, etc., suprimía en el cuarto día de la Octava las tres lecciones en que el mismo Santo refiere la gran escena de la Muerte y de la Asunción corporal de la Madre del Salvador. El hermoso Oficio de la Visitación desaparecía todo entero, y la Anunciación de la Santísima Virgen se convertía en la *Annuntiatio Dominica*, a fin de que esta solemnidad dejase de ser una fiesta de María, para convertirse exclusivamente en una fiesta de Nuestro Señor (ibid., pp. 86 y sigs.).

Alguna moderación se guardó en los atentados sancionados por Fr. de Harlay. Pero no hubo ninguna en el *Nouveau Breviaire de París*, editado en 1636 por la autoridad de monseñor de Vintimille. ¿Y quién puede asombrarse de ello, conociendo a los tres hombres encargados de su redacción? Eran el P. Viguier, Fr. Phil. Mesenguy, un acólito rebelde abiertamente contra las decisiones de la Iglesia, y el seglar Coffin, sucesor de Rollín en la administración del Colegio de Beauvais, en París, y **apelante**, como su predecesor. Que los redactores tuvieron la intención expresa de disminuir las manifestaciones de la piedad católica hacia la Madre de Dios, cosa es que los espíritus menos prevenidos se han visto obligados a confesar.

Demos algunos ejemplos, tomados también de Don Guéranger, y comencemos por el *Ave Maris Stella.* Este cántico admirable, en el que la Iglesia expresa con tanta seguridad el poder de Aquella que sólo con pedir a su Hijo obtiene lo que quiere, y que nos salva con su oración, como Él con su misericordia, se ve en ese nuevo Breviario no sustituido por otro, sino fríamente corregido y mutilado. Y, en verdad, ¿por qué la Iglesia Católica, según el sentir de aquellos austeros reformadores, prodigaba en dicho himno sus hipérboles a la Reina del Ci-

elo? De las siete estrofas solamente tres, la primera, la cuarta y la última, es decir, la doxologia final, son conservadas. La quinta. *Virgo singularis*, desaparece, sin duda porque era imposible el parodiarla. Las otras están alteradas profundamente, como puede verse comparando el texto de la Iglesia Romana, conservado por Francisco de Harlay, con el texto de Coffin, en el Breviario de Vintimille (1° edición) :

Sumens illud Ave	*Virgo singularis*
Gabrielis ore	*Verae vitae parens,*
***Funda** nos in pace*	*Quae mortem inyexit*
Mutans Evae nomen.	*Mutans Evae nomen.*
***Solve** vincla reis*	***Cadant** vincla reis*
***Profer** lumen coecis*	*Lux **reddatur** coecis*
*Mala nostra **pelle***	*Mala cuncta pelli*
Bona cuncta posce	*Bona **posce** dari.*
*Vitam **praesta** puram*	*Vitam **posce** puram*
Iter para tutum	*Iter para tutum*
Ut videntes Jesum	*Ut videntes Jesum*
Semper collaetemur.	*Semper collaetemur.*

Desagradaba al jansenismo el llamar a María la Madre de la Gracia y de la Misericordia. Coffin quita igualmente esos títulos en las Completas del Oficio Parvo de la Santísima Virgen. Ya no será el texto de la Iglesia Romana perdonado por Harlay: *María Mater gratiae. Dulcís parens clementiae. Tu nos ab hoste protege, et mortis hora suscipe*. El Breviario de Vintimille (1? ed.) dirá *Et nos Dei virgo parens. Vultu benigno respice*; *Placabilem tua prece. Fac esse nobis Filium*. Desaparecen también del Oficio de la Circuncisión las Antífonas seculares: *O admirable commercium. Quando natus es ineffabiliter*; *rubum quem viderat*, *Germinavit. Ecce Maria*, etc. Desaparecen las Antífonas tan expresivas: *Assumpta es María in coelum. Exaltata est Sancta Dei genitrix*, etc. *Nativitas gloriosae, Nativitas est hodie, Nativitas tua, Dei genitrix*, etc. Si consienten en dejar las Antífonas: *Alma Redemptoris, Ave Regina coelorum*. *Regina coeli laetare* y *Salve Regina*, suprimirán, por lo menos, sus antiguos versículos: *Post partum Virgo*, *Dignare me laudare*, *Gaude et laetare,* etc. Antífonas y versos del antiguo Breviario serán sustituidos por frases y textos bíblicos, vacíos del nombre de María.

Inútil parece el añadir que no perdonaron en esos odiosos retoques a la fiesta de la Concepción. No se contenta con mantenerla en el rito de solemne menor a que la había rebajado Francsico de Harlay; la nueva reforma suprimió la Octava de esta gran fiesta. Veíanse así, puestos en práctica por todas partes, los Avisos saludables (Dom Guéranger, 1. c., pp. 333-338). No menos fueron seguidos en el Breviario de Cluny y en el Nuevo Misal de Troyes, publicados, el primero en 1676, y en 1736 el otro, coma lo demuestra el sabio abad de Solesmes (op. cit., pp. 106, 107 y pp. 205 y sigs.).

Innecesario igualmente añadir que lo que se quitaba de los Oficios litúrgicos se perseguía en los libros, en los que se reputaban *"impiedades y blasfemias"* frases como éstas: "*Te pido... que te dignes disponer tan bien mi alma para recibir el cuerpo de tu Hijo Jesús, que no le haga des-*

honor... ¡Ah! por favor, dame las disposiciones necesarias." (Juicio y censura del*Petit livre de vie, qui apprend a bien vivre et a bien prier Dieu, par le* I*. Amable Bon-nefons, S. J.)

II. Nuestro intento no puede ser el refutar particularmente todos los ataques dirigidos por el jansenismo contra el culto de la Madre de Dios. Gran número de ellos han sido ya victoriosamente rechazados en el curso de la presente obra, y sobre todo aquellos que van más directamente o contra la cooperación de la Virgen Santísima a la salvación de los hombres, o contra la asistencia que todo cristiano puede hallar en Ella, por criminal que sea. En cuanto a los demás, se disiparán fácilmente a la luz de los principios que repetidas veces hemos establecido. Notaremos, sin embargo, algunos de esos ataques, aunque no sea sino para mostrar con nuevos ejemplos el género de esos tristes sectarios y su encarnizamiento contra la devoción filial y confiada de los católicos a su Divina Madre. Todo el veneno de sus dolorosas doctrinas ha sido concentrado por ellos en el libro titulado **Advertencias saludables de la Santísima Virgen a sus devotos indiscretos**, obra que ya hemos tenido varias veces ocasión de mencionar.

No creemos inútil decir por una vez el origen y fortuna de este libro. Apareció en la segunda mitad del siglo XVII, y para hablar con más exactitud, en el año 1673, a fines de noviembre. Estaba escrito en latín, y se imprimió en Gante, en casa de Erckel. La primera traducción al francés apareció en Lille, en 1877, en casa de Nicolás de Rache, con una tarta apologética del autor. Era del fogoso jansenista D. Gabriel Gerberon, a quien algunos han atribuido también el texto latino primitivo. Siguióse en seguida la segunda traducción, en opinión de unos, o una segunda edición, pero algo modificada, en opinión de otros. Llevaba en el pie de imprenta el nombre de Gante, pero todo inclina a creer que salió de una imprenta clandestina de París. Desde 1673 corría también una traducción alemana. Muy pronto publicaron los hugonotes una tercera edición francesa, en Rouen, con adición de unas *Reflexiones* muy injuriosas para la Iglesia Católica. Hállanse éstas al final de la *Apologie des dévots de la Sainte Vierge* (Bruxelles, Coopens, 1675), desde la página 885. Son muy breves, y terminan así:

"El lector debe saber que las Advertencias a los devotos indiscretos han sido impresas también en Lille por Nicolás de Hache, impresor del rey, con privilegio y aprobación de monseñor Gilbert de Choiseul du Pressis Praslin, obispo de Tournai, y la de monseñor de Campenhout, deán de la iglesia colegiata de San Pedro de Lisie, y de M. Jacobo Boudard, canónigo teólogo de la misma iglesia, en marzo de 1673."

Bordas-Dumoulin, pseudo filósofo y literato jansenista de principios del siglo XIX, desenterró y volvió a editar el librito. Cosa propia de un autor cuya obra sobre los *Pouvoirs constitutifs de l'Eglise,* en la que consagra dos capítulos a lo que él llama el *Marianismo substituido al Catolicismo*, ha sido censurada por el Indice (decreto del 7 de abril de 1856).

¿Quién era el autor de los *Avisos* o *Mónita Salutaria B. V. M. ad cultores suos indiscretos*? La opinión común los atribuye a un jurisconsulto de Colonia, Adán Widenfeldt, convertido imperfecto del protestantismo al catolicismo. Los compuso bajo la inspiración de los jansenistas, a cuyos jefes había conocido en Gante, primero, y después en París. Apenas apareció este librito se escandalizaron todos los católicos. En cambio, los herejes de Holanda, Alemania y Francia triunfaron altamente; lo tradujeron en sus lenguas respectivas, y lo extendieron por

todas partes, con las reflexiones más insultantes para la Iglesia Católica, insinuando, en infinidad de escritos, que por fin comenzaba la Iglesia a reconocer, por medio de dicho librito, sus errores y su idolatría. Y por esta razón Widenfeldt se vió obligado a hacer una gran apología, tanto de su doctrina como de sus intenciones.

Esta apología no fue muy afortunada. La Santa Sede la condenó en 1675. Algún tiempo antes, el 27 de noviembre de 1674, la Inquisición de España censuró los *Avisos saludables*, como indiscretos, peligrosos y perniciosos, y propios para apartar a los fieles del culto de la Santísima Virgen, etc. La Facultad de Teología de Mayenza los condenó, en el mes de mayo de 1674 como escandalosos, perjudiciales y con sabor jansenista y luterocalvinista. En Roma fue puesta dicha obra en el Indice de libros prohibidos, en 1672, y positivamente censurada después, en 1676, a pesar de las aprobaciones de que estaba provista, a pesar de la Carta Pastoral que M. de Choiseul, obispo de Tournai, publicó para adoptarla, y a pesar, en fin, de todos los esfuerzos del partido... El autor culpable de los *Avisos saludables* (Widenfeldt) murió cuatro años y medio después de su publicación, es decir, el 2 de junio de 1678, de edad de sesenta años, próximamente (*Dictionnaire des livres jansénistes*, t. I, pp. 169 y sigs.).

Para que se juzgue mejor de la conmoción producida en el mundo católico por este desdichado libelo, daremos la lista de las principales refutaciones que de él se hicieron, con la fecha de su publicación, o, mejor dicho, reproduciremos la lista que formó el P. Zaccaria (*Storia letteraria d'Italia*, t. Vili, 247-251), *"con ayuda del Nuevo Diccionario de obras jansenistas, de las Memorias cronológicas y dogmáticas del P. de Avrigny, de las Memorias de Trévoux y de otros libros análogos"*, sin perjuicio de completarla con indicaciones más exactas y explícitas, o con adiciones sacadas en su mayoría del P. Backer,*Ecrivains de la Compagnie de Jésus,* t. II, pp. 2020 y siguientes; después indicaremos las obras publicadas en sentido contrario.

I. Refutaciones de los *Avisos saludables*

En 1674, es decir al año de aparecer *Mónita Salutaria*:

Defensio B. V. M. et piorum cultorum ***ipsius*** *contra libellum intitulatum:* ***Mónita salutaria****, etc., a S. Sede et a sacro Tribunali Hispaniarum prohibita. Est contra Epistolam Apologeticam pro eisdem; cui addita est praefatio contra Epistolam gallice editam* a D. Gilbert, ep. Tornacensi, ad Ecclesiae Praelatos directa. Auctohore F. Lod. Bona, theologo. Typis Christ. Kiirchleri, 1674.

Este Lodvisius Bona era M. Dubois, profesor de Lovaina.

Cavillator veri Hyperduliae cultus Magnae Dei Matris deprehensus et reprehensus. Pragae, 1674, et Leodii apud Henric. Wypart, 1674, in-12°, p. 30. (Por el P. Maximiliano Reichenberg, S. J.). En el mismo año y del mismo autor: ***Appendix****paroenetica in Apologian simul et Palinodiam defensoris Monitorum insalutarium.* Además: ***Brevis Apostrophe*** *ad Regularem annonymum* ***Mónita*** *salutaria indicantem,* 1675. ***Reflexiones*** *super approbationibus libelli,* 1674. *Paroenesis ad Monitorem Antimarianum*. Por último, dos años más tarde, es decir, en 1677, apareció la obra postuma: ***Mariani cultus vindiciae****, seu nonnullae Animadversiones in libellum cui titulus: Mónita Salutaria B. V. Mariae ad cultores suos indiscretos*. *Pro vindicanda contra auctorem anonymum Deiparae gloria, secundum Orthodoxae Fidei Dogmata. SS. Patrum testimonia,*

rectae rationis dictamina et theologorum principia, concinnatae a R. P. Maxim. Reichenberg.. . e S. J. Pragae, 1577, 4*. p. 184.

El Culto de la Virgen María sostenido contra las admoniciones indiscretas de un autor anónimo, por el R. P. F. H. Henneginer, licenciado en Teología. Saint-Omer, Carlier, 1674, 12". —Esta obra, escrita en latín, fue traducida por el P. J. Chrysost. Bruslé de Monteplein-champ, S. J., bajo este título: *Le culte de la Sainte-Vierge vengé*. Saint-Omer—. Una primera traducción de la misma obra, por el P. Le Roi, O. P., había aparecido también en Lille.

Juste apologie *du culte de la Mère de Dieu, ou discrets avis des Saints Tères contra les Avis indiscrets de l'auteur du livre intitulé:* ***Avis salutaires***, etc., par le P. P. F. Gregoire de Saint-Martin. Douay, Serrurier, 1674, 8v.

Sentimients *des Saints Pères et Docteurs de l'Eglise touchant les excellences et prérogatives de la très Sainte Vierge Maria Mère de Dieu*. Recogido todo fielmente de los escritos de ellos. Para servir de respuesta a un librillo titulado *Advertencias*... París, Guignard, 1674. Esta obra tuvo una segunda edición en 1675, en casa del mismo Guignard; **aumentada** con un gran número de pasajes y una **Aclaración** sobre algunas dificultades tocante a los elogios que los Santos Padres han hecho de la Bienaventurada Virgen María y el culto que le rinden los católicos — Par messire Luis Abelly, obispo de Ródez.

Monitorum *salutarium... non ita pridem in lucem editorum consonantia haereticis, et sensui Ecclesiae. SS. Patrum, Orthodoxorum theologorum ac Christi fidelium dissonantia, aequo rerum aestimatori, lectori proponuntur dijudicanda* ex R. P. Canisio, S. J., Colleetore Theotocophilo Partheno Mortano. Mariaeburgui Catholicorum, Typis Bern. Canisti, 1674. (Por Fr. van Herenbeck, deán de Lovaina, más tarde obispo de Gante.)

Jesu Christi Mónita *maxime salutaria de cultu dilectissimae Matri Mariae debito exhibendo*, Duaci, M. Lerrurier, 1674. 12°, por M. de Cerf. — *Idem opus amplificatum et illustratum a quodam S. Jesu presbytero*. Primera traducción francesa en Douai, después en Rouen; segunda corregida por el P. de Vignancour, Rouen.

Notae salubres *ad Mónita auctoris incogniti nec salutaria nec necessaria*. Auctore D. Volusio. Mogontiae. — Notas aprobadas por la Facultad de Teología de Mayenza.

II. En 1675.

Statera *et examen libelli cui titulus: Mónita salutaria*, etc. — *Accessit D. Joan. Cochlaei articulorum Martini Lutheri confutatio*. Authore Laurentio a Drip., O. S. B. Coloniae, 1675. 129 nueva edición, aumentada y corregida. Paberb., 1677.

Apologie des dévots de la Sainte Vierge, o los sentimientos de Teótimo sobre el librillo titulado Avisos saludables, etc. ; sobre la Carta apologética de su autor y sobre los Nuevos Avisos en forma de Reflexiones añadidas al librito. Bruselas, Foppens, 1675, 89 (El autor anónimo es Pedro G renier, procurador del Rey.) Esta refutación está en el Indice; probablemente porque atribuye las *Reflexiones*, que son de un protestante, al autor de los *Avisos*.

*Expunctio notarum quas in favorem monitoris anonymi, alter anonymus inurere nititur cultui B. Virginis Mariae vindicato*por P. Hennuyer. Cameraci, Mairesse, 1675 89.

Defensio cultus B. Virginis ex puris Canisii verbis contra haereticos. Insulae, de Rache (por el P. Jacob Platel, S. J.)

Accord amoureux entre l'amant de Jésus et de Marie, por un P. Recoleto; Douai.

En los años siguientes la refutación de los *Mónita* no continuó con menos viveza. Aparte de *Mariani cultus Vindiciae*, del P. Reichenberg, de que ya hemos hablado (1677), tenemos, en 1679:

La véritable dévotion envers la Sainte Vierge, établie et défendu, del P. J. Grasset, Paris, Fr. Muguet, 49 Segunda edición, ibid. ; 1687.

Como las Advertencias saludables, extendidas en Francia hasta desde el púlpito, hacían desertar a gran número de personas del culto de la Sma. Virgen, de igual modo que el libro de Arnauld sobre la Comunión frecuente había apartado a muchos de la Santa Mesa, Bourdaloue los atacó vigorosamente, en su segundo Sermón para la fiesta de la Asunción de la Sma. Virgen, sobre la Devoción a la Madre de Dios. De todas las refutaciones, es una de las más sólidas y elocuentes. Bordas-Dumoulin escribe a este propósito: *"Se asombran de que Bourdaloue los haya atacado. ¿Fué por su propio movimiento o bajo la influencia de sus cofrades los jesuítas? Sea como quiera, forzado a apoyarse sobre los textos apócrifos de que he hablado, y sobre los excesos adonde tales textos habían arrojado a San Bernardo, da compasión oírlo."* Prefacio de la nueva edición de las *Advertencias*.

Después de Bourdaloue, combate Bossuet los *Avisos*; porque es imposible no ver una alusión manifiesta a los *Avisos* en su tercer Sermón para la fiesta de la Inmaculada Concepción de la Sma. Virgen, sobre la devoción a María. Por *"consiguiente, hermanos míos, hemos apoyado la devoción a la Sma. Virgen sobre un cimiento sólido e inquebrantable. Puesto que tan bien fundada está, ¡anatema a quien niega y a quien arrebata a los cristianos un auxilio tan grande! ¡Anatema a quien la disminuye, porque esos tales debilitan los sentimientos de la piedad!"* (Fin del primer punto.)

Hallamos también una refutación, por lo menos parcial, de los *Mónita salutaria* en la *Theologia Mariana* del benedictino Sedlmayer, p. IV, q. 12, a. I. Hay que notar también que la lucha se renovó más vivamente a mediados del siglo XVIII, con ocasión del libro de Muratori intitulado *La Regolata divozione dei christiani*. Más arriba dijimos lo que fue esta controversia y cuáles fueron sus principales campeones.

III. Obras en favor de los *Avisos*.

En 1674. Lettre Pastoral de Monseñor el obispo de Tournay sobre el Culto de la Sma. Virgen y de los Santos, con ocasión del libro *Avisos saludables*. Lille y París, Sebastián Cramoisy, 1674.

Pastoralis epístola Ilmi, ac Rmi. episcopi Tornacensis... Insulis, Nicol de Rache, 1674.

Litterae detae Andegavi, 1674, cum notis ad *Mónita salutaria*.

Epístola apologética *quam auctor libelli cui titulus: Mónita... scripsit ad ejusdem censorem*. Mechliniae, 1674, 12. etc. etc. etc.

En 1707, el 4 de febrero, en la iglesia de las Anunciadas de Villeneuve, en Agenois, un predicador predicó un sermón según el espíritu de los *Avisos*, que iba directamente encaminado a disminuir la devoción de los fieles hacia la Madre de Dios. El obispo de Agenois la condenó, el 20 de marzo, por un Mandamiento inserto en las *Mémoires de Trévoux* del mes de octubre de 1707 (pp. 1.802, sigs.) El mismo obispo, el día 13 de julio, censuró varios libelos publicados por el predicador para defender su sermón, y la Facultad de Teología de Cahors, uniéndose al obispo, censuró igualmente diecinueve proposiciones del mismo predicador.

He aquí una de esas advertencias, y no la menos pérfida:

"No me améis más tiernamente y más sensiblemente que a Dios; tened cuidado de no poner más confianza en mí que en Dios; no empleéis más tiempo en honrarme a mi, ni me dirijáis más plegarias que a Dios. Que Dios os sea todo en todas las cosas. Todo lo que podéis, sea rogando o amando, empleadlo principalmente en el servicio de Dios, porque habéis sido criados para amarle más que a todas las cosas. Yo no soy el fin, sino el medio de vuestras oraciones y de vuestro amor; ***no os detengáis mucho en ese medio****. sino dirigios rápidamente a Dios"* (*Avertissements salutaires,* § III, n. 9).

Se ve en este ejemplo la forma con que el autor procede y cómo mezcla pérfidamente lo verdadero y lo falso, y cómo aparta del culto de la Madre, bajo pretexto de proteger el de Dios su Hijo. El principio fundamental presentado bajo diversas formas es incontestable: hemos sido creados para amar a Dios más que a todas las cosas, porque sólo Dios es nuestro último fin. La astucia del Monitor consiste en insinuar, primero, una calumnia contra los católicos, hijos y siervos de María, como además lo hace a cada instante en su libelo. En efecto: recomendarles con tanta insistencia y tan generalmente que no se olviden, al honrar a la Madre de Dios, de que debemos amar a Dios más que a Ella, y que Ella no es nuestro último fin, ¿no es dar a entender que su devoción a Ella no es ordenada y que tienden a ponerla al nivel de Dios, si no es por encima de Él, en sus oraciones, en su esperanza y en su amor? Esto es lo que comprendieron muy bien los protestantes, tan bien, que aplaudieron al autor por todas partes y volvieron contra la Iglesia los pretendidos *Avisos* dados por la Santísima Virgen a sus devotos indiscretos.

Pero donde se manifiesta más el error, o, mejor dicho, su mala fe, es en que saca de un principio innegable consecuencias que no se deducen de él, y que tienden a la ruina de la devoción a María en las almas cristianas.

Hemos dicho que esas consecuencias no se desprenden de ese principio. En primer lugar, de que debamos amar a Dios sobre todas las cosas no se sigue en modo alguno que no podamos amar más *sensiblemente* y más *tiernamente* a la Madre de Dios que a Dios mismo. Para que el razonamiento fuese exacto sería menester que el amor espiritual y el amor tierno y sensible fuese un mismo amor; en otros términos: que fuese una misma cosa amar a Dios con un amor de apreciación y de preferencia y con un amor de ternura y de sensibilidad, o al menos que esos dos amores corriesen parejas en un mismo corazón. Si los dos amores son distintos, y con más razón si son desiguales y hasta separables el uno del otro, todo el argumento se derrumba por su base. Amando a Dios sobre todas las cosas y, por consiguiente, más que a su

Madre, es decir, con un amor de preferencia absoluta, podríamos, sin embargo, experimentar hacia Él poco o ningún amor sensible, mientras que derramaríamos lágrimas de ternura a los pies de la Virgen Santísima.

Ahora bien: si hay una cosa absolutamente innegable, es la diferencia entre los dos amores y su separabilidad, sea total, sea parcial. No es difícil ni probarlo con otros hechos ciertos ni traer razones de esta doctrina. Preguntad a los teólogos lo que piensan de la contrición perfecta, y os responderán a una que es independiente de la aflicción sensible; de tal modo independiente que ésta no puede, en modo alguno, tomarse como medida de aquélla. "*Por eso* —dice Santo Tomás respecto de la contrición—, *si se atiende al dolor que está en la voluntad, es decir, a la displicencia del pecado en cuanto es ofensa de Dios, nunca es demasiado grande, de igual modo que el amor de Dios, por el que se mide la intensidad de la displicencia, no es jamás exagerado. Pero la misma contrición, considerada por parte del apetito sensitivo, puede caer en exceso, lo mismo que las penas exteriormente impuestas al cuerpo*" (San Thom., Supplem., q. 3, 2. a.). "*He aquí por qué* —dice también el mismo autor— *el dolor racional, que es la detestación del pecado cometido, no puede ser nunca demasiado ni en intensidad ni en duración siempre que este acto de virtud no impida entonces otro que sea más necesario. Pero en cuanto al dolor sensible, es preciso que sea moderado bajo uno y otro aspecto si no se quiere que llegue a accesos deplorables*". Nadie dirá jamás que el dolor sensible de un verdadero penitente deba sobrepujar a todo otro dolor; por ejemplo: al dolor que pueda causar a un hijo la muerte de su madre, y a una madre la pérdida de su hijo.

Después de los teólogos preguntad a los maestros de la vida espiritual, y en todos ellos encontraréis doctrina análoga respecto de la devoción. La grande, la sólida devoción, la verdadera, la que se confunde con el puro amor de Dios, no es el consuelo que se desahoga en suspiros, en lágrimas, en ternezas, según habla San Francisco de Sales (*Introducción a la vida devota*. P. IV, c. 13), sino la voluntad pronta, firme, arraigada, de no retroceder ante ningún obstáculo ni sacrificio cuando se trata del servicio y de la gloria de Dios. El gozo sensible puede, ciertamente, derivarse de ese gran amor; sin embargo, son cosa tan distinta que un amor de Dios, aun heroico, se ve con frecuencia privado de semejante sentimiento. El amor humano nos ofrece una cosa parecida. Ved a ese padre cubriendo de besos y caricias a ese niño suyo que está todavía en la cuna. ¿Pensáis que lo quiere más que al otro mayor, esperanza y honra de su casa, aun cuando no tenga para éste demostración alguna de ternura apasionada?

Por consiguiente, amar más *tiernamente* y más *sensiblemente* a la Madre de Dios no es amarla más que a Él. Asombrarse de esto es conocer muy poco la naturaleza humana. La Santísima Virgen es de nuestra raza, es mujer, es únicamente misericordiosa, es Madre; otros tantos títulos propios para hablar a la imaginación y mover la parte sensible de nuestra alma y, por consiguiente, encenderla en un amor muy tierno. Cuando tengamos la inefable dicha de contemplar a Dios cara a cara, nuestro corazón y nuestra carne se estremecerán de alegría ante el Dios vivo. Pero ahora, que estamos relegados de su presencia y no le vemos sino al través de sombras y de enigmas, ni su belleza, puramente inmaterial, nos llama tanto la atención, ni su bondad nos conmueve, como pueden hacerlo los purísimos rayos de la misma belleza, de la misma bondad que contemplamos en María. ¿No es esta una de las causas por las cuales ha querido que su Hijo apareciese en nuestra carne, y que los hombres pudiesen contemplar con los ojos del cuerpo ese espectáculo, arrebatador más que cuanto puede imaginarse, de Jesús entre los brazos de María, su Madre? He aquí lo que enamora al hombre pa-

ra elevarlo de las cosas visibles, y cómo Dios nos atrae a Él *"con lazos de humanidad y cadenas de amor"* (Os., XI, 4).

Por lo demás, si el jansenismo pudiera tener algún respecto a los sentimientos de la Iglesia, no se hubiera atrevido a reprocharnos a nosotros, los fieles, aquello de que esa misma Iglesia nos ha dado el primer ejemplo por sí misma y por sus principales hijos, que son los Santos.

Hemos dicho: por sí misma. Esto es lo que expresó con tanto acierto Newman en una obra cuya composición decidió su paso de la Iglesia anglicana a la Iglesia católica.*"Débese notar* —escribe este autor— *que el tono de la devoción hacia la Santísima Virgen será del todo diferente de aquel que expresa el culto rendido a su divino Hijo y a la Santísima Trinidad, como tendremos que confesarlo si examinamos los Oficios del culto católico. La adoración suprema y verdadera ofrecida al Todopoderoso es grave, profunda, solemne. Jesucristo es adorado como verdadero Dios al mismo tiempo que como Hombre verdadero; es adorado como Creador y como Juez, aunque es amantísimo, misericordiosísimo y tiernísimo. Por otra parte, el lenguaje que se le dirige a la Santísima Virgen es afectuoso y ardiente, como que es hija de Adán simplemente, aunque, a la vez, lenguaje humilde porque sale de los labios de su parentela culpable. ¿Qué distinto es; por ejemplo, el acento del* ***Dies irae*** *del acento del* ***Stabat Mater****?... Más aún: ¡qué diferencia de expresión en el Oficio de la fiesta de Pentecostés o de la Trinidad Beatísima y el día de la Asunción de Nuestra Señora! ¡Qué lenguaje tan inefable, majestuoso, solemne y amante en el* ***Veni Creator Spiritus****, en el* ***Altissimum domum Dei, fons vivus, ignis, charitas****; en el****Vera et una Trinitas, una et summa Deltas, sancta et una Deitas; Libera nos, salva nos, vivifica nos, o beata Trinitas!*** *Por el contrario, en el Oficio de la Asunción, ¡qué dulzura! ¡qué expresiones de simpatía y afecto! ¡Qué emoción tan viva en la antífona* ***Filia Sion, tota formosa et suavis es, pulchra ut luna, electa ut sol, y Sicut dies verni circumdabant eam flores rosarum et lilia convallium!*** *¡Qué ternura de sentimientos en aquellas palabras de la Salve,* ***Ad te clamamus, exules filii Evae, ad te suspiramus gementes et flentes in hac lacrymarum valle****, y en estas otras:* ***Eia ergo, advocata nostra, illos tuos misericordes oculus ad nos converte... O clemens, o pia, o dulcis Virgo María!****"* (G. H. Newman, *Histoire du développement de la doctrine chrétienne*, c. 8, § 29 (Trad, de J. Gondon.) i/ieja, 1849, pp. 455 y hîrh.).

También hemos dicho: por sus hijos principales, que son los Santos. Bástenos el recordar gran número de expresiones que más de una vez hemos oído salir de sus labios: *"¡Oh, piadosa y amabilísima Señora!, tu nombre me inflama al pronunciarlo y tu pensamiento reanima mi corazón. Jamás penetras en el recinto de una memoria sin llevar contigo esa dulzura tuya, que te es tan divinamente peculiar."* Y en otro lugar: *"Nada hay de austero en María: todo es suavidad, hasta su nombre, más dulce que la miel." "Dios me es testigo que si alguna vez puedo dedicar una hora a las alabanzas de María me siento inundado de tal alegría, lleno de tal suavidad, que no deseo ya cosa alguna"* (S. Bernard. Senens., *ser. 3 de nomine Mariae*).

Nos responderán, tal vez, que los Santos, y muy en particular San Bernardo, han hallado en el nombre de Jesús la suavidad que atribuían al de María. No lo negamos, aunque esta atribución sea menos frecuente para el Hijo que para la Madre. Pero esto mismo confirma la tesis, porque lo que excita de ese modo los sentimientos de ternura hacia Jesús no es su divinidad, sino la humanidad por la cual se acerca a nosotros, su infancia y los encantos divinos que sensiblemente nos ofrece en su persona. Por consiguiente, aceptamos la substancia de la observación, pero sin confesar la falta ni reconocer que haya fundamento de recriminación. Si

fuese un crimen amar más sensiblemente a la Madre de Dios que a Dios mismo, nos atrevemos a decir, ¡oh, Dios nuestro!, que Tú serías también criminal. Tú, Señor, que la has hecho tan amable y tan simpática a nuestra naturaleza, hija de hombres como nosotros, de nuestra raza, mujer, virgen, hermosa, purísima y Madre nuestra; todo, en fin, lo que nos encanta y lo que habla sensiblemente a nuestro corazón; Tú, Señor, que inspirando a tu Iglesia y conservando en ella la verdadera manera de honrarte a Ti y a tu divina

Madre, nos tranquilizas con su ejemplo y con el de sus mejores hijos. Así, pues, ¡oh, María, Madre nuestra!, no escucharemos a esos calumniadores. ¡Ojalá que nuestros ojos derramen a tu pies dulces lágrimas y que nuestro corazón se derrita en ternuras contemplándote! ¡Ojalá que el pensamiento de tus bondades, de tus misericordias, sea la fuente de nuestras alegrías más deliciosas en este valle de lágrimas!

III. *"No gastéis más tiempo en honrarme a mí ni me dirijáis más plegarias que a Dios."*Otra conclusión llena de ponzoña bajo apariencias inocentes; conclusión que, por otra parte, no se deduce en modo alguno del principio.

Está, decimos, llena de la ponzoña de esa secta porque el pensamiento del autor era nada menos que suprimir toda oración algo larga dirigida a la Santísima Virgen: las Letanías y el Rosario, en particular. En efecto: no hay en el Rosario sino un Padrenuestro dirigido a Dios directamente, por **diez** Avemarias a la Virgen Santísima, y en las Letanías aumenta la desproporción, puesto que, salvo las invocaciones del principio a la Trinidad y las súplicas finales del *Agnus*, todo se refiere explícitamente a María. Por otra parte, en este punto, como en algunos más, era el jansenismo discípulo del protestantismo. La única diferencia es que los calvinistas rechazaban toda oración dirigida a María, mientras que los jansenistas, celosos de no hacer abiertamente causa común con esos herejes, consentían en quedarse con algunas plegarias, pero breves y pocas (Con idéntico espíritu transformaban las fiestas de la Sma. Virgen en fiestas únicamente consagradas a Nuestro Señor).

Hemos añadido que la conclusión dicha no resulta en modo alguno del principio. ¿Qué pensarían los mismos jansenistas de un argumento como éste? Hay que amar a Dios sobre todas las cosas; por consiguiente, cuidad de no emplear más tiempo en el trabajo, en el descanso, en el estudio, que en orar a Dios. Dirían, sin duda, que el amor de Dios no excluye sino las cosas incompatibles con Él. Siempre que se dé a la oración el tiempo querido por Dios, no es ir contra sus intenciones el consagrar más horas a ocupaciones que pueden coordinarse con su amor. Y esta era, sin duda, la regla que pretendían seguir los solitarios de Port-Royal.

Ahora bien: si nos está permitido emplear más tiempo en trabajar y en dar al cuerpo el descanso necesario que en orar al Señor, ¿por qué ha de ser cosa vituperable el orar más tiempo a la Madre que al Hijo?

Tanto más cuanto que honrar y rogar a Esta es, por el hecho mismo, honrar y rogar a Aquél. En efecto: Dios no puede estar ausente de los homenajes que ofrecemos a María cuando reverenciamos en Ella el honor que tiene de ser su Madre, cuando el primer motivo que nos lleva a sus plantas es la excelencia misma del Verbo encarnado en sus entrañas. ¿Cómo es posible, además, que nuestras oraciones no vayan dirigidas a Dios, si nuestro fin único, al rogar a María, es obtener que sea nuestra Mediadora y nuestra Abogada cerca de Él; si, en esa

nuestra oración, la hablamos, sobre todo, de nuestros deseos de servir y amar al Señor; si la entregamos nuestras plegarias para que Ella misma las lleve a Dios; si nos postramos a sus pies, como los pastores y los Magos, para que nos muestre y nos dé a Jesús?(Ya hemos visto cómo el culto de la Sma. Virgen lleva por su naturaleza misma el culto de Dios. 2* parte. 1. IX, c. 2).

Y esto responde también a la queja de aquellos que se escandalizan porque ven a los fieles entrar en una iglesia y correr presurosos a arrodillarse ante el altar de la Virgen después de haber consagrado unos minutos solamente a Cristo, presente en su Tabernáculo. Porque acercarse de este modo a la Madre no es olvidar al Hijo, sino buscar una introductora cerca de Él. Por otra parte, no es corriente que se descuide tanto al Hijo para no pensar sino en la Madre. Estudiando mejor los hechos y la conducta de esas personas cuya manera de obrar sorprende, quizá hallaríamos que han asistido primero al Santo Sacrificio y comulgado tal vez antes de ir a orar tan largamente a los pies de María. En cuanto a nosotros, ¡oh, Salvador nuestro!, no creemos que Tú compartas esos pesares farisaicos. Tú, que tanto te complacías en la compañía de tu Madre cuando vivías en tu humilde casita de Nazareth, que ya te colgabas de su cuello, ya te sentabas a su lado, ya la contemplabas o la escuchabas, o le hablabas de tu Padre celestial; Tú, que la llamaste a tu gloria y quieres que esté eternamente a tu lado en el mismo cielo y en el mismo goce; Tú, a quien estuvo siempre unida, por las disposiciones de tu Providencia, en las promesas y en las figuras antiguas, y más tarde en todos tus misterios; Tú, Señor, no puedes ver mal alguno en que nosotros, hijos suyos como Tú, pasemos largos ratos con Ella para alabarla, rogarla y amarla. ¡No! Tú no condenarás una familiaridad tan dulce para los desterrados, tan consoladora para estos infelices, que en verdad lo somos; no nos dirás que la dejemos para ir a Ti, como si no te halláramos entre sus brazos y sobre su corazón; como si para encontrar al Hijo fuera menestar alejarse de la Madre.

Newman refiere a este propósito una anécdota muy sugestiva: *"Conocí* —dice— *a una señora que en su lecho de muerte recibió la visita de una excelente amiga suya, protestante. Esta, preocupada por la salvación de aquel alma, preguntó a la moribunda si sus plegarias a la Virgen en aquella hora terrible no le hacían olvidarse del Salvador. ¿Olvidarlo?* —repuso la agonizante, sorprendida *¿Cómo es posible, si acaba de entrar aquí? Había comulgado poco antes. Hubiera podido añadir: ¿Olvidarlo? Pero si estoy rogando a su Madre que ponga mi alma entre sus Manos divinas."*

Ya sabemos lo que debemos pensar de las dos consecuencias primeras. ¿Qué diremos de la tercera: *"Tened cuidado de no confiar más en mí que en Dios"*? A primera vista, nada más inocente, y hasta nada más justo, cualquiera que sea el sentido que se dé a la palabra**confianza**. ¿Lo entendéis de la esperanza cristiana? Si Dios es nuestro principio y nuestro fin, hacia Él, ciertamente, debe encaminarse, primero y ante todo, mi esperanza. Pero preguntamos ahora si no es insultar a la devoción de los católicos el hacerles semejante advertencia. Santo Tomás, hablando de la esperanza cristiana, advierte que tiene dos objetos en perspectiva: el bien que se desea obtener y el auxilio por el cual puede ese bien ser obtenido. Sería pervertir esta esperanza el no aspirar a la posesión de Dios como al objeto supremo de nuestros deseos, o no contar con Dios como causa principal por la que entraremos en posesión de Dios, nuestro último fin. Pero la esperanza cristiana no excluye ni los fines secundarios que se refieren al fin principal ni las causas creadas que pueden ayudarnos como instrumento de la bondad

divina a tender hacia el fin de la bienaventuranza; y así es como, no esperando sino en Dios, podemos, no obstante, esperar en el hombre (S. Thom., 2-2, q. 17, a. 4).

Supuesta esta doctrina, preguntamos al **monitor** dónde están los cristianos que consideran a la Santísima Virgen como su bien supremo, o que cuentan más con su asistencia que con la gracia de Dios para llegar al término feliz, al cual debemos aspirar. Lo repetimos: es una verdadera calumnia contra los siervos e hijos de María el suponerlos capaces de semejante desorden. Y, mirándolo bien, tales *Avisos* no tienen más que un fin: quitar a la Madre de Dios su carácter de instrumento providencial en la obra de la salvación. Es como si se dijese guardaos de contar demasiado con mi auxilio, con mi poder, con mi crédito cerca de Dios. La Iglesia es cierto que la ha llamado **nuestra esperanza**, *spes nostra*; pero hay en las alabanzas de la Iglesia, como en las de los Santos, hipérboles y exageraciones. En el fondo, esta es *la consecuencia práctica* que quiere sacar nuestro censor; y no tenemos que insistir más para demostrar cuán ajena es de su principio.

No menos ajena resultaría si se tomase la confianza en su significado más amplio, en cuanto excluye el temor y comprende la seguridad de ser escuchado. En efecto: aun cuando Dios quiera ser amado de nosotros sobre todas las cosas, y aun cuando sea nuestro último fin, no deja, por eso, de estar infinitamente por encima de nosotros, y no podemos olvidar que hemos ultrajado indignamente a su altísima Majestad. Por eso tenemos necesidad, para atrevernos a llegar a Él de una introductora que sea al mismo tiempo la muy amada de su corazón y de nuestra sangre, su Madre y la nuestra. Y he aquí por qué podemos, en cierto modo, tener más confianza en la Santísima Virgen que en Dios mismo.

Estos tristes sectarios no han prevalecido ni contra la doctrina de la Iglesia ni contra la piedad filial de sus hijos. Nuestro Señor tomó la defensa de su Madre, y en el momento que trabajaban más para separarnos de Ella, nos reveló más claramente los tesoros de su propio Corazón; y en ese Corazón de nuestro Dios ha podido leer el mundo entero cuánto respeto y cuánto amor atesora Él, el Hijo de María por naturaleza y su Primogénito, para con esta dulce Madre, y, por consiguiente, cuánta veneración y cuán amorosa confianza debemos profesarle nosotros, los hijos adoptivos.

Vanamente, los mismos jansenistas combatieron con igual astucia el culto del Sagrado Corazón y la devoción a María. Sus esfuerzos, a pesar de algunos éxitos más aparentes que reales, y siempre momentáneos, no han conseguido más que hacer su derrota más notoria y más duradera. No tenemos aquí que proclamar el triunfo del Sagrado Corazón. Todo el universo es su dichoso testigo. El de la Reina del Cielo, nuestra Madre, no ha sido ni menos cierto ni menos glorioso. Todo lo que intentaron destruir ha tomado mayor incremento. Esas prácticas piadosas que despreciaban, en vez de desaparecer de la Iglesia están cada día más en honor, y cada día también se multiplican y se propagan. ¿No sucede así con las peregrinaciones, con los santuarios erigidos a gloria de María, con las Cofradías y Congregaciones? ¿No tenemos nuevas fiestas de la Señora, como la del Corazón de María, la de la Manifestación de la Virgen Santísima, la Medalla Milagrosa, sin hablar de las otras, elevadas por la Iglesia a un orden superior? ¿No tenemos nuevas devociones, tales como el mes de María y el del Rosario; nuevas y solemnes manifestaciones de los privilegios suyos más caros a su Corazón y al nuestro, como la definición del dogma de su Concepción Inmaculada; nuevas visitas sen-

sibles hechas por la Reina del Cielo a su pueblo, y por este pueblo a su Reina, como las apariciones de Lourdes y los concursos prodigiosos de los cristianos en este lugar bendito? Ved a Nuestra Señora de las Victorias, y decidme si los cristianos han dejado de poner en María todas sus esperanzas, o si María no derrama siempre a manos llenas sobre ellos las gracias temporales y espirituales como en los bellos días de la Iglesia.

Lo que sucedió en tiempo de Nestorio, en tiempo de los iconoclastas, en tiempo de los albigenses, de Lutero, de Calvino, se ha renovado en estos últimos siglos, y, por una ley constante, se reproducirá siempre que vengan otros herejes a combatir el culto de la Madre de Dios. No sólo ha de salir victorioso este culto, sino que tomará nuevas fuerzas, y, sin perder un ápice de las riquezas heredadas de anteriores edades, adquirirá otras para aumentar su tesoro. Y es que los hijos de María, el Hijo que reina en el cielo y los que tiene en la tierra, ponen empeño en compensar con aumento continuo de veneración, de alabanzas y de amor los ultrajes hechos a su Madre; es que la misma Madre se venga, como vio que su Jesús se vengó desde la Cruz: por medio de una efusión siempre creciente de gracias y beneficios.

Al terminar estos estudios sobre tus admirables grandezas y sobre tus no menos inefables bondades, séanos permitido, ¡oh, dulcísima, santísima y amabilísima Señora!, decirte, con uno de tus buenos servidores de los tiempos antiguos: *"Te los ofrezco para gloria tuya, yo, miserable, pero todo tuyo. Miserable a causa de mis innumerables pecados; todo tuyo, en consideración al Verbo, tu Hijo; todo tuyo, porque Tú eres para mí la Mediadora de toda gracia y el fundamento de mi esperanza; pero, ¡ay!, no todo tuvo por mis obras, ni por mi vida. ¡Sí!, te ofrezco estas pobres alabanzas, que son más tuyas que mías puesto que forman parte de tus dones; te las ofrezco, aunque sean infinitamente indignas de la multitud y del esplendor de tus privilegios. Largo tiempo he callado, detenido por el temor, ante la dificultad de la empresa. Por fin, mi amor filial me ha obligado a expresar exteriormente lo que en mi interior sentía. Dígnate aceptar este homenaje, a gloria de tu Hijo, nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el poder, con el Padre y el Espíritu Santo y vivificante, ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos"* (Juan el Geómetra, *serm. de Annunciat. B. Genitricis Dei V. M.*, n. 40. P. G., CVI. 845, sq.).

Puesto que los panegiristas latinos de la Sma. Virgen han tenido constantemente un lugar en esta obra al lado de los panegiristas griegos, queremos también tomarles prestada una conclusión. La tomaremos de Felipe de Harveng, segundo abad del Monasterio de Buena esperanza, en la diócesis de Cambrai, y un gran amigo de San Bernardo. He aquí cómo termina, su comentario sobre el **Cantar de los Cantares**, en cuya obra resuenan por todas partes las alabanzas de la Madre de Dios:*"Después de haber hablado de tus grandezas y de tus bondades, no según mi querer, sino en la medida de mis fuerzas, llegando con lentos pasos al término de mi trabajo, me arrojo a tus pies, Virgen Santa, y te suplico que me asistas desde el cielo en unión de tu Hijo divino, y que veles perpetuamente sobre quien es todo tuyo. ¡Sí! , tuyo soy, no por mis méritos, ¡ay!, demasiado imperfectos, sino por un amor que me parece los sobrepuja. Tuyo, para servirte como hijo, aunque no sé todavía si soy digno de amor o de odio* (Eclesiastés, IX, 1); *tuyo, porque deseo grandemente rendirte homenajes y servicios que te agraden, siempre que me concedas la gracia de perseverar en mis propósitos*.

"Tú, pues, dulcísima Virgen, dígnate recibir de mi mano este pobre presente; no es ni oro, ni plata, ni alguna de esas piedras preciosas que se suelen ofrecer a los reyes, sino una pequeña ofrenda, humilde fruto de un espíritu demasiado inculto; obra, sin embargo, que me ha costado vigilias y sudores

(II Macch., II, 27). Este trabajo, Señora mía, he tenido que interrumpirlo más de una vez, detenido por la hostilidad de los malos; pero sostenido por el dulce recuerdo de tus amabilidades y beneficios, no he podido decidirme a abandonarlo... Gracias, pues, a tu maternal asistencia, acabo, en fin, esta obra, emprendida en nombre tuyo. Dígnate recibirla; corrige misericordiosamente al que te la ofrece, ámalo corregido por Ti, y que tu amor lo recomiende, cerca de tu Hijo. Sé muy bien que protegiéndome tu bondad no podrá morderme la serpiente o no me será funesta su mordedura... Y para terminar este libro, concédeme la gracia de poner por Ti todo mi gozo en tu divino Hijo, a fin de que, libertado a la postre de todas mis miserias, goce cerca de Ti de la gloria celestial." Philipp. de Harveng, Comment. in Cant., c. 50. P. L. CCIII, 488, sqq.